1

OBRAS EUCARÍSTICAS

DE

SAN PEDRO JULIÁN EYMARD

INSIGNE APÓSTOL DE LA EUCARISTÍA
Y
FUNDADOR DE LOS RELIGIOSOS Y DE LAS SIERVAS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

— —

Extractos de sus escritos y predicaciones

4ª EDICIÓN
publicada con motivo de la Canonización del autor de estas obras
EDICIONES "EUCARISTÍA"
Padres Sacramentinos
1963

NIHIL OBSTAT
Tolosae, 17 maii 1962
JOANNES ARRATÍBEL, S S. *S.,*
Censor

IMPRIMl POTEST
MARTINUS OYARBIDE, S. S S.,
Sup. Prov.

IMPRIMATUR:
Sancti Sebastiani, 18. Maii 1962
+ JACOBUS, Episcopus
Sancti Sebastiani

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Consideraciones y normas eucarísticas de vida cristiana

1ª SERIE: La presencia real

2ª SERIE: La sagrada Comunión

3ª SERIE: Directorio de los afiliados y consejos de vida espiritual

SECCIÓN I: Directorio de los afiliados a la Congregación del santísimo Sacramento

Primera parte: deberes para con la sagrada Eucaristía

Cap. I. –*Del amor a la Eucaristía*

Cap. II. –*Del servicio y del culto eucarísticos*

Cap. III. –*De las obras eucarísticas*

Segunda parte: devoción a María Reina del Cenáculo

Cap. I. –María adoradora

Cap. II. –Vida eucarística de María en el Cenáculo

Cap. III. –María, apóstol de la gloria de Jesús

Tercera parte: devoción a la Santa Iglesia

Cap. I. –Modo de reconocer la Iglesia

Cap. II. –Deberes del adorador para con la Iglesia

Cuarta parte: de la vida interior

Cap. I. –Medios de la vida interior

Cap. II. –Espíritu de la vida interior

Quinta parte: deberes de estado y de sociedad

Cap. I. –*Deberes generales*

Cap. II. –*Deberes particulares de distintas clases de personas*

Apéndice: puntos de adoración, expuestos según el método indicado en el directorio

SECCIÓN II: Consejo de vida espiritual

SEGUNDA PARTE
Consideraciones y normas eucarísticas de vida religiosa

4.ª SERIE: Ejercicios espirituales ante Jesús sacramentado

Primera tanda de Ejercicios espirituales de siete días.

Segunda tanda de Ejercicios espirituales de seis días.

Tercera tanda de Ejercicios de ocho días, dadas a los Religiosos del santísimo Sacramento, sobre la vocación eucarística.

Apéndice: Medios de perfección en la Congregación del Santísimo Sacramento

Cuarta tanda de Ejercicios espirituales de seis días para las Siervas del santísimo Sacramento, sobre la vocación eucarística.

Via Crucis eucarístico

5.ª SERIE: La Eucaristía y la perfección religiosa

Ejercicios espirituales dados a los religiosos de la Congregación de Hermanos de San Vicente Paúl.

Ejercicios espirituales dados a los religiosos de la Congregación del santísimo Sacramento.

Ejercicios espirituales dados a las Siervas del Santísimo Sacramento.

Índice sistemático completo

Dedicatoria de esta edición

A

Pío XII

que exaltó en 1939 *la figura eucarística de san Pedro Julián Eymard, llamándole "campeón de Cristo presente en el Sagrario"*

Y

Juan XXIII

quien, el 9 *de diciembre de* 1962, *colocó a Pedro Julián en el catálogo de los Santos, después de haberse escrito de él en el decreto de aprobación de sus milagros: "Entre los amantes insignes del Santísimo ocupa el puesto principal sin género de duda (principem obtinet locum),*

en señal de filial adhesión al Papado y a la Iglesia, de cuyo culto es "cabeza, centro o razón máxima la sagrada Eucaristía"; de cuya ascética es pieza primordial el augusto Sacramento como "fuente o alimento de toda vida sobrenatural".

NUESTRA CUARTA EDICIÓN

Se nos han formulado no pocas peticiones en favor de la nueva edición de las obras *Eucarísticas* de san Pedro Julián Eymard.

La edición de 1948, que fue la tercera, aunque nutrida, se agotó hace varios años.

Gracias a Dios, estos escritos han obrado mucho bien y han sido recibidos con general aceptación, en España e Hispanoamérica.

La nueva edición sale revisada con cuidado. No ha habido necesidad de cambio importante.

Se ha conservado el adjetivo *Eucarísticas,* añadido a "Obras". Es que la idea predominante de este arsenal espiritual vuela en torno del santísimo Sacramento.

Se ha procurado casticismo de lenguaje.

Por otra parte, se ha respetado el estilo del autor. El estilo, como se ha escrito en otro libro, ha de ser el del compositor. No el del traductor. So pena de desdibujar el reflejo de los modales literarios del autor.

SÍNTESIS DE LA VIDA DE SAN PEDRO JULIÁN EYMARD

Nacimiento, bautismo:

– 4, 5 de febrero de 1811: Nacimiento. Bautismo en La Mure d'Isere (Francia).
– 16 de marzo de 1823: Primera Comunión.
– A los dieciocho años: Inicia el Noviciado en los PP. Oblatos de María Inmaculada.
– A los veinte años: Seminarista en Grenoble.

Sacerdote:

– 20 de julio de 1834: Ordenación sacerdotal en Grenoble.
– 17 de octubre de 1834: Coadjutor de Chatte. Durante este período recibe del cielo una gracia extraordinaria.
– 2 de julio de 1837: Párroco de Monteynard.

Religioso Marista:

– 20 de agosto de 1839: Ingreso en la Congregación de los PP. Maristas, donde será, sucesivamente, Provincial, Asistente General, Visitador, Maestro de Novicios y Superior.
– 25 de mayo de 1845: Gracia extraordinaria.
– Enero-febrero de 1851: Inspiración sobrenatural de fundar la Congregación del santísimo Sacramento.
– 18 de abril de 1853: Nuestro Señor le pide el sacrificio de la vocación marista.
– 27 de agosto de 1855: Pío IX anima la fundación de la nueva Congregación: "La Iglesia –afirma– tiene necesidad de esta obra".

Fundación de la Congregación del santísimo Sacramento:

– 13 de mayo de 1856: Aprobación episcopal de la fundación de la Congregación del santísimo Sacramento.
– 1 de junio de 1856: Inauguración de la primera casa (París).
– 6 de enero de 1857: Primera exposición del santísimo

Sacramento.

– 5 de enero de 1859: Pío IX concede el Breve laudatorio de la Congregación.

– 24 de mayo de 1859: Fundación de las siervas del santísimo Sacramento.

– 17 de noviembre de 1859: Institución de la *Agregación del santísimo Sacramento,* erigida en 51 naciones, con 6.400 centros y cerca de un millón de adscritos.

– *Asociación de los Sacerdotes Adoradores,* esparcidos por todo el mundo. Cuenta con 200.000 miembros, aproximadamente.

– 8 de mayo de 1863: Pío IX aprueba la *Congregación.*

– 23 de agosto de 1863: Primera profesión canónica.

– Octubre de 1863: Redacción definitiva de las constituciones.

– 25 de enero - 30 de marzo de 1865: Gran retiro de sesenta y cinco días en Roma.

– 21 de julio de 1868: Última Misa.

La glorificación:

– 1 de agosto de 1868: Preciosa muerte.

– 12 de agosto de 1908: *Introducción* de la Causa de Beatificación y Canonización.

– 11 de junio de 1922: Proclamación de la *heroicidad de sus virtudes.*

– 12 de julio de 1925: *Beatificación.*

– 9 de diciembre de 1962: *Canonización.*

ELOGIO DE SAN PEDRO JULIÁN

EN LA HOMILÍA PRONUNCIADA POR JUAN XXIII EN LA CANONIZACIÓN DEL 9 DE DICIEMBRE DE 1962 *(L'OSSERVATORE ROMANO,* 10 DE DICIEMBRE DE 1962).

«EL PERFECTO ADORADOR DEL SANTÍSIMO

Ahora queremos añadir una palabra para los peregrinos de lengua francesa, venidos a asistir a la glorificación de san Pedro Julián Eymard, sacerdote, confesor, fundador de dos Congregaciones religiosas consagradas al culto del santísimo Sacramento.

Es un santo que nos era familiar ya desde hace años, como acabamos de decirlo, a saber, desde que la Providencia nos deparó la feliz ocasión, en tiempo de nuestro servicio en la Nunciatura Apostólica en Francia, de acudir a su país natal, *La Mure d'Isere,* cerca de Grenoble.

Vimos allí con nuestros propios ojos el pobre lecho, el modesto cuarto, en el que este fiel servidor de Dios entregó su alma bella a Dios. Podéis adivinar, queridos hijos, con qué emoción evocamos este recuerdo en este día en que nos es dado concederle los honores de la canonización.

El cuerpo de san Pedro Julián se halla en París; mas el santo está presente, de alguna manera, en Roma, en la persona de sus hijos, los Sacerdotes del santísimo Sacramento. Nos resulta dulce evocar también otro recuerdo, el de las visitas que solíamos hacer en otro tiempo a su iglesia de San Claudio de los Burguiñones.

Al lado de un san Vicente de Paúl, de un san Juan Eudes, de un Cura de Ars, san Pedro Julián ocupa hoy su puesto en la falange de esos astros resplandecientes, que son la gloria y el honor incomparable del país que los viera nacer. Mas su benéfico influjo se experimenta mucho más allá: en la Iglesia entera.

Su nota característica, la idea directora de todas sus actividades sacerdotales, puede decirse, fue la sagrada Eucaristía: el culto y el apostolado eucarísticos.

Nos place señalarlo aquí, en presencia de los Padres y de las siervas del santísimo Sacramento. Como también en presencia de los miembros de una asociación que es cara al corazón del Papa, la de los

Sacerdotes Adoradores, reunidos aquí estos días en Roma en gran número para honrar a este gran amigo de la Eucaristía.

Sí, queridos hijos, honrad y festejad al que fue tan perfecto adorador del santísimo Sacramento. Y a su ejemplo, colocad siempre en el centro de vuestros pensamientos, afectos, y empresas de vuestro celo, esa fuente incomparable de toda gracia: el *Mysterium fidei,* que esconde bajo sus velos al Autor mismo de la gracia, Jesús, el Verbo encarnado».

LA MISIÓN DE SAN PEDRO JULIÁN

El cuerpo místico de Jesucristo, o sea la Iglesia, ejerce sus funciones vitales de glorificación divina y de iluminación y transformación de las almas por los órganos para eso constituidos, que forman la jerarquía eclesiástica. Esta, por lo mismo que es esencial a la Iglesia, goza de la promesa formal de perpetuidad y de indefectibilidad. Con ella queda asegurada la salvación de todas las almas de buena voluntad.

Principio es éste que nunca puede perderse de vista cuando se consideran a la luz de la verdad revelada cuestiones como la que a guisa de introducción quisiéramos tratar aquí.

Pero la historia enseña que cuando se trata de subvenir a necesidades nuevas y extraordinarias, o de tomar nuevas e importantes iniciativas, o también de realizar determinados designios de la divina providencia, suele Dios confiar una misión particular a un alma para eso predestinada. No hay más que pensar en san Benito, santo Domingo, san Francisco de Asís, san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, san Vicente de Paúl, santa Juliana, santa Teresa de Jesús, santa Margarita María Alacoque, para no mencionar más que a algunos.

Cuando se considera bien la vida de san Pedro Julián Eymard, la obra por él realizada y las circunstancias que la acompañan, fuerza es confesar que pertenece también al reducido número de los escogidos para el cumplimiento de determinados planes divinos.

MISIÓN DEL SANTO

La misión que Dios le confió queda perfectamente indicada en el segundo número de las Constituciones que escribió para sus religiosos. "La suprema razón de ser del Instituto –y lo mismo pudiera decir de su propia vida y de sus obras todas– consiste en proporcionar, bajo la dirección y auspicios de la inmaculada Virgen María, verdaderos y perpetuos adoradores a nuestro señor Jesucristo, presente día y noche en la Eucaristía por amor a los

hombres, y en formar abnegados apóstoles de su gloria y celosos propagadores de su amor, a fin de que el Señor Jesús sea perpetuamente adorado en su Sacramento y socialmente glorificado en todo el mundo".

La glorificación de Jesucristo, no como quiera, sino en cuanto realmente presente entre nosotros, y por adoradores en espíritu y en verdad, tal fue el blanco de todos sus afanes; "Jesucristo está en la Eucaristía: luego todos a Él", su lema.

"Antes hacía a Dios esta oración: "Domine, in Te vivam, et pro Te moriar". Ahora le digo: "pro Te vivam". Si, ya no quiero morir. Quisiera hacer grandes cosas antes de morir", exclamaba ya en 1853, a impulsos del entusiasmo celestial que le comunicaban sus divinas luces sobre esta maravilla del cristianismo que es la Eucaristía. Y un mes antes escribía en una carta: "Estuve ayer con el buen P. Hermann. Sufre, pero estamos muy satisfechos de poder sufrir. Él quisiera irse al cielo y yo quedarme, para glorificar a Jesucristo. Sobre ello hemos discutido largo y tendido y por fin nos hemos resuelto a lo que Dios quiera".

Todo el resto de su vida, que duró hasta el 1.º de agosto de 1868 –nació en 1811–, tuvo viva conciencia de su divina misión y fue irradiando fuera de sí con eficacia creciente los tesoros de sabiduría eucarística y de fuego encendido al contacto del Amor de los amores que tan copiosamente atesoraban su inteligencia y su corazón.

Mas la gloria y la importancia de la misión de san Pedro Julián no fluyen principalmente de haber conocido y predicado como poquísimos la imponderable realidad encerrada en 61 santísimo Sacramento, sino de haber encarnado y perpetuado en organismos vivos su sentir y su pensar sobre nuestro divino Enmanuel; es cosa que únicamente logran los que para ello han recibido el don del cielo.

Su organización eucarística él la concebía como una red de fuego que se extiende a toda la tierra y comprendiese todas las clases sociales. "Es preciso que el santísimo Sacramento cubra el mundo", solía decir. Y no cabe duda que el santo ha sido parte importantísima en el progreso eucarístico –el más importante de todos los progresos– que se ha realizado en nuestros días. No solamente existen la Congregación de Presbíteros del Santísimo Sacramento y las Siervas del Santísimo Sacramento, que no se

proponen sino servir a Jesucristo sacramentado realizando plenamente el ideal eucarístico, la Asociación de Sacerdotes Adoradores, que une y suma las energías de todos los sacerdotes que ambicionan cumplir perfectamente sus deberes eucarísticos, para con el sumo sacerdote Jesús, que entre nosotros permanece después de haberse sacrificado; y tantas otras asociaciones eucarísticas que le reconocen como fundador; sino también su palabra y su acción cayeron en tierra como semilla fecunda y han germinado en mil variadas formas, de tal suerte que pocas serán las obras eucarísticas de hoy día que directa o indirectamente no le sean deudoras.

ALCANCE QUE EL SANTO CONCEDE A LA EUCARISTÍA

Lo que imprime un sello inconfundible y da mayor realce a su misión es el alcance que concede al augusto Sacramento. Para muchos la sagrada Eucaristía es una cosa, la más excelsa, sí, pero yuxtapuesta a otras. Para el santo la Eucaristía es todo. No ciertamente porque suprima todo lo demás, sino porque lo ve todo dentro de la esfera de irradiación de la Persona misma de Jesús, que en la Eucaristía vive, en la Eucaristía se inmola, en la Eucaristía se nos da, en la Eucaristía queda a nuestra disposición.

No hay más que comparar su espíritu eucarístico con el de otros santos que más se hayan distinguido por su devoción al santísimo Sacramento. Estúdiense la vida y los escritos de los que con razón son considerados como modelos de santidad eucarística en nuestros tiempos; examínense las Constituciones de los Institutos Religiosos consagrados al culto eucarístico y se echará de ver que para ellos el servicio de Jesús sacramentado, o no es fin primario, o es considerado más bien como un medio de santificación personal, no como un fin cuya realización abarque la vida eterna.

San Pedro Julián expone el fin de su Instituto en los términos ya transcritos, y para que su pensamiento quede aún más claro, en el número 6 de sus Constituciones añade: "Sepan todos nuestros religiosos que fueron escogidos y han hecho profesión de consagrarse ante todo al servicio de la divina Persona de Jesucristo, nuestro Rey y nuestro Dios, verdadera, real y substancialmente presente en su Sacramento de amor. Por consiguiente, como buenos

y fieles servidores de un Rey tan grande, deben consagrar a su mayor gloria todas sus cualidades y virtudes, todos sus estudios y trabajos, sin reserva alguna, en la más perfecta abnegación de su propia personalidad, realizando la palabra del Apóstol: ya no soy yo quien vivo; es Jesucristo quien vive en mí".

El gran apóstol de la Eucaristía no concibe el culto del santísimo Sacramento y la santificación personal como dos fines distintos, sino que para él ésta guarda con aquél igual conexión que el medio con el fin. Ante la estupenda realidad de la presencia de Jesucristo en la tierra, el deber que se impone es servirle. Adquisición de virtudes, santificación propia, estudios, trabajos, no son sino otros tantos medios para mejor servirle. A adorar y glorificar a nuestro Rey y Señor sacramentado en Él mismo, considerando sus excelencias infinitas, en nosotros, concentrándonos y perfeccionándonos en su servicio, entregándonos a Él pura y simplemente para su gloria, y en el mundo entero, donde es mal conocido y peor servido, ganándole los corazones no menos con el ejemplo que con la palabra, se reduce toda la vida cristiana.

Otro objetivo particular de su misión consiste en inculcar una verdad harto olvidada en la práctica, cual es que la Eucaristía es Jesucristo mismo en persona. Cierto que es un sacrificio y aun el único sacrificio indudable, que es el pan que vivifica; pero toda la excelencia de este sacrificio consiste en que quien se inmola es Jesucristo mismo; toda la inefable grandeza de la Comunión radica en ser personalmente el Verbo humanado, el alimento que nutre y vigoriza nuestra sobrehumana existencia.

Como ve el lector, en la obra de san Eymard todo va subordinado a la Eucaristía e informado por la misma. Él infiltra el espíritu eucarístico hasta en los últimos repliegues del corazón humano y de la vida cristiana. La Eucaristía es "el centro del mundo católico".

Al atribuir tal preponderancia a la Eucaristía entendía no hacer otra cosa que sacar las conclusiones implícitamente contenidas en lo que Jesucristo nos ha dicho del inefable misterio de nuestros altares, y en este punto la experiencia enseña que su palabra y sus escritos han sido una verdadera revelación para muchos.

Y no se vaya a creer que esto limita el horizonte de la

actividad sobrenatural. Antes al contrario, ensanchándola, la concreta. "La divina Eucaristía –escribe él mismo– es suficientemente grande y poderosa para bastarse; todo debe salir de ella y volver a ella. Uno debe ser su espíritu –el de su Congregación y el de todas sus asociaciones– y proceder de este divino Corazón. Su regla, sus obras, sus medios, todo se encuentra en la adorable Hostia. Pluguiera a Dios que fuésemos bastante santos y estuviésemos suficientemente abrasados para verla (la regla) y leerla en Jesucristo sacramentado". "Tenemos la Eucaristía: ¿qué más queréis?", dijo en su último sermón, y en su lecho de muerte repitió: "¿Por qué lloráis? Tenéis la Eucaristía; eso basta".

A la verdad, la Eucaristía lo abarca todo. Es la santísima Trinidad, dado que la segunda Persona no se encuentra sin las otras dos; es Jesucristo mismo, en su encarnación y su redención, pero en la forma definitiva que quiso tuvieran para los mortales, es la vida divina cuya participación engrandece a los santos haciéndolos a su vez dignos de culto. ¿Qué verdad hay o qué misterio que no confluya a la Eucaristía?

Y si todo esto es así, si la Eucaristía es el Verbo encarnado, nuestro Rey inmortal en persona, a quien todos los días ofrecemos en sacrificio, y recibimos en comunión y adoramos en su trono de amor; si la Eucaristía es fin, medio y esencia del culto católico y forma el meollo del alimento que nutre las almas deificadas, ¿no es natural que Dios suscitara cuando a bien tuviese, un gran apóstol cuya misión fuera llevar estas verdades trascendentales al máximum de conciencia en las almas cristianas? ¿No era natural también que este heraldo del reinado eucarístico fuera profetizado, al igual que otros grandes santos, antes de nacer?

Así fue efectivamente, y así lo declara la Santa Sede en el Decreto en que proclama la heroicidad de sus virtudes y reconoce la admirable fidelidad con que correspondió a su misión. "Hay algo dice el susodicho Decreto[1] cuyo texto examinó S. S. Pío XI con mucho cuidado y aun hizo variar en algunas frases–, hay algo que no puede pasarse por alto, sino al contrario, digno es de atenta consideración, como que contiene magnífico presagio del destino y

[1] Leyóse el 11 de junio de 1922 y lo publicó el órgano oficial de la Santa Sede, *Acta Apostolicae Sedis,* de 1 de julio, pp. 386388.

papel asignados por la divina providencia a Pedro Julián Eymard: Rem namque paulo altius repetenti aliquid occurrit, quod silentio non est praetereundum, sedulo immo est perpendendum, quippe quo nobile continetur praesagium futurae sortis et muneris, quae, ut provisum a Deo erat, venerabilem Petrum Julianum Eymard manebant. *Como relatan las actas jurídicas, aun antes del nacimiento del siervo de Dios habíase predicho a los cónyuges Eymard que no tardarían en tener un hijo, quien no sólo proporcionaría singular gloria a su familia, sino lo que mucho más es fundaría una familia religiosa totalmente dedicada y consagrada a promover y dilatar el culto del santísimo Sacramento. La verdad de este vaticinio quedó admirablemente probada por los acontecimientos que señalaron la primera edad y las varias subsiguientes etapas de la vida de san Pedro Julián.*

De donde se sigue que quien cuidadosa y escrupulosamente considerare todo lo que hizo y obró Pedro Julián durante su vida, no podrá menos de reconocer y confesar que lo que le confiara Dios como una misión lo persiguió con constancia y fidelidad admirables y cumplió plenamente romo su propia vocación".

MAGISTERIO EUCARÍSTICO TRIPLE

La grande obra del Verbo encarnado fue la glorificación perfecta de Dios y la redención del mundo mediante el sacrificio de la Cruz. La grande obra de Jesús sacramentado es la continuación de la perfecta glorificación divina y de la redención mediante el sacrificio del altar: Quia quoties hujus hostiae commemoratio celebratur, opus mostrae redemptionis exercetur[2], *dice la Liturgia. La Eucaristía es, pues, ante todo, sacrificio. El santo estaba penetrado de esta verdad. "La santa misa, que renueva la inmolación del Salvador y nos aplica personalmente todo el mérito del sacrificio de la cruz, es el acto más excelso, más santo, más meritorio para el hombre y más glorioso para Dios", dice en el Directorio que escribió para sus agregados. Recomendaba mucho la asistencia cotidiana a la misa. Hasta el mismo método de oración, que dio a*

[2] Dom. IX post. Pent., secreta.

sus hijos y que el lector encontrará expuesto en esta obra, está calcado sobre el santo sacrificio de la misa, por entender que no cabe hacer oración más perfecta que imitando en lo posible la oración por excelencia de Jesucristo y de la Iglesia.

Respecto de la Comunión, fue apóstol entusiasta de la Comunión frecuente, porque veía en ella el gran medio de vivir de Jesucristo y también el mejor medio de unirse al sacrificio de Jesucristo. "En los primeros tiempos asistir al santo Sacrificio y comulgar eran dos actos casi inseparables, y los pastores de la Iglesia han aconsejado siempre con especial ahínco unirlos. De ahí que el Concilio de Trento desee ver comulgar a los fieles en cada misa que oyeren para poder participar de todo el fruto del santo sacrificio y unirse a la comunión del Sacerdote de una manera más perfecta".

El apostolado de san Pedro Julián y su magisterio espiritual se extendía a la Eucaristía considerada desde todos sus aspectos, pero de un modo muy particular tenía por objeto el misterio de la real presencia.

Aunque oculto y anonadado bajo los velos eucarísticos, no por eso deja de ser nuestro Salvador el soberano monarca del universo, principio y fin de la tierra y de los astros todos. Cuanto más se humilla por amor nuestro, tanto más digno es nuestro Rey de que le erijamos tronos magníficos y promovamos su reinado social sobre todo el mundo. "Jesús sacramentado es un conquistador que quiere someter a su dulce imperio el universo entero", y la realización de este deseo por la exposición solemne del santísimo Sacramento y por el culto de la adoración fue lo que más le preocupó. "Hoy en día la exposición solemne de Jesús sacramentado es la gracia y la necesidad de nuestra época... Los planetas quedan a oscuras cuando el sol se eclipsa. La devoción a los santos no tiene eficacia sino por Jesucristo, a quien debe conducirnos. Cuando el Rey no recibe honores, sus miembros carecen de prestigio, y cuando el soberano es insultado, todos los ministros son también menospreciados. El gran mal del tiempo presente está en que no se va a Jesucristo como a Salvador y Dios..."

¿Qué hacer? Volver al manantial de la vida, a Jesús; pero no sólo a Jesús de paso por la Judea, o a Jesús glorificado en el cielo, sino sobre todo a Jesús presente en la Eucaristía. "Hay que hacerle

salir de su retiro para que se ponga de nuevo a la cabeza de la sociedad cristiana que ha de dirigir y salvar. Hay que construirle un palacio, un trono, rodearle de una corte de fieles servidores, de una familia de amigos, de un pueblo de adoradores".

Preparar el advenimiento de este reinado eucarístico "tan bueno, tan hermoso, tan poderoso, tan delicioso para el alma que penetra su secreto", tal fue más en particular su obra providencial en la Iglesia.

Y así escribe el decreto de aprobación de los dos milagros requeridos para la canonización, con fecha 15 de julio de 1962: "Entre los amantes insignes de la divina Hostia, que crearon Institutos y asociaciones para extender el esplendor de los ritos sagrados. Adorar al augustísimo Sacramento de día y de noche y para desagraviar los desacatos y las injurias al mismo inferidas, obtiene el puesto principal (principem locum obtinet) fuera de toda duda el Beato Pedro Julián, *fundador de los presbíteros y de las siervas del santísimo Sacramento".*

EL CONJUNTO DE LOS ESCRITOS DE S. PEDRO JULIÁN EYMARD

Nos hallamos en tiempos en que los escritos de los grandes personajes de la historia son apreciados extraordinariamente: Son reliquias que se guardan como joyas.

Por eso se multiplican las pesquisas para hallar los originales, descifrarlos, sin perder una coma, ni un acento. Se publican los textos críticos, a los que se atribuye importancia documental de valor incalculable.

Se han editado así libros admirables, primero, sobre la Biblia, como tenía que ser; luego, sobre liturgia, sobre autores de espiritualidad... La B. A. C. nos ha propinado preciosidades de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola...

I. Idea general de los escritos de S. Pedro Julián

Ediciones Eucaristía lanzó en 1949 un tomo de 1504 páginas, cuyo éxito ha sido de los buenos. El densísimo contenido del mismo correspondía a los epígrafes siguientes:

1. "La presencia real".
2. "La sagrada comunión".
3. "La Eucaristía y la vida cristiana".
4. "Ejercicios espirituales a los pies de Jesús sacramentado".
5. "La Eucaristía y la perfección religiosa".

Ahora sale otra edición más esmerada de la misma obra. Al ser canonizado el autor de tan bella doctrina eucarística y espiritual, el nuevo tomo será seguramente de gran aceptación.

Mas prescindamos, por el momento, de esta publicación para estudiar la serie de libros que se han publicado o se hallan en vías de editarse por parte de la curia generalicia de los PP. Sacramentinos.

Han aparecido los volúmenes siguientes, en francés:

1. Dos sobre la *Presencia real.*
2. Dos sobre *Fiestas y Misterios.*
3. Uno sobre *La santa Misa y la sagrada Comunión.*

4. Uno sobre *El Sacerdote.*

5. Uno sobre *La Eucaristía y la Vida cristiana.*

6. Uno sobre *El Gran Retiro de Roma.*

No se trata, en los siete primeros tomos, de una edición propiamente crítica, pero sí depurada, de hecho, próxima a la crítica. Bastantes veces aparece el marco histórico del escrito respectivo.

No se trata tampoco de libros sistemáticos salidos de la pluma del Santo, sino en su mayor parte de compilaciones de escritos suyos independientes, recogidos y ordenados por la Curia generalicia de los sacramentinos.

Cuantos han saboreado el tomo que hemos señalado anteriormente de las obras de Pedro Julián supondrán la variedad y riqueza de los pensamientos eucarísticos contenidos en los siete tomos publicados recientemente como más auténticos del Santo.

Queriendo mostrar esa variedad y esa riqueza, habría que transcribir aquí al menos parte de los índices que no corresponden a las materias aparecidas en el tomo editado en 1949.

Vayan siquiera las 20 conferencias o sermones que permanecían inéditos, según el primer tomo de la *presencia real:*

1. La adoración del santísimo Sacramento: Razón de ser y actualidad.
2. El cordero pascual, figura de la Eucaristía.
3. La promesa de la Eucaristía: El hecho.
4. La promesa de la Eucaristía: Las disposiciones.
5. La institución de la Eucaristía.
6. Esto es mi cuerpo.
7. La Eucaristía manifestada al hombre.
8. El ministro de la Eucaristía: La persona del sacerdote.
9. El ministro de la Eucaristía: Su poder de consagrar.
10. Por todas partes y siempre.
11. La fe plenaria en la Eucaristía.
12. El sacramento de amor.
13. Los tres bienes del amor.
14. El amor y el culto de la Eucaristía.
15. La visita al santísimo Sacramento.
16. El sacramento de vida.
17. Vida íntima con Jesús.
18. Reinado de la Eucaristía en el cristiano.

19. La Eucaristía, lazo de sociedad con el hombre.
20. La Eucaristía y la sociedad cristiana.

En el volumen de la *Eucaristía y la vida cristiana* las conferencias e instrucciones vienen amparadas por los subtítulos siguientes: Consideraciones generales sobre vida espiritual; Deberes propios de los padres de familia, de las madres de familia, de los jóvenes; Directivas a los Agregados del santísimo Sacramento; Deberes para con la Eucaristía, devoción a la Reina del Cenáculo, devoción a la santa Iglesia, la vida interior; Deberes de sociedad y de estado. Inmensidad de consideraciones admirables y reglas prácticas. Sobre todo, las directivas a los Agregados constituyen el escrito más sistematizado del Santo y sus normas sobre el amor eucarístico acaso sea lo mejor escrito en la materia.

En el volumen dedicado al *sacerdote* hay tres partes: Dignidad del sacerdote; santificación del sacerdote; ministerio sacerdotal. Se acaba con unas meditaciones independientes. En total, unas cincuenta y cinco conferencias o meditaciones, en 207 páginas.

Quien recorre las 680 páginas de los dos volúmenes primeros, las 740 de los dos sobre las fiestas y misterios, las 297 sobre el sacerdocio y las 418 sobre la Eucaristía y la vida cristiana, un total de 2.135 páginas, no puede menos de bendecir al Señor, porque nos ha dejado tanta preciosidad eucarística y espiritual.

Cuando todo esto salga a luz en español podremos todos juzgar si no es oportuno colocar a S. Pedro Julián entre los autores espirituales de renombre, salvando una laguna existente entre nuestros maestros de historia literaria religiosa.

En cuanto al *Gran Retiro de Roma,* nada más aquí que anunciar un estudio suyo, crítica magistral, salido en 1962, en vista de su importancia, única para los religiosos del santísimo Sacramento, sobre todo.

II. Otros escritos

Se espera la publicación de otros volúmenes.
1. Uno sobre la Virgen María.
2. Uno o dos con conferencias a los Terciarios de María.

3. Uno con doce retiros mensuales dados por el Santo. Cada retiro comprende una instrucción, una lectura y una preparación a la muerte.

4. Uno posiblemente sobre los deberes de estado de perfección: Vida religiosa, institutos seculares.

5. Uno posiblemente también de escritos sueltos, que no es fácil acoplar en un tratado homogéneo.

6. Uno con unas 2.500 cartas que existen del Fundador.

7. Monografías verdaderas sobre la obediencia religiosa, el silencio, la oración, la modestia, que formarían una excelente colección.

8. En la colección reservada a la Congregación del santísimo Sacramento se han publicado ya los fascículos de los viacrucis.

9. Uno con instrucciones que diera el Santo a las siervas del santísimo Sacramento, según el orden de las Constituciones. No existen los manuscritos del Padre, sino les dieron origen los apuntes tomados por una de las Siervas, María de Broisgrollier.

III. Características de los escritos

Hay que tener presente que Pedro Julián no fue un profesional de la pluma.

Por tanto, en la mayor parte de sus escritos no hay que buscar, como se ha dicho, ni sistematización doctrinal ni toda aquella precisión expositiva a que tienden los escritores.

En la mayor parte de sus escritos se ha dicho, y es que cabe exceptuar el *Directorio de los Agregados.* Aquí se muestra el verdadero escritor por la firmeza de sus enseñanzas y por el nervio expositivo.

Apuntemos algunas características.

1. La *extensión* de su doctrina es muy notable. Pedro Julián, preparado providencialmente a su misión, fue puesto en contacto con todos los estados de vida, todas las clases de la sociedad. Sucesivamente coadjutor, párroco, religioso y provincial entre los maristas, superior de colegio y director de la tercera Orden de María, catequista de los traperos de París, penetró las necesidades de todas las categorías de almas y se convenció de la influencia ejercida

necesariamente por la Eucaristía. Fue también destacado predicador, director de Ejercicios espirituales. Era natural que en sus comunicaciones con las multitudes, con almas selectas en los retiros y en el confesonario, adquiriese verdaderos tesoros de experiencia, los cuales se tradujeron en los apuntes que felizmente nos legó. Trató especialmente a los sacerdotes, como lo prueba de sobra el tomo formado con las varias conferencias que les dirigiera y con los ejercicios que les diera. No menos a los religiosos y a las religiosas.

2. La *sabiduría* y la profundidad de la doctrina expuesta, en general, son manifiestas. Habría que multiplicar, aquí las citas para saborearlas. Vayan solamente unas pocas y aquéllas breves:

"Puede decirse que nuestro siglo es el siglo de la Eucaristía; es ello la gracia y la santidad de nuestra época", (La présence réelle, La adoración del Santísimo, p. 16).

"Para conocer el valor religioso de un pueblo, de un hombre, el grado de su amor, indagad los homenajes de su culto", (Ibíd., El amor y el culto de la Eucaristía, p. 250).

"Dichoso el sacerdote que somete todo a la vida de fe, que hace todo en vista de la fe", (Le Pretre, Sanctification du prétre, p. 74).

A los padres de familia: "El que posee el don de la oración posee todos los dones; el que tiene la ciencia de la plegaria tiene la ciencia de Dios", (La Eucaristía y la vida cristiana, A los padres de familia, p. 162).

3. La *cantidad* de normas es copiosísima. Forcejean ellas por escapar de cada trozo, en el que generalmente abunda la práctica más que la teoría, más el consejo que la especulación. Se observa inmediatamente el rostro del moralista; y más que el del moralista, el del asceta y director sabio de almas.

Como muestra entre innumerables, la siguiente: "Cuanto más se entrega uno a Dios, tanto más sensible y delicado se torna. No se trata de derramar lágrimas con mayor o menor abundancia. La sensibilidad y la delicadeza del corazón son algo misterioso. No hay posibilidad de definirlas; se las siente, como se siente la vida, sin poder decir lo que es".

"Mas a medida que se aleja uno de Dios, disminuye la delicadeza. Se deja la compañía del rey para bajar a la plebe; se apega uno a las criaturas. ¡Desgraciado del que así se rebaja!" (La

vida cristiana y la Eucarística. Hay que disfrutar de Dios, p. 94)

4. La *calidad* de las reglas es extraordinaria. En los escritos eymardianos corren filones de oro. La lluvia de perlas es continua. Precisamente por eso estos escritos son atrayentes, embelesan y no pocas veces fascinan. Hace pocos días decía un Vicario general de Obispado que hace muchos años le habían llamado la atención. Por todas partes se dan muestras de aprecio.

Entremos en la mina para recoger solamente alguna pepita: "La obra del Sacramento en el hombre es la espiritualización de éste enteramente: De su espíritu, corazón y, mediante ellos, sus sentidos", (La presencia real II. La Eucaristía espiritualiza al hombre, p. 146).

"Nuestro Señor debe ser nuestro modelo en el santísimo Sacramento. ¿De qué forma nos da ejemplo de la santidad? Veamos cuál es la forma del estado eucarístico; ella nos indicará algunas de las virtudes. Por el exterior, se puede enjuiciar el interior", (Jesús, modelo en el Sacramento, en el tomo II de la Presencia real, p. 169).

Claro está que tanta calidad de pensamientos y normas es fruto de una inteligencia aguda y de fina psicología, unidas a una experiencia rica.

5. La *originalidad* del santo en algunas de sus enseñanzas se halla fuera de discusión. Sus consideraciones, muchas veces, no son tan corrientes. Los puntos en los que se expone la doctrina de la ejemplaridad del Señor sacramentado no tienen sino demasiados pocos expositores antiguos y pocos imitadores. Sobre todo la insistencia machacona del santo sobre este aspecto, en escritos privados y oficialmente aprobados como las Constituciones de sus hijos espirituales, parece debe atribuirse a una idea santamente obsesionante y a una práctica singular.

Hay que reconocerle originalidad sobre todo en la doctrina del don de la personalidad. Nombre y estudio de la cuestión desde el punto de vista eucarístico son propiamente suyos, aunque otros aspectos del don de sí al Señor sean relativamente comunes a los autores.

Es el momento de repetir lo que nos escapó en 1947:

"La doctrina del don de sí a Dios es tan vieja como el servicio de Dios y fue plasmada en los sacrificios del antiguo testamento; sobre todo se meció en los vaivenes de la cuna de Belén; retozó en la juventud divina de Nazaret; voló en las ondas emitidas por el Orador

más inmortal de los siglos; ardió brillantemente en la tragedia del Gólgota y conoció océanos inmensos en el cenáculo, clavándose como flecha indeleble sobre todo en el texto del dinámico converso de Tarso: *Vivo ego, iam non ego, vivit vero in me Christus* (Gal 2, 20).

El mérito de nuestro Padre consiste a este respecto:

a) En haber comprendido esta doctrina con insospechados lazos de unión con la Eucaristía.

b) En haberla presentado e impuesto a las almas eucarísticas multitud de veces y con un conjunto rico de ideas profundas y prácticas, como se desprende de las Constituciones y de las demás enseñanzas del fundador.

c) En haberla practicado con voto, quizá el primero, dejándonos un ejemplo extraordinario de *desposesión propia* en aras de amor a Jesús eucarístico.

Genialidad la del nuevo Santo al fundir conceptos viejos, como son los del don de sí, con los conceptos de misa, comunión, adoración, servicio integral eucarístico.

6. *Eucaristicidad.* Muchos de los escritos del Santo son simplemente espirituales. Sin embargo, la idea predominante en ellos es la eucarística. Por eso, toda la producción literaria de Pedro Julián ha podido venir bajo el único título general de *Escritos Eucarísticos.*

No insistimos. Baste en este momento con citar un texto del decreto que aprueba los dos milagros requeridos para la canonización, de fecha del 15 de julio de 1962: "Inter insignes huius divinae Hostiae cultores, qui Instituta et sodalitates ad Eucaristicorum rituum splendorem amplificandum atque augustissimum Sacramentum dies noctesque assidue adorandum, vel illatas eidem contumelias iniuriasque sarciendas addicta, condiderunt, PRINCIPEM obtinet locum procul dubio beatus Pedrus Julianus Eymard".

Fácilmente se desprende que el campeón eucarístico imprimiera su característica predominante también a sus escritos, no menos que a sus predicaciones, actividades y fundaciones.

IV. Valor literario

Jamás cruzó por la mente del santo hacer literatura. Tampoco lo había pretendido santa Teresa.

Sin embargo, Eymard es literato, porque, sin pretenderlo, escribe con arte, del mismo modo que escribía, sin ser profesionalmente teólogo, con teología dogmática, moral y ascética.

Su estilo es espontáneo, natural, de cláusulas cortas, tajante, lapidario, aunque es penetrado de cierta inimitable dulzura que le es característica.

Por estas frases se sienten la convicción del vidente, el sabor de quien experimenta, el sentimiento de quien disfruta.

En esas exposiciones se cristaliza un alma vibrante, apasionada de Jesús eucarístico sobre todo, inquieta por contagiar servicio integral al Amo del sagrario y celosa por pegar fuego a las almas.

Por otra parte, las cláusulas son diáfanas, transparentes, aun cuando abran a la investigación del teólogo y del psicólogo vastos horizontes. La nebulosidad no tiene cabida en el cerebro clarividente del Santo.

Todas estas cualidades de su estilo parecen las exigidas por las costumbres de nuestros días, que gustan más de formas directas, rápidas y claras.

Se ponen algunos ejemplos de lo expuesto:

Al hablar de mortificación, en la *Vida cristiana y la Eucaristía,* p. 63: "El que goza, quisiera gozar siempre. Hay que abandonar el goce y tomar la propia cruz. Acordaos de la lección del Tabor... Hay que amar más a Dios que sus dones. Precisa adoptar esta máxima como regla vuestra y vuestro principio de conducta".

En notas manuscritas, sin fecha, expone la subida hacia Dios, en el mismo libro, p. 11:

"El hombre degradado, gravemente herido en su naturaleza por el pecado original, siente vergüenza de estar consigo mismo. El pensamiento de Dios le resulta difícil. Gusta de vivir con las locuras de la imaginación, que le divierte y engaña casi toda su vida".

En la conferencia "Fuerza y constancia", p. 51 del mismo volumen: "Hay muchas vocaciones religiosas en el mundo; mas, para responder al llamamiento divino, precisaría un gran golpe. No hay valor para darlo. El fondo de nuestra naturaleza es cobardía. El orgulloso mismo es el más cobarde de todos: Quiere aparecer libre, pero en realidad se halla entre cadenas".

Podría decirse que san Pedro Julián salpica su estilo de metáforas, de imágenes, que vienen a sensibilizar su densa y viril doctrina. Por ende, resulta la lectura de sus obras amena y apta para toda clase de comunidades y toda clase de lectores.

ORACIONES LITÚRGICAS AL NUEVO SANTO

ORACIÓN

Te rogamos, Señor, que nos proteja la intercesión y nos informe la piedad de san Pedro Julián que fue eximio amante del sagrado misterio del altar. Por Nuestro Señor Jesucristo...

SECRETA

Te rogamos, Señor, que estos sagrados misterios enciendan en nosotros el ardor de la caridad, con que mereció san Pedro Julián inmolar al Cordero sin mancha. Por el mismo Señor Jesucristo.

POSCOMUNIÓN

Recibe, Señor, propicio, las gracias que en la fiesta de san Pedro Julián te damos por los dones otorgados; y haz que percibamos frutos abundantes del celestial manjar con que hemos sido alimentados. Por nuestro Señor...

PRIMERA PARTE

CONSIDERACIONES Y NORMAS EUCARÍSTICAS DE VIDA CRISTIANA

Primera serie

LA PRESENCIA REAL

Puntos de adoración sobre la vida y las virtudes de nuestro Señor en el santísimo Sacramento

DIRECTORIO PARA LA ADORACIÓN

La adoración en espíritu y en verdad

Pater tales quaerit qui adorent eum... in spiritu et veritate
"El Padre busca adoradores en espíritu y en verdad" (Jn 4, 23)

La adoración eucarística tiene por objeto la divina Persona de nuestro señor Jesucristo presente en el santísimo Sacramento.

En este divino Sacramento Jesús está vivo y quiere que le hablemos. Él por su parte hablará con nosotros.

Todos pueden conversar con nuestro Señor, puesto que allí se ha quedado para todos. Además, ¿no dijo, sin exceptuar a nadie, "Venid a mí todos"?

Este coloquio espiritual que se establece entre el alma y nuestro Señor es la verdadera meditación eucarística, es lo que constituye en realidad la adoración.

A todos se conceden las gracias necesarias para hacer bien esta adoración; mas para asegurar el éxito y evitar la rutina y la aridez de espíritu y del corazón, es necesario que los adoradores sigan los movimientos de su gracia particular y los que les inspiren los diversos misterios de la vida de nuestro Señor, de la santísima Virgen y de las virtudes de los santos, a fin de honrar y glorificar al Dios de la Eucaristía, por todas las virtudes de que nos dio ejemplo durante su vida mortal, lo mismo que por las virtudes de los santos, para quienes Él mismo fue la gracia y el fin, y hoy es la corona de gloria.

Vuestra hora de adoración la habéis de considerar como una hora de paraíso; id a ella como si fueseis al cielo, como a un banquete divino, y veréis cuánto la deseáis, y cómo la saludáis con regocijo. Fomentad suavemente en vuestro corazón su deseo. Repetid en vuestro interior: "Dentro de cuatro, de dos, de una hora... iré a la audiencia de amor y de gracia que me ha concedido nuestro señor Jesucristo. Él es quien me llama, me espera, y desea tenerme a su

lado".

Cuando os toque una hora costosa a la naturaleza, alegraos más: con el sufrimiento crecerá vuestro amor a Jesús: aceptadla como una hora privilegiada, pues os valdrá por dos.

Si por vuestros achaques, enfermedad o por otra causa cualquiera os encontráis imposibilitados de hacer vuestra adoración, dejad que el corazón se contriste un instante y volad con el pensamiento al lado de Jesús, uniéndoos espiritualmente a los que le adoran en esos momentos. Durante vuestros viajes, cuando estéis ocupados en vuestros trabajos o postrados en el lecho del dolor, procurad guardar mayor recogimiento y conseguiréis el mismo fruto que si hubieseis podido ir a postraros a los pies del buen maestro. Él os tomará en cuenta esta hora y tal vez se duplicará su valor.

Id a nuestro Señor como sois, haciendo la meditación con toda naturalidad. Antes de echar mano de los libros, agotad el caudal de vuestra piedad y de vuestro amor. Aficionaos al libro de la humildad y del amor, cuya lectura es inagotable. Bien está que os valgáis de algún libro piadoso, para volver al buen camino del que os habíais desviado cuando el espíritu comenzó a divagar, o se adormecían vuestros sentidos; pero tened en cuenta que el buen Maestro prefiere la pobreza de vuestro corazón a los más sublimes pensamientos y santos afectos que os puedan prestar otros. Busca vuestro corazón y no el de los demás; busca los pensamientos y la oración que de él os broten como expresión natural del amor que le profesáis.

Frecuentemente, el no querer presentarnos al Señor con nuestra propia miseria y pobreza, que nos humilla, es efecto de un sutil amor propio, de la impaciencia o de la cobardía; y, sin embargo, eso es lo que prefiere a todo lo demás y lo que en nosotros ama y bendice. ¿Es la aridez la que seca vuestros afectos? ... Glorificad a Dios y pedidle su gracia, sin la cual nada podéis: abrid entonces vuestra alma a las influencias del cielo, como la flor abre su cáliz a la salida del sol para recibir el benéfico rocío.

Si os halláis en la más completa impotencia, con el espíritu sumido en tinieblas, zarandeado el corazón por su frivolidad y el cuerpo atormentado por el dolor, haced la adoración del pobre, salid de vuestra pobreza e id a refugiaros en nuestro Señor; o bien, ofrecédsela para que su bondad tenga la ocasión de convertírosla en abundante riqueza, lo cual será una obra digna de su gloria.

Pero resulta que os encontráis tristes y afligidos, de manera que todo se revela en vosotros y os impulsa a dejar la adoración, so pretexto de que ofendéis a Dios, de que, en vez de servirle, le deshonráis... ¡Oh, no!, no le prestéis oídos, ni os seduzca tan especiosa tentación, pues esa adoración es la adoración del combate, con lo que probáis vuestra fidelidad a Jesús contra vosotros mismos. No, no; no le desagradáis, antes al contrario, regocijáis a vuestro Señor que os está mirando. Si Satanás ha turbado vuestra quietud y sosiego es porque Él se lo ha permitido, y ahora, viendo cómo peleáis, espera que le prestéis el homenaje de vuestra perseverancia hasta el último instante del tiempo que le habéis prometido. Que la confianza, la sencillez y un grande amor a Jesús os acompañen siempre que vayáis a adorarle.

II

¿Queréis ser felices en el amor a Jesús? Vivid pensando continuamente en la bondad de Jesús, bondad siempre nueva para vosotros. Ved cómo trabaja el amor de Jesús sobre vosotros. Contemplad la belleza de sus virtudes; considerad más bien los efectos de su amor que sus ardores; el fuego del amor es en nosotros algo pasajero, pero su verdad permanece. Comenzad todas vuestras adoraciones por un acto de amor, que así abriréis deliciosamente el alma a la acción de la divina gracia. Muchas veces os detenéis en el camino porque empezáis por vosotros mismos; otras os extraviáis, porque os fijáis en alguna otra virtud que no es la del amor. ¿No abrazan los niños a su madre aún antes de hacer lo que les manda? El amor es la única puerta del corazón.

¿Queréis distinguiros por la nobleza de vuestro amor?... Al que es el amor por esencia habladle del amor. Hablad a Jesús de su Padre celestial, a quien tanto ama; recordadle los trabajos que se ha impuesto por la gloria de su Padre e inundaréis su espíritu de felicidad. Él, en retorno, os amará cada vez más.

Hablad a Jesús del amor que tiene a todos los hombres y veréis cómo la alegría y el contento ensanchan su divino pecho, al mismo tiempo que vosotros participáis de esos dulces afectos; habladle de la santísima Virgen y le renovaréis la dicha de un buen hijo que, como Jesús, ama entrañablemente a su madre; habladle de sus Santos y le glorificaréis reconociendo la eficacia de su gracia.

El secreto del amor está en olvidarse, como san Juan Bautista, de sí mismo, para ensalzar y alabar a Jesucristo.

El verdadero amor no atiende a lo que da, sino a lo que merece el amado.

Si obráis de esta manera, satisfecho Jesús de vuestra conducta, os hablará de vosotros mismos, os manifestará su cariño y preparará vuestro corazón para que al aparecer en él los primeros rayos del sol de su divino amor quede abierto a la acción de la gracia, a la manera que la flor, húmeda y fría durante la noche, abre su corola al recibir los primeros fulgores del astro del día. Entonces su voz dulcísima penetrará en vuestra alma como el fuego penetra en los combustibles y podréis decir con la esposa de los Cantares: “Mi alma se ha derretido de felicidad a la voz de mi amado” (Cant 5, 4). Escucharéis esta voz en silencio, o mejor, en el acto más intenso y suave del amor: os identificaréis con Él.

El obstáculo más deplorable al desenvolvimiento de la gracia del amor en nosotros es el comenzar por nosotros mismos tan pronto como llegamos a los pies del buen Maestro, hablándole, enseguida, de nuestros pecados, de nuestros defectos y de nuestra pobreza espiritual; es decir, que nos cansamos la cabeza con la vista de nuestras miserias, y contristamos el corazón oprimiéndolo por el pensamiento de tanta ingratitud e infidelidad. De esta manera la tristeza produce pena, y la pena desaliento; y, para recobrar libertad en presencia del Señor, no salimos de este laberinto sino a fuerza de humildad y de angustia y de sufrimiento.

No procedáis así en adelante. Y comoquiera que los primeros movimientos de vuestra alma determinan, de ordinario, las acciones subsiguientes, ordenadlos a Dios y decidle “Amado Jesús mío, ¡cuánta es mi felicidad y qué alegría experimento al tener la dicha de venir a verte, de venir a pasar en tu compañía esta hora y poderte expresar mi amor! ¡Qué bueno eres, pues que me has llamado; cuán amable, no desdeñándote en amar a un ser tan despreciable como yo! ¡Oh, sí, sí; quiero corresponder amándote con toda mi alma!”.

El amor os ha abierto ya la puerta del corazón de Jesús: entrad, amad y adorad.

III

Para ser buenos adoradores es preciso que recordéis

continuamente que Jesucristo, realmente presente en la sagrada Eucaristía, reproduce y glorifica en ella todos los misterios y todas las virtudes de su vida mortal.

Recordad que la santísima Eucaristía es Jesucristo con su pasado, presente y futuro; que es el último desenvolvimiento de la Encarnación y de la vida mortal del Salvador. Por la sagrada Eucaristía Jesucristo nos comunica todas las gracias, a Ella afluyen todas las verdades, y al pronunciar la palabra Eucaristía lo hemos dicho todo, puesto que es Jesucristo mismo.

Sea la adorable Eucaristía el punto de partida al comenzar vuestras meditaciones sobre los misterios, las virtudes y verdades de la religión. Puesto que ella es el foco y las demás verdades los rayos, partamos siempre del foco y así irradiaremos también nosotros.

¿Qué cosa más sencilla que relacionar el nacimiento de Jesús en el establo de Belén con su nacimiento sacramental sobre el altar y en nuestros corazones?

¿Quién no ve en la Hostia encerrada en el sagrario una continuación de la vida oculta de Jesús en Nazaret; y en el santo sacrificio de la misa, que se ofrece sin interrupción en todas partes, una celebración de la pasión del Hombre-Dios en el calvario?

¿No es Jesucristo en el santísimo Sacramento tan dulce y humilde como lo fue en su vida mortal?

¿No es ahora, como entonces, el buen Pastor, el consolador por excelencia, el amigo más fiel de todos los hombres?

¡Feliz el alma que sabe encontrar en la Eucaristía a Jesús y todas las cosas!

DIRECTORIO PRÁCTICO PARA LA ADORACIÓN

Semper viven ad interpellandum pro nobis.
"Jesús vive siempre para interceder por nosotros" (Hb 7, 25)

El santo sacrificio de la misa es la más sublime de todas las oraciones, pues Jesucristo se ofrece en él a su eterno Padre, le adora, le da gracias, le ofrece digna reparación y ruega continuamente por su Iglesia, por todos los hombres, sus hermanos y por los pobres pecadores.

¡Oración sublime que no cesa un instante del día ni de la noche en virtud del estado de víctima de Jesús en la Eucaristía! Ella sola es toda la religión, el ejercicio acabado de todas las virtudes. Unamos nuestras oraciones con la de nuestro Señor y oremos como Él por los cuatro fines del sacrificio.

I. – *La adoración*

El objeto formal de los actos de adoración eucarística es la excelencia infinita de Jesucristo, digna por sí misma de todo honor y gloria.

Uníos, en espíritu, a los moradores de la corte celestial cuando, postrados al pie del trono del Cordero, prorrumpen en alabanzas, exclamando:

"¡Al que está sentado en el trono y al cordero, bendición y honra, gloria y potestad por los siglos de los siglos!" (Ap 5, 13). Uníos a los veinticuatro ancianos que, deponiendo las coronas de sus sienes, las rinden a los pies del Cordero. Y después, puestos al pie del trono eucarístico, ofreced vuestra persona, vuestras facultades y todas vuestras obras, diciéndole: "A Ti solo, honor y gloria".

Contemplad la grandeza del amor de Jesús al instituir, multiplicar y perpetuar la divina Eucaristía hasta el fin de los siglos;

admirad su sabiduría infinita por una invención tan divina, que llena de asombro a los mismos ángeles; reverenciad su poder soberano triunfador de todos los obstáculos; ensalzad su divina bondad que le sirve de norma en la distribución de sus dones.

Pensad que vosotros mismos sois el fin de la institución del mayor y más santo de todos los sacramentos, puesto que lo que ha hecho por todos, lo hubiera de igual manera ejecutado si hubieseis sido solos en el mundo; ¡qué amor!... Vuestra alma debería sentirse enajenada por inefables transportes de amor y felicidad.

Reconoced vuestra incapacidad para tributar a Jesús sacramentado la adoración que se merece y buscad en el ángel de la guarda, vuestro fiel compañero durante la vida, el mejor y más generoso auxiliar. ¡Con qué gozo desempeñará con vosotros aquí en la tierra este oficio de adorador, que debe continuar en vuestra compañía eternamente en la gloria!

Juntad vuestra adoración con la de la Iglesia cuando estáis a los pies de Jesús sacramentado, que ella os lo ha confiado y quiere que la representéis allí.

Ofreced, con las vuestras, las adoraciones de todos los justos de la tierra y las de todos los ángeles y santos del cielo; pero, sobre todo, las adoraciones de la virgen María y de san José, cuando ellos solos, dueños de tan rico tesoro, eran toda la familia y toda la corte de Dios escondido.

Adorad a Jesús mediante Jesús mismo; esta es la más perfecta adoración; Él es, a la vez, Dios y hombre, vuestro salvador y vuestro hermano.

Y al Padre celestial adoradle mediante Jesús, su divino Hijo, en quien tiene todas sus complacencias, y así vuestra adoración puede tener el mismo valor que la de Jesús porque Él se la habrá apropiado.

II. – ***La acción de gracias***

La gratitud es el acto de amor más dulce al corazón y más agradable a Dios. Es el tributo justísimo que debe pagar cada uno a su infinita bondad. Por eso la Eucaristía, que significa “acción de gracias”, es por sí mismo perfecto agradecimiento; es Jesús mostrándose agradecido por nosotros a su Padre celestial; es nuestra

propia acción de gracias.

Agradeced de corazón a Dios Padre la donación que os ha hecho de su amado Hijo, no sólo como vuestro Salvador en la Encarnación, como vuestro Redentor en la cruz y como vuestro Maestro en cuanto a la verdad, sino, sobre todo, por ser Él vuestro pan de vida, vuestro cielo anticipado, vuestra Eucaristía.

Mostraos igualmente reconocidos al Espíritu Santo, porque, mediante la voz del sacerdote, continúa reproduciendo en el altar todos los días el misterio de la Encarnación que comenzó en el seno virginal de María.

Y como aroma de perfumado incienso, como la más hermosa armonía de vuestra alma, como el más puro y delicado sentir de vuestro corazón, elévese hacia el trono del Cordero, hacia el Dios oculto en la Hostia santa, la oración más agradecida que puedan pronunciar vuestros labios.

Imitad en vuestra acción de gracias la humildad de santa Isabel cuando recibe a María llevando al Verbo encarnado; el estremecimiento de san Juan Bautista en presencia de su Señor, oculto, como él, en el claustro materno; la alegría y generosidad de Zaqueo al recibir la visita de Jesús; asociaos a la Iglesia y a la corte celestial, y para que vuestra acción de gracias sea continua y cada vez más fervorosa, haced lo que los bienaventurados en el cielo; contemplad la belleza y la bondad, siempre antigua y siempre nueva de este Dios escondido que en el altar continuamente muere y renace por nosotros.

Contempladle en su estado sacramental. Para llegar a nosotros de esta manera, ¡cuántos sacrificios ha tenido que imponerse desde el cenáculo!; ¡qué combates ha tenido que sostener contra las exigencias de su propia gloria sacrificando su libertad, su cuerpo, su persona, y rebajándose hasta el límite de la nada, sin condiciones de tiempo ni lugar, abandonándose así al amor como al odio de sus enemigos sin otra defensa que su propio amor!

A la vista de tales excesos de bondad del Salvador para con los hombres, y especialmente para con vosotros, que le poseéis, que gozáis de su presencia y en Él y por Él vivís, haced que de vuestro corazón salga la acción de gracias como sale la llama de un horno, que rodee el trono eucarístico y se junte, se una y se confunda con la llama resplandeciente y devoradora que brota del corazón de Jesús,

como de foco de inextinguible caridad. Elévense estas dos llamas al cielo hasta el solio de Dios Padre por habernos dado a su Hijo y en Él y por Él la santísima Trinidad.

III. – *La propiciación*

A la acción de gracias debe seguir la reparación, propiciación o desagravio.

Pase vuestro corazón de la alegría a la tristeza, a los gemidos, a las lágrimas y al más profundo dolor, al considerar la ingratitud, la indiferencia e impiedad de la mayor parte de los hombres para con nuestro Salvador sacramentado. ¡Cuántos hombres, en efecto, aún después de haberle amado y adorado, vuelven a olvidarlo! Pero ¿es que Él ha dejado de ser amable o ha cesado un instante de amarlos? ¡Qué ingratitud! Precisamente por ser Él demasiado amante no quieren amarle ya; por ser demasiado amante no le quieren recibir; por haberse hecho excesivamente pequeño, excesivamente humilde y casi nada, por los hombres, no quieren verle; y huyen de Él, esquivan su presencia y desechan su recuerdo que les importuna y apremia.

Además, no faltan quienes, para vengarse del excesivo amor de Jesús, le insultan, le blasfeman, y no pudiendo ignorarle reniegan de un padre tan bondadoso, de este Señor tan amable. Cierran los ojos para no ver este sol de amor, y, ¡oh dolor!, entre estos ingratos hay sacerdotes indignos, vírgenes sacrílegas, corazones apóstatas, serafines y querubines caídos...

Llorar a los pies de Jesús, menospreciado de los suyos, crucificado en tantos corazones, abandonado en tantos lugares..., esto es vuestra herencia, adoradores del santísimo Sacramento. Habéis de hacer lo posible por consolar el corazón de este padre tan tierno, pues el demonio, su enemigo, le ha arrebatado sus hijos y Él, prisionero eucarístico, no puede ya correr tras sus ovejas descarriadas y expuestas a la voracidad de los lobos. Vuestra misión es implorar gracia para los culpables, pagar por su rescate lo que la divina misericordia requiera de vuestros corazones suplicantes; constituiros víctimas propiciatorias con Jesús, quien, no pudiendo sufrir en su estado glorioso, quiere padecer en vosotros y por vosotros.

IV. – *La súplica*

Finalmente, como glorioso trofeo, debe ser la súplica o impetración la que corone todos los actos de vuestra adoración. Puede decirse que toda la fuerza y eficacia de la oración eucarística está en la impetración. No todos pueden predicar a Jesucristo con la palabra ni trabajar directamente por la conversión de los pecadores y santificación de las almas; pero sí pueden todos los adoradores desempeñar, a los pies del trono de amor y misericordia, la misión de María a los pies de Jesús, la misión apostólica de la oración, y de la oración eucarística, entre los esplendores del culto. Orar es glorificar la infinita bondad de Dios, es poner en acción su divina misericordia, es regocijar, dilatar el amor de Dios para con sus criaturas, porque orar es llenar uno de los requisitos exigidos por Dios para conceder sus favores. La oración es, pues, la mayor glorificación de Dios por el hombre. La oración es la mayor virtud del hombre: la que las comprende todas, porque todas las demás la preparan y la forman; es la fe que cree, la esperanza que suplica, la caridad que pide para dar, la humildad de corazón que la forma, la confianza que la expresa, la perseverancia que triunfa del mismo Dios. La oración eucarística tiene además otras excelencias: como dardo inflamado, va directa al corazón de Jesús, ella le hace trabajar, obrar y revivir en su Sacramento. Aun más: el adorador ruega por Jesucristo, cuando le pone en su trono de intercesión delante del Padre como abogado de sus hermanos rescatados.

Pero ¿cuál habrá de ser el objeto de vuestras oraciones? La norma y el fin de todas ellas están contenidos en la sentencia: *Adveniat regnum tuum.*

Debéis orar para que la luz de la verdad de Jesucristo alumbre a todos los hombres y de una manera especial a los infieles, judíos, cismáticos y herejes; y pedir que vuelvan a la verdadera fe y a la verdadera caridad.

También debéis pedir que la santidad de Jesús reine en todos los fieles, en sus sacerdotes y religiosos, para que Jesús viva siempre en ellos por el amor. Debéis pedir sobre todo por el romano pontífice y por todas sus intenciones; por el obispo de la diócesis y por todos los deseos que le inspire su celo; por todos los sacerdotes de la diócesis para que Dios bendiga sus trabajos apostólicos y los abrase de celo por su gloria y de amor a la santa Iglesia.

Para mayor variedad, bien podéis parafrasear la oración del padrenuestro o la bellísima plegaria que sigue:

"Alma de Cristo, santifícame; cuerpo de Cristo, sálvame; sangre de Cristo, embriágame; agua del costado de Cristo, lávame; pasión de Cristo, confórtame; ¡oh mi buen Jesús!, óyeme; dentro de tus llagas, escóndeme; no permitas que me aparte de ti; del maligno enemigo, defiéndeme; en la hora de mi muerte, llámame; y mándame ir a ti, para que con tus santos te alabe por los siglos de los siglos. Amén". Lo mismo podéis hacer con las letanías, tan piadosas, del santo nombre de Jesús.

Terminada vuestra adoración no os retiréis jamás de la presencia del Señor sin antes mostrarle vuestro agradecimiento por la audiencia de amor que tuvo a bien conceder, sin pedirle perdón de las distracciones e irreverencias que hayáis tenido, ofreciéndole, como homenaje de fidelidad, alguna flor de virtud o algún ramillete de pequeños sacrificios; después, salid de su presencia como saldrían los apóstoles del cenáculo, como se aparta el ángel del solio augusto del Señor para ir a cumplir sus soberanos mandamientos.

MÉTODO DE ADORACIÓN

Según los cuatro fines del sacrificio de la misa

La hora de adoración se divide en cuatro partes. En cada cuarto de hora se honra a nuestro señor Jesucristo por cada uno de los cuatro fines del sacrificio: *Adoración, acción de gracias, propiciación y súplica.*

PRIMER CUARTO DE HORA. – *Adoración.*

1.º En primer lugar adorad a nuestro señor Jesucristo en su augusto Sacramento con el homenaje exterior del cuerpo; así que diviséis a Jesús en la Hostia adorable, hincaos de rodillas: inclinaos ante Él con profundo respeto, en señal de suma dependencia y de amor. Juntaos con los reyes magos cuando, postrándose en tierra, inclinada la frente hasta el suelo, adoraron, en el humilde pesebre de Belén, al niño-Dios envuelto en pobres pañales.

2.º A este primer acto silencioso y espontáneo de veneración debe seguir un acto exterior de fe. Este acto de fe es muy útil para despertar en nuestros sentidos, en el espíritu y en el corazón, la piedad eucarística; él os abrirá el corazón de Dios y los tesoros de sus gracias; es preciso que seáis fieles y hagáis este acto santa y devotamente.

3.º A continuación hacedle ofrenda de toda vuestra persona y de cada una de las facultades de vuestra alma; y en particular: de vuestro espíritu, para que le conozca mejor; de vuestro corazón, para que le ame; de vuestra voluntad, para que le sirva; de vuestro cuerpo, con todos sus sentidos, para que cada uno le glorifique a su modo; rendidle sobre todo homenaje de vuestros pensamientos, de modo que la divina Eucaristía sea el pensamiento capital y dominante de toda vuestra vida; el de vuestros afectos, llamando a Jesús rey y Dios de vuestro corazón; de vuestra voluntad, no queriendo otra ley ni otro fin que su servicio, amor y gloria; de vuestra memoria, para no acordaros sino de Él y así no vivir más que de Él, por Él y para Él.

4.º Como son tan imperfectas vuestras adoraciones, menester

es que las unáis a las de la santísima Virgen en Belén, en Nazaret, en el calvario y en el cenáculo, junto al sagrario, que las juntéis con las actuales de la santa Iglesia, con las de todas las almas santas que adoran a nuestro Señor en esos momentos, con las de toda la corte celestial que le glorifica en el paraíso; y, de este modo, las vuestras participarán del mérito y santidad de las de todos ellos.

Segundo cuarto de hora. *–Acción de gracias.*

1.º Adorad y bendecid el inmenso amor que Jesús os muestra en este Sacramento con su real presencia. Para no dejaros solos y huérfanos en esa tierra de destierro y de miserias, viene Él del cielo personalmente para vosotros, con objeto de haceros compañía y ser vuestro consolador. Mostradle vuestro agradecimiento con todo vuestro amor, con todas vuestras fuerzas, en unión de todos los santos.

2.º Admirad los sacrificios que se impone en su estado sacramental: oculta su gloria divina y corporal para no deslumbraros ni dejaros ciegos; para que os animéis y os acerquéis a hablarle como habla un amigo a otro amigo, vela su majestad; para no castigaros o atemorizaros tiene como atado su poder; para no causaros desaliento encubre la perfección de sus virtudes, y aun modera el fuego de su corazón y de su amor hacia vosotros, porque no podríais soportar la fuerza y la ternura de este amor. Sólo permite que conozcáis su bondad, que se trasluce a través de las sagradas especies, como los rayos del sol tras una ligera nube.

¡Oh cuán bueno es Jesús sacramentado! A cualquier hora del día o de la noche que vayáis a verle os recibe en el acto. Su amor siempre está en vela y rebosando dulzura para vosotros. Cuando le visitáis, olvida vuestros pecados e imperfecciones y sólo quiere hablaros de la alegría que le proporcionáis y de la ternura de su amor, de tal modo que podría creerse que necesita de vosotros para ser feliz. Manifestad al buen Jesús vuestro agradecimiento con toda la efusión de vuestra alma. Agradeced igualmente a Dios Padre el haberos dado a su muy amado Hijo, al Espíritu Santo, por haber renovado sobre el altar, por ministerio de los sacerdotes y para cada uno de vosotros, el misterio de la encarnación.

Invitad al cielo y a la tierra, a los ángeles y a los hombres, para que os ayuden a dar gracias, bendecir y ensalzar tanto amor para con

vosotros.

3.º Contemplad el estado sacramental, al cual se ha reducido Jesús por amor vuestro, e inspiraos en sus sentimientos y en su vida: en él está Jesús tan pobre como en Belén, y todavía más, pues allí siquiera tenía a su Madre y aquí no: no trae del cielo más que su amor y sus gracias. Mirad cómo obedece en la sagrada Hostia, con suma presteza y suavidad, a todos, aun a sus enemigos.

Admirad su humildad: llega en su anonadamiento hasta el límite de la nada, uniéndose sacramentalmente a viles especies inanimadas, que hasta de apoyo natural que las sostenga carecen, porque no tiene otro que la omnipotencia del Altísimo, quien las conserva con un continuo milagro. El inmenso amor que nos tiene le ha hecho prisionero nuestro y así debe continuar, en su prisión eucarística, hasta el fin del mundo, para ser aquí en la tierra nuestro cielo anticipado.

4.º Unid vuestra acción de gracias a la que María santísima tributaba a Jesús después de la encarnación y especialmente después de sus comuniones; y repetid con Ella transportados de alegría y felicidad el *Magnificat* de vuestro agradecimiento y amor, diciendo sin cesar: "¡Oh Jesús sacramentado, qué bueno eres, qué amable y cuán excesivamente amante!".

Tercer cuarto de hora. – *Propiciación.*

1.º Visitad y adorad a Jesús abandonado de los hombres que le dejan solo en el Sagrario. El hombre tendrá tiempo para todo menos para visitar a su Dios y Señor, que le espera y desea en su Sacramento. Las calles y todos los lugares de recreo se llenarán de gente y las iglesias donde mora Jesús estarán desiertas: se les tiene horror y se huye de ellas. ¡Pobre Jesús! ¿Podíais esperar tanta indiferencia de los que rescataste con el precio de tu sangre... de tus hijos... amigos... de mí mismo?

2.º Llorad al ver a Jesús traicionado, insultado, mofado y crucificado más indignamente, en su sacramento de amor, de lo que fuera en el huerto de los olivos, en Jerusalén y en el calvario. Aquellos a quienes Él ha honrado y amado más, a los que más ha colmado de gracias y beneficios son los que más le ofenden, los que más le deshonran en su templo por su falta de respeto, los que le crucifican de nuevo en su cuerpo y en sus almas por sus comuniones

sacrílegas, vendiéndole al demonio, único dueño de su corazón y de su vida. Yo mismo, ¡ay de mí!, ¿no soy quizá uno de los que más le han ofendido?

¡Oh Jesús mío! ¿Hubieras podido sospechar que tu excesivo amor a los hombres se habría de convertir en blanco de su malicia y que el hombre se habría de valer de tus gracias y de tus dones más preciosos para volverse contra Ti?... Y yo mismo, ¡oh dolor!, ¿no he sido como ellos infiel?

3.º Adorad a Jesús y suplicadle que, en reparación de tantas ingratitudes, profanaciones y sacrilegios como se cometen en el mundo, acepte los sufrimientos y contrariedades que os sobrevengan durante el día o durante la semana. Imponeos también algunas penitencias satisfactorias por vuestras propias ofensas, por las de vuestros parientes, por las de aquellos a quienes hayáis podido dar mal ejemplo por vuestras irreverencias en el templo y falta de devoción.

4.º Pero ¿qué son en sí mismas ni qué valen las penitencias que os impongáis o las, obras satisfactorias que ejecutéis para reparar tantos crímenes? Nada o casi nada. Por eso es necesario que las unáis a las de Jesús, vuestro salvador, clavado en la cruz.

Recoged aquella sangre divina que mana de sus heridas y ofrecedla a la justicia divina en propiciación; haced vuestros sus dolores y la oración que dirige desde el árbol de la cruz y pedid por medio de ellos al Padre celestial piedad y misericordia por los pecadores y por vosotros mismos. Haced vuestra reparación en unión con la que hizo la Virgen al pie de la cruz y después junto al tabernáculo para que participéis del amor de Jesús a su divina Madre.

ÚLTIMO CUARTO DE HORA. – *Súplica.*

1.º Adorad a nuestro señor Jesucristo en el santísimo Sacramento, en el cual está rogando sin cesar a su Padre por vosotros, mostrándole, para enternecerle, sus sacratísimas llagas y su divino pecho abierto a favor vuestro. Unid vuestra plegaria a la suya y pedid lo que Él pide.

2.º Jesús pide a su Padre que bendiga, defienda y ensalce la Iglesia, a fin de que por ella sea conocido, amado y servido cada vez mejor por todos los hombres. Rogad mucho por la Iglesia de Jesucristo, tan probada y tan perseguida en la persona de su vicario,

para que Dios la defienda de sus enemigos que al propio tiempo son hijos suyos, y que a éstos les toque el corazón, los convierta y los conduzca humildes y penitentes a los pies del trono de misericordia y de justicia. Jesús ora sin cesar por todos los miembros de su sacerdocio, para que reciban la plenitud del Espíritu Santo, sus dones y sus virtudes, y llenos de celo por a gloria de Dios y enteramente abnegados, trabajen por la salvación de las almas rescatadas por Él a costa de su sangre y de su vida.

Orad mucho por vuestro obispo para que Dios bendiga todos los deseos de su celo, le conserve la vida y se digne consolarle.

Pedid también por vuestro pastor a fin de que Dios le conceda con abundancia las gracias necesarias para que pueda dirigir con acierto y santificar las almas que han sido confiadas a su solicitud y a su conciencia.

Suplicad a nuestro Señor se digne conceder a su Iglesia muchas y santas vocaciones sacerdotales: un sacerdote santo es el don más precioso del cielo; él solo puede salvar a toda su región.

Rogad por las órdenes religiosas; pedid que todas sean muy fieles a la gracia de su vocación evangélica, que los que son llamados para ser religiosos tengan valor y generosidad suficientes para seguir el divino llamamiento y ser fieles, porque un santo protege y salva a su país, siendo su oración y virtudes más poderosas que todos los ejércitos de la tierra.

3.º Pedid fervor y perseverancia para las almas piadosas que se dedican a servir a Dios en medio del mundo, a manera de religiosas de su amor y caridad, las cuales están tanto más necesitadas de la protección de lo alto cuanto mayores son los peligros que las rodean y mayores también los sacrificios que se les exigen.

4.º Pedid durante algún tiempo determinado con insistencia la conversión de algún gran pecador. Estos prodigios de la gracia son muy gloriosos para nuestro Señor. En fin, rogad por vuestras necesidades personales, para que paséis santamente el día y seáis cada vez mejores. Formad una especie de ramillete de todos los dones que habéis recibido, ofrecédselo a Jesús, vuestro rey y vuestro Dios, y suplicadle humildemente os dé su bendición.

EL PATER NOSTER[3]

Amen, amen, dico vobis... quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio
"En verdad, en verdad os digo... cuanto

[3] Creemos deber dar el texto original de esta paráfrasis, en la que el alma de S. Pedro Julián Eymard se descubre por completo.

I. – *Pater noster, qui es in caelis,* caelis Eucharisticis, tibi sedenti in throno amoris et gratiae, benedictio honor et gloria et potestas in saecula saeculorum!

II. – *Sanctificetur nomen tuum,* in nobis humilitatis, obedientiae et charitatis tuae spiritu et te in Eucharistia cognosci, adorari et amari ab omnibus faciamus humiles et devoti.

III. – *Advenia regnum tuum, eucharisticum.* Regna solus in aeternum super nos amoris tui imperio, virtutum tuarum, triumpho, gratiae vocationis Eucharisticae dono ad majorem tuam glorian).

Dona nobis gratiam et missionem sanctae tuae dilectionis, ut regnum tuum eucharisticum praeclicare, extendere, diffundere, ubique valeamus potentes, et sic desiderium tuum implere guando dicebas: "Ignem veni mittere in tcrram, et quid volo nisi ut accedantur?" Ultinam et nos hujus ignis ccelestis simus incendiarii!

IV. – *Fiat voluntas tua sicut in celo et in terra.* Te unum velle, te unum desiderare, te unum cogitare gaudeamus; semper et in omnibus abnegantes nos ut obedientia tua bona, beneplacens et pefecta, in nobis sit lux et vita.

Et, quoad societatis nostrae statum et progressum, yola quod vis; volo quia vis; volo quomodo vis; volo quamdiu vis; pereani cogitationes nostrae et desideria, si ex te, ad te, in te pure non sunt!

V. – *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.* Domine Jesu, qui manna in deserto, quotidie populis praebuisti, qui levitis pass et haereditas sola et tota esse voluisti, qui Apostolis paupertatem tuam divinam legasti, te solum provisorem et procuratoren in omnibus volumus et eligimus; tu solus cibus et vestis, thesaurus et gloria, medicina in malo et protectio ab hostibus. Nihil a favore humano, nihil ab amicitia mundi accipere nec etiam desiderare promittimus; tu eris nobis omnia, et homines, et ab hominibus, nihil, nisi cruz et oblivio!

VI. – *Et dimitte nobis debita riostra.* Paree, Domine Jesu, peccatis juventutis mea; paree peccatis in vocatione tam sancta patratis, ut, corde puro et conscientia bona digne ad sacrum altare tuum accedere audeam, sancteque tibi servire, te laudare cum angelis et sanctis merear. *Dimitte* delicta in nos commissa; ne vindictam sumas de oppugnantibus, calumniantibus et persequentibus nos; da eis bonum pro malo, gratiam pro delicto, amorem pro odio.

Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; toto corde, in charitate vera; tota mente, in simplicitate infantium; tota voluntate illis omnia bona tua sicut et nobis desiderantes et procurantes in amore tuo.

pidierais al Padre en mi nombre, yo lo haré a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo" (Jn 14, 13)

I. *Padre nuestro que estás en los cielos,* en los cielos de la Eucaristía, a ti, que estás sentado sobre ese trono de gracia y de amor, bendición, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos.

II. *Santificado sea tu nombre...* en nosotros por el espíritu de tu humildad, obediencia y caridad, y hagamos humildes y devotos que tú seas conocido, adorado y amado por todos en la Eucaristía.

III. *Venga a nosotros tu reino...* eucarístico. Reina tú solo para siempre sobre nosotros con el imperio de tu amor, por el triunfo de tus virtudes, por la gracia de la vocación eucarística, para tu mayor gloria.

Concédenos la gracia y la misión de tu santo amor, para que podamos predicar, extender y difundir por todas partes con la mayor eficacia tu reino eucarístico, y cumplir así tu vehemente deseo manifestado cuando decías: *Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur* (Lc 12, 49). Fuego he venido a traer a la tierra y ¿qué he de querer sino que arda? ¡Ojalá seamos nosotros los incendiarios de este fuego celestial!

IV. *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.* Quererte a ti solo, desearte sólo a ti, pensar solamente en ti sea

---

VII. – Et *ne nos inducas in tentationem.* Longe fac a familia tua eucharistica vocationes subdolosas, falsas, impuras: nullus superbus et ambitiosus, durus et iracundus, hanc humilem et pauperem familiam unquam regat. Ne tradas bestiis inmundis et perversis animas confitentes tibi. Redde tuam societatem a scandalo inmunem, a vitio virginem, a servitute mundana liberam, a reculo alienam, ut tibi in sanctitate et libertate, in pace et quiete servire gaudeat.

VIII. – Sed *libera nos a malo.* Libera nos a daemone superbo, impuro et discordiarum seminatore. Libera nos ab hujus vitae sollicitudinibus et curis, ut, puro, cum corde et libera mente, toti servitio eucharistico devoti nos et nostra gaudenter impendamus. Libera nos a falsis fratribus, ne infantilem societatem tuam opprimant; a sapientibus hujus saeculi, ne spiritum tuum in nobis vitient; a viris doctis et superbis, ne in nos iracundiam tuam ct derelictionem provocent; a viris affeminatis, ne virtutis ardorem et sanctae disciplina vigorem emolliant; a viro duplici animo et inconstanti, ne simplicitatem nostram perturbet.

Amen. In te, Domine Jesu, speravi; non confundar in aeternum. Tu solus bonus, tu solus potens, tu solus aeternus. Tibi soli honor et gloria, amor et gratiarum actio in saeculorum saecula.

siempre nuestra mayor alegría y regocijo, de tal manera que, abnegándonos en todo y siempre, el cumplimiento de tu voluntad buena, complaciente y perfecta sea nuestra luz y nuestra vida. Por lo que hace al estado y desarrollo de nuestra Sociedad quiero lo que tú quieras, porque tú lo quieres, del modo que lo quieras, todo el tiempo que quieras; perezcan nuestros pensamientos y deseos, si no proceden puramente de ti, no terminan en ti y en ti no descansan.

V. *El pan nuestro de cada día dánosle hoy.* Señor mío Jesucristo que alimentaste diariamente a tu pueblo con el maná del desierto; que quisiste ser la única herencia de los levitas; que legaste a los apóstoles tu divina pobreza, a ti sólo queremos y elegimos por nuestro único procurador y mayordomo. Tú sólo serás nuestra comida, nuestro vestido, nuestra riqueza, nuestra gloria, el remedio de nuestros males y la defensa de nuestros enemigos. Te prometemos no recibir ni desear nada del favor de los hombres ni de la amistad del mundo. Tú serás para nosotros todas las cosas; los hombres, nada, y nada queremos de ellos, como no sean la cruz y el olvido.

VI. *Perdónanos nuestras deudas.* Perdona, Jesús, los pecados de mi juventud, los cometidos en mi vocación tan santa, para que con buena conciencia y puro corazón pueda con dignidad acercarme a tu santo altar, servirte santamente y merecer alabarte con los ángeles y santos. Perdona los pecados cometidos contra nosotros; no castigues a los que nos combaten, calumnian y persiguen, sino devuélveles bien por mal, beneficios por las ofensas, amor por el odio.

Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Sí, de todo corazón, con caridad verdadera, con toda el alma y con sencillez de niños, se lo perdonamos todo, deseándoles y procurándoles, con entera voluntad y por tu amor, todos tus dones, del mismo modo que los quisiéramos para nosotros.

VII. *Y no nos dejes caer en la tentación.* Aleja de tu familia eucarística las vocaciones falsas, engañosas, impuras; no permitas que esta pobre y humilde familia caiga jamás en manos de un orgulloso, de un ambicioso ni de ningún hombre duro e iracundo.

No entregues a bestias inmundas y perversas las almas que te confiesan y esperan en Ti.

Preserva a tu familia eucarística de todo escándalo, consérvala virgen de todo vicio, libre de toda servidumbre mundana, extraña al siglo, a fin de que pueda cifrar toda su alegría en servirte santa y

libremente, con paz y tranquilidad.

VIII. *Mas líbranos del mal.* Líbranos del demonio impuro, orgulloso y sembrador de discordias. Líbranos de las preocupaciones y cuidados de esta vida, a fin de que, con corazón puro y espíritu desasido de todo, nos consagremos gozosos con todas nuestras cosas a tu servicio eucarístico. Líbranos de los falsos hermanos no sea que opriman esta pequeña Sociedad, todavía en mantillas; de los sabios del mundo, para que no corrompan en nosotros la sencillez de tu espíritu; de los sabios orgullosos, no sea que provoquen tu cólera y nos abandones; líbranos de los hombres afeminados, no sea que menoscaben el vigor de la santa disciplina y el ardor de la virtud, y, finalmente, de los hombres inconstantes y falsos, no sea que turben nuestra sencillez.

Amén. Espero en ti, ¡oh Jesús y Señor mío! Nunca jamás seré confundido. Tú sólo eres bueno, poderoso, eterno. A Ti solo, honor y gloria, amor y acción de gracias por los siglos de los siglos.

INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos
"Como (Jesús) hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13, 1)

¡Cuán bueno es nuestro Señor y cuán amante! No le satisface el haberse hecho nuestro hermano por la encarnación, nuestro salvador por su pasión, ni el haberse entregado por nosotros; quiere llevar su amor hasta hacerse nuestro Sacramento de vida.

¡Con qué júbilo preparó este don supremo de su dilección!

¡Qué complacencia la suya al instituir la sagrada Eucaristía y legárnosla como un testamento!

Consideremos la sabiduría infinita de Dios en la preparación de la Eucaristía y adoremos su omnipotencia divina, que en este acto de amor llegó a agotarse.

I

Jesús revela la Eucaristía con mucho tiempo de anticipación.

Nace en Belén, que es llamada casa del pan, *domus panis.* Le recuestan sobre unas pajuelas que parecen sostener entonces la espiga del verdadero trigo.

En Caná de Galilea y en el desierto, cuando multiplica los panes, Jesús da a conocer y promete la Eucaristía. No cabe duda que es ésta una promesa formal y pública.

Después afirma con juramento que dará a comer su carne y su sangre a beber.

Esta es la preparación remota. Mas se acerca el momento de la preparación próxima de la Eucaristía. Llegado a este punto, Jesús quiere prepararlo todo por sí mismo, pues el amor no sabe delegar en nadie el cumplimiento de sus deberes, sino que lo hace todo por sí mismo, siendo ésta su gloria.

Por eso Jesús mismo designó la ciudad: Jerusalén, lugar de los sacrificios de la antigua ley. Él señala el local: el cenáculo. Él elige

los ministros que le han de ayudar en esta obra: Pedro y Juan; Pedro, el discípulo de la fe; Juan, el discípulo del amor. Él fija hasta la misma hora, esto es, la última de que podrá disponer libremente.

Llega, por fin, Jesús de Betania y se dirige al cenáculo. Viene alegre y aligera el paso, como si le faltase tiempo y temiese llegar tarde. El amor vuela cuando va al sacrificio.

II

Ha llegado el momento supremo de la institución del augusto Sacramento. ¡Qué momento éste! Es la hora del amor. La Pascua mosaica va a terminar. El Cordero verdadero va a sustituir al que sólo era figura. En lugar del maná del desierto se recibirá en adelante el pan de vida, el pan bajado del cielo. Todo está a punto. Jesús acaba de lavar los pies a sus apóstoles, quedando purificados. Jesús se sienta modestamente a la mesa... Conviene comer la nueva Pascua sentado, es decir, en el reposo de Dios.

Reina un profundo silencio. Los apóstoles, puestos los ojos en el Maestro, quedan ensimismados. Jesús se concentra en sí mismo: levanta los ojos al cielo; da gracias al Padre por haber llegado esta hora tan deseada; extiende su mano; bendice el pan, y... mientras los apóstoles, penetrados de un profundo respeto, no se atreven a preguntar la significación de aquellos misteriosos signos, Jesús pronuncia estas palabras estupendas, tan poderosas como la palabra creadora de Dios: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo; tomad y bebed, esto es mi sangre”.

Ya se consumó el gran misterio de amor. Jesús ha cumplido lo que había prometido. Nada le queda por dar, mejor dicho, sólo le queda por dar su vida mortal en la cruz, y así lo hará, resucitando luego para poder hacerse nuestra Hostia perpetua. Hostia de propiciación, de comunión y de adoración.

El cielo todo contempla atónito la obra de Jesús. La santísima Trinidad ha puesto en este misterio todas sus complacencias. Los ángeles, arrobados en éxtasis, lo adoran. El infierno... ruge furioso con hórridos estremecimientos de satánica rabia.

¡Sí, Jesús mío! ... Todo está consumado; ya no tienes nada más que dar al hombre para demostrarle tu amor. Ya puedes morir, pues ni aun después de la muerte te apartarás de nosotros; el amor te ha dejado para siempre en la tierra. Vuélvete al cielo de tu gloria, la

Eucaristía será el cielo de tu amor.

¡Oh, cenáculo!, ¿dónde estás? ¡Oh sagrada mesa donde fue colocado el cuerpo sagrado de Jesucristo! ¡Oh fuego divino encendido por Jesús sobre el monte Sión, arde y extiende tu llama y abrasa todo el mundo!

¡Oh Padre celestial! En adelante los hombres pueden estar seguros de vuestro amor, poseyendo como poseen para siempre a Jesucristo. Ya no habrá tempestades que asuelen la tierra, ni se verá ésta anegada por más diluvios, pues la Eucaristía es nuestro arco iris. Amaréis a los hombres, puesto que Jesucristo, vuestro divino Hijo, tanto los ama. A la verdad, ¡cuánto nos ha amado el buen Salvador!

¿No será bastante para merecer nuestra correspondencia? ¿Qué más hace falta para que nos decidamos a consagrarle nuestra vida y todos los afectos de nuestro corazón?

¿Tenemos algo más que desear? ¿Exigiremos nuevas pruebas del amor de Jesús?

¡Ay, que si el amor de Jesús en el santísimo Sacramento no cautiva el corazón, Jesucristo queda vencido, supera nuestra ingratitud a su bondad, y nuestra malicia es más poderosa que su inmensa caridad! ¡No, no, Salvador mío, no ha de ser así; tu caridad me apremia, me acosa y me subyuga!

¡Quiero consagrarme al servicio y a la gloria de tu augusto Sacramento! Quiero, a fuerza de amor, hacerte olvidar mi pasada ingratitud y, a fuerza de abnegación, conseguir que me perdones el haber vivido tanto tiempo sin amarte!

EL TESTAMENTO DE JESUCRISTO

Hic calix novum testamentum est in meo sanguine
"Este cáliz de mi sangre es mi testamento" (1Co 11, 25)

El jueves santo, es decir, la víspera de su muerte, cuando instituyó el sacramento adorable de la Eucaristía, es el día más hermoso de la vida de nuestro Señor, el día por excelencia de su amor y cariño.

¡Jesucristo va a quedar perpetuamente en medio de nosotros!

¡Grande es el amor que nos demuestra en la cruz; el día de su muerte nos manifiesta, sin duda, mucho amor; pero sus dolores acabarán y el viernes santo no dura más que un día, en tanto que el jueves santo se prolongará hasta el fin del mundo!

Jesús se ha hecho sacramento de sí mismo para siempre.

I

Nuestro Señor, próximo a morir, se acuerda que es padre y quiere hacer testamento.

¡Qué acto más solemne en una familia! ¡Es, por decirlo así, el último de la vida y se prolonga más allá del sepulcro!

El padre de familia, llegado este momento, reparte lo que tiene. Todo lo da menos su propia persona, de la que no puede disponer. A cada uno de sus hijos, sin excluir los amigos, les hace un legado, les entrega lo que tiene en más estima.

Nuestro Señor se dará a sí mismo. Él carece de fincas, posesiones o riquezas; ni siquiera tiene dónde reclinar la cabeza. Los que esperen de Él algún bien temporal se llevarán un chasco, pues todo su caudal se reduce a una cruz, tres clavos y una corona de espinas...

¡Ah, si Jesús distribuyese bienes materiales, cuántos se harían buenos cristianos! ¡Todos querrían entonces ser discípulos suyos! Pero Jesús no tiene nada que dar aquí en la tierra, ni siquiera gloria mundana, porque harto humillado va a quedar en su pasión.

Y, sin embargo, nuestro Señor quiere hacer testamento. ¿De qué? ¡Ah, sí, de sí mismo! Es Dios y hombre; como Dios, tiene la posesión de su sacratísima humanidad, y ésta es la que nos entregará, y junto con la humanidad, todo lo que es.

Esta entrega es puro don y no un préstamo. Se inmoviliza, se hace como una cosa, para que podamos poseerle.

Toma las apariencias de pan que se convierte en su cuerpo, sangre, alma y divinidad, y de esta suerte, aunque no se le ve, se le posee.

Esta es toda nuestra herencia: Nuestro señor Jesucristo. El cual quiere darse a todos, aunque no todos quieren recibirle. Algunos, sí, querrían aceptar este precioso don, pero no las condiciones de pureza y santidad que Él mismo les pone, y el poder de su malicia es tan grande que anula el legado divino.

II

Admiremos las divinas invenciones del amor de nuestro señor Jesucristo. Sólo Él ha podido excogitar esta obra de amor.

¿Quién hubiera podido preverla, ni aun concebirla siquiera? ... Ni los mismos ángeles. Sólo nuestro Señor pudo idearla.

¿Que tenéis necesidad de pan? Yo seré vuestro pan.

Jesús muere contento dejándonos este pan, ¡y qué pan!, como un padre de familia que pasa la vida trabajando sin otro fin que dejar a sus hijos al morir un pedazo de pan. ¿Podía darnos algo más, por ventura?

En su testamento de amor lo ha incluido todo: todas sus gracias, su misma gloria.

Así que podemos decir al Padre celestial: "Dadme, Señor, las gracias que necesito, cuyo precio satisfaré enteramente. Sí, Señor, os pagaré con Jesús sacramentado, pertenencia mía, propiedad mía, que se ha entregado a mí para que pueda negociar con Vos todo lo que necesito. Todas vuestras gracias, vuestra misma gloria son inferiores, ¡oh Padre eterno!, al precio que por ellas doy".

Cuando pecamos tenemos una víctima que ofrecer por nuestras culpas, pues nos pertenece, es nuestra, y nos autoriza para hablar al Padre celestial en esta forma: "¡Oh Padre!, yo os la ofrezco y espero me perdonaréis por Jesús. Porque ¿no ha sufrido por mí con exceso y satisfecho superabundantemente por mis pecados?"

Por muchos y excelentes que sean los dones que Dios nos concede, siempre le podemos considerar como deudor nuestro, puesto que podemos retribuirle con Jesús, que es de valor infinitamente superior a todos los beneficios divinos, incluso el mismo cielo.

Cuando los sarracenos tenían preso a san Luis de Francia, esta nación les era deudora. Nosotros, poseyendo a Jesucristo, podemos decir que poseemos el cielo.

Aprovechémonos de este pensamiento; hagamos fructificar a Jesucristo.

La mayor parte de los cristianos lo sepultan en su interior o lo dejan envuelto en su sudario, sin valerse de él para conseguir el cielo y conquistar reinos a nuestro Señor. ¡Y cuántos hay que obran de este modo! Valgámonos de Jesús sacramentado para orar y reparar; paguemos las deudas contraídas, por medio de Jesús, cuyo precio es subido en extremo.

III

Pero ¿cómo es posible que después de dieciocho siglos llegue íntegra hasta nosotros esta herencia?

Jesucristo la confió a los que constituyó tutores, los cuales la han conservado y administrado para entregárnosla al tiempo de nuestra mayor edad: dichos tutores son los apóstoles, y entre ellos su jefe indefectible; los apóstoles la transmitieron a los sacerdotes, y éstos nos ponen en posesión de ella. Abren el testamento a nuestro favor, y nos entregan nuestra Hostia, consagrada ya en el pensamiento de Jesús la noche misma de la cena, porque como para Jesucristo no hay pasado, presente ni futuro, nos conocía entonces muy bien a todos como buen Padre y consagró en potencia y en deseo todas nuestras hostias. Veinte siglos antes de nacer fuimos amados personalmente por Jesús.

Más aún: Jesucristo, al tenernos presentes en aquella hora, consagró para nosotros no una, sino cien, mil, todas las hostias que necesitáramos mientras viviésemos en la tierra. ¿Hemos parado mientes en esta idea? Nos quiso amar con exceso: todas nuestras hostias están preparadas. ¡Ah, no desperdiciemos ni una sola!

Nuestro Señor no viene a nosotros sino para producir frutos, ¿y le condenaremos a la esterilidad? ¡No, jamás! Hacedle fructificar por

sí mismo: *Negotiamini*. ¡No dejéis Hostias infecundas!

¡Cuán bueno es el Salvador!

La cena duró, aproximadamente, tres horas: fue la pasión de su amor. ¡Ah, qué caro costó este pan!

Se dice a veces que el pan es caro... pero, ¿qué comparación puede establecerse con el Pan celestial, con el pan de vida?

Comamos este pan, pues es nuestro. Nuestro Señor lo compró para nosotros y ya lo tiene pagado. Nos lo da..., ¡no hay más que tomarlo!

¡Qué honor! ¡Qué amor!

EL DON DEL CORAZÓN DE JESÚS

Si scires donum Dei!...
"¡Si conocierais el don de Dios!..." (Jn 4, 10)

Llegado al término de su vida mortal, Jesús debe irse al cielo. Los habitantes de aquella patria venturosa reclaman a su rey para recibirle en triunfo después de haber sufrido tan rudos combates.

Jesús no quiere, sin embargo, abandonar a los que ha adoptado por hijos; no quiere separarse de su nueva familia. ¿Qué hará? "*Yo me voy* –dice a los apóstoles– *y vuelvo a vosotros*".

¿Cómo puede ser esto, por qué maravilla de vuestro poder volvéis a nosotros y cómo podéis quedar entre nosotros si al mismo tiempo os marcháis?

Aquí está el secreto y la obra de su divino Corazón.

En adelante, Jesús tendrá dos tronos: uno de gloria en el cielo y otro de dulzuras, de amor, en la tierra; doble será su corte, la corte celestial y triunfante y, entre nosotros, la corte de los redimidos.

Digámoslo sin rebozo: si Jesucristo no pudiera permanecer entre nosotros al mismo tiempo que entre los bienaventurados, preferiría quedarse con nosotros antes que subir al cielo sin nosotros. Está fuera de duda, como muy bien lo tiene demostrado, que prefiere el último de sus pobres redimidos a todos los esplendores de su gloria, y que son sus delicias en estar con los hijos de los hombres.

¿En qué estado permanecerá Jesús entre nosotros? ¿Será un estado transitorio o vendrá a nosotros de vez en cuando? No. Jesús se quedará de manera estable, para siempre.

¡Qué lucha debió suscitarse en el alma santísima de Jesús! Porque la divina justicia reclama diciendo: ¿No está acabada la obra de la redención? ¿No está fundada la Iglesia? ¿No está el hombre en posesión del evangelio, de la gracia y de la ley divina, con los auxilios necesarios para practicarla?

El corazón de Jesús responde que lo que es bastante para la redención no lo es para su amor. Una madre no termina sus funciones al dar a luz a su hijo, sino que después lo alimenta, lo cuida, lo educa

y no se separa de él. “¡Yo amo a los hombres –dice Jesús– más que la mejor de las madres puede amar a sus hijos; yo permaneceré con ellos!”.

¿En qué forma? Bajo la forma velada del Sacramento.

Ahora es la majestad de Dios la que protesta y quiere oponerse a una humillación más profunda que la de la encarnación, más depresiva que la de la pasión. ¡La salvación del hombre no exige tal anonadamiento!

Mas yo –responde el sagrado Corazón– quiero ocultarme a Mí mismo, ocultar mi gloria, a fin de que los resplandores de mi persona no impidan a mis pobres hermanos acercarse a Mí como la gloria de Moisés impidió que se le acercaran los judíos. Quiero velar el brillo de mis virtudes, porque éstas humillarían al hombre le harían desesperar de poder llegar a imitar un modelo tan perfecto.

Así se me acercará con más facilidad, porque viéndome descender hasta el límite de la nada, descenderá conmigo, y yo con mayor derecho podré siempre repetirle: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”.

¿De qué medio se valdrá Jesús para quedarse perpetuamente entre nosotros?

El misterio de la encarnación se realizó por obra del Espíritu Santo; el de la cena eucarística, por la virtud omnipotente del mismo Jesús, y ahora, al querer reproducir este misterio, ¿quién será digno? ¡Un hombre..., el sacerdote!

Mas la sabiduría divina dice: ¡Cómo! ¿Un hombre mortal hará encarnar de nuevo a su Salvador y Dios? ¿Un hombre mortal será el cooperador del Espíritu Santo en esta nueva encarnación del Verbo divino? ¿Un hombre mandará al rey inmortal de los siglos y éste le obedecerá?

Sí, sí –dice el corazón de Jesús–; amaré al hombre hasta el punto de someterme a él en todo. A la voz del sacerdote bajaré del cielo, y cuando los fieles quieran, saldré del tabernáculo. A todos aquellos de mis hijos enfermos que quieran recibirme yo visitaré gustoso, aun cuando tenga que atravesar plazas y calles. ¡Todo el honor del amor está en amar, en entregarse, en sacrificarse!

También la santidad divina de Jesús se alarma. ¡Al menos –dice–, el hijo de Dios habitará magníficos templos, dignos de su gloria! ¡Tendrá sacerdotes dignos de su realeza! Todo en la ley nueva

ha de ser más hermoso que en la antigua. ¡Solamente os recibirán los cristianos que sean puros y que estén bien preparados!

“Mi amor –contesta Jesús– no reserva nada ni pone condiciones. En el calvario obedecí a los verdugos que me sacrificaban: si en el Sacramento se me acercan nuevos Judas, recibiré de nuevo su beso infernal y les obedeceré”.

Al llegar a este punto, ¡qué cuadro se descubre a la vista de Jesús! Su corazón se ve obligado a combatir sus propias inclinaciones. Las angustias de Getsemaní le abruman ya. En el huerto de los olivos, Jesús estará triste viendo las ignominias que le esperan durante su pasión. Derramará lágrimas de sangre al considerar que su pueblo se perderá a pesar de su sacrificio, y sentirá vivamente la apostasía de muchos de los suyos.

¡Qué luchas tuvo que sostener! ¡Qué angustias debió sufrir!

Quiere entregarse totalmente, sin reserva alguna. Pero, ¿creerán todos en su amor?; y todos los que crean, ¿le recibirán con gratitud?; y los que le hayan recibido, ¿le serán fieles?

Con todo, su divino Corazón no vacila ni está perplejo, aunque sí horriblemente torturado.

Malos cristianos, y aun corazones consagrados, renovarán su pasión cada día en el Sacramento de su amor. Se ve traicionado por la apostasía, vendido por el interés, crucificado por el vicio. Encontrará un nuevo calvario en muchos de los corazones que le reciban...

¡Qué sufrimiento para un corazón tan sensible como el corazón de Jesús!

¿Qué hará?

¡Se entregará! ¡Se entregará a pesar de todo!

LA PRESENCIA REAL

Testimonio de la Iglesia

Ecce agnus Dei
"He aquí el cordero de Dios" (Jn 1, 36)

La misión de san Juan Bautista fue anunciar y mostrar al Salvador prometido y prepararle los caminos.

Una misión igual, pero más amplia y constante, puesto que se extiende a todos los países y a todas las edades, es la que desempeña la Iglesia católica con Jesús sacramentado. Nos lo da a conocer predicándole por medio de la palabra; nos lo muestra con su fe y con sus obras, que son una predicación, aunque muda, tan elocuente como la primera.

En efecto, la Iglesia católica, con una autoridad igual a la del divino Salvador, se presenta ante nosotros repitiéndonos y explicándonos estas palabras de Jesús: "Este es mi cuerpo, esta es mi sangre".

Ella nos asevera, y nosotros debemos creerlo, qué por la fuerza divina de estas palabras sacramentales, tomadas en su sentido natural y obvio, Jesucristo se halla verdadera, real y sustancialmente presente en el santísimo Sacramento del altar, bajo las apariencias de pan y de vino.

Ella nos dice, y nosotros debemos creerlo, que Jesús, en virtud de su omnipotencia, ha cambiado la sustancia del pan en su cuerpo y la sustancia del vino en su sangre, y que su alma y su divinidad están unidas a su cuerpo y a su sangre.

Ella nos dice, y nosotros debemos creerlo, que la obra divina de la transubstanciación se verifica continuamente en la Iglesia por el sacerdocio de Jesucristo, al que invistió Él de su mismo poder con aquellas palabras: "Haced esto en memoria mía" (Lc 22, 19).

Y desde la primera Cena, la Iglesia proclama esta fe a través de los siglos.

Los apóstoles unánimemente la predicaron, los doctores

enseñaron la misma doctrina, y sus hijos profesaron esta misma fe y patentizaron el mismo amor hacia el Dios de la Eucaristía.

¡Qué majestuoso testimonio de fe este unánime sentir del pueblo cristiano! ¡Cuán bella y conmovedora la armonía de sus alabanzas y de su amor!

Cada uno de los verdaderos hijos de la Iglesia quiere aportar a los pies del divino Rey presente el tributo de sus homenajes, una dádiva de su amor: quién, trae oro; quién, mirra; todos, incienso, y todos ellos aspiran a tener un puesto en la corte y en la mesa del Dios de la Eucaristía.

Hasta los mismos enemigos de la Iglesia, los cismáticos y una gran parte de los herejes, creen en la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía... Porque menester es estar ciego para negar la presencia del sol, o ser un abismo de ingratitud para desconocer y menospreciar el amor de Jesucristo que se queda perpetuamente en medio de los hombres.

Nosotros creemos firmemente en el amor de Jesús y estamos persuadidos de que nada es imposible para el amor de un Dios.

II

El testimonio de su palabra lo confirma la Iglesia con el testimonio de su fe práctica y de su ejemplo. Así como el Bautista, después de haber señalado al Mesías, se postró a sus pies para atestiguar la viveza de su fe, así también la Iglesia consagra un culto solemne, todo su culto, a la persona adorable de Jesús, que nos muestra en el santísimo Sacramento.

Jesucristo, realmente presente, aunque oculto, en la Hostia divina, es adorado por la Iglesia como Dios. Ella le tributa los honores debidos a sólo Dios; se postra ante el santísimo Sacramento como los moradores de la corte celestial ante la majestad soberana de Dios.

Aquí no hay distinción: grandes y pequeños, reyes y vasallos, sacerdotes y fieles todos de cualquiera clase y condición que fueren, hincan su rodilla ante el Dios de la Eucaristía: ¡Es Dios!

No basta la adoración a la Iglesia para atestiguar su fe, sino que quiere que vaya acompañada de espléndidos y públicos honores. Esas suntuosas basílicas son expresión de su fe en el santísimo, Sacramento. No ha querido construir sepulcros, sino templos que

sean como un cielo en la tierra, donde su Salvador y su Dios encuentre un trono digno.

Con la más delicada atención y solícito cuidado ha dispuesto la Iglesia, descendiendo hasta los menores detalles, todo lo que se refiere al culto de la Eucaristía. No ha querido confiar a nadie este cuidado de honrar a su divino esposo, porque cuando se trata del santísimo Sacramento, todo es grande, importante, divino.

Lo más puro que da la naturaleza, lo más precioso que se encuentra en el mundo, quiere consagrarlo al servicio regio de Jesús.

Todo el culto de la Iglesia se refiere a este misterio, todo tiene un sentido ultraterreno y espiritual, posee alguna virtud, encierra alguna gracia.

¡Cómo convidan al recogimiento la soledad y el silencio de los templos!

Cuando vemos postrados a los creyentes delante del sagrario, no podemos menos de exclamar: ¡Aquí hay alguien más grande que Salomón, superior a todos los ángeles! Está Jesucristo, ante el cual se dobla toda rodilla, lo mismo en el cielo que en la tierra y en los abismos del infierno.

En presencia de Jesús sacramentado no hay grandeza que no se eclipse ni santidad que no se humille: todo ante Él queda como reducido a la nada.

Jesucristo está allí.

LA PRESENCIA REAL

Testimonio de Jesucristo

Vidette... quia ego ipse sum
"Ved que soy yo mismo" (Lc 24, 39)

Como nos enseña la Iglesia, Jesucristo está verdaderamente presente en la Hostia consagrada. Y el mismo Jesús manifiesta su presencia de dos maneras: interior y públicamente.

I. – *Manifestación interior*

La manifestación interior se verifica en el alma del que comulga. Jesús obra en quien le recibe tres milagros

1.º *Milagro de reforma:* El que comulga puede estar seguro que conseguirá de Jesús las gracias que necesita para dominar las pasiones. Él mismo ha dicho: "Tened confianza en mí, que yo he vencido al mundo". Él dijo a la tempestad: "Enmudece" y dice ahora al orgulloso, al avaro, al que siente en su interior la furia de los apetitos desordenados, al esclavo de sus concupiscencias y malos deseos: "Rompe tus cadenas... y vete en paz".

El que comulga se siente más fuerte. Al salir del santo banquete podría decir con san Pablo: "Dominaremos todos los obstáculos por aquél que nos ha amado".

Se ha operado un cambio súbito: interiormente se enciende en el corazón un fuego repentino.

Dígasenos ahora: si Jesucristo no se hallara realmente presente en la sagrada Hostia, ¿podrían realizarse estos prodigios? ¡Ah, no!, que la naturaleza es más fácil de formar que de reformar. Cuesta mucho más al hombre corregirse y vencerse a sí mismo que practicar una buena obra exterior cualquiera, por difícil que sea, aunque sea heroica. El hábito es una segunda naturaleza.

Sólo la Eucaristía, al menos ordinariamente y ateniéndonos a la experiencia, comunica el poder necesario para reformar los malos hábitos que nos dominan.

2.º *Milagro de transformación:* Para que el hombre cambie su vida, esencialmente natural, en vida sobrenatural, no cuenta más que con un medio, que es hacer triunfar a Jesucristo por medio de la Eucaristía, en la cual el mismo Jesús nos educa personalmente.

La Eucaristía vigoriza nuestra fe; eleva, purifica y ennoblece el amor; enseña a amar. El amor consiste en entregarse a sí mismo y en la Eucaristía cumple Jesús esta ley del amor, entregándose totalmente. El consejo y el ejemplo van juntos en un mismo acto.

También reforma la Eucaristía nuestro exterior; al cuerpo comunícale cierta gracia y hermosura, que refleja la belleza de su interior; el rostro del que comulga se vuelve lúcido y claro, como si se transparentasen los fulgores de la divinidad; en sus palabras se advierte cierta dulzura y en todos sus actos una suavidad tal que anuncia la presencia de Jesucristo: es el perfume de Jesús.

3.º *Milagro de fortaleza:* Fortalecido con la Eucaristía, se olvida el hombre de sí mismo y se inmola. Frente a la adversidad, en este divino manjar encuentra toda la fuerza que necesita para arrostrarla; cuando le abruman contrariedades o se ve calumniado y agobiado por toda suerte de aflicciones, recurre a la Eucaristía y halla en ella paz y sosiego; acosado por mil tentaciones, el fiel soldado de Jesús encuentra en la comunión el vigor necesario para sobreponerse a los asaltos de los hombres y del infierno.

En vano se buscará fuera de la Eucaristía esa fuerza sobrehumana, si allí se encuentra es porque Jesús, el salvador, el Dios fuerte, reside en ella realmente.

Tal es la manifestación interior que Jesucristo hace de su presencia en el santísimo Sacramento.

II. – *Manifestación exterior*

La historia nos suministra muchos ejemplos de pecadores y de profanadores del augusto Sacramento castigados públicamente por su audacia, mostrándose así la justicia de Jesucristo.

Así que recibió Judas sacrílegamente el cuerpo de Dios, entró en él el demonio. Hasta entonces no había hecho más que tentarle; pero en cuanto hizo comunión sacrílega, Satanás se apoderó de su persona: *"Et introivit in eum satanas"*.

San Pablo encontraba en las comuniones tibias o sacrílegas de los corintios la razón de su apatía y de su sueño letárgico para el bien:

“Ideo inter vos multi infirmi et imbecilles, et dormiunt multi”.

¡Y cuántos otros ejemplos leemos de comuniones sacrílegas súbitamente castigadas por la justicia irritada del Dios de la Eucaristía!

Jesús en la sagrada Hostia manifiesta también su poder sobre los demonios. Cuando, al aplicar los exorcismos a algún endemoniado, se quería recurrir al último extremo para vencer la resistencia de los demonios que hasta entonces se habían mostrado invencibles, se les ponía delante una Hostia consagrada y al punto obedecían a su Dios, allí presente, lanzando gritos de rabia.

En Milán, san Bernardo colocó sobre la cabeza de un poseso el cáliz y la patena, después del *Pater noster,* y el demonio abandonó su presa dando aullidos espantosos. Jesucristo, nuestro Dios, estaba allí.

¡Y cuántos enfermos han sido curados por la Eucaristía! No se conocen, a la verdad, todos los casos; pero la historia nos atestigua que Jesús ha continuado siendo en el santísimo Sacramento médico celestial que cura toda clase de enfermedades.

San Gregorio Nacianceno refiere este hecho conmovedor de una hermana suya. Se hallaba ésta enferma desde hacía mucho tiempo, cuando una noche se levanta de improviso y presentándose ante el sagrario, con todo el fervor de su fe, le dice al Señor: “No me levantaré de aquí, Señor, hasta que no Me hayáis curado”. En efecto, cuando se levantó estaba curada.

En fin, muchas son las apariciones que se registran de nuestro Señor; bajo diversas formas, Jesucristo se complace en renovar de vez en cuando el milagro del Tabor.

Todas estas manifestaciones no son necesarias para nosotros, puesto que tenemos el testimonio mismo de la Verdad; pero sirven para que se vea que la palabra de Jesucristo produce lo que significa.

¡Sí, Jesús mío, creo que estás verdadera, real y substancialmente presente en el santísimo Sacramento del altar! ¡Aumenta, aumenta mi fe!

LA FE EN LA EUCARISTÍA

Qui credit in me habet vitam aeternam
"Quien cree en mí tiene la vida eterna" (Jn 6, 47)

¡Qué felices seríamos si tuviésemos una fe muy viva en el santísimo Sacramento! Porque la Eucaristía es la verdad principal de la fe; es la virtud por excelencia, el acto supremo del amor, toda la religión en acción. *Si scires donum Dei.* ¡Oh, si conociésemos el don de Dios!

La fe en la Eucaristía es un gran tesoro; pero hay que buscarlo con sumisión, conservarlo por medio de la piedad y defenderlo aun a costa de los mayores sacrificios.

No tener fe en el santísimo Sacramento es la mayor de todas las desgracias.

I

Ante todo, ¿es posible perder completamente la fe en la sagrada Eucaristía, después de haber creído en ella y haber comulgado alguna vez?

Yo no lo creo. Un hijo puede llegar hasta despreciar a su padre e insultar a su madre; pero desconocerlos... imposible. De la misma manera un cristiano no puede negar que ha comulgado ni olvidar que ha sido feliz alguna vez cuando ha comulgado.

La incredulidad, respecto de la Eucaristía, no proviene nunca de la evidencia de las razones que se puedan aducir contra este misterio. Cuando uno se engolfa torpemente en sus negocios temporales, la fe se adormece y Dios es olvidado. Pero que la gracia le despierte, que le despierte una simple gracia de arrepentimiento, y sus primeros pasos se dirigirán instintivamente a la Eucaristía.

Esa incredulidad puede provenir también de las pasiones que dominan el corazón. La pasión, cuando quiere reinar, es cruel. Cuando ha satisfecho sus deseos, despreciada y combatida, niega. Preguntad a uno de esos desgraciados desde cuándo no cree en la Eucaristía y, remontando hasta el origen de su incredulidad, se verá,

siempre una debilidad, una pasión mal reprimida, a las cuales no se tuvo valor de resistir.

Otras veces nace esa incredulidad de una fe vacilante tibia, que permanece así mucho tiempo. Se ha escandalizado de ver tantos indiferentes, tantos incrédulos prácticos. Se ha escandalizado de oír las artificiosas razones y los sofismas de una ciencia falsa, y exclama: "Si es verdad que Jesucristo está realmente presente en la sagrada Hostia, ¿cómo es que no impone castigos? ¿Por qué permite que le insulten? Por otra parte, ¡hay tantos que no creen!, y, con todo, no dejan de ser personas honradas".

He aquí uno de los efectos de la fe vacilante; tarde o temprano conduce a la negación del Dios de la Eucaristía.

¡Desdicha inmensa! Porque entonces uno se aleja, como los cafarnaítas, de aquel que tiene palabras de verdad y de vida.

II

¡A qué consecuencias tan terribles se expone el que no cree en la Eucaristía! En primer lugar, se atreve a negar el poder de Dios. ¿Cómo? ¿Puede Dios ponerse en forma tan despreciable? ¡Imposible, imposible! ¿Quién puede creerlo?

A Jesucristo le acusa de falsario porque Él ha dicho: *"Este es mi cuerpo, esta es mi sangre"*.

Menosprecia la bondad de Jesús, como aquellos discípulos que oyendo la promesa de la Eucaristía le abandonaron.

Aun más; una vez negada la Eucaristía, la fe en los demás misterios tiende a desaparecer, y se perderá bien pronto. Si no se cree en este misterio vivo, que se afirma en un hecho presente, ¿en qué otro misterio se podrá creer?

Sus virtudes muy pronto se volverán estériles, porque pierden su alimento natural y rompen los lazos de unión con Jesucristo, del cual recibían todo su vigor; ya no hacen caso y olvidan a su modelo allí presente.

Tampoco tardará mucho en agotarse la piedad, pues queda incomunicada con este centro de vida y de amor.

Entonces ya no hay que esperar consuelos sobrenaturales en las adversidades de la vida y, si la tribulación es muy intensa, no queda más remedio que la desesperación. Cuando uno no puede desahogar sus penas en un corazón amigo, terminan éstas por

ahogarnos.

III

Creamos, pues, en la Eucaristía. Hay que decir a menudo: "Creo, Señor; ayuda mi fe vacilante". Nada hay más glorioso para nuestro Señor que este acto de fe en su presencia eucarística. De esta manera honramos, cuanto es posible, su divina veracidad, porque, así como la mayor honra que podemos tributar a una persona es creer de plano en sus palabras, así la mayor injuria sería tenerle por embustero o poner en duda sus afirmaciones y exigirle pruebas y garantías de lo que dice. Y si el hijo cree a su padre bajo su palabra, el criado a su señor y los súbditos a su rey, ¿por qué no hemos de creer a Jesucristo cuando nos afirma con toda solemnidad que se halla presente en el santísimo Sacramento del altar?

Este acto de fe tan sencillo y sin condiciones en la palabra de Jesucristo le es muy glorioso, porque con él le reconocemos y adoramos en un estado oculto. Es más honroso para nuestro amigo el honor que le tributamos, cuando le encontramos disfrazado y, para un rey, el que se le da cuando se presenta vestido con toda sencillez, que cualquier otro honor recibido de nosotros en otras circunstancias. Entonces honramos de veras la persona y no los vestidos que usa.

Así sucede con nuestro Señor en el santísimo Sacramento. Reconocerle por Dios, a pesar de los velos eucarísticos que lo encubren, y concederle los honores que como a Dios le corresponden, es propiamente honrar la divina persona de Jesús y respetar el misterio de que se rodea.

Al mismo tiempo, obrar así es para nosotros más meritorio, pues como san Pedro, cuando confesó la divinidad del hijo del hombre, y el buen ladrón, cuando proclamó la inocencia del crucificado, afirmamos de Jesucristo lo que es, sin mirar a lo que parece, o, mejor dicho, es creer lo contrario de lo que nos dicen los sentidos, fiados únicamente de su palabra infalible.

Creamos, creamos en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. ¡Allí está Jesucristo! Que el respeto más profundo se apodere de nosotros al entrar en la iglesia; rindámosle el homenaje de la fe y del amor que le tributaríamos si nos encontráramos con Él en persona. Porque, en hecho de verdad, nos encontramos con Jesucristo mismo.

Sea éste nuestro apostolado y nuestra predicación, la más elocuente, por cierto, para los incrédulos y los impíos.

LA MARAVILLA DE DIOS

Memoriam fecit mirabilium suorum...
"Ha hecho un memorial de todas sus maravillas" (Ps 110, 4)

La Eucaristía es obra de un amor inmenso, que ha tenido a su disposición un poder infinito, esto es, la omnipotencia de Dios.

Santo Tomás la llama "maravilla de las maravillas – *miraculorum ab ipso factorum maximum"*.

Para convencerse de ello basta meditar lo que enseña la Iglesia acerca de este misterio.

I

La primera maravilla que se obra en la Eucaristía es la transubstanciación, obrada por Jesucristo y después todos los sacerdotes por su divina institución y mandato, toman en sus manos pan y vino, pronuncian sobre esta materia las palabras de la consagración, y al punto desaparece toda la substancia del pan y del vino y se convierte en cuerpo sagrado y sangre adorable de nuestro señor Jesucristo.

Tanto bajo las especies del pan como bajo las del vino se encuentra verdadera, real y substancialmente presente el cuerpo glorioso del Salvador.

Del pan y del vino no han quedado más que accidentes: color, sabor, peso; para los sentidos hay todavía pan y vino, mas para la fe no hay más que unos accidentes que ocultan el cuerpo y la sangre de Jesús. Y estos accidentes subsisten únicamente por virtud de un nuevo milagro de la omnipotencia divina, que suspende las leyes ordinarias de la naturaleza, según las cuales no pueden subsistir las cualidades de los cuerpos sin los cuerpos que las sostienen. Aquí no hay que buscar otra razón que la voluntad de Dios, como es ella misma la razón de nuestra existencia. Dios puede todo lo que quiere, y una cosa no exige de Él mayor esfuerzo que otra. Esta es la primera maravilla de la Eucaristía.

II

Otra maravilla, contenida en la primera, es que este milagro de la transubstanciación se renueva por virtud de la simple palabra de un hombre, esto es, del sacerdote, y tantas veces como él lo quiera. ¿Quiere que Dios se ponga en este altar?... Pues allá viene el Señor. Tal es el poder que le ha concedido.

El sacerdote, revestido de este poder, obra exactamente el mismo milagro que obró Jesús en la cena eucarística, porque obra en nombre de Jesucristo y de Él procede toda la eficacia de su palabra. Nunca ha resistido nuestro Señor a la palabra de su ministro.

¡Oh milagro de la omnipotencia divina! ¡Una simple, mortal y débil criatura encarna a Jesús sacramentado!

III

En el desierto, tomando Jesús cinco panes, los bendijo, y con ellos tuvieron los apóstoles bastante para alimentar a cinco mil hombres. Débil imagen de esta otra maravilla de la multiplicación que Jesús obra en la Eucaristía.

Como Jesús ama por igual a todos los hombres, quiere darse a todos y todo entero a cada uno, de manera que cada uno pueda recoger la parte que le corresponde de este divino maná. Preciso será que se multiplique tanto como sea menester para que le reciban los fieles que lo quieran y cuantas veces lo quieran; hace falta, por decirlo así, que la mesa eucarística cubra el mundo.

Y esto es precisamente lo que se verifica por su poder. Cuantos le reciben sacramentalmente le reciben todo entero y con cuanto es, porque cada una de las hostias le contiene. Dividid estas hostias en muchas partes, en todas las partes que queráis, y Jesús estará todo entero en cada una de ellas. La fracción de la Hostia no divide a Jesús, sino que le multiplica.

¿Quién podrá contar el número de hostias que desde el cenáculo ha puesto Jesús a disposición de sus hijos?

IV

Pero no sólo se multiplica Jesús tanto como las partículas consagradas, sino que, además, por otra maravilla que tiene conexión inmediata con la anterior, está presente a la vez en innumerables lugares.

Durante los días de su vida mortal, Jesús se hallaba en un solo lugar, habitaba una sola casa, por lo que pocas eran las personas privilegiadas que podían gozar de su presencia y tener la dicha de escucharle; mas hoy, presente en el santísimo Sacramento, puede decirse que está en todas partes al mismo tiempo. Su sacratísima humanidad participa, de alguna manera, de la inmensidad de Dios que todo lo llena. Jesús está entero en número indefinido de templos y todo en cada uno de ellos. Y es que como los cristianos, miembros del cuerpo místico de Jesús, están esparcidos por la tierra, es preciso que el alma de este cuerpo místico, Jesús, esté en todas partes llenando todo el cuerpo, comunicando y conservando la vida a cada uno de sus miembros.

Déjanos, ¡oh Jesús amante!, adorar la eficacia de tu poder soberano que multiplica estas maravillas de la Eucaristía, para que así puedas vivir en medio de tus hijos, ser todo para ellos y hacer que ellos puedan a Ti llegarse.

SACRIFICIOS DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA

Dilexit me et tradidit semetipsum pro me
"Me amó y se entregó a sí mismo a la muerte por mí" (Gal 2, 20)

¿Cuáles son los caracteres distintivos del amor? Uno solo: el sacrificio. El amor se conoce por los sacrificios que inspira o que acepta gustoso.

Un amor sin sacrificios es una palabra sin sentido, un egoísmo disfrazado.

¿Queremos conocer la grandeza del amor de Jesús para con los hombres en el misterio de la Eucaristía? Pues veamos los sacrificios que ha tenido que imponerse para realizarlo. Son los mismos que aceptó el hombre-Dios al tiempo de su pasión. Ahora como entonces, Jesucristo inmola su vida civil, su vida natural y su vida divina.

I

Durante la pasión, a la que le impulsaba su inmenso amor hacia nosotros, Jesucristo fue excluido de la ley; su pueblo reniega de Él y le calumnia, mas Él no pronuncia una sola palabra para defenderse; se pone a merced de sus enemigos y nadie le protege, mas Él no alega los derechos del último de los acusados. Todos sus derechos de ciudadano y de hombre honrado los inmola por la salvación y el amor de su pueblo.

En la Eucaristía Jesús acepta y continúa los mismos sacrificios. Inmola su vida civil, por cuanto está sin derecho alguno; la ley ni siquiera le reconoce su personalidad; al que es Dios y hombre a la vez, al Salvador de los hombres, apenas si las naciones por Él redimidas le consagran una sola palabra en sus códigos. Vive en medio de nosotros y es desconocido. *"Medias autem vestrum stetit quem vos nescitis"*.

Tampoco se le conceden honores públicos. En muchos países hasta se ha suprimido la fiesta del Corpus. Jesucristo no puede salir, no puede mostrarse en público. ¡Tiene que esconderse, porque el hombre se avergüenza de Él! *Non novi hominem!*, ¡no le conozco! ¿Y

sabéis quiénes son los que se avergüenzan de Jesucristo? ¿Serán acaso los judíos, o tal vez los mahometanos? No, ¡son cristianos!

La sagrada Eucaristía se encuentra sin defensa ni protección humanas. Mientras no perturbéis e impidáis el ejercicio público del culto, ya podéis injuriar a Jesús y cometer los sacrilegios que queráis: son cosas en que nada tienen que ver las autoridades.

Por tanto, Jesús sacramentado queda sin defensa por parte de los hombres.

Pero ¿no vendrá el cielo en su defensa? Tampoco. Lo mismo que en el palacio de Pilatos y en casa de Caifás, Jesús es entregado por su Padre a la voluntad de los pecadores. *Jesum vero tradidit voluntati eorum.*

¿Es posible que Jesucristo supiese todo esto al instituir la Eucaristía y que con todo escogiese libremente ese estado? Sí; lo hizo así para servirnos de modelo en todo y ser nuestro consolador en las persecuciones y penalidades de la vida.

Así ha de permanecer hasta el fin del mundo, dándonos ejemplo y auxiliando con su gracia a cada uno de sus hijos. ¡Tanto nos ama!

II

Al sacrificio de sus derechos añade Jesús en su pasión la inmolación de todo aquello que constituye al hombre: inmola su voluntad, la bienaventuranza de su alma, que permitió fuese presa de tristeza sin igual, de su vida entera acabada en la cruz.

Y cual si fuese poco haberse inmolado así una vez, en la sagrada Eucaristía continúa renovando místicamente esta muerte natural.

Para inmolar la propia voluntad, obedece a su criatura el que es Dios; al súbdito el que es rey, al esclavo su libertador. Obedece a los sacerdotes, a los fieles, a los justos y a los pecadores, sin resistencia ni violencia ninguna, aun a sus mismos enemigos y a todos con la misma prontitud. No solamente en la misa, cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración, sino también en todos los momentos del día y de la noche, según las necesidades de los fieles. Su estado permanente es pura y simplemente un estado de obediencia. ¿Es ello posible? ¡Oh, si comprendiera el hombre el amor de la Eucaristía!

Durante su pasión Jesús estuvo atado, perdió su libertad: en la Eucaristía se ata a sí mismo; a manera de férreas cadenas, le han sujetado sus promesas absoluta y perpetuamente, y le han unido inseparablemente a las sagradas especies las palabras de la consagración. Se halla en el santísimo Sacramento sin movimiento propio, sin acción, como en la cruz y como en el sepulcro, aunque posea la plenitud de la vida resucita.

Jesús está, en absoluto, bajo la dependencia del hombre, como prisionero de amor; no puede romper sus ligaduras ni abandonar su prisión eucarística. Se ha constituido prisionero nuestro hasta el fin de los siglos. ¡A tanto se ha obligado y a tanto se extiende el contrato de su amor!

En cuanto a la bienaventuranza de su alma, claro está que, una vez resucitado, no puede suspender como en Getsemaní sus arrobamientos y goces; pero pierde su felicidad en los hombres, y en aquellos de sus miembros indignos, como son los malos cristianos. ¡Cuántas veces se corresponde a Jesús con la ingratitud y el ultraje! ¡Cuántas y cuántas imitan los cristianos la conducta de los judíos! Jesús lloró una vez sobre la ciudad culpable de Jerusalén; si ahora pudiese llorar en el santísimo Sacramento, ¡cuántas lágrimas le harían derramar nuestros pecados y la perdición eterna de los que se condenan! ¡Cómo nos ama más, le aflige en mayor grado la ruina nuestra que la de los judíos!

Por fin, no pudiendo morir realmente en la sagrada Hostia, Jesús toma al menos un estado de muerte aparente. Se consagran separadamente las sagradas especies para significar el derramamiento de su preciosísima sangre, que al salir del cuerpo le ocasionó muerte tan dolorosa.

Se nos da en la santa Comunión; las sagradas especies son consumidas y como aniquiladas en nosotros.

Finalmente, Jesús se expone también a perder la vida sacramental cuando los impíos profanan y destruyen las santas especies.

Los pecadores que le reciben indignamente le crucifican de nuevo en su alma y le unen al demonio, dueño absoluto de sus corazones. *Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.*

III

Jesús inmola también en la Eucaristía su vida natural cuanto lo permite su estado glorioso.

En la pasión no perdonó su vida divina; tampoco la perdona en la Eucaristía. Porque ¿qué gloria, qué majestad, qué poder aparecen en los tormentos de su pasión? Allí no se ve sino al varón de dolores, al maldito de Dios y de los hombres, a Aquel de quien había dicho Isaías que no le podía reconocer, desfigurada como estaba su faz augusta por las llagas y las salivas.

Jesús, en su pasión, no dejó ver más que su amor. ¡Desgraciados aquellos que no quisieron reconocerle! Preciso fue que un ladrón, un facineroso, le adorase como a Dios y proclamase su inocencia, y que la naturaleza llorase a su criador.

En el Sacramento continúa Jesús con más amor todavía el sacrificio de sus atributos divinos.

De tanta gloria y de tanto poder como tiene sólo vemos una paciencia más que suficiente para escandalizarnos, si no supiésemos que su amor al hombre es infinito, llegando hasta la locura. *Insanis, Domine!*

Con cuyo proceder parece este dulce Salvador querer decirnos: ¿Acaso no hago lo bastante para merecer vuestro amor? ¿Qué más puedo hacer? ¡Indagad qué sacrificio me queda por consumar!

¡Desgraciados aquellos que menosprecian tanto amor! Se comprende que el infierno no sea castigo excesivo para ellos...

Pero dejemos esto... La Eucaristía es la prueba suprema del amor de Jesús al hombre, por cuanto constituye el supremo sacrificio.

LA EUCARISTÍA Y LA MUERTE DEL SALVADOR

Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, mortem Domini annuntiabitis dono veniat
"Cuantas veces comiereis este pan, anunciaréis la muerte del Señor" (1Co 11, 26)

I

La Sagrada Eucaristía, desde cualquier aspecto que se la considere, nos recuerda de una manera patente la muerte del Señor.

Fue instituida la víspera de su muerte, la noche misma que fue entregado Jesús: *Pridie quam pateretur; in qua nocte tradebatur.*

El Señor le da el nombre de testamento que se funda en su sangre: *Hic calix novum testamentum est in sanguine meo.*

El estado de Jesús en el santísimo Sacramento es un estado de muerte. En las apariciones de Bruselas y de París, de 1290 y 1369, se dejó ver con las cicatrices de sus llagas como nuestra víctima divina.

En la Hostia santa está sin voluntad y sin movimiento, como un muerto que hay que llevar.

A su alrededor reina silencio mortal. Su altar es un sepulcro que encierra huesos de mártires; la lámpara le alumbra como alumbra las sepulturas; el corporal que envuelve la santa Hostia es nuevo sudario, *novum sudarium.* Cuando el sacerdote va a ofrecer el santo sacrificio, lleva sobre sí insignias de muerte: no hay vestidura sagrada que no esté marcada con la cruz, que lleva por delante y por detrás.

Siempre muerte, siempre cruz, es el estado de Jesús en la Eucaristía en sí misma considerada.

II

Si la consideramos como sacrificio o como Sacramento que se recibe en la Comunión, patentiza ese estado de muerte de Jesús de una manera todavía más viva.

El sacerdote pronuncia separadamente las palabras de la consagración, sobre la materia del pan y sobre la del vino, de modo que, en virtud de la significación rigurosa de estas palabras, el cuerpo de Cristo debiera estar separado de su sangre, es decir, muerto. Si no hay muerte real es porque a ello se opone, después de su resurrección, el estado glorioso de Jesucristo; pero Él toma de la muerte lo que puede, es decir, torna el estado de muerte y le vemos así como Cordero inmolado por nosotros.

Jesucristo, por esta mística muerte, hace la ofrenda ritual del sacrificio de la cruz, millares de veces, por los pecados del mundo.

En la Comunión se consuma esta muerte mística del Salvador. El corazón del comulgante viene a ser su sepulcro, pues disueltas en su interior las santas especies por la acción del calor natural, cesa el estado sacramental; Jesús sacramentado ya no está corporalmente en nosotros, sino que muere sacramentalmente, verificándose la consunción del holocausto.

En el corazón del justo halla Jesús una sepultura gloriosa, pero ignominiosa en el del pecador. En el primero no pierde su estado sacramental sin dejar algo de su divinidad, su Espíritu Santo, y por lo mismo un germen de resurrección. En el segundo, esto es, en el culpable, no sobrevive Jesús, quedan frustrados todos los fines de la Eucaristía. La Comunión en estas condiciones es una verdadera profanación; es la muerte violenta e injusta de nuestro Señor, crucificado por estos nuevos verdugos.

III

¿Por qué quiso Jesucristo establecer relaciones tan íntimas entre su muerte y la Eucaristía?

Ante todo, para recordarnos cuánto le ha costado este Sacramento. La Eucaristía es, en efecto, fruto de la muerte de Jesús.

La Eucaristía es un testamento, un legado, que no puede tener valor sino por la muerte del testador. Jesús debía, por tanto, morir para convalidarlo. Por eso, cuantas veces nos hallamos en presencia de la Eucaristía debemos exclamar: Este precioso testamento ha costado la vida a Jesucristo y nos da a conocer la inmensidad de su amor, ya que Él mismo dijo que la mayor prueba de amor es dar la vida por sus amigos.

La prueba suprema del amor de Jesús es el haber muerto por

conquistarnos y dejarnos la Eucaristía. ¡Cuán pocos son los que tienen en cuenta este precio de la Eucaristía! Y, sin embargo, bien a las claras nos lo dice Jesús con su presencia. Pero nosotros, como hijos desnaturalizados, no pensamos más que en sacar provecho y disfrutar de nuestras riquezas sin acordarnos de Quien nos la adquirió a costa de su vida.

IV

Jesucristo quiso igualmente establecer estas relaciones señaladas para significarnos incesantemente los efectos que debe producir la Eucaristía en nosotros.

Los cuales son: primero, hacernos morir al pecado y a las inclinaciones viciosas.

Segundo, hacernos morir al mundo y crucificarnos con Jesucristo, según expresión de San Pablo: *Mihi mundus crucifixus est et ego mundo.*

Tercero, hacernos morir a nosotros mismos, a nuestros gustos, a nuestros deseos, a nuestros sentidos, para que podamos revestirnos de Jesucristo, para que pueda Él vivir en nosotros y nosotros no ser otra cosa que miembros suyos sumisos a su voluntad.

Por último, la Eucaristía nos hace partícipes de la resurrección gloriosa de Jesús. Jesucristo es sembrado en nosotros y el Espíritu Santo se encargará de vivificar este divino germen y nos concederá por él una vida eternamente gloriosa.

Tales son algunas de las razones que indujeron a Jesucristo a rodear con tantas señales de muerte este sacramento de vida, donde reside glorioso y donde triunfa su amor.

Quiere ponernos continuamente a la vista el precio de nuestro rescate y la manera de corresponder a su amor.

¡Oh, Señor, le diremos con la Iglesia, que nos dejaste en el admirable Sacramento la memoria de tu pasión, concédenos que de tal manera veneremos los sagrados misterios de tu cuerpo y sangre, que experimentemos continuamente en nosotros los frutos de tu redención!

LA EUCARISTÍA, NECESIDAD DEL CORAZÓN DE JESÚS

Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum
"He deseado con ardiente deseo comer esta pascua con vosotros" (Lc 22, 15)

La Eucaristía es una obra supererogatoria a la redención; la justicia de su Padre no la exigía de Jesucristo.

La pasión y el calvario bastaban para reconciliarnos con Dios y abrirnos las puertas de la casa paterna. ¿Para qué instituyó, pues, la Eucaristía?

La instituye para sí mismo, para su propio contentamiento, para satisfacer los anhelos de su Corazón.

Así comprendida, la Eucaristía es la obra más divina, más tierna y más empapada de amor celestial; su naturaleza, su carácter distintivo, es bondad y expansiva ternura.

Aun cuando nosotros no hubiésemos sacado provecho de ella, Jesucristo la hubiese instituido de igual manera, porque sentía la necesidad de instituirla, y esto por tres razones.

I

Primero, porque era nuestro hermano, Jesucristo quiso satisfacer el afecto fraternal que por nosotros sentía.

No hay afecto más vivo ni amor más expansivo que el amor fraterno. La amistad exige igualdad, y ésta nunca es tan perfecta como entre hermanos; pero el amor fraterno de Jesús está por encima de cuanto pueda imaginarse.

Dice la Sagrada Escritura que el alma de David estaba ligada estrechamente a la de Jonatás y que los dos formaban una sola; mas por muy estrecha que sea la amistad que une a dos hombres, siempre queda en el fondo de cada uno de ellos un principio de egoísmo: el orgullo. En Jesucristo, en cambio, no existe tal principio ni sombra de él, sino que nos ama de una manera absoluta, sin ninguna mira personal. Poco importa que le correspondamos o no; Él no se cansa

de buscarnos con amor cada vez mayor.

Si un hermano desea ver a otro hermano y vivir con él; si Jonatás languidecía lejos de David, ¿qué pena no le causaría a Jesucristo la idea de tener que abandonarnos, siendo tan grande su deseo de estar siempre a nuestro lado para podernos repetir: “Sois mis hermanos”?

¡Qué expresión más tierna! Con ninguna otra cualidad de Jesús, se expresa mejor la amistad. Bien es verdad que es también nuestro bienhechor y salvador; mas aquella amabilidad dulce y familiar no se ve en estos atributos.

La Eucaristía pasa el rasero sobre todos los hombres y engendra la verdadera igualdad; fuera y aun dentro del templo hay dignidades, mas en la mesa de Jesús, nuestro hermano mayor, todos somos hermanos.

¡Cuán impropio es acercarse uno a comulgar acordándose solamente de la majestad y santidad de nuestro Señor! Bueno es esto cuando se medita sobre algún otro misterio; pero tratándose de la Eucaristía, dejemos ellos pensamientos y acerquémonos lo más posible a Jesús, a fin de que haya entre Él y nosotros expansión y ternura.

II

Jesús quiso además permanecer entre nosotros por ser nuestro Salvador, y esto no sólo para aplicarnos los méritos de la redención, pues hay otros medios para ello, como la oración, los sacramentos, etc., sino para gozar de sus títulos de Salvador y de su victoria.

El hijo salvado por su propia madre, de un gran peligro, es doblemente amado.

Jesucristo nuestro Señor, a quien tanto le hemos costado, sentía la necesidad de amarnos con ternura para resarcirse de los sufrimientos del Calvario.

¡Cuánto ha hecho por nosotros! Nos ama en proporción de lo que le hemos costado, y le hemos costado infinitamente.

No deja uno abandonados aquellos a quienes ha salvado. Una vez expuesta la vida por ellos, se los ama como la propia vida, en lo cual el corazón experimenta una dicha indescriptible.

Nuestro señor Jesucristo tiene corazón de madre, y antes hubiera dejado a los ángeles que a nosotros.

Jesús tiene necesidad de volvernos a ver. Los que en el campo de batalla fueron amigos no aciertan a expresar su satisfacción y alegría cuando vuelven a encontrarse después de largos años. A veces se emprende un largo viaje por visitar a un amigo, sobre todo si es amigo de la infancia. ¿Y por qué razón no ha de tener Jesucristo estos sentimientos tan nobles y tan buenos?

Jesucristo conserva en la Eucaristía las señales de sus heridas. Las ha querido conservar como trofeo de gloria y para su consuelo, porque ellas le recuerdan el amor que nos tuvo.

¡Cuánto le agrada ver que nos acercamos a Él para darle gracias por los beneficios que nos concedió y por los sufrimientos qué por nosotros se impuso! Puede decirse que en gran parte instituyó la Eucaristía para que los fieles acudiesen a su lado con el fin de consolarle de sus dolores, de su pobreza, de su cruz. ¡Llega Jesús hasta mendigar la compasión y la correspondencia a s u amor!

Sí; Jesucristo debe estar con aquellos a quienes ama; objeto de su amor lo somos nosotros, porque nosotros somos los salvados por Él.

III

Finalmente, Jesucristo quiere vivir entre nosotros y atestiguarnos en la Eucaristía su ardiente caridad, porque ve el amor infinito de su Padre celestial hacia los hombres y siente la necesidad de pagarle por nosotros la deuda de amor que hemos contraído con Él.

A veces se siente uno súbitamente poseído de afecto hacia una persona desconocida, a la que por ventura ni siquiera se había visto: un rasgo, un detalle, una circunstancia cualquiera que vemos en ella nos recuerda muchas veces a un amigo querido y sentimos en nosotros simpatía hacia aquel que hace así revivir en nuestra mente a un amigo perdido.

Asimismo nos sentimos inclinados otras veces a amar al amigo del amigo nuestro, aun sin conocerle, y únicamente por ser grato a nuestro amigo; muy poco se necesita para excitar en nosotros este amor, porque el afecto del corazón se extiende, como por instinto, a todo lo que guarda relación con el amigo.

Lo propio ocurre con Jesús. Dios Padre nos ama; y como Jesucristo ama a su Padre, nos amará también a nosotros a causa de

Él, independientemente de cualquier otro motivo. Esto viene a ser para el Hijo de Dios una necesidad, porque no puede olvidar aquellos a quienes ama su Padre.

Invirtiendo los términos de la cuestión, podemos decir a nuestro señor Jesucristo: Gracias te doy, Señor, por haber instituido la Eucaristía en beneficio mío; pero, dulce Salvador mío, permíteme que te diga que me debes a mí el haberla podido instituir, por cuanto yo he sido la ocasión. Si en ella nos puedes mostrar tus títulos de Salvador y llamarte hermano nuestro, yo he sido la causa ocasional. Aun me estás obligado por poder seguir derramando tus beneficios y continuar tu oficio de Salvador. A nosotros nos debes el hermoso título de hermano.

Además de esto, nuestro Señor mendiga adoradores y Él es quien nos ha llamado con su gracia. ¡Nuestro Señor nos deseaba, tenía necesidad de nosotros!

Necesita adoradores para ser expuesto, sin que pueda en caso contrario salir del tabernáculo.

Para celebrar la santa misa se requiere por lo menos un ayudante que represente al pueblo fiel: nosotros ponemos a nuestro Señor en condiciones de ejercer su reinado.

Ahondad estos pensamientos, que ellos os elevarán y ennoblecerán; excitarán en vosotros inmensos deseos de amor y os harán recordar que nobleza obliga.

Repetid con frecuencia y con santa libertad a nuestro señor Jesucristo

¡Sí, Señor, algo nos debes!

LA EUCARISTÍA, NECESIDAD DE NUESTRO CORAZÓN

Fecisti nos ad Te, Deus!
¡Oh Dios mío, para ti has hecho nuestro corazón!

¿Por qué está Jesucristo en la Eucaristía? Muchas son las respuestas que pudieran darse a esta pregunta; pero la que las resume todas es la siguiente: porque nos ama y desea que le amemos. El amor, este es el motivo determinante de la institución de la Eucaristía.

Sin la Eucaristía el amor de Jesucristo no sería más que un amor de muerto, un amor pasado, que bien pronto olvidaríamos, olvido que por lo demás sería en nosotros casi excusable.

El amor tiene sus leyes y sus exigencias. La sagrada Eucaristía las satisface todas plenamente. Jesucristo tiene perfecto derecho de ser amado, por cuanto en este misterio nos revela su amor infinito.

Ahora bien, el amor natural, tal como Dios lo ha puesto en el fondo de nuestro corazón, pide tres cosas: la presencia o sociedad de vida, comunidad de bienes y unión consumada.

I

El dolor de la amistad, su tormento, es la ausencia. El alejamiento debilita los vínculos de la amistad, y por muy arraigada que esté, llega a extinguirla si se prolonga demasiado.

Si nuestro señor Jesucristo estuviese ausente o alejado de nosotros, pronto experimentaría nuestro amor los efectos disolventes de la ausencia.

Está en la naturaleza del hombre, y es propio del amor el necesitar para vivir la presencia del objeto amado.

Mirad el espectáculo que ofrecen los pobres apóstoles durante aquellos tres días que permaneció Jesús en el sepulcro.

Los discípulos de Emaús lo confiesan, casi han perdido la fe: claro, ¡cómo no estaba con ellos su buen maestro!

¡Ah! Si Jesús no nos hubiera dejado otra cosa por ofrenda de su amor que Belén y el calvario, ¡pobre Salvador, cuán presto le hubiéramos olvidado! ¡Qué indiferencia reinaría en el mundo!

El amor quiere ver, oír, conversar y tocar.

Nada hay que pueda reemplazar a la persona amada; no valen recuerdos, obsequios ni retratos... nada: todo eso no tiene vida.

¡Bien lo sabía Jesucristo! Nada hubiera podido reemplazar a su divina persona: nos hace falta Él mismo.

¿No hubiera bastado su palabra? No, ya no vibra; no llegan a nosotros los acentos tan conmovedores de la voz del Salvador.

¿Y su evangelio? Es un testamento.

¿Y los santos sacramentos no nos dan la vida? Sí, mas necesitamos al mismo autor de la vida para nutrirla.

¿Y la cruz? ¡La cruz... sin Jesús contrista el alma!

Pero ¿la esperanza...? Sin Jesús es una agonía prolongada. Los protestantes tienen todo eso y, sin embargo, ¡qué frío es el protestantismo!, ¡qué helado está!

¿Cómo hubiera podido Jesús, que nos ama tanto, abandonarnos a nuestra triste suerte de tener que luchar y combatir toda la vida sin su presencia?

¡Oh, seríamos en extremo desventurados si Jesús no se hallara entre nosotros! ¡Míseros desterrados, solos y sin auxilio, privados de los bienes de este mundo y de los consuelos de los mundanos, que gozan hasta saciarse de todos los placeres..., una vida así sería insoportable!

¡En cambio, con la Eucaristía, con Jesús vivo entre nosotros y, con frecuencia, bajo el mismo techo, siempre a nuestro lado, tanto de noche como de día, accesible a todos, esperándonos dentro de su casa siempre con la puerta abierta, admitiendo y aun llamando con predilección a los humildes! ¡Ah, con la Eucaristía, la vida es llevadera! Jesús es cual padre cariñoso que vive en medio de sus hijos. De esta suerte, formamos sociedad de vida con Jesús.

¡Cómo nos engrandece y eleva esta sociedad! ¡Qué facilidad en sus relaciones, en el recurso al cielo y al mismo Jesucristo en persona!

Esta es verdaderamente la dulce compañía de la amistad sencilla, amable, familiar e íntima. ¡Así tenía que ser!

II

El amor requiere comunidad de bienes, la posesión común; propende a compartir mutuamente así las desgracias como la dicha. Es de esencia del amor y como su instinto el dar, y darlo todo con alegría y regocijo.

¡Con qué prodigalidad nos comunica Jesús sus merecimientos, sus gracias y hasta su misma gloria en el santísimo Sacramento! ¡Tiene ansia por dar! ¿Ha rehusado dar alguna vez? ¡Jesús se da a sí mismo y se da a todos y siempre! Ha llenado el mundo de hostias consagradas.

Quiere que lo posean todos sus hijos. De los cinco panes multiplicados en el desierto sobraron doce canastos. Ahora la multiplicación es más prodigiosa, porque es preciso que participen todos de este pan.

Jesús sacramentado quisiera envolver toda la tierra en una nube sacramental; quisiera que las aguas vivas de esta nube fecundasen todos los pueblos, yendo a perderse en el océano de la eternidad después de haber apagado la sed de los elegidos y haberlos confortado.

Cuán verdadera y enteramente nuestro es, por tanto, Jesús sacramentado.

III

La tendencia del amor, su fin, es unir entre sí a los que se aman, es fundir a dos en uno, de modo que sean un solo corazón, un solo espíritu, una sola alma.

Oíd a la madre expresar esta idea, cuando abrazando al hijo de sus entrañas, le dice: “Me lo comería”.

Jesús se somete también a esta ley del amor por Él establecida. Tras haber convivido con nosotros y compartido nuestro estado, se nos da a sí mismo en Comunión y nos funde en su divino ser.

Unión divina de las almas, la cual es cada vez más perfecta y más íntima, según la mayor o menor intensidad de nuestros deseos: *In me manet et ego in illo.* Nosotros permanecemos en Él y Él permanece en nosotros. Ahora somos una sola cosa con Jesús, y después esta unión inefable, comenzada aquí en la tierra por la gracia, y perfeccionada por la Eucaristía, se consumará en el cielo, trocándose en eternamente gloriosa.

El amor nos hace vivir con Jesús, presente en el santísimo Sacramento; nos hace partícipes de todos los bienes de Jesús; nos une con Jesús.

Todas las exigencias de nuestro corazón quedan satisfechas; ya no puede tener otra cosa que desear.

LA EUCARISTÍA Y LA GLORIA DE DIOS

Ego honorifico Patrem meum
"Yo honro a mi Padre" (Jn 8, 49)

Jesucristo, nuestro Señor, no ha querido permanecer con nosotros aquí en la tierra sólo por medio de su gracia, de su verdad y de su palabra, sino, que también quiso quedarse en persona.

Así que nosotros poseemos al mismo Jesucristo que vio la Judea, aunque bajo otra forma de vida. Ahora viste el ropaje sacramental, es verdad; mas no por eso deja de ser el mismo Jesucristo, el mismo hijo de Dios e hijo de María.

La gloria de Dios: eso es lo que Jesucristo procuró mientras vivió en la tierra, y eso es lo que, en el augusto Sacramento, constituye el fin principal de todos sus deseos. Puede decirse que Jesucristo tomó el estado sacramental para seguir honrando y glorificando a su Padre.

I

El Verbo divino reparó, por la encarnación, y restauró la gloria del creador, oscurecida en la creación por el pecado del primer hombre, a que le arrastró la soberbia.

Para ello se humilló el Verbo eterno hasta unirse a la naturaleza humana; tomó carne en el purísimo seno de María y se anonadó a sí mismo tomando forma de esclavo.

Rescatado el hombre con el precio de su divina sangre, devuelta a su Padre una gloria infinita con todos los actos de su vida mortal y purificada la tierra con su presencia personal, Jesús subió glorioso al cielo, pues su obra quedaba terminada.

¡Oh qué día más glorioso para la celestial Jerusalén el de la triunfante ascensión del Salvador!

¡Pero día triste y muy triste para la tierra, porque se aleja de ella su rey y su reparador! ¿No sería de temer que allá, en la patria de los bienaventurados, se convirtiese bien pronto la tierra en objeto de mero recuerdo, que no tardará en olvidarse y acaso en objeto de ira y de venganza?

Cierto que Jesús deja establecida su Iglesia entre los hombres, y en ella buenos y santos apóstoles; ¡pero éstos no son el divino maestro!

En la Iglesia habrá también muchos y muy santos imitadores de Jesús, su divino modelo; pero al fin son hombres como los demás, con sus defectos e imperfecciones, y nunca libres, mientras viven en la tierra, de caer en los profundos abismos de la culpa.

Si la reparación obrada por Jesucristo y la gloria devuelta a su Padre con tantos trabajos y sufrimientos las dejase en manos de los hombres, ¿no habría que temer por su mal resultado? ¿No sería a todas luces arriesgado encomendar la obra de la redención del mundo y de la glorificación de Dios a hombres tan incapaces e inconstantes siempre?

No, no; ¡no se abandona así un reino conquistado a costa de tan inauditos sacrificios como son la encarnación, pasión y muerte de un Dios!

¡No se expone a tales riesgos la ley divina del amor!

II

Entonces, ¿qué hará el Salvador?

Permanecerá sobre la tierra. Continuará para con su eterno Padre el oficio de adorador y glorificador. Se hará Sacramento para la mayor gloria de Dios.

¿No veis a Jesús sobre el altar... en el sagrario? Está allí... Y ¿qué hace?

Adora a su Padre, le da gracias, intercede por los hombres, se ofrece a Él como víctima, como hostia propiciatoria para reparar la gloria de Dios, que sufre menoscabo continuamente. Allí está sobre su místico calvario repitiendo aquellas sublimes palabras: “¡Padre, perdónalos...; te ofrezco por ellos mil sangre..., mis llagas...!”

Se multiplica por todas partes; dondequiera sea preciso ofrecer alguna expiación. En cualquier sitio que se establezca una familia cristiana, allá va Jesús a formar con ella una sociedad de adoración, para glorificar a su Padre, adorándole Él mismo y haciendo que le adoren todos en espíritu y en verdad.

Y el Padre, satisfecho y glorificado cuanto merece, exclama:

“Mi nombre es grande entre las naciones; desde el oriente al ocaso se me ofrece una hostia de olor agradable”.

III

¡Oh maravilla de la Eucaristía! Jesús por su estado sacramental rinde homenaje a su Padre de manera tan nueva y sublime que nunca jamás recibió otro igual de criatura alguna, ni aun pudo hasta cierto punto recibirlo tan grande del mismo redentor aquí en la tierra.

¿En qué consiste este homenaje extraordinario?

En que el rey de la gloria, revestido en el cielo de la infinita majestad y poder de Dios, inmola exteriormente en el santísimo Sacramento, no solamente su gloria divina, como en la encarnación, sino también su gloria humana y las cualidades gloriosas de su cuerpo resucitado.

No pudiendo honrar a su Padre, en el cielo, con el sacrificio de su gloria, Jesucristo desciende a la tierra y se encarna de nuevo sobre el altar; el Padre puede contemplarle todavía tan pobre como en Belén; aunque continúe siendo rey de cielo y tierra y tan humilde y obediente como en Nazaret, puede verle sujeto no sólo a la ignominia de la cruz, sino a la más infamante de las comuniones sacrílegas y sometido a la voluntad de sus amigos y profanadores...

Así procura la gloria de su Padre este mansísimo Cordero, inmolado sin exhalar una queja; esta inocente víctima que no sabe murmurar; este glorioso Salvador que jamás pide venganza.

Mas ¿para qué todo esto?

Para glorificar a su Padre, por la continuación mística de las más sublimes virtudes; por el sacrificio perpetuo de su libertad, de su omnipotencia y de su gloria inmoladas por puro amor, en el santísimo Sacramento, hasta la última hora del mundo.

Presentando Jesucristo aquí en la tierra, con sus humillaciones, un contrapeso eficaz al orgullo del hombre y rindiendo, por esta razón, una gloria infinita a su Padre, le consuela vivamente. ¡Qué razón de la presencia eucarística más digna del amor de Jesús a su eterno Padre!

EL ESPOSO DIVINO DE LA IGLESIA

Viri, diligite uxores vestras, sicut et Christus dilexit Ecclesiam
"Varones, amad a vuestras esposas, así como Jesucristo amó a la Iglesia" (Ef 5, 25)

Otra de las razones que decidieron la institución de la sagrada Eucaristía fue el amor de Jesucristo a la Iglesia. Habiendo descendido nuestro Señor del cielo a la tierra para formar su Iglesia, para fundarla, muere por ella en la cruz. De su costado abierto brota juntamente con el agua y con su sangre la santa Iglesia, cual nueva Eva formada del cuerpo del segundo Adán.

Todas las acciones de Jesucristo y todos sus sufrimientos tuvieron por objeto formar un tesoro infinito de gracias y méritos para su Iglesia, de cuyos méritos ella pudiera disponer en favor de sus hijos. La Iglesia es la heredera de Jesucristo.

Más si Jesús, después de su resurrección, se hubiese subido al cielo contentándose con haber hecho a la Iglesia depositaria de su verdad y de sus gracias, ésta hubiese sido aquí en la tierra como una esposa enlutada que llorase inconsolable hasta hallarse en la presencia de su esposo divino. Esto no podía ser, pues hubiera sido indigno del poder y del amor del Salvador.

Jesús se quedó con su Iglesia para ser su vida, su fuerza y su gloria.

II

La esposa, privada de la compañía de su esposo, lleva una vida que no es vida, sino duelo y agonía. Pero junto a su esposo siéntese grande, fuerte y alegre. Posee el corazón de su esposo y se considera dichosa consagrándose de lleno a su servicio.

Así es la Iglesia respecto de la Eucaristía.

La Eucaristía es el objeto de su amor, el centro de su corazón, la felicidad y la alegría de su vida.

Ella vela por sus hijos de noche y de día, a los pies del Dios

del sagrario, para honrarle, amarle y servirle; la Eucaristía es el móvil y el fin de todo su culto; es el alma de este mismo culto, que cesaría bien pronto sin la Eucaristía, porque no tendría razón de ser.

Por eso las sectas protestantes, que no gozan de la presencia del esposo divino, abandonan todo culto exterior por superfluo e inútil.

III

Por la Eucaristía, la Iglesia es poderosa y fecunda; sus hijos ya no se pueden contar y se hallan diseminados por toda la redondez de la tierra; sus misioneros no cesan de conquistarle nuevos hijos: la Iglesia debe ser la madre del género humano.

¿De dónde nace su fecundidad? Los sacramentos del Bautismo y de la Penitencia no cabe duda que dan la vida o la restituyen; pero ¿cuál será la suerte futura de estos hijos que acaban de nacer a la gracia por las aguas de la regeneración divina?

Es preciso alimentarlos y educarlos.

En ellos se ha depositado un germen divino; pero hay que fomentar el desarrollo de este germen y hacer que crezca, y la Eucaristía es el medio de que se vale la Iglesia para formar a Jesucristo en sus hijos. La Eucaristía es el Pan vivo que sustenta en éstos la vida sobrenatural.

Por la Eucaristía los educa; en ella encuentran las almas abundancia de luz y de vida; la fuerza necesaria para el ejercicio de todas las virtudes.

Agar, en medio del desierto, lloraba inconsolable porque no podía alimentar ni refrigerar la sed de su hijo que iba a perecer de inanición.

La sinagoga y las sectas protestantes son esta madre incapaz de satisfacer las necesidades de sus hijos; éstos le piden pan y no hay quien se lo dé.

La Iglesia, por el contrario, recibe todos los días el pan del cielo para cada uno de sus hijos: para todos tiene suficiente. *Quantum isti, tantum ille.*

Este es el pan de los ángeles, pan de reyes, y por esto son sus hijos hermosos como el pan que los alimenta.

Con él se hacen fuertes, pues es el trigo de los elegidos que sacia completamente; tienen, además, derecho a sentarse cada día en

el regio banquete: la Iglesia tiene siempre dispuestas las mesas para los que quieran acercarse, y ella misma los invita y conjura para que vayan siempre allí a sacar fuerzas y vida.

IV

La Eucaristía es la gloria de la Iglesia.

Jesucristo, su esposo, es Rey; es el Rey de la gloria. El Padre colocó sobre su cabeza una corona resplandeciente.

La gloria del esposo es al mismo tiempo gloria de la esposa. La Iglesia, a semejanza del astro de la noche, refleja los rayos divinos del sol de la gloria.

La Iglesia, delante del Dios de la Eucaristía, es hermosa en los días de fiesta de su esposo, adornada con vestidos de gala; cantando himnos solemnes e invitando a todos sus hijos para que concurran a honrar al Dios de su corazón.

Cifra toda su dicha en dar gloria a su rey y a su Dios; viéndola y oyéndola se creería uno transportado a la celestial Jerusalén, donde la corte angélica glorifica, en sempiterna fiesta, al Rey inmortal de los siglos.

El día del *Corpus Christi* se presenta triunfante, cortejando en interminables procesiones al Dios de la Eucaristía y avanzando como ejército puesto en orden de batalla, acompañando a su Jefe; entonces reyes y pueblos, grandes y pequeños, cantan las glorias del Señor, que ha establecido su morada en medio de la Iglesia.

El reino de la Eucaristía es el reinado de la Iglesia, y, allí donde la Eucaristía es olvidada, la Iglesia no tiene sino hijos infieles cuya ruina no tardará, en llorar.

EL DIOS OCULTO

Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel salvator!
"Tú eres verdaderamente el Dios escondido. ¡Oh salvador, Dios de Israel!" (Is 45, 15)

Se comprende que el Hijo de Dios, llevado de su amor al hombre, se haya hecho hombre como él, pues era natural que el Creador tomase con interés la reparación de la obra salida de sus manos.

Que por un exceso de amor el Hombre-Dios muriese sobre la cruz, se comprende también. Pero lo que ya no se comprende, lo que espanta a los débiles en la fe y escandaliza a los incrédulos, es que Jesucristo glorioso y triunfante, después de haber terminado su misión en la tierra, quiera todavía quedarse con nosotros, y en un estado más humillante y anonadado que en Belén y aun que en el calvario.

Levantemos con respeto el misterioso velo que cubre al Santo de los Santos, y tratemos de comprender el exceso de amor que el Salvador nos manifiesta.

I

Este estado es el que más glorifica a su Padre celestial; en efecto, Jesús renueva y glorifica de esta manera todos los estados por que pasó durante su vida mortal. Lo que no puede hacer en el cielo, ya glorioso, lo ejecuta sobre el altar por su estado de anonadamiento. ¡Con qué complacencia mirará el Padre celestial a la tierra, en la cual ve a su Hijo –a quien ama como a sí mismo– en tal estado de pobreza, de humildad y de obediencia! Nuestro Señor Jesucristo ha encontrado el medio de perpetuar y renovar incesantemente el sacrificio del calvario, porque quiere de esta forma poner ante los ojos de su Padre eterno aquel acto heroico de la cruz, por el que le dio una gloria infinita y destruyó, con su inmolación, el reinado de Satanás, su enemigo.

Este anonadamiento es un combate que Jesucristo libra continuamente contra el orgullo hasta vencerlo: si la soberbia es lo más repugnante a los ojos de Dios, la humildad, por el contrario, es lo que más le glorifica. La gloria de Dios es, por tanto, la primera razón de ser del estado oculto de nuestro Señor en la Eucaristía.

II

Jesucristo, aunque oculto a mis ojos, actúa eficazmente en la obra de mi santificación. Veámoslo: si yo me quiero hacer santo, tengo que principiar por vencer el orgullo, y hacer que la humildad ocupe su lugar; y ¿dónde encontraré ejemplo de humildad más eficaz que en la Eucaristía y dónde, fuera de ella, la gracia que necesito para conseguirla?

Jesús es quien pronunció estas admirables palabras: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29); mas si desde el principio del cristianismo no tuviéramos otros ejemplos de humildad que el recuerdo de los que nos dio el Salvador durante su vida mortal, la humildad no sería más que una palabra vana y sin sentido. Podríamos decirle con razón: "Pero, Señor, yo no te he visto humillado".

En la Eucaristía Jesucristo responde a nuestras excusas y a nuestras quejas. Desde el tabernáculo, por debajo de los velos eucarísticos, especialmente, se escapa esta voz divina: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". ¡Aprended de mí a ocultar vuestras buenas obras, vuestras virtudes y sacrificios: descended... y venid a mí!

En el estado de anonadamiento de nuestro Señor en el santísimo Sacramento es donde se encuentra la gracia de la humildad. Si Jesús, Rey de la gloria, se rebaja y humilla hasta ese estado, ¿quién, por muy elevado que esté, podrá temer el rebajarse? Aunque sea muy favorecido por la fortuna, ¿cómo no estimar la amable pobreza de Jesús sacramentado? ¿Cómo desobedecer en adelante a Dios y a sus representantes, si el mismo Dios obedece a los hombres?

III

Ese estado de Jesús anima y alienta, además, nuestra debilidad. Por estar velado, podemos acercarnos a Él, hablarle y contemplarle sin temor; mientras que si apareciesen los resplandores de su gloria,

nadie osaría hablar a Jesucristo; recordemos lo que aconteció a los apóstoles en el Tabor cuando vieron, aunque fugazmente, la gloria de la divinidad de Jesús: cayeron, al verle, presa de espanto.

Jesús vela su poder para no amedrentar al hombre; vela su excelsa santidad para no desalentarnos cuando consideramos nuestras imperfectas virtudes. Como la madre balbucea las primeras palabras que ha de enseñar a su pequeño y se empequeñece con él, para elevarle hasta sí misma, así Jesucristo se hace en la Hostia santa pequeño con los pequeños, para poderlos elevar hasta sí mismo y por sí hasta Dios.

Jesús vela también su amor, y de esta manera modera y templa los ardores de este divino amor. Es tal la intensidad del fuego del amor de Jesús, que si nos viésemos expuestos a su acción directa, sin que nada se interpusiese, nos consumiría rápidamente: *"Ignis consummens est"* (Dt 4, 24): Dios es fuego que consume.

Así Jesús, ocultándose bajo las especies sacramentales, anima y fortalece nuestra debilidad.

¿Qué mayor prueba de amor que este velo eucarístico?

IV

El velo eucarístico acrisola nuestra fe.

La fe es un acto puramente espiritual que prescinde por completo de los sentidos. De nada sirven aquí los sentidos, no actúan. Es el único, entre todos los misterios de Jesucristo, en el cual los sentidos deben callarse en absoluto. En los otros misterios, por ejemplo, en la Encarnación y Redención, los ojos ven a un hombre hecho niño, a un Dios que muere..., pero aquí no ven más que una nube impenetrable. Por eso, aquí sólo debe obrar la fe; se da por excelencia el reinado de la fe.

Oculto Jesús tras esa espesísima niebla de los accidentes eucarísticos, exige de nosotros un sacrificio altamente meritorio; hay que creer, aun en contra del testimonio de los sentidos, contra las leyes ordinarias de la naturaleza y contra la misma experiencia. Hay que creer bajo la palabra de Jesús. Lo único que debemos hacer en presencia de la Hostia santa es preguntarnos y decir: "¿Quién está ahí?", y Jesucristo nos contesta: "Yo". Postrémonos y adoremos.

Esta fe pura, emancipada de la tutela de los sentidos y libre en su acción, nos une a la verdad misma, que es Jesús en el santísimo

Sacramento. “La carne de nada sirve –dice el Salvador–, mis palabras son espíritu y vida” (Jn 6, 64). El alma ha salvado ya la barrera de los sentidos y entra de lleno en la admirable contemplación de la presencia de Dios oculto bajo las sagradas especies. Esta presencia está lo suficientemente velada para no dañarnos con sus resplandores; pero lo suficientemente transparente a los ojos de la fe.

Hay más; este velo, en lugar de servir de prueba, se convierte en un poderoso estímulo y aguijón para los que tienen una fe humilde y sincera. El espíritu goza cuando conoce una verdad oculta, cuando descubre un tesoro escondido, cuando triunfa de una dificultad... El alma fiel, mirando el velo que oculta a su Señor, lo busca con el mismo afán con que lo buscaba la Magdalena en el sepulcro, crecen sus ansias de verle y le llama con las palabras de la Esposa de los Cantares. Se goza en atribuirle toda suerte de belleza y en realzarle con toda la gloria posible. La Eucaristía es para esta alma lo que Dios para los bienaventurados: la verdad, la belleza siempre antigua y siempre nueva, que el alma no se cansa nunca de escudriñar y penetrar: *“Quaesivi quem diligit anima mea*; buscaba al amado de mi alma*”* (Cant 3, 1). ¡Oh Señor y amado dueño de mi alma, yo os buscaré sin descanso; mostradme Vos vuestra faz adorable!

Y Jesús se manifiesta gradualmente a nuestras almas a medida de la fe y del amor que encuentra en ellas. Y así las almas hallan en Jesús un alimento siempre variado, una vida que nunca se agota; el divino objeto de su contemplación les muestras siempre con nuevas perfecciones, con nueva y cada vez mayor bondad. La felicidad y el deseo son dos elementos indispensables del amor mientras vivimos en este mundo; por eso el alma, con la Eucaristía, goza y desea al mismo tiempo. Come y se siente hambrienta todavía.

Sólo la sabiduría infinita del Señor y su gran bondad pudieron inventar el velo de la Eucaristía.

EL VELO EUCARÍSTICO

Cur faciem tuam abscondis?
"¿Por qué ocultas tu rostro?" (Job 13, 24)

I

¿Por qué se oculta nuestro señor Jesucristo en el santísimo Sacramento, bajo las sagradas especies?

Cuesta bastante trabajo acostumbrarse uno a contemplar a Jesús en ese estado de ocultación. Por lo cual, hay que volver con frecuencia sobre esta misma verdad, porque es preciso que creamos firme y prácticamente que Jesucristo, aunque invisible a los ojos corporales, se encuentra verdadera, real y substancialmente presente en la santa Eucaristía.

En presencia de Jesús, que guarda un silencio tan profundo y, a la vista de ese velo impenetrable, nos sentimos frecuentemente tentados a exclamar: "¡Señor, muéstranos tu rostro!"

El Señor, aun sin verle, nos hace sentir los efectos de su poder, nos atrae y hace que le respetemos; pero ¡sería tan dulce y tan agradable oír las palabras salidas de la boca del Salvador!

¡Qué consuelo tan grande si le pudiésemos ver, y qué seguridad tendríamos entonces de su amistad!, porque no se muestra, dirían, más que a los que ama.

II

Pues bien: Jesucristo, permaneciendo oculto, es más amable que si se manifestase visiblemente; silencioso..., más elocuente que si hablase; y lo que pudiera interpretarse como signo de un castigo no es sino efecto de su infinito amor y bondad.

Sí, si Jesucristo se dejase ver de nosotros nos sentiríamos desgraciados; el contraste de sus virtudes y de su gloria con nuestra suma imperfección nos humillaría sobremanera. "¡Cómo –diríamos entonces– un Padre tan bueno y unos hijos tan miserables!" No tendríamos ánimos para acercarnos a Él, ni para comparecer en su presencia. Ahora, al menos, no conociendo más que su bondad, nos

llegamos a Él sin temor.

Así, todos se acercan a Jesús. Supongamos que nuestro Señor se mostrase solamente a los buenos, porque, una vez resucitado, no puede dejarse ver de los pecadores; ¿quién se tendría por bueno a sí mismo?, y ¿quién no temblaría al entrar en la iglesia, temiendo siempre que Jesús no le encontrase bastante bueno para mostrársele?

De aquí nacerían los celos y la envidia. Únicamente los orgullosos, confiados en sus pretendidos méritos, se atreverían a presentarse delante de Jesús.

Mientras que de este modo, todos tenemos los mismos derechos y todos podemos creernos amados.

III

Quizá piense alguno que si viésemos la gloria de Jesús, esto nos convertiría.

No, no; la gloria no convierte a nadie. Los judíos, al pie del monte Sinaí envuelto en llamas, se hicieron idólatras. Los Apóstoles disparataban en el Tabor.

La gloria asusta y enorgullece, pero no convierte. El pueblo judío no se atrevía a llegarse ni hablar a Moisés, porque brillaba en su frente un rayo luminoso de la divinidad. ¡Jesús mío, permanece así..., quédate oculto! Más vale esto, porque yo puedo aproximarme a ti y confiar en que me amas, puesto que no me rechazas.

Pero su palabra, tan poderosa, ¿no tendría suficiente eficacia para convertirnos?

Los judíos estuvieron oyendo a Jesús durante tres años, y ¿cuántos se convirtieron? Solamente algunos; muy pocos.

La palabra que convierte no es la palabra humana, no es la palabra del Señor, que se percibe con los oídos, sino la palabra interior, la voz de la gracia, y Jesucristo, en el santísimo Sacramento, habla a nuestro corazón, y esto debe bastarnos porque es realmente su palabra.

IV

Si al menos –dirán otros– me fuese concedido sentir alguna vez los latidos de su corazón amante o percibir algún calor del fuego que arde en su divino pecho, yo le amaría muchísimo más y mi corazón quedaría transformado y abrasado en su amor.

Nosotros confundimos el amor con el sentimiento del amor.

Cuando pedimos a nuestro Señor que nos encienda en su amor, lo que deseamos en realidad es que nos haga sentir que le amamos, y esto, ciertamente, sería una verdadera desgracia. El amor es el sacrificio, la renuncia de nuestra voluntad y entera sumisión a la de Dios.

¿Qué es lo que necesitamos para luchar contra las seducciones del mundo y contra nosotros mismos? ¿Fortaleza? Pues por medio de la contemplación de la Eucaristía y de la Comunión, que es la unión perfecta con Jesús, conseguimos esta fortaleza. La dulzura que podemos sentir es una cosa pasajera, mientras que la fortaleza es cosa permanente. La fuerza es paz.

¿No experimentáis cierta paz y calma delante de nuestro Señor? Es prueba de que le amáis; ¿qué más queréis?

Cuando dos amigos están juntos, pierden mucho tiempo mirándose uno a otro y diciendo que se aman, sin que esto acreciente su amistad; pero separadles algún tanto y veréis cómo el uno piensa en el otro: se forman en la memoria la imagen de su amigo y cómo se desean.

Lo mismo pasa con nuestro Señor.

Tres años vivieron los apóstoles en compañía de Jesús y bien poco adelantaron en su amor a Él.

Jesucristo se ha ocultado para que nosotros, una vez conocida su bondad y sus virtudes, las rumiemos, por decirlo así, y le tengamos un amor formal y sincero, un amor que saliendo de la esfera de los sentidos se conforme con la fortaleza y con la paz de Dios.

V

Digamos, para terminar, que Jesucristo está allí verdaderamente bajo los velos del sacramento; pero oculta su cuerpo a nuestra vista para que sólo pensemos en su adorable persona y en su amor. Si permitiese que un rayo de luz de la gloria de su sacratísimo cuerpo escapase fugaz hasta nosotros, o que percibiésemos algún rasgo de su faz divina, le dejaríamos a Él por fijarnos únicamente en esta gloria exterior que nos absorbería por completo. Mas Él ya ha dicho que su cuerpo no es nuestro fin, sino más bien un medio para llegar al conocimiento de su alma y por ésta

al de su divinidad, cuyo cometido le está encomendado al amor.

Nuestra fe llegará a una certeza absoluta con la fuerza que le comunique el amor; paralizada la acción de los sentidos, nuestra alma entra rauda en comunicación con Jesucristo; y como Jesucristo es la dicha, el reposo y la alegría, cuanto mayor sea nuestra intimidad con Jesús, tanto mayores serán nuestra ventura y felicidad.

EL MISTERIO DE FE

Hoc est opus Dei ut credatis in eum
"La obra de Dios es que creáis en Jesucristo" (Jn 4, 29)

I

Nuestro señor Jesucristo quiere que recordemos continuamente todo lo que ha hecho por nosotros aquí en la tierra, y que honremos su presencia en el santísimo Sacramento por la meditación de todos los misterios de su vida mortal.

Para reproducirnos más al vivo el misterio de la última cena no sólo nos ha conservado el relato de los evangelistas, sino que además se ha constituido Él mismo en recuerdo vivo y personal, dejándonos su divina persona.

Aunque nuestro señor Jesucristo se halla en medio de nosotros, claro está que no podemos verle, ni representarnos el modo como se encuentra en la Eucaristía. Con todo, nuestro Señor se ha aparecido frecuentemente.

¿Por qué no habrá permitido que se sacasen y guardasen algunos retratos de estas augustas apariciones?

¡Ah!, es que Jesucristo sabía muy bien que todos estos retratos no servirían, en definitiva, más que para ocasionar el olvido de su actual y real presencia, oculta bajo los santos velos de la Eucaristía.

Sin embargo –parece decir alguno–, si yo viera, ¿no se aumentaría mi fe? ¿No se aman mejor las cosas que uno ve por sus propios ojos?

Sí; los sentidos pueden servir para confirmar mi fe vacilante, pero Jesucristo resucitado no quiere ponerse al alcance de estos pobres órganos del cuerpo: exige una fe más pura.

Como en Él no solamente hay cuerpo, sino también alma, no quiere que le amemos con un amor sensible, sino que lleguemos hasta su alma por medio de nuestro espíritu y de nuestro corazón sin descubrirle con los sentidos.

Porque, aunque Jesucristo está verdaderamente presente en cuerpo y alma, en el santísimo Sacramento lo está a la manera de los

espíritus: los espíritus no se analizan ni se disecan, están fuera del alcance de los sentidos.

II

¿Qué razón podemos tener, por lo demás, para quejarnos? ... Jesucristo ha sabido muy bien armonizarlo todo. Las santas especies, que no le tocan ni forman parte de su divino ser, a pesar de estar a Él inseparablemente unidas, sirven para indicarnos el lugar donde se halla: le localizan y vienen a ser como una condición sin la cual no puede estar presente.

Jesucristo hubiera podido adoptar un estado puramente espiritual; pero entonces, ¿cómo le hubiéramos encontrado?

¡Demos gracias a este nuestro buen Salvador! No está propiamente escondido, sino velado. Cuando una cosa está escondida, no se sabe dónde se halla, y es como si no existiese; mas si está velada, puede decirse que se la posee, que está uno seguro de tenerla, aunque no la vea.

Es mucho para un amigo saber con seguridad que tiene a su lado al amigo íntimo.

Esta seguridad la podemos tener todos: todos podemos ver con claridad el lugar donde está el Señor; miremos la Hostia santa, y estemos seguros de que allí se encuentra.

III

Nuestro señor Jesucristo ha querido ocultarse de esta manera por nuestro bien, por interés nuestro, para que nos veamos obligados a estudiar en Él mismo sus intenciones y sus virtudes.

Si le viéramos con los ojos corporales, cautivaría toda nuestra atención su belleza exterior y no tendríamos para Él más que amor puramente sentimental, mientras que Jesús quiere que le amemos con amor de sacrificio.

¿Quién duda que cuesta mucho trabajo a nuestro Señor ocultarse de esta manera? Preferiría manifestar sus divinas perfecciones y atraerse así los corazones de todos los hombres, pero no lo hace por nuestro bien.

Con este procedimiento consigue que nuestro espíritu ejercite su actividad en la consideración de este misterio augusto, y aguijoneada la fe con estas consideraciones, nosotros penetramos en

nuestro señor Jesucristo.

En vez de aparecer visible a los ojos del cuerpo se da a conocer a nuestra alma, iluminándola con su luz divina. Se manifiesta a nosotros por su propia luz. Él mismo se muestra luz y objeto de nuestra contemplación, el objeto y medio de nuestra fe.

Sucede aquí que el que más ama y el que es más puro, ve más claramente.

El mismo Jesucristo lo ha dicho: "El que me ama será amado de mi Padre y yo le amaré y me manifestaré a él yo mismo" (Jn 14, 23).

A las amas que se dan a la oración les comunica Jesucristo luces abundantísimas sobre sí mismo, y de esta manera se hace conocer por ellas sin peligro de inducir a error.

Esta luz divina tiene variadísimas fases, según que nuestro señor Jesucristo quiere alumbrarnos con ella, ya acerca de una circunstancia de su vida, ya acerca de otra, de modo que por la meditación de la Eucaristía, que es la glorificación de todos los misterios de la vida de Jesucristo, viene a ser Él, siempre, el objeto de nuestras meditaciones, cualquiera que sea el punto elegido para meditar.

IV

Por esto, ¡cuánto más fácil es meditar en presencia del santísimo Sacramento que en nuestra propia casa o celda!

En casa estamos en presencia de la inmensidad divina; delante del sagrario, en presencia de Jesucristo mismo, que está muy cerca de nosotros.

Y como el corazón va siempre a donde le lleva el espíritu, y el afecto a donde va el pensamiento, resulta más fácil amar delante del santísimo Sacramento. El amor que aquí tenemos es un amor actual, puesto que se dirige a Jesús vivo, presente y renovador en la Eucaristía de todos los misterios de su vida. Quien medite esos misterios en sí mismos, sin darles vida relacionándolos con la Eucaristía, notará en su corazón, a pesar suyo, un grande vacío y sentirá cierta pena. ¡Quién los hubiera podido presenciar!, exclamará.

Pero en presencia de Jesús sacramentado, ¿qué podemos echar de menos? ¿Qué más podemos desear? Todos sus misterios recobran nueva vida en el Salvador allí presente.

Nuestro corazón experimenta las satisfacciones de un gozo actual. Sea que pensemos en su vida mortal o en su vida gloriosa, sabemos que Jesucristo está aquí con su cuerpo, alma y divinidad.

Penetrémonos de estos pensamientos. Podemos representarnos todos los misterios de la vida de Jesús que nos plazcan; pero el pensamiento de su real presencia en la Eucaristía sea siempre el que dé fortaleza y vida a todas nuestras representaciones.

Tengamos muy presente que Jesús está en esa Hostia con todo su ser, y que todos los estados de su vida pasada tienen allí realidad actual. Quien esto ignora puede decirse que anda en nieblas y con una fe lánguida, incapaz de hacerle feliz.

Activemos en nosotros la fe y procuremos llegar hasta la delicadeza de la misma: puede decirse que en esto estriba nuestra felicidad. Nuestro señor Jesucristo quiere hacernos bienaventurados, por sí mismo. Ya sabemos cuán incapaces son los hombres de proporcionarnos la felicidad. Tampoco nos la puede proporcionar la piedad por sí sola, si no va apoyada en la Eucaristía. La verdadera felicidad consiste en la posesión de Dios, y la Eucaristía es Dios totalmente nuestro.

EL AMOR DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA

Et nos credidimus charitati, quam habet Deus in nobis
"Y nosotros hemos creído en el amor, que nos tiene Dios" (1Jn 4, 16)

Nosotros hemos creído y creemos en el amor que Dios nos tiene. ¡Frase profunda!

Podemos distinguir aquí dos clases de fe: la fe en la veracidad de Dios, cuando nos habla y nos hace promesas, la cual se exige a todo cristiano, y la fe en su amor; ésta es más perfecta que la anterior y como su complemento y corona.

La fe en la verdad, si no conduce a la fe en el amor, de nada sirve.

¿Cuál es este amor en que debemos creer?

Es el amor de Jesucristo, el amor que nos profesa en la Eucaristía, amor que se identifica con Él, puesto que es Él mismo, amor vivo, infinito...

Felices aquéllos que creen en el amor que Jesús nos tiene en la Eucaristía; ellos aman ya porque el creer en el amor es amar. Los que se contentan con creer solamente en la verdad de la Eucaristía no aman, o aman poco.

Pero ¿cuáles son las pruebas del amor que Jesús nos profesa en la Eucaristía?

I

En primer lugar está su divina palabra, su sinceridad: Él nos afirma que nos ama, que ha instituido este sacramento a causa del amor que nos tiene. Luego es verdad.

¿No creemos en la palabra de un hombre honrado? ¿Por qué ha de ser Jesucristo menos digno de fe?

Cuando uno quiere demostrar a su amigo el afecto que le tiene, se lo declara por sí mismo y le estrecha la mano con afecto.

Para notificarnos el amor que nos tiene tampoco se vale nuestro señor Jesucristo de los ángeles ni de otra clase de mensajeros;

Él mismo en persona nos lo da a conocer. El amor no gusta de intermediarios.

Para eso se ha quedado entre nosotros perpetuamente, para repetirnos sin cesar: "Yo os amo; bien veis que es verdad que os amo".

Tanto temía nuestro Señor que llegásemos a olvidarle, que para impedirlo fijó su residencia en medio de nosotros, y de entre nosotros escogió también su servidumbre, a fin de que no pudiésemos pensar en Él sin pensar al mismo tiempo en su amor. Dándose de esta manera, y con estas positivas afirmaciones de su amor, espera no se le olvidará.

Todo el que piensa seriamente en la Eucaristía, y sobre todo quien de Ella participa, siente indefectiblemente que Jesús le ama. Comprende que tiene en Él a un padre, se siente amado como hijo y se cree con derecho para llegarse a su Padre y dirigirle la palabra. En la iglesia, al pie del tabernáculo, conoce que se halla en la casa paterna: lo siente así.

¡Ah, comprendo el interés de los que quieren vivir cerca de las iglesias, como a la sombra de la casa paterna!

Así es cómo Jesucristo nos afirma su amor en el santísimo Sacramento: nos lo dice interiormente y nos lo hace sentir. Creamos, creamos en su amor.

II

Pero ¿me ama Jesús personalmente?

Para saberlo basta contestar a esta pregunta: ¿Pertenezco a la familia cristiana?

En una familia, el padre y la madre aman por igual a todos sus hijos, y si hay alguna preferencia es siempre a favor del más desgraciado.

Nuestro señor Jesucristo tiene, respecto de nosotros, todos los buenos sentimientos de un buen padre: ¿por qué negarle esta bondad?

Por lo demás, vemos cómo ejercita este amor personal con cada uno de nosotros. Todas las mañanas viene a ver en particular a cada uno de sus hijos para hablarle, visitarle y abrazarle; y aunque hace mucho tiempo que repite su venida, su visita de hoy es tan amable y graciosa como la primera. Él no ha envejecido, ni se ha cansado de amarnos ni de entregarse a nosotros.

¿No se da enteramente a cada uno? Y si son muchos los que acuden a recibirle, ¿acaso se divide? ¿Por ventura da menos a uno que a otro?

Aunque la Iglesia esté llena de adoradores, ¿no puede cada uno hacer oración y hablar con Jesús? Y Jesús, ¿no escucha y atiende a cada uno como si estuviese solo en el templo?

He aquí el amor personal de Jesús. Cada uno lo toma todo entero para sí sin que por eso cause perjuicio a los demás. Es como el sol que difunde su luz para todos y cada uno de nosotros, o como el océano para todos y cada uno de los peces. Jesús es más grande que todos nosotros juntos, es inagotable.

III

La constancia del amor de Jesús en el santísimo Sacramento es otra prueba de su amor.

¡Qué aflicción más grande causa al alma que lo comprende! Se celebran en la tierra todos los días, sin interrupción, un número casi incontable de misas, y muchas de ellas, en las que Jesús se ofrece por nosotros, se celebran sin oyentes, sin concurrencia de fieles. En tanto que Jesús, sobre este nuevo calvario, pide misericordia por los pecadores, éstos pasan el tiempo ultrajando a Dios y a su Cristo.

¿Por qué nuestro señor Jesucristo renueva tan frecuentemente este sacrificio, siendo así que los hombres no se aprovechan de él?

¿Por qué permanece de noche y de día en tantísimos altares donde nadie acude a recibir las gracias que Él ofrece a manos llenas?

Es porque ama y no se cansa de esperar, aguardando nuestra llegada.

Si Jesús no descendiese a nuestros altares más que en determinados días temería que algún pecador, movido por un buen deseo, le buscase, arrepentido, y no encontrándole tuviese que esperar...; prefiere esperar Él durante muchos años antes que hacer aguardar un instante al pecador, el cual se desalentaría tal vez cuando quisiera salir de la esclavitud del pecado.

¡Oh cuán pocos son los que piensan que hasta ese punto nos ama Jesús en el santísimo Sacramento! Y, sin embargo, así es. ¡Ah!; no creemos en el amor de Jesús. ¿Trataríamos a un amigo, a un hombre cualquiera, como tratamos a nuestro señor Jesucristo?

EL EXCESO DE AMOR

Prcedicamus Christum, Judoeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam
"Nosotros predicamos a Cristo crucificado lo cual es motivo de escándalo para los judíos, y locura para los gentiles" (1Co 1, 23)

I

¿Qué diremos de las humillaciones eucarísticas de nuestro señor Jesucristo? Para quedarse con nosotros ha tenido que exponerse a la ingratitud y al ultraje. Nada le desanima.

Contemplemos a este divino Salvador, mal tratado, como nadie, a pesar de ello persiste en quedarse con nosotros.

Nuestro Señor, que baja hasta nosotros trayéndonos del cielo tesoros infinitos de gracias, bien merece nuestro agradecimiento.

Él es rey y es Dios; si un grande de la tierra y, sobre todo, si un rey viene a visitar a un pobre o a un enfermo, ¿cómo no sentirse reconocido por tal acto de deferencia?

La envidia y el odio mismo se rinden ante la grandeza que se abaja.

¿No merecerá nuestro señor Jesucristo que se le agradezca este favor y que por ello se le ame? No nos visita así como de paso, sino que se queda en medio de nosotros. Que se le llame o no, aunque no se le desee, allí está Él para hacernos bien.

Con todo, es seguramente el único a quien no se agradecen los beneficios que concede. Por estar presente en el santísimo Sacramento, obra prodigios de caridad que no se aprecian ni se toman siquiera en consideración.

En las relaciones de la vida social se tiene la ingratitud como cosa que afrenta: tratándose de nuestro señor Jesucristo se diría que hay obligación de ser ingrato.

Nada de esto desconcierta a nuestro Señor; ya lo sabía cuando instituyó la Eucaristía; su único pensamiento es éste: *Deliciae meae.*

Cifro mis delicias en estar con los hijos de los hombres.

Hay un grado en que el amor llega hasta tal punto que quiere estar con aquellos a quienes ama, aun cuando no sea correspondido.

¿Puede una madre abandonar o dejar de amar a su hijo por ser idiota, o una esposa a su esposo por ser loco?

II

Nuestro señor Jesucristo parece que anda en busca de ultrajes, sin cuidarse para nada de su honor. ¡Ay, horroriza pensarlo! El día del juicio nos causará espanto pensar que hemos vivido al lado de quien así nos ama sin parar mientes en ello. Viene, en efecto, sin aparato ni sombra de majestad: en el altar, bajo los velos eucarísticos se presenta como una cosa despreciable, como un ser privado de existencia.

¿No hay en ello bastante rebajamiento?

Jesucristo para rebajarse de esta manera ha tenido que valerse de todo su poder. Por un prodigio sostiene los accidentes, derogando y contrariando todas las leyes de la naturaleza, para humillarse y anonadarse. ¿Quién podría rodear el sol de una nube tan espesa que interceptase su calor y su luz? Sería estupendo milagro. ¡Pues esto es precisamente lo que hace Jesucristo con su divina persona! Bajo las especies eucarísticas, de suyo despreciables y ligeras, se encuentra Él glorioso y lleno de luz: es Dios.

¡Oh, no avergoncemos a nuestro Señor por haberse humillado tanto haciéndose tan pequeño!

Su amor lo ha querido. Cuando un rey no desciende hasta los suyos, podrá quizá honrarlos, pero no da muestras de amarlos. Nuestro Señor, sí, se ha rebajado: luego es cierto que nos ama.

III

Al menos podría tener nuestro Señor, a su lado, una guardia visible de ángeles armados que le custodiasen. Tampoco lo quiere: estos espíritus purísimos nos humillarían e infundirían pavor con el espectáculo de su fe y de su respeto Jesucristo viene solo y está abandonado... por humillarse más; ¡el amor desciende..., desciende siempre!

IV

Si un rey vistiese pobremente con el fin de hacerse más accesible a un súbdito suyo a quien quisiese consolar, sería esto un rasgo de extraordinario amor. Claro está que, aun bajo aquel disfraz, sus palabras, sus nobles y distinguidos modales, le delatarían bien presto.

Jesucristo, en el santísimo Sacramento, se despoja aun de esta gloria personal. Oculta su hermosísimo rostro, cierra su divina boca de Verbo.

De lo contrario se le honraría muchísimo y se le pondría fuera de nuestro alcance, y lo que Él quiere es descender hasta nosotros.

¡Oh, respetemos las humillaciones de Jesucristo en la Eucaristía!

V

Si un rey descendiese por amor hasta ponerse al nivel de uno de sus pobres súbditos, todavía conservaría su libertad de hombre, su acción propia, y en caso de ser atacado podría defenderse, ponerse a salvo y pedir auxilio.

Pero Jesucristo se ha entregado sin defensa alguna: no tiene acción propia. No puede quejarse, ni buscar refugio, ni pedir auxilio. A sus ángeles ha prohibido que le defiendan y que castiguen a los que le insultan, contra la natural inclinación de amparar a cualquiera que se vea atacado o en peligro. Ha rehusado toda defensa; si es acometido, nadie se pondrá por delante. Jesucristo es, en la Eucaristía, hombre y Dios; empero, el único poder que ha querido conservar en este misterio de anonadamiento es el poder de amar y humillarse.

VI

Pero, Señor, ¿por qué obráis así? ¿Por qué llegáis hasta este exceso? –Amo a los hombres y me complazco en tenerles a la vista y esperarles: quiero ir a ellos. *Deliciae meae.* Cifro mis delicias en estar con ellos.

Y, sin embargo, el placer, la ambición, los amigos, los negocios..., todo es preferido a nuestro Señor. A Él ya se le recibirá en último término por viático, si la enfermedad da tiempo. ¿No es esto bastante?

¡Oh Señor! ¿Por qué queréis venir a los que no os quieren

recibir y os empeñáis en permanecer con los que os maltratan?

VII

¿Quién haría lo que hace Jesucristo?

Instituyó su sacramento para que se le glorificase y en él recibe más injurias que gloria. El número de los malos cristianos que le deshonran es mayor que el de los buenos que le honran.

Nuestro Señor sale perdiendo. ¿Para qué continuar este comercio? ¿Quién querría negociar teniendo la seguridad de perder?

¡Ah! Los santos que ven y comprenden tanto amor y tanto rebajamiento deben estremecerse montando en santa cólera y sentirse indignados ante nuestra ingratitud.

Y el Padre dice al Hijo: “Hay que concluir; tus beneficios de nada sirven; tu amor es menospreciado; tus humillaciones son inútiles; pierdes; terminemos”.

Mas Jesucristo no se rinde. Persevera y aguarda; se contenta con la adoración y amor de algunas almas buenas. ¡Ah! No dejemos de corresponderle nosotros al menos.

¿No merecen acaso sus humillaciones que le honremos y amemos?

LA EUCARISTÍA Y LA FAMILIA

Non relinquam vos orphanos
"No os dejaré huérfanos" (Jn 14, 18)

La Imitación de Cristo dice: "Cuando Jesús está presente, todo es bueno y nada se hace difícil; mas cuando está ausente, todo es duro"[4].

¿Qué sería de nosotros si el Salvador se hubiese contentado con vivir con nosotros solamente durante su vida mortal?

Esto hubiese sido ya, sin duda, una gran misericordia y habría bastado para merecernos la salvación y la gloria eterna; pero no impediría que fuésemos los más desgraciados de los hombres. ¿Es posible que así sea –dirá alguno– contando con la gracia, la palabra de Jesús, sus ejemplos y las pruebas excesivas de su amor? Sí; con todo eso seríamos los más desdichados de los hombres.

I

Contemplemos una familia agrupada, reunida en torno de su cariñoso padre: es una familia feliz. Mas si se le arrebata el jefe, las lágrimas ocupan el lugar de la alegría y de la felicidad; faltando el padre, ya no hay familia.

Ahora bien, Jesús vino al mundo para fundar una familia: "Los hijos estarán contentos –dice el Profeta– alrededor de su mesa como nuevos retoños de olivo" (Ps 127, 3). Que desaparezca nuestro Jefe y la familia se habrá dispersado.

Sin nuestro señor Jesucristo, nosotros nos hallaríamos como los apóstoles durante la pasión, errantes y sin saber qué iba a ser de ellos, y eso que estaban cerca de Jesucristo, y de Él lo habían recibido todo; habían visto sus milagros, acababan de ser testigos de su vida, pero les faltaba el padre y ellos no constituían ya una familia, ni eran entre sí hermanos, sino que cada uno andaba por su lado.

¿Qué sociedad puede subsistir sin jefe?

La Eucaristía es, por consiguiente, el lazo de unión de la

[4] L. II, can. VIII.

familia cristiana: quitad la Eucaristía y habrá desaparecido la fraternidad.

Los protestantes, que no poseen la Eucaristía, ¿han conservado acaso la fraternidad cristiana? No. Ellos son extraños los unos a los otros. Aun cuando se hallen reunidos en sus templos no forman una familia; cada uno es libre para pensar y hablar como le plazca; sus templos no son sino grandes salones. ¿Convidan acaso esos templos a la oración?

Y a los católicos que no frecuentan la Eucaristía, ¿se les puede considerar como hermanos? Propiamente, no; en las familias en que el padre y los hermanos no comulgan, el espíritu de unión desaparece, la madre viene a ser una mártir y las hermanas son perseguidas. No, no; sin la Eucaristía no hay familia cristiana.

Mas luego que Jesucristo reaparece, se reconstituye la familia. Ved la gran familia cristiana, la Iglesia: celebra muchas fiestas, y es fácil comprenderlo; fiestas en honor del padre de familia, en honor de la madre y de los santos, que son nuestros hermanos; y así todas estas fiestas tienen su razón de ser.

¡Bien sabía Jesucristo que mientras durase la familia cristiana, Él había de ser su padre, su centro, su alegría y su felicidad!

Por eso, cuando nos encontramos unos con otros, podemos saludarnos con el título de hermanos, pues acabamos de levantarnos de la misma mesa; así los apóstoles llamaban instintivamente hermanos suyos a los primeros cristianos.

¡Ah! El demonio sabe también perfectamente que, alejando las almas de la Eucaristía, destruye la familia cristiana, y nos volvemos egoístas; no hay más que dos amores: el amor de Dios, o el amor de sí mismo; por fuerza hemos de tener el uno o el otro.

II

En la presencia de Jesucristo encontramos, además, nuestra protección y salvaguardia. Jesús ha dicho: "No hagáis resistencia al agravio: antes, si alguno te hiere en la mejilla derecha vuélvele también la otra, y al que quiera armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa" (Mt 5, 39-40).

Parece que Jesús aquí en la tierra no nos concede como cristianos más que un derecho, el derecho a la persecución y a la maldición de los hombres.

Pues bien: si se nos quita la Eucaristía, ¿a dónde iremos a pedir la fuerza que necesitamos para practicar tal doctrina?

Una vida así no sería soportable. Jesús nos habría condenado a insoportables galeras. ¿Podía Jesús rey abandonar a su pueblo, después de haberse empeñado con él en sangrienta guerra?

Tenemos, es cierto, la esperanza del cielo. Pero ¡aparece a nuestros ojos tan lejana esta recompensa! ¡Cómo! ¿En los veinte o cuarenta años que tenga que vivir en esta tierra de miserias habré de vivir tan sólo de una esperanza tan remota?

Mas el corazón tiene necesidad de un consuelo; necesita desahogarse con algún amigo.

Aunque quiera no podré hallar este amigo en el siglo. ¿A quién iré, pues? El que no tiene fe en la Eucaristía responde: "Abandonaré mi religión y abrazaré otra que me deje en completa libertad". Es lógico: no es posible vivir continuamente penando, sin gozar jamás de consuelo alguno; es imposible vivir sin Jesús.

Id, pues, a buscarle en su Sacramento: Él es vuestro amigo, vuestro guía, vuestro padre. El hijo que acaba de recibir un beso de su madre no es más feliz que el alma fiel que ha estado conversando con Jesús.

No comprendo que haya hombres que sufran sin tener una gran devoción a la Eucaristía; sin ella caerían en la desesperación. Y no es extraño, puesto que a san Pablo, dotado de gracias tan extraordinarias, se le hacía la vida pesada y fastidiosa. ¡Oh, sí!; sin la presencia de Aquél que dice a las pasiones: "No subiréis más alto, no invadiréis la cabeza y el corazón de este hombre", se cae en la locura.

¡Qué bueno ha sido Jesús quedándose perpetuamente en la Eucaristía!

III

Su sola presencia disminuye el poder de los demonios, y les impide dominar como antes de la Encarnación. Por eso, desde la venida del Salvador, es escaso relativamente el número de los posesos; en los países infieles abundan más que en los nuestros, y el reinado del demonio se acrecienta a medida que disminuye la fe en la Eucaristía.

Y vuestras tentaciones tan terribles y furiosas algunas veces, ¿no se calman con frecuencia en cuanto entráis en una iglesia y os

ponéis en relación con Jesús sacramentado? Entendedlo bien, Él es quien manda a las tempestades.

Jesús está con nosotros; y mientras haya un adorador sobre la tierra, estará con él para protegerle.

He aquí la explicación de la vida indeficiente de la Iglesia. ¿Se teme a los enemigos de la Iglesia? Pues es señal que falta la fe.

Pero es necesario honrar y servir a nuestro Señor en su sacramento. ¿Qué podría hacer un padre de familia a quien se menospreciase e insultase? Se marcharía del hogar.

Guardemos bien a Jesús y nada tenemos que temer.

Si amamos a Jesús en la Eucaristía, si nos arrepentimos de nuestras faltas cuando con ellas le hemos causado alguna pena, no nos abandonará.

Lo esencial es que no le abandone yo primero, a fin de que pueda Él siempre decir: “Tengo una casa mía”. Y cuando el fuerte armado custodia la casa, la familia descansa tranquila.

LA FIESTA DE FAMILIA[5]

Pater noster..., panem nostrum da nobis hodie
"Padre nuestro... el pan nuestro de cada día, dánosle hoy" (Mt 6, 11)

Tenemos un Padre que está en los cielos y al que va directamente dirigida esta oración. Nuestro señor Jesucristo nos ha engendrado a la vida de la gracia, a la vida sobrenatural y ha merecido por ello el título de padre.

El Padre celestial habita en la gloria y Jesús en esta iglesia: Este es nuestro padre aquí en la tierra, el cual cumple todos los deberes de un buen padre para con sus hijos.

I

El padre debe vivir con su familia, pues que él es el centro y el eje de la misma, y los miembros que la componen están bajo su custodia y obran bajo su dirección e impulso. Es el cabeza de familia, el jefe que ejerce la primera autoridad, aun sobre la misma madre, a la que está reservada especialmente la ternura. Ahora bien, Jesucristo, que es nuestro padre, tiene también su casa, y esta casa es la iglesia. Vosotros sois su familia; su familia privilegiada.

En las demás familias hay hijos que trabajan fuera de casa y otros que trabajan cerca y a la vista del padre; a vosotras ha dado esta segunda y dichosa suerte; sin Jesucristo, que es vuestro padre, esta casa tan piadosa, prototipo de la familia, no sería más que reunión de prisioneras, de obreras encorvadas bajo el peso de un trabajo ingrato; faltaría el tabernáculo de esta capilla que es el centro y el foco de todos los afectos.

Pensad a menudo, durante vuestro trabajo, en este buen padre que vive siempre en medio de vosotras, os protege y mira con ojos de bondad, ya que la bondad es la cualidad más preeminente de este pobre divino. No sabrá negaros nada justo, siempre os recibirá con

[5] El discurso cuyo resumen publicamos aquí, pronunciólo san Pedro Julián Eymard en una inauguración de las Cuarenta Horas para huérfanas.

amabilidad y siempre le tendréis a vuestro lado. Vuestros padres han muerto sin dejaros otro legado aquí en la tierra que lágrimas y dolores; pero Jesús no muere nunca, ni os abandonará jamás.

Vosotras sois muy dignas de ser estimadas, pues habéis recibido el bautismo y os habéis hecho, por esto, hijas de la Iglesia; y ya veis, sin embargo, qué caso hace el mundo de vosotras. ¿Sabe, por ventura, que existís, o cuida de vuestras necesidades? Mas Jesucristo nuestro Señor ha inspirado a personas que le están consagradas el pensamiento de reuniros en esta casa y ha sentado sus reales entre vosotras para que le veáis siempre. El os ama tanto más cuanto sois vosotras más débiles y olvidadas. Vosotras oís su palabra, no una palabra que hiere los oídos, sino aquella otra que llega al corazón y proporciona paz y alegría. ¡Ah! Si tenis fe, si comprendéis la dicha que aquí tenéis, sabed conservarla, aun a costa de los mayores sacrificios, porque para vosotras y a vuestra disposición tenéis a Jesucristo, quien por nada puede ser reemplazado.

II

Deber del padre de familia es alimentar a sus hijos, trabajar sin descanso y hasta consumir su vida, si es preciso, por que no les falte el pan cotidiano. Ved a Jesucristo cómo os alimenta con el pan de vida y cómo para proporcionároslo tuvo antes que morir; y este pan es Él mismo, su carne y su sangre adorables. ¡Un padre que se da a sí mismo, en alimento, a sus hijos! ¿En qué familia se ha visto semejante prodigio de abnegación?

Nuestro señor Jesucristo no quiere que sus hijos reciban su pan de otro que de Él mismo; no, no; ni los ángeles ni los santos podrían suministrar el pan que necesitáis. Jesús sólo ha sembrado el trigo que debía producir la harina con que ha sido amasado, haciéndolo pasar por el fuego de los sufrimientos, y Él mismo es quien os lo ofrece ¡Qué amable es este buen Padre!

La víspera de su muerte tenía una pequeña familia, como si dijéramos el comienzo de la gran familia cristiana, y a cada uno de sus hijos les dio en la cena el pan celestial, y les prometió que hasta el fin del mundo todos sus hijos podrían comer del mismo pan. ¡Cuán delicioso es, pues, este pan! Contiene en sí toda dulzura y suavidad. Es el mismo Dios..., Dios, pan de los huérfanos. Es verdad que no alimenta nuestro cuerpo; pero nutre el alma con su amor y con los

dones que le concede, y la vigoriza y fortalece para que pueda rechazar a sus enemigos, hacer obras meritorias y crecer, para el cielo.

¡Con qué generosidad nos lo da! Para conseguir el pan que alimenta nuestro cuerpo, hay que trabajar mucho y además hay que pagarlo. Este pan no puede pagarse porque es superior a todo precio, y por eso nuestro Señor nos lo da gratuitamente, exigiendo tan sólo que tengamos un corazón puro y que vivamos en estado de gracia. Preparaos para recibirle frecuentemente, procurando ser muy puras, que cuanto más lo seáis, con mayor frecuencia se os dará y hallaréis en él más abundantes delicias.

Venid y comed de este delicioso pan. Jesús goza cuando venís a pedírselo, como goza un buen padre que tiene asegurado el pan de sus hijos.

III

En fin, un buen padre celebra de cuando en cuando algunas fiestas con la familia y concede algunos esparcimientos, necesarios para estrechar los lazos de mutuo afecto y cariño. Estos días se ven, se tratan, se comunican los miembros de la familia con más intimidad. ¡Qué hermosas y qué santas son estas fiestas de familia en las cuales los hijos se reúnen alegres alrededor de su padre, y cuán provechosas suelen ser! Los buenos hijos se disponen a ellas con mucho tiempo de anticipación, preparando alguna, aunque humilde, felicitación, algún regalito, aunque no sea más que un hermoso ramo de flores que sorprenda felizmente al padre.

También nuestro Señor tiene establecidas sus fiestas de familia. Son las fiestas que celebra la Iglesia y en las cuales vosotras no trabajáis. Las hay todavía más íntimas, para vosotras solas, como, por ejemplo, la que empieza hoy y que durará tres días. Las Cuarenta Horas son una verdadera fiesta para el corazón. ¿No veis qué hermoso es aquí todo, qué cantos tan armoniosos, y cómo se conmueve todo alrededor del buen Padre de familia sentado en su trono de amor? Sin duda, también vosotras habéis preparado vuestra felicitación y no pensáis en otra cosa que en permanecer alegres alrededor de vuestro Padre. Esta espléndida iluminación, esos hermosos ramos de flores, seguramente son fruto de vuestro trabajo, una ofrenda de vuestros corazones. Esto satisface y hace feliz a Jesús,

que tiene las manos llenas de gracias, siempre abiertas para vosotras.

Así es preciso que durante estos días todos vuestros pensamientos y todas vuestras acciones sean para Él.

Cuando os toque el turno de hacer vuestra adoración, entonces es el momento de presentar vuestras felicitaciones. Haced que ellas salgan de vuestro corazón y no vayáis a buscarlas en los extraños. Hablad como sepáis y os contestará. Sobre todo escuchad bien lo que os hable al corazón.

Concebid algunos buenos deseos y ofrecédselos como vuestro ramo de flores escogidas. Haced, luego, algún acto de virtud, y presentadle como regalo algún pequeño sacrificio.

Muy cierto es todo ello y estas son las relaciones que debéis tener con Jesucristo nuestro señor... ¿No sois vosotras las que formáis aquí su familia?

Pasad felizmente estos días de fiesta en compañía de Jesucristo, que es todo vuestro. A Él mirad, escuchadle con atención y no dudéis de que os colmará de gracias durante vuestra vida, aquí en la tierra, y después os reunirá, en el cielo, con la gran familia de los bienaventurados.

EL DIOS DE BONDAD

Quam bonus Israel Deus
"¡Cuán bueno es el Dios de Israel!" (Ps 82, 1)

Este era el grito del pueblo judío, que repetía el real Profeta al recordar los beneficios de que Dios les había rodeado sin cesar.

¿Cuál será aquél en que deberían prorrumpir todos los cristianos más favorecidos que el pueblo judío? ¿Por ventura no tenemos los cristianos muchas y más poderosas razones para exclamar como ellos: *"Quam bonus Israel Deus;* qué bueno es el Dios de Israel"?

Los judíos habían recibido de Dios bastante menos que nosotros, puesto que nosotros hemos recibido los bienes del cielo, la redención, la gracia, la Eucaristía; el don que a nosotros nos ha concedido es Jesús mismo, la Eucaristía.

La índole especial que la bondad de Dios para con nosotros reviste en el don de la Eucaristía le hace mucho más acreedor todavía a nuestra gratitud. Sin duda que nada más que el dar es ya algo; pero darlo bien, es todo.

I

Jesucristo se nos da en la Eucaristía sin aparato ninguno de dignidad. En el mundo se procura siempre, más o menos, dar a conocer la persona que da y el valor de lo que se da: así lo exigen, además, el mutuo respeto y honor de los hombres en sus relaciones sociales.

Nuestro señor Jesucristo nada quiere de todo esto, a fin de presentarse más amable y ponerse más a nuestro alcance; sin embargo, su sagrado cuerpo está glorioso como en el cielo. Él reina y los ángeles le hacen la corte. Oculta su gloria, su cuerpo, alma y divinidad y sólo deja ver el velo de su bondad.

Se rebaja, se humilla y anonada, para que no le temamos.

En los días de su vida mortal era ya tan dulce en su trato y tan humilde en sus acciones, que todas las gentes se le acercaban

confiadamente: los niños, las mujeres, los pobres, los leprosos..., todos acudían a Él sin temor.

Ahora su cuerpo, como glorioso que es, no podría presentarse a nosotros sin deslumbrarnos, y por eso se cubre con un velo. Por lo cual nadie tiene miedo en venir a la iglesia, que está abierta para todos, porque todos saben que al ir a ella van a la casa de un buen padre, el cual nos está esperando para hacernos algún bien y conversar familiarmente con nosotros. *"Quam bonus Israel Deus!* ¡Qué bueno es el Dios de Israel!".

II

Jesucristo se nos da a todos sin reserva. Con una paciencia y una longanimidad admirables espera, siempre, que vamos a recibirle, dándose a todos sin excepción.

Espera lo mismo al pobre que al pecador. El pobre va por la mañana antes de dirigirse al trabajo y recibe para aquel día su dulce bendición. El maná caía en el campo de los israelitas antes de amanecer, para que no se hiciese esperar el celestial alimento.

Siempre está sobre el altar nuestro señor Jesucristo, adelantándose al visitante por mucho que éste madrugue para ir a verle. ¡Feliz aquel que recibe la primera bendición del Salvador! Por lo que hace a los pecadores, Jesús sacramentado les espera semanas enteras..., durante meses..., aun años; quién sabe si durante cuarenta, sesenta o más años no ha estado con los brazos abiertos esperando a alguno que termine por rendirse a sus instancias.

Venite ad me omnes: "Venid a mí todos". ¡Ah, si pudiésemos comprender la alegría que experimenta nuestro Señor cuando vamos hacia Él! ¡Se diría que está muy interesado en ello y que es Él quien sale ganando!

¿Estará bien que hagamos esperar tanto tiempo a este buen Salvador? Algunos, triste es decirlo, jamás se le acercarán, o solamente cuando, ya difuntos, sean llevados por otros; pero entonces será demasiado tarde y no encontrarán en Él sino a un juez irritado.

III

Jesús se da sin ostentación; sus dones son invisibles: si los viésemos, nos aficionaríamos a ellos y olvidaríamos al que los dispensa, y si oculta su mano cuando da, es para que no pensemos

sino en su corazón, en su amor.

Con su ejemplo nos enseña a dar secretamente, y a ocultarnos cuando hayamos hecho algún beneficio, para que la acción de gracias se le tribute únicamente a Dios que es el autor de todo bien.

La bondad de Jesús llega hasta mostrarse Él agradecido; se contenta con lo que se le da y además se muestra regocijado. Pudiera decirse que tiene necesidad de nuestras cosas...; hasta nos pide, nos suplica: ¡Hijo mío, Yo te pido...! Dame tu corazón.

IV

La bondad que nos muestra en la Eucaristía llega hasta la debilidad.

¡Oh! No nos escandalicemos por ello...; es el triunfo de la bondad eucarística.

Fijaos en una madre, cuya ternura sólo termina con la muerte.

Ved al padre del hijo pródigo corriendo al encuentro de su hijo y llorando de alegría al ver de nuevo aquel hijo ingrato que ha disipado su fortuna... El mundo considera esto como una debilidad. Es, sin embargo, el heroísmo del amor.

¿Qué decir ahora de la bondad del Dios de la Eucaristía?

¡Ah, Señor! Es preciso contestar que tal bondad vuestra da ocasión para escandalizarse.

Jesús aparenta tal debilidad en el santísimo Sacramento que se deja insultar, deshonrar, despreciar, profanar..., y a su vista, en su propia presencia, al pie de los altares...

¿Y el ángel no hiere a los nuevos Heliodoros, a estos traidores Judas? Nada de eso.

¿Y el Padre celestial permite tales ultrajes a su hijo amado?

Porque aquí es peor que en el calvario. Allí, al menos, se oscureció el sol en señal de horror; los elementos lloraban a su manera la muerte de su Criador; aquí... nada.

El calvario de la Eucaristía se levanta en todas partes. Principió en el cenáculo; está erigido en todos los lugares de la tierra y aquí ha de permanecer hasta el último momento de la vida del mundo.

¡Oh, Señor! ¿Por qué llegáis a tal exceso?

Se ve que es el combate de la bondad contra la ingratitud. Jesús quiere tener más amor que el hombre odio; quiere amar al hombre aun a pesar suyo: hacerle bien, mal que le pese. Por todo

pasará antes que vengarse; quiere rendir al hombre por su bondad.

Esta es la bondad de Jesús, sin gloria, sin esplendor, toda debilidad..., pero rebosante de amor para los que tengan ojos y quieran ver.

Quam bonus Israel Deus: "¡Señor mío Jesucristo, Dios de la Eucaristía, qué bueno sois!".

EL DIOS DE LOS PEQUEÑOS

Ego mendicus sum et pauper
"Yo soy mendigo y pobre" (Ps 39, 18)

I

Jesús ha querido ser el último de todos los pobres para poder dar la mano al más pequeñuelo y poder decirle: "Soy tu hermano". Durante su vida mortal, pudo admirar el cielo la pobreza de un Dios hecho pobre por amor a los hombres, para servirles de modelo y darles a conocer el valor de esa virtud.

En efecto, no hay nadie, por pobre que sea, que haya tenido tanta miseria en su nacimiento como el Verbo encarnado, quien no tuvo otra cuna que la paja de los animales, ni otra morada que un establo de ganados.

Cuando creció en edad, se alimentó con pan de cebada, que era pan de pobres, y durante su vida evangélica vivía de limosna.

Por último, murió en tal desnudez que jamás tendrá igual en ella.

Y ahora, ya glorioso y resucitado, hace de la pobreza su compañera inseparable; ha encontrado manera de ennoblecer y practicar la pobreza; Jesús, morando entre nosotros en su sacramento, es aún más pobre que durante los días de su vida mortal. Una pobre iglesia, quizá peor que el mismo establo de Belén, es con frecuencia su casa; cuatro tablas, muchas veces carcomidas, su tabernáculo. Necesita que sus ministros, o los fieles, se lo den todo de limosna: la materia del sacrificio, el pan y el vino, el lienzo que le ha de recibir, los corporales que le han de cubrir, los manteles del altar..., todo; del cielo no trae más que su amor y su adorable persona.

Los pobres viven sin honor: Jesús está aquí sin gloria.

Los pobres están indefensos: Jesús abandonado a sus enemigos.

Los pobres no suelen tener amigos, o los tienen muy pocos: muy contados son también los de Jesús Eucaristía; para la mayor parte de los hombres es un extranjero, un desconocido.

¡Qué hermosa y amable es ciertamente esta pobreza eucarística

de Jesús!

II

Nuestro Señor quiere que honremos en nosotros su pobreza y que le imitemos.

Mucho distaríamos de la perfección si creyéramos que lo que Jesús nos pide es la pobreza temporal.

El blanco de Jesús es más elevado; quiere ante todo que seamos pobres de espíritu.

¿Qué es pobreza de espíritu?

Es el amor perfecto, el alma de la verdadera humildad.

Un hombre pobre de espíritu, que está convencido que nada posee y que nada puede por sí mismo, tiene, en esta pobreza, el título más eficaz y precioso para hacerse recomendable, sin otro auxilio, al corazón de Jesús. Cuanto más pobre sea, tanto más derecho tendrá a la bondad y misericordia divinas.

Es conveniente notar que cuanto más obra un pobre como tal, tanto más se coloca en su posición natural, toda vez que nosotros somos pura nada.

Por consiguiente, honra tanto más a Dios, su creador, obrando como pobre, cuanto que así le hace más grande y misericordioso.

A este efecto dice el Señor por uno de sus profetas: “¿Sobre quién fijaré yo mis miradas de amor sino sobre el más pequeñuelo de los pobres y sobre aquel que tiene destrozado el corazón?”

Aquí encuentra el Señor su gloria, esto es, en nuestra pobreza, la cual todo lo atribuye a Dios y le rinde así un perfecto homenaje.

Tanto ama Dios a los pobres de espíritu que a los que le sirven les despoja de todo, para que apoyados precisamente en su pobreza resulten en todo vencedores.

Paraliza sus inteligencias, seca sus corazones arrebatándoles la dulzura de la gracia y de la paz, los abandona al furor de las pasiones, a las acometidas de los demonios; les oculta su luz, aparta de ellos todo auxilio, Él mismo parece alejado de su desolada criatura. Qué estado tan doloroso, ¿verdad?

No. ¡Qué estado tan sublime! ¡El pobre triunfa del mismo Dios! Cuanto más le despoja Dios, tanto más se lo agradece, por entender que con ello ha recibido un beneficio todavía mayor; cuanto más le pruebe, tanto más pondrá el pobre su confianza en la

inagotable bondad de Dios; y si el demonio le muestra el infierno, y a este pobre infeliz le acusan y condenan sus propios pecados, qué grande aparecerá este pobre de espíritu en la presencia del Señor, diciéndole: “Sí, para mí el infierno es un acto de justicia, y no llega a ser todo lo terrible que debiera ser ni suficientemente vengador para castigar los pecados que con tanta malicia he cometido. ¡Criador y Padre mío! ¡Millones de infiernos he merecido y por eso sólo espero en vuestra infinita misericordia!; pero me creo digno, el más digno de ella, por lo mismo que soy el más miserable. Haced que me alcancen, ¡oh Dios mío!, en este mundo todos los rigores de vuestra justicia.

Yo os daré repetidas gracias por haberme proporcionado la ocasión de pagar aquí mis deudas. ¡Aun más, Señor, más merezco todavía!”.

¿Qué puede contestar nuestro Señor a este pobre agradecido?

Dios se confesará vencido, le abrazará, le abrirá todos sus tesoros, y admirándole le presentará a los ángeles, a quienes dirá: “He aquí un hombre que verdaderamente me ha glorificado”.

III

Acostumbrémonos a hacer nuestra adoración y comunión considerándonos como mendigos de Dios. De esta manera nos será fácil hacer aplicación de los cuatro fines del sacrificio.

1.º ¿Qué hace el pobre cuando va a pedir limosna y da con un rico de buenos sentimientos? Por de pronto le saluda con respeto y le muestra su semblante alegre, olvidando su estado miserable, su suciedad y sus andrajos para no pensar más que en la bondad del rico.

Hagamos lo mismo en la presencia de nuestro Señor sacramentado: olvidemos nuestra miseria para no acordarnos más que de su bondad y adorémosle con confianza y humildad.

2.º El pobre elogia la bondad del rico: “Es usted muy bueno... todo el mundo lo dice. Ya otras veces lo ha sido usted para mí”, detallando a continuación los beneficios recibidos.

Agradeced asimismo y alabad la bondad divina para con vosotros y veréis cómo brotan de vuestro corazón expresiones y lágrimas de gratitud muy dulces y elocuentes.

3.º Después el pobre expone sus miserias: “Vuelvo a su puerta con las mismas miserias que antes o mayores aún. ¡No tengo quien me ampare más que usted! Bien convencido estoy de que su bondad

no se cansará de dar, y que ella es mayor que mi pobreza; también sé que os proporciono vivo gusto dándoos ocasión de hacer una buena obra”.

En igual forma hemos de saber exponer nuestras miserias ante Jesús en la Eucaristía e interesar su corazón por el relato del bien que puede hacer, seguros de que le proporcionaremos una gran satisfacción, ya que su amor se manifiesta por las efusiones de su bondad.

Cuando el pobre ha recibido mucho más de lo que pedía, suele llorar enternecido. Entonces no atiende a lo que se le da, sino a la generosidad de su bienhechor, al que repite sin cesar: “¡Ah, qué bueno es usted! ¡Bien lo sabía yo!”

Y si el rico manda entrar al pobre, le invita a su mesa y se sienta a su lado, éste no se atreve a comer; ¡tal es la emoción y confusión que le produce semejante exceso de bondad!

¿No es así como nos trata Jesucristo?

Procuremos que nuestra miseria nos haga comprender mejor su bondad.

4.º En fin, el pobre se separa de su bienhechor diciéndole: “¡Cuánto desearía poder serle útil en algo!; cuando menos rezaré por su familia”. Y se marcha gozoso rezando por su bienhechor y deseándole toda suerte de bendiciones.

Hagamos nosotros lo mismo. Pidamos por la familia de nuestro señor Jesucristo: bendigamos su bondad; publiquemos por todas partes su gloria y ofrezcámosle el homenaje de nuestro corazón y de nuestra vida.

LA EUCARISTÍA, CENTRO DEL CORAZÓN

Manete in me
“Permaneced en mí” (Jn 15, 4)

I

El corazón del hombre necesita algo que sea centro de sus afectos y expansiones. Cuando Dios creó al primer hombre, dijo: “No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una compañera que sea semejante a él” (Gn. 2, 18).

Y la Imitación de Cristo dice también: “Sin un amigo no podrías vivir dichoso”[6].

Pues bien; nuestro señor Jesucristo, en el santísimo Sacramento, quiere ser el centro de todos los corazones, y nos dice: “Permaneced en mi amor. Permaneced en mí” (Jn. 15, 9. 4).

¿Qué significa permanecer en nuestro Señor? Quiere decir, que debemos hacer de este amor de Jesús, que vive en la Eucaristía, el centro de nuestra vida y que sea el manantial único de nuestros consuelos; que nos acojamos al corazón bondadoso de Jesús en todas nuestras penas, disgustos y decepciones, en esos momentos en que el corazón oprimido parece más necesitado de desahogarse. El mismo Jesucristo nos invita a ello diciendo: “Venid a mí todos los que estáis agobiados y yo os aliviaré” (Mt 11, 28).

Quiere decir que en las horas de felicidad debemos referir nuestras alegrías a nuestro Señor, por ser una delicadeza entre amigos el no querer gozar sino con el amigo.

Quiere decir que debemos hacer de la Eucaristía centro de nuestros deseos: “Señor, no quiero esto sino a condición de que vos lo queráis; haré esotro por agradaros”.

Quiere decir que nos ha de gustar procurar a nuestro Señor alguna sorpresa con la ofrenda de algún pequeño sacrificio.

Quiere decir, finalmente, que vivamos de la Eucaristía; que el pensamiento de la Eucaristía nos sirva de guía en nuestras acciones y que nuestra invariable norma de conducta consista en anteponer el

[6] Lib. II, cap. VIII. n. 3.

servicio de la Eucaristía a todo lo demás.

¿Será, ¡ay!, verdad que Jesús sacramentado es realmente nuestro centro?

Tal vez lo sea cuando sufrimos mucho, cuando oramos con fervor o cuando tenemos necesidades apremiantes...; pero en los sucesos ordinarios de la vida, ¿procuramos pensar, deliberar, obrar con Jesús como si Él fuera nuestro centro?

¿Y por qué nuestro señor Jesucristo no es mi centro?

No lo es porque todavía no es el yo de mi yo; porque aun no me hallo enteramente bajo su dominio, ni sigo las inspiraciones de su beneplácito; porque abrigo deseos que están en pugna con sus deseos. ¡Jesús no lo es todo en mí! Si un hijo trabaja en beneficio de su padre y el ángel por su Dios, yo debo trabajar por Jesucristo, mi dueño y señor.

¿Qué debo hacer a este propósito? Colocarme en este centro y en él permanecer y obrar, no precisamente para gustar su dulzura, puesto que esto no depende de mí, sino para ofrecerle, repetidas veces, el homenaje de cada una de mis acciones. Ea, ¡oh alma mía!, sal de este mundo, sal de ti misma, déjate a ti misma; dirígete hacia el Dios de la Eucaristía y Él te recibirá en la morada que para ti guarda; Él te ama y quiere vivir contigo, vivir en ti. Está, por tanto, con Jesús presente en tu corazón; vive del corazón, de la bondad de Jesús Eucaristía. Haz trabajar, ¡oh alma mía!, a Jesús en ti presente, y no hagas nada sino por Él.

Permanece en el Señor y permanece en Él por un sentimiento de abnegación, de desinterés y de santa alegría, dispuesta siempre a cumplir con prontitud sus mandamientos. Permanece en el corazón y en la paz de Jesús Eucaristía.

II

Lo que más me impresiona es que ese centro de la Eucaristía es una cosa oculta, del todo invisible. Y, sin embargo, es centro muy verdadero, muy vivo y muy nutritivo.

Jesús en el estado completamente espiritualizado que tiene en el Sacramento, atrae el alma también espiritualmente,

¿Cuál es, en efecto, la vida de Jesús en el santísimo Sacramento? Es una vida por completo oculta, totalmente interior.

En él oculta su poder, su bondad y también su divina persona.

Por eso, todas sus acciones y todas sus virtudes participan de ese carácter de sencillez y ocultación.

Quiere que reine silencio a su alrededor. Aquí, Jesús, no ora al padre con suspiros y exclamaciones, como en el huerto de los olivos, sino con su propio anonadamiento.

De la Hostia fluyen todas las gracias, y desde ella santifica Jesús al mundo aunque de una manera invisible y espiritual.

Gobierna al mundo y a la Iglesia, sin abandonar su reposo ni salir de su silencio.

Ya se ve que el reino de Jesús es completamente interior. Por eso, si yo quiero que reine en mí, es preciso que me recoja y recoja mis facultades, mi inteligencia, mi voluntad, mis sentidos, en cuanto sea posible, alrededor de Jesús; es necesario que viva de Jesús y no de mí, en Jesús y no en mí; es necesario que ore con Él, que me sacrifique con Él y que con Él me consuma en un solo amor; es necesario que arda con Él, que forme con Él un solo corazón y una sola vida.

Lo que da vida a ese centro es el *egredere* de Abrahán, es decir, el despojo y la renuncia de todo lo exterior y el tránsito a lo interior, o sea la pérdida en Jesús. Esta vida es más agradable a su corazón, honra más a su Padre, y Jesucristo la desea ardientemente. Por eso me dice: "Sal de ti mismo, ven conmigo a la soledad y en ella te hablaré al corazón".

¡Ah!, esta vida en Jesús es el amor de preferencia, es la donación de sí mismo, el esfuerzo para unirse a Él. De esta manera se le hace arraigar y se proporciona el alimento y la savia que nutre el árbol. *"Regnum Dei intra vos est"* (Lc 17, 20). El reino de Dios está dentro de vosotros.

III

Y no hay otro centro que Jesús y que Jesús Eucaristía.

Él nos dice: "Sin mí nada podéis" (Jn 15, 5). Solamente Él da la gracia, reservándose el tiempo de su dispensación para obligarnos a que nos dirijamos a Él y se la pidamos.

Es un medio que ha establecido para fomentar la unión con nosotros. Él guarda los consuelos y la paz, a fin de que, en la adversidad, en los momentos de lucha, nos refugiemos en Él. Quiere ser la única felicidad del corazón, y quiere que sólo en Él esté el

centro de nuestro reposo: *manete in me*; y para que le podamos hallar cuando le busquemos está siempre a nuestra disposición, siempre puesto a nuestro servicio con exquisita amabilidad.

Continuamente nos está atrayendo hacia sí; no consiste en otra cosa la vida del amor que en esa continua atracción de nosotros ejercida por Él.

¡Ah, qué poco centrado estoy en Jesús! ¡Cuán mixtificadas, cuán raras y con qué frecuencia, durante largas horas, interrumpidas son mis aspiraciones a Él! A pesar de lo cual, Jesús me repite: "Aquél que come mi carne permanece en mí y yo en él" (Jn 6, 57).

EL BIEN SUPREMO

Mane nobiscum, quoniam advesperascit
"Permanece con nosotros, Señor, porque ya es tarde" (Lc 24, 29)

Los discípulos que iban a Emaús se sintieron interiormente conmovidos, inflamados e iluminados con la conversación de aquel divino extranjero que se les juntó en el camino. Cuando éste los quiso dejar le dijeron: "Permanece con nosotros, porque se hace tarde".

No se cansaban de oír al Señor, y, al perderle, les parecía que lo perdían todo.

Lo mismo podemos decir ahora a nuestro Señor: "Quédate con nosotros, Señor, porque sin Ti se nos echa encima la noche, una noche terrible".

La Eucaristía es, en efecto, el bien supremo del mundo. La mayor desgracia que nos puede sobrevenir es privarnos de la Eucaristía.

I

Sí, Jesús es el soberano bien. "Con Él –dice la Sabiduría– me han venido todos los bienes". Y san Pablo exclama: "Habiéndonos dado Dios a su propio Hijo, ¿cómo no nos había de dar con Él todas las cosas?" (Ro 8, 32).

En efecto, nos ha dado todo lo que tiene, todo lo que es; no pudo hacer más: *Omne quod habet, omne quod est, dedit nobis; plus dare non potuit* (san Agustín).

Con Jesús Eucaristía la luz brilla sobre la tierra. Con la Eucaristía tenemos el pan de los fuertes, el viático para los caminantes, el pan de Elías que nos da fuerza para subir hasta la montaña de Dios, el maná que nos hace tolerable el horror del desierto.

Con Jesús tenemos consuelo, tenemos reposo en las fatigas y agitaciones de nuestra alma y bálsamo que sirva de lenitivo a los acerbos dolores del corazón.

En la Eucaristía encontramos el remedio para nuestros males,

un medio seguro de satisfacer por las nuevas deudas de los pecados que continuamente contraemos con la justicia divina. Jesucristo nuestro señor se ofrece todos los días como víctima de propiciación por los pecados del mundo.

II

Pero esta dádiva, que excede a cualquier otra, ¿estamos seguros de poseerla siempre?

Jesucristo ha prometido permanecer con su Iglesia hasta la consumación de los siglos; mas no ha hecho esta promesa a ningún pueblo ni individuo en particular.

Estaremos seguros de su permanencia entre nosotros si sabemos rodear su sagrada persona del honor y del amor que le son debidos. Es una condición expresa.

Jesucristo tiene perfecto derecho a esta honra y Él mismo la exige.

Es nuestro rey y nuestro salvador. Démosle un honor superior a todo honor, honrémosle con el culto de latría, tributémosle honores públicos: nosotros somos su pueblo.

La corte celestial se postra en presencia del Cordero inmaculado.

Acá en la tierra fue Jesús adorado de los ángeles en su nacimiento, de las muchedumbres durante su vida y de los apóstoles después de su resurrección.

Los pueblos y los reyes fueron a adorarle.

Y en el santísimo Sacramento, ¿no tendrá Jesucristo más derecho a nuestra adoración, puesto que mayores son sus sacrificios y más profundo su abatimiento?

Para Él el honor solemne, la magnificencia, la riqueza y la belleza del culto católico. Dios fijó hasta los más menudos pormenores de culto mosaico, aunque no era más que una figura. En los siglos de mayor fe nunca se ha creído hacer lo bastante para contribuir al esplendor del culto eucarístico, como atestiguan esas basílicas, esos vasos sagrados, esos ornamentos..., obras maestras del arte, llena de magnificencia.

La fe ha obrado estas maravillas: por el culto y el honor que se rinde a Jesucristo podemos conocer la fe y las virtudes de un pueblo.

A Jesús Eucaristía todo honor; ¡es digno de él y le tiene

perfecto derecho!

Claro que no le puede satisfacer por completo el culto exterior. Pide, además, culto de amor, interior servicio, la sumisión de nuestro espíritu, de tal manera, sin embargo, que no queden encerradas estas cosas dentro de nosotros mismos, sino que las manifestemos por medio de atenciones tan tiernas y amables como las de un buen hijo para con sus padres; como las del hijo que viviendo alrededor de su padre y de su madre siente necesidad de verlos, de darles pruebas de cariño; que si está lejos de aquéllos, sufre y languidece; que acude a su lado tan luego como le necesitan, volando a la menor indicación; que se adelanta, en cuanto está de su parte, a sus deseos y, en una palabra, que esté siempre dispuesto para hacer todo lo que pueda agradar a su buen padre, y a su amorosa madre. Así es el culto que inspira el amor natural.

Pues de esta suerte es también el culto de amor que Jesús reclama en la Eucaristía. Quien ama, busca la Eucaristía, se complace en hablar de ella, siente necesidad de Jesús, al que tiende incesantemente y ofrece todos sus actos, todas las satisfacciones de su corazón, sus alegrías y sus consuelos. Con todo eso forma un ramillete para Jesús sacramentado.

Obrando así conservaremos al santísimo Sacramento, cuya pérdida sería para nosotros mal supremo.

III

A la puesta del sol siguen las tinieblas, y, cuando el sol se esconde, hace frío.

Si el amor a la Eucaristía se extingue en el corazón, se pierde la fe, reina la indiferencia y, en esta noche del alma, como bestias feroces, salen los vicios a hacer presa en ella.

¡Oh desventura sin igual! ¿Qué cosa habrá ya que pueda reanimar a un corazón frío al que la Eucaristía no logra calentar?

Y lo que hace Jesucristo con los individuos lo hace igualmente con los pueblos.

Si éstos no le aman, ni le respetan, ni le conocen, sino que le abandonan y desprecian, ¿qué hará el rey al verse de esta manera abandonado de sus súbditos?

¡Jesús se va, se marcha a otro pueblo mejor! ¡Qué espectáculo más triste el que ofrecen los pueblos cuando Jesús se aparta de ellos!

¡En otro tiempo tuvo un sagrario en el cenáculo, que hoy está convertido en mezquita! Y a la verdad, no teniendo ya verdaderos adoradores, ¿qué había de hacer allí Jesucristo?

El Egipto y otras partes de África, que fueron en otro tiempo la tierra por excelencia de los santos, donde habitaran legiones de santos monjes, han sido dejados por Jesucristo, y desde que allí no existe la Eucaristía, reina por doquiera la desolación; pero no hay duda de que Jesucristo fue el último en abandonar aquellos países, cuando ya no encontró un solo adorador.

¡También esta nube desoladora ha pasado por Europa! Jesús ha sido arrojado de sus templos y profanados sus altares, sin que haya vuelto a entrar en ellos.

En Francia se ha disminuido asimismo la fe y el amor a la Eucaristía. ¡Cuántas de sus iglesias en poder de los herejes, en las cuales contó Jesucristo antiguamente con fervientes adoradores! Cuando el amor de éstos se extinguió huyó Jesucristo y no ha vuelto a entrar en sus templos.

No menor causa de espanto para los verdaderos fieles es ver hoy en tantas ciudades a Jesucristo sacramentado en el mayor desamparo, solo, completamente solo. ¡Y en nuestras aldeas se cierran las iglesias por miedo a los ladrones y porque nadie entra en ellas! ¿Es posible que esto suceda? ¿Queremos, por ventura, perder el precioso tesoro de la Eucaristía?

Estemos bien seguros de que si marcha Jesucristo volverán los crímenes, la persecución y la barbarie.

¿Quién podrá contener, quién será capaz de conjurar estas públicas calamidades?

¡Oh, Señor, permanece con nosotros! ¡Nosotros seremos tus fieles adoradores! ¡Preferimos el destierro, andar pidiendo limosna, la muerte..., antes que vernos privados de Ti!

No nos castigues, Señor, viendo que abandonamos los santuarios de tu amor.

Permanece, permanece con nosotros, Dios mío, que se hace tarde y sin ti la noche se nos echa encima: *Mane nobiscum. Domine, quoniam advesperascit.*

EL SANTÍSIMO SACRAMENTO NO ES AMADO

Tota die expandi manus meas ad populum non credentem et contradicentem
"Todo el día he estado con las manos extendidas esperando a un pueblo que no cree y me rechaza" (Ro 10, 21)

I

¡Ay de nosotros! ¡Cuán cierto es, por desgracia, que a nuestro señor Jesucristo no se le ama en el santísimo Sacramento!

No le aman, en primer lugar, tantos millones de paganos como todavía quedan, todos esos millones de judíos y de infieles, todos esos incontables cismáticos y herejes que no conocen o conocen muy mal la Eucaristía.

Y entre tantos millones de criaturas, dotadas por Dios de un corazón capaz de amar como el mío, ¡cuántas amarían a Jesús Sacramentado, si le conocieran como yo le conozco!

¿No debería esforzarme yo para amarle, por lo menos, por ellas y en lugar de ellas?

Aun entre los católicos son pocos, muy pocos, los que aman a Jesús sacramentado. ¿Cuántos son los que piensan en Él, o hablan de Él, o van a adorarle y a recibirle con frecuencia?

¿A qué se debe este olvido y frialdad? ¡Ah! ¡No han experimentado nunca la dulzura de la Eucaristía ni las delicias de su amor! ¡Jamás han caído en la cuenta de lo bueno que es Jesús! ¡No han reparado en la inmensidad de su amor en el santísimo Sacramento!

Algunos tienen fe en la Eucaristía, pero fe inactiva, y tan superficial, que no llega al corazón, limitándose a lo que la conciencia juzga estrictamente necesario para salvarse. Y aun éstos son relativamente pocos si se comparan con tantos católicos que viven como verdaderos paganos, cual si jamás hubiesen oído hablar de la Eucaristía.

II

¿Cuál es la causa de que nuestro Señor sea tan poco amado en la Eucaristía?

No se le ama más ante todo porque no se habla bastante de la sagrada Eucaristía. Se contentan con encarecer la fe en la real presencia de Jesucristo, en lugar de hablar de su vida, de su amor en el santísimo Sacramento y de hacer resaltar los sacrificios que allí le impone este amor; en una palabra, en lugar de presentar a Jesús Eucaristía como el amante que ama a cada uno de nosotros personalmente.

Otra de las causas es la tibieza de nuestra conducta, que pone de manifiesto nuestro poco amor; viéndonos hacer oración, viendo nuestras adoraciones, o la frecuencia con que acudimos a la iglesia, no se comprende la presencia de Jesucristo. ¡Cuántos, aun entre los mejores, no hacen jamás una visita por devoción al santísimo Sacramento para hablarle en el corazón y darle así pruebas de amor! No aman a Jesús en la Eucaristía, porque no le conocen bastante.

Y si le conocen y conocen su amor y sus sacrificios y los deseos de su divino corazón, y con todo eso, no le aman, ¡qué injuria le infieren!

¡Sí, qué injuria!

Porque es tanto como decir que en Jesucristo no hay suficiente belleza, que no es Él tan bueno ni amable que merezca ser preferido a lo que por entonces a ellos les agrada. ¡Qué ingratitud!

Después de tantas gracias recibidas de este bondadoso Salvador, después de haberle prometido tantas veces amarle y de haberse ofrecido tantas veces para servirle, ¡tratarle así es burlarse de su amor!

¡Qué cobardía!

Porque resulta que si no se le quiere conocer mejor, si se rehúsa tratarle de cerca y recibirle y hablar con Él cordialmente, es porque uno teme ser cogido en las redes de su amor. ¡Se tiene miedo de no poder resistir a los atractivos de su bondad, de verse uno obligado a rendirse, a sacrificarle el corazón totalmente y el espíritu y la vida sin condiciones!

¡Se tiene miedo al amor de Jesucristo en el santísimo Sacramento, y se huye de Él!

Se turba uno delante de Él y teme ceder. Como Pilatos y Herodes, esquiva uno su presencia.

III

No se ama a nuestro señor Jesucristo en el santísimo Sacramento porque se ignoran o no se consideran cuanto se debieran los sacrificios que su amor hace allí por nosotros. Son éstos tan sorprendentes que sólo de pensar en ellos se me oprime el corazón y asoman las lágrimas a mis ojos.

La sagrada Eucaristía sólo a costa de la pasión del Salvador fue instituida. ¿Cómo puede ser eso?, habrá quien pregunte; y yo digo: La Eucaristía es el sacrificio de la nueva ley; y no hay sacrificio sin víctima, ni hay inmolación sin la muerte de la víctima, y para participar de los méritos del sacrificio se hace necesario comer parte de dicha víctima todo lo cual sucede en la Eucaristía.

La Eucaristía es un sacrificio incruento porque la víctima que en él se ofrece murió una sola vez, y por esta sola muerte quedó todo reparado y la justificación fue completa, y si continúa y continuará siendo la víctima que se inmola es para aplicamos los méritos del sacrificio cruento de la cruz, el cual debe durar y ofrecerse a Dios hasta el fin del mundo. Por lo que a nosotros se refiere, debemos comer también nuestra parte de la víctima, y si no se presentase en este estado de muerte, sentiríamos demasiada repugnancia en comerla, ya que no se come lo que todavía tiene vida.

De suerte que la Eucaristía fue instituida a costa de la agonía sufrida en el huerto de los olivos, de las humillaciones padecidas ante los tribunales de Caifás y Pilatos y, por último, a costa de la muerte del calvario. La víctima debía pasar por todas estas inmolaciones para llegar a su actual estado sacramental y hasta nosotros.

Al instituir su sacramento, perpetuaba Jesús los sacrificios de su pasión y se condenaba a sufrir:

Un abandono tan doloroso como aquel que le afligió en Getsemaní;

La traición de sus amigos y discípulos convertidos en cismáticos, apóstatas y herejes, quienes habían de vender la Hostia a los judíos y a los hechiceros;

Las negaciones de que fue objeto en casa de Anás;

El furor sacrílego de Caifás;

El desprecio de Herodes;

La cobardía de Pilatos;

La vergüenza de ver preferida una pasión a algún ídolo de carne, como antes había sido pospuesto a Barrabás;

Y Jesucristo sabía perfectamente todo esto; conocía a todos los nuevos Judas, a quienes contaba entre los suyos y aun entre sus amados hijos; pero nada le acobardó, sino que quiso que su amor superase a toda la ingratitud y malicia de los hombres: ha querido sobrevivir a la sacrílega maldad de todos ellos.

Igualmente conocía de antemano la tibieza de los suyos..., mi propia tibieza y el poco fruto que habría de sacarse de la Comunión, y, con todo, quiso amar y amar mucho más de lo que el hombre le pudiese amar, más aún de lo que el humano entendimiento pudiese alcanzar.

¿Qué más? Jesucristo se ha sometido a un estado aparente de muerte teniendo plenitud de la vida y de una vida sobrenatural y gloriosa, y ha consentido ser tratado y mirado como un difunto. ¿Es esto poco? Ese estado de muerte da la impresión de que Jesucristo está allí sin belleza, sin movimiento, sin defensa, como envuelto en un sudario por las sagradas especies y encerrado en el tabernáculo como si estuviese en un sepulcro, y, sin embargo, allí está viéndolo todo y oyéndolo todo. Él lo sufre todo, como si estuviera muerto: su amor ha velado su poder, su gloria sus manos, sus pies, su hermoso rostro, su sagrada boca..., en una palabra, todo. No le ha dejado libre más que su corazón para amar y su estado de víctima para interceder por nosotros.

En vista de tan excesivo amor de Jesús para con el hombre, el cual se muestra tan poco agradecido a la divina bondad, parece como que el demonio triunfa de Jesús y le insulta: “Yo –dice Satanás a Jesucristo– no doy al hombre nada que sea verdadero, bueno o hermoso; tampoco he sufrido por él; y, a pesar de eso, soy más amado, más obedecido y mejor servido que tú mismo”.

Harto cierto es, ¡ay!, todo ello: nuestra frialdad e ingratitud son el triunfo del demonio contra el mismo Dios.

¿Es posible olvidar este amor de Jesucristo nuestro señor, habiéndole sido tan costoso y no habiendo perdonado sacrificio alguno para sostenerlo?

IV

También es cierto que el mundo hace los mayores esfuerzos para impedir que se ame a Jesucristo en el santísimo Sacramento con un amor práctico y verdadero, para impedir que se acuda a visitarle y lograr que se paralicen los efectos de este amor.

El mundo sujeta, cautiva y absorbe la atención de las almas con las ocupaciones y aun con las buenas obras externas desviándolas de la meditación seria y detenida del amor de Jesús.

Llega hasta combatir directamente este amor práctico, presentándolo como innecesario y como posible únicamente dentro de un claustro.

El demonio no cesa un instante de luchar contra nuestro amor a Jesús sacramentado.

Sabe que está allí Jesús sustancialmente y que está vivo, atrayendo directamente las almas y tomando posesión de ellas; y procura borrar en nosotros el pensamiento y la buena impresión de la Eucaristía: es decisivo para sus malvados fines.

Y, sin embargo, Dios es todo amor.

Desde la Hostia sacrosanta nos grita este dulce Salvador: “Amadme como Yo os he amado, perseverad en mi amor. Yo he venido a traer sobre la tierra el fuego del amor y mi deseo más ardiente es que abrase vuestros corazones”.

¡Oh! ¿Qué pensaremos a la hora de la muerte y después de ella de la Eucaristía, cuando veamos y conozcamos toda la bondad, todo el amor y todas las riquezas que contiene?

¡Dios mío y señor mío! ¿Qué deberéis pensar Vos de mí, que os conozco hace tanto tiempo y comulgo con tanta frecuencia? Vos me habéis dado cuanto podíais darme. Queréis que os sirva en correspondencia y aun ni siquiera la primera virtud de este servicio poseo.

Ni sois todavía mi ley suprema, el centro de mi corazón y el fin de mi vida.

¿Qué os queda por hacer para triunfar de mi corazón?

Señor, hago punto final, y en adelante mi lema será éste: ¡O la Eucaristía o la muerte!

EL TRIUNFO DE JESUCRISTO POR LA EUCARISTÍA

Christus vincit, regnat, imperat: ab omni malo plebem suam defendat
"Jesucristo vence, reina, impera; Él libre a su pueblo de todo mal".

El Papa Sixto V hizo grabar estas palabras en el obelisco que se levanta en medio de la plaza de san Pedro en Roma.

Estas magnificas palabras se hallan en presente, y no en pretérito, para indicarnos que el triunfo de Jesucristo es siempre actual, y que este triunfo se obtiene por la Eucaristía y en la Eucaristía.

I

***Chirstus vincit*. –Cristo vence.**

Jesucristo ha combatido, y ha quedado dueño del campo de batalla; en él tremola su estandarte y en él ha fijado su residencia: la Hostia santa, el tabernáculo eucarístico.

Venció al judaísmo y su templo, y sobre el monte calvario se levanta un tabernáculo ante el cual le adoran todas las naciones bajo las especies del Sacramento.

Venció al paganismo... y la ciudad de los césares ha sido elegida por Él para hacerla su propia capital. En el templo de Júpiter Tonante hay otro tabernáculo.

Ha vencido la falsa sabiduría de los que se tenían por sabios y, ante la Eucaristía que se levanta sobre el mundo difundiendo sus rayos por todo él, huyen las tinieblas como las sombras de la noche al aproximarse la salida del sol. Los ídolos rodaron por el suelo y fueron abolidos sus sacrificios: Jesucristo en la Eucaristía es un conquistador que nunca se detiene, marchando siempre adelante: se ha propuesto someter el mundo a su dulce imperio.

Cuantas veces se apodera de un país, planta en seguida allí su regia tienda eucarística: su toma de posesión consiste en erigir un tabernáculo. Ahora mismo, en nuestros días, se va a los pueblos

salvajes, y dondequiera que se lleva la Eucaristía, los pueblos se convierten al cristianismo: este es el secreto del triunfo de nuestros misioneros católicos y lo que explica el fracaso de los predicadores protestantes. Aquí es el hombre quien combate, allí es Jesucristo quien triunfa.

II

***Cristus regnat*. –Jesucristo reina.**

Jesús no reina sobre los territorios, sino sobre las almas: reina por la Eucaristía.

El dominio efectivo de un rey consistirá en que sus súbditos guarden sus leyes y le profesen un amor verdadero.

Ahora bien, la Eucaristía es la ley del cristianismo: ley de caridad, ley de amor, promulgada en el cenáculo por aquel admirable discurso que Jesús pronunció después de la cena: "Amaos los unos a los otros, este es mi precepto. Amaos como yo os he amado. Permaneced en mí y observad mis mandamientos" (Jn 15, 12; 14, 15).

Ley que se intima en la Comunión: como los discípulos de Emaús, el cristiano ve entonces claro y comprende la plenitud de la ley.

La fracción del pan era lo que hacía a los primeros cristianos tan fuertes contra sus perseguidores, y tan fieles en practicar la ley de Jesucristo: *"Erant perseverantes in communicatione fractionis panis*. –Perseveraban en la fracción del pan" (Act 2, 42).

La ley de Jesucristo es una, santa, universal, eterna: nada en ella se cambiará, ni nada debilitará su fuerza: la observa el mismo Jesucristo, su divino autor, y Él es quien la graba en nuestro corazón por medio de su amor. El mismo legislador es el que se encarga de promulgar su divina ley en cada una de nuestras almas.

Es una ley de amor. ¿Cuántos reyes reinan por amor? Apenas hay otro rey que Jesucristo cuyo yugo no se imponga por la fuerza: su reinado es la dulzura misma y sus verdaderos súbditos se someten a Él en vida y en muerte, y mueren, si es preciso, antes que serle infieles.

III

***Christus imperat*. –Cristo manda.**

No hay rey que mande en todo el mundo. Cualquiera que éste sea, tendrá en los otros reyes iguales a él. Pero Dios Padre dijo a Jesucristo: “Te daré en herencia todas las naciones” (Ps 2, 8). Y Jesús, al enviar por el mundo a sus lugartenientes, les dijo: “Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra: id y enseñad y mandad a todas las naciones” (Mt 28, 18).

Del cenáculo salieron sus órdenes, y el tabernáculo eucarístico, que es una prolongación y una multiplicación del cenáculo, es el cuartel general del rey de los reyes. Aquí reciben sus órdenes todos los que defienden la buena causa.

Ante Jesús Eucaristía todos son súbditos, todos obedecen; desde el Papa, vicario de Jesucristo, hasta el último fiel.

Jesucristo manda.

IV

***Christus ab omni malo plebem sum defendat*. –Que Jesucristo nos defienda de todo mal.**

La Eucaristía es el divino pararrayos que aparta de nuestras cabezas los rayos de la justicia divina. Del mismo modo que una madre bondadosa y tierna, para librar a su hijo de la cólera de su padre irritado lo esconde entre sus brazos y con su cuerpo forma una especie de muralla para protegerle, así Jesús se ha multiplicado por todo el mundo y cubre y rodea toda la tierra con su presencia misericordiosa. La justicia divina no encuentra ya lugar donde pueda cumplir su oficio ni se atreve a ello.

Y contra el demonio, ¡qué protección tan eficaz! La sangre de Jesús que ha teñido nuestros labios nos hace terribles a Satanás: señalados con la sangre del cordero, no figurado, sino verdadero, no hay que temer ya al ángel exterminador.

La Eucaristía protege al culpable para que tenga tiempo de arrepentirse: en otros tiempos, los asesinos perseguidos por la justicia encontraban un lugar de refugio en las iglesias, de las cuales no los podían sacar para castigarles, y allí vivían a la sombra de la misericordia de Jesucristo.

Sin la Eucaristía, sin ese calvario perpetuo, ¡cuántas veces la cólera divina habría estallado contra nosotros!

¡Y cuán desgraciados son los pueblos que se han quedado sin la Eucaristía! ¡Qué tinieblas y qué anarquía reina en los espíritus, qué

frialdad en los corazones! Sólo triunfa Satanás.

A nosotros la Eucaristía nos libra de todos los males *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat; ab omni malo plebem suam defendat.*

DIOS ESTA ALLÍ

Vere Dominus est in loco isto, et ego nesciebam!
"Verdaderamente está Dios aquí y yo no lo sabía" (Gn 28, 16)

I

Para formar buen juicio de una familia hay que fijarse en si se observan en ella las leyes del respeto: donde los hijos y los sirvientes son respetuosos y sumisos puede decirse: "Esta es una familia honrada y feliz".

El respeto y el amor que se tributa a los padre es lo que pudiéramos llamar la religión de la familia, así como los honores que se rinden al soberano o a sus representantes constituyen la religión de las sociedades.

En estos casos no se nos manda honrar las cualidades de las personas, sino su dignidad, la cual procede de Dios.

Ahora bien, a nuestro Señor le debemos respeto, es nuestra primera obligación; y este respeto debe ser espontáneo, no razonado, respeto instintivo, que salga del corazón, y si no, señal que nos falta algún sentido.

Este respeto es como una impresión. Hay que honrar a Jesucristo dondequiera que se halle, como lo exige su dignidad de hombre-Dios. En su nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

En el cielo se prosternan los ángeles ante su majestad divina y le adoran temblorosos. Allí donde se ostenta glorioso nuestro señor Jesucristo es también el lugar de su soberano respeto.

En la tierra todas las criaturas obedecen a nuestro Señor: el mar se humilló bajo sus pies y le adoró. El sol y los demás astros mostraron a su manera su sentimiento y le honraron cuando los hombres le maldecían.

Y en los infiernos; los condenados tiemblan bajo la justicia del severo juez de vivos y muertos.

II

Por lo demás, el respeto a nuestro Señor presente en la Eucaristía no debe razonarse. Se anuncia la llegada del rey o de su corte: todos se levantan como por instinto.

Pasa el soberano: todos le saludan, produciéndose un movimiento espontáneo de respeto y de deferencia; y si alguno no participa de estos sentimientos, o procura que no los tengan los demás, ese tal no puede considerarse como hombre.

¡Ah, cuánto tienen que avergonzarse los católicos de su falta de respeto en la presencia de nuestro Señor! Me refiero tan sólo al respeto instintivo.

Si entráis en una sinagoga y os permitís hablar o estar en una actitud irreverente, pronto os harán salir a la calle.

Si queréis entrar en una mezquita os obligan antes a quitaros el calzado. Nada tienen todos esos infieles dentro de sus templos que responda a una realidad, mientras que nosotros lo tenemos todo dentro de los nuestros, y con todo, el respeto que ellos tienen supera en mucho al nuestro.

Nuestro señor Jesucristo bien podría decir que el demonio es más honrado que Él: “He alimentado a hijos que luego me han despreciado” (Is 1, 2).

Yo les pregunto a las madres si les agradaría mucho que sus propios hijos las desconociesen en público. Y si esta conducta habría de herir vivamente el corazón de una madre, ¿por qué lo hacemos así con Jesucristo? ¿Por qué somos menos quisquillosos tratándose del honor de Jesucristo de lo que lo somos cuando se trata de nuestra insignificante dignidad?

¿Qué cosa hay más vana? Nuestra dignidad toda proviene de Dios y es un pálido reflejo de la suya; luego, cuando hemos perdido el respeto debido a Dios, destruimos en su fundamento el que a nosotros se debe.

¡Ah, si Dios nos castigase, como merecemos, por nuestras faltas de respeto!

Mandó azotar a Heliodoro por haber profanado el templo, y aquí hay más que el templo.

Ofrezcamos a nuestro señor Jesucristo este primer homenaje de afectuoso respeto cuando estemos en su presencia: y si la ligereza y negligencia se adelantan en nosotros a estos homenajes, ponen de

manifiesto cuán miserables somos.

Sí, nuestros mayores pecados contra la fe son nuestras faltas de respeto.

III

El que tiene fe no desconoce adónde va: esto es, a la iglesia, a nuestro señor Jesucristo. Al entrar allí dice, con san Bernardo, a todas sus ocupaciones: “Quedaos a la puerta, pues tengo necesidad de acercarme a Dios para confortar mi espíritu”.

Obrad de igual manera. Pues sabéis el tiempo que habéis de permanecer en la iglesia, dejad todo lo demás. Si venís a orar no es para arreglar vuestros negocios. Y si las distracciones, la disipación del espíritu y las preocupaciones os zarandean, desechadlas fuera de la puerta y no os inquietéis por ello: continuad allí respetuosos y ofreceos como en satisfacción por vuestras culpas; adoptad en lo posible una postura más digna y que nuestro señor vea que detestáis vuestras distracciones: así, ya que no con el espíritu, por vuestro porte exterior daréis testimonio de su divinidad, de su presencia, y aunque esto sólo hiciereis ya sería mucho.

Veamos lo que hace un santo al entrar en una iglesia: para nada se cuida de los que están allí, y todo lo olvida para no ver más que a nuestro señor Jesucristo: delante del Papa no se piensa en los obispos ni en los cardenales, y en el cielo no se distraen los santos honrándose unos a otros. ¡A Dios solo todo honor y gloria! Sigamos esta conducta: en la iglesia no hay más que Dios nuestro señor.

Después de haber entrado, permaneced en reposo algunos momentos; el silencio es la mayor demostración del respeto que se tiene, y éste la primera disposición para la oración. La mayor parte de las veces, la sequedad que tenemos en la oración y la falta de fervor en nuestras devociones provienen de que al entrar en el templo hemos faltado al respeto debido a nuestro Señor, o de que nuestra compostura no es tan respetuosa como debiera.

Formemos, en consecuencia, una firme resolución de no faltar a este respeto instintivo: no hay necesidad de razonamientos para ello. ¿Habrá necesidad de probar la presencia de nuestro señor Jesucristo cada vez que entramos en la iglesia, o tendrá que enviar un ángel para decirnos que está allí?

Ciertamente que esto sería muy necesario y al mismo tiempo

una desgracia muy grande.

IV

Debemos a nuestro señor Jesucristo el respeto exterior, es decir, la oración del cuerpo: nada contribuye como esto a que el alma haga bien la oración. Ved con qué religioso celo ha prescrito la Iglesia hasta los más insignificantes detalles del culto externo. Es que esa oración es muy gloriosa para nuestro señor Jesucristo. Él mismo nos dio ejemplo orando de rodillas y, según la tradición, con los brazos extendidos y levantados al cielo. Los apóstoles nos transmitieron este modo de orar y los sacerdotes lo emplean en el santo Sacrificio.

¿Es que nuestro cuerpo, que recibe de Dios la vida y todos los demás beneficios que continuamente está disfrutando, nada debe a su Señor? Es necesario que él también ore obligándose a tomar una postura respetuosa.

La negligencia en cuanto a la disposición del cuerpo debilita la disposición del alma, mientras que una postura mortificante la fortifica y ayuda; no debéis adoptar una actitud que, por lo incómoda, os haga sufrir demasiado, pero sí una que sea realmente seria. No os permitáis nunca en la presencia de nuestro Señor posturas familiares, porque ayudan el menosprecio. Amad, sed tiernos y afectuosos; pero nunca os permitáis ciertas familiaridades. Las arideces y la poca devoción en nuestras oraciones provienen de ordinario de la irreverencia con que solemos presentarnos delante de Dios.

Si vais de viaje, o hacéis oraciones supererogatorias dentro de casa, bien podéis adoptar la postura que menos os moleste; pero en presencia de nuestro señor Jesucristo es preciso que también los sentidos tomen parte en la adoración. Tened presente lo severo que se mostraba Dios sobre este punto en la antigua ley. ¿No tenían que pasar los levitas por una preparación muy minuciosa? Quería Dios hacerles sentir su dependencia y disponerlos así para que supiesen orar como es debido.

Nuestra piedad agoniza por falta de este respeto exterior. Ya sé que no hay que temblar de miedo delante de Dios, hasta el punto de que no se atreva uno a llegarse a Él; pero tampoco hemos de obrar cual si le despreciáramos.

Esta actitud grave es un medio de orar mejor, y si lo rehusamos

es porque nos domina la sensualidad. Nos creemos fatigados... ¡Con cuánta frecuencia nos engaña la imaginación! Si pasara el Papa, nuestro pretendido cansancio no nos impediría ponernos de rodillas. Y aun cuando de verdad estamos cansados, no temamos tanto al sufrimiento sabiendo que por él nuestra oración tomará más altos vuelos; por lo menos, que nuestra disposición corporal, aun en este caso, sea digna y seria. Bien está que las personas del mundo se sienten si están cansadas, con tal que guarden una compostura reverente y no se recuesten sobre la silla. No toméis vosotros estas posturas que debilitan las disposiciones del alma, haciéndola menos apta para orar. Por lo que toca a nosotros los religiosos, permanezcamos de rodillas, que ésta es la postura propia del verdadero adorador, y si estamos cansados, levantémonos y continuemos de pie, que también ésta es una actitud decorosa y digna: sentados, nunca. Seamos los soldados del Dios de la Eucaristía y si nuestro corazón no arde en amor, que nuestro cuerpo, al menos, atestigüe nuestra fe y el deseo que tenemos de amar y de adorar bien.

Hagamos, pues, orar a nuestro cuerpo en unión con la adoración del espíritu. Formemos todos el cortejo de nuestro rey Jesús. Pensemos que nuestro dueño y Señor está allí. Grabémonos bien esta idea en la mente. ¡Cuidado, que nuestro Señor está presente!

Vere Dominus est in loco isto.

EL DIOS DEL CORAZÓN

Sentite de Domino in bonitate
"Pensad dignamente del Señor en lo tocante a su bondad" (Sab 1, 1)

I

Al homenaje exterior y al respeto instintivo debe unirse el respeto de amor; el primero honra la dignidad de Jesucristo; el segundo su bondad: el primero es el respeto del siervo; el segundo, el del hijo.

Jesucristo concede mayor valor a este último, y si nos contentáramos con aquel respeto que le honra exteriormente, sería como quedarnos a la puerta: Jesucristo quiere, sobre todo, que honremos su bondad.

En la ley antigua sucedía de otro modo: Dios había escrito sobre su templo: "Temblad cuando os aproximéis a mi santuario". Había necesidad de hacer temblar a aquellos judíos carnales y se les conducía por el temor.

Ahora, después de haberse encarnado Jesucristo, quiere que le sirvamos por amor, y ha escrito en su tabernáculo: "Venid a mí todos, y Yo os consolaré; venid, pues soy manso y humilde de corazón".

Durante su vida mortal se conquistó el título de bueno, y sus discípulos y aun sus mismos enemigos le llaman: *Magister bone,* maestro bueno.

Pero en la Eucaristía quiere ahora recibir este dictado de bueno, de maestro bueno; lejos de cambiar, ha hecho más extensiva su familiaridad con nosotros, deseando que pensemos en su ternura, que se sienta consolado nuestro corazón y que la felicidad de verle sea la que nos lleve a sus pies.

Esta es la razón de su velo sacramental. Este velo se extiende por razón de la grandeza más que en pos de la bondad: si Jesucristo no velase su gloria, nos detendríamos en ella sin llegar a su corazón: seríamos judíos, y Jesucristo quiere que seamos hijos.

Por esto nuestro señor Jesucristo no pide el respeto exterior sino como primer paso para llegar hasta su corazón y a la paz

permanente que en él se encierra.

Si viéramos a Jesucristo en la plenitud de su grandeza, temblaríamos y caeríamos al suelo, sin poder jamás hacer un acto de amor. ¡Ah, todavía no estamos en el cielo!

En algunos libros no se habla más que de la majestad de Dios, lo cual no me parece mal si es así como de paso; pero detenerse mucho en estas consideraciones y hacer que en ellas consista toda nuestra oración, eso no es bueno, y además cansa.

Pero en presencia de nuestro señor Jesucristo, tan bondadoso, se pasan una o dos horas de oración sin ninguna tensión de espíritu: ¿que sobrevienen algunas distracciones? ..., pedimos perdón por ellas, y cuantas veces nos importunen, pues esto no es fatigoso, mayormente sabiendo que siempre seremos perdonados. De lo contrario, al ver que se repiten las distracciones, dejaríamos la oración completamente desalentados.

II

Considerando su bondad, honramos a nuestro señor Jesucristo. Esta consideración le hace, por decirlo así, trabajar, toda vez que su bondad no puede comunicarse sino a lo que está por debajo de ella; así, colocándome en lo más bajo y haciéndome pequeñuelo, le fuerzo en cierto modo a que me inunde de sus gracias y de las dulces efusiones de su corazón. Se hace uno entonces igual a los pobres y pequeñuelos, a quienes tanto amaba Jesucristo, y se le puede decir: “Vos sois bueno; ved aquí dónde podéis dar rienda suelta a vuestra bondad”.

Entonces se habla con Jesús.

De otro modo, sucede como cuando se presenta uno delante del rey, que empieza a temblar, pierde el dominio de sí mismo y no sabe qué decir.

La Eucaristía, con soberana dulzura, hace elocuentes las lenguas de los niños; y todos nosotros somos niños.

La bondad de la Eucaristía comunica mayor facilidad y suavidad a nuestras plegarias. Propendemos a engreírnos por las gracias recibidas, como si fuésemos propietarios de ellas, y esto no agrada a Jesucristo, quien nos las da solamente prestadas para que las hagamos fructificar en su provecho; por eso deja que las distracciones vengan a humillarnos. Quisiéramos orar sin padecer

distracciones, y como esto no es posible, se nos ocurre dejar la oración pensando que no hacemos más que desagradar a Dios.

¡No es así! Invocad en vuestro favor la bondad de Jesucristo, y nada tendréis que temer por vuestras faltas: la misericordia os la perdonará allí está en persona delante de vosotros.

III

Este culto de amor debe alentarnos para acercarnos con confianza a la presencia de Jesús sacramentado.

Personalicemos su amor en nosotros diciéndole: "Señor, heme aquí; soy yo, a quien tanto habéis amado y esperado tanto tiempo; yo, a quien ahora mismo tendéis vuestros brazos". Este pensamiento dilatará vuestro corazón.

Decid con firme persuasión que Jesucristo os ama personalmente, porque no puede uno permanecer insensible a este pensamiento.

Por otra parte, este es el secreto para llegar al verdadero recogimiento. Para recogeros en nuestro Señor, sin que por eso dejéis de obrar y de cumplir las obligaciones de vuestro estado, penetraos de la bondad de Jesucristo y así vuestro corazón obrará en Él. En esto consiste el recogimiento. Al mismo tiempo vuestro espíritu quedará libre e independiente y podréis darle la dirección que os convenga. El corazón se impone y gobierna la cabeza: en ella influye eficazmente.

Así la presencia de Dios aprovecha para todo; en tanto que si el espíritu está de continuo bajo la impresión de la majestad y de la grandeza, se destruye o se debilita su vigor por efecto del cansancio y pierde de vista a Dios u olvida sus deberes. El recogimiento del corazón es el verdadero. Reducida es la medida de inteligencia que Dios ha puesto en nosotros y presto se agota, en tanto que la capacidad del corazón es inmensa.

El corazón siempre puede amar más, y la presencia de Dios en el corazón se compagina con todo; esta presencia nos comunica fuerzas y alientos para no desfallecer; con ella se siente que Dios es bueno y misericordioso y se vive en su bondad.

Un sirviente asalariado corre, vuela, a la señal de su amo; pero no se lo agradece porque lo que él honra es el salario.

Mas la obediencia filial tiene un perfume imposible de reemplazar con nada y que no fatiga: es afectuosa y sin vanidad.

Nuestro Señor lo exige de nosotros: concede a los padres una parte de ella y todo lo demás de la misma lo reserva para sí.

¡Démosle, en fin, todo nuestro corazón!

Cuando estemos en su presencia rindámosle el honor de este respeto instintivo y profundo por razón de su majestad. Pero pasemos de aquí a su bondad y en ella descansemos. *Manete in dilectione mea*. –Permaneced en mi amor.

EL CULTO DE LA EUCARISTÍA

Dilexi decorem domus tuae
“He amado el ornato de tu casa” (Ps 25, 8)

Un día se acercó a Jesús una mujer, una verdadera adoradora, con intención de adorarle. Llevaba una vasija llena de perfumes y los esparció a los pies de Jesús, para atestiguar su amor y honrar de esta manera su divinidad a y su santa humanidad.

¿Para qué esta superfluidad? –dijo Judas el traidor–. Mejor hubiera sido vender esos perfumes a un precio elevado y distribuir su importe entre los pobres”.

Pero Jesús salió a la defensa de su sierva diciendo: “Lo que ha hecho esta mujer, bien hecho está y dondequiera que se predique este evangelio se referirá esto en alabanza suya”.

He aquí ahora la explicación de este hecho evangélico.

I

Nuestro señor Jesucristo está en el santísimo Sacramento para recibir de los hombres los mismos homenajes que recibió de los que tuvieron la fortuna de tratarle durante su vida mortal. Está allí para que todo el mundo pueda tributar a su santa humanidad honores personales. Aun cuando ésta fuese la única razón de la Eucaristía, deberíamos considerarnos dichosos por poder rendir a Jesucristo en persona los homenajes que dimanan de nuestros deberes de cristianos.

Por esta su divina presencia tiene razón de ser el culto público y tiene vida propia. Suprimid la presencia real y no habrá medio de tributar a la santísima humanidad de Cristo el respeto y el honor que le son debidos.

Nuestro Señor, como hombre, no está más que en el cielo y en el santísimo Sacramento. Por la Eucaristía podemos aproximarnos al Salvador en persona estando vivo, y podemos verle y hablarle... Sin esta presencia el culto caería en una abstracción.

Mediante esta presencia vamos a Dios directamente y nos

acercamos a Él como cuando vivía en la tierra. ¡Desgraciados de nosotros si, para honrar la humanidad de Jesucristo, nos viésemos precisados, como único recurso, a evocar los recuerdos de hace dieciocho siglos! Aun tendría esto base para lo que toca el espíritu, pero por lo que hace a los homenajes del culto externo, ¿cómo se lo tributaríamos, atendiendo solamente a un pasado tan lejano? Nos contentaríamos con dar gracias sin entrar en la participación de los misterios.

Pero por estar Jesucristo realmente en la Eucaristía, puedo yo hoy en día adorar como los pastores y postrarme ante Él como los magos: no hay por qué envidiar la dicha de los que estuvieron en Belén o en el calvario.

II

La presencia real de Jesucristo no es sólo la vida del culto externo, sino que, además, nos ofrece la ocasión de socorrer a Cristo con nuestras limosnas.

Ciertamente, desde este aspecto, nosotros somos más afortunados que los mismos santos del cielo: ellos reciben, pero ya no dan. Se ha dicho que es mejor dar que recibir y nosotros damos a Jesús. Le damos parte de nuestro dinero, de nuestro pan, de nuestro tiempo, de nuestros sudores y de nuestra sangre. ¿No es éste el mayor consuelo?

Nuestro señor Jesucristo viene del cielo con sola su bondad: no tiene otra cosa y está sujeto, aquí en la tierra, a la voluntad de los fieles. ¡Su templo, la materia de su sacrificio, las luces, los vasos sagrados que son necesarios para el Sacramento y, en fin, todo, se lo damos nosotros!

Sin esas luces y sin ese pequeño trono, Jesucristo no puede salir del tabernáculo, y somos nosotros quienes se lo damos, pudiendo decirle: "Os halláis sobre un hermoso trono, mas somos nosotros quienes os lo hemos erigido nosotros hemos abierto la puerta de vuestra prisión y hemos disipado la nube que os ocultaba a nuestra vista. ¡Oh sol de amor! Haced que vuestros, rayos penetren todos los corazones".

¡Jesús nos debe algo!

Él puede pagar sus deudas y las pagará seguramente. Ha salido fiador de los miembros de su cuerpo místico pobres y atribulados...

“Cuanto hiciereis por el más pequeño de mis hermanos os lo devolveré centuplicado”, y si Jesús paga las deudas ajenas, ¿cómo no pagará las suyas propias?

En el día del juicio podremos decirle: “Os hemos visitado no sólo en vuestros pobres, sino también en vos mismo, en vuestra augusta persona: ¿que nos dais en recompensa?”

Las gentes del mundo nunca comprenderán estas verdades. Dad, sí, dad a los pobres; pero a las iglesias, ¿para qué? ¡Este es dinero perdido! ¿Para qué esa prodigalidad en los altares?

¡Y así algunos se hacen protestantes!

¡Fuera tales ideas! La Iglesia quiere un culto vivo porque posee su Salvador, vivo sobre la tierra.

¡Qué dichosos pueden llegar a ser los que saben agenciar rentas para la vida eterna a cambio de este poco que dan a nuestro señor Jesucristo! ¿Es esto una cosa de poca monta?

Más todavía. Dar a Jesucristo es un consuelo, una satisfacción íntima; aun más, es una verdadera necesidad.

III

Sí, tenemos necesidad de ver, de sentir de cerca a nuestro señor Jesucristo y de honrarle con nuestros donativos.

Si Jesucristo no quisiera de nosotros otra cosa que homenajes internos, desatendería una imperiosa necesidad del hombre, cual es el no saber amar sin manifestar este amor por señales exteriores de amistad y de cariño.

Así se puede juzgar de la fe de un pueblo por sus donativos a las iglesias.

Si hay luces encendidas, las ropas están limpias y los ornamentos decentes y bien conservados..., ¡ah, en aquel pueblo hay fe!

Pero si Jesucristo está sin ornamentos, y en una iglesia que más que iglesia parece una cárcel, ¡entonces existen pruebas de que allí falta la fe!

Se hacen donativos para todas las obras de beneficencia, y, si pedís para el santísimo Sacramento, no os entienden.

Para adornar el altar de tal o cual santo, para hacer una peregrinación a un lugar en el cual se obran curas maravillosas, aun se da algo; mas para el santísimo Sacramento... ¡nada!

¿Ha de ir el rey vestido de andrajos mientras que su servidumbre se adorna con magníficos tocados? Es que no se tiene fe, fe viva y amorosa, o a lo sumo es una fe especulativa, puramente negativa: se es protestante en la práctica por más que se diga católico.

Jesucristo está allí, y a Él se acude incesantemente para pedirle gracias, la salud, una buena muerte, etc.; pero ¡nadie se acuerda de remediar su pobreza con algún donativo! ¡Callad...; con ese proceder le insultáis!

Dice el apóstol Santiago: “Si un pobre te pide limosna y lo despides sin darle nada, diciéndole: ‘La paz sea contigo’, te burlas de aquel pobre y eres homicida”.

Pues bien: ahí está nuestro señor Jesucristo, que nada tiene y que todo lo espera de vosotros; cuando vais a decirle: “Te adoro, te reconozco por mi rey; te doy gracias por hallarte presente en el santísimo Sacramento”, y a pesar de ello nada le dais para contribuir al esplendor del culto, ¡le insultáis!

Y cuando un párroco se ve obligado a usar ornamentos miserables y rotos, porque no tiene otros, tienen la culpa los feligreses y eso es un verdadero escándalo.

Porque es cierto que todos, sí, todos, pueden dar a Jesucristo nuestro señor, y la experiencia confirma que no son los grandes ni los ricos los que sostienen el esplendor del culto eucarístico, sino la masa del pueblo pobre.

Veía un día Jesucristo que los fariseos echaban grandes sumas de dinero en el gazofilacio, sin dar señales de impresionarse por ello; pero una pobre mujer echa un denario, que era todo cuanto poseía, y Jesús la admira, se conmueve su corazón y no puede menos de decir a los apóstoles: “Esta pobre viuda ha dado más que todos los otros, porque ha dado lo que necesita para su sustento”.

Del mismo modo, aquel que se priva de algo necesario para ofrecer una vela, una flor..., da más que aquel otro que por estar en posición desahogada, puede aportar cuantiosas sumas. Jesús no mira la cuantía de las dádivas, sino el corazón del que las hace.

–¡Dad, sí, dad algo al Señor! ¡Consoladle en su abandono, socorredle en su pobreza!

IV

Pero, más todavía.

Jesús está allí por amor, ¿no es eso? Bien; cuando uno cree en su presencia, cuando se le ama, no comprendo cómo no se le atiende con algún obsequio.

Prescindiendo de los méritos y de las gracias que nuestras ofrendas pueden proporcionarnos, el poder hacer algún regalo a nuestro Señor, el poder honrar a nuestro rey con nuestros obsequios, ¿no es ya una honra muy grande?

Ciertamente que no todos son admitidos, aunque lo quieran, a ofrecer sus homenajes a un rey de la tierra, y los que lo consiguen es a fuerza de influencias. ¿Quién se atrevería, sin contar con el apoyo de algún alto personaje, a ofrecerle ni siquiera un ramo de flores con ocasión de una fiesta?

¡Jesús es rey y quien hace los reyes, y, sin embargo, no quiere para sí la etiqueta que usan los reyes en la tierra! ¡Permite que nosotros mismos le presentemos, siempre que queramos, nuestros homenajes, y Él los espera continuamente!

¡Ah, cuánto nos honra esto! Aprovechémonos, que no hay más que un corto tiempo para dar. Aquí en la tierra quiere Dios recibir de nuestras manos lo que le damos. ¡Ojalá tengáis muchas veces el consuelo de decir: "He dado algo a Jesucristo nuestro señor"!

En cambio, ¡El mismo se dará a vosotros!

AMEMOS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo
"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón" (Dt 6, 5)

I

Cuando fuere levantado sobre la tierra, atraeré a mí todas las cosas. En efecto, desde lo alto de la cruz atrajo hacia sí nuestro señor Jesucristo todas las almas rescatándolas del pecado. Pero ciertamente que al pronunciar estas palabras, tenía también la mirada fija en su trono eucarístico, al cual quiere atraer todas las almas para sujetarlas con las cadenas de su amor.

Jesucristo quiere infundir en nuestros corazones un amor apasionado a sí mismo.

Toda virtud, todo pensamiento que no termine en una pasión, que no acabe por convertirse en una pasión, no producirá jamás nada grande.

El afecto de un niño no es propiamente amor. Ama por instinto, porque se siente amado y más bien se ama a sí mismo en aquellos que le hacen bien.

Un criado puede sacrificarse por su amo; pero no le amará verdaderamente sino cuando se sacrifique por el afecto que le tiene, sin atender al propio interés personal.

El amor no triunfa sino cuando es en nosotros una pasión que absorbe toda la vida. No siendo así podrán practicarse actos de amor aislados, más o menos frecuentes; mas no se ha entregado su propia vida.

Mientras no tengamos un amor apasionado a Jesús sacramentado, nada habremos hecho.

¡Nuestro señor Jesucristo, en la Eucaristía, nos ama con pasión, ciegamente, sin pensar en sí mismo y sacrificándose enteramente por nosotros: justo es que correspondamos!

II

El amor, si ha de ser en nosotros una pasión, preciso es que se someta a las leyes de las pasiones humanas. Claro es que hablo de las pasiones naturalmente buenas y honestas, porque las pasiones, en sí mismas, son indiferentes y nosotros somos los que las hacemos malas cuando las ordenamos al mal; en nosotros está el servirnos de ellas para el bien.

Según esto, una pasión que domine a un hombre lo concentra en sí mismo.

Ese hombre quiere llegar a ocupar esta o aquella alta y honrosa posición...; todos sus trabajos se dirigirán a conseguirlo, y pasarán diez, quince, veinte años... "¡No importa el tiempo! –dice– yo he de llegar a conseguirlo". Hace de aquel pensamiento el centro de su vida, ordenándolo todo a su realización y a la consecución de ese deseo, dejando a un lado todo lo que no le conduzca a su fin.

Aquel otro que quiere hacer fortuna y empieza por determinarla: "Llegaré a poseer tanto". Trabaja y se fatiga y de todo saca partido hasta conseguir el objeto que persigue; todo lo demás, fuera de esto, le es indiferente.

Otro pretende hacer una boda ventajosa. A ejemplo de Jacob, no le importará gran cosa prestar siete años de servicios y, una vez terminados, principiar otros siete, si es preciso. "¡Yo poseeré a Raquel!", y todos los trabajos –dice la Escritura (Gn 29, 20)– le parecían nada a causa de un extraordinario amor.

Y así es como se llega a ser algo en el mundo estas pasiones pueden llegar a ser malas, y con harta frecuencia no son, ¡ay!, más que un crimen continuado; pero, en fin, ellas pueden ser y son, desde cierto punto de vista, plausibles.

El hombre que no tenga alguna pasión no llega a nada; su vida no tiene objeto, es una vida inútil.

III

En el orden de la salvación es necesario también tener una pasión que domine nuestra vida, a la cual le haga producir, para gloria de Dios, todos los frutos que el Señor espera de dicha vida.

Amad, en consecuencia, tal virtud, tal verdad o tal misterio con pasión, sacrificadle toda vuestra vida, vuestros pensamientos y vuestra actividad; sin esto no llegaréis a nada grande y seréis un simple jornalero en el campo del Señor, mas nunca un héroe.

Amad la Eucaristía con un amor apasionado. Amad a Jesucristo nuestro señor en el santísimo Sacramento con todo el amor con que los hombres se aman en el mundo, claro está que por motivos sobrenaturales.

Para obtenerlo, principiad por someter el espíritu a la influencia de esta pasión. Estableced en vosotros el espíritu de fe, y procurad llegar a la persuasión invencible de la verdad de la Eucaristía y de la verdad del amor que Jesucristo os atestigua en el augusto Sacramento.

Tened una idea muy elevada y una contemplación que os arrebate, del amor y de la presencia de nuestro Señor, y así daréis pábulo a la llama de vuestro amor y conseguiréis que no se apague.

Un hombre de genio concibe una obra de arte: la conoce y la comprende en todos sus detalles con una simple mirada de su alma; y ese hombre se entusiasma y se enamora de su obra, y es seguro que la realizará, empleando para ello todos los medios que estén a su alcance e imponiéndose todos los sacrificios que sean necesarios, sin que nada le canse ni le desanime; está dominado por un ideal que persigue y lo tiene siempre a la vista y no hay medio de apartar su mente de él.

Pues bien; procurad ver así a nuestro señor Jesucristo: fijaos en su amor, y haced que este pensamiento os arrebate y enajene. ¡Qué! ... ¿Es posible que Jesucristo me ame hasta el punto de darse a mí continuamente sin dar la menor señal de fatiga o cansancio?

Tu espíritu se quedará clavado en nuestro Señor y tu inteligencia y tus pensamientos le buscarán y querrán estudiarle; desearán, entonces, profundizar más y más las razones de su amor, a lo que sobrevendrá la admiración y el arrobamiento y se escaparán de tu corazón estas palabras:

"¿Cómo responderé a tanto amor?"

He aquí cómo se engendra el amor en el corazón. No se ama mucho sino lo que se conoce bien.

¡El corazón corre hacia el santísimo Sacramento!

Va a saltos porque no tiene paciencia para ir paso a paso.

"¡Jesucristo me ama, me ama en su Sacramento!"

A ser posible, rompería el corazón su envoltura de carne para poder unirse más estrechamente a Jesucristo nuestro señor.

Los santos nos han dado de eso admirables ejemplos: su amor

los enajena, les hace sufrir y los abrasa; es un fuego que los consume, que gasta sus fuerzas y acaba por causarles la muerte.

¡Dichosa muerte!

IV

Si todos no llegamos a ese extremo, podemos todos, por lo menos, amar apasionadamente a Jesucristo y dejarnos dominar por su amor.

¿Es que no amáis a, nadie en el mundo?

Vosotras, madres, ¿no sentís por vuestros hijos un amor apasionado? Esposas, ¿no amáis con pasión a vuestros esposos? Y vosotros, hijos, ¿tenéis en vuestro corazón espacio para amar algo más que a vuestros padres?

Muy bien: transportad ese amor a nuestro señor Jesucristo.

No hay, no puede haber dos amores, existe uno solo. Jesucristo no os pide que tengáis dos corazones, uno para Él y otro para aquellos que amáis en la tierra.

Así, pues, ¡oh madres!, amad al santísimo Sacramento con vuestro corazón de madre, amadle como a un hijo.

¡Esposas, amadle como a vuestro esposo!

¡Hijos, amadle como a vuestro padre!

Sólo hay en nosotros una facultad de amar, la cual tiende a diferentes objetos y por motivos también distintos.

Hay algunos que aman locamente a sus padres, a sus amigos, y no saben, sin embargo, amar a Dios.

Lo que se hace con la criatura debe hacerse con Dios. Sólo que a Dios hay que amarle sin medida y siempre en aumento.

V

Él alma que ama de esta manera no tiene sino una sola facultad, una sola vida: Nuestro señor Jesucristo en el santísimo Sacramento. ¡Allí está! y vive subyugado por este pensamiento. Cuando esto sucede hay correspondencia y comunidad de vida entre Jesucristo y nosotros.

¿Por qué no hemos de llegar a este punto? Para buscar ejemplos de virtud en la vida mortal de Jesucristo se retrocede más de dieciocho siglos.

Jesucristo podría decirnos: “Me habéis amado en el calvario

porque allí borré vuestros pecados; me habéis amado en el pesebre de Belén, porque me visteis dulce y amable... ¿Por qué no me habéis amado en el santísimo Sacramento, donde estuve de continuo con vosotros? Vosotros no tenéis que hacer otra cosa que llegaros a mí. ¡Allí estaba yo a vuestro lado!”.

¡Ah!, en el día del juicio no serán nuestros pecados los que nos causarán mayor espanto ni lo que más se nos echará en cara, porque los pecados se nos habrán perdonado para no recordarlos más, ¡sino que nuestro señor Jesucristo nos echará en cara el no haber correspondido a su amor!

¡Me has amado menos que las criaturas! –nos dirá–. ¡No has cifrado en mí tu felicidad! ¡Me has amado bastante para no ofenderme mortalmente, pero no lo suficiente para vivir de mí!

Parece que nosotros podríamos decirle “¿Estamos acaso obligados a amar de este modo?”

Bien sé que no existe ningún precepto escrito de amar así; pero no hace falta que esté escrito. No lo vemos expresamente escrito, pero todo lo proclama altamente: es una ley escrita en nuestro corazón.

Lo que me causa espanto es la conducta de los cristianos, que ocupándose de buen grado y seriamente de todos los demás misterios y fomentando con interés el culto de este o de aquel santo, ¡no hagan al menos otro tanto por nuestro Señor en la Eucaristía!

¿Y por qué será esto o qué razón habrá para obrar así? ¡Ah!, es porque no puede uno mirar atentamente al santísimo Sacramento sin verse obligado a exclamar: “¡Preciso es que yo le ame, es necesario que le visite, no puedo dejarle solo, veo que me ama demasiado!”

Todo los demás son cosas lejanas, cosas de historia. Eso ya no cautiva tanto al corazón. Podrá, sí, causar admiración; pero lo que al presente debemos hacer es entregarnos, habitar y vivir con nuestro Señor.

La Eucaristía es la más noble aspiración de nuestro corazón: ¡amémosla apasionadamente!

Se le ocurrirá decir a alguno “Esto es una exageración”.

En efecto, ¡el amor no es más que una exageración!

Exagerar es ir más allá de lo que la ley exige, y por lo mismo el amor debe exagerar.

El amor que Jesucristo nos demuestra quedándose con

nosotros sin honores y sin servidumbre, ¿no es también exagerado?

Quien se atiene exclusivamente al estricto cumplimiento de su deber, no ama. No ama sino aquel que siente dentro de sí la pasión del amor.

Y vosotros tendréis la pasión de la Eucaristía, cuando Jesucristo en el santísimo Sacramento sea vuestro pensamiento habitual, cuando vuestra felicidad consista en ir a sus pies y cuando vuestro deseo permanente sea complacerle.

¡Ea, vayamos y entremos en nuestro Señor! ¡Amémosle siquiera por Él mismo! ¡Sepamos olvidarnos de nosotros mismos y darnos a este buen Salvador! Inmolémonos, al menos un poco, por Él. ¿No veis esos cirios y esta lámpara cómo se consumen sin dejar nada, sin reservarse nada?

¿Por qué no hemos de ser también para Jesucristo un holocausto del que nada quede?

¡No, no; no vivamos nosotros, sino que Jesucristo sacramentado sea el que viva en nosotros!

¡Nos ama tanto!

LA EUCARISTÍA ES NUESTRO CAMINO

Ego sum via, veritas et vita
"Yo soy el camino, la verdad y la vida"
(Jn 14, 6)

Jesucristo pronunció estas palabras cuando se hallaba todavía entre los hombres; pero se extienden más allá de la vida humana del Salvador. Son para siempre y puede repetirlas con toda verdad en el santísimo Sacramento.

En la vida espiritual hay también caminos ficticios, caminos que parecen atajos sin serlo, y caminos por los cuales se puede andar algún tiempo para dejarlos después.

Mas Jesucristo en el santísimo Sacramento es el camino fijo. Es el modelo y el medio para andarlo, que de poco nos habría de servir conocer el camino si con su ejemplo no nos enseñase a ir por él. No se va al cielo sino participando de la vida del Salvador. Esta se nos da, en germen, en el Bautismo, y los sacramentos la fortalecen; pero la perfección de ella consiste principalmente en la imitación y práctica de las virtudes de nuestro Señor. Necesitamos ver a Jesucristo, practicar sus virtudes para imitarlas, y seguirle en todos los pormenores de los sacrificios y de los trabajos que ellas exigen para reinar en nosotros. Sus virtudes son la aplicación a la práctica de sus palabras, sus preceptos puestos en acción. Para llegar a la perfección es necesario detallarlas, porque no llega a la perfección sino aquello que se ha particularizado: *Non est perfectum nisi particulare.*

El Verbo eterno, que querría conducirnos a su Padre y que no podía practicar en el cielo las virtudes humanas porque todas ellas implican la idea de combate y de sacrificio, se hizo carne, tomó lo que es propio del hombre y trabajó ante sus ojos. Como en el cielo, al que ascendió glorioso, no puede practicar nuestras virtudes de paciencia, pobreza y humildad, se hizo Sacramento para continuar siendo nuestro modelo. Estas virtudes no provienen ya de la libertad, ni merece con ellas, sino que las ha trocado en estado suyo y se ha revestido de ellas. En otro tiempo, practicaba los actos de las

virtudes, ahora se viste exteriormente con ellas. En la tierra fue humilde y humillado; ahora reina glorioso, pero bajo una apariencia de humildad en el Sacramento.

Jesucristo ha vinculado a su ser este estado de las virtudes de una manera inseparable: contemplándole vemos sus virtudes, y sabemos lo que tenemos que hacer para practicar los actos de estas mismas virtudes. Quitad su humillación, y cesa su estado sacramental. Suprimid su pobreza; figuradle acompañado de un magnífico cortejo, y veréis cómo quedamos anonadados ante su majestad; ya no cabe amor, porque el amor no se manifiesta sino descendiendo. Practica aquí mucho más que en el calvario la paciencia y el perdón de las injurias. Allí sus verdugos no le conocían, aquí se le conoce y se le insulta. Pide a su Padre por tantas ciudades deicidas que le han proscrito. Sin esta súplica de perdón ya no habría Sacramento de amor, y la justicia divina rodearía y protegería su trono insultado.

No practica los actos de las virtudes, pero manifiesta el estado de las mismas, y a nosotros toca practicar dichos actos para completarlos. Por ello Jesucristo Eucaristía forma con nosotros una sola persona moral. Nosotros somos sus miembros activo y su cuerpo, del cual Él es cabeza y corazón, de tal modo, que Jesús puede decir "Aun vivo". Y nosotros somos su complemento y los que le perpetuamos.

Así, pues, en el Sacramento Jesús se nos ofrece modelo de todas las virtudes. Estudiaremos detalladamente algunas de ellas: ¡nada hay tan hermoso como la Eucaristía!

Solamente las almas piadosas, las que comulgan y reflexionan, son las que lo pueden comprender. Las demás nada de esto entienden. Pocas son las personas que piensan en las virtudes, en la vida y en el estado de Jesucristo en el santísimo Sacramento. Se le trata como si fuese una estatua: créese que sólo está allí para perdonarnos y oír nuestras oraciones, y esto es falso. Jesucristo nuestro señor está vivo y obra: miradle, estudiadle e imitadle. Los que no lo hacen se ven obligados a retroceder veinte siglos, a leer el evangelio, a completarlo en cuanto a muchos de los pormenores íntimos de su vida; están privados de la dulzura de estas palabras actuales y presentes: "Yo soy actualmente vuestro camino".

¡Yo soy vuestro camino! Sin duda que la verdad no cambia y

el Evangelio es siempre un libro vivo; pero aun con todo eso, ¡qué trabajo no cuesta volver la vista atrás! Además, esto no es más que una representación que exige trabajo y fatiga; es más especulativo y menos a propósito para sostener la virtud. Sólo en la Eucaristía se asegura y se sostienen fácilmente las virtudes.

Tengamos siempre presente que Jesucristo en el santísimo Sacramento no es sólo dispensador de gracias, sino, también y principalmente, camino y modelo. La educación se consigue por la presencia, por una secreta correspondencia entre el corazón de la madre y el del hijo. La voz de la madre hace vibrar el corazón del hijo, mientras que los extraños nada de esto consiguen.

Por lo tanto, no conseguiremos reproducir la vida de Jesucristo mientras nuestra propia vida no se desenvuelva bajo su inspiración, y si no es Él mismo quien nos educa. Podrá indicársenos el camino de las virtudes; pero comunicárnoslas y educarnos íntimamente, nadie es capaz de ello fuera del mismo Jesucristo. Moisés y Josué conducían al pueblo; pero a su vez, eran ellos guiados por la columna de fuego. Del mismo modo, un director no podrá hacer más que repetiros las órdenes del Señor: él consulta a Jesucristo, le busca en vosotros y examina las gracias y el atractivo particular que Jesús ha depositado en vuestra alma. Para conocerte trata de conocer a Jesucristo en ti, y con esto te guía por el sendero de la virtud que exija tu gracia dominante, la cual trata él de desarrollar y aplicar a toda tu vida bajo la alta inspiración del soberano director de las almas: no tiene otro cometido que repetirte sus órdenes.

Jesucristo nuestro señor está en el santísimo Sacramento para todos, no tan sólo para los directores de almas, pues allí todos pueden verle y consultarle. Mirad cómo practica, todas las virtudes y sabréis lo que tenéis que hacer. Si leéis el Evangelio trasladadlo a la Eucaristía y de la Eucaristía a vosotros mismos. Vuestro poder es entonces mucho mayor. Se vuelve más claro el evangelio, y comprendéis que lo que tenéis ante los ojos es la continuación real de lo que leéis. Porque nuestro Señor, que es el modelo, es también luz que nos lo hace conocer, descubriéndonos al propio tiempo sus bellezas. Jesucristo en el santísimo Sacramento es su propia luz, su propio conocimiento, como el sol que presenta en sí mismo su propia prueba, y en cuanto se muestra al punto se deja conocer. No hacen falta para eso razonamientos. Un hijo no razona para conocer a sus

padres. Así, se manifiesta Jesucristo por su presencia, por su realidad.

Pero a medida que conocemos mejor su voz, que es cuando nuestro corazón está más vacío de sí y mejor preparado, Jesucristo aparece desde un aspecto más luminoso y de una manera más íntima que sólo los que aman pueden conocer. Entonces comunica al alma una convicción divina y esta luz eclipsa toda luz de la razón natural. Ved, si no, a la Magdalena: una sola palabra de Jesús basta para que ella le reconozca. De igual manera, en el santísimo Sacramento no dice más que una palabra; mas esa palabra, “Yo soy”, resuena en el fondo del corazón, y se le siente y se le cree con más firmeza que si le viéramos con nuestros propios ojos.

Esta manifestación de la Eucaristía debe ser el punto de partida para todos los actos de nuestra vida. Es necesario que todas las virtudes nazcan de la Eucaristía. Queréis practicar la humildad..., mirad cómo la practica Jesús en el santísimo Sacramento. Partiendo de este conocimiento y de esta luz podéis, si os place, trasladaros al pesebre, o al calvario, adonde llegaréis así más fácilmente, porque está en la naturaleza del entendimiento del hombre proceder de lo conocido a lo desconocido, y en el santísimo Sacramento tenéis a la vista la humildad de Jesucristo. Apoyados en esto os será mucho más fácil suponer lo que fue en su nacimiento o en otra circunstancia cualquiera de su vida. Haced lo mismo respecto de las demás virtudes, y así comprenderéis mejor el Evangelio. Nuestro señor Jesucristo habla por medio de su estado sacramental, y nadie mejor que Él puede hacer comprender sus palabras y sus misterios. Comunícanos, además, la unción necesaria para que las saboreemos, al mismo tiempo que las comprendamos. No andamos ya en busca de la mina, la hemos encontrado y es hora de explotarla. Sólo por la Eucaristía se siente toda la fuerza actual de estas palabras del Salvador: “Yo soy el camino”. *Ego sum via.*

Que todo el estudio de nuestro espíritu consista en contemplar la Eucaristía, buscando en ella la norma de conducta que hemos de seguir en todas las circunstancias de la vida cristiana. En esto consiste y por este medio se conserva la vida en unión con Jesús sacramentado. De este modo llegaremos a ser eucarísticos aquí en nuestra vida y nos santificaremos según la gracia de la Eucaristía.

EL ANONADAMIENTO

Carácter de la santidad eucarística

Exinanivit semtipsum
"Se anonadó a sí mismo" (Flp 2, 7)

Jesucristo es nuestro modelo en el santísimo Sacramento: veamos cómo nos enseña las virtudes que forman a los santos. Para esto habremos de ver cuál es el estado de nuestro Señor. La regla de su vida será la regla de nuestras virtudes. Al estudiar cómo está en el santísimo Sacramento vendremos en conocimiento de su voluntad, ya que por lo exterior hemos de llegar al conocimiento de lo interior. Por las palabras y por el porte exterior se llega al conocimiento del interior del alma. Cuando se veía a nuestro señor Jesucristo pobre y hablando con los pobres, se colegía de aquí que había venido a salvarnos por la pobreza. Cuando moría por nosotros nos trazaba la pauta de lo que debíamos hacer para ir al cielo. Ahora en el santísimo Sacramento lo que salta a los ojos, lo que predomina sobre todo lo demás es el estado de anonadamiento de Jesús. Este estado debe hacernos comprender las ocupaciones de Jesús y sus virtudes, las cuales tomarán, según su especie, esa forma y ese carácter de anonadamiento y humildad. Estudiad este anonadamiento y sabréis lo que tenéis que hacer para asemejaros a vuestro modelo y para estar en la gracia de la santidad eucarística. Tened presente que este es el carácter dominante de Jesús sacramentado y que ése debe ser el que predomine en vosotros si queréis colocaros en el ambiente propio de las gracias eucarísticas.

I

Ahora bien, Jesucristo está en la santa Hostia. Toma el estado de las santas especies. Su cuerpo y su sangre santísimos reemplazan la substancia de estas especies. Jesucristo ha vinculado su estado al modo de ser de dichas especies, las cuales vienen a ser, por lo mismo, la forma de su vida y establecen la ley de su adoración. Jesucristo es como el sujeto de ellas, a ellas está sometido y de ellas depende. Es

verdad que en nada le afectan en cuanto a su vida divina y gloriosa y que cuando dejan de existir no sufre por ello ningún detrimento su cuerpo glorioso; pero así y todo, cuando las especies dejan de existir, Jesucristo se retira: Él está unido a ellas, y se somete a las leyes del movimiento y de la humillación y en todo es tratado como ellas en viéndolas está visto el estado y la manera de ser, *exteriormente,* de nuestro señor Jesucristo.

Las santas especies son pobres, y tan pobres que no poseen ya su propio ser: la consagración ha sustituido la substancia a la cual estaban unidas naturalmente. Estas especies no tienen ya la posesión natural de su existencia: no existen sino por un milagro. Y lo mismo es nuestro señor Jesucristo: Él no tiene nada de propio en el santísimo Sacramento: del cielo no trajo más que su divina persona. Ni una sola iglesia, ni siquiera una sola piedra le pertenecen. Es tan pobre como las santas especies; más pobre aún que en Belén, porque allí al menos se poseía a sí mismo, tenía un cuerpo, que movía a su arbitrio, que hablaba y crecía; un cuerpo por medio del cual podía recibir y aceptar de sus amigos cualquier don. Aquí no hay nada de todo eso. Presencia los donativos que se hacen cerca de Él, mas ello no cambia su estado personal: que el altar sea de oro y que esté alumbrado por millares de luces... Jesucristo no es por eso menos pobre ni está menos obscuro bajo las santas especies. Está muerto civilmente y es incapaz de recibir cosa alguna. ¡Es un muerto! El honor del religioso que hace voto de pobreza consiste en asemejarse a Él. Se halla Jesús como envuelto en un sudario y atado con él. Este es todo su vestido, y siempre el mismo: un vestido que ni siquiera es una substancia, o un ser natural, y tan ligero que si cesara el milagro desaparecería y no podría existir un solo instante. He aquí el gran pobre; es preciso verle y considerarle atentamente antes de emitir el voto de pobreza. Estudiad su pobreza, que es la de la Hostia, y sabréis a qué grado debe llegar vuestro espíritu de pobreza y desasimiento.

Además, estas especies son, por cierto, bien humildes, siempre blancas: el blanco ni siquiera es color y el mirarlo de continuo causa fastidio. Jesucristo nuestro señor no tiene en el Sacramento ninguna belleza visible, nada de humana hermosura. ¡El que fue tan hermoso en su vida..., el más hermoso de los hijos de los hombres! La nube que lo circunda no permite descubrir nada. El último de los hombres ocupa un puesto más alto que Jesucristo; ese hombre siempre es

alguien: Jesucristo quiso someterse a las leyes a que están sometidas las especies y no quiso ser sino una cosa.

Las especies son, además inmóviles e inanimadas. Él, el Verbo eterno, el que es la vida del mundo, el supremo motor de todos los seres, la vida de las vidas..., se condena eternamente a estar sin movimiento y sin acción, se encierra en una prisión. Y de tal manera se reduce en la Hostia consagrada, que por pequeño que sea cualquier fragmento de ella, en él está Jesucristo entero. Posee en sí mismo la vida y el movimiento; pero reprime su uso por sujetarse a la condición de las especies inanimadas. Se le puede insultar y hacerle objeto de nuestros desprecios sin que Él se defienda. Si pudiese sufrir todavía, sufriría en la Hostia más que durante su vida mortal.

Ya sabéis aquellas palabras que pone el Profeta en su boca: "Yo no soy un hombre, sino un gusano" (Ps 21, 7). El gusano es el último de los animales, y en la escala de los seres, y en la escala de los seres ocupa el lugar inmediatamente superior al de los vegetales. El gusano está desprovisto de todo lo que se asemeja a una vestidura, mientras que los demás animales, incluso la oruga, tienen alguna envoltura, una cubierta cualquiera. Se asemejó al gusano en la cruz, cuando le expusieron, desnudo, a los insultos de sus verdugos, aunque sólo por algunos instantes. En el Sacramento no es un gusano, pero se expone a vivir junto con los gusanos. ¡Cuántas hostias consagradas se corrompen por incuria o por otras circunstancias! Al corromperse o descomponerse se introducen en ellas los gusanos y éstos expulsan a nuestro Señor, el cual no permanece en las mismas sino mientras están sanas. Los gusanos, por tanto, ocupan su lugar. ¡Y en el instante en que principia la descomposición de la Hostia, o cuando está medio corrompida, Jesucristo se refugia en la parte que aún se conserva bien: la Hostia es disputada entre Jesucristo y los gusanos nacidos por la descomposición! En una palabra, Jesucristo asumió todas las miserias de las santas especies en cuanto a su manera de ser exterior: *Putredini dixi: Pater meus es: Mater mea et soror mea, vermibus*; Al sepulcro le dije: 'Tú eres mi padre', y a los gusanos: 'Mi madre y mis hermanos' (Job 17, 14).

En fin, las especies no tienen voluntad. Se cogen y se llevan a donde se quiere: sea quien quiera el que le mande, Jesucristo no resiste ni se niega jamás. Se deja poner en las manos de los

pecadores. Esta es una de las condiciones del estado que ha elegido. Tampoco se defiende. La sociedad venga las agresiones castigando al agresor: Nuestro Señor todo lo tolera... ¿Cómo?... ¿Se llega a ese extremo?

En el calvario ciertamente que se anonadó en cuanto a la felicidad y a la gloria de su divinidad y con relación a los demás hombres; pero donde realmente se anonada es aquí. El último grado en la escala de los seres de la creación consiste en no tener sustancia propia, siendo sólo un accidente o una cualidad. Jesucristo, que no puede perder su propia sustancia, toma el estado exterior, las condiciones de los simples accidentes naturales, para podernos decir: "Vedme y obrad como yo". ¡Ah, jamás llegaremos a imitarle ni a descender tan bajo como Él!: Nuestro eterno sentimiento será haber pensado tan poco en las humillaciones de Jesucristo en el santísimo Sacramento.

II

Su anonadamiento eclipsa cuanto hay en Él de glorioso. Si nuestro señor Jesucristo dejase aparecer su gloria ya no sería nuestro modelo de anonadamiento, y nosotros podríamos también buscar la gloria y la dignidad que resulta de la práctica de las virtudes. Pero ¿habéis visto la gloria de Jesucristo en el santísimo Sacramento? Bien puede decirse que es en él un sol ocultado. Alguna vez ha obrado allí milagros, pero son raros y ellos recuerdan y hacen comprender mejor su abatimiento habitual: Jesucristo quiere padecer un eclipse completo. Es más grande cuando no hace milagros que cuando los obra; en el primer caso su amor le ata las manos: si nos mostrase su gloria no podría decirnos más "*Discite a me* – ¡Miradme, y ved cuán dulce soy y cuán humilde de corazón!", sino que nos aterrorizaría.

Su divinidad sufre un eclipse mayor que durante su vida mortal. Entonces se descubría siempre algo divino en su rostro y en su porte. Por eso antes de humillarle le vendaron los pretorianos los ojos; ¡eran éstos tan hermosos! Aquí, en la Eucaristía, ¡nada, nada! La imaginación pretende algunas veces delinear en la Hostia consagrada algunas de sus facciones pero esto no es la realidad. ¡Si al menos le pudiéramos ver una vez al año, o siquiera una vez en nuestra vida! Ni eso; ha velado su gloria con una nube impenetrable.

Jesucristo ha practicado este anonadamiento en su estado

glorioso, no sólo negativamente, sino también de una manera positiva. Se humilla negativamente aquel que siendo pecador e indigno de las gracias de Dios, reconoce su miseria y su nada; a éste fácil le es reconocer que no es nada, ya que no produce sino frutos de muerte. La humildad positiva se practica en el mismo bien, en la alabanza merecida, en la gloria que nos reporta el bien hecho cuándo se la ofrecemos a Dios, y de ella nos privamos voluntariamente por rendirle con ella un homenaje. Esta lección nos da Jesucristo con su anonadamiento eucarístico.

Humillaos en vuestras virtudes. Grande, ciertamente, es el cristiano. Él es amigo y heredero de Jesucristo y participa de su naturaleza divina. La gracia que ha recibido hace de él un instrumento y el templo del Espíritu Santo. Y el sacerdote, ministro de los más altos ministerios, que manda a Dios, que santifica y salva las almas dirigiéndolas a Dios, ¡cuán grande es también! Considerando su altísima dignidad, así el cristiano como el sacerdote, tendrían motivos para engreírse, como los ángeles en el cielo y como Lucifer en la gloria.

Si nuestro Señor no hubiese hecho más que engrandecernos, como lo hizo, correríamos grande riesgo de perdernos por el orgullo. Pero Jesucristo abate su gloria y su grandeza y nos da voces, diciendo: "Ved cómo yo me humillo: soy más grande que vosotros, ¿verdad?, y, sin embargo, estáis viendo lo que hago con mi grandeza y a lo que me he reducido". Si Jesucristo no estuviera allí abatiendo su gloria, no podríamos deciros: "Sed humildes", porque con razón podríais contestar: "¿Es que no somos los privilegiados de la gracia?" –Y es cierto, pero mirad a vuestro rey. Este pensamiento es el que lleva a los pies de Jesús para hacerles postrarse de hinojos ante Él a los obispos y al Papa mismo, y, viéndolos como anonadados ante el divino acatamiento, se ve uno obligado a confesar que sólo Dios es verdaderamente grande.

¿Qué ocurre sin la Eucaristía? Vedlo en las demás religiones. ¿Qué se ha hecho de la humildad? El protestante no sabe lo que es despreciar las grandezas: trabaja y se sacrifica, pero es con el fin de subir más alto. Los católicos mismos que no viven de la Eucaristía, ¿no veis cómo aun en sus buenas obras buscan su propia gloria? Nada hay más grato que los elogios cristianos bien merecidos. Claro que en la opinión pública se adquiere pronto fama de santidad, si se

multiplican las obras buenas.

¿Y de dónde procede nuestro orgullo, ese orgullo espiritual que se engríe con las gracias recibidas, con los dones de Dios, porque cuenta con amigos virtuosos y santos y por razón del ascendiente que puede tener sobre las almas, sino del olvido de la Eucaristía? ¿Sentís tentaciones de orgullo cuando comulgáis? Cuando escucháis a Jesús dentro de vosotros que os dice: "¡Cómo! ¿Te enorgulleces por las dignidades y favores que te concedo y por el amor privilegiado que te profeso? Pues yo me anonado; ¿no has de hacer por lo menos lo que yo?".

Meditad sobre nuestro señor Jesucristo anonadado en el Sacramento: éste es el verdadero camino que conduce a la humildad: se comprende que su anonadamiento es la mayor prueba de su amor a nosotros y que el imitarle debe ser también la prueba del nuestro; que es necesario descender hasta nuestro Señor, que se ha colocado en la última categoría de los seres de la creación.

Por eso la verdadera humildad es la que da de lo suyo, la que transfiere a Dios el honor y la gloria que recibe. Creen muchos que no se puede uno humillar sino por sus pecados y miserias, y que esto no se puede hacer cuando se trata del bien recibido o del engrandecimiento sobrenatural. Mas sí se puede, ciertamente. Atribuir a Dios todo bien he aquí la humildad que equivale a una alabanza, la humildad más perfecta. Jesucristo nos la enseña, y cuanto más nos acerquemos a Él, tanto más nos humillaremos con Él. Ved a la santísima Virgen, sin pecado, sin defecto, mancha ni imperfección, sino, por el contrario, toda hermosa, toda perfecta, toda radiante de belleza por su gracia inmaculada y por su cooperación incesante, y, sin embargo, se humilla más que ninguna otra criatura. Consiste la humildad en reconocer que nada somos sin Dios y en atribuirle a Él todo lo que somos, y cuanto más perfecto es el hombre tanto más grande debe ser su humildad, porque tiene más que dar a Dios: a medida que las gracias nos elevan nosotros descendemos: nuestras gracias son los escalones de nuestra humildad. La Eucaristía nos enseña, por consiguiente, a referir a Dios toda la gloria y toda la grandeza, y no tan sólo a humillarnos por nuestras miserias. ¡Lección utilísima y permanente! De aquí que toda alma eucarística necesariamente tiene que llegar a ser humilde: la proximidad y el vivir habitualmente con Jesús sacramentado nos ha de hacer de tal

condición que no pensemos ni obremos sino bajo la influencia de esta divinidad abatida; quien pretendiese fomentar su orgullo en presencia de la Eucaristía sería un demonio. Basta mirarla atentamente para sentir la necesidad de humillarse. Por eso también la Iglesia os manda doblar la rodilla ante el santísimo Sacramento, porque es una actitud muy propia de la humildad y del anonadamiento.

Esta es la humildad de estado exterior; veamos ahora la humildad de las obras.

III

Jesucristo no está inactivo en el santísimo Sacramento. Trabaja, intercede y salva las almas. Aplica su redención y nos santifica. Su acción se extiende a todas las criaturas. Allí es el mismo Verbo divino que pronunció una palabra por la cual todo fue creado, y que aún lo conserva con su palabra omnipotente. Él continúa pronunciando el *Fiat* que conserva la vida en toda la creación. No solamente es allí creador, sino reformador y restaurador y rey de toda la tierra. A Él se le ha concedido el gobierno de todas naciones y el Padre no obra en el mundo ni gobierna el universo sino por Él. La voz de mando a la cual obedece todo lo creado parte del santísimo Sacramento. En su mano está la vida de todos los seres; es el juez de vivos y muertos.

Los soberanos ostentan grande pompa y mucho aparato en todos sus actos, y esto es necesario porque el hombre se gobierna por amor o por el temor.

¿Y nuestro señor Jesucristo? ¿Dónde está el aparato de ese rey, que tiene un poder absoluto así en el cielo como en la tierra? ¿Dónde la gloria y ostentación de sus palabras y acciones? Millares de ángeles parten a cada momento del tabernáculo y vuelven a él, ya cumplidas sus órdenes; allí tienen su centro y su cuartel general, porque allí está el general en jefe de los ejércitos celestiales. Y, sin embargo, ¿veis u oís alguna cosa? Todas las criaturas le obedecen sin que nosotros nos demos cuenta de ello. ¡He aquí cómo sabe ocultar su acción, cómo sabe mandar en su anonadamiento! ¡Y los hombres cuando mandan a los demás creen ser algo! ¡Y no hablan más que con palabras fuertes y altaneras! ¡Creen que así son más eficaces sus mandatos! Una lección da aquí. Jesús a los superiores y a los jefes de familia todos deben ser humildes cuando mandan, si quieren imitar a

Jesús sacramentado.

Aun podemos notar algo más en la humildad de nuestro Señor no manda a los hombres visiblemente, porque en tal caso habría que obedecer a Él solo, y Él quiere que obedezcamos a nuestros semejantes, en los que se encuentra un reflejo de su autoridad, y por eso se eclipsa a nuestros ojos. ¡Qué unión, qué enlace más admirable entre la autoridad y la humildad!

Además, nuestro Señor oculta la santidad de sus obras. La santidad tiene dos partes: la una está en la vida interior del alma con Dios, y es la principal, porque en ella está la perfección y la vida. Casi siempre ella sola basta, y ella es todo. Consiste en la contemplación e inmolación interior del alma. La otra parte es la vida exterior.

La contemplación consta de relaciones del alma con Dios, con los ángeles y el mundo espiritual: es la vida de oración, que vale lo que la santidad y que es la raíz de la caridad y del amor. Y esta vida hay que ocultarla, y es preciso que sólo Dios posea su secreto, porque el hombre mezclaría con ella su orgullo. Dios se la ha reservado; quiere dirigirla Él mismo; ni siquiera un santo sería capaz de ello. Es la relación nupcial del alma con Dios, que tiene lugar en el secreto del oratorio con las puertas cerradas: *Intra in cubiculum tuum, et clauso ostio, ora Patrem tuum in abscondito* –retírate a tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto (Mt 6, 6). Cuesta trabajo hacer la oración en secreto. Se prefiere siempre acudir al terreno de la acción y pensar en lo que se hará o dirá en tal o cual circunstancia... ¡Y es que no se tiene la clave de la oración! No se sabe callar. ¡Ved a nuestro Señor que ora de continuo, y es el suplicante por excelencia de la Iglesia! Más consigue Él con su oración que todas las criaturas juntas. Y ora en su anonadamiento. ¿Quién ve su oración? ¿Quién oye su plegaria? Los apóstoles le vieron orar postrado en tierra y pudieron oír sus gemidos en el huerto de los olivos. ¡Aquí... nada! Su oración tan disimulada y desconocida es tanto más poderosa cuanto más anonadada y más secreta. Si apretáis una esponja derramará el líquido que contiene: se necesita la presión para lograr una potente fuerza expansiva. Por eso Jesucristo se anonada, se comprime, por decirlo así, y se reduce a la nada para que su amor salte hasta su Padre con una fuerza infinita,

El alma contemplativa ve en Él su modelo: no quiere ser

conocida, y sí hallarse sola: se recoge y se concentra. ¡Oh, cuántas almas hay que el mundo desprecia, y que son omnipotentes, porque su oración tiene las cualidades de la oración humilde y anonadada de Jesús sacramentado! Para alimentar y conservar esta oración oculta y concentrada tienen necesidad de la Eucaristía. Si esas almas quedasen concentradas en sí mismas, caerían en la demencia. Sólo Jesús con su dulzura puede templar la fuerza de esta oración.

La vida interior consiste, además, en la inmolación. Para que el alma quede libre y esté tranquila en la oración es necesario que los sentidos, que el cuerpo y las facultades todas estén recogidas. De aquí que el alma, deseosa de hacer vida interior, tenga que soportar consigo misma un combate tan rudo que no admite con nada punto de comparación.

La vida anonadada de Jesucristo es también aquí nuestro modelo. ¿Quién se sacrifica más que Él? Dicen muchos: "Yo no tengo mérito en hacer tal cosa, porque no me cuesta trabajo ni molestia: todo lo hago fácilmente, y, por lo tanto, no hago nada por Dios". Este criterio nos lleva a dejar el camino de la santidad. ¡Y es que la piedad goza tanto en ver lo que hace, en sentir que obra y da!

Pero decidme: ¿es que no tenéis en cuenta ni recordáis ya aquel primer sacrificio que tuvisteis que hacer para comenzar a practicar tal o cuál virtud? Aquel sacrificio os costó algo, sin duda ninguna. ¿No es nada tampoco la repetición del acto? ¿No prueba esto la perseverancia de vuestra voluntad? Sabed que el sacrificio consiste en un acto de la voluntad. Aunque por habituarse al sacrificio, el dolor sea menos vivo y el esfuerzo menos costoso, la voluntad permanece constante, y aun se fortalece con el hábito. La muerte, la renuncia del yo, radica en aquel primer acto, en aquel primer don: después viene la paz, pero el mérito dura y se acrecienta con la continuación y repetición del sacrificio. El amor filial permite sobrellevar sencillamente y con ánimo sacrificios heroicos: el amor de Dios hace que los santos gocen en medio de sus torturas. Aquellos sacrificios y estos tormentos, ¿valen menos porque vayan acompañados de cierto goce que los torna menos dolorosos?

Del propio modo nuestro señor Jesucristo no sufre en el Sacramento, pero Él adoptó voluntariamente ese estado exterior de anonadamiento. El mérito lo adquirió Jesús en aquel primer tiempo, cuando conociendo los desprecios e injurias que tendría que sufrir de

los hombres, lo aceptó todo, e instituyó el Sacramento, colocándose en ese estado. Ese mérito, ciertamente, no ha cesado ni se ha agotado, ya que la voluntad del Señor abarca todos los tiempos y lugares y libremente lo aceptó todo. Y para atestiguar su voluntad siempre viva de sacrificarse, mandó a su Iglesia que representase su inmolación en la santa misa, separando las especies del vino de las especies del pan. En la Comunión pierde su estado sacramental en el cuerpo del que comulga.

Nosotros no conocemos el secreto de ese misterio que une en la Eucaristía la vida y el sacrificio, la gloria y la humillación; es éste un misterio que sólo Dios conoce. También en esto enseña al alma interior a no manifestar sus sufrimientos internos sino sólo a Dios.

¡Que no sepan los hombres nuestros padecimientos, porque nos compadecerían y nos alabarían, y esto constituye para nosotros una gran pérdida! Ved nuestro modelo en el santísimo Sacramento. ¡Cuán pocos de los que oran y comulgan conocen la acción anonadada de nuestro Señor, ni siquiera la sospechan!

En cuanto a los actos exteriores de la vida cristiana, Jesucristo mismo nos enseña a ocultarlos y a no aceptar por ellos elogios, aunque sean merecidos. Para imitarle, tengamos siempre a la vista el lado desfavorable de nuestras buenas obras: ¡así será tanto más resplandeciente el lado que mira al cielo! Y debemos hacerlo así siempre que seamos libres para obrar respecto de la forma y condición exterior de nuestros actos. Cuando son públicas nuestras obras, hagámoslas bien para que sirvan de edificación; pero si son obras personales y privadas, procuremos entonces ocultarlas. Haciéndolo así permaneceréis en la gracia eucarística. ¿Quién ve las virtudes de nuestro Señor?

Como consecuencia de todo esto, recordad los abatimientos, los anonadamientos de Jesucristo en el santísimo Sacramento. Humillaos como Él, perded como Él vuestro, ser: es preciso que Él crezca y que vosotros disminuyáis. Que el anonadamiento, que la humildad sea como el carácter distintivo de vuestras virtudes y de toda vuestra vida. Sed como las especies sacramentales, que nada propio tienen y que viven por un milagro. No seáis nada para vosotros; no esperéis nada de vosotros; no hagáis nada para vosotros y reducíos a la nada: anonadaos.

JESÚS, DULCE Y HUMILDE DE CORAZÓN

Discite a me quia mitis sum et humilis corde
"Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29)

En su forma eucarística, Jesús nos enseña a anonadarnos para asemejarnos a Él: la amistad exige la igualdad de vida y de condición; para vivir de la Eucaristía nos es indispensable anonadarnos con Jesús, que en ella se anonada. Entremos ahora en el alma de Jesús y en su sagrado Corazón, y veamos qué sentimientos han animado y animan a este divino corazón en el santísimo Sacramento. Nosotros pertenecemos a Jesús sacramentado. ¿No se da a nosotros para hacernos una misma cosa con Él? Necesitamos que su espíritu informe nuestra vida, que sus lecciones sean escuchadas por nosotros, porque Jesús en la Eucaristía es nuestro maestro. Él mismo desea enseñarnos a servirle para que lo hagamos a su gusto y según su voluntad, lo cual es muy justo, puesto que Él es nuestro señor y nosotros sus servidores. Ahora bien, el espíritu de Jesús se revela en aquellas palabras: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón", y cuando los hijos del Zebedeo quieren incendiar una población rebelde a su Señor, Jesús les dice: "Ignoráis qué espíritu os impulsa": *Nescitis cujus spiritus estis* (Lc 9, 55). El espíritu de Jesús es de humildad y de mansedumbre, humildad y mansedumbre de corazón, es decir, humildad y mansedumbre aceptadas y amadas por imitar a Jesús. Nuestro señor Jesucristo quiere formarnos en estas virtudes y para esto se halla en el santísimo Sacramento y viene a nosotros. Quiere ser nuestro maestro y nuestro guía en estas virtudes: sólo Él puede enseñárnoslas y darnos la gracia necesaria para practicarlas.

I

La humildad de corazón es como si dijéramos el árbol que produce la flor y el fruto de la dulzura o mansedumbre. *Discite a me quia humilis corde.* Jesús habla de la humildad de corazón; ¿es que

no poseía la humildad de espíritu? La humildad de espíritu es negativa, es decir, la que se funda en el pecado y en la miseria de nuestra naturaleza corrompida, Jesús no la podía tener, y si practicó las obras de esta virtud fue para darnos ejemplo; por eso se humilla como los pecadores a pesar de estar libre de pecado. Jamás hizo Él cosa alguna por la cual debiera sonrojarse, como confesó el buen ladrón: *Hic nihil mali gessit* (Lc 23, 41). "Este no hizo nada malo". Nosotros..., ¡ah!, nosotros deberíamos sonrojarnos a cada momento, porque hemos cometido muchos pecados, y aún no conocemos todo el mal que hemos hecho...

Tampoco hay en Jesús la ignorancia propia de la naturaleza caída, mientras que nosotros, puede decirse que no sabemos nada, o apenas si conocemos otra cosa que el mal. Desnaturalizamos la noción de la justicia y del bien. Jesús lo sabe todo y es tan humilde que obra como si todo lo ignorase: ¡El pasa treinta años aprendiendo, sin ser conocido!

Posee todos los dones de la naturaleza; sabe y puede hacer todas las cosas a la perfección y no lo demuestra; trabaja toscamente, algo así como los aprendices *Nonne fabri filius?* (Mt 13, 55). ¿No es éste el hijo del artesano y artesano como su padre?

Nunca dio a conocer Jesús que lo sabía todo: aun cuando enseña, repite muchas veces que no hace más que anunciar la palabra de su Padre: se limita a cumplir su misión, y lo hace en la forma más sencilla y humilde; se condujo, pues, como un hombre verdaderamente humilde de espíritu. Nunca se glorió de nada, ni pretendió brillar, ni mostrar agudeza, ni aparecer más instruido que los demás: en el templo, estando en medio de los doctores, los escuchaba y les preguntaba para dar señales de instruirse: *Audientem et interrogantem eos* (Lc 2, 46).

Jesús tenía la humildad de espíritu positiva, la cual no consiste en humillarse uno por razón de su miseria, sino en transferir a Dios todo el bien habido y humillarse uno en el mismo bien. Él dependía en todo de su Padre, le consultaba y obedecía en aquellos que ocupaban su lugar aquí en la tierra, y cedía a su divino Padre la honra de todo bien: su humildad de espíritu es magnífica, admirable, divina: *Ego autem non quaero gloriam meam* –yo no busco mi gloria (Jn 8, 50), es una humildad gloriosísima, una humildad enteramente amorosa y completamente espontánea.

Nosotros debemos tener la humildad de espíritu, porque somos ignorantes y pecadores: es un deber de justicia en nosotros. Estamos también obligados a ello en calidad de discípulos y siervos de Jesucristo. Sin embargo, Jesús, en su mandato, nos habla solamente de la humildad de corazón; parécele a su amor que sería humillarnos demasiado hablarnos de esta humildad de espíritu, porque ello trae a la memoria un sinnúmero de miserias y pecados, cosas todas a propósito para engendrar el menosprecio. El amor de Jesús echa un velo sobre todo esto que nos es menos grato y nos dice tan sólo que seamos como Él, humildes de corazón, *humilis corde.*

¿Qué es ser humilde de corazón? Es aceptar de Dios, con sumisión de corazón, la obligación de practicar la humildad, como un bien y como un ejercicio que le es muy glorioso; consiste en conformarnos con el estado en que Dios nos ha colocado, y en cumplir nuestros deberes, cualesquiera que ellos sean, sin avergonzarnos de nuestra condición; consiste en mostrar naturalidad y sencillez en las gracias extraordinarias con que Dios nos haya favorecido. Por consiguiente, si amo a Jesús, debo asemejarme a Él; si amo a Jesús, debo amar lo que ama Él, lo que practica Él, lo que Él prefiere a todo; esto es, la humildad.

La humildad de corazón es más fácil de practicar que la humildad de espíritu, puesto que no se trata sino de un sentimiento digno de toda estima y muy elevado: asemejarse a Jesús, amarle y glorificarle en estas sublimes circunstancias de humildad.

¿Tenemos nosotros esa humildad de corazón, o, mejor dicho, este amor de Jesús humillado?

Puede ser que tengamos aquella humildad que no pugna con el interés, la gloria ni el éxito en las empresas; aquella humildad que da y se sacrifica puramente, sin móviles de alabanza humana; pero no aquella otra que desciende con Juan Bautista, el cual se rebaja, se oculta y tiene como una gran dicha ser abandonado por nuestro Señor; no aquella humildad de Jesús en el Sacramento, oculto, abatido y anonadado por glorificar a su Padre.

Este es un verdadero combate por el cual debemos triunfar de nuestra naturaleza: amar la humildad de Jesús, es la gloria y la victoria de Jesús en nosotros.

Se concibe la humildad en la prosperidad, en la abundancia, en el éxito, en los honores, en el poder...; ahora, que esta humildad debe

ser muy fácil, porque causa satisfacción el practicarla, esto es, el referir a Dios toda nuestra gloria. Pero hay también la humildad positiva del corazón, que se practica cuando las humillaciones, tanto internas como externas, afectan directamente al corazón, al alma, al cuerpo, a nuestras acciones, sobre las cuales se desencadenan como furiosa tempestad que amenaza sumergirnos esta es la humildad de Jesucristo y de todos los santos: amar a Dios en tales circunstancias, darle gracias por vernos reducidos a semejante estado, es la verdadera humildad del corazón.

¿Cómo llegar a conseguirla? No será por medio del raciocinio y de la reflexión, porque juzgaríamos estar en posesión de la humildad cuando nuestra mente formase de ella ideas muy elevadas y cuando tomásemos heroicas resoluciones..., pero no pasaríamos de ahí. Se necesita tan sólo revestirse del espíritu de nuestro Señor, verle, consultarle, obrar bajo su divina inspiración, como en sociedad, en amor; es necesario recogernos en su divina humildad de corazón, ofrecer nuestras obras a Jesús humillado por amor en el Sacramento, y prefiriendo este estado oculto a toda su gloria; después examinaremos nuestros actos a ver si nos hemos desviado de esta regla. Digamos sin cesar: "¡Oh Jesús, Vos que sois tan humilde de corazón, haced el mío semejante al vuestro!"

II

La humildad de corazón produce la mansedumbre; por eso Jesús es manso: esta virtud forma como la nota característica de su vida y es como si dijéramos el espíritu que la informa "¡Aprended de mí que soy manso!" No dice: Aprended de mí que soy penitente, pobre, sabio o callado, sino manso; porque el hombre caído es natural y esencialmente colérico, envidioso e inclinado al odio, muy quisquilloso, vengativo, homicida en su corazón, furioso en su mirada, lleno de veneno en la lengua y violento en sus movimientos; la cólera forma con él una naturaleza, porque es soberbio, ambicioso y sensual; y como en su condición de hombre caído lucha de continuo con el infortunio y la humillación, vive siempre exasperado, como si fuese un hombre que ha padecido injustamente.

Mansedumbre interior. –Jesucristo es dulce y pacífico en su corazón: ama al prójimo, quiere su bien, no piensa sino en los beneficios que podrá hacerle; juzga al prójimo según su misericordia

y no según su justicia: aun no ha llegado la hora de la justicia. Jesús es como una madre: es el buen samaritano. Lo mismo al tierno niño, al justo que al pecador..., a todos se extiende la ternura de su corazón.

En este corazón no cabe la indignación contra aquellos que le desprecian, le injurian o le quieren mal; contra los que le maltratan o están dispuestos a ofenderle: a todos los conoce y no siente hacia ellos sino grande compasión y experimenta honda pena por el lastimoso estado en que se hallan: *"Et videns civitatem flevit super illam* –viendo la ciudad lloró por ella" (Lc 19, 41).

Jesús era dulce por naturaleza: es el cordero de Dios; dulce por virtud para glorificar a su Padre mediante tal estado de mansedumbre; dulce por la misión que recibió de su Padre; la dulzura debió ser el carácter del Salvador, para que pudiese atraerse a los pecadores, animarlos a venir a Él, granjearse su afecto y sujetarlos a la ley divina.

¡Y qué necesidad tenemos nosotros de esta dulzura de corazón! Por desgracia carecemos de ella, y, en cambio, con demasiada frecuencia sentimos que están llenos de ira e indignación nuestros pensamientos y nuestros juicios. Juzgamos de las cosas y de las personas apuntando siempre al éxito desde nuestro punto de vista y tratamos sin consideración a cuantos se oponen a nuestro parecer. Y nosotros deberíamos juzgar de todo como nuestro Señor, o en su santidad o en su misericordia; de esta manera seríamos caritativos "y nuestro corazón conservaría la paz: *Jugis pax cum humili"* (Imit. Lib. I, cap. 7).

Si prevemos que se nos va a contradecir, ¡cuántos razonamientos, cuántas justificaciones y respuestas enérgicas bullen en nuestra imaginación! ¡Y cuán lejos está todo esto de la mansedumbre del cordero! Es el amor propio el que nos sugiere estas cosas, que no ve más que la propia persona y los propios intereses. Si estamos constituidos en autoridad nada vemos fuera de nosotros mismos; sólo tenemos en cuenta los deberes de nuestros inferiores, las virtudes que debieran poseer, el heroísmo de la obediencia, la dulzura del mandato, nuestra obligación de humillar y quebrantar la voluntad del súbdito, su escarmiento; todo esto no vale nunca lo que un acto de mansedumbre. El que manda debe ser el que más se humille, dice el Salvador. Nosotros no somos ni debemos ser más que discípulos del maestro, dulce y humilde de corazón. *Servus*

servorum Dei, y no generales de ejército.

¿Por qué mostramos a menudo tanta energía cuando se nos hace oposición? ¿Por qué esa indignación, no santa ciertamente, contra lo que es malo y contra los incrédulos e impíos? ¡Ay! En el fondo la vanidad nos comunica tales energías; parecemos hacer alarde de energía y no es más que impaciencia y cobardía. Jesucristo compadecería a esas pobres gentes, oraría por ellas y trataría, en sus relaciones con las mismas, de honrar a su Padre por medio de la dulzura y de la humildad.

Además, esas expresiones, enérgicas y picantes dan muy mal ejemplo. ¡Oh Dios mío, haced mi corazón dulce como el vuestro!

Mansedumbre de espíritu. –Jesús es dulce en su espíritu: Él no ve en todas las cosas sino a Dios su Padre; en los hombres, las criaturas de Dios, y Él es el padre que lleva los extravíos de sus hijos y procura hacerles volver a la casa paterna; él es el que cura las heridas, cualquiera que sea la causa que las haya producido, y anhela verlos reintegrados a la vida divina. Su mente está enteramente ocupada en el pensamiento de su paternidad para con sus hijos, en la pena que le causa el desgraciado estado en que se hallan; su ocupación constante es el bienestar de sus hijos, y a este fin encamina todos sus trabajos, siendo inspirados todos sus actos por la paz, y no por la cólera, por la indignación o por la venganza. Como David, que lloraba por Absalón, culpable, y al mismo tiempo recomendaba que le salvasen la vida; como María, la madre del dolor, que llora por los verdugos de su hijo, alcanzándoles el perdón...

La caridad verdadera se alimenta, así en el espíritu como en cuanto al corazón, con el bien que procura hacer, no queriendo el mal ni emplear medio alguno para vengarlo; tiene siempre presente el estado sobrenatural, presente o futuro, del hombre; no se aparta de Dios a fin de no ver en el hombre a un enemigo: la caridad es dulce y paciente.

Todo lo que hay en nuestros corazones está también en nuestro espíritu y en nuestra imaginación, que son los agentes que promueven en nosotros terribles tempestades y nos ponen la espada en la mano para destrozarlo todo. Hay que aplicar la segur a la raíz de estos ataques: una mirada dirigida, desde el primer momento, a Jesús sacramentado bastará para recobrar la calma.

III

Jesús, dulce en su corazón y en su espíritu, lo es también, naturalmente, en su exterior. La dulzura de Jesús es como el suave perfume de su caridad y de su santidad. Se percibe en todos los movimientos de su cuerpo: nada de violento en sus ademanes, que son moderados y tranquilos como la expresión de su pensamiento y de sus sentimientos llenos de dulzura; su andar es sosegado y sin precipitación, porque en sus movimientos todo está regulado por la sabiduría. Su cuerpo, su porte exterior, sus vestidos, todo, en suma, anuncia en Él el orden, la calma y la paz; es el reinado de su dulce modestia, porque la modestia es la mansedumbre del cuerpo y su honor.

La cabeza del Salvador guarda también una posición modesta, no orgullosa ni altanera, ni está erguida, aunque tampoco excesivamente abajada y tímida; en una palabra, ofrece el aspecto de la modestia sencilla y humilde.

Sus ojos no denuncian movimiento alguno de indignación ni de cólera; su mirada es respetuosa para los superiores, amorosa para su madre y para san José en Nazaret, bondadosa para sus discípulos, tierna y compasiva para los pecadores e indulgente y misericordiosa para sus enemigos.

Su boca augusta es el trono de la dulzura: se abre con modestia y con suave gravedad. El Salvador habla poco: jamás ha salido de su boca una chocarrería, ni una palabra burlesca, ni una frase de mal gusto o de mera curiosidad; todas sus palabras, lo mismo que sus pensamientos, son fruto de su sabiduría; los términos que emplea son siempre sencillos, siempre oportunos y al alcance de aquellos que le escuchan, que, por lo general, son pobres y gente del pueblo. Jesucristo en sus predicaciones evita toda alusión personal que pueda lastimar; no ataca sino los vicios de escuela o de casta, no condena sino los malos ejemplos y los escándalos, no revela los delitos ocultos ni los defectos interiores.

No esquiva la presencia de aquellos que le odian; no deja de cumplir ningún deber ni de defender la verdad por temor, por evitar la contradicción o por desagradar a las personas. No dirige reproches impremeditados ni formula profecías personales antes del tiempo señalado por su Padre; trata con la misma sencillez y mansedumbre a los que sabe que le han de abandonar; mientras no llega el momento

de hablar, el porvenir para Él es como si no lo conociera.

Jesucristo dio pruebas de una paciencia admirable con aquellas muchedumbres que se apiñaban en torno suyo; de una calma sublime en medio de las mayores agitaciones y entre tantas peticiones y exigencias de un pueblo grosero y terrenal.

Todavía causa más admiración su comportamiento tan suave, tan dulce y tan bondadoso con discípulos rudos e ignorantes, susceptibles e interesados, que se envanecerán de tenerle por maestro. Jesucristo manifiesta a todos el mismo amor: no hay en Él preferencias ni aceptación de personas. ¡Jesús es todo miel, todo dulzura, todo amor!

Si comparamos nuestra vida con la de Jesucristo, ¡qué reprochable resulta la nuestra! Nuestro amor propio afila el sable contra ciertas personas que por su manera de ser y por su carácter hieren de una manera especial nuestro orgullo; todas esas impaciencias, esos reproches y ese proceder mortificante proceden de un fondo de pereza que quiere desembarazarse y librarse cuanto antes de un obstáculo, de un sacrificio, de un deber, y por esta causa lo rehuimos o lo cumplimos con demasiada precipitación.

¡Ay!, a decir verdad, esa afectación, esos aires de triunfo y esas palabras son cosas ridículas. Yo espero que el divino maestro nos ha de mirar con ojos de piedad por todas esas faltas que no dejan de ser miserias y necedades.

Es de notar que la dulzura con los poderosos y con aquellos que pueden halagar nuestra vanidad es una debilidad, una adulación y una cobardía; y el mostrarse fuerte con los débiles, una crueldad, y la humillación no es otra cosa, frecuentemente, que una venganza secreta. ¡Oh Dios mío!

IV

El mayor triunfo de la mansedumbre de Jesús está en la virtud del silencio.

Jesús, que vino al mundo para regenerarnos, principia por guardar silencio en público durante treinta años; sin embargo, ¡cuántos vicios había en el mundo que corregir, cuántas almas extraviadas, cuántas faltas en el culto, cuántas en los levitas y en las primeras autoridades de la nación! Jesucristo no reprende a nadie; se contenta con orar, con hacer penitencia, no transigiendo con el mal y

con pedir perdón a Dios.

¡Qué cosas más hermosas y útiles hubiera podido hacer Jesús en esos treinta años para enseñar y consolar! Y, sin embargo, no las dijo; se limitó a oír a los ancianos, a asistir a las instrucciones de la sinagoga, a escuchar a los escribas y doctores de la ley como un simple israelita de la última clase del pueblo; hubiera podido reprender y corregir y no lo hace ¡todavía no había llegado la hora!

¡La sabiduría increada, el Verbo de Dios que ha creado la palabra y hace conocer la verdad, se calla y honra a su Padre con su dulce y humilde silencio! Este silencio de Jesús elocuentemente nos dice: "¡Aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón!"

¡Cómo condena nuestra vida la conducta de Jesús! Hablamos como insensatos diciendo muchas veces lo que no sabemos, resolviendo como ciertas las cuestiones dudosas e imponiendo a los demás nuestro criterio. ¡Cuántas veces decimos lo que no deberíamos decir, revelando lo que la más rudimentaria prudencia y humildad debieran hacernos callar! Cuando obramos así Jesucristo nuestro señor nos trata como a charlatanes e insolentes, dejándonos hablar solos para confusión nuestra; su pensamiento no está con nosotros y su gracia no quita la esterilidad de nuestras palabras.

Este silencio que dimana de la mansedumbre de Jesús es paciente; a los que le hablan los escucha hasta el fin, sin interrumpirles jamás, y eso que sabe de antemano lo que desean decirle; responde Él mismo directamente; reprende y corrige con bondad, sin humillar ni zaherir a nadie, como lo haría el mejor maestro con sus jóvenes discípulos. Oye cosas que le desagradan, cosas impertinentes, y en todo halla ocasión de instruir y hacer bien.

En cuanto a nosotros, ocurre de muy distinto modo somos impacientes para contestar a lo que hemos comprendido de antemano, y nos molesta escuchar lo que nos obliga a callar largo tiempo o lo que nos contraría. Esta impaciencia y esta molestia las reflejamos en nuestro semblante y nuestro aspecto exterior. No es éste el espíritu de Jesucristo, ni aun el de una persona bien educada, ni siquiera el de un hombre pagano honrado y prudente. Hay un montón de circunstancias en la vida del hombre en las que la paciencia, la dulzura y la humildad del silencio vienen a ser la virtud del momento, las cuales deben ser, ante Dios, el fruto único de ese tiempo que empleamos en practicarlas y que creemos perdido. Su

gracia ya no los advierte: escuchemos su voz y obedezcámosle sencilla y fielmente.

¿Que decir de la mansedumbre del silencio de Jesús en el sufrimiento?

Jesús se calla habitualmente ante la incredulidad de muchos discípulos, en presencia del corazón inicuo e ingrato de Judas, cuyos pérfidos pensamientos e infames maquinaciones conoce en absoluto. Jesús se domina, está sereno, tranquilo y afectuoso con todos, como si nada supiese; continúa con ellos su trato ordinario, respetando el secreto que con los mismos guarda su Padre. ¡Qué lección contra los juicios temerarios, contra las sospechas y antipatías secretas! Jesús conoce el secreto de los corazones, pero antes de hacer uso de este conocimiento tiene presente la ley de la caridad y del deber común, porque éste es el orden de la Providencia.

Jesús confiesa sencillamente la verdad de su misión delante de los jueces; en presencia de los pontífices confiesa que es Hijo de Dios; y que es rey, en presencia del gobernador romano. Se calla delante del curioso e impúdico Herodes. Guarda silencio como los sentenciados a muerte, mientras la cohorte pretoriana le llena de improperios y se burla de Él sacrílegamente; sufre, sin exhalar una queja, el suplicio de la flagelación y el insulto del *Ecce Homo*. No protesta por la lectura de su injusta condenación; toma su cruz con amor, y sube al calvario en medio de las maldiciones de todo el pueblo; y cuando se ha agotado la malicia de los hombres y los verdugos han terminado su obra, abre la boca y dice: "¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!".

¿Es posible que, conociendo esta escena, nuestro corazón no se sienta quebrantado por el dolor y conmovido por el amor?

¿Qué diremos de la mansedumbre eucarística de Jesús? ¿Cómo pintar su bondad cuando recibe a todos los que se acercan a Él; su afabilidad cuando se pone al alcance de todos..., pequeños..., ignorantes; su paciencia en escuchar a toda clase de gentes, en oír todo lo que le dicen, la relación de todas nuestras miserias...? ¿Cómo describir su bondad cuando se da en la Comunión, acomodándose al estado en que se hallan los que le reciben, yendo a todos con alegría, con tal que los encuentre con la vida de la gracia y con algún sentimiento de devoción, con algunos buenos deseos o, por lo menos, un poco respetuosos; comunicando a cada uno la gracia que le

conviene según su disposición y dejándole la paz y el amor como señales de su paso?

Y en cuanto a los que le olvidan, ¡qué mansedumbre tan paciente y misericordiosa! ...

Por último, respecto de aquellos que le desprecian y le ofenden, ruega por ellos y no reclama ni amenaza; a los que le ultrajan con el sacrilegio no les castiga al momento, sino que trata de conducirlos al arrepentimiento con su mansedumbre y su bondad. La Eucaristía es el triunfo de la mansedumbre de Jesucristo.

V

¿Qué medios debemos emplear para llegar a la mansedumbre de Jesús? Es cosa fácil conocer la belleza, la bondad y, especialmente, la necesidad de una virtud como la mansedumbre; parar en este conocimiento sin pasar adelante es hacer como el enfermo que conoce su remedio, lo tiene a mano y no lo toma; o el viajero que, sentado cómodamente, se contenta con mirar el camino que tiene que andar.

El mejor medio para llegar a la dulzura del corazón de Jesús es el amor de nuestro Señor; el amor tiende siempre a producir la identidad de vida entre aquellos que se aman. El amor obrará este resultado por tres medios.

El primero consiste en destruir el fuego incandescente de la cólera, de la impaciencia y de la violencia, haciendo la guerra al amor propio en las tres concupiscencias que se disputan nuestro corazón; si nos irritamos, es porque nuestra sensibilidad, nuestro orgullo o nuestro deseo de gloria y honras mundanas sufren la contrariedad de algún obstáculo; de aquí que combatir estas tres pasiones dominantes es atacar al enemigo de la mansedumbre.

En segundo lugar hay que amar más la ocupación que se nos ofrece, ordenada por la providencia, que aquella que actualmente practicamos. Sucede muchas veces que nos irritamos, porque no nos es dado continuar libremente una ocupación que nos agrada más que la presentada por Dios. Entonces ha de dejarse todo para hacer la voluntad de Dios, y todo lo que nos ofrezca lo miraremos como lo mejor y como lo más agradable a nuestros ojos. Esta metamorfosis no puede operarse sino amando aquello que Dios pide de nosotros en ese momento, el cual cambia nuestras gracias y nuestras obligaciones

para su gloria y nuestro mayor provecho; somos entonces como el criado que abandona a su señor vulgar para ponerse a servir en persona al soberano. ¡Cuán propio es este pensamiento para alentarnos y hacernos conservar la paz y la dulzura en medio de las vicisitudes de la vida!

Pero entre todos, el medio mejor es tener continuamente delante de los ojos el ejemplo de nuestro Señor, sus deseos y complacencias; este medio es del todo bello, luminoso y agradable. Para ser dulces, miremos al Dios de la Eucaristía; alimentémonos con aquel divino maná que contiene todo sabor; en la Comunión hagamos provisión de mansedumbre para todo el día: ¡tenemos tanta necesidad de ella!

Ser dulce como Jesucristo, ser dulce por amor al Salvador: he aquí el objetivo de un alma que quiere tener el espíritu de Jesús.

¡Oh alma mía! Sé dulce con el prójimo que ejercita tu paciencia, como lo son contigo Dios, Jesús y la santísima Virgen; sé dulce para que el juez divino lo sea contigo, el cual te medirá con la misma medida con que tú hayas medido. Y si piensas en tus pecados, en lo que has merecido y mereces; al ver, ¡oh, pobre alma!, con qué bondad y dulzura, con qué paciencia y consideración te trata nuestro señor Jesucristo, no podrás menos de deshacerte en actos de humildad y dulzura para con el prójimo.

JESÚS, MODELO DE POBREZA

Beati pauperes spiritu
"Bienaventurados los pobres de espíritu"
(Mt 5, 3)

I

El espíritu de Jesús, la virtud de Jesús y la vida de Jesús son el espíritu, la virtud y la vida de pobreza, pero de una pobreza absoluta y perpetua.

El Verbo eterno se desposó con ella en Belén; al hacerse hombre comenzó por abrazar lo más humillante de la pobreza: el establo de los animales; lo que tiene de más duro: el pesebre, la paja, el frío, la noche; nace lejos de las viviendas de los hombres y privado de todo auxilio. Para ser más pobre todavía, el Verbo encarnado nace durante un viaje, y ve que se le niega la hospitalidad a causa de la pobreza de sus padres.

Después, una parte de su infancia la pasa en Egipto, país extranjero y enemigo de los judíos, para que sus padres se hallen en mayor pobreza y abandono, si es posible. En Nazaret pasa treinta años ejercitando la pobreza; pobre en su morada: basta ver la pobre casa de Loreto para convencerse de ello; pobre en su moblaje, compuesto de lo estrictamente necesario y de los muebles más sencillos, y de que hacen uso los pobres, como, por ejemplo, la taza o escudilla de la santísima Virgen que se ve en Loreto; sus vestidos son pobres también: la túnica, que cualquiera puede ver con sus propios ojos, es de lana burda, y los pañales en que fue envuelto al nacer son asimismo de tela basta y grosera; pobre y frugal es su alimentación: vivía de lo que produce el trabajo de un pobre carpintero que no puede ganar más que lo necesario para vivir.

En su conducta, Jesús quiere aparecer igualmente pobre: se considera como el último de todos y escoge siempre para sí el último lugar; guarda silencio y escucha con humildad las instrucciones de la sinagoga; jamás hace alarde de sabiduría o de ciencia extraordinaria; sino que sigue la vida ordinaria de las gentes de su condición; por su aspecto parece un pobre y como tal pasa olvidado e inadvertido.

En todo lo que hace y en todo lo que se agencia busca para sí todo lo más pobre. Vedle en su vida pobre; ora arrodillado sobre el duro suelo; come el pan de cebada del pobre; vive de limosna; viaja como los menesterosos, y como ellos sufre, sin poder satisfacer, muchas veces, las necesidades del hambre y de la sed; su pobreza le hace despreciable a los ojos de los grandes y de los ricos; esto no obstante, no vacila en decirles: *"Vae vobis divitibus*: ¡Ay de vosotros, ricos de la tierra!" (Lc 6, 24). A los apóstoles, al ser discípulos pobres como Él, les prohíbe que tengan dos túnicas ni repuesto de provisiones, ni dinero, ni siquiera un palo para defenderse.

Muere abandonado y despojado hasta de sus pobres vestiduras; para sepultarle le envuelven en un sudario prestado y le ponen en un sepulcro ofrecido por caridad.

Aun después de su resurrección se aparece a los apóstoles con el pobre y humilde aspecto de otras veces.

Finalmente, en el santísimo Sacramento el amor de la pobreza le lleva hasta velar la gloria de su divinidad y el esplendor de la humanidad gloriosa; para aparecer más pobre y no tener cosa que le pertenezca, se despoja de toda su libertad y movimiento exterior, así como de toda propiedad: se halla, en la Eucaristía, como en las entrañas de su santa madre, envuelto y oculto en las santas especies, esperando de la caridad de los hombres la materia de su Sacramento y los objetos del culto: ésta es la pobreza de Jesús; la amó e hizo de ella una compañera inseparable.

II

¿Por qué Jesús ha escogido este estado permanente de pobreza?

Primeramente, porque, como hijo de Adán, aceptó el estado de nuestra naturaleza como ella es en este destierro, despojada de los derechos que tenía sobre las criaturas; además, para santificar con su pobreza todos los actos de pobreza que habían de practicarse después en su Iglesia. Se hizo pobre para enriquecernos con los tesoros del cielo, desasirnos de los bienes de la tierra en vista del poco aprecio que de éstos hacía Él. Se hizo pobre para que la pobreza, que es nuestro estado, nuestra penitencia y un medio para obrar nuestra reparación, fuese para nosotros honrosa, deseable y amable en su Persona. Se hizo pobre para mostrarnos y probarnos su amor.

Continúa pobre en el Sacramento, a pesar de su estado glorioso, a fin de ser siempre nuestro modelo vivo y visible.

De manera que la pobreza, que en sí misma no es amable, ya que es una privación y un castigo, aparece llena de encantos en Jesucristo, que la ennoblece y hace de ella la forma de su vida, el fundamento de su Evangelio y la primera de sus bienaventuranzas, su heredera divina.

La pobreza fue santificada por Jesús, puesto que fue su virtud por excelencia y porque con ella repara la gloria de Dios destruida por el pecado original y por nuestros pecados personales: la pobreza es un medio para practicar la virtud de la penitencia; por las privaciones que impone, es la ocasión natural de esta otra virtud tan necesaria, la paciencia, que corona nuestras obras y las hace perfectas; es el alimento de la humildad, la cual se nutre con las humillaciones que siempre acompañan a la pobreza; supone mucha mansedumbre y firmeza de carácter para poder sufrir largo tiempo, supuesto que el sufrimiento sin consuelo y sin ninguna clase de benevolencia es su ordinaria consecuencia. Y es necesario que la pobreza sea dulce, porque a los pobres insolentes no se les da nada; que sea deferente y obsequiosa con aquellos de quienes espera algún socorro; que sea agradecida, esta es la condición de su eficacia, y que haga oración, puesto que en ella está su vida.

¡Y qué gloria da a Dios la pobreza! Se conforma y hasta se contenta con su estado porque es Dios quien la ha puesto en él; de todo lo que hay en ella y de todo lo que la acompaña se sirve para honrar a Dios; da gracias a Dios por todos los sucesos, tanto favorables como adversos; adora la Majestad divina en todas las cosas; ama a Dios más que a todos los otros estados: su riqueza es la santa voluntad del Señor; vive entregada a su paternal providencia, ya sea ésta misericordiosa y llena de bondad, ya se manifieste por la justicia. *Jacta super Dominum curam tuam et ipse te enutriet* – Descarga en el Señor todo tu peso, porque él te sostendrá (Ps 54, 23). ¡El pobre sobrenatural es de Dios!

¡Cuántos encantos tiene esa pobreza que nos lleva a amar a Dios sobre todas las cosas! Es hermosa la pobreza cristiana; aún lo es más la pobreza religiosa que honra a Dios, abandonándose a su bondad en todas las cosas y haciéndole donación de todo; por el placer se vendió el hombre: la pobreza le pone en condiciones de

rehabilitarse y ser feliz. Pero, sobre todo, ¡qué admirable, qué sublime es la pobreza de Jesús en el santísimo Sacramento, donde se despoja de toda su gloria, de todo su bien natural y de toda libertad! Allí vive de la caridad del hombre y está a merced de él. ¡Este es el verdadero amor!

Por consiguiente, todo el que quiera ser santo ha de ser pobre de afecto, y para llegar a ser un gran santo hay que ser pobre en cuanto al afecto y en cuanto al estado: la perfección y la santidad consisten en preferir siempre tener menos que más; en simplificar la vida, disminuyendo sus placeres; en empobrecerse por amor de Jesucristo; en hacer de Jesús el modelo de nuestra pobreza, la ley de nuestra vida interior y exterior; en reproducir, finalmente, la vida de Jesús en nosotros.

III

Consideremos la pobreza espiritual de Jesucristo ésta es la corona y la vida de la virtud de pobreza.

Nosotros nada sabemos, y por esta razón debemos callarnos y escuchar. Jesucristo, que todo lo sabía, puesto que era la misma inteligencia del Padre y del Verbo divino, guardó silencio durante la mayor parte de su vida como si hubiese sido, en absoluto, ignorante. ¡Oh, qué difícil es para nosotros ser pobres en este sentido! ¡Nosotros estamos henchidos siempre y llenos de vanidad espiritual!

Jesús poseía todas las virtudes en el más alto grado, y afirmaba que no tenía nada propio. Nosotros, en realidad de verdad, nada bueno poseemos en nuestro corazón; para con Dios somos secos y áridos y como una piedra, o un animal de carga; nuestro corazón no sabe articular una palabra en su presencia y sólo produce abrojos y espinas. ¿Hay en todo esto materia para enorgullecerse? ¡Qué pobre es la tierra que no produce sino cardos!

Jesús podía practicar toda obra buena; sin embargo, todo lo espera de su Padre.

Nosotros, respecto del bien, no podemos nada: nuestra pobreza en este sentido es todavía más completa; hemos hecho mucho mal y poco bien, y aun lo poco bueno que hayamos practicado ha sido mezclado de mil imperfecciones.

He aquí nuestra pobreza interior; hay que hacer de ella una virtud. Para esto debemos acudir a nuestro Señor apoyados en este

estado de pobreza: debemos practicar los actos de esta virtud como un niño que es débil, ignorante, torpe y que todo lo echa a perder; pero que, a pesar de ello, vive en paz consigo mismo y se siente feliz al lado de su madre, de aquella madre que lo es todo para él; que la virtud de Jesús sea toda nuestra riqueza. El pobre, ordinariamente, vive sin recursos, carece de conocimientos y no tiene poder ninguno; con todo, vive tranquilo en su estado; ama sus andrajos como títulos que hablan con elocuencia a la caridad del rico; si tiene llagas las muestra con cierta complacencia y hace de estas miserias un medio de propia sustentación.

¿Acaso nuestro señor Jesucristo no es mejor y no tiene más ternura que una madre? ¿No es Él nuestra dulce providencia, nuestra luz y nuestro todo? Pues sirvámosle en espíritu de pobreza, con la verdadera humildad de corazón; vivamos en el mundo sin defensa: Jesús en el Sacramento no la tiene y un pobre tampoco. ¿Quién no admira la pobreza interior y exterior de Jesús, María y José?

Un pobre nada tiene, a nada se apega, nada puede por sí mismo, nada sabe que aproveche a los demás, porque en caso contrario sería riquísimo, ya que los bienes espirituales son más estimables que los del cuerpo, y es más glorioso poder dar algunos buenos consejos que unas cuantas monedas.

La pobreza interior así entendida, resulta el remedio nuestro contra las tres concupiscencias: combate la vanidad, el deseo insaciable de saber más y más y la sensualidad del espíritu; convenzámonos de que somos pobres de espíritu, de corazón, de energía, de constancia, de fuerzas... y veremos cómo la pobreza viene a ser una cosa natural en nosotros; será nuestro estado; desearemos depender en todo de Dios; de su luz... para nuestro espíritu; de su gracia... para nuestra voluntad; de su amor... para nuestro corazón, y de su cruz... para nuestro cuerpo.

Mas para que esta pobreza nos sea amable es necesario verla y amarla en nuestro señor Jesucristo, que es tan pobre en el Sacramento, el cual nos repite sin cesar: *Sine me nihil potestis facere* –sin mi nada podeis hacer (Jn. 15, 5). Sin mí nada podéis y nada tenéis; yo soy vuestra única riqueza; no busquéis otra, ni en vosotros, ni fuera de vosotros.

IV

¿De dónde provienen nuestros pecados contra la pobreza, estando obligados a ella por nuestro estado, y de dónde nace esa repugnancia que sentimos de arreglar nuestra conducta conforme a la pobreza de afecto, hallándonos en el mundo?

Proceden, desde luego, de la vanidad. Queremos que sean hermosas las cosas de nuestro propio uso; buscamos siempre lo mejor, lo más fino y lo más atrayente, bajo el pretexto, muchas veces, de mayor duración; mejor haríamos consultando al Señor y el espíritu de pobreza, y un acto de esa virtud nos sería más provechoso que toda esa pretendida economía.

La sensualidad nos arrastra igualmente a violar el espíritu de pobreza, por los cuidados exagerados que adoptamos. ¡Cuántas precauciones contra el más insignificante malestar! ¡Ah!, la naturaleza, en muchos, teme más la pobreza que la humildad, más que la modestia o cualquiera otra virtud.

Entremos resueltamente en el camino de la pobreza si queremos imitar a Jesús; trate cada cual, según su condición, de prescindir algún tanto de la elegancia y de poner coto a las cosas de su uso; que lo que adquiramos o aceptemos sirva para ofrecer un homenaje a la santa pobreza de Jesucristo nuestro señor.

LA NATIVIDAD Y LA EUCARISTÍA

Hodie parvulus natus est nobis
"Hoy nos ha nacido un niño" (Is 9, 5)

¡Qué fiesta tan amable ésta del nacimiento del Salvador! Siempre la saludamos con regocijo. Se renueva por nuestro amor y se continúa en la Eucaristía. Entre Belén y el cenáculo hay relaciones inseparables que se completan mutuamente. Estudiémoslas.

I

La Eucaristía fue sembrada en Belén. ¿Qué es la Eucaristía sino el trigo de los elegidos, el pan vivo? Ahora bien, el trigo se siembra..., es necesario depositarlo en la tierra y es preciso que germine, que madure, y que, después de segado, se muela para hacer de él pan nutritivo.

Al nacer hoy sobre la paja del establo el Verbo divino preparaba su Eucaristía, la cual veía Él en todos los misterios de su vida, considerándola como el complemento de todos ellos. Venía a unirse al hombre; mientras viviese en la tierra, contraería con él la unión de sus gracias, de sus ejemplos, de sus méritos; pero solamente la Eucaristía había de consumar la unión más perfecta de que el hombre es capaz aquí en la tierra. No debemos perder de vista este pensamiento divino, este objetivo que se propuso Jesucristo nuestro señor, si queremos comprender el plan divino: unión de gracia por los misterios de su vida y muerte; unión de cuerpo y persona en la Eucaristía, preparando una y otra unión la consumación de la unidad en la gloria.

Así como el viajero que se ha propuesto un fin determinado no lo pierde jamás de vista, y todos sus pasos se dirigen a la consecución de este fin, así Jesús, durante toda su vida, preparaba en secreto y por adelantado la sagrada Eucaristía.

Ese trigo celestial es como sembrado en Belén, casa del pan; vedle sobre la paja; esta paja es pisoteada y triturada y representa la pobre humanidad; esta paja, de suyo, es estéril; pero Jesús la levantará de nuevo, la vivificará y la hará fecunda: *Nisi granum*

frumenti cadens in terram (Jn 12, 24). Ved ya sembrado ese grano divino. Sus lágrimas son la humedad que lo hará germinar y llegará a ser hermoso. Belén se halla situado sobre una colina que mira a Jerusalén. Cuando esta espiga esté madura, se inclinará hacia el calvario, donde será molida y sometida al fuego de la tribulación para que se convierta en pan vivo.

Los reyes comerán de este pan y ese pan constituirá sus delicias: *Aser pinguis panis ejus, et praebebit* delicias regibus –Aser tiene ricos manjares, y prepara comidas de rey (Gn 49, 20). Pan a propósito para celebrar las bodas del cordero. *Currunt magi ad regales nuptias* (Ant. Benedictus de Epifanía). Los magos en este pasaje representan las almas elevadas sobre todas las miserias y dueñas de sí mismas, que se alimentan hoy de este pan en el Sacramento.

Estas relaciones, que el nacimiento del Salvador en Belén guarda con la Eucaristía considerada como Sacramento, se descubren asimismo cuando se la considera como sacrificio.

En Belén nace un tierno corderillo. Jesús nace como el cordero, en el establo, y como él no conoce más que a su Madre. Ya se ofrece al sacrificio y su primer vagido es este *Hostias et oblationes noluisti, corpus autem aptasti mihi* –Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, sino que me formaste un cuerpo (Hb 10, 5). Padre, ya no queréis víctimas ni sacrificios de la antigua Ley sino que me habéis dado un cuerpo; heme aquí, Este cuerpo es la condición necesaria para ser inmolado y Jesús lo ofrece a su Padre. Este corderillo irá creciendo al lado de su madre y ella conocerá a los cuarenta días el secreto de su inmolación. Ella lo alimentará con su leche pura y virginal, y lo guardará para el día del sacrificio. Y de tal modo se grabará sobre Jesucristo este carácter de víctima, que al comenzar su vida pública, viéndole san Juan Bautista, no sabrá designarle con otro nombre que con el de cordero divino: *Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi* –Ahí viene el Cordero de Dios, el que carga con el pecado del mundo (Jn 1, 29).

El sacrificio comenzado en Belén se consuma, sobre el altar, en la santa misa. ¡Ah, qué conmovedora es la misa de Nochebuena en todo el mundo cristiano! Se la saluda con mucho tiempo de anticipación, y siempre la vemos volver gozosos. ¿Qué es lo que comunica tantos atractivos a nuestra fiesta de navidad, o qué inspira

esos alegres cantos y el regocijo de nuestro corazón sino el renacer real de Jesús sobre el altar, aunque en diferente estado? Nuestros cantos y nuestros homenajes, ¿no van directamente dirigidos a la misma persona? El objeto de nuestra fiesta, que es también nuestro amor, está allí presente: nosotros vamos realmente a Belén, y allí encontramos no un recuerdo, no una imagen, sino el mismo divino niño.

Ved, además, cómo la Eucaristía empieza en Belén: es que el Emmanuel viene ya a habitar en medio de su pueblo; comienza hoy a vivir entre nosotros, y la Eucaristía perpetúa su presencia. Allí el Verbo se hizo carne, en el Sacramento se hace pan, para darnos a comer su carne sin que sintamos repugnancia.

Allí también, en Belén, dan principio las virtudes del estado sacramental.

En efecto, allí oculta ya su divinidad para familiarizar al hombre con Dios; allí priva al hombre de ver su gloria divina, para llegar gradualmente a encubrir también su humanidad; allí reprime su poder mediante la debilidad de sus miembros infantiles: más tarde los encadenará por medio de las santas especies; allí es pobre, se despoja de toda propiedad, Él, que es el criador y dueño absoluto de todas las cosas; el establo no es suyo, sino que lo tiene de limosna, y vive con su madre de las ofrendas de los pastores y de los dones de los magos; más tarde, en la Eucaristía, pedirá al hombre un sitio donde albergarse, la materia de su Sacramento y los ornamentos necesarios para sus ministros y para su altar. Ved cómo Belén nos anuncia la Eucaristía.

Allí encontramos también la inauguración del culto eucarístico en su principal ejercicio: la adoración.

María es la primera adoradora del Verbo encarnado; José, su primer adorador. Ellos creen firmemente: su fe es su virtud. *Beata quae credidisti* –dichosa tú que has creído (Lc 1, 45). Es la adoración de la virtud.

Los pastores y los magos adoran en unión con María y José.

María se consagra enteramente al servicio de su hijo, atiende con diligentísima solicitud a sus necesidades y previene sus menores deseos para satisfacerlos. Los pastores ofrecen sus dones rústicos y sencillos: los magos, sus magníficos presentes; es la adoración del homenaje.

La Eucaristía será también punto de cita de las gentes de toda condición, y el centro del mundo católico. Se le tributará el doble culto de adoración: adoración interior de fe y de amor y adoración exterior por la magnificencia de los dones, de las iglesias, de los tronos en que aparecerá el Dios de la Eucaristía.

II

El nacimiento del Señor me sugiere otro pensamiento. Los ángeles anuncian a los pastores aquel acontecimiento con estas palabras: *Hodie natus est vobis salvator* –hoy ha nacido para ustedes un Salvador (Lc 2, 11), como si dijeran: Hoy comienza un nuevo mundo; la obra de Adán va a ser destruida y reemplazada por una obra de restauración divina. El nombre de Adán conviene a dos hombres, padres ambos de un gran pueblo. El primer Adán, terrestre, padre del mundo degenerado, de *terra terrenus*, y el segundo Adán, padre del mundo regenerado de *caelo caelestis* (1Co 15, 47). Ahora bien, el segundo viene a restablecer todo aquello que había destruido el primero, lo cual no se verifica cumplidamente aquí en la tierra, sino por medio de la Eucaristía.

La causa determinante del pecado de Adán y la fuerza principal de la tentación diabólica estaban en estas palabras “seréis como dioses”, juntamente con el sentimiento de orgullo que por ellas concibió Adán.

¡Seréis semejantes a Dios! ¡Ay, y llegaron a ser semejantes a las bestias! Nuestro señor Jesucristo viene a reproducir y a repetirnos las palabras de Satanás..., mas para cumplirlas, Satanás será cogido en sus propias redes. Sí, nosotros seremos semejantes a Dios por alimentarnos con su cuerpo y con su sangre.

No moriréis. La inmortalidad: nosotros recibimos una prueba segura de ella en la Comunión: “Aquél que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día” (Jn 6, 55). Jesucristo nos promete la vida eterna: la temporal se pierde pero esta vida no merece tal nombre, no es más que un paso hacia la verdadera vida.

Seréis semejantes a Dios. Se cambia de estado ascendiendo a una unión más perfecta; una simple lugareña llega a ser reina si un rey la elige por esposa. Ahora bien, nuestro Señor nos asocia a su divinidad comunicándose a nosotros, y nosotros venimos a ser su

carne y su sangre: recibimos la realeza celestial y divina del criador. La naturaleza humana fue divinizada en la unión hipostática: la comunión nos eleva también a esa unión divina que nos hace partícipes de la naturaleza de Dios; el alimento que tomamos, por ser inferior a nosotros, se convierte en nuestra substancia; nosotros, en cambio, nos convertimos en la de nuestro señor Jesucristo, absorbidos por Él; venimos a ser miembros de Dios, y en el cielo seremos tanto más gloriosos cuanto más nos hayamos transformado en Jesucristo por nuestra frecuente participación de su cuerpo adorable.

En fin, *vosotros lo sabréis todo,* dijo el demonio. El mal sí; pero no ciertamente el bien. ¿Dónde se adquiere esta ciencia del bien sino en la comunión? Oíd lo que dice Jesús a sus apóstoles, después de dárseles en comunión: "No os llamaré ya mis siervos, sino mis amigos, pues todo lo que aprendí de mi Padre os lo he revelado" (Jn 15, 15) En la comunión es el mismo Dios quien nos comunica esta ciencia convirtiéndose en nuestro inmediato y particular maestro. *Et erunt omnes docibiles Dei* –Serán todos enseñados por Dios, (Jn. 6, 45)–. Ya no nos envía profetas, sino que Él mismo es nuestro doctor y maestro. Lo sabréis todo, porque Él es la ciencia divina, increada e infinita.

He aquí como la Eucaristía pone fin a la restauración en el pesebre. Regocijaos, pues, en este hermoso día, en el cual empieza su carrera el sol divino de la Eucaristía. Que vuestra gratitud no separe nunca el pesebre del altar, el Verbo hecho carne del hombre-Dios hecho pan de vida en el santísimo Sacramento.

FELICITACIONES[7] A JESÚS SACRAMENTADO

Adveniat regnum tuum.
"Venga a nosotros tu reino".

I

Que llegue vuestro reino, que se acreciente, que se eleve y perfeccione: he aquí lo que hay que desear a nuestro Señor en este primer día del año; que allí donde no es amado ni conocido, que lo sea; que todos completen en sí mismos la obra de su encarnación y redención. ¿Y dónde es conocido y amado nuestro Señor? ¡Pequeño, muy pequeño, es el reino de Jesucristo! ¡Se han menospreciado y cercenado tanto sus derechos, así como los de su Iglesia, de treinta años a esta parte! ¡Por doquiera es perseguido nuestro Señor! ¡Se le arrebatan los templos y los pueblos! ¡Cuántas ruinas eucarísticas!

¡Y cuántos pueblos a los que nunca ha llegado la fe! ¿Cómo establecerá en ellos nuestro señor Jesucristo su reino? ¡Bastaría para conseguirlo un santo! Pedid a nuestro Señor buenos sacerdotes que sean verdaderos apóstoles. Esta debe ser nuestra continua súplica. Esos pobres infieles no conocen a su Padre celestial, ni a su tierna madre, ni a Jesús su Salvador, ¡y nosotros consentimos que permanezcan en tan triste estado! ¡Qué crueldad! Extendamos..., dilatemos con nuestras plegarias el reinado de Jesucristo. ¡Pidamos que los paganos consigan abrazar la fe y conocer a su Salvador! ¡Que los herejes y cismáticos entren de nuevo en el redil y se pongan bajo el cayado del Buen Pastor!

Y entre los católicos, ¿cómo reina Jesucristo? Pedid continuamente la conversión de los malos católicos que casi ya no tienen fe. Pedid que los que la tienen la conserven. Los que tenéis familia, pedid que todos sus miembros guarden la fe, que mientras guarden este vestigio de unión con Jesús no hay que desesperar de ellos. Mientras Judas vivió con Jesús tuvo siempre a mano la ocasión

[7] La palabra *souhaits,* que emplea el original francés, indica aquí aquellos deseos que suelen acompañar a las felicitaciones de principio de año (N. del T.).

de salvarse: para ello le hubiera bastado una sola palabra pero cuando le hubo abandonado todo concluyó para él y fue rodando hasta el fondo del abismo. Pedid, al menos, con instancia a Jesucristo que conserve la fe en las verdades cristianas. Se dice muchas veces: "Más vale un buen protestante que un mal católico". Eso es falso. En el fondo quiere decir que cualquiera puede salvarse sin la verdadera fe. No y mil veces no. El mal católico es siempre hijo, aunque sea hijo pródigo, y por más pecador que sea, tiene siempre derecho a la misericordia; el mal católico está más cerca de Dios, por razón de su fe, que el protestante; todavía está dentro de casa, mientras que el hereje está fuera, y para hacerle entrar de nuevo, ¡cuántos trabajos y cuántas dificultades! ...

Para trabajar por la conservación de la fe es necesario adoptar un lenguaje cristiano, usar el lenguaje de la fe. Cambiad el lenguaje del mundo. Por una culpable tolerancia hemos dejado que nuestro señor Jesucristo fuese desterrado de las costumbres, de las leyes, de las formas y conveniencias sociales, y en los salones de los grandes nadie se atrevería a hablar de Jesucristo. Aun entre católicos prácticos, parecería extraño hablar de Jesucristo sacramentado. Hay tantos –dicen– que no cumplen con la Iglesia ni asisten al sacrificio de la misa, que teme uno molestar a alguno de los contertulios, y tal vez el mismo dueño de la casa se encuentra en este caso. Se hablará del arte religioso, de las verdades morales, de la belleza de la religión; pero de Jesucristo, de la Eucaristía... jamás. Cambiad todo esto; haced profesión de vuestra fe; sabed decir: *nuestro señor Jesucristo,* y nunca digáis *Cristo* a secas. En fin, es necesario demostrar que nuestro Señor tiene derecho a vivir y a reinar en el lenguaje social. Es una deshonra para los católicos tener siempre a Jesucristo bajo el celemín, como lo hacen. Es preciso mostrarle en todas partes. El que hace profesión explícita de su fe y el que sin respetos humanos pronuncia reverentemente el nombre de Jesucristo se coloca en la corriente de su gracia. ¡Hace falta que todos sepan públicamente cuál es nuestra fe!

Se oye a cada paso proclamar principios ateos; por doquiera se encuentran gentes que se jactan de no creer en nada, y nosotros ¿hemos de temer afirmar nuestras creencias y pronunciar el nombre de nuestro divino Maestro? No debe ser así, sino que debemos pronunciarlo cuando sea preciso, sin hacer caso de esos

desventurados impíos que están posesos, o cuando menos obsesos del demonio. Contra todos esos demonios, ¡oponed el nombre de nuestro señor Jesucristo! Si todos los creyentes adoptasen la resolución de hablar sin temor de nuestro señor Jesucristo, bien pronto cambiaría el mundo, porque para todos terminaría por ser como la cosa más natural el pensar en Jesucristo. Va acercándose a pasos agigantados el gran siglo. Hay dos ejércitos frente a frente. El eclecticismo ha muerto, ¡gracias a Dios! No hay más remedio que ser buenos o malos, alistarse en el bando de Jesucristo o en el de Satanás. Confesad, por tanto, a Jesucristo y pronunciad su nombre este nombre es vuestra bandera y debéis tenerla enhiesta, sin cobardía.

En fin, que el reino de nuestro Señor llegue hasta vosotros..., a vuestras almas. Jesucristo está en vosotros; mas para que reine por completo os queda mucho que hacer. Solamente sois conquistados: Jesucristo no reina todavía tranquilamente en vosotros con un reinado de paz y de amor; aún no ha tomado todas las fronteras..., ¿y qué soberano podrá reinar como dueño y señor, si no domina todos los confines de su estado?

Procurad conocer más a Jesucristo. Penetrad su vida, sus sacrificios y sus virtudes en el santísimo Sacramento; entrad en su amor. En vez de estar siempre pensando en vosotros mismos, id hasta Él; bueno es que nos miremos en Él, pero es mejor ver a Él en nosotros; en vez de cuidaros y preocuparos tanto de vosotros mismos, cuidad, cultivad y haced crecer a Jesús en vosotros. Pensad en Él, estudiadle en sí mismo y entrad en su interior; habréis con qué vivir en Él, pues es grande, infinito...; allí está el camino real y espacioso; ¡esto sublima nuestra vida!

II

Además, hemos de consolar a nuestro señor Jesucristo. Él espera vuestros consuelos y los recibirá a placer. Pedidle que suscite en su Iglesia sacerdotes santos, de esos sacerdotes apóstoles y salvadores que dan carácter a su siglo, que conquistan a Dios nuevos reinos. Pedid que Él lo sea todo; no solamente Salvador, lo cual supone grande misericordia, sino rey también, rey pacífico y absoluto. Consoladle de que se le considere tan poco como rey en su reino. ¡Ay! Nuestro Señor ha sido vencido. En el cielo reina sobre los ángeles y sobre los santos como señor omnipotente, y es fielmente

escuchado. ¡Aquí en la tierra, no! ¡Los hombres que han sido por Él rescatados y que son hijos suyos han vencido a nuestro Señor! Ya no reina sobre las sociedades católicas: hagamos que reine, al menos, sobre nosotros y trabajemos por extender su reinado por todas partes.

Nuestro Señor no desea tantos artísticos monumentos como nuestros corazones. Jesús los busca, y ya que los pueblos lo han expulsado, erijamosle nosotros un trono sobre el altar de nuestros corazones. Entre los paganos se acostumbraba conferir a uno la dignidad real elevándole sobre escudos; proclamemos también rey a Jesús eucarístico, elevándole sobre nuestros corazones y sirviéndole con fidelidad y abnegación. ¡Cuánto ama Jesucristo nuestros corazones y cuánto los desea! Mendiga nuestro corazón. Pide, suplica, insiste... ¡Cien veces se le habrá negado lo que pide! ...; no importa. ¡Él tiende siempre la mano! ¡Verdaderamente es deshonrarse a sí mismo solicitar todavía, después de tantas negativas!

¡Ay de nosotros! ¡Deberíamos morir de vergüenza al ver que Jesucristo anda de esta manera mendigando y que nadie le ofrece la limosna que pide! ¡Y cuántos desaires tiene que sufrir sin que llegue a conseguir nuestros corazones!

Sobre todo anda solícito tras de los católicos, tras de las almas piadosas y tras de los religiosos que se muestran reacios para entregarle sus corazones. Nuestro Señor lo quiere todo, y la razón y el interés que le mueven a llevar a cabo estas pesquisas tan apasionadas es solamente su amor. Entre los quinientos millones de católicos que hay en el globo, ¿cuántos le aman con amor de amistad, con ese amor que da la vida, con un verdadero amor del corazón? ¡Si por lo menos fueran enteramente suyos aquéllos que hacen profesión de piedad... sus hijos... sus religiosos... sus vírgenes! Ocurre que se le deja poner un pie en el corazón; pero en seguida tropieza con un obstáculo; se le concede una cosa y se le niega otra, ¡y nuestro Señor lo quiere todo y lo pide todo! ¡Espera y no se desanima!

Amémosle siquiera por nosotros, amémosle por aquéllos que no le aman, por nuestros padres y por nuestros amigos; paguemos la deuda de amor de nuestra familia y de nuestra patria: así lo hacen todos los santos; imitad en esto a nuestro Señor, que ama por todos los hombres y sale fiador por el mundo entero.

¡Ah, que nuestro señor Jesucristo sea al fin rey, dueño y esposo de nuestras almas, el dulcísimo Salvador que tanto nos ama! ¿Será

posible que no amemos a nuestro señor Jesucristo con el mismo amor con que amamos a nuestros padres, a nuestros amigos y a nosotros mismos? ¿Pero es que estamos embobados?

Claro que, si se pudiera hacer esto con rapidez, y con un acto sólo se pagase la deuda, aun se haría; pero es necesario darse siempre y nos faltan alientos para ello. Prueba palmaria que no amamos de verdad.

¡Qué tristeza tan grande causamos con ese proceder a Jesucristo! Se han visto morir de pena algunos padres por los disgustos que les han causado sus malos hijos. Si nuestro Señor no fuera inmortal por naturaleza habría muerto mil veces de dolor desde que se quedó en el santísimo Sacramento. En el huerto de los olivos hubiera muerto, sin un milagro, en vista de los pecados que tenía que expiar. Aquí está siempre agonizante. Es glorioso en sí mismo; mas en sus obras y en su amor bien humillado está: *Tactus dolore cordis intrinsecus* –… y se afligió su corazón (Gn 6, 6).

Consolad el amor de nuestro Señor. El hombre encuentra siempre alguien que corresponde a su amor. ¿Pero nuestro señor Jesucristo...?

Consoladle por la ingratitud de todos los pecadores..., y más principalmente por vuestra propia ingratitud. Llevad con Él las defecciones de sus infieles ministros y las de sus indignas esposas. Se dice que es esto tan horroroso que hay necesidad de ocultarlo. Pensad en ello a sus pies y consoladle. Judas, sin duda, por si sólo, hizo derramar a Jesucristo lágrimas de sangre. ¡Oh, si nosotros conociésemos bien los motivos que tiene Jesucristo para estar continuamente afligido, no gozaríamos un momento de alegría! Y el sacerdote no querría consagrarle si su naturaleza humana fuese todavía pasible. ¡Felizmente, sólo su amor lleva el peso de todos esos ultrajes, y la muerte no le puede ya herir!

Lo que me aflige sobremanera es que las almas piadosas, esas esposas de Jesucristo que viven en el mundo, consideren la perfección como reservada únicamente para el estado religioso: "No estoy obligado a eso –dicen–, no he hecho los votos que obligan a la perfección". Y es que no se tiene el valor de amar: esta es la verdad. El amor es siempre y en todas partes el mismo, y vosotros podéis amar más en vuestro estado que un religioso en el suyo; su estado es más perfecto en sí mismo, pero vuestro amor puede superar al suyo.

Adelante; haced que reine en vosotros. Jesucristo. La exposición pública del santísimo Sacramento es la última gracia; después de la exposición no hay más que el cielo o el infierno. El hombre se deja subyugar por lo que brilla; por eso nuestro señor Jesucristo ha subido sobre su trono, brilla actualmente y se le ve; no hay, por tanto, excusa. ¡Ah! Si se le abandona, si se pasa por delante de Él, sin dar señales de conversión, nuestro Señor se retirará y todo habrá concluido para siempre.

Servid a nuestro Señor; consoladle, encended el fuego de su amor donde quiera que aún no haya prendido, y trabajad por establecer su reinado, el reinado de su amor: *Adveniat regnum tuum, regnum amoris*.

LA EPIFANÍA Y LA EUCARISTÍA

Et procidentes adoraverunt eum
"Y prosternándose le adoraron" (Mt 2, 11)

Llamados a continuar, delante del santísimo Sacramento, la adoración de los magos en la gruta de Belén, debemos hacer nuestros los pensamientos y el amor que los condujo y sostuvo en la fe. Ellos comenzaron en Belén lo que nosotros continuamos haciendo al pie de la Hostia santa. Estudiemos los caracteres de su adoración y saquemos de ellos provechosas instrucciones.

La adoración de los magos fue un homenaje de fe y un tributo de amor al Verbo encarnado: tal debe ser nuestra adoración eucarística.

I

La fe de los magos brilla con todo su esplendor por razón de las terribles pruebas a que se vio sometida, y de las cuales salió triunfante; me refiero a la prueba del silencio en Jerusalén y a la prueba, de la humillación en Belén.

Como hombres sabios y prudentes, los regios viajeros se dirigen derechamente a la capital de Judea, esperando encontrar alborozada toda la ciudad de Jerusalén, al pueblo, animado y contento, festejando tan fausto acontecimiento, y por todas partes señales inequívocas de satisfacción y de la más viva alegría; pero... ¡qué sorpresa tan dolorosa! Jerusalén se halla en silencio y nada se advierte allí que revele la gran maravilla. ¿Se habrán, quizá, equivocado? Si el gran rey hubiera nacido, ¿no anunciaría todo el mundo su nacimiento? ¿No se burlarán de ellos y les insultarán, tal vez, si hacen saber el objeto de su viaje?

Estas vacilaciones y estas expresiones serán acaso hijas de la prudencia según la sabiduría humana, pero indignas, ciertamente, de la fe de los magos. Ellos han creído y han venido. "¿Dónde ha nacido el rey de los judíos? –preguntan en voz alta en medio de la asombrada Jerusalén, delante del palacio de Herodes y ante la

muchedumbre popular, que sin duda se habrá aglomerado para presenciar el inusitado espectáculo de la entrada de tres reyes en la ciudad–. Nosotros hemos visto la estrella del nuevo rey y venimos a adorarle. ¿Dónde está? Vosotros, que sois su pueblo y que le habéis estado esperando tanto tiempo, debéis saberlo".

Silencio mortal. Interrogado Herodes, consulta a los ancianos y sacerdotes, y éstos responden por la profecía de Miqueas. Con esto despide Herodes a los príncipes extranjeros, no sin prometerles que iría después de ellos a adorar al nuevo rey. Enterados por la palabra de Herodes, salen los reyes y marchan solos: la ciudad permanece indiferente; aun el sacerdote levítico espera, como Herodes, entre la vacilación y la incredulidad.

El silencio del mundo...: he aquí la gran prueba a que se halla sometida la fe en la Eucaristía.

Supongamos que algunos nobles extranjeros se enteran de que Jesucristo habita personalmente en medio de los católicos, en su Sacramento, y que, por tanto, estos felices mortales tienen la dicha inefable y singular de poseer la persona misma del rey de los cielos y tierra, del criador y Salvador del mundo; en una palabra, la persona de nuestro señor Jesucristo. Animados del deseo de verle y de ofrecerle sus homenajes, vienen estos extranjeros desde las más remotas regiones creyendo encontrarle entre nosotros en una de nuestras brillantes capitales europeas; ¿no se verían sometidos a la misma prueba de los magos? ¿Qué hay que revele en nuestras ciudades católicas la presencia de Jesucristo? ¿Las iglesias? Pero el protestantismo y el judaísmo tienen también sus templos. ¿Qué hay, pues, que indique esta presencia? Nada. Hace pocos años vinieron algunos embajadores de Persia y de Japón a visitar París... Seguramente nada les dio idea de que nosotros poseemos a Jesucristo, que vive y desea reinar entre nosotros. Escándalo es éste que padecen todos aquéllos que viven alejados de nuestras creencias.

Este silencio es también el escándalo de los cristianos débiles en la fe. Al ver que la ciencia del siglo no cree en Jesucristo eucarístico, que los grandes no le adoran, que los poderosos no le rinden vasallaje..., infieren de aquí que no está Jesucristo en el santísimo Sacramento y que no vive ni reina entre los católicos. ¡Hay muchos, por desgracia, que hacen este razonamiento! ¡Es tan grande el número de los necios y de los esclavos que no saben hacer sino lo

que ven hacer a otros! ...

Y, sin embargo, en el mundo católico como en Jerusalén, está la palabra de los profetas, la palabra de los apóstoles y evangelistas que delatan la presencia sacramental de Jesús; sobre la montaña de Dios, visible a todos, está colocada la santa Iglesia, la cual ha reemplazado al Ángel de los pastores y a la estrella de los magos; la Iglesia, que es un sol resplandeciente para quien quiera ver su luz; que tiene la voz de Sinaí para quien quiera escuchar su ley; ella nos señala con el dedo el templo santo, el tabernáculo augusto, clamándonos: "¡He aquí el cordero de Dios, el Emmanuel; he aquí a Jesucristo!".

A su voz, las almas sencillas y rectas se dirigen hacia el tabernáculo, como los reyes magos a Belén; aman la verdad y la buscan con ardor. Esta es vuestra fe, de todos los que aquí estáis: habéis buscado a Jesucristo, le habéis encontrado y le adoráis: ¡sed por ello benditos!

Nos dice también el Evangelio que a la voz de los magos, Herodes se turbó y toda Jerusalén con él.

Que Herodes se turbase no es extraño, porque era un extranjero y un usurpador, y en aquél que le anuncian ve al verdadero rey de Israel, que le destronará con el tiempo; pero que se turbe Jerusalén al recibir la feliz noticia del nacimiento de aquél que tanto tiempo ha estado esperando, a quien esta ciudad viene saludando desde Abrahán como a su gran patriarca, desde Moisés como a su gran profeta y desde David como a su rey, es lo que no se comprende. ¿Ignoraba el pueblo judío la profecía de Jacob, que designa la tribu de la cual ha de nacer; la de David, que señala la familia; la de Miqueas, que designa su pueblo natal, y la de Isaías, que canta su gloria? Y con todos estos testimonios, tan claros y tan precisos, fue necesario que unos gentiles, tan despreciados por los judíos, vinieran a decirles: "¡Vuestro mesías ha nacido! Venimos a adorarle después de vosotros, venimos a asociarnos a vuestra dicha: mostradnos su regia estancia y permitidnos que le ofrezcamos nuestros homenajes".

¡Ay, este terrible escándalo de los judíos, que se turban por la nueva del nacimiento del mesías, continúa repitiéndose entre los cristianos, por desgracia! ¡Cuántos de éstos tienen miedo a la Iglesia donde reside Jesucristo! ¡Cuántos hay que se oponen a la construcción de un nuevo tabernáculo, de un santuario más...!

¡Cuántos que se azoran al encontrar el santo viático y no pueden soportar la vista de la Hostia sacrosanta! ¿Y por qué razón? ¿Qué motivo les ha dado este Dios oculto?

Les da miedo..., porque ellos quieren servir a Herodes y acaso a la infame Herodíades; ésa es la última palabra de este escándalo herodiano, que irá seguido muy presto del odio y de la persecución sangrienta.

La segunda prueba de los magos está en la humillación del niño-Dios en Belén.

Ellos esperaban encontrar, como era natural, todos los esplendores del cielo y de la tierra alrededor de la cuna del recién nacido. Su imaginación les había hecho ver de antemano estas magnificencias. Habían oído en Jerusalén las glorias predichas por Isaías acerca de Él. Habían visitado, sin duda, aquella maravilla del mundo, es decir, el templo que le había de recibir y, andando el camino, se dirían: "¿Quién hay semejante a este rey?" *Quis ut Deus.*

Pero, ¡oh sorpresa!, ¡qué decepción y qué escándalo para una fe menos arraigada que la suya! Conducidos por la estrella, van al establo, y ¿qué ven allí? Un pobre niño con su joven madre: el niño estaba acostado sobre la paja como el más pobre entre todos los pobres –¿qué digo? – como tierno corderillo que acaba de nacer, reposa en medio de los animales; unas miserables mantitas le protegen un poco contra los rigores del frío. Muy pobre ha de ser su madre para que nazca él en tan humilde lugar. Los pastores ya no están allí para referir las maravillas que han contemplado en el cielo. Belén se muestra indiferente. ¡Oh, Dios mío, qué prueba tan terrible! Los reyes no nacen así..., ¡cuánto menos un rey del cielo! ¡Cuántos habitantes de Belén habían acudido al establo acuciados por el relato de los pastores y habían vuelto incrédulos! ¿Qué harán los reyes magos? Vedles arrodillados, postrados con el más profundo respeto y adorando con la mayor humildad a aquel niño; lloran de alegría al contemplarle. ¡La pobreza que le rodea les causa arrebatos de amor! *Et procidentes adoraverunt eum* –Y prosternándose le adoraron (Mt 2, 11). ¡Oh Dios, qué inexplicable misterio! ¡Nunca los reyes se abaten así, ni aun en presencia de otros soberanos! Los pastores admiraron al Salvador anunciado por los ángeles, y el evangelista no dice que se arrodillasen ante Él para adorarle. Los magos son los que

le rindieron el primer culto, el primer homenaje de adoración pública en Belén, así como fueron sus primeros apóstoles en Jerusalén.

¿Qué vieron, pues, los magos en aquel establo, en aquel pesebre y sobre aquel Niño? ¿Lo que vieron? El amor..., un amor inefable, el verdadero amor de Dios a los hombres; vieron a un Dios arrastrado por su amor hasta hacerse pobre para ser el amigo y el hermano del pobre: vieron a un Dios que se hacía débil para consolar al débil y al que se ve abandonado; vieron a un Dios sufriendo para demostrarnos su amor. Esto es lo que vieron los magos y ésta fue la recompensa de su fe, su triunfo sobre esta segunda prueba.

La humillación sacramental de Jesús es también la segunda prueba de la fe cristiana.

Jesús, en su Sacramento, no ve las más de las veces sino la indiferencia de los suyos, y aun muchas veces su incredulidad y menosprecio. Fijaos en esta triste verdad, que fácilmente podréis comprobar: *Mundus eum non cognovit* –el mundo no lo recibió(Jn 1, 10).

Tal vez se creería en la Eucaristía si a la hora de la consagración se oyeran, como en su nacimiento, los conciertos de los ángeles, o si como en el Jordán se viera el cielo abierto sobre Él, o si brillara su gloria como en el Tabor o, en fin, si se renovara en nuestra presencia alguno de esos milagros que ha obrado el Dios de la Eucaristía a través de los siglos.

¡Pero nada, menos aún que nada! ¡Es la nada de toda la gloria, de todo el poder y de todo el ser divino y humano de Jesucristo; ni siquiera se ve su faz humana, ni se oye su voz, ni se percibe acción alguna suya sensible!

La vida es el movimiento, dicen, y el amor al menos se manifiesta por algún signo. Aquí no se nota más que el frío y el silencio de la muerte.

¡Tenéis razón los hombres de la razón pura; los que os tenéis por la gloria de este mundo, los filósofos de los sentidos! Tenéis mil veces razón. La Eucaristía es la muerte o, mejor, el amor que lleva hasta la muerte. Este amor de la muerte es lo que lleva al Salvador a tener atado su poder, lo que le hace reducir a la nada su gloria y su Majestad divina y humana para no atemorizar al hombre; el amor de la muerte es lo que induce a Jesús, para no desalentar al hombre, a ocultar sus perfecciones infinitas y su santidad inefable, mostrándose

solamente bajo el tenue velo de las santas especies, las cuales le descubren más o menos a nuestra fe, según la pujanza o flojedad de nuestra virtud. Todo esto es para el verdadero cristiano, no el escándalo ni la prueba de su fe, sino la vida y la perfección de su amor. Su fe viva pasa a través de esta pobreza de Jesús y de esta debilidad y apariencia de muerte y llega hasta su santísima alma, consulta con sus pensamientos y sentimientos admirables, y al descubrir su divinidad unida a su sacratísimo cuerpo y oculto bajo las sagradas especies, el cristiano, como los magos, se postra, contempla y adora, arrobado en suaves éxtasis de amor: ¡ha encontrado a Jesús! *Et procedentes adoraverunt eum* (Mt 2, 11).

Aquí tenéis la prueba y el triunfo de la fe de los magos, y las pruebas y el triunfo de la fe de los cristianos. Examinemos el homenaje de amor de los magos al Dios-niño y el homenaje que nuestro corazón debe rendir también al Dios de la Eucaristía.

II

La fe nos lleva a Jesús; el amor lo encuentra y le adora. ¿Cuál es el amor de los magos adoradores?

Es un amor perfecto. El amor se conoce por los tres efectos siguientes, que son propiamente su vida:

1.º Se manifiesta por la simpatía. La simpatía de las almas es su lazo de unión, es la ley que regula dos vidas; por ella uno de los amantes se hace semejante a otro: *Amor pares facit.* La acción de la simpatía natural, y con más razón de la simpatía sobrenatural con nuestro señor Jesucristo, está en la atracción fuerte, en la transformación uniforme de dos almas en una..., de dos cuerpos en uno: como el fuego convierte y transforma en sí mismo toda materia combustible, así también el cristiano se transforma en Dios por amor de Jesucristo. *Similes ei erimus* –seremos semejantes a Él (1Jn 3, 2).

¿Cómo pudieron concebir tan pronto los magos simpatías por este pequeño Niño que ni habla ni puede revelarles su pensamiento? El amor vio, y el amor se unió al amor. ¿No os lo dice el ver a esos reyes arrodillarse ante el pesebre, y ante animales, y a pesar de un estado tan humillado y humillante para los reyes adorar a este débil Niño, que no puede hacer otra cosa que mirarles? Lo que hacen las palabras tratándose de amigos, lo hace aquí el amor.

¿No veis cómo ellos imitan, cuanto es posible, el estado del

divino Niño? El amor propende a la imitación, porque es simpático. Aquellos reyes querían rebajarse más, anonadarse y descender hasta las entrañas de la tierra, para adorar mejor, e imitar a Aquél que desde el trono de su gloria se humilló hasta parar en un pesebre, en forma de esclavo.

Ellos abrazan la humildad con la cual se desposó el Verbo encarnado; aman la pobreza que el mismo Verbo deificó y el sufrimiento que Él divinizó; el amor, como veis, transforma; produce la identidad de vida; hace sencillos a los reyes, humildes a los sabios y pobres de corazón a los ricos. Los reyes son todo esto a la vez.

La simpatía es necesaria a la vida de amor, porque endulza los sacrificios y asegura su constancia; en una palabra, la simpatía es una verdadera prueba de amor y una prenda de su constancia. El amor que no ha llegado a ser simpático es una virtud trabajosa, heroica a veces, pero privada siempre de la alegría y de los encantos de la amistad. Para un cristiano llamado a vivir de amor de Dios resulta necesaria esta simpatía de amor. Ahora bien, en la Eucaristía nuestro señor Jesucristo nos atestigua con dulzura el amor personal que, como a amigos suyos, nos profesa; allí permite que nuestro corazón descanse un poco sobre el suyo, como se lo consintió al Discípulo Amado; allí nos hace gustar, aunque sea como de paso, la dulzura del Maná celestial; allí es donde hace que nuestro corazón experimente la alegría de recibir a su Dios, como Zaqueo; la alegría de recibir a su Salvador, como la Magdalena; de recibir al que constituye su felicidad y su todo, como la Esposa de los Cantares; allí es donde se escapan esos suspiros de amor... ¡Oh, cuán suave sois, Dios mío! ¡Qué bueno y qué tierno eres, Jesús de mi corazón, para los que te reciben con amor!

La simpatía del amor no se parará en el goce. Es una hoguera que el Salvador ha encendido en el corazón simpático: *Carbo est Eucharistia quae nos inflammat.* El fuego es activo y todo lo invade. Así también el alma por la acción de la Eucaristía se siente impulsada a exclamar: "¿Qué haré yo, Dios mío, para corresponder a tanto amor?" Y Jesús responde: "Debes imitarme y vivir de mí para mí". La transformación será fácil. "En la escuela del amor –dice la Imitación de Cristo– no se anda paso a paso..., se corre..., se vuela": *Amans volat, currit* (Imit. Lib. III, cap. 5).

2.º El amor se manifiesta, en segundo lugar, por su carácter de

absoluto en lo que afecta al sentimiento: quiere dominarlo todo, ser dueño único y absoluto del corazón. El amor es *uno;* tiende a la unidad porque es su esencia absorbe o es absorbido.

Esta verdad brilla con todo su esplendor en la adoración de los magos. Tan pronto como ellos han encontrado al rey-niño, sin atender a la indignidad del lugar, ni a los animales que allí se encuentran y que hacen este lugar más repulsivo; sin pedir prodigios al cielo ni explicaciones a la Madre, y sin examinar siquiera por curiosidad al Niño, caen súbitamente de rodillas y lo adoran profundamente. Ellos le adoran a Él solo; no ven otra cosa más que su infantil persona, ni han tenido otro motivo, fuera de Él, para venir allí. El evangelio no hace mención de los honores que debieron tributar a su santa madre; en presencia del sol todos los demás astros se eclipsan; la adoración es *una,* como el amor que la inspira.

Notémoslo bien: la Eucaristía es el amor de Jesucristo para con el hombre en su grado más elevado, puesto que es, como si dijéramos, la quintaesencia de todos los misterios de su vida, como Salvador. Todo lo que hizo Jesucristo, desde la encarnación hasta la cruz, tiene por objeto el don de la Eucaristía, su unión personal y corporal con cada uno de los cristianos, mediante la Comunión; Jesús veía en la Comunión el medio de comunicarnos todos los tesoros de la pasión, todas las virtudes de su santa humanidad y todos los méritos de su vida. Ved aquí el prodigio del amor: *Qui manducat meam carnem, in me manet, et ego in illo* –El que come mi carne … permanece en mí y yo en él (Jn 6, 56).

Nuestro amor a la Eucaristía debe ser también absoluto si queremos llegar, por nuestra parte, al fin que se propuso en la Comunión, o sea la transformación de nosotros en Él mediante la unión. La Eucaristía debe ser, por consiguiente, la norma de nuestras virtudes, el alma de nuestra piedad, el deseo supremo de nuestra vida, el pensamiento principal y dominante de nuestro corazón y como el lábaro glorioso de nuestros combates y sacrificios. Sin esta unidad de acción no llegaremos nunca a lo absoluto del amor; con ella, nada más dulce, nada más fácil: contamos entonces con todo el poder del hombre y con todo el poder de Dios que actúan de consuno para consolidar el reinado del amor. *Dilectus meus mihi et ego illi* –Mi amado es para mí, y yo para mi amado (Cant. 2, 16).

3.º En fin, el amor se manifiesta por las dádivas. Tanta

perfección hay en el amor cuanta sea la perfección del don. El escritor sagrado entra en los más explícitos detalles sobre el modo y las circunstancias de los dones ofrecidos por los magos. "Y abriendo –dice– sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra" (Mt 2, 11).

El oro, que es el tributo destinado a los reyes; la mirra, que se emplea para honrar la sepultura de los grandes de la tierra, y el incienso, que es el emblema del homenaje debido a Dios. O, más bien, estos tres dones son el homenaje de toda la humanidad representada a los pies del niño-Dios: el oro significa el poder y la riqueza; la mirra, el sufrimiento, y el incienso, la oración.

Así, pues, la ley del culto eucarístico empezó en Belén para continuarse perpetuamente en el cenáculo de la Eucaristía. Los reyes comenzaron, y nosotros debemos continuar sus homenajes. Jesús sacramentado necesita oro, porque es Rey de los reyes; necesita oro, porque tiene derecho a un trono más espléndido que el de Salomón; necesita oro para sus vasos sagrados y para su altar. ¿No debe tratarse la Eucaristía con mayor esmero que el arca, hecha de oro purísimo, con el oro que proporciona el pueblo fiel?

Jesús eucarístico necesita mirra, no para Sí, puesto que ya consumó su sacrificio sobre la cruz, y la resurrección glorificó su cuerpo divino y su sagrado sepulcro. Mas como se constituyó nuestra víctima perpetua sobre el altar, esta víctima necesita sufrir, lo que no puede hacer sino en nosotros y por nosotros; así encuentra el medio de renovar la sensibilidad, la vida y el mérito de sus sufrimientos en nosotros que somos sus miembros; nosotros le contemplamos y le damos su verdadero carácter actual de víctima inmolada.

También se le debe el incienso. El sacerdote se lo ofrece todos los días. Pero quiere además el incienso de nuestras adoraciones para derramar, en cambio, sobre nosotros sus bendiciones y sus gracias.

¡Felices debemos considerarnos de poder compartir por la Eucaristía la dicha de María, de los reyes magos y de los primeros discípulos que obsequiaron con sus dones a Jesucristo! En la Eucaristía se nos ofrece también la ocasión de poder socorrer la pobreza de Belén. Sí; todos los bienes de la gracia y de la gloria nos vienen por conducto de la Eucaristía; todos ellos tienen su origen y su manantial en Belén, convertido en cielo de amor; se acrecentaron durante la vida del Salvador, y todos esos ríos de gracias, de virtudes y méritos desembocaron en el océano del Sacramento adorable, en el

cual los tenemos nosotros en toda su plenitud.

Asimismo, de la Eucaristía nacen también nuestras obligaciones: el amor de la Eucaristía nos obliga a una generosa correspondencia. Los magos son nuestros modelos y los primeros adoradores; mostrémonos dignos de su excelsa fe en Jesucristo; seamos los herederos de su amor y algún día seremos herederos de su gloria.

LA FIESTA DEL CORPUS CHRISTI

Haec est dies quam fecit Dominus
"Este es el día que hizo el Señor" (Ps 118, 24)

Todos los días proceden de Dios: su bondad es la que mantiene la admirable sucesión de los mismos. Sin embargo, Dios ha concedido seis de ellos al hombre para que atienda a todos sus trabajos y necesidades, y Él se ha reservado el séptimo. El domingo es, por tanto, más especialmente el día del Señor. Mas entre todos los días hay uno que se llama, por antonomasia, el día de Dios[8], o el día de la fiesta del Señor. Este es, verdaderamente, el día que Dios se reservó para sí, para su gloria y para manifestarnos su amor. La Fiesta de Dios..., ¡qué nombre más hermoso! La Fiesta de Dios y también nuestra fiesta. Veamos cómo.

I

La fiesta que la Iglesia intitula del santísimo Cuerpo de Jesucristo –*Festum sacratissimi Corporis Christi*– es el único día consagrado a honrar exclusivamente su persona adorable y su presencia real y viva entre nosotros. Las demás fiestas celebran algún misterio de su vida pasada: son hermosas y honran a Dios, y son muy fecundas en gracias para nosotros. Con todo, no son más que un recuerdo, un aniversario de un pasado ya lejano que no revive sino en nuestra piedad. El Salvador no está ya en estos misterios; los realizó una vez, y después... ya sólo permanece su gracia. Mas aquí hay un misterio actual: la fiesta está ordenada a la persona viva de nuestro adorable Salvador, que se halla presente entre nosotros. Por eso se celebra de una manera particular. En ella no se exponen reliquias, o emblemas del pasado, sino al mismo que es objeto de la fiesta, que es algo actualmente vivo. Por manera que en los países en los cuales Dios goza de libertad, todo el mundo proclama su presencia, todos se prosternan en señal de acatamiento; los mismos impíos se

[8] Fiesta de Dios –FéteDieu– llaman los franceses a la fiesta del Corpus. Eymard hace especial hincapié sobre la significación del nombre francés.

conmueven e inclinan ante Él ¡Dios está allí! ¡Qué gloriosa es para la presencia de nuestro señor Jesucristo esta fiesta en la que todos le reconocen y le adoran!

Es también la fiesta más amable. Nosotros no hemos presenciado todos esos misterios de la vida y muerte del Salvador que celebramos en el transcurso del año; si bien nos regocijamos en ellos, porque de ellos fluyen las gracias a raudales sobre nosotros. Mas aquí nosotros mismos participamos del misterio; se realiza a nuestra vista: este misterio es para nosotros; y entre Jesús viviendo en el santísimo Sacramento, y nosotros viviendo en medio del mundo, hay cierta relación de vida, hay una relación de cuerpo a cuerpo; por eso esta fiesta no se denomina simplemente fiesta de nuestro Señor, sino fiesta del cuerpo de nuestro Señor. Por este cuerpo nos ponemos en contacto inmediato con Jesucristo, que se convierte en nuestro alimento, que se hace nuestro hermano y nuestro huésped. ¡Fiesta del cuerpo de Jesucristo! ¡Cuánto amor no encierra este nombre, tan humilde y acomodado a nuestra miseria! Jesucristo deseó esta fiesta para acercarse todavía más a nosotros, a manera de un padre que espera a que su hijo le felicite en sus días de fiesta para demostrarle más vivamente su amor paternal y concederle algún favor especial.

Que esta sea una fiesta de franca alegría y de grandes esperanzas para nosotros de alcanzar con ocasión de ella los más amplios favores. Todos los himnos y todos los cánticos de esta solemnidad expresan este pensamiento, es a saber: que Jesucristo se mostrará con todos más propicio que en los demás días. Parece que la Iglesia debería celebrar la fiesta de que hablamos el día de jueves santo, día en el cual fue instituida la Eucaristía; pero en ese día de duelo no hubiera podido celebrar con bastante esplendor y magnificencia toda su alegría; el Jueves santo comienza la pasión, y sería imposible juntar el júbilo y la santa expansión de aquella solemnidad con el pensamiento de muerte que predomina esos días augustos de semana santa. La fiesta del Corpus se retrasó también hasta después de la ascensión, porque aun quedaban tristes despedidas que hacer; había de tener lugar todavía una dolorosa separación, y se aplazó hasta después de Pentecostés, para que, llenos de los dones y alegrías del Espíritu Santo, pudiésemos celebrar con todo el esplendor posible la fiesta del divino esposo que habita entre nosotros.

II

La fiesta del Corpus es la mayor festividad de la Iglesia. La Iglesia es la esposa de nuestro Señor glorioso, de nuestro Señor resucitado y no de Jesucristo en su nacimiento o en su muerte; cuando se realizaron estos sucesos la Iglesia no existía todavía. Sin duda que la Iglesia querrá celebrar todos los acontecimientos de la vida de su divino esposo en Belén y en los sufrimientos de su pasión; pero de todos esos misterios no tendrá sino el recuerdo y las gracias que ellos encierran.

Mas Jesucristo se halla con su Iglesia y está vivo en el Sacramento. Los que nunca han entrado en un templo cristiano, juzgan que la Iglesia es una viuda, o un cadáver, y consideran sus templos como lugares en los cuales no se habla más que de muerte y de sufrimiento. Mas ved lo que sucede: esos mismos que no asisten jamás a sus solemnidades, la admiran hoy viéndola tan hermosa y rica, y agraciada con sus dones naturales, a todo lo cual da mayor realce la presencia de su Dios..., de su esposo. ¡Qué espléndido cortejo la acompaña! ¡Cómo doblan los fieles las rodillas! ¡La Iglesia ostenta a su esposo a la faz del mundo en la radiante custodia! ¡Ah! ¿Quién la podrá llamar viuda en este día? ¡Sus amigos adoran, sus enemigos tiemblan! Jesús se ofrece a la vista de todos, bendice a los buenos, mira con lástima a los pecadores, llamándolos y atrayéndolos. El triunfo de la fe llama el concilio de Trento a esta fiesta, y ciertamente que lo es como es también el triunfo de la Iglesia, merced a su divino Esposo.

III

En fin, esta fiesta es la de nosotros los adoradores del santísimo Sacramento. La Congregación del santísimo Sacramento con todas sus ramificaciones no existe sino para consagrar a Jesucristo una fiesta del Corpus continua. Prolongar esta fiesta durante todo el año..., he aquí la norma de nuestra vida y de nuestra felicidad. Nosotros dejamos a otros hijos de la Iglesia el cuidado de los pobres, la curación de las llagas morales y físicas de la pobre humanidad y la administración de los sacramentos; nosotros solamente, somos llamados para perpetuar la fiesta del Corpus. Esta es, por tanto, nuestra fiesta especial, la festividad de nosotros los

religiosos, En cuanto a vosotros, ¡oh hermanos míos!, puede llamarse también vuestra fiesta. ¿No os habéis consagrado enteramente al servicio del santísimo Sacramento? Durante la noche os retiráis vosotros y nos confiáis la guarda de nuestro Señor...; así lo exigen las conveniencias; pero dejáis vuestro corazón a los pies del divino rey y puede decirse que pasáis aquí la vida. Por lo demás, cuando comulgáis, ¿no celebráis en vuestros corazones una verdadera fiesta del Corpus? ¡Ah!, bien sabéis qué alegría y qué felicidad trae consigo Jesús...; hasta me atrevería a decir que para las almas que saben comulgar no hay más que una fiesta: ¡comulgar! Hallan aquí al que es objeto de todos los misterios, a Aquél que los ha consumado y en cuyo honor se celebran, en tanto que la mayor parte de los cristianos no tienen de ello sino un vago recuerdo.

Aún más: si nuestro señor Jesucristo no viviera en su sacramento, todas las fiestas cristianas no serían otra cosa que funerales repetidos. Pero la Eucaristía es el sol de las fiestas de la Iglesia; las ilumina y les comunica vida y animación.

Con sobrada razón se ha dicho que el alma que comulga bien y a menudo asiste a un continuo festín: *iuge convivium.* Vivir en sí mismo con Jesús, en Jesús, de Jesús y por Jesús, es transformarse en un tabernáculo y en un precioso copón. ¡Oh, qué grande es la alegría de esas almas, alegría pura e inalterable!

Ea, pues, sabed distinguir este día de todos los demás. Nuestro Señor tiene también sus días en los cuales se manifiesta como rey: tal es el de hoy. Propio de reyes es hacer mercedes. Ofrecedle vosotros vuestros homenajes, y Él, en cambio, os lo concederá todo, porque se os dará a sí mismo con mayor efusión de gracias. Bien sabe distinguir entre sus amigos y conoce a los que debe favorecer con más abundantes gracias. Lo que deseo y anhelo de vosotros en este hermoso día, no es que seáis grandes santos cargados de virtudes magníficas y extraordinarias –¿cuándo lo seríais?–, sino que seáis felices en el servicio de Dios, y también que nuestro señor Jesucristo se comunique a vosotros más tierna y afectuosamente. Sintiéndoos más amados, haréis de vosotros una entrega más completa y el resultado de estos dos amores será la unión perfecta. En esto estriba la santidad y la perfección; pedid confiadamente a Jesucristo que os haga llegar a este estado. Dadle vuestro corazón todo entero. Jesús es un padre tierno y cariñoso y es necesario que vosotros seáis para con

Él hijos amantes: Jesús es un amigo afectuoso...; gustad su amor. Tiemblo, ¡ay!, por la salvación del que no ha probado nunca la bondad de Dios. ¡Introducíos y penetrad en esta bondad inmensa! *Sentite de domino in bonitate* –piensen rectamente acerca del Señor (Sab 1, 1).

EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Cor meum ibi cunctis diebus
"Mi corazón estará allí todos los días" (1Re 9, 3)

Deseaba san Pablo que los habitantes de Éfeso conocieran, por la gracia de Dios Padre, de quien procede todo don, la incomparable ciencia de la caridad de Jesucristo para con el hombre. Nada podría desearles más santo, más hermoso ni más importante. Conocer el amor de Jesucristo y estar llenos de Él es el reino de Dios en el hombre. Estos son precisamente los frutos de la devoción al sagrado Corazón de Jesús, que vive y nos ama en el santísimo Sacramento. Esta devoción es el culto supremo del amor. Es el alma y el centro de toda la religión, porque la religión no es otra cosa que la ley, la virtud y la perfección del amor, y el sagrado corazón de Jesús contiene la gracia y es el modelo y la vida de este amor. Estudiemos tal amor delante de ese foco en el cual está ardiendo por nosotros.

La devoción al sagrado Corazón tiene doble objeto: se propone, en primer lugar, honrar, por medio de la adoración y del culto público, el corazón de carne de Jesucristo y, en segundo lugar, tiende a honrar aquel amor infinito que nos ha tenido desde su creación y que todavía está consumiéndole por nosotros en el Sacramento de nuestros altares

I

De todos los órganos del cuerpo humano el corazón es el más noble. Se halla colocado en medio del cuerpo como un rey en medio de sus estados. Está rodeado de los miembros más principales, que son como sus ministros y oficiales; él los mueve y les imprime actividad, comunicándoles el calor vital que en él hay acumulado y reservado. Es la fuente de donde emana la sangre por todas las partes del organismo, regándolas y refrescándolas. Esta sangre, debilitada por la pérdida de principios vitales, vuelve desde las extremidades al corazón para renovar su calor y recobrar nuevos elementos de vida.

Lo que es verdad, tratándose del corazón humano en general,

lo es también verdad tratándose del corazón de Jesús. Es la parte más noble del cuerpo del hombre-Dios unido hipostáticamente al Verbo, por lo cual merece el culto supremo de adoración que se debe a Dios solo. Es necesario notar que en nuestra veneración no debemos separar el corazón de Jesús de la divinidad del hombre-Dios; está unido a la divinidad por indisolubles lazos, y el culto que tributamos al Corazón no termina en él, sino que pasa a la persona adorable que le posee y a la cual está unido para siempre.

De aquí se sigue que pueden dirigirse a este Corazón divino las oraciones, los homenajes y las adoraciones que dirigimos al mismo Dios. Están equivocados todos aquéllos que al oír estas palabras: Corazón de Jesús, piensan únicamente en este órgano material, considerando el corazón de Jesús como un miembro sin vida y sin amor, poco más o menos como se haría tratándose de una santa reliquia; se equivocan también aquellos que juzgan que esta devoción divide la persona de Jesucristo, restringiendo al corazón sólo el culto que debe tributarse a toda la persona. Estos no se fijan en que, al honrar el corazón de Jesús, no suprimimos lo restante del compuesto divino del hombre-Dios, ya que al honrar a su Corazón lo que en realidad pretendemos es celebrar todas las acciones..., la vida entera de Jesucristo, que no es otra cosa que la difusión de su Corazón al exterior.

Así como en el sol se forman y de él dimanan los rayos ardientes que fertilizan la tierra y comunican mayor vigor a todo lo que tiene vida, así también parten del corazón esas dulces y vigorosas energías que llevan el calor vital y la fuerza a todos los miembros del cuerpo. Si languidece el corazón, todo el cuerpo languidece con él; si el corazón sufre, todos los miembros sufren igualmente; en este caso, las funciones del cuerpo se entorpecen y todo el organismo se para. Por modo semejante la función del corazón de Jesús consistió en vivificar, fortalecer y conservar todos los miembros del cuerpo de Jesús, todos sus órganos y sentidos, mediante la acción continua que en ellos ejercía; de tal modo que el corazón de Jesús fue el principio de las acciones, afectos y virtudes de toda la vida del Verbo encarnado.

Como el corazón es el foco del amor, el sentir de los filósofos, y como el móvil de toda la vida de Jesús fue el amor, de aquí que tengamos que referir a su Corazón sacratísimo todos los misterios de

la vida de Jesús y todas sus virtudes. "Tan natural es al fuego el quemar como al corazón el amar –dice santo Tomás–, y como en el hombre es el órgano principal del sentimiento, parece conveniente que el acto exigido por el primero de todos los preceptos se haga sensible o se simbolice por medio del corazón".

De la misma manera que los ojos ven y los oídos oyen, así también el corazón ama; es el órgano de que se sirve el alma para manifestar los afectos y el amor. En el lenguaje vulgar se confunden estos dos términos, y se emplea la palabra corazón para significar el amor y viceversa. El corazón de Jesús fue, por ende, el órgano de su amor; cooperó en la obra de su amor, siendo el vehículo del mismo amor; experimentó todas las sensaciones de amor que pueden conmover al corazón humano, con la diferencia de que, amando el alma de Jesucristo con un amor incomparable e infinito, su corazón es una hoguera inmensa de amor de Dios y de los hombres, y de esta hoguera salen de continuo las llamas más ardientes y más puras del amor divino. Esas llamas le abrasaron desde el primer instante de su concepción hasta el último suspiro de su vida y después de la resurrección no han cesado ni cesarán, jamás de abrasarle. El corazón de Jesús ha latido y late cada día con innumerables actos de amor, cada uno de los cuales da más gloria a Dios que la que pueden darle todos los actos de amor de los ángeles y de los santos. Por consiguiente, entre todas las criaturas corporales es la que más contribuye a la gloria del creador y la que más merece el culto y el amor de los ángeles y de los hombres.

Todo lo que pertenece a la persona del Hijo de Dios es infinitamente digno de veneración. La menor parte de su cuerpo, la más ligera gota de su sangre, merece la adoración del cielo y de la tierra. Las cosas más viles se hacen dignas de veneración merced al contacto de su carne, como sucede con la cruz, con los clavos, con las espinas, con la esponja, con la lanza y con todos los instrumentos de su suplicio; ¿cuánta más veneración no se le deberá a su Corazón, cuya excelencia es tanto más notable cuanto más nobles son las funciones que ejerce y más perfectos los sentimientos que manifiesta y acciones que inspira? Porque no hay que perder de vista que si Jesucristo nació en un establo, si vivió pobre en Nazaret y murió por nosotros, a su Corazón lo debemos. En este santuario se formaron todas las resoluciones heroicas y todos los divinos propósitos que

llevó a la práctica durante su vida. Su Corazón debe, por tanto, ser honrado no menos que el pesebre, en el cual mira el alma fiel a Jesús cuando viene al mundo pobre y abandonado; como debe también ser honrada la cátedra desde la cual Jesús nos intima aquel amoroso mandato: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón"; como debe serlo la cruz en que el alma le ve expirar; como se debe honrar el sepulcro de donde salió glorioso e inmortal y el evangelio eterno, que enseña al hombre a imitar todas las virtudes de que Jesús es acabado modelo.

El alma devota del sagrado corazón de Jesús se ejercitará muy especialmente en actos de amor divino, puesto que este corazón es ante todo el asiento y el símbolo de ese amor; y como el santísimo Sacramento es la prenda sensible y permanente del amor, en la Eucaristía el alma encontrará al corazón de Jesús, y de este corazón eucarístico aprenderá a amar.

II

Queriendo Jesucristo ser siempre amado por el hombre, debe manifestarle siempre su amor; y, así como para vencer y conquistar nuestro corazón, tuvo Dios necesidad de hacerse hombre, de hacerse sensible y palpable; así también para que su conquista quede asegurada debe continuar haciéndole sentir un amor sensible y humano. La ley del amor es perpetua, y la gracia que necesitamos para poder amar, debe serlo también; el sol de amor no debe ponerse nunca para el corazón del hombre, porque de lo contrario se enfriaría éste y llegaría a morir helado por el frío de la muerte y del olvido. El corazón del hombre no se entrega sino a seres vivos y sólo admite uniones con otro amor actual que él siente y que le da pruebas actuales de su existencia.

Pues bien: todo el amor de la vida mortal del Salvador, su amor infantil en el pesebre, su amor lleno de celo apostólico por la gloria de su Padre durante su predicación, su amor de víctima sobre la cruz..., todos esos amores se hallan reunidos y triunfantes en su Corazón glorioso que vive en el santísimo Sacramento. Aquí debemos buscarle para alimentarnos de su amor. También está en el cielo, pero para los ángeles y los santos ya coronados. En la Eucaristía está para nosotros: nuestra devoción al sagrado Corazón debe ser, por consiguiente, eucarística, debe concentrarse en la divina

Eucaristía como el único centro personal y vivo del amor y de las gracias del sagrado Corazón para con los hombres.

¿Por qué separar al corazón de Jesús de su cuerpo y de su divinidad? ¿No es cierto que por su Corazón vive en el santísimo Sacramento y que por él se halla su cuerpo vivificado y animado? Jesús resucitado no muere ya. ¿Por qué separar ya su corazón de su persona y querer hacerle morir, por decirlo así, en nuestro espíritu? Este Corazón vive y palpita en la Eucaristía, no ya con la vida del Salvador pasible y mortal, capaz de tristeza, de agonía, de dolor, sino con una vida resucitada y consumada en la bienaventuranza. Esta imposibilidad de sufrir y de morir no disminuye en nada la realidad de su vida; al contrario, la hace más perfecta. ¿Ha podido, acaso, la muerte llegar hasta Dios?... Muy al revés, Él es el manantial de la vida perfecta y eterna.

El corazón de Jesús vive en la Eucaristía, supuesto que su cuerpo está allí vivo. Es verdad que este Corazón divino no está allí de un modo sensible, ni se le puede ver, pero lo mismo ocurre con todos los hombres. Este principio de vida conviene que sea misterioso, que esté oculto: descubrirlo sería matarlo; sólo se conoce su existencia por los efectos que produce. El hombre no pretende ver el corazón de un amigo, le basta una palabra para cerciorarse de su amor. ¿Qué diremos del Corazón divino de Jesús? Él se nos manifiesta por los sentimientos que nos inspira, y esto debe bastarnos. Por otra parte, ¿quién sería capaz de contemplar la belleza y la bondad de este Corazón? ¿Quién podría tolerar el esplendor de su gloria ni soportar la intensidad del fuego devorador de su amor..., capaz de consumirlo todo? ¿Quién se atrevería a dirigir su mirada a esa arca divina, en la cual está escrito con letras de fuego su evangelio de amor, en donde se hallan glorificadas todas sus virtudes, donde su amor tiene su trono y su bondad guarda todos sus tesoros? ¿Quién querría penetrar en el propio santuario de la divinidad? ¡El corazón de Jesús! ¡Ah, es el cielo de los cielos, habitado por el mismo Dios, en el cual encuentra todas sus delicias!

¡No; no vemos el corazón eucarístico de Jesús; pero lo poseemos! ... ¡Es nuestro!

¿Queréis conocer su vida? Está distribuida entre su Padre y nosotros.

El corazón de Jesús nos guarda: mientras el Salvador,

encerrado en una débil Hostia, parece dormir el sueño de la impotencia, su Corazón vela: *Ego dormio et cor meum vigilat* –Yo dormía, pero mi corazón estaba despierto (Cant 5, 2). Vela, tanto si pensamos como si no pensamos en Él; no reposa; continuamente está pidiendo perdón por nosotros a su Padre. Jesús nos escucha con su Corazón y nos preserva de los golpes de la cólera divina provocada incesantemente por nuestros pecados; en la Eucaristía, como en la cruz, está su Corazón abierto, dejando caer sobre nuestras cabezas torrentes de gracias y de amor.

Está también allí este Corazón para defendernos de nuestros enemigos, como la madre que para librar a su hijo de un peligro lo estrecha contra su corazón, con el fin de que no se hiera al hijo sin alcanzar también a la madre. Y Jesús nos dice: "Aun cuando una madre pudiera olvidar a su hijo, yo no os olvidaré jamás".

La segunda mirada del corazón de Jesús es para su Padre. Le adora con sus inefables humillaciones, con su adoración de anonadamiento; le alaba le da gracias por los beneficios que concede a los hombres sus hermanos; se ofrece como víctima a la justicia de su Padre, y no cesa su oración en favor de la Iglesia, de los pecadores y de todas las almas por Él rescatadas.

¡Oh Padre eterno! Mirad con complacencia el corazón de vuestro hijo Jesús. Contemplad su amor, oíd propicio sus peticiones y que el corazón eucarístico de Jesús sea nuestra salvación.

III

Las razones por las cuales fue instituida la fiesta del sagrado Corazón y la manera que ha tenido Jesús de manifestar su corazón nos enseñan, además, que en la Eucaristía debemos honrarle y que allí lo encontraremos con todo su amor.

Delante del santísimo Sacramento expuesto recibió santa Margarita María la revelación del sagrado Corazón; en la Hostia consagrada se manifestó a ella el Señor con su Corazón entre las manos y dirigiéndole aquellas adorables palabras, que son el comentario más elocuente de su presencia en el santísimo Sacramento: "¡He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres!"

Nuestro Señor, apareciendo a la venerable madre Matilde, fundadora de una congregación de Adoratrices, le recomendó que

amase ardientemente y honrase cuanto pudiese su sagrado Corazón en el santísimo Sacramento, y se lo entregó como prenda de su amor para que fuera su refugio durante la vida y su consuelo en la hora de la muerte.

Y el objeto de la fiesta del sagrado Corazón no es otro que honrar con más fervor y devoción el amor de Jesucristo que le hizo sufrir indecibles tormentos por nosotros e instituir también para nosotros el sacramento de su cuerpo y de su sangre.

Para penetraros del espíritu y de la devoción al sagrado Corazón de Jesús debéis honrar los sufrimientos que padeció el Salvador y reparar las ingratitudes de que es objeto todos los días en la Eucaristía.

¡Qué grandes fueron los dolores del corazón de Jesús! Pasó por todas las pruebas imaginables; fue víctima de toda clase de humillaciones; las calumnias más groseras se cebaron en su honra y le persiguieron con el mayor encarnizamiento; se vio harto de oprobios y abrumado por el menosprecio. A pesar de todo, Él se ofreció voluntariamente y nunca se quejó de ello. Su amor fue más poderoso que la muerte, y los torrentes de desolación no pudieron apagar sus ardores. Ciertamente todos esos dolores pasaron ya; pero siendo así que Jesucristo los sufrió por nosotros, nuestra gratitud no debe tener fin; nuestro amor debe honrarlos como si estuviesen presentes a nuestros ojos. ¡Y el Corazón que los sufrió con tanto amor está ahí..., no muerto, sino vivo y activo; no insensible, sino más amante todavía!

Mas, ¡ay!, aunque Jesús no pueda ya sufrir, los hombres muestran con Él una ingratitud monstruosa. ¡Esa ingratitud al Dios presente, que vive con nosotros para conseguir nuestro amor, es el tormento supremo del corazón de Jesús en el santísimo Sacramento!

El hombre se muestra indiferente con ese supremo don del amor de Jesús: no lo tiene para nada en cuenta ni piensa siquiera en él; y si alguna vez, a pesar suyo, se acuerda de él y Jesús quiere despertarle de su letargo, no es sino para procurar apartar de su mente este pensamiento importuno. ¡El hombre no quiere tener el amor de Jesús!

Más aún aunque apremiado por la fe, por los recuerdos de su educación cristiana y por el sentimiento que Dios le ha puesto en el fondo del corazón, para adorar en la Eucaristía a Jesucristo como a su

señor y volver a ocuparse en su servicio, el impío se rebela contra este dogma, el más amable de todos; llega hasta la negación del mismo, hasta la apostasía, para no tener que adorarlo, y para no verse precisado a sacrificarle un ídolo..., una pasión..., queriendo así continuar esclavizado por sus vergonzosas cadenas.

Su malicia va más lejos todavía: no se contenta con negar...; ¡ni aun retrocede ante el crimen de renovar los horrores de la pasión del Salvador!

¡Se ven cristianos que menosprecian a Jesús en el santísimo Sacramento y a su Corazón que tanto los ha amado y que se consume de amor por ellos! ¡Para menospreciarle se aprovechan del velo que le oculta a nuestra vista!

Le insultan con sus irreverencias, con sus malos pensamientos, con sus criminales miradas, estando en su presencia. ¡Se aprovechan, para insultarle, de esa paciencia inalterable, de esa bondad sin límites, que todo lo sufre en silencio, como sufrió a los soldados impíos de Caifás, Herodes y Pilatos!

Blasfeman sacrílegamente contra el Dios de la Eucaristía: ya saben que su amor le tiene mudo.

¡Llegan hasta crucificarle en su alma culpable recibiéndole indignamente! ¡Se atreven a tomar este Corazón vivo y atarlo a su cadáver infecto, entregándole al demonio que les domina!

¡No, de ninguna manera; Jesús no sufrió en los días de su pasión tantas humillaciones como en su Sacramento! La tierra es para Él un calvario de ignominia.

En su agonía buscaba quien le consolase; en la cruz pedía que se tuviese compasión de sus dolores...; por eso, hoy más que nunca, es necesaria la satisfacción, ¡hace falta la reparación de honor para ofrecerla al corazón adorable de Jesucristo! Rodeemos la Eucaristía de adoraciones y de actos de amor.

Al corazón de Jesús vivo en el santísimo Sacramento, ¡honor, alabanza, adoración y dignidad regia por los siglos de los siglos!

EL CIELO DE LA EUCARISTÍA

Ecce ego creo coelos novos et gaudebitis et exsultabitis in sempiternum in his quae ego creo
"He aquí que yo creo nuevos cielos, los cuales llevarán para siempre a vuestro espíritu la alegría y el regocijo" (Is 65, 17)

Cuando Jesucristo subió al cielo el día de la ascensión, fue a tomar posesión de su gloria y a prepararnos en ella un lugar. Con Jesucristo la humanidad redimida entra en el cielo; sabemos que ya no tenemos cerrada la entrada y esperamos que llegue el día en que sus puertas se abran ante nosotros. Esa esperanza nos sostiene y anima. Bien mirado, esto debía bastarnos para llevar una vida cristiana y sufrir, para no perderla, todas las tristezas de la vida. Sin embargo, para conservar en nosotros y hacer más eficaz esta esperanza del cielo, para que pudiésemos esperar pacientemente el cielo de la gloria y para conducirnos a él, crió Jesucristo el hermoso cielo de la Eucaristía. Porque la Eucaristía es un hermoso cielo..., el comienzo de la gloria. ¿No es la Eucaristía el mismo Jesús glorioso que viene del cielo a la tierra, y que trae consigo la gloria de la mansión celestial? ¿No está el cielo allí donde está Jesucristo nuestro Señor? Su estado, aunque velado a nuestros sentidos, es allí glorioso, triunfante y bienaventurado; nada encontramos aquí de las miserias de la vida, y cuando comulgamos recibimos el cielo, puesto que recibimos a Jesucristo, causa y principio de toda felicidad y gloria del paraíso celestial. ¡Qué gloria para un súbdito la de recibir a su rey! Gloriémonos también nosotros, pues recibimos al rey del Cielo. Jesús viene a nosotros para que no nos olvidemos de nuestra verdadera Patria, o bien para que no muramos de deseo y de tedio, pensando en ella. Viene, y permanece corporalmente en nuestros corazones mientras dura el sacramento; después, una vez destruidas las especies, se remonta nuevamente al cielo; pero quedándose con nosotros por su gracia y por su presencia de amor. ¿Por qué no

permanece más tiempo? Porque la integridad de las santas especies es la condición que exige su presencia corporal.

Jesús, al venir a nosotros, nos trae las flores y los frutos del paraíso. ¿Cuáles son éstos? Yo no lo sé: ni se ven, pero sí se percibe su perfume. Nos cede sus méritos glorificados, su espada victoriosa contra Satanás; nos hace también entrega de sus armas para que podamos servirnos de ellas; de sus méritos para que, añadiendo los nuestros, los hagamos fructificar. La Eucaristía es la escala, no de Jacob, sino de Jesús, por la que sube y baja continuamente para nuestro bien. Jesús está en continuo movimiento hacia nosotros.

II

Pero veamos cuáles son, en particular, los bienes celestiales que nos trae Jesús cuando le recibimos.

Ante todo, la gloria. Es verdad que la gloria de los santos bienaventurados es una flor que no se abre sino al sol del paraíso y bajo la mirada de Dios; esta gloria esplendorosa no podemos tenerla acá en la tierra...; ¡se nos adoraría!, pero recibimos el germen oculto que la contiene enteramente, como la semilla contiene la espiga. La Eucaristía deposita en nosotros el fermento de la resurrección y lo que causará en nosotros, después, una gloria especial y más esplendente, y sembrando en la carne corruptible brillará luego nuestro cuerpo resucitado e inmortal.

Además, nos hace felices. Al subir al cielo nuestra alma, al punto entra en posesión de la bienaventuranza del mismo Dios, sin temor de perderla ni de verla disminuir. Y en la Comunión, ¿no recibís también algunas porcioncitas de esta verdadera felicidad? Toda la felicidad entera, no, para que no dejemos de pensar en el cielo; pero ¡de qué paz, de qué dulce y santa alegría no os halláis inundados después de la Comunión! Cuanto más desprendida esté el alma de los afectos terrenos, tanto más gozará de esta alegría, llegando algunas almas a sentirse tan felices y llenas de gozo, después de la Comunión, que hasta su cuerpo llega a resentirse.

En fin, los bienaventurados participan del poder de Dios. Por eso el que comulga con gran deseo de unirse a Jesucristo mira con profundo desdén todo lo que no es digno de sus afectos divinizados. Tiene pleno dominio sobre todo lo terrestre, que en esto consiste el verdadero poder; y entonces la Comunión eleva el alma hasta Dios.

La oración se define, una ascensión del alma hacia Dios; y ¿qué es la oración comparada con la Comunión? Esa elevación de pensamientos y deseos de la oración, ¡qué lejos se halla de esta elevación sacramental, por la cual Jesús nos eleva con Él hasta el seno de Dios!

Para acostumbrar a los aguiluchos a volar por las más altas regiones, el águila les presenta la comida a mayor altura que aquella en que ellos se encuentran, y elevándose siempre, a medida que ellos se acercan, les obliga insensiblemente a remontar su vuelo hasta los altos.

Así también Jesús, águila divina, viene a nosotros trayéndonos el alimento que necesitamos, y luego se sube y nos invita a seguirle. Nos colma de dulzura para hacernos desear la felicidad del cielo; nos familiariza con el pensamiento de la gloria.

¿No notáis que cuando poseéis a Jesús en vuestro corazón deseáis el cielo y despreciáis todo lo demás? Quisierais morir en aquella hora para uniros enteramente con Dios. El que no comulga sino raras veces no puede desear a Dios tan vivamente y teme la muerte. Este pensamiento, en el fondo, no es malo; pero si tuvieseis la certeza de ir derechamente al cielo, ¡ah, entonces no querríais permanecer un cuarto de hora más sobre la tierra!

En un cuarto de hora podréis en el cielo amarle y glorificarle más que durante la vida más larga aquí en la tierra.

La Comunión, como veis, nos prepara para el cielo. ¡Qué gracia tan grande la de morir después de haber recibido el viático! Bien sé que la contrición perfecta nos justifica y nos da derecho al cielo; pero ¡cuánto mejor no debe ser partir en compañía de Jesús y ser juzgado por su amor, unido todavía, por decirlo así, a su sacramento de amor! Por eso la Iglesia quiere que sus ministros administren el santo viático, aun en el último momento, a los que están bien dispuestos, por más que hayan perdido el uso de sus sentidos; ¡tal es el deseo de tan buena Madre, que quiere que sus hijos vayan bien aprovisionados para este terrible viaje!

Pidamos a menudo la gracia de recibir el santo viático antes de morir: ésta será la prenda de nuestra eterna felicidad. San Juan Crisóstomo asegura en el libro del *Sacerdocio* que los ángeles esperan las almas de los que acaban de comulgar, una vez que han abandonado el cuerpo, y, por razón de este divino Sacramento, la rodean y acompañan, como si fueran sus satélites, hasta el trono de

Dios.

LA TRANSFIGURACIÓN EUCARÍSTICA

Et transfiguratus est ante eos
"Jesús se transfiguró ante ellos" (Mt 17, 2)

I

¡Hermosa es, ciertamente, la fiesta de la Transfiguración de Jesús sobre el Tabor! Digamos algunas palabras sobre sus relaciones con la transubstanciación. Todos los misterios tienen alguna relación con la Eucaristía; y es que la Eucaristía los completa todos. Todos se refieren a la Eucaristía, y toca a la gracia descubrir lo que hay de eucarístico en los misterios, para alimentar con ello la devoción al santísimo Sacramento.

Nuestro Señor elige a tres de sus discípulos y se traslada con ellos a una elevada montaña para manifestar su gloria, la gloria que Él oculta humillado en su carne. Iba a prepararlos contra el escándalo de su pasión, a mostrarles quién era real y verdaderamente.

Observad cómo la Eucaristía se instituye también sobre una montaña, la de Sión, de muy otra celebridad que el Tabor. Jesús tenía cierta predilección por los montes: en ellos realizó varios de los actos más importantes de su vida. No le satisfacen los terrenos bajos..., aptos para producir miasmas y engendrar enfermedades. La tierra es para los que sobre ellas se arrastran: por eso a las almas que quiere distinguir con especial amor las atrae hacia sí, elevándolas sobre las cosas de la tierra. La segunda transfiguración es más amable que la primera y de mucha mayor duración. Se verifica en presencia de todos los apóstoles. La primera ocurrió al aire libre..., porque la gloria tiene necesidad de extenderse; la segunda, que es todo amor, tiene lugar en secreto y nuestro Señor la concentra para hacerla más poderosa. Cuando se quiere demostrar el afecto que se tiene a un amigo, se le abraza. La caridad que nace del celo por la salvación de las almas se extiende cuanto puede para hacer bien al mayor número posible de ellas. El amor del corazón se concentra en el corazón y allí se le tiene como aprisionado para hacerlo más fuerte. Se reúnen sus rayos como en una lente..., como hace un óptico cuando prepara su

cristal para reunir en un punto todos los rayos y todo el calor de la luz. Nuestro Señor se comprime, por decirlo así, en el pequeñísimo espacio de la Hostia, y así como se produce un gran incendio aplicando el foco ardiente de una lente sobre materias inflamables, así la Eucaristía hace levantar llamas sobre aquellos que la reciben, abrasándoles en su fuego divino.

En el Tabor, Jesús se transfigura mientras ora. Sus vestiduras se volvieron blancas como la nieve y su rostro resplandeciente como el sol; no se podía sufrir tal esplendor. Jesús ostenta su gloria para dar a entender que su cuerpo, aunque tan flaco, al parecer, es el cuerpo de un Dios; esta transfiguración, por consiguiente, se verifica de dentro hacia fuera; Jesucristo dejó escapar al exterior un rayo de aquella gloria que ocultaba por un milagro perpetuo.

Pero Jesús no vino a darnos lecciones de gloria. Por eso la visión del Tabor pasa prontamente y apenas dura un instante.

La transfiguración sacramental se hace de fuera hacia adentro, y mientras en el Tabor Jesús rasgó el velo que ocultaba su divinidad, aquí, por el contrario, comprime y aun oculta su propia humanidad; la transfigura en una apariencia de pan, hasta el punto que ni parece Dios, ni hombre, ni practica acto alguno exterior. Jesucristo se queda como sepultado y las especies sacramentales vienen a ser el sepulcro de su poder. Con la humildad vela su humanidad tan amable y tan bella; de tal manera se une a los accidentes que parece el sujeto de ellas: el pan y el vino se han convertido en el cuerpo y en la sangre del hijo de Dios. ¿Le veis en esta transfiguración de amor y de humildad? Aunque esté oculto tras de una nube, sabemos que el sol existe; Jesús es siempre Dios y hombre perfecto, pero escondido por detrás de esa niebla del pan y del vino. Así como en el primer milagro todo fue glorioso, aquí es todo amable. No se le ve, ni se le toca; pero allí está con todos sus dones. El amor, la gracia y la fe penetran a través de los velos y reconocen sus rasgos divinos. El alma ve por la fe y creer es verdaderamente ver.

Quisieran algunos ver a Jesús en el santísimo Sacramento con los ojos del cuerpo...; pero si los apóstoles no pudieron resistir el esplendor de un solo rayo de su gloria, ¿qué ocurriría ahora? El amor no sabe transfigurarse más que en bondad, humillándose, achicándose y anonadándose. ¿Dónde hay más amor, en el calvario o en el Tabor? Comparad y decidme luego si es el Tabor o el calvario

el que ha convertido al mundo. El amor rehúsa la gloria, la oculta y desciende. Esto es lo que hizo el Verbo cuando se encarnó, cuando subió al monte calvario, y ahora lo verifica más profundamente en la Eucaristía. En vez de lamentarnos debiéramos dar gracias a Dios porque no renueva ya su Tabor. Los apóstoles, temblorosos, yacían en tierra y todas las palabras que salían de la boca divina eran bastante para aniquilarlos. ¡Los apóstoles apenas si se atrevían a hablar a nuestro Señor! ¡Aquí, en cambio, se le habla y no se le teme, porque podemos aplicar nuestro corazón al suyo y sentir su amor!

Además, la gloria, cuando menos, nos perturba el juicio. ¡Ved cómo divaga san Pedro! Hasta ha perdido el buen sentido. ¡Habla de reposo y de felicidad en tanto que Jesucristo se ocupa de sus sufrimientos y de su muerte! ¡San Pedro no se acordaba ya de sus obligaciones!

Si nuestro Señor nos manifestase su gloria, no querríamos separarnos de Él. ¡Estaríamos tan bien allí! Fue necesario que el Padre celestial diese una lección a san Pedro, y le recordase que Jesucristo era su Hijo, a quien debían seguir por todas partes hasta la muerte. Tened presente que cuando se educa al hombre con mucho mimo y regalo, su educación no resulta ni buena ni sólida, y el niño a quien se prodigan excesivas caricias no llega nunca a ser hombre de gran corazón. Por esto, la transfiguración eucarística no se verifica en el regocijo y la gloria, sino en la humillación y en secreto; la gloria le seguirá después.

En la transfiguración eucarística no se ve a Moisés ni a Elías, porque nada tienen que hacer allí. La Eucaristía no es para ellos; pero los doce Apóstoles, que serán los legisladores y los profetas del nuevo pueblo de Dios, sí que toman parte en ella. Allí está la santísima Trinidad, aunque su operación es invisible. Legiones de ángeles adoran a ese Verbo de Dios reducido a un estado tan próximo a la nada. Allí estábamos nosotros, todos nosotros... Jesús ha consagrado nuestras hostias en su voluntad y en su presciencia. Él las ha contado y nosotros, por orden suya, os las damos.

Observad ahora cómo la oración de un corazón sencillo y recto es siempre escuchada, aunque no lo sea en cuanto al modo como nosotros lo habíamos imaginado. Pedro había pedido quedarse en la montaña. ¿Se lo negó Jesús? No; no hizo más que retardar la gracia que imploraba. En la Eucaristía ha instalado Jesús su tienda entre

nosotros y para siempre, y de esta manera podemos habitar con Él en el Tabor eucarístico. No es ésta una tienda que se levanta y se transporta continuamente día por día. Es una casa que Él construyó y nosotros la habitamos día y noche. Nosotros hemos conseguido más de lo que pedía san Pedro. En cuanto a vosotros, hermanos míos, le veis como de paso, pero le veis todos los días. Además, vosotros habéis fijado vuestra vivienda cerca de la iglesia del santísimo Sacramento y sentís la dulce influencia de su vecindad.

Domine, bonum est nos hic esse –¡Señor, ¡qué bien estamos aquí! (Mt 17, 4). ¡Señor, bueno es estarnos aquí! Bien sabéis vosotros venir aquí cuando sentís alguna pena o cuando os atormenta algún dolor, y Jesucristo sacramentado es siempre el buen samaritano que os consuela. Él desahoga su corazón en el vuestro, os espera y os trata, no como a gente extraña, sino como a amigos y como a hijos de familia.

¿No os ha dicho el Padre celestial: "He aquí mi Hijo muy amado"? (Mt 17, 5). Efecto de un amor incomprensible, nos ha dado a su Hijo. Nos lo ha dado en Belén, en el calvario y, sobre todo, nos lo ha dado para siempre en el cenáculo. Jesús, por su parte, se entrega al mismo tiempo. El Padre lo engendra cada día y nos lo da a cada uno de nosotros. ¡Oh, escuchémosle!

Amemos y miremos con singular afecto esta fiesta de la transfiguración. Es una festividad del todo eucarística. Venid a esta bendita montaña donde se transfigura Jesucristo; pero no vengáis a buscar la felicidad sensible ni la gloria, sino las lecciones de santidad que nos da con su anonadamiento. Venid, sí, y haced que vuestro amor y abnegación os transfigure en Jesucristo sacramentado, esperando el día en que os transfiguréis en Jesucristo glorioso en el cielo.

SAN JUAN BAUTISTA

Illum oportet crescere, me autem minui.
"Conviene que Jesús crezca y que yo mengüe" (Jn 3, 30)

Debemos honrar a san Juan como a modelo perfecto de los adoradores. Estas hermosas palabras son la divisa de la abnegación y del sacrificio eucarístico ¡que el santísimo Sacramento crezca, sea conocido y amado y que nosotros nos anonademos a sus pies! Ahora, ved cómo san Juan, en las principales acciones de su vida, ha sido modelo de adoradores. Su vida parece haber sido una adoración continua, y en ella se encuentran los caracteres de la adoración hecha según los cuatro fines del sacrificio, que es el mejor de todos los modos de adorar.

I

La adoración. –La adoración se hace arrodillado en el suelo y con la cabeza inclinada: es éste un primer movimiento que nos lleva a reconocer, a través del velo eucarístico, la majestad infinita de Dios que allí se oculta. A este primer movimiento sucede la exaltación de su grandeza y su amor.

Notad cómo la primera gracia concedida a san Juan es una gracia de adoración. El Verbo se halla en el seno de María e inspira a su Madre que vaya a visitar a santa Isabel, y María lleva ante san Juan a su Dios y a su rey. Como san Juan no puede ir a Jesús porque su madre es muy anciana para emprender este viaje, Jesús se traslada allí. Así obra con nosotros no pudiendo nosotros ir a Dios, viene Dios a nosotros.

María desata el poder de su divino hijo al saludar a Isabel: aun hoy Jesús está como atado y nada quiere hacer sin María. La voz de María fue la del Verbo encarnado: Juan se agita en el claustro materno al oír esta voz y revela a su madre el misterio de la presencia de Dios en María, haciéndoselo comprender al mismo tiempo, como lo confiesa Isabel a María: *Exsultavit infans in utero meo* –Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno (Lc 1, 44).

Desde entonces Juan es precursor, ve a Dios y le adora en sus movimientos: él le adora, y la alegría de estar en su presencia desborda sobre su Madre.

¡Qué bueno fue nuestro Señor con san Juan! Quiso bendecirle y dársele a conocer en el seno mismo de su madre. ¡Qué grata debió serle esta adoración de su precursor! ¡Era tan espontánea!

Jesús permaneció con él tres meses; uno y otro estaban encerrados en el tabernáculo materno. Juan adoraba constantemente a su Dios, y lo sentía tras el velo que lo separaba de Él. Uníos a esta tan buena adoración de san Juan, tan viva y tan sentida, no obstante los velos y las paredes que lo separan de nuestro Señor: *Senseras Regem thalamo manentem*[9].

II

La acción de gracias. –La acción de gracias descansa en la bondad, en el amor de Jesucristo: no ve más que los dones y los beneficios; se humilla para exaltar al bienhechor; se alegra por las gracias y beneficios concedidos a él mismo y a los demás, y a la Iglesia entera. Este sentimiento dilata el corazón.

Ahora bien, en el Jordán manifiesta el Bautista este doble sentimiento de alegría y de gratitud. Considerad, en primer lugar, la gracia que le concede nuestro Señor; porque la acción de gracias parte siempre de un beneficio recibido y descansa en la humildad. Pues bien Juan va a bautizar a nuestro Señor. Él no le había visto nunca. El Padre celestial le había dado una señal por la cual le reconocería: Jesús se presenta entre la multitud de pecadores que esperaban el bautismo de Juan y oían sus enérgicas exhortaciones a la penitencia; Jesús guarda turno entre las filas de publicanos y soldados... ¡El que era rey e hijo de Dios! ...; pero nada de privilegios ni excepciones. ¡Entended esto, oh adoradores, y no tengáis más protector que Jesucristo! San Juan se arroja a los pies de Jesucristo: ¡Cómo! ¿Vos venís a mí? *Ego a te debeo baptizari, et tu venis ad me?* (Mt 3, 14).

¡He aquí la humildad... la verdad! Los santos no se creen jamás perfectos. Juan en estas palabras no habla de su ministerio: *Venis ad me,* vienes a mí; y no dice vienes a mi bautismo. ¡Qué delicadeza! El

[9] Himno "Ut queant", de la fiesta de san Juan.

hablar de su ministerio le hubiera erigido un pequeño trono, y ante Dios esto no conviene.

Jesucristo le dice: "Cumple el mandato de mi Padre" (Mt 3, 15).

Como hombre verdaderamente humilde, san Juan obedece y le bautiza. Una humildad falsa hubiese alegado cincuenta razones para excusarse; pero san Juan obedece. Y cuando nuestro Señor se retira, él no le sigue, sino que permanece en el puesto que le ha colocado la obediencia. ¡Qué humildad!

Ved ahora cómo el Bautista transfiere al Señor toda la gloria y todo el honor de la sublime función que acaba de ejercer. Sus discípulos, los peores entre todos los aduladores, queriendo honrarse con la gloria de su maestro, le manifiestan que todo el mundo va tras Jesús. ¡Oh, y cuánto me place!, responde san Juan. El amigo del esposo se coloca a su lado y permanece de pie en su presencia, mas la esposa es exclusivamente para su esposo: las almas no son sino para Jesucristo. El amigo está sólo para servir al esposo. San Juan se goza de que el divino esposo encuentre tantas esposas: "Mi alegría llega al colmo viéndole crecer. ¡Es necesario que Él aumente y que yo disminuya, que Él crezca y yo mengüe!"

¡Nada para él, todo para Jesús! Eso es lo que nosotros debemos procurar: que crezca el reino de Jesucristo. ¡Qué pena no poderle levantar un trono en todos los corazones!; por eso nos postramos en su acatamiento..., nos achicamos y elevamos a Jesucristo sobre su trono. *Illum oportet crecere* –es necesario que él crezca y que yo disminuya (Jn 3, 30). Esto tiene muchas aplicaciones en la práctica. Hoy no somos nada, pero tal vez con el tiempo cuente entre sus adoradores a hombres distinguidos. Entonces convendrá decirles. "¡Cuidado, no andéis de puntillas pretendiendo creceros por vuestros talentos... inclinaos y humillaos, para que sólo el Señor se haga visible!" ¡Es tan hermosa nuestra vocación y el objeto de la misma tan elevado! ... Se nos creerá adornados de todas las virtudes, porque de hecho deberíamos tenerlas todas para ser dignos de nuestra vocación. ¡Desgraciado de aquel que quiera sostenerse en pie en la presencia del Señor! ¡No, rodilla en tierra! *Illum oportet crescere, me autem minui.*

¡Oh, qué hermosa es la acción de gracias de aquella alma que acepta los beneficios de Dios, reconociendo que por sí misma nada es

y nada merece y transfiriendo por ello mismo a Dios la gloria que se le sigue!

III

La propiciación o reparación. –La propiciación es una indemnización que ofrecemos a nuestro Señor y un consuelo. Vasto campo se nos presenta aquí para cumplir nuestra misión de adoradores; debemos reparar, interceder y hacer penitencia por los pecados de los hombres. ¡El mundo es tan malo que hacen más falta reparaciones que acciones de gracias!

Ved cómo san Juan hace oficio de reparación cuando dice: *"Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi* –Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29): ¡He aquí el cordero de Dios que borra los pecados del mundo! Predica y señala la víctima reparadora, y después llora y gime al ver la indiferencia de los hombres hacia el Salvador. Oíd sus lamentos: *"Medius vestrum stetit quem vos nescitis* –en medio de vosotros hay alguien al que no conoceis" (Jn 1, 26). En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Se queja de que los grandes y los sabios no quieren seguir a Jesucristo, el cual solamente se ve rodeado de algunos desvalidos. Por eso él ofrece pública satisfacción, le adora como víctima. Le ensalza por aquellos que le deprimen. "Yo –dice– soy indigno aún de desatar la correa de su calzado". ¡Cómo le resarce de tantos menosprecios!

IV

La súplica o petición. –Juan había sido encarcelado por su entereza en reprender el delito de un rey culpable. Nadie se atreve a decir las verdades a los reyes: ¡se tiene miedo! ¡Es una desgracia vivir al lado de los reyes! Sus discípulos iban a verle y no creían todavía en Jesucristo. Juan hace lo posible para lograr su conversión. Este es el verdadero apostolado, es decir, conducir las almas a Jesús y hacer que de tal modo se aficionen que ya no vuelvan sobre sí mismas. Juan pide a nuestro señor Jesucristo que reciba a sus discípulos, y en seguida se los envía para que éstos se conviertan a la vista de la bondad y poder de Jesús. Obra el Señor grandes prodigios y... ¡ellos no le adoran! ¡Oh, y cuán necio es el corazón humano dominado por los prejuicios! La envidia les dice que si Jesús crece,

Juan llegará a no significar nada. ¡Ellos no quieren desaparecer con él, porque tienen el orgullo de casta y de camarilla y viven de la gloria que rodea a su maestro!

Pero cuando hubieron visitado al Salvador quedó prendida en sus corazones la fe y, muerto san Juan, se unieron a Jesucristo; su conversión fue debida a las oraciones de san Juan.

¡Aquí tenéis un buen adorador! Amad mucho a san Juan, que fue tan amado de nuestro señor Jesucristo. Jesús lloró su muerte...: era su primo, su amigo y su primer apóstol. Adorad, reparad como él y sabed sacrificaros como él por la gloria de Jesucristo. Juan murió mártir por causa de los crímenes de un rey, que son los que excitan más la cólera de Dios. Acordaos siempre de estas palabras, que son el lema de la santidad y del servicio eucarístico: *"Illum oportet crescere. me autem minui!*"; ¡Qué Jesús sacramentado sea ensalzado y yo humillado!

SANTA MARÍA MAGDALENA

Diligebat Jesus... Mariam
"Jesús amaba a María Magdalena" (Jn 11, 5)

Santa María Magdalena era la amiga privilegiada de Jesús. Le servía con sus bienes y le acompañaba por todas partes. Honró magníficamente con sus oblaciones la sacratísima humanidad de Jesús. Tenía gusto especial en orar a sus pies contemplándole en silencio; todos estos títulos le dan derecho a considerarla como patrona y modelo de adoración y del servicio que se debe a Jesús sacramentado. Estudiemos a santa María Magdalena: su vida está llena de las mejores enseñanzas.

I

Jesús amaba a María, a María su hermana y a Lázaro: a María especialmente. Sin duda que amaba a los tres, pero sentía especial afecto por María.

Aunque Jesús nos ame a todos, tiene, no obstante, sus amigos predilectos, y permite que nosotros los tengamos también en nuestro Señor. La naturaleza y aun la gracia misma necesita de ellos. Todos los santos han tenido amigos de corazón y ellos mismos han sido los más tiernos y desinteresados amigos.

Magdalena fue, antes de su conversión, una pecadora pública. Poseía todas las cualidades de cuerpo y de alma, juntamente con todos los bienes de fortuna a propósito para llegar a los mayores excesos. Y ella se dejó llevar. El Evangelio la rebaja hasta decir que fue una pecadora pública. Tan grande llegó a ser su degradación, que Simón el fariseo tuvo por una deshonra que ella hubiese entrado en su casa. Hasta llegó a dudar del espíritu profético de Jesús viendo cómo la toleraba a sus pies.

Mas esta pobre pecadora, una vez conseguido el perdón de sus culpas, remonta su vuelo hasta la cumbre de la santidad. Veamos cómo.

II

Lo que más detiene a los grandes pecadores impidiéndoles que se conviertan, es el respeto humano. No podría perseverar en el bien –dicen– y no me atrevo a acometer una empresa en la que me sería imposible continuar. Y se detienen desalentados.

No obró así la Magdalena; sabe que Jesús está en casa de Simón y no vacila. Se dirige directamente a Jesús y hace confesión pública. Se atreve a penetrar en una casa de la que se le hubiere despedido ignominiosamente si alguien la hubiese conocido al entrar en ella. A los pies de Jesús no profiere una sola palabra, pero su amor habla muy alto. Los pintores la representan con los cabellos sueltos y descuidados y con los vestidos poco arreglados; pero estos cuadros son puro parto de la imaginación; eso no hubiese sido digno ni de Jesús ni del arrepentimiento de ella.

Va derechamente a Jesús... sin equivocarse. ¿Dónde lo ha conocido? ¡Ah..., el corazón que está enfermo sabe muy bien encontrar al que le ha de curar y consolar!

María no se atreve a levantar la vista para mirar a Jesús, ni dice una palabra: tal es el carácter del verdadero arrepentimiento, como se ve en el hijo pródigo y en el publicano.

El pecador que mira de frente a Dios, a quien ha ofendido, le insulta. María llora y con sus cabellos enjuga los pies de Jesús, que ha regado con sus lágrimas. Ahí está su puesto, a los pies de Jesús. Los pies pisan la tierra, y ella conoce que no es más que polvo de un cadáver. Los cabellos, vanidad que el mundo adora, son en sus manos un trapo: allí permanece postrada esperando la sentencia. Ella oye las murmuraciones de los envidiosos, de los apóstoles y de los demás judíos que no honraban sino la virtud aplaudida y triunfante. Ellos no amaban a Magdalena, la cual les da a todos una lección. Todos habían pecado, pero nadie había tenido el valor para pedir perdón públicamente. ¡El mismo Simón, prototipo del orgullo y de hipocresía, se indigna! Mas Jesús defiende a Magdalena. ¡Qué palabras de rehabilitación: se le han perdonado muchos pecados porque ha amado mucho! “Ve en paz –le dice el Salvador–, tu fe te ha salvado” (Lc 7, 47. 50).

No añade: no peques más, como dijo a la adúltera, más humillada por haber sido sorprendida en el crimen que arrepentida por haber ofendido a Dios. La Magdalena no necesita esta

recomendación: su amor da a Jesús la certeza de la firmeza de su propósito. ¡Qué absolución tan hermosa y conmovedora! Magdalena tiene una contrición perfecta. Cuando vayáis a los pies del confesor uníos a la Magdalena, y que vuestra contrición, como la suya, sea más efecto del amor que del temor.

La Magdalena se retiró purificada con el bautismo del amor, y con su humildad llegó a ser más perfecta que los apóstoles. Ahora con este ejemplo despreciad a los pecadores, si os atrevéis. Un instante es suficiente para hacer de ellos grandes santos. ¡Cuántos de estos grandes santos han sido buscados por Jesucristo cuando se hallaban encenagados en sus pecados, como, por ejemplo, san Pablo, san Agustín y tantos otros! La Magdalena les abre el camino: supo llegar hasta el corazón de Jesús, porque partió desde muy abajo y se humilló profundamente. ¿Quién podría ya desesperar?

III

Después de su conversión, la Magdalena va a entrar en el amor activo. Esta es una gran lección. Muchos de los convertidos se detienen allí. Quieren permanecer en la paz de una buena conciencia guardando los mandamientos. No se atreven a seguir a Jesús y acaban por volver a caer. El hombre no puede vivir de lágrimas y suspiros. Habiendo destruido los ídolos de vuestro corazón, que constituían vuestra vida, es necesario que algo los substituya y este algo no puede ser sino el vivir de la vida de Dios. ¿Que estáis arrodillados a los pies de Jesús? Bien; pero luego Él se levanta: seguidle y marchad con Él. Ved a la Magdalena cómo va a seguir a Jesús y ya no se apartará de Él jamás. La volveréis a encontrar a sus pies escuchando sus palabras y meditándolas en su corazón. Esta es la gracia peculiar de su vida; su lenguaje es la oración, la plegaria y el amor. Sigue a Jesús y practica las virtudes de que le da ejemplo en sus diversos estados de vida. La conversión que se limita al sentimiento no es duradera; María toma parte en todas las vicisitudes de la vida de Jesús.

Durante sus viajes, ella le proporciona lo que necesitaba para su subsistencia y para la de sus apóstoles. Jesús va con frecuencia a casa de sus amigos de Betania y come con ellos: Él, en cambio, les concede el alimento de las gracias del amor. Cada vez que Jesús se presenta allí, María cae rendida a sus pies y se entrega a la oración.

Marta se siente aguijoneada por la envidia. Lo mismo les pasa a aquéllos que creen que de todos los estados de la vida uno sólo es bueno y una sola la manera de vivir. Todos los estados son buenos y, por consiguiente, el que habéis elegido es bueno: guardadlo y no despreciéis los demás. Marta, trabajando por Jesús, hace bien, pero hizo mal mostrándose celosa de su hermana. Jesús, como sabéis, le respondió defendiendo a Magdalena. Es mejor oír su voz que ocuparse en preparar el alimento. Así ocurre que las vocaciones de vida activa suelen quejarse de las almas contemplativas: "Sois inútiles –dicen–; venid a ejercitar la caridad trabajando en favor de nuestros hermanos"; pero Jesús hace la defensa de ellas en este pasaje. Pues qué, ¿no hay que ejercitar también la caridad con Jesucristo pobre y abandonado en su Sacramento?

La Magdalena oye este diálogo y no responde palabra a las quejas de su hermana: se encuentra bien a los pies del Salvador y allí continúa.

Otro carácter del amor activo de Magdalena es el sufrimiento: sufre con Jesucristo. Sin duda que había conocido con anticipación la muerte de su Maestro, porque la amistad no tiene secretos, y si Jesús la reveló a sus apóstoles, tan rudos y groseros... ¿cómo la había de ocultar a la Magdalena?

Ved cómo le hace sufrir su amor. Magdalena aventaja en valor a los hombres... sube hasta el calvario, deja a su familia muy amada por seguir a Jesús hasta el final de su pasión, y la vemos con María santísima a los pies de la cruz. El evangelio la nombra expresamente, que bien había merecido esta distinción. ¿Y qué hace allí? Ama y sufre con Jesús. El que ama quiere participar de la vida de su amigo, sea ésta la que fuere. El amor funde en una sola dos vidas, dos existencias. La Magdalena no está en pie, porque recuerda que ha sido pecadora y que debe estar arrodillada. Solamente María permanece en pie inmolando a su querido hijo..., a su Isaac.

La Magdalena espera allí hasta después de la muerte de Jesús. Al amanecer del primer día de la semana vuelve al mismo sitio. No se olvida que Jesús está sepultado y quiere todavía sufrir y llorar. El evangelio encomia el celo y la magnificencia de los presentes de las otras mujeres; de Magdalena, sólo habla de las lágrimas. ¡Esta es la heroína cristiana! Magdalena más que todos los demás santos nos hace ver la necesidad de la misericordia divina.

IV

Después de la ascensión, no dice una palabra de la Magdalena el sagrado libro. Una tradición constante y venerable refiere que los judíos pusieron a María, Marta y Lázaro en un barco desmantelado, lanzándolos a alta mar para que en ella encontrasen una muerte segura. Pero el amigo de otros tiempos los sigue amando y Jesús suple la falta de piloto y de gobernalle del buque. Condúcelos a Marsella y los confía a los naturales del país, a ellos que son amigos e hijos primogénitos de su familia.

Lázaro murió mártir. Era necesario que su sangre regara la hermosa tierra provenzal para que la fe floreciese en ella. Marta subió hasta Tarascón, y reuniendo una comunidad de vírgenes, practicaba la caridad tanto espiritual como corporal en todo el país circunvecino.

Magdalena se retira, como para acercarse más a Dios, a una montaña en la cual encuentra una gruta, preparada, sin duda, por las manos de los ángeles. Muy pronto recibe allí gran número de visitantes, y faltándole tiempo para conversar con su buen Maestro, sube más arriba, sobre un pico escarpado, y entonces se entretiene solamente con Dios. Allí termina sus días; allí pasó la vida orando y continuando en su propia vida los misterios de la vida de Jesús, el cual la visitaba sin cesar. Los sacerdotes cristianos le llevaban la santa Comunión, y cuando estaba para exhalar el último suspiro, san Maximino, uno, de los setenta y dos discípulos que tuvo el Salvador durante su vida, le dio con su mano la comunión. Ella había acompañado a Jesús a la hora de la muerte y este buen Salvador le correspondía con el mismo servicio y con el mismo honor.

Murió en Francia, y de ello se glorían sus buenos hijos que poseen sus santas reliquias. Esta es una de las pruebas más señaladas del amor que Jesucristo profesa a Francia, puesto que le envió sus amigos y aquí se encuentran; por eso, esperemos que Francia encontrará en las oraciones y en los méritos de María Magdalena títulos suficientes para confiar en la misericordia de Dios, con tal que esta nación imite el arrepentimiento y el amor de ella para con Jesús, que habita en sus ciudades y sus más insignificantes aldeas. Sí; Jesucristo ama con predilección a Francia como amaba a la Magdalena y a la familia de Betania.

EL MES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Mensis iste, vobis principium mensium
"Este mes sea para vosotros el primero de todos" (Ex 12, 2)

Muchas almas piadosas consagran el mes de junio a honrar al sagrado corazón de Jesús. Por eso se le llama el mes del sagrado corazón.

Nosotros queremos consagrarlo al santísimo Sacramento y creo que el nombre de mes del santísimo Sacramento le cuadra mejor que el primero.

Si bien es verdad que de ordinario se encuentran en este mes las dos fiestas, la del sagrado Corazón y la del santísimo Sacramento, la última es más solemne y de rito superior. Es mucho más antigua en la Iglesia y debe sernos más grata.

Que se venere el sagrado Corazón como el asiento, por decirlo así, del amor infinito de Jesucristo, está muy bien: pero las almas eucarísticas sabrán honrarle también en el santísimo Sacramento. Porque ¿dónde se halla verdadera y substancialmente vivo el corazón de Jesús sino en el santísimo Sacramento y en el cielo?

Muchos le honran en sus imágenes y tienen especial devoción a los cuadros del sagrado corazón de Jesús. Este culto es bueno, pero es solamente relativo, y nosotros debemos ir más allá de la imagen, hasta llegar a la realidad. En el santísimo Sacramento está vivo y late por nosotros... Que Él sea nuestra vida y que el centro de nuestra actividad se halle en ese corazón vivo y animado; sepamos honrar al sagrado corazón de Jesús en la Eucaristía y hagamos de manera que siempre anden unidas estas dos cosas en nuestras devociones, sin admitir nunca separación entre el sacratísimo corazón de Jesús y la santísima Eucaristía.

I

Hay en el año varios meses consagrados a devociones especiales, las cuales se practican durante treinta días seguidos: así tenemos el mes de María, que viene a ser una fiesta de treinta días

dedicados a honrar a la santísima Virgen. Durante este mes se ensalzan todas sus virtudes, se honran los misterios de su vida y siempre se consigue alguna nueva gracia. También tenemos el mes de san José y muy pronto cada devoción importante tendrá señalado algún mes para practicar en él sus ejercicios especiales. ¡Tanto mejor! Esta es cosa excelente y muy importante para la piedad católica.

Porque la devoción que se practica un mes seguido abraza todo el objeto, lo considera en todos sus aspectos y alcanza de él un verdadero y cabal conocimiento. Por medio de las meditaciones diarias y de cierta unidad de ejercicios, de virtudes y oraciones sobre el mismo objeto, se llega a conseguir una verdadera y sólida devoción respecto del misterio que se ha considerado durante el mes. Donde no hay más que un pensamiento concentrado, éste es vigoroso y completo.

Nuestra devoción debe ser robusta y compacta y tender a un objeto único. ¿Por qué muchas almas piadosas no llegan a una santidad notable? Porque dividen su atención en muchas devociones. Su alma piadosa no encuentra alimento suficiente para conservar la piedad y hacerla progresar. No saben formarse un cuerpo de doctrina.

Ya sabéis cuántos frutos suelen producir las misiones, aun en parroquias que han permanecido mucho tiempo sordas a las vivas exhortaciones y a los ejemplos heroicos de sus pastores. La razón es porque las misiones son una serie no interrumpida de ejercicios varios. Las misiones emplean todos aquellos medios que pueden conmover los corazones, impresionar la imaginación y hacer reflexionar seriamente. Una misión es un torrente compuesto de todos los medios de salvación reunidos; ¿qué extraño es que triunfe aún en los corazones más empedernidos?

Cuando todos nuestros pensamientos y todas nuestras devociones se reúnen y se concentran en un objeto, nos conducen al monte más elevado de la virtud y nos allanan todos los obstáculos.

Tengamos, pues, una devoción concentrada y continua. Dicen que para corregir una mala costumbre o un vicio arraigado es preciso comenzar por observarse uno a sí mismo y combatirse durante algún tiempo, antes de que comience el movimiento de ascensión hacia la virtud opuesta; una vez iniciado este movimiento, se camina a pasos de gigante.

Lo mismo ocurre con el objeto que nos ocupa: habrá de transcurrir cierto tiempo antes que lleguemos a amar la devoción del santísimo Sacramento con un amor decidido e ilustrado; esta es la madre y la reina de todas las devociones; es el sol de la piedad. La devoción a María santísima es buena y excelente, pero debe tender y referirse a la devoción a la Eucaristía, como María misma se refiere completamente a Jesús. La Escritura la compara, con toda propiedad, a la luna, la cual recibe toda su luz del sol y se la envía de nuevo.

Pues bien; si el mes de María obra tantas conversiones, si produce tanto bien en las almas y alcanza tantas gracias de todo género, ¿qué no hará el mes del santísimo Sacramento teniendo en cuenta que en él honráis las virtudes, los sacrificios y la persona misma de Jesús-Eucaristía? Y si sabéis unificar lecturas, aspiraciones y virtudes en la Eucaristía, al fin de aquel mes habréis obtenido alguna victoria sobre vosotros mismos; vuestro amor se habrá acrecentado y las gracias recibidas serán más poderosas.

El Señor dijo que el que come su carne y bebe su sangre vive en Él; ¿qué sucederá si completáis vuestra Comunión sacramental con otra comunión del amor, de las virtudes, de la santidad y de la vida de Jesús en el santísimo Sacramento, y esto durante treinta días consecutivos?

Ahí tenéis en qué consiste la unificación de vuestras devociones. Sin esto tendréis buenos pensamientos, pero careceréis del principio que les da vida. La lluvia torrencial que dura unos instantes no hace más que arrastrar la tierra; pero la lluvia fina que dura mucho tiempo la penetra y fecundiza. El pensamiento de la Eucaristía sostenido durante un mes seguido será al fin de dicho mes un manantial abundante que fecundará vuestras virtudes y se convertirá en fuerza divina que os hará volar por el camino de la santidad. Podemos deciros, ateniéndonos tan sólo a los dictados de la razón pura y de la filosofía natural, que si os ejercitáis por espacio de un mes sobre un objeto o tema único, vuestro espíritu se habituará a él.

Y no temáis que esta concentración de vuestro espíritu sobre un mismo misterio acorte o reduzca vuestro horizonte. La Eucaristía encierra todos los misterios y todas las virtudes: en la Eucaristía encontramos también el medio de hacerlas revivir y de considerarlas en su propio sujeto, vivo y animado, que lo tenéis delante de

vosotros, todo lo cual facilita singularmente la meditación. Porque vosotros veis a Jesús en la Eucaristía, y veis su vestidura sacramental: sabéis por vuestros mismos sentidos que está allí; la Hostia os habla, fija vuestra mirada y os presenta sensiblemente a nuestro señor Jesucristo.

Que este mes sea para vosotros un mes de ventura, en que viváis íntimamente unidos a Jesús. Ya lo sabéis, su conversación no cansa jamás. *Non habet amaritudinem conversatio illius* –su compañía no causa amargura (Sab 8, 16). Que os haga dar un paso de gigante en el camino de la santidad.

II

¿Qué deberéis hacer durante este mes para aprovecharon bien de él?

Conviene, ante todo, que tengáis un libro que hable del santísimo Sacramento y que leáis en él un poco todos los días. No temáis agotar la materia: las profundidades del amor de Jesús son inconmensurables; ya le consideremos presente en la Eucaristía, o ya le miremos en el cielo, siempre es hermoso, siempre nuevo, siempre infinito. ¡No temáis que se vaya a secar este manantial infinito; tiene el Señor tantas gracias que darnos ahora, y, después, tanta gloria!

Tened un libro que trate de la Eucaristía. Sé muy bien que no son los libros los que hacen a los santos y que, por el contrario, son los santos los que hacen buenos libros. Por eso no os recomiendo los libros sino para instruiros, para que despierten en vosotros pensamientos que luego vosotros mismos perfeccionéis y de ellos os valgáis en la meditación.

Tomad, por ejemplo, el cuarto libro de la *Imitación de Cristo*: ¡es tan hermoso! ¡Un ángel debió escribirlo, sin duda!

Podéis también usar las *Visitas al santísimo Sacramento*, de san Alfonso María de Ligorio. Cuando se escribió este libro causó una verdadera revolución en la piedad; produjo y produce todavía diariamente abundantísimos frutos de salvación.

¿Qué más puedo yo deciros? Tomad cualquier libro, el que más os guste. Dejad las demás devociones durante este mes; nada perderéis sumergiéndoos enteramente en el sol.

Visitad más a menudo y por más tiempo el santísimo Sacramento.

Comulgad con más fervor.

Practicad alguna virtud en consonancia con el estado de Jesús en la Eucaristía; su silencio... y, sobre todo, su vida de recogimiento en su Padre y su anonadamiento.

Haced algún sacrificio particular en honor del santísimo Sacramento. Presentadle cada día una nueva flor. Él se digna concedernos que podamos acercarnos a su adorable Persona para presentarle nuestra ofrenda: no se dejan ver con tanta facilidad los grandes de la tierra. No despreciemos este favor que nos concede, efecto de su ardiente amor hacia nosotros; este derecho que nos compite como a hijos de la familia cristiana.

En resumen: para pasar bien este mes es necesario practicar alguna virtud eucarística y leer algún libro acerca del santísimo Sacramento. Esto es más necesario de lo que pudiera pensarse. Con un libro tendréis pensamientos nuevos; si no tenéis libro, estaréis áridos, repitiendo siempre la misma cosa: *ut jumentum* (Ps 73, 22). El libro solo no es nada; mas si lo acercáis a vuestro corazón le comunicaréis vida. La misma santa Escritura debe leerse con el corazón: leída sin fe y sin amor causará vuestra perdición, como obceca y endurece a ciertos incrédulos, a pesar de leerla todos los días.

Tal vez digáis: “No me agradan los libros, porque en ellos no encuentro todo lo que busca mi alma: no le bastan a ésta los libros”. Felizmente que así es; sería bien triste que los libros se encargasen de hacer toda nuestra oración y ellos lo dijesen todo; en este caso resultaríamos máquinas parlantes. El Salvador no permite que los libros lo sean todo para nosotros en la oración; nosotros debemos obtener su gracia con nuestro propio trabajo; como si dijéramos, con el sudor de nuestra frente. La vida de un santo, aunque hubiese sido el mayor que ha tenido la Iglesia, nunca se ajustaría por completo a vuestra propia vida. Y ¿por qué? Porque vosotros no sois aquel santo y porque poseéis una gracia personal adecuada a vuestra naturaleza; porque tenéis una personalidad propia de que no podríais hacer completa abstracción.

Leed, sí, pero no esperéis todo el fruto de la lectura, sino de vuestra propia meditación.

“Yo haría mi adoración y mi visita; pero no puedo ir a la iglesia durante el día”. Que no sea esto un obstáculo, porque nuestro

Señor os ve aun en vuestra casa y os oye desde su tabernáculo. Él nos ve desde el cielo... ¿por qué no había de vernos desde la santa Hostia?[10]. Adoradle donde quiera que os halléis; haréis una buena adoración de amor, y el Señor comprenderá vuestro deseo.

Sería muy lamentable que sólo en los templos pudiéramos ponernos en relación con Jesús sacramentado. La luz del sol nos circunda y alumbra aun cuando no estemos bajo la acción directa de sus rayos, y del mismo modo, desde su Hostia sacrosanta, hará el Señor que penetren en nuestra casa algunos rayos de su amor que nos den calor y fuerza. En el orden sobrenatural, como en el de la naturaleza, existen las corrientes... ¿No os sentís alguna vez súbita e inopinadamente recogidos y enajenados de amor? ... Es un rayo de la divina bondad, una corriente de gracia que os ha atravesado. Confiad mucho en estas corrientes, en estas relaciones que desde lejos podéis tener con Jesús.

¡Sería muy triste que Jesús no recibiese más adoraciones que aquellas que se le rinden dentro de la iglesia! No, eso no debe ser; que Él ve en todas partes, bendice en todas partes y en todas partes se une a los que quieren ponerse en relación con Él. Adoradle allí donde os encontréis. Volveos en espíritu hacia el tabernáculo.

Que todos nuestros pensamientos sean para Él durante este mes; que vuestras virtudes y vuestro amor vayan encauzados a ese centro divino y este mes del santísimo Sacramento será para vosotros un mes de bendiciones y de gracias.

---

[10] Esta opinión es defendida por Suárez. Disp. LIII, sect. III.

Segunda serie

LA SAGRADA COMUNIÓN

Puntos de adoración sobre la Comunión y la vida de unión con Jesús Sacramentado

PRÓLOGO

Esta nueva serie de escritos de san Pedro Julián Eymard consta, lo mismo que la primera, de notas y apuntes encontrados entre sus manuscritos o tomados mientras él hablaba por discípulos de cuya fidelidad no cabe dudar. Son como la quintaesencia de su predicación sobre la Eucaristía considerada como mantenimiento de nuestra vida sobrenatural y como medio soberano de unión de nuestras almas con el Amado.

Más que un tratado sobre la Comunión, lo que aquí ofrecemos a los enamorados de Jesucristo sacramentado son puntos de meditación que han de desenvolver en la adoración a los pies de nuestro Señor. Como muy bien se ha observado, Pedro Julián no parece sino que habla por axiomas; no se detiene en dar pruebas de lo que dice, sino que se contenta con enunciar; se diría que cuanto dice lo recibe directamente del Espíritu Santo, no haciendo por su parte más que transmitirlo fielmente y de un modo apropiado a nuestras inteligencias. Desempeñando perfectamente el oficio de precursor del reinado eucarístico, que fue el suyo, trazó el plan y echó los cimientos de una devoción a la Eucaristía que abarca la existencia entera y viene a ser principio propulsor, meta suprema de la vida cristiana. Quiso Dios que fundara una sociedad religiosa que, comprendiendo con sus diversas ramas todos los estados y todas las condiciones, tiende a realizar esa obra por excelencia que es el reinado del santísimo Sacramento en las almas y en las sociedades humanas.

Quien haya leído todos los escritos del autor no podrá por menos de reconocer que indica todos los puntos de la devoción eucarística, tratándola en todos sus aspectos. Y esta muchedumbre de puntos de mira y la amplitud de horizontes que descubre no dañan en nada a la unidad de su obra, que es sencillamente admirable. Para este sacerdote de la Eucaristía el santísimo Sacramento lo es todo, porque es Jesucristo mismo: Omnia et in omnibus Christus –sino sólo Cristo, que es todo y está en todos (Col.

3, 11).

Esta serie contiene más de veinte meditaciones sobre la sagrada Comunión. También se encontrará en ella un directorio práctico, para prepararse debidamente a comulgar, así como para dar gracias. Se han añadido algunos métodos para participar bien en la santa misa, la cual, a más de comprender la Comunión como parte integrante, suele ser la única preparación de muchos a quienes cuidados de familia o quehaceres ineludibles apenas dejan algunos momentos libres.

Se considera después la belleza y bondad de la Comunión, mostrándonos el autor cómo ella nos levanta, nos ennoblece y hace subir a la vida divina, a la unión con Dios.

Unión de vida, de pensamientos, de afectos, de juicio con Jesucristo sacramentado; pero unión constante e inseparable, tal es el blanco a donde se dirige toda la dirección del apóstol de la Eucaristía. Por eso no hemos creído desmentir del título de la serie el insertar en él cuanto de más bello y expresivo hemos encontrado entre sus escritos sobre la vida de unión. Porque sin salto alguno, y como por pendiente natural, se pasa de la Comunión sacramental a la espiritual. No otra cosa que Comunión perpetua debe ser la vida cristiana.

En cuanto nos es posible vamos cada mañana a tomar el alimento de nuestra unión con nuestro Señor, lo que constituye su fuerza y dulzura: es preciso, empero, que la Comunión se prolongue durante el día, que su benéfica influencia nos domine, nos siga y nos conduzca hasta la del día siguiente: hay que vivir en una atmósfera de Comunión. Creer que la Comunión se acaba con la acción de gracias, hecha durante algunos instantes, es no comprender bien los designios de nuestro Señor. El momento de este divino convite en que se nos da a comer su cuerpo y su sangre a beber es, sin duda, el más hermoso y dulce de la vida; pero no pasa de ser un momento. Lo que debemos hacer es prolongar sus saludables efectos. Porque aun cuando cese la presencia del cuerpo de Jesucristo nos queda la de su espíritu, y también la del Padre, por lo mismo que amamos a su Verbo; y de tal manera, que la santísima Trinidad habite y se manifieste en nosotros con más amor, santificándonos con mayor eficacia.

Pues la Eucaristía es alimento, más allá del acto de comer

deben extenderse sus efectos; y así como el alimento natural, una vez comido y digerido, nos mantiene y hace vivir con vida más pujante, así también, mucho después de comido, debe el maná celestial hacer sentir sus efectos. En suma, parécenos que la vida cristiana se compendia en estos dos términos: comulgar con el cuerpo de Jesucristo sacramentado y vivir de unión con el alma y con el Espíritu de Jesús. La Comunión que no va seguida de la vida de unión con nuestro Señor, o no produce fruto o lo produce muy escaso.

El fundamento de la vida de unión es el estado de gracia, y toda alma enriquecida con la gracia santificante es rama unida a la divina cepa y nutrida de la savia del Espíritu Santo; basta la caridad para hacer de nosotros templos suyos y miembros vivos de Jesucristo. Ahora, para conservarse y crecer, necesita el estado de gracia, como todo hábito, de alimento y ejercicio, que encontramos en la unión actual, en las aspiraciones de cada instante; los actos de amor multiplicados, las miradas inflamadas al Amado constituyen la fuerza del estado de gracia, garantizan su duración y aseguran su fruto. Como no se renueve a menudo tornándolo vivo y eficaz por medio de la Comunión espiritual, el estado de gracia languidece y no produce nada; y con ser tan rico el fondo sobrenatural que poseemos, pues no es otra cosa que Dios mismo, el Espíritu Santo, con todos sus dones, no producimos más que frutos naturales.

¡Cuántas almas hay que viviendo puras del pecado mortal y siendo, por consiguiente, moradas del Espíritu Santo, y pudiendo servirse de Él para ganar tesoros infinitos de gracias, le dejan con todo inactivo y ni siquiera sospechan lo que poseen ni lo que son gracias a Él!

Y, sin embargo, el Espíritu de Dios es de suyo activo, continuamente nos inspira afectos de amor, y corresponder fielmente a estas mociones del corazón y de la voluntad es vivir de una vida celestial, angélica, de la misma vida de Dios.

En la santísima Trinidad, el Padre conoce a su Hijo y le ama con amor incesante, continuo, infinito; durante la vida mortal del Salvador el alma de Jesucristo andaba constantemente fija en la divinidad que veía sin velos, le asistía el Espíritu Santo e le inspiraba actos del amor más heroicos hacia nosotros y de la más absoluta abnegación por la gloria de su Padre.

La santísima Virgen fue prevenida desde el primer instante de su concepción con dulzuras de celestial bendición, y cada uno de los minutos de su vida iba marcado con un acto de amor y de entrega total de sí misma a Dios.

Y san Pablo, apremiado con inspiraciones incesantes, ardientes y consumidoras del Espíritu de Dios, e incapaz de resistir sin morir a sus violencias, exclamaba: Charitas Christi urget nos.

Así han sido todos los santos: su vida era una serie no interrumpida de actos de amor; todas sus acciones eran un homenaje a la voluntad divina, continuamente estaban al habla con Dios presente dentro de sí.

A esto ha de llegar quien tiene la dicha de comulgar a menudo; mas aún es ésta una obligación de todos los cristianos, porque si el Espíritu Santo, la santísima Trinidad está en ellos, no pueden descuidar tamaño tesoro y un medio tan poderoso de santificación sin causarse muy grave daño. ¿Cómo pensar que estos actos de amor inspirados por el Espíritu Santo al alma fiel, a cada instante del día, en medio de las ocupaciones de la vida más laboriosa, son dignos del cielo, aumentan nuestra gloria y un día han de brillar en nuestra corona cual perlas deslumbradoras, sin escuchar la voz del Espíritu santificador, ni darse de lleno a la vida de unión?

Es de ver lo que Eymard dice sobre el hábito de recogimiento y de oración, que con el estado de gracia es la condición esencial para la vida de unión con Jesucristo. Y nótese bien que estas enseñanzas no son solamente para religiosos o religiosas abrigados tras los muros del claustro y consagrados por estado a la vida de perfección. Sus enseñanzas iban dirigidas a los fieles, no menos que a los religiosos presentes.

Por eso, ofrecemos esta segunda serie a todas las almas piadosas que oran, comulgan y visitan al santísimo Sacramento, las cuales son, por fortuna, numerosas en la Iglesia, y constituyen en el mundo la flor de las parroquias y el más sólido apoyo de todas las buenas obras.

¿Y no deben vivir también de amor y de unión con el Amado esas vírgenes cristianas a quienes nuestro Señor no ha dado inclinación a la vida religiosa, o que, habiéndola recibido, no pueden corresponder a la misma por razones que se imponen a su

voluntad y exceden a sus fuerzas? Las vocaciones son variadas; al lado de las flores, que cultivan con amor privilegiado en el retirado jardín de la vida monástica, tiene el Señor otras no menos bellas y puras que le agradan en el mundo; tiene azucenas entre espinas, que exhalan perfume de sacrificios, de combates sostenidos y de victorias logradas, bien dignas por cierto de sus miradas y de su corazón; tiene ángeles de Dios que viven en el mundo y no son del mundo, todos los cuales son vivos testimonios de que la divina gracia santifica las almas como le place y donde le place.

Este libro será también útil a esas cristianas madres de familia que educan a sus hijos para Dios y saben que su tarea consiste en hacer de los mismos otros tantos Cristos; penetradas de los pensamientos que encierra llevarán a sus hijos a la devoción al santísimo Sacramento, a la Comunión frecuente, haciéndoles ver que la Eucaristía es el manantial de la pureza, de la santidad, del valor y del honor.

En una palabra, ofrecemos estas páginas a todo el que quiera santificarse, sean cuales fueren sus ocupaciones, trabajos y estado. El recogimiento en la bondad de Jesús sacramentado se compagina con todo y a nada daña, como no sea a la pereza espiritual; no acertaríamos a comprender que hubiera de trabajarse menos activamente, que las labores mentales o manuales hubieran de ser menos perfectas por haberlas ofrecido a Nuestro Señor antes de comenzadas y por renovar con más amor todavía este don al ejecutarlas.

Pero nadie se llame a engaño respecto del carácter de esta obra. No es un tratado de vida interior, de la que no trata más que un punto, o sea la Comunión y el recogimiento. Además, estas meditaciones no guardan entre sí otra conexión que la de tratar asuntos agrupados por razón de cierta analogía: hay meditaciones que explican la precedente y hacen penetrar mejor su significado; pero ninguna hay que sea desarrollo riguroso y lógico de otra.

No dudamos de que los amantes españoles o de lengua española del Amor de los amores saborearán con agrado las consideraciones de san Pedro Julián Eymard, tan empapadas de amor, y sus consejos, dictados por una experiencia consumada en las vías del Señor; en ellos encontrarán luz para su dirección espiritual. Lo que por encima de todo quisiéramos es que

comprendieran todos bien que para santificarse hay que vivir de la Eucaristía y para la Eucaristía, y que la santidad no es acá abajo otra cosa que la Comunión sacramental y espiritual con Jesús sacramentado, del propio modo que la bienaventuranza del cielo no es sino la comunión con Jesucristo glorioso.

EL ESPÍRITU DE LA COMUNIÓN

Dilata os tuum et implebo illud
"Da rienda suelta a tus deseos, que yo los llenaré" (Ps 80, 11)

En la inefable unión que con el que comulga contrae, llega el amor de Jesucristo al último grado de perfección y produce copiosísimas gracias, por lo que debemos aspirar a la Comunión, y a la Comunión frecuente y aun cotidiana, por cuanto de bueno, santo y perfecto puedan sugerirnos la piedad, las virtudes y el amor.

Como la sagrada Comunión es la gracia, el modelo y el ejercicio de todas las virtudes, puesto que todas se practican en esta divina acción, mayor provecho sacaremos de ella que de todos los demás medios de santificación.

Mas para ello menester es que la sagrada Comunión llegue a ser el pensamiento que se adueñe de nuestra mente y de nuestros afectos, el intento a cuya consecución se encaminen el estudio, la piedad y las virtudes todas: el fin de la vida entera, como también la ley que la rija, debe ser la recepción de Jesús.

Vivamos de tal suerte que pueda admitírsenos fructuosamente a la Comunión frecuente y aun diaria; para decirlo todo de una vez, perfeccionémonos para comulgar bien y vivamos para comulgar siempre.

Pero, ¿la grandeza de Dios no oprimirá nuestra nada? –No. Antes al contrario, en la Comunión no existe esa celestial y divina grandeza que reina en los cielos. ¿No veis cómo se encubre Jesús para no asustaron y para que oséis mirarle y acercaros?

¿Qué deberá vuestra indignidad deteneros lejos de Dios infinitamente santo? Cierto que el mayor santo, que el querubín más puro, es indigno de recibir al Dios sacramentado... Pero ¿no paráis mientes en que Jesús oculta sus virtudes y hasta su santidad para no mostrar más que su bondad? ¿No escucháis esa suavísima voz suya que os dice: *venid a mí*? ¿No sentís la proximidad de ese amor divino que os atrae? Vuestros derechos no se fundan, no, en vuestros méritos, ni vuestras virtudes os abren las puertas del cenáculo, sino el

amor de Jesús.

¡Pero es tan poca cosa mi piedad y tan frío mi amor! ¿Cómo recibir a nuestro Señor en alma tan tibia y, por lo mismo, tan repugnante y despreciable?

¿Tibios estáis? Razón de más para que os echéis en ese horno ardiente... ¿Repugnantes? ¡Oh, eso nunca para este buen Pastor, para este tierno Padre, más padre que todos los padres, más madre que todas las madres! Cuanto más enfermos y flacos estéis, tanto mayor necesidad tenéis de su socorro; el pan es vida de débiles no menos que de fuertes.

¡Pero si tal vez tenga pecados en mi conciencia! ... Si después del debido examen no tenéis certeza moral, si no tenéis conciencia positiva de algún pecado mortal, bien podéis ir a la santa Comunión; si perdonáis a los que os ofenden, alcanzado habéis ya el perdón de vuestras faltas; cuanto a las negligencias de cada día, distracciones en la oración, primeros movimientos de impaciencia, de vanidad o de amor propio; cuanto a la pereza en desechar al punto el fuego de las tentaciones, atadlos en un haz todos esos retoños de Adán y echadlos al fuego del amor divino; lo que el amor perdona bien perdonado queda.

No os alejen de la sagrada mesa vanos pretextos; antes comulgad por Jesucristo, si no queréis comulgar por vosotros mismos. Comulgar por Jesucristo es consolarle del abandono en que le dejan la mayor parte de los hombres; es decirle que no se engañó al instituir este Sacramento de espiritual refección. Es hacer fructificar los tesoros de gracia que Jesucristo ha encerrado en la Eucaristía sólo para distribuirlos entre los hombres. Más aún, es dar a su amor una vida de expansión cual desea, a su bondad la dicha de favorecer, a su realeza la gloria de derramar sus beneficios.

Comulgando, realizáis, por consiguiente, el fin glorioso de la Eucaristía; sin quienes comulgaran, en vano correría este río; este horno de amor no abrasaría los corazones; este Rey quedaría en su trono sin súbditos.

No sólo da a Jesús sacramentado ocasión de satisfacer su amor, sino también la sagrada Comunión le otorga también una nueva vida, que Él consagra a la mayor gloria de su Padre. Imposible le es, en su estado glorioso, honrarle con amor libre y meritorio; pero gracias a la Comunión irá al hombre; formará sociedad con él; se le unirá por una

tan admirable manera que el cristiano pondrá a su disposición miembros y facultades sensibles y vivos, y le dará la libertad necesaria para merecer practicando las virtudes. El cristiano se transformará así por la Comunión en Jesús mismo, y Jesús volverá a vivir en él.

Algo divino pasará entonces en el que comulga; el hombre trabajará y Jesús dará la gracia del trabajo; el hombre guardará para sí el mérito; pero toda la gloria será para Jesucristo. Jesús podrá decir todavía a su Padre: Os amo, os adoro, sufro todavía y vivo de nuevo en mis miembros.

He ahí lo que confiere a la Comunión su mayor eficacia. Es ella una segunda y perpetua Encarnación de Jesucristo y establece una sociedad de vida y de amor entre el hombre y el Salvador; es, en suma, una segunda vida para Jesús.

DIRECTORIO PARA LA PREPARACIÓN

> *Opus namque grande est; neque enim homini praeparatur habitatio, sed Deo*
> "La empresa es grande, porque no se trata de preparar habitación para un hombre, sino para Dios" (1Cro 29, 1)

La sagrada Comunión es Jesús mismo recibido sustancialmente en nosotros, en nuestra alma y en nuestro cuerpo, bajo forma de alimento, para transformarnos en sí comunicándonos su santidad primero y después su felicidad y su gloria.

Por la sagrada Comunión Jesucristo nace, crece y se desarrolla en nosotros. Todo su deseo es que le recibamos y le recibamos a menudo; tal es también el consejo de la santa Iglesia, la cual pone a nuestra disposición todos sus medios de santificación para mejor disponernos a recibirle bien, así como todo su culto tiende a prepararnos la Comunión y a dárnosla.

Si conociéramos los dones y las virtudes que nos trae la Comunión, suspiraríamos de continuo por ella. Una Comunión basta para santificar a uno en un instante, por ser el mismo Jesucristo, autor de toda santidad, quien viene.

Mas es preciso comulgar bien, y una buena Comunión no se concibe sin la debida preparación y acción de gracias.

I

Cabe distinguir dos clases de preparación: la del cuerpo y la del alma.

La del cuerpo requiere ayuno completo desde media noche, y nos exige, además, cierta limpieza y decencia exterior en el vestir. En la Comunión se celebran las bodas regias del cristiano; nuestro divino rey nos visita; y quien comulga, celebra su fiesta del Corpus; todo lo cual implica que no dejemos diligencia alguna por poner para que nuestro porte exterior sea cual conviene.

Para la preparación del alma hace falta, ante todo, que la conciencia esté limpia de todo pecado mortal, y en cuanto sea

posible, de todo pecado venial voluntario. La limpieza es el primer ornato de una casa en que se recibe a alguno; si son pocas las virtudes que hermosean el alma del que comulga, que nunca falte, por lo menos, esta blancura que las prepara.

Las conveniencias exigen además devoción, recogimiento y fervor en la oración. El amor divino debiera conservarnos siempre en las condiciones necesarias para comulgar: el amor anhela, suspira, languidece por el Amado de su corazón; siempre dispuesto está el pobre a recibir limosna.

Avivad, cuando menos, vuestro amor, valiéndoos de los cuatro fines del sacrificio.

II

Adorad con viva fe a Jesús, presente en el santísimo Sacramento, en la sagrada Hostia que vais a recibir; adoradle exteriormente con el más profundo respeto del cuerpo y con la mayor modestia de los sentidos; adoradle también interiormente con profunda humildad, rendidle homenaje con todas las facultades del alma, diciéndole, con santo Tomás, a impulsos de vuestra fe: Vos sois mi Señor y mi Dios.

Dad gracias por don tan soberano del amor de Jesús, por esta invitación a su mesa eucarística que os dirige a vosotros, de preferencia a tantos otros mejores y más dignos de recibirle.

Ensalzad su sabiduría por haber ideado e instituido este gran Sacramento, por haber conducido hasta vosotros, tan puro como en su manantial, este río que culebrea por entre todas las generaciones.

Bendecid su omnipotente bondad por haber sabido triunfar de tantos obstáculos, por no haber retrocedido ante ningún sacrificio ni humillación para darse plenamente.

Ensalzad el inmenso amor que en este sacramento le reduce a la condición de víctima perpetua de nuestra salvación, de alimento divino de nuestra vida, de cariñosísimo y constante amigo en nuestro destierro; se os unan los ángeles: invitadlos a alabar a su Dios y rey, a una con vosotros.

Propiciación. –Después de haber considerado al dador y la excelencia del don, echad una ojeada sobre vosotros mismos; ved vuestra pobreza, imperfecciones y deudas; humillaos al ver tanta bajeza y los pecados que habéis cometido, llorándolos una vez más;

confesad que os truecan en indignos y pedid misericordia y perdón. Decid a nuestro Señor: “Pero, Señor, ¿olvidáis acaso lo que he sido, el mayor de los pecadores; lo que soy todavía, la más mísera de vuestras criaturas; lo que tal vez sea, ¡ay! en adelante, el más ingrato y el más infiel? ... No, no, no soy digno de recibiros; con una sola palabra de perdón me basta... Alejaos de mí, que soy un pecador indigno de vuestro amor...”. Aborreced, entonces, vuestros pecados, desead, pedid la pureza de los ángeles, la santidad de la Virgen santísima. Rogad a los ángeles y a los santos que se interesen por vosotros; entregaos a María, para que ella misma os apareje para la Comunión.

Imaginaos luego que oís esta dulce palabra del Salvador: “Porque eres pobre, vengo a ti; precisamente porque estás enfermo, vengo a curarte; para comunicarte mi vida, para hacerte partícipe de mi santidad, me he sacramentado; ven, ven, pues, con confianza; dame tu corazón, que es cuanto quiero de tu parte”.

Suplicad al llegar aquí a nuestro Señor que quite todas las trabas y os venga. Desead, suspirad por este momento de vida y de felicidad; estad dispuestos a sacrificarlo todo, a abnegaros en todo, por una Comunión. Y luego corred, volad hacia la mesa celestial, que los ángeles envidian vuestra suerte y el cielo os contempla pasmado. Jesús os aguarda id, id al festín del Cordero.

III

Llegado el momento de comulgar no os ocupéis ya de vuestros pecados; lo contrario sería una tentación peligrosa, por cuanto os causaría tristeza y turbación, cosas ambas reñidas con la devoción.

No os ocupéis tampoco ahora en hacer oraciones vocales, sino id a recibir a vuestro amoroso Dios con sosiego de la conciencia, poseídos del dulce sentimiento de confianza en la bondad de Jesús, que os llama y aguarda.

Id a la sagrada mesa con las manos juntas, los ojos bajos, el andar grave y modesto. Poneos de rodillas con el corazón penetrado del sentimiento de gozo y felicidad.

Al comulgar, tened la cabeza derecha y quieta; los ojos bajos; abrid modestamente la boca; sacad la lengua sobre el labio inferior y tenedla inmóvil hasta que el sacerdote haya puesto en ella la sagrada forma. Guardadla un momento, si queréis, sobre la lengua, para que

Jesús, santidad y verdad, la purifique y santifique; introducidla, luego, en vuestro pecho y ponedla sobre el trono de vuestro corazón. Adoradle en silencio y comenzad la acción de gracias.

EL ESTADO DE GRACIA PARA LA COMUNIÓN

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat et de calice bibat
"Examínese a sí mismo el hombre antes de comer de este pan y beber de este cáliz" (1Co 11, 28)

La Eucaristía es un pan delicioso; para comerlo, la primera condición es la de vivir, a saber, poseer el estado de gracia. Tal es la primera y condición esencial: estar exento de pecado mortal.

Bien es verdad que la cortesía requiere pureza de pecados veniales y nos exige piedad y virtudes; pero todo esto es relativo y más exigible a un religioso que no a un seglar, a una persona qué vive sola y retirada que no a quien está cargado de los cuidados de una familia. Por consiguiente, la ley general, indispensable, es estar exento de pecado mortal.

No tengamos, pues, temores exagerados, ni nos asusten fútiles espantos por lo que atañe a las condiciones para comulgar. ¿Poseéis el estado de gracia? ¿Queréis acercaron a Jesús y con Él uniros? ¡Pues, comulgad! Más glorificaréis a Dios y vuestras disposiciones serán más perfectas si tenéis virtudes; pero, aun en este caso, ¿quién podrá tenerse por bastante digno? La verdadera virtud es aquella que cree no tener nada. ¿Por ventura creéis tener el derecho de medir vuestras virtudes y vuestras cualidades para ver si merecéis la Comunión? Poneos muy bajo en vuestra estima y desead vivamente, que tal es la verdadera disposición.

Particularmente insisto en que tengáis pura la conciencia. Si no, el pan de vida será para vosotros pan de muerte. Indudablemente que la Eucaristía no es para dar muerte; pero lo que pasa es que ya estabais muertos antes de recibirla, y, una vez recibida, lo estáis dos veces.

San Pablo exige el estado de gracia cuando dice: "Examínese el hombre antes de comer de este pan". Y por comulgar algunos con conciencia manchada de culpa grave, les dijo que habían comido su

propia condenación. Los tales crucifican en su corazón a Jesús, su propio juez.

La Eucaristía es el pan de vivos; lo dice nuestro Señor al anunciar este misterio: *Yo soy el pan vivo; quien me comiere vivirá en mí y por mí.* Ved ahí dos vidas: la vida divina de Jesús en el alma y la vida del alma en Jesús.

Si es cierto que la Comunión es unión del alma con Jesús, preciso será que entre los dos términos haya cierto lazo, cierta igualdad que sea base de la unión, porque las cosas contrarias no se unen nunca. Imposible que la luz se mezcle con las tinieblas ni la muerte con la vida. Dado que Jesús está vivo al venir a nosotros, también nosotros debemos estarlo; si no la unión no será posible. Lograréis, sí, clavar al Señor en vuestro corazón por algunos instantes; pero Él no se quedará, y lo que habréis hecho será ejercer contra Él una violencia sacrílega.

Tengamos siempre presente esta condición esencial que es la pureza de conciencia. La Iglesia nos la inculca con ahínco por medio del concilio de Trento y terminantemente nos prohíbe comulgar sin antes confesarnos, siempre que la conciencia nos reproche algún pecado mortal y sea cual fuere nuestro arrepentimiento.

II

Aunque la Iglesia no nos pidiese tan terminantemente esta pureza, hasta la misma honradez nos la dictaría. La Comunión es el banquete, el festín nupcial del cordero. Jesucristo nos recibe a su mesa y nos alimenta con sus propias carnes; es a un tiempo convidado y festín: *Dominus ipse conviva et conviditum; ipse comedens et qui comeditur*[11]. ¿Sería lícito presentarnos con porte desastroso? ¿Quién osaría corresponder a una invitación con vestidos sucios? Nadie. Pues no dejemos de hacer por nuestro Señor lo que haríamos por uno cualquiera. Hemos venido a bodas regias. Los ángeles rodean a su Rey, sin que puedan, a pesar de su esplendente pureza, sentarse para participar del banquete. Si no tenéis su refulgente blancura, no os falte al menos la pureza de conciencia que Jesucristo os pide como condición de admisión a su mesa.

---

[11] S. Jeron., Ep. 28 ad Hedibiam, quaest., 2.

III

Por lo demás, todo en la Eucaristía nos invita a la pureza. ¿No habéis asistido a alguna primera Comunión? ¡Cuán bellos y puros son esos niños que en largas filas se siguen!

En el pan del altar, ¡qué pureza también! Es de trigo puro, al que se ha despojado de su corteza y convertido en harina. ¿Y cabe cosa más pura que la blanca harina? El pan ha sido amasado sin la levadura, que comunica al pan el germen de la corrupción. Bien hubiera podido Jesucristo escogerse otra materia de distinto color; pero entonces no habríamos descubierto en ella todas estas lecciones de pureza...

Tan natural es la pureza cuando de la Comunión se trata, que si yo os dijera que comulgarais en estado de pecado mortal, de puro horror retrocederíais, antes querríais morir que consumar ese acto.

Aun cuando no os remuerde la conciencia más que ir con pecados veniales, no os atrevéis a comulgar. Bien lo pudierais, sin embargo, porque el pecado venial no es un obstáculo radical para la Comunión. Pero no os atrevéis, porque sentís que no sois bastante dignos; vuestros vestidos no son todo lo lucidos que quisierais, y venís a pedir perdón. Bien está; ello atestigua vuestra delicadeza, pero muestra también cuán inseparable de la Comunión es la pureza.

Mirad a nuestro Señor antes de la cena: "Estáis limpios –les dice a los apóstoles–; pero algo de polvo os mancha todavía los pies; voy a quitároslo y purificaros por completo". Y nuestro Señor les lava los pies. Gran lección de humildad es ésta, sin duda; pero lo es incomparablemente más de pureza.

Tened, pues, viva el alma. Se dice que el mayor tormento para un mártir era verse atado vivo a un cadáver. Cien muertes prefiriera a esta tortura. Y no cabe duda, es un tormento atroz esta alianza forzada de la muerte con la vida. ¿Por qué, si esto es así, pretender atar a Jesucristo con un cadáver? ¡Cómo! ¿Queréis sepultar a Jesús?... ¡Ah, que sea al menos nuevo y puro el sepulcro!

IV

Pero la razón más eficaz para que las almas genuinamente cristianas sean puras es que Jesucristo entra en ellas con mayor o menor intimidad, según sea el grado de pureza.

Si vuestra pureza consiste tan sólo en estar exentos de pecados

mortales, Jesús penetrará en vosotros y viviréis de su gracia; pero como Lázaro que, por vivo que estuviese, no podía obrar a causa de las ligaduras que le sujetaban todos los miembros, así la Comunión halla ciertas trabas para producir grandes obras de vida en vuestra alma. Purificaos más y más; volved con frecuencia a recobrar nuevas fuerzas y acabaréis venciéndoos completamente y produciendo los frutos de gracia y de buenas obras que Jesús espera de vosotros.

Cuando el que comulga está puro, de suerte que ni pecados veniales tenga, Jesús obra en él intensamente y sin que tropiece con obstáculos; inflama el corazón, excita la voluntad, ilumina el entendimiento y penetra hasta lo íntimo del corazón. Entra en la cámara de la amistad; ninguna telaraña ofende su vista; saborea el perfume de sus buenos deseos; se queda largo tiempo. Cosas del todo inefables pasan entonces entre el alma y Jesús. El alma adquiere una delicadeza inaudita; ella ya no cuenta, porque forma una sola cosa con Jesús, a quien le dice: "Tomadlo vos todo, reinad sobre todo y amémonos siempre; yo seré vuestra esclava por toda la eternidad".

¡Cuán consolador es el que Jesús se nos una según el grado de nuestra pureza! ¡Sería de espanto, si viniera en razón de nuestras buenas obras y de nuestras virtudes! ¿Qué son nuestras virtudes ante la santidad del Dios de las virtudes? Pero estar puros, trabajar por estarlo cada vez más, basta para que Jesús nos venga a gusto.

Conservarnos puros, librarnos de todo lo que sea un germen de corrupción, adquirir transparencia y brillantez, tal es el trabajo que hemos de realizar en nuestra alma; pero tal es también el fruto de la Comunión; y, comulgando, la unión del alma con Jesús llega a ser continua aun en esta tierra y comienza la eterna que aguardamos en la gloria.

EL DESEO DE LA COMUNIÓN

Esurientes implevit bonis
"Colmó de bienes a los hambrientos" (Lc 1, 53)

El estado de gracia es condición necesaria y esencial para comulgar. Las virtudes y la piedad sólo son convenientes. La buena voluntad y el deseo ardiente pueden suplirlas.

Desgraciadamente, se comulga muchas veces con semivoluntad y sin casi entender lo que se va a recibir. Examinemos, por tanto, para ver de preservarnos de este defecto, las condiciones que conviene tengamos para comulgar.

La primera y más importante para sacar fruto de la Comunión es el deseo.

I

Para ir a comer, hay que tener hambre, es preciso sentir la necesidad de alimentarse para no caer falto de fuerzas, porque es molesto y grosero el comer, y la digestión resulta muchas veces dolorosa y cansa. Para remedio de esas incomodidades, Dios nos ha dado el apetito, merced al cual deseamos el alimento, y a los alimentos les ha dado el sabor, que nos los hace agradables.

Pues de esta misma manera siente el alma hambre de la Comunión; en la cual caben varios grados, pues cuanto mayor sea el hambre, tanto más provechosa resulta la Comunión. Un estómago sano siente hambre y digiere, en tanto que el enfermo nada puede soportar.

Es necesario que el mismo Dios ponga en nosotros este hambre de la Comunión, porque a no ser así nunca la desearíamos. Tan grande es la distancia que media entre Dios y nosotros que si Él mismo no excitase en nuestro corazón un hambre que nos es necesario satisfacer, un hambre por la que nos olvidemos de la infinita dignidad de Jesucristo para no pensar más que en nuestras necesidades, de nosotros mismos nunca nos metiéramos a comulgar. Dios nos ciega con su gracia para que no veamos nuestra miseria,

sino su bondad, y nos olvidemos de quiénes somos y de quién es Él.

El hombre vive de deseos; nada busca, nada grande emprende que no lo haya deseado por largo tiempo. Pues un deseo divino nos impulsa a comulgar, hasta tal punto que nos infunde valor bastante para acercarnos al Juez de cielos y tierras sin morir de espanto. El hambre de Dios excusa nuestra temeridad. ¿Qué duda cabe que el desdichado que toma pan para huir de la muerte no es ladrón? Su propia necesidad le excusa.

¡Pero si yo no siento tal deseo!, diréis quizá. Si no comulgáis, posible es; pero si comulgáis, contesto que Dios ha encendido en vosotros este deseo. Si no lo tuvierais, por lo menos en algunos de sus grados, no os atreveríais a comulgar.

Decidme, ¿qué pobre osaría convidarse a sí mismo a la mesa del rey para comer con él, aun cuando estuviese a punto de morir de hambre? Cosa semejante. Y, sin embargo, la distancia que nos separa de Dios es muchísimo mayor. ¿Cómo nos atrevemos, pues, a acercarnos? ¡Ah, sí, es necesario que por su infinita bondad nos ponga Jesucristo un velo ante los ojos! Y así nos atrevemos a hacer con Él lo que no hiciéramos con ningún grande de la tierra: ¡nos invitamos a su divino banquete!

El gran motivo para comulgar es, pues, el hambre que se siente. Cuando sea más viva, más apremiante, comulgad más a menudo.

–¿Crecéis espiritualmente? ¿Vais robusteciéndoos?

–No.

–Es porque no coméis bastante o coméis sin apetito. Excitaos, sentid al menos vuestra necesidad, si no podéis llegar al hambre de amor.

II

Hay un hambre de la Comunión que podemos experimentar siempre, un deseo que siempre está a nuestro alcance. Es el deseo del enfermo que espera al médico, porque sufre; que pide agua, porque la fiebre le devora.

Cual pobres hijos de Adán, profundamente heridos, nos presentamos también nosotros a nuestro Señor y le decimos: “Señor, la miseria y el sufrimiento son nuestra única herencia; no os dé en rostro lo miserable de nuestro lecho; quiero recibiros, porque me

siento falto de fuerzas y necesito recobrarlas. Apiadaos de mi miseria”. Así es como hablan la mayor parte de los que comulgan. Ved a ese penitente, a ese impío recién convertido apenas acaba de confesarse y con harta dificultad se arrastra todavía; pero, se le envía al comulgatorio y con razón. Dadme pan, dice a nuestro Señor, porque muero de hambre. ¿Cómo podré entrar en el áspero y estrecho sendero de la vida cristiana, yo que salgo del camino ancho y florido del mal? He aquí un hambre cual conviene, un hambre que place a nuestro Señor, le ensalza y nos hace descender a nuestro puesto. Deseo que tengáis siempre este hambre del pobre, que hagáis valer este derecho a comulgar que os da la necesidad de acercaros a Jesús.

Tal necesidad, junto con la pureza de conciencia, basta para hacer una comunión buena y fructuosa. El Evangelio nos da una prueba conmovedora de ello.

Había un rey preparado un espléndido banquete; los invitados, aunque advertidos, no quisieron acudir. Dicen los intérpretes que no querían obsequiar a los esposos. Ante esta noticia, manda el rey buscar a los pobres por plazas y encrucijadas; se reúnen buen número de mendigos y estropeados. Jesús los prefiere a los ricos y orgullosos. Es de notar que cada cual vestía el traje nupcial que a la puerta del salón le ofrecían los siervos. Entra el rey y se goza de ver radiantes de alegría y contentos aquellos rostros de ordinario tan tristes. Pero observa que uno de los convidados ha guardado sus vestidos ordinarios. Tómalo a menosprecio y al punto le echa afuera. Bien merecido lo tenía el pobre; no se le pedía que obsequiase con presentes a los esposos, sino tan sólo que se presentase en forma decorosa. Los demás, por pobres y estropeados que fuesen, quedaron, porque llevaban su blanco manto; la misma miseria les daba derecho de entrada en el banquete.

Pobres somos también nosotros y sufrimos; sean por lo mismo más ardientes nuestros deseos. ¡Gusta tanto nuestro Señor de curar a quien le muestra sus heridas! Durante su vida, pocas veces le vemos frecuentar las casas de los ricos y pudientes. Apenas aceptó la invitación de dos o tres fariseos, y aun entonces lo hizo con la esperanza de curarlos de su orgullo y errores. Se trataba de enfermos, aunque de otro linaje. En cambio, a los pobres Jesús iba con gusto; nada le desagradaba en ellos.

Venid, por tanto, venid a pedir fuerzas y un poco de ánimo.

¡Señor, ya no puedo más; me echo a vuestros pies! Os lo vuelvo a repetir, venid, no ciertamente porque creáis merecer la Comunión, sino porque la necesitáis.

Decid con confianza: Señor, el pan nuestro de cada día dánosle hoy. Somos mendigos; no nos apoyamos en ningún derecho nuestro, sino en vuestra propia invitación.

¡Y vaya si el Señor os recibirá! Puesto que os ha llamado, quiere no desecharos, sino acogeros en su seno para enriqueceros de sus tesoros de gracia y bondad.

LA PREPARACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi
"El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc 1, 35)

Mediante la sagrada Comunión se renueva en alguna manera el misterio de la Encarnación. No bien hubo contestado María con su *Fiat* a la voz del ángel, el hijo de Dios se encarnó en su seno. Pero el Verbo no se contentó con unirse a la más pura de las vírgenes y en Ella a la humanidad entera, sino que quiere unirse con cada cristiano.

El divino artífice de la Encarnación fue el Espíritu Santo; preparó a María para madre de Dios, la preservó del pecado en su concepción inmaculada; en el primer instante de su existencia derramó en su alma las más bellas virtudes y fue cultivándolas en el transcurso de su vida; y, llegado el momento de formar y animar el cuerpo de Jesús, el mismo divino Espíritu fecundó el seno de la Virgen. Continuó habitando en Ella, después de realizado el misterio, y la cubrió con su sombra para templar los ardores del divino sol que llevaba en sus entrañas. Debemos aprender a prepararnos para la Comunión en unión con el Espíritu Santo.

I

El Espíritu Santo santificó, por consiguiente, a María para que fuera digna madre de Dios. Si bien toda la santísima Trinidad concurre a la obra de la santificación de las almas, esta operación se atribuye en particular a la tercera persona, por ser ésta el don por antonomasia, el lazo de unión del Padre con el Hijo, y la que de nuevo nos une con Dios al venir a nuestras almas.

El Espíritu Santo atavió a María con todas las virtudes, y al vacilar entre aceptar o no la dignidad de Madre de Dios por creerla incompatible con el voto de virginidad que tenía hecho, el ángel la tranquilizó diciendo que el Espíritu descendería sobre ella y ella concebiría por obra de Él. Notad que el Espíritu Santo se encontraba

ya en María, puesto que era llena de gracia. ¿Qué significarán, por tanto, estas palabras: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti"? ¡Ah! Que vendrá para robustecerte, para prepararte a ti, débil criatura, al misterio de la Encarnación, que es misterio de omnipotencia. ¿Cómo temblar, por flaca que seas, si Dios mismo está en ti con presencia muy especial para recibir a Dios? Porque el Espíritu Santo en María recibió al Verbo y le formó la naturaleza humana.

Ahora, la Eucaristía nos hace compartir por medio de la Comunión la gloria de María y el gozo de la divina maternidad.

Mas, ¿quién recibirá en mí al Verbo de Dios? Imposible que lo sea yo, siendo tan flaco y miserable como soy. El estado de gracia en que creo encontrarme, ¡quién sabe si es sin mancilla! ... Y cuando lo fuera, ¿a qué se reduce eso en el acatamiento de quien es santo por esencia? Mis insignificantes virtudes... ¡Pero si Dios las tiene en grado sumo! La recepción no podrá menos de ser muy indigna si me encuentro solo para recibir a Jesús. Pero no temáis; por el estado de gracia el Espíritu Santo habita en vosotros y Él es el que ha de recibirle. Lo que a vosotros os toca es uniros con este divino Espíritu cuando vais a comulgar.

Tengamos presente, sin embargo, que la disposición más grata a sus ojos es aquella que, como a María, nos hace decir: "He aquí la esclava del Señor". Tú, Señor, me convidas; bien conoces mi pobreza, miseria e ignorancia; pero te recibirá tu divino Espíritu, te hablará en mi lugar y la recepción será así digna.

No nos unimos bastante al Espíritu Santo ni tratamos de conocerle cuanto debiéramos, y, sin embargo, Él habita en nosotros y templos suyos somos. Pudiera preguntarse a muchos cristianos: ¿Sabéis quién es el Espíritu Santo? Y contestarían que no, que nadie les ha hablado de Él... ¡Ah! Es porque para conocerle hay que ser hombre de vida interior. Los que siempre permanecen afuera pueden conocer sus dones, pero nunca comprenderán su lenguaje de amor y de dulzura, porque éste es patrimonio exclusivo de las almas silenciosas e interiores. Orad a menudo al Espíritu Santo; uníos a Él; que Él os prepare para la Comunión y hable y dé gracias a Jesús en lugar vuestro; reine Jesucristo en vosotros por Él.

II

El arcángel no sólo dijo a María: "El Espíritu Santo descenderá

sobre ti”, sino que añadió también: “y te cubrirá con su sombra”.

¿Qué quiere decir esto? –Dios es fuego que consume. Cuando viene a nosotros viene con su naturaleza, y si el Espíritu Santo no nos cubriera como con una nube, en un instante nos abrasaría. ¿Qué somos nosotros sino un poco de paja en medio de un gran fuego? El Espíritu Santo templa estos ardores divinos, no dejando traslucir sino justo lo necesario para calentarnos y vivificamos. Él mismo nos es necesario a nosotros, como lo fue, dice san Bernardo, a María, cuyo cuerpo virginal cubrió con su sombra al acercarse la divinidad: *Ipse est qui Virgini obumbravit, ut et virgineo corpori temperaret Deitatis accessum.*

III

No sólo está el Espíritu Santo en María para recibir al Verbo divino, sino que crea también el alma del Verbo y forma su cuerpo de la sangre purísima de la santísima Virgen. Tal es también su oficio en la Comunión: su obra peculiar en ella es convertirnos en Jesucristo, hacer espiritualmente de nosotros y Él un solo ser en el orden moral. Formando en nosotros el germen de gloria que ha de hacer nuestros corazones semejantes al de Jesús glorioso, nos hace compartir el estado de su cuerpo glorificado, y un día el Espíritu Santo, por quien Él salió del sepulcro, resucitará nuestros cuerpos a la misma gloria.

Él forma en nuestra alma la unión de sentimientos, y gracias a esta operación Jesús continúa viviendo en ella espiritualmente, aun cuando sacramentalmente haya cesado de vivir. De esta manera prolonga el Espíritu Santo en nosotros la Comunión y continúa la vida divina de Jesús.

Así como los alimentos, una vez digeridos, dejan el jugo nutritivo que, derramándose por los miembros, los fortalece y les infunde vida, así también cuando las sagradas especies han sido consumidas y la humanidad sacratísima de Jesucristo no se encuentra en nosotros, permanece la divinidad recibida en concepto de alimento juntamente con el cuerpo; y permanece no sólo como en un templo, sino al modo del jugo nutritivo en el estómago, fortificando las potencias de nuestra alma, alimentando a ésta con buenas inspiraciones, con mociones de santo amor, espiritualizándonos y deificándonos, realizando estas magníficas palabras: El que está unido al Señor forma un solo espíritu con Él: *Qui adhaeret Domino,*

unus spiritus est.

¡Qué dicha, en verdad, nacer en tiempo de la Eucaristía! Los justos de la antigua Ley, aquellos grandes santos de la ley del temor, suspiraban sin descanso por este día que no debía ser para ellos; hoy el último cristiano se ve más favorecido que todos esos santos patriarcas.

¿Qué consecuencia práctica sacar de todo esto? Dejar entera libertad al Espíritu Santo para que obre en nuestra alma a su gusto y forme a nuestro Señor. Dejémonos amasar por sus divinas manos según le plazca, como la blanda cera recibe todos los sellos que se le quieran imprimir; y así, cuando vayamos a comulgar, nos prepararemos a una con Él, y por medio de Él oraremos y daremos gracias. Querer prescindir de su ayuda es orgullo y presunción, porque la verdad es que no sabemos orar; pero el Espíritu Santo socorre nuestra flaqueza y pide en nosotros con inefables gemidos.

Pidiendo su ayuda, agradaremos al Padre celestial, quien podrá entonces enviamos a su Hijo con verdadera satisfacción y sin temor a que le recibamos mal; causaremos mayor contento a nuestro Señor, el cual, aunque no tenga otra ambición que la de darse, gusta con todo de encontrarse un cenáculo grande y ricamente aderezado; complaceremos, finalmente, al Espíritu Santo, quien se gloría de fecundar las almas con su amor.

EL SANTO SACRIFICIO

Hoc facite in meam commemorationem
“Haced esto en memoria mía” (Lc 22, 19)

Participar todos los días en la santa Misa. Ello atrae las bendiciones del cielo para el día. Oyéndola cumpliréis mejor todos vuestros deberes y os veréis más fuertes para llevar la cruz de cada día. La misa es el acto más santo de toda la religión; nada tan glorioso para Dios ni tan provechoso para vuestra alma como el oírla con piedad y con frecuencia. Esta es la devoción privilegiada de los santos.

La misa encierra todo el valor del sacrificio de la cruz, que aplica a cada uno: uno mismo es el sacrificio del calvario y el del altar, iguales la víctima y el sacerdote, Jesucristo, que también en el altar se inmola de un modo real y eficaz, aunque incruentamente. ¡Ah! Si después de la consagración os fuese dado ver en toda su realidad el misterio del altar, veríais a Jesucristo en cruz, ofreciendo al Padre sus llagas, su sangre y su muerte para salvación vuestra y la del mundo. Veríais cómo los ángeles se postran alrededor del altar asombrados y casi espantados ante lo que se ama a criaturas indiferentes o ingratas. Oiríais al Padre celestial deciros como en el Tabor contemplando a su Hijo: “Este es mi Hijo muy amado y el objeto de mis complacencias; adorad y servidle de todo vuestro corazón”.

II

Para caer en la cuenta de lo que vale la santa Misa, preciso es no perder de vista que el valor de este acto es mayor que el que juntamente encierran todas las buenas obras, virtudes y merecimientos de todos los santos que haya habido desde el principio del mundo o haya de haber hasta el fin, sin excluir los de la misma Virgen santísima. La razón está en que se trata del sacrificio del hombre-Dios, el cual muere en cuanto hombre, y en cuanto Dios eleva esta muerte a la dignidad de acción divina; comunicándole

valor infinito. Infunde respeto el oír cómo el concilio de Trento expone esta verdad: “Como en el divino sacrificio que se ofrece en la misa es contenido y se inmola incruentamente el mismo Jesucristo que una sola vez se inmoló de un modo cruento en la cruz, –enseña este santo Sínodo que este sacrificio es verdaderamente propiciatorio y que alcanzaremos por este medio en el momento oportuno misericordia, gracia y ayuda siempre que nos acerquemos a Dios con corazón sincero y recta fe, con temor y reverencia, contritos y penitentes–. Porque, aplacado el Señor por esta oblación, nos perdona nuestros crímenes y pecados, por grandes que sean, otorgándonos la gracia y el don de la misericordia. Una sola y una misma es la víctima ofrecida, uno solo y uno mismo el que ahora se ofrece por ministerio de los sacerdotes, y entonces se ofreció a sí mismo sobre la Cruz, no habiendo más diferencia que la del modo: de oblación. Mediante este sacrificio incruento se reciben muy copiosamente los frutos de aquel cruento, sin que, por consiguiente, se menoscabe en lo más mínimo el valor de aquel. Según la tradición de los apóstoles, este sacrificio es ofrecido no solamente por los pecados, penas, satisfacciones y demás necesidades de los vivos, sino también por los difuntos en Cristo, cuyos pecados no están cabalmente purgados” (Sess. 22, cap. 2). ¡Qué lenguaje éste que emplea la Iglesia!

III

Para glorificar sin cesar a su Padre, Jesús adoptó el estado de víctima; para que, poniendo el Padre los ojos en Él, pueda bendecir y amar la tierra; para continuar su vida de Redentor, asociarnos a sus virtudes de Salvador, aplicarnos directamente los frutos de su muerte participando dentro de su ofrenda y enseñándonos a sacrificarnos junto con Él; y también para ponernos a mano, como a María y a Juan, el medio de asistir a su sacrificio.

IV

Habiendo Jesús reemplazado todos los sacrificios de la antigua ley por el sacrificio de la misa, ha encerrado en éste todas las intenciones y todos los frutos de aquéllos.

Conforme a las órdenes recibidas de Dios, los judíos ofrecían sacrificios por cuatro fines, a saber: para reconocer su supremo dominio sobre toda criatura; para agradecerle sus dones; para

suplicarle siguiera concediéndoselos y para aplacar su cólera irritada por sus pecados. Todo esto lo hace Jesús, y de un modo tanto más perfecto cuanto que en lugar de toros y carneros se ofrece Él mismo, hijo de Dios y Dios como su Padre.

Adora, por tanto, a su Padre; por todos los hombres, cuyo primogénito es, reconoce que de Él viene toda vida y todo bien; que sólo Él merece vivir, y que cuanto es, sólo por Él existe; y ofrece su vida para protestar que, por venir todo de Dios, de todo puede Él disponer libre y absolutamente.

Como Hostia de *alabanzas, da gracias* a su Padre por todas las gracias que le ha concedido a Él y, por medio suyo, a los hombres todos; se hace nuestra perpetua acción de gracias.

Es víctima de *propiciación,* pidiendo sin cesar perdón por los pecados que continuamente se renuevan, y desea asociar al hombre a su propia reparación, uniéndoselo en la ofrenda.

Es, finalmente, nuestro abogado, que *intercede* por nosotros con lágrimas y gemidos desgarradores, y cuya sangre clama misericordia.

V

Asistir a la santa misa es unirse a Jesucristo; es, por tanto, para nosotros el acto más saludable.

En ella recibimos las gracias del arrepentimiento y de la justificación, así como ayuda para evitar las recaídas.

En ella encontramos el soberano medio de practicar la caridad para con los demás, aplicándoles, no ya nuestros escasos méritos, sino los infinitos de Jesucristo, las inmensas riquezas que a nuestra disposición pone. En ella defendemos eficazmente la causa de las almas del purgatorio y alcanzamos la conversión de los pecadores.

La misa es para el cielo entero un motivo de gozo y produce a los santos un aumento de gloria exterior.

VI

El mejor medio de asistir a la santa misa es unirnos con la augusta víctima. Haced lo que ella, ofreceos como ella, con la misma intención que ella, y vuestra ofrenda será así ennoblecida y purificada, siendo digna de que Dios la mire con complacencia si va unida a la ofrenda de Jesucristo. Caminad al calvario en pos de

Jesucristo, meditando las circunstancias de su pasión y muerte.

Pero, por encima de todo, uníos al sacrificio, comiendo junto con el sacerdote vuestra parte de la víctima. Así la misa logra toda su eficacia y corresponde plenamente a los designios de Jesucristo.

¡Ah! Si las almas del purgatorio pudieran volver a este mundo, ¡qué no harían por asistir a una sola misa! Si pudierais vosotros mismos comprender su excelencia, sus ventajas y sus frutos, ni un solo día querríais pasar sin participar en ella.

MÉTODO PARA ASISTIR A MISA MEDITANDO LA PASIÓN

Quotiescumque..., mortem Domini annuntiabitis
"Cada vez que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor" (1Co 11, 26)

Para oír bien la santa misa, meditad las circunstancias de la pasión del Salvador, que se renueva en ella de un modo admirable.

Preparación. –Considerad el templo como el lugar más santo y respetable del mundo, como un nuevo calvario. El altar es de piedra y encierra huesos de mártires. Las velas que arden y se consumen simbolizan la fe, la esperanza y la caridad. Los manteles que cubren el altar representan los lienzos que envolvieron el cuerpo de Jesucristo; el crucifijo nos lo muestra muriendo por nosotros.

Ved en el sacerdote a Jesucristo revestido de todas las vestiduras de su pasión. El amito representa el retazo de tela con que los verdugos velaron la faz del Salvador. El alba, la vestidura blanca que por burla le puso el impúdico Herodes. El cíngulo, las sogas con que los judíos ataron a Jesús en el huerto de los olivos para conducirle ante los tribunales. El manípulo, las cadenas con que amarraron a la columna de la flagelación. La estola, las sogas con que le tiraban al llevar Jesús la cruz por las calles de Jerusalén. La casulla, el manto de púrpura que en el pretorio se le echó sobre los hombros o la cruz con que se le cargó.

En una palabra, el sacerdote revestido de los ornamentos sacerdotales nos aparece como el mismo Jesucristo yendo al suplicio del calvario. Pero también nos enseña las disposiciones con que hemos de asistir al santo sacrificio.

La modestia y el recogimiento son significados por el amito, que se coloca primero sobre la cabeza y después sobre la espalda; la pureza, por la blanca alba y el cíngulo; la contrición, por el manípulo; por la estola, la inocencia, y el amor de la cruz y del yugo del Señor, por la casulla.

Entrada del Sacerdote. Va al altar llevando el cáliz. –Ved a Jesús yendo al huerto de Getsemaní para comenzar su pasión de amor; acompañadle con los apóstoles; pero vigilad y orad con Él. Renunciad a toda distracción, a cualquier pensamiento extraño al tremendo misterio.

Al pie del altar el sacerdote ora, inclínase y *se humilla profundamente a la vista de sus propios pecados*. –En el huerto, Jesús se pone de rodillas rostro en tierra; se humilla por los pecadores; sudor de sangre, fruto de su inmenso dolor, cubre su cuerpo, tiñendo los vestidos y la tierra. Toma sobre sí todos nuestros pecados con toda su amargura. Confesad los vuestros a una con el sacerdote, pedid por ellos humildemente perdón y recibid la absolución para asistir con pureza al santo sacrificio.

No cabe duda de que esta sola consideración podría bastar para ocuparnos todo el tiempo del santo sacrificio. Si penetráis en las intenciones de Jesús o en su agonía, si os sentís como fijados a su lado por la gracia, no vayáis más lejos. Pero si no, proseguid con las demás circunstancias de su pasión.

El sacerdote sube al altar y lo besa. –Judas va al huerto de los olivos. Da a Jesús un beso pérfido. ¡Ah! ¡Cuántos besos de éstos no ha recibido Jesús por parte de sus hijos y de sus ministros infieles!

¡Ah! ¿No le he traicionado también yo?... ¿No le he entregado alguna vez a sus enemigos, a mis pasiones? ¡Y, sin embargo, me ha amado tanto!

O también consideradle cómo sube atado a Jerusalén para comparecer ante sus enemigos. Se deja conducir con igual mansedumbre que un corderillo. Pedidle dulzura y paciencia para las pruebas que os vengan del prójimo.

Al comenzar el introito y persignarse el sacerdote. –Jesús es conducido ante el gran sacerdote Caifás. Allí, Pedro le reniega. ¡Cuántas veces no he renegado también yo de mi maestro y de su verdad y ley, así como de mis promesas! Más culpable soy que Pedro, porque si he renegado de mi Salvador, no ha sido como él por temor o por sorpresa. ¡Ay de mí! ¡Las lágrimas de Pedro siguieron

muy luego a su falta, que lloró durante toda su vida, en tanto que yo tengo aun corazón duro e insensible!

Al Kyrie. –Jesús clama a su Padre e intercede por nosotros; aceptad como Él todos los sacrificios que os pidiere.

El sacerdote dice las oraciones y la epístola. –Jesús confiesa su divinidad delante de Caifás por más que se condene esta declaración con la sentencia de muerte.

Fortaleced, Dios mío, aumentad en mí la fe en vuestra divinidad, para que la ame y la confiese aun con peligro de mi vida. ¡Por harto feliz me tendría si pudiera derramar mi sangre por defenderla!

El sacerdote lee el evangelio. –Jesús da testimonio de su realeza delante de Pilatos. Oh Jesús, sed el rey de mi mente por vuestra verdad, el rey de mi corazón por vuestro amor, el rey de mi cuerpo por vuestra pureza, el rey de mi vida toda, por el deseo de consagrarla a vuestra mayor gloria.

Rezad después con fe y piedad el *Credo;* teniendo presente que el Salvador fue condenado por la defensa de la verdad:

El sacerdote ofrece a Dios Padre el pan y el vino, la hostia del sacrificio. –Pilatos presenta a Jesús al pueblo diciendo: *Ecce Homo,* he aquí al hombre. Está en el estado que más puede mover a compasión; acaban de flagelarle hasta la sangre una corona de espinas hace chorrear sangre por su cara; un viejo manto de púrpura y una caña que tiene en la mano le convierten en rey de teatro. Pilatos propone al pueblo ponerlo en libertad, mas el pueblo no quiere y contesta: Sea crucificado, *Crucifigatur* (Mt 27, 23). En este momento Jesús se ofrecía a su Padre por la salvación del mundo, y en especial de su pueblo, y el Padre aceptó esta ofrenda.

Os ofrezco, oh Padre santo, junto con el sacerdote, la hostia pura e inmaculada de mi salvación y la de todos los hombres; a una con esta divina oblación, os presento mi alma, mi cuerpo y mi vida; quiero continuar y hacer que vuelvan a vivir en mí la santidad, las virtudes y la penitencia de vuestro divino Hijo. *O Domine, regna super nos*.

Cuando el sacerdote se lava las manos. –Pilatos se lava también las suyas, protestando de la inocencia de Jesús. ¡Ah, Salvador mío, lavadme en vuestra sangre purísima y purificadme de tantos pecados e imperfecciones como mancillan mi vida!

El sacerdote invita a los fieles en el prefacio a alabar a Dios. – Jesús, varón de dolores, aclamado poco ha por este mismo pueblo, coronado hoy de espinas, atado a un poste, recibe los honores burlescos y sacrílegos de sus verdugos; se le abruma de ultrajes irritantes; se le escupe a la cara; se le denuesta. Estos son también los homenajes que nuestro orgullo, sensualidad y respeto humano tributan a Jesucristo

Al canon, el sacerdote se inclina, ora y santifica las ofrendas con numerosas señales de cruz. –Jesús inclina sus hombros bajo el peso de la cruz; tómala con cariño esta su amada cruz; la besa y lleva afectuosamente al ponerse en camino para el calvario encorvado bajo esta carga de amor. Lleva mis pecados para expiarlos, mis cruces para santificarles. Sigamos a Jesucristo cuando lleva su cruz y sube con harta dificultad por el monte calvario. Acompañémosle junto con María, las santas mujeres y Simón el cirineo.

El sacerdote impone las manos sobre el cáliz y la hostia. –Los verdugos se apoderan de Jesús, le despojan violentamente de sus vestiduras y le extienden sobre la cruz, en la que le crucifican.

Consagración y elevación. –El sacerdote consagra el pan y el vino, convirtiéndolos en cuerpo y sangre de nuestro señor Jesucristo. Hincando la rodilla adora al Salvador, a Dios verdadero y realmente presente entre sus manos, elevándolo después y presentando a las adoraciones del pueblo. Representaos a Jesús levantado en cruz entre cielo y tierra, como víctima y mediador entre Dios irritado y los pobres pecadores.

Adorad, ofreced esta divina víctima para expiación de vuestros pecados y los de vuestros parientes y amigos y de todos los hombres en general. Decidle del fondo del corazón prosternándoos a sus pies: “Sois mi señor y mi Dios”.

Adorad a Jesús extendido sobre el altar, como en otro tiempo sobre la cruz, adorando a su Padre en el anonadamiento más completo de su gloria, dándole gracias por cuantos bienes ha concedido a los hombres, que son hermanos suyos, y hermanos rescatados por Él, mostrándole sus llagas aún abiertas, que claman gracia y misericordia por los pecadores, suplicando por nosotros con súplica tal, que el Padre en modo alguno puede dejar de escucharla, por venir de su Hijo, del Hijo inmolado por su gloria por puro amor.

Rendid a Jesús aquellas mismas adoraciones que Él ofrece a su Padre. Os adoro, oh Salvador mío, realmente presente en este altar para renovar en mi favor el sacrificio del calvario. ¡A Vos que sois el Cordero todavía inmolado todos los días, bendición, gloria y poder por los siglos de los siglos!

Os tributo y nunca cesaré de tributaros perpetuas acciones de gracias, porque me habéis amado tanto.

El sacerdote, profundamente inclinado, invoca la clemencia divina para sí y para todos. –Escuchad a Jesús decir a su Padre: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen. Adorad esta bondad que hasta a los culpables excusa, no dándoles ni siquiera el nombre de enemigos o de verdugos.

¡Perdonadme, oh Salvador mío; más culpable que ellos soy yo; bien sabía que sois el Mesías, mi salvador y mi Dios, y, sin embargo, os he ofendido! Perdonadme, que vuestra misericordia será por lo mismo mayor y más digna de vuestro corazón; seré un pródigo, pero no por eso dejo de ser hijo vuestro, aquí estoy arrepentido a vuestras plantas.

El sacerdote ruega por los muertos. –Jesús ruega en la cruz por los espiritualmente muertos, por los pecadores, y su oración convierte a uno de los criminales que comenzaron por insultarle y blasfemar contra Él. “Acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino”, le dice el buen ladrón. Y Jesús le contesta: “Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso”.

¡Pueda también yo, Dios mío, hacer en la hora de la muerte la misma, oración y oír la misma promesa! Acordaos de mí en aquel trance tremendo, así como os habéis acordado del ladrón penitente.

Al Pater, *el sacerdote invoca al Padre celestial*. –En la cruz Jesús encomienda su alma al Padre. Pedid la gracia de la perseverancia final.

Al Libera nos, *el sacerdote pide la preservación de los males de esta vida*. –A causa del amor que nos tiene, Jesús siente sed de nuevos sufrimientos y bebe hiel mezclada con vinagre para expiar nuestros pecados de gula.

El sacerdote divide la santa Hostia. –Jesús inclina la cabeza para dirigirnos una mirada más de amor, y expira diciendo: *Todo se ha consumado.*

Adora, alma mía, a Jesús que muere; su alma se ha separado de su cuerpo; repara en cómo ha muerto por ti, y aprende tú también a vivir y morir por Él.

Pedid la gracia de una buena y santa muerte entre los brazos de Jesús, María y José.

Al Agnus Dei, *el sacerdote se da tres golpes de pecho*. – Al expirar Jesús, el sol se eclipsa de dolor, la tierra se estremece de horror y los sepulcros se abren, se dan golpes de pecho los verdugos, desagravian a Jesús pendiente en la cruz, proclamándole hijo de Dios, y vuelven contritos y perdonados. Uníos al pesar que entonces experimentaron, y mereceréis perdón lo mismo que ellos.

El sacerdote se da golpes de pecho y comulga. –Jesús es bajado de la cruz y puesto en las manos de su dolorosa madre. Se le embalsama, le envuelven en un lienzo blanco y le colocan en un sepulcro nuevo.

¡Oh Jesús mío!, cuando venís a mi cuerpo y a mi alma, mi corazón debiera ser, no ya sepulcro, sino templo adornado con toda suerte de virtudes, blanco y puro, donde no reine nadie más que Vos. Yo os ofrezco mi alma por morada habitad solo en ella y sed su dueño. Nunca sea yo para Vos sepulcro de muerte, sino sagrario vivo. ¡Ah, sí, venid a mí que sin Vos me muero! –Seguid al alma de Jesús cuando baja a los limbos y anuncia a las almas de los justos su liberación. Uníos a su regocijo y gratitud y cobrad cariño para siempre a vuestro salvador y Dios.

El sacerdote purifica el cáliz y lo cubre con el velo. –Jesús sale del sepulcro glorioso y triunfante, si bien ocultando por amor a los hombres el resplandor de su gloria.

Oraciones de acción de gracias. –Jesús invita a los suyos a regocijarse por haber triunfado sobre la muerte y el infierno. Uníos a la dicha de los discípulos y de las santas mujeres al aparecérseles Jesús.

El sacerdote bendice al pueblo. –Jesús bendice a sus discípulos antes de subir al cielo; inclinaos bajo su mano y esperadlo todo de esta bendición que produce lo que promete.

El sacerdote lee el último evangelio. –Casi siempre es el de san Juan, en que se describe la generación eterna, temporal y espiritual del Verbo encarnado.

Adorad a Jesús, que ha subido al cielo para prepararnos un puesto, contempladle reinando desde un trono de gloria y enviando a los apóstoles su Espíritu de verdad y de amor.

Pedid que este divino Espíritu habite en vosotros que dirija cuanto vais a emprender hoy; que la gracia del santo sacrificio os santifique todo el día y lo fecundice en obras de gracia y salvación.

MÉTODO PARA PARTICIPAR EN LA MISA UNIÉNDOSE AL ESPÍRITU DEL SANTO SACRIFICIO

Puede dividirse la santa misa en tres partes: la primera va desde el comienzo al ofertorio; la segunda desde el ofertorio hasta la Comunión; la tercera, desde la Comunión hasta el fin.

I

Cuando el sacerdote ore al pie del altar humillándose por sus faltas, confesad también vosotros vuestros pecados, adorad con humildad para asistir dignamente al santo Sacrificio:

Durante el *Introito,* tened presente los deseos de los patriarcas y de los profetas cuando aún no había venido el Mesías; desead como ellos que Jesucristo venga y establezca en vosotros su reinado.

Al *Gloria,* juntaos en espíritu con los ángeles para alabar a Dios y darle gracias por el misterio de la Encarnación.

Durante las *oraciones,* unid vuestras intenciones y demandas con las de la Iglesia; adorad al Dios de bondad de quien procede todo don.

La *Epístola,* escuchadla cual si oyerais a un profeta o a un apóstol; adorad la santidad de Dios.

Durante el *Evangelio,* escuchad al mismo Jesucristo que os habla, y adorad la verdad de Dios.

Decid el *Credo* con sentimientos de fe viva; renovad vuestra fe uniéndola a la de la Iglesia, protestando que dispuestos estáis a morir para defender todas las verdades del símbolo.

II

En la segunda parte de la misa unid vuestras intenciones con las de la Iglesia y ofreced el Sacrificio por estos cuatro fines

1.º Como homenaje de suprema adoración, ofreciendo al eterno Padre las adoraciones de su hijo encarnado, y juntando las vuestras con las suyas y las de la Iglesia; ofreceos vosotros mismos juntamente con Jesucristo para amarle y servirle.

2.º Como homenaje de agradecimiento ofreciéndoselo al Padre para darle gracias por los merecimientos, los dones y la gloria de Jesucristo; para darle asimismo gracias por los merecimientos y el honor de la Virgen santísima y de los santos todos, como también por cuantos beneficios habéis recibido o estáis por recibir merced a los merecimientos de su Hijo.

3.º Como hostia satisfactoria, ofreciéndosela por la satisfacción de todos vuestros pecados, por la expiación de tantos pecados como se cometen en el mundo; recordad al eterno Padre que nada puede negarnos, pues nos ha dado su hijo, el cual está en su acatamiento en estado de víctima y de sacrificio por nuestros pecados y los de todos los hombres.

4.º Como sacrificio impetratorio, o sea hostia de oración, ofreciéndoselo al Padre como prenda que de su amor nos ha dado, para que podamos esperar de Él todos los bienes espirituales y temporales. Exponedle en detalle vuestras necesidades y pedidle sobre todo la gracia de corregiros de vuestro defecto dominante.

Al *Lavabo,* purificaos mediante un acto de contrición, a fin de haceros verdadera hostia de alabanza agradable a Dios y capaz de atraer sus miradas de complacencia.

Al *Prefacio,* uníos al concierto de la corte celestial, para alabar, bendecir y glorificar al Dios tres veces santo por todos sus dones de gracia y de gloria, y en especial porque nos ha rescatado por medio de Jesucristo.

Durante el *Canon,* uníos a la piedad y al amor de todos los santos de la nueva ley, para celebrar dignamente esta nueva encarnación y nueva inmolación que se realizará a la sola palabra del sacerdote.

Suplicad al Padre celestial bendiga este sacrificio y lo acepte con agrado, bendiciendo también juntamente con Él los demás sacrificios que le ofrezcáis.

Mientras el sacerdote, rodeado de una muchedumbre de ángeles, se inclina profundamente por respeto al acto divino que va a realizar; mientras consagra el pan y el vino en cuerpo y sangre del hombre Dios y renueva el misterio de la cena, hablando divinamente en persona de Jesucristo, admirad el poder inaudito concedido al sacerdote en favor vuestro.

Luego, una vez que a la palabra del sacerdote haya Jesús

bajado al altar, adorad la hostia santa, el cáliz de la sangre de Jesucristo que clama misericordia por vosotros; recibid, como Magdalena al pie de la cruz, la sangre que de las llagas de Jesús mana. Ofreced la divina víctima a la justicia de Dios por vosotros y por el mundo entero; ofrecedla a su divina e infinita misericordia para enternecer el corazón de Dios a vista de vuestras propias miserias y abrid sobre vosotros el manantial de la infinita bondad de Dios. Ofrecedla también a la bondad divina para que aplique sus frutos de luz y de paz a las almas que sufren en el purgatorio, para que esta sangre, acabando de purificarlas y extinguiendo las llamas, las haga dignas del paraíso.

Decid el *Pater* con Jesucristo perdonando en la cruz a sus enemigos; perdonad también vosotros de todo corazón y sinceramente a cuantos os hayan ofendido.

Al *Libera nos,* pedid, por intercesión de María y de todos los santos, que os libre de todos los males presentes, pasados y futuros, así como de las ocasiones de pecar.

Al *Agnus Dei,* daos golpes de pecho como los verdugos en el calvario; recogeos luego en actos de fe, humildad, confianza, amor y deseo para recibir a Jesucristo.

III

Si no comulgáis sacramentalmente, comulgad a menos espiritualmente haciendo los siguientes actos:

Concebid un gran deseo de uniros con Jesucristo, reconociendo la gran necesidad que tenéis de vivir de su vida.

Haced, apoyándoos en la bondad y santidad de Dios, un acto de contrición perfecta de todos vuestros pecados pasados y presentes.

Recibid espiritualmente a Jesucristo en el fondo de vuestra alma, pidiéndole que viváis únicamente para Él, puesto que no podéis vivir más que por medio de Él.

Imitad a Zaqueo en sus buenos propósitos, y dad gracias a nuestro Señor por haber podido asistir a la santa misa y hacer la comunión espiritual. Ofreced en acción de gracias algún obsequio particular, como un sacrificio o un acto de virtud, y pedid a Jesucristo su bendición para vosotros y para todos vuestros parientes y amigos.

MÉTODO

Para oír misa meditando las siete palabras que Jesucristo dijo en la cruz

Al Introibo. –Jesús ruega por sus verdugos: *Pater, ignosce illis, non enim sciunt quid faciunt.* Padre, perdónales, que no saben lo que hacen. Pedid a Jesús os perdone vuestros pecados, a vosotros más culpables que sus verdugos, por cuanto le habéis crucificado conociéndole mejor.

A las colectas. –El buen ladrón dice a Jesús: *Memento me cum veneris in regnum tuum.* Y Jesús le contesta: *Hodie mecum eris in paradiso: Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso*. –El ladrón se muestra agradecido: une sus sufrimientos con los del Salvador. Haced la misma oración para el día de vuestra muerte y también para el día de hoy.

Al ofertorio. –Jesús da a san Juan por hijo a María. *Mulier, ecce filius tuus: Mujer, he ahí tu hijo*. –San Juan sucederá a Jesús en el título de hijo; con él, todos los hombres reciben a María por madre. Dad gracias a nuestro Señor por haberos dado tan buena madre; decid a María que os ame mucho y que os dirija en todo al servicio de Jesús.

Al Prefacio. –Fili, ecce Mater tua: Hijo, he aquí tu Madre. –Habéis sido dados a María por hijos. Agradeced mucho a nuestro Señor este hermoso título de hijos de María, que os da derecho sobre su corazón de madre y sobre todos sus bienes.

A la elevación. –Sitio, ¡tengo sed! Adorad a Jesús crucificado de nuevo sobre el altar, rogando a su Padre le deje sufrir una vez más por amor a los hombres y diciéndole: ¡Tengo sed! ¡Tengo sed de los corazones, sed de vuestra gloria! Sufrid juntamente con Él para apagar su sed de sufrimientos, de salvación del mundo y de

reparación de los ultrajes inferidos a la majestad de Dios.

Al Pater. –Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado? *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* –Adorad los santos e inefables abandonos de Dios, sufridos para expiar el haber nosotros culpablemente abandonado a Dios y su santa ley. Protestad que nunca más le abandonaréis.

A la Comunión. –Jesús muere diciendo: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. Consummatum est. Padre, en tus manos entrego mi alma. Todo se ha consumado.* Adorad a Jesús que por la Comunión entrega en manos de todos los hombres cuerpo, sangre, alma y divinidad, todo cuanto es. Uníos al sacerdote y adorad a Jesús bajado de la cruz y recibido en los brazos de su santísima Madre. Tomadle también vosotros, apretadle contra vuestro corazón y que nunca salga de él.

DIRECTORIO PARA LA ACCIÓN DE GRACIAS DE LA COMUNIÓN

Gracias Deo super inenarrabili dono ejus
"Sea Dios loado por su inefable don" (2Co 9, 15)

El momento más solemne del día es el consagrado a la acción de gracias, porque tenéis entonces a vuestra disposición al rey de cielos y tierra, a vuestro Salvador y juez muy dispuesto a concederos cuanto le pidáis.

Consagrad si podéis, media hora a la acción de gracias, o a lo menos, extremando las cosas, un cuarto de hora. Sería mejor, en caso de necesidad, abreviar el tiempo de la preparación, para prolongar el de la acción de gracias. Porque ¿cabe encontrar un momento más santo y más saludable que aquél en que poseéis a Jesús entero?

Es tentación corriente la de reducir la acción de gracias. Bien sabe el demonio lo que ésta vale, y el amor propio y la naturaleza temen sus efectos. Fijad determinado tiempo para la acción de gracias y nunca le quitéis ni siquiera un minuto sin una razón urgente.

La acción de gracias es absolutamente necesaria cuando no se quiere que un acto tan santo como la Comunión degenere en mera costumbre piadosa. "Estad persuadidos, decía san Juan Bautista de la Salle a sus religiosos, que en toda la vida no hay mejor tiempo que el de la Comunión y el que la sigue, durante el cual tenéis la dicha de tratar cara a cara y de corazón con Jesús".

El tiempo de acción de gracias es, por tanto, para nuestra alma, el momento de disfrutar de Aquel a quien ha recibido y a quien posee, de rendirle homenaje por lo mucho que nos ama, y al mismo tiempo de paladear las dulzuras confortantes de esta regaladísima posesión. Y no se trata, entendedlo bien, de satisfacer el egoísmo espiritual o una sensualidad más o menos mística; con ello no se hace más que cumplir con un doble deber que nos obliga, así para con el divino Huésped de la Comunión, que ciertamente merece nuestro

aprecio y nuestras complacencias, como para con nuestra alma, la cual ha menester de cobrar nuevo vigor, de regocijarse y de gozar santamente de las delicias que se le ofrecen en esta mesa tan exquisitamente servida por el rey de los cielos.

Sería no tener corazón, mostraríais no apreciar en modo alguno lo que hacéis al comulgar, si, después de haber recibido a nuestro Señor, no sintierais nada ni nada tuvierais que decirle para dar gracias.

¡Pero si no soy contemplativo, si soy incapaz de conversar interiormente!, diréis. –Entendámonos. No es menester un estado de vida espiritual muy elevado para poder conversar interiormente después de la Comunión. ¿Tenéis buena voluntad? Jesús os hablará y entenderéis su lenguaje, pues es un lenguaje del corazón que todos entienden.

Sed, pues, muy fieles, hasta escrupulosos, en punto a la acción de gracias.

He aquí algunos consejos para sacar el mayor provecho posible de este tiempo tan precioso.

I

Cuando hayáis introducido a Jesús en vuestro pecho y colocándole sobre el trono de vuestro corazón, quedad quietos un rato, sin oración vocal alguna; adorad en silencio, postraos en espíritu a los pies de Jesús como Zaqueo, como Magdalena, junto con la Virgen santísima; miradle sobrecogidos de admiración por su amor.

Proclamadle rey de vuestro corazón, esposo de vuestra alma y escuchadle... Decidle: “Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha”.

Poned vuestro corazón a los pies del divino Rey... Ofreced vuestra voluntad para ejecutar sus órdenes y consagrad todos vuestros sentidos a su divino servicio.

Sujetad vuestra mente a su trono para que no divague; o mejor, ponedla bajo sus pies, para que Jesús le exprima todo orgullo y ligereza.

Mientras el alma se siente recogida y sosegada en presencia de nuestro Señor, dejadla que disfrute del dulce sueño del alma en el seno de Jesús; más aprovecha con esta gracia, que la alimenta y la une por modo tan suave con su Amado, que con cualquier otro ejercicio.

II

Pasado que haya ese estado de recogimiento, debe el alma empezar los actos de agradecimiento, para lo cual podréis serviros con fruto de los cuatro fines del sacrificio.

Adorad a Jesús sobre el trono de vuestro corazón; besad con respeto sus divinas plantas y augustas manos; apoyaos en su corazón, inflamado de amor; ensalzad su poder; ofrecedle las llaves de vuestra morada en homenaje de adoración y de absoluta sumisión; proclamadle por dueño vuestro y declaradle que, como dichosos servidores suyos, estáis dispuestos a todo por complacerle.

Dadle gracias por haberos honrado y amado tanto; por haberos colmado de tantos bienes ahora que le habéis recibido. Alabad su bondad por vosotros tan pobres, imperfectos e infieles. Invitad a los ángeles y santos, a su divina Madre, a que alaben, bendigan y den gracias a Jesús en vuestro lugar. Mostrad vuestra gratitud a este buen Salvador, por medio de las acciones de gracias de la santísima Virgen, tan henchidas de amor y tan cabales.

Llorad una vez más vuestros pecados a sus pies, como la Magdalena; el amor penitente siempre siente la necesidad de llorar y nunca se cree exento de las deudas de gratitud. Haced protestas de fidelidad y de amor; hacedle el sacrificio de vuestros afectos desordenados, de vuestra flojedad y pereza en emprender lo que os cuesta.

Pedidle la gracia de no ofenderle más y declaradle que mil veces preferís la muerte al pecado.

Pedid cuanto queráis, que este es el momento de la gracia; hasta el propio reino está Jesús dispuesto a daros. Le complace el ver que le ofrece la ocasión de derramar sus beneficios. Pedidle reine en vosotros su santidad, así como en vuestros hermanos; suplicad que su caridad more en todos los corazones.

Rogad por vuestras necesidades del día.

Rogad por los vuestros, por vuestros pastores, por el sumo pontífice, por toda la Iglesia.

Pedid el triunfo de la fe, la exaltación de la Iglesia Romana, la paz en la tierra.

Pedid sacerdotes santos para los pueblos, religiosos fervorosos para la Iglesia, buenos adoradores para nuestro Señor sacramentado.

Pedid que se extienda el reinado eucarístico de Jesús; que los pecadores, y en especial aquellos por quienes más se interesa vuestra caridad, se conviertan. Orad por cuantos se han encomendado a vuestras oraciones.

Pedid, en fin, que Jesucristo sea conocido, amado y servido por todos los hombres. Antes de ir a casa, ofreced un obsequio de amor, o sea algún sacrificio que habréis de hacer durante el día.

Finalmente, rezad algunas oraciones por las intenciones del soberano pontífice, para ganar las indulgencias que tengan la comunión por condición; complaceos en aplicarlas a las almas del purgatorio, sobre todo a aquellas que Jesús más ama.

Durante el día habéis de ser como el vaso que ha contenido un perfume, o un santo que ha pasado una hora en el paraíso; no olvidéis la regia visita de Jesús...

III

El mejor modelo de acción de gracias lo encontraremos en María recibiendo al Verbo en su seno. El mejor medio de hacer una recepción que plazca a Jesús y sea para nosotros buena y rica en gracias es adorarle como presente en nuestro pecho uniéndonos con María.

María, sin duda, comenzó su adoración en aquel solemne momento haciendo un acto de anonadamiento de todo su ser ante la soberana majestad del Verbo, al ver cómo había elegido a su humilde sierva por su bondad a los hombres todos. Tal debe ser el primer acto, el primer sentimiento de mi adoración después de la comunión. Este fue también el sentimiento de Isabel al recibir a la madre de Dios, que llevaba al Salvador oculto aún en su seno: *Unde hoc mihi?* ¿De dónde a mí dicha tanta, que tan poco merezco?

El segundo acto de María debió ser de gozoso agradecimiento por la inefable e infinita bondad del Señor para con los hombres; un acto de humilde gratitud por haber escogido para comunicar esta gracia sin par a su indigna aunque muy dichosa sierva. La gratitud dé María exhálase en actos de amor, alabanza y bendición ensalzando la divina bondad. Porque la gratitud es todo esto, es una expansión en la persona bienhechora; pero una expansión intensa y amorosa. La gratitud es el corazón del amor.

El tercer acto de la santísima Virgen debió ser de abnegación,

de ofrenda, de don de sí, de toda la vida al servicio de Dios: *Ecce antilla Domini;* un acto de pesar por ser, tener y poder tan poca cosa para servirle de un modo digno de Él.

Ella se ofrece a servirle como Él quiera, a costa de todos los sacrificios que le plazca exigirle; por feliz se tendría si pudiera así corresponder al amor que a los hombres muestra en la Encarnación.

El último acto de María sería, sin duda, de compasión por los hombres pecadores, para cuya salvación se encarnaba el Verbo. Ella supo hacer que la infinita misericordia se interesara por ellos ofreciéndose a reparar y hacer penitencia en su lugar, con el fin de lograr su perdón y retorno a Dios.

¡Oh, cuánto quisiera yo adorar al Señor como le adoraba esta buena madre! Lo mismo que ella, le poseo en la Comunión. ¡Oh Dios mío! Dadme a esta buena adoradora por verdadera madre; hacedme partícipe de su gracia, de su estado de adoración continua del Dios a quien había recibido en su seno tan puro, verdadero paraíso de virtudes y de amor.

Quiero pasar este día en unión con María, y, como Ella, vivir sólo para Jesús, presente en mi corazón.

LA EXTENSIÓN DE LA ENCARNACIÓN

Verbum caro facturo est.
"El Verbo se hizo carne" (Jn 1, 14)

I

La encarnación del Verbo en el seno de María nos anuncia la Eucaristía. Este hermoso sol de las almas, que ha de vivificar y regenerarlas, se levanta en Nazaret y llega al mediodía en la Eucaristía, que será el término del amor de Dios en la tierra. El grano de trigo divino ha sido sembrado en las castas entrañas de María. Germinará y madurará y lo molerán, para con él hacer el pan eucarístico. Tan unida va en el plan divino la encarnación con la Eucaristía, que las palabras de san Juan pudieran traducirse así: El Verbo se ha hecho pan: *Verbum caro, Verbum panis.* Todas las circunstancias del misterio de la encarnación fueron gloriosas para María; todo es también glorioso para nosotros en la Comunión, que nos hace participar de la honra y gloria de la santísima Virgen.

El prólogo del misterio de la encarnación tuvo lugar entre el ángel y la Virgen santísima. El ángel anuncia el misterio y pide el consentimiento de María.

El ángel que a nosotros nos llama a la Comunión es el sacerdote, es la Iglesia mediante su órgano el sacerdote. ¡Qué honra para nosotros! La Iglesia es reina y los ángeles la sirven; es esposa, y por eso no sólo anuncia al Verbo sacramentado, sino que lo lleva y nos lo da. María no creyó en lo que le decía el ángel sino en vista del prodigio que le anunciaba. Cuanto a nosotros, podemos creer a la Iglesia bajo su palabra. Ella es nuestra madre y nosotros somos hijos suyos, y nadie dice a la madre: ¿Es realmente pan esto? ¿No me da usted una piedra en lugar de pan? La Iglesia habla, y creemos en su palabra. Claro que bien podría dar, como el ángel, pruebas de su misión.

El anuncio de la Comunión es, pues, glorioso para nosotros, como lo fue para María el de la encarnación.

II

La Encarnación supuso como condición la virginidad de María. Dios no quería más que una madre virgen, y aguardó cuatro mil años para que se le preparase este tabernáculo purísimo. El Espíritu Santo baja, pues, a María y preserva su virginidad, fecundándola: el misterio se realiza. Hasta tal punto quiere Dios la virginidad en el plan que tiene trazado, que la primera predicción que de la misma se hizo fue dirigida a Eva cuando aún era virgen.

En cuanto a nosotros, Dios nos pide la pureza de corazón, esa pureza que es vida del alma. Como no tenemos virtudes dignas de Él, quiere que tengamos al menos profundo respeto y una humildad sincera. –Señor, no soy digno de recibiros; antes, alejaos de mí, pues soy un pobre pecador–. Éste sentimiento suple cuanto nos falta; con esto se contenta nuestro Señor; como poseamos esto, lo demás ya nos lo dará Él cuando venga. Tengamos tan sólo fe, humildad y confianza, y dejemos lo restante a cuenta de Jesucristo.

El ángel, como prueba de su misión, anunció a María el prodigio de la fecundidad de Isabel: "Todo es posible para Dios", añadió. El alma, estéril como Isabel, se tornará también fecunda. Es preciso recibir el manjar que comunica la fecundidad. La Eucaristía os hará producir en un solo día para la gloria de Dios más que toda la vida sin ella.

En medio de todas estas magnificencias que el ángel despliega ante sus ojos, María no ve más que su pequeñez, su propia nada. He ahí nuestro modelo. Pobres criaturas, indignas de las miradas de Dios somos... Pero puesto que se digna llamarnos y escogernos, digámosle con María: Fiat, hágase en mí según tu palabra.

Algo del misterio que en María se realiza se verifica también en nosotros. En el momento de la Comunión, la Eucaristía viene a ser en realidad una extensión de la encarnación, una propagación de ese incendio de amor, cuyo foco está en la santísima Trinidad. Aunque en el seno de María la encarnación abarca la naturaleza humana en general, no logra con todo la plenitud de su extensión hasta unirse con cada uno de los hijos del género humano. En María el Verbo se une con la naturaleza humana; mediante la Eucaristía se une con todos los hombres.

Para redimirnos bastaba con que el Verbo se uniera numéricamente con sola una criatura humana; sólo quería sufrir y expiar los pecados en su cuerpo y alma muriendo en nombre de todos

entre indecibles tormentos. Pero cuando esta humanidad fue triturada, resultando manantial de toda justificación, Jesucristo la convirtió en Sacramento, que ofrece a todos, para que todos puedan participar de los méritos y de la gloria del cuerpo que tomó en María. Y ahora sólo nos queda recibirle; y recibiéndole poseemos más que María, porque poseemos el cuerpo glorioso y resucitado del Salvador, marcado con los estigmas del amor, señales de su victoria sobre las potestades de este mundo.

¡Oh maravilla! Al comulgar, recibimos más que lo que María recibió en la encarnación, pues María no llevaba en su seno más que el cuerpo pasible del Verbo, en tanto que nosotros recibimos el cuerpo impasible y celestial. María llevaba al varón de dolores, mientras que nosotros poseemos al Hijo de Dios coronado de gloria. Y aún le recibimos de un modo más consolador; cada día que pasa, veía María abreviarse el tiempo que había de tenerle en sus castas entrañas, y al cabo de nueve meses tuvo que separarse de este divino peso. A nosotros, en cambio, todos los días se nos renueva esta dicha, y hasta el fin de nuestra vida podremos recibir y llevar al Verbo sacramentado.

Al formar en María la santísima humanidad del Verbo, el Espíritu Santo dotó a su augusta esposa de los dones más preciosos: el Verbo le trajo su gloria y todas las virtudes juntas en grado hasta entonces inaudito. Si en María se hubiese obrado muchas veces este misterio, cada vez habría recibido una nueva y no menos magnífica dotación...

Es lo que sucede con nosotros. Cada vez viene nuestro Señor con todas sus gracias y todos sus dones nos enriquece incesantemente sin nunca cansarse; cual otro sol, que cada día vuelve a salir con tan bello resplandor, viene a nosotros tan hermoso y glorioso como si no hubiera de venir sino una sola vez.

Verbum caro factum est. El Verbo se ha hecho carne: he ahí la gloria de María. El Verbo se ha hecho pan: he aquí nuestra gloria. Nuestro Señor se nos entregó una vez para satisfacción de su amor; vuelve a dársenos sin cesar para saciar sus nuevos e infinitos ardores. Poca cosa es para su corazón una limosna de gracias. Él mismo se hace don, pan, y la Iglesia nos lo distribuye. ¿Pudo hacer más, ir más lejos? ¿Por ventura pudo allegarnos más a su madre, no digo en dignidad o en virtudes, pero sí en la efusión de su amor, mayor, al

parecer, en el don que a nosotros nos hace que en el que hizo a María? La santísima Virgen supo agradecer las gracias de Dios; amemos como ella también nosotros, puesto que nos cabe una parte en su honra.

EL PAN DE VIDA

Ego sum panis vitae
"Yo soy el pan de vida" (Jn 6, 35)

El mismo Jesús es quien se ha dado el nombre de pan de vida. ¡Qué nombre! Sólo Él podía imponérselo. Si un ángel hubiera recibido el encargo de poner un nombre a nuestro Señor, le habría dado uno conforme a alguno de sus atributos; pero nunca se hubiera atrevido a llamar pan a Dios. ¡Ah! pan de vida: esto es el verdadero nombre de Jesús, el que le comprende por entero con su vida, muerte y resurrección: en la cruz será molido y cernido como la harina; resucitado, tendrá para nuestras almas iguales propiedades que el pan material para nuestro cuerpo; será realmente nuestro pan de vida.

I

Ahora bien, el pan material alimenta y mantiene la vida. Es necesario sustentarnos con la alimentación, so pena de sucumbir. Y la base de esta alimentación es el pan, manjar más sustancial para nuestro cuerpo que todos los demás, pues sólo él basta para poder vivir.

Físicamente hablando, el alma ha recibido de Dios una vida que no puede extinguirse, por ser inmortal. Mas la vida de la gracia, recibida en el bautismo, recuperada y reparada por la penitencia, la vida de la santidad, mil veces más noble que la natural, no se sostiene sin comer, y su alimento principal es Jesús sacramentado. La vida que recobramos por la penitencia complétase en alguna manera con la Eucaristía, la cual nos purifica del apego al pecado, borra las faltas cotidianas, nos infunde fuerzas para ser fieles a nuestras buenas resoluciones y aleja las ocasiones de pecar.

"El que come mi carne tiene la vida", ha dicho el Señor. ¿Qué vida? La misma de Jesús: "Así como el Padre, que me ha enviado, vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por mí". El alimento comunica su sustancia a quien lo come. No se transforma Jesús en nosotros, sino que a nosotros nos transforma en sí.

Hasta nuestro cuerpo recibe en la Comunión una prenda de resurrección; y merced a ella podrá ser, aún desde esta vida, más templado y dócil al alma. Después no hará más que descansar en la tumba, conservando siempre el germen eucarístico, que en el día de premios será manantial de una gloria más esplendorosa.

II

No se come sólo para conservar la vida, sino también para sacar fuerzas con que realizar los trabajos necesarios. Comer para no morir, a duras penas llega a la más elemental prudencia. Eso no basta. El cuerpo debe trabajar y en el trabajo se gastan fuerzas, que han de sacarse, no de la propia sustancia, que bien pronto se agotaría, sino de las reservas producidas por la alimentación. Es ley que no puede darse lo que no se tiene; bien pronto cae exhausto el hombre condenado a un trabajo duro que, llegada la tarde, no puede alimentarse sino insuficientemente.

Cuanto más queramos acercarnos a Dios y practicar la virtud, mayores son los combates que nos aguardan, y mayores han de ser, por tanto, las fuerzas de que debemos proveernos para no salir derrotados. Pues bien: sólo la Eucaristía puede darnos fuerzas suficientes para todas estas luchas de la vida cristiana. La oración y la piedad bien pronto languidecen sin la Eucaristía. La vida piadosa es un continuo crucificarse de la naturaleza, y en sí misma considerada pocos alicientes presenta; no sale uno al encuentro de la cruz si no se siente suave, pero fuertemente sostenido. Regla general: piedad sin Comunión, piedad muerta.

Por lo demás, ved lo que os dice vuestra experiencia. ¿Cómo habéis cumplido vuestros deberes al dejar de comulgar? No bastan ni el bautismo que da la vida, ni la confirmación que la aumenta, ni la penitencia que la repara: todos estos sacramentos no son más que preparación de la Eucaristía, corona y complemento de todos ellos.

Jesús ha dicho: Sígueme. Sólo que es difícil, porque eso pide muchos esfuerzos, exige la práctica de las virtudes cristianas. Únicamente el que mora en nuestro Señor produce mucho fruto, y ¿cómo morar en nuestro Señor sino comiendo su carne y bebiendo su sangre? *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in eo.*

Somos dos cuando Jesucristo está en nosotros. El peso

dividido entre dos resulta más ligero. Por eso dice san Pablo: “Todo lo puedo en Aquél que me fortifica”. Quien le fortifica es el que vive en nosotros: Cristo Jesús.

III

Además, el pan, sean cuales fueren las apariencias, no carece de ciertas delicias. La prueba, que nunca se cansa uno con él. ¿A quién le hastía el pan aun cuando los demás alimentos le parezcan insípidos? Ahora bien, ¿dónde, a no ser en este panal de miel que llamamos Eucaristía, puede hallarse la dulzura substancial? De ahí que esa piedad que no se alimenta frecuentemente de la Eucaristía no sea suave ni se trasluzca en ella el amor de Jesucristo. Es dura, austera, salvaje; no gusta ni atrae, no va sembrada en el amor de Jesús. Pretenden ir a Dios sólo por el sacrificio. Buen camino es éste, seguramente; pero sobradas razones hay para temer que el desaliento rompa al fin ese arco demasiado tirante. Los que van por este camino tienen sin género de duda mucho mérito; pero les falta el corazón, la ternura de la santidad, que no se encuentra más que en Jesús.

¿Sin la Comunión quieres vivir? ¡Pero, hermano, si la tradición cristiana te condena! No digas más el *Pater,* pues en esta oración pides el pan de cada día sin el que pretendes pasarte.

Sí, sin la Comunión queda uno siempre en lo arduo del combate; no se conocen las virtudes más que por lo que cuestan para adquirirlas y se desconoce su aspecto más atrayente, esto es, el gusto de trabajar, no sólo para sí, sino también por la gloria de Dios, por amor para con Él, por amistad, como hijos, sin que la esperanza de la recompensa sea el único móvil que a ello nos impulse. El que comulga fácilmente comprende que, como recibe mucho, mucho debe también devolver, y en esto consiste la piedad inteligente, filial y amante. De ahí que la Comunión nos haga felices con felicidad amable y dulce aun en las mayores pruebas. Es perfección consumada mantenerse unido con Dios en medio de las más violentas tentaciones interiores. Al tentarnos más, más nos ama Dios. Pero, para que estas tempestades no acaben con vosotros, habéis de volver a menudo al manantial del amor para cobrar nuevas fuerzas y purificaron más cabalmente en este torrente de gracias y de amor.

Comulgad, por tanto; comed el pan de vida, si queréis disfrutar de una vida sana, de fuerzas bastantes para el combate cristiano y de

felicidad en el seno mismo de la adversidad.

La Eucaristía es pan de los débiles y de los fuertes; es necesario a los débiles, está claro; pero también lo es a los fuertes, pues en vasos de arcilla, rodeados por todas partes de enemigos encarnizados, llevan su tesoro.

Asegurémonos, pues, una guardia, una escolta fiel, un viático que nos conforte. Todo eso lo será Jesús nuestro pan de vida.

LA COMUNIÓN, MANÁ DE LOS ELEGIDOS

Panem de coelo praestitisti illis, omne delectamentum in se habentem
"Les habéis dado, Dios mío, un pan celestial que encierra todo sabor" (Sab 16, 20)

El maná que Dios hacía bajar cada mañana sobre el campamento de los israelitas encerraba toda clase de gustos y propiedades; reparaba las fuerzas decaídas, daba vigor al cuerpo y era un pan muy suave.

La Eucaristía, figurada por el maná, contiene también todo género de virtudes es remedio contra nuestras enfermedades espirituales, fuerza contra nuestras cotidianas flaquezas, fuente de paz, de gozo y felicidad.

I

Según el concilio de Trento, la Eucaristía es un antídoto divino que nos libra de nuestras faltas cotidianas y nos preserva de las mortales; es fuego devorador que consume en un instante la paja de nuestras enfermedades espirituales.

La sagrada Comunión es la lucha que Dios sostiene en nosotros contra la concupiscencia y contra el demonio, al que incesantemente están llamando nuestras pasiones. El demonio es en parte dueño de nosotros por connivencia con nuestros apetitos desordenados. Ahora bien, ¿no ha dicho Jesús: "Venid a mí todos los que gemís bajo el peso de la esclavitud de vuestros viejos pecados, que yo os libraré"?

La penitencia nos lava de la mancha de la falta; pero, por purificados que estemos, siempre subsiste algún vestigio de las cadenas, alguna pendiente hacia la recaída; aunque expulsado, el demonio mantiene inteligencias con la plaza. A destruir los restos del pecado, contrarrestar nuestras malas inclinaciones e impedir que el demonio nos sojuzgue nuevamente, viene Jesucristo.

II

Pero la sagrada Comunión es más que un remedio, es también fuerza; nos ayuda eficazmente a ser buenos, virtuosos y santos.

De seguro que es difícil adquirir una virtud cristiana. La virtud es nada menos que una cualidad de Jesús de la que debemos revestirnos; se trata de una educación divina, de trasplantar costumbres de Jesucristo a nosotros. Pues bien: en la sagrada Comunión se forma Jesús en nosotros y se convierte en nuestro amo. Por las inspiraciones de su amor despierta el agradecimiento que como a nuestro bienhechor le debemos, el deseo de parecer; el presentimiento de la dicha que se experimenta en imitarle y vivir de su propia vida. ¡Cuántos encantos no encierra la virtud en la escuela de la Comunión! ¡Cuán fácil no se torna la humildad cuando, al comulgar, se ha visto al Dios de la gloria humillarse hasta venir a un corazón tan pobre, a un entendimiento tan necio, a un cuerpo tan miserable como el nuestro!

Qué fácil resulta la mansedumbre bajo la acción de la cariñosísima bondad de Jesús dándosenos con toda la dulzura de su corazón. ¡Cuán amable es el prójimo cuando se le ve alimentarse con el mismo pan de vida, sentarse a la misma divina mesa y ser amado tan efusivamente por Jesucristo! ¡Cómo pierden su aspereza la penitencia, la mortificación y el sacrificio cuando se recibe a Jesús! ¡Hasta qué punto no siente uno en sí la imperiosa necesidad de abrazar la vida de quien le ha salvado y le da la Eucaristía!

Mucho más pronto se educa el cristiano en el cenáculo que en cualquiera otra escuela. Ello es debido a que en la Comunión todas las gracias obran juntas, todas las virtudes del Salvador se reflejan en nuestra alma bajo el poderoso influjo de este divino Sol, que en nosotros está penetrándonos con su luz y sus fuegos. La Comunión es para nuestra alma y nuestro cuerpo el troquel de Jesús. Oíd si no estas sus palabras: "Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él" (Jn 6, 57). Se trata, por tanto de una cohabitación de Jesús con el que comulga y del que comulga con Jesús; se trata de una sociedad de dos vidas, de una unión inefable de amor, de una misma vida en dos personas.

III

La sagrada Comunión es asimismo felicidad.

¿Qué es la dicha sino la posesión de un bien infinito, la posesión real y permanente de Dios? Pues éste es cabalmente el divino fruto de la Comunión.

También es paz. Jesús es Dios de paz. “Os dejo mi paz, os doy mi paz”, les dice a los Apóstoles después de haberles dado la Comunión. “Pero no os la doy como el mundo”, con revueltas y tempestades, sino que os doy la paz de Dios, la cual es tan suave que excede a todo sentimiento. Con sola una palabra calma Jesús las tempestades, sin más que una mirada, dispersa y abate a nuestros enemigos.

La Comunión es también dulzura. Es el verdadero maná que satisface todos nuestros deseos, porque encierra toda dulzura; es el perfume celestial del hermoso lirio del campo, que nos embelesa en Dios.

El alma humilde y recogida experimenta en todo su ser cierta conmoción causada por la presencia de Jesucristo; siente que la acción de este sol de amor la dilata; nota en sí cierto bienestar, cierta agilidad, suavidad y fuerza de unión y de adhesión a Dios que de sí misma no procede; siente a Jesús en todo su ser; ve que es como un paraíso habitado por Dios, en cuya corte quiere trocarse, repitiendo todas las alabanzas, acciones de gracias y bendiciones que los ángeles y santos cantan a Dios en la gloria.

¡Feliz momento el de la Comunión, que hace que nos olvidemos del destierro y de sus miserias!

¡Cuán dulce es el reposo del alma en el corazón mismo de Jesús!

¡Bien sabía este maestro bueno que nos había de hacer falta gustar de vez en cuando la dulzura del amor!

Imposible estar siempre en el calvario del dolor o en la refriega del campo de batalla.

El niño necesita del seno de su madre, y el cristiano del de Jesús.

La virtud sin la Comunión viene, por tanto, a ser como la fuerza del león: resultado del combate, de la violencia; es dura. Para que tenga la mansedumbre del cordero, es necesario que beba la sangre del cordero sin mancha, que coma de esta miel del desierto.

En fin de cuentas, la felicidad engendra amor: no amamos sino lo que nos hace felices. No vayáis a buscarla fuera de la Eucaristía.

El Salvador no ha puesto la divina dicha ni en las virtudes ni en los demás misterios, sino sólo en sí mismo; preciso es comerle para paladear plenamente su felicidad. “Gustad y ved cuán bueno es el Señor”, dijo el Profeta. Y nuestro Señor ha dicho también: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna”. Pero la vida eterna es el cielo, la santidad beatificada en Jesucristo.

Las virtudes del Salvador no son, por consiguiente, otra cosa que camino; los diversos misterios de su vida y hasta de su pasión no son más que otros tantos caminos que deben conducirnos al cenáculo eucarístico; sólo aquí ha establecido Jesús su morada permanente para la tierra; aquí hay que morar, vivir y morir.

LA COMUNIÓN, GOZO DEL ESPÍRITU

Et exsultavit spiritus meus in Deo salutari meo
“Mi espíritu se ha transportado de gozo en Dios mi salvador” (Lc 1, 47)

I

Queriendo Dios alimentar a nuestra alma la ha dado su pan, que es la Eucaristía, anunciada en la sagrada Escritura: *Los alimentaré con pan de vida y de inteligencia.*

No hay en la tierra gozo mayor que el del espíritu. La satisfacción del corazón dura menos, por cuanto se apoya sobre el sentimiento, que cambia más fácilmente. La verdadera alegría es la del espíritu, que consiste en el conocimiento sereno de la verdad.

Las almas groseras, los espíritus superficiales de nada se regocijan espiritualmente. Nunca experimentan verdadero deleite espiritual las almas que no se recogen, ni hay cosa que tanto se oponga al reinado de Dios en un alma. Preciso os es recogeros y hacer oración si queréis gustar a Dios y gozar de su presencia. Mas cuantas meditaciones hagáis serán ineficaces para proporcionaros la verdadera dicha, si no tienen la Comunión por base, pues lo único que en ellas sentiréis serán siempre los sacrificios que os cuestan. Jesucristo se ha reservado para sí el hacernos gustar el verdadero gozo. El alma que sólo rara vez comulga no da a Dios medio para morar en ella; aquélla, en cambio, que le recibe con frecuencia se pone más a menudo y por más tiempo en su presencia, le ve y le contempla con holgura, y así acaba por conocerle bien y ya desde entonces goza de Él.

Mediante la Comunión gozamos de nuestro Señor en nuestro Señor mismo, de manera que en Él tenemos las relaciones más íntimas, aquellas que verdadera y profundamente nos hacen conocer quién es; allí se nos manifiesta Jesús más completamente que en cualquier otra parte. La fe es luz; la Comunión es luz y afecto.

II

Esta manifestación de Jesús por la Comunión abre nuestra mente y comunícale especial aptitud para ir conociendo más y más las cosas de Dios. Así como los elegidos reciben las facultades de contemplar sin deslumbrarse la Esencia y la majestad divinas, así también Jesús aumenta en la Comunión nuestra facultad de conocer; y esto en proporciones tales que la diferencia es inmensa, en una misma persona, según la veamos antes o después de la Comunión. Fijaos en un niño antes de su primera Comunión; apenas entiende las palabras, el sentido literal del catecismo. Pero después de la Comunión queda como transformado no sólo comprende, sino que siente; tiene avidez de conocer mejor a Jesucristo. Decidle todas las verdades, que fortalecido y dispuesto está para entenderlas.

¿Cómo os explicáis este fenómeno? Antes de comulgar oís hablar de Jesucristo, le conocéis; se os habla de su cruz y de sus dolores, y no hay duda que esto os conmueve y hasta os enternece. ¡Pero cuánto más no se conmueve vuestra alma después de la Comunión! No puede hartarse; comprende con mucha mayor perfección. Antes de la Comunión contemplabais a Jesús fuera de vosotros; ahora le veis dentro con vuestros propios ojos.

Es el misterio de Emaús renovado. Iba Jesús instruyendo por el camino a sus dos discípulos; les explicaba las Escrituras. Su fe continuaba vacilando, por más que interiormente sintiesen cierta emoción. Pero no bien participan de la fracción del pan cuando sus ojos se abren y su corazón se ensancha. No bastó la voz de Jesús para manifestar su presencia; érales además necesario sentir su Corazón, darse cuenta de que comían el verdadero pan de la inteligencia.

III

En segundo lugar, esta alegría del espíritu, este manifestarse Jesús mediante la Comunión, produce en nosotros el gusto de Dios, que es un sentimiento que nos introduce en las dulzuras de su corazón y en el santuario de su espíritu; este gusto nos lo da a conocer más por impresión que por raciocinio. Comunícanos una poderosa inclinación hacia la Eucaristía y hacia cuanto concierne al santísimo Sacramento; nos hace penetrar sin dificultad en Jesucristo. Casi resultan un misterio esta facilidad y esta inclinación que son fruto de la gracia especial de la Comunión. Tal es el espíritu de familia con Dios. ¿De dónde procede en una familia aquella unidad

de sentimientos, de costumbres y de modo de obrar? Del espíritu de familia, por el que todos sus miembros se aman unos a otros, el cual viene a ser el lazo de unión de la familia natural.

Por la Comunión entramos en el amor, en el corazón de nuestro Señor; nos apropiamos el espíritu de su amor, su sentido y su juicio. ¿No es acaso una gracia de recogimiento que nos hace penetrar en Jesucristo y comunicarnos con Él de una manera íntima, la que en primer lugar nos concede la Comunión? Digo íntima. Lo que de la fe conoce quien no comulga es el vestido, el exterior de nuestro Señor. No se conoce bien a Jesucristo sino recibiéndole, así como no se siente bien la dulzura de la miel sino gustándola. Entonces es cuando con un gran santo puede decirse: "Más me sirve una Comunión para conocer la verdad, la existencia y las perfecciones de Jesucristo, que todos los razonamientos posibles".

Tened bien presente que si sólo a fuerza de demostraciones de la razón hubiéramos de llegar al conocimiento de la verdad en general y de la de Dios en particular, no pasarían de unas cuantas las que conociéramos. Por eso ha puesto en nosotros un instinto que, sin razonar, nos hace discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso; nos ha dotado de simpatía y antipatía. Al trabajar para conocer a nuestro Señor, sentimos primero su bondad y de aquí pasamos a las demás cualidades más por contemplación, visión, instinto, que por razonamiento.

No deja de ser un defecto en que incurren muchas personas el querer razonar siempre en la acción de gracias, que es la oración por excelencia; al hablar demasiado, paralizan la acción de la Comunión. No es éste el momento de buscar, sino de gustar. Es el momento en que el mismo Dios nos instruye sobre sí mismo; *Et erunt docibiles Dei.* ¿Cómo da a conocer una madre a su hijuelo el amor y el ilimitado cariño que le profesa? Pues contentándose con mostrarle una y otra vez que le ama. Otro tanto hace Dios en la Comunión. Tened bien sabido que quien no comulga no conocerá nunca el corazón de nuestro Señor ni la extensión de su amor. Tan sólo por sí mismo puede darse a conocer el corazón; es preciso sentirlo, palpar sus latidos.

Ocurre a veces que no experimentáis sentimiento alguno de gozo espiritual en la Comunión. Aguardad. El sol se oculta, pero se encuentra entre vosotros; estad seguros de que lo sentiréis cuando sea

menester. ¿Qué digo? ¡Si lo estáis sintiendo! ¿No tenéis paz y deseo de glorificar más a Dios? ¿Y qué otra cosa es esto sino el latir del corazón de nuestro Señor en vosotros?

IV

Finalmente, la manifestación de nuestro Señor en la Comunión deja al alma con la necesidad de su presencia y de su conversación. En nada puede hallar satisfacción quien ha llegado a conocer a nuestro Señor y a gozar de Él; las criaturas la dejan fría e indiferente, porque las compara con Jesús. Dios ha dejado en ella una necesidad tal que nadie ni nada de lo creado puede satisfacerla.

Siente, por otra parte, un deseo continuo de Jesús y de su gloria. Caminar incesantemente, sin pararse a gozar del reposo de esta tierra, tal es su divisa. No suspira más que por Jesús, quien la lleva de claridad en claridad. Jesús es inagotable; imposible que quien le coma se harte o le agote; lo que desea es ir adentrándose cada vez más en los abismos de su amor.

¡Ah! Venid con frecuencia a gozar de nuestro Señor mediante la Comunión, si queréis comprenderle de veras.

¡Cuidado con abusar!, dirá alguno. ¿Por ventura abusan los escogidos gozando de Dios? No, no; nunca gozan demasiado. *Gustate!* Gustad al Señor y veréis; lo comprenderéis después de haber comulgado.

¡Qué desgracia que no nos crean! Se quiere juzgar a Dios sólo por la fe. ¡Gustad primero, luego juzgaréis! Si los incrédulos quisieran ponerse en las condiciones requeridas para recibir bien a Jesucristo, comprenderían mucho antes y mucho mejor las cosas divinas que con todos los discursos y todos los razonamientos. Por lo demás, el ignorante que comulga bien sabe harto más que el sabio lleno de erudición que no comulga.

Resumiéndome, digo que en la Comunión se encuentra en grado sumo la felicidad de la inteligencia, y que tanto más feliz es uno cuanto más a menudo comulga. Dios es el único principio de la dicha, que fuera de Él no existe, y para sí se ha reservado el dárnosla. Y es una fortuna el que tengamos que ir a Dios para encontrar la felicidad, porque de la suerte no nos entregamos a los hombres, ni ponemos en ellos nuestro fin. Ni el propio sacerdote podría haceros dichosos. Os hace, sí, participar de los frutos de la redención, os

purifica de vuestros pecados y os da la paz de una conciencia pura; pero no puede comunicaros la dicha ni la alegría.

La misma María santísima, madre de misericordia, os volverá al buen camino, aplacará la cólera de su Hijo, irritado contra vosotros; pero sólo Dios os dará la alegría y la dicha. Ya lo dijeron los ángeles a los pastores: "Os anuncio una nueva de grandísimo gozo, y es que os ha nacido el Salvador Dios, que es la causa y el manantial del mismo".

¡Regocijémonos, pues! Ese mismo Salvador está aún sobre los altares para derramar en nuestros corazones, al venir a ellos, tanta alegría y felicidad cuanta nos sea dado soportar, en tanto llegue el inenarrable gozo de la Patria que nunca tendrá fin.

LA COMUNIÓN Y LA LEY DE AMOR

Dabo legem meam in visceribus eorum et in corde eorum scribam eam
"Grabaré mi ley en lo más íntimo de su corazón" (Jer 31, 33)

No sólo alumbra la Comunión nuestro entendimiento con una gracia especial y nos revela, antes por impresión que por razonamiento, cuanto es nuestro Señor, sino que viene a ser también, y principalmente para nuestro corazón, la revelación de la ley del amor.

La Eucaristía es por excelencia el sacramento del amor. Los demás sacramentos son pruebas de que Dios nos ama; no son otra cosa que dones de Dios. En la Eucaristía, en cambio, recibimos al autor de todo don, a Dios mismo.

Por esta razón en la Comunión aprendemos mejor a conocer la ley del amor que nuestro Señor vino a revelar; en ella recibimos la singularísima gracia del amor y practicamos mejor que en cualquier otro ejercicio la virtud del amor.

I

Pero ante todas las cosas, ¿qué es el amor? –Es el don. Por eso, en la santísima Trinidad, el Espíritu Santo, que procede como amor, es propiamente el *Don*.

¿En qué se reconoce el amor? –En lo que da.

Ved ahora lo que nuestro Señor nos da en la Eucaristía; todas sus gracias y sus bienes todos son para nosotros; se da a sí mismo, fuente de todo don. Por la Comunión participamos de los merecimientos de toda su vida; al recibirle, fuerza es reconocer que nos ama, porque recibimos un don total y perfecto.

¿Cómo comenzasteis a amar a vuestra madre? Había en vosotros un germen, un instinto de amor; pero dormía sin dar señales de vida. Lo despertó el amor de vuestra madre; ella os ha prodigado cuidados y sufrimientos, os ha alimentado con su substancia; y, en este generoso don, habéis reconocido su amor.

Pues lo mismo nuestro Señor, al dárseos por entero a cada uno en particular, irrefragablemente os demuestra que os ama personalmente y de un modo infinito. Porque por vosotros está en la Eucaristía y todo entero por cierto. Bien es verdad que también gozan de Él los demás, pero a la manera como se aprovechan del sol, sin impedir por eso que también disfrutéis cuanto queráis de sus rayos.

¡Ved ahí la ley del amor grabada por Dios mismo en vuestros corazones mediante la Comunión! Ya en otro tiempo dijo Dios: "Ya no escribiré mi ley sobre tablas de piedra, sino en vuestros corazones con caracteres de fuego". ¡Ah, el que no conoce la Eucaristía, tampoco conoce el amor de Dios! Sabrá a lo sumo algunos de sus efectos al el estilo del mendigo que reconoce la liberalidad del rico en las pocas piezas de moneda que recibe. En la Comunión, al contrario, el cristiano se ve amado hasta donde puede ser amado por Dios, por todo su divino ser. Si queréis, por tanto, conocer realmente cuánto os ama Dios, recibid la Eucaristía y miraos luego a vosotros mismos; no es necesario que busquéis más testimonios.

II

La Comunión nos da la gracia del amor.

Hace falta una gracia especial para amar a Dios con amor de amistad, y al venírsenos Jesús nos la trae al mismo tiempo que pone en nosotros el objeto de este mismo amor, que no es otro que Él mismo. Nuestro Señor no pidió antes de la cena a sus apóstoles que le amaran como Él los había amado; tampoco les dijo: "Permaneced en mi amor". Era demasiado para ellos entonces; no lo hubieran comprendido. Pero, cuando hubieron cenado, no se contentó con decirles: Amad a Dios, amad a vuestro prójimo, sino que les dijo también: Amad con amor de hermanos, familiarmente; con amor que sea vuestra vida y la norma de la misma. *Non jam dicam vos servos, sed amicos meos.*

Si no comulgáis, podréis, sí, amar a nuestro Señor como a vuestro creador, redentor y remunerador; pero jamás llegaréis a ver un amigo en Jesús. La amistad se apoya sobre cierta unión e igualdad, cosas ambas que respecto de Dios no se encuentran más que en la Eucaristía. ¿Quién se atrevería a llamarse amigo de Dios y tenerse por digno de particular afecto de su parte? Sería un insulto el que un criado tratara como amigo a su amo; para eso hace falta que

éste le confiera el derecho a una amistad, siendo el primero en darle este nombre. Pero habiendo Dios mismo venido a sentarse en nuestro hogar y a formar con nosotros una sociedad de vida, de bienes y de merecimientos; habiéndose Él adelantado de tal suerte, ya no es atrevimiento exagerado el llamarle amigo. Bien lo dice nuestro Señor después de la cena a sus apóstoles: "Ya no os llamaré siervos". ¿Cómo, pues, los habéis de llamar, Señor? ¿Será gloria de Dios, fuerza de Dios o medicina de Dios, como a los arcángeles? No, mucho más que todo eso: os llamaré amigos. Sois amigos míos, porque cuanto he recibido de mi Padre os lo he dado; sois amigos míos porque os he confiado el regio secreto.

No se ha de contentar con esto, sino que se aparecerá a Magdalena y le dirá: "Vete a anunciar a mis hermanos...". ¡Cómo! ¿A sus hermanos? ... ¿Cabe hacer algo más? ¡Y eso que los apóstoles no habían comulgado más que una vez! ¿Qué será de los que, como nosotros, le hemos recibido tan a menudo?

¿Quién tendrá ahora miedo de amar a nuestro Señor con el más tierno cariño? Que tembléis antes de la Comunión al pensar en lo que sois y a quien vais a recibir, bien está; necesitáis entonces de su misericordia.

Pero después, ¡alegraos! Ya no hay lugar para el miedo. Hasta la humildad debe abrir paso a la alegría. Ved qué alegría muestra Zaqueo cuando nuestro Señor acepta su hospitalidad. Pero ved también cómo le enardece esta recepción: dispuesto está a sacrificarlo todo, a reparar diez veces todos los daños causados.

Cuanto más comulguéis, tanto más se inflamará vuestro amor y se dilatará vuestro corazón, y vuestros afectos serán tiernos y encendidos, porque su foco será más intenso. Jesús deposita en nosotros su gracia de amor; Él mismo viene a encender en nuestros corazones el foco de incendio, lo mantiene con frecuentes visitas y da expansión a esta llama devoradora; en verdad que es el carbón ardiente que nos abrasa; *Carbo qui nos inflammat.* No se apagará este fuego, si no lo queremos, porque tiene un foco alimentado, no por nosotros, sino por Jesucristo mismo, quien le comunica su fuerza y acción; no lo sofoquéis voluntariamente con el pecado, y nunca jamás se apagará.

Pobres cristianos que comulgáis sólo una vez al año, ¿qué podéis sólo con eso? Poned esa vuestra pequeña llama en contacto

más frecuente con el horno; hacedlo todos los días si es menester. ¿Cómo creéis que vais a arder si no alimentáis vuestro foco?

III

La Comunión os hace ejercitar la virtud del amor. Sólo en la Comunión se ejercita plenamente el verdadero y perfecto amor. Se apaga el fuego que carece de expansión. Queriendo nuestro Señor que le amemos y viendo lo incapaces que somos de hacerlo, pone en nosotros su propio amor, viene a amar en nosotros. Trabajamos entonces sobre un objeto divino. Ya no hay paso ni transición alguna. Inmediatamente nos encontramos en la gracia y el objeto del amor. Por eso nuestros movimientos de amor son mejores y más ardientes durante la acción de gracias; es que estamos más cerca del que los forma. Expansionaos entonces con nuestro Señor y amadle tiernamente.

No andéis tanto en busca de actos de tal o cual virtud. Haced más bien crecer a nuestro Señor, dilataos, formad con Él sociedad en la que Él mismo sea el fondo de vuestro negocio espiritual; vuestras ganancias serán así dobles, porque habrá doblado el fondo. Lograréis un beneficio mucho mayor trabajando con nuestro Señor y sobre Él que, si multiplicando los actos sobre actos, tratarais tan sólo de aumentar las virtudes.

Recibid a nuestro Señor y guardadle todo el tiempo que podáis, dejándole amplia libertad. Hacer que nuestro Señor se encuentre a sus anchas en vosotros, tal es el ejercicio más perfecto del amor. Bueno es, no cabe dudarlo, el amor penitente y sufrido, pero encoge el corazón y lo abruma con la perspectiva de los sacrificios que incesantemente hayan de soportarse. Mientras que de este otro modo el corazón se hincha de gozo en la más franca y entera expansión, se abre y dilata.

El que no comulga no comprende este lenguaje; échese un poco en este divino fuego y lo comprenderá.

No; no basta creer en la Eucaristía; es menester obrar conforme a las leyes que ella impone. Y pues el santísimo Sacramento es, por encima de todo, amor, la voluntad de nuestro Señor es que participemos de este amor y en él nos inspiremos. Hemos de humillamos, es verdad; pero que sea el amor, o cuando menos el deseo de amarle realmente el que nos domine. Deseemos

dilatarnos en su corazón; démosle muestras de cariño y ternura y sabremos entonces hasta dónde llega el amor de la Eucaristía.

EL SACRAMENTO DE LA BONDAD DE DIOS

In funiculis Adam traham eos in vinculis caritatis
"Con cuerdas de Adán los traeré, con vínculos de caridad" (Os 11, 4)

I

Está fuera de duda que la Eucaristía hace sentir al alma que la recibe dignamente una dicha y dulzura que no se encuentra sino en la recepción de este sacramento. ¿Por qué tendrá Dios tanto empeño en regalarnos con su dulzura? Pues porque sólo una cosa puede hacernos cobrarle cariño: su bondad. No hay simpatías entre los que no son iguales; los poderosos se ven rodeados de envidiosos, y los reyes no tienen amigos si no se rebajan para buscarlos. Ante la omnipotencia divina temblamos. Tampoco su santidad nos inspira cariño. Amamos a Dios a causa de su bondad, porque sabemos que quiere salvarnos y que desciende hasta nuestra bajeza; los misterios de la vida de nuestro Señor que más avivan nuestro amor son aquellos en que nos muestra una bondad más tierna y expansiva. Solamente la bondad de Dios puede unirnos con Él de modo perseverante. ¿Cuándo vemos a nuestro Señor adorado en la tierra con mayor amor?

Le adoran los magos en el pesebre porque en él se muestra en extremo amable. El ciego de nacimiento quiere seguir a Jesús movido del amor que le ha manifestado. Magdalena ve que le ha perdonado los pecados, y su corazón se abrasa con fuego que no ha de extinguirse. ¡Tanta bondad le mostró nuestro Señor! ... Sí, es cierto que no se pega uno más que a la bondad. Por eso la Iglesia, que tan bien siente las cosas divinas, dice en una de sus oraciones: *Deus cujus natura bonitas...* Oh Dios, cuya naturaleza es bondad... ¡Pero cómo! ¿No son acaso esenciales a Dios todos sus atributos? Ciertamente; pero acá abajo y en cuanto a nosotros hombres, la naturaleza de Dios es ser bueno: *Deus cujus natura bonitas.*

II

Esto sentado, deberemos amar más a nuestro Señor allá donde

mayor amor nos mostrare. ¿Y no es, acaso, en el santísimo sacramento, en la Comunión, donde la bondad de nuestro Señor se manifiesta con claridad más meridiana? Dice el concilio de Trento que en este sacramento ha derramado Dios con profusión las riquezas de su amor. *Divitias divini sui erga homines amoris effudit.* Es el colmo de su amor, lo más que Dios puede hacer es darse a sí mismo. Mediante la comunión recibimos a Jesucristo como Dios y como hombre, con todos los merecimientos de su vida mortal y de sus estados todos; recibimos la redención y todos sus frutos, hasta una prenda de la futura gloria. Recibimos la mayor suma de felicidad que Dios pueda darnos en esta tierra.

Esta felicidad la sentimos nosotros, y aun es necesario que la gustemos; sin el regalo de la unión con Dios es, por regla general, difícil conservar el estado de gracia.

La penitencia crea en nosotros el estado de gracia: nos cura; pero es un remedio violento, una victoria que se paga cara y nos deja con el cansancio de la lucha. Éste sacramento que nos devuelve la vida no basta para mantener la gracia por mucho tiempo; si nos contentamos con él no saldremos de la convalecencia.

Lo que hace falta para dotarnos de la plenitud de la vida, para hacer de nosotros hombres, es la Comunión, que es un bálsamo, un calor suave y benéfico, la leche del Señor, según expresión del profeta: *Ad ubera portabimini.* Recibida después de la penitencia, la Eucaristía nos devuelve la paz plenamente. De la boca misma de nuestro Señor necesitamos oír estas palabras de aliento: Id y no pequéis más; palabras que brotan de su corazón y caen como celestial rocío en el nuestro, aún ulcerado y dolorido.

La Comunión engendra constancia. Nada hay tan desalentador como un largo camino por recorrer, y tentación ordinaria de los principiantes es decir: nunca podré yo perseverar tan largo tiempo. Si queréis perseverar, ¡recibid a nuestro Señor!

El que comulga puede conservarse en estado de gracia para el cielo; pero ¡cuán lejos está el cielo! ¡Qué fe no se necesita para tener fijos los ojos en él desde tan lejos!

Así la vida de la fe resulta un sacrificio continuo, un combate sin tregua ni refrigerio: falta una fuerza actual que aliente. Se parece uno a un viajero alejado de su país, a quien lo largo del camino lleva al desaliento. Resulta difícil conservar durante largo tiempo el estado

de gracia cuando no se comulga sino raras veces, y aun cuando se conserva, no suele ser muy puro ni hermoso; el polvo que se le pega lo deslustra. Enséñalo la experiencia.

Pero si se comulga, ¡cuánto más fácilmente no se conserva en toda su pureza el estado de gracia! Si lo conservamos cuidadosamente, no es para un fin remoto, sino para mañana, para hoy mismo. Sabemos que es el vestido de honor, el derecho de entrada al banquete, y por amor se evita el pecado para no vernos privados de la Comunión. La Comunión viene de esta suerte a ser una muralla segura contra el pecado, gracias a la cual podemos evitarlo con facilidad hasta la muerte. Hablo del pecado voluntario.

¿Cómo podría, consentir en la tentación un alma que comulga cada día y toma a pechos el hacerlo? Sabe muy bien que el pecado la privaría de lo que tanto desea; mira a la Comunión que ha de hacer y ella la sostiene, la alienta y la impide caer.

Confieso que no llego a comprender el estado de gracia sin la Comunión frecuente.

Tal es, por otra parte, el espíritu de la Iglesia, la cual, por voz del concilio de Trento, nos estimula a comulgar cada día. Hay quienes pretenden que en esto hace falta mucha prudencia; que en teoría la Iglesia tiene indudablemente razón, pero que prácticamente hay que hacer poco uso de este consejo. Basta, según ellos, con que los fieles en general comulguen en las grandes festividades. A esto hemos de contestar que la Eucaristía, tomada a tan grandes intervalos, no es más que un alimento extraordinario. Y ¿dónde está el alimento ordinario, el pan de cada día de que necesito para sostenerme? ¿Cómo he de mantener en mí el amor de Dios, que constituye la vida y el mérito de las virtudes cristianas?

Se pregunta, ¡ay!, a veces cómo ha perdido Europa la fe. Por no comulgar nunca o casi nunca. El jansenismo ha apartado de la sagrada Mesa a los fieles, quienes han perdido así el sentido de Jesucristo, el sentido de la fe y del amor quedan como aletargados y paralizados; caen de inanición. ¿Cómo volverlos a la fe? Dándoles el pan substancial que les presenta la Iglesia, haciendo que de nuevo cobren fuerzas en el foco eucarístico, poniéndolos bajo la influencia del sol vivificador. Muchos libros y razonamientos se hacen con objeto de que los pueblos vuelvan a la fe; pero la fe no es tanto cosa de razonamiento como efecto de la gracia: id a buscar ésta en su

manantial, en la sagrada mesa.

La Comunión vuelve, por consiguiente, amable el estado de gracia y asegura la perseverancia porque su fin próximo y directo viene a ser Jesucristo. La Comunión hace que las virtudes sean constantes y fáciles de practicarse, porque alimenta nuestro amor de Dios; les comunica dulzura y amabilidad al proponerles un fin vivo y animado. Nunca exhortaremos bastante a la Comunión frecuente. No se trata de un abuso. ¿Abusa acaso el niño que visita a su padre y constantemente le rodea? Otro tanto ocurre con el alma fiel respecto de nuestro Señor.

Preparémonos para el paraíso mediante la Comunión. Allá se recibe perpetuamente a nuestro Señor, y de su conocimiento y amor se vive. Comulguemos bien acá abajo para disponemos a hacerlo asimismo bien en el cielo: la Comunión recibida a menudo y con las debidas disposiciones es la prenda segura de la salvación eterna.

EL SACRAMENTO DE VIDA

Nisi manducaveritis carnem Filii hominis et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis
"Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros" (Jn 6, 54)

La encarnación es una segunda creación, en sentir de todos los Padres: en Jesucristo hemos sido creados de nuevo y rehabilitados; en Él hemos recuperado la vida y la dignidad: *Recreati in Christo Jesu*.

Lo que se ha dicho de la encarnación puede también decirse de la Eucaristía, que no es más que extensión de aquélla. Veamos cómo recuperamos en la Eucaristía la vida, la vida divina que el pecado original destruyó en la humanidad.

Jesucristo ha dicho: "El que me coma tendrá la vida. Si no coméis la carne del Hijo del hombre ni bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros". Pero ¿no nos da la vida divina el bautismo que nos hace hijos de Dios? ¿No nos la devuelve acaso la penitencia cuando hemos tenido la desdicha de perderla por el pecado? ¿Qué pueden, por tanto, significar estas palabras que nuestro Señor apoya con juramento? No parece sino que en este punto hay una contradicción en la doctrina católica. Nada de eso, sin embargo. La Eucaristía es el sacramento de vida, porque nos comunica la perfección de la vida, porque nos da la vida en su pleno desenvolvimiento. El niño recién nacido tiene vida a no dudarlo; el enfermo que acaba de salir de una enfermedad la tiene también; pero si al niño le dejáis sólo, si no dais al convaleciente remedios y alimentos con que recobrar fuerzas, no tardará el uno en perder la vida de que apenas comienza a disfrutar y el otro a tener una recaída más profunda. El bautismo y la penitencia, que nos dan la vida, no bastan para mantenerla; nuestro Señor, al resucitar a la hija de Jairo, mandó que le diesen de comer; la vida y la alimentación que la sostiene son dos cosas que no pueden separarse; es necesario comulgar si no se quiere ir desfalleciendo siempre; y ¿cómo podría

un cristiano vivir vida de ángeles? Claro que podemos merecer y trabajar para el cielo tan pronto como entramos en estado de gracia; pero para hacerlo por largo tiempo resulta necesario este manjar de los fuertes. No hay medio que así pueda darnos fuerzas suficientes para sostener el rudo combate de cada día.

La oración, por buena y necesaria que sea, os cansará; y, si la Comunión no la sostiene, acabaréis por abandonarla.

Para vivir de penitencia y adelantar en este estrecho y crucificante sendero de la muerte a nosotros mismos, es menester que obedezcamos a un impulso divino, que no es otra cosa que la presencia de Jesucristo constantemente renovada en nuestro corazón.

El ejemplo de los anacoretas, que vivían en el fondo del desierto, parece a primera vista echar por tierra esta afirmación; pero téngase presente que los anacoretas iban al monasterio a comulgar todos los domingos. Y por cierto que tenían más necesidad que otros para progresar en su santo estado. Siento como principio que cuanto más santa sea la vida que queramos llevar, cuanto más puros queramos ser, tanto más grande e imperiosa es la necesidad de comulgar a menudo. Pues mucho habéis de trabajar, comed también mucho. No consideréis la Comunión sino como medio de sustentaros y de adquirir fuerzas. No es un acto de elevada y difícil virtud, ni se os propone como premio de vuestras virtudes; habéis de comulgar para haceros santos, no porque lo seáis ya. Tal es el principio.

Comulgad porque sois flacos y os abaten los trabajos de la vida cristiana; Jesucristo os llama a comulgar de esta manera: “Venid a mí todos los que estáis agobiados de cansancio, que yo os aliviaré”. Si alguna vez no nos da descanso la Comunión ni nos restablece, ello es debido a que la hacemos consistir en un acto de virtud difícil, nos esforzamos en mil actos fatigosos; en una palabra, trabajamos en lugar de alimentarnos y descansar. Recibid a nuestro Señor y descansad. ¿Por qué tanta agitación? No se va a un banquete para tratar de negocios; saboread el celestial alimento, y pues coméis el pan de los ángeles, quedaos un poco en contemplación como ellos. No tomáis tiempo para gustar de nuestro Señor, ¡y luego os retiráis inquietos por no haber experimentado nada! Imitad al cartujo que se acuesta al pie del altar durante la acción de gracias. Hay almas buenas que dicen: no me aprovecha la Comunión porque no siento nada en ella. Mal discurrido. Aprovecháis, puesto que vivís. La señal

de una buena Comunión no es necesariamente el hacer actos heroicos de virtud ni sacrificios en extremo costosos. La Eucaristía es fuerza y dulzura. Así es como se la figura en todo el antiguo testamento; ora es un pan que encierra todo deleite; ora un misterioso pan ofrecido a Elías desanimado, que le da fuerzas para continuar el camino; ora una nube que refrigera durante el día y da luz y calor durante la noche. Lo mismo es la Eucaristía. Si os faltan fuerzas, ella os las da; si andáis cansados, ella os descansa: es esencialmente un socorro proporcionado a las necesidades de cada cual.

La conclusión que de todo lo que hemos dicho hay que sacar es ésta: Si queréis ser fuertes y rebosar de vida, cosa que os es muy necesaria, comulgad. "El que cree en mí se salvará", ha dicho el Señor; pero hablando de la Eucaristía dice: "El que me coma tendrá la vida". Rebosará de vida: la Eucaristía no es sólo un filón, sino manantial, río, océano de vida; es una vida que se alimenta por sí misma y que dura siempre, con tal que se la quiera tomar; es la vida del mismo Jesucristo, vida de amor que no muere en tanto se ame, y el que vive de acción de gracias tiene en sí la verdadera vida de Jesús. Materialmente, poco tiempo queda nuestro Señor en nuestros corazones por la Comunión; pero se prolongan los efectos de la misma y su espíritu permanece; las sagradas especies son como la envoltura de un remedio que se rompe y desaparece, para que el remedio produzca en el organismo sus saludables efectos.

No alcanzo a comprender cómo pueda uno conservarse puro en el mundo sin comulgar; por eso se adelanta tan poco. Hay personas piadosas que dicen: No tengo necesidad de comulgar a menudo; me siento tranquila. ¡Oh, demasiado lo estás! Esa calma trivial presagia tempestades. No admires tus pequeñas virtudes; no te fíes de tu paz; no te apoyes tanto en ti misma; mira por tu adelantamiento, y para eso comulga con frecuencia. Hay que seguir en esto, es cierto, el consejo del confesor; pero bien podéis exponerle vuestros deseos y vuestras necesidades. Él con su prudencia juzgará.

Mas desgraciadamente hay muchos que teniendo permiso para comulgar, se dispensan de hacerlo so pretexto de cansancio, malestar o falta de devoción. Ahí se oculta un ardid del demonio; y si una vez cedéis, todos los días os irán obsesionando los mismos pretextos.

Obrar así es cometer una falta de cortesía para con nuestro Señor; es una injuria, una grosería. El permiso del director es

invitación del mismo Jesucristo, ¡y vosotros la rechazáis! De esa comunión omitida se os pedirá cuenta, como se pidió al siervo infiel del evangelio por haber enterrado el talento que recibiera.

Animo, pues; id a menudo a fortaleceros en la sagrada mesa, de la que sacaréis vida fuerte y activa. Crezca esta vida en vosotros, hasta tanto que Dios la transforme en otra de eterna bienaventuranza.

LA REHABILITACIÓN POR LA COMUNIÓN

Deus, qui humane substantiae dignitatem mirabiliter condidisti et mirabilius reformasti...
"¡Oh Dios, más admirable en la restauración de la naturaleza humana que en la creación de la misma! ..." (Misal Romano)

Jesús instituyó la Eucaristía para rehabilitar al hombre. Porque el hombre fue degradado, envilecido por el pecado original; se olvidó de su celestial origen y perdió la dignidad del rey de la creación; llegó a ser semejante a las bestias que hubiera debido gobernar y se ha visto arrojado en medio de ellas, que huirán de él o le atacarán, según sean fuertes o débiles; el pecado ha trocado a su dueño en su más mortal enemigo. Será el hombre su rey por naturaleza, pero un rey destronado.

Privado así de su dominio, el hombre se degradará aún más vergonzosamente por el pecado voluntario, bajando al nivel de los brutos: tan próximos a la bestia se sentían los idólatras a causa del pecado, que acabaron por hacer de la misma un dios ante el cual se postraban como viles animales. El hombre creía estar envilecido hasta tal punto, que sentía cierta necesidad de adorar a seres que no le avergonzaran; en cuanto a Dios, huía de Él y no se atrevía a mirarle. Pero ved la divina invención, bien admirable por cierto. Como se avergonzaría el hombre si Dios le llamase en su miserable estado, Dios mismo se pone a rehabilitarle y hacerle digno de respeto; y como quiera que el comer y el vestir son las dos cosas que más aproximan a los hombres entre sí, Dios les cambia estas dos cosas dándoles un vestido y un manjar divinos. Así se verifica la rehabilitación.

De esta suerte el bautismo purifica a los hijos de Adán, las virtudes les dan hermosura y la Eucaristía los deifica. Con tantos honores el hombre se siente muy encumbrado. En realidad, Jesucristo reviste de su cuerpo al sacerdote; *de suo vestiens sacerdotes,* dijo

Tertuliano: El sacerdote es otro Jesucristo; de Él se alimenta; su voluntad es la de Jesucristo: es nuestro Señor aún vivo. Cuantos fieles comulgan participan también de este beneficio; el cuerpo que por la Comunión se ha unido con el salvador es sumamente digno de respeto; tentado se ve uno a postrarse ante quien ha comulgado y adorarle. ¿Por qué venera la Iglesia con tanta piedad las reliquias de los santos sino porque ellos recibieron a Jesucristo y sus miembros estuvieron incorporados con Él, sino porque fueron miembros de Jesús? Yendo aún más lejos, digo que la Comunión nos eleva por encima de los ángeles, si no en naturaleza, al menos en cuanto al honor. ¿No llegamos a ser, recibiéndole, parientes de Jesucristo, otros Cristos? Los ángeles no son más que ministros suyos ¡y qué respeto no nos tienen y cómo nos honran comulgando! He aquí cómo la Comunión nos hace más grandes de lo que fuéramos sin el pecado original. De haber sido inocente, el hombre sería siempre inferior al ángel, en tanto que el regenerado y hecho consanguíneo de Jesucristo mediante la Eucaristía, puede ocupar en el cielo un trono más elevado que los espíritus celestiales. Y cuanto más comulguemos, tanto más refulgente será nuestra gloria en el cielo, porque cada Comunión va aumentando el resplandor de nuestra corona.

¿Por qué será que ciertas personas, un sacerdote, por ejemplo, nos inspiran a primera vista algo así como religioso respeto? ¡Ah! Porque en ellos reconocemos a Jesucristo; Jesucristo se trasluce desde el fondo del corazón por todo su exterior, a guisa de la violeta, cuyo perfume se respira antes que se la vea. Más aún: paréceme que si nuestro Señor no reprimiera su gloria en los comulgantes, éstos brillarían como soles. Ocúltala para poner a cubierto nuestra humildad, aunque así y todo aquélla se transparenta lo bastante. La vecindad de un santo sosiega y hace bien.

Escuchad ahora esto: Toda alma tiene en esta tierra para con otras una misión salvadora, y para llevarla a cabo le hace falta cierta autoridad, proporcionada al fin que ha de conseguir. Esta autoridad moral se saca de la Comunión y sólo de ella: no se resiste a quien tiene a Jesucristo en sí y así lo hace sentir en su lenguaje como en sus actos. Un sacerdote que rara vez dice Misa tiene su misión como los demás, pero nunca tendrá la autoridad propia de su misión: ese ascendiente sobre los corazones, que los arrastra en pos de sí y los convierte, sólo de Dios procede. Obedecemos sin dificultad a los

santos, porque son una imagen más acabada de Jesucristo; les obedecen hasta los animales; y si los santos han convertido reinos y aun mundos no ha sido por sus propias fuerzas, sino porque Jesucristo, a quien habían recibido en la Comunión, salía de su corazón entre ardientes llamas. ¡Es que los santos sabían recibir y guardar a Jesús y hacer que sirviera para gloria de su Padre!

Ciertamente, bien rehabilitado en su dignidad queda el hombre con la Comunión. ¡Oh, sí, venturosa culpa!, *o felix culpa!* Vosotros, que estáis degradados y vestidos de pieles de animales en castigo de vuestro orgullo, revestidos, por tanto, de nuestro señor Jesucristo. En la sociedad humana, el vestido da la medida del mayor o menor respeto; por eso se llevan exteriormente las insignias de la dignidad. Revestíos asimismo de Jesucristo, que llevando este vestido de gloria seréis honorables y honrados; así tendréis autoridad en torno vuestro, y una autoridad honrada y amada, que es la única que pueda ejercer una influencia saludable. Zaqueo, que, como publicano, era despreciado, recibe a Jesús y al punto le proclama nuestro Señor hijo de Abrahán e impone silencio a los calumniadores. También vosotros sois ennoblecidos por la Comunión, y vuestras casas, adonde lleváis a Jesucristo, son dignas de respeto y de honor.

Ved ahí la rehabilitación de nuestra dignidad. Bien sé que no se nos vuelve a colocar en el paraíso. ¡Quede enhorabuena cerrado ese paraíso! La Eucaristía es el paraíso, el delicioso jardín donde Dios se entretiene con el alma fiel: si me ofreciera el paraíso terrenal a cambio de mi condición actual, lo rehusaría; sí, a pesar de todas mis miserias, no lo aceptaría, por guardar la Eucaristía. En fin de cuentas, esas miserias no son pecados. Y con un poco de pan tan substancial, fácilmente se soportan; en amando no hay cansancio, o si lo hay, se ama este cansancio.

Vosotras en especial, mujeres cristianas, dad gracias a nuestro Señor por haberos honrado tanto, cuando en el paganismo no erais más que esclavas y máquinas para el uso del hombre. En la Comunión, que recibís con igual derecho que el hombre, radica vuestro título de nobleza; únicamente de la Comunión, que honra vuestros cuerpos y los junta con el Verbo hecho carne, deriva vuestro honor; la Eucaristía os pone en las condiciones de María. Tenéis el derecho, concedido por Dios mismo, de sentaros en el divino banquete. ¡Desdichados de vuestros esposos si os impiden disfrutar

de este honor! El día que no comulguéis, volveréis a caer en la misma abyecta condición de la que la Comunión os ha sacado. De ella procede vuestra grandeza; no veo otra causa. En los tiempos que corren invéntanse qué sé yo cuántas coronas de virtud y de otras cosas para la mujer; se proclaman sus derechos y se pide su emancipación. ¡Ah! Sea vuestra corona la gloria de recibir a Jesucristo; vuestros derechos, la entera libertad de acercaros siempre a Él, y vuestra, gloria, la de uniros con Jesucristo sacramentado, esplendor del Padre, por quien y de quien toda verdadera gloria tiene su brillo. Quiera Dios que le poseáis en toda su plenitud en la mansión eterna.

LA COMUNIÓN, SACRAMENTO DE PAZ CON DIOS

Dícite pusillanimis: Confortamini et nolite timere...
"Decid a los apocados de corazón: Alentaos y no temáis" (Is 35, 4)

Instintivamente el hombre pecador teme a Dios. No bien cede al demonio cuando va a ocultarse huyendo de la mirada del creador; no osa contestar a su voz.

Tan natural es este sentimiento de temor cuando se obra mal, que hasta el niño vacila, a pesar del cariño de su madre, acercársele cuando le desobedece. El criminal que huye de la justicia humana está poseído de este sentimiento, hasta el punto de manifestarse en su rostro y bastar para convencerle de su culpabilidad.

Lo mismo y, aun más, sucede para con Dios. ¿Creéis acaso que el pecador empedernido no permanece en pecado más que por orgullo? No; nada de eso. Tiene miedo de Dios, y cuanto más culpable sea tanto mayor es su espanto. Podrá sumergirse en el cenagal de sus crímenes y cometer exceso sobre exceso; lo que eso demuestra es su miedo. ¿Qué otra cosa es la desesperación sino la falsa persuasión de que no se hallará perdón y que será necesario caer en las manos del tremendo juez? Y los que no quieren venir a la iglesia tienen también miedo de nuestro Señor; y si alguna circunstancia les obliga a entrar alguna vez en ella, tiemblan y les falta sosiego. El pecador tiene miedo de sí mismo; no puede vivir con su corazón y su conciencia; a sí mismo se infunde miedo. Por eso se aturde y huye de sí.

La sagrada Escritura nos muestra este sentimiento dominando hasta tal punto en el hombre, que los mayores santos temblaban cuando se les mostraba Dios o les hablaba por medio de algún ángel. La misma Virgen santísima, con ser tan pura, tembló delante del ángel.

El temor dominaba a la humanidad.

Cuatro mil años pasó Dios en preparar la aproximación del

hombre, la cual no había de consumarse más que por la Eucaristía. La encarnación es ya un gran paso en esta obra de familiarización, pero no basta. Jesús no nos muestra su bondad más que durante treinta y tres años; puede decirse que si nos hubiera privado de su presencia, pasado breve tiempo seríamos tan tímidos como los judíos antes de su venida. –¿No hubiera bastado la encarnación, obra de salvación, monumento magnífico del amor y del poder de Dios, para establecer entre el Creador y la criatura la confianza de amigos? No; la amistad requiere personales y constantes relaciones.

Nuestro Señor instituye, pues, la Eucaristía, y por medio de este Sacramento penetra en nuestro pensamiento y en nosotros, se pone en nosotros y a nuestro lado; continúa y perfecciona su obra de familiarización. Ocúltanos su gloria y se nos muestra disfrazado de amigo, ni más ni menos como si un rey se vistiese como un pobre, y sentándose a su mesa le dijera: Soy de tu familia; trátame como a uno de los tuyos. Pero ¿qué digo? Es muy otra cosa en realidad. Jesucristo se hace pan. ¡Oh! ¿Quién tendrá miedo de un grano de trigo? ¿Podría Dios excogitar mejor medio para encubrir su Majestad?

II

Ved cuán fáciles y amables se tornan nuestras relaciones con Jesucristo. Como se oculta en la Eucaristía, podemos acercarnos y oír su divina palabra. De no ser así, una palabra de su boca llenaría de espanto al mundo, como en el Sinaí una palabra de amor que dijera nos abrasaría y nos consumiría; una palabra de amenaza nos aniquilaría.

Si Jesús no velara sus virtudes en la Eucaristía y no las pusiera, por así decirlo, a nuestro alcance, desesperaríamos de poder llegar a imitarlas. Pero ocultándolas y tomando más bien las apariencias de un muerto que obedece con obediencia material, nos alienta a imitarle, de igual modo que balbucea la madre y da pasitos para que su hijuelo pueda aprender a hablar y andar.

Bien, pudiera darse de la Eucaristía esta definición: Jesús domesticando al hombre con Dios.

Mas ¿cómo describir los misterios de íntima unión que Jesucristo obra con nosotros en la Comunión? La amistad requiere unión; sin ésta no cabe perfecta confianza. Por eso, quiere Jesús unirse personalmente con nosotros. “Muéstrame tu faz”, decía con

santa audacia Moisés a Dios. Dios se niega a ello al principio. Mas como Moisés insiste y conjura, Dios ya no puede resistir a tanta confianza. Pero para que el resplandor de tal gloria no consuma a Moisés, le da orden de que se quede a cierta distancia, y no hace más que pasar delante de él. Moisés vio un rayo de la majestad divina, un rayo nada más; pero eso bastó para que quedara tan resplandeciente que en el resto de su vida llevó en la frente una señal luminosa.

Si Jesús nos mostrara su gloria en la Eucaristía, nos ocurriría lo que a Moisés. ¿Qué sería de la amistad, de la intimidad? ¡Pocas ganas de hablar ni de abrir el corazón tenía Moisés deslumbrado! Y lo que interesa a nuestro Señor es la amistad; quiere que le tratemos como a amigo, y con este objeto se pone bajo las apariencias de pan. Así nadie tiembla; se ve una cosa que todos están acostumbrados a ver desde niños: pan. Ante esto no se puede menos de cobrar alientos para hablar con el corazón abierto; nuestro Señor nos sorprende.

Zaqueo no se había atrevido a hablar a Jesucristo. Quería tan sólo verle, cuando nuestro Señor le sorprende llamándole por su nombre. Zaqueo obedece y se siente del todo mudado por tanto amor. Ya no repara en que no ha sido más que un miserable pecador; hecho un acto sincero de humildad, recibe a Jesús en su casa y goza sin temor alguno de su presencia.

Si Jesús nos enviara un ángel para anunciarnos y traernos la Comunión, en lugar de vernos gratamente sorprendidos, como en realidad sucede, temblaríamos de puro espanto mucho tiempo antes de recibirla. Para poder saborear nuestra dicha en la Comunión es menester que seamos sorprendidos y lo somos. Nuestros ojos no ven más que débiles apariencias, una humilde forma: ahí está la gracia por excelencia; si así no fuera, nos veríamos demasiado turbados al comulgar.

Bueno es sentirse conmovido, pero no turbado. La emoción nos hace pensar más en Aquel a quien vamos a recibir y menos en nuestras propias miserias.

Sintámonos, pues, felices por esta admirable invención de Dios para con nosotros. La Eucaristía hace que Dios esté presente y la Comunión nos introduce en su familiaridad.

¡Oh, sí, feliz culpa! En el estado de inocencia Dios era señor y dueño; ahora es nuestro amigo, nuestro comensal y nuestro manjar. *Conviva et convivium*.

LA COMUNIÓN, MANANTIAL DE CONFIANZA EN DIOS

Confidite, ego sum
"Tened confianza, soy yo" (Mc 6, 50)

I

El fin de la Eucaristía es no sólo hacer que el hombre se aproxime a Dios, destruyendo el instintivo temor que le dominara, sino también inspirarle confianza, lo que es más aún. Se podría en rigor soportar la presencia de Dios; pero venir a hablarle, ¿quién se atrevería a tanto si, bondadoso, nuestro Señor no se ocultara? A su cuenta corren las costas. Él allana las desigualdades. Cuando vivía en la tierra, tan ocultada por lo humano quedaba la divinidad que los pecadores y los niños no temían acercarse a Jesús. No se notaba en Él más que bondad y misericordia.

Pero ¿quién se atreverá a hablar a nuestro Señor hoy que está glorioso, resucitado y triunfante? Tiene adquirido el título de juez de vivos y muertos, y en concepto de tal quiere ser temido y adorado. Cierto que sigue siendo Dios de bondad y de misericordia; pero ha cambiado su estado, y, si no tuviéramos la Eucaristía, no nos atreveríamos a hablarle con llana confianza. Nuestro Señor instituyó la Eucaristía con el objeto de que se le amara y tratara con igual amor y afecto que durante su vida mortal. Nosotros os predicamos como sacerdotes el perdón y la misericordia, como hizo Juan Bautista; pero somos impotentes para trabar entre Jesucristo y vosotros aquellos lazos de cariño y familiaridad que Él desea.

Viviendo en tierra, se reconocía la bondad de nuestro Señor en su porte; todo en Él respiraba mansedumbre y atraía. Ahora está oculto, pero los mismos rasgos se transparentan a través de la nube que le oculta. Esta nube no nos lo hurta a la vista hasta tal punto que cuando le representamos no sea siempre con sus rasgos de dulzura y cariño. Él mismo se ha pintado así en las almas con los colores del más tierno amor. En viendo las santas especies, nos acordamos al punto de lo que fue y de todo lo que es Jesús: amor, bondad,

misericordia y ternura: *Ecce Agnus Dei*.

II

La familiaridad debe manifestarse señaladamente en los dulces secretos y conversaciones. Hay palabras que electrizan y cautivan con irresistibles encantos. Al oír a nuestro Señor exclamaban las muchedumbres: “Jamás hombre alguno ha hablado como éste”. La dulzura de su palabra conmovía a los pecadores y no podía resistirse a su bondad. Aquí Jesús habla interiormente. ¿Qué? ¿Cuál es ese habla, ese lenguaje de amistad? Alguna vez debes de haberlo oído. Es de suyo dulce; a las veces, aunque raramente, severa también... No puede resistírsele... ¿No has estado alguna vez recogido a los pies de nuestro Señor? ¿No te ha dicho acaso, cuando tu contrición era sincera: Ea, te perdono; no temas? ¿Y no has contestado con dulces lágrimas a esas palabras? ¡Oh! La voz interior es más penetrante que el sonido material; el oído del alma es más fino que el del cuerpo. Nada más cierto; en la santísima Trinidad hay una palabra, tipo de toda palabra; es sólo interior, pero es verdadera; es el mismo Verbo. El simple recuerdo de una palabra del padre o de la madre, ¿no nos conmueve por ventura y no nos los hace revivir? Existe, pues, una palabra interior, espiritual. Más aún: la verdadera palabra, la que nos cautiva, es interior; la exterior no basta para conmovernos.

El habla de Jesús en la Eucaristía es íntima y penetra hasta lo más hondo del corazón. ¿Qué otra cosa que la dulzura de la intimidad atrae a una pobre alma cuando, careciendo de virtudes y merecimientos adquiridos, pero, sabiéndolo y confesándolo con ingenuidad, se acerca a nuestro Señor y le habla con la sencillez y la franqueza de un niño para con su madre? ¿Se atrevería a hablar así, con el corazón en la mano, delante de testigos? No por cierto. Sino que ha oído a Jesús decirle: “Ven a mí, tú que estás agobiado, que yo te aliviaré”, y se ha ido. En la intimidad descubre su pecho y habla con llaneza conmovedora.

Esta dulce e íntima invitación es la que nos llama a la Comunión; sin ella nunca nos atreviéramos a ir a la sagrada mesa. Porque es una gracia de confianza y no de examen, ni siquiera de oración, la de la preparación para la Comunión. Todas esas cosas son buenas; pero la verdadera preparación consiste en tener confianza en estas palabras: “Venid, que yo soy el Dios de vuestro corazón; no

temáis”. Preparándoos así honráis más a Dios que si os hincarais en tierra desesperados.

Acaso me digáis: Cuando comulgo, me quedo seco y sin devoción alguna; no produzco nada. ¡Claro! como no os ponéis a escuchar el íntimo coloquio de nuestro Señor, ni os postráis en tierra con la confianza de la Magdalena, la cual, aun cuando Jesucristo nada le decía, se derretía en lágrimas de pura dicha... Penetrad íntimamente sus palabras, que no son otra cosa que manifestación de su dulzura, y veréis. No se come trabajando; el pan celestial que vais a recibir es el Verbo mismo, la palabra de vida. Hay que escucharla con paz y sosiego.

III

La acción de gracias debe hacerse con mayor recogimiento aún que la preparación. Si inmediatamente os ponéis a hacer actos y más actos, obráis como un niño. Que cuando no estéis recogidos echéis mano de un método, de un medio para alimentar vuestra devoción, nada mejor. Pero aguardad un poco. Tenéis dentro a un amigo; la más elemental cortesía os dice que le escuchéis. Y esto es desgraciadamente lo que no se quiere hacer, dejando así de corresponder a los designios de nuestro Señor. Nos imaginamos que viene Él para echarnos en cara nuestras faltas. No, nada de eso. Un amigo no suele venir para hacer reproches, y sobre todo no comienza por lanzarlo. Tenedlo bien presente: nuestro Señor nunca hace reproches en los primeros momentos de la Comunión. Sólo el demonio nos turba para impedir que gocemos de su deleitoso coloquio; se esfuerza por representarnos a Jesucristo como señor imperioso o severo juez, y con esto nos causa espanto, sintiéndose uno como impelido a dejar la acción de gracias para esquivar esta mirada vengadora. ¡Oh! No es ése el carácter de nuestro Señor.

Las almas perezosas se sumergen inmediatamente en pensamientos como éstos: soy tan pobre, tan pecadora... Pero aguardad a que vuestro corazón se ensanche primero; después una mirada sobre vosotros mismos será más eficaz para humillaros que todos esos esfuerzos. Cuando un rico bienhechor visita a un pobre tendido en su mísero lecho, ¿comienza acaso por exhibir sus títulos de riqueza y nobleza comparándolos con el miserable estado en que se encuentra su protegido? No por cierto. Mucho más valdría no ir,

que humillarle así. Antes al contrario, le alienta, le consuela y se rebaja cuanto puede para hacérsele simpático.

Por consiguiente, si no gozáis de las consolaciones de Jesús cuando viene a visitaros, es porque no tomáis tiempo para ello; desataos, abrid vuestro corazón, que Jesús no puede hacerlo todo.

En la sagrada Escritura llama el Señor a Samuel a medianoche para hacerle una revelación. Como no la había oído nunca, Samuel no reconoce su voz y vuelve a dormir por dos veces, hasta que, dándole el sumo sacerdote la llave de las comunicaciones sobrenaturales, que consiste en rogar a Dios que hable y escucharle, dice al Señor, que le llama una vez más: "Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha". El Señor le entrega entonces los secretos de lo venidero.

Eso es lo que hemos de hacer. No hemos de contentarnos con que nuestro Señor se nos venga, sino que hemos de entrar en relaciones con Él, según sea la gracia del momento, que es la de la familiaridad de la amistad. Ciertamente no hay pensamiento divino que en Jesucristo no se encuentre; pero como la Eucaristía es el colmo y el punto donde se agota el amor de Dios, su carácter en la Comunión es de dulzura y bondad, y no de una bondad como la del cielo, ni como la que mostraba durante su vida, sino propia de su estado sacramental, esto es, de intimidad, de familiaridad, del coloquio a solas.

Este es el verdadero medio de entrar en relaciones con nuestro Señor. ¿Por qué os atrevéis a comulgar, sino porque habéis oído una voz suave que, con bondad cautivadora, impidiéndoos pensar en otra cosa, os ha dicho en singular: "Ven"? Por eso, no bien entra en vosotros nuestro Señor, cuando transportados de admiración decís: "Señor, ¡bueno eres!" *O quam suavis est Spiritus tuus, Domine!* Tal es el sentimiento unánime de cuantos comulgan; es algo instintivo: lo que prueba que la bondad y la dulzura son los dos divinos medios de que Dios se vale para unirse con el hombre decaído, y unirse con lazos de íntima amistad y confianza.

LA COMUNIÓN, REMEDIO DE NUESTRA TRISTEZA

Qui jucundus eram et dilectus in potestate mea..., ecce pereo tristitia magna, in terra aliena...
"Yo que estaba tan contento y querido en mi reino, he aquí que muero de profunda tristeza en tierra extraña" (1Mac 6, 11.13)

I

Nos agobia una profunda tristeza que queda pegada al fondo de nuestro corazón sin que podamos desecharla. No hay alegría para nosotros en la tierra, por lo menos alegría que dure un poco y no acabe en llanto; no la hay ni puede haber. Se nos arroja de nuestra casa, de la casa paterna. Esta tristeza forma parte integrante del patrimonio legado por Adán pecador a su desdichada posteridad.

Lo sentimos sobre todo cuando nos encontramos a solas. A veces llega a ser espantosa. En nosotros se encuentra, pero no sabemos de dónde proviene. Los que no tienen fe acaban desanimándose, se desesperan y prefieren la muerte a semejante vida, lo cual es un crimen horrible y prenda de reprobación.

En cuanto a nosotros, cristianos, ¿qué remedio encontraremos contra esta nativa tristeza? ¿La práctica de la virtud tal vez, o el celo de la perfección cristiana? No basta eso. Las pruebas y las tentaciones le darán aún muchas veces el triunfo. Cuando esta tristeza cruel domina a un corazón nada se puede ya hacer ni decir; siéntese uno como abrumado más, allá de sus fuerzas. En el huerto de los olivos nuestro Señor pensó en morir por ello. Y durante sus treinta y tres años vivió constantemente bajo una impresión dolorosa. Era manso y bueno, pero triste, porque se cargó con nuestras enfermedades. ¡Ved cómo lloraba nuestro Señor! Lo nota el evangelio, y eso que nunca dice que se riera...

A semejanza de su divino maestro, tristes pasaban también la vida los santos, lo cual provenía de su condición de desterrados, del

mal que veían en torno suyo, de la imposibilidad en que se encontraban de glorificar a Dios cuanto querían. Pero sobrenaturalizaban su tristeza.

Contra este mal universal hace falta, por consiguiente, un remedio. Consiste en no quedar en sí ni consigo: hay que desahogar la tristeza, si no queremos que ella nos arrastre como un torrente. Pero en esto muchos buscan consuelos humanos y se desahogan con un amigo o un director, y esto no basta; sobre todo cuando Dios nos envía un aumento de tristeza como prueba, ¡oh! entonces nada hay que valga. Antes al contrario, se cae más profundamente al observar que ni las buenas palabras ni los avisos paternales nos han devuelto la alegría ni disipado las nubes de tristeza, y el demonio se aprovecha de ello para hacernos perder la confianza en Dios; y almas se ven, y de las más puras y santas, huir, como Adán en el paraíso, de Dios y tener miedo de hablar con Él. La oración puede aliviar un poco la tristeza; pero no basta para dar una alegría pura y duradera. Nuestro Señor oró por tres veces en Getsemaní, pero no para su tristeza; no recibió más que fuerzas para soportarla.

Una buena confesión nos devuelve también la calma; pero el pensamiento de haber ofendido a un Dios tan bueno es muy a propósito para volver a entristecernos.

¿Dónde hallará, pues, el verdadero remedio?

II

El remedio absoluto es la Comunión; es éste un remedio siempre nuevo y siempre enérgico, ante el cual cede la tristeza. Nuestro Señor se ha puesto en la Eucaristía y viene a nosotros para combatir directamente la tristeza. Siendo como principio que no hay una sola alma que comulgue con deseo sincero, con verdadera hambre, y se quede triste en la Comunión. Puede que la tristeza vuelva más tarde, porque es propia de nuestra condición de desterrados; y aún volverá tanto más pronto cuanto mayor prisa nos demos en replegarnos sobre nosotros mismos y no permanezcamos bastante tiempo considerando la bondad de nuestro Señor; pero estar tristes en el momento en que Jesús entra en nosotros, eso jamás. Es un festín la Comunión; en ella celebra Jesús sus bodas con el alma fiel; ¿cómo, pues, queréis que lloremos? Apelo a vuestra experiencia personal: cada vez que a pesar de haber hecho una buena confesión

estabais tristes antes de la Comunión, ¿no habéis visto renacer la alegría al bajar nuestro Señor a vuestro corazón?

¿No se quedó en el colmo de la alegría el publicano Zaqueo cuando recibió a Jesucristo, por más que tuviese sobrados motivos de tristeza en las depredaciones de que se le acusaba?

Tristes iban por el camino los dos discípulos de Emaús, y eso que iban en compañía del mismo Jesús, quien les hablaba e instruía; pero en llegando la fracción del pan, muy luego se sienten poseídos de dicha, el júbilo desborda de sus corazones, y a pesar de la noche, de lo largo del camino y del cansancio, van a anunciar su gozo y compartirlo con los Apóstoles.

Pongamos los ojos en un pecador que ha cometido toda clase de crímenes. Se confiesa, y sus heridas se cierran. Entra en convalecencia; pero está siempre triste, su conversión le hace más sensible, y llora ahora lo que antes ni lo sentía siquiera: la pena causada a Dios. Tanto más profunda resulta su melancolía cuanto su conversión es más sincera y más ilustrada. ¡He ofendido tanto a un Dios tan bueno!, se dice entre sí. Si le dejáis así a solas, la tristeza le oprimirá y el demonio le sepultará en el desaliento. Hacedle comulgar; sienta en sí la bondad de Dios y su alma se henchirá de gozo y de paz. ¡Cómo!, se dice. ¡Si he recibido el pan de los ángeles! ¡Luego me he hecho amigo de Dios! Ya no le apenan sus pecados por este momento; nuestro Señor le dice con sus propios labios que está perdonado. ¿Cómo no creerlo?

¡Oh! La alegría que nos trae la Comunión es la más bella demostración de la presencia de Dios en la Eucaristía. Nuestro Señor se demuestra a sí propio haciendo sentir su presencia. “Yo iré a aquel que me amare y me manifestaré a él”. Se manifiesta, efectivamente, con la alegría que le acompaña.

III

Notad para vuestra propia conducta que hay dos clases de alegría. Hay en primer lugar una alegría que es resultado, del feliz éxito, del bien que se ha hecho, la que trae consigo la práctica de la virtud. Es el júbilo del triunfo y de la cosecha. Buena es, pero no la busquéis, porque, como se apoya en vosotros no es muy sólida, y bien pudiera ser que en ella consistiera toda vuestra recompensa.

Pero la otra, que proviene de la Comunión, cuya causa nos

vemos obligados a confesar que no está en nosotros, sino sólo en Jesús, que no guarda relación alguna con nuestras obras, ésta aceptémosla sin reparos y descansemos en ella cuando nos la trae nuestro Señor, pues es del todo suya. El niño, con no tener ninguna virtud ni merecimiento alguno, goza, sin embargo, de la dicha de estar al lado de su madre de igual manera sea la presencia del Señor el único motivo de nuestra alegría. No indaguéis hasta qué punto habéis podido merecer el gozo que experimentáis, sino regocijaos por tener a nuestro Señor y quedaos a sus pies paladeando vuestra dicha y gustando su bondad.

Muchos hay que temen pensar demasiado en la bondad de Dios, porque esto pide que en retorno nos demos por entero y sin contar: prefieren la ley. Queda uno libre, una vez que la haya cumplido. Cálculo mezquino es éste que no deben hacer las almas a quienes Él se da con tanta profusión. Gustemos sin temor la bondad de Dios; recibamos con avidez la alegría que se nos ofrece, dispuestos a dar generosamente a nuestro Señor cuanto le plazca pedirnos en correspondencia.

LA COMUNIÓN, EDUCACIÓN DIVINA

Et erunt omnes docibiles Dei
"Todos serán enseñados de Dios" (Jn 6, 45)

Para ayo de un príncipe se escoge al hombre más instruido, noble y distinguido. Honor es éste que se debe a la majestad soberana. Una vez crecido, el mismo rey le enseñará el arte de gobernar a los hombres: sólo él puede enseñarle este arte, por lo mismo que sólo él lo ejerce.

Todos los cristianos somos príncipes de Jesucristo: somos vástagos de sangre real. En los primeros años, para comenzar nuestra educación, Nuestro Señor nos confía a sus ministros, los cuales nos hablan de Dios, nos explican su naturaleza y atributos, nos lo muestran y prometen; pero hacernos sentir o comprender su bondad, eso no lo pueden; por lo que Jesucristo mismo viene a nosotros el día de la primera Comunión para darnos a gustar el oculto e íntimo sentido de todas las instrucciones que hemos recibido y para revelarse por sí mismo al alma, cosa que no pueden hacer ni las palabras ni los libros. Formar al hombre espiritual, a Jesucristo en nosotros, es realmente el triunfo de la Eucaristía; una educación interior será siempre incompleta en tanto no la complete el mismo nuestro Señor.

I

Jesucristo viene a nosotros para enseñarnos todas las verdades. La ciencia de quien no comulga es solamente especulativa. Como Jesús no se le ha mostrado, no sabe más que términos cuyo significado ignora. Puede que sepa la definición, la regla, los progresos que ha de realizar una virtud para desarrollarse; pero no conoce a Jesucristo. Se asemeja al ciego de nacimiento que, como no conocía a nuestro Señor, hablaba de Él como de un gran profeta o de un amigo de Dios. Cuando se le declaró Jesucristo, entonces vio a Dios, cayó a sus pies y le adoró.

El alma que antes de la Comunión tiene alguna idea de nuestro

Señor o le conoce por los libros, en la sagrada mesa le ve y le reconoce con embeleso; sólo por sí mismo se da a conocer bien Jesucristo. La misma viva y sustancial verdad es la que nos enseña al comulgar y, fuera de sí, exclama uno: *Dominus meus et Deus meus.* Lo mismo que el sol, Jesucristo se manifiesta mediante su propia luz y no con razonamientos. Esta íntima revelación mueve al espíritu a indagar las ocultas razones de los misterios, a sondear el amor y la bondad de Dios en sus obras; y este conocimiento no es estéril ni seco como la ciencia ordinaria, sino afectuoso y dulce, en el cual se siente al mismo tiempo que se conoce; mueve a amar, inflama y hace obrar. Ella hace penetrar en lo interior de los misterios; la adoración hecha después de la Comunión y bajo la influencia de la gracia de la Comunión no se contenta con levantar la corteza, sino que ve, razona, contempla: *Scrutatur profunda Dei.* Se va de claridad en claridad como en el cielo. El Salvador se nos aparece desde un aspecto siempre nuevo, y así, por más que el asunto sea siempre Jesús vivo en nosotros, la meditación nunca es la misma. Hay en Jesús abismos de amor que es menester sondear con fe amante y activa. ¡Ah! ¡Si nos atreviéramos a penetrarle, cómo le amaríamos! Mas la apatía, la pereza, se contenta con unos cuantos datos muy trillados, con algunos puntos de vista exteriores. La pereza tiene miedo de amar. Y cuanto más se conoce con este conocimiento de corazón, a tanto mayor amor se ve uno obligado.

II

La educación hecha por medio de la Comunión, por medio de Jesús presente en nosotros, nos forma en el amor y hace producir numerosos actos de amor, en lo cual están comprendidas todas las virtudes. Y la manera de educarnos Jesús en el amor es demostrando clarísima e íntimamente cuánto nos ama. Convéncenos de que nos da cuanto es y cuanto tiene y nos obliga a amar con el exceso mismo de su amor para con nosotros. Mirad cómo se las arregla la madre para que su hijo la ame. Pues lo mismo hace nuestro Señor.

Nadie puede daros el amor de Jesucristo ni infundirlo en vuestro corazón. Lo que sí puede hacerse es exhortaron; pero el enseñar cómo se ama está por encima de los medios humanos; es cosa que se aprende sintiendo. Sólo a nuestro Señor incumbe esta educación del corazón, porque sólo Él quiere ser su fin. Comienza

por dar el sentimiento del amor, luego da la razón del amor y, finalmente, impulsa al heroísmo del amor. Todo esto no se aprende fuera de la Comunión. "Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros". ¿Y qué vida puede ser ésta sino la del amor, la vida activa que no se saca más que del manantial, o sea del mismo Jesús?

¿En qué día o en qué acto de la vida se siente uno más amado que en el de la Comunión? Verdad es que se llora de gozo cuando se nos perdonan los pecados; pero el recuerdo de los mismos impide que la dicha sea cabal; mientras que en la Comunión se goza de la plenitud de la felicidad; sólo aquí se ven y se aprecian todos los sacrificios de Jesucristo y bajo el peso de amor tanto se prorrumpe en exclamaciones como ésta: Dios mío, ¿cómo es posible que me améis tanto? Y se levanta uno de la sagrada mesa respirando fuego de amor: *Tanquam ignem spirantes*. No puede menos de sentirse la negra ingratitud que sería no hacer nada en pago de tanta bondad, y tras de sumergirse en la propia nada y sentirse incapaz para todo por sí mismo, pero fuerte con el que está consigo, va luego a todas las virtudes. El amor así sentido engendra siempre abnegación bastante para corresponder fielmente.

Lo que deba hacerse lo indica el amor, el cual, haciéndonos salir fuera de nosotros, nos eleva hasta las virtudes de nuestro Señor y en Él nos concentra. Una educación así dirigida lleva muy lejos y pronto. El motivo por el cual tantos cristianos quedan en el umbral de la virtud es porque no quieren romper las cadenas que los detienen y ponerse con confianza bajo la dirección de Jesucristo. Bien ven que si comulgaran les sería preciso darse en pago, porque no podrían resistir a tanto amor. Por eso se contentan con libros y palabras, sin atreverse a dirigirse al maestro mismo.

Oh hermanos míos, tomad por maestro al mismo Jesucristo. Introducidle en vuestra alma para que Él dirija todas vuestras acciones. No vayáis a contentaros con el evangelio ni con las tradiciones cristianas, ni tampoco con meditar los misterios de la vida pasada. Jesucristo está vivo; encierra en sí todos los misterios, que viven en Él y en Él tienen su gracia. Entregaos, pues, a Jesucristo y que Él more en vosotros; así produciréis mucho fruto, según la promesa que os tiene hecha: *Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum.*

LAS MÍSTICAS BODAS

Gaudeamus et exsultemus, et demus gloriam ei, quia venerunt nuptiae Agni, et uxor ejus praeparavit se
"Gocemos y saltemos de júbilo, y démosle gloria: pues han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado ya" (Ap 19, 7)

En la encarnación nuestro Señor se unió con la naturaleza humana, tomando una igual a la nuestra, si bien más pura y sin pecado. La humanidad celebró en el seno de María sus primeras bodas con el Verbo, el cual salvó al mundo con esta naturaleza. Amaba a la humanidad por haberse desposado con ella y por eso le gustaba también tanto llamarse Hijo del hombre, *Filius hominis.*

Pero Jesucristo quiere también desposarse con cada una de nuestras almas, y con este fin instituyó la Eucaristía. Aquí cada día se celebra las bodas de Jesucristo con el alma cristiana. Y son nuestras almas las invitadas, no solamente a asistir a la fiesta, sino a hacerse esposas suyas. ¡Cómo sorprende el que el Verbo Dios nos invite así y nos diga: *Veni, sponsa, veni, coronaberis:* Ven, alma mía, mi esposa, ven a recibir de mi mano la corona nupcial! La única cosa que nos pide es la voluntad de venir. El vestido nupcial nos lo da Él mismo en la Penitencia. Pobres, cojos, lisiados, errantes y mendigos, a todos nos dice: Venid, venid a embriagaros a diario con las castas delicias de mi festín nupcial. Nuestro Señor no podía otorgarnos mayor honra. Bien sé que no todos vienen, y muchos por su culpa; esto no obstante, la invitación es para todos. En cuanto a los que por justos motivos se ven impedidos de acercarse cada día, siéntanse felices al ver a hermanos más favorecidos comulgar con mayor frecuencia, y no quedar nuestro Señor estéril en el copón. Al ver la fiesta de los demás, pensad en la vuestra, que se celebrará cuando seáis más dignos.

Jesús se desposa, por consiguiente, con el alma que comulga, uniéndosela con divina alianza. Es un contrato hecho libremente

entre el alma y Jesús, los cuales se unen para no formar más que una sola persona moral. Este contrato nunca lo rescindirá Jesús por su parte; a nosotros nos toca ser fieles, guardándolo y aun viviéndolo con amor, fidelidad e inquebrantable voluntad de preferir sus obligaciones a todo lo demás.

Esta fidelidad, ¿no la habéis prometido? Jesús os llamaba a uniros con Él; y como vuestra pobreza os inclinaba a quedaros atrás; Jesús os ha dicho: Ven, a pesar de todo; yo seré todo para ti. En vista de tanto amor, habéis prometido, en el ardor de la gratitud, ser del todo para Dios, y con eterno lazo os habéis unido con Él. Digo eterno porque, ¿quién se atreverá a decir a nuestro Señor: Seré fiel hoy, pero para después nada os prometo? Uno se da para siempre y sinceramente, al menos en cuando al deseo y voluntad actual. Tal es el contrato; Jesús será fiel; no lo rompáis por vuestro lado.

Al unirse la esposa pierde su personalidad y se pone bajo la potestad del hombre, debiéndole obediencia; a él le toca mandar y dirigir la familia, pues es jefe y cabeza.

En esta alianza sacramental tampoco se une el alma con Jesús para seguir siendo dueña de sí misma, sino que viene a sometérsele y darse a Él, de tal modo que en adelante deberá tener buen cuidado de escuchar su voluntad, ayudarle y seguirle por doquiera. Ella no es más que esposa; el esposo es Jesús. Pensad en las obligaciones de este magnífico título, pues, os apropiáis el honor, aceptad también las cargas.

Eso de esposa es demasiado elevado para mí; más me vale quedarme como simple sierva del Señor, dicen muchas almas. –Bien; pero la sierva no come en la misma mesa de su Señor.

Pero en esto suele haber muchas veces algo de pereza. Nobleza obliga. Dejad que nuestro Señor os eleve y engrandezca; no tengáis miedo, ya que este honor no proviene de vosotros. Quien os eleva es Él y no faltará en daros en dote las necesarias virtudes y gracias para cumplir las obligaciones. Acepta, alma cristiana, con confianza este hermoso título de esposa de Jesucristo, y honra a nuestro Señor con el amor y la delicadeza de una esposa fiel. No digas, por favor, a nuestro Señor que se ha equivocado al adoptarte.

La unión entre el alma y Jesús es mucho más estrecha que cualquiera otra unión. Ninguna hay que pueda comparársele, sean cuales fueren las personas que la contraigan o sus cualidades y

recíproco afecto. Se verifica la unión entre el alma y Jesucristo de un modo espiritual y más íntimo aún que en la transformación del manjar en la substancia de quien lo come. Hasta tal punto llega el alma a identificarse con Jesucristo, que en alguna manera pierde su propio ser para sólo dejar vivir a Jesús: *vivit vero in me Christus.*

En esta unión caben varios grados de intimidad: cuanto más fuerte es el amor, tanto más fuerte es ella, así como la unión de dos pedazos de cera es más o menos perfecta según estén mejor o peor derretidos.

El alma se funde en Jesucristo como la gota de agua se pierde en océano: *Divinae consortes naturae.*

En verdad pudiera Jesucristo limitarse a otorgarnos las gracias necesarias para la salvación. Pero como viera almas generosas que habían de amarle con la abnegación de verdaderas esposas, dijo para cada una de ellas: Me desposaré contigo por toda la eternidad: *Sponsabo te mihi in sempiternum*. –Mas si Jesucristo celebra su matrimonio con nosotros en la Comunión, una sola bastará para consumar la unión. ¿Para qué, pues, comulgar muchas veces?

Es cierto que con una sola vez que comulgásemos, podría Jesús, por lo que a Él toca, consumir y perdernos en sí. Ni desea tampoco otra cosa, pues no pone límites a la abundancia del don de sí mismo. Pero estamos tan poco purificados de nuestras escorias y somos materia tan poco apta para fundirnos en Él, que resulta necesario que Jesús venga a menudo para renovar la unión, afianzando y acabando la obra de la primera Comunión; cada vez que viene confirma la primera alianza y la hace más pura y estrecha; Jesús no se da con parsimonia, ni depende de Él el que la unión sea perfecta, sino que somos nosotros los que no estamos dispuestos y andamos vacilando si perdernos o no en Él.

Honremos, por consiguiente, a Jesucristo como a nuestro divino esposo con toda la atención de que seamos capaces. ¡Ah! Como esposas infieles hemos pecado y faltado a nuestros compromisos. ¡Cómo no amarle si a pesar de nuestras faltas Jesús nos ha amado, olvida nuestras culpas y de nuevo nos invita a unirnos consigo! ¡Cómo no prometerle con toda el alma una fidelidad inviolable! ¿Seremos como esas indignas mujeres que, asociadas al trono por príncipes demasiado buenos, se hicieron arrogantes para desdicha de los pueblos? Educadas sin las virtudes propias de una

posición tan elevada, llevaron una vida vergonzosa e infiel. ¿Nos conduciremos así nosotros para con Jesucristo?

Nada teníamos, nada éramos; nos amó Jesucristo y compartió con nosotros gloria y riquezas: correspondamos a tanto honor entregándole todo por lo mismo que proviene de Él sin mérito alguno por nuestra parte y haciéndole entrega de nosotros mismos, puesto que le pertenecemos por tantos títulos.

Si reflexionáramos sobre el amor que Jesucristo nos tiene en el santísimo Sacramento, toda nuestra vida sería un continuo acto de amor y de gratitud.

ÉL PARA MÍ Y YO PARA ÉL

Dilectus meus mihi et ego illi
"Mi amado para mí y yo para Él" (Cant 2, 16)

Ser poseído de Jesús y poseerle, he ahí el soberano reinado del amor; he ahí la vida de unión entre Jesús y el alma alimentada con el don recíproco de entrambos. El amado es mío en el santísimo Sacramento, porque se me da en don entero y perfecto, personal y perpetuo: así debo ser también yo suyo.

I

Dilectus meus mihi. –En cualesquiera otros misterios, en todas las demás gracias, Jesucristo nos da alguna cosa: su gracia, sus merecimientos, sus ejemplos. En la sagrada Comunión se da por entero a sí propio. Se da con entrambas naturalezas, con las gracias y merecimientos de todos los estados por donde pasó. ¡Qué don! *Totum tibi dedit qui nihil sibi reliquit:* Quien lo da todo es el que nada guarda para sí. ¿No es así el don eucarístico? ¿De dónde sino de su Corazón abrasado de ilimitado amor al hombre le pudo nacer a nuestro Señor el pensamiento de darse en esta forma? ¡Corazón de Jesús, Corazón infinitamente liberal, sed bendito y alabado por siempre!

Como Jesucristo nos ama a cada uno individualmente, se da también a cada uno de nosotros. Poco suele conmover el amor general. Mas al amor que personalmente se nos demuestra ya no resistimos. Hermosísimo es el que Dios haya amado al mundo; pero que me ame a mí, que me lo diga y que para persuadirme de ello se me dé: he aquí el triunfo de su amor. Porque Jesús viene para mí; podría decir que viene para mí solo. Soy el fin de este misterio de poder y amor infinitos que se realiza sobre el altar, pues en mí tiene su término y en mí se consuma. ¡Oh amor! ¿Qué os podré dar en correspondencia? ¡Ocuparse así Jesucristo en pensar en mí, pobre criatura; llegar a ser yo el fin de su amor! ¡Oh, vivid, Dios mío, y reinad en mí; no quiero que me hayáis amado en balde!

No se arrepiente Dios de habernos hecho este magnífico don, sino que lo hace para siempre. No deja de inspirar algún temor o tristeza una felicidad que debe acabar un día, y hasta el cielo dejaría de serlo si hubiera de tener fin, porque la bienaventuranza que nos proporcionase no sería del todo pura y sin mezcla. La Eucaristía, al contrario, es un don perpetuo que durará tanto como el amor que la ha inspirado. Contamos para creerlo con una promesa formal. Jesús sacramentado cerrará la serie de los tiempos, y hasta el fin del mundo se quedará con la Iglesia, sean cuales fueren las tempestades que se desencadenen.

¡Qué felicidad la mía! ¡Si tengo a Jesús en mi compañía, en mi posesión y en mi propiedad! Y nadie puede arrebatármelo. Como el sol, lo encuentro en todas partes, todo lo alumbra y vivifica. Me seguirá y me sostendrá hasta el puerto de salvación, como compañero de mi destierro y pan de mi viaje. ¡Oh! ¡Dulce destierro, amable viaje en verdad el hecho con Jesús en mí!

II

Et ego illi. –Debo ser para Jesucristo del propio modo que Él es para mí, sin lo cual no habría verdadera sociedad.

Ahora bien, así como Jesús no piensa ni trabaja sino para mí, así no debo yo vivir más que para Él. Él debe inspirar mis pensamientos y ser el objeto de mi ciencia (si no, no le pertenecería mi entendimiento), el Dios de mi corazón, la ley y el centro de mis afectos. Todo amor que no sea según Él, todo afecto que de Él no proceda, ni more en Él, ni le tenga por fin, impide que la unión de mi corazón con el suyo sea perfecta. No le doy de veras mi corazón, si me quedo con algo del mismo.

Jesús debe ser la soberana ley de mi voluntad y de mis deseos. Lo que Él quiere, quiero yo; no he de tener más deseos que los suyos. Su pensamiento debe regular los movimientos todos de mi cuerpo e imponer a sus sentidos modestia y respeto de su presencia. Lo cual no es otra cosa que el primer mandamiento en acción: *Diliges,* amarás a Dios con todo tu corazón, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas (Mc 12, 30).

El amor es *uno* en su afecto y universal en sus operaciones; todo lo guía con arreglo a un solo principio, que aplica a todos los deberes, por variados que sean.

¿Soy enteramente de Jesús? Es esto para mí deber de justicia más aún que de amor y de fidelidad a la palabra dada, que Jesús ha aceptado y sancionado con sus gracias y favores.

Jesús me da su propia persona por entero; luego yo le debo dar todo mi ser, mi persona, mi individualidad, mi yo. Para hacer esta entrega, menester es que renuncie a ser mi fin en cosa alguna, que renuncie a toda estima propia y final, esto es, a la estima que, sin ir más lejos, me tuviera a mí por fin a causa de las cualidades, talentos o servicios que hubiere prestado. Con la delicadeza de una esposa, que no quiere cautivar más que el corazón, ni admite más atenciones que las de su esposo, he de renunciar a todo afecto que sólo fuera para mí.

Como no sea para conducirlos a Jesús, único que lo merece, no quiero que otros me profesen cariño.

Dar mi personalidad es renunciar a mi yo en los placeres, ofreciéndoselos a Jesús, es guardar en mis penas para Él solo el secreto de las mismas. Jesús no llega a vivir en mí sino cuando se trueca en la personalidad, el yo que recibe la estima y el afecto que se me profesa; en tanto no sea así, soy yo quien vivo y no Él solo.

Finalmente, para corresponder al perpetuo don que de su Eucaristía me hace Jesús, debo yo ser siempre suyo. Los motivos que tuve para comenzar a amarle los tengo también para continuar amándole, y aun mayores, porque van siempre creciendo y cada día que pasa urgen más por cuanto todos los días renueva Jesús para mí sus prodigios de amor.

Debo, por tanto, pertenecerle con igual entrega y donación en toda vocación, en cualquier estado interior, lo mismo al llorar de pena como en el tiempo del gozo, en el fervor como en la aridez, así en la paz como en la tentación, en la salud como cuando se sufre; como quiera que Jesús se me da en todos estos estados, debo ser para Él en unos como en otros.

Debo asimismo pertenecerle en cualquier empleo: los diversos trabajos a que su providencia me destina no son más que apariencias exteriores, diferentes formas de vida; en todas ellas se me da Jesús, pidiéndome que por mi parte le haga donación de mí mismo.

¿Quién me separará del amor de Cristo que está en mí y en mí vive impulsándome y apremiándome a que le ame? Ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la

persecución, ni la espada; todo esto lo sobrellevaremos por amor de quien tanto nos amó primero.

III

Puede uno ser para Jesús de tres maneras.

Primero por el amor de la ley, que cumple con el deber y con eso se contenta. Este amor es necesario a todos, es el amor de la conciencia que tiene por norma no ofender a Dios. Caben en él varios grados y puede llegar a una gran perfección.

Pensando en lo que Dios, como creador, redentor y santificador, tendría derecho a exigirnos, es para asombrarse que tenga a bien recompensar este primer amor. Lo hace, con todo, su inmensa bondad, y el que no practicara más que esta fidelidad al deber llegaría a ganar el cielo. ¡Pero muchos, triste es decirlo, ni aun esto quieren! ...

Viene en segundo lugar el amor de abnegación, que es el de tantas almas santas que en el mundo practican las virtudes de la vida cenobítica: vírgenes fieles, verdaderos lirios entre malezas, solícitas esposas que gobiernan la familia con la mira puesta en Dios y no educan a sus hijos más que para su gloria, viudas consagradas a servirle en las obras de oración y de asistencia al prójimo; éste es también el amor que conduce al monasterio a los religiosos. Es grande este amor, libre y tierno; mueve el alma a ponerse a disposición del divino beneplácito, y da mucha gloria a Dios: es el apostolado de su bondad.

Pero por encima de todos campea el amor real del corazón, que es el del cristiano que da a Dios, no sólo su fidelidad y piedad y libertad, sino también el placer de la vida. Sí; hasta el placer, hasta el legítimo goce del placer de la piedad, de la vida cristiana, de las buenas obras, de la oración y de la Comunión.

Ofrecer en sacrificio a Dios, a su beneplácito, los gozos y placeres espirituales, ¿quién lo hace?

Renunciar al contento y a los placeres íntimos y personales o sufrir amable y silenciosamente para Jesús, único confidente, consolador y protector, ¿a quién se le ocurre semejante cosa? Pero ¿será esto posible? Sí; es posible para el verdadero amor. No consiste en otra cosa la verdadera delicadeza del amor, su verdadera eficacia y hasta diré que su inefable dicha: *Superabundo gaudio in omni*

tribulatione nostra. Reboso de gozo en medio de mis tribulaciones, exclamaba san Pablo, aquel gran amante de Jesús.

¡Ojalá podamos también nosotros decir: Jesús me basta; le soy fiel; su amor es toda mi vida!

LA COMUNIÓN, SACRAMENTO DE UNIDAD

Sicut tu, Pater, in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint
"Como tú, ¡oh Padre!, estás en mí, y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros" (Jn 17, 21)

La obra de divina rehabilitación por la Comunión realizada, es coronada con la unión de Dios con el hombre. ¡Comunión! ¡Cuán significativo es este solo término!

Por la encarnación la naturaleza humana se unió a la divina con unión de persona, y por eso, viendo el cuerpo de nuestro Señor, se veía a Dios. Ahora bien, Jesucristo, Dios y hombre viene a nosotros y obra un misterio análogo al obrado en el seno de María. Hablando de la dignidad del sacerdote, decía san Agustín: *O dignitas venerabilis sacerdotum, in quorum manibus velut in utero virginis de novo incarnatur!* De las manos del sacerdote viene la Eucaristía a nuestro cuerpo y uniéndose con nosotros prolonga, extiende la encarnación a cada hombre en particular. Al encarnarse en María, tenía el Verbo puesto sus ojos en esta otra encarnación, y esta unión particular de la Comunión ha sido uno de los fines de su venida al mundo; la Comunión es el desenvolvimiento completo, la floración de la encarnación, así como es también el complemento del sacrificio augusto del calvario cada mañana renovado en la misa. Con el fin de unirse al sacerdote y a los fieles baja Jesucristo en la consagración, y un sacrificio sin la Comunión sería incompleto.

Se unen, pues, el cuerpo de Jesucristo con nuestro cuerpo y su alma con nuestra alma, cerniéndose su divinidad sobre ambos. Nuestro cuerpo es, por así decirlo, engastado en el de Jesucristo, el cual, como nos gana en dignidad y nobleza, nos envuelve y nos domina y nos fundimos en Él con unión inefable. ¡Qué cosa más magnífica esta unión de un cuerpo glorioso y resucitado con nuestra mísera naturaleza! Aunque nuestros ojos terrestres no lo vean, este espectáculo es visible a los ángeles y a Dios, es un espectáculo celestial. Cuando se derriten juntamente dos trozos de cera bajo la

acción del fuego, mézclanse y no hacen más que una, por más que allá queden y puedan separarse los elementos de uno y otro. En la Comunión se verifica igual unión. Verdad es que al consumirse las especies perdemos esta presencia corporal; pero en tanto el pecado no expulse a nuestro Señor, nuestro cuerpo sigue participando de la virtud del de Jesucristo, del cual recibe fuerza, gracia, integridad y buenas costumbres; se enriquece con la savia de nuestro Señor y se espiritualiza. ¿No sentís que después de la Comunión quedan amortiguadas las pasiones y la paz reina en vuestros miembros? Hay altas calenturas que se curan con hielo. Jesús cura el ardor de nuestra concupiscencia con la pureza de su cuerpo virginal. San Cirilo dice que por la Comunión nos hacemos consanguíneos de Jesucristo: *Consanguinei et concorporei.* Somos transformados en Él: *Nec tu me in te mutabis, sicut cibum carnis tuae, sed tu mutaberis in me. Inmiscemur,* somos mezclados con Jesús, dice san Juan Crisóstomo. Dejemos, por tanto, que nuestro cuerpo se reforme en este molde divino y en él desarrolle para la gloria.

¿Y el alma? Jesucristo va derecho a ella. Le dice: Quiero desposarme contigo para siempre: *Sponsabo te in sempiternum.* El blanco de Jesús en nosotros es sobre todo el alma. El cuerpo no es más que una antecámara: Nuestro Señor lo honra primero, pero no hace más que pasar por él, mientras el alma recibe a Jesús y participa de su vida divina, quedando como perdida en Él. Comienza Jesús por darle cierto sentimiento de su bondad que la penetra, sin aun pedirle cosa en retorno. Este sentimiento de bondad se experimenta inmediatamente cuando se tiene buen cuidado de ponerse a considerar solamente la bondad de nuestro Señor: Jesús es semejante al sol de la mañana, que al levantarse da nueva vida y alegría a todo.

Nuestro Señor quiere comunicarse con la mayor abundancia posible; ahora, cada uno le recibe según su capacidad y sus disposiciones. Al alma bien dispuesta da una vida robusta, una resolución generosa que la mueve a jurar eterna fidelidad a su esposo. Busca desde entonces lo que a Él le gusta, lo que pudiera agradarle: recibe el sentido de nuestro Señor, ese tan delicado sentido con que Jesús discierne las cosas que miran a la gloria de su Padre, ese sentido que lo juzga todo desde el punto de vista divino. Cuando un alma no lo ha recibido, se busca en todo a sí misma, y ni siquiera al comulgar piensa en otra cosa que en las dulzuras que pueda sacar de

nuestro Señor. La delicadeza es la flor del amor,

Al alma delicada comunica, además, Jesucristo la gracia del olvido de sí misma, de total entrega del yo. Es preciso que un alma que comulga llegue a amar a nuestro Señor por nuestro Señor mismo; hay que saber darse sin decir: ¿Qué recompensa recibiré en pago? No ama de veras quien pide recompensa por todo lo que hace. Vivir de Jesús para sí está bien; pero vivir de Él para Él es mucho mejor. Ved lo que Jesucristo pide a San Pedro: "¿Me amas? –Sí, Señor, os amo. –¿Me amas más que todos los demás?" San Pedro vacila; llora, y sus lágrimas son una confesión de lo mucho que desea amar más que todos los demás. Nuestro Señor se contenta con eso y le da a apacentar sus corderos y sus ovejas, cargándole con el mayor peso que haya llevado hombre alguno; pero sin prometerle nada de recompensa. Nuestro Señor quiere que nos olvidemos. A cuantos le aman de veras les pide que se pierdan a sí mismos y que generosamente y sin tasa se remitan a Él para todos los intereses propios, así espirituales como corporales, para el tiempo como para la eternidad. Mostrar desconfianza, pedir fianzas, hacer reservas, suele ser ordinariamente señal de pereza. Decir a Dios que le amamos cuando nos colma de ternura, es bien poca cosa; en la tempestad es cuando hay que decir con Jacob *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo.* Aquí damos algo de nosotros mismos, mientras que allá de lo que sobreabunda. Cierto que nuestro Señor no busca su propio interés en el amor que nos atestigua; ninguna necesidad tiene de nosotros, sino que nos ama para nuestro propio bien, para hacernos felices. Todo nos lo pide; no nos paremos a pensar en lo que recibiremos si queremos amarle con todas las veras con que Él nos ha amado. ¿Quiere decir esto que no seremos recompensados, que nos habremos de quedar sin nada en cambio de esta donación absoluta? Por cierto que no. Cual una madre que, para probar su amor, pide a su hijo le dé todos los juguetes y, satisfecha de ver que le ama por encima de todo, se los devuelve luego con otros más hermosos. Nuestro Señor nos pide todo para después darnos más todavía.

Ea, almas que vivís de la Comunión, dadlo todo a nuestro Señor: obras, merecimientos y corazón con todas sus aficiones, aun las más permitidas, aun las más legítimas. Es difícil esto; es la agonía del pobre corazón humano; pero cuando se piensa a quien se lo damos, ¡oh, cuán pronto se resuelve uno!

La Comunión es asimismo el medio por el que nuestro Señor obliga a su Padre para con nosotros. Si el Padre celestial no nos recompensara más que según nuestros méritos personales y como criaturas, nunca podríamos lograr otra cosa que una felicidad natural. Pero nuestro Señor ha formado sociedad con nosotros, renovándola y estrechándola mediante la Comunión, y de esta suerte muestra a su Padre cuánto nos ama y cuánto desea que estemos unidos con Él; y el Padre se ve como obligado a coronarnos juntamente con su Hijo, pues no puede separar la cabeza y el corazón de los demás miembros; la Comunión nos da acceso tan fácil al cielo, que casi se atrevería uno a decir que nos introduce en la gloria como por sorpresa.

Pero veamos ahora lo más sublime. Jesucristo no vivió en la tierra más que para gloria de su Padre. No quiso que al dejar la tierra cesase su Padre de recibir el homenaje de sus actos teándricos, por lo que continuando y multiplicándose en los buenos comulgantes, presenta éstos a su Padre, diciéndole: He venido a gozar de mi gloria a vuestra derecha; pero me encarno de nuevo en todos estos cristianos para honraros una vez más por ellos y en ellos: con ellos y conmigo quiero hacer un solo religioso de vuestra gloria.

¡Oh! ¡Quién no ha de admirar el modo con que nuestro Señor ha sabido hermanar la gloria de su Padre con nuestra felicidad! ¿Quién comprenderá esta maravilla del Hijo para con su Padre y para con nosotros? ¡Qué industria más divina para hacernos participantes de la gloria y hacernos merecer una recompensa más abundante!

Sea, pues, la Comunión el centro de nuestra vida y de nuestras acciones. Vivid para comulgar y comulgad para vivir santamente y glorificar a Dios en vosotros, que magníficamente os glorificará Él un día en su eternidad bienaventurada.

LA VIDA DE AMOR

Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos
"Amemos, pues, a Dios, ya que Él nos amó el primero" (1Jn 4, 19)

El alma que quiere alcanzar la cumbre de la perfección evangélica y llegar hasta la vida de Dios, desde el principio debe fundarse bien en el amor, porque es una verdad cierta que el amor hace la vida: cual es el amor, tal es la vida. Nada hay que cueste al amor que quiere quedar satisfecho de sí mismo. El hombre es así: para que se sacrifique y se dé, hace falta ganarle el corazón; ganado éste, ganada está también la vida.

El amor es la primera de nuestras pasiones y la que arrastra todas las demás. Amamos un bien y hacia él vamos; tememos u odiamos un mal y huimos de él; nuestro corazón se resiente de gozo o de alegría según esperemos lograr un bien o temblemos de no poder huir de un mal; el amor precede siempre a los movimientos de nuestras pasiones y las arrastra en pos de sí.

Enséñanoslo también la naturaleza. Para educar y hacer obedecer al hijo, comienza la madre por hacerse amar de él, y para conquistar su amor le prodiga el suyo, amando la primera para ser amada.

Así es cómo obra Dios con el hombre, hechura suya.

Dios ha depositado la fuerza del hombre en su corazón y no en su espíritu ni en su cuerpo, obrando con él de igual suerte que la madre con el hijo. Muéstrase al hombre por sus dones y por sus beneficios, creándolo todo para su servicio.

Más tarde se le hace visible en estado de anonadamiento por medio de la Encarnación. Jesucristo ama al hombre; le revela que no ha bajado del cielo más que por amor, para hacerse compañero y hermano suyo, para vivir con él, compartir sus trabajos y penas y comprarle las riquezas de la gracia y de la gloria. Jesucristo es, por lo mismo, para el hombre, la manifestación del Dios de toda bondad y de toda caridad.

Por amor hacia él muere en lugar suyo, haciéndose víctima de sus pecados y respondiendo de los mismos.

Para que ni aun glorioso, después de consumada su obra de redención, se separe de él, instituye la Eucaristía, que perpetúe su presencia en la tierra y atestigüe de modo sensible la vitalidad de su amor.

Cuando el pecador le ofende, Jesucristo es el primero en salirle al encuentro ofreciéndole perdón. A no ser por este sentimiento de amor que pone en el corazón del pecador, nunca llegaría éste a arrepentirse. Y cuando con diabólica malicia rehúsa la gracia del perdón para no verse obligado a la enmienda, Jesucristo le cubre con el manto de su misericordia y lo hurta a los golpes de la justicia de su Padre implorando para él gracia y paciencia, sin que su bondad se canse aguarda años y más años, y cuando el corazón llega a abrirse al arrepentimiento, como el padre del pródigo, no tiene Jesús más que palabras de bondad para el pecador penitente. ¡Cuán bueno es, por tanto, Jesucristo! ¿Cómo es posible ofenderle, darle pena y negarse a corresponder a su amor?

II

Pero lo que da al amor de Dios mayor fuerza y eficacia es el ser personal y particular a cada uno de nosotros, lo mismo que si estuviéramos solos en el mundo.

Un hombre bien persuadido de esta verdad, a saber, de que Dios le ama personalmente y de que sólo por amor a él ha creado el mundo con cuantas maravillas encierra;

– Que sólo por amor a él se ha hecho hombre y a querido ser su guía, servidor y amigo, su defensor y su compañero en el viaje del tiempo a la eternidad;

– Que sólo para él ha instituido el bautismo, en que por la gracia y los merecimientos de Jesucristo se hace uno hijo de Dios y heredero del reino eterno;

– Que sólo para él le da al Espíritu Santo con su persona y sus dones;

– Que sólo para sí recibe en la Eucaristía la persona del Hijo de Dios, las dos naturalezas de Jesucristo, así como su gloria y sus gracias;

– Que para sus pecados tiene una omnipotente y siempre

inmolada víctima de propiciación

– Que en la penitencia Dios le ha preparado un remedio eficaz para todas sus enfermedades, y hasta un bálsamo de resurrección de la misma muerte;

– Que para santificarle ha instituido el sacerdocio, que llega hasta él mediante una sucesión nunca interrumpida;

– Que ha querido santificar y divinizar el estado del matrimonio, haciendo del mismo el símbolo de su unión con la Iglesia;

– Que le ha preparado un viático lleno de dulzura y de fuerza para su hora suprema;

– Que para guardarle, ayudarle, consolarle y sostenerle ha puesto a su disposición a sus ángeles y a sus santos, hasta a su propia augusta Madre;

– Que le ha preparado un magnífico trono en el cielo, donde se dispone a colmarle de honores y de gloria, donde su manjar será ver a la santísima Trinidad y gozar de Ella, a la que contemplará y abrazará sin velos y sin intermediario alguno:

Un hombre bien penetrado de todo esto debiera estallar de amor, vivir de amor y consumirse de amor. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo es posible que haya un solo pecador, un solo ingrato en la tierra?

¡Ah, es que no se conoce vuestro amor, es porque se tiene miedo de conocerlo demasiado! Huimos de él por esclavos de una criatura o del amor propio. Uno hace de su cuerpo un dios; quiere ser amado del mundo, compartir sus placeres, recibir sus alabanzas y sus glorias; quiere, en una palabra, vivir para sí.

Dejad, ¡oh adoradores!, a los esclavos del mundo servilmente atados a su carro de triunfo, declarad guerra al enemigo de vuestro Dios, sacrificadle el amor propio, abrazad la ley de su amor, ¡y nunca habréis disfrutado de felicidad mayor! La virtud os resultará como necesaria y natural; os aficionaréis a sus combates; los sacrificios que os costase os parecerán amables. El amor es el triunfo de Dios en el hombre y del hombre en Dios.

III

Toda la perfección de un adorador consiste en continuamente darse por amor a nuestro Señor, por lo mismo que la vida de que disfruta no es sino una creación continua de su bondad, un tejido de

beneficios. Cuanto más puro sea vuestro don, tanto mayor será su perfección. ¡Fuera condiciones y reservas en el real servicio de Jesús! Amar puramente es amar a Jesucristo por Él mismo, por lo que es, porque merece nuestro amor desde todos los aspectos. "¿No puedo acaso, dice san Francisco de Sales, acercarme a una persona para hablarle, para verle mejor, obtener alguna cosa, aspirar los perfumes que lleva o para apoyarme en ella? Me acerco, pues, y me junto con ella; pero lo que pretendo ante todo no es aproximarme ni unirme, sino que de esto me sirvo como de medio y disposición para lograr otra cosa. Si llego a acercarme y juntarme con ella sin otro fin que el de estar cerca y gozar de esta proximidad y unión, será entonces la mía una unión pura y simple". "Jacob, dice san Bernardo, que tenía a Dios bien agarrado, no tuvo reparo en dejarle, con tal de recibir su bendición; mientras que la esposa de los Cantares no le deja por más bendiciones que le dé: *tenui eum nec dimittam;* lo que ella quiere no son las bendiciones de Dios, sino al Dios de bendiciones, diciéndole con David: "¿Qué puedo buscar en el cielo para mí o qué deseo en la tierra sino a Ti? Tú eres el Dios de mi corazón y mi herencia para siempre".

¿Cómo lograr esta vida, este estado de amor? Es muy fácil. El hombre es amor; no necesita aprender para amar y darse. Pero lo que despierta al amor, lo nutre y eleva hasta la categoría de la más noble de las pasiones de la vida, es la visión y la contemplación del objeto amado; es la verdad conocida de su bondad y belleza, en una bondad del todo personal para cada uno de nosotros. Fijaos en san Pablo. Ha visto a Jesucristo y le ha oído; al punto ha comprendido el amor de la Cruz y exclama: "Jesús me ha amado y se ha entre gado por mí: *Christus dilexit me et tradidit semetipsum pro me!"* Este pensamiento le hace llorar de pura ternura; su corazón se dilata bajo la acción poderosa de este fuego de amor de Jesús. También él quiere hacer algo grande por amor a quien tanto le ha amado y llama a su socorro a los sacrificios más penosos; a todos los tormentos, muertes y potencias desafía que no le separarán del amor de su señor Jesús.

Charitas Christi urget nos. La caridad de Jesucristo le apremia. Demasiado pequeño es el mundo para el ardor de su amor; quisiera amar con el corazón de todos los ángeles y de todas las criaturas. Nada extraño, por tanto, que se dé del todo a convertir almas y unirlas todas a Jesucristo, pues fruto muy natural y sencillísimo es

éste en el verdadero amante, que quisiera amar a Dios tanto como es amado de Él, amar a Jesús tanto como este buen Señor lo merece.

¿Queréis vivir del amor y sentiros felices con esta vida de amor? Pues permaneced constantemente pensando en la bondad de Dios, siempre nueva para vosotros, y seguid en Jesús el trabajo de su amor por vosotros. Dad comienzo a todas las acciones con un acto de amor. En las adoraciones comenzad por un acto de amor y abriréis deliciosamente el alma a la acción de Jesús.

Por comenzar por vosotros mismos, os paráis en el camino; y si dais comienzo por un acto de otra virtud erráis la senda. ¿No abraza el hijo a la madre antes de obedecerle? El amor es la única puerta del corazón.

Cuando tengáis que cumplir algún deber costoso, haced primero un buen acto de amor. Decid: Os amo, Dios mío, más que a mí mismo, y para probároslo hago muy de corazón este acto de caridad, de abnegación, de paciencia. Porque tan pronto como vuestro corazón haya producido este acto de amor, respecto de Dios es como si la acción difícil estuviese ya realizada, y en cuanto a vosotros habrá ella cambiado de naturaleza. Lo que ofrece dificultad y alimenta repugnancia a nuestros deberes y a la práctica de la virtud es el amor propio. Pues bien; el primer efecto del amor cuando reina en un alma es hacer guerra continua al amor propio, o lo que es lo mismo, a la sensualidad de la vida, a la ambición del corazón, al orgullo del entendimiento, al espíritu mundano que no es sino mentira y egoísmo.

Cuanto mayor es el amor divino de un corazón, tanto más militante llega a ser. No se contenta con rechazar el mal, sino que va más lejos, hasta hacer consistir la virtud en la mortificación, en la inmolación, que es liberación perfecta, completo desprendimiento de sí mismo.

El segundo efecto del amor es el ser inspirador habitual de la vida y regla inflexible e invariable de todos los actos.

¿Qué quiere Jesucristo en este momento? ¿Hay algo que redunde en gloria suya en tal pensamiento, deseo o acción?

Así es la ley del verdadero amor. No mira a lo que da, sino a lo que merece el Amado.

LA PERFECCIÓN DEL AMOR

Suspectus est mihi amor cui aliud quid adipiscendi spes suffragari videtur. Amor habet proemium, sed idquod amatur. Praeter se non requirit causa, non fructum; amo quia amo; amo ut amem.

"El amor que espera obtener alguna otra cosa que no sea el amor mismo se me hace sospechoso. Hay un premio para el amor, pero es el objeto del amor. El amor no necesita ninguna otra causa ni fruto: amo porque amo; amo para amar" (San Bernardo, serm. 95, in Cant)

I

Hay dos clases de amor de Dios. Con el primero amamos a Dios por nosotros mismos, a causa de los beneficios y de la recompensa que nos tiene preparada en el cielo. Uno se ama a sí mismo en Dios: es el amor de la ley. Es bueno este amor, muy bueno; el único que pide a todos el primer mandamiento. No puede exigirse más en estricto rigor; poseyéndolo se salva uno. Glorifica la bondad, liberalidad y munificencia de Dios para con nosotros y esto está muy bien.

Pero la gratitud que deben algunas almas por razón de los beneficios privilegiados que de Dios han recibido les obliga a más. Dios nos ha colmado de gracias; no os ha dado tan sólo lo suficiente, sino hasta el exceso. En correspondencia, no os habéis de contentar con ser como el jornalero, el criado o el mercenario, pues que vuestras gracias os dan derecho a ser hijos de la familia. Y el hijo no trabaja solamente por el incentivo del salario. Su ley es el amor, que carece de límites. La medida del amor, dice san Bernardo, es amar sin medida: *Modum diligendi Deum est diligere sine modo.* Cierto que Dios no os ha obligado a tanto; pero es con el intento de proporcionaros la dicha de amar más allá de lo que pide. Y, además, ¡debiera avergonzarnos el que Dios se vea obligado a darnos la orden

de amar! ¡Cómo! ¿Será necesario que a nosotros, criaturas racionales, colmados de sus dones, a nosotros que hemos visto el inmenso amor que nos profesa, tenga que decirnos: Amadme más que a las criaturas, más que el oro y los placeres, y a trueque de este amor os daré el paraíso? ¡Ni ese amor, ¡ay!, da el hombre a Dios!

En cuanto a nosotros, llamados por Dios a ser amigos suyos, ¿nos habremos de contentar con eso? No, mil veces no. Demasiado liberal es Dios respecto de nosotros para que no lo seamos respecto de Él. Pues nos deja el campo libre, amémosle cuanto podamos. Esta libertad mueve al heroísmo del amor. Se quiere complacer, dar una grata sorpresa, y se hace mucho más que lo que se hiciera de tener fijada de antemano la labor. Dios nos ha dicho: *Sponsabo te mihi in sempiternum;* me desposaré contigo para siempre, y la esposa debe darse toda al esposo, perderlo todo, dejar todo por él: patria, parientes, familia, hasta su propio nombre y personalidad. *Erunt duo in carne una.*

Así es también el amor puro de Dios: Os amo, Dios mío, por Vos y sólo por Vos. No se excluyen el cielo ni la esperanza; pero no se hace consistir en ellos el motivo habitual y dominante. Bien sabemos que Dios será bueno y generoso con nosotros, si nosotros lo somos para con Él. Lo que se dice es: Aun cuando no hubiera paraíso para recompensar mi amor, yo, Dios mío, os amaría, porque por ser quien sois, merecéis todo mi amor. Toda la recompensa que ambiciono es amaros: *Fructus amoris, usus ejus.* Haga lo que hiciere, lo haré para mostraros mi amor.

¿Y qué es eso para un Dios que tanto nos ama? Por cierto, no gran cosa. Eso hasta en la vida natural se hace. Ved a los pobres niños de París que desde tierna edad trabajan todo el día en las fábricas para sus pobres padres; se sacrifican por ellos y lo tienen por la cosa más sencilla; miran al amor y para nada piensan en lo que les cuesta el trabajo. Su propio amor es la recompensa: *Amor habet praemium sed id quod amatur.* ¿No hemos de hacer tanto por Dios? ¿Dejaremos que un padre de la tierra sea mejor tratado que nuestro Padre que está en los cielos? ¡Pero, padres y madres, si lo habéis hecho para vuestros hijos, sacrificándoos para su bien, únicamente por ellos! ¡Si todo el mundo lo hace! ¿Ocurre en la calle una desgracia a un transeúnte? Al punto corréis a su socorro, aunque no le conozcais ni esperéis de él salario alguno. Siendo esto así, ¿cómo

no sufrís por Él, al ver que Dios es blasfemado, que Jesucristo vuelve a sufrir de nuevo su pasión? ¿Por qué no os abnegáis por su gloria?

Que nadie diga: Eso es demasiado para mí. La primera necesidad del amor es darse en mayor medida de lo que se debe. El demonio nos sugiere a menudo este consejo: No trates de practicar este amor de abnegación; bueno es para los santos, pero no has de tener tanto orgullo como para contarte entre ellos.

¡Pero si no hay asomo de orgullo en eso! Amad sin medida y tened bien entendido que cuanto más améis, mejor comprenderéis vuestra nada y la santidad y majestad divinas.

¡Cuán inconsecuentes somos! Decimos siempre: Quiero quedarme a los pies de nuestro Señor, pues soy indigno de subir más arriba. ¡Cómo! ¿A los pies de nuestro Señor? ¡Si es el puesto de la Virgen santísima! ¿Os tenéis por dignos de tanto?

No pongáis tanto los ojos en aquello a que tengáis derecho ni en lo que merecéis; antes decid siempre: No he hecho lo bastante; más tengo de amar; he de ir siempre amando más y más. Nadie acá abajo merece ser amado por sí mismo y para sí mismo, sino tan sólo por el divino reflejo que en sí lleva. Mas Dios es nuestro supremo fin y merece que se le ame por sí mismo, pues es la santidad, el amor increado e infinito. Conocedle más y más, progresad continua mente en su amor, que nunca llegaréis a amarle cuanto merece. Un alma de oración crece siempre en amor, por lo mismo que comprende lo que es Dios: llega hasta amarle por medio del mismo Jesucristo, que inspira su amor y lo reviste de sus infinitos méritos; llega a amarle con amor en alguna manera infinito, que no podrá recompensarse dignamente sino con un infinito y eterno premio, pues es el mismo Jesús quien en ella ama.

Amad, por consiguiente; dad siempre, sin temor alguno a que deis demasiado. No pone nuestro Señor límites al amor que aconseja a sus amigos: "Amadme como me ha amado mi Padre y como yo mismo os amo morad y vivid en el infinito amor con que amo a mi Padre". Amemos, por consiguiente, a Dios por Él mismo, a causa de sus excelencias y porque lo merece, y sea éste el motivo que encauce y domine nuestra vida.

II

Para lograrlo, haced en primer lugar todo para su gloria;

rendidle homenaje con todo lo que de bueno haya en vosotros u os proporcionéis por vuestras acciones. ¿Que para qué este sacrificio? Pues para dar gracias a la divina bondad, para glorificar el amor de Dios. Volved a menudo con gratitud sobre esta bondad: dadle gracias y alabadle; exaltadle, no tanto por lo que un día os ha de dar, cuanto por lo bueno, santo y feliz que es en sí mismo, y también porque os da a conocer su bondad y felicidad y porque tiene a bien manifestarse a vosotros.

Sea en segundo lugar su voluntad la regla soberana de todo vuestro obrar. En cuanto ocurra, decid sin titubeos ni temores: Así lo quiere Dios y yo también. Su voluntad es la expresión de la bondad que me tiene. Cumplid todos vuestros deberes conforme a este pensamiento.

¿Que por qué querrá Dios esto más bien que aquello? Es cosa que no me inquieta. Sería una falta de confianza y de respeto el preguntárselo. ¿No es acaso la misma bondad y sabiduría? ¿Por ventura no quiere mi bien y su gloria? ¿Puede haber algo imprevisto para Él?

Querer conocer los motivos de la voluntad divina es, en último resultado, obedecer a la voluntad propia.

Sabéis que Dios quiere una cosa; eso basta, lo demás no os concierne. –Pero es difícil. –¿Qué importa? Es cosa en que sólo Dios tiene que ver. ¡Vos, oh Dios mío, lo queréis! Lo demás va de por sí.

Tal es la obediencia ciega y pasiva; se obedece únicamente porque Dios es nuestro dueño. Así obró nuestro Señor durante toda su vida. "Ya está acabada la obra que me habéis encomendado. No puedo hacer ni decir nada si no es por orden de mi Padre". No bajó sino porque fue enviado por su Padre y para hacer en todo, libremente y por amor, su santa voluntad.

¿Cómo conocer la voluntad de Dios? Primeramente por los deberes que habéis de cumplir, por vuestros deberes de estado, sean cuales fueren. Cuando el deber nada diga, en el tiempo libre, hasta lo que sea del gusto de Dios podréis hacer si amáis de veras. –Quiero amar a Dios más que a mí misma, dice el alma amante. Dos cosas me conducen a Dios: la una me cuesta más, pero también agrada más a Dios, y ésta tengo de hacer. –Nada de incertidumbres ni de titubeos: de antemano y en todo quiero lo que mayor gusto dé a Dios. El estar mirando a lo que se da arguye no tener espíritu de familia *Hilarem*

datorem diligit Deus. Puro amor propio es el que os mueve si hacéis lo que a vosotros os gusta más y menos os cuesta; no satisfacéis más que a vosotros mismos. En realidad nada hay que cueste al corazón amante. Cuando os cuesta dar algo a Dios no lo deis, que mucho más vale no darlo que darlo de mala gana. Claro que no hablo del hombre carnal, que siempre anda quejumbroso y no puede menos de quejarse cómo le quitáis todo y le crucificáis, natural es que grite; dejadle gritar. Mas la voluntad superior, el hombre espiritual, debe dar sin que le pese. Es indudable que en la vida natural se hacen muchos sacrificios costosos, y se hacen sin lamentarse a quien los pide; bien merece Dios que obremos con él con igual generosidad.

Finalmente, y aquí se logra la perfección del amor, el alma amante llega a cifrar los actos de amor sólo en lo que cuesta. Hasta el presente el alma, aunque sin buscarse, es cierto se encontraba siempre en sí misma. Así, trabajar para la gloria de Dios es alentador y consolador; poner la voluntad propia en la de Dios es beatificante; siéntese que se va a pie firme, y, acaezca lo que acaeciere, no se inquieta por nada. Se goza de una paz divina. La voluntad de Dios bien seguida calma las curiosidades del espíritu, los afectos del corazón y hasta los sentidos. Puede ocurrir que como de paso tenga que sufrirse de esto o de aquello pero en el fondo hay paz soberana, pues no hay guerra sino donde Dios no reina como soberano señor.

Mas aquí en la inmolación el amor encuentra su ejercicio. Se parte del principio de que no hay más amor verdadero que el que nace del sacrificio de sí en todo; sacrificios escogidos, he aquí la esencia del amor puro. Es lo que nuestro Señor expresaba con estas palabras: "No cabe mayor amor que el practicado al dar la vida por aquellos a quienes se ama".

Dios hace sufrir al alma que se le ha entregado, y sufrir incesantemente. ¡Arduo trabajo! Para tomar plena posesión del alma, Dios la aniquila y ocupa su lugar, y como quiera que la tentación de volver a ser ella renace sin cesar, Dios combate esta tentación y le hace padecer; anula su espíritu y sofoca su corazón.

Al entendimiento que no quiere rendirse a discreción, lo sumerge en tinieblas, en tentaciones contra la fe, la esperanza y la confianza en Dios, en el desaliento. No habrá paz, mientras rindiéndose del todo no renuncie el entendimiento a sus propias luces. Nada pueden los directores en semejante estado. Estos

razonan, hablan de una bondad de Dios, que ya por ningún lado ve el alma, el pasado espanta y el porvenir hace temblar. ¿Qué hacer? Aceptarlo todo. Dios os quiere ver en tan rudo trance y no os indica el motivo. Lo que espera es que le digáis: No soy más que pecador, me someto la prueba, haced cuanto os plazca. ¿Queréis que me vea agitado y atormentado? Pues yo también lo quiero. Así todo va bien. En lugar de ofreceros las buenas acciones que se presentan a mis ojos, os llevaré mi propia miseria que me mostráis. No amaré mi miseria, pero sí os glorificaré hasta por ella. Y Dios está aun entonces con vosotros. Puesto que Dios os quiere de esta manera, ¿qué os importa lo demás? Pero, sobre todo, no pretendáis examinar de demasiado cerca. Si decís: "¡Si Dios me desampara!, ¿qué va a ser de mí?", ¡os pondréis locos! Lo que Dios quiere saber es si le amáis más que vuestra voluntad aun sobrenatural; por lo demás, estad tranquilos, que hasta en el infierno le glorificáis. ¿Será que ambicionáis algo más que su gloria?

Respecto al corazón, ¡ah!, el corazón es de suyo tierno. ¡Poco ha estaba en el paraíso y helo entre hielos y desgarramientos! Decir ¡amo! os parecerá una blasfemia. ¿Qué hacer? ¿Meter en razón al corazón o levantaras contra él? Eso no serviría sino para agravar la pena. Decid tan sólo: Cuán feliz era, Dios mío, cuando os amaba entre dulzuras; ahora me encuentro en tierra desolada y sin agua; pues bien, os amaré a vos más que la dulzura de vuestro corazón. Mi corazón me dice que no os amo. Pese a mi corazón, ¡os amaré por la voluntad!

Dios envía estos terribles asaltos a toda alma que quiere transformar en sí, no ciertamente para satisfacción propia, sino para hacerle merecer más. Gusta de atormentaros para que crezcáis en méritos y en gloria. Conoceréis que este estado proviene de Dios cuando continúa a pesar de todos los medios empleados para salir de él. ¿Es vuestra voluntad que os ame más que mi vida espiritual? Pues también la mía y ¡me sepulto vivo! Hasta tanto hay que llegar, si se quiere unir de veras como Dios. Quiere oro, no tierra ni aleaciones; la unión con Dios se suelda en el fuego. Cuando Dios pone a un alma en esta senda, cobra ésta una libertad interior increíble, libertad independiente de toda práctica, de todo estado particular. Su estado es su vida; puesto que Dios la ha puesto en él, ¿quién sino Él la hará salir de él?

¡Pero si esto es embrutecerse!, diréis quizá. ¡Cómo! ¿Vamos a privarnos de toda acción y de toda iniciativa? Claro que sí; como que éste es el sendero por donde Dios conduce a sus almas predilectas. ¿No las ama acaso tanto como puede amárselas? Contentaos con amaros como Dios os ama y dejaos en sus manos.

Decid a Dios con san Buenaventura “Bien sé que me amáis más de lo que yo puedo amarme a mí mismo; ya no tengo por qué ocuparme de mí: para Vos este cuidado; sólo me ocuparé de Vos *Scio quia plus quam ego me diligis. De me igitur amplius non curabo, sed solum tuis deliciis inhaerebo: et tu mei curam habeto*” (Stim. Am., p. II, c. 2).

LA GRACIA DE VIDA

Ait illis: Venite post me. Et illi continuo, relictis retibus, secuti sunt eum
"Jesús les dijo: Seguidme. Y ellos, al instante, dejadas las redes, le siguieron" (Mt 4, 19-20)

I

Estas palabras encierran un gran misterio de la vida espiritual y nos indican que en la vida sobrenatural hay dos géneros de gracias, de las cuales, una, ordinaria y común a todos, pone a nuestra disposición los sacramentos, la oración y los demás medios de salvación. Así Pedro y Juan, cuando Jesús les llamó, se encontraban con esta gracia ordinaria, iban por el camino de penitencia predicado por san Juan Bautista, cumplían la ley y eso les bastaba para salvarse.

Con todo, nuestro Señor les llama en pos de sí. ¿Para qué?

Con el fin de ponerlos en la gracia de perfección, en la que les hacía falta para que se santificaran. Todos pueden salvarse correspondiendo a la gracia común; pero no todos reciben estotra especial, de puro favor, que nuestro Señor concede solamente a las almas que ama con amor privilegiado.

Por lo mismo que es la gracia de perfección, pide más que un simple cumplimiento de la ley. Ella forma la vida y la santidad de un alma. Todos, lo repito, no la tienen. ¡Oh, no, ciertamente! Todos son llamados a salvarse por la práctica de la ley, pero sólo algunos a la perfección por el amor.

¡Felices aquellos que poseen esta regia gracia! Puede decirse que la han recibido todas las almas verdaderamente piadosas, a las cuales toca conocerla y seguirla; de la correspondencia a ella depende su progreso y perfección.

He aquí una comparación que hará comprender este principio. En la naturaleza, los seres menos perfectos dependen de los que lo son más y hay algunos que completan a otros; se juntan con seres superiores que los absorben, se nutren de ellos y forman con los mismos un solo todo.

Otro tanto ocurre en el orden moral; la sociedad es una jerarquía; hay gobernantes y gobernados, autoridad y obediencia. Sin estas condiciones no cabe sociedad.

Pues de igual manera hay en el orden sobrenatural gracias soberanas y las hay accesorias y complementarias. Cada una de las gracias soberanas basta para conducir a uno a la perfección; por su conducto reciben todas las demás movimiento y vida, y son como el sello y el carácter de una existencia.

Los apóstoles recibieron la gracia soberana de seguir a Jesús por amor. Puede que se salvaran sin haber correspondido a ésta; pero de seguro qué no hubieran alcanzado la perfección evangélica. Vanse, pues, en pos de Jesús, y ésta es su gracia de santidad, la ley de su vida y la condición de su felicidad.

II

Dos son los efectos que la gracia soberana produce en un alma: primero le traza el camino que ha de seguir en su conducta interior, y luego la conduce a una vocación especial.

Esta gracia por excelencia formará el carácter de la piedad, de la virtud y de la vida, llegando a ser el motor de todas las acciones, de tal forma que el alma vaya a todo y en todo obre por única moción.

Un alma, pongamos por ejemplo, tiene una gracia soberana, un atractivo dominante hacia la pasión del Salvador; pues los sufrimientos de Jesucristo constituirán el pensamiento que habitualmente la domine; sus virtudes, su amor y su vida irán inspiradas en la pasión del Salvador.

Otra tendrá una gracia soberana para llevar vida de penitencia, siendo esta gracia de atractivo la que forme su santidad; todo irá a parar para ella a la penitencia, en la cual vivirá; todas sus virtudes tendrán también un carácter penitente y convergerán hacia este atractivo de vida.

Pero ¿por qué dará Dios gracias de carácter, de atractivo? Por una divina razón. El espíritu humano es demasiado limitado para abarcar el conjunto de las virtudes; no puede mirar fijamente a todas con una sola ojeada, porque la mirada se vería demasiado tirante, faltaría la sencillez y sufriría. No sería único ni central el movimiento de la vida. Habría líneas paralelas, pero no radios convergentes a un

mismo centro. Dando una gracia dominante, Dios quiere labrar una perfección con carácter propio, y esta gracia simplifica la vida y los actos, abrevia el camino.

A cada cual toca saber cuál es su gracia dominante. En esto consiste el trabajo interior, y de la correspondencia a esta gracia depende toda la vida espiritual.

III

La mayor y más excelente de todas las gracias de este género es la de la afición predominante al santísimo Sacramento. No lo digo porque a nosotros Dios nos haya llamado a ella, sino porque siento que es verdad. En sí misma considerada, esta gracia supera a la afición, la pasión o a cualquier otro misterio, aun al cielo. ¿Por qué? Por ser su objeto más perfecto y más capaz de hacernos felices. Jesús, en efecto, está más cerca de nosotros por esta gracia que por la de los demás misterios. Más íntima es la unión con Él; envuélvenos por doquiera la llama de su amor; sólo resta cooperar y juntar nuestra pequeña llama a ese incendio, para que ardan una por medio de otro.

La gracia de afición al santísimo Sacramento es la suprema y da un carácter de vida más perfecto. No sólo nos abre un camino más fácil para los demás misterios, sino que todos ellos encuentran en ella su vida y glorificación; en ella se contiene la glorificación de todas las virtudes y de todas las perfecciones.

Memoriam fecit mirabilium suorum, el Señor ha hecho en ella como el compendio de todas sus maravillas de gloria, virtud y santidad, encerrándolas, por tanto, todas.

Esta gracia eucarística es muy común en la piedad, y aun más común que las demás aficiones, y entre las almas que se sienten llamadas a la perfección es más crecido el número de las llamadas por la gracia eucarística que por cualquier otra.

¿Que por qué esto? Pues porque esta gracia es más fácil y está más a nuestro alcance; porque sus medios son más suaves y atrayentes. Para que, por ejemplo, os dirijáis por el pensamiento a la Pasión es menester que la hagáis revivir por una fe muy viva y por un amor muy grande, pues es un misterio pasado y lejano. Separada de la Comunión, la afición a la pasión es crucificante e inmoladora.

La gracia de inclinación hacia la Eucaristía es, al contrario, una gracia de dulzura, de expansión de nuestro amor en Jesucristo, y

siempre es más fácil expansionarse que crucificarse. De la Eucaristía bien podréis ir al calvario, a Nazaret, a Belén; pero estos misterios separados de la Eucaristía carecen de vida actual y presente.

IV

Mas ¿cómo se verifica este llamamiento tan poderoso que nos arrastra por entero? Aquí podría remitiros a vuestro interior. Se verifica como una educación.

Cuando Jesucristo quiere conducir a un alma a la gracia soberana de la Eucaristía, prepárala primero mediante una gracia de sentimiento, que tal vez sea poco apreciada en un principio. El sentimiento de felicidad causado por la presencia de Jesús el día de la primera Comunión fue para nosotros un primer atractivo, que luego se ha desarrollado sin darnos cuenta, bien así como el germen se desarrolla bajo tierra insensiblemente; más tarde, merced a los cuidados prodigados, ha venido a ser una necesidad, una aptitud, un instinto, y ya entonces todo nos conduce a la Eucaristía; si nos falta ella, nos falta también todo lo demás. El alma, poseída de este atractivo, endereza su piedad y sus virtudes hacia el Santísimo Sacramento, y resultan para ella necesarias la santa misa y la Comunión; siéntese inclinada a entrar en las iglesias, a ver el sagrario; hay algo que continuamente la impulsa por este lado. ¿Qué será? Pues su gracia soberana, que se ha educado ya y se ha convertido en madre de todas las demás gracias, en principio y motor de todas las acciones. La oís decir: Me siento llena de devoción hacia el santísimo Sacramento y sólo en su presencia me encuentro bien, sin que me cueste esfuerzo alguno. ¡Ya lo creo que entonces estáis en vuestra gracia!

Esta gracia llega a ser nuestro espíritu e imprímese en todos nuestros pensamientos, palabras y acciones; cuanto concierne a la Eucaristía nos resulta más fácil y agradable y lo hacemos con más ganas.

Se trueca en instinto, en ley del corazón que influye sobre la vida y del todo espontáneamente, y sin que reflexionemos sobre ello, nos guía hacia la Eucaristía.

Es indudable que el espíritu de familia no es cosa sujeta a razón, sino que se mama con la leche y se tiene por ciencia infusa; igual pasa con la gracia eucarística cuando es nuestro atractivo

dominante.

Cuando se tiene la dicha de poseer una gracia así, hay que cooperar con ella unificando la piedad y las virtudes; es menester que la oración y la contemplación actúen en nosotros esta fuerza y la desarrollen; tenemos que alimentarla con la lectura y la oración. Cuando se quiere conservar un fuego, se le echa sin cesar leña; si queréis llevar al máximo de potencia vuestra gracia de vida, aumentad de continuo sus fuerzas y no la dejes un momento: la mayor tentación del demonio consiste en hacernos olvidar o perder de vista por naderías nuestra gracia soberana.

He de decir aquí una cosa que no temo verla desmentida. Quienquiera comulgue varias veces por semana tiene una gracia de atractivo, una gracia soberana para la Eucaristía, y debe enderezar hacia ella todas las demás devociones, como a reina y madre de todas ellas; debe nutrirlas con la Eucaristía e inspirarlas en espíritu eucarístico.

Hay que corresponder con gran fidelidad a esta gracia, pues, como seamos infieles a la principal, lo seremos igualmente a todas las demás.

Es necesario, además, ser agradecidos; y si la gratitud debe medirse por la grandeza del beneficio, ¿cuál no será la que debemos a Jesús por tamaña gracia?

Hace falta asimismo un trabajo perseverante y uniforme, en que corazón, espíritu y vida obren de consuno bajo el único influjo de la gracia soberana.

En un árbol, está la savia en el mismo corazón y es protegida por la madera y la corteza; todo tiende a conservarla durante los fríos del invierno, porque es la vida.

Para vosotros la savia es la gracia soberana, que fecundará todas las demás ramas de vuestra vida; conservadla bien como corazón, como alma que es de vuestra vida sobrenatural.

LA VIDA DE JESUCRISTO EN NOSOTROS

Christus vita vestra
"Jesucristo vuestra vida" (Col 3, 4)

Es preciso que vivamos de la Eucaristía. Y como la Eucaristía es amor, tenemos que perfeccionar nuestro amor.

Hay que renovar a diario el foco para inflamarse uno a sí mismo. Nos hace falta fortalecer el amor en nosotros mismos antes de difundirlo afuera con las obras exteriores. Puesto que tan a menudo recibimos al amor encarnado, todo nuestra vida no debiera ser otra cosa que el desenvolvimiento y la expansión del amor. Quienquiera no se esfuerce en perfeccionarlo en su corazón no adelantará nunca. Sed de veras discípulos de Jesucristo, vivid de amor. Como el Espíritu Santo ha depositado en vuestros corazones el espíritu de amor, es menester amar con magnanimidad, generosa y soberanamente.

Aunque Dios diversifica sus dones hasta el infinito, hay, con todo, algunas inclinaciones que se encuentran por igual en muchas almas a las que quiere Él santificar por un mismo camino. De ahí nacen las sociedades religiosas en que se juntan corazones dotados por Dios de iguales propensiones. En cuanto a vosotros que queréis santificaros por la Eucaristía, debéis vivir de la vida interior y del todo oculta que lleva Jesús en el santísimo Sacramento. La Eucaristía es fruto del amor de Jesucristo y el amor reside en el corazón. Para hacernos sentir esta verdad no se nos muestra Jesucristo; no percibimos su cuerpo ni gustamos su sangre, ni hay nada de sensible en la Eucaristía. Así quiere Jesús que vayamos hasta su amor, al fondo de su corazón.

Jesús practica en el santísimo Sacramento algunas virtudes de su vida mortal, pero de una manera invisible y del todo interior. Está en continua oración, contemplando incesantemente la gloria de su Padre y suplicándole por nosotros, para con esto enseñarnos que en la oración reside el secreto de la vida interior; que hay que cuidar de la raíz del árbol para recoger buenos frutos; que la vida exterior, tan estimada del mundo, no es otra cosa que flor estéril, si no va

alimentada por la caridad que produce los frutos. Sed, por tanto, contemplativos de Jesús, si queréis lograr feliz éxito en vuestras obras. Los apóstoles se quejan de no tener tiempo bastante para orar y crean diáconos que los alivien en el ministerio exterior. Durante su vida pública Jesucristo se oculta a los ojos de la muchedumbre, se retira, se esconde para orar y contemplar; ¿cómo, pues, queremos nosotros llevar una vida puramente exterior? ¿Por ventura tenemos un fondo de gracias más rico, de fuerzas más sólidas para el bien que los apóstoles? ¿No es para nosotros el ejemplo de nuestro Señor? Toda piedad que no se nutre de oración, que no se recoge en su centro, que es Jesucristo, para reparar sus pérdidas y renovar la vida, flaquea y acaba por morir.

En vano andan los predicadores solícitos por predicar; su palabra será estéril en tanto no se alimente con la oración. He de decirlo: a la ausencia de esta vida de oración se debe este proverbio, repetido por los que van a un sermón: Vamos a recoger flores. No son flores lo que debéis llevar de nuestras predicaciones, sino frutos de virtud y de buenos deseos. Mas los frutos no se maduran sino en la oración, ni se recogen fuera de ella. Por eso, orad mucho por los ministros de la palabra de Dios, pero no pidáis para ellos más que una cosa: que sean varones de oración. Un alma que ora salva al mundo, unida como está a Jesucristo orando en el fondo del tabernáculo.

Todas las virtudes proceden de Dios, y de la Eucaristía sobre todo se complace Jesucristo en hacerlas bajar sobre nuestras almas como torrentes de gracia mediante los ejemplos que en ella nos da. Pero estos ejemplos debemos nosotros verlos, ser atentos a ellos, estudiarlos, asimilárnoslos. ¿Dónde podremos aficionamos más a la humildad que a los pies de la sagrada Hostia? ¿Dónde encontrar más hermosos ejemplos de silencio, de paciencia y de mansedumbre?

Exteriormente, Jesucristo no practica en el santísimo Sacramento aquellas grandes virtudes de su vida mortal; su sabiduría no proclama ya sus divinas sentencias; de su poderío y de su gloria ya nada aparece; su vida eucarística consiste en ser Jesús pobre, pequeñuelo, sencillo. Pobreza, mansedumbre, paciencia, he ahí lo que muestra; ¡y qué atención más delicada por su parte! Las grandes ocasiones de practicar virtudes heroicas son raras en la vida y nos falta valor para sacar provecho de las mismas. ¿Habremos, pues, de desesperar y abandonaremos la vida de piedad so pretexto de que

nada podemos hacer por Dios? En la vida eucarística, en que nos enseña que la santidad se ejercita sobre todo en las pequeñas ocasiones, ha puesto Jesús el remedio contra esta tentación. Su anonadamiento, así como la ausencia de la vida exterior, nos enseñan que lo que hay de más perfecto es la vida interior, compuesta por entero de actos de corazón, de ímpetus de amor y de unión a sus intenciones. ¡Oh! Dios ama con predilección a los humildes, a los pequeñuelos que viven a sus pies bajo la celestial influencia de su corazón: Por lo demás, la vida de oración no excluye el celo por la salvación de las almas. El alma interior sabe trabajar sin dejar de estar recogida y sin que el recogimiento sea obstáculo para obrar exteriormente, así como Jesús se hace sentir sin que nuestros ojos le vean. El pecador que ora siente la dulzura de su Corazón: se establece entre Jesús y el alma una corriente que nadie ve, un diálogo que nadie oye; nadie distingue este obrar de Jesús en el fondo del corazón, pero ¡cuán real es, sin embargo! ¡Oh! Hagamos que nuestro amor y nuestro celo sean semejantes a los de Jesús, es decir, que sean del todo ocultos e interiores.

No deis por perdidos los momentos que pasáis al pie del altar, que, estando el grano sepultado en el surco, se declara su fecundidad; el trato eucarístico, he ahí la semilla de las virtudes. No faltan en nuestros días almas consagradas a toda suerte de obras de celo; se las ensalza mucho, a veces demasiado; pedid para que el fondo del corazón guarde proporción con el celo exterior; pedid que esas almas se nutran con la oración.

¡Ea!, que vuestras virtudes se vuelvan atrayentes y amables para el prójimo; revestíos para eso de la mansedumbre de Jesucristo, pues nada hay tan amable como la sencillez y el carecer de toda pretensión; todos bendicen la virtud que se oculta y no mete ruido; la paciencia que mana del corazón sin asomo de violencia, la caridad muy sencilla y como del todo natural; he ahí los frutos de la vida oculta, alimentada con la recepción de Jesucristo y con la contemplación de los ejemplos de la vida eucarística.

EL DON DE LA PERSONALIDAD

Qui manducat me et ipse vivet propter me
"Quien me come vivirá por mí" (Jn 6, 58)

I

Por medio de la Comunión viene Jesús a tomar posesión de nosotros, trocándonos en cosa suya; para conformarnos con sus designios debemos despojarnos en sus manos de todo derecho y propiedad sobre nosotros mismos; dejarle la dirección y la iniciativa sobre nuestros actos: no hacer nada por nosotros y para nosotros, sino todo por Él y para Él.

Así se realiza la nueva encarnación del Verbo en nosotros y continúa para gloria de su Padre lo que hizo en la naturaleza humana de Jesús. Ahora bien, en el misterio de la encarnación la humanidad de Jesús fue privada de aquel último elemento que hace a una naturaleza dueña de sí misma e incomunicable a otro ser. No recibió la subsistencia o la personalidad que le era connatural, sino que la persona del Verbo reemplazó la personalidad que la naturaleza humana hubiera naturalmente debido recibir. Y como en un ser perfecto es la persona la que obra por medio de la naturaleza y de sus facultades, como ella es lo más noble y lo que nos hace seres completos y perfectos, a ella se refieren los actos naturales, de los cuales es primer principio y a los que confiere el valor que tienen. Mando a las facultades de mi alma; mis miembros me obedecen; soy yo, hombre completo, quien obro y hago obrar, y de todos los movimientos, así como de todos los actos, yo soy el responsable; mis potencias me sirven ciegamente; el principio que les hace obrar es el único responsable de lo que hacen, pues trabajan sólo por él y para él y no para sí mismas.

Síguese de ahí que en nuestro Señor, en quien había dos naturalezas y una sola persona, la del Verbo, ambas naturalezas obraban por el Verbo y el menor acto humano de nuestro Señor era al mismo tiempo divino, una acción del Verbo, puesto que sólo Él podía

haberla inspirado y sólo Él le daba su valor, valor infinito por lo mismo que procedía de una persona divina. De ahí también que la naturaleza humana no fuese principio de nada, ni tuviese interés alguno propio, ni obrase para sí, sino que en todo se condujese como sierva del Verbo, único motor de todos sus actos. El Verbo quería divinamente y quería también humanamente; obraba por cada una de sus naturalezas.

Así debe ocurrir también con nosotros, o cuanto menos debemos, poniendo en juego todos nuestros esfuerzos, aproximarnos a este divino ideal, en que el hombre no obra más que como instrumento pasivo, conducido, guiado por un divino motor, el espíritu de Jesucristo, con el único fin que puede proponerse un Dios que obra, que no sea Él mismo, su propia gloria. Debemos, por consiguiente, estar muertos a todo deseo propio, a todo propio interés. No miremos a otra cosa que a lo que mira Jesús, quien no mora en nosotros más que para seguir viviendo todavía, por la mayor gloria de su Padre. Se da en la sagrada Comunión sólo para alimentar y estrechar esta unión inefable.

Cuando el Verbo dice en el evangelio (Jn 6, 58): *Sicut misit me viven Pater, et ego vivo propter Patrem et qui manducat me, et ipse vivet propter me,* es igual que si dijera: Así como, al enviarme al mundo por la encarnación para ser la personalidad divina de una naturaleza que no había de tener otra, el Padre me cortó toda raíz de estima propia para que no viviese más que para Él, así también yo me uno a vosotros por la Comunión para vivir en vosotros y para que vosotros no viváis más que para mí; moraré vivo en vosotros y llenaré vuestra alma de mis deseos; consumiré y aniquilaré todo interés propio; yo desearé, yo querré, yo me pondré en vuestro lugar; vuestras facultades serán las mías, yo viviré y obraré por medio de vuestro corazón, de vuestra inteligencia y de vuestros sentidos; yo seré vuestra personalidad divina, por la que vuestras acciones participarán de una dignidad sobrehumana, merecerán una recompensa divina, serán actos dignos de Dios, merecedores de la bienaventuranza, de la visión intuitiva de Dios. Seréis por gracia lo que yo soy por naturaleza, hijos de Dios, herederos en toda justicia de su reino, de sus riquezas y de su gloria.

Cuando nuestro Señor vive en nosotros por su Espíritu somos sus miembros, somos *Él.* El Padre celestial tiene por agradables

nuestras acciones, viéndolas, ve las de su divino Hijo y en ellas encuentra sus complacencias; el Padre, inseparablemente unido al Hijo, vive y reina también en nosotros, y esta vida y reino divinos paralizan y destruyen el reino de Satanás. Entonces es cuando las criaturas rinden a Dios el fruto de honor y de gloria a que tiene derecho por su parte.

Así que la gloria del Padre en sus miembros es el primer motivo por el que nuestro Señor desea que le estemos sobrenaturalmente unidos por la vida de la caridad perfecta; por eso nos llama San Pablo tan a menudo: *Membra Christi,* miembros, cuerpo de Jesucristo; por eso repite también muchas veces nuestro Señor en la cena estas palabras: "Morad en mí". Se trata del don de sí mismo, puesto que ya no reside uno en sí, puesto que trabaja por aquel en quien moramos, quedándonos por completo a su disposición.

II

También desea nuestro Señor esta unión por amor hacia nosotros, con el fin de ennoblecernos por medio de sí mismo, de comunicarnos un día su gloria celestial con todo lo que la compone: poder, belleza, felicidad cumplida. Y como nuestro Señor sólo puede comunicarnos su gloria por ser miembros suyos y porque sus miembros son santos, quiere unirnos consigo y hacer que compartamos así su gloria.

Aun acá abajo nuestras acciones se truecan en acciones de nuestro Señor, y de Él toman más o menos valor, según sea el grado en que estén unidas a las suyas. Esta unión guarda relación con las costumbres, las virtudes y el espíritu de Jesús, que habita en nosotros. De aquí estas hermosas palabras: "*Christianus alter Christus; vivit vero in me Christus* (Gal 2, 20); *non ego solus sed gratia Dei mecum* (1Co 15, 10); el cristiano es otro Cristo; Jesús vive en mí; no soy yo solo quien obro, sino también la gracia de Dios conmigo".

Esta unión es el fruto del amor de Jesucristo; es el fin de toda la economía divina, así en el orden sobrenatural como en el natural; cuanto ha establecido la Providencia, tiende a realizar, a consumar la unión del cristiano con Jesucristo y a perfeccionar esta unión, pues que en ella consiste toda la gloria de Dios en la criatura y toda la santificación de las almas; en suma, todo el fruto de la redención.

III

La unión de Jesucristo con nosotros será en razón de nuestra unión con Él: "Morad en mí, así como yo en vosotros; también yo moro en aquel que mora en mí" (Jn 15, 4-5). Puedo, pues, estar seguro de que Jesús morará en mí si yo quiero morar en Él. Del propio modo que el viento se precipita en el vacío y el agua en el abismo, llena el espíritu de Jesús en un momento el vacío que hace el alma en sí misma.

Esta unión con nuestro Señor es lo que confiere al hombre su dignidad. Cierto que no llego a ser una porción de la divinidad ni nada que merezca adoración, pero sí algo sagrado; mi naturaleza sigue siendo una nada ante Dios, y de sí misma podría volver a caer en el abismo; pero Dios la eleva hasta unírsela por la gracia, por su presencia en mí. Esta unión me hace pariente de nuestro Señor: parentesco tanto más estrecho cuanto más lo sea mi unión, cuanto mayor sea mi pureza y santidad, porque el parentesco con nuestro Señor no es otra cosa que la participación de su santidad, conforme a esta afirmación: "El que practica mi palabra, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mt 12, 50).

De esta unión nace el poder del hombre: *Sicut palmes non potest ferre fructum a semetipso nisi manserit in vite, sic nec vos nisi in me manseritis.* Sin mí nada podéis hacer. Esto sí que es cosa clara, *nihil,* nada. Así como la fecundidad de la rama procede de su unión al tronco y a la savia, así también la fecundidad espiritual proviene de nuestra unión con Jesucristo, de la unión de nuestros pensamientos con los suyos, de nuestras palabras con sus palabras, de nuestras acciones con sus acciones. De la sangre del corazón mana la vida de los miembros, y la sangre a su vez es producto del alimento; pues nuestro alimento es Jesús, pan de vida, y sólo el que lo come tiene en sí la vida. Es el principio de nuestro poder de santidad: la unión con nuestro Señor. La nulidad, el vacío y la inutilidad de las obras obedecen a la ausencia de esta unión; imposible que la rama seca, que no guarda comunicación, con la vida del árbol, puede producir fruto.

Gracias a esta unión son también meritorias nuestras obras. Es un mérito de sociedad. Nuestro Señor se apodera de nuestra acción, la hace suya y merecedora de un premio infinito, de una eterna

recompensa; y esta acción que, como nuestra, casi nada valía, revestida de los merecimientos de Jesucristo, se hace digna de Dios; y cuanto mayor sea nuestra unión con Jesús, mayor será también la gloria de nuestras santas obras.

¡Oh! ¿Por qué será que descuidamos tanto esta divina unión? ¡Cuánto méritos perdidos, cuántas acciones estériles por no haberlas hecho en unión con Jesucristo; cuántas gracias sin fruto! ¿Cómo es posible haber ganado tan poco con tantos medios y en negocio tan fácil?

Estemos, pues, unidos con nuestro Señor Jesucristo, seamos dóciles a su dirección y sumisos a su voluntad, dejémonos guiar por su pensamiento, obremos conforme a su inspiración y ofrezcámosle todos los actos, del propio modo que la naturaleza humana estuvo en el Verbo sometida, unida y obediente a la persona divina que la gobernaba. Mas para esta imitación es menester estar unido con unión de vida recibida, renovada y mantenida por medio de una comunicación incesante con Jesús; hace falta que, como la rama del árbol es dilatada por el sol, la divina savia nos penetre plenamente. El sol que atrae la savia divina nos dispone a recibirla y la mantiene, es el recogimiento, la oración; es el don de sí mismo de todos los momentos; es el amor que sin cesar anhela por Jesús, lanzándose hacia Él en todo instante: *Veni, domine Jesu.* Esta savia no es más que la sangre de Jesús, que nos comunica su vida, su fuerza y su fecundidad divina. La vida de Comunión puede, por tanto, reducirse a estos dos términos: comulgar sacramentalmente y vivir de recogimiento.

LA VIDA DE UNIÓN CON EL ESPÍRITU SANTO

Si Spiritu vivimus, Spiritu et ambulemus
"Si el Espíritu es el principio de nuestra vida, que lo sea también de nuestra conducta" (Gal 5, 25)

I

El Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, ese Espíritu que vino Él a traer al mundo, es el principio de nuestra santidad. La vida interior no es sino unión con el Espíritu Santo, obediencia a sus mociones. Estudiemos las operaciones que realiza Él en nosotros.

Notad, ante todo, que es el Espíritu Santo quien nos comunica a cada uno en particular los frutos de la encarnación y de la redención. El Padre nos ha dado su Hijo; el Verbo se nos da en la encarnación y en la cruz nos rescata: éstos son los efectos generales de su amor. ¿Quién es el que nos hace participar de estos efectos divinos? Pues el Espíritu Santo. Él forma en nosotros a Jesucristo y le completa. Por lo que ahora, después de la Ascensión, es el tiempo propio de la misión del Espíritu Santo. Esta verdad nos es indicada por el Salvador cuando nos dice: "Os conviene que yo me vaya, porque si no el Espíritu Santo no vendrá a vosotros" (Jn 16, 7). Jesús nos adquirió las gracias; reunió el tesoro y depositó en la Iglesia el germen de la santidad. Pues el oficio propio del Espíritu Santo es cultivar este germen, conducirlo a su pleno desenvolvimiento, acabando y perfeccionando la obra del Salvador. Por eso decía nuestro Señor: "Os enviaré mi Espíritu, el cual os enseñará todo y os explicará cuantas cosas os tengo dichas; si Él no viniera, quedaríais flacos e ignorantes". Al principio el Espíritu flotaba sobre las aguas para fecundarlas. Es lo que hace con las gracias que Jesucristo nos ha dejado; las fecunda al aplicárnoslas, porque habita y trabaja en nosotros. El alma justa es templo y morada del Espíritu Santo, quien habita en ella, no ya tan sólo por la gracia, sino personalmente; y cuanto más pura de obstáculos está el alma y mayor lugar deja al Espíritu Santo, tanto más poderosa es en ella esta adorable Persona.

No puede habitar donde hay pecado, porque con él estamos muertos; nuestros miembros están paralizados y no pueden cooperar a su acción, siendo así que esta cooperación es siempre necesaria. Tampoco puede obrar con una voluntad perezosa o con afectos desordenados, porque si bien en ese caso habita en nosotros, se halla imposibilitado de obrar. El Espíritu Santo es una llama que siempre va subiendo y quiere hacernos subir consigo. Nosotros queremos pararlo, y se extingue; o más bien acaba por desaparecer del alma así paralizada y pegada a la tierra, pues no tarda ella en caer en pecado mortal. La pureza resulta necesaria para que el Espíritu Santo habite en nosotros. No sufre que haya en el corazón que posee ninguna paja, sino que la quema al punto, dice san Bernardo. *Qui nec minimam paleam intra cordis quod possidet habitaculum patitur residere, sed statim igne subtillissimae circunspectionis exurit.*

Hemos dicho que el oficio del Espíritu Santo consiste en formar en nosotros a Jesucristo. Bien es verdad que tiene el oficio general de dirigir y guardar la infalibilidad de la Iglesia; pero su misión especial respecto de las almas es formar en ellas a Jesucristo. Esta nueva creación, esta transformación la hace por medio de tres operaciones que requieren en absoluto nuestro asiduo concurso.

II

Primeramente nos inspira pensamientos y sentimientos conformes con los de Jesucristo. Está en nosotros personalmente, mueve nuestros afectos, remueve nuestra alma, hace que nuestro Señor acuda a nuestro pensamiento. Es de fe que no podemos tener un solo pensamiento sobrenatural sin el Espíritu Santo. Pensamientos naturalmente buenos, razonables, honestos, sí los podemos tener sin Él; pero ¿qué es eso? El pensamiento que el Espíritu Santo pone en nosotros es al principio débil y pequeño, crece y se desarrolla con los actos y el sacrificio. ¿Qué hacer cuando se presentan estos pensamientos sobrenaturales? Pues consentir en ellos sin titubeos. Debemos también estar atentos a la gracia, recogidos en nuestro interior para ver si el Espíritu Santo no nos inspira pensamientos divinos.

Hay que oírle y vivir recogidos en sus operaciones. Pudiera objetarse que si todos nuestros pensamientos provinieran del Espíritu Santo seríamos infalibles. A lo cual contesto: De nosotros mismos

somos mentirosos, o sea expuestos al error. Pero cuando estamos en nuestra gracia y seguimos la luz que nos ofrece el Espíritu Santo, entonces sí, ciertamente estamos en la verdad y en la verdad divina. He ahí por qué el alma recogida en Dios se encuentra siempre en lo cierto, pues el que es sobrenaturalmente sabio no da falsos pasos. Lo cual no puede atribuírsele a él, porque no procede de él no se apoya en sus propias luces, sino en las del Espíritu de Dios, que en él está y le alumbra. Claro que si somos materiales y groseros y andamos perdidos en las cosas exteriores, no comprenderemos sus palabras; pero si sabemos escuchar dentro de nosotros mismos la voz del Espíritu Santo, entonces las comprenderemos fácilmente. ¿Cómo se distingue el buen manjar del malo? Pues gustándolo. Lo mismo pasa con la gracia, y el alma que quiera juzgar sanamente no tiene más que sentir en sí los electos de la gracia, que nunca engañan. Entre en la gracia, que así comprenderá su poder, del propio modo que conoce la luz, porque la luz le rodea; son cosas que no se demuestran a quienes no las han experimentado.

Nos humilla quizá el no comprender, porque es una prueba que no sentimos a menudo las operaciones del Espíritu Santo, pues el alma interior y pura es constantemente dirigida por el Espíritu Santo, quien le revela sus designios directamente por una inspiración interior e inmediata.

Insisto sobre este punto. El mismo Espíritu Santo guía al alma interior y pura, siendo su maestro y director. Por cierto que debe siempre obedecer a las leyes de la Iglesia y someterse a las órdenes de su confesor en cuanto concierne a sus prácticas de piedad y ejercicios espirituales; pero en cuanto a la conducta interior e íntima, el mismo Espíritu Santo es quien la guía y dirige sus pensamientos y afectos, y nadie, aunque tenga la osadía de intentarlo, podrá poner obstáculos. ¿Quién querría inmiscuirse en el coloquio del divino Espíritu con su amada? Vano intento por lo demás. Quien divisa un hermoso árbol no trata de ver si sus raíces son sanas o no, pues bastante a las claras se lo dicen la hermosura del árbol y su vigor. De igual modo, cuando una persona adelanta en el bien, sus raíces, por ocultas que estén, son sanas, y más vivas cuanto más ocultas.

Mas, desgraciadamente, el Espíritu Santo solicita con frecuencia nuestro consentimiento a sus inspiraciones y nosotros ¡no queremos darlo! No somos más que máquinas exteriores y tendremos

que sufrir la misma confusión que los judíos por causa de Jesucristo: en medio de nosotros está el Espíritu Santo y no le conocemos.

III

El Espíritu Santo ora en nosotros y por nosotros. La oración es toda la santidad, cuando menos en principio, puesto que es el canal de todas las gracias. Y el Espíritu Santo se encuentra en el alma que ora: *Ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus* –el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables (Ro 8, 26). Él ha levantado a nuestra alma a la unión con nuestro Señor. Él es también el sacerdote que ofrece a Dios Padre en el ara de nuestro corazón el sacrificio de nuestros pensamientos y de nuestras alabanzas. Él presenta a Dios nuestras necesidades, flaquezas, miserias, y esta oración, que es la de Jesús en nosotros unida a la nuestra, la vuelve omnipotente.

Sois verdaderos templos del Espíritu Santo, y como quiera que un templo no es más que una casa de oración, debéis orar incesantemente; hacedlo en unión con el divino sacerdote de este templo. Os podrán dar métodos de oración; pero sólo el Espíritu Santo os dará la unción y la felicidad propia de la oración. Los directores son como chambelanes que están a la puerta de nuestro corazón; dentro sólo el Espíritu Santo habita. Hace falta que Él lo penetre del todo y por doquier para hacerlo feliz. Orad, por consiguiente, con Él, que Él os enseñará toda verdad.

IV

La tercera operación del Espíritu Santo es formarnos en las virtudes de Jesucristo, comunicándonos la inteligencia de las mismas. Es una gracia insigne la de comprender las virtudes de Jesús, pues tienen como dos caras. La una repele y escandaliza: es lo que tienen ellas de crucificante. Razón sobrada tiene el mundo, desde el punto de vista natural, para no amarlas. Aun las virtudes más amables, como la humildad y la dulzura, son de suyo muy duras cuando han de practicarse. No es fácil que continuemos siendo mansos cuando nos insultan y, no teniendo fe, comprendo que las virtudes del cristianismo sean repugnantes para el mundo. Pero ahí está el Espíritu Santo para descubrirnos la otra cara de las virtudes de Jesús, cuya gracia, suavidad y unción nos hacen abrir la corteza amarga de

las virtudes para dar con la dulzura de la miel y aun con la gloria más pura. Queda uno asombrado ante lo dulce que es la cruz. Y es que en lugar de la humillación y de la cruz no se ve en los sacrificios más que el amor de Dios, su gloria y la nuestra.

A consecuencia del pecado, las virtudes resultan difíciles para nosotros; sentimos aversión a ellas, por cuanto son humillantes y crucificantes. Mas el Espíritu Santo nos hace ver que Jesucristo les ha comunicado nobleza y gloria, practicándolas Él primero. Y así nos dice: "¿No queréis humillaros? Bueno, sea así; ¿pero no habéis de asemejaros a Jesucristo? Parecerle es, no ya bajar, sino subir, ennoblecerse". Por manera que la pobreza y los harapos se truecan en regios vestidos por haberlos llevado primero Jesucristo; las humillaciones son una gloria y los sufrimientos una felicidad, porque Jesucristo ha puesto en ellos la verdadera gloria y felicidad.

Mas no hay nadie fuera del Espíritu Santo que nos haga comprender las virtudes y nos muestre oro puro encerrado en minas rocosas y cubiertas de barro. A falta de esta luz se paran muchos hombres a medio andar en el camino de la perfección: como no ven más que una sombra de las virtudes de Jesús no llegan a penetrar sus secretas grandezas.

A este conocer íntimo y sobrenatural añade el Espíritu Santo una aptitud especial para practicarlas. Hasta tal punto nos hace aptos, que bien pudiéramos creernos nacidos para ellas. Nos resultan connaturales, pues nos da el instinto de las mismas. Cada alma recibe una aptitud conforme a su vocación. En cuanto a nosotros, adoradores, el Espíritu Santo nos hace adorar en espíritu y en verdad. Ora en nosotros y nosotros oramos a una con Él; es, por encima de todo, el maestro de la adoración. Él dio a los apóstoles la fuerza y el espíritu de la oración *Spiritum gratiae et precum* –derramaré un espíritu de gracia y de súplica (Zac 12, 10). Unámonos, pues, con Él. Desde Pentecostés se cierne sobre la Iglesia y habita en cada uno de nosotros para enseñarnos a orar, para formarnos según el dechado que es Jesucristo y hacernos en todo semejantes a Él, con objeto de que así podamos estar un día unidos con Él sin velos en la gloria.

LA VIDA DEL VERDADERO SERVIDOR

Servus tuus sum ego: da mihi intellectum ut discam justificationes tuas
"Siervo vuestro soy, Señor; abrid mi inteligencia a vuestros preceptos" (Ps 118, 125)

I

Me amó nuestro Señor y se entregó a mí. Debo, en justicia, ser para Él; pero no como quiera, sino a la manera como Él lo es para su Padre, pues para ser nuestro modelo, comunicarnos sus virtudes y hacernos vivir de la misma vida se encarnó Él, vivió a nuestra vista y ahora viene a nosotros por la Comunión.

Pues bien: el Padre ha dado a Jesús el título de servidor: *Justificavit ipse justus servus meus multos* (Is 53, 11), mi servidor será para muchos fuente de justificación. En los salmos, hablando David en persona de nuestro Señor, dice a Dios: Yo soy vuestro siervo y el hijo de vuestra sierva. *Servus tuus sum ego* (Ps 118, 125).

¿Qué hace un buen servidor? Tres cosas:

1.º Está siempre cabe su señor y a su disposición.

2.º Obedece pronta y afectuosamente todas sus órdenes.

3.º No trabaja sino por la gloria de su señor.

Nuestro Señor llevó durante su vida a su más alta perfección estas tres cualidades de un buen servidor.

II

Estaba siempre muy cerca del Padre, con el Padre; su espíritu le contemplaba sin interrupción, adorando su verdad; contemplaba su hermosura; gozando su alma de la visión beatífica no podía apartarse un punto de Dios.

Por lo que nuestro Señor en el santo evangelio se dirige a su Padre como si estuviera siempre mirándole, y ha dicho dos palabras que revelan este misterio: *"Non potest Filius a se facere quidquam nisi quod viderit Patrem facientem* (Jn 5, 19): Nada puede hacer el Hijo del hombre que no lo haya visto antes hacer al Padre". Por tanto,

miraba siempre a su Padre para pensar, decir y obrar como Él.

La segunda palabra es ésta: “El mismo Padre que en mí mora hace las obras que yo hago: *Pater in me manens, ipse facil opera*” (Jn 14, 10). Había, por consiguiente, sociedad habitual en cada momento entre el Padre celestial y nuestro Señor.

También se dice en otra parte: “Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto”. Era, pues, atento y obediente a la dirección del Espíritu Santo.

Cuanto a nosotros, nuestro puesto está al lado de nuestro Señor, por lo que debemos atender a las órdenes de Dios, tener los ojos fijos en Él para obedecer a la primera señal: *Sicut oculi servorum in manibus dominorum suorum, ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum* – Como los ojos de los servidores están fijos en las manos de su señor, así miran nuestros ojos al Señor, nuestro Dios (Ps 122, 2).

Lo cual fue hecho por todos los santos del antiguo como del nuevo testamento. Noé anduvo con Dios, *cum Deo ambulavit* (Gn 6, 9); luego, eso es posible y aun necesario. Anda delante de mí si quieres ser perfecto, dijo Dios a Abrahán *Ambula coram Deo et esto perfectus* (Gn 17, 1).

Habrá quien diga: Poco costaba a nuestro Señor y a María, poco cuesta a los ángeles estar siempre en presencia de Dios, en tanto que en nosotros eso supone lucha, y es cosa ardua. Cierto que para Jesús, su Madre y los ángeles es pura delicia estar viendo a Dios, y nada hay que los tiente a dejar esa contemplación. ¿Pero no tenemos también nosotros la gracia de Dios? Además, por el corazón se está cerca de nuestro Señor, y el corazón nada sufre cuando ama de veras, por estar con la persona amada; antes al contrario, en ello consiste su mayor felicidad. Hay que llegar, pese a las dificultades, a morar habitualmente con Jesucristo.

III

No hacía nuestro Señor, sino reproducir las acciones que el Padre le señalaba y le mostraba, cumpliendo en todo su voluntad; no era, en suma, más que el eco del pensamiento del Padre, la reproducción sensible y humana del pensamiento, de la palabra y del acto divino del Padre.

En cuanto a mí tengo que reproducir a nuestro Señor, obedecerle, hacer lo que quiere en este momento, en el ejercicio de

tal o cual virtud; tengo que estar en condiciones de obedecerle interiormente y aun por actos exteriores si me lo pide; de inspirarme en su pensamiento y en su deseo; a todo lo cual he de prestarme con fidelidad y amor.

Mas no perdamos de vista que nuestro Señor quiere obrar, sobre todo, en nuestra alma, mucho más que en las obras exteriores; obrar en nosotros y sobre nosotros: *Pater in me manens ipse facit opera* –el Padre que habita en mí es el que hace las obras (Jn 14, 10).

IV

Jesucristo no trabaja más que para la gloria de su Padre y rehúsa cualquier alabanza u honor que se le tribute como a hombre: *"Quid me dicis bonum?* (Lc 18, 19). ¿Por qué me llamas bueno? *Non, quaero gloriara meam* (Jn 8, 50): no ando en pos de mi propia gloria".

Lo que el buen servidor pretende es el bien de su señor, son sus intereses mucho más que los propios, y en esto consiste la delicadeza del servicio. Por tanto, no he de buscar más que los intereses de nuestro Señor, mi amo; no debo trabajar más que para hacer fructificar su gracia y sus dones para mayor gloria suya.

V

Esta vida, del todo interior y concentrada en sí, que no hace ni dice cosa a que Dios no mueva, puede parecer inútil. ¿Quién no admirará, no obstante, a nuestro Señor llevando en Nazaret una vida inútil para el mundo y oculta a los hombres y sencilla en sí misma? Prefiérela el Padre a toda otra vida. ¡Prefiere ver a su divino Hijo y salvador nuestro glorificándole y santificándonos, oculto, sin más testigo que su propia persona, trabajando en su pobre estado, en cosas de tan escaso valor! Así es como nos prefiere también a nosotros.

Ello es debido a que esta vida oculta es enteramente para Dios, por el sacrificio que de sí mismo hace uno, y glorifica más a Dios que si nos consagráramos a cualesquiera otras obras. Es el reino de Dios en nosotros y la muerte y el sepulcro del amor propio.

Es una gracia insigne la que nos comunica nuestro Señor para morar a solas con Él sin ocuparnos de otra cosa que de Él, pues nos llama a trabajar en secreto en su aposento, nos hace confidentes suyos; recibimos directamente sus órdenes; quiere que repitamos sus

palabras, que no hagamos más que las acciones que interiormente nos muestra, que no ejecutemos otros planes que los que trae Él; quiere que seamos Él repetido, el cuerpo de su alma; la libre expresión de su deseo, la ejecución humana de sus divinos pensamientos hecha divina y de un valor casi infinito gracias a la unión con sus méritos.

VI

Para llegar a esta altura menester es trabajar primero en mi interior, sobre mí mismo; *Pater in me manens;* tengo que residir en mí. Mas para morar en mí con fruto, tengo que morar en Jesucristo, que está en mí. Y nuestro Señor estará en mí en la misma medida que yo esté en Él, pues se trata de algo recíproco. Este morar en nuestro Señor se verifica por la donación y el homenaje de sí mismo, ejecutado con actos de virtud que reclama el momento presente, fortalecido y sostenido con el amor activo, que más que gozar quiere sacrificarse, inmolarse a la voluntad de nuestro Señor.

¡Ay! Mucho tiempo ha quizá que nuestro Señor nos llama a esta vida oculta en Él, y nosotros vamos siempre huyendo afuera, imaginando groseramente que sólo el moverse, el trabajar y el consagrarse a obras exteriores vale mucho. En el fondo lo que hay es que no se quiere estar siempre en una casa en que habitan miseria, dolores y enfermedades; se sale a impulsos del hastío o atraído por un amor extraño; o tal vez es el gas de la vanidad el que busca una salida.

¡Oh Dios mío, vivid, reinad y mandad en mí! *In me vive, regna et impera!* Oiré lo que me decís dentro de mí: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus;* y fielmente os acompañaré en mi corazón.

EL RECOGIMIENTO, CAMINO DE LAS OBRAS DIVINAS

Ecce enim regnum Dei intra vos est
"El reino de Dios está dentro de vosotros" (Lc 17, 21)

I

Al crear al hombre, Dios se reservó para sí el ser rey de su alma y el recibir su homenaje, así como también el ser su fin y su gloria.

Debía Dios perfeccionar, en el hombre, con nuevas gracias su imagen y semejanza, trabajando de acuerdo con él.

Pero vino el pecado a derribarlo todo. Ya no quiere el hombre permanecer en sí mismo con Dios, sino que se ha hecho del todo exterior esclavo de los objetos exteriores.

Para hacer que vuelva a su interior, Dios le coge por los ojos en su Encarnación. Después, tras mostrarse bueno y poderoso, hacerse amar de él y dejarse tocar de sus manos, Jesucristo se oculta y se esconde en nuestro interior por la Eucaristía y la gracia santificante, de suerte que desde nosotros mismos nos habla, da consejos, nos consuela y nos santifica. En nuestro interior quiere establecer su reino para así obligarnos a morar consigo en nosotros, haciendo lo que la santísima Virgen en la encarnación, que vivía del todo atenta al divino fruto que llevaba en sus entrañas.

Cuando somos fieles a su gracia, nos consuela, nos da paz y nos hace gustar la dulzura de estas palabras: "¡Qué bien se está, Señor, con Vos!"

El deseo que nuestro Señor tiene de que volvamos a nuestro interior nos hace comprender mejor las siguientes palabras: "Pecadores, volved a vuestro corazón: *Redite ad cor"* (Is 46, 8). "Hijo, dame tu corazón: *Praebe, Fili, cor tuum mihi*" (Prov 23, 26). "Amarás al señor tu Dios de todo tu corazón: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*" (Mt 22, 37). El corazón es la vida, y donde está el tesoro, allí está también el corazón.

II

Cuando Dios quiere santificar a un alma, la separa del mundo mediante pruebas y persecuciones; o bien con una gracia especial, dándole horror del mundo y amor de la soledad, del silencio, de la oración. El mayor don que Dios concede a un alma es el de la oración, porque se ve como obligada a aislarse, a recogerse, a espiritualizarse, y para llegar a este resultado, a mortificarse; y cuando ocurre que el alma no lo quiere suficientemente, Dios le envía flaquezas, enfermedades, penas interiores que la desapeguen y purifiquen de sí misma, bien así como las tempestades purifican la atmósfera.

III

"Morad en mí y yo moraré en vosotros. Así como la rama no puede producir fruto si no está unida al tronco, así tampoco vosotros podréis nada, si no permanecéis unidos conmigo" (Jn 15, 4). Por tanto, nuestra unión con Jesucristo debe ser tan extrema como la de la rama con el tronco y la raíz: debe ser una unión de vida.

Como esta divina savia de la verdadera viña es poderosísima y muy fecunda, conforme a esta palabra: "El que mora en mí produce mucho fruto" (Jn 15, 5), se sigue que si estamos unidos a Jesucristo, no ya tan sólo por la gracia y la fidelidad a la misma, sino también por la unión a sus palabras, que son espíritu y vida, seremos todopoderosos para el bien. "Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid cuanto quisiereis, que se os concederá todo" (Jn 15, 7).

Finalmente, la unión de amor práctico, que únicamente se ocupa de complacer a Dios, embelesa a la santísima Trinidad: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada" (Jn 14, 23).

El Salvador no pidió en la última oración más que esta unión consigo: "Les he dado, oh Padre, la luz que he recibido de vos para que sean una misma cosa; así como lo somos nosotros. More yo en ellos y vos en mí para que sean consumados en la unidad, y para que sepa el mundo que vos me habéis enviado y que los habéis amado como me habéis amado a mí mismo" (Jn 17, 22-23).

San Pablo nos predica, lo mismo que su maestro, la unidad:

“Sois el cuerpo de Jesucristo (Ef 5, 30); vosotros sois sus miembros y Él la cabeza y el alma de este cuerpo místico” (1Co 12, 12.27). Vive en nosotros y nos hace vivir.

Comulgamos con el cuerpo y la sangre de Jesucristo para más estrechamente unirnos a su alma, espíritu, operaciones interiores, virtudes y merecimientos; en una palabra, a su vida divina.

Tal es la unión de sociedad en que Jesús lo hace todo en nosotros, porque nosotros sacrificamos nuestra personalidad a la suya, para que ésta piense y obre en nosotros, para que llegue a ser nuestro *yo.* La Eucaristía fue instituida sobre todo, por no decir únicamente, para ayudarnos a practicar y mantener esta unión admirable; por eso es el Sacramento de la unión con Dios.

Es indudable que sin esta íntima unión con nuestro Señor, en vano tomaría yo buenas resoluciones, en vano me conocería bien a mí mismo así como a Dios, pues todo sería poco eficaz, por lo mismo que, no obrando en unión con Jesús y no pensando en Él, me dejaría cautivar por actos exteriores o arrastrar por mis gustos personales.

Hace falta, por consiguiente unión actual, viva, de todos los instantes; hace falta que el ojo de mi alma esté abierto para ver a Jesús en mí. ¿Cómo llegar a ello? Pues es cosa muy sencilla. ¡Se llega por la misma unión! ¿A qué correr tanto tras los medios? ¿Para qué tantas resoluciones e inquisiciones espirituales? Todo eso no sirve más que para divertir al espíritu. Hay que ponerse en nuestro Señor sin examinar el modo cómo nos ponemos; entregarse a la divina voluntad del momento cumpliéndola según su deseo y estar del todo a su disposición por amor, por complacer a nuestro Señor; ser enteramente para Dios por la gracia y la virtud del momento presente; tal es el secreto del *manete in me,* permaneced en mí.

Cuando se hospeda uno en casa de alguno superior, se le honra; cuando en casa de un soberano, se le obedece; en casa de un amigo, se trata de complacerle. Al hospedarnos en Jesucristo nuestro señor, se hace todo eso juntamente.

Mas ¿cómo conseguir esta unión? Pues pensando, queriendo pensar en ella, dirigiendo la intención, ofreciendo y volviendo a ofrecer el acto y examinando, después de puesto, las faltas que hubiesen podido deslizarse durante su ejecución.

Para eso es preciso pensar en Dios y el medio mecánico de la unión es la presencia habitual de Dios. Este es el medio de tener el

espíritu embargado ante Dios y en consejo con Él; de retener el corazón en la bondad de su amor, a su disposición la voluntad y respetuoso y sumiso el cuerpo.

Esto es cosa que produce, naturalmente, la presencia de un hombre grave, sabio y amado. Efecto de la presencia de Dios amado y reverenciado debe ser también el sostenernos en este estado por la dulce unión de su gracia.

Sin la presencia de Dios la vanidad arrastra al espíritu que se disipa y divaga por todas partes como la mosca y la mariposa. Sin ella el corazón anda en pos de consuelos piadosos, pero humanos; la voluntad se deja dominar por la pereza y las antipatías naturales.

Nos es necesaria mayormente contra la irritación que engendra el combate de las virtudes y de las antipatías. Imposible estar siempre en campo de batalla; es necesario descansar en Dios.

El hábito de la presencia de Dios se logra gradualmente, comenzando por lo más fácil, como la ofrenda de las acciones, algunas sentencias fáciles a menudo repetidas, aspiraciones, dardos de amor. Cierto mecanismo resulta necesario a una señal, a tal o cual momento fijado, en determinados lugares, recogerse y mirar a Dios en sí. Mas, para que todo no se escape como humo, hay que establecer una sanción exterior y corporal contra las faltas.

Uniéndonos de esta manera con Dios, le damos toda nuestra vida; le damos todo cuanto somos.

¿Qué mayor gracia podemos desear y qué virtud nos resultaría más ventajosa y más gloriosa para Dios? Es el *egredere,* el sal de ti mismo y el fluir de todo nuestro ser a nuestro señor Jesucristo.

EL RECOGIMIENTO, LEY DE LA SANTIDAD

Viam justificationum tuarum instrue me
"Enseñadme, Dios mío, el camino de la santidad" (Ps 118, 27)

La ley de la santidad radica en el recogimiento. Cuando Dios llama a sí un alma para hacerla salir del pecado, procura que se recoja en su conciencia; también se vale del recogimiento para introducirnos en una virtud más elevada; el recogimiento es, por último, el medio que emplea para unirse con el alma en la vida de amor. De suerte que así para los penitentes como para los proficientes y los que se acercan al término, la ley de la santidad es el recogimiento.

I

Degradado, envilecido y corrompido el hombre en su naturaleza por el pecado original, tiene vergüenza de encontrarse a solas consigo mismo. Pensar en Dios le resulta difícil; le gusta vivir entre las locuras de su imaginación que le entretiene y engaña casi en toda la vida; se queda con la vanidad y la curiosidad de su entendimiento; su corazón anda en busca de alguna simpatía en las criaturas para gozar con ellas de la vida. Pronto acaba haciéndose esclavo de una idea fija, de un deseo que le agita, de una pasión que le devora, de un vicio que le consume; en el fondo de todos sus actos está la sensualidad. Si trabaja, estudia o se abnega, es pura y simplemente para gozar hoy, o para prepararse los placeres de mañana.

Tal es el hombre terrestre que pasa la mayor parte de su existencia sin pensar siquiera en Dios, su creador, salvador y juez. ¡Son muchos los hombres que no han sabido hallar tiempo de pensar en Dios!

¿Cómo se valdrá Dios, en su infinita misericordia, para crear nuevamente a este hombre material y vicioso?

Le trocará en hombre espiritual e interior, le forzará a entrar dentro de sí mismo, ya hiriéndole con enfermedad que le aísle o con una desgracia que le muestre la vanidad de las cosas del mundo, ya

sirviéndose de la infidelidad o de la iniquidad de los hombres que le hagan ver lo que ellos pueden hacer para su felicidad.

Cuando un pecador siente sus propias miserias, que le contristan y le abaten, Dios le llama como en otro tiempo a Adán caído; le llama a su conciencia que le hace sentir el aguijón del remordimiento; muéstrale la causa de su desdicha, le inspira el pensamiento de un Dios bueno, misericordioso, a quien amó en su juventud; de un Dios Salvador, dispuesto a recibir con bondad al pecador arrepentido. Nada más que el pensar en esto hace ya bien a su alma; se enternece y queda sorprendido hasta el punto de derramar dulces lágrimas. Su corazón, hasta el presente duro, se ablanda, parécele, oír una voz que le dice desde lo alto: Ven a mí, yo te aliviaré y te perdonaré, y tú volverás a disfrutar de paz. Feliz el pecador que se rinde a esta voz interior, pues volvió a encontrar a su alma y a su Dios.

Toda conversión es, por tanto, fruto de una gracia interior, o sea del recogimiento del hombre en su conciencia, en la penitencia de su corazón, en la bondad de Dios.

Esa impresión de vaguedad y de vacío, esa tristeza que le aflige en medio de sus extravíos, es ya la voz de Dios, que dice al pecador como en otro tiempo a Israel: ¡Desgraciado del hombre que encuentra su placer en el mal, que descansa en el pecado, que se complace en los goces que le procuran las pasiones satisfechas!

¡Ay! ¡Cuán lejos está de Dios y de sí mismo! La fiebre del vicio le da una vida artificial; es un loco que se tiene por sabio, rico y feliz, siendo así que no es más que un ignorante, desnudo y desdichado.

II

Cuando Dios quiere otorgar a un alma una gracia muy grande y conducirle a una elevada virtud, concédele la gracia de un mayor recogimiento. Es ésta una verdad incontestable, pero poco conocida y menos apreciada de las personas piadosas, que demasiado a menudo hacen consistir los progresos de la santidad en actos exteriores de la vida cristiana o en gozar más de Dios.

Es con todo cierto que una gracia de recogimiento nos aproxima más a Dios, nos alcanza más luz y calor, porque así estamos más cerca de este foco divino. He ahí por qué se

comprenden mejor ciertas verdades, cuando el recogimiento es más profundo. Se penetran con la luz del mismo Dios. Siéntese entonces una paz desconocida, una fuerza que nos sorprende; siente uno que está con Dios.

Como se está más lleno en la presencia de Dios, se oyen estas dulces palabras que con la voz secreta, baja y misteriosa del amor, sólo dice a los que como san Juan descansan sobre su corazón: “Escucha, alma recogida, y mira, inclina tu oído a mi voz; olvida tu pueblo y la casa de tu padre, pues has de ser objeto del amor del rey: *Audi, filia, et vide, inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tui et concupiscet Rex decorem tuum”* (Ps 44, 11-12).

Se sigue de este principio que lo que constituye el valor y el precio de una gracia es la unción interior que nos recoge en Dios; se sigue asimismo que una sola gracia interior vale más que mil exteriores, que nuestras virtudes y nuestra piedad carecen de vida sin el recogimiento que las anime y las una a Dios.

En la vida natural, el hombre más hábil y más poderoso no es el más robusto ni el más ardiente en el trabajo, sino el que piensa hondo y reflexiona, el sufrido, el que sabe examinar un asunto desde todos sus aspectos, apreciando lo que vale cada uno de ellos; el que prevé los obstáculos y combina los medios. Un hombre así es un maestro; nadie le superará, a no ser un rival que tenga las mismas cualidades en grado superior.

En el mundo espiritual, el cristiano más esclarecido en las cosas de Dios es el que más se recoge y más desprendido se encuentra de los sentidos, de la materia y del mundo. Sus ojos son más puros, y, atravesando las nieblas de la atmósfera natural, penetran hasta la luz de Dios. Su oración reviste mayor fuego que la de ningún otro, porque la hace en Dios, y su palabra es la más eficaz, porque, como Jesucristo, no hace más que repetir la de Dios. Es el más poderoso en obras sencillas e inútiles en apariencia, pero tan eficaces en realidad que convierten y salvan al mundo. En el monte, Moisés solo, pero recogido en Dios, era más fuerte que todo el ejército de Israel.

Por eso la vida adoradora, la vida contemplativa, es de suyo más perfecta que otra cualquiera, más consagrada a obras y más laboriosa: ahí están para decírnoslo los treinta años pasados por Jesús

en Nazaret y su vida de anonadamiento en la Eucaristía, que se perpetúa a través de los siglos. No cabe dudar que si hubiera un estado más santo y glorioso para Dios, Jesucristo lo habría escogido.

III

También la perfección de la vida cristiana en el mundo consiste en una unión más íntima del alma con Dios. Es realmente de maravilla cómo Dios hace perfecta y se empeña en embellecer al alma que se le da enteramente recogiéndose.

A semejanza de un esposo receloso que quiere gozar solo de su esposa, comienza por aislarla del mundo, para más cabalmente poseerla. Dios hace a esta alma inhábil, incapaz y casi estúpida para las cosas del mundo, en las que nada comprende. ¡Ah! Es que Dios quiere librarla de la servidumbre del éxito mundano.

Después le cambia la oración. La vocal la cansa; no encuentra en ella la unción y el gusto divino de antes; ora vocalmente por deber y no por gusto. También los libros la cansan: no encuentra en ellos alimento bastante para su corazón, o no los comprende, porque no expresan su pensamiento. En cambio, se siente suave, pero fuertemente atraída a una oración interior, silenciosa, tranquila y llena de paz junto a Dios; en ella se alimenta divinamente. No se da cuenta, en este estado, de su propia operación, ni siente sino la de Dios. Ya no anda en busca de tal o cual medio, pues ya está en el fin, en Dios. Hasta totalmente llega a perderse de vista: está más en Dios que en sí misma; queda dominada por los hechizos y por la hermosura de su verdad, por la bondad de su amor.

¡Oh! ¡Feliz el momento en que así nos atrae Dios hacia sí! Y mucho más a menudo lo hiciera, si estuviéramos más despejados de los afectos desordenados y fuéramos más puros en nuestros actos y más sencillos en nuestro amor. No desea Dios otra cosa sino comunicársenos; pero quiere ser el Rey de nuestro corazón y el amo de nuestra vida; quiere serlo todo en nosotros.

EL RECOGIMIENTO, ALMA DE LA VIDA DE ADORACIÓN

Maria sedens secus pedes Domini audiebat verbum illius. Unum est necessarium (ait Dominus): Maria optiman partem elegit
"Sentada María a los pies del Señor escuchaba su palabra... [dice el Señor:] Una sola cosa es necesaria; María ha escogido la mejor parte" (Lc 10, 39.42)

I

La virtud característica y dominante de un adorador debe ser la de recogimiento, por la que, bajo la mirada de Dios y movido de la gracia, domina y dirige sus sentidos y su alma.

El alma recogida se asemeja al piloto que con un pequeño timón dirige como quiere todo un gran buque; se asemeja al espejo de un agua tranquila y pura, donde Dios se ve con delicias, o también al espejo de plata donde Dios se fotografía en alguna manera con el resplandor de su gloria, que tan bien refleja un alma recogida a sus pies.

¡Cuán venturosa es esta alma amada! No pierde ni una palabra de Dios, ni un aliento de su voz, ni una mirada de sus ojos.

Trabajad, por tanto, para adquirir este precioso estado, sin el que vuestros trabajos y virtudes serán como un árbol sin raíces o como una tierra sin agua. Cada estado de vida tiene su medida y sus condiciones de felicidad. Uno la encuentra en la penitencia, otro en el silencio, otro en el celo. En lo que atañe a los adoradores, sólo pueden sentirse felices en el santo recogimiento de Dios, del mismo modo que el niño no se siente dichoso más que en el regazo de su madre y el escogido sólo lo es en la gloria.

II

¿Cómo adquirir y conservar el santo recogimiento? Comenzad por cerrar las puertas y las ventanas de vuestra alma; recogerse no es

sino reconcentrarse de fuera a dentro en Dios; hacer acto de recogimiento es ponerse por entero a la disposición de Dios; tener el espíritu de recogimiento es vivir recogido con gusto.

No sólo es necesario para el recogimiento vivir de la gracia, sino que también requiere un centro divino. El hombre no ha nacido para quedarse en el bien que hace, lo cual sería rendir un culto de idolatría a sus obras; tampoco deben ser las virtudes el fin principal, pues sólo son un camino que se sigue, pero no para quedarse en él. Ni el mismo amor puede ser centro, a no ser en cuanto une con el objeto amado; de lo contrario, languidece y sufre, como la esposa de los Cantares, que busca desolada al Amado de su corazón. Donde debéis colocar el centro de vuestra vida de recogimiento es en Jesús, en Jesús del todo bueno y amable, porque sólo en Él hallaréis libertad sin trabas, verdad sin nubes, santidad en su propio manantial. A vosotros, que vivís de la Eucaristía, dijo Jesucristo: "El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora y yo en él". Es de notar que Jesús mora en nosotros en proporción de lo que nosotros permanecemos en Él; con ser Él quien nos atrae a esta unión, nos la hace desear y nos cautiva, contentándose, en lo que a nosotros nos corresponde, con que le ayudemos con nuestras escasas fuerzas. He ahí el poder y la fuerza de este santo recogimiento: es un morar recíproco, una sociedad divina y humana que se establece en nuestra alma, en nuestro interior, con Jesucristo presente en nosotros por su Espíritu.

III

Porque, ¿cuál es el lugar en que se verifica la unión de Jesús con nosotros? En nosotros mismos es donde se realiza esta mística alianza. La unión se hace y se ejercita en Jesús presente en mí. Nada más cierto: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará y vendremos a él en él haremos nuestra morada" (Jn 14, 23). Y el espíritu de Jesús habita en nosotros como en un templo y nos ha sido dado para permanecer siempre con nosotros. Por lo cual dice la *Imitación: "Eia anima fidelis, praepara huic sponso cor tuum quatenus ad te venire et in te habitare dignetur:* Ea, alma fiel, prepara tu corazón para que este esposo se digne venir y establecer en ti su morada" (L. II, c. 1, n. 2).

¿Por qué habrá Nuestro Señor escogido el interior del hombre como centro de su unión con él?

Porque así forzado se verá el santo a entrar dentro de sí. Huía de sí mismo como se huye de un criminal, como se teme una cárcel. Tiene vergüenza y horror de sí mismo y ésta es la razón por que se apega tanto a lo exterior. Pero este huir lejos del corazón hace que Dios se vea abandonado de la criatura, hecha para ser templo y trono de su amor. Como en estas condiciones no puede trabajar en el hombre ni con el hombre, para obligarle a que vuelva dentro de su alma; viene a él; viene a nosotros sacramentalmente para espiritualmente vivir en nosotros; el sacramento es la envoltura que le encierra; se rompe ésta y nos da la santísima Trinidad así como el éter encerrado en un glóbulo se difunde en el estómago, una vez deshecha la envoltura bajo la acción del calor natural. Quiere, pues, Jesucristo hacer del interior del hombre un templo, con objeto de que éste no tenga que hacer largo viaje para ir a su Señor, sino que le encuentre fácilmente y a su disposición como a su dueño, modelo y gracia; para que con sólo recogerse así dentro de sí mismo en Jesús, pueda en cualquier instante ofrecerle el homenaje de sus actos, el sentimiento de amor de su corazón, y mirarle con esa mirada que todo lo dice y da. Las siguientes palabras de la *Imitación* expresan perfectamente esta vida de recogimiento interior: *"Frequens illi visitatio, cum homine interno dulcis sermocinatio, grata consolatio, multa pax, familiaritas stupenda nimis* (L. II, c. 1, n. 1): Jesús visita a menudo al hombre interior; háblale frecuentemente; amorosamente le consuela y departe con él con una familiaridad inconcebible".

¿Es posible que así ande Dios en pos de un alma y así se ponga a su disposición, que more en cuerpo tan vil y en alma tan terrenal, miserable e ingrata? ¡Y, sin embargo, es sumamente cierto!

IV

Mas ¿cómo alimentar y perfeccionar el santo recogimiento? ¿Cómo vivir de amor? Pues de la misma manera que se conserva el fuego, la vida del cuerpo o la luz: dando siempre nuevo alimento.

Hemos de fortalecer al hombre interior, que es Jesucristo, en nosotros, concebirlo, hacerle nacer y crecer por todas las acciones, lecturas, trabajos, oraciones y demás actos de la vida; mas para ello es preciso renunciar del todo a la personalidad de Adán, a sus miras y deseos, y vivir bajo la dependencia de Jesús presente en nuestro interior. Es preciso que el ojo de nuestro amor esté siempre abierto

para ver a Dios en nosotros; que ofrezcamos a Jesús el homenaje de cada placer y de cada sufrimiento, que experimentemos en nuestro corazón el dulce sentimiento de su presencia como la de un amigo que no se ve, pero se siente como cercano. Contentaos de ordinario con estos medios; son los más sencillos; os dejan libertad de acción y de atención a vuestros deberes y os formarán como una suave atmósfera en que viviréis y trabajaréis con Dios; que la frecuencia de actos de amor, de oraciones jaculatorias, de gritos de vuestro corazón hacia Dios presente en él, acabe de haceros como del todo natural el pensamiento y el sentimiento de su presencia.

V

Pero ¿de dónde proviene que el recogimiento sea tan difícil de adquirirse y tan costoso de conservarse? Un acto de unión es muy fácil, pero muy difícil una vida continua de unión. ¡Ay! Nuestro espíritu tiene muchas veces fiebre y desvaría; nuestra imaginación se nos escapa, nos divierte y nos extravía; uno no está consigo mismo; los trabajos de la mente y del cuerpo nos reducen a un estado de esclavitud; la vida exterior nos arrastra; ¡nos dejamos impresionar tan fácilmente en la menor ocasión! ¡Y quedamos derrotados! Esa es la razón de que nos cueste tanto concentrarnos en torno de Dios.

Para asegurar, pues, la paz de vuestro recogimiento, habéis de alimentar vuestro espíritu con una verdad que le guste, que desee conocer, ocupándole como se ocupa a un escolar; dad a vuestra imaginación un alimento santo, que guarde relación con aquello que os ocupa, y la fijaréis; pero si el simple sentimiento del corazón basta para que el espíritu y la imaginación se queden en paz, dejadlos tranquilos y no los despertéis.

A menudo nos da también Dios una gracia tan llena de unión, un recogimiento tan suave, que se desborda y derrama hasta en los sentidos: es como un encantamiento divino. Cuidado entonces con salir de esta contemplación, de esta dulce paz. Quedaos en vuestro corazón, pues sólo allí reside Dios y hace oír su voz. Cuando sintáis que esta gracia sensible se va y desaparece poco a poco, retenedla con actos positivos de recogimiento, llamad a vuestro espíritu en vuestro socorro, alimentad vuestro pensamiento con alguna divina verdad, con objeto de comprar con la virtud de recogimiento lo que Dios comenzó por la dulzura de su gracia.

Nunca olvidéis que la medida de vuestro recogimiento será la de vuestra virtud, así como la medida de la vida de Dios en vosotros.

LA VIDA DE ORACIÓN

Ego cibo invisibili et potu qui ab hominibus videri non potest
"Me alimento de un pan y una bebida invisibles a los hombres" (Tob 12, 19)

Hay en el hombre dos vidas: la del cuerpo y la del alma; una y otra siguen, en su orden, las mismas leyes. La del cuerpo depende, en primer lugar, de la alimentación; cual es la comida, tal la salud; depende en segundo lugar del ejercicio que desarrolla y da fuerzas, y, por último, del descanso, donde se rehacen las fuerzas cansadas con el ejercicio. Todo exceso en una de estas leyes es, en mayor o menor grado, principio de enfermedad o de muerte.

Las leyes del alma en el orden sobrenatural son las mismas, de las cuales no debe apartarse, como tampoco el cuerpo de las suyas.

Ahora bien, la comida, el manjar del alma, así como su vida, es Dios. Acá abajo, Dios conocido, amado y servido por la fe; en el cielo, Dios visto, poseído y amado sin nubes. Siempre Dios. El alma se alimenta de Dios meditando su palabra, con la gracia, con la súplica, que es el fondo de la oración y el único medio de obtener la divina gracia.

De la misma manera que en la naturaleza cada temperamento necesita alimentación diferente según la edad, los trabajos y las fuerzas que gasta, así también cada alma necesita una dosis particular de oración. Notad que no es la virtud la que sostiene la vida divina, sino la oración, pues la virtud es un sacrificio y resta fuerzas en lugar de alimentar. En cambio, quien sabe orar según sus necesidades cumple con su ley de vida, que no es igual para todos, pues unos no necesitan de mucha oración para sostenerse en estado de gracia, en tanto que otros necesitan larga. Esta observación es absolutamente segura: es un dato de la experiencia.

Mirad un alma que se conserva bien en estado de gracia con poca oración; no tiene necesidad de más; pero no volará muy alto.

A otra, al contrario, le cuesta mucho conservarse en él con mucha oración y siente que le es necesario darse de lleno a ella. ¡Ore

esa alma, que ore siempre, pues se parece a esas naturalezas más flacas que necesitan comer con mayor frecuencia, so pena de caer enfermas!

Mas hay oraciones de estado que son obligatorias. El sacerdote tiene que rezar el oficio y el religioso sus oraciones de regla. Estas nunca es lícito omitirlas ni disminuirlas por sí mismo, de propia autoridad.

La piedad hace que uno sea religioso en medio del mundo. A estas almas la gracia de Dios pide más oraciones que las de la mañana y de la tarde. La condición esencial para conservarse en la piedad es orar más. Es imposible de otro modo.

Sabéis muy bien que hay dos clases de oración; la vocal, de la que hemos venido hablando, y la mental, que es el alma de la primera. Cuando uno no ora, cuando la intención no se ocupa en Dios al orar verbalmente, las palabras nada producen: la única virtud que tienen se la presta la intención, el corazón.

¿Será necesaria la oración mental considerada en su acepción más restringida de meditación, de oración? Es, cuando menos, muy útil, puesto que todos los santos la han practicado y recomendado; es muy útil, porque es difícil llegar sin ella a la santidad.

Esto me conduce como de la mano a decir que hay una oración de necesidad, una oración de consejo y una oración de perfección.

¡Sí; estáis estrictamente obligados, bajo pena de condenación, a orar! Abrid el evangelio y al punto veréis el precepto de la oración. Claro que no está indicada la medida, porque ésta tiene que ser proporcionada a la necesidad de cada uno. Debéis, sin embargo, orar lo bastante para manteneros en estado de gracia, lo suficiente para estar a la altura de vuestros deberes.

Si no, os parecéis a un nadador que no mueve bastante los brazos; seguro que va a perderse. Que redoble sus esfuerzos, que si no su propio peso le arrastrará al abismo. Si os sentís demasiado apurados por las tentaciones, doblad las oraciones. Es lo que hacéis en otras cosas; cada cual se arregla según sus necesidades. ¡Oh! Es algo muy serio esto de proporcionar la oración a nuestras necesidades. ¡En ello va nuestra salvación! ¿Faltáis fácilmente a vuestros deberes de estado? Es que no oráis bastante. ¡Pero si os condenáis! Clamad a Dios. Moveos. La humana miseria ha disminuido vuestra marcha y acabará de echaros completamente por

tierra, si no resistís fuertemente. Orad, por consiguiente, cuanto os haga falta para ser cristianos cabales.

La segunda oración, es aquella con que el alma quiere unirse con Dios y entrar en su cenáculo. Aquí hace falta orar mucho, porque las obligaciones de este estado son muy estrechas. Así como en una amistad más íntima son más frecuentes las visitas y las conversaciones, así también quien quiera vivir en la intimidad con Jesús debe visitarle más a menudo y orar más. ¿Queréis seguir al Salvador? Harto mayores combates tendréis que sostener, y por lo mismo os hacen falta mayores gracias; pedidlas para alcanzarlas.

La tercera oración, o sea de perfección, es la del alma que quiere vivir de Jesús, que en todas las cosas toma por única regla de conducta la voluntad de Dios. Entra en familiaridad con nuestro Señor y ha de vivir de Dios y para Dios. Así es la vida religiosa, vida de perfección para quienes la comprenden, en la cual nos damos a Dios para que Él sea nuestra ley, fin, centro y felicidad. Todo el contento de semejante alma consiste en la oración. Ni hay nada de extraño en ello; porque si corta alas a la imaginación y sujeta al entendimiento, Dios en retorno derrama en su corazón abundancia de dulces consuelos. Son raras tan bellas almas; pero las hay, sin embargo. Y ¿qué no pueden hacer en este estado? Orando convertían los santos países enteros. ¿Rezaban acaso más que ningún otro en el mundo? No siempre. Pero oraban mejor, con todas sus facultades. Sí, todo el poder de los santos estaba en su oración; ¡y vaya si era grande, Dios mío!

¿Cómo sabré en la práctica que oro lo bastante para mi estado? Os basta la oración que hacéis, si adelantáis en la virtud. Se llega a conocer que la alimentación es suficiente, cuando se ve que se digiere fácilmente y que nos proporciona salud tenaz y robusta.

¿Os mantiene vuestra oración en la gracia de vuestro estado y os hace crecer? Señal que digerís bien. Si las alas de la oración os remontan muy alto, la alimentación es suficiente e iréis subiendo cada vez más.

Si, al contrario, vuestras oraciones vocales y vuestra meditación os hacen volar a ras de tierra y con el peligro de dejaros caer a cada momento, señal que no basta para dominar las miserias del hombre viejo. Eso prueba que oráis mal e insuficientemente. Merecéis este reproche del Salvador: “Este pueblo me honra con los

labios, pero su corazón está lejos de mí" (Mt 15, 8).

¿Qué sucederá? Una tremenda desdicha: ¡que nos moriremos de hambre ante la regia mesa del Salvador! Estamos ya enfermos y muy cerca de la muerte. El pan de vida ha venido a ser para nosotros alimento de muerte, y el buen vino un veneno mortal. ¿Qué queda para volvernos al estado anterior? Quitad al cuerpo el alimento, y muere. Quitad a un alma su oración, a un adorador su adoración, y se acabó: ¡cae para la eternidad!

¿Será esto posible? Sí, y aun cierto. Ni la confesión será capaz de levantaros. Porque, a la verdad, ¿para qué sirve una confesión sin contrición? Y ¿qué otra cosa que una oración más perfecta es la contrición? Tampoco os servirá la Comunión. ¿Qué puede obrar la Comunión en un cadáver, que no sabe hacer otra cosa que abrir unos ojos atontados?

Y aun caso que Dios quiera obrar un milagro de misericordia, cuanto pueda hacer se reducirá a inspiraros de nuevo afición a la oración.

El que ha perdido la vocación y abandonado la vida piadosa, comenzó por abandonar la oración. Como le arremetieron tentaciones más violentas y le atacaron con más furia los enemigos, y como, por otra parte, había arrojado las armas, no pudo por menos de ser derrotado. ¡Ojo a esto, que es de suma importancia! Por eso nos intima la Iglesia que nos guardaremos de descuidarnos en la oración, y nos exhorta a orar lo más a menudo que podamos. La oración nos guía: es nuestra vida espiritual; sin ella tropezaríamos a cada paso.

Esto supuesto, ¿sentís necesidad de orar? ¿Vais a la oración, a la adoración, como a la mesa? ¿Sí? Está muy bien. ¿Trabajáis por obrar mejor y en corregiros de vuestros defectos? Pues es muy buena señal. Eso demuestra que os sentís con fuerzas para trabajar.

Mas si, al contrario, os fastidiáis en la oración y veis con agrado que llega el momento de salir de la iglesia, ¡ah!, ¡entonces es que estáis enfermos, y os compadezco!

Se dice que, a fuerza de alimentarse bien, acaba uno por perder el gusto de las mejores cosas, que se vuelven insípidas y no nos inspiran más que asco y provocan náuseas.

He aquí lo que hemos de evitar a toda costa en el servicio de Dios y en la mesa del rey de los reyes. No nos dejemos nunca atolondrar por la costumbre, sino tengamos siempre un nuevo

sentimiento que nos conmueva, nos recoja, nos caliente y nos haga orar. ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia! Siempre hay que tener apetito, excitarse a tener hambre, tomar buen cuidado para no perder el gusto espiritual. Porque, lo repito, nunca podrá Dios salvarnos sin hacernos orar.

Vigilemos, pues, sobre nuestras oraciones.

EL ESPÍRITU DE ORACIÓN

Effundam super domum David spirtum gratiae et precum
"Derramaré sobre la casa de David el espíritu de gracia y de oración" (Zac 12, 10)

Dios, al prometer el mesías al pueblo judío, caracteriza su misión con estas palabras: Derramaré sobre la casa de David y sobre todos los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración". Aunque antes de la venida de Jesucristo se oraba y Dios daba la gracia, sin la cual nunca hubiesen podido santificarse los justos; pero esta gracia de oración no era buscada con ardor, ni debidamente estimada. Jesucristo vino como rocío de gracia que cubre toda la tierra, y derramó por doquiera el espíritu de oración.

La oración es la característica de la religión católica y la señal de la santidad de un alma y aun la santidad misma; ella hace los santos y es la primera señal de su santidad. Cuando veáis que alguno vive de oración, decid: veo un santo.

Siente san Pablo el llamamiento de Dios, y al punto se pone en oración. ¿Qué hace en Damasco durante tres días? Ora. Es enviado Ananías por el Señor para bautizarle. Iba a resistir un instante a la orden de Dios, temiendo al perseguidor de los cristianos, cuando "vete, le dice el Señor, pues le encontrarás en oración: *Ecce enim orat*". Ya es un santo, puesto que ora. No dice el Señor: Se mortifica o ayuna, sino ora. Quienquiera ore, llegará a hacerse santo.

La oración es luz y poder; es la acción misma de Dios, de cuyo poder dispone el que ora.

Nunca veréis que se hace santo uno que no ora. No os dejéis engañar por hermosas palabras o por apariencias, que también el demonio puede mucho y es muy sabio: a lo mejor se cambia en ángel de luz. No os fiéis de la ciencia, que no es ella la que hace santo. El conocimiento sólo de la verdad es ineficaz para santificar; es menester que se le junte el amor. Pero ¡qué digo! ¡Si entre ver la verdad y la santidad media un abismo! ¡Cuántos genios se han

condenado!

Voy aún más lejos, y digo que las buenas obras de celo no santifican tampoco por sí solas. No es éste el carácter que Dios ha dado a la santidad. Aunque los fariseos observaban la ley, hacían limosna y consagraban los diezmos al Señor, el Salvador los llama "sepulcros blanqueados". El evangelio nos muestra que la prudencia, la templanza y la abnegación pueden juntarse, con una conciencia viciosa; así lo atestiguan los fariseos, cuyas obras no oraban nunca, por más que trabajaran mucho.

Las buenas obras exteriores no constituyen, por consiguiente, la santidad de un alma, así como tampoco la penitencia y la mortificación. ¡Qué hipocresía y orgullo no encubren a veces un hábito pobre y una cara extenuada por las privaciones!

Si, al contrario, un alma ora, posee un carácter que nunca engaña. Cuando se ora se tienen todas las demás virtudes y se es santo. ¿Qué otra cosa es la oración sino la santidad practicada? En ella encuentran ejercicio todas las demás virtudes, como la humildad, que hace que confeséis ante Dios que os falta todo, que nada poseéis; que os hace confesar vuestros pecados; levantar los ojos a Dios y proclamar que sólo Él es santo y bueno.

En la oración se ejercitan también la fe, la esperanza y la caridad. ¿Qué más? Orando ejercitamos todas las virtudes morales y evangélicas.

Cuando oramos hacemos penitencia, nos mortificamos; la imaginación queda sojuzgada, se clava la voluntad, se encadena el corazón, se practica la humildad. La oración es la mismísima santidad, pues que encierra el ejercicio de todas las demás virtudes.

Hay quienes dicen: ¡Si la oración no es más que pereza! ¿Sí? Vengan los mayores trabajadores, los que, se dan febrilmente a las obras, que pronto sentirán harto mayor dificultad en orar que en entregarse a sacrificarse por cualesquiera obras de celo. ¡Ah! ¡Es más dulce, más consolador para la naturaleza y más fácil el dar que el pedir a Dios!

Sí; la oración por sí sola vale por todas las virtudes, y sin ella nada hay que valga ni dure. La misma caridad se seca como planta sin raíz cuando falta la oración que la fecunde y la refresque.

Porque en el plan divino la oración no es otra cosa que la misma gracia. ¿No habéis parado mientes en que las tentaciones más

violentas son las que se desencadenan contra la oración? Tanto teme el demonio o la oración que nos dejaría hacer todas las buenas obras posibles, limitando su actividad a impedir que oremos o a viciar nuestra oración. Por lo que debemos estar de continuo sobre aviso, alimentar incesantemente de oración nuestro espíritu, hacer de la oración el primero de nuestros deberes. No se dice en el evangelio que haya de preferirse la salvación del prójimo a la propia, sino todo lo contrario: "¿Qué servirá al hombre convertir al universo mundo, si perdiera su alma?" (Mt 16, 26). La primera ley es salvarse a sí mismo y no se salva sino orando. Es ésta, ¡ay!, una ley que se viola todos los días. Fácilmente se descuida uno por favorecer a los otros y se entrega a las obras de caridad. Claro, la caridad es fácil y consoladora, nos eleva y honra, en tanto que la oración... huimos de ella por ser perezosos. No nos atrevemos a entregarnos a esta práctica de la oración, porque es cosa que no mete ruido y resulta humillante para la naturaleza.

Si para vivir naturalmente hace falta alimentarse, la condición ineludible para vivir sobrenaturalmente es orar. Nunca abandonéis la oración, aun cuando fuera preciso abandonar para ello la penitencia, las obras de celo y hasta la misma Comunión. La oración es propia de todos los estados y todos los santifica. –¡Cómo! ¿Dejar la Comunión, que nos da a Jesús, antes que la oración? –Sí; porque sin la oración ese Jesús que recibís es como un remedio cuya envoltura os impide recibir sus saludables efectos. Nada grande se hace por Jesucristo sin la oración; la oración os reviste de sus virtudes, y si no oráis, ni los santos ni el mismísimo Dios os harán adelantar un paso en el camino de la perfección.

Hasta tal punto es la oración ley de la santidad, que cuando Dios quiere elevar a un alma no aumenta sus virtudes, sino su espíritu de oración, o sea su potencialidad. La aproxima más a sí mismo, y en eso está todo el secreto de la santidad. Consultad vuestra propia experiencia. Cuantas veces os habéis sentido inclinados hacia Dios, otras tantas habéis recurrido a la oración y al retiro. Y los santos, que sabían la importancia de la oración, la estimaban más que todo lo demás; suspiraban de continuo por el momento en que quedasen libres para darse a la oración, la cual les atraía como el imán al hierro. Por eso su recompensa ha sido la oración y en el cielo están orando continuamente.

¡Ah, sí, los santos oraban siempre y dondequiera! Esta era la gracia de su santidad, y es también la de cuantos quieren santificarse. Y, lo que vale más, sabían hacer orar a cuanto les rodeaba. Escuchad a David: *Benedicite, omnia opera Domini, Domino, Omnia,* todas las cosas. David presta a todos los seres, aun inanimados, un canto de amor a Dios. ¿Qué quiere decir esto? ¡Ah, que las criaturas alaban a Dios si nosotros sabemos ser su voz; nosotros debemos alabar por ellas! Podemos animar toda la naturaleza con este divino soplo de la oración y formar con todos los seres creados un magnífico concierto de oraciones a Dios.

Oremos, por tanto, gustemos de orar, aumentemos de día en día nuestro espíritu de oración. Si no oráis, os perderéis; y si Dios os abandona, tened entendido que es porque no oráis. Os parecéis al desdichado que con estar ahogándose rehúsa la cuerda que se le tiende para arrancarle a la muerte. ¿Qué hacer en este caso? ¡Está irremediablemente perdido!

¡Oh, os lo vuelvo a repetir, dejadlo todo, pero nunca la oración; ella os volverá al buen camino, por lejos que estéis de Dios, pero sólo ella!

Si os aficionáis a ella en la vida cristiana, os conducirá a la santidad y a la felicidad en este mundo y en el otro.

LA VIDA INTERIOR

Sicut ergo accepistis Jesum Christurn Dominum in ipso ambulate, radicati et superaedifidcati in ipso...
"Ya, pues, que habéis recibido a Jesucristo por Señor, andad en Él, unidos a Él como a vuestra raíz y edificados sobre Él como sobre vuestro fundamento" (Col 2, 6. 7)

I

La vida interior es para la santidad lo que la savia para el árbol y para la savia la raíz.

Es una verdad fuera de toda duda que cual es el grado de la vida interior tal es el de la virtud y de la perfección, y que cuanto más interior es un alma, tanto más esclarecida es de luces divinas, más fuerte en el deber y más dichosa en el servicio de Dios; todo sirve para recogerla, todo le aprovecha, todo la une más íntimamente con Dios.

Puede definirse la vida interior: vida familiar del alma con Dios y con los santos; y ser interior es amar lo bastante para conversar y vivir con Jesucristo.

Vosotros, que queréis vivir de la Eucaristía, tenéis más estricta obligación de daros de lleno a la vida interior con Jesús, pues éste es vuestro fin y ésta vuestra gracia. Debéis ser adoradores en espíritu y en verdad. Constituís la guardia de honor del Dios escondido que en la Eucaristía lleva vida del todo interior. Oculta su cuerpo con objeto de poneros en relación con su espíritu y corazón; su palabra es puramente interior y hasta las mismas verdades están cubiertas con un velo para que penetréis hasta su principio, que es su divino e infinito amor.

¿Qué medio tomar para llegar a este estado de vida interior, principio y perfección de la vida exterior? No hay más que un camino: el recogimiento.

Recogerse es concentrarse de fuera a dentro. Comprende tres

grados: recogerse en el pensamiento del deber, en la gracia de la virtud y en el amor.

II

En el primero adquirimos conciencia del deber, de la ley de Dios.

¿Qué manda; qué prohíbe la ley? ¿Es conforme a la ley divina este mi pensamiento, deseo o acción? Una conciencia recogida se hace estas preguntas y se dirige según la contestación.

El hombre recogido en el deber pone de continuo los ojos en la conciencia para observar su simpatía o su repulsa, su afirmación o su negación, a la manera como el piloto pone los ojos en la brújula para dirigir la nave.

Recogerse en la ley es fácil, por cuanto la menor infracción va seguida de cierto malestar, turbación y protesta de la conciencia que nos grita: ¡Has obrado mal! Sólo el esclavo de sus pasiones y el voluntariamente culpable, que para huir de este reproche interior huye de sí mismo, corre y se atolondra, no oye esta voz. El demonio le empuja, le ata a una vida puramente natural, arrójale en la fiebre de los negocios, del tráfago, del cambio, de las noticias, y en semejante caso no puede oír ni a Dios ni a su conciencia.

No hay remedio contra este mal, como no sea una gracia de enfermedad, de impotencia, que clave a uno en un lecho frente a sí mismo, o la humillación y las desgracias que nos abran los ojos y nos hagan tocar con el dedo, por así decirlo, la verdad de estas palabras de la *Imitación:* "Todo se resuelve en pura vanidad, excepto el amar a Dios y a Él solo servir" (L. 1, c. 1, n. 8).

Vivid, pues, cuando menos pensando en la ley; recogeos en vuestra conciencia, obedeciendo a su primera palabra; no os acostumbréis a desdeñar su voz ni la obliguéis a repetir sus reproches; estad atentos a su primera señal. Llevad la ley del Señor, ceñida a vuestro brazo; que esté siempre ante vuestros ojos y en vuestro corazón.

III

El segundo grado de recogimiento nos concentra en el espíritu interior de la divina gracia.

No cabe dudar que merced a nuestra calidad de hijos de Dios,

el Espíritu Santo se hospeda y mora en nosotros con la misión de formar al hombre nuevo, Jesucristo, inculcándonos sus virtudes, su espíritu, su vida; en una palabra, de hacer de nosotros otros Jesucristos.

Mas si el Espíritu Santo es en nosotros nuestro Maestro, educador y santificador, menester es escucharle, estar a su disposición, ayudarle en su trabajo de transformación de Adán en Jesucristo; de ahí que el recogimiento en Dios presente en nuestra alma sea del todo necesario. Porque este transformarse en Jesucristo se realiza gradualmente y exige que se le sostenga con continuidad. Fácil es practicar un acto de virtud; mas para adquirir el hábito de la misma precisa un trabajo continuo de connaturalización.

Queréis, por ejemplo, haceros humildes como: Jesucristo o, por mejor decir, reproducir en vosotros a Jesús humilde. Para lograrlo habéis de declarar una guerra sin cuartel al amor propio, al orgullo bajo todas sus formas, y como quiera qué éste os ataca incesantemente, mantiene comunicaciones con la plaza y una parte de vosotros mismos está sobornada, debéis estar de continuo sobre aviso, vigilar todos vuestros movimientos para desbaratar sus astucias, tener siempre las armas en la mano para rechazar los asaltos.

Pero la virtud no consiste sólo en combatir el mal. Este trabajo no es más que preliminar, como para preparar el terreno; lo que Dios os pide como primera condición es una fidelidad que os libre del hábito vicioso. Mas la misma virtud no se adquiere sino por el amor y la estima que nos inspira, considerándola en nuestro Señor. La virtud no es amable sino viéndola en Él y practicándola por Él, y así la tenemos por una de sus cualidades hacia la que nos sentimos inclinados por cierta simpatía de amor, pues se odia lo que detesta el amigo y se ama lo que él ama. Amar la virtud en sus diversos actos es en realidad adquirirla. Este amor de la virtud viene a sernos una regla de vida; nos la hace buscar; le da nacimiento en nosotros; nos inspira una continua necesidad de la misma; por felices nos tenemos cuando damos con una ocasión de practicarla. Pero como son raras las ocasiones, mayormente extraordinarias, bien presto se apagaría en el alma el amor de la virtud si no tuviera otro alimento que los actos exteriores, por lo que el amor la hace vivir en lo hondo del alma; el espíritu contempla la hermosura y bondad que reviste en Jesucristo,

mientras el corazón hace de ella un divino ser con el que conversa habitualmente. Para el alma amante y recogida, la humildad es Jesús manso y humilde de corazón, a quien ve, contempla, admira, ensalza, ama y sigue en los diversos actos de humildad; se ofrece a imitarle cuando quiera y como quiera, dejando en manos de su bondad el presentar las ocasiones para ello; lo mismo le da que éstas sean frecuentes o raras, de poco o de mucho lustre, porque la virtud consiste en el amor que dura siempre y que encierra en sí todas las virtudes con sus diversos actos. Tal es el segundo grado de recogimiento, de recogimiento en la gracia del Espíritu Santo, en el amor de la virtud que inspira al alma.

IV

El tercer grado lo constituye el recogimiento de amor. Hasta el presente habíase el alma recogido en sí misma para consultar con su conciencia, o bien la gracia y la voz del Espíritu Santo. Ahora sale de sí misma para ponerse en Dios, para vivir en Dios. El fruto natural del amor de Dios es transportar a uno a la persona amada, no viviendo ya más que en ella y para ella, no trabajando sino para darle gusto y contento, y consultando, por consiguiente, ante todas cosas, su manera de ver, sus impresiones y deseos, adivinándolos aun cuando no se manifiestan y penetrándolos.

Cuando se propone a un alma recogida en Dios alguna cosa por hacer, en lo que primero piensa no es en ver si aquello le conviene o le es ventajoso a ella personalmente, sino en consultar con Jesucristo, inquiriendo si le agrada o procura su gloria, teniéndose por muy venturosa si para complacerle debiera renunciarse a sí misma o sacrificarse en algo.

En este recogimiento no nos concentramos, como en los demás, en un acto o en una virtud que deba practicarse, sino en la persona misma de Jesucristo; es una amorosa entrega que se le hace por ser quien es. Siendo este amor el centro de la vida viene a ser su ley. Cuanto Jesús quiere y desea, cuanto puede serle agradable se trueca en noble y felicísima pasión del corazón. Así es cómo vive un hijo bien nacido para su amado padre, para una madre tiernamente amada; así también una esposa, que es del todo para su esposo: *et ego illi.*

El alma así recogida goza de entera libertad, por lo mismo que

vive del espíritu de amor; está para todo y para nada, todo sirve de alimento a su recogimiento, porque lo ve todo en la voluntad de Dios. De este recogimiento habla nuestro Señor cuando en la cena dice: “Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros. Quien permanece en mí y yo en él, ese lleva mucho fruto. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiereis, y se os otorgará. Si observareis mis preceptos, perseveraréis en mi amor, así como yo también he guardado los preceptos de mi Padre y persevero en su amor” (Jn 15, 4-5; 7. 10).

Así, pues, el recogimiento perfecto consiste en permanecer en el amor de nuestro Señor.

¿Es esto difícil, hace falta mucho tiempo para lograrlo? Todo depende del amor que se tenga. Cuando el amor de Jesucristo ha llegado a ser un pensamiento habitual, suave y fuerte; cuando es la divina pasión de nuestros deseos; cuando sin Jesús está triste el corazón, se siente desgraciado en su ausencia y feliz con sólo pensar en Él, entonces es cuando se mora en el amor de Jesús.

Lo esencial es mantenerlo por cuanto constituye la vida; hacer habitual el afecto y constante la mirada hacia Él.

Por último, la facilidad de recogerse, la paz y la suavidad saboreadas en el recogimiento, son una divina prueba de que le poseemos y permanecemos en su amor: *Manete in dilectione mea.* Que nuestro Señor nos conceda este amor, que formará nuestra santidad y felicidad en esta vida y en la otra.

EL ROCÍO DE LA GRACIA

Ego quasi ros, Israel germinabit sicut lilium et erumpet radix ejus ut Libani
"Seré como rocío, Israel brotará cómo el lirio y sus raíces se extenderán como las del Líbano" (Os 14, 6)

Tenemos que cultivar en el jardín de nuestra alma, en este paraíso de Dios, el divino grano sembrado por la Comunión, que es Jesucristo, el cual, germinará y producirá flores de santidad. Ahora bien, en el cultivo natural de las flores la condición esencial es conservarlas frescas y húmeda la raíz; si se seca ésta, muere la planta. De la humedad proviene la fecundidad. El sol no basta por sí solo para que se abran las flores –su calor las secaría–; lo que hace es fecundar la humedad y volverla activa. Pues del mismo modo lo que habéis de hacer para cultivar la flor de vuestra santidad, Jesucristo presente en vosotros, es conservar la humedad, la frescura de las raíces, y esto no es otra cosa que vivir vida interior. La naturaleza da a la tierra rocío y lluvia. El rocío de vuestra alma es la gracia, la cual, cuando es abundante, es como una lluvia que inunda y fertiliza el alma.

El cultivo de vuestra alma consiste, por consiguiente, en la vida de recogimiento.

Es cierto que la vida exterior, por santa, y apostólica que sea, nos hace perder siempre algo de nuestro recogimiento, y si no nos renovamos interiormente, acabamos por perder toda gracia y toda vida sobrenatural.

A primera vista, parece lo contrario, pues como la virtud es siempre meritoria, el ejercitarla exteriormente debiera servimos, no ya para disminuir la gracia, sino para aumentárnosla. Lo cual es de suyo verdad; por sí misma la virtud tiende a eso, pero lo que pasa es que obramos con escaso fondo de vida interior, que se agota pronto con el ejercicio.

Los hechos lo demuestran. Preguntad a los misioneros si la vida de celo vuelve interior a uno. Todos contestarán que no.

Vemos en el evangelio que una mujer se acerca y toca el vestido del Salvador. Al punto queda curada; mas dice Jesús: "Una virtud ha salido de mí, lo he sentido" (Lc 8, 46). Pero Jesús no perdió esta fuerza ni se disminuyó en nada su piélago de divino poder; así como el sol lanza sus rayos y derrama su calor sin agotarse por eso, así Dios da también sin empobrecerse. Pero no es esto lo que nos pasa a nosotros: cuando en las obras de celo damos al prójimo de lo nuestro, disminuimos nuestro fondo de vida sobrenatural. Lo cual, lo repito una vez más, no es porque así lo requiera la naturaleza de la virtud, sino porque nuestro estado debilitado y envilecido, nuestra tendencia a bajar siempre, hace que nunca ejercitemos exteriormente la virtud sin perder algo de nuestras fuerzas interiores y sin tener necesidad de volver luego al descanso para reponernos.

Y no hablo sólo de obras brillantes y difíciles, como predicación, confesiones, estudios, dirección de obras de caridad, no, sino que las más sencillas ocupaciones diarias a que nos obligan los deberes de nuestro estado o la obediencia gastan nuestra vida interior, y si no renovamos a menudo la intención, nos perderán: nos convertiremos en máquinas, menos perfectas aún que las de vapor, que dan siempre y regularmente la fuerza de que son capaces, en tanto que nosotros no iremos mucho tiempo al mismo paso. ¡Llegaríamos a ser una máquina monstruosa! En nosotros mismos llevamos el mundo, y por retirada que sea nuestra vida, siempre se desliza por algún lado en nuestro corazón. ¡Es tan fácil que el amor propio penetre donde sólo el amor de Dios debiera existir!

Lo que digo de empleos exteriores y manuales lo digo también del estudio. Hasta el estudio de Dios, de la sagrada Escritura y de la teología, reinas entre todas las ciencias, os hincharán y secarán el corazón si asiduamente no practicáis la vida interior. El entendimiento se sobrepondrá al corazón y lo secará si cuidadosamente no lo rociáis con aspiraciones, intenciones y transportes de amor hacia Dios. La ciencia ayuda a la piedad, mas la piedad santifica la ciencia.

¡Pero muy otra cosa sucede cuando se trata de obras que exigen grandes cuidados, como son la predicación, la confesión y la dirección de obras de caridad! Gastáis más y tenéis por lo mismo mayor necesidad de reponeros. "El agua del Bautismo, decía san Juan Crisóstomo, que hace al cristiano tan puro, queda, sin embargo, muy

sucia cuando se la saca de la piscina después de que habéis sido sumergidos vosotros en ella". Y yo os digo: ¿queréis por ventura perderos por salvar a los demás? ¡Qué desdicha!

Cuando más se sube en dignidad, tanto más se pierde en vida interior y en fuerzas divinas, porque todos vienen a quitarnos algo; por eso es necesario entonces orar más. ¡Los santos trabajaban de día y oraban de noche! El soldado victorioso debe volver al campamento para descansar, so pena de que la bandera del triunfo se trueque en sudario. Cuanto más trabajéis, tanto mayor es la necesidad que retiro tenéis.

Es extraño cuánto se engaña el mundo sobre esa persona. Ved, dicen, qué hermosa vida lleva fulano. No dispone de un momento para sí, sino que se entrega todo al servicio del prójimo. Está bien; pero al examinar más atentamente, observo que entre tanto bueno hay defectos que me infunden sospechas sobre el valor de este celo; paréceme que las hojas de este hermoso árbol comienzan a amarillear antes de tiempo. Debe de haber algún vicio interior; notáis que poco a poco va decayendo, porque le falta la verdadera savia, la vida interior. Hace falta estar tan unido interiormente con Dios como exteriormente a las obras que se ejecutan. Bien sabe el demonio echar mano para perdernos de la ignorancia o de la falta de atención a este principio. Como vea un alma generosa y llena de celo, la lanza entre ocupaciones absorbentes, le impide verse, le proporciona mil ocasiones de gastar fuerzas, hasta tanto que quede agotada; mientras ella se da por entero a remediar las miserias de los demás, él mina la plaza y acaba de dominarla por completo.

¡Qué presto se seca uno bajo un sol abrasador, cuando las raíces no penetran muy hondo en tierra húmeda!

¡Tengo que trabajar, se dice; hay tanto que hacer! ¡Si las obras de Dios me están llamando por todas partes! Y así es. Pero tomad el tiempo preciso para comer y dormir, si no queréis volveros locos. Sí; hay gran peligro de entregarse demasiado a las obras exteriores, a menos que, como el profeta, tengamos el alma de continuo en las manos para ver si estamos siempre dentro de la ley, si vamos bien por el camino. ¡Es tan fácil, a ratos tan brillante, dejarse arrastrar a derecha o a izquierda! En un ejército los exploradores prestan muchos servicios, pero no son los que ganan la victoria. Por manera que no debéis correr siempre adelante, sino que os es también

menester replegaros sobre vosotros mismos para pedir fuerzas a Dios y ver el mejor medio de valeros de las mismas. He aquí la regla práctica. ¿Os domina vuestra posición en lugar de dominarla vosotros? Pues estáis perdidos. ¿Qué sucede con un navío, a pesar de toda la habilidad del piloto, cuando la tempestad lo ha dejado sin timón? Vuestro timón es el recogimiento, que es el que debe dirigiros y moveros; haced todo lo que podáis para conservarlo, que sin él iréis a la deriva.

No digáis, por tanto: “¡oh qué alma más santa, ved cuán celosa es!” ¿Es interior esa alma? Todo cabe esperar de ella si lo es, en tanto que si no es recogida, a nada grande ni santo llegará ante Dios. Dominad, pues, vuestra vida exterior, que si ella os domina, os arrastrará a vuestra pérdida. Si las ocupaciones os dejan medio de considerar interiormente a nuestro Señor, vais por buen camino, continuad. Si en medio de vuestros trabajos se dirige el pensamiento hacia Dios; si sabéis evitar que el corazón se quede árido y vacío; si, aunque vuestros trabajos os dejen cansado, hastiado, sentías en el fondo gran paz, vais muy bien, sois libres y señores en vuestra propia casa, bajo las miradas de Dios.

Ved la recompensa que Jesucristo da a los apóstoles cuando vuelven triunfantes después de haber predicado, curado y hecho milagros de todo género: Venid y descansad en la soledad: *Venite seorsum et requiescite pusillum* (Mc 6, 31), que es decir: Habéis gastado mucho; es preciso que reparéis las pérdidas.

Después de Pentecostés los apóstoles, llenos del Espíritu Santo, se sienten penetrados de inmenso celo: todo lo quisieran abarcar. Es ésta señal de almas magnánimas. Cuando se encuentran al frente de alguna obra todo lo quisieran abarcar, nunca les parece haber hecho bastante, porque siempre les queda algo por hacer. Así, Moisés reunía en sí mismo las funciones de jefe de Israel, de juez y de delegado del pueblo cerca de Dios. El Señor le dio orden de compartir sus ocupaciones con algunos ancianos. Así también los apóstoles servían a los pobres, dirimían las contiendas, predicaban y bautizaban a las muchedumbres, sin reparar en que dando una parte de su tiempo a la predicación y el resto al servicio del prójimo, no les quedaba nada para orar. Es lo que nos acontece: cargados con exceso de ocupaciones, bien pudiéramos hacernos ayudar por otros; pero apenas pensamos en ello, sentimos cierta necesidad de hacer todo por

nosotros mismos. ¡Pura imprudencia! ¡Se mata uno, pero no por eso van mejor las cosas! Sólo que nos arrastra la necesidad de obrar, de darnos.

Mas Pedro, que más que ningún otro de los apóstoles tenía luces especiales, dice un día: No nos conviene que lo hagamos todo, pues no nos queda tiempo para orar. Escojamos diáconos que sirvan a los pobres; en cuanto a nosotros, distribuiremos el tiempo entre la predicación y la oración. "*Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus* –nosotros podremos dedicarnos a la oración y al ministerio de la Palabra" (Act 6, 2-4). Y ¿quién puede tenerse por más santo y lleno del espíritu de Dios que los apóstoles? Pobres pigmeos en punto a vida espiritual, debiéramos pasar en oración los días y las noches.

No es verdadera virtud la que no va del interior al exterior. La virtud ha de tener su comienzo en el pensamiento, en el afecto y en la oración. ¿Dónde está la espiga durante el invierno? Está en el grano de trigo, bajo la tierra: la harán germinar y madurar las fuerzas del calor combinadas con las de la humedad. La virtud es asimismo un grano en vosotros sembrado, que sólo a fuerza de oración, vida interior y sacrificios haréis germinar. El reino de Dios está dentro de vosotros. Nunca tendréis una sólida virtud exterior si ésta no ha sido antes interior.

¿No veis que la obra que en vosotros realiza Dios la comienza por el interior? ¿No tenéis tentaciones interiores? Es Dios quien con ellas cultiva vuestro corazón y siembra en él. Violentas tempestades sacuden el tallo de vuestra paciente virtud para que así extienda más las raíces. Tal es el trabajo de Dios. Cuando os cuesta el hacer algo, no son vuestras manos ni el cuerpo los que se muestran reacios, sino vuestro corazón y vuestra voluntad, por ser aún demasiado débiles.

Así, pues, nunca tendréis virtudes que primero no hayan sido interiores, que no reciban su vida del interior. Para conocer el grado de virtud de un alma habéis de conocer antes el grado de su vida interior.

Principio éste que debiera orientarnos en la práctica.

Cuando os resolváis a practicar tal o cual virtud, adoptad primero la resolución de practicarla interiormente. Que es decir: Comenzad por practicar la virtud en la oración, acostumbrándoos a pensar en ella. Luego iréis a practicarla exteriormente.

Este es el procedimiento que Jesucristo sigue en la Eucaristía. ¿A qué viene dentro de nosotros por la Comunión? Sin duda que para visitarnos; pero cuando en nosotros permanece, alguna otra cosa debe de hacer también. A lo que viene es a sembrar y cultivar en nosotros sus virtudes, a formarse a sí mismo en nosotros, a configurarnos consigo. Viene a educarnos en la vida divina, de suerte que crezca en nosotros al par que nosotros crecemos en Él, hasta llegar a la plenitud del hombre perfecto, que es el mismo Jesucristo.

Fijaos en el estado de Jesús en el santísimo Sacramento. ¿Le veis? Ahí está, sin embargo; mas su vida exterior sólo los ángeles la ven. Por más que nada veamos, creemos que ahí vive, de igual manera que creemos en el sol, aun cuando lo oculten las nubes; del mismo modo que creemos también en el trabajo que realiza la naturaleza, aunque esté fuera del alcance de nuestra vista. Lo cual nos prueba que no todo se reduce a la vida exterior, sino que hay también una vida, no por invisible y del todo interior, menos real.

Al comulgar pedid a nuestro Señor que viváis con Él y Él en vosotros. Todo eso es interior. No es lo que piden la mayoría de los cristianos, cuyo espíritu, intención y voluntad se ocupan de obras exteriores, aunque comulguen, sin que Jesús encuentre ninguno con quien conversar.

En resumidas cuentas, el poder de la virtud radica en la vida interior. Cuando no se tiene ésta, tampoco se tiene virtud, a no ser que Dios obre para vosotros un milagro.

Diréis quizá que de atenerse a este principio es difícil salvarse. No hablo de quienes se contentan con lo estrictamente necesario para guardar los preceptos; conocen sus deberes y la rectitud de su conciencia les muestra dónde está el bien y dónde el mal: lo reducido de sus obligaciones los salva.

En cuanto a vosotros, queréis llevar una vida piadosa y vivir entre favores del divino Maestro y de una vida superior a la de la generalidad: fuerza será que trabajéis también más. Pues subís en dignidad, subid también en virtud; vuestras obligaciones son más numerosas; el Salvador, que os ama más y os concede mayores gracias, exige también más de vosotros.

Cuidado con la rutina, tan fácil cuando el curso de la vida es regular y buenas las ocupaciones exteriores; renovad a menudo la intención; conservad la humedad en la raíz del árbol, si queréis que

produzca frutos de salvación.

LA INSENSIBILIDAD DEL CORAZÓN

Percussus sum ut foenum aruit cor meum.
"He sido batido como heno y se ha secado mi corazón" (Ps 101, 5)

I

Escribiendo san Bernardo al Papa Eugenio, le decía: "Temo que la muchedumbre de ocupaciones os haga abandonar la oración, y que así se endurezca vuestro corazón".

Aquel a quien así hablaba el santo doctor era un gran papa, ocupado en los asuntos más santos del mundo, como son los de la Iglesia. Con cuánta más razón no deberemos nosotros aplicarnos estas palabras, puesto que ocupaciones mucho menos importantes nos alejan de la oración. El mundo nos rodea; poca cosa hace falta para distraernos y desviarnos de la oración. Bastan para ello nuestras ocupacioncillas exteriores, que pueden hacernos caer en la insensibilidad del corazón, el mayor de todos los males.

Temed mucho la insensibilidad y la dureza del corazón, pues es necesario tener uno sensible y dócil, que se sienta a sí mismo en el servicio de Dios. El que nada sienta, no se horrorizará cuando tenga la desgracia de pecar. No sentirá las llagas, por profundas que sean.

Y digo sensibilidad, porque no conozco otro vocablo que mejor exprese mi pensamiento. La sensibilidad de que hablo consiste en cierto afecto hacia lo que se ha de hacer y cierta repulsa al más ligero mal. Tened entendido que por nada me refiero a esotra sensibilidad nerviosa de los seudodevotos.

Para no exagerar nada, tampoco hablaré de la insensibilidad involuntaria. El rey David confesaba que se encontraba a veces ante Dios cual una bestia de carga, tan pesado e insensible como ella. Pero añadía: *"Ego autem semper tecum.* A pesar de ello, permanezco a vuestros pies con Vos". Este estado de estupidez espiritual no es siempre un castigo; pasamos por ahí para llegar a mayor sumisión y humildad ante Dios. ¿Qué habrá que hacer en estas ocasiones? Nada: tener paciencia, ejercitarse en lo que se pueda y esperar. Como este

estado de ordinario no es culpable, no nos hace responsables de nuestras sequedades y malas oraciones. Es la misericordia de Dios la que nos reduce a ello para impedir que nuestra mente se divierta con naderías, para inflamar nuestro corazón con amor más ardiente y tornar nuestra voluntad más perseverante y firme.

La insensibilidad involuntaria del corazón es también muy penosa, más penosa aún que la estupidez del espíritu, por ser el corazón el órgano con que amamos a Dios, además de que como la voluntad es dirigida por el amor, parece como que queda entonces paralizada. De ordinario Dios envía esta prueba al corazón demasiado sensual, que siempre anhela gozar de Dios: Nuestro Señor le lleva un poco a Getsemaní para darle a gustar gozos más amargos.

Pero las más de las veces la dureza de corazón es un castigo, una consecuencia de nuestros pecados, que hay que evitar a todo trance. El estado de prueba no dura largo tiempo: nos prepara a mayores gracias, paga algunas deudas, y luego el sol vuelve a aparecer radiante. De suyo el corazón no permanece insensible a Dios, es necesario que algún pecado o algún estado de pecado le fuerce a ello. Nuestro Señor no pudo soportar sino tres horas de pruebas en Getsemaní, y la tristeza de su Corazón y el abandono de su Padre le pusieron en las puertas de la muerte.

Cuando tales estados resultan largos es cosa de ver si no serán debidos a alguna falta nuestra, pues la prolongación es señal ordinaria de que les hemos atraído nosotros. Cuando veáis que desde hace un año o más sois insensibles a las gracias de Dios, a su inspiración, a la oración, no vayáis a buscar la causa muy lejos, pues está en vosotros, lo sois vosotros mismos; concretadla y haced cuanto podáis para salir de este estado. Es claro que un alma que comienza por gustar a Dios y luego para en eso, no es sino por culpa suya. No es tan duro Dios, sino un buen padre que no puede ocultarse por largo tiempo. Y nos haría morir si nos diera la espalda durante mucho tiempo. La Escritura atestigua que es bueno, lleno de ternura y de amor, que es un padre, una madre para sus escogidos, y tenemos que sentir, es preciso que sintamos su dulzura y su bondad; si no, señal de que somos culpables.

Nos falta un sentido, estamos paralizados y nuestra es la culpa: averigüemos las causas para remediarlas.

II

Una de las causas la encontramos en la ligereza del espíritu y en ese derramarse en cosas exteriores. El espíritu ligero no está nunca en su casa, no sabe reflexionar, obra por impresión y como arrastrado. Pide de comer cuando tiene hambre y no se toma el tiempo ni la pena de buscar el alimento: como no lo encuentra en Dios se vuelve hacia las criaturas. La insensibilidad y dureza de corazón comienza de ordinario con la ligereza de espíritu. Ya se alimentaría si meditara, mas el tiempo de la oración lo pasa en nonadas. ¿Qué de extraño que el corazón sufra por ello?

Estad, por consiguiente, sobre aviso en punto a la ligereza de espíritu, poned toda vuestra atención en la oración, que es donde os alimentáis y calentáis, donde trazáis el plan del combate espiritual. Una meditación que no os pertrecha de armas de combate, nada vale; como no os alimenta, caeréis de inanición.

Pero diréis: No me alimenta la oración, por más que hago en ella todo lo que puedo. –En este caso cambiad de materia, escoged la que os convenga más. Si un arma no os conviene, tomad otra; lo esencial es estar armado. Tened presente que en la vida espiritual hay prácticas de simple devoción, y las hay necesarias como la meditación, el espíritu de fe y la oración. Nada hay que pueda sustituir a estas últimas; abandonándolas se extingue la vida espiritual, porque se priva del sostén necesario. No cabe dudar que el corazón vive del espíritu, y que el amor, el afecto, no se alimentan sino con la oración.

Otra de las causas de la dureza del corazón procede de nuestras infidelidades a la gracia. Nunca nos faltan la gracia, la iluminación y la inspiración de Dios, pues incesantemente nos hace Él oír su voz; pero nosotros la ahogamos, paralizando así nuestro corazón, que no vive más que de la gracia, y en no recibiéndola muere de inanición.

Además de las gracias de salvación, recibimos las de santidad y de devoción; también a estas últimas hay que ser fiel, tanto más cuanto que hacen de nosotros lo que debemos ser. ¿Qué es, en efecto, un hombre que no se encuentra en su gracia de estado? Y la gracia de estado propia del adorador reside en la oración, en el sacrificio de sí mismo, en el reclinatorio, a los pies del santísimo Sacramento. ¿Descuidáis esta gracia? Pues pereceréis. No hay calor donde falta el fuego. Examinaos bien sobre este punto. ¿Oráis? Todo va bien. ¿Os

descuidáis en la oración? ¡Gran peligro corréis de perderos! La gracia de Dios no la tendréis si no es por la oración, el sacrificio y la meditación. Pues no ponéis la causa tampoco lograréis los efectos. Tenéis derecho a las gracias y no lo hacéis valer. Cierto que es cosa en que sólo vosotros tenéis que ver; mas se os pedirá cuenta del talento que habéis guardado inútilmente. Mientras vuestro cuerpo siga un régimen, todo irá bien. También el alma tiene un régimen que seguir. ¿Hacéis todas las oraciones que este régimen os prescribe?

Quizá no habré dejado la oración más que para cierto tiempo, pasado el cual volveré a practicarla, os diréis entre vosotros. ¡Pura presunción! ¡Cómo queréis vivir sin Dios y sin comer, caeréis en el camino!

–¡Pero si no abandono más que oraciones de devoción! –¡Fijaos bien en lo que hacéis! ¿Por qué habíais de dejarlas ahora, después de haberlas practicado durante tanto tiempo? Eso arguye ingratitud y pereza; os inclináis hacia el pecado. Por vosotros mismos nunca debéis cambiar de régimen. Si queréis hacer más, pase; ¡pero menos, nunca! De lo contrario, languidecerá vuestra devoción. No digáis: No hay ley que obligue a guardar tal régimen de devoción. En punto a amor de Dios no se mira a lo que pide la ley, sino a lo que pide el corazón.

La tercera causa procede de la sensualidad de la vida. Tanto nos ama Dios y hasta tal punto quiere elevarnos hasta sí mismo, que cuantas veces vamos a las criaturas en busca de satisfacciones, nos castiga, o por lo menos nos castigamos nosotros mismos en cuanto perdemos el vigor y la satisfacción en su servicio. No tarda en venir este castigo, sino que sigue muy de cerca a la culpa; tal es una de las leyes de la santidad. Los demás pecados no van seguidos del castigo inmediato tanto como el que consiste en gozar de las criaturas, o de sí mismo, pues bastante castigo es el pecado mortal por sí mismo, en tanto llegue el infierno a satisfacer a la justicia de Dios. Pero quien en sí mismo o en las criaturas busca el contento, malogra la gracia de Dios, le tiene en menos y le deshonra, por lo que al punto es castigado con la privación de la paz y la satisfacción que procura el servicio de Dios; es castigado por donde pecó.

Son muy numerosas las almas de esta clase. Siempre se quiere gozar. En todas las cosas se comienza por buscar el lado que más sensaciones nos proporcione, y créese que el amor sube de punto

porque se tiene más *sensiblería.* En realidad, en este caso se nos trata como a un niño, a quien, para calmarle y darle gusto, se da inmediatamente la recompensa que ha merecido; no se ama, sino que se es amado. Se goza y se vuelve uno ingrato para el manantial de esa alegría puramente gratuita, atribuyéndola al propio merecimiento, a la virtud, siendo así que es un don del Salvador. ¡Desdichados de nosotros si Dios se viera obligado a tratarnos de tal suerte! Nos lisonjearía como se lisonjea a los enfermos que se encuentran en los últimos extremos, ocultándoles el mal.

Por consiguiente, cuando nos hallemos insensibles, averigüemos si no hemos sido demasiado sensuales en nuestra vida. No me refiero a la abominable sensualidad, sino a esa otra que consiste en complacerse el amor propio en el bien, en las buenas obras que se hacen; esa sensualidad que obra el bien para gozar del mismo, para honrarse y glorificarse por ello, en lugar de referirlo a Dios, único autor del bien. Salid de este estado y bendecid a Dios por trataros duramente para descubriros vuestro mal.

III

Es, pues, necesario tener un corazón sensible, dúctil, que se deja impresionar por la gracia, dócil al menor toque de la misma y capaz de sentir la operación de Dios.

Se dice: Quien trabaja, ora, y el trabajo me santifica, aun cuando no sienta a Dios en mí. – ¡Oh, si oráis al trabajar, está muy bien! Mas el trabajo, cuando no va animado de buenos deseos, de aspiraciones a Dios y de unión con Él no es una oración. También trabajan los paganos y los impíos. Si trabajáis por amor de Dios, oráis; si no, no.

–Pero trabajando hago la voluntad de Dios, y eso debe de bastar. –¿Pensáis en esa divina voluntad? ¿Trabajáis por ventura para conformaros con ella?

–¡Si cumplo con mi deber! –Los soldados y los condenados a los trabajos forzados lo cumplen también. Por sí misma la vida exterior no es una oración; es preciso animarla del espíritu de oración y de amor para que lo sea.

Es necesario, lo repito, tener un corazón afectuoso para Dios. ¿Para qué nos había de dotar el Creador de sensibilidad si no fuera para emplearla en su servicio? La sensibilidad es el vivir del espíritu

de fe. Decía nuestro Señor a los judíos: “Os quitaré el corazón de piedra y os daré otro de carne” (Ez 36, 26). Los judíos tenían un corazón de piedra, porque eran del todo exteriores y hallaban su recompensa en la felicidad presente. A los cristianos, en cambio, nuestro Señor ha dado un corazón de carne capaz de sentir la vida divina, de unirse con Dios, de unirse con el Verbo. Y como el Verbo no obra sino en corazón semejante al suyo, y como por ser espíritu no habla sino espiritualmente y por medio de la fe, menester es que el alma, que el corazón esté siempre en nuestras manos, elevado a Dios, para que el divino artífice pueda configurarlo según el modelo del propio corazón, imprimiéndole el sello, la vida y el movimiento propios.

El Señor rechaza y maldice la tierra en la Escritura diciendo que será árida, que no la regará la lluvia, que de su seno no saldrá nada. Al contrario, cuando la bendice, asegura también Dios nuestro corazón, lo fecunda con el rocío de su gracia, y con el calor de su amor lo dilata, tornándolo de esta suerte capaz de todas las impresiones de su amor.

IV

El primer efecto de la sensibilidad del corazón es haceros distinguir mejor la proximidad de Dios, oír de más lejos y con mayor ventura su voz y manteneros bajo la amorosa impresión de su presencia. La sensibilidad es causa de que el corazón se dirija más fácilmente hacia Dios, y eso antes por impresión, por instinto, que por razonamiento. Cuanto más se da uno a Dios, tanto más sensible y delicado viene a ser. No se trata de que las lágrimas salten con mayor o menor abundancia. La sensibilidad y la delicadeza del corazón son algo misterioso: no pueden definirse, sino que se sienten. Son la misma señal de la gracia.

Mas a medida que va uno alejándose de Dios, disminuye la delicadeza. Se deja la compañía del rey para volver al vulgo. En lugar de mirar a Dios, se mira a las criaturas. ¡Desdichado del que así cae!

El segundo efecto de la sensibilidad es movernos a orar interiormente. Las oraciones vocales no bastan; por santas que sean no satisfacen por completo. El corazón experimenta la necesidad de alimentarse con sentimientos nuevos. Quiere desprenderse más de lo terreno y subir más alto, siente la necesidad de vivir con Dios por

medio de la meditación.

En el servicio de Dios nos hace, por tanto, falta un corazón sensible. Lo necesitamos por lo mismo que somos flacos. Es una doctrina presuntuosa la que desdeña la sensibilidad del corazón y enseña que hay que caminar sin gozar de Dios. Sin duda que no debemos apetecer como un fin el gozar de Dios; por lo demás, si os paráis demasiado en eso, bien sabrá nuestro Señor sacaros a otro estado. Pero si os sentís atraídos, si es verdad que subís, que sentís el Corazón de Jesús en contacto con el vuestro, ¡oh cuán felices sois! Pedid esta gracia, es un bastón sólido y seguro del que os podéis valer para caminar.

No me agradan los que dicen: Mi tienda está plantada en el Calvario. Si allí lloráis, está bien; pero si permanecéis fríos, es el orgullo el que os retiene.

¿Quiénes sois para pretender pasaros sin esos dulces y fáciles medios de que, misericordioso, se vale Dios? Ahora que se instruye a los niños de tal manera que a los siete años son ya unos filósofos, se hacen pedantes y arrogantes, porque el espíritu acaba por sobreponerse al corazón.

Fijaos, al contrario, en lo que vemos en el Evangelio: Al llorar Magdalena y las santas mujeres, Jesús, lejos de desecharlas, las consuela.

Debéis sentir y gustar de Dios por lo mismo que os ha dado un corazón sensible.

Mas la ternura del corazón es, las más de las veces, fruto de sacrificio. Si el Señor os conduce por esta senda, someteos, pero dejadle que obre según le plazca.

Todo entero quiere Dios nuestro corazón. Se tiene miedo de darse por completo; se dice: "Prefiero sufrir". Pero lo que en el fondo de este sentimiento hay es pereza. No quiere uno entregarse completamente, sino que quiere escoger por sí mismo el sufrimiento; ¡da miedo dejar que lo escoja Dios!

Tengamos, pues, siempre un corazón sensible y afectuoso para Dios, sobre todo en nuestras oraciones. ¡En el servicio de nuestro Señor no somos todo lo felices que debiéramos! Nuestro Señor quisiera derramar con mayor abundancia las dulzuras de su gracia; aceptadlas con confianza para vuestra mayor dicha en el tiempo y en la eternidad.

LA PUREZA DE LA VIDA DE AMOR

Cor mundum crea in me, Deus
"Dios mío, cread en mí un corazón puro"
(Ps 50, 12)

I

Entre las virtudes hay una sin la que todas las demás no valen nada: es la caridad habitual, el hábito de estado de gracia. Para ser gratos a Dios y vivir de Él nos es absolutamente necesaria, del propio modo que lo es también para la eficacia de la vida, así apostólica como contemplativa, pues sin el estado de gracia todas las virtudes son a manera de diamantes perdidos en el barro. El alimento tomado en estómago enfermo ahoga en lugar de vivificar, y el que presenta a Dios un cadáver infecto, ¿cree, por ventura, ofrecer una hostia de agradable olor? Y, sin embargo, ¿qué otra cosa somos sin el estado de gracia?

Es preciso que estemos en estado de gracia para que Dios pueda amarnos y concedernos sus gracias. Cierto que Dios no nos ama porque merezcamos ni tiene por qué amar nuestras obras en cuanto de nosotros proceden. Porque, ¿qué somos a sus ojos y qué puede salir de bueno de un alma manchada por el pecado? A lo más un insignificante bien natural; pero, en cuanto a lo sobrenatural, nada. Lo que Dios ama en nosotros es su gracia, su santidad, que se refleja en un corazón puro. Nada más hace falta para satisfacer la mirada de Dios. ¿No es amado de Dios el niño, después de bautizado? Y, sin embargo, carece de virtudes adquiridas; pero es puro, está en estado de gracia y Dios se contempla en la gracia que adorna su corazón y saborea el perfume de esa flor delicada mientras lleguen los frutos.

En el adulto lo que Dios estima por encima de todo es también el estado de gracia, ese estado de pureza adquirido en un baño de la sangre de Jesús; lo que constituye nuestra belleza es el estado de gracia, que es el reflejo de Jesucristo en los santos. Jesucristo se ve en su alma como el Padre en su Verbo. En tanto que si el alma es pecadora, no es posible que Dios se vea en ella. ¿Cómo queréis que tenga miradas de complacencia para un verdugo de su divino Hijo?

Nunca es amable el mal, por lo que Dios no puede amar nuestro estado, cuando estamos en pecado: su misericordia comienza por purificarnos y sólo entonces nos muestra su amor y podemos sostener sus miradas. La primera razón para conservar el estado de gracia, por tanto, es que nos hace amar a Dios y nos vuelve agradables a sus ojos.

II

¿Qué ha de suceder con adoradores que tan a menudo vienen a postrarse a los pies de Jesús y cabe sus ojos? ¿Queréis que Jesús vea en vosotros enemigos suyos? Reproducid en vuestra alma su viva imagen, si queréis que os reciba con agrado. La primera cosa que debéis hacer al venir a adorar es desechar al demonio tomando agua bendita y haciendo un acto de contrición, lo cual es deber de limpieza que obliga por igual al pobre y al rico. ¡Ah! Si tuviéramos un poco de fe, en sintiendo un pecado sobre la conciencia, no nos atreveríamos a entrar en la iglesia o nos quedaríamos a la puerta del templo como el publicano. – ¡Pero en este caso nunca iríamos a la iglesia! – ¡Purificaos y entrad! Soy de parecer que el pecador que dice: No me atrevo a ir a la iglesia para presentarme a Dios, estima en lo justo las razones. Sin duda que se equivoca en no recurrir a la penitencia, pero ese sentimiento es en el fondo conforme con la verdad.

La virtud que debiera sernos más cara es la caridad habitual. Ved cuál es la mente de la Iglesia sobre el particular. Por santo tiene al sacerdote por cuanto representa a Jesucristo y porque renueva las maravillas que el Salvador obró una vez. Y, sin embargo, le detiene al pie del altar, obligándole a postrarse, a humillarse, a confesar sus pecados y a recibir el perdón, por así decirlo, del acólito, las más de las veces un pobre chiquillo, que le dice: "El Señor todopoderoso tenga piedad de ti: *Misereatur tui!*".

Al venir a adorar, ejercéis una función angelical, por lo que debéis ser puros como los ángeles. Insulta quien se presenta a la adoración con conciencia manchada. ¿No dice la Escritura: *Peccatori autem dixit Deus: Quare tu enarras justitias meas et assumis testamentum meum per os tuum?* (Ps 49, 16): Al pecador dijo Dios: ¿Cómo hablas tú de mis mandamientos y tomas mis palabras en tu boca? Sed, pues, puros si queréis adorar. ¿Cómo presentarse a Jesús purísimo quien exhala olor de cadáver? ¡Ah! ¡No despreciéis, os lo

suplico, a nuestro Señor hasta tal punto que vengáis a adorarle con conciencia pecaminosa!

¡El estado de gracia! ¡Oh! ¡El demonio juega con nosotros! ¡Corremos a pequeños actos de virtud y nos descuidamos en punto a pureza de conciencia, como si un acto de virtud fuera otra cosa que fruto! El árbol que produce el fruto lo forman las raíces, por lo cual debéis poner mucho cuidado en que la raíz sea sana. Gústale al Señor la alabanza que sale de la boca de los pequeñuelos, porque procede de un corazón puro.

Penetrémonos de estas ideas. Conservemos bien el estado de gracia. Decid a menudo: En la adoración soy representante de la Iglesia, de toda la familia de Jesucristo, abogado de los pobres y de los pecadores. Mi oficio es interceder por ellos; y ¿cómo me atreveré a pedir perdón si yo mismo soy pecador? Después de todo, a lo que el Señor hace caso es a la pureza de conciencia, al estado de gracia. Conocéis la hermosa contestación que el ciego de nacimiento dio a los fariseos, quienes se empeñaban en demostrarle que Jesucristo era un pecador: “Yo no sé si será pecador o no, pero lo que sí sé es que me ha curado y que Dios no escucha a los pecadores”.

¿Cómo aplacan los santos su cólera sino porque son a sus ojos como víctimas puras, embellecidas con la pureza de su Hijo, el pontífice puro, inocente y sin mancha?

III

Esto supuesto, ¿qué nos queda por hacer? Debemos estimar el estado de gracia por encima de todo, y no temer nada tanto como las ocasiones de pecar. ¡Llevamos nuestro tesoro en vasos tan frágiles! ¡Menester nos es desconfiar en todo momento y estar sobre aviso! ¡Hasta María tiembla en presencia del ángel! Hemos de echar mano de todos los medios para conservar intacta la pureza de nuestra alma y ser como un centinela perpetuamente despierto. Vigilemos sobre nuestros sentidos. Al encontrarnos en las ciudades, tan corrompidas hoy, debiéramos poner las dos manos sobre los ojos, para que la muerte no nos suba por nuestras ventanas. Debiéramos decir sin cesar: “Dios mío, en tus manos encomiendo mi espíritu”. La atmósfera de las ciudades es infecta; el pecado reina como soberano y la gente se gloría de servirle; el aire que se respira es asfixiante; nos embisten mayores tentaciones; hay nieblas de pecado, que aspiramos

mal de nuestro grado, por lo cual tenemos que vigilarnos más estrictamente.

Y que quien mayores gracias haya recibido vigile más todavía. Nadie tiene tantos motivos para temer como el que ha recibido algún don de oración, pues a quien procede de países cálidos el frío impresiona más que a ningún otro. Del propio modo, quien vive de Dios tiene necesidad de una vigilancia más solícita cuando se encuentra en el mundo. Se ven a veces almas piadosas que dan en lamentables caídas, y eso que comulgaban y oraban bien. Claro, ¡cómo que no vigilaban bastante! Eran como niños mimados en el seno de la familia, que no pensaban en los fieros leones que rondaban en torno suyo. Los santos andaban con más cuidado que ningún otro, por lo mismo que se sentían más ricos y conocían su flaqueza. Sí, a medida que aumentan las gracias se ve uno más expuesto, y cuanto más amado se es, tanto más hay por qué temer.

Lleváis un gran tesoro, que bien merece la pena de que el demonio se alce con él, lo cual suele ser no pocas veces cosa de un instante.

¿Que cómo puede ser eso? Pues el hombre, tan santo antes, ha confiado demasiado en sí mismo, se ha enorgullecido de sus gracias, ha presumido demasiado de lo elevado de su estado y ha caído. ¿Por ventura os figuráis que, porque Dios os ama con amor privilegiado y os colma de gracias, le amáis también vosotros del mismo modo, merecéis su amor y aún creéis tener derecho a él? No, no. Harto a menudo acontece que los niños más amados son precisamente aquellos que menos aman. No os fiéis, por tanto, demasiado de la santidad de vuestras costumbres y de vuestro estado. ¡En el cielo cayeron los ángeles!

Nos vemos inclinados a no mirar el servicio de Dios sino por lo que honra y por el lustre que de él se nos sigue; ponemos nuestros ojos en los que están debajo de nosotros. Miremos a nuestra flaqueza; grandes gracias suponen miseria grande. ¡Muy frágiles debemos de ser para que Dios nos rodee de tantos cuidados y de tantas barreras!, tal es el pensamiento que nos hará estar alerta contra nosotros mismos.

Vigilemos, pues. No nos fiemos de nuestra santidad. Haced cuenta que en el blanco, el más sobresaliente de los colores, aparece la menor mancha, la cual basta para deslucirlo. La blancura es para

nosotros un color de prestado que nos da Jesucristo. ¡Que nada venga a empañarlo!

Vuestro temor ha de ser mayor por lo mismo que más os favorece Dios. ¿Creéis acaso que, porque Dios os ama, os ama también Satanás? Como os ve trabajar para recuperar el puesto de los querubines y serafines, os tiene envidia.

Además, os ataca también para vengarse de nuestro Señor. Parece como que dice a Jesús: ¡Aunque no pueda derribaros a vos, destruiré esos copones vivos! En nosotros intenta vengarse de su impotencia contra el Salvador, que le ha echado por tierra. ¿No sabéis que quien se propone llegar a la santidad se prepara tentaciones y tempestades horrendas? Y en medio del furor desencadenado de esas tormentas os decís: ¡Si antes no era tan tentado! Claro, en aquellos tiempos el demonio no tenía por qué teneros miedo. No os espantéis de ver que las tentaciones redoblan, cuando sois más fervorosos en el servicio de Dios; si de algo hubiera que gloriarse sería de eso, porque si el demonio os ataca, es porque merecéis la pena de ser atacados.

Seamos puros, pues Jesucristo lo quiere. Trabajemos cada vez más en blanquear nuestro celestial vestido. ¡Oh! Tengamos fe. ¡Sepamos a quién servimos! Una prueba de que nos falta fe es que no somos todo lo delicados que debiéramos para con nuestro señor Jesucristo. Reprochémonoslo a menudo. Hagámonos puros y que la delicadeza, flor finísima de la fe y del amor, se abra en nuestro corazón y nos guíe como soberana en nuestras relaciones con Jesucristo, que ama corazones puros y se complace entre lirios. El secreto de su regia amistad es la pureza de corazón fielmente custodiada: *Qui diligit cordis munditiam, habebit amicum regem* –El que ama la pureza del corazón tiene al rey por amigo (Prov 22, 11).

LA VIRGINIDAD DEL CORAZÓN

Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias
"El alma a la que amo sobre las demás debe ser como el lirio entre espinas" (Cant 2, 2)

El reinado del amor radica en la virginidad del corazón y es figura suya el lirio que se levanta como reina entre las flores del valle.

El amor es uno: dividido o compartido, es infiel. Las uniones genuinas consisten en el intercambio de los corazones. En el corazón es donde se verifica la unión, y para simbolizar la pureza de la misma la esposa se viste de blanco.

También nuestro Señor nos pide entrega absoluta de nuestro corazón, pues quiere reinar solo en él y no consiente que lo dividamos entre Él y las criaturas.

Es Dios de toda pureza; ama a las vírgenes por encima de todo y para ellas guarda sus favores y el cántico del cordero; su corte privilegiada la forman las vírgenes, que le siguen a dondequiera que va.

Jesús no se une más que a un corazón puro, y propio de esta unión es engendrar, conservar y perfeccionar la pureza, pues de suyo el amor produce, entre quienes se aman, identidad de vida y simpatía de afectos. El amor evita lo que desagrada y trata de agradar en todo, y como quiera que lo que más desagrada a Jesús es el pecado, el amor lo evita con horror, lo combate enérgicamente y muere contento antes que cometerlo.

Tal es la historia de todos los santos, de los mártires y de las vírgenes. Es sentimiento que ha de tener todo cristiano: todos debemos estar dispuestos a morir antes que ofender a Dios.

Nada tan delicado como la blancura de la azucena, cuyo brillo empaña el más insignificante polvo y el menor aliento. Otro tanto pasa con la pureza del amor. El amor es de suyo celoso.

El título que Dios prefiere a todos los demás es el mismo que a

nosotros nos es más caro, o sea, *Deus cordis mei,* el Dios del corazón. ¡Ah!, el corazón es nuestro rey; él dirige la vida y es la llave de la posesión. Nada extraño, pues, que todas las tentaciones del mundo ataquen al corazón y tiendan a conquistarlo, porque ganado el corazón queda también ganado todo lo demás, por lo que la divina Sabiduría nos dice: "Hijo, guarda tu corazón con todas las precauciones imaginables, pues de él depende la vida: *Omni custodia serva cor tuum quia ex ipso vita procedit*" (Prov 4, 23).

No reina Jesús en un alma sino por la pureza del amor.

Pero hay dos clases de pureza en el amor de Jesucristo.

La primera es la pureza virginal, que brota como fruto natural del amor de Jesús. El alma, prendada de este amor, prevenida de este atractivo, quiere consagrar su corazón a su esposo y hacerle entrega de todo: *ut sit sancta corpore et spiritu* –tratando de ser santa en el cuerpo y en el espíritu (1Co 7, 34). Es una azucena y Jesús se complace entre azucenas.

Reina en su espíritu sosegado y puro, donde la verdad sola resplandece.

Reina en el corazón, donde se encuentra como rey en su trono.

Reina en el cuerpo, cuyos miembros todos le están consagrados y ofrecidos como hostia viva, santa y de agradable olor: *Ut exhibetis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem* (Ro 12, 1).

Esta pureza constituye la fuerza de un alma. El demonio tiembla ante una virgen, y por la Virgen fue vencido el mundo.

¿Hay muchos corazones que nunca han amado más que a Jesucristo?

Debiera haberlos, si se considera quién es Jesucristo. ¿Qué hombre o qué rey, hay que pueda comparársele? ¿Quién es mayor, más santo o más amante? No cabe duda de que la realeza de este mundo no vale la realeza virginal de Jesucristo.

Corazones enamorados de Jesús, los hubo muchos en los siglos de persecución, muchos también en los siglos de fe, y eso porque sabían apreciar en lo justo el honor de no entregarse y de no pertenecer sino al rey de los cielos. Los hay también muchos hoy, a pesar de la guerra que les hacen el mundo y la sangre; son como ángeles en medio del mundo y como mártires de su fidelidad, pues los combates que les libran el mundo y los parientes son terribles y

pérfidos, y no hay flecha que no se les lance para arrancarles esa regia corona que de manos de su esposo Jesús recibieran.

Nuestro Señor recompensa esta fidelidad uniéndose con sus almas de modo cada vez más íntimo, y como es pureza por esencia, incesantemente las va purificando y las trueca en oro purísimo.

No hay premio que pueda compararse al que ellas tendrán en el cielo. "Vi, dice san Juan, el apóstol virgen, vi que el Cordero estaba sobre el monte Sión, y con Él ciento cuarenta y cuatro mil personas que tenían escrito en sus frentes el nombre de Él y el nombre de su Padre... Y cantaban como un cantar nuevo ante el trono del Cordero, y nadie podía cantar aquel cántico fuera de las vírgenes. Por ser vírgenes y estar sin mancilla siguen al Cordero doquiera que vaya" (Ap 7, 10).

Para los que no tienen esa corona de la pureza virginal, resta la pureza de la penitencia. Es bella, noble y fuerte esa pureza reconquistada y guardada a fuerza de los más violentos combates y de los sacrificios más costosos a la naturaleza. Hace al alma vigorosa y dueña de sí misma. Es también un fruto del amor de Jesús.

El primer efecto del amor divino al tomar posesión de un corazón contrito es rehabilitarlo, purificarlo y ennoblecerlo; en suma, hacerlo honorable.

Luego el amor lo sostiene en los combates que le sea menester sostener contra sus antiguos señores, sus hábitos viciosos.

El amor penitente da un ejemplo magnífico: es una virtud pública por los combates que libra y por las cadenas que rompe.

Son sublimes sus victorias; su triunfo completo consiste en hacer al hombre modesto.

Compremos, por tanto, aun a costa de los mayores sacrificios, este oro aquilatado en el fuego de la pureza, para enriquecernos y revestirnos de la cándida vestidura, sin la que nadie entra en el cielo. Esto es lo que san Juan advierte al obispo de Laodicea: *Suadeo tibi emere a me aurum ignitum, probatum, ut locuples fias et vestimentis albis induaris* –te aconsejo: cómprame oro purificado en el fuego para enriquecerte, vestidos blancos para revestirte (Ap 3, 18).

¿Quién subirá hasta el monte del Señor? El que es inocente en sus obras y tiene corazón puro.

Purificarnos, tal es la tarea más importante de la vida presente. Nada manchado podrá entrar donde reina la santidad de Dios, y para

verle y contemplar el resplandor de su gloria preciso es que el ojo de nuestro corazón esté completamente puro. Aun cuando no tuviéramos más que un átomo de polvo en nuestra túnica, no entraríamos en el cielo sin antes purificarlo en la sangre del cordero. Sobre ello ha empeñado el Salvador su palabra, que no puede dejar de cumplirse: “En verdad os digo que de toda palabra ociosa que dijeren, darán los hombres cuenta en el día del juicio” (Mt 12, 36).

Hay que purificarse sin cesar. Antes huir a un desierto y condenarse a una vida de sacrificios, antes abandonar todas las obras, por bellas y buenas que fuesen, que perder el tesoro de la pureza. Todas las almas que pudiéramos salvar no valen lo que la salvación de nuestra propia alma. Aquello que Dios quiere antes que todo y por encima de todo, aquello sin lo cual todo lo demás para nada sirve, somos nosotros mismos.

¡Ah! Si no tenemos todas las virtudes heroicas y sublimes de los santos, seamos al menos puros, y si hemos tenido la desdicha de perder la inocencia bautismal, revistámonos de la inocencia laboriosa que nos comunica la penitencia.

No cabe vida de amor sin pureza.

EL ESPÍRITU DE JESUCRISTO

Qui adhaeret Domino, unus spiritus est
"Quien está unido al Señor es un mismo espíritu con Él" (1Co 6, 17)

I

Al examinarnos atentamente no podemos menos de reconocer que lo natural vuelve sin cesar y trata de sojuzgarnos en la menor ocasión; que el entendimiento anhela de continuo entregarse a su ligereza, a su actividad, a su nativa curiosidad; el corazón, a sus preferencias y humanos afectos; que la voluntad, tan tenaz en lo que hace por gusto y libremente, es flaca tratándose de seguir la inspiración de Dios; que el alma entera, poco ha tan sosegada y recogida en la oración, en un instante pierde su recogimiento y ya no piensa en Dios. En las relaciones con el prójimo, se olvida de Dios. Así es nuestro natural cuando no está muerto, ni domado, ni ligado lo bastante para que no se escape en todo momento.

¡Pobre árbol espiritual falto de raíces! Somos, ¡ay!, como esas plantas de cálido invernadero que no pueden sacarse al aire libre sin que se marchiten o queden heladas. Lo cual demuestra que nuestra vida interior es ficticia, artificial, viva tan sólo ante el fuego de la oración, helada tan pronto como se nos deja a nosotros mismos o nos damos a nuestras ocupaciones exteriores.

¿De dónde procede esto?

II

De dos causas. Es la primera que no nos alimentarnos espiritualmente de lo que hacemos. Si estudiamos no es por devoción, sino por celo, por actividad natural; en el trato con el prójimo nos disipamos en lugar de aprovecharnos de la ocasión para trabajar por Dios. Nuestras ocupaciones son, por lo mismo, al modo de la fiebre que nos debilita y consume.

Es menester trabajar, pero alimentándonos de la virtud propia del trabajo que traemos entre manos, haciéndolo por espíritu de recogimiento en Dios y viendo en él el cumplimiento de una orden

suya, diciendo como poseídos de su santísima voluntad antes de cada acto: Voy a honrar a Dios con esta obra.

La segunda causa es que no tenemos un centro adonde retirarnos para reparar nuestras fuerzas y renovarlas a medida que las vamos gastando. Corremos como torrente; nuestra vida no es sino movimiento y ruido de pólvora.

Lo que nos hace falta es el sentimiento habitual de la presencia de Dios, o de su gloria, o de su voluntad, o de su misterio, o de una virtud; en una palabra, nos hace falta el sentimiento de Jesucristo, el vivir cabe sus ojos, bajo su inspiración, del propio modo que Él vivía de la unión con su Padre: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* –Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús (Fil 2, 5).

III

Ahora bien, esa unión de Jesús con su Padre se manifiesta en sus palabras y actos.

En sus palabras: "No hablo por mí mismo: *A meipso non loquor* (Jn 14, 10). Os he hecho saber cuanto he oído a mi Padre: *Quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis"* (Jn 15, 15). Así, ni una sola palabra dice Jesucristo por sí mismo, sino que escucha al Padre, le consulta y luego repite fielmente su divina contestación, sin añadir ni quitar nada. No es sino la palabra del Padre: *Verbum Dei,* la cual la repite con respeto, pues es santa, y con amor por ser una gracia de su bondad; con eficacia por cuanto ha de santificar al mundo y crearlo de nuevo en la luz y en la verdad, calentarlo con el fuego del amor y un día juzgarlo. Por eso eran espíritu y vida las palabras de Jesús, que calentaban como un fuego misterioso. *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur*? –¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?" (Lc. 24, 32). Era omnipotente: *"Si verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis petitis, et fiet vobis:* Si mis palabras permanecen en vosotros, bien podéis pedir cuanto queráis, que se os concederá todo" (Jn 15, 7). Las palabras salían de Jesús como los rayos salen del sol, para alumbrar las tinieblas interiores: *Ego sum lux mundi* –yo soy la luz del mundo (Jn 8, 12).

He aquí lo que habemos de ser para el prójimo, *verbum Christi,* la palabra de Jesucristo. Eso fueron los apóstoles y también

los primeros cristianos, pues el Espíritu Santo hablaba por su boca ante los paganos; eso recomienda san Pablo a los fieles: "Que la palabra de Jesucristo habite con abundancia en vuestros corazones: *Verbum Christi habitet in vobis abundanter"* (Col 3, 16).

Es preciso, por consiguiente, escuchar a Jesús cuando nos habla dentro de nosotros mismos, comprender y repetir su palabra interior; y escucharla con fe, recibirla con reverencia y amor; transmitirla con fidelidad y confianza, con dulzura y fuerza. Desgraciadamente, cuán poco nos hemos inspirado hasta el presente en la palabra de Jesucristo, y cuán a menudo, al contrario, en el afecto natural del prójimo. De este modo nuestras palabras resultan estériles, inconsideradas y hartas veces culpables.

IV

El Padre inspiraba todas las acciones de Jesucristo y regulaba hasta sus menores detalles: "*A meipso facio nihil* (Jn 8, 28), por mí mismo no hago nada". Nuestro Señor cumplía la voluntad de su Padre hasta en las cosas más menudas e insignificantes.

Pues éste es también el deber de un verdadero servidor de Jesucristo, de un alma que se alimenta de Él y tan a menudo lo recibe. ¿No es ya una grande dicha nada más que el tener a Jesús como dueño y ver que se sujeta hasta a dirigirme en todo e inspirar los menores detalles de mis acciones? ¿Por qué no habría de hacer lo que Él hace y del modo y con la intención con que Él lo hace, puesto que aprendiz suyo soy? ¡Ah! Si así obráramos, gozaríamos de libertad, paz y unión con Dios; no nos concentraríamos en lo que hacemos, sino que permaneceríamos en Jesús por más que trabajáramos exteriormente; no tendríamos apego sino a lo que quiere nuestro Señor y todo el tiempo que Él lo quiera, como el criado a quien se dice: Vete, y se va; ven, y viene.

Mas para esto hace falta un cambio de gobierno, de jefe, de principio. En nuestra vida hace falta una revolución, pero una revolución completa que encadene y crucifique al hombre viejo; hace falta, en suma, que dejemos la dirección de nuestra vida en manos de nuestro Señor y que nos contentemos con obedecerle.

No viene a nosotros para otra cosa. Sin esta entrega de nuestras facultades, de nuestra voluntad y de nuestra actividad, Jesús no vive en nosotros con vida actual. Nuestras acciones siguen siendo nuestras

con algo de mérito; estamos unidos con Él por medio de la gracia habitual y no por el amor actual, vivo y eficaz; no podemos decir con toda verdad y con toda la profunda significación que encierra: “Ya no vivo yo, sino que vive en mí Jesucristo: *Vivo jam non ego, vivit yero in me Christus*” (Gal 2, 20).

LAS SEÑALES DEL ESPÍRITU DE JESÚS

Fili, diligenter adverte motus naturae et gratiae, quia valde contrarie et subtiliter moventur; et vix, nisi a spirituali et intime illuminato Nomine, discernuntur
"Hijo, observa con cuidado los movimientos de la naturaleza y de la gracia, porque son muy contrarios y sutiles; de manera que con dificultad son conocidos, sino por varones espirituales e interiormente iluminados" (Imit., L. III, c. LIV)

I

Hay en nosotros dos vidas: la natural y la sobrenatural. Una u otra debe necesariamente dominarnos. De ser la primera, somos culpables; si la segunda, todo va regulado y santificado por ella, que es la que lo corrige y ordena todo y todo lo purifica. Nuestra virtud consiste en mantener viva y robusta esta vida sobrenatural. Es menester que sepamos de qué espíritu somos movidos, si del espíritu de la gracia o del de la naturaleza. Hay momentos en que este discernimiento es muy difícil porque nos encontramos en lucha; el éxito dirá con qué espíritu obramos, cual es la vida que en nosotros reina.

Nada hay en el mundo que no sirva a la vida natural, la alimente, ensalce y glorifique; cuando de veras se quiere vivir de Dios, hay que valerse también de todos los actos y de todos los medios para conservar y aumentar la vida sobrenatural.

Si quisierais discernir los diversos movimientos que una y otra vida producen en nosotros, os aconsejaría que recurrierais al capítulo cincuenta y cuatro de la *Imitación;* sólo la humildad o la delicadeza hacen que nos atribuyamos todos los defectos en él indicados. Hay que ser mesurados en todo. Cierto que en nosotros laten en germen todas las malas inclinaciones; pero en la práctica no todos los defectos los tenemos. Pidamos a Dios nos dé a conocer los nuestros y

haga que nos corrijamos sin precipitaciones ni desasosiegos. Si por nuestra parte somos fieles, la gracia de Dios nos guiará y llevará al triunfo la vida de Jesucristo en nosotros.

He aquí algunas señales de que se posee la vida sobrenatural, de que está sólidamente asentada en nosotros y dirige nuestra conducta:

1.º Primeramente la vida de Jesucristo domina la conciencia, la purifica y la separa del pecado. No se une con conciencias dudosas o culpables. Examinemos si vive en nosotros Jesús por la delicadeza de la conciencia. Si no tenemos odio al pecado, señal que no hay en nosotros espíritu de Jesucristo. Es preciso que la conciencia sea libre y clara, que el enemigo esté totalmente encadenado, sin que pueda enturbiar la limpidez de la conciencia, para lo cual hay que echar mano de la fuerza, emplear primero la fuerza contra sí mismo y contra el pecado. La dulzura vendrá después. Pronto indicaremos el carácter de esta fuerza. Veamos, por tanto, si nos desazona el pecado. Si no, señal que somos forasteros y no hijos de la familia. Si no nos aflige el haber pecado y causado tristeza a nuestro Señor, el haber puesto entre Él y nosotros una barrera que nos impida hablar, es porque nuestro corazón está muerto.

2.º Cuando nuestra voluntad está en Él, nuestro Señor vive en nosotros, no ya tan sólo para evitar el pecado, lo cual bastaría para salvarnos, sino para cumplir cuanto nos pidiere.

Hay, con todo, aun en este segundo estado, casos en que la voluntad está en lucha contra el pecado y casos en que se queda en dudas y se ve inclinada al mal por la tentación; se encuentra entonces a oscuras y como trastornada. No se trata ya de experimentar buenos sentimientos, sino de fortalecer la voluntad contra el pecado, y contra los pecados más graves. Dios quiere este estado, por eso los santos se ven a veces entre querubines y a veces entre demonios.

No quiere Dios que olvidemos del todo la conciencia. Como la dulzura de su servicio nos lleva a perder de vista la conciencia, pues el corazón hace olvidar el combate, envíanos estos ataques que arremeten contra la misma voluntad. Ya no hay entonces lugar para el orgullo, pues el alma duda respecto de todo lo hecho hasta el presente; tan débil se siente que caería si Dios no le tuviera como de la mano. Es cosa humillante, pero provechosa, porque hace falta que veamos nuestro polvo; y algo de temor resulta necesario para evitar

la multiplicación de casos de pereza. Estados son éstos más penosos que la misma aprehensión positiva del infierno.

El alma llora por Dios y sufre tanto cuanto haya amado hasta el presente y cuando más amada haya sido. Déjanos Dios en ese estado hasta que volvamos a nuestra miseria. Y la pobre alma dice entonces: ¿A dónde he ido a parar? ¿Qué sería de mí, si me hubiera abandonado Dios? ¿Hasta dónde no habría bajado, si Él no me hubiera detenido? –Este hermoso acto de humildad nos pone de nuevo de pie. Dios queda satisfecho y todo vuelve al orden.

Tenéis que contar con estos estados; por ellos tendréis que pasar. ¿Por ventura subís de continuo? Por eso necesitáis ser purificados. La prueba os vendrá a la hora de Dios. ¿Qué hacer en esos momentos? Coged la cruz, recurrid a la oración, que no es tiempo de huir. Hay almas que pasan por ella muy a menudo, tan pronto como les acontece caer en algún pecado del corazón, de afecto: así Dios las purifica.

Quizá digáis: De ser así, ellas mismas son culpables; culpa suya es si pasan por estas pruebas. ¡Eh! Lo que ocurre es que todavía no estamos en el paraíso. Puede que haya alguna falta suya, pero Dios se vale de eso y las pica para que vayan más pronto, para hacer derramar sangre y lágrimas, para hacer sitio.

Volvamos a lo que inquiríamos antes, a cuál es la segunda señal de que Jesucristo vive en nosotros. Fuera de esos estados de tentación de que acabamos de hablar, es el estar nuestra voluntad atada con la suya sin que nada quede libre. En nuestras adoraciones y oraciones hemos de fortalecer sin cesar esta voluntad de pertenecer a nuestro Señor, entregándosela de continuo. –¿Para qué? –Para todo lo que quiera, así ahora como más tarde.

Es un gran defecto de la piedad el empeñarse en querer un detalle; viene a faltar éste, otro se presenta en su lugar y acontece que nosotros no estamos preparados. Habéis de entregaros para todo. ¿Nada os dice Dios en este momento? ¡Qué más os da! Le pertenecéis mientras llegue el momento de que os hable. He aquí la verdadera señal de que Jesucristo vive en la voluntad. Si os encontráis en ese estado, vivís de Dios. La vida sobrenatural, la vida en Dios, es una vida de voluntad. Lo que el hombre acepta en su voluntad ante Dios es como si lo hubiera hecho y posee realmente el mérito de lo que ha querido. Estar a la disposición de Dios es obrar.

De modo que cuando el Señor manifiesta su voluntad particular, al punto la cumple uno, porque está preparado. ¡Poco da que agrade o repugne a la naturaleza! Salimos a cumplir la orden divina tan pronto como aparece a nuestra vista. El hombre espiritual está siempre contento, sea como fuere lo que Dios pida. En cuanto al natural, lo domamos con las espuelas. Es preciso que marche. ¿Que no quiere ir? Hinquémosle las espuelas en los ijares. Por poco que eche de ver que sois débiles, os arrojará por tierra, en tanto que viendo lo fuerte que sois irá a pesar suyo. Evitemos, pues, ese defecto que consiste en querer saber lo que habremos de hacer a tal o cual hora. Siempre y para siempre habréis de ser para Dios. No ha de haber tiempo libre, así como tampoco lo hay en el cielo. Sin duda que el reglamento os prescribe varios ejercicios para horas fijas; pero en el intervalo debéis estar a disposición de Dios.

Hasta es imprudente querer prever de antemano sacrificios que Dios no exige más que para determinado momento; equivale ello a querer combatir sin armas. Aguardad a que Dios os los pida, que entonces os dará la gracia correspondiente. Dejad que fije Él mismo lo que hayáis de hacer; estad en el centro de la divina voluntad, y por lo que toca a las buenas obras que se os ofrezcan fuera de este divino querer, no hagáis caso de ellas. Si Dios no os pide nada, no hagáis nada; pues quiere que descanséis, dormid a sus pies.

3.º ¿Cuándo vive nuestro Señor en nuestro corazón? Cuando éste no encuentra felicidad ni gozo fuera de Dios. Este gozo no siempre lo sentimos, pues no pocas veces es crucificado; ni consiste en otra cosa el gozo de amar a Dios por encima de todo, por cuanto de la suerte viene el corazón a vivir en la vida divina más de sufrimiento que de alegría, y acaba por amar por Dios el sufrimiento y la cruz. Aun cuando sufre, la dicha del corazón consiste en ser de Dios; vive, no ya en sí mismo, sino en Dios.

No siempre es fácil reconocer la señal de que Dios vive en el corazón. Con objeto de que el amor crezca más y más, permite Dios que el corazón se vea entre tinieblas y le parezca que no ama lo bastante, lo cual le estimula y le mueve a amar con nuevos bríos, y creyendo que no llega a la meta redobla los esfuerzos.

4.º Para el entendimiento, en cambio, la cosa es más fácil; y hasta puede uno estar cierto de cuándo el espíritu vive de Dios. Más aún, la certidumbre de la propia vida sobrenatural prueba que la

voluntad y el corazón viven de nuestro Señor, porque quien proporciona motivos y pensamientos que los mantengan en la vida sobrenatural y surte el hogar de leña es el entendimiento.

Y se tiene el entendimiento en Dios cuando el pensamiento de nuestro Señor es fijo, dominante, nutritivo y fecundo. ¿Pensáis habitualmente en nuestro Señor? Pues Jesucristo se encuentra en vuestro espíritu y en él vive; vive, por lo mismo que es dueño y legislador.

Si el entendimiento no vive en Dios ni nutre la vida sobrenatural, el corazón no procederá sino por saltos y la voluntad por ímpetus, en tanto que si los mantiene, la vida resulta sólida y continuada. Por eso deben las almas piadosas leer, meditar, proveerse de luz y de fuerzas. Y cuanto más interior, tanto más instruido debe ser uno, ya por medio de libros, ya por la meditación, ya por el mismo Dios. De la falta de instrucción dimana el que muchos que son cristianos y no reflexionan nunca, sean personas honradas, pero amantes por nada. Hay cierta piedad pueril, que, como no sea por representaciones pasajeras, nunca piensa en nuestro Señor; a esas almas hay que ocuparlas con una muchedumbre de ejercicios y de pequeños sacrificios personales. No saben reflexionar ni piensan sino en pedir gracias transitorias y muy de detalle. Nunca se les ocurre pensar en el mismo nuestro Señor, no saben pedir su amor, como tampoco la gracia de la vida interior; no sueñan más que en las buenas obras; en Dios mismo, en el principio de su amor, en sus perfecciones, eso jamás. No vuelan muy alto y quedan fuera de la vida sobrenatural del espíritu. Se ven jóvenes que eran ángeles de piedad en la familia, y una vez casadas a duras penas siguen siendo cristianas. ¿Cuál será la causa? Que su piedad consistía en prácticas exteriores de devoción, que en el nuevo estado resultan imposibles, por lo que su piedad sucumbe.

Para cambiar todo esto, lo que debe hacerse es amar y conocer en sí a nuestro Señor. Así, hágase lo que se hiciere, siempre se le ama; el exterior, el color de la vida podrá variar; pero guardando el fondo de la vida interna y verdadera.

¿Por qué no penetramos en este amor serio que nos hace amar a nuestro Señor en nosotros mismos? ¡Ah, es que Jesucristo es severo! Nunca se harta. Es un fuego que siempre pide nuevo combustible. Se tiene miedo a nuestro Señor, y a eso se debe la

escasez de vocaciones adoradoras. Cuando la piedad consiste en prácticas, cumplidas éstas ya nada queda por hacer, mientras que con Jesucristo nunca se hace lo bastante, cada vez nos pide más y no da derecho a pararse. ¡Se le ve tan perfecto y tan lejos se encuentra uno de parecerle!

Así que la balanza para regular la vida sobrenatural es ésta: ¿En qué estado se encuentra la vida de Jesucristo en vosotros? ¿Se retira nuestro Señor de vosotros, o más bien penetra cada vez más en vuestra alma? El calor o el hielo que sintáis os lo dirá. Hemos de llegar a la vida de anonadamiento, que debe ser la nuestra por ser la de Jesucristo en el santísimo Sacramento, donde se da, se despoja y se anonada incesantemente. ¡Que nuestro Señor viva en nosotros!

II

Al analizar la primera señal de la vida sobrenatural, he dicho que se precisaba ser fuerte contra el pecado y contra sí mismo. No sólo es leche la piedad, sino también fuerza, que es lo que nos hace falta para asegurar la victoria. El reposo prolongado amortigua las fuerzas, en tanto que el ejercicio nos hace aguerridos y nos robustece. Es falsa toda piedad que no quiere echar mano de la fuerza, que no llega a ser fuerte.

1.º Hay una fuerza brutal que debe emplearse contra las pasiones. No es una fuerza razonada, porque quien se mete a razonar con el seductor está perdido, pues le tiene en alguna estima por lo mismo que consiente en discutir con él. De esta fuerza brutal hemos de valernos contra nosotros mismos y contra el mundo, y debe ser cruel, intolerante como la misma vida religiosa, que rompe toda relación con la carne y la sangre. Lejos de nosotros la tolerancia. ¡Nada de tolerancia con el enemigo! "No he venido a traer la paz, dice el Salvador; he venido a separar al hijo de su padre, a la hija de su madre" (Mt 10, 35), y al hombre de sí mismo. Jesucristo fue el primero en sacar la espada contra los sensuales e hipócritas fariseos; esta espada la ha lanzado al mundo, y los cristianos deben recogerla; un pedazo basta, pero por lo menos esto hay que cogerlo. Es una espada bien templada, templada en la sangre de Jesucristo y en el fuego de lo alto. El reino de los cielos padece violencia, y sólo los violentos lo arrebatan: *Rapiunt illud* (Mt 11, 12). Jesucristo quiere para el cielo varones violentos, sin misericordia, escaladores, capaces

de todo; que declaran y mantienen por su nombre una guerra sin cuartel; que odian a su padre, a su madre, a todos sus deudos. Claro que me refiero al pecado, no a las personas. Guerra contra sí mismo, contra los siete pecados capitales, o, lo que es lo mismo, contra las tres concupiscencias. Hay que cortar hasta el corazón, hasta la raíz, y es cosa que nunca se acaba.

¡Oh cuán violento es este combate! Siempre hay que volver a comenzar, y la victoria del día de hoy no asegura la de mañana. Se vence un día para verse aherrojado con cadenas al día siguiente. El ponerse a descansar basta para prepararse una derrota: quienes vencen son aquellos que nunca cesan de combatir. Hay que escalar el cielo y tomarlo por asalto. La razón por que muchos ven el bien y no tienen ánimo para aceptar el combate es porque, dominados por las pasiones, su vida contradice constantemente sus palabras. Fijaos en Herodes, quien escucha con agrado a san Juan en tanto no le habla sino del reino de Dios en general; pero no bien ataca el precursor su pasión impura, arremete contra él furioso, olvida todo, y llega hasta el extremo de hacerle matar. Hay en el mundo muchas vocaciones religiosas; pero como haya que dar un buen golpe, no se tiene valor para tanto: este primer golpe es más costoso que el mismísimo que nos ha de dar la victoria. El fondo de nuestra naturaleza es cobardía y todos los vicios se resuelven en cobardía. El orgulloso que no parece sino que va a derribar a medio mundo, es más cobarde que cualquier otro; está encadenado y ¡quisiera ser tenido por libre sin sacudir sus cadenas! ¡De la misma esclavitud saca motivos de orgullo!

La piedad que quiera subsistir en medio del mundo, por fuerza tiene que sostener este combate, el cual es tan recio y son tan numerosas las ocasiones de merecimiento y de victoria, que si se tuviera ánimo bastante para combatir generosamente y sin flaquear, el mundo estaría poblado de santos. ¡Ahora que el valor!...

En la vida religiosa el combate tiene por objeto las pasiones. En ella se mete el mundo más de lo que se cree: penetra con el aire, y nuestros ojos y sentidos nos lo hacen sentir. Se dice que los malos sienten como por instinto a los malos; también los buenos sienten a los malos, pero según sea su punto flaco. Pronto se establece la corriente.

2.º Además de esta fuerza brutal también hemos de tener la de la paciencia. Ya sea que os hayáis dado a la vida de piedad en medio

del mundo, ya hayáis abrazado la vida religiosa, tenéis dado el gran golpe y habéis cortado el nudo gordiano con la espada de Jesucristo. Como habéis pasado el mar Rojo, está bien que entonéis un cántico de victoria; pero necesitáis paciencia para atravesar el desierto. A los judíos les faltó esta fuerza, que es la paciencia, y así se sublevaron contra el mismo Dios.

Pues bien, tened entendido que la verdadera fuerza no es la que asesta un golpe tremendo y luego descansa, sino la que uno y otro día continúa combatiendo y defendiéndose. Esta fuerza es la propia humildad, que no se desalienta ni se rinde. Como es débil, le acontece que cae; mas mira al cielo; pide a Dios socorro y se vuelve fuerte con la misma fortaleza de Dios. La tortuga de la fábula llegó antes que la liebre. El varón generoso que trabaja cada día sin descanso, aun cargado de más pasiones y defectos, llega antes que quien, con tener más virtudes y menos vicios que vencer, quiere descansar trabajando. Por eso serán derrotadas esas gentes que duermen tranquilas y, desdeñando los pequeños combates de cada día, esperan las grandes ocasiones para entrar en lid. Del propio modo una tierna vocación que no se apoya en la paciencia, se malogra desde los primeros días. Es fruto de la impaciencia el querer acabar cuanto antes, y la impaciencia echa a perder todo cuanto se emprende. Lo que pretenden es desembarazarse tan pronto como puedan de lo que traen entre manos; no lo confiesan, pero ese hermoso celo no es otra cosa en el fondo. Se quiere acabar para descansar: ¡pura pereza! Tal es la tentación ordinaria de los que mandan y dimana del orgullo y de la pereza. Uno quiere deshacerse de una cosa que ya está tratada y resuelta en su mente; como vengan a consultaros o hacer preguntas, contestáis con impaciencia, entendiendo que ya sabéis lo que os han de decir. ¡Poco importa que ande necesitado de luz el que viene a consultaros! Os fijáis en vosotros mismos. Todo eso es impaciencia. El paciente, al contrario; va al enemigo, le considera y responde sin dar muestra alguna de apresuramiento. Bien sabe dónde dar el golpe, y aguarda la gracia, dándole tiempo para entrar.

A todos nos es necesaria esta fuerza para combatir durante toda nuestra vida. Porque sin ella, ¿en qué vienen a parar la esperanza y la dulzura del servicio de Dios? Muchas gracias habéis recibido, pero no producirán mucho sino merced a la paciencia. No cuesta gran

cosa practicar un acto de paciencia; lo arduo consiste en ser fuerte y paciente en un combate incesante que ha de durar tanto como la vida.

Lo que nuestro Señor nos pide es fidelidad y sacrificio, nada más. Dios en su bondad nos retrotrae siempre al comienzo y deshace nuestro trabajo, de suerte que nos hace falta volver a comenzar cada día; ¡como nunca resulta bastante perfecto para Él...! Lo importante es que siempre nos quede paciencia, pues ella se encargará de conducirnos a término. El santo Job se ve despojado de todo; la paciencia, empero, le queda, y ésta es prenda segura de su corona, según lo atestigua el mismo Señor admirado: "No se ha impacientado: *In omnibus his non peccavit Job labiis suis, neque stultum quid contra Deum locutus est"* (Job 1, 22).

En este combatir de cada instante, en estas derrotas, el alma dice: ¡Esto no va bien, ni podrá ir nunca! Y viene la impaciencia y el desaliento. No busca otra cosa el demonio que queda bien contento con nuestras impaciencias. Examinaos sobre este punto; casi todos vuestros pecados proceden de ahí; me refiero a los pecados interiores. Descorazona el no alcanzar éxito y da ganas de abandonarlo todo si se pudiera. La paciencia es la humildad del amor de Dios. Por mí nada puedo, pero de todo soy capaz en Aquel que me fortalece. ¡Yo, nada; la gracia, todo! Es preciso saber tomar tiempo y meterse bajo tierra para crecer. Guardaos, por tanto, del desaliento, que es el manantial de casi todas vuestras caídas.

También hace falta ser paciente para con Dios y más aún para consigo mismo. Se lee en el Evangelio que el árbol que produce fruto es podado para que produzca más, aun cuando aparentemente eso le deslustre y le cause detrimento. Al religioso, al santo, Dios le poda por medio de las tentaciones. Cuando nos parece que vamos bien, nos paramos, como es natural; mas Dios quiere que digamos sin cesar: Todavía más; ¡adelante siempre! ¡Nos sabe tan bien el oír que amamos a Dios, sobre todo cuando nos lo dice y hace sentir el mismo Dios! ¡Pero Él no lo quiere!

Cuando estamos satisfechos o creemos tener la aprobación de Dios, ya no tememos nada; pero que se oculte, que nos parezca que ya no nos ama, que nos abandona y nos es contrario, y ya lo dejamos todo. ¡Se acabó la devoción; se cree uno condenado y se espanta! Dios obra de este modo, porque echamos a perder todo cuanto tocamos. Si nos dirige alguna buena palabra, al punto nos figuramos

haberla merecido y nos coronamos con ella. Lo que en realidad no era más que un aliento para nuestra flaqueza, nosotros lo reputamos justa expresión de nuestro merecimiento; así es cómo nos miramos a nosotros mismos, y nos perdemos convirtiéndonos en nuestro propio fin. Y como Dios nos ama con amor clarividente, en modo alguno puede prestarnos ayuda para nuestra perdición, por lo que nos quita la paz y pone en guerra para tener que trabajar. Es tiempo de fortaleza y de paciencia el que entonces se nos presenta, pues las pruebas que Dios nos hace sufrir directamente son mucho más dolorosas que aquéllas que proceden de las criaturas. Hay que armarse de paciencia con Dios diciendo: ¡Nada puedo, Dios mío, mas, aun cuando me matareis, en Vos esperaré! *Etiamsi occiderit me, in ipso sperabo!* (Job 13, 15). Y preciso es que nos mate en cuanto al hombre viejo, para que el hombre espiritual pueda vivir y comunicarse libremente con Dios.

¡Ea!, tomemos esto en consideración, porque han de llegar las pruebas. Sabed aguardar el momento de Dios; dejad que se maduren las gracias, tened paciencia; que ella es la que hace los santos.

LA MORTIFICACIÓN, SIGNO DEL ESPÍRITU DE JESÚS

Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali
"Traemos siempre en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestro cuerpo" (2Co 4, 10)

Nuestro Señor vino para curarnos y comunicarnos una vida más abundante. Somos por naturaleza enfermos; dentro de nosotros llevamos el germen de todas las enfermedades espirituales, y no necesitamos del demonio para caer en el pecado, dado que nosotros mismos tenemos el poder de condenarnos. No ignoro que el demonio nos tienta; pero las más de las veces se vale de nosotros mismos para tentarnos; está en connivencia con nuestros enemigos interiores y guarda inteligencias con la plaza donde halla un eco fiel. El pecado original deja malas inclinaciones, que actúan con más o menos fuerza según sea el grado de nuestra pureza y fortaleza; con todo, no siempre dependen en absoluto de nosotros las tentaciones.

A estas tentaciones, a las que nosotros mismos dotamos de medios, hay que añadir aquellas otras que proceden de las circunstancias en que nos encontramos, del demonio, y alguna que otra vez de la permisión positiva de Dios. No está en nuestra mano el no ser tentados; de donde se sigue este principio, que hay que curarse y llenarse de una vida sobreabundante, capaz de resistir y combatir sin agotarse; el mayor mal consiste en estarse quedo y seguro de sí mismo. Tan pronto como digo: Estoy perdonado y ya vivo, vuelvo a caer.

Para curarse y vivir de veras es necesario posesionarse del espíritu de nuestro Señor y vivir de su amor; el amor hace la vida y el espíritu forma la ley de las acciones y de los sentimientos. Ahora bien, este espíritu no es otra cosa que la mortificación, ya sea de penitencia, ya de amor. Todo lo demás es mentira y adulación.

Compulsad la vida de nuestro Señor; en cada página os encontraréis con la mortificación: mortificación de los miembros, desprendimiento, penas interiores, abandono, contradicciones; la mortificación es la esencia de la vida de nuestro Señor, y por ende, del cristianismo. Bueno es amar; pero el amor se prueba con el sacrificio y el sufrimiento.

I

La mortificación sanará mi cuerpo, que arrastra consigo toda suerte de enfermedades. El cuerpo está profundamente herido y carece de su robustez primitiva; cada uno de sus movimiento es un paso hacia la muerte y la descomposición; corrupción es también la misma sangre.

¿Cómo restituir salud y fuerzas a tal podredumbre? Los antiguos decían que con la sobriedad; mas el Evangelio dice que con la mortificación, en la cual tan sólo se encuentra la vida del cuerpo. Los que sin tener fe quieren prolongar la vida, obran conforme a razón y son sobrios. ¡Cuán cobardes no seríamos si con la fe y la gracia no hiciéramos lo que ellos por amor de la vida!

Aun para aquellos que, como los religiosos, llevan por estado una vida sobria, resulta muy fácil hermanar el espíritu de penitencia con sus pobres manjares. Lo cual es necesario para todos, por cuanto no estamos exentos de faltas cotidianas, a más de que tenemos que reparar por otros. Mortifiquémonos, pues, no ya tanto respecto de la cantidad como en la calidad y el sabor. No estamos al abrigo de las tentaciones de gula, y si no supiéramos hallar ocasiones para mortificarnos, careceríamos del espíritu de penitencia y, por consiguiente, del de nuestro Señor.

Nuestro cuerpo, que no es enemigo tan despreciable, sufre calenturas y las quiere comunicar al alma, por lo que hay que curarlas con remedios contrarios, y la verdadera quinina que vuelve a calmar nuestros humores regularizando sus movimientos es la mortificación. Sólo a fuerza de cadenas se doma el cuerpo; refunfuña al atársele, pero al fin y al cabo se le ata. En cuanto al alma, lástima que viva entregada al cuerpo que la cautiva con apetitos sensuales; los males del alma proceden sobre todo de los objetos exteriores, con los que sólo por medio del cuerpo está en contacto; sus distracciones reñidas con toda paz no nacen sino de lo que ha visto, y la imaginación,

órgano corporal, es un pintor miserable y felón. Cuanto más santa sea la acción que ejecutéis, tanto más abominables cosas os pinta este traidor vendido a Satanás. En casa se es menos tentado por la imaginación que delante de Dios, lo cual obedece a que allí el espíritu se recoge menos y no tortura tanto los sentidos para sojuzgarlos. Nada extraño, por tanto, que haya quienes se quejen, no sin algún viso de razón, de que les basta ponerse en oración para que sean tentados; claro, es natural que en estos solemnes momentos ataque la naturaleza corrompida con más saña para conservar su imperio.

Es menester vigilar sobre los sentidos exteriores. El pensamiento o la imagen mala que no se apoya en visión precedente de un objeto deshonesto, dura poco; en tanto que si el ojo se ha complacido en la consideración de ese objeto, la imaginación lo reproducirá sin cesar, mientras no se pierda enteramente su recuerdo; hay para meses, quizá para años, según lo vemos en san Jerónimo, a quien el recuerdo de la Roma pagana iba a turbar después de muchos años pasados en la más austera penitencia.

Tengamos siempre presente que nunca seremos dueños de nuestros pensamientos como no lo seamos de nuestros ojos. Por sí sola poco se tienta el alma; bien es verdad que encierra en sí el foco del pecado original; pero los medios del mal los proporcionan los sentidos, de los que el cuerpo es dócil artífice para el mal. Así lo prueba el hecho de que el niño no experimenta nuestras tentaciones, porque sus sentidos no se han abierto aún al mal. ¿Qué deberemos, pues, hacer? Ver sin ver, mirar sin mirar, y si hemos grabado en nuestra imaginación un retrato, debemos borrarlo, olvidándolo por completo. Quizá sea bueno el corazón; mas los sentidos le hacen volver a donde les plazca. Hasta el mismo niño, que ve sin comprender, si se ha grabado una imagen mala, sentirá más tarde que sus recuerdos despiertan y las miradas deshonestas de otro tiempo vuelven a aparecer en su imaginación para atormentarle. Tapémonos, pues, los ojos y los oídos con espinas que nos hagan sentir su punta afilada para impedirnos que sintamos llamas del horno impuro; si hacemos así, las tentaciones sólo conseguirán purificarnos más. Allá va el corazón donde está el pensamiento; nuestro corazón amará a Dios o al mundo según seamos de Dios o del mundo por nuestro espíritu, que, de la imaginación saca materia para sus conceptos.

Algo es el mortificarnos así para evitar el pecado, cosa que nos exigen por igual la justicia y nuestra propia salvación; pero pararnos ahí como seguros es prepararnos una derrota; más hemos prometido que es llegar hasta la mortificación de Jesucristo. Aun cuando no tuviéramos ninguna razón de justicia, debiéramos mortificarnos por complacerle, porque Él mismo lo hizo para complacer a su Padre. Tal es la mortificación positiva que debe inspirar toda nuestra vida, convirtiéndose en ley de la misma. Buscad en nuestro Señor la virtud que queráis, y veréis que va impregnada de penitencia; y si a tanto no llegáis, os priváis del corazón mismo de la virtud, de lo que constituye toda su fuerza. Es perder el tiempo tratar de ser humilde, recogido o piadoso sin la mortificación. Dios permite que todas las virtudes nos cuesten trabajo. Puede que hoy sintáis poco el sacrificio, porque Dios os quiere atraer por medio de la dulzura, como a los niños; pero esperad hasta mañana, que propio de la naturaleza misma de la gracia es crucificar. ¿Que no sufrís? ¿No será porque no tomáis las gracias del calvario, que es su verdadera y única fuente? El amor de Dios no es más que sacrificio. ¡Oh cuán lejos lleva esto! Mortificar los sentidos es ya algo, pero mortificarse interiormente es el coronamiento del espíritu de penitencia de Jesús en nosotros.

II

Muy pobre habría de ser nuestra corona, si hubiera de componerse solamente de sacrificios exteriores, porque ¡es tan corta la vida! Afortunadamente el hombre trabaja con mucha mayor actividad que el cuerpo y que Dios. Queriendo hacernos adquirir sumas inmensas de méritos para más gloriosamente coronarnos, nos da medios para sacrificarnos en cada uno de nuestros pensamientos y afectos, siendo así perpetuo el movimiento que nos lleva a Dios. Si fuésemos fieles a su inspiración y llamamiento, veríamos que los sacrificios que nos pide son infinitamente numerosos y cambian a cada instante del día. No pide que se traduzcan en actos exteriores todas las inspiraciones que nos da para sacrificarnos, pero sí que las aceptemos en nuestra voluntad y que estemos dispuestos a ponerlas en práctica si lo exigiera. Para lo cual no hay qué apegarse a un estado de alma particular más que a otro, sino poner la propia voluntad en la de Dios y no querer sino lo que Él quiera y cuanto Él quiera.

El que está gozando, siempre quisiera gozar, mas no es éste el designio de Dios; hay que saber dejar el goce y tomar la cruz: acordaos de la lección del Tabor. Muchos hay que quisieran servir a Dios tan sólo por la felicidad que va aneja a este servicio; si el tiempo de la adoración no se les pasa gozando, se quejan y dicen: ¡No sé orar! ¡Falso! ¡Sois sensuales y en eso consiste todo! El defecto mayor en que incurren las almas piadosas es el ser sensuales respecto de Dios: cuando os comunique alegría, disfrutad de la misma, que nada mejor puede haber, pero no os apeguéis a ella; si en cambio se muestra duro, humillaos, sin desanimaros por eso; la máxima que debéis tomar por principio y regla de conducta es que se debe amar a Dios más que sus dones. Cuando san Pablo, cansado de la vida a causa de las tentaciones infernales que le asaltan, ruega a Dios le libre de ellas: "No, contesta el Señor, te basta mi gracia, que mi poder resplandece en la flaqueza" (2Co 12, 9). Estas palabras consuelan y confortan al Apóstol, haciéndole decir más tarde: "Reboso de gozo en medio de las tribulaciones que por doquiera me rodean" (2Co 7, 4).

En la tribulación y en la mortificación interior es, por tanto, donde se encuentra alegría durable y no en los consuelos, siquiera sean espirituales. Es ley que sólo el alma penitente goce de Dios, porque el alma, que en todo se somete a Dios, tiene también sometido el cuerpo, único medio de que haya paz. No bien se ha hecho un acto de penitencia, un sacrificio, cuando inunda nuestro corazón la paz que Dios da en proporción de nuestra mortificación. La mortificación de penitencia, de justicia, por el pecado, devuelve la paz a la conciencia, lo cual es efecto de la justicia divina aplacada; la mortificación de penitencia y de amor da alegría, paz divina, suavidad, unción, algo indefinible que transporta al alma y la arrastra como fuera de sí misma, que espiritualiza al mismo cuerpo hasta tal punto que el alma va a Dios por el éxtasis, olvidándose de que aún está encerrada en un cuerpo, según se ve en los santos. Haced experiencia de lo que os digo, a saber: que la paz del alma guarda proporción con la mortificación; y si llegáis a practicar la virtud en medio del goce y por el goce, podréis decirme que he mentido. Fijaos en los mártires que rebosaban de júbilo y cantaban cánticos de alegría en medio de los más atroces tormentos. ¿No sentían el sufrimiento? Vaya si sentían; mas el fuego del amor interior excedía con mucho

las llamas que consumían su cuerpo.

Tengamos presente que el verdadero camino de la santidad es la mortificación. Dios no nos pide sino que nos vaciemos de nosotros mismos, reservándose para sí el llenar el vacío producido: *Dilata os tuum et implebo illud* (Ps 80, 11). Porque el amor propio es un concentrarnos en nosotros mismos, es estar llenos de nosotros mismos. La santidad es cuestión de mortificación.

¿Que eso cuesta? Ciertamente. La paz es el premio de la guerra hecha a la naturaleza. No puede Dios dar paz sin luchar; de lo contrario, nos daría motivo para ilusiones. La paz nos la dará Él cuando el espíritu de penitencia nos haga más fuertes y cuando le amemos más por lo que es Él mismo que por sus dones.

Aceptemos, pues, el plan de Dios. Nuestro Señor quisiera entrar en nosotros por su verdadero espíritu, que es la mortificación; se presenta incesantemente y aguarda con divina paciencia; todo lo encuentra lleno; todas nuestras puertas le están cerradas; nos abandona porque nos encuentra tan llenos de nosotros mismos y tan sensuales en nuestra vida exterior y espiritual, que nada puede hacer.

LA VIDA DE LA NATURALEZA Y LA VIDA DE LA GRACIA

Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu
"Tened los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo" (Fil 2, 5)

La vida de amor no es sino el vivir Jesucristo en nosotros su mayor enemigo es el amor propio. Así que tenemos en nosotros dos vidas, natural la una, y la otra sobrenatural. Si de veras queremos ser de Jesucristo, es preciso que ésta triunfe y que aquélla sea vencida, cambiada, transformada en vida divina, en esa vida que anima al justo: *Justus meus ex fide vivit.* Veamos qué es la vida natural para después compararla con la de Jesús en nosotros, de lo cual inferimos cuán necesario nos es vivir con Jesús para vivir de Él.

I

La ley de la vida natural es el espíritu propio, el espíritu personal; su divisa es: todo para mí; sus medios, los que le proporciona la sabiduría humana; sus luces, las de la razón natural; su fin, todo para mí y para el momento presente.

La ley de la vida sobrenatural es, al contrario, el espíritu de fe; sus medios, la gracia de Jesucristo y su ley; su fin, la gloria de Dios. Es lo que decía san Agustín: "La ciudad del mundo comienza por amarse a sí misma y acaba por odiar a Dios; la ciudad de Dios comienza por amar a Dios y acaba odiándose a sí misma".

La vida natural se desliza en la piedad y por el claustro, y se encuentra por dondequiera. He aquí los caracteres por los que se la conoce:

1.º Naturaliza todo cuanto puede las acciones sobrenaturales. Las comenzamos por Dios y las acabamos por nosotros mismos; hemos dejado que nuestras miradas se desvíen y nuestra intención se vicie, de suerte que nuestros actos no son ya cabales ni perfectos a los ojos de Dios: *Non invenio opera tua plena* –porque veo que tu conducta no es perfecta delante de mi Dios (Ap 3, 2). La diferencia

entre dos actos radica, por consiguiente, en la intención: la una, hecha por Dios, es santa y divina, en tanto que la otra, hecha para nosotros mismos, resulta inútil para el cielo y acaba con nosotros.

2.º Naturaliza las virtudes cristianas y religiosas. Puede uno muy bien hacer actos de todas las virtudes morales, sin que haya una sola de entre ellas que cuente ante Dios. Es una verdad que enseña la experiencia. ¡Qué desdicha! La falta de elemento sobrenatural vicia nuestras virtudes y las torna estériles: les falta el estar unidas a la divina vid, sin cuya savia nada podemos para el cielo.

3.º Somos naturales en nuestras gracias de piedad y de vocación cuando andamos sólo en pos del honor, de la dulzura, de la gloria, y rehusamos el sacrificio que nos ofrecen y piden.

4.º Naturalizamos el amor de Jesucristo cuando le amamos por nosotros mismos; en lo que nos halague y redunde en gloria nuestra, y no en lo que nos humille y nos mantenga ocultos; cuando nos amamos a nosotros mismos en Jesucristo.

5.º Hasta en la Comunión se nos desliza el elemento natural, cuando en lugar de buscar la fuerza y la virtud que contiene, sólo andamos tras la dulzura, el reposo y el goce que nos queda proporcionar.

"Natura collida est... et se semper pro fine habet: La naturaleza es de suyo astuta y a sí misma se propone siempre por fin" (Imit. L. III, c. 55, n. 2).

¡Qué poder más espantoso el nuestro, que nos permite disminuir y rebajar así los dones de Dios haciendo que sean naturales e inútiles, o de poco fruto sus gracias sobrenaturales y divinas!

¿Cómo reconocer en sí misma esta vida puramente natural? Viendo cuáles son sus principios y motivos determinantes. ¿Por quién, por qué obramos?

Pero confieso que es difícil: *Natura callida est;* es grande la astucia del amor propio y sabe ocultar sus artimañas; se esconde, se disfraza bajo buenas apariencias, y como en todo lo que hacemos hay algo bueno, como también algo malo, nos muestra sólo lo bueno: *Passione interdum movemur et zelum putamus,* creemos obrar por celo puro y desinteresado, siendo así que es el amor propio el que nos mueve.

Prácticamente, la norma de la naturaleza es buscarse a sí misma y tender a gozar. En esto la conoceréis, así como también en

el fin que se propone, pues ambiciona descansar siempre y no depender de nadie, obra con rapidez por librarse cuanto antes: sólo lo que le place hace con gusto.

Un santo, un varón sobrenatural, es austero en el deber y no siempre simpático, porque el continuo luchar le hace duro para consigo mismo y alguna vez también para los demás.

Un cristiano que vive con arreglo a la naturaleza es amable, honrado y diligente; ha naturalizado las virtudes, goza de ellas, no tomando sino lo que le pueda hacer amable para con los demás.

Lo natural, tal es nuestro enemigo; es un ladrón, un Dalila, el demonio; halla medio de hacer humana una vida divina y natural una vida de fe, de sustituir el amor de Dios por el amor propio, de remplazar el cielo por la tierra.

II

Es por lo mismo necesario revestirnos de la vida sobrenatural de Jesús en el juzgar y en el obrar, en los efectos, en todos los estados del alma.

1.º Los pensamientos del hombre natural van inspirados en el *yo* y se enderezan al *yo,* porque todo pensamiento natural procede del amor propio, que no se mueve sino conforme al interés de las pasiones.

Al contrario, el hombre sobrenatural tiene su mira puesta en Dios. ¿Qué piensa Jesucristo de esto o de aquello?, se pregunta, y así conforma su pensamiento con el del maestro. Piensa con arreglo a la gracia de Dios; tiene así como un instinto divino con el que discierne los pensamientos naturales y terrestres, penetrándolos y desbaratando sus ocultos designios; y si por ventura llegara a seguirlos por algún momento, experimenta cierta pena y desorden interior que le advierten que tiene que levantar el corazón hacia lo alto: *Quae sursum sunt sapite.*

2.º El que obra naturalmente juzga de las cosas según las sugestiones de los intereses personales, del amor propio, del bienestar, de la sensualidad, rechazando, combatiendo o mostrándose indiferente por lo que cuesta.

El varón espiritual para juzgar se fija en Jesucristo, en su palabra cuando ha hablado, o bien en los ejemplos que ha dejado; y cuando todas estas voces se callan, consulta la gracia del momento: *Sicut*

audio judico –Yo juzgo de acuerdo con lo que oigo (Jn 5, 30), como me lo dicta mi Padre así lo juzgo yo, decía nuestro Señor, y ésta es también la norma del varón sobrenatural, que juzga bien porque Jesucristo es su luz, no queriendo en todas las cosas más que la gloria de Dios y su servicio: *Et judicium meum justum est, quia non quaero voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me* –y mi juicio es justo, porque lo que yo busco no es hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió (Jn. 5, 30).

3.º En su conducta el hombre natural no se presta más que a los que es simpático. ¿Qué gano con esto o con aquello? Quiere gozar de lo presente y hasta cuando trabaja.

El hombre sobrenatural obra para Dios y no para sí. No se encierra en el acto mismo, sino que mira a Dios sin adherirse a otra cosa que al fin superior que le mueve a obrar. No se para en la acción, sino en el fin de la acción, que es Dios. Por eso es siempre libre de sus actos. Sólo la divina voluntad del momento decide lo que debe hacerse, obrando o dejando de obrar según lo que dicte. Como a sólo Dios busca, le encuentra en todo.

Además está dotado del instinto de lo que agrada más a Dios. Que se le presenten dos cosas por hacer: pronto discierne la mejor y la más agradable a Dios, si la elección depende de su libre elección.

4.º Por último, el hombre natural se apega servilmente a los estados interiores que le son simpáticos; como disfrute de paz en la oración, ni aun para cumplir con la obediencia o la caridad querrá dejarla; así también para los demás estados de alma o de vida en que se encuentra: para quedarse tranquilo, rechaza todos los que sean contrarios a su bienestar natural. Mas haga lo que hiciere, y a pesar suyo, siempre se encuentra en guerra porque Dios no permite que goce apaciblemente de su fin natural.

El varón sobrenatural ama todos los estados en que Dios le pone y de todos ellos saca bienes, pues sabe encontrar en los mismos la gracia, la virtud y la gloria de Dios. En una palabra, vive de Jesucristo. Jesucristo es su medio divino.

III

Además de esto –y ello vale más todavía–, vive de Jesucristo y en Jesucristo, formando sociedad de vida con Él. Sociedad perfecta en que se encuentran todas las condiciones de una sociedad decorosa.

1.º La honradez de los miembros de la sociedad. Jesucristo es seguramente honorable; digámoslo mejor, adorable. –Mas nosotros, ¡oh!, nosotros, ¿qué título podemos presentar? Jesucristo se contenta con el estado de gracia, con tal que seamos puros y delicados. Él suplirá todo lo demás, porque la gracia, al hacernos hijos de Dios y templos del Espíritu Santo, nos une a Jesucristo como miembros suyos y le permite emplearnos como tales en su grande obra. Mas si nos mancha el pecado mortal, ¡qué desdicha la nuestra! La sociedad queda rota, porque nos falta la honorabilidad necesaria para que Jesús pueda formar sociedad con nosotros.

El pecado venial, aunque no la rompe por completo, hace que la sociedad sea imperfecta y lánguida; molesta a Jesucristo, debilita el lazo de la mutua unión. ¡Oh! Seamos puros, siempre puros aun de pecados veniales, lo cual, por otra parte, es fácil por cuanto podemos purificarnos nosotros mismos con actos de amor o haciendo uso de los sacramentales. Cuanto más puros seamos, tanto mayor será nuestra honorabilidad y tanto más estrechas nuestras relaciones de sociedad con Jesús, porque el grado de pureza da la medida del grado de unión con nuestro Señor.

2.º La segunda condición de una sociedad es que cada miembro aporte fondos para constituir el capital social.

Jesucristo trae todo cuanto tiene y todo cuanto es, todos los tesoros de la gracia y de la gloria; para decirlo en una palabra, trae a Dios.

En cuanto a nosotros, debemos aportar todo lo que hemos recibido en el bautismo, todas las riquezas de la gracia santificante y los magníficos dones gratuitos que nos comunica el Espíritu Santo al tomar posesión de nuestras almas, así como también todo lo que hemos adquirido en punto a ciencia, virtud y merecimientos: ¡todo!

Lo que garantiza la duración de la sociedad es que nunca tocaremos al capital ni a los beneficios, hasta que la sociedad se disuelva con la muerte; que nunca volveremos a tomar nada. Examinémonos a menudo sobre esto. Algunos dan más y otros menos; el religioso, por ejemplo, da la libertad, renuncia a poseer bienes temporales y a amar como fin una criatura ni aun por Dios, y por lo mismo que ha dado más logra también mayor ganancia; sea cual fuere el contingente que hayamos aportado, seamos fieles en no tocarlo ni aun en pequeña cantidad.

3.º Finalmente, cada miembro de la sociedad debe prestar su cooperación personal a la obra común, una cooperación abnegada y desinteresada. Nosotros entregamos nuestro trabajo y nuestra fatiga. También Jesucristo trabaja en nosotros y por nosotros; Él es quien nos sostiene y nos dirige; sin Él nada podríamos hacer; seamos tan fieles y tan diligentes como Él en trabajar para la obra común, para la gloria de su Padre; no le faltemos nosotros nunca, que lo que es Él nunca nos ha de faltar. Ved cómo describe su acción en nosotros: se llama vid de la viña, y a cada uno de nosotros, que somos sarmientos, da vigor y fecundidad.

Más aún, nos asegura que si queremos formar sociedad con Él, cuanto quisiéremos, cuanto pidiéremos a su Padre, Él, Jesús, lo ha de hacer: *Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio* –Y yo haré todo lo que ustedes pidan en mi Nombre (Jn 14, 13).

Por último, nos conjura a morar en su amor, de igual manera que Él mora en el amor de su Padre, donde realiza todas las obras que le ve hacer. Morar en su amor es, por tanto, participar de su poder de operación, obrar por Él y en Él, y siendo esto así, ¿qué no podemos hacer? *Omnia possum in eo qui me confortat:* todo lo podremos en este divino centro, que nos comunica su poder infinito.

REGLA PRÁCTICA DE VIDA SOBRENATURAL

In via vitae non progredi, regredi est
"En el camino de la vida no adelantar es retroceder" (San Bernardo)

Es ley del orden natural que la vida se manifiesta con el movimiento, lo cual ha llegado a ser un axioma. Así, para definir la materia inerte y sin vida, se dice: es lo que no tiene movimiento. Todo ser vivo se mueve; hasta las plantas y los árboles se mueven con continuo movimiento de ascensión y de expansión; las mismas aguas, aunque carecen de vida, cuando les falta el movimiento se convierten en infectos pantanos y ni el fuego podría durar sin la corriente de aire que hace subir las llamas hacia los cielos.

Otro tanto pasa en el orden intelectual. El que ya no aprende ni provoca cada día, como un flujo y reflujo: de la inteligencia a los conocimientos que ha de adquirir y de los conocimientos a la inteligencia, resultará ignorante; sólo con el ejercicio se fortalece la memoria. Tiempo ha que se dijo esto, y con harta verdad por cierto.

¿Pasará también otro tanto en el orden sobrenatural? Sin género de duda que sí. Dios es uno, y todas las leyes que ha establecido siguen un mismo curso y presentan unos mismos caracteres; lo único que hace es modificarlas un tanto según sea el orden en que han de obrar. La señal de nuestra vida sobrenatural será, por consiguiente, el movimiento hacia adelante, el progreso.

A lo que este progreso debe tender es a la perfección, y como nunca hemos de llegar a ella, nunca tampoco debe cesar. Las instrucciones que da Jesucristo sobre la perfección prueban que el progreso, el movimiento hacia adelante, es necesario; así lo atestiguan sus expresiones: "Venid, seguidme; andad mientras tengáis luz". Y en la antigua ley Dios dijo a Abrahán: "Anda delante de mí y sé perfecto".

Nuestra marcha espiritual ha de dirigirse, pues, hacia la perfección de Jesucristo, que es copia perfecta y acabada de la

perfección del mismo Dios: “Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto”. Y como quiera que es imposible alcanzar nunca la plenitud consumada de esta perfección, estamos obligados a caminar siempre; nunca debemos dejar de trabajar creyendo haber llegado al término.

Ahora bien, los medios de perfección que Jesucristo nos propone consisten en observar la ley y los consejos.

Nadie está dispensado de practicar la ley; por obligación de vocación están, además, los religiosos, obligados a practicar los consejos.

Las personas piadosas del mundo, ¿no deberán también aplicarse a la observancia de estos consejos? Obligación absoluta para ello no la hay, es cierto; pero ved el peligro que tienen esas personas que no quieren practicarlos, contentándose con la ley. Si os contentáis con la ley, les he de decir, nada se os puede reprochar; el pecado no consiste más que en la infracción de la ley, y como los consejos no lo son, no pueden obligaros so pena de pecado. Todo esto está muy bien. Pero he aquí que llega una tempestad, el demonio lanza contra vosotros ejércitos y las tentaciones son más frecuentes e imperiosas. ¿Cuánto tiempo podrá vuestra alma resistir al sitio, sin otra muralla que la ley? No mucho, seguramente. La primera brecha que se abra será decisiva y bastará para entregar la plaza, en tanto que si estuvierais rodeados de la triple muralla de la devoción, de la oración habitual y de la ley, antes que el enemigo derribara las tres, tendríais tiempo para recurrir a nuestro Señor y llamarle a vuestro socorro: *Domine, Salva nos, perimus* –¡Sálvanos, Señor, nos hundimos! (Mt 8, 25).

En lo que concierne al religioso, está obligado a los consejos evangélicos por sus votos y por su regla que los expresa. La regla, empero, no prescribe explícitamente toda la perfección posible. Si se atiene tan sólo a la letra y no penetra su espíritu; si no trata de desentrañar toda la perfección que implícitamente encierra, es decir, la misma perfección de Jesucristo, le sucederá una desgracia análoga a la que he anunciado a las personas del mundo que se quieren ajustar sólo al rigor de la ley: ¡No será más que un cadáver de religioso!

Es, pues, necesario no darse nunca por satisfecho con lo que se tiene, sea cual fuere la condición en que uno se encuentra, sino progresar siempre. El cesar de progresar es señal cierta de decadencia

y de muerte próxima, de la misma manera que una saeta que ya no sube, baja infaliblemente y cae en el polvo.

Quizá os digáis después de esto: ¡Qué doctrina más espantosa! ¡De manera que muero, cuando dejo de progresar! ¡Y, por mi parte, ni sé siquiera si adelanto o retrocedo...! ¿Qué señales me lo darán a conocer? –Van algunas.

II

¿Tenéis alguna porción del campo de la perfección por roturar? ¿Os habéis fijado de una manera bien precisa en el defecto que queréis combatir o en la virtud que habéis de adquirir? Si habéis obrado así, progresáis; si tan luego como acabáis por un lado, comenzáis por otro, no tengo inquietud alguna sobre vuestra suerte, pues dais señales seguras de que adelantáis. La prueba de lo que digo es que cuando os sentís fervorosos, sabéis muy bien decir: Es evidente, me falta la virtud; ese vicio me afea, del propio modo que una zarza afea una heredad. Y al punto os imponéis como un deber el extirparlo, sin dejar de trabajar hasta haber triunfado. Nada más cierto ni más conforme con la experiencia: consultad vuestra propia vida.

Si, al contrario, decís: No tengo empeño en practicar ninguna virtud en particular; prefiero estar bien dispuesto con unión general con nuestro Señor, no siento necesidad alguna de practicar tal o cual acto de virtud en particular; me contento con practicarlas todas en general, según se presente la ocasión, ¡oh!, ese es el lenguaje de la pereza. Nunca querréis ver la ocasión. Así es cómo habla uno cuando está dominado por la pereza y no tiene valor para hacer uso del hacha y de la segur.

–Yo ya amo a Dios. –Si no pasáis de ahí, sois unos perezosos y os perderán vuestros buenos sentimientos, esos deseos que no sabéis concretar. Estos buenos deseos son los que condenan al perezoso, y el infierno está empedrado de buenos deseos, que por flojedad no han llegado a ser eficaces; son como flores de otoño, que no producen fruto porque les falta el calor vivificante del sol de amor. Además de cobardía, este proceder envuelve en el fondo un escarnio. No es la perfección cosa que se coge con echar una vez la red, sino mina que sólo a trechos muestra un filoncito, y eso después de haber cavado hondo y por mucho tiempo. ¿Qué diríais de un hijo que tratara de

convencer a su madre de que la ama, si al mismo tiempo rehusara demostrárselo con su conducta y con la diligencia en prevenir sus deseos? Pensaríais que no ama de veras a su madre o que la ama por su provecho personal, y con harta razón. ¡Cuántas almas se engañan en este punto! Amo a Dios, quiero hacer cuanto me diga. Sí, pero con la condición de que no os pida nada, pensáis en el fondo del corazón sin confesarlo. Cuando cae en la tibieza un alma que antes tuvo buenas resoluciones bien seguidas, se encuentra precisamente en este estado vago e indefinido. Contando con la fuerza de las antiguas resoluciones, no se molesta en renovarlas o en formar nuevas para las nuevas necesidades, sino que se contenta con quedarse en esa vaga disposición de hacerlo todo según las ocasiones, aunque sin poner nunca manos a la obra. Mirad a vuestro interior, recordad los días de tibieza, y palpareis con el dedo la verdad de lo que os acabo de decir.

Decía san Bernardo a sus religiosos: *Non est perfectum nisi particulare:* no se llega a la perfección sino particularizando y de detalle en detalle. Y eso que ellos estaban aún en el fervor de una reciente reforma. Bien sabía aquel gran santo que después que el fervor nos ha hecho combatir con un enemigo preciso y particular, viene la tibieza a hacernos pactar en definitiva con todos, so pretexto de combatirlos todos a la vez, siquiera lo haga sin caer nosotros en la cuenta.

El único medio de escapar a ese ardid es volver a nuestra primera resolución particular. Después de haber censurado el Señor a uno de los siete obispos del Apocalipsis, que comenzaba a relajarse, díjole: "Vuelve a tus primeras obras, haz lo que hacías antes, *prima opera fac* (Ap 2, 5), que si no, voy a ti y removeré tu candelero de su sitio". Sí, prefiero ver que sufrís derrotas combatiendo un vicio particular y concreto, que ver no sois vencidos nunca, porque combatís todos los vicios a la vez, o, lo que es lo mismo, ninguno.

2.º La segunda señal no excluye la primera, aunque se extienda más, y consiste en un deseo sincero y eficaz, de obrar cada vez mejor, en un temor eficaz de ofender a Dios, que nos lleva a evitar realmente las menores faltas con el mayor esmero. Es lo que nuestro Señor expresaba con estas palabras: *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam:* Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. Esta segunda señal indica un progreso más rápido que la primera, y a este divino fin debemos tender. No estamos obligados a eso, diréis acaso.

Mas si creéis haber hecho lo bastante, sois indignos de los favores divinos, indignos de arrodillaros a sus pies en ese reclinatorio. ¡Cómo! ¿Creéis haber colmado la medida delante de un Dios cuyo amor ha llegado hasta la locura? ¡Si lo que hacéis no bastará tal vez ni siquiera para pagar las deudas de justicia que con Él tenéis contraídas! ¿Y qué decir de las deudas de amor? ¡Oh! ¡Desdichado del que crea haber hecho lo bastante! Ese tal está ya parado, no va adelante, sino que retrocede.

Notad la diferencia entre este hambre de la justicia, este vivo deseo de la santidad y el deseo de que hablábamos más arriba; el primero es una especie de satisfacción, de contentamiento, de confianza en sí mismo, que desdeña tomar medios particulares y aguarda las ocasiones con la esperanza de corresponder a ellas, mientras que el segundo las busca y hace que nazcan, pues las industrias del amor son innumerables.

3.º Finalmente, estas dos señales no siempre pueden percibirse a primera vista. Tan cargado está a veces el cielo y tan violenta es la tempestad, que resulta difícil distinguir algo en la propia alma. ¿Cómo saber entonces si progresamos?

Contesto ante todo que estos estados son pasajeros, ni tienen otra razón de ser que la de purificarnos. Es bueno pensar de vez en cuando que no se hace nada, porque este pensamiento es como un aguijón que nos estimula a redoblar el paso. En todo caso, aun en medio de las tinieblas, por oscuro que haga en nuestra conciencia, siempre queda cierta seguridad de no haber retrocedido, y esta seguridad que conserva la paz en el fondo de nuestra alma es la tercera señal de que se va progresando, porque es fácil concebir que si se conserva la certeza íntima de no haber retrocedido, aunque sea uno atacado y turbado, esta certeza está sólidamente fundada. Por lo que no habéis de inquietaros sobre las consecuencias de esas tentaciones y sobre el estado de vuestra alma, pues esta tercera señal es la más segura y casi infalible.

Así que no adelantar es retroceder, y retroceder equivale a estar muerto y haber perdido todo lo que con tanto trabajo se había adquirido. Cerciorémonos, pues, de si adelantamos o nos quedamos estacionarios, mediante las señales indicadas más arriba; y si alguna de estas señales es menos expedita, otra será adecuada. Tomemos resoluciones muy precisas, muy determinadas, para corregirnos de

nuestros defectos o adquirir las virtudes que nos faltan; añadamos a esta primera medida un ardiente deseo de amar más y más y de evitar hasta las menores apariencias de pecado. Así progresaremos sin nunca pararnos, hasta llegar al solio de la patria celestial, donde cesará todo progreso, porque seremos absorbidos en Dios.

Tercera serie

LA EUCARISTÍA
Y LA VIDA CRISTIANA

Comprende el "Directorio de los afiliados del Santísimo" y "Consejos de vida espiritual"

PRÓLOGO

DIRECTORIO DE LOS AFILIADOS A LA CONGREGACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

El fundador de la Congregación del santísimo Sacramento tuvo desde el principio la idea de una asociación seglar, destinada a extender en las almas cristianas el espíritu y la gracia eucarística de su instituto. Trazó su plan, formuló sus reglas y la estableció él mismo en varios puntos.

Es la "Agregación del santísimo Sacramento", grano de mostaza en su origen; pero que, extendiéndose cada día por el mundo entero, agrupa en torno a los tabernáculos y a los tronos de exposición perpetua un número crecido, de piadosos adoradores, deseosos de montar a nuestro Señor una "guardia de honor" eucarística.

Lo que se ignora es que el autor, no contento con trazar la organización de su obra, quiso también fijar su espíritu, comentar sus diversas prácticas, y de esta suerte, proponer a los afiliados todo un plan de piedad y de vida interior.

De ahí el "Directorio de los Afiliados", obra en la que trabajó el Santo muy cuidadosamente, por juzgarla como el código de las almas atraídas por la gracia al culto y al amor dominantes de la Eucaristía. Sorprendido por la muerte, no pudo darle el último retoque; no obstante, las notas que dejó son bastante completas para formar un todo y cumplir perfectamente con el fin establecido.

La primera parte, que es la más importante, por tratarse en ella de los deberes para con la sagrada Eucaristía, está ampliamente desarrollada. Particularmente, lo que concierne al amor eucarístico –que ha de ser el alma vivificadora de todo el culto del augusto Sacramento–, merece ponerse entre las páginas más admirables que

se hayan escrito sobre el amor divino.

Creemos que su publicación será útil para todos; se reconocerán ciertamente en ellas las cualidades propias de su autor: la sencillez y la gracia ingenuas, que penetran en el alma suavemente y sin esfuerzo; algunos términos atrevidos, que la mueven y la elevan; una fe viva que parece penetrar los velos del misterio y contemplar su adorable realidad, y *sobre todo un amor generoso, entusiasta, que se enciende a cada palabra y desborda a raudales.*

Por dejar en su espontaneidad natural estas expansiones amorosas, hemos respetado religiosamente el texto del Padre, aun cuando el pensamiento parecía más bien sugerido que fijado en forma definitiva, permitiéndonos tan sólo las modificaciones indispensables a la claridad de la frase.

Tal es la primera sección del volumen. Lo mejor del autor, después de las constituciones de sus hijos.

La segunda, que puede considerarse cómo su complemento, se titula: **CONSEJOS DE VIDA ESPIRITUAL.**

Consta de extractos de cartas de dirección escritas por el autor a personas del mundo, clasificados en algunos títulos o capítulos.

Inútil parece indicar que no se ha utilizado todo; nos hemos visto obligados a dejar de lado un gran número de textos, ora por evitar repeticiones, ora por tratarse en ellos de estados particulares o responder a necesidades muy personales.

Advertimos que toda la obra del compilador se ha reducido a escoger y agrupar los textos, y que muy raras veces se ha permitido intercalar algunas palabras para mejor dar a entender el pensamiento del fundador sacramentino.

En la versión empleamos a veces el plural por el singular y el masculino por el femenino. Así, lo que en la correspondencia epistolar del insigne apóstol de la Eucaristía se dirige a una persona, a una religiosa..., cobra para los lectores una aplicabilidad mayor, sin perder su sentido genuino.

Se reconocerá fácilmente en estas páginas la doctrina tan elevada y al mismo tiempo tan práctica del autor y, más todavía, se verá en ellas su doctrina espiritual aplicada por él mismo a las almas, cuya dirección le encomendara el Señor.

Por tanto, esperamos que este "Directorio" y estos "Consejos" harán mucho bien a las almas, que las impulsarán a crecer en la verdad de Jesús y que las fortificarán en su servicio, mostrándoles al mismo Jesús, en su Sacramento, como el primer móvil, el medio supremo, el noble término y la recompensa de la vida cristiana en esta tierra.

Sección primera

DIRECTORIO DE LOS AFILIADOS A LA CONGREGACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

4ª edición española

El directorio es la regla espiritual que han de seguir los afiliados en la santificación de sus varios deberes.

Contiene esta regla los principios generales de la perfección cristiana, según el espíritu de la Congregación del Santísimo Sacramento.

Se divide en cinco partes:

La primera trata de los deberes del afiliado para con la sagrada Eucaristía.

La segunda, de la devoción a María, madre y reina del cenáculo.

La tercera, de la devoción a la santa Iglesia.

La cuarta, de la vida interior.

La quinta, de las virtudes que han de practicar en sus deberes de estado y en sus deberes sociales.

PRIMERA PARTE

Deberes para con la sagrada Eucaristía

El adorador debe amar, servir, honrar y glorificar con todo celo la santísima Eucaristía.

CAPÍTULO PRIMERO

Del amor a la Eucaristía

El hombre es amor, como su divino ejemplar. Cual es el amor, tal es la vida. El amor propio hace al hombre egoísta; el amor al mundo, vicioso. Sólo el amor a Dios le vuelve bueno y dichoso. Este es su único fin: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas" (Dt 6, 5). He ahí la ley, "Teme a Dios y guarda sus mandamientos, añade la Sabiduría, pues esto es todo el hombre" (Ecl 12, 13); de donde concluye san Agustín, que el que no ama a Dios no merece llamarse hombre.

Pero todo amor tiene un principio, un centro y un fin. Jesucristo, y Jesucristo en el santísimo Sacramento debe ser el *principio,* el *centro* y el *fin* de la vida del adorador.

§ I

EL AMOR, PRIMER PRINCIPIO DE LA VIDA DEL ADORADOR

El discípulo de Jesucristo puede llegar a la perfección cristiana por dos caminos.

El primero es el de la ley del deber: por él, mediante el trabajo progresivo de las virtudes, se alcanza poco a poco el amor, que es "el

vínculo de la perfección” (Col 3, 14).

Este camino es largo y trabajoso. Pocos llegan por él a la perfección; porque, después de haber trepado durante algún tiempo la montaña de Dios, se detienen, se desalientan a la vista de lo que les falta por subir y bajan o ruedan al fondo del abismo, exclamando: ¡Es demasiado difícil, es imposible! Estos tales son mercenarios. Quisieran gozar mientras trabajan; miden continuamente la extensión del deber, ponderan sin cesar los sacrificios que les exige. Se recuerdan, como los hebreos al pie del Sinaí, de lo que dejaron en Egipto, y se ven tentados de volver a él.

El segundo camino es más corto y más noble: es el del amor, pero del amor absoluto.

Antes de obrar, comienza el discípulo del amor por estimar y amar. Como el amor sigue al conocimiento, por ello el adorador se lanza muy luego con alas de águila hasta la cima del monte, hasta el cenáculo, donde el amor tiene su morada, su trono, su tesoro y sus más preciosas obras, y allí, cual águila real, contempla al sol esplendoroso del amor para conocerlo en toda su hermosura y grandeza. Asimismo hasta se atreve a descansar, como el discípulo amado, sobre el pecho del Salvador, todo abrasado en caridad, para así renovar su calor, cobrar buen temple y vigorizar sus fuerzas, y salir de aquel horno divino como el relámpago sale de la nube que lo formó, como los rayos salen del sol, de donde emanan. El movimiento guarda proporción con la fuerza del motor y el corazón con el amor que lo anima.

De esta manera viene a ser el amor el punto de partida de la vida cristiana: el amor es lo que mueve a Dios a entrar en comunicación con las criaturas y lo que obliga a Jesucristo a morar entre nosotros. Nada más puesto en razón que el hombre siga la misma trayectoria que Dios.

Pero antes de que sea el punto de partida, el amor de Jesús ha de ser un punto de concentración y recogimiento de todas las facultades del hombre; una escuela donde se aprenda a conocer a Jesucristo, una academia en la que el espíritu estudie e imite su modelo divino, y donde la misma imaginación presente a Jesucristo en toda la bondad y belleza de su corazón y de sus magníficas obras.

En la oración es donde el alma llega a conocer de una manera singular a Jesucristo y donde Él se le manifiesta con una claridad

siempre nueva.

Nuestro Señor ha dicho: “El que me ama será amado de mi Padre y yo le amaré y yo mismo me manifestaré a él” (Jn 14, 21).

El amor llega a convertirse entonces en primer principio de la verdadera conversión, del servicio perfecto de Jesucristo, del apostolado y celo por su divina gloria.

I. *El amor, punto de partida de la verdadera conversión*

El amor desordenado a las criaturas o al placer es el que ha pervertido el corazón del hombre y lo ha alejado de Dios; el amor soberano de Dios lo hará volver al deber y a la virtud.

La conversión, que comienza por el temor, acaba en miedo, y la que se verifica por razón de alguna desgracia, termina con otra desgracia. ¡Cuántos enfermos, que sanaron, se vuelven peores después de curados! En cambio, la conversión causada por el amor es generosa y constante.

La primera prueba de ello es Magdalena. Oyó hablar de Jesús y de su ternura y bondad para con los publicanos y pecadores; su corazón siéntese suave y fuertemente arrastrado hacia el médico celestial. Verdad es que tendrá que sostener luchas tremendas para atreverse a ir a Jesús. ¿Cómo tendrá valor para romper tantos y tales lazos, ella, la pecadora pública, cubierta de crímenes y escándalo del pudor? ¿Cómo podrá enmendarse de tantos vicios y reparar tantos escándalos? El amor penitente obrará este prodigio de la gracia. Y mirad cómo al punto, sin más reflexiones, se levanta Magdalena del abismo de sus crímenes; lleva todavía su vergonzosa librea. Va derechamente al maestro bueno, sin ser anunciada, admitida ni recibida, entra resueltamente, aunque con profunda humildad, en la casa del fariseo Simón, se echa a los pies de Jesús, los besa y baña con lágrimas de arrepentimiento, enjúgalos con sus cabellos, y permanece postrada, sin hablar palabra, expuesta a los desprecios y burlas de Simón y de los convidados. Su amor es más fuerte que todos los desprecios. Por eso, la honra Jesús más que a los demás, la defiende, elogia su conducta y ensalza su amor: “Le son perdonados muchos pecados –dice el Salvador–, porque ha amado mucho” (Lc 7, 47). Ved su absolución divina.

Pero ¿de qué modo amó mucho la Magdalena? ¡Si ella no

habló una palabra! Pero hizo más que hablar: confesó públicamente toda la bondad de Jesús con su humildad y lágrimas. Por eso, de pecadora que era, se levantó purificada, santificada, ennoblecida por el amor de Jesucristo. Un momento ha bastado para tan radical transformación, porque el amor es como el fuego: en un instante purifica el alma de sus manchas y devuelve a la virtud su primer vigor.

Magdalena ha partido del amor; no se detendrá nunca, sino que seguirá a Jesús por todas partes y le acompañará hasta el calvario. El amor, a semejanza del sol naciente, debe elevarse esplendoroso hasta la plenitud del día, hasta las alturas del cielo, donde descansará en el regazo del mismo Dios.

II. *El amor, punto de partida para servir a Jesucristo y alcanzar la perfección evangélica*

1.º El amor, punto de partida en el servicio de Jesucristo.

El servir a Jesús es penoso para la naturaleza, porque tiene como bases indispensables la abnegación propia y la mortificación cristiana. El cristiano es un soldado siempre en armas y siempre sobre el campo de batalla. Quien se alista bajo las banderas de Jesús se halla siempre expuesto a la persecución. En el servicio de este soberano Señor, los más generosos son los más perfectos.

Para servir fiel y noblemente al rey de reyes se precisa algo más que el interés personal, algo más que la esperanza del cielo; hace falta un amor regio que, sin excluir la esperanza, nos haga servir al Señor por Él mismo, por su gloria, por agradarle, sin querer ni desear en este mundo más recompensa que la de serle grato y complacerle.

Veamos el triunfo de este amor en san Pablo, quien por si solo trabajó, y sufrió más, y conquistó más pueblos a Jesucristo que todos los demás apóstoles juntos. ¿De dónde le vino tanta fortaleza y poder? ¿Qué le sostuvo en medio de tantos sacrificios, en aquella vida de muerte? El amor. Oigámosle: Jesucristo me amó y se entregó por mí a la muerte de cruz (Gal 1, 15; 2, 20).

¿Qué decís, oh gran apóstol? ¿Qué desvarío es ése?, ¿Cómo pretendéis que todo el amor de Jesucristo fue sólo para vos, cual si no hubiera muerto el Salvador por los demás? ¿Sois, por ventura, el único fin de la encarnación y del misterio de la cruz? ¡Porque, de ser

así, valdríais tanto como Jesucristo, como su sangre, como su vida entregada para vos! Pero Pablo no ceja ante esta consecuencia, sino que sostiene su aserto.

Con tan sorprendentes palabras da a entender que el amor de Jesucristo fue tan grande para con él, que si no hubiera habido en la tierra más que Pablo a quien poder redimir, Jesucristo hubiera hecho solamente por él lo que hizo por todos. Así lo explica san Juan Crisóstomo.

Es propio del amor concentrar, contemplar todo en sí. Por eso, Pablo, convergiendo a un solo foco todas las llamas, del divino amor, y haciendo que el corazón divino derrame sobre el suyo toda su divina bondad, como oprimido bajo el peso del amor, prorrumpe en gritos de admiración y santa locura y quiere a su vez demostrar su amor a Jesús crucificado. De ahí que desprecie todos los sacrificios y desafíe a todas las criaturas y a todas las potestades a que le impidan amar a Jesús. Ya no habrá peligros, ni sufrimientos, ni persecuciones en que no triunfe. "Todo lo soporto por el amor de quien tanto me amó".

Tal ha de ser la actitud del verdadero discípulo de Jesucristo frente a la dificultad del deber, frente al dolor del sacrificio, ante las seducciones del placer criminal, en medio de las persecuciones del mundo impío.

Jesús me ha amado hasta la muerte; es justo que yo le ame siquiera hasta el sacrificio.

Jesús ha muerto por mí; es justo que yo viva por Él. Jesús me ha amado hasta dárseme todo a mí; nada más lógico que entregarme totalmente a Él.

Todo por el amor de Jesús. Tal ha de ser el lema y divisa del adorador.

2.º El amor, punto de partida en la consecución de la perfección evangélica.

De este amor partieron todas aquellas almas nobles y puras que prefirieron el servicio de Jesucristo a todos los bienes, a todos los placeres, a todas las glorias mundanas; se alistaron bajo las banderas evangélicas de la caridad y de la vida religiosa y llevan una vida de muerte, o mejor dicho, una muerte viva escondida en Dios con Jesucristo en el santísimo Sacramento. El gozo y la felicidad que se traslucen en sus semblantes revelan el suavísimo reinado de Jesús en

sus corazones.

¿Quién sino el amor infunde a las vírgenes cristianas esa virtud que nada puede corromper, esa fidelidad que nada puede quebrantar? El amor de Jesús. Poseídas de este amor virginal, desprecian las coronas y las seducciones del mundo que desespera de furor contra ellas.

¿Qué es lo que sostiene al mártir entre sus tan largos y espantosos suplicios? El amor de Jesús, la sagrada Comunión.

¿Qué es lo que le hace despreciar la muerte? El amor soberano de Jesús y nada más.

El amor es, por tanto, la virtud regia del cristiano, el primer paso para triunfar del mundo y adquirir la perfección de las virtudes.

III. *El amor, punto de partida del apostolado y celo por la gloria de Dios*

1.º Antes de confiar a Pedro su Iglesia, quiso Jesús trocarle en discípulo del amor. Porque, ¡qué santidad, qué fortaleza no necesitaba el destinado a reemplazar a Jesucristo en la tierra, y a ser el continuador de su misión de verdad, de caridad y de sufrimientos y el fundamento inquebrantable de la Iglesia en medio de las tempestades levantadas por los hombres y por el infierno!

Tres actos de amor bastaron para hacer a Pedro digno de su maestro (cf. Jn 21, 15-18):

Simón, hijo de Juan, le dice el Salvador resucitado, ¿me amas más que éstos? –Sí, Señor, responde con viveza Pedro. Vos sabéis que os amo. El amor verdadero es humilde. Por eso no se atreve Pedro a compararse con los demás. –Pues bien, apacienta mis corderos, trabaja por mí. La única demostración del amor es una generosidad a toda prueba. El que ama obedece a quien ama. Porque, ¿qué es el amor de palabra? Casi siempre una mentira, o al menos una vileza del corazón. El amor habla poco, obra mucho y cree no haber hecho nada.

Simón, hijo de Juan, ¿me amas?, dice por segunda vez Jesús. –Sí, Señor, Vos sabéis que os amo. –Pues bien, apacienta mis corderos. Sé su pastor en mi lugar. Trátalos como míos. El amor puro es desinteresado; se olvida de sí mismo y gusta de depender. Tal es la real servidumbre del cristiano.

Insiste Jesús por tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se aflige con esta tercera pregunta, y responde llorando: – Señor, Vos que lo conocéis todo, sabéis que os amo. Satisfecho Jesús al ver que el amor de Pedro tiene todas las cualidades exigidas de humildad, penitencia, pureza y generosidad, le confiere la plenitud de la misión apostólica. Pues bien, apacienta mis corderos y mis ovejas. El amor de Pedro es todo lo grande que se necesita para esta misión tan sublime, que espantaría a los mismos ángeles.

Pero como el amor de Pedro es ya bastante fuerte para aceptar la predicción de la muerte, Jesús va más lejos y le anuncia que será crucificado como Él y que morirá en una cruz. Pedro no se asusta ni objeta nada, porque ama a su Señor y sabrá vivir y morir por Él.

Ved lo que el amor da a Pedro: fuerza y generosidad. Otro tanto hace la madre antes de pedir un sacrificio a su hijo; abrázalo primero y pídele luego una prueba de su amor.

Tal ha de ser el proceder del verdadero soldado de Jesucristo. Antes de salir al campo de batalla debe decir: Dios mío, os amo más que a mi libertad y a mi vida. Si llegara a morir en la refriega, la muerte sería para él un triunfo magnifico de amor.

2.º Asimismo el amor de Jesús movió a los apóstoles a evangelizar a las naciones entre toda clase de peligros mil, y en medio de todos los sacrificios del apostolado. No son ya aquellos hombres de antaño que seguían a Jesús tan sólo por su reino temporal, que no podían comprender ni tan siquiera las verdades más sencillas del evangelio y que estaban manchados con toda suerte de imperfecciones y defectos de ambición, envidia y vanidad. Se han trocado en hombres nuevos: su espíritu saborea los más sublimes dogmas y misterios; su fe se ha purificado; su amor ennoblecido; sus virtudes revisten ese carácter de fuerza y elevación que admiran aún a los más perfectos. Tímidos, cobardes y flojos eran; vedlos predicar con un entusiasmo divino a los pueblos y a los reyes.

Se consideran felices por haber sido hallados dignos de poder sufrir por el amor de nuestro Señor. Corren presurosos a la muerte como a su más preciado triunfo.

¿Y de dónde les viene tanta virtud y fortaleza? Del cenáculo, donde han comulgado y han recibido el Espíritu de amor y de verdad. Salen de este divino horno como leones terribles para el demonio y no respirando más que la gloria de su Señor. Ya pueden perseguirlos,

atormentarlos y darles muerte entre los más espantosos suplicios, que nunca podrán extinguir esa celestial llama del amor, porque el amor es más fuerte que la muerte.

IV. *A estas pruebas de hecho, se añaden otras inferidas de la naturaleza intrínseca del amor*

¿Por qué ejerce el amor de Jesús tanta influencia sobre el corazón del hombre?

1.º Porque obra conforme a la naturaleza y a la gracia del corazón humano.

a) El corazón del hombre se rinde de ordinario a los atractivos del amor mucho antes que a los dictámenes de la razón. Por eso el amor de Jesús arrastra, enajena y arrebata el corazón humano con tanta suavidad y fuerza que, dulcemente subyugado, el hombre queda a merced de Jesucristo, como los discípulos al ser llamados, como san Pablo, cuando vencido, exclama: "Señor, ¿qué queréis que haga?"

Es que un alma, después de vistas y gustadas la bondad y ternura de Jesús, no puede contentarse con ninguna cosa creada. Su corazón queda herido de amor. Lo creado puede, sí distraerle, entretenerle y turbarle, pero nunca podrá contentarle. No hay nada que pueda compararse con Jesús; nada tan agradable ni tan dulce como una palabra salida de su corazón. Las virtudes cristianas, vistas y practicadas en el amor de Jesús, pierden esa aspereza y severidad que asusta a la humana flaqueza y se tornan dulces como las frutas amargas que, puestas en miel, terminan por adquirir un sabor almibarado. Las virtudes dulcificadas por el amor de Jesús vienen a ser sencillas, suaves y amables, a la manera de las virtudes de la infancia, que inspira y sostiene el amor.

b) El amor de Jesús ejerce un influjo poderosísimo sobre el hombre, porque hace fecundar el poder de su gracia.

La gracia del cristiano es una gracia de adopción, de filiación divina, una gracia de amor.

Es, en primer lugar, una gracia de amor de sentimiento, que la divina bondad deposita en germen en los corazones y que en el bautismo constituye el fundamento del carácter cristiano. Más tarde este amor se desenvuelve a una con la fe y se desarrolla a una con las

virtudes que inspira y perfecciona, trocándose de esta suerte en una vida y un estado de amor. Toda la educación cristiana, toda la dirección espiritual de un alma han de tener como objeto principal el desenvolvimiento y ejercicio del amor de Dios. Otro tanto hace una madre con el niño al darle la primera educación. El amor materno despierta en el niño, con sus caricias, el afecto que en él dormita, y con sus dones hace nacer en él la gratitud. Andando el tiempo el amor le enseñará a obedecer, a trabajar, a llevar a cabo, de la más sencilla forma, los sacrificios más heroicos en su edad madura; el amor será su regla y su ley: el amor del deber hará de él un hombre de bien; el amor de la ciencia, un genio; el amor de la gloria, un héroe, y el amor de Dios, un santo. Cual es el amor, tal es la vida. El corazón es el rey del hombre.

2.º El amor es asimismo todopoderoso sobre el corazón del hombre, porque mediante el amor, Dios reina y actúa en el hombre con plena libertad y sin obstáculos de ningún género.

Por el amor, el hombre hace reinar a Dios como soberano sobre su corazón y su vida, estableciéndose así entre Dios y él una convivencia divino-humana, que fue el fin mismo de la encarnación del Verbo.

Escuchemos con admiración y alegría esta divina doctrina de Jesucristo sobre la convivencia de Dios con el discípulo del amor: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos mansión dentro de él” (Jn 14, 23).

El amor hace del hombre un cielo donde la santísima Trinidad se complace en establecer su morada: Esta inhabitación amorosa de la santísima Trinidad no resultará meramente pasiva, antes bien, cada una de las personas divinas ejercerá en el alma una actividad personal y llena de amor.

a) El Padre de las luces, principio y autor de todo don perfecto, que en su inmenso amor nos ha dado a su unigénito Hijo, nos concede también en Él todas las gracias. Mi Padre os ama, dice el Salvador, porque me amáis y porque creéis que de Él he salido. Todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederá (Jn 14, 14. 23).

De esta suerte nuestro amor a Jesús nos merece el del Padre, pone a nuestra disposición todos los tesoros de su gracia, y nos hace

todopoderosos sobre su corazón. Ser amado de un rey, ¿no es por ventura participar de sus riquezas y de su gloria? El amor requiere comunidad de bienes.

b) Jesús ama a los que le aman con un amor de amistad: “Ya no os llamaré siervos, porque un siervo ignora los secretos de su amo, sino que os llamaré amigos, pues os he hecho saber cuántas cosas oí de mi Padre” (Jn 15, 15).

Jesús se digna llamarlos hermanos: “Ve a mis hermanos, dice a la Magdalena, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Jn 20, 17).

Jesús inventa un nombre todavía más tierno: “Filioli, hijitos míos, poco tiempo me queda ya para vivir con vosotros... Pero no se turbe vuestro corazón (por esta separación). Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas... Voy a prepararon en ellas un lugar, y cuando os lo haya preparado, volveré y os llevaré conmigo, para que estéis donde yo estoy... No os dejaré huérfanos, sino que volveré a vosotros” (Jn 13, 33; 14, 1-3. 18).

¿Quién puede leer tan conmovedoras palabras sin derramar lágrimas de pura ternura y gratitud?

Veamos ahora cuál sea la acción de Jesús en el alma amada. Comienza por manifestársele, se coloca a su total disposición, se asocia con sus obras, se une a ella mucho más estrechamente que el alma de David, ligada, al decir de la Escritura, con la de Jonatán.

Oigamos al Salvador: “Quien me amare será amado de mi Padre; y yo también le amaré y me manifestaré a él” (Jn 14, 21).

¿En qué consiste esta manifestación de Jesús? En el amor, que no gusta de intermediarios, sino que quiere comunicarse directamente con su amigo, revelándole toda la verdad, sin sombras y figuras, ni en lenguaje desconocido, sino por sí mismo, con la luz y suavidad de la gracia, y que con sus divinos rayos penetra al alma amante como el sol atraviesa el cristal.

En la escuela del amor de Jesús pronto aprende el alma la ciencia de Dios y la sabiduría de sus obras. Con una sola mirada penetra los misterios más altos de su amor. Tal fue la manifestación de Jesús a la Magdalena; no le dijo más que ¡María!; pero esta sola palabra fue para ella una gracia de fe, de amor y de ardentísimo celo.

Pero el amor de Jesús para con el discípulo de su amor

adquiere mayores proporciones; quiere y aspira a la convivencia, a la sociedad divina, Jesús queda a merced del alma: Cuanto pidiereis a mi Padre en mi nombre os lo concederá, para que el Padre sea glorificado en el Hijo (Jn 14, 13). Así es cómo Jesucristo, la palabra del Padre, se convierte en ejecutor divino de la oración de su discípulo.

"Seré vuestro abogado ante mi Padre: *Et ego rogabo Patrem*" (Jn. 14, 16). ¡Con qué elocuencia y eficacia no defenderá Jesús nuestros intereses presentándole sus llagas, señaladamente la de su Corazón, mostrándole la Eucaristía, perpetuo calvario del amor divino!

Con el objeto de hacerse necesario al hombre, Jesús se reserva para sí el dar su gracia, el comunicar su vida. El hombre redimido necesita en todo de su divino redentor, cual hijo que en todo depende de su madre. Sin mí, dice, nada podéis hacer (Jn 15, 5). Pero añade san Pablo: "Todo lo puedo en aquel que me conforta" (Fil 4, 13).

El amor, por naturaleza, es constante y quisiera ser eterno. Sólo la idea de una ausencia o de una separación es para él un tormento. Por ello Jesús tranquiliza a sus discípulos: "He aquí que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos" (Mt 28, 20). Jesús nos asegura que la comunidad de vida entre Él y su discípulo será perpetua.

Mas el amor requiere más que una comunidad de bienes y de vida: requiere una unión, unión real y personal.

Pues bien: el amor de Jesús ha logrado crear esta admirable unión de amor. Pero no podrá tener lugar de un modo perfecto, sino entre Él y el discípulo del amor sacramentado. Porque podrá el hombre amar a sus semejantes hasta la entrega de sus bienes y la comunidad de vida, hasta la unión corporal y moral; pero nunca podrá llegar a conseguir la unión real de la manducación. Este es el límite supremo, el último grado a que llega el poder del amor de Jesús para con el hombre: Quien come mi carne y bebe mi sangre mora en mí y yo en él (Jn 6, 57). Dos personas unidas realmente y conservando cada una su personalidad y su libertad: la persona adorable de Jesucristo y la persona del comulgante, tal es el fenómeno más sorprendente del amor; ved aquí la extensión de la encarnación, la gracia y la gloria de la madre de Dios participadas por todos los que comulgan.

Por esta unión maravillosa, Jesucristo comunica a sus fieles su vida sobrenatural con el objeto de que ellos a su vez le ofrezcan su vida de amor, y pueda Él crecer, trabajar, sufrir y perfeccionarse en las almas, de tal suerte que cada cristiano sea la prolongación de Jesucristo; Jesús viene a ser la cabeza; los fieles los miembros; Jesús la vid; los fieles los sarmientos; Jesús el espíritu; los fieles el cuerpo; los fieles prestan su trabajo, Jesús les concede la gracia y la gloria del éxito.

Con semejante unión, ¿qué no podrá el amor divino en el hombre? Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros os será concedido todo lo que pidiereis. Aquel que permanece en mí y en quien yo permanezco, ése es el que produce mucho fruto (Jn 15, 5. 7).

Un árbol plantado en buena tierra, a la vera de una corriente de aguas vivas, expuesto a la acción vivificadora del sol y aislado de otras plantas que le pudieran dañar, produce de ordinario frutos excelentes, o bien se halla sin vida o ha sido comido por los gusanos.

c) El Espíritu Santo completa en el alma amante la obra del Padre y del Hijo. Su misión es la de perpetuar y perfeccionar a Jesucristo en sus miembros. Por eso el amor de los apóstoles no fue perfecto hasta que recibieron al Espíritu Santo. Su misión divina es la de formar a Jesucristo en sus discípulos, enseñarles interiormente su verdad comunicándoles unción y amor; darles fuerzas para confesar esta divina verdad, y ser sus testigos fieles y valerosos ante reyes y pueblos; infundir en su alma el espíritu de Jesús para que vivan de su vida y costumbres y puedan exclamar como el apóstol: "Ya no soy yo quien en mí vive"; ya no soy el principio y fin de mi vida, sino que "quien en mí vive es Jesucristo".

El Espíritu Santo, educador y santificador del hombre, según Jesucristo, morará siempre en él como en su templo. El Espíritu Santo será el inspirador de sus buenas obras, el autor de su oración, el que le dictará su palabra; quien sobrenaturalizará sus acciones libres y alimentará sin cesar su amor, hasta que, convertido ya en varón perfecto en Jesucristo, comparta su triunfo en el cielo, sentado, sobre su trono y coronado con su gloria. La acción divina e incesante del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo sobre el alma le confiere un amor de fuerza y poder admirables. La llama guarda

proporción con la naturaleza y poder del fuego, el movimiento está en razón del motor; el hombre en razón de su amor.

El amor de Jesucristo debe ser, por tanto, la primera ciencia y la primera virtud del cristiano, así como es su ley y su gracia suprema.

V. *Pero ¿cómo puede el amor eucarístico de Jesús llegar a ser el principio de la vida del adorador y su virtud dominante?*

Para lograr este felicísimo resultado nos es de todo punto necesario, en primer lugar, convencernos íntimamente de que la sagrada Eucaristía es el acto supremo de amor de Jesucristo para con sus hombres; y en segundo lugar, persuadirnos íntimamente de que el fin que se propuso el Salvador al instituirla fue conquistar a todo trance el amor de los hombres.

1.º Para comprender el amor supremo de Jesucristo, al legarnos la Eucaristía basta considerar la definición misma de este admirable Sacramento. La Eucaristía es el sacramento del cuerpo, de la sangre, del alma y de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo bajo las especies o apariencias de pan y de vino. Es la posesión verdadera, real y sustancial de la adorable persona del redentor. Es la Comunión sustancial de su cuerpo, sangre, alma y divinidad; en suma, de todo Jesucristo; es el sacrificio del calvario perpetuado y representado en todos los altares en continua inmolación mística de Jesucristo.

Dice santo Tomás que la Eucaristía es la maravilla de las maravillas del Salvador. “La Eucaristía –dice el mismo doctor, en otra parte– es el don supremo de su amor, porque en ella da todo lo que es y todo lo que tiene”.

En la Eucaristía, dice el concilio de Trento, agotó Jesucristo todas las riquezas de su amor para con los hombres (Sess. XIII, c. 2). La Eucaristía es el límite supremo de su poder y de su bondad, añade el doctor angélico.

Finalmente, los santos Padres llaman a la Eucaristía la extensión de la encarnación. Mediante ella, dice san Agustín, se encarna Jesucristo en manos del sacerdote, como en otro tiempo se encarnara en el seno sin mancilla de la virgen María.

Y asimismo, por medio de la Comunión, Jesucristo se encarna en el alma y en el cuerpo de cada fiel, pues tiene dicho: “Quien come

mi carne y bebe mi sangre mora en mí y yo en él” (Jn 6, 57).

¿Puede obrar mayores maravillas el amor? No, no; Jesucristo no puede darnos nada más preciado que su misma persona.

Por ello, cuando se estudia y se comprende el amor eucarístico de Jesucristo queda uno asombrado. Esto le hacía decir a san Agustín: *Insanis, Domine;* Señor, vuestro amor al hombre os ha vuelto loco.

El cristiano que medita continuamente el misterio de la sagrada Eucaristía siente un apremiante sentimiento semejante al de san Pablo ante la cruz: *Charitas Chistri urget nos* –Porque el amor de Cristo nos apremia (2Co 5, 14). Para lo cual basta considerar los sacrificios que le ha costado la Eucaristía.

Sacrificios en su cuerpo, que, apenas resucitado, glorioso y triunfante, comienza su esclavitud bajo los velos del Sacramento, viéndosele privado de su libertad, de la vida de sus sentidos e inseparablemente unido a la inmovilidad de las especies eucarísticas. Jesucristo se ha constituido en su Eucaristía el prisionero perpetuo del hombre hasta el fin de los siglos.

Sacrificio de la gloria de su cuerpo; un milagro permanente; Jesús oculta perpetuamente su cuerpo glorioso, el cual se ve en la Eucaristía más humillado y anonadado que lo fue en la encarnación y en la pasión. Al menos entonces aparecían a los ojos de todos la dignidad del hombre, el poder de la palabra y los encantos del amor, en tanto que aquí todo está oculto y velado, sin que podamos ver otra cosa que la nube sacramental que nos encubre tantas maravillas.

Sacrificios en su alma. –Por la Eucaristía Jesús se expone indefenso a los insultos y agravios de los hombres; el número de los nuevos verdugos sería inmenso.

Su bondad será desconocida y aun menospreciada por muchísimos malos cristianos.

Su santidad será vilipendiada por innumerables profanaciones y sacrilegios llevados a cabo muchas veces por sus mejores hijos y amigos.

La indiferencia de los cristianos le dejará desamparado en la soledad del sagrario, rehusará sus gracias y abandonará y despreciará la misma Comunión y el santo sacrificio de los altares.

La maldad del hombre llegará hasta negar su adorable presencia en la Hostia, hasta pisotearlo y arrojarlo a animales

inmundos y entregarlo a los artificios del demonio.

A la vista de esta monstruosa ingratitud del hombre, Jesús debió sentirse turbado y perplejo por unos momentos antes de proceder a la institución de la Eucaristía.

¡Cuántas razones le disuadían de la obra que proyectaba! Pero la que más fuerza le hacía era, sin duda ninguna, esta nuestra ingratitud. ¡Qué vergüenza para su gloria tener que vivir entre los suyos como un extraño y un desconocido y verse obligado a huir y buscar hospitalidad entre paganos y salvajes! ¡Cuán triste es la historia de esta ingratitud, que destierra cruelmente a la divina Eucaristía! El mahometismo ha arrojado a Jesucristo de Asia y de África e invade parte de Europa. El protestantismo ha profanado los templos de Jesucristo, ha derribado sus altares, destruido sus tabernáculos, despreciado su sacerdocio y renegado de él.

El deísmo, consecuencia necesaria del protestantismo, ha hecho al hombre indiferente frente a Dios y a Jesucristo. Ya no tiene el hombre más vida que la de los sentidos: es un hombre animal, terrestre, sensual. Tal es la última forma de la herejía y de la impiedad.

Ahora bien, ante cuadro tan triste y desolador, ¿qué hará el corazón de Jesús? ¿Se dejará vencer su amor por no poder triunfar del corazón humano? ¿Dejará de instituir la Eucaristía, ya que ha de resultar inútil?

No; antes al contrario, su amor triunfará por encima de todos los sacrificios. "No –exclama Jesús–; nunca podrá decirse que el hombre puede ofenderme más de lo que yo puedo amarle. Lo amaré mal que le pese; lo amaré a pesar de su ingratitud y de sus crímenes; Yo, que soy su rey, esperaré su visita; Yo, que soy su dueño, le ofreceré primero mi Corazón; Yo, que soy su Salvador, me pondré a su disposición; Yo, su Dios, me daré entero a él para que él se me dé también entero; y, por mi parte, puedo darle junto con mi amor todos los tesoros de mi bondad y toda la magnificencia de mi gloria, a fin de que Yo reine en él y él reine en mí".

"Aun cuando no hubiera más que unos cuantos corazones fieles, aun cuando no hubiera más que un alma agradecida y generosa, tendría por compensados todos los sacrificios. Por esa sola alma instituiré la Eucaristía y reinaré como Dueño siquiera en un corazón humano".

Y entonces instituye Jesucristo el Sacramento adorable de excesivamente generosa caridad. Su amor triunfa de su mismo amor, ya que este Sacramento no es tan sólo el acto supremo de su amor, sino también el compendio de todos sus actos de amor y el fin de todos los demás misterios de su vida; para llegar a la Eucaristía murió en la cruz con el objeto de proporcionarnos, como dice san Ligorio, a los sacerdotes una víctima de sacrificio, y para los fieles la carne de esta víctima divina; y como dice Bossuet, hacerlos participar de la virtud y del mérito de su oblación.

Más todavía. La Eucaristía no es únicamente el fin de la encarnación y de la pasión, sino también su continuación. Bajo la forma de Sacramento, Jesús continúa la pobreza de su nacimiento, la obediencia de Nazaret, la humildad de su vida, las humillaciones de su pasión y su estado de víctima en la cruz.

Asimismo perpetúa su sepultura en el estado sacramental, pues las sagradas especies son como el sudario que envuelve su cuerpo, el copón es su tumba y el sagrario su sepulcro. Tan sólo la gloria de la resurrección y el triunfo de la ascensión no aparecen sobre el altar del amor.

La Eucaristía es, por tanto, el don regio, el acto supremo de Jesucristo en favor del hombre. Entre los dones de Jesucristo, la Eucaristía es lo que el sol entre los astros y en la naturaleza. Por medio de ella sobrevino y se perpetúa Jesús para ser entre los hombres como un sol de amor.

2.º Mas ¿cuál es el fin que Jesucristo se propuso al instituir la Eucaristía? Queda anteriormente indicado: conseguir el amor total del hombre. Sí, Jesucristo instituyó el santísimo Sacramento del altar para ser amado del hombre, poseer su corazón y ser principio de su vida.

Así lo dijo expresamente: “Quien me comiere vivirá por mí” (Jn 6, 58). Vivir por alguno es rendirle el homenaje de nuestra libertad, de nuestro trabajo y de la gloria de nuestras obras. Quien comulga ha de vivir por Jesucristo, ya que Jesucristo es su sustento. “Ya que soy Yo quien te alimento –nos dice el Salvador–, por mí debes trabajar. Trabaja santamente por mí, que soy tu vida, tu Pan de vida eterna. Trabaja por mi amor, puesto que yo te alimento de mi amor sustancial. De tal, árbol, tal fruto”.

Jesucristo dijo: “Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora

en mí y Yo en él" (Jn 6, 57). Y así como un criado debe mostrarse respetuoso ante su amo, el soldado ante el rey y el hijo ante el padre, del mismo modo lo que es y tiene el hombre debe honrar a nuestro Señor, por una completa sumisión y cumplido homenaje por haberse dignado hospedarse en nosotros en la Comunión.

En la Comunión debe producirse igual efecto que el que se produjo en la encarnación, en la que la naturaleza humana de Jesucristo se unió hipostáticamente, esto es, totalmente a la persona del Verbo. La voluntad humana de Jesucristo se sometía perfectamente a la divina; Dios mandaba al hombre y el hombre tenía a mucha honra el obedecer a Dios.

Ahora bien, siendo la Comunión la extensión de la encarnación en cada hombre, es natural que Jesucristo viva y reine en el que comulga. Todo el que comulga debiera poder exclamar como san Pablo: "Ya no soy yo el principio de mi vida; lo es Jesucristo que en mí vive; lo es el creador en su criatura; lo es el Salvador en el cautivo rescatado, el amor divino en el reino que ha conquistado".

No cabe duda que Jesucristo se propone ganar el corazón del hombre con la Eucaristía. Si Jesús llega al hombre con todos los dones y atractivos de su infinita bondad, lo hace por cautivar al hombre con la gratitud.

Si Jesús es el primero en dar su corazón, es para tener el derecho de reclamar al hombre el suyo.

Y como el amor exige de suyo comunidad de bienes, sociedad de vida, fusión de sentimientos, quien ama a Jesucristo como es amado por Él logrará formar con Él una admirable unión de vida.

Es éste cabalmente el verdadero triunfo de Jesucristo: transformar la vida del que comulga en su propia vida, y en sus costumbres, obrando con la suavidad del amor y sin violencia ni coacciones.

La Comunión es la más rápida y más perfecta conversión de un alma; el fuego acaba pronto con la herrumbre, da nuevo temple al acero y devuelve al oro impuro su brillo y su belleza.

La Eucaristía es el reinado de Jesús en el cristiano.

En Belén Jesús es el amigo del pobre, en Nazaret, el hermano del obrero, en sus correrías evangélicas es el médico, pastor y doctor de las almas; en la cruz es su salvador. Pero en la Eucaristía es el rey que reina doquiera: en el individuo y en la sociedad.

El cuerpo del que comulga es su templo; el corazón su altar; la razón su trono, y la voluntad su fiel sierva.

Por la Eucaristía Jesús reinará en todo el hombre; su verdad será la luz de su entendimiento; su divina ley, la regla invariable e inflexible de su voluntad; su amor, la noble pasión de su corazón; su mortificación, la virtud de su cuerpo su gloria eucarística será el fin de toda la vida del comulgante.

¡Oh, dichoso mil veces el reinado eucarístico de Jesús! Es el paraíso en el alma, ya que posee en ella al Dios de los ángeles y santos.

La Eucaristía es el Dios de la paz que viene a descansar en nuestra alma, ya curada de la fiebre de las pasiones y del pecado; es el Dios de los ejércitos que viene triunfante a tomar posesión de su imperio y guardar y defender su conquista; es el Dios de bondad que ha menester un alma para entregarse a ella y formar con ella una sociedad amorosa; es el ternísimo Salvador que, no teniendo paciencia para esperar hasta la eternidad para hacer felices a los hijos de la cruz, adelanta el día de la gloria para dar comienzo al cielo por medio de la Eucaristía, admirable cielo de amor.

¡Oh cuán desdichado es quien no conoce a Dios en la Eucaristía! Se encuentra huérfano y solo en el mundo.

¡Cuán desdichado es el hombre sin la Eucaristía entre los bienes, los placeres y las glorias mundanas! Es un pobre náufrago arrojado a isla salvaje.

Pero con la Eucaristía el cristiano se encuentra bien en todas partes y puede prescindir de todo porque posee a Jesucristo. No hay destierro para quien está con Él, ni hay cárcel para quien vive con Él. El cristiano tan sólo teme una desgracia: la de perder a Jesucristo, la de perder la Eucaristía. La Eucaristía es su bien supremo.

Por la Eucaristía Jesucristo es el rey de las naciones. Jesús no vino sólo para salvar al hombre, sino también para establecer una sociedad cristiana y escogerse un pueblo más fiel que el judío, integrado por todos los hijos de Dios esparcidos por toda la tierra. Jesús será el único soberano de este pueblo, mandará a pueblos y reyes, que le rendirán honores divinos y majestuosos homenajes.

¡Qué hermoso es este regio y popular triunfo de Jesús en la fiesta del Corpus! Toda la belleza del arte y de la naturaleza, todo el encanto de la armonía, toda la terrible grandeza de las armas, todo el

poder y magnificencia de la majestad real y todo el amor y entusiasmo del pueblo adornan, embellecen y honran el paso del Dios de la Eucaristía. Tan sólo Jesús es grande este día en las naciones; es el día de su Realeza en la tierra.

La Eucaristía es el lazo fraternal que une a los pueblos entre sí; en el sagrado banquete, al pie del altar, todos somos hermanos, todos forman una familia.

El santo sacrificio es el calvario perpetuo del mundo.

La Eucaristía es el verdadero distintivo católico por el que se conoce al discípulo de Jesucristo. En la sagrada Comunión y sólo en ella nos reconocemos.

El grado en que la Eucaristía reina en un hombre o en un pueblo nos da la medida de su virtud, de su caridad y hasta de su inteligencia.

La debilitación del reinado eucarístico trae consigo la decadencia, y la ausencia de este reinado es esclavitud, tinieblas de muerte, la noche horrible del sepulcro. Sin la Eucaristía ya no hay sol ni vida; hombres y pueblos viven como bestias nocturnas que buscan furtivamente su pasto, huyen de la luz y se ocultan en cavernas salvajes: ¡tienen miedo de Dios!

De todo lo cual se colige que el motivo y toda la razón de ser de la Eucaristía consiste en hacer ver al hombre el amor supremo de Jesús y en establecer en el hombre el reinado del amor de Jesús. De ahí que el amor deba ser el primer principio de la vida del adorador.

Veremos ahora cómo el amor eucarístico debe ser su centro y su fin.

§ II

EL AMOR, CENTRO DE VIDA

Todo amor tiene su centro. El niño descansa en la madre; el amigo, en el afecto del amigo; el avaro, en sus tesoros; el sabio, en la ciencia, y el soldado, en la gloria. Cada cual tiene un centro de vida en que descanse y se complazca, un centro donde concentre todos sus trabajos, así como todos sus afectos y deseos.

Y ¿cuál tendrá que ser el centro verdadero del cristiano, mayormente el de adorador? Un centro humano no puede bastarle,

sino que tiene necesidad de un centro infinito como sus deseos.

Necesita un centro siempre vivo y accesible, porque si no se encontraría como huérfano y desterrado; un centro que continuamente repare sus fuerzas y alimente su foco de amor y sostenga su acción; un centro perfecto que le perfeccione satisfaga todos los anhelos de su ser, siendo vida de su entendimiento, dichoso recuerdo de su memoria, cuadro amoroso de su imaginación, objeto supremo de su voluntad, felicidad de su corazón y aun de su cuerpo. Quien dice centro dice todo esto. Todo el hombre tiene que ser feliz en su centro para que no se vea obligado a buscar otro.

I. ***Sólo Jesús debe ser nuestro centro***

Esto supuesto, por perfectas que sean, no pueden ser las virtudes centro de vida del cristiano. Porque quién dice virtud dice abnegación, mortificación, sacrificio, y el hombre no puede vivir siempre en el calvario y en la muerte.

Nunca dijo nuestro Señor a sus discípulos: Permaneced en la humildad, en la pobreza o en la obediencia. Esto sería trocar un medio en fin. La razón por que hay tantas almas piadosas tristes y desanimadas en el ejercicio de las virtudes está en que se encierran en sacrificios, perdiendo la libertad interior de la santa dilección. Son como fuego comprimido, privado de su expansión y de su llama.

Nadie tan libre como un niño y, sin embargo, nadie tan dependiente y sumiso como él; porque no para en las dificultades de su educación, ni en el acto de la obediencia, sino solamente en el principio de amor que lo inspira o en el deseo del amor que le anima.

Tampoco dijo nuestro Señor que permanezcamos en un ángel o en un santo, porque también ellos son seres creados.

Ni a la santísima Virgen nos dio Jesús como centro. Esta divina madre tiene el corazón atravesado para que nos dé paso al de Jesús, abierto para recibirnos.

No quiere Jesús que establezcamos nuestra mansión en los dones divinos, porque el don no es el dador. En la divina dilección es donde quiere que establezcamos nuestra morada “Os he amado como mi Padre me ha amado: permaneced en mi amor”. Y ¿qué otra cosa es esta dilección que Él mismo? “Aquel en quien yo permanezco y quien en mí permanece produce mucho fruto, porque sin mí nada

podéis. Los sarmientos no producen fruto si no están unidos a la cepa. Yo soy la verdadera vid y vosotros los sarmientos. Permaneced, por lo tanto, en mí” Jn 15, 4. 5).

Jesucristo es, pues, el centro de acción del cristiano. Cualquiera que obra fuera de Él queda paralizado o, corre peligro de extraviarse poniendo su centro de vida en el amor propio o en el amor del mundo. La señal con que se conoce que un alma permanece en su centro la tiene dada el mismo Jesucristo al decir: “Vuestro corazón está donde vuestro tesoro” (Mt 6, 21).

Además de centro de acción el amor de Jesucristo es centro de piedad. “Dios es caridad, dice san Juan, y el que mora en caridad mora en Dios y Dios en él” (1Jn 4, 16). Así que el amor es lazo de unión entre Dios y el hombre. Es lo que expresa nuestro Señor con las siguientes palabras de una manera todavía más admirable: “El que me ama, guardará mi palabra; mi Padre le amará; iremos a él y en él estableceremos nuestra mansión” (Jn 14, 23). De suerte que toda la santísima Trinidad viene a cohabitar con quien ama a Jesucristo. Es como nuevo cielo en que Dios se revela con toda la ternura de su corazón. “El que me ama, dice el Salvador, será amado de mi Padre; al cual le amaré también manifestándome” (Jn 14, 21). ¿En qué consiste esta manifestación de Jesús? En la manifestación de su verdad, de su bondad y de sus perfecciones adorables, que es a lo que se reduce el cenáculo del amor.

II. *Jesús Sacramentado es nuestro centro*

Pero ¿en qué forma, en qué estado de la vida de Jesús debemos poner nuestro centro? Tal es la cuestión vital.

No hay que poner este centro en un estado pasado de la vida de Jesús. Porque el amor no vive de lo pasado, sino de lo presente. Lo pasado es objeto de culto, de gratitud, de las virtudes; pero el corazón no para en esto.

La Magdalena no se contenta con ver a los ángeles y la tumba gloriosa de Jesús, sino que, como también los apóstoles, quiere ver a su Señor vivo. El ángel de la resurrección reprendió a las piadosas mujeres que quedaban en el sepulcro: “¿Por qué buscáis entre los muertos a quien está vivo? Id y anunciad su resurrección a sus discípulos” (Lc 24, 5; Mt 38, 7).

Así, puede decirse también a las almas piadosas: ¿Por qué pretendéis quedaros en el establo de Belén, en la casa de Nazaret o en el Calvario? Jesús ya no está allí. No hizo más que pasar por ahí. Bien está que honréis su paso, bendigáis las virtudes en él practicadas por su amor; pero id más lejos, buscad a Él mismo. La falta de muchas personas piadosas consiste cabalmente en pararse demasiado en los misterios pasados sin llegar hasta donde está presente ahora Jesucristo.

¿Y dónde está Jesucristo para que con Él podamos vivir y morar? Pues está en el cielo para los bienaventurados y en el santísimo Sacramento para los viandantes.

Jesús dijo estas inefables palabras: "El que come mi cuerpo y bebe mi sangre mora en mí y yo en él" (Jn 6, 57). Aquí tenemos, por lo tanto, el centro eucarístico del cristiano; la divina Eucaristía es su morada de amor.

Es centro divino y humano a un mismo tiempo, porque Jesucristo es ambas cosas; es centro vivo, actual, personal, siempre a nuestra mano.

¿Puede el hombre tener acá en la tierra un centro más santo ni más amable? ¿La divina Eucaristía no es cielo en la tierra? He aquí que creo nuevos cielos y nueva tierra, dice el vencedor de la muerte y del infierno (Ap 21, 1). He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres. Dios permanecerá con ellos. Él será su Dios y ellos serán su familia y su pueblo (cfr. Ap 21, 1-4). Por eso el alma no tiene que ir al cielo en busca de Jesús, pues no es ése el lugar donde ahora debe buscársele. A donde tiene que ir es al santísimo Sacramento.

El santísimo Sacramento es en la tierra su único tesoro y su único placer. Ya que Jesús está en la Eucaristía personalmente por ella, toda su vida debe orientarse hacia el augusto Sacramento como el imán hacia su centro.

Con la divina Hostia el adorador se encuentra bien en todas partes. Ya no hay para él ni destierro, ni desierto, ni privación, ni desdicha, porque todo lo tiene en la Eucaristía. Para castigarle, hacerle desgraciado o hacerle morir de tristeza, sería necesario quitarle el sagrario. Entonces sí, entonces la vida no sería para él más que agonía prolongada; y todos los bienes y glorias de este mundo no tendrían para él otro valor que el de triste cadenas. Cual israelita cautivo a la vera del río de Babilonia, recordando su amada Sión, el

discípulo de la Eucaristía no cesaría de llorar lágrimas amargas con el solo recuerdo del cenáculo.

Nada extraño, por tanto, que el primer cuidado del adorador al llegar a tierra extranjera sea buscar el palacio de su rey. Búscalo, pregunta por él en todas partes y cuando, finalmente, descubre a lo lejos la flecha lanzada al cielo reveladora de la mansión de Dios, su corazón salta de gozo como el de un hijo al ver el techo paterno no visto desde hace tiempo o como el de una esposa que divisa el buque que desde lejanas tierras le trae su esposo. Y cuando el adorador franquea el atrio del templo santo, cuando ve la misteriosa lámpara que cual otra estrella de los Magos señala la presencia de Jesús, ¡oh, entonces con qué fe, con qué felicidad, con qué ímpetu amoroso se postra ante el Sagrario! ¡Cómo salta su corazón todas las barreras, cómo pasa por entre las rejas de esta cárcel eucarística y desgarra los velos sacramentales y se arroja adorando a los pies del amado, de su dueño, de Jesús, hostia de amor! ¡Oh! cuán bien caen entonces al discípulo del amor aquellas palabras del Tabor: "¡Qué bien se está aquí, Señor!" Mt 17, 4). Con el real profeta canta alegremente: "¡Cuán amables son vuestros tabernáculos, Señor de los ejércitos! Mi alma desea, hasta desfallecer, los atrios del Señor. Mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo. Porque en él halló el pájaro casa para sí y la tórtola nido donde poner sus polluelos: vuestros altares, Señor de las virtudes, Rey mío y Dios mío. Dichosos, Señor, los que habitan en vuestra casa; por siglos sin fin os alabarán. Porque vale más que mil un día pasado en vuestros atrios. Prefiero ser el último en la casa del Señor que habitar en los palacios de los pecadores..." (Ps 83).

III. *Cómo será la Eucaristía nuestro centro*

Pero, ¿cómo hará de la Eucaristía centro de vida el adorador? Sabiendo encontrar en ella a todo Jesucristo, a Jesucristo con los misterios de su vida oculta, de su vida pública, de su vida crucificada y de su vida resucitada, dando nueva vida a todos los estados de la vida pasada del Salvador en su estado sacramental, donde los continúa y glorifica todos por manera admirable, viendo en la Eucaristía a Jesucristo que honra y continúa en su vida resucitada y anonadamiento de la encarnación, la pobreza de su nacimiento, la

humildad de su vida oculta, la bondad de su vida pública y su amor en la cruz. Cuando el alma amante acertare a encontrar así a todo Jesucristo, gozará a un mismo tiempo de todos los bienes y hará con todos ellos como un haz, como un foco de todos los actos particulares de amor.

Según el profeta, la Eucaristía es memorial de todas las maravillas del Salvador. Así como los santos en el cielo lo ven todo en Dios en el acto simplicísimo de la visión beatífica, así el discípulo de la Eucaristía verá todo en Jesucristo en el acto eucarístico de su amor.

El secreto para llegar pronto a este centro eucarístico de vida es tomar por algún tiempo a Jesús en el santísimo Sacramento como objeto habitual del ejercicio de la presencia de Dios, como motivo dominante de las intenciones, como meditación del entendimiento, como afecto del corazón y como objeto de todas las virtudes.

Y si el alma fuere bastante generosa, alcanzará esta unidad de acción, logrará familiarizarse con la adorable Eucaristía, pensando en ella con tanta o mayor facilidad que en cualquier otra cosa. Ternísimos afectos brotarán suave y espontáneamente del corazón, y para decirlo en una palabra, el santísimo Sacramento le atraerá como devoción de su vida y centro de perfección de su amor. Ocho días bastarán a un alma sencilla y eucarística para adquirir este espíritu eucarístico; pero aun cuando debiera consagrar a esta adquisición semanas y meses, ¿qué es todo eso comparado con la paz y felicidad de que disfrutará en la divina Eucaristía?

§ III

EL AMOR, FIN DEL ADORADOR

Jesús sacramentado debe ser no sólo centro, sino también *fin* del cristiano. *El que me comiere vivirá para mí,* dijo el Salvador. Nada tan justo como combatir el soldado por la gloria de su rey, como trabajar el criado para provecho de su amo y el hijo por amor de sus padres.

¿Y qué es vivir para Jesús sacramentado sino vivir entero con la mira puesta en su amor y su mayor gloria, sino hacer de su adorable servicio fin de los dones, de la piedad, de las virtudes y del

celo, sino convertirla en nobilísima pasión de toda la vida?

I. *La Eucaristía, fin de los dones y de las gracias*

Todos los dones de naturaleza y de gracia del adorador deben ser un obsequio de amor a Jesús en el santísimo Sacramento.

Para su divino Hijo, para adorarle, amarle y servirle nos los ha dado el Padre. Para celebrar el amor y cantar las alabanzas de Jesús eucarístico me ha dado el creador una lengua y una voz; me ha dado ojos para ver su adorable persona oculta en la Hostia y para contemplar sus virtudes eucarísticas, oídos para escuchar sus alabanzas, sentidos para servirle, entendimiento para adorarle, razón para conversar con su divina sabiduría, memoria para recordar sus verdades y su vida; imaginación para pintarme los rasgos de su humanidad santísima y un corazón tierno para amarle como a mi salvador, Dios y hombre juntamente.

Jesús en el santísimo Sacramento debe ser fin de todas mis facultades, del ejercicio de mis sentidos, en suma, de todo mi ser. Hay desorden en un ser cuando no tiende a su fin; es monstruoso el oponerse a su fin y necedad buscar otro. Como todos los rayos de luz proceden del sol y a él conducen, así todos los dones y todas las gracias de Dios deben conducirme a mi principio y a mi fin divino, que es Jesús y Jesús sacramentado.

San Agustín buscaba a Jesús en los libros: *Jesum quaerens in libris;* santo Tomás, en la ciencia; san Francisco, en las criaturas; pero el adorador, en el sagrario. El adorador debe referirlo todo a su gloria, y una ciencia, una cosa o una acción que no pueda referir al servicio y gloria de su soberano Señor debe serle indiferente. Y si se tratase de cosas contrarias y hostiles a la gloria de su divino Rey, entonces tendría que volver a comenzar el combate del cielo contra los ángeles malos.

Lo primero que debe decirse en todas las cosas es: ¿qué hay en esto para la gloria de la divina Eucaristía?

II. *La Eucaristía, fin de la piedad cristiana*

La devoción eucarística debe ser la devoción regia del cristiano. El servicio del rey pasa antes que el de los ministros. El sol

eclipsa todas las estrellas y todo el cielo estrellado gira en torno del astro polar. Del mismo modo también hay que dar a la devoción eucarística el primer puesto entre los ejercicios de piedad. Todas las prácticas piadosas deben depender de ella y a ella referirse. Obrar de otro modo sería separar a Jesucristo de su corte, rendir culto absoluto a los santos separándolos de su Dios.

La sagrada comunión debe ser fin de la piedad.

La sagrada comunión es el acto supremo del amor de Jesucristo para con el hombre, es el último límite de la gracia, la extensión de la encarnación es Jesucristo uniendo con su vida a cada uno de los que comulgan.

Por eso la piedad cristiana no debe ser otra cosa que ejercicio preparatorio de la sagrada comunión o hacimiento de gracias por ella. Todo ejercicio que así no se refiera a la sagrada comunión anda fuera de su mejor fin. Por eso, si invoco a los santos es para que sean medianeros más poderosos ante el Rey; si me pongo de hinojos a los pies de María es con el fin de que me conduzca a su divino Hijo; si honro un misterio pasado cualquiera de la vida de Jesús es con el fin de ver en él cómo el amor prepara el estado sacramental. Toda piedad, para ser conforme a su gracia y a su fin, debe ser eucarística. Así como los arroyos y los ríos van a la mar, así también todo en la vida cristiana va a parar en el océano del adorable sacramento.

III. *La Eucaristía, fin de las virtudes cristianas y religiosas*

El verdadero adorador en espíritu y en verdad no debe estimar, amar ni practicar las virtudes cristianas, ni aun en su grado más perfecto, sino como preparación y perfección que conviene al servicio eucarístico de Jesucristo.

Como *preparación* sirven las virtudes que nos corrigen de nuestros defectos, como la penitencia y la humildad que destruyen nuestros vicios y nuestro orgullo, la mortificación que se opone a la sensualidad, la caridad al egoísmo y la pureza de conciencia a toda infidelidad. Un servidor sucio no puede atreverse a presentarse a su amo, y tampoco uno dominado por el odio ante el Salvador inmolado, ni un orgulloso ante Dios humillado. De ahí que un adorador tenga que comenzar por quitar y corregir todo lo que podría ofender los ojos de Dios en la Eucaristía. Antes de entrar en la sala de

las bodas reales debe vestir el traje nupcial. Debe presentar ante todas las cosas la primera cualidad de un servidor, que es la de no desagradar a aquel a quien sirve.

Hay también otras virtudes que exigen la urbanidad y el decoro, y en este concepto sirven todas las virtudes de Jesucristo copiadas por el adorador, no ya como remedios personales, sino como cualidades que exige la educación, como propiedades de un servicio que ha de agradar al Señor.

Un buen servidor, como sepa lo que su señor prefiere, se anticipa a sus deseos y halaga su amor honrando lo que estima. Así también un buen adorador, como sabe que Jesucristo su señor ama con predilección la humildad y la mansedumbre de corazón, puesto que dice: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”; como sabe que ama con predilección las virtudes religiosas de pobreza, castidad y obediencia, abraza con ardor el estudio y la práctica de las virtudes cristianas, con ellas conforma su vida, hace de ellas como manto de honor, y así sirve a Jesús con las mismas virtudes que distinguen y coronan al divino Salvador, que es como si sirviera por Jesús mismo. Para pago de estos sacrificios no pide otra cosa que ser agradable a su Señor.

Siendo la Eucaristía fin de las virtudes, será también su sostén y perfección.

Para progresar en las virtudes el cristiano necesita tener presente su modelo; necesita una fuerza actual y siempre creciente, un amor que le excite y sostenga. Ahora bien, sólo en la Eucaristía se encuentran de un modo perfecto estos tres bienes:

1.º En su estado sacramental es Jesús siempre *modelo* de las virtudes evangélicas. El poder de su amor dio con el secreto inefable de continuarlas y glorificarlas en su estado resucitado para poder decir siempre a sus discípulos: “Seguidme, aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”.

¡Cuán hermosas, amables y arrebatadoras son, en efecto, las virtudes eucarísticas de Jesús! Cierto que un ligero velo las oculta a nuestros ojos carnales, harto débiles e impuros para considerarlas en este divino sol; pero los ojos de la fe las contemplan, el amor las admira y de ellas se nutre y en ellas se deleita. ¡Qué bien ha sabido Jesús juntar en su estado sacramental pobreza con divinas riquezas,

humildad con gloria, obediencia con omnipotencia, flaqueza con fuerza, mansedumbre y bondad con majestad! ¡Cuánto más oculta es en el Cenáculo la vida oculta de Nazaret! ¡Cuánto más sublime es en el altar, en su estado de víctima perpetua de nuestra salvación, el amor crucificado!

¡Oh, sí, en la Eucaristía es donde toman las virtudes de Jesús su última forma de amor y de gracia!

Ya no las practica Jesús como de paso y por intervalos, sino que todas ellas están juntas en estado permanente y lo estarán hasta el fin del mundo para ser siempre regla actual del cristiano.

2.º Al ejemplo de Jesús se junta la *gracia.* Para tornarnos fácil y amable la virtud nos viene por la comunión, mediante la cual se injerta en nuestra corrompida naturaleza y se nos une para comunicarnos su sabiduría, su prudencia y su divina fuerza. Después de comulgados, los confesores de la fe eran atletas invencibles y hablaban con irresistible elocuencia. ¡Cómo habían recibido al Dios de verdad y de fortaleza...!

Para progresar y perseverar en la virtud hace falta, además de fuerza, dulzura y unción interior que nos la vuelva atrayente y amable. "Mi yugo es suave y mi peso ligero", dijo Jesús. Y principalmente en la sagrada Eucaristía es donde las virtudes embeben la suavidad de Jesús. Las virtudes por la Eucaristía sostenidas son más amables que las demás. La virtud de quien comulga es de ordinario sencilla, feliz y celestial cual si se transparentara la virtud interior de Jesús. Los rayos del sol son hermosos porque son una emanación del mismo sol. Al contrario, la virtud del cristiano que no comulga tiene cierto carácter austero, severo y desalentador; es una virtud de campo de batalla, en lucha con el enemigo armado de fuerza y de rigor: no es amable.

La sagrada Eucaristía es suavidad de las virtudes, suavidad tanto mayor cuanto el amor es más puro y abnegado.

3.º El *amor* es, en efecto, el que sostiene y perfecciona la virtud. La virtud sigue el grado del amor, de suerte que el amor perfecto es virtud consumada, don total de sí a Jesús. Así es cómo el cristiano aprende a darse en la comunión, donde Jesús se le da todo entero y personalmente.

Porque el amor es maestro muy hábil; tiene fuerzas invencibles; presto es purificado y transformado el hombre en Jesús

bajo su acción poderosa. Nada le cuesta al amor; sufrir es su placer; las grandes cosas le hacen palpitar el corazón de gozo. Por manera que los mayores sacrificios son para el adorador alimento glorioso de su amor a Jesús, una compensación por tantos dones recibidos. El noble discípulo del Salvador va cada mañana, o a lo menos a menudo, a la sagrada mesa para pertrecharse de armas cristianas, de municiones de guerra, de fuego divino, y de ahí parte para los combates del amor.

IV. *La Eucaristía, fin del celo del cristiano*

Conocer, amar y servir a Jesús en el santísimo Sacramento: he aquí lo que tiene que hacer el verdadero adorador. En hacer que sea conocido, amado y servido en su estado sacramental: ahí se manifiesta el verdadero apóstol de la Eucaristía. El apóstol que se limitara a mostrar a Jesús en Belén sería una estrella o quizá un ángel; quien de lejos le señalase en la vida pasada sería un Juan Bautista, que no muestra más que a Jesús viajero. El apóstol de la Eucaristía muestra a Jesús vivo, lleno de gracia y de verdad en su trono de amor.

La verdad de Jesús no es perfectamente entendida sino cuando se la ve en la Eucaristía, así como en la fracción del pan conocieron al Salvador los discípulos de Emaús. La verdad divina en la Eucaristía recibe su última gracia porque aquí es donde el mismo Jesús habla, la revela y se manifiesta a sí mismo, y nada iguala a la luz del sol.

El amor de Jesús no es bien apreciado sino en la sagrada comunión, cuando la misma alma se pone bajo la acción de este fuego divino. El fuego no es cosa que se define, sino que se siente. Nuestro Señor reveló a los apóstoles el evangelio de su amor después que hubieron comulgado, porque sólo entonces podían comprenderle.

Sólo en la sagrada comunión puede gustarse el amor de Dios, y al estar conmovida con el amor eucarístico es cuando el alma aprende a amar, a darse a Dios, a consagrarse a su gloria como los confesores de la fe.

Por eso, hacer que Dios en la Eucaristía sea conocido, amado y recibido dignamente es el oficio más santo de un apóstol. La obra apostólica por excelencia es enseñar la doctrina cristiana a los

ignorantes y prepararlos a la primera comunión, a recibir los sacramentos. Porque un alma que ama a Jesucristo, que tiene hambre de Él, casi no necesita otro auxilio, porque ha hallado vida, y vida superabundante que brota hasta la vida eterna, donde tiene su manantial.

V. *La Eucaristía, noble pasión del corazón*

La felicidad del hombre está en su amor apasionado. Todo hombre tiene una pasión que se convierte en vida. Esta real pasión del corazón es inspiración de sus pensamientos, cuadro vivo de su imaginación, deseo violento de su voluntad, el objeto ardientemente anhelado en todos sus sacrificios. Nada le cuesta a la pasión adorada, nada le parece imposible, tener que aguardar es delicioso tormento.

Sólo una pasión divina puede beatificar el corazón del hombre y volverle bueno y generoso: la noble pasión de la divina Eucaristía.

No hay cosa que pueda compararse con el ímpetu y la fuerza del alma que busca y suspira por el amado. Su dicha consiste en desearle y en ir en pos de Él. En la Eucaristía Jesús se oculta para que sea deseado, se oculta para dejarse contemplar; se hace misterio para estimular y aquilatar el amor. La sagrada Eucaristía viene a ser así alimento siempre nuevo y poderoso para el corazón que abrasa. Algo de lo que sucede en el cielo pasa entonces; siéntese igual hambre y sed de Dios, hambre y sed siempre vivas y siempre satisfechas; el alma amante penetra en lo más hondo del amor divino y descubre siempre nuevas riquezas, mientras Jesús se le va manifestando gradualmente para más pura y fuertemente atraerla.

¡Oh, feliz aquel a quien la santa pasión de la Eucaristía inspira y enciende; feliz mil veces quien no vive más que por el amado, como la esposa de los Cantares, y quien en todas las cosas no ambiciona otra cosa que su reinado eucarístico! Bien puede el tal decir con san Pablo: Ya no soy yo quien vivo, sino que vive en mí Jesucristo (Gal 2, 20). Si exprimirse pudiera toda la substancia de esta alma, saldría una hostia *Jesús Sacramentado es su vida*.

CAPÍTULO SEGUNDO

Del servicio y culto eucarísticos

§ I

NATURALEZA Y CUALIDADES DEL SERVICIO EUCARÍSTICO

El servicio eucarístico de nuestro señor Jesucristo es el primer deber de la vida del adorador.

Para ser perfecto, este servicio debe tener tres cualidades: debe ser servicio soberano, servicio de amor y servicio litúrgico. Más adelante trataremos de esta tercera condición; hablemos aquí de las dos primeras.

1.º *Servicio soberano*. –Debe anteponerse a cualquier otro servicio, porque es el servicio del soberano Señor, es el cumplimiento de la ley de Dios y el fin de la vida del hombre: "Adorarás al señor tu Dios y a Él sólo servirás" (Mt 4, 10).

Esta es la razón por que en el altar de la exposición se suspende cualquier otro culto y se cubren las imágenes. Dios está en su trono de amor para ser único centro de todas nuestras adoraciones y de todos nuestros corazones.

El servicio eucarístico demanda que el adorador sirva a su Señor como se sirve a un rey, por puro deber, como se sirve a un padre, por puro amor. Servirle debiera ser el mayor y más apetecido galardón del hombre, el que mayor placer le procurara, porque no es admitido cualquiera para servir a la persona del soberano.

Todo lo que el adorador es y posee, su entendimiento, su corazón, su voluntad y sus sentidos, deben servir a Jesucristo, que es fin de todo el hombre y quiere que se le rinda homenaje con todo el ser para en sí mismo glorificar a todo hombre.

Cuando menos el cristiano debe a Jesucristo el servicio que se tributa a los reyes de la tierra, a quienes se sirve sin más recompensa que la del deber y de la gloria de servirles, a quienes como a más dignos se ofrece cuanto de precioso y de más digno hay. Así que el cristiano debe prestar a Jesucristo un servicio regio, debe rendirle

homenaje con todas sus cualidades, con su ciencia, su arte, sus facultades y con su mismo ser.

Los servidores empleados en el servicio de la persona del mismo rey son los más honrados. Servir a la persona adorable de Jesucristo es compartir la felicidad de la santísima Virgen, madre suya; de san José su fidelísimo custodio, es estar asociado a la gloria de los ángeles. "Quién me sirva será honrado de mi Padre", tiene dicho el salvador. ¿Puede servirse a mejor amo que a Jesucristo, ni a mayor rey que al rey de los cielos y de la tierra?

2.º *Servicio de amor*. –El servicio eucarístico de Jesucristo debe ser, en segundo lugar, un servicio de amor. No puede ser de otro modo. La Eucaristía es el sacramento del amor, y la gracia que a raudales fluye de Él es una gracia de amor. El amor divino inspiró su institución; por eso, también el amor ha de animar la vida del adorador. El amor tan generoso que realizó esta maravilla del amor provoca el amor del hombre. Un amor inagotable la multiplica por todas partes y la perpetúa hasta el fin de los siglos, para ofrecer al amor del cristiano un alimento siempre nuevo y proporcionar a Jesús derechos siempre nuevos a nuestra gratitud.

Por consiguiente, ha de ser intenso el amor del siervo de la Eucaristía; nunca alcanzará la altura, la profundidad, la anchura y la largura del beneficio de la Eucaristía.

Debe ser tierno su amor, tierno como el Corazón de Jesús que se le entrega.

Sea puro: debe el adorador servir a su bondadoso Señor por Él mismo, por su gloria, por su beneplácito, como el hijo sirve a padres tiernamente amados, como un piadoso caballero sirve a su rey queridísimo, como los santos sirven al Dios del cielo.

II

Pero, desgraciadamente, ¿quién piensa en el servicio de Jesús?; ¿quién se entrega a él? Un amo cuenta con servidores que le obedecen; un príncipe tiene súbditos que le honran y obedecen; un padre tiene una familia que le rodea y ama. No hay hombre en la tierra que no tenga algún servidor o amigo. ¿Y dejaremos que sea Jesucristo el único que se vea abandonado en el palacio de su gloria, en el trono de su amor en el santísimo Sacramento del altar? Sólo quedará días y noches, mientras que la antecámara de los grandes del

mundo se verá llena de cortesanos y los reyes tendrán una corte brillante y una guardia de honor escogida; o si llega a tener unos cuantos adoradores, serán gente sencilla y pobre, porque los poderosos de la tierra casi no van al templo, ni los sabios le rinden obsequio con su entendimiento, ni los ricos le honran con donativos. ¡Es el Dios desconocido! ¡A menudo está abandonado hasta de los suyos!

Y, sin embargo, no reside en la Eucaristía más que para el hombre: Su amor infinito es la causa por que día y noche queda junto a las casas de los hombres con todos sus dones y ganancias del cielo. ¡Oh!, ¿por qué son los hombres tan indiferentes? ¿Por qué no hacen los cristianos para con su Dios lo que los mahometanos hacen con su profeta, los paganos con sus divinidades y los esclavos del mundo con el ídolo de su corazón y de su vida?

Si los cristianos siguen desamparando a Jesucristo en su templo, ¿cómo no les quitará el Padre celestial su Hijo tan ultrajado? ¿No es, por ventura, lo que ha hecho ya con no pocos pueblos y reinos que ahora gimen en las sombras de la muerte?

Despiértense y júntense las almas para evitar esta desgracia, la la mayor de todas; háganse adoradores en espíritu y en verdad de Jesús sacramentado, formen guardia de honor al soberano de los reyes y una corte abnegada al Dios del amor.

§ II

DEL SERVICIO DE LA ADORACIÓN

La adoración es la primera forma del servicio de Jesucristo. Tratemos de comprender primero:

I. *Su grandeza y su excelencia*

1.º La adoración es el acto supremo de la virtud de religión, superior a todos los demás actos de piedad y de virtud.

La adoración de Jesucristo en el santísimo Sacramento es el fin de la Iglesia militante, como la adoración de Dios en la gloria es el fin de la Iglesia triunfante. Por eso debe haber santa porfía, religioso concierto, armonía de servicio entre el adorador y la Iglesia su madre,

entre la corte celestial y la corte eucarística de acá en la tierra.

2.º La adoración eucarística es el mayor triunfo de la fe, porque es la sumisión entera de la razón del hombre a Dios. El ejercicio de la adoración comprende todas las verdades de la fe a un mismo tiempo y todos los misterios de la vida de Jesucristo, porque toda verdad y toda virtud de Jesucristo prepara, instituye o perpetúa el reinado de la divina Eucaristía. El santísimo Sacramento es la última gracia y la última perfección de la verdad, es Jesús en su última forma de amor, de donde no saldrá sino para juzgar a los hombres y manifestar su gloria.

3.º La adoración es acto excelentísimo de la santidad en la tierra. Es oración con arreglo a los cuatro fines del sacrificio y con ejercicio de todas las virtudes que la componen; es ofrenda perfecta del hombre, de su cuerpo y alma, de su libertad y de su corazón, de sus obras y de sus pensamientos al servicio eucarístico de Jesucristo; es holocausto de todo el hombre.

La adoración se compone de todas las virtudes.

Se compone de la *humildad* con que se adora a Dios como anonadado, queriendo también el alma humillarse y anonadarse para honrarle y bajar hasta donde se encuentra en su estado de anonadamiento.

De la *gratitud* con que se adora al soberano bienhechor, y tomando la voz y el amor de todas las criaturas, el hacimiento de gracias de la santa Iglesia, de la corte celestial y de María santísima, se ofrece a Jesucristo sacramentado un homenaje universal de amor y de agradecimiento.

Aún más lejos va la gratitud. Como quisiera que el acto de agradecimiento fuese infinito como el don recibido, toma la divina Eucaristía y la ofrece a Dios Padre, principio de todo don perfecto, como el obsequio más excelente que pueda recibir, ya que es Jesucristo mismo.

La *penitencia,* a su vez, adora a la divina víctima siempre inmolada para la redención de los hombres, la cual desde las cuatro partes del mundo y de dondequiera que haya un altar pide gracia y misericordia para los pecadores.

Pero como Jesús, hostia adorable, no puede ya sufrir ni morir, necesita de otra víctima que le complete, que sufra en su lugar y con este fin se une al alma penitente. Jesús será siempre el precio infinito

y el alma penitente completará con su sufrimiento efectivo el nuevo calvario. El alma reparadora llora la ingratitud y los crímenes de los hombres para con Dios desconocido, menospreciado, ultrajado por la mayor parte de los hombres y aun de los amigos más íntimos y más favorecidos de su Corazón. Llora sus propios pecados que deben haber ofendido tanto a su Salvador, tan lleno de bondad y de amor.

Ni se contenta con desagraviar; quiere propiciación completa, triunfo absoluto de la misericordia sobre la justicia, la salvación de los pecadores, la conversión de los perseguidores y de los verdugos de Jesús. Quisiera ver de esta manera renovado el arrepentimiento y el perdón del calvario.

La *caridad* adora a Dios amoroso sobre su trono de gracia y le suplica derrame con abundancia los beneficios y dones de su infinita bondad. El adorador se vuelve mediador por todas las necesidades de sus hermanos. Expone con la elocuencia de la confianza todas las miserias de los hijos de la cruz de Jesús, presentándolas ante los ojos de su inagotable misericordia. Abre las llagas del Salvador para que de ellas salgan sobre cada uno de ellos tesoros de gracia. De esta manera da al Corazón de Jesús ocasión de ejercitar su vida de bondad y de misericordia.

Postrada al pie del trono eucarístico el alma caritativa, pide con piedad filial por su madre la santa Iglesia, para que Dios la sostenga en los combates, la proteja contra sus enemigos, la bendiga en sus obras y la santifique en todos sus hijos.

El celo por la gloria de Dios le hace orar sobre todo por el sacerdocio, por cuyo medio se da Jesucristo a los hombres; por los sacerdotes que deben ser luz del mundo, sal de la tierra y otros Jesucristos.

El alma adoradora gusta de orar por los institutos religiosos, por esta familia amada de la Iglesia, del todo consagrada a la vida de oración y de penitencia, y por lo mismo tan poderosa para el triunfo del bien. Porque un alma de oración vale más que un alma abrasada de celo; un alma interior da más gloria a Dios que la que trabaja exteriormente; un alma perfecta basta para lograr la conversión y la santificación de todo un pueblo.

Ruega por los príncipes de este mundo para que cumplan fielmente sus deberes para con Jesucristo y su santa Iglesia y hagan reinar ante todas cosas a aquel por quien reinan y mandan los reyes;

para que sean soldados de su gloria y defensores de la Iglesia, madre divina de todas las patrias, celestial nodriza de todos los hijos de Dios.

Ruega por todos los patronos de este mundo para que se sirvan de su autoridad sobre su familia y dependientes, únicamente para hacer observar la ley de Dios y de la Iglesia, el amor de Dios y del prójimo.

La caridad del adorador no se limita a este mundo, sino que visita a las almas que sufren en el purgatorio, llevándoles el socorro de sus sufragios, de sus indulgencias y del santo sacrificio; va a aquellas almas para derramar gotas de sangre divina sobre sus dolores, sobre la expiación de sus pecados, para consolarlas y abrirles más pronto las puertas de la Patria bienaventurada.

Por manera que el adorador desempeña a los pies del santísimo Sacramento una función universal y perpetua de oración, continúa la obra divina de propiciación, ofrece a Dios vivas e incesantes acciones de gracias, le adora con todo su ser, con todos los seres, con todas las gracias, rindiéndole así el homenaje más perfecto que de una criatura pueda recibir.

II. *Del ejercicio de la adoración*

El ejercicio de la adoración debe hacerse como una verdadera meditación.

Para seguir el orden natural de las ideas y de los sentimientos, hay que figurarse que se va a hacer una visita al rey, visita que comprende tres cosas: preparación, asunto que tratar y conclusión.

Preparación. –El primer deber es prepararse. Hay dos suertes de preparación: remota y próxima. Consiste la primera en preparar el asunto y el orden de las ideas que uno se propone exponer al Rey, y luego en tomar las vestiduras que convienen para comparecer en su presencia. La preparación próxima es la entrada en la cámara regia. Llegada la hora de la audiencia, el rey no tiene que esperar. Una vez ante Él, primero hay que saludarle profundamente, dándole luego gracias en pocas palabras por su bondad en concedernos audiencia, siendo tan pobres e indignos como somos. Si se tuviera algún obsequio que ofrecerle, hay que hacerlo ahora. Antes de entrar en el asunto que se va a tratar, está bien que el adorador se excuse por su

inexperiencia e incapacidad, pero dando pruebas de buena voluntad. Tiene que interesar por su causa a los ministros y a la madre del rey. Y a esto se reduce todo el preámbulo de la adoración.

La preparación remota consiste, por tanto, en preparar la materia, el asunto de oración para la adoración, en determinar dos o tres puntos, dos o tres verdades o pensamientos madres. En cuanto a los sentimientos, no pueden preverse, porque son fruto espontáneo de la verdad, de la bondad de Dios, en suma, del trabajo propio de la meditación. Lo que sí hay que prever es el obsequio final, lo que uno se propone ofrecer o prometer, a nuestro Señor, así como las peticiones que deban hacérsele antes de salir de su presencia.

Preparado el asunto hay que preparar la propia persona para presentarse de manera digna y cual conviene. La santa Iglesia no exige elegancia ni lujo en los adoradores, pero sí decencia en el vestir y en la compostura. Lo que de particular tiene la adoración es que es un culto festivo, y por eso el adorador debe presentarse como de fiesta, lo mismo en el vestir como en las ofrendas.

La preparación próxima consiste:

1.º En ser puntual a la hora de adoración.

2.º En recogerse antes de comparecer ante el rey de reyes, rodeado en su trono de amor de toda la corte celestial, el cual nos aguarda con corazón bondadosísimo.

3.º En practicar los cinco actos siguientes, que son como la introducción del alma en la presencia de Jesús:

El primero es de *respeto.* Llegado ante el santísimo expuesto, el adorador debe postrarse en tierra, a imitación de los reyes magos, movido por un sentimiento de viva fe en presencia de su señor y de su Dios, adorándole así con todo su ser por este acto profundo de respeto y como de anonadamiento ante su divina majestad.

El segundo acto tiene que ser de *gratitud,* dando gracias a nuestro Señor por recibirnos como a uno de sus ángeles, como a un hijo de su predilección, por habernos invitado a su corte y por habernos confiado el oficio más hermoso ante su divina Persona. Propio de este momento es alabar su bondad, bendecir este día y esta hora de paraíso, y dar gracias por la merced de la vocación.

Sea el tercero de *humildad y de contrición.* ¿Qué soy, Dios mío, para verme tan honrado y tan amado? ¿Olvidáis por ventura que

soy nada, que soy un pecador? El alma se purifica con este acto de dolor y de amor humillado.

El cuarto acto del adorador será la *ofrenda* de todo su ser, de su entendimiento, de su corazón, de su voluntad, de su libertad, de su vida al servicio del bondadosísimo Señor y para su mayor gloria, mostrando voluntad de servirle durante esta hora de adoración, de consagrarle toda la atención de la mente, todo el fervor del corazón, poniéndose absolutamente a la disposición de su voluntad y de su gracia para honrarle, amarle y servirle como le plazca.

Finalmente, el quinto acto será de *unión* con las adoraciones de la santa Iglesia y de cada uno de sus miembros, con las adoraciones de la Santísima Virgen cuando vivía en la tierra y señaladamente a los pies de la adorable Hostia. Bueno es también hacer un acto de unión con el ángel de guarda y con algún santo particular.

Después de esto hay que entrar en materia.

Tema de la adoración. –Punto importante así de la adoración como de la meditación es saber ponderar bien el tema escogido, sacando de él afectos sobrenaturales y actos prácticos de virtud. Para lo cual es menester que el trabajo de la consideración, que es alma y vida de la contemplación, posea cinco cualidades. Tiene que ser:

1. *Natural,* esto es, tiene que ser conforme a la naturaleza y carácter del tema.

2. *Sencillo,* buscando la verdad, la gracia y la santidad de lo que se considera con espíritu sosegado y recogido.

3. *Particular,* bajando de lo general a lo particular, de la vista de conjunto a detalles. Una verdad considerada solamente de un modo general no produce nada.

4. *Personal;* en la oración uno tiene que apropiarse y personificarse todo, si quiere de veras atar el espíritu al asunto que quiere considerar y mover los afectos.

5. *Práctico*; éste es el punto esencial, ya que meditamos para hacernos mejores y el ofrecer a Dios un sacrificio particular de alabanza y de amor es el fin con que se adora.

En cuanto a la elección de la materia, todo puede ser asunto fecundo de oración. Ello depende de la disposición actual del alma, de su estado, de sus impresiones; pero sobre todo de la gracia del

momento, del rayo de luz actual que sobrecoja al alma y la penetre hasta el fondo. Cuando es materia seguida siempre está a mano y de ordinario es más fácil y fructuosa.

Después de comenzada la oración no debe mudarse de materia fácilmente, dejando la preparada, porque esto sería exponerse de continuo a la inconstancia y a la esterilidad, sino que debe mantenerse la escogida y hacer volver a ella con fuerza, a menos que el espíritu de la gracia no la cambie por otra mejor. Pero, aun en este último caso, no hay que cambiar en seguida, para comprobar si realmente se trata de una inspiración. Es ésta una regla muy importante.

Del mismo modo se debe continuar con la misma verdad o con el mismo pensamiento, mientras el alma encuentre en ello sustento, así como la abeja se queda sobre una flor cuando ésta es rica en miel. El recogimiento interior del alma en un pensamiento es señal de su riqueza, como cierta agitación, desasosiego y ligereza de espíritu sobre lo preparado lo es de tentación.

Tratándose de materia para la adoración eucarística, conviene que se tome de la Eucaristía y que todo se refiera a su servicio y su gloria.

La sagrada Eucaristía es rica en puntos de meditación, porque todas las verdades confluyen en ella o de ella nacen; todas las verdades de nuestro Señor son en ella continuadas o glorificadas, y cada misterio de la vida del Salvador está admirablemente representado. La divina Eucaristía es compendio admirable de la vida mortal y de la vida gloriosa de Jesucristo, puesto a disposición del cristiano para que honre a su Señor en estos sus dos estados y tenga la gracia de entrambas.

Después de meditada cada verdad, o meditándola (que en esto hay que seguir la moción de la gracia o la impresión que va produciendo lo que se está considerando), haz con espíritu de adoración los actos de los cuatro fines del sacrificio.

1. Adora a nuestro Señor en la verdad conocida; alaba su bondad, bendice su amor en sí mismo, para ti y para con los hombres todos.

2. Tribútale vivas y tiernas acciones de gracias por esta visita, este don, este beneficio.

3. Haz un acto de desagravio por tus infidelidades y pecados

en orden a lo meditado, y por los de todos los pecadores.

4. Ofrécete a ti mismo para mejor adorarle en lo futuro, ofrécele algún sacrificio como don particular, pide que seas fiel, generoso y constante.

Afectos. –A la consideración siguen los afectos, que son la llama del foco, el amor de la verdad y de la bondad conocida, que da nacimiento a sentimientos varios.

Para los sentimientos no hay más regla que la impresión de la luz, de la gracia del momento, a la cual debe seguir y con la cual debe alimentarse el alma hasta agotarla, cosa por otra parte sencilla y natural.

1. Así, es natural amar la verdad, la bondad y la virtud de Jesucristo una vez que el alma las ha conocido; es natural contemplarlas con deleite, alabarlas y ensalzarlas más que todo, desearlas, cobrarles afición, unirse con ellas, que es en lo que consiste la contemplación, la *adoración* del amor.

2. A este primer acto sigue, naturalmente, otro de *acción de gracias*. El alma agradece al Señor el habérsele manifestado, el haberle dado esta prueba de amor, este don de su gracia, y eso con preferencia a tantos otros; el haberle puesto entre sus amigos más íntimos. Tal es el agradecimiento del amor.

3. Después de lo cual es natural que el alma vuelva sobre sí para decirse: ¿Quién soy yo para que me vea favorecido con tanto amor y tales mercedes? ¿Quién soy yo para que Jesús así me ame y me distinga? ¿no es mi alma perezosa y tibia en su servicio? ¿No le ha sido infiel mi corazón y rebelde mi voluntad? ¿No se ha vendido mi cuerpo a la pereza, a la sensualidad y a la vanidad? Con estas impresiones el adorador se humilla, se postra a los pies de Jesús y como san Pedro le dice: Apártate de mí, Señor, porque soy pecador, soy una nada. Solloza a sus pies como Magdalena, pide clemencia como el publicano, quiere en suma servir mejor a su Amo, se lo promete y lo hará con su santa gracia. Así es *el amor arrepentido.*

4. El alma no se contenta con derramar lágrimas de arrepentimiento, sino que quiere lavar su flojedad en sangre, quiere reparar su pecado, volver al puesto de honor y dar al Señor la gloria que antes le ha hecho perder. Y aquí el adorador, para mejor consagrarse al servicio de Jesús y trabajar mejor por su reinado, le

hace entrega total, absoluta y perpetua de sí. En adelante le servirá por amor, por pura abnegación. Jesucristo será su amo y él su feliz servidor. Jesús será su rey y él soldado de su gloria. Jesús será Salvador y él su liberto agradecido. Jesús será su Dios, el Dios de su corazón de su vida y de su eternidad. Aquí tenemos *verdadera abnegación de amor.*

Reténganse bien estas cuatro cosas: el amor adora, da gracias, llora sus pecados y se da todo entero a la mayor gloria de Jesús: *Ama, gratias age, dole, te dona.*

Para dar a cada uno de estos sentimientos el desenvolvimiento y la eficacia que les conviene, es bueno unirse a los actos de adoración, de acción de gracias y de amor de los santos, particularmente de aquellos que fueron más devotos del santísimo Sacramento, y más aún a los de la santísima Virgen, madre y reina de los hijos del cenáculo y de san José, el primero de los adoradores.

Estos cuatro actos (*Ama, gratias age, dole, te dona*) corresponden al mismo tiempo a los cuatro fines del sacrificio y a las necesidades de las almas.

Son expresión natural del amor y cumplen el fin de la oración.

Pueden, por tanto, formarse en toda materia de oración y de adoración. Y en los momentos de esterilidad y de impotencia necesita muchas veces el alma que un método natural la guíe y la estimule. Primero sigue este método como maquinalmente, luego el entendimiento se abre a la verdad, el corazón recobra vida y fuerzas la voluntad; y en esto, ya el alma se vuelve activa y afectuosa en la oración. Como ha dado pruebas de buena voluntad y andado por obediencia y a ciegas, Dios le premia manifestándosele por su amor como a Magdalena en el sepulcro.

Para atar más a la mente y prevenir sus extravíos es bueno dividir la materia en cuatro partes, correspondientes a cuatro cuartos de hora. De esta manera la hora pasará con provecho y entre delicias. Muchas veces quedará uno sorprendido de haber llegado al fin. Porque variando el alma de este modo sus actos se encontrará siempre en abundancia y como en estado nuevo. Estará con nuestro Señor disfrutando de la gracia de lo que considera, y no consigo

misma, con el entendimiento distraído y el corazón triste[12].

III. *Modelos de la adoración*

La adoración eucarística tiene por fin tributar a Jesucristo en el santísimo Sacramento los mismos homenajes que recibió en la tierra durante los días de su vida humana y que ahora recibe en la gloria del cielo.

Los santos Evangelios nos refieren los homenajes que se le tributaron durante su vida y San Juan nos refiere los de la corte celestial. Meditemos unos y otros para ver en ellos modelos de nuestras propias adoraciones.

1.º Los homenajes tributados a Jesús durante su vida mortal siguen su estado.

En la tierra Jesús recibió los homenajes de su santísima Madre. ¡Cuán grande fue la santidad y la perfección de las adoraciones de María cuando adoró al Verbo encarnado en su seno virginal, en su primera entrada en el mundo, y en el palacio de la pobreza, en el trono de amor del pesebre, cubierto de pobres pañales y recostado sobre la paja! Nunca se mostró el Verbo tan magnífico en el amor; pero nunca recibió tampoco homenajes tan dulces y cariñosos.

¡Cuán piadosas y humildes debieron ser las adoraciones de san José, guardián y primer servidor de Jesús! ¡Con qué fe servía a nuestro Señor! ¡Con qué humildad le prestaba los servicios propios de su edad! ¡Con qué fervor le adoraba! ¡Con qué amor sufría por Él todos los sacrificios, el destierro en Egipto, la pobreza de Nazaret! Por eso es san José el primero de los adoradores y dechado de los mismos. Durante mucho tiempo el Verbo encarnado no tuvo más adoradores que san José y la Virgen santísima, pero se complacía en sus adoraciones más que en las de todas las criaturas juntas.

Dignas de nuestra admiración son también las adoraciones de los magos y resultan modelos perfectos de visitas al Santísimo. Vienen de lejos y alegres dejándolo todo a impulsos de su corazón. Buscan a Jesús, y así que lo encuentran, le rodean de honores, confiesan su excelencia y le adoran con profunda humildad y

[12] Para ayudar a las almas poco familiarizadas con la oración, daremos, después de este *Directorio,* algunos puntos eucarísticos expuestos según las reglas aquí indicadas.

reverencia suma. Con admiración henchida de cariño contemplan los sacrificios de su amor, y se hacen discípulos suyos ofreciéndose a servirle. Le rinden homenaje con sus coronas y con todo lo que poseen de más precioso. Vuelven al fin a sus estados para ser apóstoles del Dios humanado que se ha hecho pequeñuelo, pobre y doliente por amor de los hombres.

Viva es asimismo la fe del ciego de nacimiento, cuando se postra a los pies de Jesús su bienhechor al oír estas palabras: "El que te habla es el mismo Cristo" (Jn 9, 37).

¡Qué humilde y penitente la adoración de Magdalena a los pies del Salvador!

Qué conmovedora es la fe del centurión que dice a Jesús: ¡Señor, yo no soy digno de que entréis en mi casa; decid tan sólo una palabra y mi criado quedará curado! (Mt 8, 8).

Ni es menos grande y elocuente la fe de la Cananea pidiendo de hinojos las migas de pan caídas de la mesa del Señor.

Pero una de las adoraciones más hermosas es la del calvario. Allí Jesús es adorado en todos sus títulos, en todas sus virtudes, en la realeza de su amor. Adórale el buen ladrón como a su rey salvador; Magdalena, como a su amado Señor; Juan, como a Dios amantísimo, y María, en todas sus cualidades y en todos sus estados. Finalmente hasta los mismos verdugos convertidos le adoran, le proclaman Hijo de Dios y postrándose al pie de la cruz le ofrecen el primer desagravio público y solemne en el mismo lugar del deicidio.

Tales son las adoraciones de la tierra. El adorador debe continuarlas delante del santísimo Sacramento, perpetuo Nazaret de la vida oculta de Jesús, calvario incesantemente renovado y cenáculo permanente, siguiendo la piedad y las virtudes de estos primeros adoradores.

2.º Los homenajes del cielo son todavía más magníficos. Escuchemos a san Juan que nos describe en el Apocalipsis las adoradores de los ángeles y santos (Ap 4, 4-11; 5, 6-14).

"Alrededor del solio había veinticuatro ancianos –eran los profetas de la antigua ley– revestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas, y ante el trono cuatro animales alados – símbolos de los cuatro evangelistas–. Los cuatro animales no reposaban de día ni de noche, diciendo: Santo, santo, santo es el señor Dios todopoderoso, el cual era, el cual es y el cual ha de venir.

Y mientras aquellos animales tributaban gloria y honor y bendición al que está sentado en el solio y que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postraban ante el solio y adoraban al que vive eternamente, y ponían sus coronas a sus pies, diciendo: Digno eres, ¡oh Señor Dios nuestro!, de recibir la gloria y el honor y el poderío; porque tú criaste todas las cosas, y por tu querer subsisten y fueron criadas.

Miré y vi, dice también san Juan, que en medio del solio y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, estaba un cordero como inmolado. El cual vino, y recibió el libro de los siete sellos de la mano de aquel que está sentado en el solio. Y cuando hubo abierto el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron ante el cordero, teniendo todos cítaras y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos.

Y cantaban un cántico nuevo, diciendo: Digno eres, Señor, de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque tú has sido entregado a la muerte y con tu sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus y lenguas y pueblos y naciones, y nos has hecho para Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.

Vi también, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del solio y de los animales y ancianos; y su número era millares de millares, los cuales decían en alta voz: Digno es el cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria y la bendición.

Y a todas las criaturas que hay en el cielo y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y las que hay en el mar; a cuantas hay, a todas les oí decir: Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición y honra y gloria y potestad por los siglos de los siglos.

A lo que los cuatro animales respondieron: Amén. Y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros, y adoraron a aquel que vive por los siglos de los siglos".

Tal es la adoración del cielo, tales los homenajes de los santos, sus alabanzas y su gratitud. Modelos son también éstos que debemos meditar e imitar. Procuremos que a los pies de la Hostia haya esa majestad y grandeza del culto, esa adoración generosa y anonadada de la corte celestial.

§ III

DE LA SANTA MISA

Los socios asistirán todos los días a la santa misa en cuanto se lo consientan sus deberes de estado.

La santa misa, que renueva la inmolación del Salvador y nos aplica personalmente todo el mérito del sacrificio de la cruz, es el acto religioso más grande, meritorio y santo para el hombre y el más glorioso para Dios.

Procurarán cumplir durante la santa misa los cuatro, fines del sacrificio de la siguiente manera

I. Desde el comienzo de la misa hasta el ofertorio: *adoración.*

Cuando el sacerdote orare al pie del altar, adorará a Dios, señor y juez soberano, con humildad y compunción de sus faltas.

Durante la oración, adore y suplique a Dios infinitamente bueno.

A la epístola, adore su santidad, y al evangelio, su verdad infalible.

Al *Credo renueve* su fe en la divina palabra junto con la fe de la santa Iglesia.

II. Desde el ofertorio hasta la consagración: *hacimiento de gracias.*

De gracias en primer lugar junto con el celebrante a Dios Padre por habernos dado a su Hijo como divina víctima, que una vez más va a inmolarse dentro de poco para la salvación del mundo.

Ofrézcase con Jesús para adorarle, amarle y servirle.

Al *lavabo* purifíquese por la contrición a una con el sacerdote para que sea verdadera hostia de alabanza para Dios.

Durante el prefacio, únase al concierto, de los ángeles y de toda la corte para alabar, glorificar y bendecir a Dios tres veces santo por sus dones de gracia y de gloria, mayormente por habernos salvado por medio de Jesucristo nuestro Señor.

Llegado el canon, únase a los ardientes deseos de los patriarcas, profetas y justos de la antigua ley, pidiendo la venida del Salvador. Asóciese a la piedad y al amor de todos los santos de la nueva ley para dignamente celebrar esta segunda encarnación e

inmolación que van a verificarse sobre el altar por ministerio del sacerdote. Pida al Padre celestial que bendiga este sacrificio y lo tenga por más agradable que todos los demás, ya que es el sacrificio de su divino Hijo inmolado nuevamente para su gloria y redención nuestra.

III. El tiempo que va de la consagración a la Comunión es tiempo de *propiciación,* de ofrenda de la divina víctima y de unión con sus merecimientos infinitos.

Mientras el sacerdote, rodeado de innumerables muchedumbres de ángeles, se inclina por respeto al acto que va a ejecutar; mientras hablando y obrando divinamente en persona de Jesucristo consagra el pan y el vino en su cuerpo, y sangre como en la última cena de Jesús, adore primeramente el cristiano el inaudito poder en favor suyo concedido al sacerdote, adore a la divina Hostia elevada al cielo como en otro tiempo sobre la cruz, pidiendo ahora como entonces misericordia. Adore luego al cáliz de la sangre preciosa, figurándose que es una Magdalena de hinojos ante le cruz, recibiendo sobre la cabeza la sangre que chorrea de las llagas del Salvador.

Después de la consagración, ofrezca la santa víctima a la justicia divina para expiación y reparación de los propios pecados y de los del mundo entero, ya que para todos fue inmolada.

Ofrézcala a la divina misericordia para excitar su piedad a la vista de las propias miserias y para que se digne echar una mirada de benevolencia y de afecto.

Ofrézcala a la divina bondad para que aplique a las almas que sufren en el purgatorio los frutos de luz y de paz de este sacrificio y para que, cayendo sobre sus llamas, se las refrigere y apague.

Al *Pater* hay que decirlo junto con Jesucristo en la cruz y perdonar a todos los enemigos como nosotros queremos ser perdonados por el Juez supremo.

Al *Libera nos* pídase la gracia de librarse por intercesión de la santísima Virgen y de los santos de los pecados pasados, presentes y futuros y de las ocasiones de pecado.

Al *Agnus Dei* hiérase el pecho de dolor junto con los pecadores arrepentidos del calvario.

Conviene luego recogerse haciendo actos de fe, de humildad,

de amor, de confianza y de deseo, para recibir a lo menos espiritualmente al pan de vida, Jesucristo.

IV. El resto de la misa se consagrará a la *oración,* a exponer humildemente a los ojos de Dios nuestras necesidades personales, las de la santa Iglesia, de nuestros parientes, amigos y las de todos los hombres nuestros hermanos, a fin de que por los méritos del sacrificio que acaba de celebrarse, se digne derramar abundantemente sobre todos los dones y los auxilios de su infinita bondad.

Demos, por último, gracias a nuestro Señor por habernos permitido asistir a su divino sacrificio y ofrezcámonos por entero y de todo corazón a su servicio y al cumplimiento perfecto de su adorable voluntad.

Otro método para oír la santa Misa meditando la Pasión. (El escrito por el autor se encuentra en la segunda serie).

§ IV

DE LA SAGRADA COMUNIÓN

I

La sagrada Comunión es la última gracia del amor. Se une por ella Jesucristo con el cristiano espiritual y realmente para en él producir la perfección de vida y de la santidad. Por eso el alma adoradora debe tender a la Comunión frecuente y aun diaria por cuanto de bueno, santo y perfecto puedan inspirarle la piedad, las virtudes y el amor.

Jesucristo tiene dicho: “Si no comiereis mi cuerpo y bebiereis mi sangre no tendréis vida en vosotros. Quien me comiere vivirá por mí. Quien come mi cuerpo y bebe mi sangre mora en mí y yo en el” (Jn 6, 54. 57-58).

La sagrada Comunión es asimismo gracia, modelo y ejercicio de todas las virtudes, y los adoradores aprovecharán más con este medio de santificación que con todos los demás. Jesús por sí mismo formará en ellos su espíritu, sus virtudes y sus costumbres. Así que irán a la Comunión para que sean instruidos y dirigidos por este maestro bueno, con humildad y buena voluntad. Considerarán la

sagrada Comunión como el medio mejor y más universal para lograr la santidad de Jesús.

Mas para que la sagrada Comunión logre toda su eficacia menester es que llegue a ser pensamiento dominante del entendimiento y del corazón, el fin de todo estudio, de toda piedad y de toda virtud. Ya que Jesús es el "fin de la ley", debe serlo también de la vida.

Consagrarán al comulgar un cuarto de hora a la preparación y, en cuanto sea posible, media hora a la acción de gracias. Es justo que para el acto soberano de la vida sean las primicias y la preferencia del cristiano. Por otra parte, el alma aprenderá más en algunos momentos con Jesús que en mil años con los sabios y los libros.

II

Por sí mismo haga y de su propio fondo saque el adorador los actos de la sagrada Comunión, que así serán más naturales y agradables a Dios. Como preparación inmediata a la visita del Señor haga los cuatro actos siguientes:

Adore a Jesús sacramentado que le va a venir con sentimientos de viva fe, rindiéndole homenaje con todo su ser y con el real don de su corazón.

Dé gracias por tamaño don del amor de Jesús, por esta invitación a su mesa eucarística que le dirige a él antes que a muchos otros mejores y más dignos de recibirle.

Considerados el dador y su don tan excelentes, eche una ojeada sobre sí, viendo su pobreza, sus imperfecciones y sus deudas. Humíllese a la vista de la propia vileza y de los pecados cometidos. Llórelos y, reconociendo una vez más que le hacen indigno de comulgar, pida perdón y misericordia. Imagínese luego que oye estas consoladoras palabras del Salvador: Porque eres pobre vengo a ti; por estar enfermo vengo a curarte; con el fin de darte mi vida, para que participes de mi santidad, me he hecho Sacramento. Ven con confianza, dame tu corazón, que eso es todo lo que quiero.

Al llegar aquí suplique el adorador a nuestro Señor quite Él mismo todos los obstáculos y venga. Desea, suspira por este momento de vida y de felicidad. Está dispuesto a sacrificarlo todo, a abnegarte en todo por una Comunión.

III

Vete entonces a la sagrada mesa con los ojos bajos, juntas las manos, con porte respetuoso. Anda con gravedad y modestamente. Ponte de rodillas con alegría y felicidad en el corazón.

Al comulgar ten derecha e inmóvil la cabeza y bajos los ojos, abre modestamente la boca, pon la lengua humedecida sobre el labio inferior y tenla inmóvil hasta que el sacerdote haya depositado en ella la sagrada forma.

Puedes guardarla si quieres por un momento sobre la lengua para que Jesús, verdad y santidad, la purifique y santifique. Después, cuando la sagrada Hostia esté ya en el pecho, pon tu corazón a los pies del divino rey, tu voluntad a sus órdenes y tus sentidos a su mejor servicio. Ata la mente a su trono para que no se extravíe, o, mejor, ponla a sus pies, para exprimirle todo el orgullo y liviandad que contiene.

IV

Tras este primer acto de obsequio a su persona, el comulgante debe dar comienzo a la acción de gracias por la bondad divina que se le ha manifestado. Debe ensalzar el amor del Salvador, que tiene a bien darse a tan ruin e ingrata criatura, ofreciéndose y consagrándose a servirle con toda la perfección y la gracia de su vocación.

Te valdrás provechosamente de los actos de los cuatro fines:

1. Adora a Jesús en ti; exalta su poder; alaba su bondad; bendice su amor.

2. Dale gracias por haberte honrado, amado y dado tanto por esta Comunión.

3. Llora tus pecados a sus pies, como la Magdalena: el amor penitente experimenta la necesidad de llorar.

4. Pide su gracia para no ofenderle ya; protesta que quieres antes morir que pecar.

Ofrécele algún obsequio de amor, esto es, algún sacrificio que cueste a la naturaleza y que abrazarás por Él.

Después orará el adorador por la santa Iglesia, por el papa, por el obispo, por su pastor, por su confesor.

Orará luego por sus parientes y amigos, por la conversión de los pecadores, señaladamente de aquellos por quienes más debe interesarse su caridad. Y por último y sobre todo, para que Jesús sea

conocido, amado y servido por los hombres.

Antes de irte, di algunas oraciones por las intenciones del soberano pontífice para las indulgencias del día que exijan esto como condición.

Durante el día mantén tu alma dulcemente entretenida con el pensamiento de las maravillas obradas en ella. Honra con tus virtudes la presencia espiritual y divina de Jesús que en ti está todavía. Háblale, ámale y vive en Él.

§ V

DEL CULTO EUCARÍSTICO

I

El servicio de nuestro Señor en el santísimo Sacramento debe ser litúrgico en su espíritu y en su forma.

No hay servicio que no tenga una ley que determine sus deberes, una regla que prescriba las cosas más menudas y el orden necesario. Así, por ejemplo, el ceremonial de la corte de un rey obliga de un modo absoluto a todos sus súbditos y servidores.

Dios mismo, después de haber promulgado en el Sinaí su gran ley para todos los hombres, quiso también determinar la práctica de su culto; reguló hasta los deberes más sencillos e impuso el cumplimiento de las reglas al sacerdocio y al pueblo, bajo severísimas penas. La razón de todo ello está en que todo es grande y divino en el servicio de Dios.

Y como Dios ha decretado el ceremonial de su culto, no quiere más obsequios que los que prescribe, ni hechos de otra manera que como los prescribe. El hombre no tiene otra cosa que añadir sino el homenaje de su amor respetuoso y de su leal obediencia.

Jesucristo no nos dio leyes ceremoniales para su culto: se contentó con darnos la adorable Eucaristía como fin y objeto de nuestra religión, y el precepto del amor para regular nuestros homenajes interiores.

A los apóstoles y a la Iglesia romana confió el encargo de fijar el orden de su culto exterior y público.

Es, por tanto, soberanamente augusta y auténtica la santa

liturgia romana. Nos viene de Pedro, jefe de los apóstoles y piedra fundamental de la fe y de toda la religión. Cada papa la ha transmitido con respeto a los siglos futuros, añadiendo, según las necesidades de la fe, de la piedad y de la gratitud, con la plenitud de su autoridad apostólica, nuevas fórmulas, oficios, oraciones y ritos sagrados.

Es santa la liturgia romana por el honor que rinde a Dios, por las virtudes que pone en ejercicio, por las gracias que de ella manan.

Es católica por ser una en su ley, en su autoridad y en su culto. Esta uniformidad de rito causa identidad de vida en la Iglesia; por ella se ve en el mundo entero una misma fiesta y una misma oración. Cuando oro con la liturgia, oro con toda la Iglesia de Dios.

La santa liturgia romana es, pues, la regla universal e inflexible, del culto eucarístico. Hay que guardarla con religiosa piedad, estudiar sus reglas y meditar su espíritu, ya que en la ciencia y acertada práctica de su deber consiste la perfección de un servidor.

Esta ley litúrgica es el único culto legítimo y agradable a la majestad de Dios, la única expresión pura y perfecta de la fe y de la piedad de su Iglesia.

Todo lo que sea contrario a este culto se debe, por tanto, condenar y cercenar. Todo lo que sea extraño debe considerarse como cosa sin valor, como quiera que no tiene la gracia de la Iglesia y su sanción. Sólo lo que sea conforme a la letra y al espíritu o a la piedad del culto católico merece ser estimado y practicado. Siguiendo esta regla evitarán los adoradores el error en la fe práctica, la ilusión y la superstición, que tan fácilmente se deslizan en la devoción dejada a sí misma.

La ciencia más propia para alimentar la fe y la piedad de los adoradores es indudablemente la ciencia litúrgica que mira al espíritu de las ceremonias, las cuales honran los misterios de Jesucristo, sus gracias y sus virtudes. El cristiano que así los honra con el culto sagrado continúa las virtudes y el amor de los que fueron sus primeros adoradores, en los días mortales del Salvador. El culto es toda la religión en acto.

II

Propiedad inherente a la naturaleza del culto eucarístico es ser

siempre festivo. La sagrada Eucaristía es la alegría incesante de la tierra. Mas este culto debe ser regio cuando el santísimo Sacramento está expuesto, porque entonces es como una fiesta del Corpus que se renueva; el divino rey se presenta en su trono de gracia, en todo el esplendor de su amor y rodeado de los piadosos obsequios de sus vasallos.

La santa Iglesia ha regulado la naturaleza y la cantidad de las luces que deben arder ante el santísimo. Quiere que todas las velas del altar de la exposición sean de cera pura y blanca, símbolo de la pureza de un alma y fruto de la abeja virgen. Es como esencia de todas las flores olorosas con que el Creador ha hermoseado la naturaleza, flores que a su vez son imagen perfecta de las virtudes, hermosísimas flores del amor divino.

Doce velas deben arder siempre delante del Santísimo solemnemente expuesto. Doce es el número apostólico. Estas luces arden y se consumen ante el trono del cordero. Así debe lucir, arder y consumirse la vida de un adorador, que es otro Juan Bautista de quien dijo Jesús que era luz ardiente y brillante. Y el humilde precursor no tenía más que un deseo, el encerrado en estas palabras: Es preciso que Jesús crezca y reine y que yo mengüe y desaparezca ante el sol divino.

La Iglesia ha escogido el color blanco como propio del culto del santísimo Sacramento. Los ornamentos de los ministros sagrados en las fiestas eucarísticas, los lienzos del altar, las cortinas del sagrario, el dosel que cubre el trono de la exposición, todo es blanco como el Dios de luz y pureza para cuya honra sirven.

Los manteles del altar deben ser de lino o de cáñamo, por respeto al santo sacrificio, y cuando menos uno de ellos debe pender hasta el suelo. Son como el sudario sagrado de la tumba del Salvador.

Es regla que en la exposición solemne de las Cuarenta Horas las reliquias, cuadros y estatuas que no sean de ángeles adoradores desaparezcan del altar y del santuario. Porque delante de Jesucristo presente todo culto secundario debe suspenderse. Los ojos del adorador, como también su corazón, sólo en la sagrada Hostia deben fijarse.

La Iglesia prescribe el mayor respeto delante del santísimo Sacramento, sobre todo cuando está expuesto, pues entonces el

silencio debe ser aún más absoluto y más respetuosa la compostura. Quisiera que no se sentara ante el santísimo expuesto, y aunque tolera esto no debe hacerse sin verdadera necesidad.

Durante la exposición lo que la santa liturgia exige no es genuflexión sencilla, sino genuflexión doble o de ambas rodillas, a semejanza de los veinticuatro ancianos delante del cordero celestial.

Por manera que en los actos del culto todo debe ordenarse a la significación del homenaje íntimo del alma, su respetuosa y profunda adoración.

Decía santa Teresa que daría su vida por la menor ceremonia de la Iglesia, porque bien conocía su valor. Que los socios le den por lo menos respeto, devoción y amor.

III
De las fiestas eucarísticas

La santísima Eucaristía tiene en la tierra, como los demás misterios del Salvador, sus fiestas y sus triunfos.

Todos deben contribuir a embellecerlas y santificarlas, como fiestas que son de su padre que está en los cielos, de su rey y de su Dios vivo entre los hombres. Cada cual debe ofrecer su don y su obsequio; con ello se honra uno a sí mismo al mismo tiempo que honra a Jesucristo.

Los días de las Cuarenta Horas de la parroquia deben ser para los socios como días del cielo que deben celebrarse con traje de fiesta y de honor, con la recepción de la adorable Eucaristía y con adoraciones fervorosas. La corte del cielo y la corte de la tierra deben aquí juntarse en fraternales homenajes a la gloria de su divino rey. Como los israelitas en el desierto, cada cual debe prestar para la decoración del altar cuanto de más hermoso y precioso tenga, para así adornar la verdadera arca de alianza, el trono de Jesucristo. Será para la familia una bendición y religioso recuerdo.

La fiesta del *Corpus Christi* es la fiesta regia de la Iglesia y triunfo público de la adorable Eucaristía. En ella viene personalmente el divino rey a visitar a sus hijos, a santificar las calles de sus ciudades, a bendecir sus casas y trabajos. Quienquiera tenga un poco de fe debe prestar su concurso para hermosear el paso de Jesucristo, para erigirle arcos de triunfo y monumentos magníficos. ¿No los

merece por ventura mucho más que los reyes de la tierra, por quienes se hacen tantos gastos y se imponen tantos trabajos? Este paso triunfal de Jesucristo será un homenaje solemne de nuestros corazones, un desagravio por la apostasía de los herejes, por la ingratitud de los malos cristianos que no tienen para su Salvador y su Dios otra cosa que una necia mirada de indiferencia o la vergüenza del reo ante el juez.

Los socios celebrarán también con particular piedad el jueves santo, día para siempre bendito de la institución del Sacramento de amor, y la fiesta de la Epifanía, aniversario de las primeras adoraciones públicas que el Hijo de Dios ha recibido sobre la tierra, como también de la primera exposición eucarística en la Congregación del santísimo Sacramento.

Honrarán con culto especial a los patronos de la Congregación, que son los protectores de su obra, en primer lugar a la inmaculada Virgen, madre y modelo de los adoradores; también al glorioso arcángel san Miguel; a san José, primer servidor del Verbo encarnado y custodio del trigo de vida; a las dos columnas de la fe, san Pedro y san Pablo, y a san Juan, discípulo predilecto y evangelista de la Eucaristía.

CAPÍTULO III

De las obras eucarísticas

Todas las obras eucarísticas merecen la cooperación y el celo de los socios; pero hay entre ellas cuatro a las que deben dar el primer puesto y reservar su predilección. Son éstas las obras concernientes a los ornamentos del culto, a la luminaria, a la primera comunión de los jóvenes adultos y al santo viático.

I. *Los ornamentos del culto*

Nuestro Señor viene del cielo al hombre con sus gracias y su amor; pero quiere que su vivienda, su altar y los ornamentos de su culto sean debidos al hombre.

En otro tiempo los hombres y las mujeres de Israel entregaron gozosos a Moisés lo que tenían de más precioso para la decoración del tabernáculo y la construcción del arca santa.

Siempre se ha hecho en la Iglesia uso de las artes cristianas para elevar a Jesucristo templos magníficos, expresión espléndida de la fe y de la piedad.

Nuestras madres consideraban como una gloria el dar para el altar el lienzo más hermoso y el bordar los ornamentos que aun hoy son admiración del arte.

Es que entonces todo convergía hacia la Eucaristía como hacia un centro divino.

Imitemos estos hermosos ejemplos y sepamos *dar* a nuestro Señor. ¿Cabe cosa más honrosa que el ver uno convertido en algo sagrado, glorioso para Dios, y como en vestido de Jesucristo, el fruto de sus manos y el don de su piedad?

Pero como hemos dicho, estos dones y objetos del culto tienen que ser conformes a la santa Iglesia romana que determina su materia y su forma. Vale indudablemente más no ofrecer nada que ofrecer un don contrario a las reglas del culto, pues ante todo hay que respetar la ley.

Así, ha decretado la Iglesia que el lienzo que debe cubrir el altar y servir para el sacrificio, las albas y las sobrepellices deben ser de lino o de cáñamo y no de algodón. Aquellas albas que tienen una parte notable de puntillas de algodón no son, por consiguiente, regulares. Las hijuelas y los corporales de la santa misa deben estar bien unidos y sin bordado en relieve. Los ornamentos deben tener un solo color de fondo y ser de seda; señaladamente el velo del cáliz debe ser por entero de seda.

Los vasos sagrados debieran ser lo que hay de más puro y hermoso, y siempre de oro o de plata. ¿Puede haber acaso algo demasiado precioso para nuestro Señor sacramentado?

¡Ah, con harta frecuencia la pobreza de culto es indicio de la debilidad de la fe! Mientras se mira a lo económico cuando se trata de Dios, nada se niega al lujo y a los placeres.

Nuestros padres comenzaban por Dios; y satisfecho de su servicio, Dios les daba el céntuplo.

II. *El alumbrado*

El alumbrado es una de las leyes más importantes del culto eucarístico. La santa Iglesia lo prescribe so pena de privación de la santa misa, y delante del sagrario que encierra la sagrada Eucaristía so pena de pecado.

En el culto de la exposición, de la riqueza de las luces depende la magnificencia de las fiestas y la distinción de su rito y de su dignidad.

En lo cual hay, por otra parte, un simbolismo notable. Dios es amor, y el fuego simboliza el amor. Dios es soberano señor, y el fuego que ante Él arde y se consume es señal de nuestra respetuosa adoración, del homenaje perpetuo de nuestro servicio.

Es, por tanto, para los socios un deber piadoso el honrar al santísimo y augustísimo Sacramento con el don del alumbrado litúrgico del altar[13], con el sostenimiento de la lámpara el santuario,

[13] La obra de las *Semanas. Eucarísticas,* que es una rama de la Agregación, agrupa precisamente a las almas que desean contribuir con sus ofrendas a la ornamentación del trono de la exposición. Hablando de esta obra, Pedro Julián escribía: “Es una bella obra, la que honra tan directamente la persona adorable de nuestro Señor en su divino sacramento, adornando su trono; alumbrando su altar y

con la ofrenda de las velas de adoración, que serán como la llama de su amor y su perpetua oración al pie del trono de Jesús.

III. *La primera Comunión de los adultos*

Una de las obras eucarísticas más gratas a Dios y a la santa Iglesia es la que asegura a la sagrada Eucaristía el honor y el respeto que le son debidos por parte de los que comulgan.

Tal es la obra de la *primera Comunión de los jóvenes adultos,* que tiene por fin instruir y preparar para la recepción del Pan de vida a los jóvenes a quienes la edad demasiado avanzada o el trabajo impide asistir a la catequesis parroquial, viéndose así privados del beneficio de la sagrada Eucaristía. Esta hermosa obra exige a los socios una parte de su celo y abnegación[14].

Además del estado de gracia necesario para aproximarse a la sagrada mesa y hallar en ella la vida del alma, al comulgante le hace falta también el vestido nupcial del cuerpo, esto es, estar vestido limpia y decentemente, cual corresponde en los días de fiesta. ¡Cuántos jóvenes, cuántos comensales no tienen con qué comprar este traje nupcial y no se atreven a ir a recibir con harapos a su buen Salvador! Cierto que serían igualmente bien recibidos por este corazón de padre; pero su religión se vería harto humillada, lastimado su honor y tal vez demasiado probada su virtud.

¡Qué hermosa obra la de quien vista a este nuevo Jesucristo y

---

procurando sea solemnemente expuesto a las adoraciones de todo el pueblo. Es una obra amable la que, mediante el alumbrado, las flores que adornan y perfuman, el altar, y sobre todo por el corazón que se entrega con todas sus dádivas, permite a todos los fieles ofrecer al Rey soberano de cielos y tierra, expuesto sobre su trono de gracias y de misericordia, el homenaje fervoroso de su amor. Es una obra santa la que alegra a la Iglesia con el culto solemne rendido a su divino esposo que inunda de gozo y de consuelo las almas afligidas, con la presencia de su Dios y su Señor, puesto más a su alcance, y que enternece y convierte a los pecadores baoj la suave y saludable influencia de la exposición del santísimo Sacramento. ¡Qué gran honor, cuán piadoso acto de religión y poderosa garantía de gracias es el ofrecer a Jesucristo rey, expuesto sobre el altar, un cirio de adoración!”

[14] Lo que dice aquí Eymard de la obra de la primera Comunión de adultos que tan a pecho tenía, en realidad no es otra cosa que la aplicación práctica de un principio general, a saber: según las circunstancias de lugar y de personas, los afiliados se esforzarán por preparar a la primera Comunión, ora a los retrasados, ora a los niños desde que comienzan a tener uso de razón.

adorne este nuevo sagrario! Es la limosna más dulce para el corazón amante y una lección de virtud para quien la recibe. Porque la limpieza y la decencia exterior del comulgante le inspiran sentimientos más elevados y una piedad más noble y fervorosa. En la Comunión vuelve a recobrar su dignidad de hombre y de cristiano y adquiere la honra y la distinción de la virtud.

Deseo de la santa Iglesia es que todos los que comulgan vayan a la sagrada mesa como a un banquete regio, que el cuerpo lo mismo que el alma honre a Dios.

Tomen, pues, a pecho los socios el corresponder a este deseo, dando ellos mismos ejemplo de decencia y de verdadera piedad. Eviten como un escándalo el ir a la sagrada mesa con compostura desaliñada; que cada cual traiga, al contrario, sus vestidos de honor, según su condición, y que este adorno sea realzado con las preciosas joyas de la santa modestia cristiana.

IV. *El santo viático*

El santo viático es Jesús mismo que va a visitar, consolar y darse en Comunión a los pobres enfermos, llevándoles personalmente sus auxilios. Aunque su presentación en medio de los suyos es menos solemne que en las procesiones públicas, no por eso es menos amable ni menos encantadora. El amor de Jesucristo y la caridad hacia nuestros hermanos deben obligarnos a componer el piadoso cortejo del santo viático, porque donde está el cuerpo allá deben juntarse las águilas, a saber, las almas fervorosas y abnegadas.

El que ama al rey le honra igualmente en todas sus formas, porque ama su persona y no su brillo exterior.

Más lejos debe ir el amor de Dios sacramentado; debe preocuparse sobre si Jesús será recibido cual conviene en la casa del enfermo, y cuando falten discípulos que preparen esta recepción, ofrecerse a este honroso oficio, para que la limpieza y la decencia honren la presencia de nuestro Señor.

Téngase cuidado de preparar de antemano cuanto sea menester para la recepción de los últimos sacramentos, a saber, una mesa cubierta con mantel blanco, un crucifijo, dos candeleros, agua bendita con una ramita de boj, siete bolitas de algodón en una bandeja, un poco de miga de pan, agua y una servilleta. La cama del enfermo

debe estar cubierta con un lienzo blanco. Todo este aparato religioso inspira respeto y piedad hacia la santísima Eucaristía.

Pero el deber más importante de la caridad es preparar a los enfermos para los últimos sacramentos, porque los últimos actos de la vida son decisivos. En ellos se dan los combates supremos de la salvación.

El tiempo de acción de gracias después de recibidos los sacramentos es el momento más provechoso para el enfermo. Téngase cuidado de que se vea rodeado de recogimiento en este instante precioso. Sugiéransele cortas, pero fervorosas, aspiraciones de gratitud, de don de sí mismo, de amor de la adorable voluntad de Dios, de santos deseos de unirse con Él.

SEGUNDA PARTE

De la devoción a María reina del cenáculo

A devoción a la santísima e inmaculada virgen María es consecuencia rigurosa de la fe en Jesucristo nuestro Salvador. El culto de María fluye del amor a Jesús, su divino hijo.

Porque ¿cómo adorar a Jesucristo sin honrar a quien nos le ha dado? ¿Cómo amar a Jesús sin amar a María, divina y cariñosísima madre suya, a la que tanto amó Él mismo?

La devoción a María es, por tanto, deber filial de todo cristiano.

Grande y universal es su culto en la Iglesia. Cada uno de los misterios de su vida cuenta con una familia que la honra, cada una de sus virtudes tiene discípulos que de ella hacen regla y felicidad de su vida.

Pero entre los misterios de la vida de María hay uno que los resume todos, lo mismo en cuanto a sus enseñanzas que en cuanto a su santidad: es la vida de María en el cenáculo, honrando la vida eucarística de Jesús.

María se quedó en la tierra por espacio de veinticuatro años después de la ascensión de Jesús. El cenáculo donde Jesucristo instituyó la divina Eucaristía y donde fijó su primer sagrario fue su vivienda.

La ocupación habitual de María consistía en adorar a su divino hijo debajo de los velos eucarísticos, en ensalzarle por este don supremo de su amor, en unirse con Él en su estado de anonadamiento y de sacrificio, en orar por la extensión de su reino y por los hijos que tanto le costaron en el Calvario.

Por eso los adoradores deben honrar con un culto especial y hacer que todos honren la vida de adoración de María.

Necesitan un modelo y una madre en el ejercicio de su sublime

vocación. Pues la santísima virgen María es su modelo perfecto. Ella fue en la tierra la primera y más perfecta adoradora de Jesús, y con sus adoraciones le dio más gloria que la que le puedan dar todos los ángeles y santos juntos

La divina madre de Jesús, tal es la madre de los adoradores. Jesús crucificado les ha cedido los propios derechos y el propio puesto sobre su corazón maternal tan bueno. El oficio de María es educar a los hijos del calvario, formarles según Jesús su Salvador, hacerles dignos de su amor y trocarles en perfectos adoradores de su adorable persona en el santísimo Sacramento del altar.

Estudien, pues, los adoradores la vida de María en el cenáculo, honren y sirvan a Jesús junto a María, y no tardarán en ser verdaderos y perfectos adoradores.

En el cenáculo la santísima Virgen se ocupa incesantemente en adorar a la sagrada Eucaristía, vive de la vida eucarística de Jesús, y se consagra a la gloria de Jesús y a su reinado eucarístico. Estudiemos estos tres aspectos de la vida de nuestra Madre a los pies del santísimo Sacramento.

CAPÍTULO PRIMERO

María adoradora

María fue siempre la primera adoradora de Jesús en todos sus misterios. Convenía, en efecto, que este corazón purísimo tuviese en todo la honra del primer homenaje rendido a Jesucristo y que recibiese la primera gracia para comunicárnosla. Fue ella la primera que adoró al Verbo encarnado en su seno virginal, y la que al nacer le ofreció el primer obsequio del amor y la primera confesión de fe. En las bodas de Caná ella adoró antes que nadie su poder y lo desató en favor de los hombres.

María, finalmente, adoró la primera a Jesús en la cruz y se unió a su sacrificio.

Pero la adoración de María resplandece en toda su incomparable excelencia al pie del sagrario.

I

1. Aquí ella adora a Jesús en su *estado permanente* y no en estados transitorios. Aquí Jesús se muestra como rey en el trono perpetuo de su amor fijado hasta el fin del mundo, en un misterio que resume y contiene todos los demás.

Así que María pasaba los días y las noches junto a la divina Eucaristía. Esta es su morada predilecta, porque en ella vive y reina su Jesús. ¡Que sociedad más dulce y amable entre Jesús y su madre! Aunque sin la Eucaristía María no hubiera podido vivir en la tierra, con ella la vida se le hace agradable, pues posee a Jesús y es su adoradora por estado y por misión. Y los veinticuatro años que María pasará en el cenáculo serán como veinticuatro horas del día en el ejercicio habitual de la adoración.

2. María adora a Jesús sacramentado con la *fe* más viva y perfecta. Como nosotros, ella adoraba lo que no veía, en lo cual consiste la esencia y la perfección de la fe. Tras ese velo obscuro y debajo de esas apariencias inertes, ella reconocía a su Hijo y a su

Dios con una certidumbre mayor que la de los sentidos. Confesaba la realidad de su presencia y de su vida y la honraba en todas sus cualidades y grandezas. Adoraba a Jesús oculto debajo de formas extrañas; pero su amor traspasaba la nube e iba hasta los pies sagrados de Jesús, que veneraba con el más cariñoso respeto, hasta sus santas y venerables manos en que tomó el pan de vida, y bendecía la boca sagrada que había proferido estas palabras adorables: *Esto es mi cuerpo, comedlo; esto es mi sangre, bebedla.* Adoraba al corazón abrasado de amor de donde salió la Eucaristía. Hubiera ella querido anonadarse ante esta divina majestad anonadada en el Sacramento, para rendirle todo el honor y todos los homenajes que le son debidos.

Por eso adoraba ella la presencia de su hijo con el respeto exterior más piadoso y profundo. Ante el sagrario, estaba de rodillas, con las manos juntas o cruzadas sobre su pecho, o extendidas, cuando estaba sola, hacia Dios preso de amor. Todo en ella exhalaba recogimiento; una modestia consumada componía todos sus sentidos. Nada más que ver a María adorando a Jesús despertaba la fe, inspiraba devoción y encendía el fervor de los fieles.

3. María adoraba a Jesús sacramentado con el *amor* más ardiente y puro. Después de abismarse en la consideración de la grandeza y de la majestad divina, levantaba los ojos hacia ese Tabor de amor, para contemplar su hermosura y bondad inefables en el acto soberano de la Eucaristía. Ella sabía muy bien los combates y los sacrificios que esta dádiva costó a su hijo y había compartido las ansias de su corazón en la última cena. ¡Oh, qué contenta se vio cuando le reveló Jesús que había llegado por fin la hora del triunfo de su amor, que iba a instituir el adorable sacramento por cuyo medio sobreviviría perpetuamente en la tierra y podrían todos, compartiendo la felicidad de la Madre de Dios, recibir como ella su cuerpo, verle en alguna manera y disfrutar, merced al estado sacramental, de todas las gracias y de todas las virtudes de los misterios de su vida pasada; que una vez dada la Eucaristía, Dios ya no tendría nada más que dar al hombre fuera del cielo! Al oír esto se echó María a los pies de Jesús, bendiciéndole efusivamente por tanto amor a los hombres y a ella, indigna sierva suya. Se ofreció para servirle en su adorable Sacramento y consintió que se aplazara la hora del galardón para que siguiera siendo adoradora en la tierra y le guardara y le amara y

muriera luego junto al divino sagrario.

Pues en las adoraciones del cenáculo, María reavivaba cada día estos mismos sentimientos. A la vista de Dios anonadado por ella hasta las apariencias de pan, prorrumpía en transportes de gratitud. Alababa con toda su alma esa bondad que excede a toda alabanza, y bendecía y glorificaba al corazón sagrado que inventara y realizara la maravilla del amor divino. Deshacíase en perpetuos hacimientos de gracias por esta dádiva que excede a toda dádiva, por esta gracia manantial de toda gracia. Abrasábase de puro amor ante la Hostia santa y no pocas veces arrasábanseле los ojos de ternura y gozo. No podía su corazón contener el ardor de sus sentimientos por Jesús y hubiera querido morir y consumirse de amor a sus pies.

4. Finalmente, María se ofrecía entera al servicio de amor de Dios sacramentado, porque no pone condiciones ni reservas el amor perfecto, ni piensa en sí, ni vive para sí, sino que es extraño a sí mismo para no vivir más que para Dios, a quien ama de todo corazón. María lo ordenaba todo al servicio eucarístico de Jesús como hacia su centro y a su fin. Una corriente de gracias se establecía entre el corazón de Jesús sacramentado y el corazón de María adoradora, produciendo como dos llamas que se unían en un mismo centro. En verdad que fue Dios entonces perfectamente glorificado por su criatura.

II

A imitación de María, póngase también el adorador de hinojos en el templo con el respeto más profundo. Recójase como María y póngase a su lado para adorar. Vaya ante nuestro Señor con aquella modestia, con aquel recogimiento interior y exterior, que maravillosamente preparan al alma al oficio angelical de la adoración.

Adore a Jesús debajo de las especies eucarísticas con la fe de María y de la santa Iglesia, dos madres que nos ha dado el amor del Salvador. Adore a Dios como si lo viera y le oyera, pues una fe viva ve, oye, toca, abraza, con mayor certidumbre que la de los sentidos.

Para apreciar bien el don de la adorable Eucaristía contemple a menudo, como María, los sacrificios que exigió el amor de nuestro Señor. La vista de estos combates y de esa victoria le dirá la gratitud

que debe a un Dios tan bueno. Alabe, bendiga, ensalce la grandeza, la bondad, el triunfo del amor al instituir la santísima Eucaristía como memorial siempre vivo, como don de sí que siempre resulta nuevo.

Y en esto se ofrecerá como María su divina madre de todo corazón a Jesús para adorarle, amarle y servirle como pago de tanto amor. Se consagrará a honrar el estado sacramental del Salvador, copiando en su vida las virtudes que Jesús continúa y glorifica en ella de modo admirable. Honra esa humildad tan profunda que llega hasta anonadarse enteramente debajo de las santas especies; esa abnegación de su gloria y de su libertad que le hace prisionero del hombre, esa obediencia que le hace servidor de todos.

En estos obsequios tomará a María como modelo y protectora. La honrará y amará como reina del cenáculo y madre de los adoradores, títulos que ella estima muchísimo y que son gloriosos para Jesús.

CAPÍTULO II

Vida eucarística de María en el cenáculo

El amor exige más que los obsequios asiduos de la conversación y de la presencia; exige comunidad e identidad de vida.

En el cenáculo, María vivía de la vida eucarística de Jesús.

Había participado de la vida de su Hijo en todos sus misterios, siendo pobre como Él en Belén, estando oculta en Nazaret, siendo perseguida durante su vida evangélica e inmolada en la hora de su vida de sufrimiento. Con mayor razón debía, pues, vivir de la vida eucarística del Salvador, fin y coronamiento de todas las demás.

Y como la vida de Jesús en el santísimo Sacramento es vida interior, oculta y sacrificada, lo será también la vida de la santísima Virgen durante veinticuatro años, con la que acabará su peregrinación terrestre.

I. *Vida oculta*

Jesús lleva vida oculta en el santísimo Sacramento. Honra el silencio y la soledad, condiciones esenciales de la vida en Dios. Se encuentra en él muerto al mundo, a su gloria, a sus bienes, a sus placeres. Su vida es vida enteramente resucitada y celestial.

Tal es la vida de María después de la ascensión de su divino hijo: se retira al cenáculo sobre el monte Sión y se envuelve en obscuridad y olvido. Los santos evangelistas no repetirán sus admirables palabras ni nos contarán ya para alimento de nuestra piedad sus santísimas acciones y virtudes purísimas, pues la han dejado en el cenáculo a los pies del adorable Sacramento, en el ejercicio habitual de la adoración humilde y anonadada.

Como vive en este centro de amor, está muerta al mundo como su divino hijo. En la divina Hostia cifra todos sus bienes, toda su gloria, toda su felicidad. Porque ¿no es ella su Jesús?

Tal debe ser la vida de los adoradores, hijos de María. Deben estar muertos al mundo profano y terrestre. El principio de su vida

sobrenatural debe ser la vida resucitada de Jesús, cuya forma eucarística, silenciosa y solitaria debe excitarles a huir del mundo, no teniendo con él más que las relaciones necesarias de estado y de conveniencia, para dar a sus almas algunos momentos de libertad y de paz visitando a Dios oculto en el santísimo Sacramento.

Porque la servidumbre del mundo y la tentación de Satanás consisten cabalmente en absorber de tal manera a los hombres en la vida exterior, por las exigencias tiránicas de los negocios terrestres, que no tengan ni un momento para el alma ni para Dios. Y la primera condición de la vida cristiana y eucarística es la libertad espiritual, es el deshacerse de toda servidumbre mundana, es el saber dar al alma su descanso y su pan de vida, sin los cuales no tiene más remedio que morir.

II. *Vida interior*

En el santísimo Sacramento, Jesús vive con vida totalmente interior. Está continuamente en actitud de ofrenda de sí al amor y a la gloria de su Padre, cuyas perfecciones todas contempla su alma humana.

En su estado sacramental, Jesús continúa las virtudes de anonadamiento de su vida mortal, continúa aquella humildad que le indujo a rebajarse hasta la forma de esclavo; humillándose aquí hasta la forma de pan, y juntándose con una mera apariencia de ser llega hasta los linderos de la nada.

En la Eucaristía continúa practicando la pobreza, pues no trae del cielo más que su persona adorable y su amor. Del hombre espera la hospitalidad, aunque no sea más que la de un establo, las vestiduras para su culto y la materia del sacrificio.

Continúa asimismo la obediencia, que es aún mayor y más universal que durante su vida mortal, ya que obedece a todos los sacerdotes, a todos los fieles y aun a los mismos enemigos. Obedece de día y de noche, obedece siempre. No quiere elección ni libertad, porque son cosas que no quiere el amor. La Eucaristía es el rey de la gloria obedeciendo hasta el fin del mundo.

En la Eucaristía, Jesús continúa su vida de oración; más todavía, la oración es la única ocupación de su alma. Jesús contempla a su Padre, contempla su grandeza y su bondad; adórale con

profundos anonadamientos que junta a su estado de gloria; le agradece incesantemente los dones y beneficios que concede a los hombres; nunca deja de implorar por los pecadores la gracia de la misericordia y paciencia divinas y de continuo solicita la caridad del Padre celestial por quienes ha rescatado con su cruz.

Tal es la vida contemplativa de Jesús y tal es también la vida de María. Ella honra las virtudes humildes de Jesús y las vuelve a vivir imitándolas perfectamente.

Como el Dios escondido, quisiera no ser más que una apariencia humana, trocándose y transformándose del todo en la vida de Jesús.

María es pobre, tan pobre como Jesús en el santísimo Sacramento, y aún más porque puede experimentar en toda su realidad las necesidades y las privaciones que impone la santa pobreza.

Vive obedeciendo, no sólo a los apóstoles, sino también a los últimos ministros del estado y de la sociedad. Su obediencia es sencilla y mansa, porque ¡se ve tan satisfecha de poder obedecer como Jesús!

Pero la vida interior de María consiste sobre todo en el amor a su divino hijo, amor que le hace compartir todos sus pensamientos, sentimientos y deseos. María no perdía de vista nunca la presencia eucarística de Jesús, sino que se unía sin cesar a su oración y a sus adoraciones, y vivía en Él y para Él en contemplación nunca interrumpida de su divinidad y de su humanidad santísima, sometiéndose del todo y entregándose a la influencia de la gracia.

El adorador debe imitar junto con María las virtudes interiores de Jesús en el santísimo Sacramento. Aplíquese con constancia y paciencia a la virtud del recogimiento, al ejercicio de la contemplación de Jesús por el silencio, el olvido de las criaturas y los actos de unión fervorosos y repetidos.

¡Oh, feliz el alma que comprende esta vida de amor y la desea y la pide sin nunca cansarse y en ella se ejercita incesantemente! La tal tiene ya conquistado el reino de Dios.

III. *Vida sacrificada*

Pero donde el alma de María se mostraba en toda su pujanza

era en la perfección de su conformidad con Jesús, en compartir el estado de inmolación de Jesús en el santísimo Sacramento.

María adoraba a su queridísimo hijo sobre este nuevo calvario donde le crucificaba su amor, presentándolo a Dios para la salvación de su nueva familia. Y a la vista de Jesús en la cruz, con sus llagas abiertas, renovaba en su alma el martirio de su compasión. Le parecía en la santa misa ver a su hijo crucificado chorreando sangre entre tormentos y oprobios, desamparado de los hombres y de su Padre, muriendo en el acto supremo de su amor. Después de adorar en la consagración a su hijo presente en el altar, derramaba abundantes lágrimas sobre su estado de víctima, sobre todo en vista de que los hombres no hacían ningún caso de este augusto sacrificio; esterilizando así para sus almas el misterio de la redención, y en vista de que había quienes se atrevían a ofender y despreciar a la adorable víctima ofrecida ante sus ojos y para su propia salvación.

Para reparar estos ultrajes, María hubiera querido sufrir mil muertes, tanto más cuanto que los desdichados que así se portaban eran hijos suyos, a ella confiados por Jesús.

¡Pobre Madre! ¿No le bastaba, por ventura, un calvario? ¿Por qué renovar, por tanto, todos los días estos tormentos y herir su corazón maternal con nuevas espadas de impiedad? Con todo eso, en lugar de desechar y de maldecir a los pecadores, María tomaba sobre sí junto con Jesús, como correspondía a la mejor de las madres, la deuda de sus crímenes, los expiaba con la penitencia, se hacía víctima al pie del altar, pidiendo gracia y misericordia por sus hijos culpables.

Viendo a su madre inmolada como Él, Jesús se consolaba del abandono de los hombres, tenía por bien hechos los sacrificios que tan generosamente hizo y prefería el estado de anonadamiento y de oprobio al de gloria. Porque con los obsequios de María quedaba compensado todo y hallaba indecible satisfacción en recibir su oración y sus lágrimas derramadas para la salvación del mundo.

Sepan, pues, los adoradores unirse junto con María al sacrificio de Jesús, para también ellos ser un consuelo para la augusta víctima. Tengan en su vida un lugar para el sufrimiento voluntario abrazado por amor. Háganse salvadores en unión con Jesús para completar en lo que les concierne lo que falta a su pasión eucarística.

CAPÍTULO III

María, apóstol de la gloria de Jesús

En el cenáculo, María se entregaba toda entera a la gloria eucarística de Jesús. Sabía muy bien que era deseo del Padre que la Eucaristía fuera conocida, amada y servida de todos, que el corazón de Jesús sentía necesidad de comunicar a los hombres todos sus dones de gracia y de gloria. Porque la Iglesia fue instituida para darse Jesucristo al mundo como rey y como Dios y para conquistar todas las naciones de la tierra. Por eso todo su deseo era conocer y glorificar a Jesús en el santísimo Sacramento. Su inmenso amor al hijo de sus entrañas necesitaba dilatarse, abnegarse, para así aliviarse algún tanto de la pena que le producía la imposibilidad en que se veía de glorificarle bastante por sí misma.

Por otra parte, los hombres se hicieron hijos suyos en el calvario y ella los amaba con entrañas de madre, queriendo el bien de ellos tanto como el suyo propio. Por eso ardía en deseos de dar a conocer a Jesús en el santísimo Sacramento, de abrasar los corazones en su amor, de ver a todos atados y encadenados a su amable servicio, de formar para Él una guardia eucarística, una corte de fieles y abnegados adoradores.

Para lograr esta gracia, María cumplía una misión perpetua de oración y penitencia a los pies de la adorable Eucaristía, en la cual trataba de la salvación del mundo rescatado por la sangre divina. Con su celo inmenso abarcaba las necesidades de los fieles de todos los tiempos y lugares, que recibirían la herencia de la divina Eucaristía.

Pero el oficio de que más gustaba su alma era orar continuamente para que produjesen mucho fruto las predicaciones y trabajos de los apóstoles y demás miembros del sacerdocio de Jesucristo. Por eso no hay por qué extrañarse al ver que los primeros obreros evangélicos convertían tan fácilmente reinos enteros, pues allá estaba María al pie del trono de misericordia suplicando por ellos a la bondad del Salvador. Predicaba con su oración y con su oración convertía almas. Y como quiera que toda gracia de conversión es

fruto de oración y la petición de María no podía ser desestimada, en esta Madre de bondad tenían los apóstoles su mejor auxiliadora. “Bienaventurado aquel por quien ora María”.

Los adoradores participan de la vida y del oficio de oración de María a los pies del santísimo Sacramento, que es ciertamente el oficio más hermoso y el que menos peligros presenta. Es también el más santo, porque es ejercicio de todas las virtudes. Es el más necesario para la Iglesia, que necesita más almas de oración que predicadores, más hombres de penitencia que de elocuencia. Hoy más que nunca hacen falta varones, que, con su propia inmolación, aplaquen la cólera de Dios, irritado por los crímenes siempre crecientes de las naciones. Hacen falta almas que con sus instancias vuelvan a abrir los tesoros de gracia cerrados por la indiferencia general. Hacen falta adoradores verdaderos, esto es, hombres de fuego y de sacrificio. Cuando éstos sean numerosos cerca de su divino jefe, Dios será glorificado y Jesús amado, las sociedades se harán cristianas, serán conquistadas para Jesucristo por el apostolado de la oración eucarística.

TERCERA PARTE

De la devoción a la santa Iglesia

Jesucristo nos es dado por la santa Iglesia como a la Iglesia fue dado por María.

La Iglesia nos ha hecho cristianos. A ella debemos nuestro título de redimidos y nuestro derecho al cielo.

Así como la esposa recibe la herencia de su esposo, así sólo la Iglesia ha recibido el depósito de la fe de Jesucristo, la legitimidad y el poder del sacerdocio, el ministerio divino de los sacramentos, que son como otros tantos canales por los que nos comunica el Salvador los dones múltiples de su santo Espíritu y perfecciona nuestra educación cristiana.

Sólo por conducto de la Iglesia católica pueden los hombres hacerse verdaderos hijos de la fe. Ella los ha engendrado a Jesucristo por el bautismo, ella los alimenta y les hace crecer por la sagrada Eucaristía, los cura de sus enfermedades espirituales por el bautismo de penitencia y los dirige y gobierna por su sacerdocio según el espíritu y la gracia de Jesucristo.

¡Desdichados los pueblos que no viven en la Iglesia de Jesucristo! ¡Bien pueden compararse con los hombres fuera del arca en tiempo del diluvio!

Fuera de la Iglesia los pobres viajeros yerran sin guía en medio del desierto. Se parecen a un pasajero sobre un barco sin timón y sin piloto. ¡Ay, cual hijos desdichados desamparados en la vía pública, sin madre que los ame y los alimente, pronto serán víctimas del frío y del hambre!

Darnos por madre y educadora a la santa Iglesia es, por consiguiente, la mayor gracia que nos haya podido dar nuestro señor Jesucristo. Y la mayor caridad para un hombre es mostrarle la verdadera Iglesia, fuera de la cual no hay salvación, porque sin ella

no hay verdadera fe ni caridad de Jesucristo.

I. *Pero ¿qué es esta Iglesia de Jesucristo? ¿Dónde está? ¿Cómo encontrarla y reconocerla?*

La Iglesia de Jesucristo es la Iglesia romana, personificada en el papa, vicario de Jesucristo en la tierra.

A Pedro solamente dijo el Salvador: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos. Todo lo que ligares sobre la tierra será ligado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo" (Mt 16, 18-19).

"Confirma a tus hermanos en la fe" (Lc 22, 32).

Tal es la misión de Pedro y tales son sus poderes. "Donde está Pedro, está también la Iglesia", dijo san Ambrosio. "Una vez que haya hablado Pedro, se acabó la discusión", dice a su vez san Agustín. Es el soberano juez inapelable.

El papa tiene el depósito de la fe, cuya custodia y sanción infalible le han sido confiadas. El papa es Jesucristo enseñando, es Jesucristo santificando, es Jesucristo gobernando a su Iglesia.

Sin papa no hay, por tanto, Iglesia; fuera del papa, no hay más que cisma y esterilidad; contra el papa no hay sino herejía y escándalo, que es el crimen mayor después del deicidio de los judíos, crimen seguido de todas las venganzas divinas, de todas las desgracias reservadas a los sacrílegos.

La Iglesia es también el obispo, que es como vicario del papa en una diócesis, el cual ha recibido de Jesucristo, por el papa, el poder y la gracia de "gobernar a la Iglesia de Dios" (Act 20, 28).

La Iglesia es el sacerdote representante del obispo en una parroquia; también él es, como dice el Apóstol, "ministro de Jesucristo y dispensador de los misterios de Dios" (1Co 4, 1).

De manera que para saber dónde está la Iglesia de Jesucristo me basta saber dónde está el papa, corazón del catolicismo, centro de unión entre el cielo y la tierra, entre Jesucristo y el hombre, principio de vida católica, sin el cual el árbol evangélico queda sin savia y las obras sin vida. Aquel a quien el papa bendice también es bendecido

del cielo, aquel a quien le condena también es condenado por Jesucristo, aquel a quien él corta del cuerpo de la Iglesia también es cortado por Jesucristo de su propio cuerpo.

El papa es en la Iglesia lo que el sol en el mundo: *Lux mundi,* lo que el alma para el cuerpo. De él reciben los obispos y los sacerdotes la doctrina y la dirección para a su vez comunicarla al pueblo cristiano.

Pero, ¿cómo sabré que un obispo y un sacerdote son de veras representantes del pontífice supremo y depositarios de la autoridad católica?

Pues haciéndoles estas sencillas preguntas. Al obispo ¿Viene vuecencia en nombre del papa? ¿Está unido con el papa? ¿Trabaja vuecencia con el papa? Pues, si así es, será para mí el papa que enseña, santifica y gobierna a la Iglesia: será la Iglesia.

Al sacerdote: ¿Viene usted en nombre del obispo?: ¿Está en unión con el obispo? ¿Trabaja con él? –Sí. Pues este pastor es legítimo, tiene la fe de la Iglesia y la gracia de Jesucristo.

Pero bien puede un falso pastor decir que es legítimo: ¿en qué podré conocer la verdad de su misión? –¡Ah! ¿Cómo conoce un niño a su madre entre tantas madres? ¿Cómo la distingue entre tinieblas y confusiones? Un hijo reconoce a su madre en la voz, en el corazón. El falso pastor no tiene la voz de la Iglesia, ni su caridad y santidad. Se predica a sí mismo, para sí trabaja y de ordinario es orgulloso e impuro. Estas son las señales con que se puede conocer siempre a un intruso, a un cismático o revoltoso. Es el lobo entre ovejas, de quien hay que huir.

II. *¿Cuáles son los deberes de un cristiano, de un adorador para con la Iglesia?*

Todo cristiano debe a la Iglesia los cuatro deberes del cuarto mandamiento de Dios. Y así como la paternidad espiritual es superior a la humana, así también los deberes para con la Iglesia deben tener siempre cierta primacía de honor y lealtad.

Ahora bien, el cuarto mandamiento manda honrar a los padres, amarlos, obedecerles y asistirles en sus necesidades. Pues estos son también los deberes de los cristianos para con el papa, los obispos y

los sacerdotes, cada cual según su misión y su dignidad en la Iglesia.

1.º Honra.

Hay que honrar al papa como vicario visible de Jesucristo. Es doctor de doctores, padre de padres, maestro de maestros, por cuyo motivo lleva la tiara, la triple corona de Jesucristo.

Suprema honra y supremo respeto, por tanto, al soberano pontífice, que es Jesucristo cumpliendo su divino oficio en la tierra.

Honra eminente y profundo respeto al obispo, mano, corazón, palabra del papa y de Jesucristo; es un príncipe de la Iglesia, sentado en las gradas del trono pontifical, que participa de la realeza espiritual del soberano pontífice.

A los pastores, a los sacerdotes, respeto religioso, honores angélicos, porque son los ángeles del nuevo testamento, embajadores celestiales y ministros de Dios.

Despreciar al sacerdote, pecar contra él, sería pecar contra el mismo Jesucristo. "Quien os desprecia a mí me desprecia" Lc 10, 16), ha dicho el Salvador de sus sacerdotes. Y por medio, del profeta dijo también: "No toques a mis cristos" (Ps 104, 15), prohibición que no se quebranta sin atraerse los más terribles castigos.

Porque, quien peca contra el sacerdote, ataca al predicador, al sostén, al canal de la fe católica, y él mismo es castigado con la debilitación y pérdida de la fe.

Y como no hay remisión de pecados sin sacerdote, ni Eucaristía sin el sacerdocio, ni caridad sin este foco eucarístico que la alimente sin cesar, quien no tiene fe en el sacerdote está perdido.

Aquí tenemos la razón por la que los enemigos de Jesucristo atacan tanto y con tanta perfidia y saña a los miembros del sacerdocio, para paralizar el poder de la fe y aniquilar la religión en el corazón de los fieles.

Dice el profeta Daniel que el principal combate del anticristo será contra el sacrificio y el sacerdocio, combate que comienza y crece ya.

Estén, pues, sobreaviso los fieles contra la astucia infernal de sus enemigos, quienes para destruir su fe en el sacerdote no cesan de mostrar sus defectos humanos y aun de calumniarlos en caso de necesidad, para que parezcan despreciables y así escandalizar a los débiles.

Júntense los fieles alrededor de sus pastores como alrededor de sus jefes espirituales; defiendan su divina misión y honren su sacerdocio; cubran con manto filial los defectos de su pobre humanidad, que Jesucristo les deja para que se mantengan humildes y así se practique la caridad y se sobrenaturalice la fe de los cristianos.

2.º Amor.

¿No amamos a una madre que nos ha dado la vida, a un padre que nos alimenta y se consagra a nuestro bien?

Pues la santa Iglesia es madre de nuestras almas. Ella nos ha engendrado a Jesucristo entre tormentos del martirio, nos da una vida espiritual que nadie nos puede arrebatar, nos educa para la vida eterna, para que podamos allí gozar con Dios por Jesucristo de su misma gloria y felicidad. Ahora en los peligros de la vida, como madre cariñosa y solícita que es, guía y sostiene todos nuestros pasos, nos ampara contra los ataques de los enemigos, nos cura las llagas, trabaja y sufre por nosotros. Ni nos deja hasta tanto que se hayan cerrado nuestros ojos a la luz, y se haya apagado el habla en nuestros labios muertos y haya por fin cesado de palpitar nuestro corazón. Y al llegar a este punto toma nuestra alma después de haberla purificado, la bendice, y revestida de sus merecimientos la lanza al seno de Dios creador y redentor. Hasta el purgatorio nos acompaña su caridad, pues también allí tiene poder con su expiación y sufragios. Su oficio salvador no acaba sino a la puerta del cielo.

¿Oh, quién no amará y no se aficionará a tan dulce y cariñosa madre?

¿Quién no amará al papa, padre común de los fieles, a quien Jesucristo dio un corazón tan grande como el mundo y mayor que todas nuestras necesidades?

¿Quién no tendrá para el obispo, para los pastores de almas, aquella piedad filial que alivia su peso, espantoso aun para los mismos ángeles, que alienta su celo, consuela sus tribulaciones y les alivia sus sufrimientos? Son padres, padres de una familia inmensa, y padres sin otro sostén que la divina providencia que los ha enviado al mundo, como envió a Jesucristo.

3.º Obediencia.

Todo cristiano debe al jefe supremo de la Iglesia, en todo lo

que depende de su misión divina, una obediencia de fe, so pena de hacerse culpable de rebelión y de herejía. “Considerad como pagano y publicano a quien no escucha a la Iglesia”, ha dicho Jesucristo (Mt 18, 17).

El cristiano debe una obediencia filial e independiente de todo poder civil, que aquí no tiene fuerza ni derecho, a las leyes canónicas, a las bulas, a los decretos, a las decisiones de la santa Iglesia romana, que son voz, ley y enseñanza del soberano pontífice.

La obediencia filial va más lejos que lo mandado por la ley o la autoridad; mira a la intención del legislador. Sus consejos son órdenes para su corazón. No quiere pensar, hablar ni obrar sino como su Padre en la fe.

Extiéndese esta obediencia al obispo, como a pastor más próximo, que nos transmite con toda pureza y legitimidad las enseñanzas de la santa Iglesia, la palabra infalible de Pedro. El obispo cuida del depósito de la fe, de la santidad de las costumbres, de la estricta obediencia de las leyes divinas y eclesiásticas, poseyendo él mismo poder legislativo y doctrinal en las cuestiones de moral y de doctrina.

Se extiende también al pastor inmediato, en el ejercicio de su cargo pastoral. Por él nos gobiernan el papa y el obispo, y él tendrá que dar cuenta a Dios de todas las almas que le han sido confiadas. Las verdaderas ovejas del rebaño de Jesucristo siguen a su pastor, conocen su voz y le siguen.

4.º Asistencia.

El hijo debe asistir a sus padres débiles y necesitados. En ello va la honra de un hijo y del cumplimiento de este deber depende su derecho a las promesas divinas.

Pues del mismo modo el cristiano debe asistencia al sacerdote de Jesucristo, padre suyo en la fe y ministro de la santísima Eucaristía.

El sentimiento cristiano se sublevaría con sólo pensar que un pastor no tuviese ni siquiera el pan de la limosna y los socorros que se dan a los necesitados.

Pero donde los fieles deben asistir sobre todo a sus pastores es en las obras de celo para la salvación de las almas, en la decencia y dignidad de los objetos del culto, en el cristiano cuidado de los

enfermos. Estas obras, debajo de la dirección y gracia del sacerdocio, son verdaderamente apostólicas, y producen un bien ordenado, de conjunto, una obra seguida. Los impíos se unen para el mal; con mayor razón deberían unirse los buenos para el bien. A la sociedad del mal que se muestra tan pujante hay que oponer la sociedad de las almas fieles. El bien hecho aisladamente es débil y se apaga con la persona que le ha comenzado.

¿A qué obras debe uno consagrarse de preferencia? A las obras católicas, a las que han recibido la sanción de la Iglesia, a las que el sacerdocio inspira y bendice. Porque el error puede deslizarse fácilmente debajo de apariencias piadosas, y aun debajo del mismo manto de la piedad.

A una obra incipiente, lo primero que hay que preguntar es su legitimidad, su procedencia de la Iglesia, su fin y sus medios sobrenaturales. Una obra meramente humana, filantrópica, limitada al cuerpo, a la materia, es obra de filósofo, no de cristiano.

Y entre las obras buenas hay que darse de preferencia a las que más glorifican a nuestro Señor, a las que tienen por objeto directo el honrar a su divina persona y el ensalzar y el hacer reconocer los derechos de su realeza. Porque la parte principal del servicio y de la abnegación debe ser siempre y en todo para el jefe divino de la Iglesia.

CUARTA PARTE

De la vida interior

CAPÍTULO PRIMERO

Medios de la vida interior

La vida interior es la vida y el reinado del amor de Jesús en el alma, es Jesús poseyendo y gobernando todas sus facultades, llenándolas de su virtud y de su gracia, derramándose en ellas y atrayéndolas hacia sí, de manera que las facultades moren en Jesús como en su centro de paz y de reposo.

Para llegar a esta vida, que es el fin de todos los ejercicios y de todas las prácticas exteriores, hay que unificar primeramente todos los medios.

Durante algún tiempo hay que alimentar el entendimiento, el corazón, la piedad y las virtudes solamente con el amor de Jesús, para que este pensamiento del amor se naturalice y se trueque en habitual, fácil y agradable.

Para adquirir el hábito de pensar y sentir conforme al amor de Jesús hay que leer y meditar sólo sobre el amor divino hasta que este alimento constante forme un espíritu. Un acto virtuoso debe comenzar por el entendimiento, pues el corazón correrá bien pronto a la luz e irá hacia la dulzura y bondad divinas que se le hayan mostrado en toda su encantadora verdad. Hay que conocer a Dios antes que amarle. En la luz se muestra Dios al hombre: una gracia de luz vale más que mil de dulzura y de consuelo, porque el sentimiento pasa mientras que la verdad permanece.

El demonio combate sobre todo las gracias de luz por la

distracción y la servidumbre a las cosas temporales, o por las diversiones del mundo.

El demonio no puede nada con un alma recogida en Dios. Recogerse es concentrarse de fuera hacia dentro, es vivir cerca de Dios, con Dios. El alma no es fuerte ni progresa en la virtud sino por el recogimiento. En el recogimiento está la justa e inexorable balanza de su aprovechamiento y de sus pérdidas, de sus virtudes y de sus defectos.

Mas, ¿cómo puede uno recogerse, cómo puede vivir recogido?

1.º Hay que evitar primeramente cuanto se pueda el bullicio del mundo, amando el silencio y buscando la soledad para tener el necesario sosiego interior. Hay que encontrar un lugar tranquilo donde orar, para no tener que sostener dos combates a la vez, el de fuera y el de dentro.

2.º Andad con cuidado en punto a impresiones malas o que distraen mucho la imaginación, combatiéndolas rudamente así que se presenten, tratando a la imaginación como a una loca a la que sencillamente se impone silencio.

Es muy importante vigilar sobre los ojos en ocasiones peligrosas, para no ver nada que pueda manchar la imaginación, la cual viene a ser luego, como un museo obsceno. Pero como a la imaginación no se la puede condenar siempre a la inacción y al silencio, es útil emplearla en imágenes santas cuando los misterios que se meditan tienen una parte sensible. Hay que adormecerla así en la contemplación del bien y de lo hermoso, cuidando de no despertarla.

3.º Hay que combatir a todo trance y sin flaquear los pensamientos fijos de pena o de deseo, porque dan fiebre al alma y quitan al espíritu el poder y la libertad de reflexionar. Esta regla es de las más importantes de la vida espiritual. Cuando un enfermo padece calentura se ataja primero ésta, pasando luego a combatir la enfermedad.

4.º Hay que aspirar al recogimiento de la conciencia ante todo, el cual consiste en observar los pensamientos buenos o malos, las intenciones de las acciones y las mismas acciones en el acto interior de la voluntad. El primer precepto de la perfección, como también de la salvación, es huir del mal: *Declina a malo.* El primer efecto del amor es evitar toda ofensa, todo lo que desagrade.

CAPÍTULO II

Espíritu de la vida interior

¿Cuál es el espíritu que debe inspirar y dominar la vida interior de un adorador del santísimo Sacramento?

El mismo espíritu que el de la adoración eucarística, expresado por los cuatro fines del sacrificio del altar. Ya que toda la vida del alma interior es una prolongación de su oración, es justo que una y otra sean animadas por una misma savia y un mismo espíritu.

Con toda su vida, todos sus pensamientos y todas sus obras deberá, por tanto, el adorador *adorar, dar gracias, reparar y suplicar* para la mayor gloria de Jesús sacramentado. Para lo cual penetrará profundamente la naturaleza de cada uno de estos homenajes, de los actos y sentimientos que le son propios, para producirlos con frecuencia y adquirir facilidad y costumbre de su ejercicio.

I. ***La adoración***

1.º Adorar a Jesús en el santísimo Sacramento es, en primer lugar, reconocer que está allí verdadera, real y sustancialmente presente, con humilde sentimiento de fe viva y espontánea, sometiendo humildemente a la divinidad de este misterio la flaca razón, no queriendo ver ni tocar, como el apóstol incrédulo, para rendirse a la verdad de Jesús sacramentado, no esperando para postrarse de hinojos a sus pies más que la infalible y dulce palabra de la Iglesia: “He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo”.

2.º Adorar a Jesús en el santísimo Sacramento es ofrecerle homenaje supremo con todo el ser, con el cuerpo por la modestia y el respeto más profundos, con el entendimiento por la fe, con el corazón por el amor, con la voluntad por la obediencia, en unión con las alabanzas de todos los verdaderos adoradores de Jesucristo, en unión con las adoraciones de la santa Iglesia, de la santísima Virgen cuando vivía en la tierra, de toda la corte celestial, que, postrada al pie del

trono del cordero, le ofrece el homenaje de sus coronas diciendo: “Digno es el cordero que ha sido inmolado y que nos ha rescatado para Dios con su sangre, haciendo de nosotros un reino para Dios Padre; digno es de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y la bendición”.

3.º Adorar a Jesucristo en el santísimo Sacramento es adorar la grandeza, la ternura de su amor hacia los hombres al preparar e instituir y perpetuar la divina Eucaristía, para ser siempre la víctima de salvación, el pan celestial y el consuelo del hombre viandante en la tierra.

4.º Finalmente, adorar a Jesucristo sacramentado es hacer de la Eucaristía fin de la vida, objeto final de la piedad, el blanco a que apunten las virtudes y los sacrificios de amor. *Todo por la mayor gloria de Jesús en el santísimo Sacramento* debe ser la divisa de la vida de un adorador.

II. *La acción de gracias*

Todo beneficio requiere gratitud, y cuanto mayor sea aquél, tanto más grande debe ser ésta.

Ahora bien, el santísimo Sacramento es el beneficio de beneficios del Salvador. Su amor encontró el secreto de reunir todos sus dones, todas sus gracias, todas sus virtudes, todos sus amores en el don regio de la divina Eucaristía, que es la quintaesencia de todas las maravillas, la glorificación sacramental de todos los misterios de su vida. La Eucaristía es la vida temporal y la vida celestial del Salvador reunidas en un mismo Sacramento para ser para el hombre fuente inagotable de santidad, de gracia y de gloria, para que el amor del hombre viandante sea tan rico como el amor del habitante de los cielos.

¡Cuán grande debe ser la gratitud del corazón humano en presencia de tanta bondad por parte de Jesucristo, al ver que es fin de la Eucaristía, de la encarnación y del calvario! ¿Cómo ensalzar dignamente tanta bondad? ¿Qué acciones de gracias igualarán a semejante don? ¿Qué amor podrá bastar para corresponder a tanto amor?

Es tal la impresión que le produce a un pobre un don regio, una visita soberana que le saca de la miseria y le da honra, que no acierta

a expresarse, no encuentra otra cosa que lágrimas de sorpresa y de gozo. La felicidad le agobia y le hace desfallecer.

Así debiera ser nuestra acción de gracias por la divina Eucaristía, así sería si comprendiéramos mejor este beneficio, conociéramos mejor a Jesucristo por un lado y nuestra profunda miseria, por otro.

El hombre que se hace dichoso merced a la bondad de alguno, se entrega al bienhechor. Como Zaqueo, le ofrenda todo lo que tiene, le sigue como los apóstoles y le acompaña como Juan y como Magdalena hasta el calvario.

Ni basta esto para su corazón. La misma Eucaristía será su acción de gracias. La ofrecerá al Padre celestial como agradecimiento por habérsela dado. Le ofrecerá a Jesucristo el mismo don de su amor, diciéndole con el Profeta: "¿Qué daré al Señor como pago de tantos beneficios como me ha hecho? Pues tomaré el cáliz de salvación e invocaré el nombre del Señor" (Ps 115, 12-13). Repetirá, con María su divina madre, el cántico de su amor extasiado. Dirá el *Nunc dimittis* del anciano Simeón. Porque después de la Eucaristía ya no queda nada más que el cielo. Y aun ¿no es la Eucaristía el cielo en la tierra?

III. *De la propiciación*

La propiciación es primeramente reparación de honor que se tributa a Jesucristo por la ingratitud y los ultrajes que se le infieren en el santísimo Sacramento, y en segundo lugar satisfacción de la misericordia divina, pidiendo perdón y gracia por los culpables.

1.º Reparación de honor. –Nuestro señor Jesucristo es más ofendido en su estado sacramental que lo fue durante los días de su vida mortal.

Fue entonces humillado, insultado, renegado y crucificado; pero por un pueblo que no le conocía, por verdugos asalariados.

Mientras que aquí Jesús es renegado por los suyos, por los que le han adorado, han comulgado y le han reconocido como Dios. Jesús es humillado por sus hijos, a quienes el respeto humano, la vergüenza y el orgullo hacen apóstatas o perjuros. Es insultado por servidores a quienes colma de honores y de beneficios, por todos esos servidores mercenarios que la costumbre de tratar con cosas santas hace

irrespetuosos, profanos y hasta sacrílegos, como en otro tiempo los vendedores del templo que expulsó Jesucristo. Jesús es vendido por sus amigos: ¡cuántos Judas hay en el mundo! ¡Y es vendido a un ídolo, a una pasión, al mismo demonio! Crucifícanle aquellos mismos a quienes ha amado tanto. Para insultarle se sirven de sus mismos dones, de su amor para despreciarle y de su silencio y de su velo sacramentales para cubrir el más abominable de los crímenes: el sacrilegio eucarístico. Jesucristo es crucificado en quien comulga así y entregado al demonio que en él reina.

Y estos horrendos crímenes se han renovado y se renuevan cada día en el universo entero. Sólo Dios sabe su número y su malicia. ¡Y Dios, tan amante, será tratado así hasta el fin del mundo!

En presencia de tanto amor por un lado y tanta ingratitud por otro, el corazón del reparador debería hendirse como el monte calvario; sus ojos deberían ser dos fuentes inagotables de lágrimas y oscurecerse como el sol en vista del deicidio; sus miembros deberían temblar de espanto y de horror como tembló la tierra a la muerte del Salvador.

A este sentimiento de dolor y de espanto debe suceder el de reparación al amor de Dios menospreciado, ultrajado. El alma debe ofrecer un desagravio a la divina víctima, como lo hicieron el centurión, los verdugos y el pueblo contritos; como hace la santa Iglesia por su sacerdocio los días de luto y de crimen. Como María al pie de la Cruz hay que sufrir con Jesús, amarle por los que no le aman y adorarle por los que le ultrajan, mayormente si entre estos ingratos contamos con parientes o amigos. Pero la reparación sería todavía mucho más necesaria si desgraciadamente fuéramos nosotros mismos culpables hacia nuestro señor Sacramentado, o si hubiéramos sido causa por escándalo de que otros pecarán. ¡Oh, entonces la justicia exige reparación igual a la ofensa! ¡Ay, tal vez hayamos merecido también nosotros este reproche del Salvador!: “¡Cómo! ¡Tú a quien he amado con amor singular, tú a quien he colmado de favores especiales, me abandonas, me desprecias, me crucificas! ¡Ah, el olvido de los hombres terrenales, la indiferencia de los esclavos del mundo y aun el desprecio de los que no tienen fe no me extraña, pues no han experimentado nunca las delicias de mi Sacramento! ¡Pero tú, amigo mío, mi comensal; tú, esposa de mi corazón!...”.

¡Ah, quizá tenga que echarnos en cara todo esto el corazón de

Jesús, lo cual ciertamente es para hacernos bajar la cabeza de vergüenza y partirse el alma de dolor!

En una revelación a santa Margarita María, Jesús le presentó su corazón herido, coronado de espinas y con una cruz encima, y le dijo estas palabras: "Tengo sed ardiente de ser amado de los hombres en el santísimo Sacramento y no encuentro casi nadie que se esfuerce según mis deseos en apagarla, pagándola con justa correspondencia".

2.º Propiciación de misericordia. –La propiciación sería incompleta si se limitara a la reparación; satisfaría a la justicia divina, pero no al amor de Jesús.

¿Qué exige, pues, este amor? La salvación de los hombres y la conversión de los mayores pecadores. Quiso perdonar a Judas y pidió perdón por los verdugos al tiempo que le insultaban. Y en el altar, ¿no es siempre víctima de propiciación por los pecadores? Su paciencia en soportales, su misericordia en perdonarles, su bondad en recibirles en su seno paternal, tal es la venganza del amor y su triunfo.

En esta divina obra de perdón, Jesús necesita en cierto sentido de su socio, de un cooperador que consigo repita al Padre esta oración de la cruz: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen".

Necesita una víctima que complete en sí lo que falta a su estado de inmolación sacramental: el sufrimiento, el sacrificio efectivo. Sólo a este precio, que es el del calvario, se rescatan las almas.

Pero qué conversiones más sólidas, generosas y perfectas las que sean merecidas juntamente por Jesús y el alma reparadora y partan del divino Sagrario. Sí, aquí es donde hay que venir para buscar la redención de las almas, la conversión de los mayores pecadores y la salvación del mundo.

IV. *La impetración*

La impetración es el apostolado eucarístico de la oración, fruto natural de la adoración, de la acción de gracias y de la propiciación.

Este apostolado de oración honra a Jesucristo en el santísimo Sacramento como fuente divina de todo don y de toda gracia. Porque

la santísima Eucaristía es tesoro inagotable, depósito más extenso y profundo que el océano. En él ha puesto Jesús todas sus virtudes, todos sus merecimientos y el precio infinito de la redención, poniendo todo a disposición del hombre con una sola condición, a saber: que vaya a buscarlos, a solicitarlos de su bondad, siempre dispuesta para derramar bienes.

Desde el fondo del sagrario, Jesús dice a todos los que sufren, andan necesitados o padecen: *Venid a mí, que yo os aliviaré.* Él es siempre el buen samaritano, el divino médico de nuestras almas, que las curará de todas las llagas del pecado y castificará y santificará nuestro cuerpo con su cuerpo santísimo.

Sigue siendo el buen pastor que ama a sus ovejas, las alimenta con su carne y sangre. Pero está triste porque hay ovejas extraviadas que le ha llevado el lobo carnicero. Llora su pérdida, las llama, las pide. Para consolar, pues, a este buen pastor iremos a buscarlas y las conduciremos a sus pies con la fuerza de la oración.

Jesús sacramentado es siempre el maestro bueno que muestra el camino del cielo, enseña la verdad divina y da la vida del amor. Pero en el mundo no se conoce a Jesús; los hombres ignoran la luz que entre ellos está. Pues hay que hacer que sea conocido, hay que mostrarle como Juan Bautista, hay que conducirle los amigos y los hermanos como Andrés. Por otra parte, revelar al maestro y a Dios es el mayor bien que se pueda hacer a un hombre y también la obra más agradable que se puede ofrecer al corazón de Jesús.

Jesús en el santísimo Sacramento es siempre el Salvador en estado de inmolación, de sacrificio, ofreciéndose de continuo a su Padre como lo hizo sobre la cruz para salvación de los hombres, mostrándole sus llagas profundas y su corazón abierto para obtener el perdón del género humano.

¡Ah!, a los pies de esta adorable víctima es donde el adorador debe orar, llorar, pedir con instancia al amor crucificado que conmueva el corazón de los pecadores empedernidos, que rompa las duras y vergonzosas cadenas que pesan sobre tantos esclavos, que desgarre el velo que detiene al judío, primer pueblo de sus amores, en la ceguera e infidelidad; que abata el orgullo de los herejes para que puedan ver la verdad y someterse a su imperio, que alumbre el corazón del cismático para que reconozca a su madre la Iglesia y se arroje en sus brazos.

Y por esta Iglesia, esposa de Jesucristo, deberá orar principalmente el adorador. Orará por ella y por sus instituciones, sus obras, su sacerdocio, su pueblo y cada uno de sus hijos, por todo lo que interese a su prosperidad, a su perfección y al cumplimiento de su misión en el mundo.

Y luego, confesando humildemente su propia insuficiencia y la dependencia absoluta en que se encuentra respecto de Dios, el adorador orará por sí mismo. Mantendrá constantemente el alma en estado de oración, haciendo que vea su indigencia y la grandeza de la bondad divina. Su alma estará así siempre abierta y preparada a la efusión de la gracia.

Tales son los cuatro grandes homenajes que comprende la adoración eucarística, cuyo espíritu debe animar y vivificar toda la vida de un socio del santísimo Sacramento. Practicarlos fielmente es practicar la vida interior, en alto grado y establecer perfectamente el reino de Jesús en el alma.

QUINTA PARTE[15]

De los deberes de estado y de sociedad

Después de los deberes para con Jesucristo, para con mi divina madre, para con la Iglesia su esposa, el adorador tiene también obligaciones que cumplir respecto de los demás hombres y respecto de la sociedad de que forma parte.

Como miembro de una familia tiene deberes comunes que cumplir; como miembro de la sociedad tiene que mantener relaciones; como ciudadano tiene que cumplir leyes.

CAPÍTULO PRIMERO

Deberes generales

Para ser verdadero discípulo de Jesucristo en los deberes sociales el adorador guardará fiel y noblemente las tres virtudes siguientes:

1.º La *justicia* en la ley, cumpliendo toda ley justa y equitativa, no queriendo exenciones ni privilegios contra la ley común, antes cumpliendo, a imitación del divino maestro, hasta última letra y hasta el último punto. Toda ley legítima por su autor y justa en su

[15] Pedro Julián no tuvo tiempo más que para trazar el plan general de esta última parte del *Directorio.* En el primer capítulo reproducimos su esbozo íntegramente y sin cambiar ningún detalle; a quien quiera profundizarlo, su estudio le sugerirá orientaciones luminosas respecto de las leyes más importantes de la vida cristiana. Para completar este plan tan esquemático, transcribimos en un segundo capítulo, algunas notas importantes sobre los deberes de estado y sobre los deberes sociales redactados por el mismo autor, y que encuadran perfectamente en el plan y trazado de esta quinta parte del *Directorio*.

naturaleza viene de Dios.

2.º La *verdad*. –Tómese la verdad como regla inflexible de la conducta personal y como medida de todas sus palabras.

No se avergüence nunca de la verdad divina, que esto sería tanto como avergonzarse de Dios, ni tampoco de la verdad humana, porque esto sería tanto como avergonzarse de su razón humana.

Defienda generosamente la verdad con sus trabajos y con su apostolado, o por lo menos respetándola y teniendo fe en ella.

3.º La *caridad*. –*a*) Practique la caridad evitando cuidadosamente toda palabra de crítica o de menosprecio para con los demás, no juzgando al prójimo sin estar obligado a ello por oficio, y no condenándole sin autoridad, según estas palabras de Jesucristo: "No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados". "Os medirán con la misma medida con que vosotros midiereis a los otros" (Lc 6, 37-38).

b) Haciendo bien al prójimo, según lo exija el deber primero y luego hasta donde alcancen sus facultades.

c) Deseando bien a todos, aun a los mismos enemigos, estando siempre dispuesto a perdonar a quien se muestra arrepentido, dando primeramente señales de benevolencia al ofendido. "Así es como os mostraréis, dice Jesucristo, verdaderamente hijos del Padre que está en los cielos, cuya bondad se extiende a los buenos y a los malos, a los justos y a los pecadores" (Mt 5, 45).

CAPÍTULO II

Deberes particulares de distintas clases de personas

Artículo 1º.

DEBERES DE LOS ADORADORES, PADRES DE FAMILIA

§ 1. – *Deberes para con su familia*

El deber más sagrado de un padre de familia es el procurar la santificación de los suyos. La naturaleza se lo impone, Dios se lo exige, y va en ello su salvación eterna. Este deber le ofrece tres aspectos distintos, correspondientes a sus tres título de esposo, padre y señor.

A. ***Deberes de esposo.***

El padre de familia ha de honrar, amar y santificar a su esposa.

1. El esposo debe *honrar* a su esposa como Jesucristo glorifica a su Iglesia; le presentará sus más delicados respetos, de una manera singular en presencia de sus hijos, para que la reverencien con todo amor; en presencia de la servidumbre, para que la obedezcan con respeto, y finalmente, ante todos, ella ha de ser su más hermosa corona.

2. El esposo ha de *amar* a su esposa como a su mismo cuerpo, como a sí mismo. La dulzura del amor deberá templar la fuerza de la autoridad, de la que Dios le ha revestido al establecerle como cabeza de su esposa, al igual que Jesucristo lo es de la Iglesia.

Su amor debe ser tierno y puro, teniendo a Dios como a su único motivo y fin; vigilante y laborioso, dando con toda bondad a su esposa cuanto le sea necesario para su vida y conveniente a la dignidad de su condición, soportándola con tierna caridad en todas sus imperfecciones y defectos, y haciéndola partícipe, en un puro amor, de todas las penas y alegrías.

3. El esposo debe *santificarse* a una con su esposa. El marido se procurará la estima y el afecto de su esposa y la hará perseverar en

el bien, de un modo singular, con el buen ejemplo de su vida y con la amable dulzura de su bondad y de su caridad.

B. ***Deberes de padre.***

Los deberes de un padre para con sus hijos son importantísimos, ya que tienen por objeto hacer de ellos buenos cristianos, ciudadanos valiosos y almas dignas del cielo. Tres son sus más señaladas obligaciones: educar a sus hijos en el santo temor de Dios, corregirlos y procurarles una conveniente posición en el mundo.

1. *Educación.*

El cuerpo está hecho para el alma, y ésta tiene por fin a Dios, quien debe ilustrarla con las verdades de la fe y revestirla de su santidad. La madre da comienzo a esta educación religiosa, pero es incumbencia del padre completarla y vigorizarla; su palabra es más eficaz en razón de su autoridad y de su fuerza. El ejemplo de la madre logra persuadir, más el del padre lleva tras sí; de ahí la sentencia inspirada del Espíritu Santo: De tal padre, tal hijo.

Un padre, ante todo, debe esmerarse en procurar a sus hijos una educación cristiana, base sólida e indispensable de una vida honesta y de un porvenir feliz. Tendrá especial cuidado de la moralidad de las escuelas y colegios a los que quiere encomendar la inocencia y la debilidad de sus hijos. La inocencia de la vida y la pureza de la fe son más preciosas que todas las riquezas del mundo y preferibles a todos los títulos y grados, faltos de tan preciados tesoros.

2. *Corrección.*

El deber de la corrección consiste en corregir a los hijos de sus defectos, preservarlos del escándalo y en vigilar sobre sus amistades.

a) El niño está lleno de defectos que se desarrollan en él paralelos a su edad. Lo que importa es atacarlos en su misma raíz, y continuar siguiéndolos de cerca. La corrección de un niño debe ser:

– Sosegada para que sea justa; la que tiene lugar en un arrebato de indignación o de cólera es más nociva que provechosa.

– Razonable, es decir, proporcionada a la falta, más bien moderada que severa. La misericordia de Dios obra de igual suerte

con nosotros. Lo que se ha de buscar en la corrección es hacer ver al niño el porqué, el castigo y el mal de su falta, para que su espíritu odie el mal y ame el bien.

– Cordial. En toda corrección, aun en la más severa, ha de aparecer el corazón del padre, al objeto de procurarse el arrepentimiento humilde y contrito del hijo y a fin de que el culpable pueda siempre entrever el amor de su padre, que le corrige y castiga obligado por el deber de atender a su bien.

– Digna. Un padre es siempre un jefe; debe honrar y hacer honrar en sí la autoridad de Dios. Si ha de evitar la severidad excesiva que abate y desalienta, no menos debe precaverse contra la debilidad, fuente y raíz del menosprecio. Un padre debe ser digno en sus palabras, noble en la paciente espera del arrepentimiento, bondadoso en la concesión de la gracia del perdón.

b) Debe proteger a sus hijos contra el escándalo que despiertan en el niño las viciosas tendencias adormecidas; es un deber importantísimo del padre el preservar a los niños de sus peligros morales. Su ignorancia curiosa, su debilidad y el afán de imitar, pronto los harán caer en el pecado.

A medida que el niño avanza en edad es de todo punto indispensable fortalecerlo con prudencia, pero con energía, contra el escándalo que inevitablemente le esperará a su entrada en el mundo. Con prudencia, inspirándole el horror al mal, en un principio desde el punto de vista general; mas luego especificándolo progresivamente conforme a los grados de virtud y a medida del peligro. Con energía, desplegando todo el poder de la fe, del amor, del honor.

Sea el padre severo en no permitir la lectura de libros peligrosos: la impresión que dejan en el niño es imborrable; asimismo ha de ser intransigente con las malas compañías. La virtud más sólida sufre menoscabo a su funesto contacto.

Bienaventurado el niño a quien una mano enérgica y bondadosa le ha orientado en el primer despertar de las pasiones y sostenido en medio de sus primeros combates. Bendecirá eternamente al corazón que ha sabido preservar su virtud de un triste y desdichado naufragio. Semejante bien es más valioso que la misma vida.

c) Un padre debe igualmente vigilar con cuidado sobre las amistades de sus hijos. La amistad es la necesidad del corazón. El

niño que no ama más que a su padre y a su madre, y más tarde a sus hermanos y hermanas, es puro y feliz. Un padre y una madre deben ordenar sus medios comunes para fomentar y desarrollar el espíritu y el amor de la familia a fin de que sus hijos sean felices tan sólo en la familia.

El peligro comienza al despertarse el amor propio o cuando el joven adolescente vive lejos del hogar paterno. Sus padres deben entonces prevenirlo contra los falsos amigos, manteniendo con todo cuidado el lazo del amor filial. Si se dieren cuenta de una amistad peligrosa, deben servirse del consejo, de la autoridad y hasta de la amenaza severa. Esas relaciones han de ser totalmente rotas; de lo contrario, su hijo está perdido y su nombre quedará deshonrado. Vale más un duro golpe, mientras haya esperanza, que esperar el deshonor y la muerte. Tarde o temprano el amor filial volverá felizmente sobre sus pasos.

3. *Colocación de los hijos.*

Si bien la vocación tiene su primer origen en Dios, no obstante es deber de los padres el examinarla y dirigirla. Examinarla, ya que la voluntad de Dios no aparece muchas veces clara ni definida. No se debe juzgar de una vocación por la imaginación caprichosa o inconstante de un joven. Es preciso estudiar su carácter, sus disposiciones naturales, la capacidad de su inteligencia, la madurez de su juicio y la fuerza de su voluntad; después de todo ello, se ha de consultar con algún hombre sabio y experimentado, orar, confiar en Dios y adoptar una determinación, aunque no definitiva, por lo menos preparatoria.

Si el padre piensa dar a su hijo una carrera civil, obrará prudentemente si al comienzo de sus estudios no descubre a su hijo la carrera particular que para él prepara; antes al contrario, se limitará a procurar de él el éxito en los estudios elementales. Llegado el momento de la decisión, y si el joven no ha manifestado todavía especiales aptitudes para alguna determinada profesión, el padre, movido en su decisión por razones serias, expondrá su deseo y su elección, teniendo en el caso derecho a exigir que se haga un ensayo.

Cuando un joven presente el atractivo y las cualidades necesarias para el sublime estado del sacerdocio, el padre tiene derecho a probar las disposiciones de su hijo, pero nunca puede

oponerse a las señales ciertas de su vocación. Dios es quien elige en primer lugar, como acostumbra hacerlo un rey, y los padres cristianos, por deber de su conciencia y por amor a su Dios, han de hacerle entrega de lo que más quieren en este mundo. Entonces Dios, contento con su sacrificio, les concederá el céntuplo para sustituir la inmolación de su Isaac, y ese hijo, totalmente entregado a Dios, será el consuelo, la gloria y la felicidad de su familia.

Pero, sobre todo, donde la sabiduría y la prudencia de los padres han de guiar a sus hijos es en la elección de sus futuras esposas. Un padre exigirá de la persona a quien ha de admitir en su familia una virtud y una religiosidad probadas, prefiriendo siempre la virtud a la fortuna. Es más noble dignificar a los demás con una noble elección que ser humillado por la grandeza o por la fortuna.

Si con una santa madurez de juicio ha sido elegido un enlace matrimonial, la prudencia cristiana exige que no se oponga a ello ni se contraríe violentamente un amor, ilustrado y virtuoso. Dios es quien une los corazones cristianos y su bendición es la que hace felices a las familias.

C. ***Deberes de señor.***

Una cabeza de familia debe saber elegir a su servidumbre. Un criado es el guardián de sus hijos, el confidente de sus negocios y el administrador de sus bienes.

Un señor debe atender a la salvación de sus criados y empleados, facilitándoles los medios ordinarios de servir a Dios. Si sirven a Dios con fidelidad, servirán asimismo a sus dueños con fidelidad y desinterés.

Un amo cristiano debe tratar a sus criados con aprecio y confianza. Ha de ser justo y razonable en sus órdenes, caritativo y compasivo en sus penas y enfermedades, acordándose de que son, como él, hijos de Dios, miembros de honor de Jesucristo y herederos de sus divinas promesas.

§ II. – *Deberes para con la sociedad*

Conforme al orden establecido y querido por la divina Providencia, todo hombre está obligado a cumplir sus deberes sociales para así glorificar a Jesucristo ante el mundo. Estos deberes

son los que le imponen las funciones que ha de ejercer en su estado de vida, las relaciones de negocios y las de amistad.

1. *Deberes del propio estado.*

Todo estado honrado viene de Dios y en todos los estados puede procurarse la salvación. Dios concede en ellos todas las gracias de santidad. Los deberes de estado ocupan el primer rango después de nuestros deberes de piedad para con Dios y su Iglesia, y son la materia ordinaria de nuestros méritos y el ejercicio diario de la conformidad con la voluntad de Dios.

Por tanto, un asociado para obrar conforme a su vocación debe:

1.º Estimar y amar sus deberes de estado en el amor a la voluntad de Dios, cumpliéndolos con piedad y fidelidad.

2.º Limitarse y fijarse en los deberes de estado. El éxito es el resultado de la unión de los medios empleados con perseverancia; y el hombre triunfa cuando trabaja en el orden y con la gracia de su vocación. Dios concede a cada uno la gracia correspondiente a su vocación.

3.º Si el afiliado es padre de familia y dispone de tiempo y medios de ser útil a su prójimo, no olvide que siempre ha de subordinar a sus deberes el ejercicio del celo exterior y de la caridad. El deber es un precepto, lo demás es de consejo. La caridad bien ordenada comienza por los suyos; el celo prudente ejerce su acción, ante todo, en la familia. Así lo pide el orden.

Todo deseo contrario u opuesto a los deberes de estado es una tentación. El acto de una virtud cualquiera practicada a expensas de un deber del propio estado es siempre un defecto.

2. *Relaciones de negocios.*

Todo hombre debe explotar el talento que la divina providencia le ha confiado y hacer su trabajo útil y fructuoso: ésa es la voluntad de Dios. El amor de la verdad y de la justicia deben ser la regla invariable en sus relaciones de negocio para un afiliado a la Congregación del santísimo Sacramento.

1. *Amor a la verdad*. –Dios es la verdad y sólo ama y bendice la verdad; busca en todas las obras del hombre este homenaje constante y fiel. La verdad nunca perjudica al hombre. Algunas veces

puede, es verdad, humillar su orgullo, contrariar los intereses de su amor propio y estar en pugna con sus pasiones; mas si ella triunfa en el corazón del hombre será su mayor gloria.

El afiliado evitará, por tanto, escrupulosamente el artificio y la mentira. El hombre que se respeta les tiene horror, y el cristiano ha de huir de ellos como de vicios abominables ante Dios.

Para el afiliado la verdad será la regla invariable de su conducta, pese a su amor propio y a sus intereses. Con la verdad recibe una gloria pura. Algunas veces la prudencia aconseja cierto recato y reserva en el lenguaje, al objeto de no revelar alguna verdad perjudicial a la justicia o a la caridad, o sencillamente inoportuna; pero la verdad en acción ha de ser la norma de nuestra inteligencia y de nuestra conciencia.

2. *Amor a la justicia*. –Respetar los derechos de todos, obrar en todo conforme a las normas de equidad, hacer a los demás lo que quisiéramos se nos hiciese; tal es la ley natural y cristiana de la justicia.

Nunca jamás se ha de defender una causa falsa o inicua en contra de la justicia, de la virtud o de la verdad, pese a que hayan de romperse los lazos de la amistad.

Nunca se han de manchar las manos con bienes ajenos o ganancias ilícitas; el honor de la probidad y la paz del corazón valen sobradamente más que todas las riquezas injustamente adquiridas.

Un cristiano siempre debe salir por los fueros de la verdad ultrajada, de la justicia violada o de la virtud oprimida.

Tales son los deberes del hombre justo y recto, y ésta fue la norma de conducta del santo Job, a quien Dios recompensó con honores y numerosos bienes.

3. *Relaciones de amistad.*

Un verdadero amigo, dice el Espíritu Santo, es un tesoro inapreciable; mas es preciso elegirlo entre muchos y ponerlo a prueba antes de entregarse a él.

Suele haber algunas amistades que sólo buscan la gloria y fenecen el día de la humillación; amistades de intereses que se tornan en enemistad y que echan en cara todas las faltas a su amigo, y una amistad que sólo aspira al placer y que vuelve las espaldas en los momentos de necesidad.

La amistad de un afiliado debe ser prudente en la elección y firme en el afecto.

1. *Prudente en la elección*. –No son muchos los verdaderos amigos; por el contrario, un falso amigo es en extremo peligroso. A poder ser, en la misma Agregación se procurará encontrar este amigo fiel. La simpatía espiritual, la unión de espíritu y de corazón en el amor de Jesús Eucarístico convertirán en más dulce y más santa esta amistad.

2. *Fiel en el afecto*. –No hay nada más delicado como el corazón de un amigo. Por ello hemos de saber testimoniarle nuestra confianza y aprecio; defender su honor como si fuera el nuestro; procurar su bien con todo desinterés y ayudarle el día de la desdicha. Pero, sobre todo, y con sincera caridad, hemos de señalarle sus defectos, por ser ese proceder la prueba verdadera de la amistad; alentarle en la práctica del bien, hacerle vencer todos los peligros que su alma pueda experimentar y, finalmente, estar a su lado, como buen cristiano, en la hora de su muerte.

Artículo 2.°

DEBERES DE LAS ADORADORAS MADRES DE FAMILIA

§ I. – *Deberes para con su familia*

Dios ha hecho de la familia el centro de los deberes cristianos, el santuario de sus gracias y el campo fértil de todas las virtudes. Una afiliada cifrará, pues, su perfección en cumplir bien sus deberes de esposa y de madre. Por lo mismo, deberá estimar su estado, servir a su familia, santificarla.

1. *Estimar su estado.*

Lo que prácticamente supone para ello: amar su vocación, amar a su familia, amar a su casa.

1. *Debe amar su vocación* como que es la que le ha sido escogida por Dios en su amor, con preferencia a cualquier otra. Toda flor es hermosa cuando es perfecta; Dios mira más el amor del corazón que la sublimidad del estado. Le somos siempre agradables

cuando le servimos con amorosa fidelidad.

2. Ha de *amar a su familia*. –La familia es la heredera natural de la sagrada familia de Nazaret. El mismo espíritu, las mismas virtudes deben ser su adorno y constituir su dicha.

Una afiliada amará a su esposo como al representante, al ministro de la autoridad de Dios. Le rodeará de respeto, le ayudará con afecto y confianza.

Una afiliada amará cristianamente a sus hijos, es decir, en Jesucristo, quien tiene dicho: "Dejad que los pequeñuelos vengan a mí y no se lo estorbéis, porque de los tales es el reino de los cielos" (Mc 10, 14).

Quiso Jesús mismo hacerse niñito para hacer la infancia aún más amable y más digna de los cuidados maternales de la caridad divina. Para ser perfecto el amor de una madre debe ser sobrenatural, tierno y generoso.

Como ama de casa. Una afiliada guardará para los servidores esa caridad benévola, que le hará ver en ellos a miembros obedientes de Jesucristo, hermanos en la misma fe, ciudadanos del cielo en común esperanza, y que Dios le ha confiado para que les dirija y los sostenga en el camino de la salvación.

3. Finalmente, debe *amar su casa*. –Para ser feliz en su casa una madre deberá: mirarla como otro Nazaret, complacerse en ella y amar en ella esa soledad, ese retiro que la apartan de los escándalos del mundo y la ponen al abrigo de sus peligros; hacer de ella como un cenáculo de oraciones y de gracias.

Uno de sus primeros cuidados será arreglar su casa, fijar a cada cual sus deberes, velar por la limpieza y el orden, la cortesía cristiana de los miembros entre sí, haciéndose ella misma el alma y el centro de todo. Su casa será entonces como la casa de Dios; gustará en ella las delicias de la paz y la felicidad de la vida.

2. *Servir a su familia.*

La madre, una vez bien impuesta en la estima y en el amor de su estado, tiene que sentirse fuertemente empujada a servir a su familia. Este servicio llegará a ser para ella la forma de su vida; la materia y el centro de sus virtudes, la regla de la piedad que Dios fija a su santidad.

1. Servir a su familia llega a ser *la forma de su vida.* – La vida

de una madre de familia se pasa totalmente en la dependencia, sacrifica a Dios su libertad y su voluntad. Su vida no es más que un acto perpetuo de abnegación; feliz si sabe tornar esa obediencia meritoria y cristiana, a ejemplo de Jesucristo, modelo en su Sacramento, de amor, de la perfecta obediencia, practicada sin gloria, sin condiciones, sin término.

2. Servir a su familia es *la materia y el centro de sus virtudes.*

a) La materia de sus virtudes. –Dios ha puesto en cada estado la gracia y la materia de la más subida perfección; es la aplicación particular de la ley divina del amor de Dios y del prójimo, la condición absoluta de la santidad y de la corona de justicia. En oposición a los deberes de estado, las buenas obras son obras fuera del camino; los piadosos deseos, ilusiones. Una madre de familia debe, pues, velar contra esta tentación y no perder jamás de vista el objeto divino que la voluntad de Dios le ha señalado.

María nunca salió de los límites de la vocación sencilla y escondida que Dios le había trazado. Se atuvo exclusivamente a sus humildes deberes de esposa y madre, a los trabajos oscuros de su pobre condición, a las virtudes sencillas y modestas de la vida común; por eso fue tan agradable a Dios, tan perfecta en su amor. Dichosa la madre de familia que sabe hallar en su estado la ocasión de todas las virtudes, el ejercicio habitual del divino amor. Ha hallado el reino de Dios en la tierra.

b) El centro de sus virtudes. –El amor de Dios se ejercita por el amor del prójimo. Dios es el principio y el fin de la virtud, el prójimo es su objeto. Las virtudes de una madre de familia se resumen todas en la práctica de una suave caridad. Será, pues:

– Suave en sus relaciones, en sus actos, llegando a ser así, para cada uno, como la expresión visible y sensible de la bondad de Dios, de la dulzura de su paternal Providencia.

– Siempre igual como el motivo divino que la anima: el amor de Dios.

– Siempre buena y condescendiente, como la bondad divina que la sostiene.

– Dando siempre y no deseando ninguna vuelta: Dios le basta.

– Renunciándose sin cesar y siempre serena y dulce en el amor de Jesús sacramentado.

3. Servir a su familia llega a ser *la regla de su piedad.*

Ya que la perfección de la santidad consiste en la santificación perfecta de su vocación, una madre de familia ha de dirigir todas sus obras espirituales hacia este blanco, como emplea el soldado toda su ciencia, sus armas y su fuerza para el combate. Por lo mismo, considerará la piedad cómo el medio sobrenatural de santificar su estado y subordinará los ejercicios exteriores de espiritualidad a sus deberes. Por lo cual:

Se aplicará al arreglo y a la coordinación de sus ejercicios piadosos de manera que sus deberes esenciales no resulten lastimados. Si sabe economizar su tiempo y tener orden, hallará siempre el medio de alimentar su piedad y cumplir convenientemente con todo.

Considerará como un deber, en el caso de necesidad o de urgente caridad, dejar a Dios por el prójimo, abandonar la dulzura de la oración y el reposo por el sacrificio del trabajo por esta única palabra de orden: ¡Dios lo quiere!

3. *Santificar su familia.*

No contenta con servir a su familia, la madre debe dedicarse a la santificación de los suyos.

La familia, ésa es la porción que el padre de familia ha confiado a sus constantes cuidados, a fin de que ella la cultive en la paciencia y la haga fructificar cien por cien mediante el celo puro y generoso de una ardiente caridad.

La misión divina de una madre de familia es misión de fe, de virtud, de plegaria y de sufrimiento

1. *Una misión de fe*. –Ella es la que, la primera, debe hablar de Dios, de la bondad de Jesucristo a sus hijos; desarrollar el germen de la fe depositado en ellos por la gracia del Bautismo, velar con gran cuidado por su inocencia y formarlos temprano en la piedad cristiana y en el amor de *Jesús sacramentado.*

La madre es la que debe conservar y alimentar la fe de la familia, apartando severamente cuanto pudiera escandalizar a algunos de sus miembros. La fe es el tesoro más precioso del cristiano. Por medio de santas lecturas, piadosos entretenimientos, es como hará fructificar la virtud de la fe en los suyos.

2. *Una misión de virtud*. –Una madre de familia debe inspirar la virtud y hacer amable a cada uno de los suyos. Se aplicará

primeramente por tornar su virtud sencilla y natural, para que sus hijos lleguen a ser como naturalmente virtuosos; dulce y amable, como lo era en Jesús y María, a fin de conciliarle todos los corazones; fuerte y desinteresada para ser siempre igual en las pruebas y fiel a Dios en los sacrificios.

Si el esposo que *Dios* le ha dado es un pecador a quien hay que convertir más que un cristiano a quien hay que edificar, se dedicará con paciencia y confianza a esta conversión.

3. *Una misión de oración*. –Sobre todo por la oración santifica una madre cristiana a su familia: su oración acaba lo que su palabra y sus ejemplos han comenzado. *Dios* no rehúsa nada a la oración constante de una madre. Ha puesto la fortaleza de ésta y su victoria en la oración. Y así la oración ha de ser el manjar habitual de su alma.

Una afiliada enseñará pronto la oración a sus hijos. Se encargará, en cuanto sea posible, de hacerles cumplir diariamente este piadoso deber. Y, sobre todo, los habituará a la visita frecuente del Santísimo, conduciéndolos ella misma a la iglesia desde sus más tiernos años.

4. *Una misión de sufrimiento*. –El título de madre es el fruto del sufrimiento; Dios lo ha querido así. El de madre espiritual no se adquiere más que en el calvario: al lado de María, la madre de todos los hombres.

Para alcanzar la gracia de la salvación de los suyos, una madre de familia debe, pues, resignarse a sufrir sola con Jesús y María; mas dichosos sufrimientos que engendran a la vida de la gracia hijos de Dios, ciudadanos del cielo. Cuanto mayor fuere el sufrimiento y cuanto más exento de todo consuelo natural, tanto más deberá regocijarse la madre en la divina caridad, pues señal es de que está próxima la hora de la victoria.

Feliz la madre que tiene la ciencia de la cruz, la virtud de Jesús crucificado; poseerá toda su dulzura y toda su fuerza. Ejercítese incesantemente en el amor crucificado pídalo con insistencia como la gracia más segura y más sublime de la perfección.

§ II. – *Deberes de los adoradores en sus relaciones exteriores*

Las relaciones exteriores de una afiliada son de tres clases: las

relaciones de parentesco, de amistad y de sociedad.

1. *Relaciones de parentesco.*

Estas relaciones forman parte de los deberes cristianos. Son a menudo muy delicadas. La envidia, el interés propio, el demonio de la discordia las hacen algunas veces difíciles en la unión de la paz y de la caridad.

Una afiliada debe poner toda su caridad y su prudencia en sostener los lazos de amor familiar entre los suyos, aunar los espíritus divididos, reconciliar los corazones lastimados.

Será siempre una medianera poderosa si no busca más que la gloria de Dios y el bien espiritual de su prójimo por el sacrificio del interés y del amor propios.

Será siempre un lazo de unión si, en sus palabras, es siempre caritativa respecto de todos; en sus relaciones, siempre llena de estima y de deferencia para los méritos de cada cual, buscando más bien servir que ser servida, olvidarse que aparecer.

2. *Relaciones de amistad.*

Por regla general, una afiliada no debe desear tener otros amigos, en la divina caridad, fuera de los miembros de su familia. Si, no obstante, quedara, por este extremo, reducida a la soledad y le hubiera dado Dios una amiga espiritual, ámela como a una hermana y válgase de ella como de un poderoso sostén. Pero no deberá olvidar que la reserva es la sal de la amistad.

La reserva vuelve al cristiano siempre puro en el afecto, siempre prudente en la confianza, siempre digno en los sentimientos, siempre modesto en la vida. Una afiliada debe, pues, ser reservada.

1. En las penas y las dificultades de familia basta una palabra imprudente para dividir los corazones, envenenar una llaga a medio cerrar y encender el fuego de la discordia.

2. En la revelación de los defectos de los suyos: el honor y la caridad así lo exigen y la prudencia hace de ella una regla; un amigo puede ser alguna vez indiscreto.

3. En la elección de los amigos de los hijos, si es madre de familia, la amistad es el manantial del bien y del mal en la juventud.

4. Finalmente, en las expansiones del corazón, sobre todo en los momentos de dolor y tristeza, raro es encontrar entonces un

corazón amigo que sepa consolar y fortalecer en Dios al alma desolada.

¡Feliz el alma a quien Dios basta y que todo lo halla en Dios: luz, fortaleza y dicha!

3. *Relaciones de sociedad.*

Por su situación y sus deberes de estado, una afiliada se ve obligada muchas veces a sostener relaciones con el mundo. Estas relaciones pueden ser de tres clases: relaciones de cortesía, relaciones de negocios y relaciones de conveniencia.

1. *Relaciones de cortesía*. –Consisten principalmente en recibir y hacer visitas. Una afiliada debe prestarse a ellas de buena gana, cuando lo exigen el deber o la caridad. El respeto por la verdad, el amor de la caridad, la edificación del prójimo deben ser en ellas su más bello adorno. Mas, en interés de sus deberes de estado, ha de evitar en lo posible esas visitas inútiles y ociosas, en las que se disipa el alma, se debilita la piedad y queda a menudo ofendida la caridad.

2. *Relaciones de negocios*. –La prudencia y la sencillez deben ser la regla de ellas. Prudencia en los medios, poniendo en acción cuanto nos ha dado Dios de inteligencia, capacidad, industria honesta para alcanzar éxito en su trabajo: ése es el negocio legítimo de los talentos del evangelio. Sencillez en la acción, no queriendo más que la justicia, no obrando más que según la verdad, dejando a Dios sólo el éxito: eso es vivir de la fe.

3. *Relaciones de conveniencia*. –Una afiliada está algunas veces obligada a tomar parte en las fiestas del mundo; un deber de posición, las conveniencias de familia, las exigencias de la amistad dan a esa participación el carácter de un deber. En estas relaciones, penosas para su piedad, la modestia, la caridad, la humildad, le servirán de regla y de salvaguardia.

La modestia. –Ella será su más bello ornato, su protestación cristiana contra las vanidades del mundo y su preservativo poderoso contra los peligros.

La caridad. –La afiliada será suave para no cansar a nadie, complaciente en todo lo que la conciencia pudiere permitir, abnegada hasta el borde del deber.

La humildad. –Cara a la gloria y a la ambición humanas, la humildad de una afiliada ha de brillar en toda su sencillez. La sierva

del Señor se eclipsará, se olvidará para no ocuparse sino de los demás; recibirá, con la serenidad de la paz, las humillaciones del amor propio, sabiendo encontrar a Dios entre las alegrías y los placeres del mundo.

Así, una afiliada, modesta, humilde y caritativa, podrá pasar por entre las fiestas del siglo sin temer sus peligros. Habrá cumplido su deber y dejado tras sí el buen olor de Jesucristo eucarístico, en quien vive y por quien obra.

Artículo 3.º

DEBERES DE LOS JÓVENES ADORADORES

§ I. – *Deberes de familia*

Los deberes de familia deben ser dulces para el corazón de un buen hijo y de un buen hermano. Dios los ha constituido en primera ley del amor al prójimo.

1. ***Deberes de hijos.***

La naturaleza hace amar a nuestro padre y a nuestra madre: es la dicha de la vida. La fe nos los muestra como los representantes del poder y de la bondad de Dios y nos los hace amar con amor sobrenatural. De ahí que el amor cristiano tenga toda la fuerza de la naturaleza y de la gracia.

Para ser verdadero, el amor filial debe poseer tres cualidades. Precisa que sea respetuoso, sumiso y abnegado.

a) *Amor respetuoso*. –El respeto es la primera prueba del amor filial. Un amor sin respeto no es más que amor propio rayano en el desprecio. El respeto es el guardián fiel del amor, es una corona de honor y de gloria. Delante de los padres se debe, pues, evitar severamente toda palabra poco respetuosa o trivial que no se pronunciaría delante de un jefe a quien se respeta; evitar toda acción descortés o grosera que no se atrevería uno a poner ante una persona digna de honor. Un buen hijo tendrá, sobre todo, a gala honrar a sus padres delante del mundo. Su honor personal así lo exige; Dios se lo impone como precepto absoluto.

b) *Amor sumiso*. –La santidad de Jesús hasta los treinta años

no fue más que un acto continuo de obediencia. El evangelio revela su perfección toda por esta única palabra. “Les estaba sumiso” (Lc 2, 51). La obediencia era su vida.

¡Feliz el joven afiliado que supiere obedecer como Jesús! Sus acciones serán llenas de méritos, su corazón gozará de las delicias de la paz y su vida será bendecida de Dios.

c) *Amor abnegado*. –Un buen hijo ha de apartarse de todo placer que no participarían sus padres; rehusar toda amistad extraña que dividiría su tiempo y su afecto con detrimento del amor filial. Su dicha es vivir bajo el techo paterno; su placer, prodigar a sus padres sus cuidados tiernos y afectuosos. En la hora del dolor y de la prueba será siempre su consuelo y su fortaleza.

Dichoso el joven afiliado que coloca la gloria de su vida en servir a sus padres, sin más galardón que el amor de su deber, sin más deseo que el de hacerles bien, sin otra esperanza que la de Dios. Obrando así no perderá nada, pues el placer más puro es el de la familia; la afortuna mayor, la del honor; la virtud más perfecta, la de la abnegación.

2. *Deberes de hermano.*

La amistad fraterna es el amor más fuerte. Para ser cristiana esta amistad debe estar fundada en la caridad y en la virtud.

a) *En la caridad*. –La caridad, dice san Pablo, es dulce, paciente y bienhechora. *Dulce,* en sus relaciones, evita cuanto propende al mal humor o a la antipatía. *Paciente,* soporta con calma las debilidades de la edad, los defectos naturales de los hermanos y de las hermanas. *Benéfica,* quiere su bien como el suyo propio; se lo procura con sencillez y gusto. Tal ha de ser la verdadera amistad fraterna de un joven afiliado.

b) *En la virtud*. –La amistad que no está fundada más que en el sentimiento natural o en la simpatía dura poco, permanece a menudo estéril para el bien. Solo la virtud da a la amistad su vida, su poder. Esta virtud tiene que ser llena de abnegación en cuanto no es pecado o no es sino un bien libre; benévola, preveniente en sus relaciones, afectuosa en sus servicios, desinteresada en sus sacrificios, haciendo el bien por amor y no por interés propio; abnegada, sobre todo en el orden de la salvación, no teniendo ni paz ni descanso mientras no haya salvado a un hermano o a una hermana en peligro de perderse.

Tal tiene que ser la virtud fraterna de un joven afiliado para ser perfecta.

§ II. – *Elección de estado*

La elección de estado de vida es el negocio más serio y más importante para un joven. De esta elección dependen su dicha en esta vida y su salvación eterna.

Es, pues, deber del joven estudiar cuidadosamente, en el momento oportuno, la vocación a la que le llama Dios en su divina bondad, examinando sus aptitudes y sus inclinaciones naturales. Pero sobre todo desde el punto de vista de la salvación, debe escoger su estado. En la duda acerca de su vocación ha de consultar a sus padres, a un director sabio y experimentado y orar mucho.

Una vez decidido en la elección de un estado de vida, el joven debe prepararse a él por las virtudes que han de ser su adorno y su perfección. Si escoge la carrera de las ciencias ha de entregarse a ellas constantemente, trabajar con unidad de miras, santificar el estudio por la piedad y la ciencia por la virtud.

Si se decide para el comercio, la industria o cualquiera otra profesión similar, sepa que necesita gran energía de carácter para triunfar de las dificultades primeras, de una virtud a toda prueba contra los peligros y escándalos de una sociedad muchas veces incrédula y corrompida. El estado más dichoso es el que se ejerce en derredor de la sabiduría de un padre y de la bondad de una madre. La vida de un joven en familia es como el curso de un caudaloso río, que fecunda y alegra cuanto le rodea.

Si nuestro Señor lo llamara a una vocación más sublime, a la gloria de su divino sacerdocio, deberá regocijarse sobremanera; pero purifique bien sus intenciones y pruébese a sí mismo; ore mucho a María, la reina del cenáculo; luego, cuando hubiere llegado el momento de la determinación, consulte a un hombre de Dios y prosiga con humildad y confianza.

Si, al contrario, se siente llamado al santo estado del matrimonio y si tiene la dicha de contar con padres cristianos cuidadosos de su verdadero bien y de su salvación, consúltelos y déjese guiar por sus sabios consejos. Luego ore con fervor y Dios le bendecirá.

Para hacer su elección ha de preferir ante todo las cualidades del corazón a los bienes de la fortuna, la virtud a una belleza perecedera. Para ser feliz, precisa que pueda estimar durante toda su vida a la persona con quien ha de vivir en mutuo y cristiano afecto.

“Bienaventurado el corazón, exclama el Profeta (Ps 1,1-4),
que no sigue el consejo de los impíos
y no entra en el camino de los pecadores
ni en la reunión de los poderosos toma asiento.
Mas en la ley de Dios tiene sus delicias,
y en su ley medita día y noche.
Y es cual árbol
plantado junto a la corriente de las aguas,
que a su tiempo ofrece el fruto
y cuyas hojas no se marchitan,
y cuanto emprende sucede prósperamente”.

APÉNDICE

Puntos de Adoración expuestos según el método indicado en el Directorio[16]

I
JESÚS EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

¿Ante quién estoy?

1.º Estáis, me responde la santa Iglesia, en presencia de Jesucristo, vuestro rey, vuestro Salvador y vuestro Dios.

Adórale, alma mía, con la fe del ciego de nacimiento que, reconociendo a su bienhechor, se postra ante Jesús y le adora humildemente.

Adórale con la fe de Tomás y dile: "¡Señor mío y Dios mío!" Pero yo no veo a Jesús como el discípulo del cenáculo. –Es verdad; no obstante dice el Salvador: *"Bienaventurados los que creen sin haber visto",* ni tocado con sus manos.

La Iglesia me muestra a mi Salvador y mi Dios oculto bajo la forma de una Hostia –como el precursor lo mostraba bajo la forma de un hombre cualquiera–, como María le mostró a los magos bajo la forma de un niño.

Adórale, ¡oh alma mía!, con la fe de los reyes de Belén; ofrécele el incienso de tu adoración como a tu Dios; la mirra de la mortificación como a tu Salvador, y el oro de tu amor y el tributo de tu dependencia como a tu rey.

2.º Pero ¿por qué no se me revela Jesús en el esplendor de su gloria, por qué no se manifiesta ante mis ojos?

Para probar mi fe y tornarla humilde, dócil, sumisa a la autoridad de la santa Iglesia, su esposa y mi madre, que me habla en su nombre.

[16] Parte primera, cap. II, art. 2.º

Por otra parte, ¿qué necesidad tengo de ver, oír, tocar para creer en la presencia real de Jesús en la santa Hostia? ¿No me basta su palabra divina? A nadie se piden más garantías. ¿Es que puede engañarme su promesa? ¿Puede equivocarse su Iglesia? Los santos que creen, adoran y aman a Jesús en su divino Sacramento, ¿por ventura viven en el error y en la ilusión?

¡Ah!, si fuera más humilde, más puro, más fervoroso, Jesús se manifestaría con mayor claridad a mi corazón; sentiría, como Juan Bautista, la proximidad de este fuego divino; lo sentiría en mí como María cuando lo llevaba en su seno; la luz de la fe penetraría en mi alma como los rayos del sol iluminan el cristal transparente.

¡Sí, oh Señor y Dios mío, creo y adoro con la Iglesia vuestro cuerpo, vuestra sangre, vuestra alma y vuestra Divinidad sustancial, verdadera y realmente presentes en la santa Hostia!

Creo, mas aumentad mi fe; dadme una fe sencilla como la de un niño, viva como la llama del amor, fuerte como la de los mártires e intrépida como la de los apóstoles.

¿Por qué está Jesús en el Santísimo Sacramento?

1.º ¡Por mí! ¡Porque me ama!

Su amor, que lo ha llevado a entregarse a los sufrimientos y la muerte de cruz, le ha hecho instituir este memorial de su pasión y de su muerte con el que quiere alimentar, mi alma. ¡Soy, pues, el fin de este divino Sacramento!

2.º Se hace todo mío en su Sacramento: le poseo enteramente tal cual es en el cielo con todas las riquezas de su gloria; tal cual era sobre la tierra, con todas las virtudes de su vida, con todas las gracias de su muerte. Si no es su amor, nada tengo que envidiar a los apóstoles que vivieron con Él; ni a los santos que triunfan con Él.

3.º No está en el santísimo Sacramento sino para mí; le recibo y le adoro como si estuviera solo en el mundo. ¡Se porta conmigo como si no tuviera más que pensar en mí, escucharme, amarme y, me atrevería a decir, servirme!

¡Oh! ¿Cómo podré corresponder a tanta bondad, a tanto amor para con una criatura tan pobre e indigna?

Pero, ¡oh Jesús mío!, vuestro amor os seduce y os engaña. ¡Os olvidáis de lo que he sido y lo que soy!

Por medio de la santa Iglesia, por los santos y ángeles os ofrezco mis acciones de gracias; con María mi madre quiero celebrar vuestra misericordia y cantar un *Magníficat*, el sublime canto del reconocimiento.

¿Para qué está Jesús en el santísimo Sacramento?

1.º Jesús está en el santísimo Sacramento para curarme. Padezco de la fiebre del pecado. Estoy cubierto de llagas, mi alma está leprosa: he ahí mi médico. Y este buen samaritano viene a purificarme, a devolverme la salud de mi alma.

¡Oh! ¡Cuánto la necesito! Tanto tiempo ha que sufro. Las llagas de mi alma son muy crónicas; el hábito del mal está muy arraigado en mí, y las tentaciones de cada momento irritan vivamente estas llagas y alimentan muy activamente este foco de pecado. Pero, oh Jesús, decid una palabra, una sola palabra a mi alma, como a la suegra de Pedro, devorada por la fiebre, como al centurión para su hijo sin esperanza de vida, como al leproso del camino, y mi alma será salva.

2.º Jesús está en el santísimo Sacramento para ser mi maestro, para educarme, adornarme con su gracia, infundirme su espíritu de verdad y de amor; hacer vivir en mí sus costumbres y sus virtudes; en una palabra, para educarme cristianamente: es mi divino maestro, mi modelo y mi gracia.

3.º Jesús está en el santísimo Sacramento como salvador mío. Viene para comunicarme las gracias de la redención, aplicarme sus méritos y derramar su sangre divina sobre mi cuerpo y mi alma.

Y para esto se sacrifica en el altar como víctima de propiciación y pide a su Padre gracia y misericordia para mí.

Pero para que su sacrificio produzca todos sus frutos, Jesús me pide que lo complete, que me una a Él, que sufra en su lugar, ya que después de su resurrección Él no puede sufrir.

En compensación, Él dará a mis penas, a mis sufrimientos un precio y un valor infinitos, los revestirá de los méritos de su divina persona y los hará suyos; ¡esta será la redención, la pasión y la muerte del calvario renovada y reproducida en mí por la Eucaristía!

En cambio, ¿qué quiere Jesús de mí?

1.º Que le ame como Él me ama; que le ame al menos como un hijo ama a su padre y a su madre; a Él, el mejor de los padres y la más tierna de las madres; el amigo real, fiel, desinteresado; el amigo inmortal de los buenos y malos días.

Nada más digno.

2.º Quiere que le sirva tan bien como el interés hace servir a un amo humano; el honor, la ambición, a un poderoso rey; la piedad filial a un padre respetado, y que no se diga que Jesús es peor servido que el hombre.

Nada más justo.

3.º Aguarda a que yo le ofrende el homenaje de mi vida, de mi libertad, de todo mi ser, ya que Jesús me ofrece en el santísimo Sacramento y me da sus gracias, su libertad, su vida, todo cuanto es.

Nada más equitativo.

4.º En fin, Jesús quiere reinar en mí; ¡eso es cuanto ambiciona!

¡Es ésta su realeza de amor, el fin de su encarnación, de su pasión, de su Eucaristía!

Reinar en mí, reinar sobre mí; reinar en mi alma, en mi corazón, en toda mi vida, en mi amor. ¡Este es el segundo cielo de su gloria! ¡Oh, sí, Jesús, venid y reinad! ¡Que mi cuerpo sea vuestro templo, mi corazón vuestro trono, mi voluntad vuestra sierva devota! ¡Que sea siempre vuestro y no viva más que de vos y para vos!

II
JESÚS, DIOS CON NOSOTROS

1.º Adorad a nuestro señor Jesucristo que instituye y perpetúa su Sacramento de amor con el objeto de permanecer siempre con el hombre, su amigo, y consolarle en su destierro; para ser el pan de vida de su caminar a la eternidad; su víctima de salvación, el comienzo del paraíso.

2.º Agradecer su infinita bondad por haber amado tanto al hombre; por habernos hecho conocer su amor eucarístico; por habernos llamado a su servicio eucarístico, a la más sublime de las vocaciones, pese a nuestra indignidad y miseria.

3.º Desagraviadle por haber sido tan tibios, tan indiferentes, tan

ingratos, tan culpables para con la sagrada Eucaristía; desagraviadle por todos aquellos a quienes habéis escandalizado, por todos vuestros parientes, amigos, por todos los pecadores.

4.º Daos, consagraos a su servicio eucarístico como un buen servidor a su amo, un esforzado soldado a su rey, un verdadero adorador a su Dios.

III
JESÚS, DIOS DE BONDAD

1.º Adorad a nuestro señor Jesucristo, que ha hecho de la santísima Eucaristía el cenáculo permanente de su amor, donde convida nominalmente a todos los hombres a saciarse plenamente en este tesoro universal e inagotable de todas sus gracias; a sentarse a este banquete divino, a la Comunión sacramental, por la cual Él da al hombre todo lo que tiene y le pertenece, a fin de que, en cambio, el comulgante se dé todo a Él y le ofrezca el homenaje de su vida.

2.º Agradeced el amor inmenso del don inefable de la Eucaristía, que encierra todos los dones; agradeced todas las gracias que habéis recibido por medio de la Eucaristía.

3.º Humillaos a la vista de la gloria insignificante que habéis tributado a su amor; llorad vuestra ingratitud; implorad gracia a su infinita misericordia.

4.º Haceos discípulos y apóstoles del Dios de la Eucaristía, de la acción de gracias eucarística, tan descuidada, tan mal llevada a cabo; no obstante, la acción de gracias es la primera virtud del amor, la más bella flor de la Eucaristía.

IV
JESÚS, DIOS ESCONDIDO

1.º Adorad con fe viva a Jesús oculto en el santísimo Sacramento por amor de los hombres.

Adorad su bondad que vela su gloria para que el hombre se atreva a acercarse, a su Señor y Dios y conversar familiarmente con Él.

Adorad su santidad que encubre el esplendor y la perfección de sus virtudes para no desalentar la flaqueza del hombre, y las muestra gradualmente para elevar el alma hasta Él mismo. Nos las muestra por grados para elevar las almas hasta su altura.

Adorad su divina misericordia que, para obligar al hombre a recogerse en Dios, veló su santa humanidad, la belleza de su divinidad, con el objeto de que el adorador alabe a Jesús con fe pura y con amor puro y de esta suerte le adore en espíritu y verdad.

2.º Dad gracias a nuestro Señor por esos velos eucarísticos que os acarrean tantos bienes y por los que se os adapta este sol de la eternidad.

3.º Humillaos ante vuestro Dios, como anonadado bajo las santas especies, reparadle por todas las irreverencias y sacrilegios de los que Jesús oculto es objeto por parte de tantos cristianos. Pedidle perdón de vuestra poca fe, del poco respeto y del poco recogimiento en su santa presencia.

4.º Honrad con más devoción exterior y con más intenso amor al Dios escondido, desconocido para el mundo, pero visible a vuestra fe, querido de vuestro corazón y que constituye la dicha de vuestra vida.

V
JESÚS, SALVADOR

1.º Adorad a Jesús sacramentado como a vuestro salvador. Su amor ha hecho de la Eucaristía el calvario perpetuo de la redención. Jesús está en el altar en estado de víctima como en la cruz. Es nuestro mediador perpetuo junto a su Padre, le muestra sus llagas para obtener su gracia. Es nuestro abogado poderoso, que continúa sobre el altar su oración del calvario. Derrama sobre vosotros esa sangre que nos ha redimido y que santifica nuestros cuerpos y nuestras almas. Adorad las cinco llagas de Jesús, de las que emanan raudales de gracia y de amor.

2.º Ofreced en acción de gracias a este buen Salvador el homenaje de vuestro cuerpo y de vuestra alma; el amor y el recogimiento de vuestra santa madre la Iglesia, y el de la santísima Virgen al pie del tabernáculo.

3.º Desagraviad a Jesús, crucificado por sus propios hijos hasta en su Sacramento de amor y en su mismo estado glorioso; reparad a este corazón que tanto ha amado a los hombres y que no recibe sino ingratitud y menosprecio de los desagradecidos, los cuales hieren profundamente su Corazón, porque tornan estéril su pasión y se privan de los méritos de su sufrimiento y de su muerte.

4.º Ofreceos como víctimas de reparación a vuestro amable Salvador, a fin de consolar su Corazón desolado y abandonado; haceos mediadores de misericordia entre Jesús y los pecadores; decidle: Oh Jesús, Salvador de todos los hombres, perdonadles, pues no saben lo que hacen; se hallan en el delirio de sus pasiones y faltos de razón; vuestro enemigo el demonio, en odio a vuestra gloria, los arrastra a la incredulidad, a la impiedad; perdonadles como perdonasteis a vuestros verdugos, y sean de esta suerte la más bella corona del triunfo de vuestra misericordia.

VI
JESÚS, EMMANUEL

Consideración.

El amor exige tres cosas: la convivencia, la comunidad de bienes y la unión con la persona amada.

El amor de Jesús nos da estos tres bienes en la santísima Eucaristía:

1. Convivencia. Jesús escogió su morada junto a la del hombre: con frecuencia habita bajo el mismo techo. ¡Qué felicidad para la amistad!

2. La comunidad de bienes. En la sagrada Eucaristía Jesús nos da todos sus bienes: los bienes de su gracia y de su gloria; todos los méritos, todo el poder de su mediación junto al Padre celestial. ¡Cuántas riquezas en un solo don!

3. Unión. El amor aspira a la unión, a la fusión, a la transformación de vida; a unificar dos corazones, a la unión con el cuerpo, con el alma, con la divinidad de Jesucristo: es la prolongación de la encarnación en el alma que comulga. Jesús ha dicho: “El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él”. “¡Qué feliz intercambio, qué vida tan divina!”

Afectos.

1. Adorad a Jesús en la sagrada Eucaristía por el ofrecimiento total de vuestro espíritu, cuya verdad soberana es Él; de vuestro corazón, porque Él es su Dios; de vuestra voluntad, por cuanto ostenta Él su señorío; de vuestro cuerpo, ya que Él fue su Salvador; de toda vuestra vida, en plan de holocausto laudatorio y amoroso.

2. Agradeced a este buen Señor el haberos dado la Eucaristía, el haberos llamado al servicio de la adoración, a la comunión frecuente: no hay mayor bien sobre la tierra ni más dulce consuelo.

3. Desagraviadle por haber correspondido tan mal a las grandezas de su amor; por haber aprovechado tan poco las gracias de la santísima Eucaristía; por haber sido tan generoso en punto al amor de las criaturas y tan ruin e ingrato respecto del amor eucarístico de Jesús.

4. Consagraos nuevamente a su real servicio, a su amor soberano, a su mayor gloria.

Visitad frecuentemente a este buen Salvador siquiera en espíritu de amor; daos todo a Él como Él se da todo a vosotros; amadle para que Él se ame en vosotros; ofrecedle siempre el sacrificio que más os cueste; será la prueba de vuestro verdadero amor.

VII
LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Consideración.

Es realmente admirable el amor de Jesús para con el hombre en la preparación y en la institución de la divina Eucaristía.

1. El amor prepara por sí sólo su don regio; Jesús no confía a ninguno la preparación de su sacramento de amor.

¡Con qué alegría preparaba el corazón de Jesús este divino banquete para el alma fiel! “Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros”, decía Jesús: es que el amor está impaciente por darse, por entregarse a la persona amada.

2. El amor es el que instituye el augusto Sacramento de los altares: nuestro Señor lo instituye en la víspera de su muerte, en la

noche misma en que fue entregado a sus enemigos por Judas: es el testamento de su amor. Se nos lega bajo forma extraña, a fin de convertirse en el bien del hombre, en su propiedad divina y en su herencia.

Contemplad al divino Salvador en el momento en que va a instituir su Sacramento. Levanta los ojos hacia su Padre, autor de todo bien; le da gracias por haber otorgado al hombre la Eucaristía. ¡Con qué respeto toma el pan que va a convertirse en su cuerpo, el cáliz de vino que va a convertir en su sangre, en todo sí mismo al poder de las palabras sacramentales! ¡Con qué piedad los bendice!

Adorémosle en el momento de pronunciar con fuerza divina las venerables palabras: “Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre”. Nada más claro, nada más sencillo, nada mayor sobre la tierra: es la obra maestra del amor.

Afectos.

1. Adorad a Jesús en el santísimo Sacramento, ofreciéndoos con una fe viva, una piedad tierna y un amor ardiente.

2. Dadle gracias por haber amado al hombre, no solamente hasta la encarnación, hasta el calvario, sino hasta la Eucaristía, que es el límite último de su poder y de su bondad.

3. Reparadle por la pobreza de vuestra fe, por la insuficiencia de vuestro respeto y por vuestras irreverencias en el lugar santo.

4. Tomad la resolución firme e incondicional de guardar un silencio respetuoso y de comportaros con gran dignidad y profundo recogimiento en presencia del santísimo Sacramento. Este será el primero y más bello homenaje de vuestra fe en la presencia real de nuestro Señor.

Ofreced al Dios de la Eucaristía un sacrificio de amor.

Sección segunda

CONSEJOS DE VIDA ESPIRITUAL EXTRACTADOS DE LAS CARTAS DEL SANTO

I. AMOR DE DIOS

Amad intensamente a Dios, porque en ello va todo el hombre, y a eso se reducen toda la ley y toda la virtud.

Que la gracia de su amor regule toda vuestra vida y que todas vuestras virtudes se resuman en una sola: la del amor. ¡Oh dolor! Mientras de tal grado se trabaja para el mundo falaz y vano, para las vergonzosas e infames pasiones, nada se hace para Dios. ¡Qué humillación para, nuestro Señor frente a Belial, que reina sobre la faz de la tierra!

Aun en el mundo piadoso, cuán poco comprendidos son esta máxima y este mandamiento: Amar a Dios de todo corazón.

El libro del divino amor

Sólo hay una cosa esencial en este mundo, que nada ni nadie puede sustituir y que por sí sola suple perfectamente a todo lo que existe sobre la tierra: amar a nuestro Señor, confiarle nuestras empresas, todos nuestros goces, todas nuestras alegrías. Lo demás o no es nada o si es algo lo es tan perecedero y despreciable que sufre uno cuando de ello ha de ocuparse.

¿Qué es la tierra, qué los pueblos, los bienes de este mundo comparados con nuestro Señor? Nada, un caos.

Aprendamos a recogernos a los pies de nuestro Señor en el silencio del amor; escuchémosle con tranquilo corazón, fijemos la mirada en Él, contemplémosle en su divina e inefable bondad, entreguémonos del todo a Él.

Habréis leído, sin duda ninguna, libros preciosos; conozco uno, excelente y siempre nuevo: el que Dios ha impreso en todas las plantas, en los granitos de arena, en nosotros mismos: el libro del amor divino.

Estimad tan bello libro; añadidle algunas páginas de admiración y de agradecimiento.

Leed todos los libros en éste e interpretadlos conforme a sus dictados. De esta suerte, tendréis la clave del conocimiento de las

criaturas y del mismo Dios.

Tened siempre presente al dechado de virtudes, nuestro señor Jesucristo; el bello jardín de las flores evangélicas, que son las virtudes; y singularmente, las razones divinas de la encarnación, de la redención y de la Eucaristía.

A la vista de tales realidades se deleita el alma, o al menos se entretiene deliciosamente con Dios.

Amemos a nuestro Señor, que tanto nos ha amado y que tan tiernamente nos ama en el santísimo Sacramento. Procuremos reservar unos bellos momentos a la vida divina de su amor y no dejemos que nos ocupen y absorban con exceso las obras exteriores.

El reinado de Dios en nosotros

"¿Qué más deseo –decía el Salvador– que ver al fuego divino abrasar al mundo entero?"

Se dice que el calor fecunda la tierra y pone en movimiento la sangre del corazón; el calor de Dios es todavía más poderoso y fecundo.

Amad, pues, a nuestro señor Jesucristo y no aspiréis a otra cosa que a agradarle, a desahogar en su corazón amantísimo vuestras penas y alegrías, y muy particularmente a ofrecerle toda la ternura de vuestra alma.

Si amáis de esta suerte al divino maestro, Él os bastará y seréis harto felices.

Cuando los rayos del sol iluminan el cristal, éste aparece brillante.

¿Por qué permanecemos siempre opacos ante este sol divino, siempre fríos, expuestos a este fuego divino y siempre débiles bajo la acción de este poder divino?

La razón es que estamos todavía enfermizos, apegados a alguna cosilla, ocupados en todo momento de nosotros mismos y de este pobre mundo, llenos de humores malignos que turban nuestro espíritu y nos hacen desfallecer. El fuego celestial humea a duras penas.

¿Cuándo amaremos a Dios por sí mismo? ¿Cuándo transcurrirá nuestra oración en la dulce contemplación de sus divinas perfecciones? ¿Cuándo será su divina e infinita bondad el objeto habitual de nuestro cariño? ¿Cuándo será el amor de su vida y de sus

misterios la ocupación ordinaria de nuestra piedad?

¡Seríamos tan felices si amásemos a Dios con toda la fuerza de nuestro ser, si estableciésemos el reinado de su amor en nosotros! ¡Oh, sí! ¡Este reinado es nuestro todo!

Si reina Dios en nosotros, su verdad será nuestra luz, siempre clara y cabal, su querer el nuestro, su ley nuestra invariable norma de conducta y su gloria el motivo de todo nuestro obrar.

Amar a Dios es ser feliz. Lo que nos atormenta, aflige y desespera es el mundo con sus bienes falaces y, sobre todo, con su inconstancia, su ingratitud y sus exigencias.

Dios sólo merece nuestro corazón

¡Bendito sea nuestro Señor, que os ha preservado del amor del mundo y que con su virtud ha velado vuestro corazón y cubierto vuestro rostro!

Dichosos vosotros los que habéis comprendido que Dios es el todo y las criaturas la nada, y que sólo Dios merece el homenaje soberano de vuestro corazón, de vuestra vida y de todos vuestros bienes. La tierra, la vida, el talento, todo ello deja de ser bueno si no se convierten en medios de glorificar a Dios en este valle de lágrimas.

¿No es cierto que cuando se ha experimentado lo que es el mundo y lo que es Dios se aprecia con exactitud aquella sentencia: “Vanidad de vanidades y todo es vanidad menos el amar y servir a Dios”?

La vida más larga, la más bella, la más rica es una muerte digna de lástima si no tiene como fin a Jesucristo.

¡Viva la libertad de nuestro Señor en su amor!

Sed siempre libres en vosotros; el amor se da siempre todo entero, porque es libre y dueño de sí mismo.

Desde el momento en que muere todo lo nuestro, nuestro corazón hereda una nueva vida y su poder y su pasión de amor se dilatan como el fuego.

¡Ved cómo aman los santos a Dios! ¡Qué lejos de ellos estamos!

El amor de abnegación

¿Qué hemos de hacer para amar con todo nuestro corazón a

nuestro Señor? ¿Cómo conoceremos que realmente le amamos?

Hay un medio seguro de saberlo: la mejor cualidad del amor, la mejor prueba de nuestro amor a Dios es el amor de abnegación y de sacrificio.

¿Queréis amar de veras a Dios? Alimentad esa llama para que se convierta en una hoguera, en un voraz, incendio alimento, este combustible, es el sacrificio continuo. El que ama lo da todo, y el que es amado lo posee todo.

El verdadero amor se olvida de sí mismo, se sacrifica, se inmola perpetuamente, no por interés ni por violencia, sino con gozo y con la única mira de agradar.

Para amar noblemente a nuestro Señor es menester morir totalmente a sí y en sí mismo, porque el amor es muerte que se convierte en vida.

El amor no tiene días ni horas determinadas; es la eternidad siempre creciente en dones y afecto; para el amor no hay límites, ni barreras; es infinito como Dios..., su centro y su fin.

El amor es un fuego devorador: todo ha de servirle de pábulo, muy especialmente lo que nos rodea, lo que nos sacrifica, lo que llena nuestra vida; hemos de devolver a Dios todo lo que nos da, haciéndolo pasar por el fuego del amor.

El amor quiere abarcarlo todo, hacerlo todo; y a la par dejarlo, abandonarlo todo. Es generoso y nada rehúsa a Dios; le da con alegría cuanto pide o desea.

El amor prefiere el sufrimiento al deleite, el Calvario al Tabor; quiere predicar al mundo entero el amor de Dios y a la vez quiere ocultarse del mundo, huir de sus miradas, sonrisas y afecto.

El amor de Dios nos apremia

El amor de Dios da sin contar.

El amor de Dios da sin razonar.

El amor de Dios sufre sin lamentarse.

El amor goza y se aumenta con el sacrificio.

El amor de Dios es una prensa que, comprimiéndonos constantemente, hace salir de nuestra alma cuanto haya de humano y demasiado natural, para dejar lugar al amor divino. La gracia del amor va destruyendo poco a poco el amor propio, inmolando nuestra propia voluntad.

Dejad obrar a nuestro Señor, que quiere echarlo todo por tierra en este templo de su amor y expulsar con su látigo cuanto no sea Él.

Así es como guía Dios a las almas grandes. El altar del amor divino es la cruz.

Nuestra mayor cruz somos nosotros mismos: nuestro pobre cuerpo que sufre, nuestro corazón que desea más de lo debido, nuestra voluntad, tan tímida con frecuencia; cruz pesada, por cierto, pero aligerada por la gracia de nuestro Señor.

Dejaos conducir por Jesús cual niños sin voluntad y sin otro amor que el suyo, que lo convierte todo en amable. Deseo y anhelo para vosotros un amor sencillo, filial, generoso para con nuestro Señor; un amor que nada tenga para sí, un amor que nada haga ni quiera para sí.

Plegue al cielo os conceda Dios una de esas chispas de amor divino, una de esas chispas incandescentes que funden todas las aleaciones y convierte el oro bruto en brillantísimo metal.

Amad mucho y siempre, a nuestro Señor, que es la felicidad de la vida; amadle con amor de corazón cariñoso, filial y generoso; amadle como un amor nuevo, a semejanza de la llama de fuego que nunca se vuelve sobre sí misma. Haced todo por su amor; sufrid todo por Él, y este buen Padre se verá harto contento de vosotros.

¡Qué felices os sentiríais si el amor fuera la norma, el móvil y la recompensa de vuestras obras! Cuando se ama a Dios y somos amados de Él, ¿qué más puede uno poseer y desear?

¡Oh, sí! Mil veces dichosa el alma que de esta suerte ama, y para quien Jesús es todo su bien, toda su alegría y todo su deseo.

El Sacramento de amor

Mas para lograr todo esto habéis de nutrir vuestra alma con la piedad, el amor divino y la oración, que son su educación y su alimento: las consideraciones, afectos, resoluciones de vuestra meditación han de ser tan sólo medios que os conduzcan a la unión del amor divino. Amad y echad leña al fuego.

Alimentad vuestra alma con la sagrada Comunión, que es como la encarnación del amor divino en vosotros, a la par que su sustento de cada día en vuestro corazón; comulgad por encima de todo, comulgad cuantas veces os haya sido permitido.

Me diréis que os sentís indignos; cierto que lo sois, pero es que

ni los mismos ángeles son dignos; toda nuestra santidad no merecería una sola Comunión en todo el decurso de nuestra vida.

Pero necesitáis de la Comunión, estáis débiles: es el alimento nutritivo; queréis amar a Dios: es el sacramento del amor; a este respecto habría que comulgar, si posible fuera, todas las horas del día.

En una palabra, tenéis que conservar en vosotros el fuego del amor por medio de esas lecturas piadosas que dan libertad al espíritu y renuevan con provecho las ideas.

Escoged un libro espiritual que os haga bien sin cansar el espíritu, que os alimente el corazón y que os lleve al amor de Dios, de Jesús oculto, o crucificado, o eucarístico, o en todos estos estados.

Hecho esto, alimentado el fuego del amor, id por donde queráis, que andáis por buen camino. El círculo de la voluntad de Dios es suficientemente amplio para que podáis andar y correr en la santa alegría de su ley.

Para ser sobrenaturales

¡Ah, si el reloj de nuestra vida pudiera volver a comenzar desde nuestros primeros años, cuánto más sobrenaturales seríamos!

Pero hemos de contentarnos con las pocas horas que nos quedan para llegar al mediodía de la eternidad.

¡Seamos muy sobrenaturales en todo! He aquí la brújula de la verdadera vida; he aquí el germen que dará frutos de vida eterna. En ello va todo. Dios no recompensa más que esta vida de Jesucristo en nosotros.

¿Cómo seremos sobrenaturales? Por medio de la caridad divina activa.

¿Qué es esta caridad divina activa? Es la cooperación de nuestra voluntad a la gracia que se nos ha concedido; es nuestro *fiat* a la voluntad de Dios; es la adhesión de nuestra alma a Dios; es, en una palabra, el amor de Dios como ley, centro y fin de nuestra vida.

Amad mucho a nuestro Señor; que su amor sea fuerte en vuestro corazón, florido en vuestras obras, regio en vuestra vida.

¡Es tan bello, tan bueno, tan amante este Maestro bueno! Honrad noblemente su elección y mostraos santamente orgullosos de la vuestra.

II. LA SAGRADA COMUNIÓN

¡Que bueno es Dios! Suple al mundo entero, sobrevive a todo y siempre es padre bondadoso.

Sed siempre suyos mediante el santo abandono que convierte al alma en la ciega de Dios, en su pobre y dichoso mendigo.

¡Ah! Si conociésemos bien a nuestro Señor, ¡cuán vivientes y fuertes nos sentiríamos!

Arrojaos con frecuencia a sus pies; abismaos más frecuentemente todavía en el horno divino de la Eucaristía, que ella os inflamará.

Comulgad todos los días

Continuad, en buena hora y siempre, comulgando diariamente. Por encima de todo, vivid según el régimen de vida prescrito por el mismo nuestro Señor. Alimentad vuestra alma con este alimento por la mañana para todo el día. Dejad entonces todos los escrúpulos y perplejidades y proseguid viento en popa o viento en proa, mas virando de bordo, confiados en Dios, y marchando a toda vela.

Puesto que sois de Dios y siempre de Dios, necesitáis en todo tiempo vivir de Él, descansar en Él, regocijaros en Él. Pero ¿cómo efectuarlo si no es por la sagrada Comunión?

Un amo da de comer a su criado. Comulgad todos los días. ¿Qué será de vuestro trabajo, si no coméis el pan de vida? Debéis reparar y aumentar en esta fuente divina el desgaste sufrido en vuestras fuerzas. La Comunión os es necesaria como la respiración a los pulmones.

El festín de familia

Siendo vosotras cual esposas viandantes de Jesús, sedle fieles, por honor y por amor. Dejad que Él os consuele y fortifique. Ofrendadle la gloria en todo.

Dejar la Comunión diaria sería renunciar a vuestro puesto de familia en el festín de los hijos de Dios.

No conviene reparar en la propia indignidad ni en la propia esterilidad, sino más bien en nuestra pobreza, en la amorosa invitación del divino maestro y en la compañía que nos hace nuestra buena madre.

Id siempre a la sagrada mesa, aunque sea arrastrándoos y sufriendo: allí se os espera. Volveréis de ella curados, como el paralítico de Siloé.

Comulgad, por tanto, impulsados por el corazón de Jesús, que os llama, y por la voz de la obediencia, que os dice: ¡Id! No consideréis vuestras acciones o vuestras virtudes. Cuando la Comunión sacramental os resulte imposible. Dios la reemplazará con la comunión de su presencia de gracia y de amor. Con todo, habréis de desear la primera, porque Jesucristo y la Iglesia la quieren.

La Comunión del enfermo

Por lo demás, la sagrada Comunión, al igual que el pan material que alimenta nuestros cuerpos, no es una recompensa

Nuestro Señor no viene a nosotros a coronar nuestras virtudes, sino a comunicarnos la fuerza necesaria para la práctica de la virtud, a proporcionarnos los medios de vivir como buenos cristianos y a ayudarnos en la obra de nuestra santificación.

De ahí que dejar la Comunión sería dejar el remedio y privaros de la vida.

No se os la da porque sois amables, buenos, humildes y recogidos, sino para que lleguéis a serlo y podáis soportarlo todo con humilde paciencia.

La sagrada Comunión es la vida y vuestra única virtud. Digo única porque es Jesucristo formándose en vosotros. Considerad la sagrada Comunión como puro don de la bondad misericordiosa de Dios, como una invitación al banquete de las gracias, debida a vuestra pobreza, debilidad y miseria. ¡Con qué gozo os acercaréis entonces!

No habléis con nuestro Señor de responsabilidades, sino de sus gracias; es lo mejor.

Partid de este principio; cuanto más pobre sea tanta mayor necesidad tengo de Dios; sea ésta la tarjeta de entrada cuando hayáis de veros con el divino maestro. Así es la comunión del enfermo; nuestro Señor la ama y cura con ella todas vuestras enfermedades.

Id a nuestro Señor como lo hizo la Magdalena por primera vez, arrojándose a sus pies.

Despreciad las turbaciones, las tentaciones, los temores y, aún diría más, vuestros mismos pecados, y llegaos a Jesús con vuestros harapos.

Nuestro Señor no exige de vosotros más que esta disposición o al menos esta obediencia.

Comulgad como unos pobres leprosos, con mucha humildad; ofreced al buen Jesús vuestras tentaciones y temores, cual harapos de vuestra miseria.

No examinéis, por tanto, no razonéis sobre esas penas; os basta el sentimiento de vuestra pobreza.

¡Oh! Por favor, no dejéis vuestras comuniones; quedaríais desarmados; caeríais de inanición; alimentad vuestra pobreza y seréis fuertes.

Recordad que la sagrada Comunión es una hoguera que devora en un instante las pajillas de nuestras imperfecciones.

En la meditación de cada día recoged a los pies de nuestro Señor algunas migajas divinas; proveeos de maná por la mañana y nunca os faltarán paz y fuerza.

Comulgad, porque sois débiles

Tengo que enseñaros una moral un tanto austera: buscad tan sólo en Jesús la fuerza, la alegría y la consolación.

Que Dios os dé a conocer y apreciar este tesoro escondido y os conceda a todos vivir sobre la región de las tempestades y de las vicisitudes de la vida pasajera. Continuad comulgando, porque sois débiles y habéis de vivir de nuestro Señor, lo cual se alcanza recibiéndole.

Así lo dijo el Salvador: “Quien me come vivirá por mí; quien come mi carne y bebe mi sangre en mí vive y yo en él”.

Es preferible que vayáis a la sagrada Comunión con vuestras miserias a que os apartéis de ella por temor o humildad; esas miserias, por el contrario, serán un poderoso estímulo para desear ardientemente el pan de los fuertes y singularmente el pan de los débiles y pobres. El amor es más atrevido que respetuoso, más confiado que tímido.

Derrita este sol divino el hielo de que están llenas vuestras

acciones y miserias. Esto es lo más rápido.

Que este regio festín sea el gozo de vuestra alma y el único al que aspiréis.

Que vuestra vida sea como la del sarmiento, como la flor del lirio, como el fruto del amor.

Cuando nuestro Señor se ha posesionado, al menos una vez, por la sagrada Comunión de un corazón cualquiera; deja en él indeleble el recuerdo y la huella de su paso: es un reino conquistado donde Jesús ha reinado siquiera algunos días.

Comulgad para amar, comulgad con amor, comulgad para amar más. Pedid y recibiréis. Esta es la mejor disposición.

El fin esencial de la Comunión

Si nuestro Señor os hace sentir alguna vez en la sagrada Comunión la dulzura de su gracia, agradecédselo; gozad de su presencia, de sus consuelos, de esta prueba de amor personal. Pero no olvidéis que no es éste el fin esencial y necesario de la visita de Jesús; sobre todo, no os alejéis de la sagrada mesa, porque vuestro corazón está frío y porque es grande vuestra miseria: es una tentación horrible, un golpe mortal que el diablo quiere asestar contra vosotros y que entristece a nuestro Señor.

Al contrario, tomad entonces vuestro corazón con las dos manos y arrojadlo a los pies del buen maestro.

Comulgad como pobres, como mendigos, como enfermos; pero hacedlo siempre con humildad y confianza y con deseos de ser mejores y de amar mucho a nuestro Señor.

Id a la sagrada Comunión como unos niños; animados por la confianza, haciendo de la sencillez del amor vuestra plegaria y del deseo ardiente de amar vuestra preparación.

No os fijéis en vuestros progresos o aprovechamientos, sino más bien en vuestras necesidades y en vuestro deseo de amar a Dios.

A la verdad, sólo una cosa es necesaria en esta tierra: amar y servir a Dios; y la sagrada Comunión, haciéndonos vivir la vida de nuestro Señor, alimenta en nosotros este amor y nos hace progresar en el camino de la santidad.

El verdadero progreso

Me decís que no progresáis. Tened entendido que el verdadero

progreso consiste en cumplir la voluntad de Dios, en volver a cobrar nuevos alientos, en levantarse y repetir sin cesar: “Lo haré mejor”.

Mientras seáis alimentados por nuestro Señor; el demonio no os hará ningún mal, porque os sentiréis fuertes y bien defendidos.

Por favor, no os alejéis de la sagrada mesa, ni tan siquiera por sentimiento de humildad.

Si hubieseis cometido alguna falta venial, lo mejor que podréis hacer es purificarla en el fuego de la divina Eucaristía.

Seguid fortificándoos con el pan de los fuertes: la sagrada Comunión es el fin y la perfección de la vida, es la devoción regia que a todo reemplaza; es para vosotros el gran ejercicio de las virtudes cristianas, el acto soberano del amor, el rocío de la mañana.

Por tanto, acercaos a la sagrada Comunión como a la gracia máxima de vuestra santificación, cual niños que nada tienen y cual pobres que necesitan de todo y a quienes nuestro Señor quiere darse con toda predilección.

III. LA VIDA DE UNIÓN CON DIOS

Nada puede el hombre por sí mismo. Está inclinado por naturaleza al mal y cometería todos los crímenes si Dios no le sostuviera con su gracia. Así como el sarmiento no puede producir ningún fruto separado de la vid, así también nosotros no podremos dar buenos frutos si no estamos unidos a nuestro Señor.

Dichosos de nosotros si entendiésemos todo el alcance de estas palabras de san Pablo: “No soy quien vivo; es Jesucristo quien vive en mí”, y aquellas otras: “Jesucristo ha de crecer en nosotros hasta llegar al estado de hombre perfecto”.

Sí; Jesucristo nace y crece espiritualmente en cada hombre. Quiere glorificar a su Padre en cada uno de nosotros. Digamos con san Juan Bautista: “Conviene que él crezca y que yo mengüe”. Pero para que permanezca y crezca en nosotros, hemos de permanecer en él y corresponder a su llamamiento.

Dad el corazón y el espíritu

Démosle no sólo nuestro corazón, sino también nuestro espíritu. No a todos los hombres pide este sacrificio; es demasiado difícil; pide únicamente su corazón: “Dame, hijo mío, tu corazón”.

Sólo a un número privilegiado de almas pide el espíritu, la inteligencia, su propio juicio. “El que quiera ser mi discípulo, renúnciese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. Dar el corazón es fácil; pero entregar nuestro pensamiento, nuestro criterio, nuestra inteligencia, es el sacrificio más duro: semeja un desollón. Cuesta muchísimo.

Es difícil comprender el pensamiento de Dios; pero, una vez comprendido, ¡cuánta luz nos derrama! Su sabiduría aparece evidentísima.

¡Ah! Qué gozo sentirá el cielo, qué complacencia experimentará la santísima Trinidad al oír exclamar a un alma: “No, no soy yo quien vivo, es Jesús quien en mí vive. Su verdad velada o luminosa vive en mi espíritu; el recuerdo de sus virtudes y

sufrimientos se anima en mi imaginación; su corazón, rodeado de espinas, abierto por la lanza, abrasado de amor, absorbe, penetra, anima mi corazón; las llagas sagradas de su cuerpo se imprimen en el mío cual sello inconfundible y divino de su eterna alianza conmigo; su voluntad es la norma, la vida, el instinto de mi voluntad. Yo moro en Jesús y Jesús mora en mí. En tanto haya lugar en mí para el sufrimiento y mientras tuviere un sentimiento, un afecto, un deseo que poderos sacrificar, dejadme, Dios mío, en el calvario de esta vida. Tiempo tendré de gozar; yo quiero sufrir con vos; no me atrevo a decir por vos; pero ¡bien dicho!, sí, por vos, ¡oh fuego devorador y consumidor!"

Vivid de nuestro Señor

¿Cómo lograr esta unión divina?

Obrad con libertad completa en los medios, o, mejor dicho, servíos de todo para alcanzar esa unión divina.

Que todo os hable de Dios, y hablad de Dios a cuantos viven con vosotros; rogadle por los que no le conocen y pedidle por la unión de las personas piadosas con las que convivís, no para que sobresalgáis entre ellas, sino para que podáis servirle con mayor perfección.

Que el pensamiento de Dios no sea abstracto. Que el corazón lleve siempre la primacía. Loadle y dadle gracias de continuo. Repetid con cariño: "¡Cuán bueno es Dios! ¡Sólo Él es bueno!"

Vivid de nuestro Señor, de su espíritu, de sus virtudes, de su verdad evangélica, de la contemplación de sus misterios. Haced que vuestra piedad consista en la unión con nuestro Señor para que vuestra vida viva de la vida de este divino Esposo de vuestra alma.

No os separéis de Él, por lo mismo que ha dicho: "Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis cuanto quisiereis y se os concederá".

No os coloquéis en los rayos, sino en el sol, y de esta manera tendréis los rayos en su esencia y nada podrá debilitaros.

Que vuestros defectos, que vuestros mismos pecados sean purificados y borrados, como la herrumbre de una espada puesta al fuego desaparece al instante bajo su rápida acción.

Morad más bien en la verdad de la bondad de Dios que en su dulzura. La verdad es el conocimiento de su perfección, de los

pormenores y de las razones del amor en sus dones, en su manifestación al hombre.

Sentíos felices cuando Jesús os da a conocer la razón de su bondad, de su amor, de sus virtudes, y muy especialmente cuando os hace ver el porqué de las pruebas y de los sacrificios que impone al alma amante.

Estudiad a nuestro Señor y procurad adivinar y sorprender sus secretos, el porqué de su corazón: os quedaréis extasiados; acogeos a su corazón, a ese descanso y felicidad de vuestra vida. Gustad de tener una celdita en el cenáculo y en el calvario, focos divinos del amor, y nuestro Señor estará contento.

Trabajad por ser recogidos

Dad al prójimo las llamas de vuestro corazón generoso; pero guardad ese corazón en el corazón de Jesús y nada tendréis que perder ni temer.

Esforzaos por adquirir el santo recogimiento; es decir, vivid en sociedad de vida, de unión y de amor con Dios nuestro Señor.

El recogimiento es la raíz del árbol; la vida de las virtudes y del mismo amor divino; es la fuerza del alma, concentrada en Dios para luego embestir y expansionarse. Nuestro Señor os conceda esta gracia insigne entre todas las suyas.

Sed interiores, vivid en nuestro interior, reconcentraos de fuera a dentro, dejad el mundo, retiraos con Jesús a vuestro corazón, donde Él ilumina a vuestra alma y le habla el lenguaje interior que sólo el amor escucha y comprende.

Conversad dulce y habitualmente en vuestro interior; no dejéis de hacerlo si queréis ser como aquella alma que dijo "Jesús es mi alegría y mi felicidad".

Acordaos de este principio de vida: No seréis felices en el servicio de Dios en tanto no viváis la vida interior de oración y de amor.

El reino de Dios, del que tan a menudo se hace mención en la sagrada Escritura, es el reino interior de Dios en el hombre, en la inteligencia por la fe, en el corazón por el amor y en el cuerpo por la mortificación de las pasiones.

Amad el silencio, la soledad del alma: es el santuario de Dios, donde manifiesta su voluntad de amor y donde aprenderéis en poco

tiempo a conocer a Dios en su misma luz, a gustarle en la esencia de su bondad, a imitarle en su espíritu de amor.

En esta escuela se vuelve a comenzar en todo momento, porque siempre da uno con una verdad nueva y se penetran las profundidades de la ciencia y de la virtud de Dios.

Os lo ruego encarecidamente: Procuraos la oración de silencio, de contemplación, de unión con nuestro Señor: ahí está el centro de vida.

Id a nuestro Señor por vuestros dones más que por vuestro trabajo, por el amor más que por vuestras virtudes, por el recogimiento más que por vuestra acción.

En una palabra, recogeos en Dios y estaréis en vuestro centro. Lo demás es una labor penosa y difícil para el alma, porque trabaja demasiado. En este estado es Dios quien trabaja en ella, es el rocío celeste que penetra con dulzura. Es preciso que vayáis a Dios con presteza por el camino más corto y que redobléis aceleradamente vuestras fuerzas.

La vida en Dios, con Dios

Os quejáis de vuestras dificultades en la adquisición del recogimiento; es que el recogimiento es el comienzo del paraíso. Así como nadie entra en el Cielo sino después de haber sufrido, de la misma manera acaece con el recogimiento, ya que éste se define: la vida en Dios, con Dios. ¿Qué más es el cielo?

Guardad el recogimiento de la intención y del afecto; recogeos cuanto podáis en el pensamiento habitual de la presencia de Dios.

¡Ah! Si viéramos en todas las cosas a Dios, si le consultáramos como los ángeles, ¡cuán de otra manera obraríamos! Seríamos dueños de nosotros mismos en todo, porque Él sería nuestro amable compañero.

He aquí nuestro programa: comenzad por vuestras oraciones; echad fuera del lugar santo las moscas de las distracciones; ocupaos tan sólo de Dios y de vosotros mismos, y poco a poco seréis dueños de vosotros.

Estad en guardia contra la disipación de vuestro espíritu. ¡Cuanto mal hace al corazón! El espíritu divagando por doquiera, ocupándose de mil naderías, deja seco al corazón y no lo alimenta ya con buenos pensamientos; la memoria no le recuerda ya más la

presencia de Dios; la imaginación se divierte y entretiene al espíritu con sus necias invenciones.

Y entonces nuestro pobre corazón queda obligado a una mera sensiblería en la piedad y reducido el beneplácito de la gracia; pero como todavía no ha echado hondas raíces en Dios, ni está lleno de su amor, ni vive del Espíritu Santo, se agota y desfallece al poco tiempo.

Trabajad a toda costa en la práctica del santo recogimiento, viviendo de la ley de Dios, de su verdad, de los dones de su bondad, de los testimonios incesantes de su amor. Fijad vuestro centro de vida y el lugar de vuestro descanso en Dios para que el espíritu de nuestro Señor sustituya a vuestro pobre espíritu y sea la luz, la alegría y la vida de vuestro corazón.

Recogeos más bien en el corazón que en el espíritu. Tratad a Jesús como lo hacéis con un huésped amigo, amado y regio. No lo dejéis solo por largo tiempo; dirigidle un saludo en medio de vuestras ocupaciones; llevadle de vez en cuando algún pequeño ramillete de amor; no permitáis que se amortigüe el fuego del divino amor; conservad cuidadosamente este fuego por la unión con Dios, por el ofrecimiento habitual de cuanto hacéis y, sobre todo, de los pequeños sacrificios que se os presenten cada día; entregaos generosamente a vuestras obligaciones de estado, a todo cuanto exija vuestra posición: la gotita de agua muchas veces repetida llega a llenar un vaso, a dar origen a un riachuelo y formar un caudaloso río. Alimentad el fuego del amor con todos los actos de vuestra vida. “Para los que aman a Dios –dice el Apóstol– todo se torna en bien”.

¡Qué gozo experimentará Jesús, vuestro buen maestro, y con qué alegría os esperará!

La raíz da la vida al árbol

No os dejéis engañar, so capa de celo, pensando que al daros a los demás no perdéis nada vosotros, y con ello creéis que podéis despreocuparos de vosotros mismos.

Creedme: no ejercitéis el celo más que por deber; pero aspirad a la vida interior, atraídos por el amor divino.

Habéis de respirar en Dios a todo pulmón, vivir de Él. Después de todo, no hay vida más verdadera que la interior; la vida exterior es para nosotros un desgaste de nuestra débil virtud.

Es evidente que la raíz da la vida y la pujanza al árbol; pero se

halla oculta bajo tierra, porque le es preciso trabajar oculta y sosegadamente.

Algo semejante ocurre en la vida espiritual: la caridad, las virtudes, las obras exteriores, la misma oración vocal, no son ni deben ser más que ramas; la vida de esas obras radica toda en el recogimiento, en la unión del alma con Dios; es su alimento, su vida y su fuerza. He aquí la razón por la cual habéis de uniros con Dios en la oración, escucharle más bien que hablarle; acogeros humildes a su corazón más bien que ejercitaros en actos de entrega, en que el alma de ordinario pierde su recogimiento y se desvanece en sentimientos extraños a su naturaleza.

Cuanto más os gastéis en vuestro trabajo exterior, tanto más debéis tonificar y llenar de Jesús vuestro interior.

La verdadera actividad espiritual

La actividad del alma: ése es nuestro gran enemigo.

Se diría que nos enciende en la piedad; pero este ardor es a menudo ficticio y debilitante.

La verdadera actividad espiritual es aquella que se ejercita en Dios o en torno de Dios, ya que el alma se une por la caridad a su fin y a su gracia inmediata.

Esta es la razón por la cual nada hay más activo que el verdadero amor de Dios, porque entonces la llama actúa bajo el influjo inmediato del fuego.

Trabajad con todo interés por ser interiores; es decir, por trabajar a una con Él y por ser felices con Él. Sabed alimentaros a cada instante de su divina providencia, natural y sobrenatural; uníos tiernamente a Él por un sentimiento sencillo de corazón y de deseo, siempre que no sintáis ningún estimulante de vuestro amor y muy especialmente cuando recibáis alguna consoladora visita interior.

Su luz inspirará y motivará vuestro pensamiento y regulará vuestras ideas. El fuego se sostiene por sí mismo cuando se le alimenta con buen combustible: es verdad que la actividad es su elemento, mas la verdadera actividad del amor es interior.

En el momento en que Dios quiera expansionar exteriormente esta llama y volverla incendiaria, un ligero soplo la llevará presto a la selva que la rodea; y cuando este viento sople en vosotros, dejad que lo devore todo: Dios lo dirige.

Sea, pues, la ley del amor de Dios la norma y el móvil de vuestro amor al prójimo, conforme a la jerarquía de vuestros deberes.

Que el espíritu de piedad os haga vivir por encima de todas vuestras obligaciones exteriores.

Alimentad vuestro espíritu con la expansión habitual en Dios; vuestro espíritu con la meditación de cada día, y vuestra voluntad con la práctica de la virtud.

He ahí la santidad por cuya adquisición y mantenimiento habéis de trabajar sin cesar.

Pedid a menudo a Dios que os enseñe a amarle cuando amáis al prójimo, a permanecer tranquilos aun en medio del mundo y de las ocupaciones más absorbentes.

Nuestra alma debiera ser un santuario impenetrable donde sólo Dios obrara y de donde saliera la fuerza y la gracia de nuestra vida habitual.

Dificultades de la vida interior

Tened presente que cuanto más se entrega un alma a la vida interior, necesita más generosidad y energía que cuando se entrega y se sacrifica en bien del prójimo, o en trabajos exteriores que por sí solos conservan y dan fuerza a la actividad natural.

En los comienzos todo parece fácil y agradable, porque se halla uno bajo la suave y amable influencia de la gracia; mas poco después llega el momento de la prueba y tiene lugar una gran lucha.

En un principio se obra demasiado o demasiado poco.

Si no se obra lo suficiente, sentimos un amargo reproche, no de la conciencia, sino del demonio, que nos sugiere que todo está perdido y que somos infieles a la gracia; si se obra demasiado, nos desanimamos a la primera infidelidad: éste es el fruto del amor propio; confiábamos demasiado en nosotros.

La vida interior, obligándonos a luchar con nosotros, acaba por debilitar nuestra virtud y nuestras energías naturales. Teme el espíritu, teme el corazón, y la voluntad se dice: “Es demasiado penoso el tener que vigilarse de continuo; seguirse de cerca y vigilarse en todo”.

La naturaleza, adormecida, está pronta a sublevarse con más energía que nunca.

Por eso hemos de estar siempre sobre aviso, hemos de cortar

hasta las menores raíces del árbol para que el árbol de la vida no tenga otra savia que la de la tierra nueva.

Sed implacables con esos retoños que pudieran brotar al pie del árbol divino.

Luchad, os lo ruego, contra las impresiones naturales.

El amor divino debe posesionarse de ellas, ora como de combustible que alimenta su llama, lo cual debe hacerlo con las que pueden tornarse malas; ora como de una semilla para hacerla germinar, crecer y madurarse. Este es el fundamento de la vida espiritual.

Tened bien presente que cuando un alma quiere vivir la vida espiritual, no tiene más que un enemigo que vencer: la pereza, la flojedad. Por tanto, haceos violencia, una violencia dulce con los demás, fuerte y enérgica con vosotros.

Esta es la condición de la vida de recogimiento. Hay que pasar un momento difícil y penoso para salir de Egipto: el tránsito del mar Rojo; mas una vez en el desierto, cobijado bajo las alas de Dios, como los polluelos de los que habla nuestro Señor, se respira otra atmósfera, se vive otra vida y se comprenden aquellas palabras tan poco conocidas: "Mi yugo es suave y mi carga ligera", y llega una a decir: "No creía fuese tan dulce el sacrificio por Dios".

Cómo permanecer en nuestro Señor

No se siente el viento en una casa bien cerrada. El alma que sabe permanecer en Jesús no experimenta el furor de las tempestades. Trabajad por llegar a ese estado. Jesús ha dicho: "Quien en mí mora y yo en él produce mucho fruto".

¿Cómo morar en Jesús?

1.º Amando su admirable y siempre bendita voluntad.

2.º Contemplando su infinita bondad, que sin cesar se difunde sobre nosotros.

Seguid su divina providencia como la huella de su bondad personal y os admiraréis de que seáis la ocupación y aun la preocupación de Dios.

La contemplación de su providencia, de su bondad y amor, es la mayor felicidad del alma y nos comunica toda suerte de sentimientos nuevos. Es un trasunto del cielo.

Reservad vuestro espíritu para Dios; sea vuestro corazón el eco

y el fruto, ya que la contemplación de Dios es la ley y la medida del amor y el amor de la virtud.

Vivid en Dios como el pajarito en el aire y el pececillo en el mar.

¡Qué feliz se siente uno respirando en esta atmósfera divina!

Es cierto que se necesita una mortificación generosa para vivir la vida interior de Jesús; pero el amor lo hará gozoso.

El mundo es un calvario que crucifica a los buenos y a los malos. ¡Cuántos sacrificios de abnegación han de hacerse a cada momento! Hacedlos gustosos por nuestro bondadosísimo Dios.

Pero, sobre todo, sed espléndidos en el deber; en la virtud generosos; piadosos en el amor; y seréis entonces como Dios os quiere.

Reglamento de vida

Espíritu libre de toda preocupación, pero totalmente sumiso a la voluntad actual de Dios.

Corazón totalmente de Dios para adorarle, amarle y servirle como Él quiera.

Voluntad de niño.

Presencia de Dios: Ofrenda habitual de vuestras acciones, espíritu de mortificación, atentos a los sacrificios de renuncia propia que os pide Dios a cada instante; ahorro del tiempo: haced todo por Dios y todo os será provechoso.

Trabajo sin mirar al éxito, sino sólo al deber.

Relaciones con el prójimo de conveniencia o de caridad solamente: sencillas, cristianas, cariñosas y tiernas con los que sufren.

Oración como Dios la hace; el fondo: la ofrenda y la acción de gracias.

Sagrada comunión: Pan de fuerza y de vida; recibidla como pobres y débiles, agradecidos y amantes.

Vuestro examen sobre vuestros deberes. Y nada más.

Os ofrezco sin cesar al divino maestro; sed su cosa, su sierva, su adoradora.

IV. LA ORACIÓN

Una de las grandes reglas de santidad es la de saber hallar tiempo para el alma; el demonio nos lo hace malgastar.

¡Oración! Oración con Dios, hecha por vosotros mismos: he ahí la primera ley de la santidad.

La segunda: generosidad en cumplir la voluntad de Dios para con nosotros por la propia abnegación, por el amor al deber; obrar por agradar a Dios.

Sed almas de oración

¡Vamos! Hora es ya de ser santos. Para llegar a ser grandes santos, sed almas de oración y de generosidad; lo importante y lo difícil está en quererlo y procurarlo. Estrechaos contra Jesús, vuestro maestro; procurad acercaros a Él cuanto podáis y permaneced en su compañía.

El valor es la virtud del soldado; el amor la del niño; la abnegación desinteresada la del apóstol y la del religioso. Adquirid estas tres virtudes, que deben ser la trinidad de vuestra vida.

La fuerza nace del amor: amad, por tanto; el amor se nutre de la oración; sed almas de oración, pero de una oración que sea vuestra, afectuosa, recogida y edificante, que guste a Dios, que se alimente de Dios, que aspire siempre a lo desconocido de la verdad, de la bondad y del amor de Dios. La llama que no sube de continuo, que debilita o pierde su luz, toca ya a su fin, se extingue o se esfuma.

No quisiera ver en vosotros más que una cosa: el deseo, el hambre, la dicha de la oración en nuestro Señor; sería un buen síntoma; si el estómago no apetece la comida, no la digiere, ni tiene hambre, es señal de que está enfermo.

La vida espiritual exige un régimen espiritual. ¡Guardadlo! Estad seguros de que vuestra alma se sentirá feliz cuando se alimente plenamente de Dios.

Tan sólo en la oración gustaréis de esa paz deleitosa, de esta calma, de este descanso que, a veces, se hace más sensible que en la

sagrada comunión.

En la oración Dios nos alimenta; en la sagrada comunión a menudo alimentamos nosotros a Dios con el pan del sufrimiento y con el fruto laborioso de las virtudes. He aquí la razón por qué se sufre a veces después de la sagrada Comunión.

Medio infalible de santidad

¡Ea! Entregaos asiduamente a la meditación: es la brújula de la vida y el sustento de la virtud; es la gracia de la educación del alma por la gracia, por el mismo Dios; es el lema de vida para todo el día, que si lo cumplís os acarreará un día feliz.

No os aflojéis en este ejercicio fundamental; no os extrañéis de que el demonio, vuestro enemigo, ataque contra él con tanta violencia.

Dice santa Teresa: "Si (el alma) persevera en ella (en la oración), por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación"; y san Alfonso María de Ligorio, dice: "La meditación y el pecado no pueden vivir hermanados".

No cabe duda de que la oración es de ordinario costosa: se siembra en medio de penas y lágrimas, mas sus frutos son exquisitos. Y cosa extraña: cuanto más seca, árida y acompañada de tentaciones sea la meditación, es tanto más fructuosa y perfecta, porque se convierte en calvario expiatorio y santificador; las penas que le acompañan se convierten en fuerza de adquisición de las mayores virtudes y en fuente de las más ricas gracias.

Cuando se posee el espíritu de oración se tiene todo: es el remedio de todos los males.

Para orar bien

Para conseguir resultados prácticos en la oración se la debe hacer con el alma y cuerpo alerta y cuando todo se halle en nosotros en paz y recogimiento. Orad antes de cualquier otro acto. Algunos acostumbran orar aun antes de cualquier oración vocal para mejor aprovechar del recogimiento del alma. Fijad un momento determinado, media hora, una hora, según el tiempo que dispongáis. Dejad de lado antes de la oración todos los ejercicios que pudieran distraeros; cuando no hayáis podido hacerla por la mañana, haced en

su lugar durante el día un poco de lectura espiritual y no padecerá vuestra alma, ni perderéis de vista a Dios ni a vuestra alma.

Además, para sacar provecho de la oración, hacedla en un lugar tranquilo y silencioso; por ello los contemplativos buscan los desiertos, las cuevas de las rocas, los lugares más solitarios de la casa o de la iglesia; de esta manera siéntese uno más cerca de a Dios. Tened un método preferido de oración que sea el alma de todos los demás.

Todos los métodos conducen al amor, sin duda ninguna; pero, con todo, se ha de seguir el movimiento interior de la gracia, así como el atractivo de la devoción a la pasión, al santísimo Sacramento, a la santa pobreza o al recogimiento en la presencia de Dios.

No olvidéis nunca estos dos principios: primero, que el estado de nuestra alma en la meditación depende de la voluntad de Dios y que, por consiguiente, habéis de meditar según las disposiciones de momento, que regulan y dan la forma a vuestros actos.

En segundo lugar, tened entendido que el éxito sobrenatural de vuestra meditación lo da únicamente la gracia de Dios y, por tanto, no la hagáis depender de vuestras bellas reflexiones ni de vuestros sentimientos fervorosos.

A buen seguro que se han de ejercitar las facultades delante de Dios; pero utilizándolas como condición de la actuación de la gracia.

Id, por consiguiente, a la oración como niños pobres; veréis qué felices os sentiréis. La oración no es ni debe ser más que el ejercicio humilde y confiado de nuestra pobreza espiritual. Y cuanto más pobres seamos, tanto más derecho tendremos a la caridad divina. Este pensamiento ha consolado a muchas almas que sufren.

“La oración –dice san Agustín– es el ejercicio de nuestra mendicidad ante Dios”.

¿Qué hace un mendigo y cuáles son sus virtudes? La primera, la humildad; por eso queda a la puerta y emplea modales humildes; la segunda, la paciencia: sabe esperar, no se enfada por nada, se sirve de las humillaciones y repulsas para hacerse más elocuente; la tercera, el agradecimiento, que le abre todas las puertas y acaba por hacerle querido y estimado.

Sed también vosotros los mendigos del Señor; servíos de vuestras distracciones, de vuestras sequedades, de vuestros mismos

pecados como de títulos para que Dios derrame sobre vosotros los tesoros de su infinita bondad.

Resoluciones positivas

En la oración no andéis divagando; tomad resoluciones positivas. Proponeos combatir un mismo defecto o practicar una misma virtud durante quince días, tres semanas, etc. Cierto que no siempre tendréis ocasión de practicar la virtud opuesta a ese defecto; pero siempre podréis practicar actos positivos de la misma y pedírselo a Dios.

Tened a vuestra disposición un libro que os guste; leedlo hasta que algún pensamiento os impresione y podáis evitar de esta suerte la pereza espiritual que impide conocerse a sí mismo.

Si notáis que divaga vuestro espíritu y que no trabajan vuestras facultades, cambiad de materia; si os halláis en un estado ordinario, leed algo adecuado en la *Imitación;* pero previamente preparado respecto al capítulo o número. Si os encontrarais en un estado extraordinario, leed algo análogo a vuestro estado, v. gr.: cuando estuviereis tristes, el capítulo XXI del libro I y los capítulos IX, X y XII del libro II; cuando os sintiereis con repugnancia al sacrificio, meditad los capítulos del amor, los tres del cielo, XLVII, XLVIII y XLIX; cuando tuvieres poco recogimiento, el capítulo I del libro II y los primeros del libro III, etc.

Cuando el alma pasa por estos estados no hemos de tratarla como se trata a un enfermo desganado para todo.

La gran resolución que debéis formular es esta: disposición a aceptar pronta y amorosamente, y tan luego como Dios os señale, los sacrificios de desprendimiento que Él os pedirá en el curso del día.

Hecho esto no os resta más que vigilar el momento del sacrificio, o mejor todavía, estar siempre dispuestos a decir a Dios: Dios mío, mi corazón está presto a cumplir vuestra santísima voluntad.

Pero este estado de alma ha de ser libre, sin esclavitud ni amedrentamientos; es la vela del amor; el amor no se cansa, vela en el sueño, vela en el trabajo; toda su perfección consiste en hacerlo todo como Dios quiere y según el espíritu de Dios.

Una deliciosa contemplación

Mas para llegar a esta oración llena de vida, menester es trabajar mucho en olvidarse a sí mismo y en no buscarse a sí mismo en la oración; sobre todo se ha de simplificar el trabajo del espíritu con la contemplación sencilla y sosegada de las verdades divinas. Porque, en efecto, Dios nos atrae tan sólo por su bondad y nos une consigo por esos dones tan suaves de su amor.

El corazón compara todos los bienes y se entrega al mayor bien conocido, y saboreado.

Aspirad en la oración a nutriros de Dios, más que a purificaros o a humillaros; a este respecto, alimentad vuestra alma de la verdad personificada en la bondad de Dios para con vosotros, de su ternura y amor personales. El secreto de la verdadera oración consiste en profundizar la acción y el pensamiento de Dios en su amor para con nosotros. Entonces el alma, admirada y extasiada, exclama: "¡Qué bueno sois, Dios mío! ¿Qué haré por vos? ¿Qué es lo que os agradaría?" Esta es la llama del fuego.

Cuando el alma llega a sentir esta realidad, la oración es, a no dudarlo, una deliciosa contemplación en la que rápidamente se desliza la hora.

Hablad con Dios

Id a Dios por el corazón, por la expansión del corazón, por la conversación íntima del alma para que podáis adquirir esa paz que lo abarca todo, ese sentimiento de Dios que suple todo, esa mirada amorosa a Dios que anima todo.

Sabed hablar con Jesús y María con esa intimidad con la que habláis con vuestra querida madre; aprended a dar a nuestro Señor cuenta detallada de vuestra alma, de vuestra vida; exponed a Dios lo que pensáis, lo que deseáis, lo que sufrís.

Hablad con nuestro Señor con sencillez y sinceridad, como si hablarais con un amigo. Sed hijos cariñosos y generosos con el buen maestro.

En este trabajo del amor no habléis siempre; sabed callaros a los pies de Jesús; sentíos felices de verle, contemplarle, oírle, de estar junto a Él: el lenguaje del amor es más bien interno que externo.

No necesita Dios de nuestras reflexiones ni de nuestras palabras para enseñarnos a amarle u otorgarnos su gracia. Con todo, quiere que hagamos cuanto podamos ante su majestad soberana y que

le demostremos nuestra buena voluntad. Luego, cuando se agota nuestra pobreza, se llega hasta nosotros y nos concede sus gracias.

Cuando meditéis no reflexionéis tanto; ejercitaos más bien en actos de las virtudes. Por ejemplo: cuando meditéis en la pasión de nuestro señor Jesucristo, haced, ante todo, un acto de amor al contemplar todo lo que el Salvador ha sufrido por vosotros; después formulad un acto de agradecimiento por haberos amado tanto y sufrido tanto por vosotros, y por haberos hecho conocer sus sufrimientos.

A continuación, haced un acto de amor a vuestros sufrimientos y particularmente al que habéis de sufrir en aquel momento; pedid luego gracia y amor para padecer por su amor.

Recurrid asimismo a la santísima Virgen y a los santos, pidiéndoles os alcancen la gracia que anheláis, y tomad la resolución de sufrir callando tal o cual sacrificio.

Esta es una excelente meditación.

Cuando se llega a conversar de esta suerte con nuestro Señor, ¡qué felicidad se siente! Es un tesoro que se lleva por doquiera. Es el centro de nuestro corazón y de nuestra vida. Sin Jesús no hay dicha en la tierra; por lo cual, no os resta más que vivir con Jesús, el esposo, el padre, y la vida de nuestra alma.

Pedid a la santísima Virgen la gracia de la oración: ésta es la gracia de las gracias.

V. LA SANTA VOLUNTAD DE DIOS

La gran ley de santidad, siempre verdadera y perfecta, siempre fecunda en obras, es la ley de conformidad con la santa y siempre amable voluntad de Dios.

La voluntad de Dios ante todo, por encima de todo, en todo y en todos: he ahí la perfección máxima a la que deben estar subordinados todos los demás medios de salvación.

Me alegro al saber que habéis hallado esta rica vena de gracia, de paz y de alegría en el Espíritu Santo.

Como niños en brazos de su madre

Establezcamos un gran principio: Id a Dios, a vuestras obligaciones, al prójimo, con espíritu de amor, de amor a su santísima voluntad actual y porque así lo quiere Dios.

Entonces todo se convertirá en un ejercicio uniforme de esta divina voluntad. Seréis dirigidos por esta amable voluntad divina y permaneceréis en libertad sobre todo lo demás.

No tendréis más que una norma de conducta: Dios lo quiere, Dios no lo quiere, Dios no quiere más.

Para conseguir el espíritu de este principio, habréis de orar y meditar algunos días sobre su excelencia; leed algún libro que de él hable, como el tratado *De la conformidad con la voluntad de Dios,* del P. Rodríguez, etc.; formulad frecuentemente algunos actos de amor a esa voluntad que dirige, acompaña y subsigue a todas nuestras acciones y a todos nuestros estados.

¡Cuán dichoso se siente uno en cualquier lugar teniendo como norma de vida la amorosísima voluntad de Dios! Se está como los niños en brazos de su madre.

Habeos cual niños en manos de Dios. Algunas veces su gracia nos lleva en brazos y marchamos gozosos; otras se contenta con darnos la mano y nos vemos obligados a andar, pero es poca la dificultad que se siente en compañía de Jesús. Frecuentemente nos deja marchar solos por el lodo, a través del desierto; pero al momento

llamamos al Señor; Él lo hace con todo intento para enseñarnos que nosotros solos no podemos nada.

Otras veces se complace este buen Padre en hacernos experimentar nuestra flaqueza y en tocar al vivo nuestra miseria. Agradeced, a pesar de todo, gracia tan insigne, prueba inequívoca de su amor para con vosotros.

Sí, queridos míos estad seguros de que Dios os ama muchísimo y con gran desinterés; cifrad en ello vuestra confianza.

Pero, sobre todo, tened bien entendido que todo cuanto hagáis no le será agradable en tanto no revista el sello de la renuncia a vuestra voluntad por hacer la suya.

Doy mil gracias a Dios de que, cual Padre amantísimo, cuide de vuestra alma y de vuestra vida.

Dormid tranquilos; Dios vela por vosotros

No tengáis previsiones inquietas respecto al futuro, ni deseos de una vida más libre, aun para guardar con paz el silencio y recogimiento exteriores, ni tan siquiera para entregaros a la oración. Dejad a nuestro Señor el cuidado de escogeros, según le plazca, la forma exterior de vuestra vida; aceptad todos los acontecimientos personales que os sobrevengan como venidos de su corazón paternal, teniendo presente que el perfecto amor de Dios ama a Dios en Dios, y que va a Dios por el camino más corto: el camino de la entrega total a su santa voluntad de cada momento.

Mirad cuán buena, previsora y cuán maternal es la divina providencia.

Confiaos a ella; dejadle disponer y hacerlo todo. Dormid tranquilos: Dios vela sobre vosotros y por vosotros.

Pero ¡cuanto cuesta a nuestro corazón morir al "yo" para vivir únicamente de Dios!

Para ayudarnos a morir, Dios remueve cielos y tierra, hace que sobrevengan las flaquezas humanas, las distracciones, las sequedades, las desolaciones, el descontento interior para que nos despojemos de nosotros mismos, y nos coloca en compañía de las criaturas, con todos sus defectos, pasiones, exigencias e importunidades para que nos obliguen a practicar la dulzura, la paciencia, y nos hagan ver que el centro de la paz se encuentra sólo en Dios.

¡Cuántas veces nos contraría el Señor! Cuando queremos obrar nos manda trabajar en cosas que nos disgustan; cuando queremos estar solos, nos coloca en medio de una sociedad molesta y, por desgracia, muchas veces profana.

Digámosle entonces: "¡Dios mío, padre mío! Vuestra santa voluntad es mi todo y os bendeciré en todo lo que hiciere".

Descansad con toda paz en Dios, a los pies de nuestro dulce maestro, aceptando y adorando su santa y siempre amabilísima voluntad. Estad siempre alegres en el servicio de Dios; entregadle en todo momento cuanto sois y tenéis; reposad tranquilos en su bondad; vivid y obrad en su amor y habréis dado con la verdadera sabiduría.

¡Cuán dichosa es el alma que vela y duerme amparada por esta maternal providencia divina!

El mayor triunfo del amor

Ver a Dios en todo, ir a Dios en todo, abandonarse del todo a su voluntad actual: he ahí la regla invariable de un alma interior. Dios, su gloria, su santa voluntad es toda la vida del cristiano.

La única dicha de un alma es cumplir la voluntad de Dios, y si esa divina voluntad es crucificante logra el alma el mayor triunfo de su amor.

El hombre mundano sale al encuentro de las cosas, las fuerza y las obliga a que le sirvan. El hombre de Dios aguarda el momento de la providencia, secunda el movimiento de la gracia y se entrega con confianza filial a toda la voluntad presente y futura de Dios, dejando todo el cuidado y toda la gloria a Dios su Padre.

Dios, la gracia y el tiempo son los tres grandes valores del cristiano. El que cumple la voluntad de Dios en todo momento se encuentra en paz y con fervor.

Permaneced en este centro divino; vivid de la voluntad de Dios, caminad iluminados por esta luz esplendorosa. Estad seguros de que la amorosa providencia de nuestro Señor vela por vosotros y os guía como la nube del desierto a los hebreos. Ya sabéis como Moisés y Aarón no trasladaban el arca sino cuando la nube se levantaba e iba delante de ellos.

Entrad en el desierto con toda confianza.

Como Dios quiera

Nuestro Padre, que está en los cielos, tiene fija su amorosa mirada en nosotros, y su providencia divina lo prevé y lo ordena todo a nuestro mayor bien. Caminad en todo como lo quiera Dios, a la claridad del sol, al resplandor de la luna o de las estrellas, o a tientas en medio de la noche obscura, guiados por el hilo conductor de la obediencia; es esta una norma segura. No cobréis la afición a tal o cual medio que os pueda llevar a Dios, sino sólo a Dios y a su voluntad del momento actual. Dejad al divino maestro que os trate de mil maneras, que os atienda o abandone, que os consuele y os aflija como guste; no tengáis más consolaciones que las del amor a su divina voluntad.

Ved a Dios, su pensamiento, su deseo, su voluntad en cada cosa. Acercaos cuanto podáis a la vida íntima de Dios por la unión de vuestro corazón y por la adhesión de vuestra voluntad a todo lo que quiera de vosotros en todo momento.

Toda la vida de un alma interior está comprendida en una de estas dos leyes: Dios lo quiere o Dios no lo quiere.

La perfección del amor está en hacer cada cosa como Dios lo quiera y según el espíritu de Dios. Dios no necesita de vuestro trabajo; mas busca vuestro corazón y vuestros sacrificios.

Esta ha de ser vuestra labor diaria. Glorificaréis a Dios no haciendo nada, o mejor todavía, haciendo lo que Él quiera.

¡Ánimo! Dejaos conducir por el divino maestro como un niño sin voluntad, sin otro amor que el suyo, que todo lo torna amable.

Procurad no ver, ni oír, ni gustar, ni desear más que la santísima voluntad de Dios de cada instante; asíos a la mano de nuestro Señor y decidle: “Llevadme por donde queráis”.

¡Qué feliz se siente uno cuando no piensa, ni desea, ni quiere más que una cosa: la voluntad de Dios!

Meditad a menudo sobre esta materia: es la mina de oro de la caridad, el surtidor del amor que da y que recibe.

Señor, Tú sólo eres bueno

Una vez entregados a la voluntad de Dios, no reparéis en lo poco que puede la pobre naturaleza humana. Olvidad la pobre miseria humana, sus palabras, sus intenciones, sus obras naturales: todo ello no pesa lo que un cabello en la balanza de la divina providencia. Ved en todo lo que Dios quiere de vosotros y los actos

de virtud que espera del concurso de vuestra libertad y de su gracia.

Sí; el mundo es injusto; siempre lo ha sido, aun con su creador y salvador.

No es el mundo quien recompensa los buenos servicios, ni las cualidades morales, ni la abnegación cristiana. ¡Cuánto bien hace, en esos momentos de injusticia y de ingratitud, levantar los ojos al cielo y decirse: "Padre mío, hágase tu santísima voluntad; todo ha sido para mí mayor bien y para hacerme ver que Tú sólo eres bueno"!

Si con frecuencia no comprendemos la razón divina de las cosas, lo es para que adoremos el misterio de la divina providencia y seamos de este modo recompensados con creces.

El amor a la voluntad santísima de Jesús vale más que todos los dones y todos los bienes de nuestra voluntad.

La norma suprema de la vida

La santísima voluntad de Dios del momento presente, indicada por la necesidad o la conveniencia de atender al prójimo, es la mayor de las gracias; vale más que todas las obras de celo y aún más que la misma Comunión, porque en ella se cifra toda nuestra santidad.

Debe ser, por tanto, la norma suprema de nuestra vida. Considerad las obligaciones de vuestro estado y de vuestra vida como leyes actuales de la voluntad divina, y las exigencias de vuestras obligaciones y conveniencias de vuestra posición como señales de dicha voluntad,

Entregaos generosamente a la divina y amabilísima providencia.

Dejaos conducir por los acontecimientos, por las exigencias de vuestro estado y de vuestro deber y, sobre todo, obedeced al soplo de la gracia. Que vuestra alma, cual vela de un navío, se abra a las suaves influencias de la brisa celestial y se deje llevar de ella. Dejad que nuestro Señor os lleve como a un niño, sin otro deseo que su santo beneplácito y persuadidos de que no tendréis más que seguir a nuestro Señor que os precede y convencidos que os basta seguir sus huellas divinas.

Unión con sólo Dios

No debéis cobrar afición ni a vuestro hogar, ni a vuestra tierra, ni a nada exterior, ni a vosotros mismos, ni aun a las gracias

transitorias: todo pasa. Vosotros debéis estar unidos tan sólo a Dios, a su santa voluntad actual, porque Dios os ama infinitamente y no quiere sino vuestro mayor bien en todo y mediante todo lo que os suceda.

Por tanto, todo cuanto os aconteciere viene de lo alto, menos el pecado; y así, toda transformación sufrida en vuestra vida ha sido regulada desde lo alto.

El aire de la voluntad de Dios es siempre bueno para nuestra navecilla; llevad la vela desplegada y fuertemente amarrada a Jesucristo, que irá delante de vosotros.

Dejad que Dios conduzca la navecilla a cualquiera orilla; a vosotros toca el remar a sus órdenes.

Pero, sobre todo, no os precipitéis en los acontecimientos. Estad indiferentes a todo lo que no sea la voluntad de Dios; sed condescendientes y amables con el prójimo, primeramente con los de vuestra familia.

Sed siempre libres en el deber y en la caridad; sed todo para todos cuando Dios lo quiera. Nada más que Dios y todo para sólo Dios, según la ley del amor.

En la divina voluntad actual y personal encontramos la gracia especial que nos santifica; esta gracia especial está vinculada a cada hora y a cada obra. Una vez pasada la hora, el tiempo de la obra; deja de comunicársenos la gracia.

¡Cuán bella y fácil es la regla del amor! Contentaos con la santísima voluntad actual de Dios.

Estad dispuestos a todo y a nada; a todo, cuando Dios lo quiera, y a nada, cuando a Él no le plazca. Estad para con todos y para con todas las cosas a merced del beneplácito divino.

Vivid día por día; aún es demasiado; vivid instante por instante.

Dad a Dios el todo por el todo, en lo grande y en lo pequeño.

Renunciad a vuestra voluntad

Nunca está más segura un alma de cumplir la voluntad de Dios que cuando no cumple la suya propia; y nunca se siente más libre que cuando se entrega filialmente a la amabilísima voluntad de Dios.

Sentíos felices cuando al terminar el día podáis decir a Dios: “Dios mío, he renunciado en todo este día a mi voluntad”.

No olvidéis que un alma interior nunca debe salir por entero de sí misma, sino que ha de estar fija en Dios y en el deber; que ha de hablar interiormente con su maestro y de este modo hallar a Dios entre las criaturas y en medio del mundo.

Con lo cual estaréis siempre contentos de Dios y de todo aquello que os hace encontrar a Dios.

Os sentiréis entonces alegres, porque Dios llevará a cabo vuestros quehaceres mejor aún que vosotros.

Siempre seréis libres; cuando cambie Dios vuestro trabajo lo aceptaréis de buen grado, porque su beneplácito es toda vuestra dicha.

Pido a Dios con toda mi alma que os conceda esa fidelidad invariable en el amor de su amabilísima voluntad; que la consolación o la desolación, la alegría o la tristeza, las criaturas o la falta de ellas no alteren el interior de vuestra alma; que la coloquéis por encima de las regiones de las tempestades y variaciones atmosféricas; y que, antes al contrario, todas esas alternativas no originen en vosotros más que un cambio de ejercicio o de acción, quedando vuestra voluntad siempre unida a la santísima voluntad de Dios.

¡Feliz el alma que vive esta vida divina!

Entonces es cuando se comprenden estas ardientes palabras de san Pablo: "¿Qué me separará del amor de Jesucristo? Nada".

El fruto de la conformidad a la voluntad divina será, ante todo, la paciencia y la igualdad de carácter al exterior, así como la paz en el interior y la generosidad en el obrar.

Un alma que quiere vivir de Dios consulta, ante todo, su santa voluntad, por lo cual teme el consultar primeramente con su corazón, con su propia razón; desconfía de sí misma y para ella el conocimiento de la voluntad de Dios es su ley suprema, su regla invariable y su más alta sabiduría.

Y, por cierto, ¡qué desdichado sería uno sin este consuelo en la tierra de destierro; sería la vida una agonía sin esperanza!

Pero cuando puede uno decir: Cumplo la voluntad de Dios; estoy cierto de que le agrado y le glorifico en mi estado actual, entonces no se desea más que una cosa: ser fiel a la gracia, lo cual viene a constituir el centro, la norma, la alegría y como todo el mundo de un alma.

En todas sus gracias, en todas las virtudes, en todos los estados

que pueden ser del agrado de Dios, cumplid siempre y amablemente su santa voluntad de amor, ya que Él busca siempre lo que es más perfecto para nosotros.

Que el *sí* de vuestro corazón sea vuestra única respuesta.

Tened entendido que un acto de generosa entrega vale más que mil actos de virtud ejecutados por propio arbitrio.

Respuesta a una dificultad

Me decís: Es bastante fácil ver la voluntad de Dios en los deberes de estado; pero lo que me pone perplejo son las inspiraciones en materia no obligatoria, como la renuncia a un goce permitido, una mortificación, etc.

Respondo: 1.º Seguid las inspiraciones de consejo cuando vienen acompañadas de paz y de atractivo de la gracia: Dios lo exige de vuestro corazón generoso.

Rechazad las que se opongan a otras obligaciones y colocan a vuestra alma en un estado triste de turbación y de inquietud y os dejan en suspenso, sin haceros ver si Dios las quiere o no. Es esta una inspiración falsa.

2.º Secundad con generosidad las inspiraciones que os llevan a mortificaron contra la sensualidad, dado que os venga la insinuación antes de comenzar una obra; pero, una vez comenzado el acto, no hagáis caso de la inspiración, porque ya es demasiado tarde y no es más que una inquietud piadosa o una turbación de conciencia perpleja.

3.º Despreciad el temor de abrazar una vida demasiado perfecta. Esta tentación nace en vosotros porque atendéis demasiado a la mortificación que, al fin y al cabo, es un medio de santidad, y no adquirís esa libertad de vida en Dios, que es el gran principio de vida.

Conservad la vida interior

Si no tomamos el trabajo de alimentar y conservar vida interior, al poco tiempo nos sentiremos agotados, débiles y raquíticos.

La vegetación necesita de la noche; el sueño es de absoluta necesidad para el hombre; dormid, a menudo, recostados en el corazón del buen Jesús, como lo hizo san Juan.

¡Cuánto aprende en ese apacible sueño de silencio interior el alma con Jesús! ¡Qué valeroso despierta uno!

Soy poco recogido, decís; no sé reconcentrarme; la actividad me hace salir de mí mismo.

Os lo creo. ¿Qué hacer?

Muy sencillo. Traicionad dulcemente a vuestra imaginación, a vuestra actividad de espíritu, a vuestra irritabilidad de corazón: entregadlas una tras otra a nuestro Señor y encadenadlas a su santísima voluntad. Pero hacedlo sin violencia, sin ruido, con sosiego, como cuando se va a pescar: entonces sí que la pesca será milagrosa.

El cielo en la tierra

En vuestras relaciones con el prójimo imitad al arcángel san Rafael. Mirad: abandona el cielo, su puesto tan distinguido ante el trono de Dios, y viene a esta miserable tierra. Toma la forma de un ser viviente, pobre, humilde, servil, cerca del joven Tobías: le sirve como a un amo; nunca se le ve sobresaltado; ejecuta todas las cosas con la mayor calma y libertad de espíritu.

¿Y por qué? Porque Dios lo quiere, porque Dios le ha enviado para eso, y el ángel se siente más dichoso cumpliendo su encargo en la tierra que lo fuera en el cielo si –dado que fuera posible– obrara por su voluntad.

Reparad, sin embargo, que aun cuando llevaba vida humana se alimentaba de su invisible y divino alimento, es decir, de la contemplación de Dios, del cumplimiento de su santísima voluntad, lo cual era su cielo en la tierra.

Haced vosotros otro tanto. Sed como simples jornaleros que hacen lo que se les manda y no se preocupan del día de mañana.

Poned vuestra alma próxima a Jesús sacramentado; y en lo demás, estad a disposición de todos y de todas las cosas con paz y libertad.

Luzca siempre un hermoso sol a vuestro espíritu; vuestro corazón sea libre como el aire; el Señor viva con vosotros; vuestra voluntad no ame más que la actual voluntad divina; ame cuanto ame Dios. Esté indiferente a cuanto le sea contrario.

El divino maestro sea siempre vuestro primer dueño; su santa ley vuestra ley suprema; su santo amor, el foco de todos vuestros amores.

Vivid, en una palabra, de lo positivo de la verdad, de la gracia,

de la bondad y, finalmente, del amor que da y recibe todo con amor.

VI. CONFIANZA Y SANTO ABANDONO

Dios nos ama con un espléndido amor de benevolencia y con un inefable amor infinito y eterno. El amor de benevolencia consiste en querer pura y exclusivamente el bien y mayor bienestar de la persona amada.

En Dios el amor de benevolencia es personal; ama a un individuo y ama a cada uno de nosotros como si fuéramos los únicos habitantes de este mundo; el amor de Dios es uno e infinito.

Las prendas del amor divino

Todos los atributos de Dios están a merced de su amor de benevolencia para con nosotros, para santificarnos en su amor y gracia, para comunicarnos eternamente su felicidad y su gloria, debido a que el amor quiere la unión, y la unión, fin y triunfo del amor, establece una comunidad de bienes y de vida. El amor no se halla feliz encerrado en su soledad.

Los sublimes atributos de Dios, que están a merced de su amor de benevolencia para con un alma, para con nosotros, son los siguientes:

La sabiduría divina, que escoge lo más conducente, al bien y al estado actual de esa alma querida; la prudencia divina, que aplica esos medios de santificación; el poder divino, que nos ayuda, nos sostiene y nos defiende; la misericordia, que, cual una buena madre, está con el corazón en la mano, para perdonarnos, para levantarnos, ya que dos son los defectos del niño, o mejor dicho, dos son sus títulos a la misericordia: su debilidad y su ligereza, quisiera decir, su falta de buen seso y su presunción; la providencia divina que combina todos los acontecimientos del tiempo y todas las circunstancias en torno al alma querida, cual si fuera el centro del movimiento celeste y terrestre, para que todo le ayude en la consecución de su fin sobrenatural.

Por eso ha dispuesto que algunas criaturas nos hagan ejercitar y sufrir, para que nos acordemos de que nuestra vida es un destierro,

tiempo de expiación, de amor crucificado con Jesús, nuestro bondadoso Salvador; otras nos sirven de guías por algún tiempo y luego desaparecen; Dios quiere reemplazar al arcángel San Rafael, a Moisés y a Josué; otras son para nosotros el espejo donde contemplamos al vivo nuestra miseria –al menos posible– en el mal y en las viciosas imperfecciones de Adán; hay algunas que son un código de vida perfecta, y otras, finalmente, que no son más que las pobres criaturas de Dios.

Dice la *Imitación:* "No hay criatura, por más pequeña y miserable que parezca, que no refleje la bondad de Dios".

Los mismos pecadores, ¿no son la prueba palpable de la bondad que Dios ejercita con ellos al favorecerlos, visitarlos, esperarlos y perdonarlos?

La divina providencia no sólo dispone de las criaturas que nos han de ejercitar la virtud en el decurso de nuestra vida, sino que también determina, por su gran misericordia para con el alma, el estado del cuerpo, enfermo o sano, y tiene trazado el plan de cada día según el cual debamos glorificarle. Esta es la orden del día firmada por la divina providencia.

Los estados naturales del alma están asimismo regulados conforme a las gracias que concederá Dios y a las obras que nos va a exigir. Ora infundirá más vida al espíritu, ora al corazón y siempre a la voluntad, porque es ella la dueña de nosotros y la sierva de Dios.

Los estados espirituales del alma son siempre el objeto de la dirección de la divina providencia, ya que constituyen ellos la condición indispensable de la santificación.

La ley del deber

De donde resulta la gran ley de la vida: Es menester caminar según la dirección dada por el soplo de la gracia, honrar a Dios en todos los estados naturales y sobrenaturales, servirse de todo cuanto encontramos en el camino de nuestra vida, ver esa santísima y amabilísima voluntad en derredor nuestro y en nosotros mismos, obrar bajo su dirección, consultar su inspiración, ofrecerle la primera intención en todo, rendirle homenaje en todas las circunstancias de la vida; conocerla en todos los lugares, y finalmente suponerla cuando no se la ve ni se la oye, ya que algunas veces nos la deja de manifestar para ejercitar la sumisión de nuestra fe y la generosidad de

nuestro amor.

La conclusión es fácil. El mejor estado para glorificar a Dios es mi estado presente; la gracia más estimable, la del momento actual. La ley del deber es aquella que inspira y ejecuta el amor. Meditad la definición de la santidad dada por nuestro Señor en el discurso de la cena: *"Amo a mi Padre, cumplo su voluntad* y permanezco en su amor".

Sí; permaneced en el amor de Dios, mejor dicho, permaneced en su bondad, porque querer morar en el amor sería a menudo causa de muchas tentaciones: ¿Amo? ¿Soy amado?

Morad, por tanto, en la bondad paternal y divina de Dios como un niño que nada sabe, que nada hace, que lo echa todo a perder; pero que, sin embargo, vive en esta dulce bondad.

Asíos a la mano de Dios

Procurad ver en vosotros, en derredor vuestro, dentro de vosotros, esa amorosa voluntad de Dios, que se ocupa de vosotros, como si fuerais los únicos que vivís en el mundo. Adorad las razones de su Providencia divina, siempre buena y amable.

Id a nuestro Señor sin vuestro cuerpo, sin vuestra alma; prescindid de ellos; uníos al amor de Dios por vuestra voluntad.

Avanzad con toda la sencillez, paso a paso; asíos a la mano de Dios cual si fuerais ciegos; comed el pan que se os presenta cual si fuerais mendigos; vivid de la gracia actual: con ella tendréis un albergue, un hogar, una espléndida mesa preparada por la divina providencia.

Recibid siempre con alegría y amor los beneficios de Dios; reparad más bien en su bondad que en vuestra maldad, en sus gracias más que en vuestros pecados, en sus beneficios más que en vuestros sufrimientos, en su fuerza más que en vuestra flaqueza, en su amor más que en vuestra tibieza. De este modo os uniréis por el corazón y por la vida a esta amable e incesante bondad.

Vivid agradecidos como el pobre. Olvidad vuestras miserias, vuestros mismos pecados, para vivir un tanto a semejanza del cielo, donde se bendice, se agradece y se ama con amor siempre nuevo y cada vez más perfecto a la santísima Trinidad y donde se contemplan los pecados personales reflejados en la misericordia de Dios, las propias acciones en su gracia, y donde la felicidad de cada uno es el

destello de la felicidad divina.

Servid a Dios con alegría. ¿Qué cosa más dulce que servirle con amor?

El amor es fuente de alegría y de generosidad: es lo natural.

Contemplad siempre la inefable bondad de Dios para con vosotros, su mano tan paternal, previsora y amable aun en los más insignificantes sacrificios que de vosotros exige.

Mirad todas las cosas a través de ese prisma divino y las veréis iluminadas de ese bello color.

Acordaos de que la tristeza natural mata al cuerpo y al espíritu y que la tristeza espiritual da muerte al corazón y a la piedad.

Ya sé que hay una tristeza sana; pero ni aun ésa os la deseo. Prefiero veros reclinados sobre el corazón de Jesús, como san Juan, que arrojados a sus pies, como la Magdalena.

Paz confiada en Dios

Llevad siempre el corazón y el espíritu fijos en vuestro bondadoso padre y Salvador. Cuando vuela uno repara tan sólo en las alturas. No siempre puede el sentimiento procurarnos la felicidad; pero sí nos la puede dar siempre nuestra voluntad unida a la de Dios.

Vuestra alma no ha de descansar en los éxitos obtenidos en el servicio de Dios, y menos todavía en el sentimiento del bien; todo ello es muy variable y no es tampoco la verdadera santidad; fundad vuestra paz en la confianza de Dios, en su bondad, en su amor paternal.

Por lo tanto, confiad vivamente en la providencia, que cada momento vela por vosotros.

Todo lo que nos acontece viene a cumplir en nosotros la misión que Dios le señala; recibid, por tanto, todas las cosas como a mensajeras divinas.

Colocad toda vuestra confianza en la santa y amable voluntad de Dios, porque lo que Él quiere es lo más perfecto para vosotros y lo más glorioso para su servicio.

Servid a Dios con fidelidad siempre constante en todos los estados de vuestra alma, de vuestro cuerpo y de vuestras obligaciones.

Trabajad siempre y en todo por Dios. Cantad sin cesar el cántico del amor, ya que Dios os ama tanto y asimismo vosotros

anheláis amarle en progresión continua.

Confiad en el amor que Dios os tiene, tan grande, tan constante, tan paternal.

Sed de Dios en todos los momentos

Este santo abandono en el amor de Dios produce en el alma el mismo efecto que el amor de un niño para con su madre: ella lo sostiene, ella vela, y el niño duerme tranquilo en medio de los mayores peligros: nada tiene que temer. Haced vosotros otro tanto.

Tened siempre esta confianza de niño en vuestro padre celestial; pertenecedle en todos los momentos y depended de Él en todas las cosas.

Dios no tiene pasado ni futuro: su existencia es eterna. Pues bien: vivid en su amor y en su actual Providencia divina y confiadle el cuidado del pasado y del futuro. Dejad que la bondad divina os conduzca cual niños pequeños.

Estad indiferentes a todo; no améis más que lo que Dios ama, ni escojáis sino lo que a Él le agrada.

Harto tranquilo se duerme en el regazo de la divina providencia y harto feliz se viaja transportado en sus amorosas alas.

Entregaos a nuestro Señor, a su paternal providencia. Nada os faltará, singularmente en la vida espiritual, si estáis unida a vuestro divino esposo. El esposo ha de alimentar, cuidar, defender y hacer más perfecta a su esposa.

El calor de los rayos del amor divino

No os alejéis nunca del buen Jesús de vuestro corazón; a pesar de todas las variaciones de vuestra vida, sed siempre suyos. En todo momento es feliz quien vive al calor de los rayos del amor divino.

Después de todo, ¿qué más da ser del agrado de nuestro Señor por la enfermedad o salud, por un estado de sensibilidad, de fervor o de obediencia, o por nuestras prácticas piadosas, dado que esté Él contento de cuanto hagamos? Lo que importa es fundamentarnos en la confianza en Dios, alimentarnos de su bondad, sacrificarnos por su gloria con nuestro más intenso amor, amándole en todo, en todas partes y por encima de todo

Ateneos a esta norma: No queráis más que lo que Dios quiera, como Él lo quiera y cuando lo quiera.

El santo abandono es el amor más puro y el más intenso.

Que el amor sea el fondo y el alma de todo; y cuando ese sentimiento domine en vosotros, dejad todo lo demás: los medios son inútiles cuando se ha conseguido el fin.

Pero no olvidéis que el amor de Dios es insaciable y exigente como el fuego y que os hará sufrir al abrasar en vosotros cuanto le sea extraño.

Dejad que el divino maestro se posesione de vosotros

Para poder prestar atención y ser fieles a los movimientos interiores del Espíritu Santo, guardad en paz vuestra alma.

Tendréis paz en vuestra alma si la disponéis a padecerlo todo generosamente y a sacrificar todos sus intereses; en una palabra, si vencéis vuestra voluntad siempre que la de Dios lo exija.

Lo que nos hace perder la paz y la calma es nuestra desdichada voluntad que quiere lo suyo a toda costa, o bien el sentimiento de nuestra libertad, que teme con exceso la santa esclavitud de la cruz.

Marchad a impulsos del soplo de la gracia actual; éste es el único movimiento que vuestra alma puede recibir de lo alto. La gracia es siempre paz y sacrificio, amor y generosidad, donación y felicidad.

Dejad que el divino maestro os tome de la mano y os lleve a donde quiera y por donde le plazca: ello será lo mejor para vosotros, aunque alguna vez desconozcáis cuál haya de ser vuestro paradero.

Tened siempre unido vuestro corazón al corazón divino de nuestro Señor para que su amor llegue a ser la vida, el principio de vuestras acciones y el centro de vuestro descanso.

Marchad por doquier con alegría cuando ésa sea la voluntad de Dios; en todas partes se halla el sagrario, el cielo, Dios, nuestro amor.

Siempre dispuestos a cumplir la voluntad de Dios

El saludo de nuestro Señor a los apóstoles era: “La paz sea con vosotros”.

De todo corazón os deseo esta paz, esta paz confiada que se abandona filialmente a Dios y que se confía a su bondad y a su misericordia; esa paz de conciencia que se basa en la humildad, para tratarse como miserable, y que se fundamenta en una obediencia sin doblez para obrar en espíritu de fe.

No lograréis la paz del corazón turbando vuestro interior ni atormentando vuestro espíritu, sino que la alcanzaréis tan sólo si os confiáis a la bondad y misericordia divinas.

Llegad al divino maestro como el niño que sin poseer nada, ni tener fuerzas, se acerca al corazón de su madre: un acto de sumisión y generosa entrega es más perfecto que todo cuando podáis hacer; vuestro lugar preferido ha de ser junto al divino maestro para verle, escucharle y sentiros cerca de Él.

Vivid de Dios, de nuestro Señor eucarístico, porque de otro modo no podréis ser una víctima constante de su amor.

Prestad toda vuestra atención a lo que la providencia disponga de vosotros.

Dios lo hace todo, lo organiza todo, lo prevé todo para llevaros a sí; olvidad el pasado y el futuro; pero estad siempre dispuestos a abrazar la voluntad presente del buen maestro. El os llevará de la mano en medio de todas las dificultades hasta que consigáis la gracia de la perfección de su amor.

Considerad que el arroyo, el río de nuestra vida, se acerca al mar de la eternidad; nuestra pobre navecilla sigue su curso engalanada con el pabellón del cielo.

VII. DE LA RENUNCIA A SÍ MISMO

Todo el secreto de la vida religiosa y aun de la vida cristiana radica en una santa mortificación, integrada, antes que todo, por el cumplimiento del deber.

Es como la raíz del árbol, la savia de las virtudes y del verdadero amor de Dios.

Sin mortificación no hay virtud

Es un principio básico: sin mortificación no hay virtud, sin espíritu de mortificación no hay progreso posible. No hay vida espiritual sin muerte. Para convertirse en carbón ardiente debe perder el leño todos sus elementos extraños

No; sin mortificación nunca surgirán verdaderos hombres religiosos. Todas esas piedades bonitas, sentimentales, con alegrías y gozos, son como los viajes en magnífico tren. No creo ni confío en ellas. Hay que formar hombres de virtud, es decir, hombres de sacrificio, ya que nuestro Señor ha puesto como base de la perfección evangélica el *Abneget semetipsum.*

Los que se encariñan con su libertad, sus gustos, su salud y sus privilegios no son los discípulos del *abneget,* sino de su amor propio.

Cómo se alcanza el amor de Dios

Si no puede existir verdadera virtud sin mortificación, mucho menos puede haber amor de Dios sin ella: la renuncia a sí mismo es la condición esencial, fundamental para amar a Dios. Se alcanza el amor de Dios por el sacrificio generoso del corazón y de la voluntad; se progresa en el mismo por la suave renuncia a la vida y por una total y continua dependencia a su voluntad siempre tan amable. Nuestro Señor quiere reinar en nosotros por esta continua esclavitud de renuncia, y quiere que vuestra piedad, vuestras virtudes y vuestro amor estén revestidos de este carácter universal.

Bendecidle por haberos deparado esta vía tan deliciosa que os acorta el camino del desierto y encierra en sí menores peligros. Dios

es y debe ser el sol de cada día: todos los días reluce para vosotros, aunque no de la misma manera. Amad siempre a este sol de justicia y de amor, ora brille radiante, ora se os aparezca envuelto en los ardores del estío, ora en medio de la débil palidez del invierno helado: es siempre el mismo sol.

No viváis de almas pobres, de pobres directores o de libros e imágenes pobres, y ni aun de las más bellas melodías: todo esto se agota pronto.

Vivid de nuestro Señor, en nuestro Señor y para nuestro Señor. "El que mora en mí y yo en él hará grandes cosas". Permaneced en nuestro Señor.

Pero ¿cómo lo alcanzaremos?, me diréis. Despojándoos de vosotros mismos.

Amad intensamente al divino maestro; sufrid por Él con amor, trabajad por adquirir la abnegación heroica de vuestra voluntad, persuadidos de que cuanto se hace con una silenciosa abnegación es infinitamente más agradable a Dios que cualquiera otra acción aparentemente más perfecta.

Recordad siempre que las mayores gracias de nuestro Señor, en orden a la santificación de un alma, están vinculadas a las ocasiones de abnegación de nuestra voluntad por la de Dios o la del prójimo; y cuando podéis decir: Me he renunciado a mí mismo, nuestro Señor os dice: "Hijo, has realizado un acto de amor perfecto".

Olvido completo de sí mismo

¡Ay! ¡Qué difícil es despojarse, renunciarse, desaparecer...!

Cuando nuestra pobre naturaleza cae en manos de Jesús, de todo tiene miedo y se adhiere a todo lo que encuentra y que viene a mano.

Mas nuestro Señor no se contenta con medianías; quiere el olvido completo, vuestro total abandono; os quiere en una vida de abnegación, de pobreza espiritual y de entrega absoluta en sus manos, cual si fuerais unos niños. Todas las pequeñas pruebas que a diario os llegan son una nueva fuerza que os envía para ayudar a despojaros del hombre viejo y a entregaros a Jesús con toda vuestra nada.

Dejaos de buen grado despojar de todo para poder ser totalmente de Dios.

Retened este gran principio de la vida espiritual: Curad bien la fiebre interior por el olvido de vosotros mismos y más aún por el de los demás. Ocupaos de nuestro Señor, procurad complacer a su corazón siguiendo los atractivos de la gracia y ofreciéndole las perlas de sus méritos, de la santísima Virgen y de los santos.

Dios es buen jardinero

La práctica de esta renuncia consiste sobre todo en la sumisión a la voluntad divina por el cumplimiento exacto de los deberes del propio estado y por el sacrificio de los gustos personales por complacer al prójimo

Está bien y es una perfección no ofender a Dios; pero es aún más perfecto dejar el que Dios obre en vosotros. Él, como buen jardinero, selecciona, poda, talla, injerta, cultiva y riega.

Antes de enriquecer a un alma, Dios la despoja de todo: quiere reinar Él solo y a ese fin dirige todos sus toques. Dejaos modelar; la muerte es camino de la vida; el amor reina con el sacrificio.

Pero notad lo que os voy a decir: Dejaos herir, es decir, dejad obrar a Dios, dejadle daros una y más vueltas, dejadle hablar o callar, dejad que os visite o que se oculte, que os pruebe por Sí o por las criaturas.

¿Qué más os da si amáis y sois amado de este bondadoso Salvador?

Acostumbraos a ver pasar el mundo como las gotas de agua de un riachuelo: dejadlas correr ruidosas, agitadas, revueltas.

Poneos a los pies de nuestro Señor y, cuando las criaturas os abandonen o cuando os prueben, escuchad a nuestro Señor, que dice: “Yo os basto”.

No hay estado feliz comparable al de una persona que no quiere más que agradar a Dios ni tener más estima ni predilección que la de Dios, y la del prójimo como Dios lo quiera y en tanto que lo quiera; entonces ni los vientos ni las tempestades de los hombres le pueden hacer nada, porque Dios es su todo.

La leña de fuego divino

Cuando Dios esté contento, estémoslo también nosotros. Cuando Él nos ama, ¿qué nos importa lo demás? Cuando Dios está a nuestro favor, ¿por qué entristecernos e inquietarnos por los que

están en contra de nosotros?

¿En ese centro divino del corazón de Jesús habríamos de temer las tempestades del exterior?

Aun cuando Jesús parezca dormido, nada temamos; velemos a sus pies y descansemos tranquilos.

No hay tranquilidad ni felicidad fuera de esta mansión divina; no hay virtud verdadera si no nos hace vivir de Jesús; no existe amor puro sin renuncia a sí mismo.

Id siempre a nuestro Señor con gran sencillez y un abandono santo, no fijándoos más que en dos realidades: en vuestra miseria y en la bondad y amor que os profesa; por lo mismo, trabajad por sacrificar vuestra voluntad en aras del amor de Dios: he ahí la leña del fuego divino.

Mortificad de continuo vuestro amor propio, que renace diariamente en vosotros.

Si no se os hace caso en el mundo, si parece que os olvidan, ¡ah!, bendecid a Dios: así le amaréis con más puro amor. Así lo hacían y deseaban los santos.

El camino regio

En vuestra meditación tended al amor de nuestro Señor mediante la inmolación de vosotros mismos: la gracia del amor destruye poco a poco el amor propio, inmolando nuestra voluntad.

Dejadle obrar. Al Salvador gusta echar todo por tierra en ese templo de su amor, que es nuestro corazón, y utilizar el látigo para arrojar todo cuanto no sea Él.

Entregaos a Dios por el sacrificio: éste es el medio más corto y más perfecto; es el camino real. Defended siempre bien vuestro corazón: él es la ciudadela y el centro de la unión con Dios.

Sed buenos con el prójimo, mas no lo seáis por haceros estimar y amar: sería un adulterio espiritual.

Asíos a la mano de Dios en el camino de vuestra vida: id derechos al deber y a la virtud.

Amor al prójimo

Altamente me consuela saber que dejáis con gozo y sin escrúpulo a Dios por el prójimo: esto es verdadero amor de Dios, porque no quiere más que su santísima voluntad y no aspira a otra

cosa que a contentarle.

Seguid de esta manera y ejercitaos de continuo en la paciencia, en la dulzura, en la tolerancia, en la uniformidad de caracteres; en una palabra, en la caridad.

Sed buenos, amables, generosos en los sacrificios: ésta es la flor del amor divino.

Amaréis continuamente al divino maestro y lo haréis aun en medio de vuestras dificultades y de vuestra miseria.

Dejaréis de buen grado que pasen vuestro tiempo, vuestras ocupaciones y gustos en beneficio de todos; pero vuestro corazón vivirá en Jesús y en un desprendimiento lleno de su amor.

Vivid, os lo vuelvo a repetir, vivid de nuestro Señor, en nuestro Señor y para nuestro Señor

Abandonaos enteramente a la espada de su amor. Nunca se vive mejor y más sólidamente que muriendo por amor.

En ello se cifra la verdadera dicha; de esta muerte de sí mismo brota la verdadera vida, tranquila y serena de esta tierra y prometedora de la bienaventuranza eterna.

VIII. TODO PARA DIOS

Hay un principio universal y eterno que siempre conviene tener presente ante nuestra conciencia y delante de Dios, a saber: Que hemos de ser del todo y siempre de Dios; saber entregarnos totalmente a Dios como fin y a su voluntad actual como medio.

Sed de Jesús como la esposa de su corazón, como el esclavo de su Sacramento, como el apóstol de su amor.

Sed de Jesús con libertad de medios, pero con unidad de fin. Sed de Jesús como lo son los Ángeles en el cielo: gozosos y alegres en su servicio, sencillos y desinteresados en vuestra entrega, por lo menos casi siempre.

La llama que brota del fuego no vuelve sobre sí misma; sube de continuo porque otra llama la obliga; ni tiene tiempo ni movimiento para ello.

Dios solo basta a un alma. Poseerle es su mayor bien, amarle su mayor placer, servirle su mayor gloria.

Nada puede suplir a Dios, y Él suple admirablemente a todo lo existente. De todo se puede prescindir menos de Dios.

La mayor de las riquezas es aspirar y trabajar en poseer siempre menos, es decir, la nada de Jesucristo. Sólo a Él hemos de agradar y entregarnos: los hombres no son más que espinas

Para ser íntegramente de Dios

Grabad en vuestra mente estas tres reglas de conducta:

La primera es la de hacer todo por agradar a Dios. Esta ha de ser la intención general y particular de vuestras acciones. Esta norma es más bien un sentimiento que un pensamiento actual: interviene en todo lo vuestro y os deja obrar con sencillez.

Os basta una intención general. Sin embargo, cuando hayáis de ejercitar algo penoso, un sacrificio costoso, una intención particular ayudará a vuestra alma.

Agradar a Dios es amar lo que Él ama, querer lo que Él quiere, odiar todo lo que es imperfecto.

La segunda regla es haberse en todas las cosas con sencillez de espíritu, obrar en todo con libertad interior, hasta cuando Dios lo quiera y mientras a Él le pluguiere, en un espíritu de paz, haciendo las cosas con orden, con rigurosa sucesión, con moderación y paciencia, esforzándoos en ejecutarlas bien más que en veros libres de ellas. Tomad por modelo al niño que obedece en todo y no se apega a nada.

La tercera regla es ésta: Vivid algo más en Dios como en vuestro centro, y no os estorbará ni os distraerá nada. Os sentiréis entonces en presencia del Dios que todo lo vivifica, que lo ve todo y que dirige el alma en todas sus acciones.

Dad de esta manera y siempre vuestro corazón a Dios por la pureza de intención, por el cariño a su amor, por la confianza en su divina misericordia.

Dirigid a menudo jaculatorias amorosas al buen maestro. Las jaculatorias son para el alma lo que la respiración al corazón: es decir, su vida.

Hay que llegar a que Jesús os baste ¡Qué felicidad la de vivir dirigido por Jesús! Mas es preciso encerrarse en su corazón divino para ser impregnado de su espíritu, modelado y cincelado por sus manos divinas.

Sin reservas ni divisiones

Sed plenamente de nuestro Señor, así como Él lo es todo vuestro. No reservéis nada en vuestra entrega ni dividáis vuestro corazón; no tengáis otro sentir que su adorable y amabilísima voluntad.

Cuando se conoce bien al buen Jesús, ¿se lo puede comparar a alguna cosa, y una vez gustadas las delicias de su amor, se puede vivir sin Él?

No, de ninguna manera, seríamos demasiado desgraciados. Dichosos vosotros los que pertenecéis al Señor y queréis pertenecerle siempre.

Esta elección vale más que todas las coronas y puestos privilegiados del mundo.

Rico se sentirá quien tenga a Jesús por su mayor bien. Sed como un niño que siente, ama y agradece.

Dios piensa en vosotros.

Sed como la paloma pura y blanca del arca, que sólo descansa en el arca santa, que no conoce otro canto ni otro suspiro que el del amor.

No os miréis a la luz de vuestro amor propio, pues os llenaréis de miedo; ni en la hermosura de las criaturas, os turbaréis; ni en la balanza de vuestros méritos, que más pesaría vuestra pobreza; ni a la falsa claridad de los dichos humanos. Contemplaos en el Corazón bondadosísimo de Jesús, en su bondad tan maternal y tan tierna. ¡Ah!, entonces no os espantaréis de vosotros.

Procurad no fijaros en lo que dais al dulce maestro, ni querráis pensar en lo que os falta.

Arrojaos como una paja, como un hierro enmohecido a este horno incandescente. ¡Qué pronto os purificaréis, os fortificaréis, os abrasaréis y convertiréis en fuego!

¡No, no lo dudéis! El sacrificio que más agrada a Jesús es el del yo; la ofrenda más bella es la del corazón; la corona más hermosa, la de la flor mañanera que se abre al sol naciente y se cierra a una con el sol que se oculta.

La mejor parte con María

Daos siempre del todo a nuestro Señor, como la santísima Virgen, cual corresponde a sus vírgenes y siervas reales.

¡Qué parte más privilegiada habéis escogido! ¡Qué puro, qué bondadoso, qué amoroso es el Esposo y Rey de vuestro corazón y la ley única de vuestra vida!

Sed siempre completamente suya.

Recordad que una sierva está enteramente al servicio de este buen maestro y le sirve con alegría y con abnegación. Sabed que una esposa vive totalmente entregada al amor de su Esposo divino y no anhela más que agradarle y complacerle.

Vivid de la divina Eucaristía y para la divina Eucaristía, así como los Ángeles no viven más que de Dios en el cielo.

¿No es justo que Él tenga almas que el mundo llama grandes y las desearía para sí?

Quisiera tuvierais la más espléndida corona del mundo, la fortuna nupcial más envidiada para veros, como ahora os veo, entregadas a Jesús, Rey de amor, como sus siervas felices y esposas eternas.

¡Cuán pocas almas selectas, cuán pocos servidores nobles tiene Jesús nuestro maestro!

Tenéis que valer por mil, y vuestro servicio ha de equivaler al de diez mil; esto lo lograréis con una ferviente y generosa piedad eucarística.

Siempre derechos a Jesús

¡La Eucaristía! He ahí vuestro centro, vuestra vida y vuestra muerte. Es el Emmanuel en persona: bien merece vuestra compañía.

No améis la vida más que para emplearla en el servicio de la Eucaristía, de la misma manera que no se ama el cielo para uno mismo, sino para Dios.

Vuestro amor de Dios ha de ser el criterio de la ley, de la virtud, de la caridad y, sobre todo, la verdadera luz para juzgar, estimar, despreciar, desear y combatir según vuestra gracia de amor

El maestro quiere que estéis solos, para no ser ya vuestros, sino suyos.

Quiere ser el medio, el bien, la dirección de vuestra vida, que ha de encaminarse hacia él; he ahí la razón por la cual os falta todo lo que desearíais como medio de edificación, de instrucción y de caridad. Pérdida bien insignificante, por cierto, ya que vais derechos a Jesús y vuestros esfuerzos resultan más unificados por estar concentrados en su divino servicio, en su amor y en su divina voluntad.

Persuadido de la gloria que a Dios habría de dar y del bien que a vosotros acarrearía, os deseo ardientemente que, fijos en el amor de nuestro Señor, os olvidéis de vosotros, que tengáis en poco cuanto sufrís y cuanto le ofrezcáis y, sobre todo, que no seáis muy sensibles a su amor sensible, a la paz y dulzura de su amor.

Hay almas que son alimentadas de Dios sin que pongan nada de su parte, a quienes concede el cielo para que sin cesar le den las gracias; otras hay que alcanzan el cielo, al parecer entre deleites, pero sufren mucho; todos creen que no hacen nada bueno ni valioso; sin embargo, su corazón es de Dios, su voluntad le obedece con sumisión y le ama más por la fuerza del amor que por su dulzura o sus fervores: almas bellas, por cierto, que pasan por el purgatorio en este mundo, que son del agrado de Dios y se dirigen a Él en todo tiempo y lugar.

Sed siempre así vosotros.

Creedme: Id a nuestro Señor como unos pobres, como muy pobres, pero que, sin embargo, son amados y privilegiados; cuya única virtud es el agradecimiento, el único mérito saber pedir y recibir, reconocer que siempre se lo deben todo a su bienhechor, aumentar alegremente sus deudas todos los días, ser insolventes, pero amantes.

"Bienaventurados los pobres, porque, de ellos es el reino de los cielos".

Os aseguro que este estado agrada muchísimo a Dios.

Una bella y divina sociedad de vida

Gozad de Dios, mas no de las criaturas. Además, Dios no lo quiere, ni vosotros, tampoco. Gozad de Dios, de vuestras gracias, de vuestro sagrario, de vuestro maestro.

Gozar es no querer más que a Él; gozar es vivir por Él, para Él, a sus pies, en su corazón, en su persona divina.

Escuchadle a sus pies como María: éste es el pan de vida y de inteligencia, el banquete del alma que alimenta nuestro ser; ésta la oración del silencio, de la mutua mirada, de la dicha de verse al calor de este sol divino

Reclinad vuestra cabeza junto a su Corazón en la sagrada Comunión, o cuando vuestro corazón sufra o vuestra alma esté triste.

Cuando Jesús parece muerto, su corazón no muere; aun después de muerto, su sangre está llena de calor.

Jesús dijo: "El que me coma morará en mí y Yo en él". ¡Qué sociedad de vida más bella y divina!

Vivir con Jesús, en Jesús, es ser su siervo adorador. Quedad tranquilos a los pies de Jesús, de la manera que Él quiera, tal como os coloque, como Él os haya formado; las ideas, la oración y el amor espontáneo y natural formarán el estado de vuestra alma. Hemos de ser ante Dios lo que somos.

Dios ha dispuesto los cambios de estaciones para variar los trabajos y los productos de la tierra.

Nuestra alma es la tierra de la gracia. Esforzaos por guardar la igualdad de espíritu y del amor de Dios en medio de vuestras variadas obligaciones, de vuestras ocupaciones y vuestros estados internos.

¡Dios me ama! ¿Qué hay de más bello y consolador?

En todo quiere mi bien. Yo soy suyo y no busco más que a Él; mi miseria es mi título; mi pobreza mi riqueza; mis imperfecciones, mi gran necesidad de sus gracias. Poned en práctica cuanto os voy diciendo y pronto sentiréis el reinado de Dios en vosotros.

El don total de sí a Dios

Vivamente os deseo el reinado de Dios en vosotros, el reinado eucarístico de nuestro Señor.

Y notad que no os digo la devoción, la virtud, ni aun el mismo amor, sino el reinado, es decir, el don de vosotros al divino maestro, para ser su casa, su huerto, su corazón, su vida y aun su muerte.

El don de sí es la única prueba del verdadero amor.

Esto es lo que Dios quiere: "Hijo mío –dice–, dame tu corazón". "Amarás al señor Dios tuyo con todo tu espíritu, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas: he ahí el primero y el más importante de los mandamientos", que es toda nuestra vida y nuestro fin en este mundo y en el otro.

Es imprescindible que lo alcancéis, porque si no seréis como la leña que se coloca junto al fuego para que se seque; puede ser que humee, que despida vapor, que se caliente; pero no arde si no está en la misma hoguera, si el poder del fuego no llega hasta ella.

Harto sabéis que una mecha se enciende en la misma llama y no en la corriente de aire por ella producida.

Renovad todos los días el don de vosotros mismos al amor y por la gloria de Jesús sacramentado: ya veréis cómo tendréis alguna cosa de que sacrificaros y poderla entregar a Jesús. Pero, por desgracia, ¡cuán pocas son las almas eucarísticas que se den de esta manera a nuestro Señor!

Quiere uno siempre tener alguna cosilla junto con Jesús o fuera de Él: de ahí la fiebre y el desorden; Jesucristo no es el dueño absoluto.

La esposa del Corazón eucarístico

Vosotros, por lo menos, daos por entero y sin reservas en vuestro interior a nuestro maestro: el exterior le pertenece desde hace tiempo. Pero el don interno de sí mismo es el don verdadero, porque nuestro Señor es entonces el dueño del campo que ha de cultivar y

del árbol que ha de injertar.

Jesucristo demuestra ser el Salvador, de una manera singular, en la elección de las gracias de santificación llevada a cabo mediante el desprendimiento, que comienza por la propia renuncia y acaba con la conformidad con el plan de vida señalado por su voluntad.

Servíos de todo como de medio, pero no descanséis más que en Jesús.

Proceded en todo a manera de un siervo y no pertenezcáis más que a nuestro único maestro y Señor Jesús.

No olvidéis que sois las esposas del Corazón eucarístico y que vuestra dote y mejor adorno es la pureza de corazón. Poseed una bellísima pureza, una gran rectitud de intención, sed muy desinteresadas en vuestras acciones y muy desprendidas en vuestros afectos

Sed libres en la vida de amor, como es libre y dichoso el amor en su centro de acción.

Por tanto, libertaos de las telarañas, de la fiebre del amor propio y de esa mendicidad estéril respecto a aquellos que nada os pueden dar.

El sol no cambia de naturaleza aun cuando las nubes encubren su faz.

Os lo ruego, no os dejéis cercar de negros nubarrones. Hacen muchísimo mal; son malos y vienen del demonio, porque, efectivamente, son negros.

Sed fuego

Sé perfectamente que no siempre puede uno estar nadando en alegrías celestiales; pero podéis siempre ser obedientes a nuestro Señor y aguardar la vuelta del sol, que no se deja esperar largo tiempo.

Lo esencial es fundamentaros bien en la confianza en Dios, alimentaros de su verdad, sacrificaros a su mayor gloria por vuestro amor soberano, amándole en todo, en todas partes y por encima de todo.

Sed fuego, oculto bajo las cenizas, concentrado en sí mismo, para acumular su fuerza de expansión.

Sed llamas que iluminan, calientan y abrasan todo lo que las rodea.

¡Amamos tan poco al divino maestro y nuestro amor es tan limitado...!

Hemos de suplir esta deficiencia trabajando por que Jesús sea conocido, amado y servido, ya que si la fe nos hace sus discípulos, el amor nos convierte en apóstoles suyos.

IX. EL SUFRIMIENTO

El camino del justo está bordeado de un doble cerco: el de la gracia, escalonado a lo largo del camino, como el arroyuelo, el pan y la fuerza del caminante; y el de la cruz de nuestro Señor, que reviste toda clase de formas, pero que siempre es cruz. A medida que uno avanza son más numerosas las cruces, y con frecuencia más crucificantes para la naturaleza; pero también están coronadas de diademas más resplandecientes; nos anuncian la proximidad del paraíso.

No; nunca ha habido felicidad en la tierra desde que Dios dijo a Adán: "Comerás el pan con el sudor de tu frente". Nunca la tendrán los discípulos de Jesucristo: no les quedan en este mundo más que persecuciones, cruces que sobrellevar, sacrificios continuos que hacer; he ahí lo que Jesucristo nos reserva en este mundo y lo que, largo tiempo ha, viene concediendo.

Hemos de sufrir de parte de todos y en todo lugar: ésta es la semilla del calvario esparcida en toda la tierra; éste es el bordón de viaje del cristiano, su espada en el combate, su cetro y su corona.

Se diría que el amor de Dios penetra en nuestro corazón por una llaga nueva y que se goza perforando ese corazón para hacerlo pasar así a través de su celestial llama. Pues bien: ¡Viva la cruz de nuestro bondadosísimo Dios y vivan las criaturas que nos la proporcionan o que en ella nos crucifican!

La cruz viene de Dios

Sí; ¡viva la cruz en este mundo, sobre todo la cruz que nos viene de su Corazón paternal!

El divino maestro nos visita a veces con la gracia del calvario; pero también con la fuerza de su amor. ¡Qué espectáculo más bello ver a Dios dulcificando nuestras cruces!

Es preciso que nos visite esta hija del cielo, porque, de otro modo, permaneceríamos sobre nuestro Tabor.

Todo pasa pronto. El sol es más bello después de una

tempestad o de un día nublado.

Tenedlo entendido: el estado de sufrimiento viene siempre de Dios, quien nos lo proporciona para nuestro mayor bien y para otorgarnos alguna gracia espiritual. Y si por ventura vuestra pobre naturaleza ha sufrido algunos momentos, reanimadla por medio de la santa entrega y no os desaniméis.

Dejaos crucificar de buen grado por la santa obediencia y por el amor a nuestro Señor.

Sentíos dichosos al poder sufrir lo que el divino maestro os envía por puro amor. Bendecid a Dios, porque en su bondad os da cuanto hay de más preciado, de más amable: la prueba de su amor.

Un trozo de la cruz de nuestro Señor

No digáis que es un castigo; no, no es un castigo, sino un trozo de la cruz de nuestro Señor. Cuando os venga alguna cruz no debéis despreciar su divino origen, sino recibirla como a hija del calvario, como a una gota de la sangre del Salvador.

El divino maestro os coloca sobre la cruz: os quiere ver crucificados con Él. Pero ¡qué diferencia! A Él le crucifican sus enemigos y a vosotros sus divinas manos, su amor, para poderos dar el precio de su muerte y la gloria de su cruz. ¡Qué dicha el sufrir por el amor y para el amor!

Sí; sufrid de buen grado por amor de Jesucristo.

El amor que no sufre no merece el nombre de amor.

Nuestro Señor no exige de vosotros más que un ejercicio y un pensamiento: el de estar unidos a su amor por la cruz y el de una completa entrega por una santa pobreza de medios y de ayudas externas.

¡Qué unión más feliz y hermosa la del holocausto!

Amad de continuo a Jesús crucificado, que hallaréis tesoros y delicias desconocidas para los que no se atreven a subir hasta la cima del calvario.

Job era más grande y más rey en su estercolero que en su refulgente trono.

Jesús era más grande en el calvario que en el Tabor; y cuando quiere santificar a un cristiano lo atrae a sí, según aquellas palabras: “Cuando fuere levantado sobre la tierra atraeré todas las cosas a Mí”.

Y cuando seáis vosotros por entero de Jesús, Él, si preciso es,

obrará milagros en vuestro favor. Los ángeles le sirvieron cuando tuvo hambre después de cuarenta días de ayunos y combates.

No miréis, os lo ruego, el dolor natural del sufrimiento: mirad la cruz en nuestro Señor, que así será otro su aspecto.

No olvidéis que la cruz es Jesús que viene a descansar un poquito en vuestro corazón mientras escala la cima del calvario, de donde subirá al cielo.

Vivir, glorificar a Dios, morir: ¡qué ideal más bello! ¿Cómo lo representaríamos? Yo no conozco otra forma que la de Jesús crucificado o la del alma enclavada en la cruz con Jesús.

Floración de la santidad

Uno de los fines principales del sufrimiento, según los designios de Dios, que lo envía, es purificar el alma para que, desasida de los bienes y alegrías terrestres, se dé del todo a Dios.

El sufrimiento es, por tanto, una floración de la santidad. Ya sabéis que la viña y el castaño destilan sus lágrimas, antes de florecer. Por eso nuestro divino maestro purifica de continuo el corazón para unírsele más íntimamente.

Dejadle obrar. No hará más que separar las escorias mezcladas con el oro para que sea todavía más puro.

Amad a Jesús en todos los estados en que su amor os coloque; y así, cuando estéis tristes y desolados, amad con Jesús desolado; pero id progresando siempre en el amor. Cierto que uno sufre cuando está crucificado con Jesús, pero a la par que llora está siempre alegre.

Lloramos porque el sufrimiento no gusta a la naturaleza, porque ella odia el reinado de Dios en nosotros.

No hemos de extrañarnos de que gima y tenga miedo, ni debemos reprenderla ásperamente, sino decirle con el real profeta: "Alma mía, ¿por qué estás triste, por qué te turbas? Ten confianza en Dios, que es tan bueno".

Pero al mismo tiempo se está alegre porque la gracia estima el sufrimiento, y el amor nos hace quererlo y desearlo, porque la esencia del amor en esta vida radica en la inmolación y el sufrimiento.

Pero, por desgracia, ¡cuán trabajoso resulta para Dios el arrancar de nosotros todo lo que estorba a su gracia e impide el reinado de su amor en nosotros! Dejémosle obrar. Aun cuando el

dolor del sufrimiento nos hiere muy hondo, lo es para más rápidamente dar muerte a esta miserable naturaleza.

La gracia del sufrimiento

La cruz nos lleva a Jesús, nos une con Jesús y nos hace vivir de su amor

Grande es la gracia del sufrimiento y grande asimismo la virtud de sufrir en sólo el amor.

No hay equivocaciones sobre la cima del calvario: existe tan sólo una senda que conduce directamente hasta Jesús; recorredla de continuo y no os detengáis más que en su Corazón.

Aprended a encontrar a Jesús sobre su cruz, y mejor aún a quedaros a sus pies.

Bien está uno donde Dios le coloca, pero a condición de estar como Él quiera.

La cruz de Jesús es nuestra herencia, pero su amor es nuestra fuerza.

Sed magnánimos en amar para poder elevaros por encima de vuestras cruces y ser más fuertes que la misma muerte. Id a nuestro Señor por el corazón y por el abandono en sus manos; éste es el camino real de la Eucaristía, el más corto, el más agradable y el más noble de todos.

¡Ah! Nuestro amor no es grande, porque Dios nos lleve en brazos, ni porque nos favorezca con sus dulzuras, ni porque nos conceda sus favores, sino cuando nuestra alma, como Job, le bendice en la adversidad; o como el Salvador en el huerto de los olivos bebe el cáliz que se le ofrece, y sufre con más amor todavía los abandonos de su mismo Padre celestial: entonces el amor muestra su generosidad y gana su mejor triunfo. Sed fieles a esta gracia de inmolación que nuestro Señor os renueva cada día: sed cordero con el cordero de Dios, dejaos inmolar, como se dejó el esposo divino de vuestro corazón, el cordero de Dios tan manso y tan humilde.

Sufrir y morir por Dios

Cuando se quiere labrar una piedra para adornar bellamente un palacio, no se escoge una piedra mala, totalmente calcinada: sería una cosa inútil, porque se quebraría a los primeros golpes del obrero.

Cuando se quiere escoger un amigo, se le prueba antes de

abrirle el corazón. No os extrañéis de que Dios siga la misma conducta con nosotros.

¿Cómo os las habréis entonces? Sentíos dichosos de poder ofrecer algo a Dios; no a todos es dado seguir tan de cerca a nuestro Señor.

Recordad la hermosa respuesta de san Juan de la Cruz cuando nuestro Señor, en recompensa del amor que le tenía, le preguntó: "¿Qué gracia quieres que te conceda? –Señor– respondió esta alma grande–, la gracia de padecer y ser despreciado por vuestro amor".

¡Oh, sí! Amar a Dios es sufrir por Él; amarle mucho es querer padecer mucho; amarle con perfección es morir por Él. Dichosa muerte, que nos abre de par en par las puertas de la eternidad bienaventurada.

Bien lo sabéis; lo dijo san Pablo: *"Quoniam per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum* Dei –es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios" (Act 14, 22).

Es preciso pasar por medio de muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios.

El camino del cielo es para quienes llevan de buena gana la cruz de Jesús. Llevad de buen grado la vuestra. El camino es corto y la recompensa eterna; la crucifixión dura algunas horas, la gloria que le sigue es eterna.

¡Dios lo quiere! Que este lema divino os sostenga, os haga fuertes y os consuele.

La semilla de la gloria

Examinad, consultad cuanto queráis; la última respuesta a todo es que para entrar en el cielo nos es preciso sufrir mucho en la tierra.

Hemos nacido para sufrir, porque hemos sido creados para el cielo de Jesús crucificado.

La semilla de la gloria es el sufrimiento.

Por ello nuestro Señor, que quiere glorificamos, divina y eternamente nos coloca en la obligación de sufrir; pero suframos con amor y a solas con Dios; que todos nos crean felices cuando nuestro corazón esté crucificado y nuestra alma se halle desconsolada.

¡Qué contento está Dios de un alma que en medio de esta desolación, exclama: "Dios mío, os amo por encima de todo"!

¿Qué más os puedo desear? El cielo un día; y en este mundo un amor más intenso a Dios y singularmente un amor fervoroso en el sufrimiento.

Este es el camino seguro, corto y perfecto, el que han recorrido todos los santos, todas las almas favorecidas de Dios; es el martirio cotidiano que nos prepara para el cielo.

La cruz es siempre pesada y penosa para la naturaleza; nadie se acostumbra al sufrimiento.

Dios permite que el sacrificio parezca siempre nuevo para que nuestros méritos sean mayores.

¡Adelante! Pronto llegaremos a la ciudad de la paz y de la felicidad celestial.

Dejémonos crucificar por los hombres, pero miremos al cielo, que es nuestro fin. Con tal que vayamos pronto al cielo, ¡qué importa lo demás y lo escabroso del camino! Aún más, el camino que ha de sernos preferido es el que más segura y brevemente nos lleva a nuestro objeto.

En el cielo la cruz de Jesús es su cetro y el trono de su gloria.

No contéis las espinas

No os dejéis abatir ni tampoco turbar por las penas que experimentéis; no son más que gracias y medios de uniros más íntimamente al bien supremo.

No os entretengáis con las flores de la vida, no contéis las espinas ni los guijarros de vuestro camino; pasad rápidamente sobre ellos y llegad hasta nuestro Señor con los pies ensangrentados; pero sin mirarlos ni lamentaros por ello.

Robusteceos con el amor de Jesucristo y con las verdaderas pruebas de su amor, que son la cruz el desprendimiento de las criaturas, la inmolación del propio yo, para su mayor gloria, y sentiréis en vosotros como una nueva vida, un océano de paz, una necesidad de sufrir para poder ofrecer algo al amor divino, unas pocas astillas que poder arrojar al fuego divino.

No hagáis demasiado caso del tiempo ni de las nubes, porque no haréis nada estable; mirad más arriba al sol, que no cambia de lugar, pero que da calor y luz a cuanto le rodea.

Habeos con las cruces como con los cambios de tiempo, y vivid en paz con la gracia de Dios.

¡Oh cuán feliz y fuerte es un alma de esta suerte unida con Dios!

Besar la cruz

El sufrimiento que, según los designios de Dios, está destinado a purificarnos, santificarnos, acercarnos a Él y llevarnos al cielo, produce con frecuencia un efecto contrario. Es que no sabemos sufrir.

Cuando las cruces llegan sobre nosotros y las espinas hieren nuestra frente no hemos de morderlas con despecho, sino besarlas como a portadoras de Jesucristo nuestro buen maestro

Nos es preciso saber elevarnos por encima de las tempestades y borrascas, someternos humildemente a Dios y confiar en Él; hemos de tener paciencia para aguardar al sol de justicia, ya que la vida del hombre no es más que un movimiento de pruebas y de cambios; en él será el más feliz quien coloque su virtud por encima de las borrascas y tempestades que se deshacen a sus pies.

Nos es necesario reposar, a la sombra de este árbol de vida del calvario, sobre el ardiente pecho de nuestro Señor y esforzarnos en vivir más de Él, para Él y sólo en Él. Es preciso unirse más vivamente a Dios, a su santa cruz y esperar con amor la hora de Dios. Ya sé que cuando uno está sobre la cruz, en medio de los dolores de la crucifixión, no se tiene más que un pensamiento y un sentimiento: el pensamiento y el sentimiento del sacrificio. Entonces todo es sufrir, todo se convierte en sufrimiento y aumento de pruebas.

¡Ánimo! Hay que amar a Jesús en la cruz hasta la muerte, hasta el sepulcro, hasta la resurrección y gloriosa ascensión a los cielos.

En la tempestad

Ya sabréis lo que se hace cuando se nada en medio de una tempestad: se hacen todos los esfuerzos para tener la cabeza fuera del agua y se cierran los ojos cuando se acercan las olas.

Tened siempre el corazón fijo y sometido a Dios; cerrad los ojos para no ver los horrores de las olas y llamad a Dios; estad seguros que vendrá en vuestra ayuda. Por lo demás, cuando todo sea sufrir y todo os haga padecer, agradeced a Dios el que os purifique y os santifique por medio de las criaturas y os haga reparar por vuestros pecados y por los ajenos.

Lo importante es que no os debilitéis por nada y que obréis por

puro espíritu de fe en la misericordia, bondad y poder de Dios; que le sirváis noblemente tan sólo por Él, por su bondad y su gloria, mediante el sacrificio de vuestro bienestar, de vuestros goces, de vuestras dulzuras en su servicio, de sus tan suaves consuelos y de esta tan gozosa seguridad de que os ama con un amor de delicada satisfacción.

El sufrimiento provechoso

Decís que no os gusta el sufrimiento; tampoco lo aman, naturalmente, los santos. Pero no os desaniméis; el sufrimiento que gime y que lucha en el hombre viejo es con frecuencia el más perfecto, ya que hace uno lo que los pobres enfermos: recoger todas sus lágrimas, todos sus gemidos y suspiros y arrojarlos a los pies de nuestro Señor para ofrecérselos como un homenaje y una reparación: éste es el amor de pobre.

Cuando se sufre, no se siente uno con fuerzas para reflexionar ni rezar; pero puede bendecir a Dios y glorificarle todavía más perfectamente, sometiéndose a su santa y amabilísima voluntad.

Mirad al cielo eterno y tan divino que Jesús os brinda. Cobrad ánimo y confianza.

¡Ah, qué contentos os sentiréis en el cielo de haber sufrido algo por nuestro Señor!

¡Oh cielo encantador! Comienzo ya a desearte, no para dejar de sufrir, sino para amar a Dios con mayor perfección. ¡Dios mío, me equivoco; es tan bello el sufrimiento! Muy singularmente el sufrimiento misterioso, callado, oculto bajo las apariencias de felicidad: ¡buen sufrimiento!, que os despoja de vosotros mismos, inmolándoos al amor puro de Jesús.

¡Ánimo! Pasa el tiempo, llega el cielo y con él Dios, en su amor eterno.

X. LAS PRUEBAS ESPIRITUALES

Entre los sufrimientos de que está sembrada la vida presente para que la consideremos tan sólo como un camino que debe llevarnos al cielo, hay algunos singularmente dolorosos: son las pruebas espirituales. Amarguras en el corazón, en la conciencia y en la devoción: éste es el pan cotidiano de las almas que a una con Jesucristo quieren ser únicamente de Dios.

Quien desea llevar una vida muy interior mediante la oración y una vida más recogida en Dios debe esperarse a mayores sufrimientos interiores, porque el alma se torna más delicada y siente más vivamente la ausencia sensible de Dios; y porque Dios, que es tan interior y tan amigo, hace sentir inmediatamente al alma sus infidelidades para que vuelva al instante al camino del deber.

Las delicadezas de la amistad

Además, Dios utiliza frecuentemente este procedimiento para mantener al alma en el misterio de la obediencia y en la inmolación completa de la razón, y en este estado crucificante el alma se purifica de cuanto puede haber de imperfecto en ella.

En este estado no puede uno fundar su paz interior en las propias acciones, ni en el testimonio interno de la conciencia, sino tan sólo en el acto de fe hecho con una ciega obediencia. Asimismo conviene que el camino de la tierra prometida no sea demasiado florido y amable; cobraríamos afición al desierto y al camino. Nuestro Señor nos ama demasiado para hacernos felices sin Él y fuera de Él. Nuestra vida sería muy natural si tuviéramos simpatías por ella.

Dejad obrar a nuestro Señor y seguidle en todo con amor y agradecimiento.

Un soldado da a conocer lo que es en el campo de batalla, un genio en su obra y una piedad verdadera en la prueba. Si os amara con amor natural pediría con todas mis fuerzas a Dios que os privara de vuestras cruces y tristezas y que os despojara de vosotros mismos;

pero no puede causarme enfado ese favorable viento que lleva la navecilla al puerto feliz de Dios: la barca va más rápidamente, aunque más agitada.

Calma y paciencia

En los momentos de prueba, de sufrimiento, de tentaciones, de rebelión, de irritación, entregad vuestra alma a la santísima Virgen y Jesús nuestro Salvador para que os la guarden. No procedáis de otra forma; repetid con el profeta: "Señor, me siento violentado: responded por mí". Por todo consuelo humano procurad guardar silencio de vosotros mismos y mostraos exteriormente dulces para poder triunfar sobre vuestros enemigos y caminar siempre adelante.

El fuego no se analiza, se huye de él. Tened vuestro corazón entre las dos manos para poder conservarlo siempre en la paz de nuestro Señor; pero que vuestra paz sea el precio de vuestra guerra, de vuestra pobreza y vuestra paciencia en sobrellevar la aridez espiritual.

Id más lejos: agradeced a Dios con todo el amor el que haya querido purificar vuestra fe, acrisolar vuestra caridad, perfeccionar vuestra confianza y obligaros a ser totalmente suyos en vez de permanecer en los medios que os conducen a Él.

Amad los sufrimientos que de Dios os vienen; pero no os detengáis en el sufrimiento, sino más bien ejercitaos en la paciencia, en la sumisión, en el ofrecimiento, en el abandono, que son las virtudes del estado de sufrimiento.

Sin interés propio

Si nuestro Señor os deja fríos, áridos, sin consuelos, decíos: En verdad, bien merecido lo tengo; quizá los consuelos no me acarrearían ningún bien, y me creería más interior, más virtuoso de lo que soy

Quiere el divino maestro probar mi fe y mi generosidad, y experimentar si le amaría y trabajaría por puro amor, sin interés propio. Mas si yo le amo fielmente, cuán contento se sentirá su corazón al haber hallado un alma que vela con Él en el huerto de los olivos, en el huerto del puro amor.

Lo que os apena sobre todo son las meditaciones en que os acompañan la aridez y el sueño; es la frialdad que sentís en vuestras

comuniones. Seguid practicándolas, a pesar de todo. Llegará un hermoso día en que nuestro Señor, contento de vuestra paciencia en esperar, convertirá esas nubes en beneficiosa lluvia.

Cuando os halléis en ese estado de impotencia, en lugar de querer reflexionar y considerar verdades, ejercitaos en actos de fe, de confianza, de humildad y de amor, como si os sintierais del todo felices.

Cuanto más fríos y áridos sean vuestros actos, tanto más perfectos serán, porque, al menos, no estarán viciados por el amor propio.

En estos estados de sequedad espiritual haríais bien en escoger un capítulo de la *Imitación* de Cristo en consonancia con vuestra disposición de momento y en leerlo con pausa, para que se empape dulcemente vuestra alma; ensayadlo en vuestras meditaciones.

En cuanto a la sagrada Comunión, continuad recibiéndola, aun cuando no experimentéis ternura; nunca forcéis vuestro espíritu ni violentéis vuestro corazón: todo ello no serviría más que para turbar y para cansar vuestra alma y apartarla de ese estado de paz y recogimiento que vale más que todo.

Servir a Dios, sólo para Dios

Seguid sirviendo a Dios, sólo a Dios, con la fidelidad del amor generoso.

Si no gozáis de consuelos, poseéis algo más precioso: la fuerza y la paz de la confianza en Dios. Guardad estos dos bienes con el mayor cuidado, porque están muy por encima de las olas del mar y de los nubarrones de este mundo.

El servicio de Dios ha de prevalecer sobre todos vuestros gustos: la fidelidad en cumplir su voluntad santísima ha de ser la primera de vuestras virtudes y el primer acto de vuestro amor divino. No olvidéis nunca que el amor del huerto de Getsemaní y el del calvario es mucho más hermoso que la gloria del Tabor; que ser fiel a Jesús triste, solitario, abandonado es propio de las almas perfectas, de la santísima Virgen, de san Juan y de santa María Magdalena.

No os extrañéis de vuestras sequedades y arideces espirituales: son el desierto de la tierra prometida, la hornaza de la purificación, el medio de la separación del mundo, el combate y el grito del alma que dice: “Jesús mío, Tú sólo eres bueno, Tú eres el bien de mi alma y la

vida de mi vida”.

Gusta Dios de sumergir al alma en un misterioso abismo para que se purifique de sí misma y se una con más pureza a Él.

Cierto que bajo tal prueba agoniza el alma, pero es para revestirse de una nueva vida.

Dios la hastía y la desprende de sí misma para unirse a ella con mayor pureza. Le hace el vacío de todo lo que no sea Él. La naturaleza, decían antaño, tiene horror al vacío; mas Dios ama este vacío del corazón, y cuando no lo halla en nosotros se lo procura.

Inmenso en su amor, quiere serlo en su reino, en nuestra alma, quiere rodearla de su inmensidad y saturarla de su amor divino; por ello hace el vacío en nosotros, con lo cual nos da una lección a la par que nos confiere una gracia.

Pero precaved la tristeza y la turbación interiores que acompañan y siguen a esta purificación del alma, ya que os expondríais a las más penosas y perniciosas tentaciones. Para que obre Dios son necesarias algunas tentaciones; pero vosotros no debéis procurarlas, ni fomentarlas, ni formar de ellas vuestro estado de vida.

Preservaos de ellas como de la muerte; mejor dicho, sufridlas como se sufre el dolor de una operación.

No fomentéis la fiebre del temor y de la tristeza; dejadla extinguirse de inanición y todo andará perfectamente.

Dios mío y todas mis cosas

En esos momentos de profundos dolores ofreceos de buen grado a nuestro Señor y decidle: “Yo sufro, yo muero; no importa; mi corazón y mi vida vuestros son; os amaré a pesar de mis penas y tristezas”, y veréis cómo un nuevo horizonte de esperanza y de amor se abre ante vuestros ojos.

Es de todo punto necesario que el cielo del espíritu esté siempre sereno para ver y contemplar los deberes de nuestra vida, la verdad y la bondad de Dios.

¿No es cierto que cuando se posee a Dios no necesitamos de nada? Él suple divinamente a todo: es padre, madre, amigo, protector, consolador.

“Dios mío y todas mis cosas”, decía con frecuencia san Francisco de Asís. Sí; consolidaos en la confianza y en la santa

entrega; esta es la cadena que no se quiebra, el sol que no sufre eclipses, la verdadera vida del corazón.

En las tentaciones

En cuanto a vuestras tentaciones, ocultadlas en una de las llagas de nuestro Señor y bondadosísimo Salvador, y en lo más recio de la tempestad acogeos, cual piedras preciosas, a la concha protectora, es decir, a nuestro Señor crucificado.

No examinéis los efectos o las razones de las tentaciones; marchad siempre adelante; necesitáis ser mantenidos en la miseria de vuestra humillación y en la convicción de vuestra debilidad.

Dios queda con vosotros; he ahí vuestro consuelo y vuestra fuerza.

Haced un acto de resignación, no razonéis con vuestras penas, no examinéis vuestras turbaciones; contentaos con decir a Dios: "Oh Jesús mío, perdonadme cuanto haya podido desagradaros; antes morir que pecar". Luego descansad con toda paz en el seno de la misericordia divina. Seréis más del agrado de Dios si no os volvéis para contemplar Sodoma y Gomorra en llamas, y si claváis vuestros ojos en la cruz y en el amor de Jesús y en el cielo, que constituye el término de la jornada.

Jesús, que no hizo quebrar la caña medio rota, sostenga la débil caña de nuestra alma, si permite que el viento la agite y la incline a tierra; pero que al instante hágala dirigirse al cielo.

También el demonio tentó al divino maestro; se le apareció revestido de diversas formas; y aún más: tuvo la osadía de llevarlo por los aires; pero Jesús le dejó obrar, hasta que, sin perder su serenidad y sin recurrir a milagros, lo rechazó tan sólo con algunas palabras.

Después de haber acompañado a Jesús en el Tabor, en Getsemaní, en el calvario, hay que compartir también con Él sus tentaciones; pero, ¡confiad!, Jesús está frente a los demonios, modera su furor, está presto a combatir con nosotros. Cierto que el demonio no está solo: la imaginación, el corazón y el cuerpo conjuran con él contra nuestra pobre alma. Pero no os desalentéis. Es cual una convulsión popular: es inútil razonar y gritar para apaciguar los ánimos; lo mejor es dejarlos gritar solos: pronto se calmarán y se llenarán de vergüenza. Es menos temible el demonio cuando nos

tienta de un modo sensible.

¡Ánimo! Después del primer temor, cobrad alientos, poneos a salvo y acogeos al corazón del divino maestro, como los niños que, al sentirse con miedo, se acogen al regazo de su madre.

Paz en medio de la guerra

Si os fuera posible no prestar tanta atención a esta algarabía interior, a todas esas impresiones, y vivir en paz aun en medio de la guerra, ¡qué consolador sería! Pero con todo, no olvidéis que nuestro Señor os quiere en tal estado, que le dais más gloria que en otro cualquiera, y que aun vuestras miserias pueden ser una bella materia de confianza en su bondad.

La tempestad purifica la atmósfera, pero pasa, y el sol reaparece más bello y más resplandeciente.

¡Cuán dulces son, en la expansión recíproca del amor divino, los suspiros, los gemidos, las lágrimas de un corazón que no ama más que a Jesús!

Las humillaciones y los sufrimientos alivian la impotencia de nuestro pobre corazón; el martirio sería su mayor felicidad

¿Creéis acaso que los gemidos y las lágrimas de la Magdalena en el sepulcro del Señor, y la agonía de María a los pies de Jesús moribundo en la cruz, no fueron efecto del más heroico amor? El amor del bondadoso y ternísimo Jesús, sufriendo a solas y abandonado de su Padre y de los hombres, ¿no llegó al último grado del amor sufrido y totalmente inmolada?

¡Ah; sí! ¡Viva Jesús! ¡Viva su cruz!

Cierto que Jesús se quejó a su Padre: “Padre mío, ¿por qué me has abandonado?”.

También vosotros podéis quejaros, pero con todo amor y después del combate: este es el grito del amor inmolado. Cuando el enemigo de Jesús y el de vuestra salvación os embista con toda su fuerza, haced tan sólo una cosa: humillaos con toda la esperanza de la confianza en Dios. Pero es poco todavía: dad un paso adelante; creeos más malvados que el diablo, diciendo a nuestro Señor: “Miserable de mí, a él no le hiciste tantas mercedes como a mí; él no tuvo un salvador que fuese padre como lo tengo yo; no os ofendió más que una vez y yo os he ofendido mil veces y he sido ingrato e infiel; bien merecido tengo que sea él un verdugo de vuestra justicia.

Padre mío, me abismo en mi nada; mas ya que sois mi padre, no me abandonéis, no me dejéis de la mano: vuestros son mi voluntad y mi corazón; lo demás sea de vuestra justicia”.

En el corazón de Jesús

Que el corazón de Jesús inflamado de amor sea vuestra fuerza, vuestra protección, vuestro centro, vuestro calvario, el sepulcro de todo vuestro ser y, finalmente, la resurrección, la vida y la gloria.

Dios no os abandonará; con todo, quiere que le honréis en el abandono y en los horrores que constituyen el suplicio del infierno; mas en esta vida la gloria de Dios y su misericordia son las que triunfan de los demonios.

Las desolaciones interiores agradan más al Corazón de vuestro esposo que todos los goces y resplandores del Tabor.

¡Ah, si vivierais sobre las nubes y tempestades, frente a un sol espléndido, cuán poco os preocuparíais de los vientos y tempestades que a vuestros pies se agitan!

Dejad obrar a nuestro Señor; seguidle con amor y agradecimiento en todo.

¡Valor! ¡Siempre con el corazón bien alto y tranquilo; siempre con el espíritu fácil en sobrellevar las penas; pero en continua alabanza del amor que Jesús os profesa en esta tierra y del que os reserva en la patria bienaventurada!

SEGUNDA PARTE

CONSIDERACIONES Y NORMAS EUCARÍSTICAS DE VIDA RELIGIOSA

Cuarta serie

EJERCICIOS ESPIRITUALES ANTE JESÚS SACRAMENTADO

Sugestivas instrucciones de cuatro tandas educativas para puntos de adoración

PRÓLOGO

Esta cuarta serie de escritos de san Pedro Julián Eymard, esperado con impaciencia muy halagadora para nosotros, consta de meditaciones para cuatro retiros o ejercicios espirituales de seis, siete y ocho días.

Compuso las primeras, siendo todavía marista, para las vírgenes de la tercera orden de María. Ya en ellas se nota gran amor a la Eucaristía; pero quien las inspira, sobre todo, es María; sus virtudes y su espíritu son los que deben santificar al alma en estos días de recogimiento.

Las meditaciones para los dos ejercicios siguientes fueron escritas cuando, fundada ya la Congregación del Santísimo Sacramento, el autor quiso trazar a los que la divina misericordia llamase a esta vocación de amor, las líneas principales de su santidad, a la vez que el espíritu que debe animar a quien quiera santificarse por la Eucaristía y reproducir en sí mismo la vida de secreta inmolación y de amor silencioso, pero consumidor, que lleva Jesús en el augusto sacramento de nuestros altares.

Las últimas, dictadas para las aspirantes a la Congregación de Siervas del Santísimo Sacramento, acaban de mostrar cuál debe ser un alma eucarística.

Con sola una palabra puede expresarse el carácter dominante de estos ejercicios: son ejercicios en el amor de Dios. El alma que los siga verá que es conducida dulce y suavemente, sin casi darse cuenta, por la bondad y el amor; se rehará en la bondad, se inflamará de amor y saldrá del cenáculo donde haya descansado a los pies de Jesús sacramentado, junto a María, fortalecida, animada y del todo resuelta a darse totalmente al reinado interior de Jesús.

PRIMERA TANDA

de Ejercicios Espirituales de siete días dados a las vírgenes de la tercera orden de María

REGLAMENTO DE LOS EJERCICIOS

Con el fin de no dejar a quien quisiera seguir estos ejercicios la dificultad de escogerse un reglamento, reproducimos aquí las líneas principales de una vida de ejercicios trazada por el mismo Pedro Julián.

Fíjese el tiempo de levantarse. Hágase por la mañana, antes de medio día, dos meditaciones de tres cuartos de hora al menos cada uno. Antes de comer, examen particular.

Por la tarde, récese el rosario, seguido de media hora de lectura espiritual. La tercera meditación y el *vía crucis*.

El espíritu que debe animar la vida exterior es: silencio, soledad, modestia.

Para la interior, paciencia, paz, oración.

APERTURA DE LOS EJERCICIOS

ADVERTENCIAS

Rece el *Veni creator* y las letanías de la santísima Virgen. Póngase el ejercitante bajo la protección de san José y de su ángel de guarda.

MEDITACIÓN PREPARATORIA

Grande es la necesidad que tengo de los ejercicios. ¡Tanto tiempo hace que no los he hecho!

Los necesito mucho para reparar el pasado, santificar el presente y prepararme la eternidad...

Necesito unos buenos ejercicios:

1.º Respecto del pasado, para hacer penitencia y purificar la conciencia, evitando así las inquietudes en la hora de la muerte.

2.º Respecto del presente, para conocer los obstáculos que se oponen a mi progreso espiritual, a la vida de Jesús en mí; y sobre todo para conocer cuáles son los designios de gracia y de amor que Dios tiene sobre mí, el camino especial por donde hacia sí quiere

conducirme.

3.º Respecto del porvenir, para prepararme a los sacrificios, al sufrimiento, a la muerte; para ponerme a merced del beneplácito divino por los medios de servirle que me mostrare; para procurar su gloria en mí mismo y en el prójimo.

Frutos –1.º Mostrarme agradecida a Dios por una gracia tan preciosa como la de los ejercicios, pues que contiene todas las demás gracias, y basta por sí sola para satisfacer plena y enteramente por el pasado y ponerme para siempre en el estado de gracia a que nuestro Señor me llama; ella me dispondrá a recibir a su debido tiempo la gracia suprema, que es la perseverancia final... ¡Qué bueno es Dios!

2.º Hacer estos ejercicios con alegría, como preparación a las bodas celestiales, a la unión íntima con Jesucristo; mi divino esposo..., que ha de durar por toda eternidad.

3.º Aplicarme a los mismos con voluntad generosa, dispuesta a sufrirlo todo y hacer cuanto Dios me mostrare.

4.º Trataré, pues, ante todo, de observar bien el reglamento de los ejercicios.

PRIMER DÍA

ADVERTENCIAS

1.ª Evitar el cansarse la mente y la cabeza, el demasiado esfuerzo en las reflexiones. Procurar ver la verdad, más que descubrirla, gustarla más que discutirla.

2.ª Evitar la violencia en los actos del corazón.

Vale más tratar de conmover el corazón con actos de humildad y de santa compunción.

3.ª Recogerse suavemente en Dios con jaculatorias interiores y exteriores. –Evitar los trabajos y esfuerzos de la imaginación por representarse a Dios o sus misterios, a menos que estas representaciones se hagan natural y espontáneamente.

4.ª Esperar a la prueba de las distracciones, de la aridez e impotencia, soportándolas como una penitencia, santificándolas con la humildad y el pensamiento de la voluntad de Dios, que quiere ser glorificado por medio de nuestras flaquezas.

5.ª Tomar después de la meditación algunos apuntes sobre los sentimientos que más nos hayan conmovido, las pruebas que nos hayan asaltado, los medios de que nos hayamos valido, la resolución que hayamos tomado.

6.ª Evitar cuidadosamente las visitas innecesarias y las ocupaciones que pudieran desviar demasiado la atención o absorber la mente.

Guárdese el silencio y obsérvese una gran modestia, cual conviene cuando se está en presencia de Dios y en su santuario.

PRIMERA MEDITACIÓN

BONDAD DE DIOS EN MI CREACIÓN

Dios me ha creado en su amor y en su amor eterno...

La bondad del todo paternal de la providencia me ha conservado en medio de peligros mil y me ha colocado en las

mejores condiciones de salvación.

Primer fruto. –1.º Dar gracias a Dios por haberme dado una inteligencia para conocerle bien, un corazón para amarle, –una libertad para escogerle, –una voluntad para obedecerle.

2.º Pedir perdón a Dios por el abuso de tan sublimes facultades.

3.º Consagrárselas de nuevo.

Segundo fruto –1.º Recordar los peligros que he corrido en mi infancia y juventud, –hasta el presente. –¡Cuántos milagros de preservación!

2.º La vida es una gracia. –La semilla de la gloria, – la libre glorificación de Dios. ¡De qué acciones de gracias no soy deudor a Dios por tantos y tan hermosos años!

3.º La divina providencia me ha dado excelentes padres –una buena educación–, la posición más ventajosa para mi salvación. –¿Qué podré dar a nuestro Señor en pago de tantos beneficios?...

Debo pertenecer, por tanto, enteramente a Dios mi creador; debo amarle como a mi supremo bienhechor; debo consagrarle totalmente los pocos años, los pocos meses que su divina bondad me concede para acabar mi corona de Justicia y rendirle la gloria que se propuso recibir al crearme.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Bondad de Dios en mi santificación

Dios me ha amado a mí solo más que a millones de otras criaturas.

1.º Me predestinó gratuitamente, desde toda la eternidad, para la gracia de la fe y para la gloria del cielo...

2.º Me ha favorecido mucho más que a un gran número de criaturas –dándome padres cristianos–, educación piadosa, –preservándome de los escándalos, del espíritu del mundo y de sus peligros. Mi libre posición, –el estado de virginidad, –las ventajas de la vida religiosa, – los auxilios espirituales... ¡Cuántos privilegios en mi vocación a la fe!

Fruto. –1.º Amor con amor se paga, por lo que debo amar siempre a Dios, pues Él me ha amado desde toda la eternidad. Eterno

soy en su amor: ¿le he amado siempre en el tiempo?

2.º El beneficio requiere gratitud. –Un amor permanente sólo con gratitud habitual puede ser correspondido debidamente. –¡Oh! No, nunca podré comprender toda la bondad de Dios para conmigo, pues sería menester para ello comprender su amor infinito.

3.º ¿Por qué habrá sido Dios tan bueno para conmigo? Pues precisamente para obligarme a que le ame y sirva por encima de todo, –a que le sirva con amor soberano, –a que le sirva con todas mis fuerzas.

No viviré, pues, más que para Dios, mi Salvador. –Jesucristo será el Dios de mis pensamientos, de mis acciones, alegrías y esperanzas.

TERCERA MEDITACIÓN

BONDAD DE DIOS EN MI PREDESTINACIÓN A LA GLORIA

1.º Sólo para el cielo –para que comparta su perfección, su felicidad, –su gloria eterna, me ha creado Dios.

2.º Para hacerme digno del cielo no me pide más que una cosa: amarle con todo mi corazón, por encima de todo y siempre, servirle por medio de Jesucristo y con Jesucristo, su divino Hijo y bonísimo Salvador.

3.º Para ganar el cielo no dispongo más que de la vida presente, la cual puede acabar en cualquier momento.

Fruto. –1.º El cielo, tal es mi familia, la patria en que reina mi Padre; –por eso debo considerarme en esta tierra como una extranjera, una desterrada, una viajera.

2.º Dar gracias a Dios, porque me da el cielo como recompensa de un servicio y de un amor que le debo ya por tantos otros conceptos y sin derecho alguno al premio.

3.º ¡Cuántos no se han elevado en mi edad a lo más alto de los cielos! Y yo apenas si he comenzado a labrar mi corona. Hoy mismo quiero, Dios mío, comenzar.

DIRECTORIO PARA EL PRIMER DÍA

EXAMEN PARTICULAR: ***sobre mis ejercicios de piedad.***

1.º ¿Soy siempre fiel a ellos, sobre todo en los momentos de pruebas espirituales, de penas, de tentaciones?

2.º ¿Los hago con exactitud, en el tiempo fijado y según el modo prescrito?

3.º ¿Cuáles son los que hago con agrado o los que me son antipáticos?

4.º ¿Me propongo un fin particular en mis ejercicios de piedad?

LECTURA ESPIRITUAL. –Imitación de Jesucristo, L. I, capítulos I, III, XVIII, XIX.

VÍA CRUCIS

Medítese en cada estación detalladamente sobre el amor de Jesucristo en los sufrimientos que tuvo que padecer por nosotros, ciñéndose la ejercitante al pensamiento del amor de nuestro señor Jesucristo.

Así, por ejemplo, en la primera estación, *Jesús condenado a muerte,* se considerará, primero, cómo se condenó a sí mismo, y se ofreció libremente, cómo deseó y suspiró por este momento, y ello con objeto de probarme su amor, para darme la vida con su muerte y trocarme amable la muerte, etc.

SEGUNDO DÍA

ADVERTENCIAS

1.ª Pedir a nuestro Señor nos dé parte de su tristeza en el huerto de los olivos y. nos haga llorar nuestros pecados junto a Él.

2.ª Evitar el ver demasiado detalladamente los propios pecados, a menos que la gracia de Dios nos mueva a ello; en todo caso, hay que verlos en la misericordia de Dios y no en nosotros.

3.ª Comenzar la confesión.

4.ª Sufrir con espíritu de penitencia las pruebas que nos vengan durante los ejercicios. Acontece muchas veces que se sufre mucho el segundo día.

PRIMERA MEDITACIÓN
DIOS Y EL MUNDO

I

El mundo no es nada; Dios lo es todo.

1.º Nada bueno tiene el mundo; nada de estable encontraremos en él; todos sus bienes se resuelven en vanidad, decepción y amargura. Todas sus promesas son estériles, mentirosas y pérfidas. Sus honras, placeres y amistad engendran servidumbre, pecado, apostasía.

2.º Dios sólo posee todo bien: divinas son sus promesas; no hay verdadero honor ni placer puro y perfecto fuera de su servicio.

3.º El mundo sólo puede hacerme desgraciada al hacerme culpable. Únicamente Dios puede hacerme feliz santificándome.

Por lo cual debo dejar el mundo para seguir a Dios.

II

Dios, que es divinamente bueno, me ayuda a separarme del mundo, castigándome cuando me he dejado demasiado arrastrar por

él. Me hace sufrir por medio de las criaturas para que no les cobre demasiada afición. Me inspira hastío y aislamiento para todo lo que no es Dios.

Me otorga la gracia de comprender que Él es mi único bien y mi único fin, y el mundo sólo un calvario.

Fruto. –Quiero, como san Pablo, estar crucificada al mundo y que el mundo esté crucificado para mí.

El mundo ha olvidado, menospreciado, perseguido a Jesucristo, Dios y esposo divino mío, y quiero recibir igual trato que Él.

Por lo que combatiré con todas mis fuerzas los afectos desordenados de las criaturas. Estaré sobre aviso contra las inclinaciones demasiado naturales. Ocuparé mi corazón no en las criaturas, sino en sólo Dios y en el prójimo en Dios.

SEGUNDA MEDITACIÓN
DIOS MISERICORDIOSO

1.º Bondad de Dios al esperar a que haga penitencia cuando le ofendo. Tiempo ha que estaría en el infierno, si la misericordia no me hubiera como ocultado a los ojos de la divina justicia, tantas veces, ¡ay!, ofendida.

2.º Bondad de Dios para prodigarme gracias de retorno. Gracias exteriores: ¡Cuántos buenos ejemplos, sabios consejos y útiles y enérgicas lecciones!

Gracias interiores: ¡Cuántas buenas mociones y santas inspiraciones del divino Espíritu! ¡Cuántos reproches interiores no me ha dirigido el amor de Dios abandonado por mí! ¡Cuántas tristezas internas que me advertían lo desolador de mi estado! Eran otros tantos gritos de lamento del Espíritu Santo, que volvía a llamarme a su amor; eran gemidos del corazón de Jesús a causa de mis infidelidades; era Dios lleno de bondad, que, bajo apariencias de severidad, quería reducirme a sus pies como al pródigo, perdonarme y apretarme contra su paternal corazón.

Las amenazas del infierno no eran otra cosa que la desolación de la misericordia, el trueno de la gracia que me hizo despertar y obligó a correr a echarme en brazos de mi padre celestial.

Fruto. –1.º Agradecer la bondad tan paternal de Dios por haberme esperado tanto tiempo y con preferencia a tantos otros.

2.º Desagravio por haber correspondido tan poco a tantas gracias.

3.º Actos de entrega y de amor.

TERCERA MEDITACIÓN
DIOS Y YO

I

Bondad de Dios en perdonar mis pecados.

He ofendido a Dios. Le he ofendido por orgullo y vanidad de mi inteligencia; por resistencias de mi voluntad; por la ingratitud de mi corazón; por mi imaginación tan mala; por mi memoria tan hábil para recordar lo que le desagrada; por mis sentidos exteriores; por mi lengua, tan pronta para hablar y juzgar.

Tal es, Dios mío, el uso que he hecho de los dones de vuestro amor, que sólo para serviros y amaros me habíais dado. He ahí mi gratitud: me he servido de vuestros mismos beneficios para ofenderos; he viciado la obra de vuestras manos.

¡Oh! ¿Cómo no me habéis abandonado al ángel rebelde? ¿Cómo no os habéis negado a mí y no me habéis arrojado de vuestra presencia como objeto de maldición?

Me amáis como si no estuvieran ahí toda mi maldad y mis pecados todos; me habéis atraído a vuestros pies; habéis echado detrás todos mis pecados para no verlos; los habéis sumergido en el fondo del mar, para que queden sepultados en eterno olvido; me habéis trocado en nueva criatura y me has lavado en vuestra sangre y en vuestras lágrimas, cargándoos con mis pecados para expiarlos en vuestra carne y en vuestro corazón, en vuestra divina persona.

¡Oh Dios, salvador de mi alma! Me faltan palabras y mi corazón sufre por no poder expresar toda la gratitud, el deseo y el amor que hacia vos siento!

II

Bondad de Dios por las circunstancias en que me perdona.

Bastante grande es por sí misma la gracia del perdón para

triunfar sobre mi corazón. ¡Cómo! Verme librada del mundo y de la esclavitud del pecado; no estar ya suspendida sobre el infierno, sino sentirme libre, disfrutando paz, rehecha hija de Dios y heredera del cielo, ¿y no habría de bendecir durante toda mi vida la bondad de Dios y corresponder a tamaña gracia por todos los sacrificios?

No, no; para Dios no basta el haberme perdonado, condonado las deudas y haberme vuelto a la libertad de sus hijos. Quiere tratarme, además, como a hija predilecta, cual si nunca le hubiera ofendido. Me devuelve toda su amistad primera; ábreme todos los tesoros y hace que comparta los favores de los santos que le han sido siempre fieles; quiere convertirme en el más bello trofeo de su misericordia y de su amor.

¡Pero si olvidáis, Dios mío, los derechos de vuestra justicia ofendida, los derechos de vuestra gloria vilipendiada! ¡Si olvidáis que he sido una ingrata, una infiel!

¿Y qué dirán los ángeles? ¿Qué dirán los justos? ¡Ah! Lo que ellos harán será proclamar conmigo vuestra infinita misericordia y el triunfo de vuestro amor.

Fruto. 1.º Acción de gracias por medio de los ángeles, de los santos, de María santísima y de Jesucristo.

2.º Don completo de mí misma.

3.º Aficionarme a todas las penas, penitencias y sacrificios para dar a Dios pruebas de arrepentimiento y de amor penitente.

DIRECTORIO

Examen particular: ***sobre las simpatías y antipatías.***

1.º ¿Cuáles son mis simpatías y cuáles mis antipatías naturales? Sus caracteres. Sus efectos.

2.º ¿Cuáles son los mejores medios para paralizar su efecto moral y trocarlas en virtudes?

Lectura espiritual. –Imitación, L. I, caps. XXI y XXII.

VÍA CRUCIS

Meditar en cada estación sobre nuestro Señor, expiando en particular uno de nuestros pecados.

1.ª estación. –Jesús expía nuestros pecados contra la caridad,

con humillaciones y calumnias que le abruman delante del tribunal de Pilatos.

2.ª estación. –Jesús expía nuestras impaciencias y nuestras murmuraciones contra las cruces que misericordiosamente nos envía.

3.ª estación. –Jesús sufre por los primeros pecados de nuestra infancia.

4.ª estación. –María sufre con Jesús por nuestra salvación; se ofrece a morir con Él para librarnos del infierno.

5.ª estación. –Sólo porque le obligan lleva Simón el Cirineo la cruz de Jesús, quien expía nuestras resistencias a la gracia.

6.ª estación. –La Verónica arrostra los insultos y los malos tratos de los verdugos, y va a consolar a Jesús y enjugar su faz adorable cubierta de salivas, de sangre y de llagas. Así expía el Salvador nuestros respetos humanos, vanidades y orgullo.

7.ª estación. –Jesús cae por segunda vez para expiar nuestras recaídas y alcanzarnos la gracia de volver a levantarnos con Él.

8.ª estación. –Jesús consuela a las hijas afligidas de Jerusalén; expía nuestros pecados de insensibilidad, de indiferencia, a la vista de las ofensas que se hacen a Dios.

9.ª estación. –Jesús cae por tercera vez para expiar el abuso de los sacramentos y la inutilidad de la Pasión para no pocos.

10.ª estación. –Jesús sufre todos los dolores de un despojo cruel; expía nuestras sensualidades exteriores.

11.ª estación. –Jesús crucificado expía nuestra falsa libertad, la sensualidad de nuestro amor y de nuestra piedad.

12.ª estación. –Jesús muere, y muriendo nos perdona y nos da a su santísima Madre. Tiene sed de sufrimientos aún mayores para portarnos su amor. Sufre los mayores abandonos interiores para darnos las fuerzas necesarias para sufrir también nosotros de igual modo. Muere con la cabeza inclinada y los ojos vueltos hacia nosotros para decirnos que nos perdona y nos ama. Acto de desagravio.

13.ª estación. –Jesús bajado de la cruz. –Compasión al ver desolada a María. –Mostradle las llagas de Jesús como otros tantos títulos que reclaman su maternal amor.

14.ª estación. –Jesús sepultado. –Sepultarse con Él para vivir vida sencilla y oculta como la suya.

TERCER DÍA

ADVERTENCIAS
Releer las del primer día

PRIMERA MEDITACIÓN
Jesús me llama en pos de sí

1.º Jesús es el Hijo único de Dios, sabiduría e imagen sustancial del Padre celestial, la gloria y la felicidad de los ángeles; es el vencedor de Satanás, el rey de cielos y tierra. Este buen Jesús tiene a bien amar a una criatura y quiere hacer de ella un prodigio de su gracia, un objeto privilegiado de su cariño; quiere convertirla en esposa de su corazón. –Y el Dios excelso de bondad baja a la tierra, se hace hombre para formar sociedad con una criatura de su elección, para vivir con ella, comunicándole por su santa humanidad todas las riquezas de su divinidad.

2.º ¿Quién será esta venturosa criatura a la que quepa tamaña felicidad y gloria? –Escucha, alma mía... Jesús llama a alguna, la llama por su nombre... ¡Si eres tú misma! ¿Será posible, Dios mío, que me conozcáis, que me quepa en suerte tanta dicha? –Ven a mí, criatura mía privilegiada; soy tu creador y tu último fin. Ven, alma mía amada, que soy tu Salvador y vengo a librarte de la esclavitud del pecado, de la tiranía del demonio, de tu condenación a muerte y de la eternidad desgraciada que tus pecados te han merecido. Ven a mí, hermana y esposa de mi corazón: quiero reinar en ti y hacerte reinar conmigo; quiero darte en herencia todos mis bienes, mi divina ciencia, mi santidad, mi gloria y mi divinidad. Pídeme lo que quieras, que te lo daré. Para ti he creado el mundo; para ti he creado los cielos con su magnificencia; por ti he decretado desde toda la eternidad unirme con la naturaleza humana por la encarnación; por ti he subido al calvario; para ti he fundado la Iglesia, con objeto de que por ella, como por tierna y siempre viva madre, pueda venir hasta ti. He ahí

mis dones. ¿Qué me darás en pago? Soy un Dios celoso; escucha, pondera las condiciones de este contrato que quiero hacer entre ambos: son las de un esposo soberano.

Un esposo comunica su nombre a su esposa: yo te doy el mío en señal de mis derechos sobre ti y te ennoblezco con mi gloria; pero perderás el tuyo.

Todos los bienes son comunes entre cónyuges; goza de los míos, pero has de darme los tuyos.

Una esposa se encuentra en las mismas condiciones que su esposo, en lo cual consiste su deber y su gloria.

Soy pobre en esta vida transitoria; también tú habrás de participar de esta mi pobreza acá abajo. Mi gracia y mi amor deben constituir tu única riqueza.

Soy humilde, y humillado me encuentro en medio de este mundo; es menester que lo seas tú igualmente. Soy el objeto de los desprecios y de las persecuciones de este mundo; también tú lo habrás de ser. Yo sufro; es preciso que tú también seas crucificada conmigo y lleves los estigmas de mis divinas llagas; cruz continua fue mi vida, y por la cruz vivo y reino en el alma que quiera pertenecerme. La pongo a prueba antes de darle muestras de mi amor. Parece como si le abandonara y dejara en sus miserias y a merced de todos los demonios del infierno, antes de darle la recompensa y la victoria. Hasta en el seno de mis gracias la humillo; la crucifico tanto más cuanto más la amo.

He ahí, hija mía, las condiciones que yo pongo; no temas la prueba, que yo te sostendré; no te asustes ante los sacrificios, que ellos han de constituir un día tu alegría y tu dicha; pondera el peso inmenso de mi gloria; mide la largura de la eternidad de mi reino; comprende el misterio de mi amor, el precio de tu alianza y juzga... Estoy esperando.

Oh Dios mío, Dios único de mi corazón, gracias eternas os sean dadas por haberme escogido y llamado a vos. Acepto sin condición alguna este divino contrato; os seguiré adonde quiera, y sólo vos reinaréis en mi corazón y en mi vida.

(Renuévese el voto de castidad, si se tuviere hecho).

SEGUNDA MEDITACIÓN

Seguir a Jesús con María

Jesús tiene siempre consigo a su divina Madre: nunca se separan uno de otro. María es el lazo que nos une con Jesús; es la vida de Jesús *maternizada* para mí, que soy débil e imperfecta; es la gracia de Jesús. María es el espíritu de Jesús formado en mí por la bondad y ternura de su divina Madre; en una palabra, es mi celestial maestra, mi madre según la gracia para educarme y formarme en el espíritu, en la santidad y en el amor de Jesucristo.

Debo, por lo mismo, seguir a María y amarla como un hijo ama y sigue a su madre. Y para ello tengo que vivir de su amor a Jesús, el cual reviste tres caracteres

1.º Es soberano: sólo a Jesús ama María; a sí misma no se ama más que en Jesús, ni ama tampoco al prójimo fuera de Él. Tal es también mi regla.

2.º Es puro; puro de toda imperfección, de estima propia, de egoísmo: María no quiere más que a Jesús. Pura de todo retorno sobre sí misma: María no vive más que en Jesús. Pura de todo deseo, de toda voluntad propia, de todo sentimiento personal; María no ambiciona más que una cosa: inmolarse por amor y gloria de Jesús. ¡Oh! ¡Cuánto difiere mi amor del de María!

3.º Es generoso. Amor sin condiciones; se niega a sí misma por seguir a Jesús donde quiera, por participar de todas sus privaciones y sacrificios. Dispuesta se halla a huir con el Niño-Dios a Egipto, a un país inhospitalario, idólatra y cruel. Quiere que le toque alguna parte de su pobreza y de sus trabajos. Para mostrarse unida a la divina misión de su Hijo; escoge las circunstancias en que Jesús es humillado, calumniado y perseguido, porque, si se muestra entonces, es para sufrir con Él. El amor le hará subir con Jesús al calvario para allí sentir sus dolores. El amor le hará triunfar de la muerte para sobrevivir a la muerte de Jesús y languidecer en la tierra, lejos de su amado, unos veinticinco años.

Sí, quedaos, oh María, con vuestros hijos del calvario, porque habiéndolos dejado Jesús ¿qué va a ser de ellos sin su madre? Tenemos necesidad de Vos para oír hablar de nuestro Padre, para aprender a conocer y amarle, para hacer que vivan en nosotros su espíritu, virtudes y vida.

(Renovar la consagración a María).

TERCERA MEDITACIÓN
Vida de Jesús y de María en mí

I

Es obligación mía vivir de la vida de Jesús si quiero llegar a la gloria celestial. En los elegidos sólo a su Hijo corona Dios Padre, por lo que Jesucristo debe ser mi regla de vida.

Medita, alma mía, los principios de la vida interior y exterior de Jesús, que no en otra cosa consiste para ti la vida de Dios, la vida eterna.

Vida de su espíritu. –El pensamiento de Jesús se encuentra constantemente en Dios y es totalmente de Dios; nunca le perdía de vista; en todas las criaturas veía su alma a Dios; ni una sola hubo en que no viese la providencia, sabiduría, bondad y potencia divinas. De ahí aquella facilidad para conversar con su Padre, para estar unido con Él en medio de las ocupaciones más absorbentes y para pasar repentinamente de la acción a la contemplación.

Así es cómo vivió María, pensando en Jesús; no había pensamiento en Ella que a Él no se dirigiese. Las divinas palabras de Jesús, que incesantemente meditaba, eran su luz, verdad y vida.

Imita, alma mía, a María; piensa en Jesús, en su espíritu, en su gracia, en sus virtudes y en su amor, viviendo para eso en Jesús y haciendo lo posible para que su recuerdo sea habitual, y familiar su presencia, que así todos tus pensamientos serán muy puestos en razón, santos y fecundos; el Espíritu Santo tiene dicho: "Quien está unido al Señor es con Él un mismo espíritu" (1Co 6, 17).

Principio de los juicios de Jesús. –El juicio del Padre era la norma de los juicios de su Hijo. "Yo juzgo, nos dice Él mismo, según lo que oigo de mi Padre" (Jn 5, 30). Bien sabía Jesús cuáles eran los juicios de Dios su Padre sobre cada persona, cosa y acontecimiento, y por conformarse a Él todo lo juzgaba sabia, justa y equitativamente.

Así también María, quien sólo juzgaba de una cosa en conformidad a Jesús, pidiéndole en todo consejo; por eso es ella reina de la sabiduría.

¡Oh, alma mía! ¿De dónde proceden todos tus falsos juicios y errores, sino de no haber consultado a Jesús como María tu madre? Si antes de juzgar te dijeras: "¿Qué piensa Jesús de esta cosa? ¿Cómo la

juzga? No errarías en punto a la verdad y a la caridad de tus juicios”.

II

Principio de vida del corazón de Jesús. –El amor sigue al pensamiento; el corazón ama lo que la inteligencia estima. Pues bien: Jesús, unido al Padre por su mente, lo estaba de igual modo perfectísimamente por el corazón. Vivía del amor de su Padre, haciéndolo todo por amor sin dejar cosa que no sacrificase al amor de Dios. Procurar su gloria, reparar las injurias hechas a la divina majestad, hacer que todas las criaturas le amaran y le conocieran, tal era el fuego que vivificaba y consumía el Corazón de Jesús, tales su alimento y su vida. Por eso no daba oídos a la naturaleza y a sus repugnancias. Amar a su Padre y hacer que se le ame, eso es todo Jesús.

Esta era también la vida del corazón santísimo de María: Amar a Jesús, vivir de Jesús, sufrir por Él, darle a conocer y hacer que todos los corazones le amaran; consagrarle todos los movimientos del propio corazón, tal era el amor de María.

Vengamos ahora a ti, alma mía. ¿Cuál es el principio de la vida de tu corazón? ¿Vive Jesús en ti? Examina tus habituales pensamientos; si se enderezan a Jesús o son para Él, le amas.

¿Cuáles son tus deseos espontáneos, suaves y fuertes a un tiempo? –Si tienen por objeto el servicio y la gloria de Jesús, señal que le amas con amor soberano.

¿Cuáles son tus temores y tristezas? –Si nacen de haber ofendido a Jesús o de haber perdido su amor, le amas con amor verdadero.

¿Adónde se dirigen las primeras impresiones de tu corazón y tus primeras alegrías? –Si a Jesús, le amas: donde tu tesoro está, está tu corazón.

¿Quién te da fuerzas en el combate? ¿Quién te excita a los sacrificios? ¿Quién te consuela en la tristeza? ¿Quién te da sosiego en la agitación? ¿A quién confías el secreto de tus penas? ¿Por ventura a Jesús? – ¿Hacia quién te diriges primero en la ingratitud y abandono de las criaturas? ¿Al amor de Jesús y nada más que a Él? –Consuélate, alégrate; amas a Jesús; Jesús es centro y vida de tu corazón.

III

Principio interior de las acciones de Jesús. –Nada hacía Jesús por sí mismo, sino que obraba en todo conforme a un principio divino: el espíritu de Dios era alma de su alma. Por eso decía: "El Hijo del hombre no puede hacer por sí cosa alguna fuera de lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que Éste hace, lo hace igualmente el Hijo. No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna... ni pretendo hacer mi voluntad, sino la de quien me ha enviado" (Jn 5, 19. 30).

Tampoco María obraba a no ser movida del espíritu de Jesús, a no ser por imitación de los actos de Jesús, a no ser uniendo sus actos con los de Jesús; por eso eran del todo perfectos.

Para ser interior y parecerte a Jesús y a María, no te contentes, ¡oh, alma mía!, con obrar en estado de gracia; obra sobre todo movida del espíritu de la gracia, y para ello observa las reglas siguientes:

No prevengas nunca, sino aguarda y sigue el impulso del espíritu de gracia en ti. Suspende, reprime, mortifica la actividad natural hasta tanto que Dios se muestre y te llame actualmente a lo que quiere que hagas o digas, así para las cosas que has de decir o hacer consideradas en sí mismas, como para el tiempo y la manera de hacerlas o decirlas. En los trabajos que son de tu agrado has de gustar únicamente la voluntad de Dios, que los ordena, estando dispuesta a interrumpirlos y dejarlos tan pronto como Dios te llame a otras ocupaciones, aunque tuvieras repugnancia para ellas. En una palabra: has de servir como de instrumento a la operación de Dios, y en cuanto a ti mismo, estar determinada a lo que le plazca. En eso consiste el secreto de la vida de Dios.

El andar solícitos para obrar movidos de la gracia, y por mantenerse unidos a la gracia, es lo que trueca nuestras acciones, por mínimas que sean, como en otras tantas acciones divinas, por cuanto son de Dios más que de nosotros. Un suspiro, una palabra o una elevación de la mente resultarán así muchas veces más meritorios que cuanto de más grande y difícil pueda inspirarnos un fervor no exento de nuestra propia voluntad.

No pierdas nunca de vista, alma mía, estos grandes principios cristianos. Sean ellos la regla de toda tu vida, puesto que serán la medida de tus merecimientos y la prueba de la vida de Jesús en ti.

DIRECTORIO

Examen particular: *sobre el defecto dominante.*

1.º Tengo un defecto dominante del que nacen todas mis faltas, y es el mayor obstáculo que se opone a mi progreso espiritual. ¿Cuál es este defecto?

2.º Sus señales. Este defecto es aquel que me hace cometer más pecados, sobre todo pecados de afecto; aquel que en mí despierta los deseos más violentos y tenaces; aquel que me lleva, ora a una grande alegría, ora a una profunda tristeza; es aquel que más me reprocha la gracia y guarda relación con mi natural modo de pensar, de sentir y de obrar, es aquel que constituye el fondo de mi carácter.

¿Qué medios he empleado para combatirlo? Y ¿qué resultados me han dado?

Lectura espiritual. – Imitación, L. II, caps. VII, y VIII.

VÍA CRUCIS

Véase cómo en cada estación se hace Jesús modelo de una virtud en particular, de la humildad, por ejemplo. –Así:

1.ª estación. –Jesús es condenado a muerte como blasfemador, sedicioso y criminal. –Y acepta con sosiego y paz esta humillación; no se justifica; tan solamente confiesa la verdad; no apela a otro tribunal, ni amenaza.

2.ª estación. –Jesús lleva la cruz. –Humillante e infame en verdad es esta cruz, mas Jesús la toma animoso y se desposa con ella. Afición a las cruces humillantes, ocultas, etcétera, etc.

CUARTO DÍA

ADVERTENCIAS

1.ª Volver a leer las del primer día.

2.ª Acabar la confesión.

3.ª Mantenerse con mayor recogimiento, si es posible. Ahora Jesús hablará al alma, más que el alma a Jesús.

4.ª Evitar los recuerdos penosos sobre el pasado.

Se consagrará este día a meditar las dos disposiciones necesarias para seguir a Jesús, la primera de las cuales consiste en sacar las fuerzas necesarias de la confianza en Él, y la segunda en hacer todo con espíritu de recogimiento.

PRIMERA MEDITACIÓN

Fuerza de la confianza en Dios

Por mí mismo nada puedo en orden a la salvación; sin Jesús no puedo hacer cosa alguna que sea grata a Dios y meritoria para la vida eterna. Pero con su gracia lo puedo todo. Por lo mismo, la confianza en Dios da la medida de mis fuerzas y de mi santidad. ¿En qué debe fundarse mi confianza?

1.º En la bondad de la divina Providencia para conmigo. Dios me ama, dispone todos mis caminos según su bondad; todo lo regula en mi vida para mi mayor bien. Puedo, por consiguiente, estar seguro de que cuanto me acontezca procederá de la mano de Dios, de su bondad, lo mismo si se trata de alegría como de pena en su santo servicio, de consuelos como de desolaciones, de feliz éxito como de fracaso en una empresa, de salud como de enfermedad. Como la divina Providencia es quien dirige mi navecilla, da viento a la vela y produce la bonanza y la tempestad, mi deber es confiarme al divino piloto, que Él me conducirá de un modo seguro al puerto de la patria celestial.

2.º Confianza en la misericordia de Dios. He pecado, he

pecado mucho; he contraído una deuda inmensa para con la divina justicia y tengo miedo de la ira de Dios, miedo del infierno: ¿dónde podré ocultarme? –Bajo el manto de la divina misericordia, pues que Jesús lo extiende sobre mí. –¿Que dónde ocultarme? –En el corazón de Jesús, que me está abierto.

Mas ¿cómo pagaré mi deuda? –Con los merecimientos de mi Jesús, con su amor para conmigo y con mi amor para con Él. Como a la Magdalena, me ha dicho Jesús: "Ten confianza, hija mía, pues te han sido perdonados todos sus pecados". ¡Oh palabra más consoladora! ... La divina misericordia de mi salvador ha impuesto su sello de propiedad sobre mi vida; no lo rompas, no lo rompas nunca, alma mía. Jesús ha extendido el manto de la divina misericordia sobre todas tus miserias pasadas; no lo levantes nunca, no sea que se remueva esa vieja ciénaga del pecado. Pon tu confianza en la divina misericordia de Jesús; en tus temores, espera en Jesús, que Él te amó hasta cuando tú no le amabas. En tus temores, confíate a Jesús, pues es tu salvador. En tus perplejidades, descansa en Jesús, que esta confianza es el más bello homenaje a su bondad; y no olvides jamás que la confianza filial en la misericordia de Dios es la gracia más segura y perfecta de tu justificación.

3.º Confianza en la gracia de Dios en las tentaciones. –Acuérdate, alma mía, que es Dios quien permite y quiere esa tentación que te aflige. El demonio no tiene ningún poder sobre ti; cuando Dios permite que te tiente, es con objeto de que le demuestres que eres del todo suya, al mismo tiempo que para darte una buena ocasión de probar tu fidelidad. Es asimismo voluntad de Dios que te humilles de este modo y le honres con tu propia humillación; quiere ponerte a la mano la ocasión de adquirir sobre el demonio ese mismo imperio que él ha ejercido antes sobre ti. Finalmente, la tentación tiene por objeto centuplicar los merecimientos de tu vida.

Por donde se ve que la tentación antes es gracia que castigo, puesto que resulta una ocasión tan excelente de ejercitarte en mayores virtudes y de adquirir más méritos; no la temas tanto, alma mía. Lo que sí has de temer es tu flaqueza y tus retornos sobre ti misma, pero aun en esto espera en la gracia de Dios. La gloria del combate vale más que la de la paz.

4.º Confianza en la gracia de Dios para llegar a la perfección a la que me llama nuestro Señor. –Grande y sublime es, alma mía, la

perfección a la que Jesús te llama; mas has de renunciar al mundo y a ti misma en todo; has de preferir Jesús crucificado a Jesús glorioso en el Tabor; debes crucificarte con este tu esposo de sangre: se trata de amarle con el amor más soberano, cordial y absoluto,

¿Cómo llegar a santidad tan elevada?

Escucha; Jesús dijo a los apóstoles: "Tened confianza en mí, que yo he vencido al mundo" (Jn 16, 33). –Esta es tu victoria**.** – A Pablo, espantado por la violencia de las tentaciones: "Te basta mi gracia; la virtud se perfecciona en la enfermedad" (2Co 12, 9); a Pedro: "¿Me amas más que todos?" (Jn 21, 15).

Oh alma mía, bien puedes exclamar con el apóstol: No, no puedo nada por mí mismo, pero no hay cosa que no pueda con Jesús que me conforta, combate conmigo y en mí obra y triunfa.

SEGUNDA MEDITACIÓN
Recogimiento exterior

Para ir a Jesús me es preciso pasar por mi corazón; para oír la voz de mi salvador es menester que le escuche dentro de mi alma.

Para vivir con Jesús, es necesario que more con Él en el santuario que se ha labrado en mí; luego es indispensable el recogimiento para mi vida en Jesús.

Mas ¿qué es el recogimiento?

Cabe distinguir el recogimiento exterior y el recogimiento interior.

El recogimiento exterior consiste en la afición a la soledad, al silencio y a la modestia corporal.

I

Soledad. –A Dios no le gusta la agitación, ni deja oír su voz en el bullicio del mundo. Esta es la razón por que dice: Yo conduciré a mi amada a la soledad y allá le hablaré al corazón: "En el silencio y sosiego se aprovecha el alma devota y penetra los secretos de las Escrituras". Allí encuentra arroyos de lágrimas, con que lavarse y purificarse todas las noches, para hacerse tanto más familiar a su creador cuanto más lejos vive del bullicio del mundo. Pues al que se separe de los amigos y conocidos, Dios se le aproximará con los

santos ángeles.

“Mejor es ocultarse y cuidar de sí mismo, que con descuido propio hacer milagros” (*Imit.* L. 1, c. 20).

Evita, por tanto, alma mía, cuanto puedas el mundo, pues es tiempo perdido el pasado con él: se derrama el alma en cosas exteriores, el corazón pierde la libertad o se mancilla, se seca la piedad y la virtud se debilita. Sé avaro de tu tiempo que es breve; conserva la gracia porque se encuentra en vaso muy frágil. Vive desconocida e ignorada del mundo y vivirás en la dulce y santa compañía de Jesús. “El que aspira a la vida interior y espiritual, dice la Imitación, preciso es que se aparte con Jesús de la multitud” (L. 1, c. 20).

II

Silencio. –El silencio es la guardiana de la paz del corazón y de la pureza del alma. Dice el Espíritu Santo que el que habla mucho no dejará de pecar. El alma se va con las palabras inútiles y se mancha con palabras contrarias a la caridad y humildad. ¡Y cuán fácil le es a uno olvidarse en el mundo!

Sean siempre tus palabras, alma mía, un obsequio a la verdad, una alabanza a la caridad, un sacrificio de humildad y de mansedumbre y una defensa de la verdad y de la justicia.

“En el silencio y sosiego se aprovecha el alma” (L. 1, c. 20), ha dicho la Imitación. – “¡Cuán provechosa ha sido siempre la gracia guardada en silencio en esta vida frágil, toda ella milicia y tentación!” (L. 3, c. 45).

Y en otra parte añade: “Nunca estarás recogido y devoto si no callares las cosas ajenas, y especialmente atendieres a ti mismo. Si del todo te ocupares en Dios y en ti, poco te moverá lo que sintieres de fuera” (L. 2, c. 5).

“Si vives retirado en ti mismo, no harás gran caso de palabras que vuelan. No es poca prudencia callar en el tiempo adverso, y convertirse a mí de corazón, sin turbarse por los juicios humanos” (L. 3, c. 28).

“¡Oh, cuán bueno y de cuánta paz es callar de otros, y no creerlo todo fácilmente, ni después divulgarlo de ligero, descubrirse a pocos, buscarte siempre a ti, Señor, que miras al corazón, y no moverse por cualquier viento de palabras; sino desear que todas las

cosas interiores y exteriores se cumplan según el beneplácito de tu voluntad” (L. 3, c. 45).

Por eso me aplicaré a la virtud del silencio y hablaré tan sólo cuando me lo aconsejen la caridad o las conveniencias. Estaré sobre aviso al hablar en punto a las simpatías o antipatías.

Cuando mi corazón sufra o se encuentre triste, comenzaré por decírselo a mi buen Amo, con el fin de ofrecerle las primicias del sacrificio.

Reglas prácticas. –Antes de hablar, me recogeré interiormente para consultar con el espíritu de la gracia.

Cuando quede en duda, veré lo que aconsejan las reglas de la conveniencia y de la caridad.

En las impresiones demasiado vivas de simpatía o antipatía, inclinaré el corazón por el lado del sacrificio.

III

Modestia. –La modestia exterior es la guardiana necesaria del recogimiento. Consiste:

1.º En la guarda de los sentidos, para no dejarlos arrastrar por la curiosidad, el exceso de actividad o por impresiones demasiado vivas de los objetos exteriores.

2.º En la *modestia modesta* de los ojos, que no es afectada ni tímida, sino una modestia espontánea y natural, con la cual se ve sin fijarse y se mira sin impresionarse.

3.º En la gravedad de los movimientos del cuerpo, del gesto y de la compostura. Es ésta una modestia grave y natural, sin agitación alguna, con la cual el cuerpo descansa sin molicie, es una modestia llana sin familiaridad, buena sin afectación, como bella flor que es de la pureza del alma.

El modelo y la vida de esta hermosa virtud ha de ser Jesús. ¡Cuán grande no era la modestia de su vista! Tenía de ordinario los ojos vueltos hacia la tierra, y su mirada no se fijaba en ninguno. Los evangelistas refieren como una cosa extraordinaria las circunstancias en que levantó los ojos.

¡Cuán noble y sencillo el andar de Jesús! Nunca se observó en sus movimientos agitación ni precipitación; era siempre igual, lo mismo en las humillaciones y oprobios, como al recibir los homenajes de los pueblos. ¡Qué modestia en su postura natural! Nada

de altanerías ni de bajezas. En su porte no había nada que se pareciera a desaliño o molicie, ni siquiera después de las mayores fatigas; cansado de tanto caminar al ir a Samaria, se sentó modestamente al borde del pozo de Jacob.

Tan grande era su modestia y tan conocida del público, que mucho después san Pablo amonestaba a los corintios *por la modestia y mansedumbre de Jesús.* Y san Basilio ha dicho: “Donde está Jesucristo allá está la modestia”.

María era también la misma modestia; no podía uno verla sin sentirse penetrado de reverencia; su modestia, resplandeciente de pureza, era dulce y humilde, llena de esa sencilla nobleza y respetuosa; no era modestia de una criatura virtuosa; ni siquiera de un ángel, sino la de Jesús que reverberaba en su querida madre.

He ahí, alma mía, tus modelos; mira en qué condiciones quieren estar en ti Jesús y María.

TERCERA MEDITACIÓN
Recogimiento interior

Recogerse es hacer que el alma entre de fuera adentro para ponerla bajo la acción del espíritu de la gracia. En esto consiste lo que se llama “recogerse interiormente en Dios”.

I

El recogimiento interior es condición indispensable para progresar en la perfección, es la misma perfección. El alma que se recoge se conoce bien a sí misma, sigue sin dificultad los movimientos de su espíritu y de su corazón y al punto nota dónde están el desorden y el vicio, cortándoles el primer paso; presto se da cuenta del primer movimiento de las pasiones y de las tentaciones, y apaga sin más tardar la primera chispa. El alma interior siente inmediatamente hacia dónde cae lo verdadero, lo justo y lo más perfecto; juzga espontáneamente todas las cosas, y las relaciones buenas o malas de las criaturas con ellas, conforme a estas palabras de san Pablo: “El varón espiritual todo lo juzga” según Dios (1Co 2, 15).

No pierde gracia alguna, sino que se aprovecha de todas las

que pasan ante ella correspondiendo con fidelidad y suavidad. El alma recogida anda siempre atenta a las inspiraciones del espíritu de Dios y siempre dispuesta a consentir en ellas. Vive más con Dios que consigo misma. San Pablo expresaba su propio vivir, cuando decía estas hermosas palabras: "No soy yo quien vivo, sino que Jesús es quien vive en mí". Ahora bien, ¿puede haber cosa más justa que acompañar a Jesús, recibir sus órdenes, entregarse por entero a su dirección, darle cuenta de todo, vivir de Él y en Él descansar?

Dice la Imitación: "El reino de Dios está dentro de vosotros. Conviértete a Dios de todo corazón y deja ese miserable mundo y hallará tu alma reposo.

Aprende a menospreciar las cosas exteriores y date a las interiores, y verás que se viene a ti el reino de Dios. Porque el reino de Dios es paz y gozo en el Espíritu Santo.

Vendrá a ti Cristo y te hará conocer su consolación si le prepararas en tu interior digna morada, Toda su gloria y hermosura está en el interior y allí se complace.

El visita con frecuencia al hombre interior, le habla con dulzura, le proporciona grata consolación, abundante paz y familiaridad sobremanera agradable.

Ea, pues, alma fiel, prepara tu corazón a este esposo, para que se digne venir a tí y morar contigo" (L. 2, c. 5)

Qué gloria, alma mía, y qué dicha la que trae consigo el recogimiento. Es el mismo cielo en ti.

Deja todo lo demás para darte a este medio de salvación que encierra todos los demás medios, a esta virtud que es alma y perfección de todas las demás virtudes, a esta gracia, dentro le todas las demás gracias.

¡Oh, sí! Bien veo ahora por qué combate el demonio con tanto tesón este espíritu interior, y comprendo por qué mis pasiones me arrastran tanto hacia afuera y lejos de mi interior. Es para turbarme, para que pierda de vista a mi alma y a Jesús que la inspira y dirige, que trabaja y combate con ella. Ya comprendo que el recogimiento interior es alma y feliz éxito de la oración; es hacer oración continua, vivir vida de ángeles siempre presentes en el acatamiento de Dios, es la vida de María en Jesús, es la vida de Jesús en su Padre celestial. Sólo una cosa os pido, Dios mío, y es que me hagáis interior.

II

¿Cómo practicar el recogimiento interior?

1.º Hace falta, en primer lugar, pedir gracia para ello.

2.º Recogerse interiormente en Jesús antes de obrar para consultar su santa voluntad, su espíritu y su beneplácito; pedirle una gracia especial para el acto que se va a hacer y rogar que obre junto con nosotros.

3.º Obrar con calma y sosiego. Cuando uno se encuentra turbado y agitado, hay que comenzar por apaciguarse y recogerse en el silencio.

4.º Ejercitarse habitualmente en la presencia de Dios en nosotros.

5.º En las tribulaciones interiores o exteriores, comenzar por resignarse interiormente a lo que Dios quiera respecto de nosotros.

6.º En las tentaciones, combatirlas con un acto interior o con una mirada a Jesús, diciéndole: “Ya sabéis que os amo, y os amaré hasta la muerte”. Es ésta una mirada del amor indignado contra Satanás y una protesta de amor al Amado.

7.º En la desolación y abandono interior, evitar la agitación, la inquietud o el empleo excesivo de medios exteriores de alivio, haciendo al contrario un acto de entrega a Jesús abandonado en la cruz. Es el acto más perfecto del amor, así como fue también el último acto que le inspiró a Jesús su amor por nosotros al quedarse para siempre en nuestra compañía.

Os doy gracias, Dios mío, por esta meditación, que es, para mí, luz que me muestra el camino, mi centro, mi vida en Jesús y la de Jesús en mí.

DIRECTORIO

EXAMEN PARTICULAR: *sobre el obstáculo dominante contra el adelantamiento espiritual.*

1.º ¿Cuál es el sacrificio que más temo, y más cuesta a mi corazón?

2.º ¿Cuál es el pensamiento que más turba a mi alma, llevándola al desaliento? ¿Qué medio ha producido mejores

resultados para aquietarme?

3.º Cuando me encuentro en paz, con fervor y gracia sensible, ¿qué pide de mí la gracia de Dios? ¿Qué me pide nuestro Señor?

4.º ¿Cuál es el obstáculo que más habitualmente se opone a mi adelantamiento en la oración mental?

LECTURA ESPIRITUAL. – Imitación de Cristo. L. 1, c. 11. – L. 2, c. 1 y 3. –L. 3, c. 1, 2, 27.

VÍA CRUCIS

Hágase el Vía crucis para honrar el santo abandono de Jesús.

1.ª estación. –Jesús es abandonado de todos sus amigos y ni una sola voz sale a defenderle contra el inicuo juicio que le condena.

2.ª estación. –Jesús se ve privado de todo socorro y lleva sólo su pesada cruz.

3.ª estación. –Jesús cae abrumado de cansancio y no hay nadie para tenderle una mano amiga.

4.ª estación. –Considerar como sufre Jesús al ver el desconsuelo y tristeza de su santa madre.

5.ª estación. –Jesús ve con dolor que el Cirineo se niega a ayudarle a llevar la cruz.

6.ª estación. –Jesús se encuentra cubierto de oprobios y de barro y, sin embargo, nadie, fuera de una débil mujer, viene a enjugar su rostro.

7.ª estación. –Jesús cae por segunda vez, y la crueldad de los verdugos vuelve a ponerle sobre los hombros despedazados su peso abrumador.

8.ª estación. –Jesús consuela a las hijas de Jerusalén y su Padre le abandona en el mayor desconsuelo.

9.ª estación. –Jesús cae por tercera vez, y lejos de ayudársele, los malos tratos contra Él aumentan.

10.ª estación. –Jesús es despojado sin piedad. Sus carnes vuelan hechas pedazos; sus huesos aparecen al descubierto y nadie piensa en curar sus heridas.

11.ª estación. –Jesús es clavado en la cruz y los verdugos triunfan contra su debilidad.

12.ª estación. –Jesús muere en el más completo de los abandonos.

13.ª estación. –Jesús es sepultado por caridad.

14.ª estación. –Jesús, sepultado, es abandonado a la guardia de sus enemigos.

QUINTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN
Espíritu de mortificación

La tercera disposición del corazón para seguir fielmente a Jesús es el espíritu de sacrificio, es el estar dispuesto a sacrificarlo todo con tal de estar animado de la vida y del amor de Jesucristo.

I

Jesús lo quiere: “Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no merece ser mío; y quien ama al hijo o a la hija más que a mí, tampoco merece ser mío” (Mt 10, 37).

En otra circunstancia nos pide odio contra todo lo que opone a su amor, y añade: “Quien no aborrece su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 26).

Antes de admitir a sus discípulos para que le sigan, exígeles el inmediato abandono de barca, redes, casa, familia, padre y madre.

¡Qué sacrificios no pidió Jesús a su divina madre! Sacrificio de su libertad y de la gloria exterior de la virginidad, bajo el velo del matrimonio y la sumisión a los derechos de un esposo. Y María lace este sacrificio *con humildad.* Lo cual quiso Dios como condición de la divina maternidad y de la salvación del mundo.

Sacrificio de la casa de Nazaret para dar con el desdén y desprecio de sus amigos y conocidos de Belén y verse reducida y alojarse en un establo abandonado, privada de todo socorro y en medio de la mayor pobreza. Y María hace este sacrificio *con alegría.* Así es cómo compra el título de madre de Jesús.

Sacrificio de su patria para ir a habitar a un país desconocido, idólatra e inhospitalario como era Egipto; y tiene que andar a media noche por lugares desiertos y en invierno. Y María hace este sacrificio *con prontitud*. ¡Cómo lleva a Jesús consigo!...

Sacrificio de su maternal cariño y del deseo de procurar a Jesús la mayor felicidad natural, cuando el anciano Simeón le predice y

muestra la espada de dolor que atraviesa su corazón; y eso cuando apenas habían transcurrido cuarenta días desde que nació su divino Jesús. Durante los treinta y tres años, María ya no perderá de vista el calvario ni su cruz y oprobios. ¡Oh, qué vida de amor más dolorosa! ¡María se crucifica con Jesucristo!

Sacrificio de desolación. ¡María pierde a Jesús en Jerusalén, lo cree perdido para siempre!... Lo llora, y su amor le busca sin murmurar ni desesperar. ¡Se tenía por indigna de poseer tan gran tesoro!

Sacrificio en soportar la aparente dureza de Jesucristo para con ella, fingiendo, para mejor cumplir su misión, no reconocerla por madre.

–"¿Qué nos va a mí y a ti"?[17]. Y: "¿Quién es mi madre"? (Mt 12, 48). No obstante, María adora los misteriosos designios de su divino Hijo y le ama con mayor amor todavía.

Sacrificio del huerto de los olivos, donde María experimenta una tristeza mortal al no poder consolar a su Jesús triste hasta la muerte y abandonado de sus discípulos.

Mas ¿cuál no sería la agonía de María al seguir a Jesús por las casas de Caifás, Pilato y Herodes, y viéndole presa de las mayores blasfemias, imprecaciones y gritos de muerte que vomitaban contra su Hijo aquellos mismos que Él había curado, a quienes mayores beneficios había procurado y que formaban el pueblo de sus amores?

Y su dolor es mayor que la muerte cuando, al pie de la cruz, ve a Jesús crucificado, derramando toda su sangre, devorado de una ardiente sed y abandonado de su Padre.

¡Y María, su tierna y cariñosa madre, lo único que puede hacer es compartir sus dolores, consolarle con sus lágrimas y con su amor!

¡Qué martirio! Sólo María pudo soportarlo, porque sólo ella amaba a Jesús tanto como merece ser amado!

Pero aún le queda por hacer el mayor sacrificio, el del objeto de todo su amor, de su Jesús. –Lo verá morir, le acompañará hasta el sepulcro y todavía le sobrevivirá veinticuatro años en este lugar de

---

[17] Jn, 2, 4. –No es raro entender en este sentido las palabras dichas por Jesús a su santísima Madre, y así las toma aquí el Santo; pero hay que tener presente que estas palabras fueron dichas en arameo, y la frase aramaica correspondiente, lejos de encerrar esa aparente dureza, viene a significar: Estad tranquila, madre, dejádmelo a mí, que a su debido tiempo se hará lo que deseáis. –(N. del T.).

destierro.

Pero María no quiere más que lo que Jesús quiera y su amor lo reemplaza todo, su presencia visible, el goce de la gloria y hasta el mismo paraíso.

He ahí, alma mía, lo que Jesús reclama respecto de todos aquellos que quieran seguirle y agregársele. ¿Tienes ánimo y amor bastante para entregarte a Él a discreción? ¡Adelante! Di a Jesús: "Divino Señor, esposo de mi corazón, os seguiré donde quiera, con María, mi madre. ¿No poseo acaso todos los bienes al poseeros a Vos? ¿No es la mayor dicha que se pueda tener en esta vida el amaros y complaceros? Ya estoy decidida, Dios mío, no pongo más condiciones y reservas a mi amor para con Vos; os seguiré en todo, hasta en el calvario. Hablad, cortad, sajad, quemad, que mi corazón será el *altar* y la *víctima*".

II

Sólo al espíritu de mortificación concede Jesús las gracias de su predilección: "Quien lo dejare todo por mí, dice, recibirá el céntuplo en esta vida y la vida eterna en la otra".

Es la expresión favorita de la Imitación: "Dejadlo todo, y todo lo volveréis a encontrar en Jesús". –Al alma sacrificada; Jesús da:

1.º Su paz y el gozo del Espíritu Santo; verdad es que se trata de una paz en la guerra y el combate; pero es paz de Dios, mucho más dulce que cuantos consuelos puede producir el mundo.

2.º Jesús da a sus verdaderos discípulos consuelos divinos: "Al que se venciere a sí mismo le daré yo un maná escondido" (Ap 2, 17). ¿Cuál es este maná escondido? –Es el gozo en el sacrificio, es el consuelo de Dios, la confianza en su divina promesa, la felicidad del alma cuando se sacrifica en aras del amor a Dios, y Dios se une con el alma en proporción del espíritu de sacrificio.

3.º La gracia de la oración, de la unión del alma con Dios, sólo se concede a quien ha dado todo y se sacrifica todos los días a la gloria de Dios.

Resoluciones. –Oh, alma mía, sé tan generosa para Jesús como lo has sido para las criaturas, y Jesús quedará contento de ti. Sé tan abnegada por Jesús como lo has sido por tus amigos, y Jesús se mostrará satisfecho de tu servicio.

La vida es corta, abran el camino del sacrificio, que centuplica la vida. Y luego, ¡es tanto lo que debes a la bondad y al amor de Jesús! ¿Qué puedes darle en retorno sino el amor del sacrificio?

Sé, no víctima, sino holocausto que el amor de Jesús consuma del todo. Inmola tu inteligencia a la humildad de Jesús; tu corazón al amor de Jesús; tu voluntad a la voluntad de Jesús; tu tiempo a la mortificación de Jesús, que en eso consiste el holocausto.

SEGUNDA MEDITACIÓN
VIDA SENCILLA Y OCULTA DE JESÚS

Jesús prefirió la vida sencilla y oculta a todas las demás formas de vida; por consiguiente, ella es la más excelente en sí y perfecta para mí.

La más excelente. –Por ella glorificó Jesús durante treinta años a su Padre y practicó las más sublimes virtudes.

La vida oculta de Jesús comenzó en el seno virginal de María en los nueve meses que en él estuvo encerrado. Aunque oculto y desconocido de la tierra, glorificó a su Padre con mayor perfección que lo que se puede hacer con las acciones más brillantes.

¿Qué hizo Jesús después en Nazaret?

1.º Se oculta bajo las más sencillas y comunes apariencias exteriores. Aparece débil como un niño para honrar y santificar la debilidad. Espera a que su cuerpo se desarrolle según la edad para manifestar exteriormente las virtudes perfectas de su alma. ¿Y por qué? Para no distinguirse y seguir la vida común.

2.º En Nazaret Jesús obedece, y con obediencia filial.

Obedece con grande humildad a criaturas que por perfectas que sean son siempre muy inferiores a Él; obedece con mucha mansedumbre y gozo a José y María, porque hacen las veces de su Padre celestial. Jesús se somete a cuantos tienen algo de autoridad para a todos comunicar la gracia de la obediencia.

3.º En Nazaret Jesús trabaja primero en trabajos propios de niño, como ayudar a su santa Madre en la limpieza de la casa, poner la mesa, servir a María y José, abrir la puerta, barrer la casa, ayudar en el trabajo manual a su Madre, que se ocupaba en trabajos de lana...

Tal es la ocupación del hijo de Dios, que ha de pasar tan poco

tiempo en esta tierra, del que tanta necesidad tienen los reyes y los pueblos, y que en los cielos es el rey y el Dios de los ángeles.

Oh alma mía, ¿comprendes este misterio? ¡Ah! Gústale más a Dios la humildad de una vida oculta que la gloria de una vida de prodigios y de virtudes heroicas. De este modo ha querido también Jesús divinizar las mejores cosas y santificar el interior y las acciones de la vida doméstica.

Cuando creció, Jesús ayudaba a su padre nutricio en el oficio grosero de carpintero, yendo a trabajar a jornal con san José en otras casas; servía primero de peón a oficiales groseros, exigentes y desdeñosos; y después de la muerte de san José, continuó trabajando como obrero hasta los treinta años. Y, sin embargo, Jesús era Dios, la sabiduría misma, el creador y salvador de los hombres.

Se oculta por espacio de treinta años y se ocupa en trabajos muy insignificantes para el mundo. Así, oh alma mía, te enseña Jesús a vivir oculta, a estimar las acciones humildes, a practicar en el olvido la mayor de las virtudes: la humildad.

¿Qué fue en el mundo de los trabajos de Jesús? El mundo no los ha apreciado ni les ha hecho caso siquiera; hasta el mismo Jesús despreció el mundo; los que le daban trabajo le trataban como a un jornalero, y comía sentado en tierra o en algún rincón, a la puerta de sus amos, que le darían algunas veces sin duda algunos restos de su comida.

¡Y con todo, Jesús era Dios, el unigénito del Padre! ¡La ciencia, la bondad, el poder del Dios! ¡Oh prodigio abrumador! ¡Oh prodigio oculto y que subleva a la razón humana! Jesús sufre y quiere sufrir todas las consecuencias de su condición de pobre jornalero; se acostará, como los obreros pobres, sobre la paja, en el desván o en un establo; padecerá, sin acercarse al fuego, los rigores del frío, y sin abrigo la lluvia y las tempestades; se alimentará con comida grosera, con la que acostumbran los pobres; llevará un traje también grosero: el de los pobres artesanos. ¡Y eso que era el Rey de la gloria, el esplendor de la hermosura del Padre y Dios como Él!

Mi inteligencia queda, Dios mío, confundida; sufre mi corazón y mi alma se ve como anonadada a la vista de vuestro estado.

Todos mis pensamientos se confunden. Todos mis sentimientos se combaten; no alcanzo a comprender la excelencia de tal estado. Iluminadme, Dios mío, y pues es el estado de vuestra

preferencia y amor, que yo también lo abrace con todo mi corazón!

III

La vida oculta de Jesús es, pues, para mí, el estado más perfecto. Mas ¿cómo podré practicarlo? Lo mismo que María.

1.º Lo primero que he de hacer es aficionarme a la vida oculta, a mi querida soledad, lejos del mundo; gustar de verme olvidada y desconocida del mundo; gustar de ejecutar las acciones más sencillas como Jesús, María y José en Nazaret.

2.º Estimar más que nada las acciones pequeñas, aquellas que Jesús y María hacían en su casa.

3.º Cubrir los actos exteriores con el manto de la modestia, de la vida sencilla y oculta de Jesús y María.

4.º Gustar de trabajar por obediencia y bajo la obediencia con Jesús y María.

5.º No andar nunca en busca de elogios, de alabanzas, de gratitud por mis trabajos y mi abnegación para más parecerme a Jesús y María en Nazaret.

6.º Ocultarlo todo bajo el velo de la vida común sin distinguirme en nada en la vida exterior y pública, para vivir anonadada y desconocida del mundo, pero conocida, amada y adoptada por Jesús, María y José en Nazaret.

TERCERA MEDITACIÓN

JESÚS Y EL ALMA POBRE

I

Jesús es pobre; el rey, el Dios de los discípulos pobres, Jesús se ha unido a la naturaleza humana en la forma de la pobreza, que conoció perfectamente, desposándose con ella y haciendo que fuera su virtud propia, su virtud de elección y la virtud necesaria para la perfección.

A sus discípulos les exige también que lo abandonen todo para ser pobres como Él, y todos los privilegios de su divina misión se los da a causa de su pobreza.

A la pobreza concede el céntuplo en este mundo y la herencia del reino de los cielos, por lo que los pobres de Jesucristo son reyes y

juzgarán al mundo.

Jesús es pobre en su nacimiento. Belén, paja, una piedra desnuda; he ahí la gloria de su pobreza. Jesús es pobre durante su vida; se viste como un obrero pobre, y participa de su comida, de sus desdenes y humillaciones. Jesús vivió, de limosna; murió en la cruz sin ni siquiera tener la propiedad de sus vestidos y careciendo hasta de lo necesario para que le enterraran. ¿Puede haber en la tierra uno tan pobre como Jesús?

María y José participan de la pobreza de Jesús. Jesús era su única riqueza. Por consiguiente,

1.º Yo también debo estimar la pobreza divinizada por Jesús.

2.º Debo amar la pobreza que me enriquece con todos los tesoros de Jesús.

3.º Debo practicar el espíritu de pobreza por amor de Jesús.

II

Vida de la pobreza de Jesús en mí.

Jesús quiere que yo sea pobre. ¿Qué es ser pobre?

1.º Un pobre no tiene nada. –Para ser efectivamente pobre no me apegaré a nada, ni a mis vestidos, ni a objetos de lujo, ni a las riquezas de este mundo, considerando todo eso como propiedad de Jesús y un bien suyo, del que sólo el uso me es concedido, y aun esto con la condición de usarlo como cristiano.

La pobreza de espíritu es alma de la pobreza efectiva y tiene todos los méritos de ella, y aun puede superarla en perfección, por cuanto no gozar de lo que se pudiera gozar es a veces más meritorio que verse privado de todo y aceptar la imposibilidad de gozar de una cosa.

2.º Un pobre lleva la librea de la pobreza sin avergonzarse y como quien hace uso de un derecho; se acostumbra a ello y vive tranquilo bajo sus harapos por ser conformes con su estado.

En cuanto a mí, llevaré la librea de la sencillez propia de mi condición, suprimiendo todo lo que sepa a lujo mundano. Me fijaré en María y seguiré a mi madre en su sencillez.

3.º Un pobre no recibe honores ni alabanzas; pasa y nadie le mira; hasta se vuelve la cabeza a otro lado por no verle. Saluda y no se le devuelve el saludo; por su parte conoce a todo el mundo y de nadie es conocido: es un extraño, un hombre inútil, un desecho, nada.

Y el pobre no se queja; no se irrita, ni se venga, ni maldice. Todo eso es conforme a mi estado, se dice entre sí, pues soy pobre; no tengo otro derecho que el de ser tratado como pobre.

Oh alma mía, ama la pobreza de espíritu; pide la gracia de ser pobre de afecto a las criaturas: "si todavía prosiguiese complaciendo a las criaturas no sería siervo de Jesucristo", dice san Pablo (Gal 1, 10).

Para practicar esta pobreza de afecto procura ser ignorada, olvidada y confundida en lo común; aficiónate al olvido, a la indiferencia y, a ser posible, al menosprecio de las criaturas. ¿Eres, por ventura, mejor que tu señor Jesús? ¿No eres pobre esposa suya? ¿No eres una pobre pecadora?

Un pobre carece de amigos y de consuelo en las penas; nadie toma interés por sus aflicciones. Lo sabe y lo soporta, manteniéndose en paz en su aislamiento; si es bueno, se dice entre sí: "Mi padre está en el cielo; no soy más que un extranjero que mendiga pan en el camino del destierro".

Oh alma mía, ¿quieres ser libre con la libertad de Jesús? Pues tienes que ser pobre de corazón. –¿Quieres gozar siempre de paz sin nunca perderla? Sé pobre de afecto. –¿Quieres dar a Jesús prueba de tu amor y confianza? –Pues no ames más que a Él.

El pagarle el mundo con la ingratitud es una gracia de liberación. Considérate feliz cuando el mundo te niegue consideración, protección y confianza, pues Dios te basta y así tendrás la dicha de acompañar a Jesús en el Huerto de los Olivos y en el Calvario.

Cuando es un pobre quien sufre, nadie se compadece de él. Sufre y muere solo. Jesús, oh alma mía, sufría y nadie le consolaba; estaba triste y nadie le alentaba.

Aprende a sufrir sola guardando el misterio de la cruz sin dar cuenta de las penas de tu alma más que a Jesús, pues quiere mucho que en Él sólo pongas tu confianza y para sí se reserva las primicias y la primera flor: de este modo será tu bueno y divino consolador. No olvides nunca que cuanto menos pidieres a las criaturas tanto más generoso será Jesús.

III

Pobreza espiritual. –Un pobre cifra su fortuna en la pobreza, su

elocuencia en las necesidades y sus títulos en las llagas y harapos; la generosidad que excita guarda proporción con el grado de su pobreza; cuanto más sufre tanto mayor influencia ejerce en los corazones. Oh alma mía, tu estado delante de Dios es pobreza espiritual de la cual dimanan tu derecho y tus títulos para sus gracias, su misericordia y su reino. "Bienaventurados los pobres de espíritu, dijo Jesús, porque de ellos es el reino de los cielos".

"Vete a Dios, oh alma mía, por la pobreza; pues no tienes más que malos pensamientos, le dirás: Ved cuán pobre soy. Quiero serviros por medio de la pobreza".

¿Que no tiene tu corazón sentimientos de devoción, ni fervor, ni amor, sino que, al contrario, es muy pobre y se encuentra turbado, inquieto y hastiado? Por eso mismo has de ir a tu Padre y decirle: Ved lo pobre que soy. No sé amaros, ni siquiera deciros que os amo; mi corazón se encuentra seco, insensibilizado como está por la miseria. ¡Oh! Dad vida a mi corazón. Amaos en mí por medio de mí. Y si queréis que os ame con este pobre corazón en medio de desolaciones y sequedades, yo estoy muy conforme.

¿Que tu voluntad es flaca e inconstante, que tiene horror al sacrificio? No te desanimes por eso, sino di a Jesús: ¡Qué débil soy! ¡Cuán pobre y enfermo! Tanto, que no tengo fuerzas para pedir la limosna de vuestra gracia y de vuestro amor. Dádmela, pues, por pura benevolencia.

¿Que has ofendido a Dios y sido infiel, quedándote como aquel hombre en el camino de Jericó? Tampoco es razón para que te desalientes; llama al divino Samaritano mostrándole tus llagas y dile confesando tus faltas: ¡Ay, Señor, cuán miserable soy! Estos son los frutos de mi huerto. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Ved mis llagas y curadme. ¡Qué pobreza más mala! Pero Vos sois muy bueno; venid hacia mí.

Cuando el demonio te tiente dile a Jesús: Cierto que soy muy pobre y que merezco ser tentada y humillada; pero, así y todo, no me abandonéis.

Oh real y divina pobreza, tú serás el *anillo* de mi alianza con Jesús. No quiero otro.

EXAMEN PARTICULAR: *sobre el atractivo de la gracia*.

Examinar la naturaleza de las mociones de la gracia que llevan al alma a sacrificarse por amor y con sosiego; examinar también lo que pide Jesús para unirnos con Él por entero. ¿No sería este atractivo el amor de Jesús sólo, y el amor dulce y humilde del Corazón de Jesús?...

LECTURA ESPIRITUAL. –Imitación, 1. Capítulos 11 y 12.

VÍA CRUCIS

Considerar a Jesús en cada estación como modelo de la virtud de mansedumbre, diciéndonos: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

SEXTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN
JESÚS HUMILDE DE CORAZÓN

Mi buen maestro Jesús viene, según dice san Agustín, no a crear mundos, ni a espantar al mundo con sus prodigios y milagros, ni a hacerse famoso por medio de virtudes deslumbradoras, sino a enseñarme lo que expresan estas palabras: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”.

La humildad de Jesús: tal es su divina enseñanza. En la humildad consiste el carácter de su santidad y la condición de sus dones. “Dios no da la gracia más que a los humildes” (1Pe 5, 5).

La humildad es, por consiguiente, para mí la medida de las gracias de Dios, la regla de la virtud y el fundamento del edificio espiritual de la perfección.

Teniendo humildad tengo todas las demás virtudes, mientras que sin ella mis virtudes se reducen a nada y mis buenas obras se truecan en obras muertas.

Para bajar hasta mí, sólo humildad me pide Dios, quien me levantará al cielo en razón de mi humildad sobre la tierra. Mas ¿cómo me haré humilde? –Imitando a Jesús y a María.

1.º Debo tener bajos sentimientos de mí misma, de mi nada. –Cuanto de bueno tengo, así en el orden natural como en el sobrenatural, de Dios procede, es pertenencia suya, y Él lo requiere para sí en concepto de dueño, no quedándome, por tanto, más propiedad que mi nada. Y lo propio de la nada es no ser nada, no poder nada y no hacer nada.

Pero lo más humillante es que mi nada puede producir un efecto. ¿Cuál? El pecado, el pecado mortal. Lo único que puede hacer es merecer el infierno perdiendo el cielo y ofendiendo la bondad infinita de Dios. ¡Verdad que la nada culpable es digna de todo menosprecio! Aun cuando no hubiese cometido más que un solo pecado, sería digno del desprecio de todos los ángeles y hombres, de

igual modo que los condenados a galeras son siempre despreciados por más que se hayan convertido y alcanzado perdón. ¡Oh, de cuántos desprecios no me he hecho merecedor! ¡Cuántos pecados he cometido! ¡Cuántas ofensas de Dios! ¡Cuántos estigmas del demonio he impreso en mi cuerpo y en mi alma! Es, pues, de toda justicia que sea humilde, es el debido homenaje a la verdad de mí estado.

Para moverme a practicar esta virtud, Jesús se hace humilde. Escucha, alma mía, una prueba sublime de su humildad. Se le pide un milagro y contesta: "El Hijo del hombre no puede por sí hacer cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre. –Yo sentencio, según oigo de mi Padre; y mi sentencia es justa porque no pretendo hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me ha enviado". Y Jesús se pone en el último rango de la humanidad; se llama en Isaías gusano de la tierra y el último de los hombres. Y san Pablo nos lo muestra humillado y anonadado hasta el punto de tomar forma de esclavo. ¿Y habré yo de temer el bajar hacia Él?...

2.º La verdadera humildad transfiere a Dios toda la gloria de las buenas obras, sin guardarse para sí otra cosa que la humillación de las imperfecciones.

No se vanagloria por los felices resultados, como tampoco desespera por los reveses.

No se engríe por sus cualidades, talentos y posición, comoquiera que esto lo considera como propiedad de Dios.

Nunca habla de sí misma o le asustan la gloria y la reputación, no sea que toda su recompensa se reduzca a ellas.

Fijándose más en lo que le falta que en lo que posee, en los defectos antes que en las virtudes, y en la propia debilidad más bien que en la fuerza, se tiene por muy pequeña en sí misma, como un niño que se considera como el último de todos. Esta es la regla de la humildad.

Pon tus ojos, alma mía, en tu modelo Jesús.

Se le llamó buen maestro, prescindiendo de Dios Padre y ¡no aceptó el título!, sino que dijo: "Sólo Dios es el bueno" (Mt 19, 17).

Cuando se le quiere hacer rey; huye al desierto.

Cuando se le alaba por sus milagros refiere al Padre toda la gloria que pueda merecer por ellos. En cuanto a sí mismo, sólo quiere procurar la mayor gloria de su Padre por la propia abyección y anonadamiento.

¡Cuán humilde fue también María! Por eso la llamó el ángel madre de Dios y la llena de gracia; mas por su parte no quiere más títulos que el de esclava.

3.º La humildad perfecta corre tras las humillaciones y menosprecios, lo cual, para un alma en alto grado humilde, es un tesoro y una gloria por cuanto así se acerca más a Jesús humillado y cubierto de oprobios en Jerusalén y en el calvario.

Así se proporciona ella una hermosa ocasión de probar a Dios el amor que le tiene y de honrarlo con el acto más perfecto que cabe en un hombre. Porque la humillación es superior al sufrimiento corporal y al sacrificio de los bienes.

Basta un acto de humildad hecho por amor de Dios para elevar el alma hasta Jesús y librarla de la servidumbre de la vanidad y de la estima de las criaturas.

Rara vez proporciona tan hermosas ocasiones, pero ¡bienaventurada el alma que es fiel en ellas!

4.º La humildad es el mayor triunfo del alma contra el demonio. –El demonio no tiene fuerza alguna contra nosotros, como no sea por nuestro orgullo. De ahí que el Espíritu Santo diga: "El principio de todo pecado es la soberbia" (Eclo 10, 14). Así que el alma humilde es como impecable y el demonio no puede ejercer imperio alguno sobre ella, pues con un acto de humildad le derriba en tierra en el primer encuentro, y cuando el enemigo vuelve a la carga, tiene buen cuidado de atacar al alma por su misma humildad, que es su muralla y coraza.

5.º La humildad triunfa sobre el mismo Dios, quien no puede resistir a un alma que se humilla a sus pies, porque la humildad le desarma y arrebata sus gracias. Cuando el mismo Dios prueba a uno con sequedades interiores, si el alma se humilla, hace violencia a Dios, como el santo varón Job sobre su estercolero.

Y para vengarse de su derrota, Dios le devuelve el céntuplo y la eleva a un alto grado de oración y al estado de unión consigo.

Por eso, oh alma mía, si no puedes hacer grandes penitencias, consuélate, pues puedes ser humilde, y la humildad vale más que todas las penitencias.

No te aflijas si no puedes hacer grandes cosas por Dios, pues siempre está en tu mano el humillarte, y la humildad le da más gloria que la conversión del mundo entero sin humildad.

¿Que no puedes hacer oración? Humíllate, que la humildad es la mejor de las oraciones.

Cuando no puedas decir a nuestro Señor que le amas mucho, humíllate a sus pies como la Magdalena, y así le habrás amado mucho, y como ella, serás la casta amante del Salvador.

SEGUNDA MEDITACIÓN
Jesús manso de corazón

La mansedumbre es fruto bendito de la humildad y caridad. El alma humilde es paciente, dulce y bienhechora.

Pondera, alma mía, esta virtud en Jesús, y te aparecerá con toda su dulcedumbre.

Jesús es la misma bondad, y con su mansedumbre arrastra en pos de sí y atrae y liga consigo todos los corazones. Mansedumbre llamaban los pueblos a Jesús: "Vamos a la mansedumbre", se decían.

1.º Mansedumbre de Jesús en el hablar. –No le gustan las disputas ni las contiendas; su palabra es dulce como su corazón. Jamás palabra alguna injuriosa y mortificante salió de su boca; nunca cayó de sus labios una palabra que fuese altanera o autoritaria; siempre se mostraba tranquilo y bondadoso, sincero y caritativo, como el buen Maestro que era.

Imita a Jesús, oh alma mía, y evita con cuidado esas palabras vivas y arrancadas por la pasión, que son presagio de un alma agitada; no te permitas nunca palabras chocarreras o malsonantes, nunca palabras mortificantes, autoritarias o cortantes. Puesto que Jesús es tan bueno para ti, selo tú también para los demás.

2.º Mansedumbre de Jesús con sus apóstoles. –Bien groseros, materiales e inciviles eran éstos pero Jesús los sufrió con bondad, sin nunca quejarse de ellos ni echarles en cara su falta de educación ni despacharlos con vivacidad y harto de ellos, sino que siempre les habló con mansedumbre, explicándoles por enésima vez y sin impaciencia las mismas cosas. Remedia con dulzura sus faltas y corrige con calma sus defectos, soportándolos día y noche en torno suyo durante tres años. ¡Y eso que Jesús era tan delicado de corazón, tan grande de espíritu, tan generoso, tan noble y divino!

Jesús, acostumbrado a vivir en la corte de los ángeles, en la

eterna compañía del Padre y del Espíritu Santo, no tiene más compañía que la de doce pescadores de Galilea. ¡Oh, de no ser Jesús la bondad misma, nunca pudiera creerse tamaño prodigio de santidad!

Pues bien; también tú, alma mía, has de ser, siguiendo el ejemplo de Jesús, afable para con las personas que te desagradan y te son antipáticas. Tienes que ser dulce con los que te han hecho sufrir; soportarás con paciencia las faltas de atención, de delicadeza y de agrado de los que te sirven, y serás condescendiente y complaciente para quienes viven contigo. Y en los momentos de mal humor, de tristeza del corazón y de interior irritación, retendrás el corazón a dos manos; o, mejor, lo darás a Jesús para no perder ese dulce sosiego, ese licor de la miel de la caridad cuya adquisición te ha costado tantos sacrificios. Más vale entonces callarse que hacer daño al prójimo queriéndole hacer bien.

3.º Mansedumbre de Jesús durante la pasión. –Aunque sabía que Judas había de traicionarle, Jesús le tolera en su compañía durante tres años y aun le distingue de los demás con un trato de confianza. Siempre le habla con bondad; oculta su crimen a los demás apóstoles y, en el huerto de los olivos, para triunfar de la dureza de su corazón, le llama amigo suyo y condesciende a abrazarle. ¿Puedes negar, alma mía, igual gracia a los que te han ofendido? En modo alguno.

Los verdugos atan a Jesús, y Jesús, cual un cordero, se deja atar sin ninguna resistencia, antes presentando Él mismo las manos a las cadenas; y nada contesta a todas las injurias, a todas las blasfemias de que se le abruma en el camino. Por aquí tienes que aprender, oh alma mía, a guardar un noble y suave silencio en la violencia; sé cordero como el Cordero de Dios.

¡Qué mansedumbre la de Jesús delante de Caifás! Presa de los furores de la ruin soldadesca que le escupe al rostro, le mesa los cabellos y hace de Él un juguete. Jesús no dice nada, ni siquiera una palabra de queja.

¡Qué bondad en la mirada que Jesús dirigió a Pedro después de haberle éste negado tres veces! Era como la mirada de un padre que reprocha a su hijo la falta y se la perdona inmediatamente.

¡Qué mansedumbre la de Jesús en medio de los sufrimientos del pretorio, al recibir aquellos millares de azotes; y después bajo el

peso abrumador de la cruz!

¡Qué paciencia en la cruz para no dar más que bendiciones por las maldiciones sin cuento que recibía, perdón por las injurias y gracia por la ingratitud; pero la mansedumbre de Jesús brilla con todo su resplandor en estas palabras: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?” La mayor prueba que Jesús haya sufrido es el abandono de su Padre. Nunca se quejó de sus dolores ni de la crucifixión, mas con este dolor del corazón los sufrimientos llegan a su colmo; lo revela el Señor. Y a la verdad no hubiéramos llegado nunca al conocimiento de este nuevo sacrificio, el mayor de todos, si Él mismo no nos lo hubiera revelado. Pero al quejarse lo hace en términos respetuosos: “Dios mío, Dios mío”. Antes es esto acto de amor que otra cosa. Y la misma queja la expresa después de hecho el sacrificio, terminado con estas palabras: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Oh buen Jesús, en la cruz ciertamente os mostráis más manso y humilde de corazón. Y por este medio os atraéis todo a Vos mismo: al ladrón penitente, a los verdugos arrepentidos, al mundo entero... y a mi corazón.

A ejemplo de Jesús tienes que practicar, oh alma mía, la mansedumbre de paciencia en la enfermedad y en los sufrimientos.

La mansedumbre de la paz en medio de los contratiempos.

La mansedumbre del amor sobre la cruz. “Bienaventurados los mansos, dice Jesús, porque ellos poseerán la tierra”.

“Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios”.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”.

TERCERA MEDITACIÓN
Santísima voluntad de Dios

El camino más corto, más perfecto y amable para llegar a la santidad es la conformidad con la voluntad de Dios, es traducir en la práctica de la vida esta oración: “Hágase tu voluntad”.

La voluntad de Dios debe ser la regla suprema de mi vida.

I

Ella debe ser la ley soberana de mi mente y todo lo debo pensar, desear y juzgar conforme al pensamiento, deseo y juicio de Dios; así me encontraré siempre en lo justo.

¿Qué dice, qué piensa Jesucristo sobre esta cuestión o sobre este asunto? –He ahí la primera ley de la sabiduría.

¡Ah, cuántas veces me he equivocado en mis juicios por no consultar más que al mundo, al amor propio y a mi gusto!

II

La santa voluntad de Dios debe ser la regla invariable de mi voluntad; nada más justo y razonable que el someterse la voluntad de un criado o de un niño a la de su amo o padre.

Nada hay de bueno, de santo ni de perfecto fuera de lo que Dios quiere. Y la voluntad de Dios es siempre fácil por cuanto va acompañada de la gracia que hace todo ligero, dulce y amable. La única cosa útil o conveniente para mí es lo que Dios quiere de mí. Como ve todas mis necesidades y conoce mi flaqueza, escoge lo que hay de mejor para mí.

¿Qué me queda, por consiguiente, por hacer, sino conocer su voluntad sobre mí y cumplirla con amor?

Tal es la ley de vida más sencilla y proporcionada a mis necesidades: ¿Qué quiere Dios que haga en este momento?

Siempre podré conocer la santa voluntad de Dios por lo que dictaren el deber, las conveniencias o la caridad.

Su gracia interior me inclina siempre a la divina voluntad, y la Providencia prepara todos los medios y todas las circunstancias favorables para ella.

Así que Dios se ocupa de mí lo mismo que una madre de su pequeñuelo; Dios se ocupa de mí de igual modo que si en el mundo no tuviera más que a mí por gobernar y santificar, sin dejar nada en su maternal providencia al acaso. Todo en mi vida está previsto, preparado y dispuesto; sólo falta que yo por mi parte diga: Hágase tu voluntad.

Oh buena y dulce ley; yo te tomo, yo te escojo por ley divina de mi vida.

Diré en todo: ¿Qué quiere Dios? Y añadiré: Pues eso es también lo que yo quiero.

La santa voluntad de Dios debe ser la regia ley del amor de mi corazón.

Debo amar sólo lo que Dios ama, y amarlo porque Él lo ama y ello le agrada.

Por consiguiente, amaré cuanto me aconteciere por la santa voluntad de Dios; no miraré a si eso agrada o desagrada al mundo, sino que me fijaré tan sólo en si agrada a Dios y le da gusto.

Mi corazón descansará sin temor así como sin tristeza en el amor de la divina voluntad y de su beneplácito.

Sólo me contentaré cuando pueda decir que cumplo la voluntad de Dios.

Renuncio, Dios mío, a mi voluntad para consagrarme y entregarme por entero a la vuestra.

Ya no quiero saber, ni desear, ni amar otra cosa que vuestra santa, adorable y siempre amable voluntad.

DIRECTORIO

EXAMEN PARTICULAR: *sobre la oración mental.*

¿Qué asunto de oración produce mayor bien a mi alma? ¿Cuál es el que hace más generosa, mayor sosiego le da y más la une con Dios?

¿Cuáles son las faltas que cometo ordinariamente en la oración? ¿Cuáles las que cometo antes de ella, mientras la estoy haciendo y después de hecha?

¿Cuál es el pensamiento que domina en la oración? ¿Cuál es el carácter de los afectos? ¿En qué se fijan de ordinario?

LECTURA ESPIRITUAL. –Imitación, L. II, c. 9; 1. III, caps. 7, 16, 18.

VÍA CRUCIS

Entre las virtudes de Jesús, considerar aquella que más brilla en cada estación.

SÉPTIMO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

JESÚS OBEDIENTE

La obediencia es la virtud favorita y constante de Jesús, y la practica desde el nacimiento hasta la muerte. La practicará igualmente hasta el fin del mundo en su adorable sacramento de la Eucaristía.

Medita, alma mía, sobre Jesús obediente, que tal es tu adorable modelo. Por sí mismo Jesús no ha hecho el menor acto; no ha dicho ni siquiera una sola palabra sin antes someterla a la obediencia de su Padre celestial o de los que hacían sus veces en la tierra.

1.º Jesús obedece *al pie de la letra* en cuanto a la naturaleza de las cosas mandadas, y en cuanto a las circunstancias de tiempo, lugar y modo, sin añadir por su parte otra cosa que un acto de amorosa obediencia. También tú obedecerás formal y materialmente a una orden clara y terminante, a un deber cierto, a la voluntad positiva de Dios, y serás obediente con Jesús.

2.º La obediencia de Jesús parte del corazón. –Obedece *con alegría* porque ama a su Padre y quiere complacerle.

Obedece *con prontitud* y sin tardanza porque sólo una cosa quiere, que es glorificar a su Padre como su Padre lo requiere y nada más que como Él lo pide.

Obedece *con generosidad* en las cosas más penosas y dificultosas para la naturaleza, sin esquivar la menor parte del sacrificio. Ahí está el calvario para hablarnos de Jesús “obediente hasta la muerte y muerte de cruz”, según nos dice san Pablo. –Sea tu obediencia, alma mía, cordial, afectuosa y pronta como el fuego del amor. Cuanto mayor es el sacrificio de la obediencia, tanto más perfecto es el amor, el cual no mira a lo que cuesta y repugna, ni a los sacrificios que impone, sino al deseo y beneplácito de Dios, a quien ama por encima de todas las cosas.

3.º Obediencia de juicio en Jesús. –Obedecer por razón es

obedecer a sí mismo; obedecer por el sentimiento del corazón es obedecer por el amor conocido y sentido. Mas obedecer por el sacrificio y la renuncia del juicio es obedecer por el misterio de la fe y del amor, y a esto es a lo que se le llama obediencia ciega o perfecta, que obra sacrificando todas nuestras facultades y todo nuestro ser. Así fue el sacrificio de Abrahán al inmolar a su hijo Isaac, y el de María al aceptar la proposición de la divina maternidad; así es la obediencia de Jesús, que va hasta la muerte en cruz y nos salva más por las humillaciones y el sufrimiento que por la gloria y la majestad.

Mira, alma mía, a tu modelo; para practicar perfectamente la obediencia sólo una pregunta tienes que dirigirte: ¿Quiere Dios esto? ¿Sí? Pues esto me basta; no tengo por qué pedirle razón de lo que manda, ni por qué conocer los motivos particulares que haya podido tener para su determinación. El amor de su voluntad me basta. Por lo demás, Dios no quiere más que mi bien. Él piensa y escoge por mí: sólo me toca obrar y obrar bajo la dependencia de la gracia.

4.º Obediencia de Jesús al divino beneplácito. –El amor verdadero no espera el mandato para obedecer; el deseo y el agrado de la persona amada son órdenes para su corazón, pues el amor gusta de prevenir.

Así es la obediencia de Jesús. El Padre lo había dejado libre de rescatar a los hombres por medio de una vida gloriosa o por medio de las ignominias del calvario, pero como sabía que agradaría más a su Padre y nos mostraría mayor amor escogiendo el misterio y la locura de la cruz, escogió esto último. De esta suerte su amor previno el deseo del Padre y escogió la cruz con todos sus horrores y sus crueles suplicios.

¿Quieres tú, alma mía, amar también a Dios y amarte con amor soberano y único? En la obediencia está la prueba de tu amor, por lo que tienes que ser una víctima de santa obediencia; sigue la regla de la obediencia si quieres tener siempre verdadera virtud, y vive de obediencia si quieres vivir de amor.

El amor perfecto es entera abnegación de sí mismo y holocausto de todo el hombre.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Jesús, presente en el santísimo Sacramento, es el modelo siempre vivo de las virtudes cristianas y el centro de vida de la virgen cristiana.

1.º Jesús sacramentado, modelo de vida sencilla y oculta. –En la Sagrada Eucaristía oculta Jesús no sólo la Divinidad, sino también su santísima Humanidad, y no se percibe ni siquiera un rayo de su gloria ni un rasgo exterior de su poderío como en el Tabor. No se oye su voz tan tierna y arrebatadora; su mansedumbre y bondad ya no relucen en sus tan hermosos ojos; oculto está el cuerpo y sus manos bienhechoras se esconden. Se encuentra como aniquilado y aun más oculto y anonadado que en Nazaret y en su Pasión.

En torno a su sagrada persona reinan soledad y silencio, y la corte celestial participa también de su estado oculto. Realmente sois, oh Dios mío, un Dios escondido.

¿Y qué os proponéis con eso? Aficionarme a la vida sencilla y oculta; recordarme sin cesar vuestra vida de anonadamiento; moverme a que, prescindiendo de los sentidos, de las criaturas y de la gloria, os busque únicamente en el misterio de vuestra vida oculta. Sí, Jesús mío, yo quiero aficionarme a esa vida sencilla y oculta y amarla en Vos y con Vos, por lo mismo que es vuestra vida de predilección y de amor.

2.º Jesús sacramentado, modelo de pobreza. –¡Cuán pobre es Jesús en el santísimo Sacramento! ¡Qué morada más pobre! La divina persona de Jesús no cuenta muchas veces más que con cuatro tablas carcomidas e inservibles para usos humanos, con lienzos bastos y con frecuencia sucios, con vasos sagrados de vil metal a menudo. ¡Qué ornato más pobre, en verdad, para Jesús, rey de la gloria! ¡Qué estado de pobreza! En él se le deja abandonado muchas veces como se deja a un pobre desconocido y menospreciado. Los reyes se ven rodeados de guardias día y noche, más Jesús carece de ellos; los reyes tienen cortesanos abnegados y Jesús no cuenta en toda su parroquia con una sola alma que le ame de todo corazón; no hay un solo hombre que no tenga algunos amigos y Jesús, en muchos lugares, carece en absoluto de ellos.

¡Pasa seis días solo, encerrado en la iglesia!

¿Por qué habéis escogido, Dios mío, un estado tan pobre y

oscuro? ¡Ah, hija, para recordarte mi santa pobreza! Como no la puedo practicar en la morada de la gloria, vengo a continuarla a tu lado en mi sacramento. Vengo a enseñarte en qué aprecio debes tener la pobreza y el desasimiento, y cuál es la verdadera gloria de mi amor; vengo a ti para que tú vengas a hacerme compañía y me consueles en mi soledad del abandono en que me deja el mundo.

3.º Jesús sacramentado, modelo de humildad. –Aquí Jesús rebaja su gloria hasta el último límite del anonadamiento, por tanto no conserva forma divina ni humana, ni la fuerza de su poderío. Pondera, alma mía, cómo Jesús se deja despreciar y blasfemar impunemente; cómo se deja coger y pisotear sin quejarse; cómo sin vengarse se deja crucificar por el sacrílego; cómo se deja negar por sus hijos sin alegar en pro de su causa el testimonio del cielo y de la tierra.

Pero, ¿por qué os exponéis, oh Jesús mío, impunemente a tantos ultrajes? ¿Por qué no os habéis puesto celestiales guardias alrededor del sagrario? ¿Por qué dais lugar a la incredulidad por vuestra presencia velada y como anonadada? Ah, hija, lo que quiero es probarte mi amor y poder decirte en todo momento: "Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón"; quiero obligarte a que practiques la humildad para venir hasta mí y encontrarme en el centro de mi vida. Sé humilde, hija, como tu Salvador. Revístete de las insignias de la vida eucarística; rodéate de la nube sacramental en tus virtudes como en tu amor, y tendré entonces dos tabernáculos, dos tronos: el que tú me dispongas en tu corazón será el trono de mis delicias.

4.º Jesús dulce y paciente en su divino Sacramento. – Aquí Jesús no sabe quejarse ni vengarse de los pecadores, sino tan sólo bendecirlos y atraerlos hacia sí.

"Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré" (Mt 11, 28). Para sus nuevos verdugos Jesús sólo perdón y misericordia pide: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen", pues ignora que sea tan bueno y amable. He aquí cómo Jesús es manso con sus hijos ingratos.

Sé, alma mía, dulce como Jesús. Haz bien a los que te hacen mal; desea bendiciones divinas a los que te maldicen. Ruega con sosiego por los que te calumnian, pues así ha hecho y hace Jesús.

Jesús es manso en la Eucaristía; no se irrita contra sus hijos,

que le dejan tanto tiempo solo; no arroja a los que le sirven fríamente, sino que hace uso para todos de unas palabras dulces como la miel de la divina caridad, y para todos tiene una mirada llena de bondad y un corazón que es puro amor. Tal es el amante de los corazones.

Sé dulce, hija mía, para los que te sirven, y te sirven mal, que yo nunca te he desechado; sé mansa para las personas que no te agradan o te hieren, pues soy manso y paciente contigo; sé dulce y trata de complacer a todos, lo mismo que yo hago contigo. La impaciencia y la vivacidad nacen del amor propio, y un tono autoritario y severo es indicio de un alma que ha muerto poco a sí misma. Ámame y mi amor te tornará paciente y buena, fuerte y suave, y viviré en ti.

5.º Jesús obediente en el santísimo Sacramento. –En la Eucaristía Jesús obedece al sacerdote y se pone a su absoluta disposición; obedece a todos los fieles que le reclaman; obedece a los enemigos, aun a los mismos que son nuevos Judas, aun a los cristianos sacrílegos. ¡Oh prodigio inconcebible! Jesús se deja coger por los hombres abominables, que se sirven de la adorable hostia para espantosos misterios mágicos.

Jesús obedece sin resistencia ni murmuración; cual cordero eucarístico, se deja profanar sin quejarse.

Jesús obedece prontamente a la voz del sacerdote; obedece por amor; obedece siempre y seguirá obedeciendo hasta el fin del mundo... Dios mío, mi alma se escandalizaría al ver tantos sacrilegios si no conociera vuestro amor. Y aun así, este pensamiento abruma mi inteligencia, confunde mi alma y hace estallar al corazón. ¿Es posible que vuestro amor a los hombres y sobre todo a hombres ingratos y de corazón insensible y dividido llegue hasta este punto?

¡Oh, en cuanto a mí, muy de corazón os pido perdón de todas mis ingratitudes! Nunca llegué a comprender con tanta perfección el amor que me mostráis en la Eucaristía.

Sí, la Eucaristía será para mí en adelante el cuadro de vuestras virtudes, la regla de mi vida y el centro de mi corazón. Con vos presente en el santísimo Sacramento viviré; con vos me consolaré y con vos trabajaré. Quiero establecer una corriente eléctrica de amor entre mi morada y vuestro divino sagrario, y de vuestro sagrado copón dirigiréis hacia mí gracias y dardos inflamados que yo os devolveré con mi corazón herido de amor.

TERCERA MEDITACIÓN

Clausura de los ejercicios – Ramillete espiritual – Mi amor a Jesús en la vida y en la muerte

Voy a salir de este cenáculo, de este cenáculo que es luz y fuerza, gracia y amor.

¡Cuán bueno habéis sido para mí, Dios mío! ¡Cuántas gracias en una sola gracia! ¡Cuántos testimonios de amor! ¿Qué puedo hacer por vos en correspondencia? Amaros en la vida y en la muerte, y después en la eternidad.

Mas la vida de Jesús es un amor de combates y sacrificios; prepárate, alma mía. Escucha, dice la voz de Jesús, cuál será tu porvenir.

1.º La naturaleza, cansada de tanto oír hablar de sacrificios, comenzará a murmurar, y ya no querrá nada de una vida que la inmola a cada instante. Retrocederá del altar de la inmolación y le pesará por haber dejado el camino anterior. ¿Qué harás?

Pues no le haré caso, Dios mío; no razonaré con ella; inmolaré a mi Isaac como Abrahán; me inmolaré con María al pie de la cruz, y apretaré aún más los lazos que me atan con vos, teniéndome por harto feliz de poder ofreceros tan hermosa víctima.

Ya no hay lugar a deliberación: o morir o seguiros.

2.º El mundo contrariará tu vida sencilla y oculta. Criticarán tu frialdad; dirán que eso es pura exageración, o bien te rodearán de mayores muestras de cariño, de estima y de afecto, y porque ya no quieres más que a solo Dios, el mundo querrá darse a ti. ¿Qué harás?

Vos seréis, oh Jesús, el único Dios de mi corazón; nadie en adelante será capaz de turbarlo, sino que en el vuestro estará oculto y perdido. Os consultaré, Dios mío, y vuestra palabra me será vida; dejaré que el mundo grite, critique, me estime o me desprecie, me odie o me ame, pues sólo vos me bastáis; dejaré que el mar agite sus olas e invada amenazador la orilla, porque, estando en la montaña de Sión, en vos me fortificaré; ufana de vuestro amor y celosa de mi título, llevaré tan sólo mi corazón que nunca subirán hasta mí ni la tierra ni sus bienes, como tampoco las criaturas y sus promesas.

3.º Mi enemigo el demonio, envidioso de tu felicidad y de mi reinado en ti, atormentará tu cuerpo y alma y redoblará sus furores, ya azorándote con el temor excesivo del pecado, ya restándote ánimo con el temor de la ilusión; unas veces valiéndose del arma del desaliento y de la desesperación, atacará tu filial confianza en mí, atacará tu piedad como un orgullo, tus comuniones como un abuso, como una injuria a mi servicio tu oración y tu confianza en la devoción como inútil; hasta a excesos de piedad te llevará otras veces. Y tú, ¿qué harás?

Pues desconfiaré de mi flaqueza y me iré a vos, para que vos me deis fuerza y sosiego; y cuando mis recursos estén a punto de agotarse y vos nada me digáis, iré al Ananías que me habéis dado y le abriré mi alma con sencillez, orando y obedeciendo.

4.º Mas va a presentarse una ruda prueba, la mayor de todas y la que más lastima el corazón: Yo mismo, hija mía, te haré sufrir. Así como se purifica el oro, así pruebo yo al alma que quiere unirse conmigo, poniéndola en el crisol de las tribulaciones, para que, si persevera fiel, salga pura, bella y digna de mi alianza; es preciso que la purifique de toda aleación de elementos viles e impuros; no puedo unirme con la carne y los sentidos, sino tan sólo con la fe del espíritu y un corazón adornado de pureza, y por esta razón probaré tu piedad con arideces y sequedades desoladoras; voy a crucificarte en la oración, a embotar el sentimiento de tu amor; voy a ocultar mi rostro y suspender mis consolaciones, abandonándote a una prueba amorosa por un momento. ¿Qué harás?

Lo mismo os amaré, Dios mío, cuando me encuentre desolada como cuando me encuentre consolada, pues sois el mismo Dios. Me recordaré de vuestra agonía en el huerto de los olivos y de vuestro abandono en la cruz; cuando menos, siempre os tendré por amigo y compañero de mi estado, sirviéndoos por el sacrificio de mí misma.

Esperaré en vos contra toda esperanza.

Os amaré a vos, más que vuestros dones; os amaré por vos mismo y hasta la muerte.

Virgen santísima, hija vuestra soy y esposa de vuestro Hijo divino. En vuestro corazón pongo mi última resolución y mi última palabra: Soy y seré del todo para Jesús por María.

SEGUNDA TANDA

de ejercicios espirituales de seis días dados a los Religiosos del Santísimo Sacramento

COMIENZO DE LOS EJERCICIOS

MEDITACIÓN PREPARATORIA

LA GRACIA DE LOS EJERCICIOS

I

¡Cuán grande es esta gracia de hacer los ejercicios espirituales, pues encierra todas las demás gracias!

Puede ella alcanzarme el perdón completo de mis pecados y devolverme la gracia bautismal, concederme una conversión completa como a la Magdalena a los pies de Jesús y establecer en mí el reinado de Jesús como en san Juan, cuando éste descansó sobre el pecho de su bondadoso Señor.

¡Qué bueno es Dios al concederme una gracia tan grande, al poner, en su amable providencia, a mi mano un medio de salvación tan poderoso y que tanto amor entraña! ¡Oh, sí! Quiero aprovecharme muy bien de ella y ponerme en retiro a los píes de Jesús.

II

¿Qué debo hacer en estos ejercicios? Tres cosas:

1.º Ponerme por completo bajo la acción de la gracia de los ejercicios, del mismo modo que el hierro y frío y herrumbrado se somete a la acción del fuego y la planta sin vigor a la del sol vivificador.

2.º Ponerme sin condiciones ni reservas a la disposición de la santa y amable voluntad de Dios sobre mí, diciéndole con el Profeta: "Dispuesto está mi corazón a cumplir con amor todas vuestras voluntades".

3.º Enderezar todos estos ejercicios al perfecto establecimiento del reinado de amor de Jesús, y sobre todo de Jesús sacramentado, puesto que este buen Señor ha dicho: "Quien come mi cuerpo y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él".

III

¿Qué medios emplearé para asegurar el fruto de estos ejercicios? Tres:

1.º Mantener el espíritu en sosiego, desentendiéndome de toda ocupación extraña y de toda preocupación de lo venidero, evitar toda tirantez y violencia de trabajo. Sólo para ver el camino me serviré del espíritu.

2.º Mantener recogido el corazón en el ejercicio sencillo y afectuoso de la devoción; por medio del corazón tengo que hacer oración, puesto que Dios me pide el corazón para en él vivir y reinar.

3.º Mantener el cuerpo y los sentidos en santa modestia, como suele estar un servidor ante el rey y el ángel en presencia de Dios.

Iré a Jesús por María, con María y en María, figurándome estar en el cenáculo con mi buena madre; bajo su inspiración y dirección haré unos buenos Ejercicios Espirituales eucarísticos.

PRIMERA MEDITACIÓN

Amor de Jesús en mi creación

Dios me ha creado en su amor.

En sí mismo me amó desde toda la eternidad; luego formó mi cuerpo con sus manos y creó mi alma con su soplo amoroso; como fruto que es de su mismo amor, la creó a su imagen y semejanza.

Por ser obras privilegiadas de su amor, dotó a mi alma y a mi cuerpo de todos los dones, cualidades y gracias apropiados al logro del fin que me propuso.

Para sí, y sólo para sí me crió Dios.

Quiere ser mi fin supremo, único y eterno, mi fin de gracia y de gloria.

Me creó con el único fin de concederme el mérito y la felicidad de conocerle, amarle y servirle en esta vida como a mi soberano rey y al Dios de mi corazón, y un día poseerle como al Dios de la gloria.

Dios me creó en las mejores condiciones para conocer, amar y servirle, por cuanto me dio la vida bajo la ley de la gracia y me hizo nacer de padres católicos y educarme cristianamente. Así que Dios se me mostró desde el alba de mi razón y después me ha ido ayudando en los días de necesidad y de peligro.

¡Oh, qué buen padre ha sido Dios para mí!

¿He sido agradecido con Él? ¿He cifrado mi honra en conocerle, amarle y servirle? ¿He vivido para Dios? ¿Ha recibido Dios el homenaje de toda mi vida?

¿No es justo, sin embargo, que el fruto del árbol sea para su dueño y no para el mismo árbol? ¿No es justo que un criado sirva a su amo y no a un extraño? ¿Acaso pide un hijo a sus padres un sueldo por su obediencia y afecto?

¡Ay! ¡Peor servido ha sido Dios que el hombre! Más afectuoso y generoso he sido para las criaturas que para Dios.

¿Qué haré? –Prorrumpir en llanto, amar y morir por mi Dios... Lloraré por haber olvidado a mi Dios, por haber preferido a Dios una criatura y haber correspondido con tan negra ingratitud a un Padre tan bondadoso.

¡Desdichado de mí que no he tenido espíritu más que para la vanidad, corazón para el amor propio y voluntad para el egoísmo! En una palabra, a mí mismo me he constituido en fin: fin pecaminoso, fin desdichado por cierto.

Voy a amar a Dios y volver a su bondad y misericordia siempre abierta para mi corazón.

Voy a comenzar por amar para llegar a la virtud, a morir a mí mismo y al mundo, a fin de que no viva más que en Jesús, en su muerte resucitada...

SEGUNDA MEDITACIÓN

Gracias de preservación

¿Qué gracias daré a Dios por su divina e inefable Providencia para conmigo?

I

Dios me conservó la vida cuando yo le ofendía y era culpable y digno del infierno.

¿Qué sería de mí si la muerte me hubiera sorprendido en aquel estado? ¡Oh bondad de Dios realmente maternal, me habéis ocultado bajo el manto de la divina misericordia, para que no llegaran hasta mí los golpes de la divina justicia! ¡Me habéis conservado la vida con la

esperanza de que un día me echaría sin retorno en brazos de vuestra bondad inagotable!

¡Ay, Dios mío! ¿He reconocido bien mi pecado y mi ingratitud? ¿Estoy real y debidamente arrepentido? ¿Ha triunfado de veras sobre mí vuestra misericordia?

Pero, ya se acabó con el pecado; ya nada quiero con el mundo; me avergüenzo de haber sido tan ingrato; desde este momento voy a ser, o mejor, quiero ser y soy totalmente vuestro.

II

La bondad de Dios me ha preservado de inmensos peligros:

1.º Podía en primer lugar perder el hermoso lirio de la pureza. Desgraciadamente, me he expuesto por mi ligereza a tamaña desdicha. Grande era mi flaqueza, muy débil mi corazón, negligente mi voluntad y nebulosa mi conciencia. De haber pasado unos días más y presentándose una ocasión más seductora, ¿qué hubiera sido de mi virtud? Mas vuestra misericordia me aguardaba al borde del abismo, como Daniel en la fosa de los leones.

¿Qué os daré, Dios mío, en correspondencia por esta blanca corona y cetro real, por este reino de paz y libertad que me habéis conservado? ¿Me será alguna vez posible apreciar debidamente su valor y devolver sus frutos?

2.º La divina providencia me ha concedido mayores gracias aún, me ha conducido como a un niño en medio de los peligros, que de otro modo me hubieran tal vez escandalizado; ha cerrado mis oídos para no comprender la seducción que bien hubiera podido conmoverme; sin sospecharlo siquiera me ha hecho evitar una porción de lazos ocultos en el camino y no pocos escándalos que me esperaban. Cuando una cosa de nada me impedía salir, me retenía más tiempo en una ocupación o me hacía cambiar de camino, vuestra divina y amable Providencia, Dios mío, velaba sobre mí y decía: Quédate aquí, vete allá, y así quedaba a salvo.

III

La bondad de Dios me ha sostenido. –Puso en mi camino al ángel Rafael que me condujese y de su parte me esperase. En el tiempo preciso me envió un consejero sabio, un poderoso defensor, un consuelo en las penas y una reserva en el goce y la alegría. Me

puso en la mano ora un libro que me hablara, ora una señal cualquiera que me recordara el deber: cosa de nada en apariencia, pero en realidad gracia y luz del momento, la gracia apropiada para salvarme.

¡Ah! Si me fuera posible ver en Dios todo el cortejo de ángeles que ha puesto a mi lado para guardarme y acompañarme, todas las buenas inspiraciones que me ha enviado para guiarme, todas las gracias que, cual hermosas flores, han bordeado el camino de mi vida, la misión confiada a cada criatura respecto de mí, cuántas maravillas de amor descubriría! Se diría que cielo y tierra no se movían ni se mueven más que para mí y que yo constituyo el objetivo que con ellos Dios se propone.

¿Qué querrá Dios con tanto amor? Que sea del todo suyo; que reconozca sus derechos de amor, sus derechos de bondad y sus derechos de justicia. ¡Oh, sí, Dios mío; los reconozco, los adoro y los amo! Reinad...

TERCERA MEDITACIÓN

Amor de la redención

I

Tan grande ha sido el amor de Dios Padre para conmigo que me ha dado al unigénito para rescatarme.

Adán, padre mío según la carne, me ha legado el pecado y es causa de que haya nacido como hijo de ira, esclavo del demonio y condenado a muerte eterna. Nunca hubiera podido sin Jesucristo entrar en el cielo y llegar a ser hijo de Dios; ¿sería la vida para mí un bien sin la gracia de la redención?

¡Lo bueno que ha sido Dios Padre para conmigo! Había menester de un salvador y me ha dado su Hijo. Me ha amado más que la gloria y la vida natural de Jesús. Quiso que Jesús se constituyera víctima de mi salvación para que pudiera yo volver a ser hijo de su amor y de su gloria.

II

Tanto es lo que Jesucristo me amó que para rescatarme escogió el medio que más había de abatirle y hacerle sufrir, el mejor medio

que a su amor fue posible idear. Bien hubiera podido rescatarme con una lágrima, con una oración, con un suspiro, pues que todo lo suyo tenía valor infinito. Pero como en este caso no hubiera comprendido yo bien la enormidad de mis pecados, ni la grandeza del amor de Jesús, ni se me habría dado Él por completo, su amor no podía quedar con sólo eso satisfecho.

Mas ¡ay! ¡Por qué humillaciones no ha pasado Él! ¡Qué dolores no ha sufrido! ¡Qué muerte más afrentosa no ha padecido!

¡Oh Jerusalén! ¡Oh calvario! ¡Oh Salvador mío! Me hinco de rodillas al pie de vuestra cruz, árbol de vida y de muerte, por medio del cual me habéis salvado.

III

Llevado de su amor extremo pone Jesús de continuo a mi disposición las gracias y el valor de la Redención.

¡Cuántos hombres hay que no se aprovechan de las gracias de la redención de Jesucristo porque no le conocen! No tienen conocimiento de su amor, de su cruz ni de su calvario: ¡y yo conozco a Jesús crucificado!

¡Cuántos conocen a Jesús y a Jesús redentor, mas no quieren ir a Él porque tienen más apego al mundo que a Él, porque no quieren romper las vergonzosas cadenas de sus pasiones y son voluntarios esclavos del pecado! ¡Y yo he sido preservado de los lazos del mundo; Jesús ha roto mis cadenas y me ha puesto en libertad! ¡Es mi salvador! ¡De cuántas gracias no le soy deudor!

A mi disposición tengo el manantial del agua viva, el baño saludable de la sangre de Jesucristo y el precio de mi redención en los sacramentos de Penitencia y Eucaristía en el santo sacrificio de la misa.

Sólo gracia y amor es para mí el calvario. ¡Cómo no hubiera podido soportar el de Jerusalén! ¡Oh, hasta dónde llega la bondad de Jesús para conmigo!

Como un rescatado pertenece a su dueño, yo quiero ser propiedad absoluta de mi Libertador divino. Pues Él es para mí, quiero también yo ser para Él, y sólo para Él, tanto más cuanto que es mi resurrección y vida.

SEGUNDO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

Necesidad de la redención

Me veo muy inclinado al mal por mi naturaleza y mis vicios.

I

Por la naturaleza. –Mi espíritu es de suyo orgulloso, lleno de vanidad, más propenso a ir en pos de la estima humana que en pos de Dios, a obrar instintivamente por amor propio. ¡Válgame Dios, lo grande que es en mí esta miseria! Ni siquiera la conozco bien, pues es un abismo insondable. Es la hipocresía de la serpiente, la astucia del demonio.

Antes quisiera mi corazón amar las criaturas que a Dios, aficionarse a las criaturas que a Dios y, ¿me atreveré a decirlo?, a preferir nonadas a la virtud de Jesucristo, a su pobreza, modestia y sencillez.

¡Miseria incalificable! Mi corazón quiere ser amado como Dios y convertirse en centro y fin del humano afecto, como si la nada pudiera dar ser y vida, como si el siervo debiera arrebatar la gloria a su señor.

Mi voluntad, aunque generosa para el mundo, muy abnegada para todo lo que le agrada y tenaz en los propios deseos, es cobarde, flaca e inconstante para el bien. Sólo cuando se trata de Dios y de su servicio me resulta necesario violentarme; y aun así suelo regatear, aplazar y dividir el deber divino.

Mi cuerpo es sensual y los sentidos no están sometidos todavía a la ley de Dios ni a su gracia. ¡Oh! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Sólo la gracia, el amor Jesucristo. ¡Qué enemigo llevo, ay, conmigo mismo!

II

No sólo me inclina al mal mi propia naturaleza, sino que he

aumentado esta pendiente con la muchedumbre de pecados que he cometido. El hábito del pecado y del vicio, el orgullo y el amor propio se han enseñoreado de mi espíritu, y mi corazón está lleno de afectos desordenados. La voluntad se niega a la ley, a la gracia de Dios. No me atrevo a ver, a contar ni analizar los pecados cometidos Con mis sentidos. Adán corrompió mi naturaleza con un solo pecado, mas yo la he viciado con millares de faltas; razón es que me presente ante Dios como un cuerpo recubierto de tristes y vergonzosas cicatrices.

¡Oh, cuán grande es la necesidad que de la humildad de Jesús tengo para curar las llagas de mi orgullo; de su amor para contrarrestar el amor impuro, y de su modestia y mortificación para curar el cuerpo devolviéndole honor, fuerza y virtud!

Necesito que su sangre corra por la mía para purificarla y devolverle la perdida tersura; tengo necesidad de su cuerpo para resucitar el mío; de su alma para vivificar mi alma, y de todo Él para renacer a nueva vida.

Este precisamente es el fin de la redención: para curarme y unirme consigo, Jesús se hizo mi salvador.

¡Venturosa culpa de Adán, pero desdichados mil veces los pecados que me han apartado de Jesús!

SEGUNDA MEDITACIÓN

Bondad de la paciencia de Dios

¡Qué bueno ha sido Dios para conmigo!

I

Ha esperado a que hiciera penitencia cuando no le servía ni le amaba, antes bien, le ofendía y estaba cubierto de pecados que provocaban los rigores de su justicia.

¡Qué desgracia! ¡Ha habido en mi vida un tiempo en que estaba en pecado mortal, siendo, por consiguiente, enemigo de Dios y estando suspendido sobre el infierno!

De haberme sorprendido la muerte en este estado, tiempo ha que estaría en el infierno con los demonios y réprobos, ¡y para toda la eternidad!

Bastaba para ello que Dios retirase la mano que me sostenía, y dejase al pecado mortal seguir su curso natural para que la divina justicia hiriese desde hace tiempo a uno tan culpable como yo.

En el mundo el castigo debe seguir al crimen: es ley a la que ni siquiera el amor paternal se sustrae. Mas, afortunadamente para mí, Dios no la ha seguido.

Ha obrado conmigo como un padre que cierra los ojos y se finge ignorante para no ver en mí más que una criatura amada.

¡Y cuántos días, meses y años, no ha esperado Dios por ver si hacía penitencia! Y entretanto continuaba alimentándome, sirviéndome y concediéndome sus gracias. Iba conservándome honor y bienes: la fe; la esperanza, todo aquello que podía tornarme al arrepentimiento, a los pies de mi divino Padre.

¡Cuán bueno ha sido Dios para conmigo! ¿Qué podré dar a Dios en correspondencia de tanta bondad?

II

Dios ha trabajado, con una paciencia admirable, por convertirme.

¡Ay! ¿Cómo ha podido Dios sufrir con tanta paciencia mis repulsas o mis tardanzas en rendirme a la gracia? ¿Qué padre hay o qué madre, cuya paciencia no se agote con semejante conducta? Sí; Dios ha sido tan paciente como bueno conmigo.

Me ha vuelto hacia sí mostrándome la vanidad de las criaturas y haciendo que viera por experiencia que sólo Él es bueno, y siempre bueno.

Dándome a gustar el bien inefable que es Él mismo ha hecho que palpe lo caducos y vacíos que son los bienes y placeres envolviéndolos en hastío y amargura. Para que mis ojos se abrieran a su verdad y a su gracia ha agitado y conmovido todo en torno mío: quería que fuera todo para Él y sólo para Él.

Y además, ¿cómo apreciar todas esas gracias interiores por medio de las cuales insensiblemente me quitaba el apego a las cosas del mundo y a mí mismo, aficionándome dulce y fuertemente a su amor? ¡Cuántas inspiraciones, no por suaves menos fuertes, venían a conmover mi alma! ¡Cuántos sentimientos de confianza y de temor me impulsaban a rendirme a discreción: el cielo y el infierno, el pesebre y el calvario, Nazaret y el cenáculo!

¿Cómo he podido, oh Dios mío, resistir por tanto tiempo sin entregarme a vos por completo? ¿Qué perdía perdiéndolo todo por ganar a vos? ¿Qué cosa preciosa o de gran valor os daba en pago que pudiera parangonarse con vuestra gracia y vuestro amor?

¡Oh Dios mío, por qué os habré amado tan poco y tan tarde!

TERCERA MEDITACIÓN
MISERICORDIA DE DIOS

Dios me ha perdonado, pero con tanto amor, que debería llorar siempre de puro agradecimiento.

I

Dios me ha perdonado tan pronto como me ha visto a sus pies, y sin condición alguna.

Apenas si, como al hijo pródigo, me ha dejado la confusión de tener que confesarle mis faltas; mayor era el placer de este buen Padre en perdonarme que su paciencia en dejarme que le pidiera perdón.

Me ha concedido igual gracia que a Magdalena, a la que perdona y toma bajo su protección tan pronto como la ve a sus pies.

¡Oh qué bueno ha sido Dios para conmigo! No me ha hecho esperar el perdón como yo había hecho esperar a su bondad. Para darme la gracia no ha puesto más condiciones que la de amarle de no pecar más, lo mismo que para san Pedro en otro tiempo.

Y sin embargo, ¡cuán enorme era mi deuda para con su justicia! ¡Qué herida más ancha y profunda la que mi ingratitud debió abrir en su corazón!

¡Oh, no! Por lo mismo que Dios me ha perdonado tan divina y generosamente, yo no debo perdonarme; no es posible que me perdone el haber ofendido a un Padre tan bueno. Cual otro Pedro, lloraré de amor por haber hecho llorar de dolor y tristeza a mi buen Jesús.

II

¡Con cuánta bondad me ha perdonado Dios y con cuánto honor me ha tratado!...

¡Es posible que la bondad de Dios haya olvidado mis faltas y mis ingratitudes hasta el punto de tratarme siempre, y de tratarme aun hoy día cual si nunca le hubiera ofendido, como a esas almas puras que conservan su túnica de inocencia, como a esas esposas de su corazón que sólo de Él y para Él han vivido!

Jesús me pone en relación con toda su corte; me asocia al apostolado de su Iglesia, al celo de sus amigos, a las virtudes de sus vírgenes, al amor de los santos; y eso a mí, indigno de ser siervo del último de los siervos; a mí, que por harto feliz debiera tenerme de estar como el publicano a la puerta del templo, o como la cananea viviendo de las migajas dejadas por los niños...

Y con todo, pese a mi indignidad presente y a la culpabilidad pasada, tengo el honor de ser admitido a la gracia de la devoción; a la oración, alimento de almas selectas; a la vida quieta y solitaria de Nazaret, y por encima de todo a la comunión frecuente; en suma: a cuanto de bueno, santo, grande y divino hay en la tierra.

¡Pero si os equivocáis, Dios mío! ¡Estáis olvidando lo que he sido y lo que soy todavía!

¡Ah! ya lo veo: lo que queréis es triunfar sobre mi corazón a fuerza de amor; lo que con vuestro derroche de beneficios pretendéis es provocar la total entrega de mi vida.

Debiera, ¡ay!, avergonzarme de mí mismo al ver que soy tan miserable que ni siquiera sé apreciar el valor de vuestros dones y la excelencia de vuestro amor.

Poned, sin embargo, Dios mío, el colmo a vuestras gracias: perdonadme el haberos amado tan poco, y dejadme que llore mi ingratitud para con Vos.

De pura vergüenza moriría, si hubiera tratado así a mi padre, a mi madre o a un amigo mío. ¿Sólo con Vos habré, pues, de ser ingrato? No, y mil veces no. Mi conducta será la de Magdalena a vuestros pies, en el calvario, en la soledad. No deseo más que una cosa: Decidme vos que estáis contento de mi amor.

TERCER DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN
Amor de Jesucristo

I

Jesucristo merece y quiere todo mi amor.

Es del todo amable, pues que en Él se encuentran todas las bellezas, bondades y perfecciones.

Si le viera un solo instante, ¡oh!, al punto se derretiría mi alma en sentimientos de admiración y de amor.

Jesús es hermoso.

Jesús es bueno.

Jesús es amable.

¿Quién hay que pueda compararsele?

¡Desdichado de mí! Le he comparado con una criatura, prefiriendo a ésta; me he amado a mí mismo más que a Jesús, puesto que me he convertido en fin por el amor propio.

II

Jesús me amó el primero, cuando yo no le amaba; abierto estaba su corazón sobre mí, aguardando que se despertara el mío para pedírmelo.

Él me amó desde toda la eternidad: siempre he estado presente a sus ojos; me ve y me ama; me ha preparado sus dones y me ha escogido un lugar y erigido un trono en el cielo. ¿Seré, según esto, eterno en su amor? Sí.

Por mi parte, después de tantos años de existencia, no le amo todavía; mi amor no cuenta aún años de vida, y, acaso, no llegue tampoco a un día entero. ¡Oh qué ingratitud!

III

Jesús me ama personalmente lo mismo que si no tuviera en el mundo ninguno más a quien amar.

Jesús me ama con un amor de ternura cual no lo saben tener los hombres, con amor generoso que da como el hombre no sabe dar, con amor personal; soy el fin de sus dones y gracias y el objeto predilecto de su amor.

Soy el fin de la encarnación. Por mí personalmente, por amarme con amor divino y humano a la vez, se hizo hombre. Por mí sufrió desde el pesebre hasta el calvario. En cada uno de sus actos, sacrificios y sufrimientos me dice Jesús: Lo hago por ti, hijo mío, por manifestarte mi amor y por ganarme el tuyo.

Para mí personalmente, para ser mi víctima de propiciación y mi pan del cielo instituyó Jesucristo el sacramento perpetuo de la Eucaristía.

¡Oh es posible, Dios mío, que vuestro amor haya llegado hasta tanto! ¿Pero quién soy yo, bondadosísimo Señor mío, para ser objeto de tanto amor?...

IV

Jesús me ama con amor apasionado.

Se asemejó a mí, a mí tan pobre y miserable, y abraza mi estado de pobreza, trabajo y sufrimiento; quiere vivir como yo: dejó la gloria, el poder y la felicidad para hacerse pobre, débil y paciente, por ser yo todo eso.

Se hace como loco por mí, según expresión de san Agustín. El amar hasta el extremo a uno que no ama, el agotar todos los sacrificios para quien ni siquiera los ha de apreciar, el hacerse víctima de amor, pan y alimento para unirse substancialmente con la criatura, ¿no es, tratándose de Dios, una locura?

Al fijarme, Dios mío, en vuestro amor comprendo la encarnación y también la Eucaristía, que la extiende hasta mí; pero comprendo también el infierno, y el infierno eterno...

Es menester que os ame o que os odie; no puede haber término medio.

SEGUNDA MEDITACIÓN
Darse a Dios por completo

Puesto que tan bueno ha sido Dios para conmigo en mi

creación, redención y santificación, ¿qué voy a hacer en pago de tantos beneficios?

Sólo una cosa tengo que hacer: entregarme a Él por completo. Es lo que Él desea, lo que quiere, lo que prefiere a todo lo demás. Mas, ¿en qué consiste el entregarse a Dios por completo?

I

En no ofenderle nunca de propósito deliberado.

¿Puede haber cosa más justa que el no despreciar, insultar e injuriar a quien se ama? ¿Qué cosa más natural que el evitar lo que puede desagradar o dar disgusto a la persona amada? Pues bien, Dios no detesta más que el pecado, ni prohíbe cosa alguna fuera del pecado.

¡Ah, sí, Dios mío! Os lo aseguro y prometo, ya no quiero ofenderos más, ni desobedeceros, ni preferir a Vos cosa alguna, sea la que fuere. ¿Quién, en efecto, es más grande, poderoso, santo y amable que Vos? ¿Y a quién podré comparar vuestro precepto, vuestra bondad y vuestro amor?

Se acabó; demasiado me pesa el haberos ofendido para volver a ofenderos. Ya puede ser que la flaqueza o la ignorancia me hagan caer en alguna falta, pero será involuntaria; de antemano la desapruebo: nunca más quiero volver a ofenderos.

II

El darse uno por completo a Dios consiste también en consagrarse enteramente a su servicio, en dejar paso al servicio de Dios sobre cualquier otro servicio.

Así, propio de esta donación es practicar ante todo la ley de Dios y de la Iglesia, honrar a Dios como a soberano Señor donde quiera y delante de cualquiera criatura, no avergonzarme nunca por motivo de mi Dueño y salvador Jesús, por motivo de su Evangelio, de sus virtudes ni de su culto, sino honrarle y darle, en todas partes y en todas las cosas, pruebas de que es mi Señor y mi Dios.

Debo honrar a Jesús sobre todo en la iglesia y por medio del culto, por una fe humilde y viva, por la modestia y el respeto de la urbanidad cristiana y del amor divino. Nunca, por consiguiente, debo hablar en la iglesia sin necesidad, ni conocer a ninguno, ni atender a persona alguna que no sea mi Rey en su trono, concediéndome

audiencia a mí solo.

¡Cuántas veces he faltado a este servicio soberano de Dios, a este supremo honor; no pertenecía completamente a Dios como ahora!

Darse a Dios es, finalmente, querer amarle por encima de todo, más que todo bien creado, que toda criatura racional, que todo placer de la vida; más que a sí mismo, más que el espíritu, el corazón, la voluntad y el bienestar propios, más que la libertad del cuerpo y de los sentidos; y aun más que todo eso es amarle por encima de la salud y de la propia vida.

He ahí la naturaleza del amor soberano de Dios. Este amor pasa antes que cuanto se le oponga.

Tiene la sencillez del amor de un niñito; está saturado de nobleza; es débil imitación del amor que Jesús me guarda.

Pues bien, así es como quiero yo amar y servir a Dios, y ser suyo por completo.

Cierto que es muy tarde, Dios mío, pero de hoy en adelante de todo corazón y para siempre soy y seré vuestro.

TERCERA MEDITACIÓN

Consagrarse por completo al servicio de Jesús

¿Qué haré por Jesús, que me ha amado tanto? Me pondré entera, exclusiva y perpetuamente a su servicio.

I

Enteramente: sin reservas ni divisiones; prescindiendo de condiciones y sin miras personales. Le serviré por amor del mismo modo que el hijo sirve al padre y a la madre; como el Ángel sirve a Dios y como María sirvió a Jesús, mi mayor recompensa será servirle y complacerle.

II

Exclusivamente: no quiero servir a dos señores, a Jesús y al mundo; ni tener dos leyes, la del amor de Dios y la del amor propio; ni dos fines, el cielo y la tierra, Dios y yo mismo.

Serviré a Jesús soberanamente como a mi único Rey, a quien

tributaré todo honor y toda gloria.

III

Perpetuamente: siempre serviré a Jesús como Él sirvió a su Padre y ahora le sirve en la Eucaristía, como María le sirvió hasta la muerte.

Le serviré asimismo en todos los estados de mi alma, lo mismo en el consuelo como en la desolación, en la alegría como en la tristeza, en la fuerza como en la debilidad, lo mismo estando enfermo que sano, puesto que Dios es siempre el mismo, tan bueno, amable y adorable en un estado como en otro.

Le serviré con fidelidad en todas las pruebas que le plazca enviare según su misericordia y le amaré a Él más que mi pena o alegría, más que sus dones o sus gracias, más que mi eterna dicha; le amaré por sí mismo.

1.º El servicio de Jesús será, por tanto, el fin de mi vida, de mi piedad y de mis virtudes, de los sacramentos que haya de recibir, de los sacrificios que tenga que hacer: todo lo haré para ser un buen servidor de Jesús.

Nunca me quejaré de las penas que se me presenten en su servicio, cual cumple a un bueno y abnegado servidor.

2.º El servicio de Jesús será mi fin y el motivo del servicio del prójimo. En el prójimo serviré a Jesús; a Jesús pobre, doliente y humillado veré en el prójimo, el cual será para mí como los harapos que Jesús llevaba en la pasión. En sus llagas veré las de Jesús y el abandono del Salvador en su miseria.

3.º El mejor servicio de Jesús será mi contento y mi felicidad. En verle más honrado, mejor servido y bien amado, consiste mi dicha.

Repetiré incesantemente esta hermosa sentencia: “Para vos, dulce Jesús mío, el honor, la gloria y el amor; para mí el desprecio, la humillación y el olvido”.

CUARTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

Jesús, mi regia ley

Cual es el amor, tal es la vida.

Si Jesús es mi amor soberano, mi amor final, debe ser la suprema ley de mi vida. El corazón es el rey del hombre.

El pensamiento es la llama del amor; la luz de la llama forma la palabra del amor y el calor constituye su poder de acción.

¡Oh, venturosa el alma que vive de amor divino, pues vive de la misma vida de Dios! Dios es todo su amor. Tal es la vida de las tres divinas personas entre sí, la de los ángeles y santos en el cielo.

Mas ¿cuál será la ley de esta vida de amor divino?

I

La primera regla del amor es hacer amable y sabroso el pensamiento de Jesús.

El pensamiento sigue al amor y lo alienta: cuanto mayor sea éste tanto más frecuente y habitual es el pensamiento de Jesús; pues el amor mora, no en sí mismo, lo que sería una cárcel, un calabozo, sino en el objeto adorado de su amor. ¿Cuál es la naturaleza de mis pensamientos? ¿A dónde se dirigen instintivamente? ¿En qué, en quién pienso de modo habitual? ¿Se dirige mi pensamiento como naturalmente hacia Jesús? ¿Se siente feliz al recordar a Jesús? ¿Corre en pos del amado? He ahí la verdadera brújula de la vida.

En este punto, ¡cuánta humillación, cuánto olvido e indiferencia para Jesús!

Dos pensamientos me hacen falta para llegar al de Jesús: el del deber y el del temor. Debo pensar en Jesús; es preciso que una cosa exterior me lo recuerde y que hasta el mismo demonio me obligue a ello.

¡Ay de mí! ¿Será que no le amo con todo mi corazón?

II

La segunda regla del amor es ser soberana e inflexible ley de nuestro juicio. El amor forma el juicio práctico de la vida. La orden, así del combate como del deber y del placer, del corazón parte por lo común. El niño juzga primero como su madre; después, como su padre, y, por fin, como su amo.

El juicio de Jesús, verdadero Salomón, debe ser mi mayor preocupación y el objeto principal de estudio por cuanto es el único cierto, infalible y divino. Todos los juicios humanos, opuestos al de Jesús, no son más que error y mentira; la luz del sol eclipsa todas las demás luces.

¿Cómo conoceré el juicio de Jesús? Primero por el evangelio; por eso tengo que leerlo y buscar y meditar en él la manera cómo Jesús juzgaba de las cosas.

Lo conoceré también consultando su gracia en mí, en la práctica de mis deberes personales y de mis relaciones con el prójimo. Todo juicio debe ser expresión de la verdad en forma de humildad y con espíritu de caridad.

Será, pues, Jesús mi suprema ley. A Él le consultaré en todo y no a mi amor propio, ni al sentimiento del mundo ni al deseo de las pasiones.

¿Por qué me he equivocado tantas veces? Porque no consultaba a Jesús. ¿Por qué he desvariado en mis pensamientos? Por no pensar en Jesús ni amar en Él.

No ha de ser así en adelante, Dios y Rey mío: os lo juro por mi corazón...

SEGUNDA MEDITACIÓN

VIDA DE AMOR

El amor divino no vive para sí mismo ni en sí, sino en Jesús. El foco no guarda la llama que produce, sino que la arroja para que irradie.

El amor divino tiene dos aspiraciones habituales hacia Jesús.

I

Consiste la primera en tratar de complacer en todo al amado

Jesús.

Para ello el alma amante procura averiguar lo que le agrada, ama o desea; y no bien lo ha averiguado o tan sólo presentido, cuando va, corre y vuela a hacerlo. En tratándose de lo que gusta a Jesús, o desea Él, no le cuesta nada, ni hay cosa alguna que la pare, por cuanto su mayor gusto consiste en dar gusto a Jesús. El quedarse Jesús contento será su suprema recompensa.

Mas ¿qué es lo que le gusta a Jesús? Le agradan la humildad, la pobreza, la obediencia, todo aquello que recuerda su vida de Belén, de Nazaret y del calvario. Da gusto a un rey triunfante volver a ver el glorioso campo de batalla, volver a oír mil veces los peligros corridos y las hazañas realizadas.

¿Qué ama Jesús? Lo que amó en los días de su vida mortal, de su amor, de inmolación para la salvación de los hombres.

¿Qué desea Jesús de mí? Que le siga en los diversos estados de su amor, que los honre en mi vida, que vuelva a hacer vivir en mí a Jesús pobre, solitario, abandonado y crucificado, y que así mi amor nuevamente le dé vida, lo encarne, le sirva y siga hasta la muerte.

II

La segunda aspiración del amor es evitar escrupulosamente todo lo que desagrada al Amado del alma.

Cosa delicada es la amistad: el menor soplo extraño basta para empañarla; es la quietud y la pureza del agua viva que sirve de espejo al Dios del cielo.

La amistad habla poco, o mejor dicho, habla con todos los sentidos y con todos los sentimientos; una mirada, un ademán, una negligencia, un olvido, una preferencia basta para herir la amistad más viva y sólida.

Jesús se llama un Dios celoso; quiere todo el corazón y sólo quiere reinar sobre el trono de los afectos.

Debe, por tanto, un alma amante precaverse contra toda división del corazón y vigilar con el mayor cuidado para que nada haya en sus pensamientos, afectos y actos que desagrade a Jesús.

Que nada más que el pensar ofenderle, serle infiel o cometer voluntariamente el menor pecado, le subleve.

Y en el instante mismo en que Satanás se atreviera a proponerle una infidelidad, un pecado contra el Dios de su corazón,

daría el grito de guerra y volvería a comenzar en su alma el combate del arcángel san Miguel.

Quienquiera esté contra Jesús, ése es el enemigo mortal del alma amante. Poco da que sea hermano, amigo, protector, maestro o rey.

Sólo una ley y un rey tiene el amor: Jesús.

El amor no quiere más que una cosa, complacer a Jesús. Lo único que teme es disgustar a Jesús.

Tal será la ley de mi corazón, divino Rey mío. Quiero ser fiel caballero del más amable de los reyes.

TERCERA MEDITACIÓN
El santo abandono

Es el santo abandono aquel estado en que el alma amante se entrega sin condiciones ni reservas al beneplácito de Dios, y ello así en el orden de la naturaleza como en el de la gracia.

I

En el orden de la naturaleza.

El alma que así se da al santo abandono quiere todo lo que Dios quiere, porque Él lo quiere y de la manera que Él lo quiere, en orden a su cuerpo, lo mismo si le da salud como enfermedad, así le coloque en un país como en otro y sin distinción de condiciones de casa, trabajo, alimento o sociedad que plazca a Dios. Todo le es igual, todo le resulta amable con estas solas palabras: Así lo quiere Dios, tal es su beneplácito.

Como hijo a quien el porvenir no inquieta, el alma santamente abandonada a Dios duerme con sosiego en el seno maternal de la divina Providencia, o descansa a sus pies.

El hijo que tiene una buena madre no se inquieta de lo que pueda venir, pues su madre piensa por él.

Choquen los elementos entre sí, ruja la tempestad, amenace el mar tragarlo todo, tiemblen todos de espanto: el hijo del santo abandono duerme sin temores en el seno maternal de la divina Providencia. No hay tempestades para él.

Los hombres son malos, quieren arrebatarle todo: bienes,

libertad, reputación, mas él se deja despojar sin montarse en cólera ni desesperarse.

Como le queda Dios, y Dios le ama, por harto feliz se tiene; tanto más cuanto que así se ve más libre para ir hacia el Padre celestial.

Parece como que Dios reprende a veces severamente y abandona al alma querida de su corazón; entrégala a los furores del demonio, a los horrores de las tentaciones, y ella tiene que sufrir un martirio de la conciencia; mas Dios la ama así y todo. Pega, si puedes, dice ella al demonio, pues has pegado y tentado a tu Señor, y le ha llevado en tus brazos.

Discípulo suyo soy y no temo, pues que no has de hacer más de lo que Dios te permita; Jesús está conmigo.

II

Santo abandono en el orden espiritual.

1.º El alma que practica el santo abandono, como un niño, pone en manos de Dios su espíritu para que Él sea su luz y la luz que le plazca: clara o velada, luz de fe o luz manifiesta; no quiere saber más que lo que Dios quiere que sepa; es como un ciego a quien Dios abre o cierra los ojos según tenga por bien. Si en su mano estuviera el elegir, escogería ser pobre y humilde de espíritu.

2.º El alma que practica el santo abandono con toda sencillez entrega el corazón a Dios, para a Él solo amar en todas las cosas y en cualquier estado.

Si quisiera abrasarla con su amor, por dichosa se tendría; si le da una gracia de consuelo, la recibe muy agradecida. Mas si fuera voluntad de Dios, tan bueno siempre, que bebiese algunas gotas de su cáliz de hiel y le cupiese en suerte algo de sus abandonos, desolaciones y tristezas, ella bebería con gusto este cáliz y participaría de la agonía de Jesús, siéndole fiel en la prueba.

3.º El alma que practica el santo abandono entrega del todo a Dios su propia voluntad para que Él la gobierne, la vuelva y revuelva según le plazca.

Ya no llama alegría, bien, felicidad, virtud, celo, perfección, sino lo que lleva el sello divino de la voluntad de Dios.

¿Qué quiere Dios? ¿Qué desea Dios? ¿Qué le gusta más? He ahí toda la ley, todas las preferencias, toda la vida de un alma que

practica el santo abandono.

4.º El alma santamente abandonada a Dios, se da a su servicio sin elegir ni amar otra cosa que lo que Dios le escoge y le cambia a cualquier hora como le da la gana.

Sirve a Dios haciendo uso de los medios del momento presente, sin apegarse ni a su estado, ni a los medios, ni a las gracias; no se apoya más que en la santa voluntad de Dios.

QUINTÓ DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

PRIMERA VIRTUD DEL AMOR: LA HUMILDAD

I

La humildad es la primera virtud que produce el amor de Jesús.

Es ésta la virtud propia del pobre a quien el más perfecto de los reyes ha honrado, amado y enriquecido sin más mérito que el ser pobre.

Es la virtud del ruin pecador que se reconoce indigno de toda estima, de todo afecto, de todo favor por parte de Dios, como el humilde centurión, como el publicano a la puerta del templo, como la Magdalena a los pies de Jesús.

La humildad es la piedra fundamental de la santidad; así como no hay edificio sin fundamento, ni árbol sin raíces, ni arroyo sin manantial, así tampoco hay perfección sin humildad, por ser todo aquello esta virtud.

Es la condición y medida de la gracia de Dios; cuanto más humilde es un alma, tanto más rica es en gracias, pues que la cantidad de agua guarda proporción con la capacidad del vaso que la recibe.

Es la manera de ser y de vivir de nuestro Señor; es su virtud favorita y real; es su estandarte; es Él mismo; "aprended de mí que soy manso y humilde de corazón", ha dicho.

Es el precio y la medida de la gloria celestial; cuanto más humilde haya sido un elegido en la tierra, tanto mayor es en la gloria, del mismo modo que el platillo de una balanza sube a razón de lo que baja el platillo opuesto.

Es, pues, absolutamente necesario que practique, adquiera y honre esta regia virtud de la humildad; debo por lo mismo combatir con todo el poder que le dan la naturaleza y la gracia, el orgullo, que es mi mortal enemigo; el orgullo, que es la rebelión contra Dios, la

idolatría de mí mismo y el pecado del ángel.

II

¿Cómo puedo hacerme humilde? Sólo por medio de Jesucristo. Por mí mismo no sé encontrar medios para eso, ni puedo ponerlos en práctica. Amor propio es mi naturaleza; el orgullo es fruto natural del hombre; Jesucristo, al contrario, me enseña la humildad, es el Maestro divino de esta virtud: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Por eso debo contemplar la humildad de Jesús.

1.º Humildad en el vestir, que era sencillo y común, sin distinciones de moda ni de lujo; decencia y pobreza, he ahí su calidad.

2.º Humildad en el comer; vive como los pobres de su condición: alimento, servicio, mesa, asientos, todo redunda en honra de la pobre humildad.

3.º Humildad en su vivienda: el palacio real del Verbo Encarnado es el establo de Belén, luego Nazaret, después las grutas solitarias, más tarde la inhospitalidad y finalmente la cruz.

4.º La palabra de Jesús es sencilla y respetuosa; el tono de su voz, modesto como el del pobre; su compostura, casi tímida; su andar, lento; como el pobre y el siervo, se pone en último lugar.

5.º Jesús se confunde entre la muchedumbre, en los deberes comunes de la religión y de la ley.

Nunca busca un lugar distinguido, un lugar notable, una función de honor.

6.º Jesús no se glorifica nunca de nada. Si obra maravillas, si dice verdades arrebatadoras, toda la gloria la transfiere a su Padre. Cuando a sí mismo, hombre, no quiere nada, se niega a todo honor y a toda alabanza; huye y se oculta para no recibir los honores del mundo.

7.º Hasta en sus estados de poder y de gloria halla Jesús el secreto de ser humilde.

Triunfo perpetuo de su humildad en la tierra es la sagrada Eucaristía.

Sí, he de aficionarme a la humildad de mi Jesús; honraré la humildad de mi Señor y de mi Dios; la humildad eucarística será en adelante el Evangelio de mi corazón, la ley de mi vida y el tesoro de mi amor.

SEGUNDA MEDITACIÓN
El amor crucificado

El amor de Jesús es un amor crucificado y un amor crucificante: tal es su divino carácter.

I

El amor le crucificó a Jesús para que pudiera yo ver hasta dónde llegaba su grandeza y ternura para conmigo; si Jesús no hubiera sufrido, podría quizá dudar de su amor. Él mismo me da sus sufrimientos como una prueba de su amor: "Entrego mi alma a la muerte, me dice, porque nadie puede amar más allá de dar la vida por los amigos".

"Jesucristo, dice san Pablo, me ha amado y se ha entregado a la muerte por mí".

En verdad que es hermoso el amor de Jesús cuando en Belén nace en un establo, o se le ve reclinado sobre la paja en un pesebre de madera. "Oh amado mío, exclama aquí san Bernardo, cuanto más pobre y miserable os veo, tanto más caro y amable me parecéis".

¡Cuán tierno el amor de Jesús, pobre artesanillo trabajando con sus manos para ganar su pan y el de su santísima madre y de san José!

¡Mas cuán grande, sublime y arrebatador cuando postrado de hinojos, triste y desolado, agoniza en el huerto de los olivos o cuando triunfa de todos los temores y de todos los dolores por salvarme!

¡Qué hermoso es el amor de Jesús en medio de las salivas, de los bofetones y de los escarnios de la impía soldadesca de Anás, Caifás, Pilatos y Herodes!

Mas ¿cómo ponderar el resplandor del Rey de la gloria cuando lleva su noble cruz, o cuando aparece crucificado entre dos criminales, maldito de los hombres y abandonado de Dios?

¡Y todo eso por mí!

Oh, Amor, bajad, sí, vuestra cabeza, bajad vuestros ojos hacia mí y morid diciéndome: "El amor está consumado".

II

El amor de Jesús es crucificante.

1.º Crucifica al hombre viejo, al hombre sensual, dominado por los apetitos, por la concupiscencia; crucifícale a la cruz de Jesús para sujetarle con clavos de amor y hacerle hombre nuevo.

Esta es la razón por la cual el primer grito del amor de Jesús entre los hombres es: "Haced penitencia, porque el reino de Dios está cerca". Exige que quien quiera seguirle como discípulo "se niegue a sí mismo y lleve la cruz en pos de Él todos los días".

Por eso da san Pablo, como señal del verdadero discípulo del salvador, el estar "ceñido de su mortificación". Pues los que pertenecen a Jesús, dice él, "han crucificado la carne con sus pasiones".

Así que el amor de Jesús debe crucificar en mí el pecado cometido; el foco del pecado que es la concupiscencia; el instrumento del pecado, que son los sentidos.

2.º El amor de Jesús crucifica al hombre justo y santo para que se asemeje más y más a su buen Maestro.

Le crucifica en su mismo amor, para que esté más cerca y más unido con Jesús crucificado.

Crucifícale en sus gracias, pues toda gracia viene del calvario y allí adquiere carácter y vida.

Hasta en el mismo Tabor del amor le crucifica el amor de Jesús, dado que el sufrimiento, el sacrificio, en una palabra, la cruz, es el vínculo que une al cristiano con Jesús, la única y verdadera prueba del amor para con Dios.

El amor del corazón fiel, del alma abrasada, necesita sufrir, para su consuelo y alivio, para suplir lo que de más grande quisiera decir y hacer para su Salvador.

Porque es un alivio para el amor el sufrir; puede entonces decir con toda verdad: Dios mío, os amo...

TERCERA MEDITACIÓN
El amor crucificado
(Continuación)

El amor hace compartir el estado de la persona amada. Mi amor para con Jesús debe, por consiguiente, ser crucificante y

crucificado del mismo modo que lo ha sido el suyo.

I

Amor crucificante.

1.º Debo crucificarme junto con mi salvador Jesús, expiando mis pecados pasados, expiando cada uno de ellos, según su naturaleza: el orgullo con su profunda humildad, vanidad con su menosprecio de los hombres sabios y doctos, grandes y pequeños, mi amor propio con el abandono en que todos le dejaron, mi susceptibilidad con el trato descortés y grosero que tuvo que sufrir por parte de los suyos.

2.º Jesús se humilló hasta la forma de esclavo, de leproso, de maldito de Dios y de los hombres, de gusano de tierra hollado bajo los pies.

Jesús ha expiado mi sensualidad con la penitencia de su vida; vil alimento, cama dura como la tierra, casa pobre sin nada que halagase, tal fue su vida cotidiana.

Y después sufre y abraza la cruz con la que va a expiar los pecados de cada uno de mis miembros culpables.

Son atados sus pies y luego clavados para expiar mis pasos culpables; atan sus manos y clávanlas para expiar la vanidad, las delicadezas, los pecados de las mías; es coronada de espinas su sagrada cabeza para expiar las coronas de rosas, de vanidad y de orgullo que mi cabeza ha llevado; sus ojos cubiertos de sangre lloran mis miradas pecadoras; su boca guarda silencio de cordero para expiar mis malas palabras; manos manchadas e impuras hieren sus mejillas para purificar las mías; todo su cuerpo es flagelado, cubierto de llagas, tanto que las llagas y la sangre forman su vestido en la cruz; así es cómo expía Jesús mi sensualidad.

3.º Jesús expía mis pecados de avaricia, de ambición y de previsión que desconfía de la divina Providencia.

Nada propio posee ni quiere tener; vive de la Providencia de su Padre, de la caridad de sus discípulos. En esto precisamente consiste el sacrificio mayor del amor: no apegarse a nada, esperar sólo de Dios, abandonarse al misterio de su providencia.

II

Amor crucificado.

La cruz es el aliento, la prueba del amor divino, la regla de la perfección. La cruz corre parejas con la santidad de un alma, y sigue sus grados, naturaleza y gracias.

Un alma de veras amante, ama la cruz y ama por la cruz y el sufrimiento. Si amara a Jesús por el gozo y para el gozo de su amor, de su paz, de su felicidad, su amor sería tan imperfecto como el amor propio que lo inspirara.

En cambio, es señal de alma magnánima el amar por la cruz y por las diversas muertes que el amor pide.

Y ¡cosa admirable! Dios halla el secreto de hacer sufrir a un alma hasta en medio de las mayores gracias y en la contemplación más perfecta de su bondad.

No hay alma que goce de Dios tanto como gozó el alma humana de Jesús, pero tampoco sufrió nadie tanto como ella.

“La vida de Jesús, dice la *Imitación,* fue una cruz y un perfecto martirio”.

La cruz es fuego que purifica, que templa fuertemente a un alma en la virtud, la cruz es la espada con que conquistamos nuestra libertad frente a las criaturas; ella nos libra de toda servidumbre, de toda esclavitud mundana; la cruz es el campo de batalla del amor divino, el altar del sacrificio, la mayor gloria de Dios.

¡Oh cruz de amor que sostienes a Jesucristo, yo te adoro!, Ven para que te abrace, te lleve y te corone; tú serás mi vida de amor.

SEXTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN
Servicio eucarístico

Servir a Jesús, tal es mi vida, mi gloria y mi felicidad.

Mas ¿qué virtud, que estado de Jesús será el objeto de mi servicio y el que le dé carácter? ¿Qué voy a escoger en Jesús? ¿Su niñez en Belén, su vida humilde y oculta de Nazaret? ¿Ó será Jesús crucificado toda mi ciencia y todo mi amor, como lo fue para san Pablo?

En todos esos estados Jesús es infinitamente bueno y amable; pero mi herencia, mi gracia y mi amor no se encuentran en ellos. Lo que me hace falta es no un misterio pasado ni un estado transitorio, sino el mismo Jesús; me hace falta su adorable persona.

Como Magdalena, quiero estar a sus pies y abrazarle, o bien servirle como Marta.

O lo que es mejor de todo eso, quiero servirle con la reina de todos los servidores de Jesús, con María, mi divina Madre.

Es necesario que tenga siempre a Jesús, para siempre servirle.

¿Y dónde estará Jesús? –En el cielo y en el santísimo Sacramento. En el cielo para los ángeles y para los santos coronados, en la Eucaristía para mí.

Jesús en el santísimo Sacramento, he ahí mi bella y divina herencia, la de la santísima Virgen durante veinticinco años en el cenáculo, la de las grandes almas de los amantes de Jesús.

La Eucaristía es mi placer y mi riqueza, mi casa y el palacio donde mora el rey de mi vida y el Dios de mi corazón.

La Eucaristía, tal es mi cielo en la tierra; quiero hacer a sus pies lo mismo que los Ángeles y santos hacen en el cielo al pie del trono del Cordero. ¡Qué bueno sois, oh, Dios mío, para concederme tamaña gracia y llamarme a vida tan santa y deliciosa! Para que me resulte fácil me habéis librado de la esclavitud del mundo y roto todos los lazos naturales; soy libre y dueño de mi vida.

Para que pudiera consagrarme entera y únicamente a vuestra Eucaristía, habéis querido ser mi continua y paternal providencia, de suerte que, desembarazado de toda preocupación y cuidado temporal y sin las inquietudes que suele traer consigo la vida, sólo me quedase ser enteramente vuestro y para siempre.

Para que la vida me sea amable, habéis puesto en mi corazón la divina caridad, la gracia de la devoción eucarística, la inclinación, la necesidad, la ley de amor a la Eucaristía.

¡Oh, buen maestro, *Rabboni!,* ¿qué he hecho por vos, para que me prodiguéis tanto amor? ¿Qué haré para corresponder al mismo? ¿Qué daré en retorno? –Daré mi corazón y mi vida, cuyo centro y regla seréis Vos.

I

La Eucaristía será el centro de mi corazón: en ella vivirá, se inspirará, descansará y amará. Jesús ha dicho: "Donde estuviere vuestro tesoro, allá estará vuestro corazón".

No tendré más tesoro que a vos, buen Jesús mío. Mi corazón no andará ya en busca del amado, pues lo tiene ya encontrado; mi amor no languidecerá por vuestra ausencia, pues ya sé dónde está vuestra morada.

Y ahora, atraedme por completo a vos, divino Amante; atraed mi espíritu con sus pensamientos, mi corazón con sus deseos y afectos, mi voluntad con sus acciones, mi cuerpo con todos sus sentidos, para que ya no viva en mí, sino en vos.

II

La Eucaristía será regla de mi vida: La regla y el único deber de un criado es servir a su amo.

Todo lo que al servicio eucarístico de mi Amo no se refiera será, por consiguiente, extraño para mí; cuanto no redunde en gloria suya e será indiferente; será mi mortal enemigo todo aquello que le sea contrario.

¡Oh!, ¿cómo es posible ver a sangre fría que se insulta y ofende a mi buen Amo?

¿Cómo es posible ser infiel para Él? ¡Eso nunca! Mas amarle y servirle, ¡esto siempre!

SEGUNDA MEDITACIÓN
La Eucaristía es mi perfección

Para lograr un puesto distinguido en el mundo menester es prepararse con mucho tiempo de anticipación: hay que estar bien provisto de ciencia y de experiencia para cuando se llegue. Para servir a un soberano, se escoge entre los más hábiles y perfectos: no hay cuestión de aprendizaje cuando se trata de servir a los reyes.

Para que san Juan Bautista fuese apto para su misión de precursor cuántas gracias no recibió y de cuántas virtudes no estaba adornado. ¡Qué no hizo la santísima Trinidad para hacer de María la madre de Dios!

Pues del mismo modo, ¿no me haría falta la pureza de los ángeles, la santidad de un Juan Bautista, la perfección a que llegó el amor en la santísima Virgen para que fuera digno servidor de Jesús? ¿Cómo me atreveré a acercarme al Rey de la gloria, a Jesús mi Dios, yo que no tengo ni virtudes, ni méritos, ni amor?

Ten confianza, alma mía; no te desaliente el ver tu pobreza, no sean tus miserias parte para alejarte de Jesús, sino que, al contrario, tus mismas faltas te sirvan de título para su bondad infinita, pues tiene dicho: "Vosotros todos que andáis cargados y agobiados, venid a mí, que yo os aliviaré".

Lo mismo para los débiles como para los fuertes, quiso Jesús que la Eucaristía fuera pan, remedio para el pecado, arma poderosa contra el demonio, continuo prodigio de su vida resucitada, que se continúa en sus miembros enfermos y dolientes.

Ve, por tanto, hacia la santísima Eucaristía, hacia Jesús oculto, víctima perpetua de amor, tu pan vivo; allá, a sus pies, encontrarás gracia, fuerza para el bien, luz y amor.

Jesús es la verdad y la caridad.

El fuego purifica pronto al hierro, témplalo y en pocos instantes lo convierte en arma poderosa. No tarda mucho el fuego en secar la leña aún verde y llena de agua asimilándosela, y la leña seca presto se trueca en carbón ardiente.

Arroja al fuego divino todas tus miserias como se echa la paja; mete tu manchada túnica bautismal en la pura y adorable sangre del cordero de Dios, y así quedará blanca y sobremanera hermosa.

Deja, alma mía, el camino que tan lentamente se dirige al cenáculo, el camino en que todo el tiempo se consume en preparativos, acabando por no quedar nada para Dios.

No te inquietes con la pretensión de adquirir primero todas las virtudes, todos los merecimientos y todos los sacrificios de la santidad, sino que debes comenzar por echar cuerpo y alma en el fuego divino del amor de Jesús sacramentado, como la Esposa de los Cantares, como el discípulo amado en la cena. Vete a tomar a Jesús, a contemplar su bondad y su amor en la sagrada Eucaristía, que así podrás volar desde el tabernáculo a todos los combates y afrontar todos los sacrificios; de esta suerte tendrás amor y el amor es la omnipotencia de Dios y del hombre.

Mira cómo en un momento trueca Jesús a Pedro, que le negara, en un santo insigne: "¿Me amas, Pedro?, le dice. – Sí, Señor; bien sabéis que os amo", contesta él.

Al contestar a las tres preguntas con otros tantos actos de amor, es ya apto para cualquiera obra, por lo que Jesús le confía el cargo de Jefe de la Iglesia y le revela el martirio. A todo eso le preparó el amor y fue fiel.

Porque a un mismo tiempo el amor inspira, forma y perfecciona; el amor lleva necesariamente a imitar. Cual es el amor, tal es la vida.

TERCERA Y ÚLTIMA MEDITACIÓN

VIDA EUCARÍSTICA DE JESÚS

Las conveniencias, mi propio interés y el amor, me dictan que debo vivir de la vida de Jesús en el santísimo Sacramento; esa su vida debe ser regla y fin de la mía.

Pues bien; la vida eucarística de Jesús reviste dos caracteres bien distintos.

I

Es en primer lugar oculta. "Realmente, sois un Dios escondido", exclamaba Isaías de Jesús en vista del misterio eucarístico. Su estado es velado.

Todas las virtudes y acciones de Jesús revisten en su divino

Sacramento ese carácter; su bondad a todos prodiga dones y gracias sin cuento, mas oculta la mano que las da y hasta el corazón que los ofrece. Así es cómo quiere que haga también yo el bien, sin más testigo que Él mismo y de modo que quede ignorado del mundo.

Su santidad continúa en el estado sacramental las grandes virtudes de su vida mortal; su pobreza es tan completa como entonces, pues que el sacerdote tiene que suministrarle la materia del Sacramento, el tabernáculo y el copón; lo único que trae consigo al venir a nosotros es el amor. Su obediencia es en él continua, universal y perpetua, y con todo nadie le ve obedecer. Su divina persona no tiene más que la grandeza de su amor para defenderse contra sus enemigos, contra los sacrílegos profanadores. Incesantemente es crucificado de un modo místico y nadie se da cuenta; sólo la fe nos lo enseña. Perfecta es su pureza, mas los velos eucarísticos ocultan su belleza y resplandor. Su caridad es del todo maternal e inagotable, y, sin embargo, nadie ve sus divinas manos, que derraman tantos beneficios.

Así deben ser también mis virtudes, sencillas y ocultas, para ser, como las de Jesús, completamente eucarísticas.

II

El segundo carácter de la vida eucarística de Jesús es el de ser ella del todo interior en Dios. Oculta es su acción.

¿Que hace Jesús en el santísimo Sacramento? No corre tras las ovejas extraviadas, sino que las aguarda con amor; llámalas a sí, porque su amor le ha hecho prisionero en el tabernáculo, para estar continuamente a la disposición del hombre.

Jesús ya no habla en voz alta, en medio del mundo, en las plazas públicas, ni siquiera en su templo, sino que su voz es muy baja completamente interior. Quiere que prestemos oído atento a su voz, y que, por consiguiente, en derredor suyo reine gran sosiego y silencio.

La perfección del amor consiste más en escuchar que en hablar, más en contemplar que en trabajar activamente. Es lo que hacía la Magdalena a los pies de Jesús.

La oración que hace en su divino Sacramento es asimismo silenciosa, y no se oyen voces ni suspiros como en el huerto de los olivos, en la cruz. Jesús ora anonadándose ante la Majestad de su Padre celestial.

Ama, pero no se ven las llamas de su divina caridad; lo único que se siente es su fuerza y dulzura.

Desde la sagrada Hostia santifica al mundo, pero de un modo invisible y espiritual.

Gobierna al mundo desde el tabernáculo, lo mismo que desde su trono, pero sin dejar el descanso en Dios.

Así debe ser el reino de Jesús en mí, completamente interior.

Debo concentrarme por completo en Jesús, con todas mis facultades y mi alma, y en cuanto sea posible con mis sentidos.

Debo vivir con Jesús en Dios y no conmigo mismo; debo orar juntamente con Él, inmolarme a una con su sacrificio, consumirme en un mismo amor, hacerme, por decirlo así, una misma llama, un mismo corazón, una misma vida con Jesús sacramentado...

TERCERA TANDA

de ejercicios espirituales de ocho días dados a los religiosos del santísimo Sacramento sobre la vocación eucarística

APERTURA

MEDITACIÓN PREPARATORIA

FIN DE LOS EJERCICIOS

El Espíritu Santo ha dicho: "Conduciré al alma a la soledad y allá le hablaré al corazón" (Os 2, 14).

¿Qué le dirá Jesús? Dos cosas:

1.º Le dará a conocer su voluntad para con ella.

2.º La atraerá en pos de sí.

Tales son las dos mayores pruebas de amor que Jesús puede dar a un alma.

I

Conocer la vocación de la gracia a la que Dios me llama es para mí la cosa más importante, puesto que de ella dependen mi salvación, mi perfección y mi perseverancia final; en una palabra, mi eternidad.

Ahora bien, en los ejercicios espirituales Dios me manifestará clara, suave y fuertemente su adorable y amable voluntad.

Me lo ha prometido, es una cosa cuya prueba siento interiormente; tiempo ha que me atrae y convida, pues este pensamiento de los ejercicios me sigue por todas partes; Dios quiere hablarme, mas a solas conmigo.

Pues sí, Dios mío, todo lo dejo: negocios, estudios, amigos, familia, y me postro a vuestros pies para escuchar vuestra divina palabra.

Vengo, como san Pablo, a ponerme a entera disposición de vuestra voluntad santísima y a deciros sinceramente: "Señor, ¿qué queréis que haga?" O con David: "Dispuesto está mi corazón a cumplir vuestra voluntad" (Ps 56, 8).

Sólo que para escuchar bien la voz de Dios es menester que me ponga en soledad, en silencio perfecto, para estar muy recogido en mí mismo; porque Dios quiere hablar en mí, en mi corazón quiere escribir su ley de amor, para lo cual es muy conveniente y hasta necesario que esté en mi casa para recibir la visita de mi Rey soberano.

Alejaré, por consiguiente, de mi mente todo pensamiento, toda preocupación extraña a los ejercicios, no ocupándome más que de una cosa, de mis ejercicios.

II

Jesús me atraerá hacia sí en los ejercicios. Mas ¿cómo? Por la fuerza y dulzura de su amor, que me dará gracia eficaz para cumplir su santa voluntad.

Si Dios en su infinita misericordia me llamara a servirle en la vida religiosa, se lo agradecería como la mayor de las gracias. Pero, para llegar a esta verdadera Tierra prometida, es menester dejar Egipto con todos sus bienes; es menester atravesar el desierto y conquistar esa bendita tierra con largos y duros combates.

El mundo tratará de seducirme y espantarme; la naturaleza se negará a los sacrificios pidiendo cierto tiempo, un plazo, prometiendolo todo, pero para más tarde. Mi propio corazón temblará ante tantos lazos que romper y tantas tempestades con que luchar.

Solo no podré vencer; pero Jesús me dirá durante los ejercicios estas dulces y amables palabras: "Ven en pos de mí, vente a mí, que yo te daré paz en este mundo y después el cielo".

Me cogerá de la mano, me conducirá a su cenáculo, y allá será del todo mío y yo del todo suyo. El amor hará lo demás.

Si, al contrario, no me llama Dios a la vida religiosa, me lo dirá, y mi alma quedará en paz. Le serviré en el mundo lo mejor que pueda, pero en este caso tendré necesidad de mayor virtud, de más fuerza para permanecer fiel en medio de tantos enemigos y salir triunfante de mi propia flaqueza. No obstante, como no quiero más que su santa voluntad, Dios me dará fuerzas y ánimo.

Pero para que ni la carne, ni la sangre, ni el amor propio sean los jueces de mi vocación, me pongo desde este momento a entera disposición de la gracia y de la obediencia.

Oh María, buena madre mía, os consagro estos ejercicios, los más importantes de mi vida; dirigidlos vos misma y hacedlos conmigo, para que sea fiel a todos los actos y pueda recibir toda clase de gracias.

PRIMER DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

ACERCA DE LA SALVACIÓN

Nuestro señor Jesucristo dijo: “¿Qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma?” O “¿con qué podrá rescatarla una vez perdida?” (Mt 16, 26).

I

Salvar el alma, hacerme santo, tal es mi negocio capital.

Ser rico, honrado, amado, servido, todo eso no es nada; hasta sería para mí el mayor de los peligros y la mayor de las desdichas si llegara a ser ocasión de pecado, o me hiciera descuidar la salvación, puesto que todo se acaba con la muerte.

¿Qué me servirá delante de Dios el haber sabido reunir gran caudal de dinero, haberme hecho grande y poderoso en el mundo, haberme proporcionado todos los placeres de la vida, si nada he hecho para el cielo, si no he amado y servido a Dios, que es mi último fin?

Salvarme es, por consiguiente, para mí el primer deber; lo demás es bagatela y locura.

II

Salvar el alma es un asunto personal.

No puedo dejar este trabajo para otro, ni dividirlo con ninguno.

Se trata de hacer penitencia por los pecados que yo he cometido, de corregirme de mis vicios, de combatir mis pasiones, de practicar las virtudes de humildad, pureza, caridad, paciencia, las cuales no puede nadie adquirirlas para mí.

Se trata de pagar a Dios mi deuda de justicia, y nadie puede pagarla por mí; nadie puede honrar, servir y amar a Dios en mi lugar. Yo mismo debo hacer fructificar la gracia que Dios me ha dado y tejer con los méritos de cada día la corona eterna. “Se cosecha lo que

se ha sembrado”.

Así que las virtudes de los demás no me harán virtuoso, ni de sus victorias y triunfos se me seguirá nada, como no sea una tremenda vergüenza en el juicio de Dios, cuando el soberano juez dijere: “Bien podías haber hecho lo que los demás hicieron”.

III

Salvar el alma es asunto urgente.

No lo podemos hacer más que en esta vida; ¡ay de mí si lo tengo sin acabar al llegar la hora de la muerte, pues no es tiempo de trabajar cuando uno debe ser juzgado!

Corta es la vida. Hay que apresurarse para reunir el caudal necesario para la corona del justo, no sea que la muerte nos sorprenda en medio del trabajo.

No hay momento en que la muerte no pueda sorprenderme, pues me sigue de cerca contándome los días y los pasos, prefijados por eterno e inmutable decreto del Creador.

Si en este mismo momento me sorprendiera la muerte, ¿encontraría Dios bien ordenadas las cuentas de mi administración?

¿Estoy preparado para comparecer ante el Juez?

¿Podría presentarme con aquella confianza del bueno y fiel servidor que ha cumplido fielmente todas las órdenes de su amo y no espera más que la recompensa merecida?

¡Ay, Dios mío, *Patientiam habe in me et omnia reddam tibi,* tened aún un poco de paciencia, que os daré todo lo que debo! Algunos días más de misericordia, Señor, y seré más fiel; quiero hacer estos ejercicios para renovarme en vuestro santo servicio, comenzar nueva vida y hacerme santo.

Oh María, madre de gracia y de misericordia, me postro a vuestros pies; salvadme del peligro de perder mi alma, ponedme en el buen camino que conduce al cielo; guiadme vos misma para que un día llegue allá felizmente.

SEGUNDA MEDITACIÓN
SERVIR A DIOS

Al crearme Dios me dio este gran precepto: “Honrarás a tu

Dios y a Él solo servirás, pues en esto consiste todo el hombre: *Deum suum adorabis, et soli servies: hoc est enim omnis homo*” (Mt 22, 37).

Servir a Dios por amor, tal es mi grande y único fin en la tierra.

¿Cuáles son los deberes de este divino servicio? Se reducen a tres.

I

El primer deber consiste en rendir a Dios el homenaje de todo mi ser, de toda mi mente, de todo mi corazón, de toda mi voluntad, de todos mis sentidos. Nada debe haber en mí que no le honre y glorifique como creador, salvador y último fin: que si no hago esto, seré como tierra estéril o hijo ingrato, pues Dios no me ha creado más que para sí: *Res fructificat Domino:* Todos los frutos son para el dueño. Por lo que Dios debe ser la soberana ley de todos mis pensamientos, afectos y actos.

¿He vivido sólo para Dios? ¿Se han referido a Él todas las acciones y todos los afectos?

¡Desdichado de mí! Si contara todos los pensamientos malos o indiferentes que han ocupado mi mente, todos los afectos humanos, terrestres y hasta malos que han llenado mi corazón, todas las acciones hechas sin relación alguna a Dios, sin pureza de intención, por motivos puramente naturales cuando no malos, ¿qué quedaría en mi vida en orden al servicio de Dios? ¿Cuántos años y aun cuántos días pasados en su servicio podría contar?

De esta vida tan ocupada, agitada y penosa, ¿qué me quedará en la hora de la muerte? Quizá me diga Dios: No has sido más que un siervo inútil e infiel; no has servido más que a mi enemigo, al mundo y al demonio.

II

El servicio de Dios es un deber soberano, es decir, que debe subordinársele cualquier otro deber natural o civil; y si el hombre me propusiera un servicio contrario u opuesto al de Dios, me exigiría un crimen de lesa majestad, convirtiéndose desde aquel momento en mi más cruel enemigo.

San Pedro no respondió a las prohibiciones y amenazas de los

príncipes de los sacerdotes más que con estas palabras: *Obedire oportet Deo magis quam hominibus,* antes debe obedecerse a Dios que a los hombres (Act 5, 29).

¿Cuál ha sido mi conducta en este punto? ¡Cuántas veces he obedecido a los hombres antes que a Dios! ¡Cuántas veces, por flaqueza, temor a los hombres y respetos humanos, he violado la ley de Dios, he sido infiel, me he avergonzado de mi supremo Señor, de Dios! ¿Qué haré en adelante?

III

El deber del servicio es, además, imperioso y decisivo.

No es cosa dejada a mi libertad el escogerme a un amo, ni el darme una ley y un fin distintos de los que Dios me tiene dados.

Estoy obligado a servirle si quiero de veras ser feliz en este mundo y en el otro: *"Pax multa diligentibus legem tuam,* abundancia de paz es la herencia de los que aman vuestra ley" (Ps 118, 165). "Si quieres entrar en la vida eterna, observa los mandamientos, dice Jesús: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata"* (Mt 19, 17).

Venturosa necesidad la que me obliga a servir a un Dios tan bueno, amable y magnífico en sus recompensas.

¡Pero hay de mí si sirvo al mundo con preferencia a Dios! En este mundo seré el más desdichado y criminal de los hombres, y para el otro tendré bien merecida la suerte de aquel siervo ingrato e infiel, arrojado por la divina justicia a las tinieblas exteriores, lugar de eterno llorar y rechinar de dientes.

¿Qué haré, pues? Servir a Dios; adorarle en espíritu y en verdad; amarle de todo corazón; ser todo para Él y nada más que para Él.

TERCERA MEDITACIÓN
Conocimiento de sí mismo

Conocer a Dios, a Jesucristo, mi Salvador; conocer su verdad, su vida, su amor, he ahí mi primera ciencia.

Conocerme a mí mismo tal y como soy, he ahí mi primera virtud cristiana y el primer paso hacia Dios.

I

Pues bien; ¿quien soy yo?

1.º Por mí mismo nada. La nada, tal es mi origen. Y como la nada no merece estima ni amor, tampoco los merezco yo.

¿Qué cosa tienes tú que no hayas recibido de Dios? "Y si todo lo que tienes lo has recibido, ¿de qué te jactas como si no lo hubieses recibido?" (1Co 4, 7).

2.º Por mí mismo no puedo nada en el orden espiritual. Jesucristo dijo: Sin mí nada podéis (Jn15, 5). Con mis solas fuerzas no puedo tener un solo pensamiento sobrenatural, ni siquiera pronunciar con fruto el santo nombre de Jesús. He ahí mi poder negativo.

3.º Hay, sin embargo, una cosa que puedo por mí mismo, una cosa espantosa y abominable: puedo pecar, ofender a Dios, violar su ley, crucificarle en mi corazón, perseguirle, destruir su reinado en los demás.

Puedo, en una palabra, condenarme a pesar de Dios y de su gracia, a pesar de su amor y de su redención.

¡Poder espantoso en verdad! Esto es lo que soy y lo que puedo. ¿Hay acaso motivo de engreírme, de tenerme en algo?

II

El fondo de mi ser es lo que hemos visto. Veamos ahora en qué estado me encuentro.

1.º ¿Cuál es la naturaleza de mi cuerpo? ¿Es perfecto o deforme, distinguido o no, sano o enfermo? ¿No llevo en mí aquel *responsum monis,* garantía de la muerte que da comienzo al movimiento de inclinación del árbol que cae?

¿Qué falta todavía a la santificación de mi cuerpo, a esa vida de Jesús en mis miembros?

2.º ¿Cuál es mi carácter? ¿Es vivo o lento, tenaz o débil, atrevido o tímido?

¿Vivo por la inteligencia o con el corazón?

¿Qué es lo que en mí domina? ¿Será el ansia de reputación, de la estima de los hombres; de la gloria, de la ciencia?

¿O bien el apetito desordenado de los bienes de este mundo, de alguna criatura?

¿O quizá la propensión a la comodidad, al bienestar, al confort,

a la independencia?

3.º ¿Cuál es la pasión dominante de mi vida? ¿Que idea viene a ser la inspiradora habitual de mis pensamientos y deseos?

¿Cuál es el centro de mis afectos, sobre qué suelen ser las tentaciones?

¿A qué son debidos ordinariamente las infidelidades en punto a mis deberes y los pecados diarios?

¿Qué es lo que me entristece o me pone contento, cuál es el objeto de mis antipatías o simpatías?

4.º ¿Cuáles son mis costumbres religiosas? ¿Qué oraciones hago diariamente? ¿A qué devociones particulares me doy? ¿Cuál es el tema ordinario de meditación y qué método empleo en ella? ¿Qué es lo que domina en la meditación, las reflexiones o los afectos? ¿En qué estado me encuentro habitualmente respecto de la oración? ¿Qué objeto me propongo en ella o qué fruto saco?

¿Cuáles son mis resoluciones ordinarias? ¿Soy fiel a las mismas?

¿Hago fielmente el examen de conciencia, el examen particular?

¿Con qué frecuencia me confieso o comulgo? ¿Con qué método lo hago?

5.º ¿Siento algún atractivo de la gracia? ¿Cuál? ¿Cuál es mi especial devoción?

¿Tengo mucha devoción al santísimo Sacramento, a la Virgen santísima?

6.º ¿Se encuentra en paz mi alma? ¿Estoy contento de Dios y lo está Él de mí? *Pax hominibus bonae voluntatis*, paz a los hombres de buena voluntad.

SEGUNDO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

EL ESTADO DE GRACIA

La primera condición para salvarse, así como la primera cualidad del cristiano, es el estado de gracia.

I

Si no se tiene este estado todas las obras resultan estériles para el cielo, ni serán nunca recompensadas, ni escritas en el libro de la vida; no pasan de obras moralmente buenas, cuyo galardón se recibe en este mundo. De ellas dijo san Pablo: "Cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles mismos, vengo a ser como un metal que suena o campana que retiñe si no tuviere caridad" (1Co 13, 1) o estado de gracia.

Cuando fuera profeta, penetrara todos los misterios, poseyera todas las ciencias o tuviera fe como para transportar montes, no sería nada sin tener el estado de gracia divina.

Aun cuando distribuyera todos mis bienes a los hombres y entregara mi cuerpo a las llamas, todo eso de nada me serviría como no estuviese en estado de gracia.

Tal es la ley y la primera regla para salvarse. ¡Qué verdad más triste para el hombre que se encuentra en pecado mortal! ¡Su vida es inútil para el cielo, no tiene más que apariencias de vida!

"Escribe al ángel de la Iglesia de Sardes, dice Jesucristo: Yo conozco tus obras; dicen que vives y estás muerto". Y al ángel de la Iglesia de Laodicea: "Dices: Yo soy rico y hacendado y de nada tengo falta; y no conoces que eres un desdichado, y miserable, y pobre, y ciego y desnudo" (Ap 3, 1. 17).

¿No es eso lo que desgraciadamente he sido al tener la desdicha de caer en estado de pecado?

¡Que pérdida irreparable para mí! He sembrado vientos de orgullo y amor propio: ¿Qué e queda delante de Dios? ¡Ay!,

tempestades..., o mejor, tan sólo la misericordia de Dios.

II

Sin el estado de gracia no puede haber verdadera virtud, sin esta condición le falta la vida y no es más que cadáver de virtud; privada está de la vida espiritual, no la embellece el amor de Dios ni será coronada en el cielo. *Magni Passus sed extra viam,* decía san Agustín de las virtudes de los romanos; pasos grandes, si se quiere; pero dados fuera del camino.

¿Qué resulta una virtud? Pues la vida de Jesucristo en nosotros, el triunfo de la gracia y de nuestro amor sobre nuestra concupiscencia.

Al paso que el estado de pecado mortal es el triunfo de la concupiscencia sobre la virtud, del amor de sí mismo sobre el amor soberano de Dios, del hombre viejo sobre el hombre nuevo.

El hombre viejo es naturalmente orgulloso, sensual y ambicioso. Sólo Jesucristo puede volver castos, humildes y generosos a los hombres.

III

Sin el estado de gracia no puede haber amor sobrenatural de Dios, dado que el pecado mortal combate directamente la ley divina, la pisotea y desprecia la justicia y la bondad de Dios. El pecador crucifica a Jesucristo en su corazón y en su cuerpo.

Ni se puede llamar buen servidor a un rebelde, enemigo, traidor y asesino.

IV

No cabe paz ni felicidad, ni en este mundo ni en el otro, sin el estado de gracia.

El pecado es un veneno, un crimen de lesa majestad, que lleva consigo la sentencia de condenación y padece su suplicio desde este mundo ¡Oh! Qué desdichado se es lejos de Dios, bajo la tiranía del demonio y de las pasiones! ¡Qué esclavitud más dura!

¿Qué otra cosa que castigo eterno del pecado mortal es el infierno? Debo, pues, aborrecer en extremo el pecado, combatiendo con todas mis fuerzas; antes morir que cometerlo.

De ahí se sigue que el estado de gracia es el mayor bien,

puesto que fecunda eternamente la vida y me colma de bienes dándome una corona de gloria haciéndome ciudadano del cielo, miembro de Jesucristo, otro Jesucristo *Christianus alter Christus.*

SEGUNDA MEDITACIÓN
VIDA SOBRENATURAL

Hay tres vidas en el hombre: la de los sentidos, que es vida animal; la vida de la razón, que tiene por fin el honor y la sabiduría de la tierra, y la de la fe, que es la vida sobrenatural.

¿Qué es esta vida sobrenatural?

I

La vida sobrenatural procede de Dios, de su gracia, y no de la naturaleza; nace de la gracia santificante que nos pone en estado de caridad y de vida delante de Dios. La gracia santificante es la que justifica nuestra alma culpable, cuando se humilla y arrepiente: *Cor contritum humillatum, Deus, non despicies.*

La cual está a disposición de todas las almas; es la gracia de la contrición y del sacramento de la Penitencia, que quienquiera puede apropiarse por recepción real o con deseo.

¡Qué bueno es Dios! ¡Me ha puesto entre manos la gracia del perdón!

Por medio de los sacramentales puedo alcanzar inmediatamente la remisión de los pecados veniales, y con una contrición perfecta, la de los mismos mortales.

De suerte que siempre puedo hallarme en estado de gracia, y realizar así primera condición de la vida sobrenatural, obrando y mereciendo para la vida eterna.

¿Cómo es posible que con tan excelentes medios de salvación permanezca en estado de pecado? –¡Cuán ingrato y culpable sería si lo estuviera!

II

En la vida sobrenatural se trabaja para Dios. El estado de gracia me hace hijo suyo y ciudadano del cielo; pero no basta esto para merecer sobrenaturalmente, sino que es menester trabajar para

Dios con intención pura, proponiéndome por fin a Dios, su ley, su santa voluntad, su gloria o algún otro motivo de fe.

Esta intención sobrenatural, ya que no actual, debe cuando menos ser habitual. Cuanto más pura y perfecta sea, tanto más meritoria será ante Dios, por pequeña y ruin que aparezca a los ojos de los hombres o lo sea en sí misma.

¡Cuántas acciones he perdido ¡ay! por mi culpa! Con un pensamiento más hubieran podido ser divinas, y no pasaron de humanas.

Y comoquiera que la vida vale en proporción del carácter sobrenatural que la informa, ¡cuán poco he vivido!

La perfección de la vida sobrenatural consiste en vivir en Dios.

El hombre necesita un centro de vida donde descanse, se fortalezca, se alegre y se anime para las mayores empresas.

El hombre entregado a los sentidos, vive de sensaciones, y el hombre natural, en los bienes naturales; mientras que el justo vive en Dios.

Jesucristo tiene dicho: "El que come mi carne y bebe mi sangre mora en mí y yo en él" (Jn 6, 57). Y san Pablo: "Quien está unido con el Señor es con Él un mismo espíritu: *Qui adhaeret Domino unus spiritus est*" (1Co 6, 17).

Se conoce que Dios es centro de un alma cuando la verdad de Dios constituye su alegría, la divina voluntad su dicha y el amor de Dios resulta su inspirador, su gran motor y la virtud por excelencia de toda su vida. Entonces es cuando Dios reina en el alma. *"Anima justi, sedes Dei,* dice san Gregorio; el alma del justo es una morada de Dios".

¿A dónde se dirigen mis pensamientos y deseos y en qué halla gusto mi corazón? Dónde está tu tesoro...

TERCERA MEDITACIÓN

COMBATES DE LA VIDA SOBRENATURAL

La vida sobrenatural tiene tres enemigos que incesantemente la atacan y quieren someterla a la vida de los sentidos. Son el demonio, el mundo y el hombre viejo.

I

El demonio, enemigo irreconciliable de Dios y del hombre, es el que habitualmente me tienta; me incita a rebelarme contra Dios; tiéntame por el orgullo, que forma su naturaleza, por los sentidos y por las criaturas.

Quiere hacerme idólatra en algún sentido.

A fuer de enemigo invisible, me ataca de improviso; como enemigo terrible, conoce perfectamente la ciencia de perder las almas; enemigo pérfido, halaga las pasiones y seduce al hombre con falsos bienes; enemigo astuto, se transforma en ángel de luz para engañar al hombre con apariencias de bien.

He ahí mi enemigo, Satanás; pero con la gracia de Dios soy más fuerte que él. Puede tentarme, pero no violentarme. ¿Qué debo hacer contra él?

1.º Desenmascarar sus ocultas baterías, ponerlo al descubierto.

2.º Combatirlo por la fe.

3.º Armarme con la oración y con la protección de la santísima Virgen.

II

Mi segundo enemigo es el mundo. Las más de las veces es instrumento del demonio.

Es un enemigo todavía más peligroso, pues vivo con él y a él me ligan mi misma naturaleza, mis relaciones y mis deberes.

El mundo es enemigo de Jesucristo. Enemigo de su verdad por sus falsas máximas; el mundo desecha los misterios de Jesucristo, las verdades que se oponen a sus pasiones; enemigo de sus virtudes: el mundo no quiere saber de la humildad, de la castidad, de la penitencia de Jesucristo; enemigo de su amor: el mundo quisiera poder amar las criaturas y los goces y honores de la vida juntamente con Jesucristo.

¡Hay que ver lo pérfido que es el mundo! Se complace en la ruina de la virtud de Jesús; considera como un triunfo el esclavizar, corromper y deshonrar a un cristiano.

¿Qué debo hacer contra él?

1.º Estar en guardia contra el mundo incrédulo, impío, impuro, ecléctico o indiferente.

2.º Estar dotado de aquella fuerza que da la convicción

religiosa, sostener la gloria de mi señor Jesucristo; no avergonzarme nunca de ser cristiano, sino tenerlo a mucha honra.

III

El tercer enemigo soy yo mismo.

Este es el más terrible de todos. Una cadena, cual la del condenado a cadena perpetua, sujeta el hombre espiritual de Jesucristo al hombre viejo de Adán, y estos dos hombres mantienen entre sí, dentro de mí, una guerra continua e intestina.

Los sentidos se levantan contra el espíritu, el placer contra el deber, el goce de los bienes presentes contra la mortificación de Jesucristo. Y lo que es más triste todavía, el hombre viejo está en connivencia con el mundo y el demonio. Una parte de mí mismo me traiciona.

Soy perpetuo campo de batalla. Bajo el peso de este recio combate exclamaba san Pablo: "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Ro 7, 24). Y se le contestó: "La gracia de Dios por Jesucristo señor nuestro" (Ro 7, 25).

Para ser siempre dueño de sí mismo decía: "Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre" (1Co 9, 27) bajo la ley de Jesucristo.

Eso es lo que tengo que hacer también yo: enseñorearme de mis sentidos, de mi corazón, de mi espíritu, gobernarlos como el piloto gobierna el navío con el timón, dominarlos como un rey domina a sus súbditos.

¿Que cómo lo podré? Por el amor supremo de Jesucristo, que reinará en lugar de mi amor propio.

TERCER DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN
SACERDOCIO

I

El sacerdocio es la mayor dignidad que hay en la tierra. Es mayor que la de los reyes, pues su imperio se ejerce sobre las almas, sus armas son espirituales y divinos sus bienes; su gloria es la del mismo Jesucristo.

Divino es asimismo su poder. El sacerdocio engendra almas a la gracia y para la vida eterna. Posee las llaves del cielo y del infierno. Tiene todo poder sobre el mismo Jesucristo, a quien hace bajar todos los días desde el cielo sobre el altar.

Tiene todo poder de gracia por habérselo dado Jesucristo: puede perdonar todos los pecados y Dios está comprometido a ratificar siempre en el cielo la sentencia por él pronunciada. ¡Poder formidable en verdad, que manda al mismo Dios!

El ángel es siervo del sacerdocio; el demonio tiembla delante de él; la tierra le mira como salvador y el cielo como príncipe que conquista elegidos.

Jesucristo ha querido que sea otro Él mismo; es un Dios por participación, Jesucristo en acción.

II

El sacerdocio es el estado más santo, pues que la vida debe corresponder a la dignidad.

¡Qué pura no debe ser la vida del sacerdote! Más pura que los rayos del sol, dice san Juan Crisóstomo; debe ser un sol: *Vos estis lux mundi.*

Debe ser más incorruptible que la sal que preserva de la corrupción las demás substancias: *Vos estis sal terrae.* Más casta que las vírgenes: el sacerdote debe ser ángel en carne mortal y estar como muerto a toda concupiscencia.

La *humildad* debe igualar a su dignidad; todo lo que le eleva es de Dios, todo lo que le rebaja es suyo; por sí mismo no es en el fondo más que miseria, pecado y nada.

Su *caridad* debe ser grande como el mismo Dios, que le ha hecho ministro suyo de caridad y de misericordia en la tierra.

Su *dulzura* debe ser como la de su Señor, a quien los pueblos llamaban mansedumbre y los niños amaban como la misma bondad.

El sacerdote debe ser viva imagen de Jesucristo, y decir a todos como san Pablo: *imitatores mei estote, sicut et ego Christi* (1Co 4, 16).

III

El ministerio del sacerdote es el más glorioso para Dios.

1.º El sacerdote completa la creación divina elevando al hombre hasta Dios; le devuelve a la creatura la imagen y semejanza del Creador, aquella que el pecado manchó y desnaturalizó; *Creati in Christo Jesu* (Ef 2, 10): en virtud de su ministerio somos creados de nuevo en Jesucristo.

Vuelve a levantar las ruinas de este magnífico edificio y hace de él una obra maestra de la gracia y objeto de las divinas complacencias. El hombre bautizado vuelve a ser hijo de Dios; el hombre santificado se hace digno miembro de Jesucristo, rey espiritual del mundo.

2.º El sacerdote continúa en la tierra la misión del Salvador.

En el altar, continúa y acaba el sacrificio del calvario, aplicando a las almas los frutos divinos de salvación.

En el confesonario, las purifica con la sangre de Jesucristo y las engendra a la santidad de su amor.

En el púlpito publica su verdad, su Evangelio de amor. Hace reverberar en ellas los rayos del sol divino de las almas, alumbrando y fecundando a los hombres de buena voluntad.

Al pie del sagrario, el sacerdote adora a Dios oculto por amor, del mismo modo que los ángeles le adoran en la gloria. Allí es donde ora por su pueblo y es poderoso mediador entre ellos y el pobre pecador.

En el mundo, el sacerdote es amigo del pobre, consolador nato del afligido y del enfermo, el padre de todos. Es el hombre de Dios: *Tu autem o homo Dei* (1Tm 6, 11).

¡Cuán bella es su misión, que consiste en hacer reinar la verdad, la santidad y el amor de Dios, en hacer bien al hombre!

¡Pero cuán santo debe ser también para dignamente servir al Dios de santidad y no perderse por orgullo de su dignidad como el ángel malo!

¿Cómo adquiriré esta santidad excelsa? Por medio de Jesucristo.

Jesús ama al sacerdote, y le prodiga toda clase de gracias y favores.

El águila vuela con más facilidad y con más poder que el pajarillo; su fuerza radica en las alas; la fuerza del sacerdote está en el amor regio de Jesucristo, su señor.

SEGUNDA MEDITACIÓN
Servicio de Jesucristo

El sacerdote procede de Jesucristo; tal es su divino origen. Todo lo que tiene, todo lo que posee nace del amor del Salvador, por lo cual a Él debe referir toda gloria. *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.*

El sacerdote es completamente para Jesucristo. Él es el fin del sacerdote, el fin de todas las gracias de su sublime vocación: *Vos autem Christi, Christus autem Dei* (1Co 3, 23). Debe, por consiguiente, darse por entero al servicio de Jesucristo, su divino Señor, como bueno y fiel siervo.

Y el servicio de Jesucristo exige tres cosas.

I

Es la primera estar libre del mundo. No se puede servir a dos señores a la vez, sobre todo cuando se trata de dos señores tan opuestos como Jesucristo y el mundo.

Por eso un sacerdote debe estar muerto a la gloria, a los placeres, a los bienes y a los afectos terrenales, no buscando todo esto más que en Jesucristo: *Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret; quia vero de mundo non estis, propterea odit vos mundus* (Jn 15, 9).

¿Amo todavía al mundo? ¿Me ocupan o me agradan su gloria,

bienes, gozos y afectos? ¿Me ama el mundo? ¡Desdichado de mí en este caso! Soy un sacerdote del mundo. Carezco de la calidad del sacerdote de Jesucristo, que consiste en estar muerto al mundo y en vivir escondido con Cristo en Dios: *Mortui estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo* (Col 2, 3).

II

La segunda cualidad del sacerdote de Jesucristo es estar consagrado exclusivamente al servicio personal de Jesucristo, al cumplimiento de su santa voluntad y de los deberes del sacerdocio.

El estudio de la santa ley debe ser por consiguiente preferido a cualquier otro estudio, y aun excluir todo estudio contrario, nocivo o inútil al fin del sacerdocio. Muy reprensible e indigno sería el sacerdote que supiese todo menos Jesucristo, la sagrada Escritura, la teología y el derecho canónico.

El sacerdote debe consagrarse exclusivamente a sus sagradas funciones. Debe subordinarlo todo al servicio del Rey; todo desaparece delante de Él.

El servicio del prójimo no debe pasar antes que el de Jesucristo; no es razón servir al siervo antes que al Señor. *Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus* (Act 6, 4), dicen los apóstoles, dando a la oración el primer puesto entre sus deberes y anteponiéndola al ministerio exterior. Las funciones supremas del sacerdote son orar, celebrar la Santa Misa, rezar el oficio divino, unirse con Jesucristo.

¡Cuántas veces ¡ay! he trabajado prescindiendo de mi sacerdocio: *Magni passus sed extra miam!* ¡Cuántas veces he dejado al Señor por acudir a extraños, el servicio de Dios por el servicio del mundo! ¿Qué me dirá el supremo Juez?

III

La tercera cualidad del sacerdote consiste en abnegarse por completo por la gloria del Señor, renunciando y sacrificando la propia gloria: *Oportet illum crescere, me autem minui* (Jn 3, 30); es preciso que Él crezca y yo mengüe, decía San Juan Bautista;

En trabajar bien, sin esperar más recompensa que el haber servido debidamente al Señor;

En sufrir mucho en su servicio, sin otro consuelo que el de

pertenecerle.

Sacrificarlo todo por su servicio y no querer más premio que Él mismo, tal debe ser la vida de un buen sacerdote de Jesucristo.

¿Se han conformado con esto mi conducta, mi deseo y mi dicha? En caso afirmativo, para mí fueron dichas estas palabras: *Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium Domini tui* (Mt 25, 21).

TERCERA MEDITACIÓN

ESPÍRITU DE JESÚS EN EL SACERDOTE

Debe el sacerdote vivir del espíritu de Jesús: *Qui ad haeret Domino, unus spiritus est. Spiritus est qui vivificat. Si quis spiritum Christi, non habet, hic non est ejus* (1Co 6, 17; Jn 6, 64; Ro 8, 9).

El espíritu de Jesús es espíritu de verdad y de amor.

I

Espíritu de verdad.

Jesucristo vino a disipar las tinieblas del error con su divina luz. A todos predicó. Para todos fue testigo fiel, sellando el testimonio con su sangre. Es la verdad misma: *Ego sum veritas* (Jn 14, 16; 18, 37). *Ad hoc veni ut testimonium perhibeam veritati.*

Esa es la regla, la misión y la corona del sacerdote y también la mía. Tengo que vivir de la verdad de Jesucristo, que debe ser mi regla de vida invariable e inflexible: *Vos estis lux mundi.* La verdad es vida para mí; con ella debo alimentarme todos los días en la meditación y en el estudio sagrado.

Jesucristo me ha hecho apóstol, defensor y testigo de la verdad y pluguiera a Dios que fuera mártir por ella. Lejos de mí el avergonzarme de la verdad de Jesucristo, que el abjurar mi sacerdocio y mi fe sería tanto como avergonzarme de mi Señor. Antes al contrario, debo anunciarla intrépidamente, con fuerza y pureza, a pequeños y grandes, en la paz como en la guerra: *Vos eritis mihi testes.* La verdad es mi espada de dos filos y el cetro real de mi sacerdocio.

Para ser siempre fiel a la verdad, menester es que la ame, que de ella viva y dispuesto esté a morir por la misma.

II

El espíritu de Jesús es espíritu de amor, Jesucristo es el amor divino humanado, hecho visible y sensible.

1.º El amor de Jesús está lleno de mansedumbre y de misericordia: *Ecce Rex tuus venit tivi mansuetus* (Mt 21, 5) ... *Discitee a me quia mitis sum et humilis corde* (Mt 11, 29).

¡Qué manso y paciente fue para mí este amor de Jesús cuando le ofendía y no le amaba! ¡Cuán compasivo y caritativo, cuando era desdichado por haberme alejado de Él, por mi culpa! ¡Qué paternal y honroso fue el perdón!

Así debo ser yo con los demás, haciendo lo que hizo primero Jesús y lo que me pide que haga por gratitud hacia Él.

2.º El amor de Jesús es generoso me da cuanto tiene: verdad, gracia, gloria, vida y muerte. Me da todo lo que es; en el santísimo Sacramento, sin guardarse nada para sí.

¡Qué amor! ¿Quién hay que así ame? ¿Quién es capaz de amar como Jesús ha amado? ¿Y qué haré por Él en pago? –Sí, daré todo lo que tengo; me daré a mí mismo: *Dilectus meus mihi et ego illi* (Cant 2, 16).

3.º El amor de Jesús es fuerte como la muerte: *Fortis ut mors dilectio* (Cant. 8, 6).

Para probármelo sufrió hambre, sed, pobreza, menosprecios, humillaciones. Ha querido sufrir atroces dolores, darme toda su sangre, morir en la cruz en medio de tormentos, abandonos, desdenes y maldiciones de su pueblo. Y el objeto de su amor era yo: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me* (Gal 2, 20).

Se sigue, pues, que también yo debo sufrir por amor de Jesús, si quiero probar que le amo de veras y desinteresadamente. Luego tengo que abrazar la cruz de Jesús, crucificarme, querer ser crucificado por Dios y por los hombres y en la cruz morir por su amor: *Quis me separabit a charitate Christi?... Sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos!* Ro 8, 35. 37).

CUARTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN
Servir a Jesucristo con María

El sacerdote, que participa de la dignidad de María, debe participar asimismo de sus deberes y servir a Jesús como ella sirvió.

Pues bien: María sirvió con gran espíritu de pureza.

I

Espíritu de pureza de María. –Fue creada inmaculada porque Dios no puede morar en corazón impuro: *Qui pascitur inter lilia* (Cant 2, 16).

Dios me ha santificado también a mí antes de adornarme con su sacerdocio, mediante el cual llego a ser como padre de Jesucristo: *Sacerdotes parentes Christi.*

Cada día vuelve Jesucristo como a encarnarse en manos del sacerdote como lo hizo antes en el seno purísimo de María. "Por lo cual, dice San Agustín, es preciso que el sacerdote sea santo, puesto que produce sobre el altar y lleva en sus manos al Dios tres veces santo".

Siempre se conservó María pura y sin mancha, sirvió a Jesús conforme a los deseos del profeta: *Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo, aut quis requiescet in monte sancto tuo? Innocens manibus et mundo corde.*

Para servir dignamente a Jesús es necesario que esté siempre en estado de gracia y me conserve puro de todo pecado. Si fuera posible, debería tener la pureza de los Ángeles que le sirven en el cielo.

Sea la pureza de conciencia, la pureza de vida, mi virtud regia, que ella es la que a todas las virtudes da fuerza y hermosura. Sin ella las virtudes más sublimes no son otra cosa que un cadáver de la virtud y los actos más heroicos carecen de valor.

Es absolutamente necesario que sea puro para tener el

atrevimiento de acercarme al santo altar y ser mediador entre Dios y los pecadores, es necesario que sea puro para purificar a los demás.

¿En qué estado me encuentro en punto a pureza sacerdotal? ¿La he conservado, hermoseado, adornado y perfeccionado como María? ¿Es en mí una vida y un estado esa pureza? Menester es que llegue a serlo, puesto que soy sacerdote de Jesucristo!

II

Espíritu de amor de María. –María sirvió a Jesús con el amor más puro, abnegado y desinteresado, amando y sirviendo a Jesús por Él mismo.

Con el amor más abnegado, participando de todos sus sacrificios y dolores, sin quejarse en manera alguna.

Con el amor más desinteresado, no considerando más que su beneplácito, sin mira alguna personal.

Así debo servir a Jesús, mi señor. Tengo que servirle no a la manera de un mercenario, sino como sirve un hijo o un buen servidor, que no tiene otro interés ni deseo que la mayor gloria de su señor. No han de ser óbice para este servicio ni me han de desalentar las dificultades, humillaciones, persecuciones y sufrimientos que me salgan al paso, pues María siguió a Jesús hasta el calvario.

Debo ser desinteresado en el servicio de Jesús, pues no soy sacerdote para adquirir una fortuna, ni para negociar con mis bienes, ni para gozar de cierto bienestar, sino tan sólo para trabajar por el reinado de Jesucristo en las almas, para darle a conocer y hacer que todos le amen y le sirvan, no ambicionando más recompensa que la de los mártires y confesores. Servirle es reinar. Consigo lleva el amor la recompensa, porque, a la verdad, harto feliz es quien ama a Jesús y es de Él amado.

SEGUNDA MEDITACIÓN
Dos clases de siervos

Dios tiene dos clases de siervos: los unos le sirven en el mundo y los otros en la vida religiosa.

I

Los primeros sirven a Dios sin renunciar a la posesión de sus bienes y de su fortuna; pueden trabajar por adquirirla con tal que lo hagan con equidad y justicia.

Los segundos le sirven renunciando y despojándose de sus bienes; dan a Dios no ya tan sólo los frutos del árbol, sino el árbol entero.

Le sirven no como siervos mercenarios, sino como hijos, sin ambicionar otra cosa que la gloria de servirle ni más recompensa que Él mismo.

Al pie de la letra practican estas palabras de Jesucristo: "Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Ven y sígueme" (Mt 19, 21).

Ya en este mismo mundo tendrán el céntuplo prometido a los que dejan todo por su amor.

Y Dios será para ellos una providencia maternal que les alimentará y vestirá por lo menos con tanto cuidado como un buen padre y una buena madre.

II

Los primeros le sirven disfrutando de la libertad propia de su voluntad, cuyos actos le consagran, pero no la propiedad.

Los segundos dan a Dios la propia libertad y voluntad para servirle en la santa obediencia por su amor.

Este es el mayor sacrificio del hombre, así como el más perfecto; es el que hizo Jesucristo al obedecer hasta la muerte. De esta manera se cumple la abnegación evangélica exigida por Jesucristo para ser verdadero discípulo suyo al decir: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo".

Tales son los pobres de espíritu, a quienes Dios promete la bienaventuranza: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. El reino de los cielos de este mundo consiste en la paz y gozo del Espíritu Santo. Quien vive de obediencia corre de victoria en victoria y de mérito en mérito. Su vida aparece completamente llena a los ojos de Dios, porque corresponde siempre a su voluntad.

III

Los primeros sirven a Dios gozando con sobriedad de los

placeres de la vida.

Los segundos le sirven por la continua mortificación en la sobriedad misma. En cuanto al sueño, descanso, alimento y cuidado de la vida, no dan al cuerpo más que lo necesario. Como el apóstol, someten incesantemente el cuerpo a servidumbre. No conceden a los sentidos más que la libertad para el bien; en una palabra, tratan siempre de ser como una hostia pura, santa y agradable a los ojos de Dios.

Al corazón no le dejan libre si no es para amar a Dios, y por Dios y en Dios al prójimo.

Ya nada quieren para sí mismos, ni estima, ni afecto personal, ni favores, ni protección, ni dones, ni recuerdos humanos.

El amor de Dios, he ahí su vida.

Ser amados de Dios, he ahí su único deseo.

Poseer a Dios, he ahí toda su ambición.

No estiman la vida sino porque sirve para glorificar a Dios; no estiman la tierra sino porque es un calvario de amor, ni el cielo sino para alabar y bendecir a Dios eternamente.

TERCERA MEDITACIÓN
Sacrificios de la Vida Religiosa

¿A qué condición pone Jesucristo su reinado en la vida religiosa? La de dejarlo todo por amor.

Así, quien quisiere ser verdadero discípulo de Jesucristo debe:

I

Renunciar a la vida civil, es decir, no tener nada propio, estar muerto al mundo.

No tener nada propio es reducirse al estado de un pobre que no tiene nada y nada puede adquirir, viviendo de limosnas y de agradecimiento. El religioso es un pobre voluntario que la religión alimenta y mantiene por amor de Jesucristo.

Estar muerto al mundo equivale a no vivir en su estima, en su afecto, en sus honores ni en sus placeres; quiere decir que se vive en la tierra como extranjero y desterrado. ¡Venturosa pobreza la que nos libra de la esclavitud de los bienes de este mundo para ser de Dios!

¡Venturosa pobreza la que nos hace amigos y hermanos de Jesucristo!

Así es el amor perfecto, que dice a Dios: “Os amo, Dios mío, más que todos los bienes, más que todos los honores, más que todas las posiciones ventajosas que pudiera lograr en este mundo; a todo eso renuncio por vuestro amor”.

Y Jesucristo contesta: “Te daré el céntuplo en este mundo, y en el otro yo mismo seré tu recompensa”.

II

Otra cosa que hace falta para ser religioso es abrazar la continencia y llevar vida angélica en cuerpo de pecado.

Para conservar la castidad en toda su pureza y vigor es necesario abrazar la mortificación de Jesucristo, no dar al cuerpo más que lo preciso, vivir sobriamente y tener los sentidos sujetos a la ley de nuestro Señor. Es necesario no tener más amor que a Jesucristo o al prójimo; y aun el amor al prójimo tiene que ir envuelto en el de Jesucristo; y por lo mismo, fuerza es renunciar a toda amistad puramente natural, y con mayor razón a la que pudiera ser pecaminosa.

“Muertos estáis, dice san Pablo, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 3, 3). ¡Dichosa vida la que nos convierte en paraíso de delicias de la santísima Trinidad!

III

Para ser religioso perfecto hay que negarse a la voluntad propia por amor de Dios y ponerse bajo obediencia; “el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo”, ha dicho Jesucristo.

Negarse a sí mismo quiere decir renunciar al espíritu propio, a los juicios, gustos y deseos personales, para seguir como un niño la divina ley de la obediencia. Lo cual es un holocausto perfecto, un sacrificio siempre nuevo y una inmolación que nunca deja de crucificar. Pero es también el amor de Dios siempre en acción, es la regia virtud del Salvador, que nunca dijo una palabra ni obró acto alguno en toda su vida sin antes hacerla pasar por la obediencia.

En la obediencia encuentra el religioso toda clase de gracias, duplica sus merecimientos, se pone en el estado más perfecto y goza de una paz y de una libertad de espíritu que es un encanto.

IV

La vida del religioso es vida sujeta a regla.

Todas sus acciones van reguladas y determinadas, y todas sus horas las ocupa el servicio de nuestro Señor.

Lo mismo su comida como su descanso obedecen a una ley; es el criado ocupado siempre en el servicio de su amo o a su disposición. Se parece a los ángeles del cielo que están de continuo delante del trono de Dios, listos a volar a la menor señal de su voluntad.

¡Dichosa servidumbre que no deja tiempo para la pereza ni para la sensualidad de la vida! ¡Dichosa esclavitud que nos deifica por completo!

¡Bendita sea la regla que para el religioso es voz de Dios, llena de gracia y de amor!

QUINTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN
Gracias de la Vida Religiosa

San Bernardo enumera admirablemente las gracias de la vida religiosa: *Haec est religio sancta, pura et inmaculata, in qua homo vivit purius, cadit rarius surgit velocius, incedit cautius, irroratur frequentius, quiescit securios, moritur fiducius, purgatur citius, praemiatur copiosius*. Es santa, pura e inmaculada esta vida religiosa en la que el hombre vive con mayor pureza, cae más raramente, se levanta con mayor prontitud, anda con más cautela, recibe con mayor frecuencia el riego de la gracia, descansa más seguramente, muere con mayor confianza, más pronto es purgado y premiado más copiosamente.

1.º *Vivit purius*. –El religioso vive con mayor pureza que en el mundo, porque se encuentra lejos de las vanidades, halagos y escándalos del mismo; porque, como los ángeles en el cielo, sólo vive para Dios. Está muerto al mundo y vive únicamente en Dios con Jesucristo.

2.º *Cadit rarius*. –Cae más rara vez en el pecado, porque no se le presenta ocasión tan fácil, y además porque se encuentra sostenido en el bien por tantas gracias y buenos ejemplos.

Como su fervor recibe continuo y buen alimento, es aguijoneada la virtud y la regularidad actúa siempre, cae menos en la tibieza, mal tan común y temible.

3.º *Surgit velocius*. –Se levanta con mayor prontitud. Nadie es impecable, pues pecó el ángel en el cielo. Adán en el paraíso y Judas en la compañía de Jesús; mas el religioso que ha caído no queda ni puede quedar por mucho tiempo en el pecado. Él no está solo: *Vae soli*. Es ayudado por la caridad de sus hermanos que le amonestan, animan, ayudan a levantarse y le sostienen en su flaqueza.

Ni le sería posible quedarse por largo tiempo en pecado, pues que todo le recuerda su deber y le pone en la venturosa necesidad de

ser todo para Dios. De ahí aquella sentencia: “Perseverar en la vocación es asegurar la perseverancia final”.

¡Cuántos pecadores viven y mueren en el mundo en sus pecados porque nadie sale a ayudarles!

4.º *Incedit cautius*. –Anda con más prudencia y seguridad, por lo mismo que está cierto de que procede según la voluntad de Dios y de que no se desvía en el camino de la obediencia. Es el camino de lo más perfecto.

5.º *Irroratur frequentius*. –Las aguas de la gracia le riegan más a menudo. Todo lo que hay en Dios de misericordia y bondad, de amor en Jesucristo y de favores en la santa Iglesia; todo lo que hay de celo en la caridad fraterna y de dulzura y consuelo en el servicio de Dios, todos esos bienes son la herencia del religioso. Es como el centro del cielo y de la tierra. ¡Claro! ¡Como es religioso de Jesucristo!

6.º *Quiescit securius*. –Disfruta de dulce y verdadera paz, de la paz de Jesucristo que encierra todo consuelo y todo bien, la cual es gusto anticipado del cielo y celestial testimonio de que Dios está contento de su trabajo. Es el fruto de su amor.

7.º *Moritur fiducius*. –Los religiosos mueren con mayor confianza. La muerte es suave para quien ha servido bien a su buen Señor. Da gusto morir a sus pies y en sus brazos. Sólo un pesar puede tener: el de no tener mil vidas para poder consagrárselas todas.

La muerte de un religioso es el último acto de amor que redondea su corona. ¡Oh! ¡Muera yo con la muerte del justo!

8.º *Purgatur citius*. –Se purifica antes de sus faltas. Las oraciones y satisfacciones de sus hermanos de la tierra abrevian y alivian los sufrimientos que padece en el Purgatorio. La Sociedad, madre suya, no toma, descansa ni experimenta alegría en tanto no tenga cierta seguridad de que está en el cielo. ¡Pronto se le olvida a uno en el mundo, pero no así en la vida religiosa!

9.º *Premiatur copiosius*. –El religioso recibe en el cielo una recompensa más espléndida, participando de la gloria, de la felicidad y del poder de Jesucristo, por cuyo amor lo sacrificó todo, incluso su misma vida.

Se acabó el combate: ya es tiempo del triunfo eterno.

SEGUNDA MEDITACIÓN
FIN DE LA CONGREGACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Nuestro Señor presente en el santísimo Sacramento es todo el fin de la Congregación del santísimo Sacramento.

Servirle por el culto solemne de la adoración, trabajar para que le glorifiquen todos por medio del apostolado eucarístico, he ahí toda la vida del religioso del santísimo Sacramento.

I

Mi fin consiste en servir a la adorable persona de Jesucristo.

¿Puede haber uno más excelso o más perfecto en la tierra y en el cielo?

Merced a este fin me hago miembro de la guardia de honor que merece tener en el santísimo Sacramento, del mismo modo que los reyes de la tierra tienen la suya.

Por él soy siervo suyo harto feliz de estar consagrado a su adorable Persona.

Me hago miembro de su familia, viviendo siempre cerca de Él, alrededor de su trono de gracia y de misericordia como los ángeles en el cielo.

¿Qué puedo apetecer, pues, en la tierra, sino un amor tan grande como Merece este divino Señor?

II

Servir a Jesús presente en el santísimo Sacramento es mi único fin; Jesús sacramentado es mi único amo.

1.º Todo mi ser debe estar única y exclusivamente consagrado a Él; los pensamientos, el estudio y la ciencia de mi inteligencia no deben tener otro blanco que conocer a Jesús, y a Jesús eucarístico.

Toda la capacidad de amar que mi corazón posee ha de ser para servirle. Todas las fuerzas de mi voluntad no deben tener otra regla, ni mis trabajos otro fin. Todo para Jesús en el santísimo Sacramento debe ser la divisa de mi vida.

2.º Toda mi piedad y todas mis virtudes deben ser eucarísticas. Por tanto, todos los ejercicios de devoción deben ser un homenaje a la divina Eucaristía. No debo amar ni practicar las virtudes, por perfectas que sean, sino para honrar al Dios de la Eucaristía, de igual

modo que el servidor favorito no recoge flores más que para su Señor. No debe haber en mí deseo ni proyecto que no se refiera al servicio y a la gloria de mi amo, dado que soy de Él y todo para Él.

III

Servir a Jesús en el santísimo Sacramento es mi fin perpetuo.

Adorar a Jesús continuamente bajo los velos de su Sacramento, y después eternamente en la Gloria, tal es mi ocupación para siempre jamás. De suerte que comienzo al pie de los altares lo que haré perfectamente en el cielo. ¡Qué dicha!

Si tomáramos por fin una virtud, como, por ejemplo, la penitencia, la caridad con el prójimo o el celo apostólico, no siempre la realizaríamos de un modo actual, ni nos sería esto posible, ya porque nos faltaría el objeto, ya porque no tendríamos fuerzas para practicarla, en tanto que adorar a Jesús sacramentado siempre lo puedo. No hay momento en que no pueda mantener relaciones de amor y de servicio con mi divino Señor. Todas las acciones pueden ser una adoración. Nadie puede separarme o privarme de Jesucristo.

De modo que siempre puedo participar de la dicha de la corte celestial y gozar de la presencia de Jesús; en mi mano está vivir sin cesar en Él y para Él, pues que tiene dicho: "El que me coma vivirá para mí; él morará en mí y yo en él".

La Eucaristía, he ahí el tesoro del religioso del santísimo Sacramento; para adquirirlo debe vender todo lo que posee.

La Eucaristía, he ahí la tierra que le es prometida como la que se prometió a Abrahán; para entrar en ella debe dejar patria, familia, casa, e ir a la *Tierra de la visión.*

La Eucaristía es el festín nupcial del Hijo del divino rey, al que he sido convidado, mas con la condición de dejar todo para llegar puntualmente a la hora y adornado con el manto regio de la buena voluntad.

La Eucaristía es el reino de Dios en la tierra. Templo suyo es mi cuerpo, trono mi corazón, mi voluntad humilde sierva y triunfo mi amor.

TERCERA MEDITACIÓN

Culto eucarístico

El fin de la Congregación es asimismo tributar a Jesús en el santísimo Sacramento el culto de honor más grande, santo y litúrgico que sea posible.

I

El culto más grande por el solemne servicio de la exposición donde Jesús es honrado como rey inmortal de los siglos, a quien son debidos todo honor y toda gloria.

Todo se eclipsa delante del Sol de amor; en presencia del rey los honores no se tributan al ministro; ante el gran Señor, el siervo no es nada.

Todo cuanto hay de bello, precioso y honroso debe servir para honrar el trono divino de Jesús. Él es el único dueño de todo. Y si la Congregación poseyera todos los diamantes, todo el oro y todas las coronas del mundo, lo único digno de estima que en todo eso viera sería la dicha de ofrecerlo y consagrarlo a la gloria de su dueño, pues todo eso le pertenece.

II

El culto más santo.

El cuerpo debe honrar al Dios de la Eucaristía y tributarle homenajes exteriores.

Homenaje de respeto, componiéndose muy modesta y decentemente en su divina presencia, evitando toda actitud y todo acto que uno no se permitiría delante de un hombre honrado, y con mayor razón delante de un soberano.

Homenaje de piedad, practicando con gran espíritu de fe y de amor todas las ceremonias externas, las genuflexiones, postraciones y reverencias prescritas, las cuales vienen a ser una exteriorización del acto de adoración, que interiormente hace el corazón, y una pública profesión de fe.

Homenaje de virtud, honrando así al Señor en todas partes, así en público como en privado, lo mismo en la calle como en el templo; adorándole postrado cuando pasa en viático, lo mismo que cuando está sentado en su trono. Dondequiera es el rey y el Dios de mi corazón y de mi vida.

III

El culto más litúrgico.

La santa Iglesia, inspirada siempre por el Espíritu Santo, ha regulado el culto debido a su divino Esposo, a Jesucristo en el santísimo Sacramento, y este culto es el único verdadero, santo y agradable.

La santa Iglesia, celosa del honor y de la gloria de su rey, ha regulado hasta los menores detalles de su culto, porque en su servicio todo es grande y divino.

Por lo cual, el primer deber de la Congregación y de todos sus miembros es estudiar las rúbricas y las ceremonias de la Iglesia, observarlas con exacta fidelidad y hacer que todos las observen y estimen. Honrando así a la divina Eucaristía, la honro juntamente con toda la Iglesia y con todos los santos. De este modo mi homenaje se funde con el de la Iglesia, resultando un mismo culto con el suyo, y sus merecimientos suplen a mi indignidad y su perfección a mi flaqueza. Mi culto será así verdaderamente católico.

Este culto debe ser, además, una expiación por tantas irreverencias y faltas como he cometido en el lugar santo, y una reparación por tantas profanaciones, injurias y sacrilegios como incesantemente se cometen contra el adorable Sacramento por tantos malos cristianos. Debe ser una protesta contra la incredulidad y una pública profesión de mi fe y de mi vocación a la mayor gloria de Jesús, hostia de amor y alabanza.

SEXTO DÍA

PRIMERA MEDIACIÓN
La adoración

La adoración eucarística es el acto regio y soberano del religioso del santísimo Sacramento; en su vida religiosa todo debe prepararle, adornarle o perfeccionarle para la adoración. Todo debe sujetarse y subordinarse a este divino ejercicio, porque es el acto religioso más excelente, santo y justo de su vocación y de su vida.

I

El acto más excelente.

Adorar es compartir la vida de María en la tierra cuando le adoraba en su seno virginal, en el pesebre, en la cruz, o en la divina Eucaristía. Adoración fue toda su vida en la tierra.

¡Cuán pura e inflamada, santa y perfecta, era su adoración! Para agradar a Jesucristo el adorador debe adorar con María y por María.

Adorar es participar de la vida de las grandes almas; toda la felicidad consistía para ellas en estar al pie del divino Sagrario para adorar al Dios oculto y tributarle toda la gloria y todo el amor de que eran capaces. Ellos no estimaban la vida más que por el Sagrario, y no vivían más que para sumergirse y consumirse en llamas de amor.

Adorar es llevar la vida de los santos en el cielo, alabando y bendiciendo eternamente la bondad, el amor, la gloria, el poder y la divinidad del cordero inmolado por la salvación de los hombres y la mayor gloria de Dios Padre.

¡Qué dicha comenzar en la tierra lo que eternamente haremos al pie del trono de Dios!

¡Qué dicha componer la corte eucarística de Jesucristo en la tierra, estar siempre con su adorable persona, ser miembro de su guardia divina y vivir ya en la tierra de la vida celestial!

Adorar es el acto supremo de la virtud de religión, que por sí

sola reemplaza los actos de las demás virtudes y posee la virtud de todos los actos y es su fin.

¡Bendita por siempre sea la divina bondad de mi Dios que me ha llamado a la vocación eucarística, que me da la gracia y me pone en condiciones de ser adorador por estado y por deber, mientras que los demás fieles no lo son más que como de paso y por intervalos!

Quid retribuam Domino?... Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.

II

El acto más santo.

No me es posible nada más santo que la adoración eucarística.

Es ella ejercicio perfecto de todas las virtudes.

1.º De la fe. –La cual es completa y perfecta cuando adoro a Jesucristo oculto, velado y como anonadado en la sacratísima hostia. Me someto entonces y adoro con todas mis facultades y con todos los sentidos y únicamente a impulsos de la fe.

2.º De la piedad interior y exterior, enteramente concentrada en el Dios oculto, adorando por la súplica, por la oración, el culto, el respeto; por el anonadamiento, si posible fuera, de mí mismo; por la humildad, la penitencia, la pureza y todas las demás virtudes.

3.º Del amor. –Como el amor es toda la ley, toda ella la cumplo al adorar a mi Dios y Señor en el Santísimo Sacramento con toda mi mente, todo mi corazón, toda mi alma y con todas mis fuerzas.

4.º De la caridad. –Adorando puedo practicar la caridad perfecta para con el prójimo, orando por él, haciéndome medianero suyo, víctima por su salvación e implorando en su favor las gracias y misericordias de mi Salvador. Nada hay, por tanto, más santo que la adoración.

III

El acto más justo.

Jesucristo merece adoración dondequiera que esté; luego debo adorarle en la sagrada Hostia.

Jesucristo está para mí en el santísimo Sacramento; si no fuera por mí no quedaría en él; como no sea un ingrato y un impío, fuerza es que vaya a tributarle mis homenajes. ¿Qué se diría de un hombre

que recibiese la visita de un soberano y le dejase solo en casa, sin tributarle honores ni homenajes?

Debo adorar a Jesucristo por mí mismo, que tal es mi servicio y mi vocación; si no lo hiciera, sería siervo infiel y perezoso y bien merecida tendría la suerte del siervo malo del evangelio.

Debo adorar a Jesucristo como sacerdote, por el poder del sacerdocio; puesto que le he puesto sobre el altar, como María en el pesebre, ¿no es razón que como ministro suyo le rinda perpetuos homenajes?

Debo adorar a Jesucristo por aquellos que no le adoran, le abandonan, le olvidan, le menosprecian y le ofenden.

Si de veras amo a mi Señor, ¿no es justo que tenga cuidado de resarcirle con un servicio más abnegado de tantas ofensas como recibe y, como san Pedro, le diga: "Señor, aun cuando todos los demás os abandonen, yo nunca os abandonaré?" Con Vos quiero vivir y morir.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Apostolado eucarístico

La Congregación del Santísimo Sacramento no se contenta con adorar, amar y servir por sí misma al Dios de la Eucaristía. Llevada del celo por su gloria, se esfuerza también en hacer que le amen, adoren y sirvan todos los hombres y que en todas partes se le levante un trono y se le junten adoradores fieles.

"Fuego vine a traer al mundo, y todo mi deseo es que abrase al universo entero", dijo Jesús.

Ahora bien, según san Juan Crisóstomo, este divino fuego es la Eucaristía: *carbo est Eucharistia que nos inflammat.* Los incendiarios de "este fuego eucarístico son todos aquellos que aman a Jesús, pues el amor verdadero apetece el reinado y la gloria del Amado". La Eucaristía es el reinado de Jesucristo en el mundo, y más aún en los corazones de sus hijos.

Tal es la bella y amable misión del religioso del santísimo Sacramento. Su verdadero nombre, gracia y virtud es ser discípulo y apóstol del amor eucarístico.

Mas ¿cuáles son las obras de este apostolado eucarístico? Todo

aquello que pueda redundar en gloria del Dios de la Eucaristía es objeto de su celo y todo puede referirse al servicio de Jesús en el santísimo Sacramento, que de todo es Él gracia y objeto.

El amor no tiene más que una ciencia, un lenguaje, un deseo, un placer, que es hacer que Jesucristo sea conocido, amado y servido en la sagrada Eucaristía.

I

Darlo a conocer a los que no le conocen, enseñarlo a los niños, a los hombres necios e ignorantes, revelarlo más plenamente a los que le conocen ya, y eso por las obras del catecismo, de los ejercicios espirituales, de la Agregación, las Semanas Eucarísticas, etc.

Nuestro Señor no es conocido ni siquiera de los que parecen poseer la ciencia de su doctrina y de su vida. Si fuera más conocido, sería mejor servido y adorado y más a menudo visitado. Cuando menos, se hablaría de Él en las conversaciones entre cristianos, entre personas piadosas, y no sería como un Dios muerto y sepultado, como un Dios desconocido. Ya no se atreve uno a pronunciar su nombre en público. Desgraciadamente Jesucristo casi no es más que un extranjero en medio de los suyos.

Por eso mismo hay que revelarle, manifestarle y llevarle sus hijos pródigos.

II

Fuerza es trabajar para que sea amado. Por el amor divino hay que volver los pueblos a la virtud, a la religión y a la fe.

No hay medio más eficaz y acaso sea el único que nos queda para combatir la indiferencia que reina en el mundo y conquista hasta los corazones de los fieles.

Hay que atacar con este fuego divino el frío que paraliza los corazones y los miembros de la sociedad.

Mostrando el amor de Jesucristo, se despertará en los corazones aletargados el sentimiento del amor y la necesidad de la virtud.

Si se ven constreñidos a practicar actos de adoración al pie del santísimo Sacramento, se convertirán en adoradores en espíritu y en verdad.

Hay que urgir, empujar, llevar a viva fuerza los convidados a

las bodas del rey.

Una vez que hayan gustado lo dulce que es el Señor y hayan hecho un acto de adoración, la gracia acabará lo demás.

Mas un apostolado así requiere varones de ánimo valeroso, dispuestos a abrazar la locura de la cruz para tener la virtud de la misma, prestos a afrontar las humillaciones y los desprecios de los prudentes del siglo, para que Jesucristo sea amado y glorificado; pues es ésta toda la recompensa que ellos deben desear.

¡A vos, Señor, amor, alabanza y gloria; para mí el olvido, el menosprecio y la humillación!

¡Reinad..., que estoy satisfecho de morir!

TERCERA MEDITACIÓN

Amor a Jesús Sacramentado

El amor a Jesús es el que debe formar a un religioso del santísimo Sacramento. El amor debe ser móvil de todos sus actos, centro de su vida y fin de todos sus sacrificios.

I

Móvil de todos sus actos. –El amor a Jesucristo debe inspirarlos. Da gusto pensar en lo que se ama, y este delicioso pensamiento llega a ser compañero inseparable de la vida.

El amor debe ser la gracia de los mismos. La gracia de cada uno es conforme a su vocación, y la vocación eucarística es toda de amor, como lo es también su fin.

El amor debe ser la regla de todos los actos, por lo mismo que debe ser supremo en el religioso. Todas las virtudes tienen que estar al servicio del amor como otras tantas siervas suyas, no siendo más que ejercicio y prueba del mismo, de igual modo que la fidelidad, la abnegación y la piedad filial son fruto del amor de un buen criado, de un buen hijo.

En el religioso del santísimo Sacramento la virtud regia debe ser el amor, pero amor soberano que viva de todas las virtudes y pueda llamarse amor humilde, amor manso, amor paciente, amor mortificado, amor caritativo.

Por lo cual, cuando tuviere que practicar la humildad, la

caridad, la abnegación o la pobreza, me bastará con hacer un acto de amor de Dios especificándolo por el acto de la virtud que deba practicar. Como si dijera: "Os amo, Dios mío, de todo mi corazón, y, para probároslo, voy a hacer este acto de humildad". De esta manera mi vida se simplifica en el amor, y del amor puedo ir a todo, así como todo alimenta y vigoriza en mí ese amor.

Así obraba san Pablo: *"Quis nos separabit a charitate Christi? an fames? an nuditas? an gladius? Sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos. –Certus sum quia neque mors, neque vita... neque creatura alia poterit nos separare a charitate Dei quae est in Christo Jesu Domino nostro.* ¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulación? ¿O la angustia? ¿O el hambre? ¿O la desnudez? ¿O la espada? En medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni criatura alguna podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo nuestro Señor" (Ro 8, 35-38).

II

El amor, centro de vida.

Un centro de vida donde el alma tome descanso, se complazca, consuele y regocije, me resulta necesario; ni hay hombre alguno que no lo tenga, ni puede dejar de tenerlo, ya sea una criatura que ame, ya alguna cosa del mundo, ya el mismo Dios.

Cuando el hombre tiene un centro humano, es desdichado, inconstante, culpable: se hace pagano. "Para vos, Señor, nos habéis hecho y nuestro corazón anda inquieto y desasosegado en tanto no descanse en vos", dice san Agustín. *Fecisti nos ad te, Deus, et irrequietum est cor nostrum donec requiescat in te.*

El centro de vida es reposo, es morada de amor; quien pone este centro en Jesús Sacramentado, hacia Él dirige todos sus pensamientos, estudios y virtudes: su tesoro es Jesús y su corazón en Él permanece.

No se encuentra bien en ninguna parte fuera del santísimo Sacramento; no experimenta alegría, ni placer, ni felicidad si no es en el santísimo Sacramento.

Con la Eucaristía se encuentra en el paraíso; cuando le falta, es el infierno.

Con la Eucaristía todo resulta sabroso y fácil, mientras que sin

ella todo es amargo e intolerable.

Con la Eucaristía la vida es amable, e insoportable sin ella: más vale morir.

A este centro de amor se refiere Jesucristo cuando dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora y yo en él. Permaneced en mí, permaneced en mi dilección: *Manete in dilectione mea”* (Jn 6, 57).

En este divino centro vivía san Pablo: “*Mihi vivere Christus est*; mi vivir es Jesucristo” (Fil 1, 21). “Ya no soy yo quien vivo en mí, sino Jesucristo quien en mí vive” (Gal 3, 20).

III

Fin de todos los sacrificios.

El amor verdadero sólo vive para la persona amada, a la que obsequia con el valor de todos los sacrificios y por la que se sacrifica generosamente.

Agradar al objeto amado es la única recompensa que ambiciona, y morir por él le es un triunfo.

Tal es el fin del religioso del santísimo Sacramento: Servir al Señor por amor, sacrificarle noblemente libertad, voluntad, afectos, gloria, salud y vida, y ello en el olvido y menosprecio de los hombres, en pruebas interiores sólo de Dios conocidas, en el sufrimiento sin alivio, en el cansancio sin descanso, en el trabajo sin feliz resultado, en la caridad no correspondida, en la paciencia sin reciprocidad, en la vida de fe sin consolación alguna; y a pesar de todo ello, servir siempre a nuestro Señor con la serenidad de la paz, la alegría del corazón y la fuerza de un amor más fuerte que la muerte; mostrarse feliz y serlo en el sacrificio del amor.

Este es el gran triunfo del amor de Jesucristo en el religioso; es el amor purificado en el crisol, el verdadero amor que se consume para la pura gloria de Dios.

SÉPTIMO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

Pobreza

Para ser verdadero discípulo de Jesucristo y religioso del santísimo Sacramento, preciso es comenzar por renunciar a todos los bienes y reducirse al estado de pobreza, de pobre sin derechos, civilmente muerto, que por todo bien no tiene más que el pan de la limosna que le da la religión, que ya no puede ni adquirir, ni poseer ni dar cosa alguna por sí mismo: así es el pobre de Jesucristo.

Hermosa pobreza, en verdad, puesto que le hace dueño de todos los bienes del cielo: *Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei.*

Pobreza gloriosa, pues no hay diadema ni gloria del mundo que tanto valga: *Vos autem qui reliquistis omnia et secuti estis me, centuplum accipietis, et vitam aeternam possidebitis.*

Venturosa pobreza que, librándonos de las inquietas solicitudes de la vida y de la esclavitud del mundo, nos libra al mismo tiempo de los peligros tan grandes y seductores de las riquezas, del lujo que éstas engendran, del bienestar que procuran y de las alabanzas falsas y pérfidas que proporcionan.

La pobreza evangélica nos da la libertad, sin más dependencia que la de la divina providencia, y nos hace verdaderos discípulos de Jesucristo y familia suya.

Ya lo creo que quiero ser pobre como mi Señor, y como Él no tener en propiedad ni siquiera una piedra: *Filius hominis non habet ubi caput reclinet* (Mt 8, 20). Con Él quiero vivir pobremente; con Él, que come el pan de los pobres, *panes ordeaceos,* y como los pobres viaja Jesús, *fatigatus ex itinere.* Iba con frecuencia a acostarse en la gruta de Getsemaní. Se viste como la generalidad de los hombres, y algunas veces hubo de padecer hambre: *et esuriit.*

¡Qué hermosa y amable es esta pobreza! Es a un mismo tiempo prueba y gloria del amor al hombre: *Amicitia pares invenit aut facit*.

Esta pobreza se torna divina, pues el Señor se desposó con ella, sin que nunca más se separara.

¡Oh maravilla! ¡Si hasta en su estado de gloria quiere seguir siendo pobre!

Ved, en efecto, cuán pobre es Jesús en su estado sacramental. Es más pobre que en Belén, por cuanto en la divina Eucaristía carece muchas veces de manos que le lleven y de servidores que le sirvan y defiendan. Se encuentra solo, sin más defensa que su amor al hombre.

¡Qué pobre es Jesús sacramentado! Más pobre que en Nazaret, porque aquí no goza ni de libertad ni de movimiento propio.

Es más pobre que en la misma cruz, ya que entonces, a falta de otra cosa, por lo menos podía hablar. Y aunque su Padre le abandonó, a sus pies tenía a su buena y compasiva madre, al discípulo amado y algunos corazones fieles, en tanto que en el santísimo Sacramento se ve pobre, desnudo, abandonado, renegado, insultado, crucificado, sin testigo ni consuelo.

Pero ¿por qué habrá querido Jesucristo ser tan pobre en su Sacramento? ¿Por qué habrá querido ponerse bajo la dependencia de todos y cuanto tiene recibirlo de la caridad de los hombres?

¡Ah, la única causa de todo eso es el amor, el amor inmenso, el perpetuo amor de Jesús al hombre!

Por la pobreza es como demostraré yo también a Jesús que le amo de veras; con ella le probaré que le amo más que todos los bienes de este mundo, más que la gloria y la felicidad.

Al darme a la santa pobreza evangélica, glorifico su divina providencia, me constituyo hijo suyo para siempre y me hago su verdadero discípulo.

Oh santa pobreza de mi rey, tú serás mi madre querida, mi gloria y mi corona. Yo seré tu pobre de amor; tú serás la pasión de mi corazón.

SEGUNDA MEDITACIÓN
Pureza

Si la pobreza es la primera condición para ser discípulo de Jesucristo, la pureza es la primera virtud de su servicio.

I

Puro tiene que ser quien quiera acercarse al Dios de toda pureza, morar en su tabernáculo, acercarse al altar, a su adorable Persona: *Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo, aut quis requiescet in monte sancto tuo? Qui ingreditur sine macula et operatur justitiam* (Ps 14, 1-2). *Innocens manibus et mundo corde.* "Señor, ¿quién habitará en vuestro tabernáculo, o quién descansará sobre vuestra santa montaña?" Y el Espíritu Santo contesta: "Aquel cuyas manos sean inocentes y puro el corazón; aquel que anda sin mancilla y obra según justicia".

Nadie se atrevería a servir a un príncipe con traje sucio y las manos manchadas; ¡y Jesús es el Rey de los reyes! Los ángeles se abaten ante su Majestad, no teniéndose por bastante puros para servirle, y la santa Iglesia hasta se atreve a extrañarse de que no tuviera horror del seno, tan puro, sin embargo, de la inmaculada Virgen: *Non horruisti Virginis uterum.*

Tan sólo el que tiene el corazón puro puede gozar del privilegio de ver a Dios: *Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt.*

Es menester ser casto para ser discípulo predilecto de Jesús: *Virgo virginem virgini commendavit.*

Mas ¿cuál deberá ser la pureza del religioso del santísimo Sacramento?

Pureza de cuerpo. –Por el voto perpetuo de castidad consagra a Dios su cuerpo que de esta manera se trueca en cosa sagrada y en miembros de Jesucristo sus miembros; en virtud del voto se hace templo del Espíritu Santo, sagrario vivo adornado con la pureza evangélica.

Para guardar y mantener esta bella virtud hace falta:

1.º Cubrirse con la modestia de Jesucristo, a fin de preservarse de los escándalos del mundo, de sus lazos y encantos.

2.º Guardar los sentidos bajo la servidumbre de la sobriedad y sujetarlos, cuando se rebelan, con la mortificación de Jesucristo.

II

Pureza de corazón. –No se debe tener ningún afecto desordenado, que esto sería una especie de idolatría; deben

purificarse los afectos legítimos, deificándolos con el real amor de Jesucristo; se debe amar como los ángeles y santos nos aman, como Jesucristo mismo nos ha amado.

Cuando el pensamiento natural de una persona nos persiga y se haga habitual y dominante, apresurémonos a desenmascarado, pues es un lazo, una servidumbre; el amor del prójimo no puede ni debe ser centro, sino que este carácter debe tenerlo únicamente el amor de Dios, cuyo es el ser, la vida y el movimiento.

III

Pureza de espíritu. –La imaginación no debiera representarme otra cosa que la hermosura y la bondad de Jesucristo; la memoria debiera servirme para tener siempre presentes su ley y sus beneficios; lo que cumple a la razón es conducirme a Dios, y a la voluntad vivir del amor de su ley.

Dios, su gloria, su reinado, el triunfo de su amor en mí y en el mundo entero debieran ser el fin primordial de mis actos, el único pensamiento de mi vida.

IV

Pureza al servicio de Jesucristo. –La pureza debe ser la virtud regia de mi servicio eucarístico, porque no hay más que una sola cosa que sea excluida del cielo, que ofenda la vista de mi Señor y mueva a horror a su corazón: el pecado. La pureza es mi manto nupcial cerca del divino Esposo. Todas las virtudes deben ser como las siervas de la regia pureza y embellecerla con sus encantos.

Debe ser como el oro siete veces purificado en el crisol: *Purgatum septuplum.*

¡Oh, lo contento que estaría mi Amo del servicio que le presto si en él no viera ninguna mancha! ¡Con qué gusto recibiría los homenajes de mi vida si fueran santos y puros!

¡Cuán grande no sería su satisfacción al recibir los dones de mi amor, si mi corazón estuviera libre de todo vínculo, y lejos de ser mercenario o egoísta fuera magnánimo como el suyo, puro como su gracia y fuerte como su amor!

Debiera ser como la zarza ardiente del desierto: un lirio que se quema.

TERCERA MEDITACIÓN
OBEDIENCIA

Si la pobreza evangélica me vuelve libre y decente la pureza, la obediencia debe hacerme grato a mi Señor. Por ella acabo de hacerme verdadero siervo y discípulo suyo *"Si quis vult post me venire, abneget semetipsum;* que se niegue a sí mismo quien quiera ser mi discípulo".

La obediencia religiosa es madre de todas las virtudes *"Virtutes inserit, insertasque custodit;* injerta las virtudes, y una vez injertadas, las guarda". De modo que, si en poco tiempo quiero hacerme perfecto religioso, me basta con hacerme obediente.

Dice el Espíritu Santo que la obediencia es continua victoria contra el demonio, contra el mundo y contra sí mismo: *Vir obedients loquetur victorias.*

Es virtud de grandísimo merecimiento, pues es regia virtud de Jesucristo: *"Humillavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis; propter quod et Deus exaltavit illum et donavit illi nomen quod est super omne nomen* (Fil 2, 8-9). Se anonadó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo que Dios le ensalzó y le dio un nombre que está por encima de todo hombre".

Con estas palabras me muestra por modo admirable san Pablo el principio de la vida de la obediencia, que es la humildad; su ejercicio, que se aplica a todo, hasta la muerte en cruz con Jesús; y su gloria en Jesucristo.

Pero veamos cuáles son los caracteres de la obediencia de Jesús, mi Señor.

I

Su obediencia es tan humilde como su condición y, a juzgar por las apariencias, no pasa de un hombre ordinario. *Formam servi accipiens, et habitu inventus ut homo* (Fil 2, 7).

Y la obediencia de un siervo no es alabada ni coronada ¡como es cosa tan natural en su estado! Tal fue el estado de Jesús, tal debe ser el mío. ¡Pobre de mí, si para obedecer hace falta que me alaben! Porque un hecho de verdad sería un fariseo, un siervo orgulloso.

¡Pobre de mí si me ensoberbezco de mi obediencia! Eso sería hacerme yo mismo fin de ella. Inútil aguardar ya otra recompensa.

No ha de ser así, Dios mío. Por harto honrado me tendré con tal de pareceros.

II

La obediencia de Jesús es sencilla como su amor.

Obedece a la voluntad de su padre, que respeta, adora y ama más que todo. No le pide razón de lo que manda; sólo desea conocer sus órdenes para al punto cumplirlas con alegría: *Ecce venio ut faciam, Deus, voluntatem tuam* (Ps 39; Hb 10, 7).

Bien sabe que todo lo que quiere su Padre es justo, sabio y bueno; bien sabe que eso es precisamente lo más propio para procurar su gloria y lo más digno de su amor.

Lo mismo que Jesús, debo obedecer con la sencillez propia de la fe, con la pureza del amor. ¿Qué me importa una cosa, si Dios no la quiere? ¿Qué son todas las obras buenas que Dios no me pide? ¿Para qué ponerme al servicio del prójimo cuando Jesucristo me guarda cerca de su persona adorable y quiere que le sirva a Él mismo? ¡Qué injuria la mía si no estuviera contento de mi Señor, si le prefiriera un esclavo!

¿Servirle no es por ventura reinar?

III

La obediencia de Jesús es entera.

1.º Ni tiempo, ni lugar, ni forma de vida se reserva; todo va regulado y ocupado por la obediencia. Por eso, nada extraño que sea obediente hasta la muerte de la cruz.

2.º Jesucristo obedece a todos los que tienen autoridad de su Padre: *Et erat subditus illis.* Obedeció a César, obedeció a los verdugos, porque su Padre celestial lo quería.

Cuanto más ruin y flaco sea en apariencia el instrumento de mando, tanto más perfecta es la obediencia.

3.º Jesús glorioso obedece todavía en la sagrada Eucaristía con obediencia humilde, sencilla y entera. Y obedecerá hasta el fin del mundo para perpetuamente ser modelo, gracia, amor y corona de la obediencia.

Yo, religioso del santísimo Sacramento, debo asemejarme a Él,

debo honrarle reproduciendo su regia virtud; debo honrar al Padre celestial, salvar las almas y santificarme a mí mismo por la obediencia eucarística de mi rey Jesucristo.

OCTAVO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

VIDA EUCARÍSTICA

"El que me coma, vivirá por mí", ha dicho nuestro Señor. Nada más justo, en efecto, pues el criado debe trabajar para el amo que le alimenta y el hijo para los padres que le han dado la vida. Alimentado con la Eucaristía por Jesús, debo vivir para Él.

Mas ¿cómo debe ser esta vida consagrada a la Eucaristía en el religioso del santísimo Sacramento?

I

El religioso debe referirlo todo al servicio del santísimo Sacramento.

1.º Dones naturales, estudios, trabajos, todo debe ordenarse a Jesucristo presente en la divina Eucaristía como a su fin. Cuando un siervo se pone a servir, se da con todo lo que es y todo lo bueno que sabe hacer.

2.º Sus ejercicios de piedad. –A Jesús sacramentado debe referir los actos de todas las virtudes. Nada hay en su vida que no deba revestir el carácter de su vocación eucarística. Todo debe honrar y glorificar a Jesús en su adorable Sacramento, ya que para sólo eso es religioso.

Ni siquiera debe estimar y buscar las virtudes, sino en cuanto son medios de servir como conviene al Señor, en cuanto son cualidades necesarias para ser un buen siervo. Así debe trabajar por ser humilde, casto, mortificado, recogido, lleno de caridad y de mansedumbre; pero únicamente porque estas virtudes componen el traje de servicio y son medios necesarios para complacer al Señor, pensando, hablando, y obrando como Él.

Artes, ciencias, talento, todo lo bueno que hay en el mundo, no debe estimarlo sino en la medida que honra y glorifica, o puede honrar y glorificar al divino Señor sacramentado.

A los hombres debe amarlos y estimarlos tan sólo en razón del servicio que rinden o que pueden rendir a Jesús en la Eucaristía.

Ni la salud ni la misma vida debe tener ni tiene verdadero valor a sus ojos como no sea para el mayor servicio y para la mayor gloria del Dios de la Eucaristía.

Nada más natural, nada más justo que el consagrar al servicio de mi buen Señor todo lo que hago y todo lo que tengo. ¡Sería cometer un robo, una injusticia el trabajar por otro!

¡Todo lo que hago, todo lo que pueda hacer es ¡ay! tan poca cosa al lado de lo que Jesucristo merece, tan poca cosa hasta en comparación de lo que los esclavos del mundo hacen por el mundo!

II

El religioso debe darse de lleno a la gloria del santísimo Sacramento. Debe andar solícito para que su buen Señor sea, cuando menos, tan bien servido como los soberanos de la tierra.

¡Y con qué diligencia, celo y abnegación no sirven los cortesanos a su rey! ¿No se tienen acaso por muy felices, cuando pueden lucirse en algún servicio más dificultoso o con un acto heroico? ¿No se está de guardia día y noche a la puerta del palacio real, así cuando hace buen tiempo como cuando hace malo? Sería cobardía el quejarse. ¿No sirve el soldado a su soberano sin más recompensa que el honor de haberle servido bien? ¿No lo hace hasta con entusiasmo por la gloria y el amor de su rey?

¿Y habrá de ser Jesucristo el único rey que no tenga fieles servidores, guardia abnegada y soldados generosos? ¿Habrá de ser el demonio mejor servido por sus esclavos que Jesucristo por sus discípulos, por sus hijos y por sus ministros?

No, no ha de haber tal, que sería una vergüenza para los cristianos y un gran triunfo para el demonio.

¡Cuántos hombres se dan a la impiedad! ¡Cuántos venden su salud por los placeres, por un interés insignificante! ¡Cuántas víctimas ha hecho el mundo! Y nadie se queja por eso. ¿Para Vos tan sólo habrá, pues, de ser ingrato el hombre, Dios mío? No, no.

¡Día y noche tendréis vuestra guardia eucarística: la formaré yo mismo, la formaremos nosotros!

Tendréis una corte fiel, soldados y apóstoles dispuestos a correr a todos los sacrificios, a serviros; si necesario fuera, en la

pobreza y en la absoluta privación de todo, entre menosprecios y persecuciones del mundo, en el abandono de los amigos, en el sacrificio de toda libertad, en la abnegación de un apostolado desconocido y estéril en apariencia, en la entrega a diario y progresivo agotamiento de nuestras fuerzas y de nuestra salud; y todo esto os lo ofrecemos, como don natural de nuestro amor, pues queremos vivir y morir como esa antorcha, esa vela que arde ante la sagrada Hostia y se extingue sin dejar rastro. Se ha consumido todo para gloria del divino Maestro.

SEGUNDA MEDITACIÓN

CARACTERES DE UNA VOCACIÓN EUCARÍSTICA

I

¿A qué señales podré conocer que soy llamado a la vida religiosa eucarística? –A una sola: Por atractivo de la gracia.

“Nadie puede venir a mí si mi Padre celestial no lo atrae” (Jn 6, 44), dijo Jesucristo. ¿En qué consiste esta atracción?

Es un movimiento de la gracia, dulce y fuerte a la vez, que atrae el alma hacia una vocación especial como a su centro.

La fuerza de este movimiento es mayor que el de los pensamientos y sentimientos que se oponen, que le son contrarios y hasta antipáticos. Vuelve siempre a lo mismo, bien como una voz interior, bien como dulce reproche, y también en forma de hastío de todas las vanidades y placeres del mundo.

Dios, como en otro tiempo a Abrahán, dice al alma: “*Sal de tu país, deja la casa de tu padre y tu familia, y vete a la tierra que te mostraré”* (Gn 12, 1).

O bien es un vivo sentimiento de devoción y amor hacia Jesús en el santísimo Sacramento, que se enseñorea del alma, suavemente la recoge y la atrae con fuerza a su divino servicio.

Este pensamiento llega a dominar, y cuando halla eco y correspondencia en el alma, se convierte en móvil de la vida. El atractivo de la gracia existe entonces en realidad de verdad.

Tal es el primer carácter de una vocación.

II

El segundo carácter es *una gracia de paz.*

Mientras un alma no se encuentra en la gracia de su vocación, anda inquieta y sufre, bien así como una persona enferma que prueba todas las cosas sin que nada le satisfaga.

Los libros más hermosos y espirituales no le cautivan; los discursos más profundos y elocuentes no le alimentan y las mismas prácticas piadosas la dejan estéril.

Porque el alma necesita su alimento lo mismo que el cuerpo y no encuentra un verdadero alimento sino en aquello a que la gracia la atrae. Santa Teresa, para no traer más que un ejemplo, hubo de sufrir mucho hasta ponerse en su gracia de oración.

Una prueba cierta de que una persona ha dado con su gracia de vocación divina es que el alma se encuentra en paz y sosiego. "He encontrado el lugar de mi descanso; en él moraré hasta la muerte", dice ella con complacencia. Tal es la elección de mi amor.

En este estado de paz, el alma estima y ama, con preferencia a todo lo demás, lo concerniente al servicio, al culto y a la gloria del santísimo Sacramento. Sigue con alegría y santa libertad todas las prácticas y reglas del servicio eucarístico: se ve en su elemento propio.

III

El tercer carácter de la atracción de la gracia a la vocación eucarística *es el darse del todo y por entero al servicio de la Eucaristía.*

Un alma, realmente entregada de esta manera, se olvida de sí misma para pensar con preferencia en el servicio y en la gloria de su divino Señor sacramentado. Y no aspira a la vida eucarística en primer lugar para salvarse, para hacer penitencia o para adquirir las virtudes cristianas. No, porque demasiado mercenario le parece esto.

Tampoco el celo por la salvación de las almas es motivo determinante, ni entra como condición necesaria en su elección, que esto sería anteponer al Señor sus siervos.

Cuando se viene a solicitar la gracia de ser recibido como religioso del santísimo Sacramento, no se busca hacerse más sabio ni más apóstol, sino llegar a ser bueno y fiel adorador de Jesucristo.

Siéntese la necesidad de darse, de consagrarse y abnegarse en el servicio eucarístico de Jesucristo sin condición y sin reserva.

Esto espanta sin duda a la naturaleza, a la que este morir a todo, este perpetuo y entero negarse a sí misma asusta, a tal punto, que a veces tiembla hasta turbar el alma y conmoverla.

Pero muy luego se sobrepone la gracia, se despierta el amor y se cobra ánimo. El alma verdaderamente llamada y fiel a la gracia siente fuerzas que de ella no proceden; no son parte para detenerle las dificultades, ni los sacrificios la asustan. Sólo una cosa ve, sólo una cosa quiere: lograr el fin. Y todo lo venderá para comprar la gracia de la vocación.

TERCERA MEDITACIÓN
Gracias de vocación

Si mi vocación es grande y sublime, grandes son también los deberes que me impone.

La santidad con que tengo que servir a Jesús debiera igualar a la de los ángeles, y sin embargo, me veo sin virtudes y sin méritos, lleno de miserias y de flaquezas.

¿Cómo podré, pues, ser verdadero religioso del santísimo Sacramento? ¿No sería mejor para mí contentarme con un estado menos perfecto y santificarme en modesto estado secular? ¿No seré por ventura temerario?

¡Dios me preserve de retroceder ante la gracia que me ofrece, de rehusar el honor que me hace llamándome a su adorable servicio!

¡Cómo! ¿No había de ser para Jesucristo tan generoso como lo he sido antes para el mundo, o para adquirir un bien terrestre y perecedero? ¿Qué no hice en otro tiempo para tener feliz éxito en las empresas, para hacerme grato? ¿No vale mi alma más que mi cuerpo y Jesucristo más que una miserable criatura?

Otros me han precedido en el servicio de Jesucristo y perseveran contentos y dichosos. Ni andan contando lo que dan a Jesucristo, sino que se dan por completo. ¿Por qué no he de poder hacer yo lo que ellos hacen, ya que cuento con iguales gracias y con iguales medios?

Por lo demás, todo debe ser fácil con la sagrada Eucaristía, centro y manantial de toda gracia y de toda virtud.

¿No es la santísima Eucaristía la que hace y conserva las

vírgenes e inspira las virtudes más sublimes, la que vuelve fuertes a los débiles y sabios a los necios?

¿No es ella la que forma confesores y mártires? ¿No es la santísima Eucaristía la que da la fuerza del combate y la virtud de la victoria?

Y si la sagrada Eucaristía es tan poderosa para los que no la reciben más que de paso, ¿cuál no será su poder para los que viven perpetuamente de ella y con ella, y sólo para ella quieren vivir?

¡Ah, sí! Es poco menos que imposible ofender a Dios con una vida eucarística, quedarse en pecado en presencia del santísimo Sacramento, no hacerse virtuoso viviendo de continuo con el Dios de las virtudes, no llegar a ser santo sirviendo al Dios de santidad. Pronto se toman las costumbres de aquel con quien se vive.

Y, además, existen las gracias de vocación, de estado, que Dios me dará también y que deben ser tan grandes como mis deberes y necesidades. Lo primero que el rey hace es colmar de beneficios a aquellos que le sirven personalmente.

Ahora bien, todo lo puedo con Aquel que me fortifica. La gracia me tornará dulces y ligeros los sacrificios de mi estado. Con la costumbre todo se vuelve fácil. La buena voluntad triunfa de todos los obstáculos.

Nada es imposible para el amor. Aun cuando no hubiera tenido más dicha que la de ser recibido en la Congregación del santísimo Sacramento, la de vivir en este santo cenáculo, ¿no deberían trocarme la gratitud y el amor, al hacerme feliz, en el más generoso y abnegado de los servidores de Jesucristo? ¡Si el amor es todo Dios, todo el hombre!

Donde el amor reina no queda lugar para tristezas y penas, porque el amor todo lo vuelve hermoso y amable, incluso las penas y los sacrificios. ¡Es tan dulce para un corazón amante hacer algo grande y agradable para el objeto amado! El sufrimiento es alma y perfección del amor.

¡Oh! ¿por qué no ha de ser para mí el altar un calvario de amor donde me inmole por entero cada día y a cada momento del día juntamente con la divina Víctima, que incesantemente por mí se inmola?

CONCLUSIÓN DE LOS EJERCICIOS

Primera virtud de un postulante. Don de sí mismo.

Vuelvo de un rudo combate; mundo, demonio, naturaleza, todo se ha revelado contra mí, todo quería oponerse a mi vocación religiosa y tenerme atado por siempre al mundo.

Pero habéis vencido, Dios mío. De todo he triunfado con vuestra gracia, con el auxilio de mi buena Madre...

¿Qué os daré, Señor, en pago? *"Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo:* Habéis roto mis cadenas; os sacrificaré una hostia de alabanza y el nombre del Señor invocaré" (Ps 115, 7).

¿Qué queréis, Dios mío, que haga ahora? ¿Por dónde tengo que comenzar?

Lo he sacrificado todo: ¿qué me queda por hacer? –Sólo una cosa: comenzar bien esta vida religiosa y eucarística, pues todo depende del primer movimiento, de un buen comienzo.

I

Es necesario:

1.º Que me dé todo entero y exclusivamente a Jesucristo, poniéndome a merced de su gracia.

2.º Que inmediatamente me ponga a servirle por el cumplimiento de toda regla, conforme al espíritu de la Congregación del Santísimo Sacramento.

3.º Bienes, amigos, bienestar, gloria humana, todo lo he dejado en el mundo, y dejado generosamente, sin que me pese, así como sin condición de ningún género.

He obrado como los discípulos para seguir a Jesús, quien decía a cada uno: *Sequere me. –Et relictis omnibus, surgens secutus est eum.*

Pero no está todavía todo acabado para mí; ahora a mí mismo me tengo de dejar, porque Jesús ha dicho: "Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo".

¿En qué consiste esta abnegación evangélica? En despojarse uno de la vida propia para vivir de la de Jesucristo; en renunciar a las ideas y gustos personales, a la voluntad y al propio modo de obrar, para tomar la regia virtud de Jesucristo, la obediencia, pero

obediencia de amor, que cifra todos sus anhelos, su placer y su dicha en el *Mihi vivere Christus est,* mi vivir es Jesucristo, de san Pablo.

4.º Dejarme a mí mismo es mucho; vale tanto como morir cada día para que la virtud de Jesucristo habite en mí. Pero así y todo, no basta; tengo que darme sin condiciones, abandonarme a lo que plazca a Jesús, entregarme a su gracia, no de otro modo que la arcilla en manos del alfarero, para que me plasme a su gusto y haga de mí un adorador genuino.

Menester es le entregue por completo espíritu, corazón, cuerpo y vida para que Él los inspire, los forme y los perfeccione en la santidad de la divina Eucaristía. *O Domine Jesu, in me vive, in me regna, in me impera.*

II

Es preciso que me ponga a servirle desde este momento cumpliendo la regla de la Congregación del Santísimo Sacramento, y cumpliéndola conforme a su espíritu.

La sagrada Eucaristía, he ahí mi fin, la regla interior de mi vida; es la gracia que movido de su amor me da Jesucristo.

La regla es la forma exterior de vida que, asociándome al servicio común de todos los miembros, hace que comparta sus gracias y sus merecimientos; me hace, además, formar parte de la guardia eucarística y participar de la gloria de su divino servicio, en que todo se hace con arreglo a las leyes y al espíritu de la santa Iglesia. Inspirada por el mismo Dios, la Iglesia ha dispuesto todo "con peso, medida y regla; *omnia in mensura et numero, et pondere disposuisti".*

De ahí que deba ante todo aprender las reglas prácticas del culto eucarístico, de la vida religiosa de la Congregación y sus usos, para ser miembro dócil y útil para el logro de su fin.

Voy a comenzar, por tanto, por aprender al pie de la letra la regla material; Vos, Dios mío, pondréis luego en ella vuestro espíritu, y, ayudado de vuestra gracia y fortalecido con vuestro amor, haré de la regularidad mi virtud dominante; porque quien vive por la regla, vive por Dios: *qui regulae vivit, Deo vivit.*

APÉNDICE

Medios de perfección en la Congregación del Santísimo Sacramento[18].

¿Puedo santificarme en la Congregación del Santísimo Sacramento? ¿Reúne esta Congregación las debidas condiciones de un instituto legítimo, seguro y estable?

Sí, posee cuantas condiciones se requieren para una fundación regular, y ofrece todos los medios que para salvarse puede uno desear. Para convencerse de ello bastará ver cuál ha sido su origen y cuáles son su fin, sus medios y su espíritu.

I. – Su fundación

1.º Fue fundada entre grandes y rudas pruebas, en medio de imposibilidades y con medios que, considerados en sí mismos, debieran haber sido un obstáculo. Así quiso Dios demostrar que el hombre no entra en ella para nada, ni podía cosa alguna contra su voluntad.

2.º Comenzó la Congregación sin medios y auxilios humanos, sin el favor ni la protección de nadie, en la capital de Francia, donde sus primeros ministros eran desconocidos, donde ni siquiera se querían nuevas Congregaciones. Tuvo comienzo en el lugar de su primera prueba, que fue su Belén de amor.

3.º Se fundó sobré la autoridad y no sobre sentimientos particulares o personales.

Antes de hacer cosa alguna en 1853 se consulta, por medio del M. R. P. Jandel, Superior General de la Orden de Santo Domingo, al supremo Pontífice, quien contesta: "La idea de la obra es excelente, y

[18] Como naturalmente se presenta la necesidad de esta meditación para quien se sienta inclinado a servir a Jesucristo sacramentado con el don total y definitivo de sí mismo. Bueno es, sin duda, saber la dirección de un buque; pero no lo es menos saber si es sólido y reúne las debidas condiciones. Para corresponder a este tan legítimo deseo, hubo de escribir el Santo un boceto histórico de la fundación de la Congregación. Por eso reviste esta meditación carácter particular y la, ponemos en forma de apéndice.

yo la bendeciré un día si alcanza feliz éxito".

El 27 de octubre de 1855 se delegó a un sacerdote para que sometiera al Papa el plan de la obra. Su Santidad contestó: "La obra viene de Dios; estoy convencido de ello; fúndese cuanto antes, pues la iglesia la necesita". Y movido de su benevolencia, Pío IX indicó el procedimiento que había que seguir para llegar a este resultado.

El 1.º de mayo de 1856 se sometió al examen de tres obispos la cuestión personal y práctica de la Congregación, para que ellos decidieran sobre su vida o su muerte; estos tres obispos eran: Mons. de la Bouillerie; Mons. de Trípoli, y Monseñor Sibour, arzobispo de París. Y la Congregación fue aceptada, alabada y aprobada en Consejo episcopal, al que asistió también el Sr. Carriére, sucesor, como director del Seminario de San Sulpicio, del V. Olier, tan devoto del santísimo Sacramento. El 13 de mayo de 1856, la Congregación del Santísimo Sacramento nació a la vida como hija menor de la Iglesia, con la aprobación canónica. Esto, empero, no bastaba para ella: hacía falta la voz de Roma.

A las once del 20 de diciembre de 1858 besó el superior los pies de Su Santidad, le recordó su paternal promesa y le rindió los primeros homenajes de la minúscula y humilde sierva de la Iglesia. Y el Papa, con aquel su corazón tan tierno y su piedad tan viva, contestó: "La bendeciré; pero necesito quince días a causa de las fiestas de Navidad". Al despedirse, se dignó repetir hasta tres veces estas alentadoras palabras: "Que Dios bendiga vuestra Congregación". Y en la misma audiencia la enriqueció con indulgencia plenaria diaria para los profesos, así como para los novicios y agregados.

El 5 de enero firmó el Padre Santo el Breve *Laudatorio,* tan honroso y alentador para la Obra y para aquél de quien Dios se dignó servirse en su misericordia. Lo recibió el Superior el 6 de enero, fiesta patronal de la Congregación, con gran asombro de cuantos conocían el objeto de su viaje y temían que tuviese que prolongar su estancia en Roma por mucho tiempo, como no pocas veces acontece en asuntos de tanta importancia. Mas nuestro Señor y dueño no lo juzgó así. ¡Claro! El rey pasa antes que todos los demás.

De modo que la Congregación ha procedido siempre de acuerdo con la autoridad y sobre la autoridad de la Iglesia ha sido fundada. Es, por consiguiente, legítima, y de su gracia vive y vivirá.

La Iglesia reconoció de un modo definitivo y aprobó solemnemente la Congregación del Santísimo Sacramento en 1863.

Las grandes Órdenes religiosas han amado y bendecido esta hermana menor, se la han afiliado y hecho partícipe de sus merecimientos. Así los Carmelitas, los Benedictinos, Franciscanos, Capuchinos y Dominicos; y todas le tienen envidia y a porfía la llaman feliz por haber recibido tan angélica vocación. "Nosotros tenemos por fundadores a santos mas vosotros tenéis al que hace los santos y los corona", han dicho al superior.

II. – Su fin

La excelencia de una cosa, de una obra, deriva principalmente de su fin, de su objeto, y cosa más grande, ni más sublime que la que tiene por fin a la adorable persona de nuestro señor Jesucristo en el santísimo Sacramento no la puede haber.

Es más honroso servir al Señor que a sus hijos o vasallos.

Encierra mayor perfección el estar a los pies de Jesús junto con María que el trabajar con Marta. Por lo que la adoración es superior al más honroso apostolado.

Hay más amor en la sagrada Eucaristía que en todos los demás misterios de Jesucristo.

El santísimo Sacramento es el medio de perfección más santo y poderoso, el más amable de todos.

Pues bien, tal es precisamente el fin y la razón de ser de la Congregación del Santísimo Sacramento, cuyos miembros no van a nuestro Señor por medio del prójimo, sino directamente como su guardia de honor. Se ocupan del prójimo; pero obran como el ordenanza del rey, que pronto vuelve a su Señor para reanudar el servicio de amor.

El religioso del santísimo Sacramento no va a su Señor con protecciones o por intermediarios; como el servicio le liga a su divina Persona, entre con derecho propio adonde está Él y, por sí mismo le expone su demanda. Lo cual, empero, no quiere decir que no acepte los auxilios de los magnates de la corte celestial, antes al contrario, se junta con ellos para rendir homenaje al divino Rey; se adorna con sus virtudes y sus merecimientos y se sirve de su hermoso lenguaje, de

sus alabanzas y de su amor para bendecir, alabar y amar a su bondadosísimo Señor. Pero no se para en ninguno de ellos, no se hace vasallo de nadie fuera del mismo Rey,

Como es pobre, flaco e ignorante, gusta de ir con su divina madre a orar, adorar, amar y servir a Jesús, su dueño y Dios. Ora y sirve con María, como el hijo con su Madre.

Este es el fin de la Congregación, el más sublime de todos.

Fin siempre presente, siempre actual, siempre a disposición del religioso, que nadie le puede arrebatar ni impedirle que lo logre en este mundo.

Fin siempre perfecto en sí mismo; la Congregación no necesita más que un altar, el de Jesucristo; en la primera hora de adoración posee toda su gracia y todo su fin y se halla en toda su perfección, por cuanto es adoratriz al pie del trono de Jesucristo.

Después de esto, ya no queda más que el cielo.

III. – Sus medios

1.º La santísima Eucaristía es, a la vez, fin y medio de perfección para el religioso del santísimo Sacramento; de ella manan todas las gracias y en ella se perfeccionan todas las virtudes.

Como en el santísimo Sacramento continúa Jesús siendo humilde, paciente, manso, pobre y caritativo, Él es el modelo de sus virtudes y de su vida. Jesucristo es todavía en la Eucaristía el cordero inmolado para la gloria del Padre y la salvación del mundo; en ella continúa incesantemente orando por nosotros y practicando su vida interior y oculta.

He ahí el maestro y modelo siempre vivo y siempre amante del religioso del santísimo Sacramento.

Su propia perfección se reduce a vivir de la vida eucarística de Jesucristo.

2.º En cuanto al culto del santísimo Sacramento, la Congregación no crea ni inventa cosa alguna, sino que considera como regla única, invariable e inflexible las leyes de la santa Iglesia romana. Sigue al pie de la letra cuanto ella ha decretado, estatuido y definido en lo concerniente al culto de Jesucristo sacramentado, y cuando ella nada dice o deja en libertad, la Congregación mira al espíritu de los usos y al deseo de la santa Iglesia como a su regla

predilecta.

3.º La vida religiosa de la Congregación no es otra cosa que la aplicación de las virtudes evangélicas a su fin eucarístico.

Toda ella nace y debe necesariamente nacer de la divina Eucaristía, y a ella debe volver como a su fin.

IV. – Su espíritu

El espíritu de la Congregación no puede ser sino el espíritu de amor, por lo mismo que ella debe vivir de la divina Eucaristía.

De modo que, para ser verdadero religioso, cada miembro tiene que partir del amor para ir a las virtudes más sublimes, que el amor convierte en ordinarias. En todo lo concerniente a su servicio debe inspirarse en el amor.

Debe venerar en María su título de madre del amor hermoso y en san Juan el de discípulo del amor.

Con este espíritu de amor un religioso pronto tiene que llegar a ser virtuoso y el más feliz de los hombres.

CUARTA TANDA

de ejercicios espirituales de seis días dados a las siervas del santísimo Sacramento sobre la vocación eucarística

APERTURA DE LOS EJERCICIOS

MEDITACIÓN PREPARATORIA

FIN Y CONDICIONES DE LOS EJERCICIOS

I

¿Cuál es el fin de estos ejercicios?

Lo que con ellos me propongo es tratar de conocer lo que Dios quiere de un modo especial y determinado en lo que a mi vocación atañe. Vengo para averiguar si Dios me llama o no a la vocación eucarística.

De cosa grave se trata. Es el asunto más importante para mi vida y el más fecundo así en gracias como en sacrificios.

Me representaré al Verbo divino en el cielo deliberando sobre el amor de la Encarnación.

A Jesucristo en la cena deliberando sobre el amor de la Eucaristía.

Y en el huerto de los olivos deliberando sobre el amor del calvario.

Me uniré a mi madre María, tomando parte en el amor y en los sacrificios de su Hijo divino.

II

¿Cuáles son las condiciones de estos ejercicios?

1.º Escuchando a Dios conoceré su voluntad santísima, en especial si le escucho interiormente, con vivo deseo y en silencio. Me hace falta, por consiguiente, recogimiento interior y exterior, y acallar todo lo pasado y todo lo futuro para ponerme a merced de la gracia del momento. Y ésta es mi primera resolución.

2.º Poniéndome en santa indiferencia, así para una cosa como otra, para toda determinación natural o espiritual, recibiré directamente y en sosiego la gracia de Dios, pudiendo con san Pablo decirle: “Señor, ¿qué queréis que haga?”

3.º De un modo general tengo que estar dispuesta para todo lo

que Dios me mostrare durante los Ejercicios, lo mismo para quedarme en el mundo como para dar el gran paso...

PRIMER DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN
La vida Religiosa

En su infinita y del todo gratuita misericordia me ha llamado Dios a la perfección cristiana; a que le siga como aquellas santas mujeres que durante su vida mortal adondequiera le seguían sirviéndole por todas partes.

Frente a mí se abren dos caminos para ir a Jesús: el primero consiste en servirle en el mundo, y el segundo, en seguirle más de cerca en la vida religiosa. ¿Cuál de los dos voy a escoger? El primero ya lo tengo conocido. ¿Qué es el segundo?

La vida religiosa es muerte total al mundo, diaria inmolación de sí en aras del amor a Jesús.

I

Muerte total al mundo. –A sus bienes, que ya no se pueden poseer y de los cuales no se puede gozar. Hay que despojarse de todos ellos y hacerse pobre con Jesucristo.

Muerte a la estima del mundo a cuyos ojos pasaremos por locos e idiotas.

Muerte al cariño de los amigos, de los deudos, pues ya nada se tiene que se les pueda dar.

Bien dura para la naturaleza es esta muerte. Para adelante no me quedan más bienes que la Providencia, ni más sostén que Dios, ni más consuelo que sacrificarle todo...

II

La vida religiosa es, en segundo lugar, inmolación de sí mismo.

Hay que inmolar a cada instante el corazón, que no muere, sino para cobrar vida más pujante.

Hay que inmolar a cada instante la voluntad, e inmolarla a

cosas repugnantes o que parecen imposibles o de ninguna importancia.

Incesantemente hay que inmolar el espíritu propio, los propios pensamientos y las inclinaciones naturales para ser como una hostia divina inmolada por nosotros.

Y todo eso hasta la muerte y con sacrificios siempre nuevos. ¡Qué vida de agonía, Dios mío! ¡Ser víctima siempre inmolada, sin dejar de sufrir ni un momento!

Ese es el gran sacrificio de la vida religiosa.

Haced, ¡oh Dios mío!, que lo vea y lo comprenda en toda su perfección.

SEGUNDA MEDITACIÓN
Vida de comunidad

¿Qué es la vida de comunidad? ¿Cuáles son sus sacrificios?

La vida religiosa es vida de abnegación y de sufrimiento.

I

Vida de abnegación para seguir la vida y los ejercicios comunes, mal que pese a los gustos e inclinaciones personales; hay que orar con las demás cuando se quisiera estar recogida a solas, y trabajar en común cuando se tienen ganas de estar en la celda.

Vida de abnegación por seguir el régimen común en las pequeñas indisposiciones, en lugar de tomar esos cuidados a los que uno estaba acostumbrado.

Vida de abnegación en las simpatías, viéndose obligada a vivir con caracteres opuestos al suyo, con personas ignorantes y aferradas a sus ideas, o poco delicadas, egoístas, sin cariño ni gratitud.

En la vida religiosa se muestra a veces la naturaleza peor que en el mundo por estar siempre crucificada, y a ratos parece estar a punto de sucumbir bajo el peso. Tal es el mayor de los sacrificios; es el crisol purificador.

II

Vida de sufrimientos.

En la vida religiosa una está expuesta a sufrir sin consuelo y

sin que se vea amada.

Puede darse con una superiora antipática desde todos los puntos de vista; y no obstante, hay que mantener con ella relaciones constantes de obediencia, franqueza de corazón y expansión, precisamente cuando toda nuestra naturaleza se rebela o ve en ella defectos o, cuando menos, falta de inteligencia o de aptitudes. ¡Qué cruz, qué calvario más recio!

Vida de sufrimientos por parte del director, que puede no demostrar interés ni benevolencia, dejándonos entregadas a nosotras mismas: ¡es el último clavo de la crucifixión!

Hay veces en que todas estas cruces van juntas, en cuyo caso, realmente, ya no nos queda más que Dios...

TERCERA MEDITACIÓN

Vocación eucarística

Darme a la gloria, al servicio y al amor de Jesucristo por nuestra Señora del Santísimo Sacramento, es darme y consagrarme a lo que de más excelso hicieron Jesús y María, es recibir la mejor parte en la distribución de sus favores; no podía caberme mayor honra en este mundo.

Hacerme religiosa adoratriz es hacerme hija de María, reina y modelo de las adoradoras de Jesús.

Mas ¿a qué precio ofrece Dios esta vocación? Al precio de la aceptación de tres sacrificios.

I

Primer sacrificio. –Es una obra que ha de crearse con nada, pues el amor de Jesús es lo único que posee. Preciso es comenzar por Belén y por la pobreza.

Hay que comenzar sin protectores, con sola la confianza en Dios, sin más consuelo en perspectiva que el de complacer a Dios, de procurar su gloria; es preciso no querer ser otra cosa que el abono del árbol y consentir en correr la suerte del grano de trigo que se pudre en tierra sin ver el tallo y el fruto bendito de Dios.

II

Segundo sacrificio. –Es una obra que ha de fundarse en medio de tribulaciones, en medio de decepciones y pruebas sin cuento.

Tribulaciones, poniéndose el mundo contra la obra y combatiéndola el demonio con todas sus malas artes. Decepciones por parte de las hermanas, de los amigos de la obra.

Pruebas por parte del mismo Dios, que para todo consuelo no nos dejará más que el sacrificio.

III

Tercer sacrificio. –Consiste este último en exponerse a no alcanzar feliz resultado, a pasar por presuntuosas y gentes ilusas, a trabajar sin asegurar el éxito, sin más garantía que la de glorificar a Dios por medio del sacrificio de sí mismo al servicio de la Eucaristía.

¡Oh Dios! ¡Qué abismos para la razón! ¡Qué calvarios para la naturaleza y qué muertes para llegar al cenáculo!

SEGUNDO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

Fin de la obra

¿Cuál es el fin de la obra eucarística?

Formar con María a Jesús abandonado en su divino Sacramento una corte de almas fieles y abnegadas, del todo consagradas a adorarle, alabarle, amarle y servirle en santa porfía con la corte celestial.

¡Oh! ¡Qué abandonado se ve Jesús en el sagrario! Abandonado de los indiferentes e incrédulos que le menosprecian o lo niegan, porque ama demasiado.

Abandonado por los cristianos ligeros y mundanos; ¡y cuán grande es el número de éstos! Los placeres, las visitas, la mesa y el dinero absorben todo el tiempo, todas las facultades del alma de estos ingratos.

Es abandonado hasta por las mismas almas piadosas; porque, a la verdad, ¡cuán pocas son las que le aman y le sirven por Él mismo! Y ¡cuántas, en cambio, las que le dejan tan pronto como les sonríe el mundo o se encuentran en él a sus anchas!

Y lo que aún es peor, Jesús es abandonado por sus mismos ministros. Porque ¡cuán pocos son los que se dan por entero a su amor eucarístico! ¡Cuántos hay que sólo trabajan como mercenarios o como hombres resueltos a contentarse con el estricto deber!

Casi siempre sólo se encuentra Jesús. Aunque en su trono de amor está únicamente por nosotros, nadie va a contestar a su amor.

Causa extrañeza y espanta a los mismos demonios la ingratitud para con el Dios de la Eucaristía. Jesús se queda solo en espera de alguna alma a quien pueda comunicarse y cumplir así el fin de su Sacramento.

¡Oh, Dios mío! ¡Qué amor por un lado y qué indiferencia por otro! Y, no obstante, ¿puede haber mayor favor que el de estar a sus pies?

¿Qué mayor dicha que sentirse próxima a su adorable persona? ¿No es esto el cielo comenzado?

Cuando para recompensa de todos los sacrificios no se tuviera más que la Eucaristía, ¿no nos veríamos recompensados con exceso?...

SEGUNDA MEDITACIÓN

La acción de gracias

El segundo fin de la obra eucarística es dar a Jesús perpetuas acciones de gracias por el amor que nos ha mostrado en la institución de este divino Sacramento.

1.º Solemnes acciones de gracias por todos los sacrificios que su amor se ha impuesto en la institución de este Sacramento: sacrificio de su gloria, de su majestad, de su poderío, de su libertad y hasta de su gloriosa santidad, aun ahora expuestos a los desdenes, insultos, blasfemias y sacrilegios más irritantes. Bien lo sabía de antemano y lo había ponderado su dignidad, pero venció el amor.

2.º Perpetuas acciones de gracias por lo perpetuo y permanente de su estado sacramental. ¡Cuántos sacrificios desde hace mil ochocientos años! ¡Cuántas pruebas de amor acumuladas! ¡Qué montañas de frutos las formadas por este amor tan pródigo! ¡Qué cadena de gracias desde el cenáculo hasta este día! ¿No es justo que sea agradecida y reconocida la bondad de este Salvador tan amable? ¡Claro que sí! ¿Por ventura se permite ser ingrato para con el mundo o para con un amigo? Un hijo, ¿no ama a su padre y madre, a quienes debe la vida? ¿No ama un desdichado a su libertador y bienhechor?

3.º Públicas acciones de gracias. –Hay que agradecer por los que no le agradecen, que son nuestros deudos, amigos y hermanos en la fe y en Adán.

Hay que dar gracias por todos los beneficios concedidos a la Iglesia.

Hay que dar gracias por la patria católica, y finalmente por el mundo entero, conservado y salvado por la Eucaristía.

Sin el sol, el mundo se tornaría estéril, y no sería más que una cárcel, más que una imagen de la muerte. De igual modo, sin la Eucaristía el mundo cristiano sólo sería un árido desierto y una

lúgubre tumba; sobrevendría el último día, prenuncio del juicio final.

¡Qué fin más delicioso, por tanto, el que consiste en pasar la vida al pie del trono del cordero y perpetuamente decirle con la corte celestial: “Digno sois, oh Jesús, de recibir bendición, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos!”

TERCERA MEDITACIÓN
La reparación

El tercer fin de la obra eucarística es la reparación.

I

Harto ofendido es Jesús en la Eucaristía por tantas irreverencias como cometen los cristianos mismos; por tantos sacrilegios cuyo número y cuya malicia son capaces de espantar a los demonios.

¡Cuántas comuniones sacrílegas en las que Jesús es entregado al demonio, a los actos diabólicos de la magia, a la perfidia de los judíos! Y es cosa que pasa en nuestros días. ¡Cuántos malos sacerdotes que traicionan a su Señor y lo entregan a sus enemigos! ... Sólo Dios conoce la enormidad y los ocultos misterios de estos sacrilegios abominables.

Para reparar tantas abominaciones se postra la Congregación Eucarística a los pies de Jesús, más ultrajado ahora por lo mismo que en la Eucaristía es más humillado y anonadado, por lo mismo que es más silencioso y paciente y se deja ultrajar sin quejarse, crucificar sin gloria y sepultar sin honor.

Y casi nadie piensa en consolarle, en enjugarle el rostro, cubierto de tantos insultos, como en otro tiempo lo hiciera la Verónica.

Pues bien: ésta es la tarea de la sierva del santísimo Sacramento: llorar, sufrir, inmolarse en desagravio perpetuo a Jesús sacramentado.

II

Viendo tantos crímenes contra la Eucaristía, la divina justicia quiere herir a los culpables; dispuesto está el rayo para castigarlos. El

Padre celestial, indignado de ver ultrajado a su unigénito, quiere tomar venganza por Él.

Mas ahí está el alma eucarística pidiendo misericordia por los culpables y haciéndose una misma víctima propiciatoria con Jesús sacramentado; y sufre y hace penitencia en lugar de Jesús, que, no pudiendo ya sufrir, le presta sus llagas, su sangre, sus merecimientos y su amor por los pecadores para que pueda conmover al Padre celestial y alcanzar de su bondad perdón para los culpables.

¡Qué misión más sublime! ¡Qué contento se verá Jesús de poder continuar y coronar su sacrificio con su fiel esposa!

Es el calvario del amor... ¿Y qué importan los sacrificios con tal que Jesús sea honrado y el Padre celestial glorificado?

Sufra yo y sea crucificada con tal que Jesús reine. ¡En eso consiste toda mi dicha!

TERCER DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

La súplica

El cuarto fin de la obra eucarística es la súplica, la impetración, la oración perpetua.

Jesús es en la Eucaristía como nuestro poderoso abogado cerca de su Padre celestial; interpela incesantemente la divina misericordia a nuestro favor y conserva siempre en el altar su estado de víctima para desarmar la cólera de su Padre, irritado contra los culpables.

De aquí que la obra eucarística se consagre también a orar junto con Jesús sacramentado.

I

Trata ella de realizar una misión de oraciones y de súplicas, orando sin cesar:

1.º Por la Iglesia y sus pastores, para que Dios bendiga su celo y fortalezca su ánimo.

2.º Por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, para que la Iglesia trabaje con paz y libertad por el reinado de Jesucristo y por la santificación de las almas.

3.º Por la conversión de los incrédulos, desgraciadamente tan numerosos, para que sobre ellos amanezca la luz de Dios; por los herejes, con objeto de que vuelvan al seno de la Iglesia; por la conversión de los judíos a la fe de Jesucristo, a fin de que no haya en la tierra más que un solo pastor, un solo rebaño y un solo Señor: Jesucristo Salvador nuestro reinando en su adorable Sacramento.

II

Más lejos va la Congregación eucarística, pues escoge preferentemente la parte de Magdalena a los pies del Salvador, o, mejor, ésta es su gracia y su herencia de amor. Una religiosa de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, como su Madre María, no

debe salir nunca del cenáculo eucarístico ni dejar por un solo momento el divino sagrario.

Estar allí sin cesar como ángel adorador del Rey celestial.

Arder hasta consumirse de puro amor en su presencia como la lámpara eucarística.

Morar como esposa a los pies del Esposo en la efusión de la divina caridad y del sacrificio de todo su ser para su gloria y su reinado.

La vida de una sierva del santísimo Sacramento debe, por tanto, ser esencialmente contemplativa, y pasarse toda ella en el amor del retiro, de la soledad y del silencio, lejos del mundo, lejos de sus amigos, lejos de sus parientes, sin otra obra, aun de celo, de caridad, que la que hacía María, reina suya en el cenáculo, orando perpetuamente.

Donde está Jesús, está el paraíso. En Jesús todo se encuentra; y bien avaro y muy terrenal tiene que ser aquél a quien Jesús no basta.

SEGUNDA MEDITACIÓN
VIDA INTERIOR DE JESUCRISTO

I

En la sagrada Eucaristía Jesús ya no disfruta de vida exterior, ni tiene en el mundo casa propia, ni lugares privilegiados, ni relaciones públicas de sociedad.

No va a visitar a sus amigos, como en Betania; ni se queda con sus padres, como en Nazaret; ni recorre las ciudades y las aldeas para evangelizar a los pueblos, curar a los enfermos y buscar a los publicanos, sino queda como atado y fijado en el sagrario, cual prisionero de amor.

Ya no tiene movimiento propio; sus sentidos no pueden moverse libremente; vista, oído, habla, tacto, todo está ligado y sujeto a la vida eucarística, a la vida interior y oculta que su amor se ha escogido para que por encima de todo la amemos y nos aficionemos a ella también nosotros.

De ahí que para ser sierva genuina del santísimo Sacramento deba una hermana alejarse del mundo, de esas relaciones inútiles en las que se derrama el alma debilitándose y turbándose, de esas visitas

de amistad que la atan a servidumbres de urbanidad y de conveniencias de la sociedad e inútilmente absorben la mayor parte de su vida, de las visitas a los parientes que enervan la virtud más vigorosa, impidiendo que el alma sea toda para Dios.

Muerta al mundo debe estar un alma adoratriz, y aun desear y procurar ser olvidada si de veras quiere ser sierva de Jesús sacramentado. No es posible servir a dos amos. La vida contemplativa es como un gas poderoso que se escapa y se pierde en amplios aires; es como esos perfumes preciosos que se evaporan en cuanto se abre el vaso que los contiene; es como un pequeño fuego que los vientos grandes ahogan y apagan. Ha menester de soledad, silencio y recogimiento, que constituyen como su elemento natural de vida.

II

¿Cómo es la vida interior de Jesús en la Eucaristía?

1.º Es una vida del todo consagrada a glorificar a su Padre celestial con el profundo anonadamiento de su estado sacramental, por el perpetuo sacrificio de su gloria, majestad y poder, en una palabra, de su naturaleza humana glorificada y triunfante en el cielo, pero oculta y reducida a la impotencia en la Eucaristía; y todo para honrar el soberano dominio de Dios, ofendido y menospreciado por el orgullo del hombre.

Así, una hermana adoratriz debe también glorificar a Jesús sacramentado con los mismos medios que Él emplea para glorificar a su Padre, o sea por el sacrificio de sí misma, por la imitación y reproducción de los anonadamientos eucarísticos de Jesús. Se humillará, por consiguiente, ante el Dios del sagrario, sacrificándole cuanto sea opuesto a su estado de anonadamiento y a las virtudes que tan admirablemente continúa practicando.

2.º La vida interior de Jesús en la Eucaristía es vida de amor.

De amor a su Padre celestial, ofreciendo perpetuamente a su divina majestad el homenaje de todas sus acciones y de su estado sacramental para alabarle, darle gracias por todos los beneficios que derrama sobre el mundo y pedirle favores por nosotros. Para conmover al corazón del Padre celestial ofrécele todos los sufrimientos pasados, muéstrale sus llagas y le ofrece todos sus merecimientos; vuelve a derramar sobre nosotros todas estas gracias

y nos une consigo, para que, no formando más que una cosa con Él, Dios Padre nos ame en su Hijo Salvador nuestro.

Jesús vive de amor por los hombres en la Eucaristía. El amor instituyó este Sacramento; el amor aceptó todos los sacrificios que implica, y el amor es el que encadena a Jesús y hace de Él nuestro bien, nuestro huésped, nuestro alimento y nuestra vida.

El amor engendra amor y unidad de vida, por lo que una hermana no debe ser más que una misma cosa con Jesús sacramentado; debe vivir sacrificada e inmolada a la gloria del Padre; vivir de amor con Dios y de amor con los hombres, inmolándose por su salvación.

TERCERA MEDITACIÓN

VIDA DE RECOGIMIENTO

La virtud por excelencia de una hermana adoratriz consiste en vivir recogida con Jesús sacramentado. Cabe distinguir el acto, la virtud y el espíritu de recogimiento.

El acto de recogimiento es una simple aplicación de todas las facultades y sentidos a un solo objeto.

La virtud de recogimiento es el ejercicio habitual del recogimiento en determinadas circunstancias en que está prescrito.

El espíritu de recogimiento es la misma virtud de recogimiento cuando ha llegado a dominar y resulta como el alma de la vida, que nos lleva con alegría y prontitud a todos sus ejercicios y aun nos los hace desear y buscar con gusto.

El recogimiento eucarístico consiste en aplicar todos los sentidos y todas las facultades al servicio y al amor de la Eucaristía, como a nuestro centro natural y al fin de nuestra vocación.

La virtud de recogimiento eucarístico es el ejercicio actual de esta virtud, ya cuando se está en presencia del santísimo Sacramento, ya cuando la piedad nos hace practicar algún acto de la misma.

El espíritu de recogimiento eucarístico consiste en hacer de la Eucaristía el pensamiento dominante de la mente, el afecto dominante del corazón, el objeto supremo de los quereres de la voluntad; en una palabra, el motor universal de la vida.

1.º La Eucaristía resulta entonces como el elemento natural de

la presencia de Dios; el alma ya no va al cielo en busca de la santísima Trinidad o de Jesús glorioso, sino que la Eucaristía es para ella su cielo y el trono de la gracia y del amor de Dios para con ella.

2.º Las virtudes cristianas en su más alto grado no son más que el ejercicio del amor eucarístico o alimento de este fuego divino; bajo la acción de la Eucaristía se vuelven del todo eucarísticas, y éste es el carácter que han de revestir.

3.º Para el alma verdaderamente eucarística no puede haber más vida ni más alegría ni más felicidad que la sagrada Eucaristía; no hay cosa que no la recuerde, que no sirva o de preparación, o de prueba, o de acción de gracias a la Eucaristía.

Así, su vida es una como lo es su principio, como lo es su amor, y cuanto a la Eucaristía no se refiera, de una o de otra manera, le es indiferente o extraño.

De ese modo vivía María en el cenáculo.

En la sagrada Forma, como en su sol, quedaba fijo su espíritu.

Su corazón estaba pegado a este divino sagrario como el hierro al imán.

Su voluntad no tenía más deseo que el de Jesús sacramentado.

Sagrario vivo en que la sagrada Hostia no se consumía nunca. María encontraba en sí misma a su Jesús y formaba como una sola alma con Jesús en el Sacramento.

¡Qué unión la suya y qué vida! ¡Cómo se deleitaría Jesús en este tabernáculo vivo, con tantas virtudes adornado y lleno de un amor tan puro y perfecto! ¡Ah! ¡Qué lejos estoy de parecerme a mi Madre!

CUARTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN
La humildad eucarística

Una hermana adoradora debe fundar su perfección en la humildad eucarística de Jesús.

En la Eucaristía Jesús hace de la humildad su regia virtud, la cual resulta como su manto real, la forma de todos sus actos, el ejercicio habitual de su amor, su perenne sacrificio de alabanza y de homenaje al Padre celestial.

I

La humildad, manto real de Jesús en el santísimo Sacramento. –Oculta su gloria, su majestad y su poder para que no se trasluzca más que su pobreza, su debilidad y su nada en cuanto humana criatura.

De igual modo una religiosa adoratriz debe hacer el sacrificio de toda la gloria que pudiera seguírsele de su nombre, de sus padres, talentos y cualidades naturales, para revestirse del velo eucarístico de Jesús. Este es el velo religioso que debe ocultar a las miradas del mundo y revestirla de la gloria del Dios oculto.

II

La humildad, forma de las acciones de Jesús sacramentado. –¡Cuán grandes y sublimes son los menores actos que Jesús ejecuta en su divino Sacramento! Dan a Dios Padre la mayor gloria que pueda darse, acrecientan la bienaventuranza de la corte celestial, santifican a las almas y salvan al mundo.

Y con todo, exteriormente nada aparece; todo se pasa en silencio y misteriosamente, sin que ni siquiera lo perciban los hombres.

Por eso deben llevar todas las acciones de una sierva del santísimo Sacramento el sello y carácter de Jesús sacramentado.

Interiormente debe arder en amor, mientras exteriormente se muestra pobre y sencilla. Su devoción debe estar llena de alegría y de deliciosa ambición por dentro, aunque exteriormente debe parecer ordinaria. Sublimes y perfectas debieran ser sus virtudes interiores, y sencilla y común su forma. Para decirlo en una palabra, su perfección debe ser como las brasas bajo la ceniza.

III

La humildad es el ejercicio habitual del amor de Jesús sacramentado. –El amor de Jesús en el santísimo Sacramento se alimenta de cuanto la humildad encierra de más sencillo, común, humillante y anonadador, pues no consiste en otra cosa la leña que alimenta el fuego del amor divino.

Una religiosa adoratriz no puede hallar alimento más puro, más fuerte ni más perfecto para su amor a Jesús sacramentado que la humildad con todo lo que la constituye.

La humildad es su oración de amor, su acción de gracias, su adoración, su ofrenda, en una palabra, su dote y su oficio a los pies de Jesús.

A fuer de esposa pecadora del rey purísimo, de esposa mendicante del rey celestial, de esposa paralítica del rey omnipotente, no debe olvidar jamás su condición primera.

IV

La humildad es el sacrificio perpetuo de adoración, de alabanza de Jesús sacramentado a Dios Padre.

Un Dios humillándose ante Dios, un Dios despojándose de la gloria, de la majestad, del poder para adorar a Dios con profundo anonadamiento, un Dios aniquilándose en alguna manera para glorificar el soberano dominio de Dios, ¡qué víctima, qué holocausto perpetuo para la gloria infinita de Dios!

Una religiosa adoradora debe completar en sí misma el sacrificio de Jesús sacramentado, realizando en su ser el sacrificio de humildad del Salvador, realizando con toda verdad y por virtud lo que Jesús glorioso y triunfante continúa reproduciendo en su estado sacramental.

SEGUNDA MEDITACIÓN
Pobreza eucarística

En la Eucaristía Jesús se desposa con la pobreza, hónrala y ama a esta su cara esposa más que cualquier otro bien.

I

En la Eucaristía honra la pobreza como esposa suya.

La eleva a reina de todas sus virtudes; efectivamente, la pobreza es el alma y la perfección de la humildad. Una humildad honrada y triunfante no merece tal nombre; al verse pobre y despreciada es cuando resulta realmente grande y perfecta.

La vida interior carecería de vida y de virtud si no estuviera muerta a los sentidos y a la esclavitud del mundo por la pobreza.

La pobreza es el mérito de la paciencia, de la confianza, del sufrimiento y del abandono.

Por lo cual Jesús eucarístico ha querido llevar la librea de la pobreza, adornar con ella su palacio y hacer de ella un estado perpetuo.

El traje eucarístico de Jesús lo constituyen apariencias sin sustancia y una forma sin sujeto, la forma visible de una cosa aniquilada, como quien dice. ¡Qué traje más pobre!

La misma morada eucarística Jesús la recibe de sus súbditos, pudiendo la ingratitud de éstos echarle a cada momento. No hay ningún mortal cuya casa sea tan pobre en el interior; cuatro tablas con frecuencia carcomidas o cuatro piedras groseras, he ahí todo su albergue.

Un pobre sudario, muchas veces sucio, le sirve de alfombra; algunos vasos sagrados muy pobres –y aun cuando fueran de oro o de metal, ¿qué serían para el Señor? –constituyen todo su mobiliario.

Pobres son los que sirven y pobres los que le acompañan; a tan poca cosa se reduce la representación del Rey de los reyes.

Su estado personal es asimismo pobre; nada de tesoros de este mundo en torno suyo; no tiene guardias que le defiendan contra los enemigos; ningún rayo de gloria o de majestad anuncia su presencia.

Aun más pobre es su estado eucarístico que el que tuvo en Belén cuando niño, cuando artesano en Nazaret o cuando varón de dolores en el calvario. Porque a falta de otra cosa, tenía entonces una

Madre que le guardara y le sirviera, una ley para protegerle, hombres generosos para reconocer su verdad, su realeza y su divinidad, mientras que aquí, ¡nada!

Una religiosa adoratriz debe honrar la pobreza de Jesús. La esposa sigue la condición de su esposo y debe participar de sus pensamientos y de sus deseos. ¡Qué vergüenza para ella, qué deshonra para Jesús, si despreciara el vestido, la forma, el estado y el ser del rey esposo suyo!

II

Jesús ama la pobreza más que cualquier otro bien. A ella ha subordinado todo, hasta su misma gloria; todo se lo ha sacrificado, incluso su mismo triunfo. La ama como un hijo ama a su pobre, pero querida madre, como un conquistador su espada victoriosa, como un esposo a su esposa.

En la pobreza Jesús amaba a la pobre humanidad; en ella veía el remedio para las miserias que padece la humanidad, el tesoro de sus hijos y el precio del cielo.

Por eso, nada extraño que la primera bienaventuranza, así como la primera virtud por Él enseñada, sea precisamente ésta: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos".

Una religiosa adoratriz debe, por lo mismo, aficionarse a la pobreza, pues que ésa es su dote, su traje espiritual, su hermosura delante del rey celestial, su gracia, su corona.

TERCERA MEDITACIÓN

Obediencia eucarística

La Eucaristía es el mayor triunfo de la obediencia de Jesús. En el santísimo Sacramento practica una obediencia sin gloria, una obediencia sin condiciones y una obediencia sin límites.

I

Obediencia sin gloria.

Jesús obedece a criaturas imperfectas, terrenales, malas. Obedece a los Judas, a los sacrílegos, a los verdugos espirituales, y

con sencillez, amor y mansedumbre.

Es el cordero de Dios siempre inmolado por los suyos.

Obedece y casi nadie aprecia la grandeza, la perfección y el amor de esa obediencia. Ni siquiera se repara en ello, cual si fuera la cosa más natural del mundo el que Jesús obedeciera a todos.

La obediencia de una sierva, para ser eucarística, debe parecerse a la de Jesús. Ha de ser humilde de corazón, mansa de voluntad, sencilla en el obrar y universal en la sumisión.

II

Obediencia sin condiciones.

Jesús obedece a la primera palabra del sacerdote, a la voluntad de todo fiel. Siempre está dispuesto a escuchar a los que le van a visitar, a los que le llaman, a darse a los que se lo piden.

Por parte de Jesús ninguna excusa, ninguna excepción. Sólo una cosa sabe: obedecer, y su amor a la obediencia llega hasta el extremo de aceptar las humillaciones más odiosas, los oprobios más indignos, las profanaciones más horribles. Jesús Eucaristía se ha hecho esclavo del hombre, así del hombre bueno como del malo.

¡Qué amor, Dios mío!

Así, la obediencia eucarística de una hermana debe ser también sin condiciones; sin condición de empleo, pues todo es divino en el servicio de Dios y los empleos más humildes y pobres son los mejores y más próximos a Jesús; sin condición de gustos o de simpatías: las ocupaciones más antipáticas son precisamente las más propias para nuestro perfeccionamiento y las que más amor encierran; sin condición de devoción particular, pues Jesús prescribe lo que más nos conviene: Él es el que escoge, prepara y manda, y fuera de la obediencia no puede darse esa gracia de elección, esa virtud de sacrificio y ese amor purísimo de Jesús.

III

La obediencia de Jesús carece de límite.

No se ha reservado ni días ni momentos libres: el tiempo de su menor edad no tiene límite, o, mejor dicho, se ha sujetado hasta el último instante del mundo.

Por consiguiente, Jesús obedecerá siempre y a todos hasta el momento en que venga a juzgar a los hombres.

¡Y querría yo guardar mi libertad, reservarme actos libres, ser propiedad mía, hacer uso de soberano dominio respecto de mí misma! Oh, no. De otro modo cesaría de ser eucarística, de vivir de la vida de Jesús, de continuar en mí su vida activa y meritoria de obediencia.

¡Oh, santa y divina obediencia!, tú serás la cadena que me ate al divinísimo Sacramento como galeote de amor.

¡Tú serás mi movimiento y mi gracia en todas mis obras, para que sea obediente hasta la muerte de mí misma, hasta la cruz del sacrificio, hasta Jesús, perenne y amorosa víctima de obediencia en la Hostia! ...

QUINTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

Pureza eucarística

I

Si nada manchado entra en el cielo, nada impuro ni nada imperfecto debe tampoco acercarse a la Eucaristía, que es cielo del amor, así como el paraíso es cielo de la gloria.

En la Eucaristía Jesús es Dios de toda pureza y de toda santidad.

Nada mortal conserva en ella su humanidad santísima, pues su cuerpo goza de privilegios propios de los espíritus. Todos sus estados están glorificados.

Por lo que, para servir a Jesús, según su vida eucarística, menester es que una religiosa sea, por decirlo así, espiritualizada y del todo celestial.

La Eucaristía es, además, el festín nupcial del gran Rey, y nadie puede tomar parte en él a no ser invitado y revestido del traje nupcial de la santa dilección.

La Eucaristía es la alianza nupcial y divina de Jesús con el alma amada, y la unión no se verifica sino entre sustancias afines; imposible que la santidad se una con el pecado.

Una religiosa adoratriz, esclava, amiga, esposa de Jesús, deber ser absolutamente pura para merecer sus miradas de amor y de complacencia.

¡Cuánto amaba Jesús a María, reina de la pureza! Pero también ¡con qué esmero se conservaba ella pura y se consolidaba en la divina caridad! Hija suya soy y con ella adoratriz de Jesús sacramentado. Debo por lo mismo parecerle.

II

¿Cuál debe ser la pureza de un alma adoratriz? Todo debe en ella respirar pureza.

Debe ser modesta en los sentidos, en los movimientos, en el mirar, en el hablar; su amor y su vida debe exhalar pureza lo mismo que la azucena exhala perfume delicioso.

Pureza de los pensamientos, desechando cualquier pensamiento del mundo y de sus vanidades, de sus placeres y de sus fiestas, para que el espíritu se ocupe únicamente en el amado Jesús. María pensaba en Jesús; todos sus pensamientos salían de Él como de su centro y de su regla.

Pureza de deseos, no deseando ya nada de este mundo, como no sea olvido, menosprecio y cruz. Sean todas sus ansias ver a Jesús honrado, glorificado y amado y que sea reconocido como Rey de los corazones. No apetezca más que una sola cosa: agradar a Jesús.

Pureza de afectos, sacrificando generosamente a Jesús sacramentado el afecto natural de todas las criaturas, no queriendo ocupar lugar en el corazón de ninguna criatura, haciendo de su corazón, como María, un jardín cerrado y una fuente sellada para quienquiera no sea Jesús.

Pureza en el obrar, no buscando más que la gloria, el amor y el beneplácito de Jesús esposo suyo, viviendo para Jesús por la abnegación de sí y de su propia vida, viviendo en Jesús por la efusión de todo el ser propio en el amor de Jesús. Así vivía María. Jesús era vida de su vida, corazón de su corazón y fin último de sus actos.

Pureza del sufrimiento: hay que amar muy puramente a Jesús para puramente sufrir por Él, para no comunicar los propios sufrimientos a los hombres, tenerlos por casi indignos de ofrecerlos a Dios, hacer con todos ellos un ramillete de amor al divino Esposo...

SEGUNDA MEDITACIÓN

Caridad eucarística

La Eucaristía es prenda y prueba del amor de Jesús a los hombres. Tras haberles dado todo, se dio a sí mismo; se entregó a su servicio, poniéndose a su disposición.

La caridad de Jesús sacramentado para con el prójimo es dulce, paciente y benéfica.

I

Dulce para con todos, y señaladamente con los pobres, los que sufren, las gentes groseras, a quienes recibe con bondad y amor, como un buen padre recibe a sus hijos, como José recibió a sus hermanos y un amigo acoge a otro amigo.

Así, la caridad de una sierva debe ser dulce, afable, graciosa y amable, que lo que con esto hará será imitar por manera harto ruin y bien imperfectamente la manera de tratar Jesús a ella.

¡Cuán dulce y buena era María en el cenáculo! ¡Con qué bondad acogía a cada uno y qué contentos salían de ella todos!

II

Caridad paciente.

Jesús atiende con dulce paciencia a sus siervos, a sus hijos, pasa noches y días aguardándolos, y cuando se le acercan, acógelos con bondad, sin reproches, sin frialdad y sin acritud.

Del mismo modo, debe una hermana en la comunidad ser paciente, soportando con igual humor los diversos temperamentos con quienes vive, aun aquellos que le son antipáticos.

Debe compadecerse de las miserias e imperfecciones del prójimo, sufrirlas con humildad, corregirlas con prudencia o cubrirlas con el manto de la caridad, si no puede o no debe corregirlas.

III

Caridad benéfica.

Jesús hace bien a cuantos se le acercan, y aun sale a su encuentro. Quisiera hacer mucho bien a sus enemigos.

A imitación suya, la caridad de una hermana debe ser benéfica, olvidándose de sí para pensar en las demás y privándose ella para aliviar a las demás;

Escogiendo para sí lo menos bueno, hermoso y honroso y dejando lo mejor a las hermanas, a las que debe mirar como superiores;

Deseando al prójimo mayores bienes que a sí misma por tenerse por indigna e incapaz de sacar el debido provecho de esos beneficios;

Alegrándose muy sinceramente del bien, de las virtudes y del feliz éxito de las demás, gozando de que Dios tenga por lo menos algunas almas buenas a su servicio.

Pero si se quiere tener para con las hermanas la caridad de Jesús, hay que ver en ellas a Jesús, la gracia, el amor, la santidad y las infinitas misericordias de Jesús; hay que tapar la cara humana de las hermanas con la imagen de Jesús. “Cuanto hiciereis al menor de mis hermanos, a mí me lo hacéis”, dijo el Salvador.

TERCERA MEDITACIÓN
Jesús Víctima

En su estado sacramental Jesús ha escogido la calidad de víctima, de hostia, por ser la que mejor cuadra a su amor al Padre y a nosotros. Jesús víctima, he ahí el modelo de una adoratriz.

I

Jesús, hostia inmolada, siempre se encuentra en estado de víctima ante el trono de Dios Padre: “Vi, dice san Juan, al cordero como inmolado” (Ap 5, 6).

Merced a este estado de víctima Jesús ofrece incesantemente al Padre los sufrimientos del calvario. Muéstrale las llagas abiertas, las manos y los pies traspasados, el corazón herido, la sagrada cabeza coronada con cicatrices de la corona de espinas.

Asimismo, una sierva del santísimo Sacramento debe ser una misma víctima con Jesús en el mismo altar de inmolación, continuando en su cuerpo los sufrimientos que Jesús ya no puede padecer en su carne glorificada.

Sufriendo en su corazón el dolor, la agonía que el deífico Corazón beatificado no puede ahora sufrir al ver los crímenes y pecados de los hombres, mayormente al ver cómo se alejan los hombres de la única fuente de salvación.

Llorando, derramando amargas lágrimas a la vista de Jesús abandonado, despreciado y crucificado por sus mismos hijos, por aquellos a quienes más ha honrado y amado.

Toda la humana naturaleza de Jesús fue materia, víctima y holocausto del sacrificio. Es preciso que cada sentido, cada facultad y cada miembro la una a Jesús hostia y la inmole en el mismo altar.

II

Jesús, hostia perpetua de alabanzas, de sumisión, de amor, está deseando siempre consumirse para la mayor gloria del Padre y la salvación del mundo.

Si lo hubiera querido el Padre celestial hasta el fin del mundo habría continuado Jesús su pasión. A falta de eso continúa cuando menos una pasión de amor en las almas esposas suyas: en ellas sigue sufriendo y llorando, en ellas renueva su crucifixión.

Una religiosa adoradora debe, por consiguiente, amar todo aquello que pueda inmolarla con Jesús y continuar su amor crucificado.

Por eso debe: estimar el amor tan sólo según la altura y anchura de la cruz.

No sentirse feliz sino cuando tiene alguna cosa que inmolar al amor de su amado.

No amar la virtud sino en cuanto es un homenaje a Dios, un obsequio al amor de Jesús y una gracia para la salvación de los pecadores.

María, una misma hostia de inmolación con Jesús en el calvario, fue también hostia de amor en el cenáculo. ¡Qué fuego el que a su alma consume y devora! ¡Qué llama se levanta y se dilata de su corazón! Desde el cenáculo salvaba María al mundo.

Así es cómo debe vivir y morir una hija suya.

SEXTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN
Fe eucarística

La virtud que debe descollar en la vida de una sierva del santísimo Sacramento es la fe eucarística.

Esta fe viva es una gracia insigne; hay que pedirla con instancia. Es una virtud, y una virtud fundamental, por lo que una sierva tiene que ejercitarse de continuo en la fe, en la virtud de la fe y en el espíritu de la fe eucarística.

I

Fe eucarística.

Consiste en creer, conforme a lo que enseña la Iglesia católica, que Jesucristo está verdadera, real y sustancialmente presente bajo las especies sacramentales.

Esta fe es y obra en nosotros la vida de Jesucristo, templado, velado, oculto bajo las santas especies, cual sol apercibido a través de una nube, cual un amigo disfrazado para probarnos.

II

El alma de fe ve de veras a Jesús con una mirada interior de la gracia, y esta vista espiritual no se limita a un objeto exterior, a formas determinadas y limitadas, sino que comprende a todo Jesús, su divinidad y humanidad santísima, todas sus adorables perfecciones, toda su bondad, todo su amor y toda su incomparable hermosura, por lo menos hasta donde es posible a la nativa flaqueza y limitado poder de un viandante en la tierra.

Se parece esta eucarística vista a la visión de Dios en el cielo. Así como mediante ésta aparece Dios cada vez más amable, grande y hermoso ante las beatíficas miradas de los santos, de igual modo también Jesús se muestra al alma adoratriz cada vez más nuevo, cariñoso, tierno y amable. A lo cual es debido el ser la contemplación

eucarística siempre nueva y cada vez más inagotable, procediendo de claridad en claridad, de virtud en virtud y de perfección en perfección.

Por eso el pensamiento de Jesús sacramentado llena toda el alma y abarca toda la vida. Sin salir de su centro, por esta idea motriz dirige el alma a todas las demás ideas, que son como rayos que no se separan de su llama ni del sol que los produce.

De ahí que, el alma eucarística disfrute siempre de paz por lo mismo que goza de unidad de pensamientos, y por ende, de amor y de vida.

III

La visión de la Eucaristía es una visión de tierno y respetuoso amor. El amor fue causa de que los discípulos de Emaús descubrieran a Jesús. El amor es la luz eucarística que, atravesando las nubes, conduce el alma a los pies de Jesús, toca el borde de su vestido y como san Juan le reconoce sobre las olas.

Y el amor, que ha reconocido a Jesús, muy luego se echa a sus pies por respeto, como hizo la Magdalena, como hizo san Pedro.

El alma eucarística se abre primero y se lanza luego hacia el amado, y al punto ve en Él a su rey y la majestad de su Dios; un santo respeto se apodera de ella y casi no se atreve a adelantarse; menester es que el mismo Jesús le atraiga, le llame y le diga estas hermosas palabras: "Ven a mí, que yo te consolaré; ven, esposa mía y amada de mi corazón; entra en las despensas de mi divina caridad".

Se olvida el alma entonces de que se encuentra en medio de ruidos, en medio del mundo; ya no se da cuenta, por decirlo así, de que tiene un cuerpo, una cadena que la sujeta a la tierra, porque se encuentra toda en el Amado. Tal es el fruto sabroso de la visión eucarística de Jesús, el encontrar el alma al Amado.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Fe eucarística

(*Continuación*)

La fe eucarística es, por consiguiente, la ciencia y la visión espiritual de Jesucristo en el santísimo Sacramento; es una

participación de la visión de los santos en la gloria.

¡Oh, qué visión más deliciosa y beatificante ésta de la fe en Jesús sacramentado! ¡Qué contemplación más dulce la de Jesús oculto por amor!

Mas no debe el alma pararse ahí, sino que debe vivir de la virtud de la fe eucarística, la cual consiste en el respeto, en la piedad, en la devoción a Jesús Eucaristía.

I

Respeto eucarístico.

La fe me muestra a Jesús como san Juan Bautista lo mostraba a los judíos, pero a Jesús resucitado, glorioso y majestuosamente sentado como Dios en su trono.

¡Oh, si me fuera dado ver la gloria de Jesús en el santísimo Sacramento, gloria muy real y muy verdadera, si bien oculta a mis ojos débiles y enfermos! ¡Qué majestad la suya, qué poder, qué grandeza! Tanto, que quedaría oprimida bajo tamaña realidad, me consumiría bajo la acción de este sol deslumbrador.

¡Qué invisible corte más magnífica rodea a su trono! Lo forman millones de ángeles y santos que, postrados en tierra, adoran al cordero inmolado y celebran con transportes sus alabanzas, ensalzando su bondad y su misericordia y cantando su triunfo.

Con el pensamiento y la visión de este espectáculo celestial, el alma se siente penetrada de santo temblor y de respetuoso silencio; el primer acto de su fe es postrarse a los pies del rey celestial y humillarse y anonadarse en alguna manera como san Juan en el Apocalipsis a la vista del Hijo de Dios.

Todo su ser debe llevar el sello de este respeto y respirar modestia de los ojos, del porte y de los ademanes. Amigos, grandes del mundo, hasta los mismos ángeles, todo debe eclipsarse ante este sol divino.

II

Piedad eucarística.

La fe nos muestra a Jesucristo no solamente como Dios de majestad, sino también como Dios de bondad, como manantial de toda gracia, de todo don y de todo bien.

La piedad de un alma eucarística debe ir inspirada y

alimentada por la Eucaristía y como encerrada en este divino elemento. Todas sus oraciones deben salir de la Eucaristía o ir a parar a ella, todas sus oraciones deben tomar este carácter; este espíritu debe informar todas las virtudes que han de ser, cada cual en su género, como una variedad de formas del traje eucarístico de Jesús, o como un ejercicio de amor para con Él.

Jesús sacramentado debe ser principio y regla de todas las virtudes y su fin último, como es natural. Puesto que las virtudes de un hijo llevan el carácter de la piedad filial, y todas las acciones de un rey son regias, las virtudes y acciones de una sierva del santísimo Sacramento deben ser esencialmente eucarísticas.

III

Devoción eucarística.

La devoción es un entregarse gozoso y constante del amor; nada tan abnegado como un niño; nada tan generoso como una esposa.

La devoción de una sierva del santísimo Sacramento, para ser digna de su vocación, debe ser eucarística, es decir, debe orientar toda la generosidad de su alma hacia Jesús sacramentado.

Debe ser del todo eucarística y abrazar cuanto concierne al servicio y a la gloria de Jesús sacramentado.

Debe ser exclusivamente eucarística: la esposa es exclusivamente para su esposo.

Jesús Eucaristía es mi todo: fuera de Él, todo es nada para mí.

TERCERA MEDITACIÓN

Jesús Sacramentado, mi fuerza

Quiero seguir a Jesús sacramentado, darle entera y exclusivamente corazón y vida; pero por mí mismo no lo puedo, con mi virtud actual y con mi poder, o, por mejor decir, con la flaqueza del amor que actualmente tengo, no me es posible aspirar a una vocación tan sublime. Necesito que Jesús eucarístico sea luz de mi mente, vida de mi corazón y fuerza de mi voluntad; y todo esto es Jesús para los que con amor le buscan.

I

Jesús sacramentado, *mi luz.*

Sí, es luz por excelencia para todo hombre que viene a este mundo, luz que ilumina las almas que quieren seguirle; es el sol interior de las almas. Sólo ante el sagrario encontraban los santos aquellas grandes verdades, aquellos rayos de luz, aquella ciencia de Dios tan preciosa y tan rara que tanto les caracteriza.

En la Eucaristía sigue siendo Jesús el buen maestro que instruye al alma fiel, le revela con dulzura su propia miseria y su nada, y sin discusión, sin nubes y sin esfuerzo le muestra la verdad y con amor manifiéstale su santa voluntad, su beneplácito. ¡Oh, cómo penetran hasta lo más hondo del alma las palabras que interiormente profiere Él! ¡Cuán deliciosamente embargada se siente ella por la hermosura, la verdad; la presencia de Jesús, de su divinidad y de su bondad.

Así veía Magdalena a los pies de Jesús, iluminada con su gracia; así san Juan, adormecido sobre el corazón de Jesús, de donde saca ciencia, dulzura y santa dilección.

Oh Jesús, sed mi única luz, mi nube luminosa en el desierto, sed mi único maestro, pues no quiero otro.

Sed mi única ciencia; fuera de vos todo es nada para mí. Habladme como a los discípulos de Emaús y que mi corazón arda al escucharos.

II

Jesús sacramentado, *mi fuerza.*

¡Cuántos sacrificios tengo que hacer para llegar hasta el sagrario! ¡Cuántos lazos por romper! ¡Cuántas cosas por dejar y por sacrificar! ¡Qué inmolación propia más dura y larga la que tengo que comenzar y continuar hasta el último suspiro!

Se aterroriza mi alma, Dios mío, y mi virtud sucumbe. Siento que me faltan alas para volar hasta la cima del monte divino. Todo me asusta: a mí misma me tengo miedo.

Mas Jesús Eucaristía será mi fuerza. La Eucaristía formó a los primeros cristianos, sostuvo a los mártires e inspiró y perfeccionó a las vírgenes.

Con Jesús no hay nada que no pueda. Ayudada de su gracia, tan fácilmente y con tanto gozo inmolaré mi naturaleza como se

encadena a un cachorro de león recién nacido,

Con su auxilio andaré sobre las olas agitadas del mar, y por entre leones y dragones pasaré con toda seguridad.

Y lo que es aún más: cuanto más débil sea, tanto más resplandecerá en mí el triunfo de Dios: a Él será atribuida toda su gloria.

III

Jesús Eucaristía, *mi vida.*

Para que Jesús sacramentado sea mi fuerza, preciso es que sea del todo suya y nada más que suya, preciso es que le dé mi corazón, y con el corazón todos los bienes, todas las alegrías, todos los placeres de este mundo. Un desierto, una casa vacía tiene que ser mi corazón.

El pensamiento de este vacío, de este desierto, de este despojarme, me entristece el corazón. Estas palabras: ¡ya nada! equivalen a una agonía.

Pero Jesús sacramentado lo reemplaza todo. Él es bien supremo, alegría pura, felicidad inefable, y paga con el céntuplo, de un modo infinito...

Sólo el alma amante puede sentir la dicha de esta vida eucarística. Ella todo lo halla en Jesús sacramentado y Jesús es su todo.

VÍA CRUCIS EUCARÍSTICO

Van tan unidas la Eucaristía y el calvario, es tan íntima la compenetración entre ambos misterios, que un alma eucarística no puede menos de tener en alta estima el piadosísimo ejercicio del vía crucis. Para Eymard era éste uno de los actos más importantes de los ejercicios.

El mismo nunca dejaba de hacerlo, no ya tan sólo cuando estaba de ejercicios, sino todos los días, por ocupado y cansado que estuviese, y por eso lo recomendaba como una cosa cuyo valor tenía bien conocido por experiencia.

El lector ha podido ver en este mismo tomo varios modos de hacer el vía crucis. Añadimos aquí otro, escrito también por el mismo autor, en que se podrá ver cómo es posible dar carácter eucarístico a tan santo ejercicio.

PRIMERA ESTACIÓN
JESÚS, CONDENADO A MUERTE

V. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
R. Quia per crucem tuam redemisti mundum.

Jesús es condenado por los suyos, por aquellos mismos a quienes ha colmado de favores. Se lo condena cual si fuera un sedicioso, a Él, que es la bondad misma; como blasfemo, siendo así que es la misma santidad; como ambicioso, cuando se hizo el último de todos. Como si fuera el último de los esclavos, es condenado a la muerte de cruz.

Como vino a este mundo para sufrir y morir y para enseñarnos a hacer ambas cosas, Jesús acepta con amor la inicua sentencia de muerte.

También en la Eucaristía es Jesús condenado a muerte. Condenado en sus gracias, que no se quieren; en su amor, que se desconoce; en su estado sacramental, en que es negado por el

incrédulo y profanado por horribles sacrilegios. Por una comunión indigna vende a Jesucristo un mal cristiano al demonio, entrégalo a las pasiones, lo pone a los pies de Satanás, rey de su corazón; le crucifica en su cuerpo de pecado.

Los malos cristianos maltratan a Jesús más que los mismos judíos, por cuanto en Jerusalén fue condenado una sola vez, en tanto que en el santísimo Sacramento es condenado todos los días y en infinidad de lugares y por un número espantoso de inicuos jueces.

Y a pesar de todo, Jesús se deja insultar, despreciar, condenar; y sigue viviendo en el Sacramento, para demostrarnos que su amor hacia nosotros es sin condiciones ni reservas y excede a nuestra ingratitud.

¡Perdón, oh Jesús, y mil veces perdón, por todos los sacrilegios! Si me acontece cometer uno sólo, he de pasar toda la vida reparándolo. Quiero amaros y honraros por todos los que os desprecian. Dadme la gracia de morir con vos.

Pater, Ave, Gloria.
Miserere nostri, Domine, miserere nostri.
Fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace.
Sancta Mater, istud agas,
Crucifixi fige plagas
Cordi meo valide.

SEGUNDA ESTACIÓN
JESÚS, CARGADO CON LA CRUZ

V. *Adoramus te,* etc.

En Jerusalén los judíos imponen a Jesús una pesada e ignominiosa cruz, que era considerada entonces como el instrumento de suplicio propio del último de los hombres. Jesús recibe con gozo esta cruz abrumadora; se apresura a recibirla, la abraza con amor y la lleva con dulzura.

Así nos la quiere suavizar, aliviar y deificar en su sangre.

En el santísimo Sacramento del altar los malos cristianos imponen a Jesús una cruz mucho más pesada e ignominiosa para su corazón. La constituyen las irreverencias de tantos en el santo lugar; su espíritu, tan poco recogido; su corazón, tan frío en la presencia del

Señor, y su tan tibia devoción. ¡Qué cruz más humillante para Jesús tener hijos tan poco respetuosos y discípulos tan miserables!

Aun ahora Jesús lleva mis cruces en su sacramento, las pone en su corazón para santificarlas y las cubre con su amor y besos, para que me sean amables; mas quiere que las lleve también yo por Él y se las ofrezca; se allana a recibir los desahogos de mi dolor y sufre que yo llore mis cruces y le pida consuelo y auxilio.

¡Cuán ligera se vuelve la cruz que pasa por la Eucaristía! ¡Cuán bella y radiante sale del corazón de Jesús! ¡Da gusto recibirla de sus manos y besarla tras Él! A la Eucaristía iré, por tanto, para refugiarme en las penas, para consolarme y fortalecerme. En la Eucaristía aprenderé a sufrir y a morir.

¡Perdón, Señor, perdón por todos los que os tratan con irreverencia en vuestro sacramento de amor! ¡Perdón por mis indiferencias y olvidos en vuestra presencia! ¡Quiero amaros; os amo con todo mi corazón!

Pater, Ave, etc.

TERCERA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

V. *Adoramus te,* etc.

Tan agotado de sangre se vio Jesús después de tres horas de agonía y de los golpes de la flagelación, tan debilitado por la terrible noche que pasó bajo la guardia de sus enemigos, que, tras algunos momentos de marcha, cae abrumado bajo el peso de la cruz.

¡Cuántas veces cae Jesús sacramentado por tierra en las santas partículas sin que nadie se dé cuenta!

Mas lo que le hace caer de dolor es la vista del primer pecado mortal que mancilló mi alma.

¡Cuánto más dolorosa no es la caída de Jesús en el corazón de un joven que le recibe indignamente en el día de su primera comunión!

Cae en un corazón helado, que el fuego de su amor no puede derretir; en un espíritu orgulloso y fingido, sin poder conmoverlo; en un cuerpo que no es más que sepulcro lleno de podredumbre. ¿Así por ventura hemos de tratar a Jesús la primera vez que viene a nosotros tan lleno de amor? ¡Oh Dios! ¡Tan joven y ya tan culpable!

¡Comenzar tan pronto a ser un Judas! ¡Cuán sensible es al corazón de Jesús; una primera comunión sacrílega!

¡Gracias, oh Jesús mío, por el amor que me mostrasteis en mi primera comunión! Nunca lo he de olvidar. Vuestro soy, del mismo modo que Vos sois mío; haced de mí lo que os plazca.

Pater, Ave, etc.

CUARTA ESTACIÓN

Jesús encuentra a su Santísima Madre

V. *Adoramus te,* etc.

María acompaña a Jesús en el camino del calvario sufriendo un verdadero martirio en su alma; porque cuando se ama se quiere compadecer.

Hoy en el corazón eucarístico de Jesús encuentra en el camino de sus dolores, entre sus enemigos, hijos de su amor, esposas de su corazón, ministros de sus gracias, que, lejos de consolarle como María, se juntan a sus verdugos para humillarle, y blasfemar y renegar de Él. ¡Cuántos renegados y apóstatas abandonan el servicio y el amor de la Eucaristía tan pronto como este servicio requiere un sacrificio o un acto de fe práctica!

¡Oh Jesús mío, quiero seguiros con María, mi madre, por más que os vea humillado, insultado y maltratado, y deseo desagraviaros con mi amor!

Pater, Ave, etc.

QUINTA ESTACIÓN

El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz

V. *Adoramus te,* etc.

Jesús aparecía cada vez más rendido bajo su peso. Los judíos, que querían que muriese en la cruz, para poner el colmo a sus humillaciones, pidieron a Simón el Cirineo que tomase el madero. Él se negó, y menester fue obligarle para que tomara este instrumento que tan ignominioso le parecía. Mas aceptó al fin y mereció que Jesús le tocara el corazón y lo convirtiera.

En su Sacramento Jesús llama a los hombres y casi nadie

acude a sus invitaciones. Convídales al banquete eucarístico y se echa mano de pretextos mil para desoír su llamamiento. El alma ingrata e infiel se niega a la gracia de Jesucristo, el don más excelente de su amor; y Jesús se queda solo, abandonado, con las manos llenas de gracias que no se quieren: ¡Se tiene miedo a su amor!

En lugar del respeto que le es debido, Jesús no recibe, las más de las veces, más que irreverencias... Se ruboriza uno de encontrarlo en las calles y se huye de Él así que se le divisa. No se atreve uno a darle señales exteriores de la propia fe.

¿Será posible, divino Salvador mío? Demasiado cierto es, no puedo menos de sentir los reproches que me dirige mi conciencia. Sí, he desoído muchas veces vuestro amoroso llamamiento, aferrado como estaba a lo que me agradaba; me he negado cuando tanto me honrabais invitándome a vuestra mesa, movido por vuestro amor. Pésame de lo más hondo de mi corazón. Comprendo que vale mucho más dejarlo todo que omitir por mi culpa una comunión, que es la mayor y más amable de vuestras gracias. Olvidad, buen salvador mío, mi pasado y acoged y guardad vos mismo mis resoluciones para el porvenir.

Pater, Ave, etc.

SEXTA ESTACIÓN

Una piadosa mujer enjuga el rostro de Jesús

V. *Adoramus te,* etc.

El Salvador ya no tiene rostro humano; los verdugos se lo han cubierto de sangre, de lodo y de esputos. El esplendor de Dios se encuentra en tal estado, por lo cubierto de manchas, que no se le puede reconocer. La piadosa Verónica afronta los soldados; bajo las salivas ha reconocido a su salvador y Dios, y movida de compasión enjuga su augusta faz. Jesús la recompensa imprimiendo sus facciones en el lienzo con que ella enjuga su cara adorable.

Divino Jesús mío, bien ultrajado, insultado y profanado sois en vuestro adorable Sacramento. Y ¿dónde están las verónicas compasivas que reparen esas abominaciones? ¡Ah! ¡Es para entristecerse y aterrarse que con tanta facilidad se cometan tantos sacrilegios contra el augusto Sacramento! Se diría que Jesucristo no es entre nosotros sino un extranjero que a nadie interesa y hasta

merece desprecio!

Verdad es que oculta su rostro bajo la nube de especies bien débiles y humildes; pero es para que nuestro amor descubra en ellas por la fe sus divinas facciones. Señor, creo que sois el Cristo, Hijo de Dios vivo, y adoro bajo el velo eucarístico vuestra faz adorable, llena de gloria y de majestad; dignaos, Señor, imprimir vuestras facciones en mi corazón, para que a todas partes lleve conmigo a Jesús y a Jesús sacramentado.

Pater, Ave, etc.

SÉPTIMA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

V. *Adoramus te,* etc.

A pesar de la ayuda de Simón, Jesús sucumbe por segunda vez a causa de su debilidad, y esto le depara una ocasión para nuevos sufrimientos. Sus rodillas y manos son desgarradas por estas caídas en camino tan difícil, y los verdugos redoblan de rabia sus malos tratos.

¡Oh, cuán nulo es el socorro del hombre sin el de Jesucristo! ¡Cuántas caídas se prepara el que se apoya en los hombres!

¡Cuántas veces cae por la Comunión hoy el Dios de la Eucaristía en corazones cobardes y tibios, que le reciben sin preparación, le guardan sin piedad y le dejan marcharse sin un acto de amor y de agradecimiento! Por nuestra tibieza es Jesús estéril en nosotros.

¿Quién se atrevería a recibir a un grande de la tierra con tan poco cuidado como se recibe todos los días al rey del cielo?

Divino Salvador mío, os ofrezco un acto de desagravio por todas las comuniones hechas con tibieza y sin devoción. ¡Cuántas veces habéis venido a mi pecho! ¡Gracias por ello! ¡Quiero seros fiel en adelante! ¡Dadme vuestro amor, que él me basta!

Pater, Ave, etc.

OCTAVA ESTACIÓN

JESÚS CONSUELA A LAS AFLIGIDAS MUJERES PIADOSAS

V. *Adoramus te,* etc.

Consolar a los afligidos y perseguidos era la misión del Salvador en los días de su vida mortal, misión a la que quiere ser fiel en el momento mismo de sus mayores sufrimientos. Olvidándose de sí, enjuga las lágrimas de las piadosas mujeres que lloraban por sus dolores y por su Pasión, ¡qué bondad!

En su santísimo Sacramento, Jesús no cuenta con casi nadie que le consuele del abandono de los suyos, de los crímenes de que os objeto. Día y noche se encuentra solo. ¡Ah, si pudieran llorar sus ojos, cuántas lágrimas no derramarían por la ingratitud y el abandono de los suyos! Si su corazón pudiera sufrir, ¡qué tormentos padecería al verse desdeñado hasta por sus mismos amigos!

Y aun siendo esto así, tan pronto como venimos hacia Él, nos acoge con bondad, escucha nuestras quejas y el relato con frecuencia bien largo y harto egoísta de nuestras miserias, y, olvidándose de sí nos consuela y reanima. ¿Por qué habré yo, divino Salvador mío, recurrido a los hombres para hallar consuelo, en lugar de dirigirme a Vos? Ya veo que esto hiere a vuestro corazón, celoso del mío. Sed en la Eucaristía mi único consuelo, mi único confidente: con una palabra, con una mirada de vuestra bondad me basta. ¡Ameos yo de todo corazón y haced lo que os plazca!

Pater, Ave, etc.

NOVENA ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez

V. *Adoramus te,* etc.

¡Cuántos sufrimientos en esta tercera caída! Jesús cae abrumado bajo el peso de la cruz y apenas si a fuerza de malos tratos logran los verdugos levantarle.

Jesús cae por tercera vez antes de ser levantado en cruz como para atestiguar que le pesa el no poder dar la vuelta al mundo cargado con su cruz.

Jesús vendrá a mí por última vez en viático antes de que salga también yo de este valle de destierro. ¡Ah, Señor, concededme esta gracia, la más preciosa de todas y complemento de cuantas he recibido en mi vida!

¡Pero que reciba bien esta última comunión, tan llena de amor!

¡Qué caída más espantosa la de Jesús, que entra por última vez en el corazón de un moribundo, que a todos sus pecados pasados añade el crimen del sacrilegio y recibe indignamente al mismo que ha de juzgarle, profanando así el viático de su salvación!

¡En qué estado más doloroso no se ha de ver Jesús en un corazón que le detesta, en un espíritu que le desprecia, en un cuerpo de pecado entregado al demonio! ¡Es ¡ay! el infierno de Jesús en tierra!

¿Y cuál será el juicio de esos desdichados? Sólo pensarlo causa temblor: ¡Perdón, Señor, perdón por ellos! Os ruego por todos los moribundos. Concededles la gracia de morir en vuestros brazos después de haberos recibido bien en viático.

Pater, Ave, etc.

DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es despojado de sus vestiduras

V. *Adoramus te,* etc.

¡Cuánto no debió sufrir en este cruel e inhumano despojamiento! ¡Le arrancan los vestidos pegados a las llagas, las cuales vuelven a abrirse y a desgarrarse!

¡Cuánto no debió sufrir en su modestia viéndose tratado como se tendría vergüenza de tratar a un miserable y a un esclavo, que al menos muere en el sudario en el que ha de ser sepultado!

Jesús es despojado aún hoy de sus vestiduras en el estado sacramental. No contentándose con verle despojado, por amor hacia nosotros, de la gloria de su divinidad y de la hermosura de su humanidad, sus enemigos le despojan del honor del culto, saquean sus iglesias, profanan los vasos sagrados y los sagrarios, le echan por tierra. Es puesto a merced del sacrilegio, Él, rey y salvador de los hombres, como en el día de la crucifixión.

Lo que Jesús se propone al dejarse despojar en la Eucaristía es reducirnos a nosotros al estado de pobres voluntarios, que no tienen apego a nada, y así revestirnos de su vida y virtudes. ¡Oh Jesús sacramentado, sed mi único bien!

Pater, Ave, etc.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es clavado en la cruz

V. *Adoramus te,* etc.

¡Qué tormentos los que sufrió Jesús cuando le crucificaron! Sin un milagro de su poder no le hubiera sido posible soportarlos sin morir.

Con todo, en el calvario Jesús es clavado a un madero inocente y puro, mientras que en una comunión indigna el pecador crucifica a Jesús en su cuerpo de pecado, cual si se atara un cuerpo vivo a un cadáver en descomposición.

En el calvario fue crucificado por enemigos declarados, mientras que aquí son sus propios hijos los que le crucifican con la hipocresía de su falsa devoción.

En el calvario sólo una vez fue crucificado, mientras aquí lo es todos los días y por millares de cristianos.

¡Oh divino Salvador mío, os pido perdón por la inmortificación de mis sentidos, que ha costado expiación tan cruel!

Por vuestra Eucaristía, queréis crucificar mi naturaleza e inmolar al hombre viejo, uniéndome a vuestra vida crucificada y resucitada. Haced, Señor, que me entregue a vos del todo, sin condición ni reserva.

Pater, Ave, etc.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

Jesús expira en la cruz

V. *Adoramus te,* etc.

Jesús muere para rescatamos; la última gracia es el perdón concedido a los verdugos; el último don de su amor, su divina madre; la sed de sufrir, su último deseo; y el abandono de su alma y de su vida en manos de su Padre, el último acto.

En la sagrada Eucaristía continúa el amor que nos mostró Jesús al morir; todas las mañanas se inmola en el santo sacrificio y va a los que le reciben a perder su existencia sacramental. Muere en el corazón del pecador para su condenación.

Desde la sagrada Hostia me ofrece las gracias de mi redención y el precio de mi salvación. Pero para poderlas recibir, muera yo

junto a Él y para Él, según es su voluntad.

Dadme, Dios mío, la gracia de morir al pecado y a mí mismo, gracia de no vivir más que para amaros en vuestra Eucaristía.

Pater, Ave, etc.

DECIMOTERCERA ESTACIÓN

JESÚS ES ENTREGADO A SU MADRE

V. *Adoramus te,* etc.

Jesús es bajado de la cruz y entregado a su divina madre, quien le recibe entre sus brazos y contra su corazón, ofreciéndolo a Dios como víctima de nuestra salvación.

A nosotros nos toca ahora ofrecer a Jesús como víctima en el altar y en nuestros corazones para nosotros y para los nuestros. Nuestro es, pues Dios Padre nos le ha dado y Él mismo se nos da también para que hagamos uso de Él.

¡Qué desdicha el que este precio infinito quede infructuoso entre nuestras manos, a causa de nuestra indiferencia!

Ofrezcámoslo en unión con María y pidamos a esta buena madre que lo ofrezca por nosotros.

Pater, Ave, etc.

DECIMOCUARTA ESTACIÓN

JESÚS ES DEPOSITADO EN EL SEPULCRO

V. *Adoramus te,* etc.

Jesús quiere sufrir la humillación del sepulcro; es abandonado a la guarda de sus enemigos, haciéndose prisionero suyo.

Mas en la Eucaristía aparece Jesús sepultado con toda verdad, y, en lugar de tres días, queda siempre, invitándonos a nosotros a que le hagamos guardia; es nuestro prisionero de amor.

Los corporales le envuelven como un sudario; arde la lámpara delante de su altar lo mismo que delante de la tumba; en torno suyo, reina silencio de muerte.

Al venir a nuestro corazón por la comunión, Jesús quiere sepultarse en nosotros; preparémosle un sepulcro honroso nuevo, blanco, que no esté ocupado por afectos terrenales embalsamémosle

con el perfume de nuestras virtudes.

Vengamos, por todos los que no vienen, a honrarle, adorarle en su sagrario, consolarle en su prisión, y pidámosle la gracia del recogimiento y de la muerte al mundo, pan llevar una vida oculta en la Eucaristía.

Pater, Ave, etc.

O crux, ave, spes unica,
Mundi salus et gloria;
Piis adauge gratiam
Reisque dele crimina.

Quinta serie

LA EUCARISTÍA
Y LA PERFECCIÓN RELIGIOSA

Puntos de adoración o meditaciones de ejercicios espirituales

PRÓLOGO

La serie que ahora puede saborear el lector consta de conferencias dadas a religiosos durante ejercicios espirituales. En ella se estudian, por tanto, diversos aspectos de la vida religiosa, con la mira puesta siempre en cómo servir e imitar mejor al divino rey sacramentado. Su lectura será particularmente provechosa para sacerdotes, religiosos y religiosas, señaladamente para aquellos que, ante todo, se precian de corresponder a las finezas del Salvador al hacerse nuestro amoroso huésped en el sagrario.

Pero la mayor parte de las enseñanzas con que el siervo de Dios regalaba a las comunidades religiosas son igualmente aplicables, con ligeras modificaciones exigidas por las circunstancias, que cada cual puede hacer fácilmente, a cuantos en medio del mundo gustan de la sabrosa compañía de Jesús, hostia de Amor, y forman parte de diversas asociaciones eucarísticas.

Si todo misterio de Jesucristo tiene tanta virtud que santifica a quien de él vive plenamente, comunicándole especial fisonomía espiritual, ¿con cuánta mayor razón no será esto verdad tratándose de la Eucaristía, que encierra vivo al mismo Jesucristo con todos sus misterios y todas sus gracias?

Ciertamente nadie puede llegar a la santidad ni aun permanecer en estado de gracia por largo tiempo sin el sustento del cuerpo y de la sangre del Redentor. Pero Jesús sacramentado tiene que obrar por fuerza otras maravillas, cuando se le entrega el alma de manera que Él sea su centro en todos los órdenes de la vida, así intelectual como contemplativa y activa.

Hasta tal punto se trueca así el alma durante su tránsito por la tierra en copia de las virtudes que en tan alto grado resplandecen en el santísimo Sacramento, de humildad y de encendidísima caridad señaladamente, que se realizan hasta donde es posible las palabras de Eymard: “No debéis ser más que sombras humanas o especies cuyo sujeto sea la Eucaristía”, esto es, Jesús sacramentado.

EJERCICIOS ESPIRITUALES

dado a los religiosos de la Congregación de Hermanos de San Vicente de Pul

ADVERTENCIA

El Instituto de Hermanos de San Vicente de Paúl, que se compone también de sacerdotes, recién fundado cuando Eymard dio estas conferencias, tiene por fin trabajar por la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, estableciendo para los obreros, patronatos, círculos y casas en que puedan reunirse por la tarde, y durante todo el día los domingos y fiestas, ya para tomar descanso y honesto esparcimiento, ya para oír instrucciones adecuadas a su condición.

El espíritu de esta Congregación es celo sin límites para atraer y buscar a los obreros con todas las industrias que la caridad sobrenatural puede inspirar.

El autor tiene constantemente ante los ojos el carácter esencialmente activo de los religiosos a quienes habla, y por esto encarece la importancia de la oración y de la propia entrega a nuestro Señor para que los trabajos apostólicos resulten fructuosos. Tampoco deja de exponer los peligros que lleva consigo la vida apostólica: "Abnegarse mucho por otros, sacrificarse por su adelantamiento espiritual es cosa que suele hacerse de buena gana; pero en tratándose de nosotros mismos tenemos manga ancha. Según sea la facilidad para servir al prójimo, así es la dificultad para concentrarse en sí y sacrificarse por sí mismo".

Digno de notarse es también lo que dice sobre la gracia que Dios concede a los fundadores de órdenes religiosas.

LAS GRACIAS DE LOS EJERCICIOS PARA EL RELIGIOSO

Estote perfecti, sicut Pater vester, caelestis perfectus est
"Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial" (Mt 5, 48).
.

En estas breves palabras está condensado todo el evangelio y ellas expresan el objeto de la venida de Jesucristo y el fin de toda vida cristiana; lo que, además de esto, contiene el evangelio, sólo sirve para indicar los caminos que hayan de seguirse y los medios que hayan de emplearse para el logro de este fin. Ser perfecto como Dios, santo como lo es Dios, es el blanco a que deben enderezarse todos nuestros esfuerzos. Y tengamos bien entendido que nunca lo alcanzaremos, de suerte que podamos detenernos y descansar; pues, si bien todo acá en la tierra tiene término, no lo tiene la perfección por cuanto es una participación de la santidad de Dios, que es infinita.

Grandes son las dificultades que en el mundo se oponen a la santidad, aun en aquellos que más la quieren, y entre ellas no son las menos peligrosas las siguientes: el estar uno abandonado a sí mismo y vivir absorto con el trabajo, las necesidades de la existencia y las ocupaciones que impone la propia condición o voluntad; aparte de que casi siempre se desconoce el camino que hay que seguir.

¡Felices aquellos a quienes Dios, por su misericordia, llama a la vida religiosa, los separa del mundo y de sus riesgos y les abre una senda segura, dotándoles de medios de eficacia comprobada y poniéndoles a la mano todos los recursos de la caridad más activa para facilitar la perfección y la santidad!

En la vida religiosa se toma el tiempo preciso para pensar en el alma; no se pone reparo en interrumpirlo todo, ni en dejar cualquiera obra, por excelente que sea, cuando se trata de dar al religioso tiempo para que se examine y piense únicamente en sí y en el negocio magno de su salud y perfección. Y es gracia insigne el tener tiempo,

medios y facilidad para dejarlo todo y ponerse en presencia de Dios y de sí mismo. Esta precisamente es la gracia propia de los ejercicios. Gracia de renovación con la cual se ajustan las cuentas, escudriñando los más íntimos repliegues de la conciencia y los motivos más secretos de las propias acciones, para limpiarlo todo de esa herrumbre espiritual denominada rutina, que se pega a las almas sin que éstas se den cuenta, como ciertos moluscos a los costados del buque, agravándolas y rezagando su marcha y vuelo hacia Dios.

Ahora bien. tres son principalmente los medios que para renovarnos interiormente nos proporcionan los ejercicios espirituales.

I

Los ejercicios purifican el alma del pecado y más que nada del hábito y afecto al pecado.

Cuando viajáis por una carretera en que el viento levanta polvo sucio, éste cae sobre vosotros y se os pega y os mancha, sin que lo notéis siquiera.

Harto sé que cada noche nos examinamos diligentemente; pero ¿bastará eso para tan sólo quitar lo más aparente del polvo? ¿No es verdad que, si uno se mira con atención, aparecen en el alma pecados veniales antiguos e inveterados, que se han arraigado no obstante los exámenes diarios?

En su mayor parte quedan olvidados hasta en la confesión y ni siquiera se piensa en alcanzar de ellos perdón valiéndose de otros medios. No nos llaman la atención. Parece como que forman parte de nuestro ser. Y nótese que tanto más expuestos estamos a estos inveterados pecados veniales, cuanto más regular sea la vida exterior. Examinaos a la luz de los ejercicios y veréis ciertos hábitos de flojedad, amor propio, negligencia, ímpetus de carácter, intemperancias de lengua, tan arraigados en vosotros, que reincidís en ellos constantemente, con facilidad, en la ocasión más ligera, cual si fuese la cosa más llana y natural del mundo y no se tratase de otra cosa que de una función normal de la vida. Y como no conocéis su causa, ni habéis jamás descubierto su raíz, ¿cómo podréis libraros de ellos?

Pues los ejercicios os van a proveer de luces más vivas, que os descubrirán a vosotros mismos, os pondrán de manifiesto lo que en vuestro propio fondo se esconde y, revelándoos las causas, os

permitirán cortar el mal por su raíz y sanar al fin. La luz divina que penetra en nuestras más o menos voluntarias oscuridades, purificándonos, es el mayor bien de los ejercicios, pues todo se reduce a ser puro. Para el cielo no se exige más que pureza, pues, aunque allí se entra con santidad más o menos adornada de virtudes y con oración más o menos elevada, nadie entrará sin la pureza. Y la pureza del alma, en cambio, basta para todos.

¿Cómo recibiréis la luz purificadora de los ejercicios? Sumergiéndoos en exámenes atentos y minuciosos, reconcentrándoos en vuestra conciencia, así como se reconcentra el sabio en los minúsculos insectos del agua y del aire cuando con su lente los estudia.

Exámenes serios, sinceros y severos son necesarios; pero a lo que al hacerlos os invito señaladamente es a poneros a la luz de Dios, a penetraros de sentimientos de delicadeza, de amor y de piedad filial para con Él; no os encerréis dentro de vosotros de manera que os sea imposible obrar ni moveros, sino id hasta nuestro señor Jesucristo, mirad qué es lo que su amor os pedía y lo que todavía tiene a bien pediros, a pesar de vuestras obstinadas negaciones; escuchad con atención lo que os reprocha; ved hasta qué punto cumplís con la obligación de amarle; pero, haced todo esto con verdadero deseo de apartar el obstáculo y de realizar lo que sea menester para ser puros. Fijaos bien en ello, porque a la hora de la muerte poco se piensa en los propios méritos y virtudes; pero se pregunta uno con terror si se ha sido puro y si lo es en grado suficiente para comparecer en la presencia del Dios de la pureza.

II

La segunda gracia de los ejercicios consiste en renovarnos en el espíritu de fervor.

Es un axioma cierto qué el alma, por sí misma, va perdiendo de continuo en piedad, del mismo modo que el fuego va consumiéndose por sí mismo y tiende siempre a extinguirse, aun cuando arda con más vivas llamas; y como en el campo de batalla, mientras no caiga uno muerto, tiene que cansarse, aunque se venza, y se pierden fuerzas; por eso el vencedor se toma el tiempo necesario para reanimar a sus tropas dándoles descanso.

Los ejercicios y combates de la vida espiritual gastan las

fuerzas del alma, a la que es menester dar reposo para que las recobre; lo cual es aún más necesario en una vida activa en que el alma se consume mucho más difundiendo la caridad en torno suyo. Y lo que es verdad para todos los religiosos, lo es mucho más para éstos. Con sólo quedarse un religioso ocho días sin ejercicios de vida interior, sin rezo ni oración, ni oficio, en una palabra, sin vida piadosa, veréis en qué para, si es que no se ha perdido completamente.

No somos más que depósitos de agua, y no muy profundos, que digamos. No está en nosotros la fuente; por lo que, si queremos derramar, habremos de recibir de otra parte, so pena de quedarnos presto secos.

¡Oh! vosotros sobre todo que dais mucho a los demás, y os consumís en tantas obras, principiad por llenaros bien; sed primero santos, que luego podréis ir a santificar a los demás; glorificad a Dios en vosotros mismos primero y después iréis a glorificarle en los demás.

Por mucho tiempo oró y ayunó Jesucristo antes de dar comienzo a su predicación pública; los apóstoles pasaron cincuenta días orando antes de esparcirse por el mundo, y antes de la Pasión, acabada su primera misión, que, sin embargo, duró poco, nuestro Señor los retiró al desierto.

Miremos bien si, en vez de gastar intereses tan sólo, echamos también mano del capital, comiéndonos a la par capital y rentas, que vale tanto como arruinarnos.

¿Lleváis siempre la cabeza sobre las aguas de vuestras habituales ocupaciones? ¿Domináis vuestros trabajos? ¿Dejáis que os conduzcan y arrastren, o bien os conducís vosotros mismos bajo la mirada y el imperio de la gracia de Jesucristo?

Porque cuanto más cosas santas se hagan, tanto mayor es la necesidad que uno tiene de recogerse con frecuencia, de escudriñar el corazón y de sondear el propio fondo.

No os digo que pongáis los ojos en vuestras virtudes para en ellas complaceros, ni que las examinéis con orgullo, ni que contéis vuestros méritos; pero el temor de caer en la vana complacencia y en la satisfacción del amor propio no ha de ser causa que os impida estudiaros y daros exacta cuenta de vuestro estado. –¿Domináis vuestra posición, estáis sobre ella? –Loado sea Dios, que todo va

bien; sois un serafín: id, volad hacia Dios. ¿Para qué estar en la tierra? ¡Aquí ya nada tenéis que hacer! Pero, ¿podéis de veras decir que sí?

III

Por último, los ejercicios preparan una gracia mayor que todas las expresadas, una gracia de la que por lo general no se habla bastante. ¿En qué consistirá esta gracia?

En gustar de Dios en comunidad, en familia, junto con los hermanos, reunidos todos alrededor del Padre.

Como un religioso hace profesión de inmolarse por amor de Dios y su perspectiva ordinaria viene a ser sacrificio, lucha y muerte en la cima del Calvario, todo lo cual no deja de ser propio para poner a uno sombrío y triste, pues exige a cada momento nuevos esfuerzos y nuevas fatigas, nuestro Señor nos concede los ejercicios espirituales con el fin de que tengamos tiempo y gracia para gozar de Dios. Y de todas partes os habéis juntado aquí, formando familia, y los Ejercicios os harán disfrutar de la dulzura de la caridad fraterna, que echará nuevos lazos más íntimos y estrechos.

El religioso recibe gracias individuales y también gracias sociales y de comunidad. Recibe las primeras como elegido por Dios para santificarse con su fidelidad personal; recibe las segundas como miembro de un cuerpo que para cumplimiento de sus designios ha formado Dios en la Iglesia. Ahora bien, estas últimas gracias vienen de Jesucristo por conducto del superior.

Las gracias siguen el orden establecido por Dios, cierto orden jerárquico: del Jefe universal, que es Jesucristo, descienden sobre los jefes secundarios, los cuales a su vez las distribuyen entre sus miembros. Así como las gracias de Pentecostés se detuvieron primero en María, que es la causa más universal de la gracia después de Jesucristo, yendo a llenar enseguida a los apóstoles, y todas las gracias que la Iglesia recibe, van a parar primero sobre el Papa, cabeza suya visible, así también todas las gracias de un instituto religioso pasan primero por el superior, para desde él propagarse por todos los miembros del cuerpo; y ésta es precisamente la causa de la unidad de espíritu, que se funda siempre en la unidad de gracia.

Pues bien: por lo mismo que los ejercicios os aproximan al superior y os unen más estrechamente con él, os ponen en mejores

condiciones para recibir las gracias de espíritu y vocación propias de vuestro cuerpo o instituto, de recibir, en suma, vuestras gracias religiosas. Puede decirse que por lo general en los cuerpos religiosos no se tiene bastante fe en la gracia del Superior; créese, sí, que representa a Jesucristo y por espíritu de fe se quiere obedecerle honrando en su persona al mismo Jesucristo; pero, además de esto, hay que tener fe en su gracia, es decir, en ese poder que tiene de comunicar la gracia a todo el cuerpo y de darle aquella unidad de espíritu en que estriban su fuerza y santidad como cuerpo religioso.

En esta unión de hijos en torno de la mesa paterna es donde Dios va a comunicarse a cada uno de vosotros con ternura, bondad y dulzura. Sí, estos ejercicios deben ser un Pentecostés de amor. Para salir fortalecidos y dispuestos a reanudar con brío nuestro trabajo diario es menester haber gustado antes la dulzura de Dios, hemos menester que Dios nos mime como una madre, cariñosamente.

¡Ay! ¡Triste es decirlo! Somos tan miserables que tenernos miedo de la bondad de Dios; tenemos miedo de saborearla demasiado, miedo de dejarnos anegar y sumergir en ella. De buena gana quiere uno ver la santidad, la Verdad, hasta la misericordia de Dios, pues todo eso deja todavía entre Dios y nosotros cierta distancia y nos da tiempo, digámoslo así, para huir de Él y no dejarnos arrebatar por Él; nos deja todavía en nuestro poder y lo que tememos es perder nuestra propiedad, porque entonces ya no podríamos entregamos al mundo y al amor propio aunque no fuese más que un poquito.

Huimos de Dios, que, movido de bondad y cariño, nos aprieta con efusiones inefables contra su corazón y nos hace paladear su amor en unión perfecta consigo. ¡Ah! por que si finalmente se apoderase de nosotros y nos anegara en su bondad, si experimentáramos su dulzura una vez, si nos hiciera prorrumpir en sollozos de amor y de gratitud, ya se habría acabado la resistencia, ya no nos perteneceríamos, nos veríamos cogidos en los lazos de su amor sin poder escapar nunca. ¡Ya no nos quedaría más remedio que entregarnos incondicionalmente!

Nos embelesa con su ternura, arrebátanos en sus brazos, y como heridos en el corazón, ya no podemos pronunciar más que estas palabras; “Señor, ¿qué queréis que haga? ¡Porque ya soy todo vuestro para siempre!”.

El amor es arrebatador, da alas, prende fuego al alma. ¡Ah! sí, dejad que nuestro Señor os haga felices.

Si hace esto una sola vez, seréis suyos por completo. A quien en medio del mundo quiere preservar su corazón se le dice: “No derrames lágrimas ni consientas nunca que caigan en tu presencia, porque habrías hecho ya entrega de tus fuerzas y no serías dueño de ti mismo”.

Mas en tratándose de Dios, de Jesucristo, ¡ah, dejad que os embriague con sus delicias y que con su amor os subyugue!

Poneos bajo el amparo de María, si queréis hacer buenos ejercicios, pues ella es Madre de las almas interiores y administra los tesoros secretos de la bondad de Jesús. Ella os los haga saborear con abundancia, y os alcance luz sobre vosotros mismos, pero una luz limpia, sana y viva, que sea capaz de enardecer el Corazón y de encender la llama expansiva de la voluntad.

EL SERVICIO DE DIOS

I

Debemos servir a Dios porque somos criaturas y bienes suyos. Aunque nos da libertad, no es con ánimo de desprenderse de sus derechos sobre nosotros, ya que somos propiedad y pertenencia suya. Si intentamos recuperarnos por la desobediencia, que es verdadero robo de los bienes de Dios, negación de sus derechos y guerra que se le declara, Él no puede menos de declarar su derecho de posesión, cosa que, efectivamente, hace por el castigo; porque si dejase impune la rebeldía, dejaría de ser Dios.

Dios no hace nada sin un fin, y si nos da inteligencia, corazón y voluntad, es con objeto de capacitamos para conocerle, amarle y servirle. ¡Cuánto nos honra este fin!

El querer Dios hacernos capaces de amarle y dignarse aceptar nuestro amor constituyen la grandeza del alma cristiana y el testimonio más brillante de su infinita condescendencia. El inferior no puede en modo alguno aspirar a amar a quien está sobre él, pues el amor supone o causa igualdad y liga a las dos partes. Y ¿cómo podría Dios consentir en ser nuestro igual, si no fuese por su amor de condescendencia? Pero Dios lo quiere; condesciende a que le amemos, y por el hecho mismo queda ligado con nosotros. Y ciertamente que no quedará a medio andar en este camino de su misericordia, sino que irá hasta el último extremo, y, efectivamente, encarnándose, mandando al Verbo para hacerse hermano nuestro, llega a ser igual a nosotros.

Pero al mismo tiempo que en el Verbo se rebaja hasta nosotros, a nosotros nos eleva hasta sí en la humanidad del Verbo; así que en Jesucristo nos ama Él infinitamente, y nosotros podemos también amarle infinitamente en Jesucristo y por sus merecimientos. Y Amándole, necesariamente le servimos, porque no podemos amarle sin antes conocerle, y este conocimiento nos pone en la necesidad de servirle, porque nos la muestra como Dios, señor y dueño; y, en cuanto a nosotros, nos coloca en nuestra condición de

criaturas, que le deben tanto cuanto son y tienen.

Por manera que la necesidad de servir a Dios nace, como el efecto de su causa natural, del conocimiento de lo que Dios es y de la gracia de amar que nos concede.

Mas ¿cómo podremos servir a Dios según merece y qué motivos deberán animarnos para bien servirle?

II

Primeramente, un deber de justicia nos obliga a cumplir cuanto nos pide la ley positiva, que debe anteponerse a cualquiera voluntad particular.

De suerte que lo primero es la ley de Dios, el Decálogo; luego vienen las leyes de la Iglesia, todas sus leyes; y por último las leyes de nuestro estado: así lo tiene expresamente ordenado la divina voluntad.

Son leyes que deben sobreponerse a todos los deberes de supererogación que nosotros mismos nos hayamos impuesto.

¡Cuántos fieles hay, desgraciadamente, que, so pretexto de hacer más que lo prescrito, no hacen en realidad de verdad otra cosa que violar la ley! ¡Cuántos pecados contra la mera ley de justicia!

En esta firme roca debéis fundar vuestra santidad; sea el cimiento de vuestra vida religiosa la observancia exacta y rigurosa de la ley positiva y de la ley de justicia, porque la vida religiosa, que obliga a la práctica de los consejos, no dispensa de la ley común. Vuestros deberes aumentan juntamente con las gracias; es menester seguir los consejos, pero sin omitir la ley.

El Señor, en su misericordia, ha prometido una recompensa a los que cumplen con la justicia, aun cuando, por ser quien es, tenga derecho a que se le sirva sin retribución alguna; por querer multiplicar las formas de su amor, nos lo infunde para que podamos merecer, y lo corona Él mismo por las obras que Él mismo ha hecho.

Ya que hemos sido amados y prevenidos de esta manera, ¿no será razón que hagamos por Dios lo que haríamos por los hombres? –Si no lo he hecho, soy un miserable, pues he preferido el demonio, la vanidad, al servicio de Dios. –Puede ser que lo hicierais sin daros cuenta; pero es una excusa digna de lástima, porque, ¿por ventura puede dar la ignorancia derecho para insultar a Dios?

III

Debemos servir a Dios porque en ello va nuestro interés porque toda nuestra ganancia estriba en este servicio y por que la recompensa será magnífica.

También aquí resplandece da bondad de Dios. Bien hubiera podido exigir a su criatura un servicio absoluto que no diese derecho a ninguna recompensa. Pero no: prefiere que su mismo servicio nos sea útil, y que, sirviéndole, trabajemos en nuestro propio provecho que en utilidad suya. Efectivamente, sus leyes, al mismo tiempo que son preceptos qué deben cumplirse, nos dan auxilios sobrenaturales, nos elevan y suplen nuestra natural indigencia. ¡Nos hace felices en este mundo y en el otro!; acá nos ponen en orden, en paz y en la felicidad que dimana de la paz, en los bienes espirituales, que aún aquí florecen, y después nos dan la divina, bienaventuranza, que nunca tendrá término.

Es cierto que el servicio que Dios nos pide nos aprovecha más a nosotros que a Él. Y con ser esto así, ¡ni siquiera por interés se le sirve! ¡Se quiere a todo trance poder abusar de la propia libertad! ¡Se menosprecian las magníficas promesas de Dios! Se corre para conseguir un beneficio, dice la *Imitación*, y ni siquiera se intenta levantar un pie para alcanzar el reino de Dios (Lib. III, c. 3, n. 3). ¡Oh ceguera de la ingratitud!

IV

Pero hay que servir a Dios por amor. Servirle por interés es bueno, pero dista mucho de la perfección. Ya que Dios es Padre, sirvámosle como hijos, con amor que no calcula ni espera cosa alguna, sino que se da por necesidad del corazón, para pagar amor con amor.

¿Acaso piden sueldo los hijos por los servicios que prestan a sus padres? El amor filial no quiere más recompensa que la de poder amar y sacrificarse por puro agradecimiento.

Cuando la guerra de Crimea vi que se me acercaba un soldado con el deseo de recibir el Sacramento de la Penitencia antes de embarcarse. Era un soldado voluntario que se vendió a sí mismo para poder sostener a su Padre y madre, ya viejos. Y le parecía la cosa más natural del mundo; tanto, que me dijo que con ello no hacía más que cumplir con su deber y que iba completamente tranquilo.

Ahí tenéis lo que puede un amor filial; ahí tenéis lo que pueden obtener padres humanos. ¿No vamos a hacer tanto por Dios? Él, Padre absolutamente bueno, ¿no logrará excitar en nosotros un amor filial, generoso y desinteresado? ¡Qué vergüenza para nosotros!

Acaso digáis que lo habéis dejado todo por su amor. Bien está; pero mirad bien antes si de veras lo habéis dejado todo perfectamente.

Sirvamos, pues, a Dios, puesto que lo exige la justicia; reparemos lo pasado, y cuanto más le hayamos ofendido, tanto más rigurosamente deberemos observar sus leyes en adelante.

Sirvámosle por interés, para hacer por Él por lo menos tanto como hemos hechos por nosotros.

Mas sirvámosle sobre todo por amor, como se sirve a un padre, a un amigo, como debe servirse a nuestro Salvador, para pagarle siquiera con un poco de amor lo muchísimo que nos ha amado y aun nos ama diariamente.

EL ESTADO RELIGIOSO

El estado religioso y el episcopado son los estados de perfección de la Iglesia. La diferencia existente entre ambos consiste en que el episcopado supone haber adquirido ya la perfección, mientras que el estado religioso sólo entraña tendencias esencial hacia ella, si bien por medios seguros y perfectos.

¡Feliz el religioso que puede ocuparse tan sólo de su salvación, concentrando sobre este capitalísimo negocio todos sus esfuerzos y gracias! El sacerdote secular dista mucho de tener iguales facilidades; antes es para los demás que para sí; es un ministro de Dios para con las almas, un intermediario. La vida religiosa es, por consiguiente, una gracia de seguridad y de misericordia.

I

Es, en efecto, la mayor gracia de la misericordia. Al ver nuestro Señor una pobre alma, débil y cercada de enemigos, que no ha de acertar a defenderse, sucumbiendo infaliblemente, la llama a la vida religiosa y la encierra en esta ciudadela en que evitará los grandes combates que se libran en campo raso; una vez abrazada la vida religiosa, la rodea de gracias, luces, experiencias y medios que la conduzcan a la salvación. La vida religiosa es puro favor, un privilegio que la bondad de Dios concede a un alma. Si deseáis comprenderlo, examinaos bien a vosotros mismos. ¡Ah! Si alguna vez bebisteis la mundanal ponzoña; si fuisteis cogidos en los lazos de la vanidad y del pecado; si, en resumen, habéis experimentado vuestra flaqueza y pesado en la balanza de vuestras obras lo que podíais, conoceréis cuán grande es la gracia que os ha traído a la vida religiosa. No se piensa mucho en este aspecto de la vocación, a saber, que es una señal de privilegiado amor por parte de Jesucristo.

Por eso es menester que nos aficionemos a nuestra vocación, que nos aferremos a ella como a la única tabla de salvación. ¡Cuántas probabilidades de perderse tiene el que se aparta de la vida religiosa que había abrazado! ¡Qué temeridad no supone salir de esta fortaleza

para exponerse a los peligros de que nos sacara la previsora bondad de Dios, porque se nos hacía imposible arrostrarlos! De la celda al cielo, es corto el camino; ¡no lo abandonemos! Mirad, que se trata de un favor.

A veces se imagina uno haber hecho un acto muy meritorio al entrar en religión, y está a punto de creer que ha llevado a cabo algo heroico: ¡Cuán lejos de la verdad está quien tal piensa! Lo que hay es deuda para con la divina misericordia; la vida religiosa es para vosotros pura ganancia, pues que recibís cien veces más de lo que le habéis dado.

Para vosotros es la ganancia, vosotros sois los servidos y no los que servís. El Instituto de que formáis parte, el superior, los demás miembros, sus gracias, sus virtudes, santidad y experiencia, la voluntad de Dios respecto a él, todo eso, se os ofrece y de todo podéis echar mano como de propiedad vuestra. ¡Oh! Desventurado aquel que se tuviese por algo en una congregación religiosa y creyera que ésta le debe mucho por haber entrado en ella, constituyéndose así en fin de los servicios que ella le presta. Tengamos todos bien entendido que tan sólo favores y gracias hemos recibido y que lo que damos es nada en comparación de lo que recibimos; por lo cual debemos amar a nuestro Instituto con amor de gratitud, proclamar muy alto que se lo debemos todo, y dar gracias a Dios sin cesar por la misericordia que ha tenido al llamarnos a esta vida.

II

La vida religiosa es una gracia escogida de amor señaladísimo; una gracia extraordinaria; a sus discípulos, a los favorecidos con amor singular, a sus escogidos, dice nuestro Señor: “Id, vended todo lo que tengáis y seguidme”.

Todos los medios con que cuenta la vida religiosa participan de la nobleza de su fin; todas sus gracias son eminentes; sólo gracias extraordinarias se reciben en ella, y todo nos convida a una santidad poco común, a una santidad eminente, por lo que resulta necesario ser santo, a menos de ser completamente infiel. No cabe término medio: todo religioso está llamado a ser un gran santo y recibe gracias proporcionadas a esta vocación sublime.

Además, todos los medios son allí seguros y comprobados por la experiencia; los emplearon los santos que se santificaron con sólo

usarlos fielmente; el camino está trazado con toda claridad; Dios mismo o sus ángeles conducen por él y, como en el desierto, el gobierno del mismo Dios se traslada a la tierra en sus ángeles visibles. Dios nos habla por su ley, que es la regla, y por su boca, cuyas órdenes son las de vuestros superiores. ¡Dichoso pueblo en verdad éste cuyo conductor es Dios, en medio del cual reside, sin confiar su dirección a nadie más que a sí mismo y a sus ángeles! Quisieron los judíos tener jueces y reyes, y fue para su perdición. ¡Cuánto hubieran ganado si hubiesen permanecido bajo el régimen inmediato de Dios! De este gobierno divino disfrutamos nosotros en la vida religiosa; sepamos apreciar debidamente esta gracia, que en el mundo difícilmente encontraríamos.

Además, en la vida religiosa cada cual recibe ayuda de las gracias de sus hermanos; unos a otros nos llevamos mutuamente, y los méritos y las fuerzas propias se centuplican con la virtud y méritos de los hermanos. ¿Os parece esto poca cosa? ¡Ah! Si en el mundo se supiera lo que es la vida religiosa, por asalto tomarían los conventos y nadie quedaría en el siglo.

III

Finalmente, la vida religiosa es una gracia excelente y singular con que nos honra Jesucristo. Respecto de nuestro Señor, el religioso es lo que los cardenales para el sumo pontífice: es un príncipe de sangre real, un familiar de nuestro Señor.

A los religiosos confía el Padre su divino Hijo con su divina madre, como en otro tiempo esta última a san Juan. En sus manos pone la salvación de las almas; sí, encarga a los religiosos de la salvación del mundo; salvar almas, ofrecerse víctimas para la salvación y vida del mundo es esencial a la gracia religiosa; Jesucristo erige a los religiosos en apóstoles y jefes de su pueblo escogido.

En cuanto a vosotros señaladamente, mirad cuánto os honra confiándoos todos esos pobres niños. La educación de personas especialmente amadas no se confía más que a maestros de entera confianza y experimentados. Pues bien: a vosotros os entrega, para salvarlos, preservarlos e instruirlos, a los pobres, que son sus hijos más queridos; y por otra parte la vida religiosa os da la plenitud de la gracia propia de vuestro apostolado, bello entre todos los de la tierra.

Ved ahora, si no deberíais ser santos: ¡ay qué lástima que no seamos más de lo que somos!

Debemos, pues, santificarnos, poniéndonos a ello seriamente; porque a la verdad, ¿cómo podríamos responder dignamente a estas palabras: “Dios me ha amado con privilegiado amor”, si no es diciendo: “Le amaré sin reserva alguna”?

Tanto mayor es vuestra gracia, cuanto que habéis venido desde el origen y la fundación de vuestro Instituto; no tendréis tanta gloria como los que vengan después, pero sí más mérito; vuestros sucesores vivirán del fruto de vuestros trabajos y sacrificios; vosotros vivid por puro amor de Dios e inmolaos por vuestra obra, que más vale el calvario que el Tabor.

Si hay en vuestra congregación cosas todavía indecisas, a medio brotar, poco ordenadas, humildes y pequeñas, amadlas por eso mismo; gloria vuestra será el haber vivido sin esplendor y sin lucimiento a los ojos del mundo, y el haber servido a Dios y a vuestra obra entre las dificultades inherentes a la fundación.

Tenéis la gracia del tiempo actual; nuestro Señor, que se manifiesta en el santísimo Sacramento para salvar al mundo, obrará sobre el pueblo por vuestra mediación. Tened bien sabido que no se restablecerá el mundo sino por los pobres, porque la mayor parte de los que figuran a la cabeza de las letras, de la ciencia y de los que descuellan por su posición social, están gangrenados por el vicio o extraviados por el racionalismo y la indiferencia; puede decirse que la fortuna no sirve más que para el vicio.

Por otra parte, el odio hacia los humildes, los que sufren sin Dios, amenaza devorarlo todo como espantoso incendio; urge extinguir ese odio, amasar nuevamente ese barro del Pueblo e infundirle el soplo de Jesucristo; es preciso llevar los pobres a Dios y hacer que Dios sea devuelto a los pobres; y ésta es vuestra misión. ¡Buscad, buscad a los pequeñuelos y dadles a Jesucristo, hermano, padre y salvador suyo!

LA ORACIÓN
Su necesidad y su carácter

Oportet orare, et numquam deficere
"Hay que orar sin cansarse" (Lc 18, 1)

I

La oración, la oración incesante, o, expresándonos de otra manera, el hábito de rezar es necesario a todo cristiano; todos han recibido la gracia de él en el Bautismo, y el Espíritu Santo nos inspira que clamemos a Dios: *Abba, Pater:* ¡Padre, Padre! –Este es el don, la gracia y el poder de todos: por manera que nada bueno podemos hacer, ni practicar virtud alguna, sin el rezo que nos consigue la gracia del bien y de la virtud; porque la oración está en el fondo de todas las virtudes, y la misma fe, principio de la justicia, no es sino la práctica de la oración.

Por eso, el profeta daba gracias a Dios, porque, en medio de sus tribulaciones y caídas, le dejaba la facultad de rezar, y decía: "¡Bendito sea el Señor que no apartó de mí ni mi plegaria ni su misericordia!: *Benedictus Deus, qui non amovit orationem meam et misericordiam suam a me*" (Ps 65, 20), como identificando el poder pedir y el obtener misericordia. Comprendía la importancia del rezo, y que orar es poseer el corazón de Dios y la salvación del alma.

Mas es preciso orar confiadamente; la confianza ha sido depositada en nosotros por el mismo Espíritu Santo; él es quien nos da el espíritu de hijos de adopción, esa confianza de hijos que nos mueve a dirigirnos a Dios como a nuestro Padre, y que ha sido depositada en nosotros como un don permanente y un hábito que debemos desarrollar.

Pasa en la gracia lo que en el orden natural; el niño es esencialmente pedigüeño, de modo que para él es una necesidad el pedir a su madre, el dirigirse a ella para conseguir todo lo que necesita, y lo hace confiadamente: es una de las manifestaciones de su amor. Desolada se quejaba una madre de que su hijo nunca le pidiese cosa alguna, de lo cual infería que no la amaba, y tenía razón.

Pedid, pues, a Dios infinitamente bueno; ejercitad su bondad: ¿en qué empleará Él las gracias de que están llenas sus manos, si vosotros no se las pedís? Aquí tenéis una idea buena y fecunda en resultados: conviene no dejar que descanse la bondad de Dios, ocuparla activamente en distribuir gracias, pidiéndoselas confiadamente. –Siempre queremos ir a Dios por medio de nuestras miserias. Verdad que en presencia, de Dios nadie puede dejar de ser humilde. Sin embargo, no permanezcáis demasiado en vuestros bajos fondos, pensando que, aunque pecadores, sois siempre hijos, y que Él es Padre; no siempre, por tanto, desempeñéis el papel de los mendigos que gimen a la puerta manifestando sus miserias: recordad vuestro título de hijos, el más hermoso y el más potente de vuestros nombres.

Fortalecidos con esta confianza, dirigíos a María: "Buena madre, confiado vengo a Vos, porque me debéis el ser Reina de misericordia".

Decid a Jesucristo: "Señor mío, que tanto habéis padecido por mí, no dejéis perder el fruto de vuestros, sufrimientos, y Vos mismo aplicádmelos abundantemente".

"¡Oh, Jesús! Habéis adquirido tesoros de méritos y no tenéis deseo mayor que el de hacerme partícipe de ellos; dejaos llevar de la tendencia de vuestro corazón; salvadme, dadme a vuestro Padre; yo seré el trofeo de vuestro triunfo y brillará más y más vuestra gloria. Por vuestro nombre y vuestra gloria, escuchad mi ruego".

El ruego en este caso es omnipotente; en vez de basarse en nuestra miseria, toma su punto de apoyo en Dios mismo; y en vez de ser una contemplación fatigosa de nuestras miserias, se transforma en combate de amor. Tal es el don de la oración.

II

Muchos dicen: "Yo no sé rezar, y aunque haya recibido ese don en el Bautismo, no sé ejercitarlo".

En este pretexto hay mucha ilusión. No es el rezo una montaña que haya que escalar; procédase en él con mayor sencillez. Rezad con vuestra gracia actual, con vuestra, gracia de estado; rogad por vuestros títulos de religiosos, de sacerdotes; presentaos tales cuales sois, emplead vuestros escasos medios, las facultades recibidas de Dios, cualesquiera que sean.

Pudiera deciros que vuestro estado de religiosos es un estado, una profesión de súplica; perfeccionémonos, pues, en nuestro oficio. Los que viven en el mundo tienen un talento maravilloso para perfeccionarse en sus oficios, cualesquiera que sean; inventan sin cesar, abrevian el tiempo de la fabricación, la hacen menos costosa y molesta, continuamente hermosean sus productos y aumentan la comodidad. ¿Seremos nosotros los únicos que siempre permaneceremos torpes en servirnos de los instrumentos de nuestra profesión? ¿Nunca acertaremos a decir más que *padrenuestros y avemarías?* ¿Se limitará de continuo toda nuestra meditación al examen de nuestra conciencia, a la cuenta de nuestras faltas, a mirar y recitar nuestras miserias?

Pero importa convertir la oración en una virtud práctica, virtud de "todos los momentos, cuyos actos nos sean fáciles y como naturales. Nada hay que supla a esta virtud. A cual oración, tal vivir: *ille recte vivere novit, qui recte novia orare.* Si rezáis mal, será pobre vuestra vida religiosa; nada andará bien y no pasaréis de ser un estorbo para vuestro Superior. Es menester que este ejercicio sobrepuje a todos los demás en el fervor y la constancia. Los rezos de regla, que son los primeros e indispensables, de ordinario no bastan a mantener el fervor de la vida interior, ni se practican sino a intervalos regulados; pero el caso es que nunca hay que dejar de rezar. Por eso, en la práctica, conviene siempre tener algunos rezos suplementarios, por ejemplo, alguna novena de más; alguna devoción conforme al tiempo o a los estados del alma: así proceden los santos. –Además, variad el mismo rezo, dirigiendo vuestra intención, ya sobre un punto, ya sobre otro, porque lejos de ser ventajoso, fuera hasta arriesgado el querer añadir siempre nuevas fórmulas de rezo a las antiguas. –Mas el variar la intención del rezo no habrá de hacerse sino en conformidad con las circunstancias. Almas sencillas hay que con su rosario consiguen todas las gracias, y son esclarecidas con singulares luces en todas sus situaciones; es que saben aplicar su intención.

Al rezar hay que tener un talento inventivo, importa adquirir la facilidad de formar uno mismo su plegaria; la cual así obra milagros, porque sale de las profundidades del corazón, del corazón sobrenaturalizado por la presencia de la caridad, de la gracia del Espíritu Santo. –Miremos; en vano nos atormentamos por encontrar

medios de rezar, como si el rezo tuviera que ser producido por nuestro espíritu y nuestro corazón naturales. No sé qué orgullo es ése que intenta persuadirnos de que nosotros somos los que debemos rezar, y por eso juzgamos que es preciso realizar extraordinarios esfuerzos. ¡Ah, no es así! ¡El Espíritu Santo es quien quiere pedir en nosotros! Por nosotros mismos somos incapaces de ello; pero el espíritu de Jesucristo, que en nosotros reside, quiere ayudar nuestra impotencia y rogar con sus gemidos inefables. ¡Haced, por consiguiente, que ese espíritu de amor hable y ruegue; el ruego que de Él procede es la buena y verdadera plegaria del corazón, la que penetra en los cielos y todo lo consigue! – ¡No olvidéis, pues el rezo es mucho más sencillo de lo que nos lo representa el demonio! Callarse, destruir el obstáculo para dejar que el Espíritu Santo ruegue, y unirse al ruego que en nosotros hace: Ved en qué consiste el ejercicio y la virtud de la plegaria.

III

Además, sed constantes en rezar y en ejercitaros en este aspecto de la virtud de la religión.

Rezos hay que no han de abandonarse fácilmente; viejas fórmulas de la niñez, cuya virtud consiste en la antigüedad: ésas son en cierto modo parte de nuestra alma. Conservadlas siempre, que no hagan demasiado pesada vuestra carga. –Con mayor motivo huid de adoptar todos esos rezos nuevos que por todas partes se multiplican y que todo el mundo se pone a componer; mas sobre todo tened cuidado con las oraciones compuestas por mujeres; pues esas plegarias invaden las avenidas de la piedad, no siempre están exentas de error; ni es siempre perfecta su ortodoxia; tiene en ellas harta parte la imaginación. ¿Consentiríais en que vuestras oraciones, que constituyen vuestra conversación y medio de íntima unión con Dios, estuviesen salpicadas de errores en materia de fe? En la práctica, enseñad y someted todos los rezos nuevos a vuestro Superior, cuya gracia discernirá lo verdadero de lo falso: y lo que os conviene elegir entre tantas viandas insustanciales y engañosas.

No pongáis tampoco toda vuestra confianza en los libros de oraciones; pues aunque, indudablemente, son buenos y útiles, también fomentan mucho la pereza. –Os digo esto por el respeto que merecen cosas tan sagradas como son vuestra oración, vuestras

relaciones íntimas con Dios. ¡Son tantos los iluminados actuales que se tienen por alumbrados de Dios, a quienes únicamente la fascinación de su imaginación engaña y mueve a profetizar; sin haber recibido sus profecías del Espíritu Santo!

Rogad por vuestra gracia de fe. ¡Ah!, sí, pedir por la fe, por la sumisión a la voluntad de Dios, por la adoración de su ser, de sus grandezas, bondades y bellezas: ¡ahí tenéis lo que no está sujeto a ilusión!

Rogad por vuestro corazón y colocad bajo los rayos de la gracia y del amor vuestra súplica, vuestros sentimientos, todo lo que brota de vuestro corazón.

En cuanto a los rezos vocales, nunca dejéis los de la regla, mas no tengáis otros muchos.

Rogad también por vuestra mente, sometiéndola a la gracia del Espíritu Santo, del Espíritu de oración; formad en vosotros algo así como una creación perpetua de buenos pensamientos; pero agregad a ellos el afecto, porque la mente sola no tardaría en vacilar en su trabajo y pronto se cansaría.

Los santos son admirables en sacar de todo y de todas partes afectos de oración, y la razón de ello es que están en Dios, lo ven todo en Él y todo los lleva a amarle; la plegaria es su aspiración y su respiración; el movimiento de su afecto hacia Dios no se interrumpe; realizando así el *oportet semper orare.*

No siempre se pueden tener pensamientos nuevos; pero cabe dirigir siempre el propio afecto hacia Dios, pues el corazón se alía con todas las facultades y se aplica a todas. Con su incesante ruego, los Santos hallaban tiempo para componer obras magníficas, recorrer el mundo y ser infatigables en su ministerio; orando con su corazón y con su afecto, convertían todos sus trabajos en oración.

Para llegar a esta meta hay que desearlo y pedirlo con instancias a Dios, como la gracia de las gracias; hay que ejecutar en esta materia actos frecuentes, revistiéndolos de sanción exterior que nos recuerde nuestra resolución, y valerse de algunos signos exteriores que despierten nuestra atención.

El religioso que ora es un santo o llegará de seguro a serlo: el que no, nunca hará cosa de provecho. Cuando se trate de recibir a un postulante, estudiad atentamente si siente el atractivo y el amor de la oración; si es así, recibidle sin temor, aunque estuviese enfermo o

imposibilitado; porque esos imposibilitados que oran son pararrayos a la vez que apóstoles que salvan al mundo; en cambio, nada se lograría con los otros, aunque les hubiesen tocado en suerte las más bellas cualidades naturales.

LA ORACIÓN, DON DE NUESTRA MENTE

La oración es ofrenda total que de sí mismo hace el hombre a Dios obsequiándole con todo su ser y sus facultades todas. Debemos, por consiguiente, empezar ofreciéndonos a nosotros mismos a la divina majestad, que así es como obraremos de lleno según el genuino espíritu de oración.

La oración es una visita de homenaje, un reconocimiento de la grandeza de Dios y de nuestra dependencia de Él; luego, lo primero que hemos de hacer es postrarnos interior y exteriormente para rendir a Dios tributo con todo nuestro ser, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con todo nuestro corazón.

Este homenaje debe ser profundo, silencioso, pues es acto de humilde adoración; debe ser como el del cielo, donde sin decir nada se declara todo.

Lo primero, por tanto, es callarse, adorar y anonadarse en presencia de Dios.

I

Mas habiendo hecho esto, se debe comenzar la meditación propiamente dicha, que es un ejercicio de santificación de todas nuestras facultades, en el cual corresponde una parte lo mismo a la inteligencia coma al corazón y a la voluntad. Por lo que atañe al cuerpo, lo mejor es dejarle que duerma lo más posible, darle descanso, pues si se le hace sufrir demasiado estorba la acción de las facultades.

Ante todo debe uno ejercitarse en la oración del espíritu, la inteligencia o la razón, que es aquella facultad que percibe las cosas relacionándolas entre sí, siendo causa de todos nuestros conocimientos.

Pues bien: es preciso santificar el espíritu y sobrenaturalizar la inteligencia. La educación espiritual es cosa que sólo Dios puede llevar a cabo en el trato y conversación que con Él mantenemos. Un espíritu que no haya recibido lecciones de Dios en la oración, que no

haya sido deshecho y rehecho en la oración, no recibirá nunca más que una educación sobrenatural defectuosa; no confiéis mucho en quien no tenga costumbre de entregarse a este ejercicio. Lo más que los libros y los maestros pueden enseñar es el método de la oración; introducen en el santuario, pero una vez allí, el hombre debe hacer entrega de su espíritu a Dios. Sólo Él, puede llenarle de su divina luz y educarle sobrenaturalmente. No puede haber almas serias sin esta divina operación.

Cuando vayáis a meditar comenzad, por consiguiente, por hacer consideraciones y formar pensamientos en vuestra mente; estudiad, considerad con atención, recordad, comparad, herid el pedernal para que salte la chispa luminosa. Es un ejercicio esencial éste del espíritu, pues de él deben brotar los afectos del corazón; es más importante que los afectos que no pueden encenderse ni durar, si el espíritu, que es su manantial, no está bien alimentado. No se ama más que lo que se ve y en el mismo cielo la visión de Dios es la que produce la unión, la transformación y la felicidad suma que allí se goza. Cuando conocemos un objeto reproducimos ese mismo objeto en nosotros y no podemos sentir el contacto intelectual de una cosa sin que intervengan el corazón y el amor. Por manera que todo se funda en el conocimiento, que viene a ser así fundamento, manantial y foco de la oración. Ver equivale a amar, a poseer una cosa.

Si fuéramos a indagar por qué la piedad es tan lánguida y superficial en nuestros días, veríamos que es porque se da uno a muchas prácticas piadosas, descuidando lo principal; se da pábulo al sentimiento, hierve la imaginación, pero no se da la parte que se debiera al espíritu, ni se le obliga a reflexionar, a estudiar, a ahondar la materia, y consecuencia natural de ello son esas piedades rutinarias, en las que el corazón y la voluntad sólo actúan por costumbre, por cierta especie de instinto y necesidad que han contraído. No hay en eso ni solidez, ni profundidad, ni tampoco mucha generosidad: falta el alimento de la inteligencia, que debería proporcionar nuevos motivos, renovándolos incesantemente, y mostrar con mayor claridad a Dios y todo cuanto le debemos.

Virtud de la inteligencia es la fe, la cual recibe el sello de Dios y lo comunica al corazón, y más está Dios en la fe que en el corazón o en la voluntad. Los movimientos del corazón varían incesantemente; la misma voluntad obra con mayor o menor

decisión, según la influencia de múltiples circunstancias, mientras qué la luz de la fe es invariable, porque nace de la verdad divina, se apoya en su divina esencia, en su palabra y se encuentra por encima de todas las disposiciones y estados del alma.

Esta luz de la fe es la que sostiene al alma y la eleva y dirige. Es recompensa de la fidelidad. *Quien observa mis mandamientos, me ama de veras; y el que me ama, será amado de mi Padre y me manifestaré a Él* (Jn 14, 21); con las cuales palabras promete luz el Señor y una luz que no se apaga ni puede ser alcanzada por ningún humano viento, sino que aun en medio de las mayores tempestades del corazón y de los sentidos resplandece inmóvil y sin alteración alguna; como está alumbrada por el mismo Espíritu Santo, se mantiene a pesar de las mayores agitaciones.

No quiero decir con esto que haya que separar la inteligencia del corazón, de suerte que pueda uno contentarse con las luces de la inteligencia. Antes al contrario, la luz recibida y formada en el espíritu debe bajar al corazón y ser allí digerida, para que la voluntad pueda sacar nuevas fuerzas que le hagan falta. Siendo como somos indivisibles, no podemos separar unas facultades de otras, sino que nuestras facultades mutuamente se sostienen y ayudan, y todas son necesarias para la perfección de las operaciones vitales. Lo que quiero decir es que debemos ejercitar la inteligencia, y por ser ello comienzo y principio de todo, llenarla de Dios con la fe; porque antes de digerir los alimentos y hacer uso de las fuerzas que dan al cuerpo, menester es tomarlos, y ésta es cabalmente la función de la inteligencia.

Una imagen completa de lo que debe ser la meditación la vemos en san Pablo cuando fue convertido por Jesucristo. El Señor le derriba por tierra y se le muestra. *Quis es, Domine?,* le dice san Pablo. Y Jesús, tocándole el corazón, le contesta: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues.* El corazón de Saulo se conmueve, porque ha visto a Jesús, a Jesús crucificado; se enciende su voluntad, y exclama: *Señor, ¿qué queréis que haga?*

II

¿De qué manera debemos ejercitar nuestra inteligencia? Lo primero de todo es preparar el tema de la oración. Es indispensable que sepamos como ha de ser. No es necesario prever punto por punto

cuanto diremos; pero sí saber de un modo preciso sobre qué vamos a meditar. Conviene luego proceder de lo conocido a lo desconocido, partir de lo natural para llegar a lo sobrenatural, que es tanto como decir que debéis aprovecharos de todo lo que sabéis para que os resulte más fácil el estudio de la verdad cuya meditación os habéis propuesto.

¿No es verdad que guardáis muchos pensamientos y recuerdos de lo que habéis leído o meditado sobre los misterios y las verdades de la religión? Pues echad mano de todo eso y aplicadlo al tema escogido, que de este cotejo con la verdad que estáis considerando brotará mayor luz. Cada misterio tiene su gracia propia, y pegado de esta suerte no dejará de echar chispas; irá creciendo por momentos la luz, y nuestro Señor acabará mostrándose a vuestra voluntad, de cuyas buenas disposiciones le habréis dado así buena prueba.

A falta de conocimientos positivos sobre la verdad o el misterio que consideráis, comenzad por vuestra miseria o por alguna verdad negativa, viendo cómo os falta tal o cual virtud, cuán lejos estáis de practicarla, cuán feo es el vicio contrario. Procurad descubrir alguna cosa, estableced alguna relación que ate vuestra mente al objeto escogido, que así le cobraréis afición y lo penetraréis hasta cierto punto; la gracia nunca desampara a la voluntad recta y humilde.

Mas no pretendáis ir más allá de lo que consienten vuestras fuerzas intelectuales, ni intentéis hacer meditaciones de Bossuet, si no tenéis su genio.

Retened bien estas dos claves, estas dos vías de la meditación: la que hace uso de la verdad negativa y la que se vale de la positiva.

Con el primer procedimiento comienza uno por conocer la propia nada, los pecados, las tentaciones, la propia miseria, para decirlo todo con una palabra. A quien comienza por aquí nunca le falta con qué ocuparse. Este es el método más fácil. Es bueno porque nos ejercita en la humildad, y porque siempre resulta provechoso poner ante los ojos el propio barro para no olvidar nuestro origen.

El método positivo, en cambio, nos conduce enseguida a considerar la verdad en sí misma y nos mueve a amar el misterio que meditamos. A lo que principalmente nos lleva es a ensalzar a Dios, a reconocer su amor y sus atributos en determinado misterio, a ver su perfección en tal ó cual virtud, la gloria que de ella se le sigue, la

perfección con que la ha practicado Jesucristo...

Si meditáis, por ejemplo, sobre la muerte de nuestro Señor, el método de amor positivo os hará pensar inmediatamente en el amor inmenso que en ella nos mostró Dios, moviéndoos a ofrecerle la gloria que su Justicia y divina majestad sacan de esta muerte. Este método os pone ante los ojos el amor, la gloria, Dios o Jesucristo, para que los contempléis en sí mismos.

Mientras que con el otro método no ve el alma en esta muerte otra cosa que los pecados que la han causado, y examinándose a sí misma trata de averiguar cuál de sus pecados ha sido principalmente causa de los sufrimientos y de la muerte del Hombre Dios. Con cuya vista se sumerge en el pesar y se humilla a sí misma.

En resumidas cuentas, el método positivo adora y ensalza a Dios en sí mismo, en tanto que quien sigue el método negativo se ve a sí mismo en Dios.

¿Cuál de los dos debe preferirse? No deben compararse dos métodos que proceden igualmente del divino Espíritu e inducen a amarle. En la práctica no deben separarse.

Lo que sí se os puede decir a vosotros, que no sois recién convertidos, es que si queréis recogeros más pronto y más inmediatamente uniros con Dios, será mejor no concentraros tanto en vosotros mismos ni poner vuestras miserias entre Dios y el alma.

Procurad ver primero la bondad y el amor de Dios; tratad de contemplarle en sí mismo y en sus divinas razones; luego volveréis sobre vosotros mismos.

Aficionaos a ver las virtudes en Jesucristo, a estudiar la perfección y la intención con que las practica. Haced, en suma, que el mismo Dios sea el alimento de vuestra alma, porque así os elevaréis más hacia Dios y cobraréis más fuerza expansiva. En cuanto al lado negativo, dejad que el mismo nuestro Señor os ponga en ello, esperad a que Él os muestre vuestras miserias y os suma en vuestra nada, que no dejará de hacerlo, así como tampoco dejó de hablar a los apóstoles, entre los esplendores del Tabor, de los sufrimientos y humillaciones que le aguardaban.

Guardad el método negativo para las horas más trabajosas, para cuando os encontréis cansados y sin fuerzas y no podáis subir hasta la altura necesaria para contemplar la pura verdad, para ver a Dios y las cosas en las razones eternas.

Obrando así perderéis menos tiempo en la oración, os mostraréis más delicados para con nuestro Señor y cumpliréis más adecuadamente con los deberes de la amistad. Así seréis también menos egoístas. Hay almas que nunca hablan a nuestro Señor de Él mismo, que apenas le saludan ni tienen obsequio alguno que ofrecerle. No se ocupan más que de sí mismas, de sus necesidades; si van a Dios, es para mendigar tan pronto como se presentan a la puerta. Sed hijos, amad y hablad.

Mucho le agradaréis a nuestro Señor, si le habláis de sí mismo, si os ocupáis siquiera un poco de sus intereses; le ganaréis así el corazón como aquel leproso que entre diez curados fue el único en volver a dar gracias. Jesucristo le elogió por haber dado gloria a Dios. Este pobre leproso es modelo de amor positivo en la oración, y mirad cuánto satisface a nuestro Señor.

Glorificad, pues, también vosotros a Dios.

LA ORACIÓN, DON DEL CORAZÓN

Hemos dicho ya que la meditación es un homenaje a Dios del hombre con todas sus facultades y que es la santificación del hombre por Dios. Hemos visto también cómo debe proceder la mente. Tratemos ahora del corazón.

I

La mente desempeña el oficio de la aguja, que introduce el hilo en la tela para bordar. Antes que el hilo que lleva consigo, entra la aguja, pero sólo queda el hilo. Otro tanto debe decirse de los efectos del corazón, que son los que deben permanecer. Si se excita tanto a la inteligencia es para dar calor y mover al corazón con motivos de fe y de amor que más virtud de moverle tengan, porque el corazón abraza y sigue lo que la inteligencia estima y muestra como bueno.

Por donde se infiere que debe mediar tan estrecha relación entre la reflexión y el afecto, que éste sea consecuencia natural de aquél, no siendo más que complemento y algo así como expansión y florecimiento. Unos cuantos pensamientos bastan para hacer buena meditación.

El afecto debe nacer de una idea bien concebida y mejor pensada; debe retenerla, completarla, extenderla, y con ella alimentarse. El pensamiento ha de pasar de la mente al corazón naturalmente y como sin esfuerzo. ¡Ojo con poner lucha en vuestra alma y encaminarla a demasiados puntos! Antes al contrario, dadle, para que los rumie, pensamientos bien digeridos y masticados. Contentaos con desenvolver con el corazón lo que había en la mente con sólo convertir el pensamiento en afecto.

Nazca naturalmente, por tanto, el afecto del pensamiento y sea en todo conforme con la naturaleza del corazón. Amemos a Dios en la oración como amamos aquellos a quienes debemos amar. Amémosle, según la naturaleza, fuerzas y vida del corazón, con ternura y rigidez, más o menos ardientemente, según su índole exija. Son infinitas las modalidades que al corazón imprimen el tiempo, los

años y las circunstancias, y la gracia se amolda al temperamento de cada cual.

Lo que Dios quiere destruir en nosotros no es el temperamento, sino el pecado y las inclinaciones y costumbres que de él traen su origen.

II

Aunque el afecto sea natural, esto es, se conforme con nuestra peculiar índole en la medida que lo formamos nosotros, debe con todo tornarse también sobrenatural mediante la unión con la gracia que lo eleve y purifique, y responder a las mociones del divino Espíritu.

De tres maneras podemos sobrenaturalizar los afectos, a saber: uniéndonos con la gracia actual que el Espíritu Santo suscita en nosotros, dejándola que siga la moción del mismo Espíritu, y aceptando y ofreciendo el estado en que nos encontramos, cuando no se siente ni llamamiento ni moción interior de la gracia.

¿Que no sentís nada? Pues confesad interiormente vuestra miseria y parálisis, vuestra incapacidad y vuestros pecados, pues Dios aceptará con agrado esta confesión de un corazón humilde que reemplazará afectos más dulces y elevados. Él mismo os pone en esta imposibilidad para desasiros de reflexiones a las que quizá os apegaréis demasiado, os echa por tierra y os seca; no sea que el amor propio os extravíe. Si algo desea Dios es apretarnos contra su corazón, pero nuestro propio bien exige que a sus pies nos retengan entonces, y vacíe el corazón de todo amoroso sentimiento.

Manténgase humildemente el corazón en estos sentimientos hasta tanto que lo visite la gracia.

El afecto ha de bajar de lo general a lo particular y tratar de penetrar y saborear el amor especial y particular de Dios en el misterio que el espíritu considera.

Admirado que hubiereis la inefable presencia del santísimo Sacramento, exclamad interiormente y de corazón: ¡Cuán bueno sois, Señor, para quedaros así conmigo!

Poned el corazón con resolución y valentía frente a los beneficios personales de Dios para con vosotros, mostrándole que la vida, sufrimientos, amor y muerte de Jesucristo, todo es para vosotros, y sólo para vosotros, porque así es como se consumirá en

ese horno ardiente de amor, exclamando arrebatado: ¡Me ha amado, me ha amado a mí!". De lo cual concluiréis: "¿Quién será capaz de separarme de Aquél a quien amo y de quien soy amado?".

He dicho que no es necesario meditar mucho para llegar a los afectos. Pero en esto, ¡cuidado con la pereza! La inteligencia es perezosa para las cosas de la gracia. No hay que dejarla pasar demasiado ligeramente sobre las reflexiones, que tentada estaría de imitar al tribuno Félix, quien despidió a san Pablo diciéndole que le escucharía otro día, temeroso de que éste le enseñase una verdad que por nada quería comprender.

Señal manifiesta de pereza es no meditar seriamente so pretexto de que desde hace tiempo se conocen los deberes. Porque toda virtud que no sea consecuencia de madura reflexión, es efímera, por lo mismo que no hay convicción que la sustente. Los sentimientos presto pasan, o se encuentran en perpetuo vaivén; pero la verdad permanece.

No debemos, empero, exagerar nada; y si fuera nuestro Señor servido de darnos al punto sentimientos que embarguen el alma, sigámosle; pues Él mismo se ha dignado hacer el trabajo preliminar.

Y cuando la inteligencia no llegue a encenderos, tomad un libro. Rara vez se ama cuanto es menester para meditar con las propias fuerzas. Hay almas que tienen este don, pero son aisladas.

Pero no vayáis a creer que con tomar un libro esté hecho todo, sino que es necesario adaptar lo que dice a vuestra gracia y necesidades. Ningún libro hay que contenga cuanto cada cual haya menester, por ser variadísimas las gracias y no parecerse unas a otras, de modo que resulten iguales.

No hay mejor libro que el que da la obediencia; pero acontecerá que aunque hoy os baste, mañana no os dirá nada, pues no hay libro alguno que baste para siempre. De ahí que el libro que a todas horas debéis abrir sois vosotros mismos. Por otra parte, todos los libros son buenos cuando la voluntad es buena. Pero jamás debemos buscar solamente trabajo hecho, sino amar con nuestro corazón y con la gracia que el Espíritu Santo mantiene en nosotros.

LA ORACIÓN, DON DE LA VOLUNTAD

La oración es nuestra santificación por Dios; debe, por tanto, producir la reforma de las costumbres. Tal es el fin inmediato de la oración, la conclusión práctica que de ella se debe sacar y el término natural a donde conduce. No olvidemos, sobre todo al tratar de esta materia, aquella palabra *No los que dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino los que fielmente cumplen la voluntad del Padre que está en los cielos* (Mt 7, 21).

Mas ¿cómo habremos de proceder para corregirnos? ¿Qué medios tomaremos? ¿A la observancia de qué reglas deberemos ajustarnos?

Ningún arte ni ciencia es más difícil que la de dirigir y santificar almas: dar buenos principios y reglas seguras no es cosa que pueda hacer cualquiera. ¡Cuántas almas sumergidas en el mundo y el espíritu del mundo llegan a un grado heroico de santidad cuando dan con quien sepa dirigirlas! ¡Es lástima que no se les den sino medios menores! Están a lo que venga cada día, van pasito a paso y sin continuidad. Ignoran los grandes principios que a todo se aplican y hacen dar pasos de gigante.

Principio fundamental es en esto el santificarse cada alma conforme a su naturaleza y particular gracia. No ciertamente porque la gracia dependa de la naturaleza o le esté subordinada, sino porque la gracia obra sólo sobre la naturaleza, que es materia de sus operaciones.

De ahí que haya que asociar la naturaleza con la gracia y no echarla en olvido. Con todo, el modo de santificación ha de ser principalmente según la gracia, a la cual deben conformarse en último término las reglas prácticas que se quieran emplear para dirigir a las almas por el camino de la santidad.

A manera de ejemplo nos fijaremos en dos hombres, de los cuales el uno no tenga más que la gracia de conversión y el otro, que, desde años entregado a Dios, sea llamado a la santidad.

I

El convertido debe hacer oraciones propias de su condición, combatiendo directamente y luchando contra el mal en recia batalla.

Al hombre sensual, al impúdico, mostrad ante todo las consecuencias desastrosas de su estado para la eterna salvación; ponedle ante los ojos los castigos sobrenaturales, las postrimerías, la muerte, el juicio, el infierno que merece, el cielo que tiene voluntariamente cerrado, la ira de Dios y su justicia, que exige reparación; hacedle sentir los tormentos de la conciencia, y que oiga el clamor del remordimiento; en todo lo cual ha de consistir su oración. Echad mano de estas consideraciones sin intentar convertirle mostrándole sólo las malas consecuencias que de sus faltas se seguirían, así para lo natural como para lo sobrenatural. Falta es ésta que ahora cometen no pocos, sin embargo de que ello equivale a querer corregir un vicio con otro vicio y a no tener fe en la eficacia sobrenatural de la gracia.

El fruto de estas meditaciones y su natural conclusión será obrar con mayor severidad y como enemigo declarado de las pasiones. Las pasiones tienen su asiento en los sentidos y en el cuerpo, que nada entiende de razones y consideraciones. Menester es hacer uso de la fuerza bruta contra él. Al verse tentado, san Pablo oró al Señor. Mas esto no bastó. Su carne continuaba rebelándose. Para sujetarla hubo menester de azotarla y castigarla: *Castigo corpus meum* (1Co 9, 27).

Dice un proverbio que el que con suavidad trata a un esclavo no tardará en verle rebelado: *Sentiet eum contumacem* (Prov 29, 21).

En la lucha contra la carne se exige en el reino de Dios que haga uno uso de la violencia. Contra los sentidos no hay más remedio que echar mano de la fuerza. A palos hay que dominar al cuerpo, porque no hay otra razón que respete. Cierto que tampoco en esto deben propasarse las reglas de la prudencia; pero, quien debe señalar estas reglas es nuestro director, no nosotros mismos. Y a pesar de todas las prudencias, pasiones hay contra las cuales debe lucharse por mucho tiempo, sin tregua ni compasión. Aun cuando sea menester caer rendido de cansancio en el campo de batalla o dejar algo de la vida, no debe considerarse esto como un mal.

Se admira la mansedumbre de los hombres mortificados; pero si son mansos para los demás, no lo son para sí mismos. Sólo a fuerza

de mortificaciones y de látigo han logrado esta semejanza con Jesucristo. El santo es un soldado de Jesucristo que sabe de trabajos, fatigas y luchas sangrientas, cuyas cicatrices lleva todavía.

Ni hay cristiano que no se vea en pelea, contra sí mismo primero y luego contra el mundo que lleva por dentro y por fuera: *Militia est vita hominis super terram* (Job 7, 1). Así que, preciso es recurrir a la fuerza.

Nuestro Señor se muestra suave y tierno en los comienzos, pues sólo caricias tiene para quienes espiritualmente son niños. Pero a los que de veras quieren amarle, no tarda en guiarles al combate. Su gracia es como miel en las fauces del león; comienza con la dulzura para acabar por la violencia; tras las caricias de la ternura, vienen los golpes a la mortificación. Es manso y violento a un mismo tiempo.

Si no podéis juntar como Él la dulzura con el odio al mal, quedaos con esta última, que es más necesaria.

Muy errados andan los que vituperan a los convertidos por su austeridad, rudeza y severidad, diciendo: ¡Mirad que es duro! Ocupados como están en luchar consigo, se les escapan a ratos golpes que van a caer contra el vecino. Es cosa que se les puede perdonar, dada la necesidad en que se encuentran de ser violentos consigo mismos. La tentación, propia de los tales es la impaciencia.

Así es cómo debe realizarse la reforma de las pasiones que tienen su asiento en los sentidos exteriores.

Si lo que debe desarraigarse es un pecado del corazón, la táctica que debe seguirse es distinta. El corazón todo es afecto. Se entrega; posee y es poseído por amor, ni obra como no sea por simpatía. Lo que debe hacerse es quitarle el ídolo, mudar el afecto, enderezar por otros derroteros su simpatía.

Puesto en oración, deberá considerar la nada de lo que adora, la vanidad de lo que ama y lo vergonzoso de su estado. Frente a los creados ídolos, ponedle la hermosura del bien increado. Pero tened buen cuidado de no quitarle lo que haya visto sin, al mismo tiempo, darle otro objeto que amar, más hermoso, digno y dulce que el primero. No es posible que el corazón se quede vacío; no le quitéis el mundo sin antes reemplazarlo con Dios. En su esencia y naturaleza está el cobrar cariño y aficionarse a algo, por lo que si le dejáis vacío y solo, al punto volverá al objeto primero. Dadle, sí, dadle Dios, amor de los amores, dadle Jesucristo, salvador suyo infinitamente

bueno y amable.

Las personas en que el corazón domine, deben ser dirigidas e instruidas por el corazón. Óbrese de suerte que suavemente sientan su desgracia y vislumbren la dicha que en aficionarse a Dios y amarle consiste. No las sacudáis demasiado no sea que se quiebren. Sed cariñosos; pero no de arte, sin embargo, que seáis dominados por ellos. Con tanto más tiento habéis de conduciros en esto, cuanto que fácilmente os podrán cobrar cariño, lo cual en modo alguno debéis permitir, aunque sin desecharlas y alejarlas demasiado bruscamente. Para comenzar, conviene poner siempre un poco de bálsamo en el corazón. Tened piedad del corazón y nunca les inspiréis repugnancia.

El procedimiento que debe seguirse para la reforma del corazón consiste, por consiguiente, en hacerles discurrir sobre sus penas y desdichado estado, de modo que lo palpen lo más perfectamente posible, en mostrar un bien mayor, una felicidad más cabal y pura, al fin, en reemplazar el amor de las criaturas por el amor al Creador.

Si el alma ve su mal estado, y ésta lo confiesa, y con todo vacila alegando pretextos, por falta de valor para romper los lazos que la sujetan, sacadla, arrancadla resueltamente de su estado, hasta haciendo uso de violencia si menester fuera, porque está en trance de perderse. Hay que ponerla fuera de peligro sin tardanza alguna Ni hacen falta licencias para esto, que sobra razón para ello con sólo considerar el peligro urgente en que se encuentra.

Otro es el procedimiento cuando de la inteligencia se trata. Así como el corazón se rinde por sentimientos, así el espíritu necesita razones que lo convenzan y sólo a la evidencia se rinde. Razonad con él; para convertirlo hace falta mucho tiempo, y aun es difícil y raro lograr por completo lo que se desea. Lo cual es más cierto todavía cuando tercia el orgullo.

Sea su meditación fundada en razón y luz. Alumbradle intensamente, de suerte que quede vivamente impresionado; convénzase el espíritu de sus yerros. Mostradle la injusticia del pecado, el agravio que a Dios infiere, su fealdad y deformidad, del mismo modo que cuando Teodosio se excusaba de su crimen, aduciendo como ejemplo el de David que fue también rey pecador, le contestó san Ambrosio: "Pues le habéis imitado en el crimen, imitadle también en la penitencia". Ved ahí la razón, la evidencia que

convence y contra la cual nada se puede objetar. Obrad de igual modo para convertir vuestro espíritu y reformarlo; convénzase de sus faltas y la luz le obligará a someterse.

II

Cuanto hemos dicho hasta el presente concierne a los penitentes, a los recién salidos del mundo y del crimen...

En lo que atañe a los que ya son de Dios por la fe y la caridad, por una caridad más o menos acendrada, es cierto, pero suficiente en todo caso para ponerlos en el camino de la salvación, la reforma de costumbres sigue otros senderos. Aquí más está la cosa en adquirir virtudes cristianas que en destruir el pecado. ¿Cómo deberemos proceder para esto?

Hay dos maneras, ambas buenas; pueden emplearse tanto una como otra, según fuere el atractivo de la gracia.

Siguiendo la primera, el alma quiere enérgicamente llegar a la virtud, y para lograrlo comienza por ver el bien moral, su honestidad y sobrenatural hermosura, cuán bien cuadra al cristiano, cómo sin celo por las virtudes cristianas corre peligro la salvación, cómo la práctica cabal del cristianismo produce bienes sin cuento aun en esta vida, y señaladamente frutos de vida eterna. Visto lo cual, se enciende el deseo de poseerlas, y trabaja uno y otro día y a cada hora, subiendo así de grado en grado. Los mismos progresos le alientan, para trabajar con mayor fidelidad. ¿No es éste buen método para llegar a la santidad?

Así que vosotros, religiosos, habéis de tomar a pechos el practicar las virtudes de vuestro estado, la pobreza, la castidad y la obediencia, que son las esenciales. Lo primero, las cosas concernientes a vuestra profesión.

Por otra parte, todas las virtudes son hermanas, ni hay una sola que bien practicada y de manera que domine, no atraiga las demás, tornando fácil la práctica de todas.

Tomad la virtud más necesaria para vuestro particular estado y necesidades: hay que comenzar por lo más urgente. Pero practicad siempre fielmente las virtudes que para vosotros son ley y constituyen vuestro deber esencial. Luego os ocuparéis de las virtudes que, son de mero consejo.

Por manera que trabajar por el bien que en la virtud

resplandece, por el premio que practicándola merecemos y por los frutos que produce, es buen principio, es buen método para la reforma de la vida y el trabajo de la voluntad. Pero hay otro mejor, que es trabajar por amor, no queriendo más que una cosa: amar, y todo lo demás en esta sola cosa.

En cuyo caso ya no se trata de adquisición de virtudes, ni de frutos de santidad que merezcan recogerse, sino de amar, de querer a Dios sobre todas las cosas y en todas ellas, y de querer todo lo demás por amor a Él. De lo que se trata es de penetrarse bien de esta verdad, de convencerse de este principio, a saber, que se le debe amar y santificarse por amor a Él. Amar, tal es el principio, el punto de partida y el término. Se toman y emplean medios, pero sólo para aplicar este principio y lograr este fin de amor.

En el método anterior se procede por análisis en la adquisición de las virtudes, mientras que en éste por síntesis. Aplicase este principio, según vayan presentándose las necesidades, y progrese el alma; pero lo que importa es asentarlo bien al comienzo, partir de él siempre y en todo seguirlo, formándolo como faro o como mojón que nos guíe.

Por otra parte, es un principio que responde admirablemente a nuestra naturaleza y a la gracia de Dios. Somos hijos del hombre y lo que la madre pretende ante todo es encender en su hijo la llama del amor. Luego le pide los sacrificios de la obediencia, de la sumisión, del estudio, en suma, todos los sacrificios que supone la educación. Exígelos fundándose en el amor, que por tantas maneras le tiene mostrado y como prueba de gratitud y de filial cariño. Un hijo bien nacido comprende este lenguaje y por amor filial hace hasta cosas heroicas.

Somos, además, hijos de Dios, y a fuer de tales hemos recibido en el Bautismo el espíritu de adopción de hijos, que consiste en el don y el hábito del amor. En nosotros mora el Espíritu Santo, amor substancial y subsistente, llenando las facultades y el alma y aparejándolas con sus mociones a que produzca actos de amor.

El Espíritu Santo está en el alma más que la misma alma, por cuanto la rodea, eleva, sobrenaturaliza y transforma en Sí, que es amor y amor esencial. El amor es lo mismo que la gracia, por lo que el espíritu de la gracia es espíritu de amor, pues todo ser obra conforme a su naturaleza.

¿Comprendéis ahora lo bien y fielmente que este principio responde a lo que de más íntimo tenemos, a nuestra naturaleza y a nuestra gracia de hijos de Adán y de hijos de Dios? Pues ¿por qué no nos habíamos de apoyar en el amor de Dios para llegar a las virtudes, siendo así que ahí está nuestra mayor fuerza?

Al aplicarlo y ponerlo en práctica, el amor toma tantas formas como virtudes haya, ya que ha de informarlas todas. Porque, como enseña santo Tomás, la perfección consiste esencialmente en el amor; y para san Agustín, todas las virtudes se reducen a amar. Eso mismo dijo san Pablo mucho antes. Y a la verdad, como dice el mismo Angélico Doctor, ser perfecto no es otra cosa que "amar lo bastante para alejar cuantos obstáculos, se opongan a nuestra unión con Dios, fin de toda perfección".

De esta suerte el amor viene a ser castidad, obediencia, paciencia, mansedumbre y humildad. En todo eso sólo una cosa se pretende: amar, hacer un acto de amor, destruir un obstáculo de amor o prestar un socorro al amor y a la unión con Dios. Así resplandece la unidad admirable, y único es el punto de partida. ¡Qué principio más luminoso éste cuyas fuerzas son tanto mayores, cuanto más concentradas se encuentran! Es un punto de vista siempre idéntico, sin división ni esparcimiento alguno de fuerzas, de atención, de corazón o de alma.

Observad, finalmente, que nuestro Señor vino al mundo para que se amara a su Padre; notad que era imagen de su hermosura, y que en fin de cuentas no nos recomienda más que una cosa: amarle sobre todas las cosas, y todo lo demás por Él. Cifra de su doctrina son estas palabras: Morad en mi amor. *Manete in dilectione mea* (Jn 15, 9).

He ahí el estado que pide, lo único que recomienda como estado y como hábito. Ello es así por ser el amor centro de toda la vida cristiana y sobrenatural; y el paso del centro a la circunferencia es fácil y seguro, porque hay radios hacia todos los puntos.

Os aconsejo, pues, os asentéis en este principio, haciendo de él punto de partida para la reforma de vuestra vida, para el trabajo, en la adquisición de las virtudes y de la santidad. Porque, volviendo a lo que decíamos al comienzo, el fin de la oración y el fin de la vida religiosa consiste en la reforma de las costumbres, en la santificación de la vida y en la adquisición de la santidad de Jesucristo: *Estote vos*

perfecti, sicut est Pater vester caelestis perfectus est (Mt 5, 48).

¿ME AMA DIOS?

Es cosa que rara vez se pregunta uno, pero que debiera preguntarse con frecuencia, porque si es bueno ver si amamos a Dios, no menos útil resulta convencernos de que Dios nos ama.

I

Sí, Dios nos ama. –Nos ama con un amor eterno, que no tiene comienzo, ni fin, ni sucesión, ni alteración de ningún género, pues en su amor somos eternos. Siglos eternos antes que existiéramos, nos concibió Dios en sus pensamientos y en sus decretos, y estos pensamientos y decretos no eran otra cosa que amor puro.

¡Ah! ¡Nunca le amaremos según tiene merecido! Por mucho que dilatemos nuestro amor, y lo ensanchemos y lo llevemos más allá de todo límite y barrera, siempre quedaremos cortos en punto a gratitud, nunca acabaremos de pagar las deudas de amor. ¡Ay, que ni en los cortos instantes de esta vida, que para libremente mostrarnos agradecidos nos deja, le amamos de veras, mientras que Él nos ha amado y nos ama desde toda la eternidad! –Aquí tenemos el manantial de esas lágrimas que inconsolablemente derraman los santos en la tierra.

Siendo así que apenas basta el tiempo presente para corresponder a su amor actual, ¿cómo vamos a poder corresponder al inmenso peso de un amor acumulado durante siglos? Esta imposibilidad de amar cuanto fuera justo, de reparar debidamente las faltas de omisión en materia de amor, constituye el tormento de los santos. No hay consuelo para ellos, aunque el mundo, claro está, no llega a entender nada de sus lágrimas. Nosotros apenas lloramos nuestros pecados cuando es menester para alcanzar perdón, en tanto que los santos lloran por no haberse valido de todo su tiempo para amar; y si han llegado a ofender a Dios, las lágrimas son inagotables. Mirad a san Pedro perdonado, confirmado en gracia y hecho cabeza de la Iglesia; llora incesantemente; los primeros rayos de la mañana le encuentran de rodillas y con el rostro bañado en lágrimas, las cuales por fin abrieron un surco en sus macilentas mejillas con la

llaga incurable de la contrición. ¡Oh, qué miseria más grande la nuestra! ¡Cuando mucho, no pasamos de algunos actos de contrición para reparar el amor perdido, el amor ofendido! ¡Ay, el amor enciende y mantiene el fuego de los condenados, y no hay dolor que así consuma como el de no haber amado!

El amor eterno de Dios se nos ha manifestado con beneficios hechos en el tiempo. Si existimos, es merced a una benévola creación del amor de Dios, y sólo porque nos lleva en sus brazos vamos conservándonos en la existencia.

Y, naturalmente, sólo para amar a Dios se nos da esta vida, y por lo mismo en amar a Dios consiste la perfección del hombre. El hombre sólo es bueno cuando ama a Dios, pues sólo entonces cumple el fin que con amorosa liberalidad le ha fijado el Creador. Si al crearle no dijo Dios como de los demás seres que era bueno, por más que fuese obra de sus manos, ello es debido a que el hombre no llega a su término natural perfecto sino cuando ama a Dios, y así lo demuestra con sus obras.

Tan grande es la condescendencia de Dios cuando quiere ser amado de nosotros, dándonos para ello facultades y gracia, como cuando Él mismo nos ama y nos colma con diversas pruebas de su amor.

II

Creados en su amor, en su amor hemos sido también rescatados. Tan bueno es, que se allana a las exigencias de nuestra naturaleza y a lo que nuestro corazón pide. Y como nuestro amor se ha materializado y no ama más que lo sensible, Él nos acepta como somos y se hace palpable a los sentidos para sustituir a los ídolos, a los que habíamos consagrado nuestro amor.

Parad mientes en esta amorosa deliberación: "¿Quién de nosotros irá al hombre?" Esto es, ¿cuál de las tres personas, divinas, eternas, esencialmente espirituales, se hará amor; amor humano, sensible y visible, para ganar al hombre? Porque no hay otro modo de ganarlo. –Y el Verbo se hace carne: *Caro.* En esto ni se ve ni se oye otra cosa que amor: así lo indica el vocablo mismo. Bien hubiera podido decir el Espíritu Santo: *Homo,* se ha hecho, hombre; pero dice *Carne,* porque se trata de amor más sensible que lo que la pura humana naturaleza pudiera exigir, de amor más conforme con nuestro

corazón de carne: *Caro factum est.*

¿Qué otra cosa es Jesucristo sino amor de Dios humanado, dado al hombre por todas las maneras, en todas las formas y en todos los estados, para que resulte más patente el amor del Creador? ¿Cómo dudar que Dios nos haya amado cuando el mismo Verbo ha venido a decírnoslo con su palabra, sus ojos, su corazón, con cuanto el hombre puede sentir y comprender?

Eso vino a decirnos: *Sic Deus Dilexit,* hasta tal punto nos ha amado Dios (Jn 3, 16). Sí, nos ama, nos ama como Dios puede amar, esto es, infinitamente.

Cuantos amores puedan conmovernos halos puesto en su corazón, de lo cual nos da hartas pruebas.

Como el amor a los padres es el más natural y fuerte porque penetra en la sangre y en las fuentes de la vida, ha tomado Dios el nombre, de padre nuestro, y se ha hecho Jesús nuestro hermano.

Por ser la amistad fundada en la igualdad de posición y de carácter una forma del amor, se ha hecho amigo nuestro. A la verdad, el amor de los padres supone alguna desigualdad, cierta distancia de respeto y de temor, y por eso nos ha amado como hermano y amigo, en lo cual ciertamente no hay distinción ni distancia, sino igualdad de condiciones, de nombre, de mesa, de vida. La razón por la cual quiso nacer como niño y pasar por todas las fases, estados y épocas de la vida, es el poder tenerle los hombres por hermano sea cual fuere su condición, y ver cómo el amor divino se ha humanado, haciéndose semejante al de los hombres.

Cual si fuera poco tornarse semejante a nosotros, quiso además compartir nuestras penas, miserias y sufrimientos, para que el peso de la misma evidencia nos obligara a exclamar: ¡Sí, Dios nos ha amado! Y así lo ha hecho. Cargó con todos nuestros crímenes, llevándolos solo y aceptando el terrible castigo que merecen. Penas interiores, dolores del alma, horribles sufrimientos del cuerpo, pasión interior y pasión exterior, he aquí las pruebas de su amor. ¿No bastarán, por ventura? ¿Se podrá negar un amor demostrado con sufrimientos y hasta con la muerte?

¡Ah! ¿Quién sería capaz de hacer otro tanto? ¡Nadie, no, nadie!

¿Y con sólo Dios vamos a ser injustos? ¿No vamos a confesar que nos ha amado?

III

Muy cierto es, pues, que Dios nos ama, pero no se contenta con amarnos de un modo general y como en bloque. A buen seguro que esto sería mucho y bastaría y sobraría para salvarnos; mas quiere llegar hasta el fin del amor infinito, y nos ama personal y particularmente, cual si estuviéramos solos en el mundo.

Si se os dijera: Dios ha querido amaros por puro amor; por probároslo, sólo para vosotros ha creado el mundo con cuantas maravillas encierra; vosotros solos le bastáis y sois el fin de todas sus obras de naturaleza, gracia y gloria. Si el mismo Dios añadiera: Os daré mi Unigénito, que por vosotros morirá, para vosotros establecerá la Iglesia y los sacramentos, por vosotros seguirá aun morando en el santísimo Sacramento hasta el fin del mundo, continuando por vosotros su vida de amor y por amor renovando su pasión y muerte; todo eso es para vosotros; si se os dijese eso, si Dios mismo os lo asegurase, ¿lo creeríais? Y si después de todo eso hubierais de confesar que no le amaréis, que todo eso no basta para cautivar vuestro corazón, ¡ah!, entonces, ¿qué responderíais?

No; no sería posible responder, antes bajaríais los ojos, y de puro avergonzados os tendríais por peores que los demonios.

Pues bien: por estupendo que esto parezca, así es. El amor de Dios es personal a cada uno de nosotros, en cada uno puso los ojos al realizar sus obras; todas las criaturas están al servicio de cada uno de nosotros, así como también todas las gracias, todos los tesoros de santificación, todas las maravillas del orden sobrenatural. Cada cual debe exclamar con san Pablo: *dilexit me;* me ha amado, y a mi solo. Y para probarme su amor, por mí solo se entregó a la muerte y a la cruz. Y si a tanto llegó, ¡con cuánta mayor razón no habrá hecho las demás cosas, así visibles como invisibles, para mí y para mí solo!

Todo ese amor de Dios viene a resumirse, condensarse y corroborarse en el don que en la Sagrada comunión me hace Dios de su Hijo y que de sí mismo me hace Jesucristo. El fin y término de todo esto soy yo. Cuando desde el principio y aun antes del mundo ha preparado este don de amor personal, esto es, la entrega que de su cuerpo, sangre, alma y divinidad, de cuanto es y tiene me hace, todo eso es para mí y para mí solo, pues todo viene a parar en mí, en mi corazón y en mi alma.

Mira, cristiano, lo que vales, pues vales tanto como Dios:

Tanti vales, quanti Deus.

¡Oh, después de tanto amor, ya comprendo que haya infierno! ¡Y con todo, no amamos a Dios! ¡Parece que el colmo de la pena y de la vergüenza debería ahogarme la vida para castigarme por tamaña ingratitud!

Y no sólo el hombre no ama a Dios, sino que le ofende. Con tanto amarnos, Dios da motivos para que le despreciemos, y se diría que hasta lo pretende. ¿Consentiríais acaso que vuestros hijos o subordinados os despreciaran e insultaran de esta suerte?

Dios colma al hombre de bienes, abrúmale de beneficios a pesar de su pecado, a pesar de sus pecados de cada día. Lo que con esto se propone es que el hombre vuelva en sí y se deje vencer por Dios.

Realmente, para no amar a Dios hace falta tener corazón de demonio.

Y no contento con todo esto, nuestro Señor cubre a los ingratos y los excusa diciendo: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 34), y eso precisamente cuando lo maldicen. Dios pierde su dignidad y su honra; se queda con sólo su amor.

No puedo pensar en esta realidad, porque tortura. ¡Quisiera uno matarse de amor!

Por boca de un poseso exclamó un día el demonio: A vosotros, hombres, Dios os ha amado demasiado. Y es verdad. Dios se ha equivocado. Nos ha amado demasiado. *Propter nimiam charitatem suam qua dilexit nos* (Ef 2, 4).

¿AMO A DIOS?

¿Amamos a Dios considerando que eso es lo único necesario? Preciso es dar una contestación categórica, sin dudas ni tergiversaciones. ¿Amamos o no amamos a Dios?

No cabe término medio: se le ama o se le odia. ¿Le amamos? Decir sí sin temor alguno equivaldría a proclamarnos santos y ponernos una corona en la cabeza. Por lo cual la contestación consistirá en averiguar si no le ofendemos, o, mejor, si somos delicados para con Él. Se ama a Dios cuando se es delicado en las relaciones con Él, porque el amor es la finura de la fidelidad, del honor y de la generosidad.

I

¿Tenemos la delicadeza de la fidelidad propia de un criado para con su amo? Lo menos que debemos a nuestro Soberano Señor es obediencia; menos que esto no puede exigir. Le debemos obediencia absoluta, sumisa, sin condiciones, pasiva. Así se obedece a los amos humanos, y ¿acaso no vale Dios tanto como un amo de la tierra? Dios nos dice que tal acto le ofende en su autoridad y contraría sus designios, y con todo lo hacemos: ¿es esto fidelidad, es delicadeza? Merecemos un castigo ejemplar, porque Dios no puede permitir, so pena de no ser Dios, que impunemente se conculquen sus leyes.

Morte morieris, morirás de muerte, tal es la sentencia que contra nosotros pronuncia la justicia cuantas veces violamos la divina autoridad.

Por otra parte nos premia cuando no le desobedecemos. No hay amo humano que se contente con tan poca cosa como Dios.

Escrito está desgraciadamente que los enemigos del hombre son sus siervos y familiares. No dejemos que se realicen estas palabras contra Dios, antes armémonos de esta delicadeza de la fidelidad, que cumple exactamente la ley, toda la ley. Es el primer deber que nos impone nuestra condición de criaturas, y es también la

primera señal de que amamos a Dios.

II

Es asimismo necesario que practiquemos la delicadeza que suelen tener los hijos para con sus padres, delicadeza que es indicio seguro del amor que les profesan.

Sin contentarse con el deber, la delicadeza filial busca y adivina lo que agrada y desagrada, haciendo lo primero y evitando lo segundo.

Al compás que el alma va creciendo en piedad, se vuelve más fina, porque la delicadeza florece y se expansiona como naturalmente con el amor. Un alma delicada llega a evitar las faltas veniales con tanta diligencia como otros la ponen en evitar las mortales. Tal pecado puede no ser de suyo más que venial; pero es como si fuera mortal para ella.

La delicadeza filial esquiva cuanto pueda desagradar, aun cuando no sea pecado. ¡Oh, cuántos pecados evitaríamos si fuéramos delicados!

III

Por nuestra condición de religiosos, que nos une con ¡Dios por libre elección de ambas partes, somos más que hijos de la casa!

Dios nos ha llamado, nos ha cautivado con sus bondades y con Él hemos celebrado místico matrimonio; por eso debemos tener con Él aquellas relaciones tan henchidas de delicadeza que suele haber entre esposo y esposa.

Lo cual demanda una pureza incomparable, porque la unión con nuestro Señor es más o menos íntima, según sea el grado de la pureza. No le gusta habitar en morada manchada de pecados veniales, con personas que los llevan como sin darse cuenta y los cometen con suma facilidad. Obligado está el religioso, como también el sacerdote, a una pureza perfecta, porque convive con Jesucristo y continuamente tiene que tratar con Él; y nuestro Señor no puede sufrir la vista del pecado venial. ¿Cómo queréis trocar la corte del Rey en hospital de leprosos?

¡Ah!, sed delicados en punto a pureza de vida, a pureza de conciencia. No tratéis de adquirir esas virtudes que os corona a los ojos de los hombres y a los vuestros, sino sed puros. Haced cuanto

podáis por preservar y aumentar la pureza, sin sufrir ni siquiera la menor apariencia de pecado.

Nuestro Señor ama a María y a san Juan, ama a los niños con amor de complacencia por ser puros. Sólo a los puros ama con este amor; a los demás les da pruebas de compasión y de misericordia.

Sed puros. Huid la menor mancha como se huye de la serpiente. Sed delicados en la pureza.

Ahora bien, para ser delicados en la pureza, basta amar a Dios más que a sí mismo, más que todo lo demás. Quien hasta este punto ame no lo ofenderá, antes tendrá horror de darle pena. La pureza nace espontáneamente del amor, no se aprende como una ciencia, sino que es fruto de la inspiración. Es cosa que se siente. Prodúcela el amor como blanca llama. Cuando se ama mucho, se lleva la delicadeza hasta la severidad, a los extremos. El amor delicado aborrece lo mezclado, destruye lo nebuloso: sólo en la pureza de amor le es posible vivir.

Lo primero que Dios crió fue la luz perfecta. Lo primero que Dios crea en el alma es también la luz; en la luz hemos sido bautizados, e iluminados se llamaban antiguamente los recién bautizados. Sólo a la luz trabaja Dios, y la luz no es sino la pureza del amor.

Tampoco es otra cosa que pureza el estado de gracia, la cual da el cielo solamente a los que están revestidos de pureza. Aun cuando poseyera todas las virtudes y llenara el mundo de milagros, de nada me serviría todo eso si juntamente no tuviera amor, esto es, estado de gracia y pureza.

La santidad no es, por tanto, otra cosa que el estado de gracia purificado, iluminado y embellecido con la pureza más perfecta, y exento, no sólo de pecados mortales, sino también de las menores faltas. Es la pureza de la luz preparada para la gloria y la visión de Dios.

El mártir purificado por el fuego va derechamente al cielo por razón de su perfecta pureza. En nosotros, el trabajo de la gracia consiste en purificarnos incesantemente; no obra ella sino después de habernos purificado, así como la llama comienza también por deshacer la herrumbre del hierro antes de abrasarlo y transformarlo en fuego ardiente, asimilándoselo perfectamente, y del mismo modo que el fuego seca la leña y lo vacía de toda humedad antes de

abrasarlo.

Purificaos incesantemente más y más, que la pureza os volverá santos. Purificaos de todo mal, Jesucristo os llenará de todo bien y de Sí mismo, pues entra en nosotros y nos da su vida, según le vayamos entregando la nuestra, y vaciándonos del pecado. *Dilata cor tuum et implebo illud*.

Si sois puros, si os purificáis incesantemente, amáis a Dios de veras y a eso se reduce todo.

EL AMOR DEL PERDÓN

I

Dios nos ama personalmente, ya que nos ha creado a nosotros y todas las demás cosas por nosotros, y nos ha rescatado muriendo por nosotros.

Hay una prueba todavía mayor de que Dios nos ama, y es el habernos dado el poder de alcanzar perdón cuando le hemos ofendido.

La bondad de Dios que se manifiesta perdonándonos es mayor que cualquiera otra bondad.

¿Cuánto me ama Dios? Tanto cuanto te perdona, te ha perdonado y te quiere perdonar. Dios no puede menos de ser bueno y amarme, ya que me perdona cuando le ofendo. No necesito otra prueba, ni hay otra que así pueda convencer ni conmover tan profundamente. De aquel amor con que nuestro Señor le perdonó sacaba san Pablo su amor de apóstol. De la inmensa misericordia, que tantos pecados le perdonara, encendió san Agustín aquel amor que inflamó y atravesó su corazón trocándolo en seráfico.

El amor que Dios nos tiene, antes es misericordioso que benévolo, porque siendo pecadores por naturaleza, lo que más necesitamos es misericordia. De ahí que acá, durante nuestra vida, manifieste el Señor su misericordia más que cualquier otro atributo. Este mundo es imperio de su misericordia y el tiempo de su reinado.

Salió de los cielos la misericordia, bajó y envolvió al hombre cubriéndole. Misericordia es su medio ambiente y su atmósfera, el aire que respira y la luz que le alumbra; vivimos de misericordia.

La misericordia oculta el pecador a la justicia que debiera castigar cada pecado, deteniéndola y aplazándola hasta la muerte. Sigue al hombre, y donde quiera le acompaña sin jamás dejarle, ni siquiera después de la muerte, pues le sigue al Purgatorio. El Purgatorio no es más que el último esfuerzo de la misericordia de Dios a favor del pecador. Sobre esta cárcel de llamas está escrito: *Misericordia Dei*.

La misericordia de Dios para el hombre es infinita. Nunca se agota, ni se puede agotar con nuestras ingratitudes. Nunca se cansa ni desespera jamás. Perdona siempre y lo perdona todo. Aun cuando el crimen sea patente, dice: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 34).

Cuando la rechazamos o la maltratamos, muestra mayor empeño por favorecernos; nos persigue y nos quiere vencer a pesar de todo: *Judas, ¿con un ósculo entregas al hijo del hombre?... ¡Amigo!* (Mt 26, 50). Nunca serán nuestros pecados tan grandes como la misericordia de Dios. Con todo, hay un vicio, que no puede vencer, contra el cual nada puede, es el orgullo por los dones sobrenaturales, con el que a sabiendas rechaza uno la bondad divina y se mata.

II

Llenas están las sagradas Letras de testimonios de la divina misericordia, y aun Dios los ha multiplicado expresamente por ser grande la necesidad que de ellos tenemos. El pecador desespera como necesariamente: esta desesperación es un efecto que sigue siempre al placer del pecado, efecto harto más cierto que el placer. Adán y Eva cuando huyen y ponen en duda la divina misericordia, Caín cuando la niega exclamando: *Mi pecado es demasiado grande para que pueda ser perdonado* (Gn 4, 13), son los tipos del pecador, después de la falta. El haber sido infiel induce a desesperar, y lo que impide a la mayor parte de los pecadores convertirse, dejándolo siempre para más tarde, es la desesperación. ¡Es imposible que se me perdone; he ofendido demasiado a Dios!, se dicen.

El día que lloren estarán convertidos.

Y la piedad ¿por qué cae? Cae también por desesperación. Se desanima uno al ver las caídas, que se ha fracasado, que la cosa no sale como se deseaba. El demonio siembra la desconfianza, porque tal es su mejor secreto, para penetrar en el alma y arruinarla.

Que no se enseñoree jamás de vosotros este sentimiento. ¡Cómo! ¿Vais a dudar de la misericordia de Dios? Nunca.

Si habéis bajado, volved a subir con humilde y arrepentida confianza. La humildad que quiere continuar en el fango no es sino orgullo humillado y despechado, porque la verdadera humildad vuela hacia Dios con alas de la confianza; *Oratio humilis nubes penetrabit*

(Ecl 35, 21).

Cuanto más piadosos y naturales seáis, tanto más sentiréis la tentación del desaliento. Siempre queda uno pegado a sí mismo; se tiene miedo de echarse en brazos de Dios. ¿Queréis hacer un acto de contrición? No os bajéis al infierno para ver vuestro sitio, sino haced un acto de fe en la misericordia de Dios. Considerad a Dios por donde más fácilmente se deja vencer; considerad sus entrañas de misericordia, su corazón. Un hombre a quien se coge por el lado más sensible da toda su bolsa y aun más. Mostrad a Dios que su gloria está en usar de misericordia con vosotros, que no podrá ejercitar su misericordia mejor que con vosotros, que os será deudor de su victoria y de su obra maestra; coged a Dios por su corazón.

Creía yo que según iba el alma acercándose a Dios, dejaba de sentir las tentaciones de desesperación, y llegada ya muy cerca, se asentaba en la perfecta confianza; mas san Alfonso de Ligorio dice que Dios envía tentaciones aun a los santos, y que estas tentaciones son contra la fe, la confianza, la castidad y el confesor, representante visible de Dios para el alma, y es mucha verdad.

Estas tentaciones son horribles, y Dios las levanta para que suba el alma al grado supremo de la confianza, en alas de una fe desnuda, fundada sobre su sola palabra. Cuando uno va acercándose a Dios y la vida se purifica y se transforma, mayormente cuando está en vísperas del término para trocarse en vida del cielo y de felicidad, no hay virtud que no acuse; los pecados adquieren proporciones exorbitantes a los ojos del alma, y en los propios actos no se ven más que defectos. Todo conspira contra la confianza y misericordia divinas.

Yo he visto al alma más santa que encontrarse pueda en desgarradora desesperación. No eran sus faltas las que a este estado la reducían, sino que se acusaba, con lágrimas heladas por la pura desesperación, de no haber amado bastante. Le daban miedo las gracias que había recibido, porque estaba convencida de no haberse aprovechado bastante de ellas. Ni era posible infundirle confianza; no le servían ni exhortaciones, ni oraciones, ni discursos. Estada abrumada de pura desesperación y como ahogada por su peso. Para ella no hubo más remedio que decir: Pues bien, Señor, yo acepto este estado; iré al infierno; pero vos vendréis conmigo. Y en este heroico acto de confianza volvió a hallar la paz.

¡Oh! No guardéis nunca en vuestra alma las tentaciones de desesperación y de desaliento, las tentaciones contra la confianza en Dios, antes decidlas a vuestro superior o confesor. No las guardéis ni un solo minuto, pues atacan los manantiales de la vida espiritual y secan hasta la vida del cuerpo. El desaliento y la desesperación engendran tristeza y ésta, *como la polilla al vestido y el gusano al leño..., daña al corazón del hombre* (Prov 26, 20). En tanto que la misericordia de Dios es vida, es el sol de la vida: *Melior est misericordia tua super vitas* (Ps 62, 3).

III

Mirad cómo perdona Dios. Por cierto que no lo hace como los hombres. Perdonando el hombre, causa vergüenza: el temor de la vergüenza impide al niño pedir perdón. En cambio, Dios perdona con bondad y su perdón es gracia que rehabilita, purifica, santifica y embellece. Ser perdonado y ser santo es un mismo acto, pues en un instante devuelve el perdón la vestidura de hijos, la túnica blanca, y de esta suerte, aunque se rebaje uno, es para que al punto sea levantado por la misericordia.

Los hombres se cansan de perdonar, son más severos con los reincidentes y ponen más condiciones, mientras que Dios parece tanto más misericordioso cuanto más perdona. Los grandes pecadores que a Él vuelven son sus mayores amigos. Vino por los enfermos y por un pecador deja a los ángeles. Con tal que pongamos confianza y humildad en la confesión, seguros estamos de que seremos bien acogidos.

Perdona por completo y para siempre. Dice la Escritura que echa nuestros pecados por detrás y los sumerge en la mar. En el baño de su misericordia la escarlata de los crímenes se trueca en nívea blancura de la inocencia. Nunca más aparecerán para acusarnos, pues me place el parecer de muchos teólogos, según los cuales no serán descubiertos ni en el día del último juicio, por haber dicho el Señor: *Os los perdonaré y nunca más me acordaré de ellos* (Jer 31, 34).

Mas hay que alcanzar perdón perfecto y tener cuidado de no guardar resabios de pecado.

Tratándose de los hombres se paga el perdón con un castigo, cuando menos con la pérdida de la posición y del honor civil, mientras que Jesucristo nos devuelve todos los honores y nos

restablece en todos nuestros derechos, como antes del pecado, según se vio en san Pedro, a quien confirmó después de su caída en el cargo de pastor supremo.

Perdonando ennoblece. Trueca a Magdalena pecadora en heroína del amor sobrenatural y le dirige públicamente el elogio más hermoso que Dios puede dirigir. *Dilexit multum*, me ha amado mucho.

Se humilla a Sí mismo para que la pecadora no quede corrida; no le hace pregunta alguna sobre su crimen, pero sí acusa a sus acusadores: *"¿Dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te ha condenado?"* La pone sobre todos: *Vete y no peques más* (Jn 8, 10-11).

De pecadores hace príncipes de su misericordia y de su amor, como puede verse en San Mateo y San Pablo, entre muchos otros.

¿Cómo es posible desesperarse viendo todo esto? Tened bien sabido que para nuestro Señor es una necesidad el perdonar. Su corazón sentiría muchísimo si tuviera que condenarnos; llora por nosotros, y la misericordia le dilata y le alivia cuando nos perdona. Si nuestro Señor pudiera sufrir, sufriría por ver que desesperamos de su misericordia y que no imploramos perdón.

Pero la misericordia de Dios resplandece sobre todo con nosotros, sacerdotes y religiosos. Por nuestros pecados merecemos ser degradados de nuestra dignidad: es lo que se hace en el mundo con los magistrados y los empleados del estado. Pero en este caso no habría sacerdotes para perdonar a los pecadores. Nuestro Señor es mejor con nosotros, más abundante en sus misericordias y más henchido de bondad su perdón. Y eso porque necesitamos más perdón que los demás.

Lo cual debe hacernos misericordiosos para con los pecadores. ¿Cómo no vamos a perdonar, si nosotros mismos somos pecadores, repetidas veces hemos sido perdonados y necesitaremos también perdón en adelante?

Tengamos, por tanto, fe en la misericordia de Dios, que no se cansará con tal que la imploremos con humildad y confianza. Harto corta será la eternidad para agradecer cual se merecen sus misericordias infinitas, que tantas veces nos han devuelto la vida y nos salvarán en el día de la justicia del Señor.

LA EUCARISTÍA, PRINCIPIO DE LA SANTIFICACIÓN DEL RELIGIOSO

Nuestro Señor Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar debe ser el principio de vuestra santificación; es lo justo, pues os alojáis con Él: ¿no estáis, por ventura, en la casa de nuestro Señor?

El criado habita en casa del amo y es alimentado, por él; luego por él debe trabajar.

Nuestro Señor os santificará, si trabajáis conforme a su inspiración, por amor de Él y con la mira puesta en Él.

I

Es preciso trabajar amoldándose a la inspiración de Jesucristo, haciendo todo bajo su dirección. Entendámonos. Hay dos inspiraciones que os señalan el trabajo, sea cual fuere. La primera, sensible, es la orden del superior o el llamamiento de la campana. Obrar por esta sola inspiración puede no bastar para hacer labor meritoria, porque cabe obrar con obediencia puramente material, a la manera que el soldado cumple las órdenes de su jefe. Obedecer a la señal exterior no es más que el cuerpo de la virtud de obediencia. Hace falta alma, esto es, inspiración de la gracia, llamamiento de nuestro Señor. Una obra resulta perfecta si al motivo exterior que a hacerla nos obliga juntamos la inspiración interior de nuestro Señor.

¿Cómo nos inspiraremos de nuestro Señor y de qué manera le obedeceremos en cuanto emprendamos?

Recordando que está en el santísimo Sacramento y pidiéndole que os guíe. No vayáis al Cielo en busca de nuestro Señor, pues más cerca de vosotros está. Cierto que es bueno aspirar de vez en cuando a su trono glorioso y desear verle en su gloria; mas de un modo habitual es necesario tenerle más cerca. Donde debéis buscarle y hallarle es en el santísimo Sacramento. Porque de otro modo nuestro Señor os podría decir: ¿Por qué no hacéis más caso de mi presencia en la tierra? ¿Creéis acaso que no tiene importancia o que os podéis pasar sin ella? En el Cielo, soy Dios glorioso para los

bienaventurados, y en el Sacramento Dios da gracia para los que militan. Inspiraos, por tanto, de su presencia eucarística en todo lo que hiciereis.

¿Cómo? Pues por la adoración: postrándoos espiritualmente a sus pies, renunciando a vuestras luces naturales y a vuestros sentimientos, para preguntarle el cómo de todas las cosas. Preguntadle en todo cuál es el mejor medio, cuál es el mejor pensamiento y la mejor manera de obrar, confesando vuestra ceguera e incapacidad. Nuestro Señor no hacía nada sino por inspiración de su Padre. En Él leía cómo debía pensar, juzgar, hablar y obrar. Haced vosotros otro tanto respecto de Jesucristo, pues así obraréis por su Espíritu, que os enviará Él, porque de Él procede. Este Espíritu os comunicará el pensamiento y la intención sobrenatural y divina de Jesucristo.

Esta inspiración primera es muy importante, por cuanto comunica al acto su movimiento y carácter. Trabajemos, pues, con nuestro Señor y a sus órdenes, ya que quiere asociarnos consigo. Dejémosle que nos dirija y sigámosle. Seamos instrumentos suyos dóciles y meritorios, sometiéndole todas nuestras facultades y nuestra actividad toda. Que Él dirija todas sus aplicaciones, pues a Él, órgano principal y jefe del cuerpo espiritual, toca iniciar el movimiento y dirigirlo. La fe no basta, sino que es menester la unión de las almas en el amor.

II

Debéis obrar pensando que os mira Jesucristo desde el santísimo Sacramento, para así obrar más animosa y santamente y con mayor agrado.

Sabed que la mirada inmediata de Jesucristo cae sobre vosotros. ¿Cómo nos atrevemos a ofenderle ante sus ojos? Porque, a la verdad, nos ve como le veríamos nosotros si cayeran los velos de las santas especies. A pesar de todo, como los viejos pecadores de la Escritura, damos las espaldas a nuestro Señor para pecar. A no ser así, no nos atreveríamos a ofenderle. Así vemos también que los judíos cubrieron su rostro adorable antes de insultarle en el Pretorio, porque su mirada los hubiera conmovido o deshecho con la fuerza del rayo.

¡Ah! Si pensáramos lo próximo a nosotros que está Jesucristo

en el altar o en el Sagrario, ya que nos cubre un mismo techo, cómo es testigo ocular de cada uno de nuestros actos y que al fin del día será preciso comparecer en su presencia para dar cuenta de lo hecho, ¡qué fieles, diligentes y santos no seríamos en todas nuestras cosas! Haced, por tanto, como Abrahán, y escuchad lo que desde el Sagrario os dice nuestro Señor: *Anda en mi presencia y sé perfecto* (Gn 17, 1).

Verdad es que Dios está en todas partes; pero somos de tal índole que necesitamos que se aproxime debajo de apariencias sensibles, lo cual ocurre en el santísimo Sacramento.

Pensad, pues, que ahí reside. Esta presencia es más dulce, más fácilmente recordable que la presencia de la divinidad insensible e impalpable, por lo que se la olvida menos. Recordadla donde quiera, hagáis lo que hiciereis y haced cuenta que su mirada humana, los ojos de su cuerpo glorioso y resucitado, os siguen a través de los muros sin nunca perderos de vista.

III

Obrad siempre por amor a nuestro Señor en el santísimo Sacramento. Hacedlo todo por Él y nada más que por Él pues no habéis entrado en religión para medrar, para labraros una posición; ni sois mercenarios y obreros que trabajan por la paga. Como habéis venido por amor y para inmolaros vuestra personalidad no puede contar ni ser fin de nada.

Las mismas cosas y personas de la religión, así como sus medios y gracias, debéis amarlos por formar parte de la familia y por ser sus recursos para el servicio de nuestro Señor, pero sin nunca poner en ellos vuestro fin. ¿Queréis acaso que vuestro amor tenga por fin una persona, un empleo o una obra? ¡Pero si todas estas cosas son creadas y finitas, lo mismo que vosotros mismos! Querer trabajar por el hombre es errar el flanco.

Sólo nuestro Señor puede ser el fin de vuestro amor, y por eso sólo por amor a Él debéis trabajar. Todas vuestras acciones vayan inspiradas por este sentimiento: "Señor y Dios mío, os amo, y para probaros mi amor hago esto". Como Dios esté contento, estadlo también vosotros. Porque ¿qué os importa lo demás?

Donde Jesucristo debe ser vuestro fin es en el santísimo Sacramento, y para que lo sea hacedlo todo con la mira puesta en la Comunión, de suerte que ésta sea eje del día y centro de la vida, de

donde todo mane y a donde todo confluya. Que todo os sirva de preparación para recibir a nuestro Señor o de hacimiento de gracias por haberle recibido. Así como la Comunión es acá en la tierra fin de todos los misterios de la vida de Jesucristo, así también ha de serlo de toda vuestra vida. Sólo la Comunión merece ser vuestro fin, donde moréis y donde toméis descanso, porque sólo ella os da perfectamente Jesucristo y os hace morar en Él. Las virtudes y las buenas obras no son otra cosa que medios de conducirnos a la unión perfecta.

Todos los actos vienen a juntarse con este fin y propósito para formar un ramillete, que ofreceréis al Salvador la próxima vez que os venga, pasado mañana o quizá mañana mismo. Os vendrá nuestro Señor para dar a vuestros actos la última perfección y el último poder a vuestros merecimientos, merced a la unión personal que con vosotros contraiga. Renovará entonces todos vuestros hábitos de virtud avivando vuestro amor; apretará la unión y fortalecerá la sociedad y la acción mutua, dándole mayor eficacia. Produciréis con Él un mismo acto y con una misma intención. Vuestra vida ya no será otra cosa que una prolongada acción de gracias que Jesucristo inspire y guíe y en la que vosotros no hagáis otra cosa que ejecutar y exteriorizar, por vuestras facultades y miembros, por vuestra vida exterior, la vida divina que Él vivirá en vuestra alma. Porque entonces ya no viviréis vosotros, sino que Él vivirá en vosotros.

Observad estos principios de vida. No temáis vivir con nuestro Señor, bajo su inspiración y mirada, y en su amor, pues sólo así puede ser dulce y agradable la vida religiosa.

De otro modo, la vida religiosa es una prisión en que uno se ve condenado para siempre a trabajos forzados. Id derechamente a Jesucristo, vivid de Él y en Él. Por la línea curva se tarda en llegar al término. No perdáis vuestro tiempo en medios, que el medio por excelencia y el principio realmente fecundo es el indicado.

Amad a la santísima Virgen, a los santos, pedidles cuanto queráis, aprovechaos de sus ejemplos, implorad su auxilio, pero sea todo esto como ayuda para llegar a nuestro Señor. Ofrecedle a Él vuestras acciones y vuestra vida, porque Él es vuestro centro y fin, y el centro y el fin de los mismos santos.

JESÚS SACRAMENTADO, MODELO DE LOS TRES VOTOS

Jesús en el santísimo Sacramento es el principio de nuestra santidad: Él es también nuestro modelo. No nos basta la ley; nos hace falta ver obrar para comprender, y por eso nuestro Señor se nos presenta como modelo a quien debemos seguir y reproducir: *Veni, sequere me* (Mt 19, 21).

Ahora bien, a nuestro Señor hay que verle donde se nos muestra, esto es, en el santísimo Sacramento. Ante nuestros ojos continúa el Evangelio, por lo que la Eucaristía debe ser nuestro Evangelio.

Y aquí tenemos Evangelio vivo. ¿Para qué vais a dejar de mirar a su Persona, para no atender más que a su palabra, que sólo al través de veinte siglos os llega?

Por lo demás, el Evangelio es libro cerrado cuando no lo abre el mismo nuestro Señor; y lo despliega, comenta y alumbra con sus virtudes en el santísimo Sacramento, renovándolas y continuándolas a nuestros ojos.

El religioso debe, pues, tomar como modelo a nuestro Señor sacramentado. Ahí es donde ha de estudiar a Jesucristo. "Sígueme" y *Mira y haz según el ejemplar que te he mostrado* (Ex 25, 40), son palabras que se aplican a todos los tiempos, por lo que también para nosotros han sido dichas.

¿Y qué es un religioso? Es un hombre que se ofrece e inmola a Dios por medio de la pobreza, castidad y obediencia, a cuya observancia se obliga para siempre.

I

Debéis ser pobres, pues habéis hecho voto de serlo. La pobreza consiste en no tener nada y en esperar de la caridad aun las cosas más necesarias para la vida. Es cierto que a causa de la inestabilidad de los tiempos y del mal espíritu de los gobiernos civiles la Iglesia se ve obligada a no admitir congregaciones de votos solemnes, por los

cuales el religioso renuncia a toda propiedad sobre sus bienes, en tanto que por el voto simple de pobreza sólo se renuncia a su uso y administración, guardando la propiedad radical; pero en lo que atañe a la práctica de la pobreza, el voto simple no difiere del solemne.

Cuanto tenéis a vuestro uso os lo presta la Congregación si lo tuvierais por cosa propia faltaríais a la pobreza. Si decís: Esto es mío, robáis. El superior tiene la obligación de quitar al religioso todo aquello a que parezca estar apegado, para impedir que falte a su voto. Tened cuidado por no aficionaros a cosas menudas después de haber renunciado a las grandes, y porque el corazón no se deje cautivar y ligar por bagatelas más todavía que cuando disfrutaba de la abundancia de sus bienes y de su fortuna.

Aquí tenéis una materia de examen muy necesaria; mirad bien si estáis libres respecto de todas las cosas. O, mejor, mirad a nuestro Señor en el santísimo Sacramento y comparad su pobreza con la vuestra.

¿Qué posee Él? ¿De qué disfruta exteriormente? Ni de gloria, ni de majestad, ni de ningún atributo de su Divinidad, como tampoco de facultad alguna de su humanidad. Todos los bienes los deja en el cielo para gozo de los bienaventurados. A nosotros sólo nos trae su Ser divino y humano para dárnoslo y aun despojarse de él en nuestros pechos por medio de la sagrada Comunión. Sed como Él, no poseyendo más que buena voluntad. Cuanto nuestro Señor necesita se lo dan los fieles, pues se digna recibir el techo que le abriga, los muebles que le sirven en su sacrificio y en la Comunión y el lienzo blanco sobre el que descansa. De nada de esto tiene propiedad, y se le puede quitar todo cuanto se quiera sin que Él se defienda. ¡Ha renunciado hasta a la posesión de Sí mismo! ¡Se puede hacer de Él lo que se quiera! Nunca resiste, sea cual fuere el trato que se le dé.

Cuando se le sirve con buena voluntad, nuestro Señor no se enoja porque se le trate pobremente. No rechaza nada, está dispuesto a servirse de todo. ¡Ah! Se ha desposado con la santa pobreza, que así resulta compañera suya inseparable.

Si llega un tiempo en que la pobreza os cueste, levantad los ojos y mirad a nuestro Señor en la Eucaristía, donde es harto más pobre que vosotros, y se pasa con bastante menos. Nunca llegaréis a igualar su pobreza. No guarda más que las especies; ni siquiera lo poquito de sustancia que representaría una Hostia si fuera pan. No;

no tiene más que apariencia de pan y vino, accidentes sin substancia. ¿Acaso hay algo que tanto se aproxime a la nada? Y con todo, a eso se reduce la propiedad de Jesús sacramentado.

¡Ah! Estudiad e imitad esta augusta pobreza: estáis todavía lejos del día en que os separéis totalmente de todas las cosas y de vosotros mismos. Y, sin embargo, sólo entonces os veréis de veras libres. Dice la *Imitación* (L., II, c. 11, fin) que para ser libre hay que procurar tener menos, que más. La pobreza es independencia del liberto de Jesucristo, de su esclavo voluntario.

Cuando las Ordenes religiosas se hicieron ricas, se perdieron.

El día en que el religioso diga: Soy rico, no necesito nada, dejará de ser religioso, y la cólera de Dios bajará sobre los cimientos de la orden religiosa que así se exprese. En cambio, mientras trabaje y espere de Dios con confianza el socorro necesario, prosperará y tendrá feliz éxito en sus empresas.

Lo cual, ciertamente, no quiere decir que una Congregación no deba poseer nada: a la regla toca proveer en este punto.

II

Nuestro Señor es modelo de castidad, que es el segundo voto, por el cual se promete a Dios amarle sólo a Él, a nadie que pueda robar parte de este amor. Todo nuestro amor se lo damos a nuestro Señor por este hermoso voto.

De nuestro Señor nace la pureza; nos la da la Comunión, y ella la aumenta, la fortalece, la preserva y la mantiene contra todas las acometidas del infierno, del mundo y de la carne. En la Comunión coméis la carne virginal del Cordero sin mancilla. Es una verdad absoluta que sin la Comunión no se puede ser casto.

Jesucristo en su Eucaristía es la esencia misma de la pureza, tan puro que no se junta con cuerpo alguno, ni con la substancia del pan, puesto que la destruye substituyéndola, ni con los accidentes visibles, a los que no se une ni substancial ni personalmente; sólo quiere una forma sin fondo que no pueda alcanzarle.

Lo cual os enseña que no debéis amar a nadie, ni uniros con nadie por sí mismo. Uníos a las almas, pero por nuestro Señor; por ellas mismas, nunca. Nada de esas uniones en cierto sentido substanciales, en que los corazones se funden, las almas se pierden unas en otras, y, por así decirlo, recíprocamente se absorben. Nada

tampoco de mezclas; hay que ser puro en el corazón como en el cuerpo.

Si antes habéis perdido este hermoso tesoro, sabed que nos rehacemos y somos como nuevamente creados al abrazar la vida religiosa. El Bautismo nos ha creado en Jesucristo, y la profesión es un bautismo; hay quienes la comparan al martirio. Por donde se ve que de la profesión habéis sacado nueva pureza junto con nueva vida. Guardadla con esmero, y para eso comulgad; recibid a nuestro Señor, para que Él mismo practique la santa virtud de la pureza en vosotros.

Cuando os viereis tentados, cuando redoblen de furor y se muestren amenazadoras las tentaciones, pedid, suplicad que os conceda la sagrada Comunión más que lo que acostumbráis recibirla de ordinario. Apagad el fuego impuro del infierno con el fuego del divino amor. Jesucristo manda a vientos y tempestades, que al oír su voz se calman. Recibid, por tanto, con frecuencia a la pureza por esencia, a Jesucristo, Dios de pureza.

III

El voto de obediencia consuma el sacrificio del religioso. Este voto es el esencial en religión. Por sí solo podría bastar porque contiene eminentemente los demás. Acaba el holocausto comenzado por los bienes de la fortuna con la pobreza y continuando por los bienes del cuerpo con la castidad, ofreciendo a Dios la libertad y la voluntad, que valen tanto como lo esencial del hombre, su libre albedrío y su personalidad.

Ahora bien, adorad la obediencia de nuestro Señor en el santísimo Sacramento. ¡Ved qué obediencia! ¡Qué sumisión más pasiva, ciega, absoluta, sin condición ni reserva alguna! El sacerdote es su dueño, al que siempre obedece, lo mismo si es santo y fervoroso, como sí no lo es. Obedece a todos los fieles que le obligan a ir a ellos por la Comunión, cuando quieren y cada vez que se presenten, mostrando en esto obediencia permanente, constante y siempre pronta. ¡Y eso que es Hijo de Dios que manda al universo! ¡Y eso que Él con su fuerza da vida y la conserva aun a los mismos a quienes así obedece cual si fuera un esclavo que no tiene derecho ni sobre sus acciones, ni sobre su cuerpo, ni sobre su vida!

Entrega su misma vida, a pesar de que hay sacerdotes a quienes podría preguntarse si ofrecen el sacrificio tres veces santo o

si cometen una parodia insultante: *Sacrificat an insultat?* Nuestro Señor no retrocede ante los sacrílegos que le reciben, antes les obedecerá hasta la muerte.

No es probable que vuestra obediencia tenga que llegar a tanto. Pero cuando menos, debéis rendir homenaje a la obediencia de nuestro Señor, obedeciéndole en los superiores y mandatarios de éstos. Leed sus órdenes en vuestra regla. No reparéis en la persona que manda, ni en si el acto que deba hacerse es honroso o humillante. Se os ordena, ¡adelante! El único principio de autoridad es Dios, quien para mandar se sirve de diversos instrumentos, mas de suerte siempre que cuanto más humilde sea el órgano, tanto más suba de punto el mérito de la obediencia.

Pero fijaos en la obediencia de nuestro Señor en el santísimo Sacramento si queréis tener fuerzas para obedecer siempre en todo, pronta y alegremente. ¡Ni cabe otra cosa! Ya que nuestro Señor viene cuando queremos, pudiendo escoger nosotros la hora y medir las disposiciones necesarias; ya que está preparado en cuanto a nosotros nos presentamos, ¿cómo no hemos de ir adonde por conducto del superior nos dice que vayamos? ¿Cómo no hemos de hacer cuanto Él quiera? ¿Por ventura somos más que Él?

Obedeced militarmente. Salid tan pronto como oigáis la primera palabra; ejecutad las órdenes puntualmente. El soldado no sabe de obstáculos a su consigna ni mira a nadie al ejecutarla. Lo mismo habéis de hacer vosotros.

Obedeced como los ángeles, cuyas alas desplegadas indican con qué prontitud y alegría cumplen la voluntad de Dios por poco que se manifieste.

Obedeced como nuestro señor Jesucristo. ¿Qué mayor consuelo cabe que poder decir que con los votos hacemos lo mismo que nuestro Señor?

Así, nuestro Señor sacramentado será vuestro modelo en la práctica de las virtudes religiosas, como es también vuestro fin y principio.

IV

Con todo, algo más queda todavía por hacer, y es que Él mismo venga a practicar las virtudes en vosotros. Es menester que merced a vuestra unión con Él no forméis más que una persona

moral, de suerte que Él os dé vida, inspiración, gracia y mérito, y vosotros obréis como miembros y órganos suyos.

Comprended bien este gran principio: nuestro Señor, que ha revestido el estado de todas las virtudes, no puede, una vez glorioso, hacer actos meritorios. Mas como desea ardientemente practicarlas para gloria de su Padre, quiere tornar a vivir y encontrar un alma capaz de merecer, y facultades que puedan amar, trabajar y padecer realmente. Para ello se une con los fieles, que se truecan en miembros suyos, siendo Él Jefe, cabeza y corazón moral y sobrenatural. Comunícales su gracia, su divina savia, los mueve y les hace obrar y trabajar. De esta manera produce por medio de ellos actos meritorios y satisfactorios. Vuelve a vivir vida de viandante, se renueva la Encarnación y el Padre le ve pobre, casto, obediente, manso y humilde como en los días de su vida mortal. Vive en nosotros; nuestros actos no menos son suyos que nuestros. Toda la vida sobrenatural se reduce a esta unión de sociedad y de vida; entremos en ella; mantengámosla con cuidado, estrechémosla más y más, hasta llegar a no hacer nada, absolutamente nada por nosotros mismos, por nuestra razón, nuestro corazón, nuestras facultades, nuestros sentidos naturales y humanos, pues todo ello no puede subir hasta Dios, y no produce nada para su gloria, ni para nuestra eterna felicidad, y bien poco aprovecha para influir sobre los demás.

Mas si nuestra vida, acciones y pensamientos fueran producidos por Jesucristo, que se ha convertido en alma, corazón, espíritu y pensamiento nuestros; que se ha hecho todo en nosotros y en todos; que quiere substituir nuestra vida por la suya, nuestro ser natural, el ser de Adán, por su ser sobrenatural, de Hijo de Dios; en una palabra, que quiere poner su personalidad en el lugar de la nuestra, para así trocarnos en otros Él mismo, de manera que no obremos sino por el Padre, para el Padre en el Hijo y en el divino Espíritu: ¡entonces, sí, que seríamos verdaderamente religiosos y santos, y recibiría Dios su gloria y se complacería en nosotros!

LA HUMILDAD

¿Cuáles son los fundamentos de la santidad? Puede contestarse a esta pregunta diciendo: Jesucristo es modelo, gracia y fin de toda santidad.

Es su modelo necesario; en Él debemos ver las virtudes para comprenderlas bien. La virtud no es otra cosa que copia de una de sus virtudes, que imitación de alguno de los actos de Jesucristo. Teóricamente es bueno tratar de definir la virtud en sí misma; mas para comprenderla, y más aún para reproducirla sobrenaturalmente, menester es estudiarla en Jesucristo. Si no, se verán y practicarán a lo sumo virtudes naturales.

Jesucristo es gracia tanto como modelo de toda virtud. "*Sin mí, nada podéis hacer*" (Jn 15, 5). De Él hemos de ser ayudados. Trabajar por adquirir o desenvolver una virtud es cooperar a la acción divina sobre nosotros. Él nos ayuda y nos hace obrar aquello mismo que Él hace.

Por eso debe ser Él fin de las virtudes y de la santidad, y no hay virtud que no deba ser suya para agradar a Dios, ni seremos coronados como no sea en Él y por Él, como miembros unidos a su única cabeza.

Esto supuesto, estudiemos aquellas virtudes de Jesucristo que más necesarias son para el religioso.

I

La virtud que más descuella en Jesucristo es la humildad: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11, 29). Quiere que ésta sea su virtud propia y dominante, el fondo de su corazón y de su carácter divino y humano. Se humilla siendo Dios, se humilla también como hombre. En todo y por donde quiera que se le mire, resplandece la humildad, que es su nombre, señal y sello; en frase de san Agustín, nombrar a Jesucristo es mostrar la humildad; *Cum Christum nomino, maxime vobis humilitas commendatur.*

No pudiendo humillarse por razón de sus pecados, que nunca

cometió, nuestro Señor abraza la humildad por amor, por haberla escogido y complacerse en ella.

En cuanto a nosotros, debemos ser humildes a causa de nuestros pecados y por amor a Jesucristo humilde. La primera de estas dos humildades es negativa, y positiva la segunda.

Ahora bien, Jesucristo pone de manifiesto su humildad, mostrándose dependiente en todo de su divino Padre.

A Él refiere toda la gloria; de Él declara recibir su ser, su acción, su palabra y hasta su mismo pensamiento. Cuando se le proclama bueno declara que sólo Dios lo es; si se le piden milagros, comienza orando a su Padre, como quien tiene que pedirle poder, y confiesa que el Hijo del hombre nada tiene por Sí mismo: *Non potest Filius a se facere quidquam* (Jn 5, 19).

Como por ser hombre tiene naturaleza humana dependiente de Dios y creada por Él, quiere mantenerla en esta dependencia a los ojos de todos, con el fin de darnos el ejemplo más sublime de humildad. Porque esta humanidad, por estar unida al Verbo, digna era de obrar por sí misma y de recibir obsequios y adoraciones; mas nuestro Señor quiere inculcarnos la humildad practicándola con esta dependencia voluntaria y absoluta respecto del Padre.

Tratándose de penas y humillaciones naturales, abrázalas de buena gana y las padece hasta sus últimas consecuencias, apurando hasta la hez la humillación de la debilidad, del cansancio, de las tristeza y del abatimiento; del temor, del desaliento y del hastío, y al sufrir estas penas no deja de quejarse y hablar como hombre.

Tal es la humildad de Jesucristo. A buen seguro que la humildad no es amable por sí misma; por eso, basta padecerla con paciencia; pero cuando la vemos en Jesucristo, y practicándola con Él y en Él, ¡cómo cambia de aspecto y cuánto se transforma! Ya no es humillación lo que se ve, sino Jesucristo humillado, el cual en ninguna parte es tan amable como en sus humillaciones.

Debemos ver la humildad también en María, la más humilde de las criaturas. No estaba obligada a serlo, porque no la obligaban a ello ni los pecados que nunca tuvo, ni el temor de caer en ellos, pues estaba indisolublemente unida con Dios por el amor. Pero quiso serlo por amor, por haberlo escogido; es humildad positiva la suya, que consiste en la entera renuncia y abnegación de sí misma para no vivir ni depender más que de Dios. Por ser humilde encantó a Dios con su

pureza y por humildad se hizo madre suya.

II

Tal es la primera humildad que debéis imitar, aunque estéis condenados a practicarla por ser pecadores y por necesidad de condición.

Referid todo a Dios, devolvedle sus gracias, que os presta sólo con el fin de que las hagáis fructificar para su provecho y gloria. No os ensoberbezcáis por los dones de Dios ni os los apropiéis como si fueran vuestros, antes confesad que os vienen de Dios. No os apoyéis sobre ellos como si formaran parte de lo que naturalmente se os debe, sino manteneos en continua y actual dependencia de Dios, como recibiendo siempre y no poseyendo nunca nada. La misma gracia santificante que permanece y os parece cosa connatural, reconoced que deriva actualmente de Dios, y que sólo por voluntad expresa de su misericordia os la conserva, sin que por vosotros tengáis otra cosa que la nada y la imposibilidad más absoluta. Haced cuenta que Lucifer no cayó sino porque tuvo por propios los dones recibidos, porque creyó bastarse por sí mismo, siendo así que no existía ni obraba más que por influencia divina de la gracia.

Diréis acaso que obrando con la gracia, una parte de los frutos os deben ser atribuidos, cuando no fuese más que por el derecho que se le reconoce al colono sobre los productos con su trabajo obtenidos en tierras de su amo. Pero tampoco eso se os puede conceder, porque vuestro trabajo no vale absolutamente nada como no vaya acompañado de la gracia, que a cada momento lo eleve y le dé carácter sobrenatural y meritorio; la dificultad es igual al comenzar el trabajo que al continuarlo.

Por manera que no hay momento, ni en el comienzo, ni en el medio, ni en el fin, en que podamos pensar que obramos por nosotros mismos, por nuestras fuerzas, sino que siempre y en todo somos movidos, elevados y actuados por la gracia, por Jesucristo, según enseña la teología, bien como miembros que no obran sino bajo la dirección de la cabeza y juntamente con ella, por el espíritu, el movimiento y la vida que les comunica. Jesucristo es nuestra cabeza: *caput.* A Él sea la honra y la gloria de la victoria, el fruto y los beneficios del trabajo, como se canta en el cielo: Honor, fuerza, poder y acción de gracias a Dios y al cordero victorioso.

¡Ay! ¡Cuánto se roba a Dios en la vida espiritual! Digamos con san Pablo: *Yo, nada; la gracia de Dios conmigo* (1Co 15, 10). Y grabemos bien en la memoria las palabras de Jesucristo: *Sin mí no podéis nada* (Jn 15, 5).

En la práctica el hombre es naturalmente pelagiano. Cree que puede bastarse a sí mismo, y primero recurre a sus propios recursos y medios, echa sus trazas antes de recurrir a Dios. Tan poco persuadido está de su insuficiencia absoluta y de su dependencia necesaria respecto de Dios. De buena gana consentirá ser ayudado, y pedirá que se le saque de apuros, pero no comenzará por dirigirse a Dios antes de poner manos a la obra.

Renunciaos a vosotros mismos; sabed a ciencia cierta y habitual que por vosotros mismos no podéis nada, ni aquí ni allá, ni hoy ni mañana, ni para esto ni para aquello, e id a Dios en busca de ayuda siempre que queráis hacer algo. Esto es humildad verdadera, ¡y cuántas insensateces se evitarían con ella! Obraríamos milagros si nos condujéramos así, pues Dios mismo actuaría por nosotros. Pero se hace justo lo contrario. ¡Cuánto tiempo se pierde en ensayar, dejar, volver a comenzar y a desistir! ¡Cuántas torres de Babel! Uno trabaja, suda, se cansa; ni se renuncia a pesar del fracaso, pues anda interesado el orgullo. Antes morir que retroceder, cuando se quiere positivamente. Mas como a Dios no se le concede parte alguna, nada llega a feliz término. Por eso mira Dios al trabajo y le echa confusión y ruina.

¡Alerta en esto! Cuando nos mostramos tenaces en un trabajo a que no nos obliga la obediencia, nos mueve el orgullo y nuestro trabajo se lo lleva el viento.

Seamos, pues, humildes antes, durante y después del acto, que es tanto como depender de Dios y estar a su disposición, no apoyándonos en nosotros, sino en su brazo omnipotente.

III

Hemos visto en qué consiste la humildad positiva, en la cual el pecado no entra para nada. Veamos ahora la negativa, a la que estamos obligados por nuestro pecado de origen y el estado en que nos pone respecto de Dios.

Aunque hemos sido purificados de ese pecado por el Bautismo, llevamos con todo una naturaleza infectada de pecado,

quebrada por el pecado, una naturaleza cuyos poros todos están abiertos al pecado; en suma, somos una pobreza absoluta, una miseria digna de lástima. Un pobre espíritu y un corazón viciado, he aquí desgraciadamente lo que debemos reconocer, saber y confesar que somos ante Dios y los hombres. Ello nos debe infundir un sentimiento como innato y natural de humildad, a la manera del niño que por su debilidad e ignorancia dice con la mayor sencillez: No puedo, no sé. Lo cual es necesario, porque si no os hiciereis, sobre todo en eso, semejantes a los pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos.

Más todavía: nuestros pecados personales son un manantial aún más profundo de humildad y de humillaciones. Soy pecador; hubiera podido cometer los pecados que los hombres han cometido. Con tantas gracias no hubieran sido ellos tan malos como yo: es la verdad pura.

El hombre verdaderamente humilde se pone debajo de todos en su propia estima. Además, sin que vayamos a hacer comparaciones ni meternos en proporciones, bien podemos decirnos: "¿Hemos ofendido a Dios, aunque no sea más que una sola vez? Pues con sólo esto ha crucificado cada uno de nosotros a Jesucristo. ¿No bastará esto para humillarnos? que es tanto como depender de Dios y estar a su disposición, Y si le hemos ofendido repetidas veces, ¿en qué abismos de humildad no deberemos sumergirnos y ocultarnos? ¡Hemos multiplicado la Pasión, la crucifixión "y la muerte de Jesucristo: *Rursum crucifigentes* (Hb 6, 6). Tened esto ante los ojos y seréis humildes.

¿Que no se puede vivir con tal pensamiento? Cierto que se debiera morir de pura vergüenza y de pesar.

Pero nuestro Señor nos perdona por piedad hacia nosotros y por bondad nos oculta las faltas, como el padre de la parábola evangélica perdonó a su hijo pródigo. Todo lo olvida y perdona, cubriendo los harapos con el vestido del festín. Mas por eso mismo el hijo acusa sus faltas, se humilla y confiesa sus extravíos: tal es la verdadera humildad.

Pues bien: si Dios nos perdona, no nos perdonemos nosotros; si Él olvida nuestras faltas, no debemos olvidarlas nosotros. No temamos bajar, que Dios nos levantará. El orgullo puede persistir en la misma humillación y gloriarse del propio desorden, en tanto que la

gracia hace subir al alma humilde y la hace ascender tanto más cuanto más haya bajado ella voluntariamente. La humildad es la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna. *Qui se humiliat, exaltabitur*.

LA DULZURA

Como la humildad, la mansedumbre es también virtud característica de Jesucristo, siendo por consiguiente una de las fundamentales de la perfección evangélica. Toda santidad que no sea mansa, no es verdadera. Junto con la humildad nuestro Señor nos ha señalado la mansedumbre como virtud dominante de su Corazón.

I

¿En qué estribará, pues, su importancia, y cuál será la causa porque merece tan alto puesto entre todas las virtudes? Encontraremos la causa en que la mansedumbre es fruto del amor sobrenatural de Dios y palma de la victoria del hombre sobre el orgullo. Renueva y transforma del todo al hombre natural. Porque el viejo Adán es de suyo colérico, y tanto más cuanto más orgulloso es, pues no hay orgulloso que no sea arrebatado, duro y colérico. La impaciencia se alimenta de orgullo y es como su voz y ademán característico.

El enojo se funda sobre el amor que el hombre se tiene a sí mismo, en el amor al descanso y a la felicidad natural. No es otra cosa que la resistencia del hombre a quien se quiere arrancar lo que ama, es el grito del amor propio y del egoísmo, cosas todas ellas que tienen echadas raíces en el fondo del hombre y forman su naturaleza. Hacer que un hombre sea manso vale tanto como transformarlo fundamentalmente, sobrenaturalizándole la naturaleza toda.

Todos están sujetos a la cólera y el impío carece de límites en sus arrebatos, volviendo contra el mismo Dios cuando se ha hartado de desatarse contra sus semejantes.

Personas de índole piadosa hay, que con ser muy tranquilas y mansas en apariencia, se muestran más terribles que ninguno cuando llegan a encenderse un poco, sin que su cólera se apague sino a fuerza de tiempo: cenizas calientes cubren por mucho tiempo carbones prestos a encenderse a la menor ocasión. No hay cólera que sea tan difícil de extinguirse como la del flemático, y no es tanto lo

que se requiere para encenderla.

Por manera que la mansedumbre no es una virtud natural, ni se llega a ella con solas las fuerzas propias, ni diciendo: Quiero ser manso. Sino que es una virtud de Jesucristo enteramente sobrenatural. Para practicarla necesitamos de su gracia y de una gracia poderosa; se trata de vencer al amor propio y no es cosa que fácilmente se consigue. Mas alcanzándola, se satisface a Jesucristo, quien sólo con los mansos gusta de conversar. Entonces se posee el reino de los Cielos, se ganan almas para Dios y se merece reinar con el Cordero.

II

Hay que ser manso para con Dios. A veces Dios se muestra severo y oculta su bondad, mostrándose aparentemente irritado; se diría que suspende su socorro y corta los canales de la gracia.

Permite que nada de lo que emprendemos salga bien, aun en cosas que redundan en gloria suya. Uno se ve contrariado, calumniado por los malos y por los buenos, por amigos y enemigos, abandonado como el santo Job sobre su estercolero.

Y se deja todo por fastidio, se desespera; nos dominan la tristeza y la impaciencia: siéntese que hierve dentro del alma cierta indignación. Entonces es cuando debe ejercitarse la mansedumbre para con Dios, ya que de Él procede todo eso. La mansedumbre os moverá a decir: “Bien sé, Dios mío, que sois no menos justo que bueno. De vuestra mano todo lo acepto, os adoro en esta misteriosa vía y en todas vuestras voluntades sobre mí, pues sé que todo eso nace de vuestro corazón de Padre”.

Es cierto que en estos casos se sufre mucho, pero con sumisión, y se sirve a Dios lo mismo que los días en que muestra el sol radiante de su rostro. Y Dios por su parte es vencido por esta mansedumbre del alma sumisa. Una vez hecha la experiencia, cede, porque sólo quería cerciorarse de que le amabais a Él más que a sus favores.

Es preciso llegar a esta mansedumbre respecto de Dios, que si no, no se acepta su voluntad y se combate contra el mismo Dios; y de aquí a la murmuración, a la blasfemia y a la desesperación, la pendiente es rápida.

Job es nuestro modelo: el Espíritu Santo le alaba por su

mansedumbre. El patriarca triunfó del mismo Dios soportando con paciencia su visita. ¡Y eso que Job no había visto a Jesucristo!

¡Oh! ¡Cuán dulce fue Jesucristo para con su Padre, quien le había impuesto todos sus sufrimientos y hecho padecer rigurosamente cuanto desde toda la eternidad tenía aceptado! Nada le perdonó, y el mismo Jesucristo dijo: "Es preciso que se cumpla toda justicia". Y con todo, ¡considérese lo amargo que era el cáliz! Tanto, que el mismo Jesús no pudo menos de decir a su Padre que le librase de apurarlo, si bien añadió: "Hágase con todo vuestra voluntad, Padre mío". Y en la cruz, ¡qué martirio supone para Él el abandono de su Padre! ¡Y cuán desgarrador es este grito del Salvador: Padre mío, Padre mío, ¿por qué me habéis abandonado?! Pero no por eso se irrita, antes se muestra como cordero que se deja desollar y degollar. Bien pudo decir al acabar su vida: *Consummatum est.*

Dios os hará experimentar pruebas análogas, pues el amor necesariamente tendrá que pasar por ellas. ¡Oh, cuánta mansedumbre os hace falta respecto de Dios! Cuando se presentare el caso, humillaos suavemente. Recurrid a la confianza en su misericordia, en su bondad, que nunca os puede dejar perecer. No miréis entonces a vuestros pecados para averiguar la causa de vuestros sufrimientos, pues sólo turbación y espanto hallaríais en ellos. Ponderad más bien la misericordia de Dios y decidle: Haced como queráis, Señor, que nada perderéis, pues estoy dispuesto a serviros a pesar de todas las pruebas.

III

También para con el prójimo hemos de ejercitar la mansedumbre, y el principio de esta mansedumbre está en la caridad. Para ser manso para con él hay que mirar a los dones divinos que tenga: en él hay que amar a Dios. Amar a los hombres por sí mismos es perder tiempo. Los hombres son como sacos rotos; quien en ellos ponga sus tesoros, puede tener entendido que los perderá.

Viendo a Dios en el prójimo soportaréis sus defectos, corregiréis sin aspereza y le trataréis como hubierais tratado al mismo Jesucristo yendo al Calvario cargado de su cruz; tendréis compasión de su miseria, que ya no os irritará, y le prestaréis servicio con paciencia y bondad. Mas para conducirse así es del todo necesario amar a Dios en él.

Nada tan imprescindible como esta mansedumbre con el prójimo, mayormente en comunidad. En ella estriba la paz y la unión fraterna. El prójimo da muchas ocasiones de ejercitar la paciencia: hay que soportarle con dulzura, pensando que con ello hacemos un préstamo que se nos devolverá, pues también nosotros ejercitamos la paciencia ajena. La mansedumbre evita pleitos y contiendas, y nuestro Señor la recomendó en la última cena, en la cena eucarística que con sus discípulos celebrara antes de despedirse de ellos.

IV

Finalmente, hemos de ser mansos con nosotros mismos. Acaso parezca esto contrario a aquellas palabras de Jesucristo: "Quien ama a su alma, la perderá". Pero nada más lejos de la verdad, pues lo que estas palabras significan es que, tratándose de evitar el pecado, de huir su ocasión, de combatir una mala costumbre o de castigar una falta, no debe pensarse en mansedumbres, antes son necesarias energía y fuerza. Pero ¿a qué irritamos contra esa flaqueza que constituye el fondo de la tentación? Cuando no nos incite a pecar, ¿para qué vamos a ensañarnos contra nuestra naturaleza corrompida? No vayáis a cansar inútilmente facultades ya harto enfermas.

Contra la nativa miseria, contra esa flaqueza, causa de que andemos siempre a ras de tierra sin nunca subir muy alto, y de que demos en infinidad de faltas, no debe hacerse uso del combate ni de la violencia, sino de la humildad y paciencia, propias de la mansedumbre. Hay que tomar el propio estado como es y llevarlo a Dios según su modo de ser. ¿Sois, por ejemplo, flacos de espíritu y aun más de corazón? Pues ofreced esto mismo a Dios. ¿Qué vais a hacer si no? Porque uno no puede matarse para mudar de condición. En vano arremeteréis y os enojaréis contra vosotros mismos por no ser perfectos.

¿Queréis pasar por perfectos a vuestros propios ojos y creerlo así por muy otra que sea la realidad? Pues seríais como esos necios y pobres orgullosos, que quieren ser tenidos por sabios y ricos. Nada más odioso que tal proceder.

Cuando os viene un pobre a pedir limosna, se la dais porque la necesita, sin meteros a averiguar las causas más o menos legítimas de su pobreza. ¿A qué conducirá la discusión? Se trata de un pobre y vosotros le tomáis por tal, ejercitando la caridad.

Pues obrad de igual modo con vosotros. La flaqueza y la indigencia espiritual son condiciones de la humildad respecto de vosotros mismos. Tomad con mansedumbre vuestra impotencia y eso mismo os dará paz, la cual os unirá suficientemente con Dios.

Mansedumbre perfecta sería dar gracias a Dios por la propia miseria que glorifica las inefables grandezas divinas, sentir las menores gracias y bendecirle como si fueran inmensos favores que os concede sin vosotros merecerlos.

Hemos menester de esta mansedumbre en el servicio de Dios, en todas las operaciones interiores, en todo el comercio espiritual con Dios, mayormente en la oración y en las relaciones directas con Él. Os ponéis, por ejemplo, a hacer la meditación y resulta que no tenéis ni pensamientos, ni afectos, ni medio de tenerlos. Pues decid: Nada puedo, Dios mío; con todo, quedaré a vuestros pies, porque no por ser imbécil se le echa a un hijo de la casa paterna. Derecho tiene el perro a acostarse a la puerta y a recoger las migajas que van cayendo al suelo.

Esto hace sufrir, pero hay que aceptarlo, porque así le place, y no hemos de enfadarnos contra nosotros mismos, ya que con solas nuestras fuerzas no podríamos más.

Irritarse sería despecho del orgullo y explosión del amor propio que sueña cosas grandes y se cree capaz de las más difíciles.

Dios, infinitamente bueno, nos pone en nuestro puesto y, nos muestra nuestra nada, que debemos ofrecerle con gratitud mirándole mansamente, por cuanto se digna mirarla y enviarnos un rayo con que producir siquiera una florecilla, o algunas espigas que los ángeles recogerán y colocarán en los graneros del cielo. Tan bueno ha sido que miró al pobre sobre su estercolero y levantó al manso, y de corazón contrito.

¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué te turbas? Espera en Dios. *Spera in Deo,* dijo el Profeta y lo repite todos los días el sacerdote.

Tal es la contestación y tal el remedio: mansedumbre, esperanza y confianza en la misericordia de quien no desprecia ninguna de las criaturas salidas de sus manos, por haberlas creado todas en su amor y por amorosos fines.

LA REGLA, SANTIDAD DEL RELIGIOSO

I

¿Qué ley os hará santos? La regla, vuestra regla de religiosos, la regla de la Congregación a que pertenecéis. A practicarla se reduce para vosotros la santidad, porque la regla es la voluntad de Dios. Por medio de ella os dice Dios cuáles son sus trazas sobre vosotros, cómo quiere guiaros y qué gracias os ha de dar.

Ni hay otro medio de que se santifique el religioso, sino cumpliendo la regla. Aquí piedades y observancias particulares para nada bueno pueden servir. Nuestro Señor concede todo al cuerpo entero; de la unión con el cuerpo deben sacar los miembros la vida. En religión no se salva uno sino formando parte del cuerpo, esto es, en cuanto está unido con el cuerpo, y la regla es el alma que da unidad al cuerpo de la religión.

Dios no tendrá por buenas las cantidades personales. Lo que en vosotros quiere ver es religiosos perfectos de tal Instituto, y por eso tenéis que fundiros en vuestro Instituto y ser viva encarnación suya. Seréis coronados en el cielo, no como varones santos, sino como religiosos santos.

Comprenderéis ahora lo mucho que importa tener en grande estima la regla, ponerla en práctica, prefiriéndola a todas las inclinaciones particulares, por buenas que sean; inspiraros de su espíritu; juzgar a su luz y convertirla en vuestro guía y criterio supremo.

Estimadla, amadla y practicadla, que así recibiréis tres insignes gracias contra otras tantas tentaciones muy peligrosas.

1.ª La regla preserva contra la inconstancia. –La inconstancia es lo que más echa a perder la piedad en el mundo. ¿Os manteníais acaso al mismo nivel? ¿No estaba vuestra piedad en perpetua balanza, apareciendo tan pronto arriba como abajo? La regla os impide desviar a derecha o a izquierda, así como retroceder, pues se apodera del religioso y le mueve con movimiento constante, gritándole con la voz del reglamento, de los diarios ejercicios y de la

campana: Anda, anda.

Y como por otra parte todos hacen la misma cosa, se centuplican las fuerzas de cada cual con las de los hermanos; es uno arrastrado por los que adelantan, siendo difícil quedarse atrás. El amor de Dios, y hasta cierto amor propio obligan a seguir. Todo lo cual es ciertamente un auxilio muy notable contra la flaqueza personal y natural inconstancia.

2.º La regla protege contra la dejadez y la negligencia. Cuando se trata de trabajar sobre sí mismo, nunca suelen escasear dificultades; fácilmente pensamos haber hecho lo bastante. Abnegarse mucho por otros, sacrificarse por su adelantamiento espiritual, es cosa que se suele hacer de buena gana, pero tratándose de nosotros mismos, tenemos manga ancha. Según sea la facilidad para servir al prójimo, así es la dificultad para concentrarse en sí y sacrificarse por sí mismo. Créese que con abnegarse por otros basta, y a eso se reduce todo lo demás. No es pequeño este peligro, pues uno se expone a perderse so pretexto de salvar a los demás.

La regla os preserva de este peligro, fijándoos ejercicios para santificación personal, e imponiéndoos horas en que no debáis pensar más que en vosotros ni obrar más que para Dios presente en vosotros. Sed fieles en este punto. Estos ejercicios son alimentos del alma; vuestra vida espiritual no se puede sustentar sin ellos, ni hay nada que los reemplace. Tened bien presente que no hay cosa alguna que les equivalga. Excepto tan sólo el caso de necesidad manifiesta, raro por consiguiente. ¡Cuánto se engaña uno sobre este particular! Se quisiera trabajar y combatir siempre, pero resulta que el combate no alimenta, sino agota. Cuanto podáis hacer por los demás no vale lo que la regla os manda en favor vuestro y que vosotros habéis descuidado. Las mejores razones que suelen alegarse en estos casos no son otra cosa que pretextos para cubrir el amor propio o la dejadez. No olvidéis que hay más virtud en combatir contra sí mismo que en combatir contra todos los vicios del mundo, y se requiere más fortaleza y más verdadera abnegación para trabajar por la propia perfección que para consagrarse a la de los demás. Antes debe irse a Dios que a los hombres.

Los ejercicios de piedad que la regla prescribe deben anteponerse a lo demás, absolutamente a todo lo demás. Nada de ejercicios de piedad personal que sean contra la regla, u os hagan

descuidar los de la regla. En éstos encontraréis abundantes gracias de cuerpo, y sólo una gotita de gracia individual en aquéllos.

Por regla general, dejar lo común por lo particular es manantial de todas las ilusiones.

3.ª La regla provee contra el peligro de la exageración, fundamento de la ilusión en la vida espiritual. –Siendo joven el corazón es ardiente y fácilmente se inflama la imaginación. Al leer la vida de los santos y ver algunos de sus actos extraordinarios, al punto se les quiere imitar. O también se ve expuesto en un libro un camino, más secreto o extraordinario, seguido por algún santo, y enseguida se quiere echar a andar por él; parece como que en eso está la santidad. No se pone bajo el yugo de la regla, practicando los deberes diarios y mortificando las pasiones, sino que se ponen los ojos solamente en acciones deslumbradoras, queridas por Dios más para manifestar su santidad que para aumentarla por regla general.

Sobre este punto os tengo que decir: ¿Son de vuestra Orden estos santos? ¿Tuvieron la misma gracia y regla que, vosotros? Si así es, imitadlos; si no, dejadlos en paz, ya que no tenéis su gracia. ¿Qué ganáis con pretender ser cedros, si Dios quiere que seáis violetas?

Al hacer los votos, el religioso da de mano a todas las reglas particulares hasta entonces seguidas, y las obligaciones contraídas anteriormente son reemplazadas por las que ellos le imponen. Si formabais parte de una Orden Tercera o teníais hechos votos particulares, las obligaciones que de ahí se os seguían quedan conmutadas por las que nacen de los votos de religión. Afecto hacia ellas bien podéis guardar, pero no practicarlas.

Ateneos a la regla, que para todo basta. Pedid si queréis penitencias particulares, que la autoridad del Superior, intérprete de la regla, santifique. Pero deber del Superior es vigilar para que no se introduzca nada contrario al espíritu de la regla, porque si no todo sería malo, así las penitencias como lo demás.

Sed sobrios y modestos, tened espíritu de penitencia, de mortificación; cumplid sus prácticas ordinarias, pero ¡cuidado con lo extraordinario!

Porque, en fin de cuentas, debemos ser santos como Dios quiere y no de otro modo, y la voluntad de Dios se nos da a conocer por la regla. La regla no deja lugar a dudas y da la gracia que consigo trae el cumplimiento de la divina voluntad, poniendo en la mano el

medio de glorificar a Dios efectivamente. Todo lo demás será inútil, así para vosotros como para Él, dado caso que no resultara nocivo. Podrá haber grandes pasos, pero dados fuera del camino, como decía San Agustín de las acciones de los romanos y sus tan elevadas virtudes morales: *Magni passus, sed extra viam.*

Hablando de la regla de san Francisco decía un santo: "El que guardare esta regla se salvará ciertamente". Lo mismo os digo yo respecto de la vuestra. Y sin ella será en vano que os matéis de puro trabajar; no lograréis nada.

Tened la regla constantemente ante los ojos. Cuando nada os diga expresamente, dirigíos al Superior, que es la regla viva y su intérprete autorizado.

II

Debéis practicar la regla no sólo para santificaros y lograr las demás ventajas indicadas, sino también para la Congregación.

1.º Vuestro primer deber para con ella es amarla con amor filial. Debéis vivir continuamente agradecidos a ella, pues a ella debéis la eterna felicidad y la paz que experimentáis, la facilidad de santificaros y la dicha de que acá en la tierra disfrutáis ya. Prestadle todo vuestro concurso, y la manera mejor de prestárselo será practicando la regla.

Notad que nunca se pagan a una Congregación cual se merecen las gracias que da: siempre somos deudores para con nuestra madre. Los trabajos de cada día son poca cosa al lado de la deuda que es inmensa. Pues bien: por todo cuanto os da, os pide solo una cosa, y es que practiquéis la regla, que es condición esencial de su vida. No guardándola, matáis a vuestra madre, perdéis la familia adoptiva y paulatinamente traeréis división, anarquía y guerra civil.

Quienquiera deja de cumplir la regla, arma revolución en cuanto de él depende y abre brecha en la ciudadela santa. Dios os guarde sobre todo de pretender cambiar o de modificar la regla. Y si con facilidad faltáis a ella, de hecho la derribáis, aun cuando no os lo hayáis propuesto formalmente. Guardad, pues, vuestra regla para conservar la vida de vuestra madre la Congregación.

2.º Tenéis asimismo el deber de extender la Congregación, de contribuir a su prosperidad y atraerle muchos miembros. Mas si no practicáis la regla, vendrán para ver y volverán diciendo que no han

encontrado mas que desorden. Así es cómo se seca de raíz una Congregación, dotada de fuerzas expansivas y de gracias insignes. Hubiera podido desenvolverse muy bien, mas la inobservancia de la regla, principio vital, le paraliza. La Congregación no puede florecer sin que este foco arda y esté bien alimentado y sostenido.

Obrad, pues, de tal modo que en viéndoos se pueda decir: Ved religiosos verdaderos que observan puntualmente la regla. Ya que sois frutos de la sociedad y por los frutos se conoce el árbol, por vosotros juzgarán a la Congregación. Pues si sois sus rayos, brillad con su luz, que así irán a ella la gente.

3.º Debéis también prestar vuestro concurso para el logro del fin del Instituto, fin que consiste en glorificar a Dios por las obras de caridad entre las clases obreras.

¿Qué vais a hacer para Dios, ni no tomáis muy a pechos el cumplimiento de la regla? Porque debéis notar que no le podéis glorificar sino conforme al espíritu y gracia de vuestra fundación, y que Dios no da más que una gracia de fundación.

El gran peligro de los Institutos nacientes está en no tener fe en la gracia primera. Vienen algunos que dicen: Si se modificara esto, si se añadiera aquello..., más valdría si se obrara de este otro modo... Puede ser que los tales tengan talento, experiencia e influencia, pero yo os digo que, voluntariamente o no, son traidores de la primera gracia, de la gracia de la fundación, de las ideas del Fundador, y que perderán al Instituto que los escuche.

Nunca faltan quienes se creen llamados a reformar al Fundador y a hacer mejor que él, pero sólo al que ha escogido para fundar bendice Dios, y nunca a sus contrarios. Harto conocido es el ejemplo de fr. Elías y de san Francisco. Fray Elías quería cambiar, atenuar, glosar; mas por orden de Dios le contestaba el santo: “Sin glosa, sin glosa, sin glosa”. Fray Elías acabó separándose; fuese a Alemania, donde acabó sus días en la mayor de las miserias, sosteniendo al antipapa en el partido del emperador cismático.

No, Dios no bendecirá nunca a quien sale de la primera gracia, la cual puede desenvolverse, sacando a luz con el tiempo cuanto dentro contiene, según lo exijan las circunstancias, pero jamás cambiar o introducir cosas que le sean contrarias. Dios no hará prosperar más que la gracia primera: nunca dará otra distinta.

Por Io que si alguno se hubiese alejado, tiene que volver a ella

pura y sencillamente: *Prima opera fac,* haced lo que antes, volved a la pureza de la gracia primera, que si no os voy a dispersar: *Sin autem venio tibi et movebo candelabrum tuum de loco suo* (Ap 2, 5). Así que no introduzcáis nunca en vuestra regla elementos nuevos o extraños, antes decid lo que aquel santo fundador: "O siguen siendo como son, o desaparecen del todo". Este peligro es realmente grande; andad con cuidado.

4.º Finalmente, observad la regla y guardadla religiosamente por respeto hacia Dios, ya que de Él procede. ¿Creéis acaso que el hombre es capaz de componer una regla? No, no hay santidad ni virtudes que para esto basten, sino que es menester vocación especial de Dios. Dios la inspira y el fundador la transmite con lágrimas y sufrimientos. No hay hombre que pueda poner luz y santidad en trazos de su mano. Si la regla lleva consigo la gracia y santifica, su autor no puede ser otro que Dios, único que puede dar gracia y virtud para santificarse.

La regla es para vosotros lo que el evangelio para la Iglesia, esto es, el libro de la vida, el libro de la palabra de Dios, lleno de su verdad, de su luz, de su gracia y de su vida. ¿Y tan osados habíais de ser que tocarais una sola sílaba de este evangelio, o dejarais caer una sola palabra? No, sino que todas sus palabras han de ser sagradas para vosotros.

Escuchad las amenazas que san Juan escribió al fin de su Apocalipsis; bien podéis aplicarlas al libro de las santas reglas: "Yo protesto a todos los que oyen las palabras de la profecía de este libro: Que si alguno añadiere a ellas cualquiera cosa, Dios descargará sobre él las plagas escritas en este libro. Y si alguno quitare cualquiera cosa de las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará a él del libro de la vida, y de la ciudad santa, y no le dará parte en lo escrito en este libro" (Ap 22, 18-19).

LOS VOTOS RELIGIOSOS

Elegi abjectus esse in domo Dei magis quam habitare in tabernaculis peccatorum
"Preferí ser último en la casa de Dios a vivir en las moradas de los pecadores". (Ps 83, 11)

I

Movido de su bondad un día llamó Dios a la puerta de vuestro corazón, diciendo al alma como a la esposa de los Cantares: "Abreme, hermana, amiga mía, ábreme". Y vosotros, reconociendo la voz del Amado, se la habéis abierto, rogándole que entre y se enseñoree de vosotros y sea dueño vuestro y de vuestros bienes.

Nuestro Señor os tiene prometidos sus bienes, su gracia y la posesión de Sí mismo en correspondencia, y hoy es el día en que debe firmarse el contrato divino con la emisión de los votos.

Lo que aquí sucede al mismo tiempo se reproduce en el cielo, o, mejor, nosotros no hacemos otra cosa que apuntar las promesas que hacéis al mismo Dios, el cual las acepta en el cielo. Pues quien por parte de su Hijo las acepta es el Padre celestial; Él recibe vuestros sacrificios y vuestra persona, y en pago os promete la persona de su Hijo Jesucristo y sus gracias.

El notario del contrato es el sumo pontífice, a quien representa el Superior, aceptándoos en su nombre los votos.

Así que vais a empeñar vuestra palabra: pensadlo maduramente. Todavía estáis libres de hacerlo o no, pero firmando el contrato, nadie podrá anularlo.

No ignoro que el Papa puede dispensar de los votos, pero lo hace difícilmente y a más no poder, pues bien sabe que un voto dispensado en la tierra no lo es siempre en el cielo. Uno se compromete ante Dios y sólo Él ve lo secreto de los corazones y sabe si las razones alegadas para romper la cadena de amor son en realidad verídicas. La Iglesia sólo juzga de lo exterior; uno no es realmente

absuelto sino cuando la realidad corresponde a lo que se dice. Duda terrible es ésta que el infeliz libertado lleva consigo a todas partes.

Con sangre se afirma el contrato de los votos y esta primera gota exige que se derrame cuanto queda en las venas. El Señor exige que se cumpla lo prometido y a Él no se le engaña. Por eso vale mucho más no emitir los votos que, luego de emitidos, no cumplirlos (Qo 5, 4).

Pero vamos a ver qué es la profesión, para comprenderla mejor.

II

Como he dicho antes, es una donación, un contrato divino entre el religioso y Dios.

Un contrato exige contribución de ambas partes: ¿qué dais vosotros? –Dais todo lo que sois y sin condición alguna. A Dios no le agradan las condiciones, con las cuales algo guarda uno siempre. Estorban la sinceridad del don. Dios quiere o todo o nada.

Daos por completo. Dad el mundo y sus bienes, a los cuales podríais aspirar, aun cuando no los tuvieseis. Renunciad a la potestad de tener y desear. Renunciad a toda posición y a todo porvenir brillante; renunciad, en suma, a cuanto podáis amar, poseer o recibir. Dadlo todo anticipadamente; dad hasta la facultad y el poder ser fin de algo, que este don encierra todos los demás.

Dad cuerpo, alma, inteligencia y corazón, para siempre y con intención de no volverlo a tomar nunca.

Y ¿qué pedís a nuestro Señor que traiga de su parte al común contrato? Creo que no os contentaréis con el céntuplo prometido a san Pedro, sino que, con santo Tomás de Aquino, diréis: "Lo que pido, Señor y Dios mío, sois vos mismo y nada más". El céntuplo lo tendréis así por añadidura.

¿Para cuánto tiempo firmáis este contrato? —Por prudencia os pide la regla lo firméis sólo para algunos años, uno o tres. ¿Vais a decir por eso: ¡Bien!, me doy por este tiempo, pero después ya lo veremos? ¡No faltaba más! El corazón por su parte hace votos perpetuos. Si no queréis pertenecer siempre a Dios, no sois dignos de ser suyos por un año. Quedad más acá. ¡No deis un paso más, que tratándose de Dios, tan bueno, no ha de haber ensayos! Y si dudarais de Él, de su auxilio, de su gracia y de su amor, le haríais una injuria.

Lo que constituye la grandeza y nobleza del amor es el entregar la libertad presente y futura, atándose para siempre y no admitiendo ni la posibilidad de una ruptura.

Ya no podéis decir: Volveré a recobrarme dentro de un año; o: yo no sabía esto, no me esperaba a que aconteciera tal cosa. Dios os preserve de hablar así. Trazad un círculo y encerraos en él con Dios por manera que nunca más podáis salir. El círculo es imagen de lo infinito. ¡En todo y por siempre con Dios y para Dios!, es lo que dice el amor, y conforme a este principio obra.

Fuera de que bien poco es lo que dais, y aun eso mismo más de Dios que vuestro. Sin su gracia, ¿en qué pararía todo eso? Ni pongáis tanto los ojos en lo que dais. Ya lo verá Dios, y es negocio que a Él sólo incumbe. En cuanto a vosotros, fijaos solamente en la gracia que os confiere, prueba de una misericordia infinita que en modo alguno merecéis.

Si por más dichoso y honrado se tenía el santo rey David viéndose mezclado con los servidores de la casa de Dios que reinando en su palacio sobre un pueblo inmenso, ¡por cuán grande no deberéis tener la honra que se os hace admitiéndoos a formar parte de la familia escogida y privilegiada de la Iglesia y de nuestro Señor! Apreciadla cual es debido, si lo podéis.

Dad todo lo que habéis adquirido en punto a merecimientos y virtudes; dad asimismo cuanto adquiriereis con los actos, trabajos y sufrimientos de toda vuestra vida futura. Y si no tenéis nada, tomad las virtudes y merecimientos de Jesucristo y de la Virgen Santísima, pidiendo a esta buena Rebeca que os vista con el hábito de Jesús, su amadísimo Hijo, para poder agradar al Padre celestial y poder recibir su bendición. Vistiéndoos de Jesús desaparecerán vuestras miserias, desmerecimientos e imperfecciones, siendo cubiertos por la santidad infinita de Jesucristo.

Pero no vayáis a creer que por haberos hecho religiosos vais a dejar de ser tentados. El demonio no dejará piedra, por mover para recuperar lo que hubiereis dado, valiéndose de toda su maña; hasta sembrará oro si fuere menester por donde hubiereis de pasar; pero, como san Antonio, no hagáis caso, antes echadle con un puntapié. El hecho es que os habéis dado, y es cosa que no admite revisión, pues el amor da para siempre y sin que nunca pese.

III

La profesión religiosa es, además, una consagración. Cuando son ofrecidas y consagradas a Dios con ritos y oraciones de la Iglesia, las cosas profanas quedan destinadas para el culto, sin que se les pueda dar otro uso. Así, en la Ley antigua se separaban las víctimas destinadas al Señor, sacándolas del uso común y de la propiedad de los hombres para convertirlas en cosa del Señor, en cosa santificada y consagrada.

Pues la profesión religiosa es la consagración de las víctimas de la ley nueva, porque el religioso se trueca por los votos en víctima y holocausto del Señor. Por lo mismo, os separa de todo lo profano, os saca de todo uso común, de la propiedad de los hombres y de vosotros mismos. En el mundo ya no hay para vosotros ni nombre, ni lugar, ni rango ni destino alguno, sino que os convertís en cosa cuya propiedad guarda el Señor y en persona consagrada.

Para lo cual os santifica y ennoblece, dignificándoos para servir a tan gran Señor. El criado lleva la librea de su amo, y la Iglesia os da la librea de Jesucristo, aceptando vuestros votos y haciéndolos públicos, de suerte que ya no dependen más que de su autoridad. Os convierte en hombres suyos y os disputa al servicio de su real Esposo.

Sois cosa de la Iglesia y persona sagrada; no podéis mancharos en el trato humano sin sacrilegio. Por esto debéis honrar vuestra profesión y guardad la gracia dada. El siervo está obligado a la salvaguardia del honor de su amor y de las libreas que lleva. El rey ennoblece a sus vasallos, que son como extensión y reflejo de la real dignidad.

Pues bien: los religiosos son la nobleza y aristocracia de la Iglesia. Y así como la nobleza de un reino compone su viva fuerza, se muestra siempre en primer rango para defender la persona del príncipe y el honor de la nación y se expone a todos los peligros con admirable valor, indicio del poco caso que de la vida hace en esos trances, así también los religiosos deben figurar en primer lugar para defender la sagrada persona de Jesucristo y la Iglesia, que es su reino.

Deben estar siempre a su disposición para que se puedan lanzar a donde convenga, pues lo han dado todo, ¿qué van a temer perder? La Iglesia cuenta con los religiosos, misioneros y apóstoles, envíalos en vanguardia y colócalos en los puestos más difíciles. Por

medio de ellos obra maravillas en los pueblos y gana y salva al mundo. Y no es de extrañar, pues juntan al poder del sacerdocio el poder de la consagración religiosa, abandonando de antemano cuanto pudiera servirles de estorbo e impedir que vuelen a la conquista de las almas. Por manera que el sacerdote religioso es esencialmente un conquistador, mientras que un sacerdote secular es más bien pastor y guardián del rebaño, y, desgraciadamente, con harta frecuencia guardián de sepulcros.

IV

La profesión es, por último, un pacto de sociedad con nuestro Señor. Os asocia consigo, por lo que no debéis apuntar otro blanco ni tener otro fin que el suyo en todos vuestros trabajos. Él pondrá gracia y fondos, y a vosotros os pide trabajo y sacrificios. Menester es que estéis atados con Él indisolublemente y encariñados con sus intereses y con su obra con todo vuestro corazón y toda vuestra alma.

La profesión es un juramento, juramento de trabajar siempre por nuestro Señor, cueste lo que costare. Es juramento solemne e irrevocable, que debe ser vuestra fuerza para nunca retroceder. Queda uno ligado para la vida entera.

El juramento es la principal fuerza de cuantas sociedades se organizan en todas partes para el mal. Se unen unos con otros, hacen entrega de la libertad y se cortan toda posibilidad de retirarse con abominables obligaciones, dándose unos sobre otros derechos de vida y de muerte.

¡Es cosa de espanto! ¡Están atados y no pueden salir de estos diabólicos engranajes! ¡Claro! Cuando no se vive de amor de Dios, se vive de terror.

Pues jurad también vosotros; dad a Jesucristo derecho de vida y de muerte. Decís que le amáis: habrá que probarlo. La profesión es el compromiso de llegar hasta el último extremo de la inmolación por amor. Y si entre vosotros y el servicio de nuestro Señor os encontrarais con el martirio, pasad por él para ser fieles al juramento. Dad hoy vuestra vida, ofreced la aceptación de la muerte si pluguiera a Dios pedírosla por amor.

Morir en el campo de batalla de la Iglesia es envolverse en la gloria de Jesucristo. ¡Felices aquellos que el Señor escoge para dar testimonio con el sacrificio de la vida en alguna misión peligrosa!

¡Felices también los que por Él se consumen en la labor de cada día; con los brazos abiertos los recibe nuestro Señor!

Sea vuestra profesión la de un mártir de la pobreza, castidad y obediencia. ¡Recordad siempre este día, que más hermoso no encontraréis nunca: es el día de vuestro amor!

EJERCICIOS ESPIRITUALES

dado a los religiosos de la Congregación del Santísimo Sacramento

ADVERTENCIA

Las conferencias siguientes fueron dadas a religiosos de la Congregación de Presbíteros del Santísimo Sacramento en la casa de París, en 1867. Esto explica las continuas referencias al fin, obras y regla de dicha Congregación.

El autor hablaba a quienes conocía perfectamente y sin sospechar siquiera que lo que él decía hubiese de ver la luz pública, por lo que se expresó con la llaneza y familiaridad propias de estas circunstancias. Esto explica también el carácter absoluto de algunas proposiciones, que, tomadas al pie de la letra, podrían interpretarse torcidamente.

Se observará que en algunas conferencias apenas habla de la Eucaristía. Él mismo da la razón. Un alma eucarística debe sí ver todo a la luz de Jesús sacramentado, pero sin que esto quiera decir que no deba uno fijarse en las propias obligaciones y hacer atento examen del estado de la conciencia. Cabalmente uno de los puntos en que más insistió el autor es la necesidad absoluta de una perfecta pureza de conciencia para llegar a la intimidad con Jesús, Hostia de amor, que es fin del adorador. Nada extraño, por consiguiente, que hable tanto de la conversión perfecta y de cuanto mediante una completa purificación y adquisición de sólidas virtudes nos pueda poner en condiciones para servir con más decoro a nuestro divino Rey y sin desagradar a su amantísimo Corazón.

Pero por más que encarezca la importancia de la pureza, no para ahí, sino que conduce al alma a la total entrega de sí misma para identificarse con Jesucristo lo más perfectamente posible acá en la tierra; y esto por puro amor, siendo motivo bastante el ver lo muchísimo que personalmente nos ha amado, aunque sin excluir otros motivos, de los que también trata. El autor es alma gemela de aquel poeta que dijo:

No me mueve mi Dios para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido

Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor..., y en tal manera,
Que aunque no hubiera cielo yo te amara
Y aunque no hubiera infierno te temiera,

con la sola diferencia de que Eymard llevaba más fijos los ojos en el *in finem dilexit* de la Eucaristía.

FIN DEL RETIRO

Purificarse

El fin más importante y esencial de los ejercicios espirituales es examinar el estado de la conciencia para purificarla, y estudiar los motivos, ocasiones y frecuencia de las caídas para aplicar el oportuno remedio.

I

¿Estamos en estado de gracia? ¿Lo estamos habitualmente? ¿Vivimos? Porque a esto se reduce todo.

Averigüemos en qué grado de la vida o de la muerte nos encontramos, si cometemos, y en qué, por qué y cómo, pecados mortales o veniales y sobre qué recaen las imperfecciones más frecuentes.

No es imposible que nos encontremos con la conciencia mortalmente culpable. Espero que no será así, pero, mientras estamos en la tierra, nos vemos expuestos a caer en tan triste estado.

Nunca nos faltará la triple concupiscencia que encarnizadamente nos combata para hacer caer. Hasta el último aliento seguiremos sintiendo la guerra que dentro de nosotros se libran los dos hombres, pues el hombre carnal no aceptará nunca el dominio del espiritual, y si éste no se mantiene a viva fuerza con la guerra, será necesariamente subyugado por el otro. Querámoslo o no, esta guerra durará lo que nuestra existencia, y es tanto más dificultosa cuanto que se hace en nosotros y por nosotros. Por dondequiera la llevamos, y es continuo el peligro de sucumbir.

¡Oh! Bien comprendo que exclamara san Pablo: *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* (Ro 7, 24).

Por otra parte, ¿no está ahí el demonio que nos tienta y sin nunca cansarse nos persigue, y con tanto mayor saña por cierto cuanto más nos aproximamos a Dios? Y es cosa que se comprende, porque los ladrones no atacan a los mendigos y en la guerra se apunta a los jefes. Como quiera que nosotros estamos más cerca de Jesús por

vocación y vivimos con Él como privados y familiares suyos, no pudiendo tocar al Señor, contra nosotros vuelve el demonio su rabia haciendo lo posible para que cuando menos sirvamos mal a Jesús, ya que no pueda separarnos de Él por completo.

De ahí que se tengan en la vocación eucarística tentaciones antes desconocidas, tentaciones más largas, terribles y abominables, y hasta a los pies del santísimo Sacramento.

Así, con vosotros mismos y el demonio que contra vosotros obra, no os falta manera de ser tentados, y hay ocasiones bastantes para caer.

¿Por ventura no os sigue la imaginación con sus recuerdos? ¿No os persigue el hombre natural vendido a la iniquidad?

Pero yo tengo fe –diréis acaso–. Ya puede ser, pero no el hombre natural. Vuestro corazón carnal no ama a Dios, sino tan solo a sí mismo. ¿Creéis que el cuerpo ama la mortificación? Es un animal que a derecha e izquierda no ve más que lo que apetece arrojándose a ello continuamente y volviendo a lo mismo por más golpes que reciba. Es un animal inmundo que se deleita revolcándose en el cieno: *Sus lota in volutabro luti*, o, *un perro que vuelve a su vómito* (2Pe 2, 22). ¡Qué lástima tener un cuerpo de bruto con alma de ángel hecha para Dios! Pero tal es la condición presente, pues hijos de Adán pecador somos todos.

Otra ocasión de pecado es el mundo. Verdad es que lo hemos dejado, pero se le ve demasiado aun cuando no se le vea. No ciertamente el mundo escandaloso; pero el mundo, como quiera que sea, tiene siempre sus peligros. Yo os aseguro que los mismos ángeles serían ocasión de tentación si se mostraran visiblemente. ¡Es lástima, pero es así! La causa de todo ello es nuestra perversa naturaleza, que todo lo corrompe.

No se atreve uno a creer, por lo que espanta, cuán fácil es pecar aun con las criaturas más inocentes. Pero esto no tiene nada de extraño, cuando se ve que los ángeles pecaron en el cielo, en presencia de Dios, y Adán en el paraíso terrenal.

Comprendo muy bien que ciertos santos huyeran al desierto y que otros vayan a encerrase en una Trapa para escapar de los peligros del mundo.

Nuestra vocación no nos llama a eso, pero siquiera en estos días de ejercicios, encerrémonos en una Trapa.

Ni se vaya creer que todo esté acabado con huir, porque la inclinación a pecar nos sigue a todas partes.

–¿Y si fuera a encerrarme en la Cartuja?–. Aun allá os llevaríais a vosotros mismos y el demonio os seguiría también. ¿Estaríais acaso sin imaginación y sin cuerpo? Mirad a san Jerónimo después de pasados veinte años en la cueva tan Santa de Belén. Pues su imaginación le planta en medio de los bailes de Roma. No es la soledad la que hace a uno santo, sino la voluntad. El demonio habita en las ermitas lo mismo que en las grandes ciudades.

–¿Qué vamos a hacer, pues?–. Guerra.

No digáis ya: ¡Si estuviera acá o acullá! No, porque donquera que fueseis, vosotros mismos seríais vuestro más cruel enemigo. Ni debe perderse de vista que la paz no consiste en no padecer tentaciones, sino en no ofender a Dios.

¡Oh, qué miseria! ¿Qué somos, pues, nosotros, Dios mío? Hay quienes andan en busca de razones para humillarse, quejándose de no dar con ninguna. ¡Humillaos, por Dios, en vuestro cieno, que cosa más baja y despreciable que vosotros no la hay!; no lo son ni siquiera los animales más repugnantes, los cuales no se rebajan al menos a sí mismos.

¿De veras andáis en busca de motivos de humillación? ¡Pero si ahí están vuestros pecados y vuestra naturaleza de pecados, que bastan y sobran para merecer eternos castigos! ¡Si os debieran arrojar de la presencia de Dios y de la asamblea de los santos!

–¡Cómo! ¿Es posible que sea para tanto? –Ya lo creo que sí. El pecado es una lepra y los leprosos son desechados de la sociedad de los hombres.

II

¿En qué punto me encuentro respecto del mal? He aquí una cosa que debe averiguarse de un modo preciso durante los ejercicios espirituales. ¿Estoy en estado de gracia, sin pecado mortal alguno? ¿Qué pecados veniales he cometido? ¿A cuál de ellos guardo afecto? ¿No resultarán inútiles las confesiones por falta de contrición?

Yo no tengo más que pecados veniales y el pecado venial no mata. –Es cierto que las pequeñas llagas no matan, pero aguardad la ocasión y veréis si no causan la muerte.

Por puntuales que fueseis en vuestros ejercicios y fuerais como

los demás a la adoración y al oficio, si vais con la conciencia cargada de culpas, estáis paralizados y no aprovecharéis.

Espero que no llegará a tanto. Lo único que tengo es cierta duda. –Salid de la duda, poned en limpio el asunto. No hay que esperar, sino estar seguro, y la manera como sabréis la verdad es examinándoos seriamente a la luz de la gracia, confesándoos y viendo lo que decide el confesor.

No se toma tanto cuidado como se debiera para evitar que lleguen a familiares los defectos. En presencia de Dios uno tiene que ser siempre nuevo y no acostumbrarse a nada. Lo digo porque sé lo fácilmente que se acostumbra uno a vivir en un ambiente de santidad, y lo fácilmente que se vuelve inútil en el estado más perfecto.

¡Oh, estad alertas para no veros trocados en sepulcros blanqueados! Es más fácil parecer perfecto exteriormente, no siéndolo en lo interior, que parecer santo exteriormente, siéndolo en lo interior. Los que se aplican a lo interior, no hacen tanto caso de ciertas miserias exteriores que les quedan, las cuales permite Dios que subsistan para humillarlos. En tanto que los otros, descuidando lo interior, ponen todo su cuidado en pintarse y componerse.

¿Me encuentro en este estado? –Puede ser. Mirad si vais despojándoos progresivamente de vuestros pecados. ¿Crecéis en pureza? Pues está bien.

–¿Os encontráis siempre en el mismo punto? – ¡Ojo! Que las aguas estancadas se corrompen y engendran la muerte.

¿Sois menos puros, pecáis más fácilmente? –Desgraciados de vosotros, pues tenéis dormida la conciencia con sueño de muerte.

Vigilad, pues a esto se llega insensiblemente. Nadie es tan perezoso y negligente para cuidar de la limpieza de la conciencia como las personas devotas o religiosas. ¡Cuántos hay que, encontrándose en el servicio de Dios, no tienen voluntad alguna de enmienda ni de progreso, sino que dejan dormir a la conciencia! El cristiano bueno, expuesto en medio del mundo, vigila sobre las menores cosas y guerrea siempre a causa de los peligros que le rodean, mientras que los religiosos se dejan arrastrar por su regla de vida, que a todo provee, y por su estado, más perfecto de suyo, pareciéndose al viajero que se metiera en un barco sin saber su

rumbo. Hay buques que van a Cayena[19] y otros que van a las Islas Afortunadas. ¿Adónde vais?

Es preciso, pues, vigilar. Hay que mirar a los pecados, a sus principios, a las ocasiones de cometerlos. No ama a Dios quien no se purifica de sus pecados, cuando menos voluntarios, ni es uno religioso mientras no sea puro y delicado en todo lo que atañe a la conciencia.

¿Sabéis lo que es la delicadeza? Pues es el corazón del amor. Y si no sois delicados para con Dios, no tenéis corazón. ¡Sois máscaras de religiosos, si el mero barrunto del disgusto que habéis de causar a Dios no os espanta!

Consiste la delicadeza en no permitir nada que ofenda a Dios, en abstenerse de todo lo que tenga apariencia de pecado. La delicadeza es honra de la posición y de la vida, y se la guarda por respeto hacia Dios y para honor de su servicio. Dejarla de sentir equivale a haber uno perdido el sentimiento del honor, endureciéndose o embruteciéndose como esos borrachos que exhiben su lamentable estado arrastrándose por las calles sin vergüenza alguna y sin que sea nadie capaz de hacérsela sentir. ¿Se tiene por hombre el tal?

¿Os habéis reducido a este estado? ¿No sentís vuestros pecados? Y sí los veis, ¿os enmendáis? –No, caigo siempre en los mismos, sin hacer mucho caso. –Pues entonces, ¿no estaréis muertos, ya que carecéis de sensibilidad? Ningún estado tan espantoso como aquél en que uno es insensible al pecado.

Bien sé que no podemos no pecar nunca; mas el mal consiste en no ver las faltas. Los santos veían hasta los átomos y nosotros no vemos ni los peñascos.

¡Hace temblar lo que está usted diciendo! Si me paro en estos pensamientos tendré miedo. –Tanto mejor, que el temor es el comienzo de la sabiduría. ¡Cómo! conociendo vuestros pecados, ¿no vais a hacer nada para enmendaros? ¡Si en eso consiste precisamente el mal, en estar mortalmente enfermos y en beber la iniquidad como agua!

Echad, por tanto, cuentas con vuestras conciencias. Escudriñad y ved bien vuestros pecados mortales y veniales. Si vais menguando,

[19] Cayena es lugar de deportaciones en la Guayana francesa. – (N. del T.).

hacéis como el sol, que va ocultándose entre nieblas, y por fin desaparece dejando noche, frío y muerte. Mas, ¿subisteis como él hasta el mediodía?

Estad alerta, que vais derechamente a la pérdida de la vocación, así seáis novicios como profesos. Nuestro Señor os vomitará. ¿Qué hacer? –Decid en seguida muy de corazón a nuestro Señor: No, Dios mío, ya no quiero pecar más.

¡Qué severidad! –Es la verdad pura. Ya sé que no tragáis pecados como camellos, pero también sé que un agujero no mayor que el de la cabeza de una aguja basta para perder al mayor buque.

No me habléis de esos religiosos que consideran su santo estado como un oficio cualquiera. Prefiero a los grandes pecadores; a éstos, cuando vuelven a Dios, en cuatro días se les hace subir cuatro grados de virtud, mientras que aquéllos se pudren al sol y se enmohecen ante un gran fuego, hasta tanto que Jesucristo los arroje afuera, punto este último a que llegan necesariamente.

¡Cuántos religiosos veteranos dejan al Señor, a quien se habían dado, y vuelven al siglo como apóstatas! Salen por sí mismos sin que sea menester expulsarles como consecuencia de su negligencia, convertida en hábito inveterado de pecar. No se trata de pecados graves, pero sí de un estado de rutina y de afecto al pecado venial.

No digáis: Yo soy adorador; me encuentro en una vocación sublime con los ángeles y santos; soy de la familia de nuestro Señor. Es verdad, ¡pero los deberes son también proporcionados a la altura de la vocación! ¿Habéis pensado maduramente sobre esto último? Desgraciadamente no se piensa en esto. Se prefiere estar siempre en la gloria, entreteniéndose con el rango tan honroso a que plugo a la divina bondad llamarnos, colocándonos cerca de su Hijo. ¿Creéis, acaso, que esta misma gracia no podría quitárosla si a ella no correspondierais? ¿Os debe Dios, por ventura, algo?

Nos parecemos a los pobres apóstoles antes de la venida del Espíritu Santo. Ellos tienen el pensamiento constantemente fijo en la gloria de la vocación. Ni hablan más que de su Señor y de su futuro reinado, en que quieren ser ministros y consejeros, no reparando en despreciar a los demás. ¡Bien se vio en el día de la prueba lo que eran!

Y se ha de notar que sus pecados eran veniales. Mirad, no obstante, a lo que llegaron: a huir; y el jefe, a renegar del Señor.

¡Ah! No hablemos tanto de nuestro gran Señor, de nuestra sublime vocación, sino fijémonos más en lo que le debemos.

Y nada más que para eso son estos Ejercicios. Todo el año es para hablar de nuestro Señor y ensalzar su reino.

Ahora, en estos ejercicios, debemos tratar de nosotros y de nuestras obligaciones. Debemos despertarnos.

Estamos medio paralizados. Necesitamos seguir un régimen cálido y enérgico, y vamos a adoptarlo durante el retiro. Consuma él cuanto haya de pecaminoso e imperfecto.

Si los ejercicios llegan a purificamos, habrán producido todo lo que debían.

III

Siendo puros y trabajando por aumentar y defender la pureza, practicaréis todas las virtudes y seréis adoradores perfectos. –Si tenéis conciencia pura, vuestro servicio será también puro y digno de Dios. Tendréis vergüenza de ir a adorarle con corazón manchado y de ponerle sobre trono de barro.

¿Quién hay que se presente ante una persona respetable con traje sucio y desgarrado?

Si sois puros, cumpliréis decorosamente el oficio que la Iglesia y la Congregación os han confiado, disputándoos a la adoración, pues vais a ella en nombre de la Iglesia, de vuestros hermanos y de los pecadores, para interceder por ellos. Mas si vosotros mismos sois pecadores, lo que haréis será insultar a un Dios tan bueno. La primera cualidad del mediador es, en efecto, ser persona grata a aquel a quien se va para interceder. ¿Querríais vosotros mostraros al Padre como verdugos de su Hijo? ¿Cómo vais a poder agradar por otros si vosotros mismos inspiráis horror?

No nos atrevemos a mirar a quien tiene un cáncer en la cara para que no tenga que cubrirse de vergüenza, y vosotros quisierais que nuestro Señor os mirara con complacencia, estando desfigurados por el pecado y más repugnantes que lo que pudierais estar con las mayores llagas.

Diréis que Dios conoce nuestra miseria y que no se ofende por ella. En cuanto a la que nace de nuestra pobre naturaleza es mucha verdad. Dios la conoce y tiene compasión de ella; realmente somos unos pobres de Dios. No así las faltas que proceden de la voluntad,

las que cometemos por indelicadeza y por preferirnos nosotros mismos a Dios; éstas Dios no las puede sufrir, sino que las aborrece; preferiría enviar un ángel para arrojarnos de su presencia como a Heliodoro cuando nos ve manchados con ellas.

Sed, por tanto, puros para servir con decencia a nuestro Señor: a esto hay que apuntar, pues es la primera de las condiciones, porque sin esto lo demás será en balde. En el cielo no se entra sino con la túnica blanqueada en la sangre del Cordero; si no es ella completamente blanca, hay que ir al purgatorio para acabar de blanquearla. Y nosotros servimos a nuestro Señor en el cielo de la tierra.

Finalmente, vais a la adoración para glorificar a Dios con vuestras alabanzas y obsequios, rodeando al trono eucarístico, así como los ángeles y santos cantan al pie del trono de la gloria.

Decidme ahora: ¿Os imagináis poder glorificar a Dios con labios impuros?

Debéis levantarle con vuestro amor un trono de oro purísimo en el corazón, así como los sacerdotes le levantan tronos en el corazón de los fieles. Porque ¿creéis que subiría con agrado a un trono de barro?

Ante todo es, por consiguiente, necesario trocaros en hombres puros, ya que sin esto no seréis nunca servidores que puedan agradar al Señor. Para lo cual es menester que os concentréis en vosotros mismos y os examinéis a fondo, sin fiaros de lo que creéis ser, antes dándoos exacta cuenta de la realidad.

Mirad también si la Comunión, la adoración y esta vida del todo consagrada a la oración, os hacen crecer. Si no ¿es vida o agonía la vuestra?

¿Y de dónde nace todo el mal, sino de la mala voluntad, del no querer seriamente asimilarnos la vida de Jesucristo? Lo queremos, sí, pero condicionalmente, para una cosa sí y para otra no. Penetrad, pues, en vosotros mismos.

Bien hubierais podido salvaros en el mundo cumpliendo la ley y gozando de los placeres permitidos, pero os habéis dicho: Yo iré por el camino estrecho y para ello dejo padres, familia, libertad. Y efectivamente, habéis dejado todo para ir en pos de Jesús. Pues ¡estaría bonito que ahora no hicierais nada mejor que los del mundo ni ganarais más que ellos para el cielo! De ser así, hemos engañado a

Dios.

Se me ruboriza la frente con sólo pensar que era más perfecto en el mundo que lo que soy ahora. Poquito a poco me he acostumbrado con Dios. –Pues es éste un mal muy grave. Para salir de él examinad estos tres puntos: ¿Estáis seguros de poseer el estado de gracia? ¿Sois fieles en su servicio? ¿Qué gloria dais a nuestro Señor?

BENEFICIOS DE LA VIDA RELIGIOSA

Preguntaos con frecuencia, dice la "Imitación", para qué habéis dejado el siglo y os habéis hecho religiosos. ¿No es para servir a Dios y tornaros espirituales? (L. I, t. 25, n. 1).

Es preciso saber la grandeza de la gracia que nos ha concedido Dios sacándonos del mundo y poniéndonos en la vida religiosa. Es ésta una gracia de misericordia infinita, tanto a causa de los males de que nos aparta, como de los medios de salvación que nos pone a la mano.

I

Digo en primer lugar que hemos abrazado la vida religiosa para ponernos al abrigo de los peligros del mundo. – Es indudable que hay muchos peligros en el mundo y hubiéramos podido perdernos facilísimamente como tantos otros mejores que nosotros. Hemos sentido la propia flaqueza y temido nos condenáramos.

Como padecíamos la ley de los miembros, acaso habríamos naufragado y estaríamos hoy heridos.

Y, además, cuando se ha servido al mundo, siempre guarda éste cierto imperio sobre sus servidores, por lo que temimos caer de nuevo bajo su yugo. Pues nada tan tristemente cierto como este principio, a saber: que aquello que a uno ha sojuzgado una vez, siempre guarda sobre él cierto poder aun después de recobrada la libertad. Tal es la ley de la fuerza contra la debilidad, el castigo que el pecado trae consigo. De ahí que tantas personas convertidas y purificadas vuelvan a caer a la primera tentación, tan pronto como se presente una ocasión en que reaparezca el antiguo amo: la ley vieja se les impone de nuevo.

El mal ejerce influencia magnética, deja semillas, rescoldo que se enciende con el primer contacto, como la leña que ha ardido antes; queda cierta vieja simpatía que arrastra. Bien dijo san Juan que quien *comete un pecado, se hace esclavo del pecado* (Jn 8, 34). Padece su dominio aun mucho después de sacudidas sus cadenas: es el desquite

de Dios contra el pecador; al desechar el yugo del Señor, se cae debajo del yugo del demonio.

Así que, temiendo nos esclavizáramos como tantos otros, nos hemos puesto al abrigo, y hemos hecho bien; es lo que aconseja la prudencia. En la ley antigua, el jefe del ejército tenía que decir: Retírense los que tengan miedo. Ni había vergüenza ninguna en hacerlo, siendo ello por otra parte prenda de mayor seguridad, lo mismo para el ejército que para ellos mismos.

Asimismo dijo Dios a Abrahán que saliese de la tierra de Ur, porque no debía santificarse allí. Como también hizo salir a Lot de Sodoma, aunque fuese un santo en medio de aquella ciudad abominable. Dios obra conforme a la prudencia, y la primera y más digna prudencia es evitar el peligro.

¿Qué es ese piquete de soldados que se lanzan siempre hacia adelante? ¿Qué son esos jóvenes presumidos que afrontan con tanta temeridad los mayores peligros y quieren convertir a todo el mundo? No tardarán en ser castigados, que el castigo sigue siempre a la presunción.

Heridos, o viendo que lo seríamos inevitablemente, nos hemos retirado a la fortaleza con los que son incapaces de pelear en campo raso. Por donde se ve que la vocación es asunto de prudencia y de deseo de la propia Salvación. No hay, por tanto, motivo de engreírse porque se haya dejado el mundo y se haya hecho uno religioso. Lo hemos hecho por nosotros mismos y sólo ganancia hay en ello.

No ignoro que hay dificultades que vencer y que hay mérito en ello; pero cuando se trabaja en propio provecho nada cuesta. ¡A qué precio no se habría comprado un lugar en el Arca! ¡A qué precio no se habrá de comprar en la vida religiosa, verdadera arca de salvación, cuyo piloto es el mismo Jesucristo

Leemos en el evangelio que al encontrar un hombre cierto tesoro, lo escondió en un campo, y que luego vendió todo lo que poseía para comprar este campo. Pues bien, para la vida religiosa hay que venderlo todo, porque es un tesoro incomparable.

Siendo la vida religiosa una elección que aconseja la prudencia y que redunda en propio provecho, no tenemos por qué ser pagados, pues no se paga a un enfermo porque se le cure, ni a un huésped porque se le reciba. Antes al contrario nos debemos mostrar agradecidos por habérsenos admitido. Nadie vaya a decir: La

Congregación me debe, por que le presto servicios. ¿Qué servicios son esos que prestáis? Antes sois carga que otra cosa, pues los demás aspiran al cielo, mientras que vosotros los retenéis en la tierra con vuestro mal ejemplo.

Por eso no me extraña la severidad que mostraban los Padres del desierto al admitir a sus discípulos. Los recibían con menosprecio, humillándolos y les hacían aguardar y gemir a la puerta por largo tiempo. Los mortificaban y sometían por años a toda clase de pruebas, y sólo después de todo esto los introducían en sus monasterios.

Hoy ya no hay fe para tamañas pruebas. No se habla más que de derechos. –¿Derecho a qué?, decidme. –¿Queréis ser aprendices? –Humillaos, servid y aprended. La vida religiosa no espera nada de vosotros, mientras que vosotros lo esperáis todo de ella. No os pide vuestros servicios, sino vosotros mismos.

Sólo un derecho tiene el religioso: el de ser humillado y menospreciado, y nada más. ¿Cómo soñáis en ser estimados y honrados si venís a tomarlo y recibirlo todo de la Congregación, que os da paz, salud y perseverancia y os saca del mundo y de vuestra ruina? ¿Por recibir estos beneficios os imagináis que vais a merecer recompensa?

No tal, sino aficionaos a ella como a vuestro único refugio de salvación, a pesar de todo lo que tengáis que padecer. Esta es para vosotros la gracia más necesaria e indispensable; si os arrojan por una puerta, volved a entrar por la otra. ¡Antes agarrarse a los manteles del altar que ser despedido!

Mirad lo desdichados que son los que salen. Pedid a Dios cada día que os guarde y haced cuantos esfuerzos podáis para merecerlo, pues se trata de un favor, de una misericordia, y no de un derecho. No contéis demasiado con vuestras gracias y con el divino llamamiento sin una cooperación muy activa. En tanto sea uno llevado de la gracia puede ser considerado como fuerte y generoso; pero una vez dejado a sí mismo, rinde armas en el primer encuentro y se sumerge en la ignominia. No se puede resistir a los sentidos sin una muralla de sólidas virtudes. Hay flores que no se abren más que en invernaderos y de ésas sois vosotros. Experimentadlo, si no lo creéis, o mejor, Dios os preserve de tal experiencia.

II

No sólo preserva la vida religiosa del peligro de perderse, sino que proporciona también los medios de salvación más seguros y abundantes.

En la vida religiosa es uno cultivado, como flor plantada en la tierra privilegiada que guarda la Iglesia para su esposo: *Plantatus in domo Domini,* plantado por Dios y cultivado por Jesucristo con toda clase de cuidados.

Así como para ser buen árbol hace falta la poda, porque la fuerza nutritiva derramada en demasiadas ramitas no produce hermosos frutos, así en la vida religiosa es uno podado para producir frutos más hermosos, y del mismo modo que se cortan la mayoría de las ramas dejando sólo aquellas que más prometen, así se os quita también a vosotros cuanto pudiera distraeros o dividiros, concentrándoos en lo único necesario.

Aquí se desmenuza la labor y se os da lo que haya que hacer cada día y a cada instante. No se os pide que tejáis la túnica de nuestro Señor que debéis llevar, sino que se os la da hecha. Lo único que hace falta es adornarla.

Como al siervo del evangelio que recibió los cinco talentos para hacerlos fructificar, así os da Jesucristo el capital de la vida religiosa. A vosotros toca hacerlo fructificar con los medios más adecuados.

Quisiera nuestro Señor que fuéramos como esos árboles del oriente siempre verdes y al mismo tiempo cargados de flores, de yemas y de frutos. Sus santos, su gracia, su Iglesia, todo se ocupa de nosotros en la vida religiosa.

¡Qué desdicha la nuestra, si medios tan excelentes no nos pueden hacer buenos! ¿Por qué? –Porque ello indicará que la semilla es mala, que tiene una úlcera en lo interior, una enfermedad oculta que roe la planta por dentro.

Si no adelantamos, ni siquiera nos conservamos en el mismo estado, preciso es confesar que somos muy malos, pues inutilizamos tantas gracias. ¿Y en qué habríamos parado en el mundo? ¡Tiempo ha que habríamos muerto!

Ganemos ahora lo correspondiente al tiempo perdido, completemos pronto lo que nos falta, seamos muy fieles. Si con gracias tan insignes nos perdiéramos, sería señal de que desde el

principio estábamos roídos en la raíz por un gusano pernicioso que chupaba la savia y esterilizaba todo.

Si hacéis todos los ejercicios y con todo no aprovecháis, es porque hay un vicio secreto, una enfermedad en la sangre. Familias reales se han visto que han adoptado niños expósitos dándoles esmerada educación; pero llegó un día en que los instintos groseros de estos niños despertaron, y en lugar de príncipes, como se pretendía, se obtuvieron unos necios orgullosos y crueles tiranos. Vino Jesucristo para sacarnos de nuestra bajeza y profunda miseria, trocándonos en varones de corazón semejante al suyo. ¿No se habrá equivocado? ¿Mostramos ahora las garras, como leones sólo en apariencia domesticados, que vuelven a su natural ferocidad? ¿No seríais cachorros que la Congregación ha amamantado a sus pechos tomándoos por hijos? ¿Vais a levantaros ahora para devorarla? No lograréis vuestro intento, pues está fuera de vuestro alcance, porque ella de Dios viene, suya es y Él seguirá protegiéndola como hasta ahora. Mas sobre vosotros caerá el castigo. Os castigará el Señor, como lo merecen los hijos ingratos y parricidas que no han sabido comprender su amor infinito.

Vengamos a cuentas; veamos si aprovechamos con las gracias de la vida religiosa. Si no es así, a vosotros sólo debéis achacar la causa no os habéis aplicado cuanto fuera menester. En lugar de encerraros resueltamente en el círculo de la perfección, diciéndoos: No he de salir por más que me costare, os trazáis caprichosamente una línea de conducta y ponéis condiciones a Dios. Y acontece lo que por fuerza tiene que acontecer: que en religión encontráis los mismos peligros que en el mundo, y que os condenáis en el puerto de salvación.

LA VOCACIÓN EUCARÍSTICA

Non vos me elegistis, sed ego elegi vos
"Yo os he elegido a vosotros y no vosotros a Mí" (Jn 15, 16)

Cuando uno se encuentra en vocación que requiere de sus miembros tanta santidad como la nuestra, fuerza es decir: Me ha llamado Dios; ciertamente, no me he metido yo en esto. Sólo Él ha podido escogerme e invitarme. Nada más que dudar de este llamamiento bastaría para verse uno tentado de salir, por ser tanta la incapacidad en que se ve de corresponder dignamente.

I

Desde toda la eternidad fuimos escogidos por Dios Padre para que fuéramos por estado adoradores de su divino Hijo en el santísimo Sacramento. A este glorioso servicio y a sus gracias y recompensas nos tiene predestinados.

El Padre nos crió para darnos a Jesucristo y nada más que para eso. Verdad es que todas las criaturas son para Él, pero hay cierta jerarquía en sus gracias y vocaciones que a un mismo tiempo son dignidades, como, por ejemplo, la vocación sacerdotal, la religiosa y la nuestra que tanto nos aproxima al divino Rey y por lo mismo tanto nos ennoblece.

Dios Padre nos escogió entre mil, y cuantas gracias nos ha dado tienen por blanco trocarnos en adoradores genuinos. Para esto nos dispuso cuerpo y alma y nos tiene dadas fuerzas, voluntad, simpatía e inclinación a este servicio. Nos ha hecho amar esta Congregación, y ésta es la causa de que todos cuantos han recibido verdadero llamamiento se encuentran tan a gusto junto al santísimo Sacramento, pues están en su centro y fin y no hay en ellos nada que no sea para eso. Cuando se les pone en otra parte sufren, porque no están en su tierra, bajo el sol que les hace falta. No, en ninguna otra parte están bien. Siéntense desterrados, ineptos e inútiles. ¡Claro! Como todas sus gracias y cualidades sobrenaturales, como también las cualidades naturales, estaban preparadas por Dios para la vida de

adoración y para el santísimo Sacramento...

Confírmalo la experiencia. Dejando de lado a los que salen faltando a las obligaciones contraídas –sabe Dios en lo que paran esos desdichados– el hecho es que en ninguna parte se encuentran a gusto los mismos que, después de comenzar a recibir como aspirantes las influencias eucarísticas, se van a otra parte con la esperanza de encontrar algo mejor. Su centro estaba junto al santísimo Sacramento y aquí hubieran debido vivir y morir. Vosotros mismos no acertáis a orar en las iglesias cuando vais de viaje, pues aunque allí esté Jesucristo, no lo está radiante y glorioso, en la forma que a vosotros os da la Iglesia para honrarlo con el culto solemne de la Exposición.

Yo os aseguro que al crearos el Padre dijo a su Hijo: Mira aquí un adorador para ti. Le daré todas las aptitudes, gracias y cualidades necesarias y te agradará.

II

Examinemos las cualidades de nuestra vocación. No me refiero a lo que desgraciadamente somos, sino a lo que es nuestra vocación ante Dios. Quisiera exponer cuán grande y sublime es esta gracia. No la comparo ni con lo que somos ni con la vocación de los demás, sino que juzgo de las cosas según los principios corrientes para clasificar las virtudes y los diferentes estados de la vida cristiana.

Ahora bien, la vocación eucarística es excelente entre todas. – La excelencia de una cosa nace, en efecto, de su fin, y el fin de nuestra vocación es el servicio de nuestro Señor Jesucristo en el estado más glorioso que acá en la tierra pueda tener, esto es, solemne y perpetuamente expuesto en el santísimo Sacramento. Fin más excelente que éste no puede haber; es tanto más excelente cuanto que nuestro servicio nos pone en relación inmediata con nuestro Señor. Nada se interpone entre nosotros y Jesucristo. No tenemos por fin al prójimo y las obras de celo, y por medio del prójimo y estas obras a nuestro Señor, sino que al mismo nuestro Señor servimos única y directamente. Como los ángeles que no dejan el trono del Cordero, estamos consagrados por vocación a la persona adorable de Jesucristo, no a sus miembros u obras. De Él y directamente de Él nace la dignidad y excelencia de nuestra vocación, pues cuanto sirve al rey es regio.

Nada tan excelente en la tierra como la Eucaristía, pues

Jesucristo no está ya pasible como durante su vida mortal, sino resucitado, glorioso y reinante.

Además, le servimos por la adoración, la cual, por ser expresión de la virtud de religión, es la virtud más excelente entre las morales, entraña por otra parte, el ejercicio de las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, que por tener a Dios como fin inmediato ocupan el primer puesto entre todas las virtudes, comunicando así su eminente dignidad a la virtud de la adoración. ¡Oh!, de haber comprendido toda la excelencia de la vocación que Dios nos ha dado, nunca nos hubiéramos atrevido a seguirla.

Para tan eminente vocación hacía falta fuéramos perfectos, ¡y cuán lejos estamos de serlo! Necesitaríamos la santidad de María, de los Ángeles y de los santos, dado que tenemos en la tierra las mismas funciones que ellos en el cielo, ¡y por dichosos nos podríamos tener si tan sólo tuviéramos las virtudes de un buen cristiano!

¡Qué diferencia entre lo que tenemos y lo que debiéramos tener! ¡Media un abismo! ¡Es de miedo!

Acaso digáis: Pues ¿por qué nos ha llamado Dios Padre, sabiendo que habíamos de corresponder tan mal a su llamamiento? – Porque nos ha amado demasiado. Nos ha llamado a pesar de nuestra indignidad, esperando que por fin subiríamos al nivel de nuestras obligaciones.

¡Honor obliga!, dicen por ahí. Honrad vuestra vocación con vuestras virtudes; no manchéis nunca el manto de honor y de gloria de Jesucristo, ese hermoso manto blanco con que Él cubre vuestra indigencia. No os relajéis nunca en este sublime servicio del rey de los reyes.

III

Nuestra vocación es santa. –Como los que constituye la excelencia de los medios es la perfección mayor o menor con que éstos alcanzan su fin, nuestra vocación posee un inmenso poder de santificación, porque de este modo particularísimo nos hace participar del estado de amor más alto y perfecto, que es el eucarístico, en que el amor de nuestro Señor llega hasta su última consumación.

Es santa porque nos pone en relación inmediata, en relación vital con nuestro Señor, que es no sólo una gracia, sino el autor

mismo de la gracia en el santísimo Sacramento dándonos así los medios más eficaces para santificarnos.

Da mucha gloria al Padre celestial, porque le presenta a Jesucristo sacramentado. Ahora bien, en el santísimo Sacramento Jesús está en un estado más perfecto que durante su vida mortal, pues está glorioso e inmortal, y en este estado de gloria y de realeza se inmola constantemente para gloria de su Padre.

Nuestra vocación nos hace partícipes de estos estados de Jesucristo, y Él quiere reproducirlos en nosotros, y por nosotros ejercitarlos: para eso nos ha llamado.

Para corresponder dignamente a este llamamiento, deberíamos ser santos. Si Dios encuentra manchas en los mismos ángeles, ¿qué será de nosotros? Deberíamos, por lo menos, imitarlos y cubrirnos la cara diciendo: Señor, no soy digno de tan santa vocación.

Y con ser esto así, nuestro Señor permite que nos acerquemos a Él, nos guarda en su servicio, está expuesto en su trono de amor y se contenta con nuestro pobre servicio y cada día nos va llenando de nuevas gracias. No vayáis a buscar el motivo de todo esto fuera de la divina condescendencia, realmente inefable. Espera el Señor que acabaremos comprendiendo lo que le debemos y haciéndonos dignos de su santidad adorable.

IV

Nuestra vocación es eminentemente apostólica. –El apostolado no es otra cosa que la difusión del reinado de Dios en las almas. Es propagar su conocimiento y amor, destruir el pecado y ensalzar a nuestro Señor y a la Iglesia. Mirad el inmenso poder de apostolado que nos da nuestra vocación.

A juzgar por lo que exteriormente se ve, bien podrían considerarnos como inútiles, pues no corremos tras los pecadores, ni vamos a misiones, ni enseñamos. Pero sería engañarse creer que el apostolado consiste en estos medios exteriores de celo, que son solamente su corteza y canal. Esencialmente consiste el apostolado en la oración que alcanza la gracia, en el sacrificio que expía el pecado y que aplica los méritos y satisfacciones de Jesucristo. El varón verdaderamente apostólico es aquel que, como san Pablo, *completa y acaba en su carne lo que falta a la Pasión de Jesucristo para la Iglesia* (Col 1, 24), es decir, aquel que le hace revivir,

merecer sufrir y rescatar en su alma y en su cuerpo. Porque Jesucristo vuelve a vivir en nosotros para por nosotros salvar; pide que le completemos, juntando nuestros méritos con los suyos; así es como continúa su oficio de salvador. Él es el apóstol de los apóstoles, y sólo Él rescata las almas en los apóstoles por la gracia y la virtud de su sangre.

Y nosotros hacemos trabajar a nuestro Señor en la conversión de las almas exponiéndole y uniéndonos por nuestras adoraciones con su oración y con su apostolado. Es privilegio de nuestra vocación el exponer a nuestro Señor y ponerle en el oficio solemne de su oficio de mediador. Y sólo estando nosotros a sus pies está Él en su trono. No permitiría la Iglesia que así perpetuase su presencia día y noche si no tuviera adoradores que día y noche se sucedieran para servirle. Tiene necesidad de nosotros para que se manifieste en su exposición: desligamos su poder.

¿Y qué hace en este trono? Presenta a su Padre sus adoraciones y anonadamientos contra el orgullo, sus hacimientos de gracias contra la ingratitud, su sangre y sufrimientos contra el pecado, sus oraciones incesantes para alcanzar la salvación de las almas que ha rescatado. Ved ahí la víctima pública. Puestos de hinojos a sus pies, teniendo una misma intención con Él, participamos de sus funciones mediadoras, con Él salvamos y rescatamos, participando de su perpetuo apostolado.

¿Creéis que esas oraciones de Jesucristo no son más poderosas que todas las obras apostólicas? ¡Como que son su condición y vida! Pues así somos nosotros apóstoles, por la unión a las oraciones, a los sufrimientos y sacrificio de Jesucristo.

El misionero lleva una gracia: nosotros tenemos el manantial de las gracias. El apostolado es ante todo sacrificio. Como ahora no puede sufrir Jesucristo en sí mismo, quiere sufrir en nosotros y en la adoración nos pide el sacrificio de nuestros gustos, libertad, vida y cuanto somos, y se lo ofrecemos todo esto, practicando así el apostolado más eficaz.

Y todo eso sin mezcla de infidelidad del orgullo, que vicia el apostolado, y sin tomar alguna parte de los frutos para nuestro provecho. Porque la vida apostólica no deja de tener sus encantos. Cuando un predicador tiene salud y talento y ve a un numeroso auditorio escuchar con avidez sus predicaciones, cuando nota el fruto

de sus trabajos y que engendra hijos a la gracia, experimenta todo el gozo de una madre. El trabajo puede ser recio, pero va mezclado de grandes satisfacciones y recompensas.

En cuanto a nosotros el apostolado nos inmola por completo, escondidos, olvidados y muertos al pie de la víctima divina, sin que veamos sus frutos, ni saboreemos recompensa alguna, contentándonos con saber que los produce.

¿Qué duda cabe de que no hace más quien administra el Bautismo que quien ha merecido la gracia del Bautismo? Si no hubiera quienes se inmolaran, si dejara de haber almas que se inmolasen con Jesucristo por los pecadores, la voz de los misioneros no sería otra cosa que campana que vanamente metiese ruido. ¿Qué pueden producir los vientos, si el sol no viene a fecundar lo que remueven?

No deja de ser muy hermoso, sin embargo, predicar la verdad y salvar a las almas por la palabra, diréis acaso. – Pero también vosotros predicaréis y salvaréis, pero será por medio de nuestro Señor y por su influencia directa. Otros predican por su gracia, nosotros por Él mismo; otros muestran su verdad, nosotros a Él mismo donde se halla vivo y presente por amor. Por Él haréis mucho. Pero no prediquéis más que por Él; ya veréis entonces cómo de todas partes acuden al Señor, pues tiene dicho: *Cuando fuere exaltado, atraeré todo a mí* (Jn 12, 32).

Tal es vuestra vocación; es hermosísima y amadla. No la comparéis nunca con las demás. Sabed tan sólo que el servicio de nuestro Señor vale tanto como el servicio de las almas.

V

Mas si tan hermosa es nuestra vocación, ¿por qué somos tan pocos? ¿Por qué nuestro Señor tiene tan pocos discípulos mientras que los santos los tienen tantos?

Es porque a los santos se les considera como protectores y amigos ante Dios. Se ve a ellos para recibir ayuda, para valerse de su poder, oraciones y protección, lo cual es muy consolador: sólo ganancia se encuentra en ellos.

Pero a nuestro Señor no se va con el fin de armarse con su socorro y protección, para luego dedicarse, ayudado de estos medios, a las obras santas a las que se tenga inclinación, que es lo propio de

las vocaciones activas. Aquí nos dice Jesús: Sígueme, adórame con todo tu ser; no te guardes nada, antes sacrifícame inclinaciones, actividad, talento, celo y vida, todo. Ponlo todo a mis pies haciendo de todo un holocausto completo. No se me honra menos sacrificándome estos dones que haciéndolos valer para mi gloria: *Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges* (Ps 15, 2).

Por eso ¿se os ha dicho alguna vez al venir? ¿qué traéis? ¿Qué dote, qué talentos? No, nunca salió de mi boca tal cosa, ni estuvo en mi mente. Sino que se os ha dicho: ¿Queréis servir? –Pues venid. A un servidor no se le pide nada, sino que se le da. Sólo se le pide que tome a pechos los intereses del amo a quien quiere servir. En otras partes sí, se piden esas cosas, y se hace bien, pues son necesarias para ejercitar el celo y multiplicar las obras de caridad. Nosotros, lo que debemos hacer es servir y adorar con el don de nosotros mismos.

En cuanto a virtudes, ¿se os ha preguntado alguna vez si erais santos, si erais humildes, mortificados o si habíais hecho obras buenas? Tampoco. Se os ha dicho sencillamente: ¿Quién os envía? ¿Quién os atrae? –Jesús sacramentado. ¿Para quién venís? –Para Jesucristo. –¿Con qué condiciones? –Con ninguna. –¿Lo deseabais desde hace mucho tiempo? ¿Habéis puesto a prueba el deseo? –Sí. –¿Tendréis valor para pasar por el fuego? Porque es una vocación de fuego. –Así lo espero. –Pues entonces entrad, entrad en seguida.

Se os ha iniciado entonces en la adoración y el servicio de nuestro Señor. Se os ha dicho que es lo único necesario en vuestra nueva vocación. Se os ha recomendado que no tengáis más que un fin, una sola mira: el servicio de la Persona de Jesucristo; que no deseéis agradar más que a Él y por solo Él trabajar, pues aquí Él es todo. La Congregación no es vuestro fin: antes es nuestro Señor que ella, que no es más que sierva con todos sus miembros; los que la dirigen, son los primeros servidores del único amo, nuestro Señor. Si le sois agradables, nada tendréis que temer. Si le servís bien, nada más se os podrá exigir, porque en servirle consiste toda vuestra perfección.

En otros Institutos se hace bien exigiendo aptitudes para tal o cual obra, ya que para trabajar en ellas se les recibe. Así, por ejemplo, para la enseñanza o las misiones. Para trabajar en la viña hacen falta instrumentos. Pero nosotros no nos preocupamos de lo que podríais traer para común utilidad, por que no cultivamos la viña,

sino al dueño de la viña.

Con todo, se han hecho indagaciones sobre vuestra honradez, porque no se viene aquí para hacer penitencia de una vida de desórdenes. Hay otros sitios para eso. La corte del rey no puede ser una Penitenciaría y antes de ser admitidos a su servicio hay que demostrar que se ha llevado vida decorosa.

Se os ha puesto también otra condición: ¿Queréis poneros en ese reclinatorio y arder como esa vela que está delante, consumiéndoos sin ni siquiera dejar pavesas?

¿Queréis ser servidores en toda la extensión de la palabra? Pues debéis servirle con una entrega completa, sin otra ambición que la de anonadaros para que Él aparezca: el servidor no debe pretender participar de los honores del Señor.

Y lo que cuesta es precisamente este servicio completo con todo lo que somos, con el sacrificio de la propia personalidad, que debe desaparecer. ¡Nosotros, nada; Él, todo!

¡Oh, qué difícil es no tenernos en nada por nuestro propio fin!. Ved si no volvéis a mirar diez veces al día a vosotros mismos, obrando por vosotros y por propio interés, con la mira puesta en cómo descansar, obrando naturalmente. Mas es necesario llegar a ser enteramente de Él, para Él y por Él.

VI

De ahí que la Congregación deba hacer sólo una cosa: procurar que vosotros desaparezcáis para que sobresalga más nuestro Señor con vuestro anonadamiento. No debe ella personificarse en ninguno de sus miembros, por santo y sabio que sea, sino ser únicamente sierva de Jesús, refiriendo a Él, y ofreciéndole los excelentes frutos de sus miembros en quienes Dios ha puesto dones mejores.

No debe gloriarse de sus felices éxitos, sino por tener mejor víctima que ofrecer, como Abel, al divino Amo. Por eso, ya podéis hacer las obras más resplandecientes, que no por eso os alabarán, ni pararán mientes en ellas. Antes al contrario, os deben poner muy abajo con vuestras obras, para mejor honrar al Señor que ha obrado en vosotros... ¿Ensalzaros a vosotros personalmente? ¡Nunca!

Sólo nuestro Señor merece alabanza y gloria y cuantas obras maravillosas le podáis ofrecer no son más que lo que le debéis, y harto poco por cierto para lo que merece el rey a quien servís.

Alabaras y agradeceros sería reconoceros cierta personalidad y consideraros como algo que fuese de vuestro dominio, siendo así que habéis hecho entrega de vosotros mismos para no ser nada y no pertenecer más que a nuestro Señor, único que lo merece: a Él sólo alabanza y gloria. En una batalla los soldados ganan la victoria, pero al general se da toda la gloria y se atribuye el triunfo.

Día llegará en que seremos recompensados ampliamente por cuanto hubiéremos hecho; mientras tanto, no nos preocupemos más que de servir. ¡Oh, cuántas veces vuelve uno a tomarse por negligencia, impaciencia, deseo de satisfacción o aprobación y otras cosas! Lo cual demuestra que es difícil darse como se debe.

En los demás Institutos se cultivan los dones de los religiosos y se trabaja porque produzcan lo más que pueden. Así llegan a ser sabios distinguidos o grandes oradores, y se les pone sobre candelero. Se ensalzan sus felices éxitos. Se les hace portaestandartes de la verdad y de la religión contra el error. De ellos se sirven para decir a los impíos e incrédulos: Ved lo que la religión puede hacer de unos hombres: nunca los igualaréis.

Esto está muy bien. Así se forman los grandes hombres de la Iglesia. Pero nosotros no debemos aspirar nunca a eso, nunca debemos cultivar a un miembro para hacer de él una personalidad saliente. Querer formar grandes hombres frente al Dios vivo, decir a alguno que es santo en presencia del Santo de los Santos, ¿cabe pensarlo? No, sino que los sabios, los genios y los santos se humillen ante nuestro Señor; que desaparezcan como estrellas cuando el sol se muestra. Aunque no se extingan los fuegos de las estrellas, absorbidos por la mucha luz del sol, no son observados. Otro tanto debe hacerse aquí. No debemos mostrar más que a nuestro Señor, nunca a un hombre, por más que fuese un prodigio de ciencia, elocuencia o santidad. Que ponga a los pies de nuestro Señor todos estos grandes dones, que así será mejor su sacrificio. Nunca se exhiba para atraerse las miradas, atenciones y respetos que sólo al señor y rey son debidos.

He aquí la vocación eucarística, la Congregación del Santísimo Sacramento, con su fin, espíritu y condiciones. No es ni quiere ser más que para el servicio de la persona de nuestro Señor. A Él consagra cuanto es y tiene, sus miembros y todo lo que son. Nada de eso quiere sustraer ni para sí ni para otros, porque aun juntándolo

todo, ¡resulta tan poca cosa para lo que merece el gran Rey!

Ojalá tenga por lo menos la dicha de poder oír de labios de Jesús: Estoy contento. Aquí tengo personas que me adoran, aman y sirven sólo por Mí.

LA RENUNCIA A TODA PROPIEDAD

El que no renuncia a cuanto posee, no puede ser mi discípulo. (Lc 14, 33)

I

Así expuso nuestro Señor la primera condición de la vida religiosa, que es renuncia, cruz y muerte. Porque en otra parte prometió el céntuplo a los que le siguieren dejándolo todo, hay quienes se imaginan que la vida religiosa da la verdadera felicidad natural y vienen para gozar de descanso desde esta vida. ¡Pobrecillos! ¡Aquí, si sólo se miran las cosas a la luz natural, uno es harto más desgraciado que en el mundo!

Allí había que practicar solamente la ley, mientras que aquí también los consejos. Allí se podía gozar de la familia, o formarse una, y prepararse una vida conforme a los propios gustos, disfrutando de los placeres legítimos; mientras que aquí no hay nada de eso, y ni siquiera del bien que se hace se puede disfrutar.

La verdad es que, cuando uno se hace religioso, se carga con una cruz que habrá que llevar hasta el fin de la vida.

No, no hay humanos placeres para el religioso, pues no creo que vayáis a llamar así a un recreo o a un solaz que se os permite de cuando en cuando, lo cual sólo sirve para más vivamente sentir aquello de que estáis privados habitualmente.

¿Soñáis con felicidad en la vida religiosa? –Celestial, si la hay; pero humana, ¡no queréis poco! –Por eso, no faltan quienes se van tristes y desanimados, diciendo que se equivocaron, que no creían que fuese cosa tan espinosa... Querían felicidad al estilo de los turcos...

Jesús ha prometido, sí, el céntuplo, pero consiste éste en el gozo interior, fruto de la mortificación y de la cruz, y no en la felicidad natural.

En el mundo cabe gozar de una felicidad mixta, mitad celestial, mitad humana; pero no en religión. Aquí no se puede ser feliz más que destruyendo todo lo que causa felicidad natural. ¡Cuántos se engañan en esto!

El religioso debe arrancarse siempre a sí mismo y a cuanto ama, inmolarse de continuo. ¿Queréis seguir a Jesucristo en su trono? Pues seguidle primero en sus sufrimientos y sabed que vais a la inmolación de todos los días. Será duro, pero es así. Es imposible perseverar, si no se penetra uno de estos sentimientos.

Lo cual es verdad sobre todo tratándose de nuestra vocación, que nos priva hasta de los consuelos del cielo y nos crucifica como holocausto a los pies de nuestro Señor.

Los misioneros gozan del céntuplo desde esta tierra; gozan de su conquista y conversiones. La naturaleza y la gracia han trabajado juntamente. La naturaleza dio el trabajo y la gracia lo hizo florecer y fructificar, y se recibe como recompensa la gratitud de las almas. Nosotros, en cambio, nos consumimos y ni siquiera se conoce el lugar por donde hemos pasado.

II

Sin embargo, Jesucristo dijo a los apóstoles: *"En cuanto a vosotros que habéis perseverado conmigo en las tribulaciones, os preparo un trono"* (Lc 22, 28-29). Es el reino eterno garantizado a los que por obtenerlo realizan ciertas condiciones.

La primera de todas es dejarlo todo para seguir a Jesús sin nada. Habéis de comenzar dejando vuestros bienes y el uso de cuanto poseéis. Es lo que se hace en la profesión.

Si tenéis una fortuna y queréis darla a la Congregación, para que la Congregación haga vivir con ella a nuestro Señor, viviendo por su parte de sus restos, está bien; pero no se os pide esto. Estáis libres para darla a quien bien os parezca.

Lo importante es que no os guardéis nada, sino que lo deis todo al Señor, que no dejará de daros lo necesario. Lo cual ciertamente cuesta. El sacerdote gusta de tener sus cosas, sus libros, de recibir regalitos, formarse un pequeño tesoro espiritual. Aquí nada de eso se os permite; nada podéis recibir; la Comunidad sólo recibe y dispone. Si os apropiarais alguna cosa tomándola por vuestra y guardándola para vuestro uso exclusivo, robaríais y faltaríais a la pobreza. Cuanto está a vuestro uso, lo está como de paso, y si os dijeran: Id en seguida, deberíais hacerlo al punto, abandonándolo todo sin preocuparos por lo que dejáis.

Hay que ser pobre respecto del alimento. Es verdad que ahora

tenéis todo lo que os hace falta, pero por una u otra razón podría suceder que os llegara a faltar lo ordinario. Y si os quejarais, yo os diría: ¿Por ventura habéis hecho voto de comer dos platos en la comida? Id, volved a comer bellotas en el mundo.

¿No está el pobre expuesto a que le falte pan, que no siempre llega? Habéis hecho profesión de ser pobres: sedlo cuando menos en estas ocasiones.

Desgraciadamente, estoy cierto que si tal os sucediera, murmuraríais: pues os ha de suceder, ya podéis esperaros a ello.

Cuando, por ejemplo, estéis de viaje en día de abstinencia, aunque el uso permite comer carne al viajero cuando no encuentra otra cosa, vosotros, por respeto a la pobreza, no comeréis carne, entendedlo bien, sino os contentaréis con lo que encontraréis, aunque fuese sólo pan.

Como pobre del Señor, sólo a pan y agua tiene derecho el religioso.

Ya sé que se traen razones para ser tratado de manera más confortable, como ser ahora los temperamentos más débiles que antes, ser necesario sostenerse para el trabajo, etcétera; pero también sé que por este portillo se llega a la sensualidad y a la gula, en lugar de practicar la pobreza.

¡Jesús padeció hambre, se vio obligado a restregar algunas espigas para sostenerse un poco, y nosotros quisiéramos que nada confortable nos faltara nunca! ¿En qué ha parado la pobreza de nuestro Señor?

Debemos ser pobres en el vestir. Si andáis tras lo fino y lo hermoso, faltáis a la pobreza. El mayor escándalo de la pobre Italia era ver cómo los religiosos rivalizaban con las mujeres en finura de telas y blancura de vestidos.

Examinaos bien sobre ello. Se dice que la tela fina dura más y que se economiza usándola, pero yo os digo que esto es puro orgullo en la pobreza.

–Pero me la han dado y la pobreza exige que la reciba. Pedid primero permiso y usadla luego con pena y vergüenza. Id a Argentenuil para ver la túnica de nuestro Señor, y decidme si es de tela fina. Si sois religiosos de Jesucristo, como Él debéis vestiros.

No os engañéis. Es hermoso y fácil decir: Soy pobre. Examinaos bien y veréis si lo sois. Mirad a qué tenéis apego y

rechazadlo al punto, que si no os perderá.

Se parece el religioso a un pasajero que con toda su fortuna viajase en un barco bien provisto de todo. Se levanta de pronto una tempestad. Jesucristo, que en una navecilla está a algunos pasos, os tiende como socorro una tabla, entendedlo bien. –Id a Él, pero dejadlo todo, que si no, los equipajes harían dar una vuelta a la tabla, dejándoos con todo en el fondo del agua.

Tened bien grabada esta verdad ante los ojos, a saber, que habéis dejado todo y habéis venido para nuestro Señor sin condiciones y sin guardaros nada. Nada hurtéis ni para el cuerpo ni para el alma. Porque además de la pobreza de los bienes exteriores hace falta renunciarse a sí mismo en cuerpo, alma y corazón, para dar todo a nuestro Señor.

III

Nuestro Señor espera que le rindáis homenaje de vuestro cuerpo y de vuestra alma, por lo que no debéis guardar nada ni del uno ni de la otra, si queréis ser bueno y leal siervo.

Os ha dado inteligencia y quiere sus frutos. Sean, pues, para Él todos vuestros estudios. Examinaos bien sobre esta materia y veréis que faltáis todos los días, estudiando para vosotros, por gusto natural y para tal o cual objeto también natural. Sin embargo, vuestra ciencia, vuestra única ciencia debe ser la del santísimo Sacramento.

¿Tenéis siempre puestos los ojos en esta única ciencia de su divina Persona, de su mejor servicio? –No. –Pues es señal que no habéis dado debidamente vuestro espíritu.

Y el corazón, ¿lo habéis dado? ¿Amáis únicamente a Jesús? ¿Y en qué grado? ¿No tenéis otros afectos que se cruzan con Él? Mirad dónde paran vuestros pensamientos, si habitualmente se fijan en nuestro Señor, en su amor y su adorable presencia. Según el amar es el pensar; a donde vaya el pensamiento va también el afecto.

Si amáis a nuestro Señor únicamente y por encima de todo, sólo en Él podréis pensar y a Él estudiaréis con pasión, acabando de comprenderle. El amor hizo a los santos concebir aquellos sus nobilísimos pensamientos, y los más amantes de entre ellos fueron los más sabios. Dios es luz, porque es amor.

Ahora bien, ¿es vuestro corazón completamente para el santísimo Sacramento? ¿No amáis nada contra o fuera de su servicio?

Porque aquí está la piedra de toque.

Para hacer entrega completa es también absolutamente necesario que vuestro cuerpo esté del todo a su servicio. Dice santa Teresa que en tanto no se haya dado a Dios la salud no se ha dado nada, y tiene mucha razón.

Tratándose de la santificación, lo que parece menos perfecto es muchas veces más difícil y se convierte en ocasión de lo más perfecto.

Si decís que vais a dar primero el espíritu, es pura pereza.

Dad primero el cuerpo, que luego daréis el espíritu. Esto cuesta más, porque somos esencialmente corporales y estamos sepultados en los sentidos.

Prácticamente el *yo* es el cuerpo, es lo natural, lo sensitivo mucho más que lo espiritual. Nuestro espíritu, encerrado como está en la carne, parece ser también de carne. Comenzad, pues, por dar ese cuerpo que os absorbe por completo.

Hay quienes quisieran servir a nuestro Señor, pero con la condición de ser tratados mejor que en el mundo. ¡Cuántos son los que sólo ventajas piden a la religión y vienen para asegurar el pan y asegurarse un retiro y abrigo cómodos! Son una nulidad como religiosos, buenos a lo sumo para que los enganche Garibaldi. En suma, unos ladrones del santuario. Bien podría Dios decirles: “Me habéis pospuesto a vuestro cuerpo”.

Examinémonos bien sobre este punto, que de seguro algo habrá por hacer.

Tal debe ser el don total, tal la renuncia. A todo nuestro ser se extiende el voto de pobreza: pararse en cosas exteriores equivale a no comprender su espíritu. El voto de pobreza consagra al religioso todo entero, y si no hacemos entrega de todo, no practicamos su virtud.

Fácil es decir: Os doy todo, Dios mío; pero no tan fácil el hacerlo.

Ea, reflexionemos, discurramos sobre el asunto. Sepamos lo que hacemos y a lo que nos hemos comprometido. Dad cuerda al movimiento de vuestra vida, esto es, renovad la buena voluntad y la recta intención. Combata siempre el amor de Dios al amor propio.

Faltáis cuantas veces tengáis más que Jesucristo.

Habéis hecho voto de ir siempre hacia adelante: no retrocedáis ni miréis a diestra ni siniestra, que detrás están las bayonetas de la

justicia de Dios y a derecha e izquierda los precipicios del infierno. Obrad por principios, que es lo que dura, mientras que el sentimiento luce por un momento y se acabó.

No faltan algunos que vienen respirando felicidad ni hablan de otra cosa que de la felicidad de la vida religiosa y de su satisfacción por entrar en ella. Generalmente hablando, no contéis con ellos, porque sólo tienen apego de corazón como los niños. Se trata de fuego de paja que carece de sustento.

Al contrario, quien se presente diciendo: Vengo para inmolarme por Dios todos los días, renunciándome a mí mismo; hasta el presente he sido malo; por eso primeramente seré víctima de propiciación por mis pecados, ese tal tiene verdadera vocación.

Proceded, por tanto, por convicción, con la persuasión inconmovible y evidente de que tales son vuestro deber y la voluntad de Dios. Tened entendido que vuestra felicidad está sólo en esto.

Ya no es posible retroceder. En el mundo arrastraríais los votos como grillos de condenado, y si queréis seguir siendo tibios en religión os encontraréis en un verdadero infierno. Haréis ni más ni menos que los demás, pero todo en balde. Y no es aguantable obrar bien exteriormente, condenarse a una vida de regla y de violencia, sin experimentar ninguna satisfacción interior, antes al contrario, viéndose castigado a cada momento con remordimientos, angustias y temores de la conciencia. Por lo menos hay que estar en paz con la conciencia.

Si es costoso hacer el bien, lo es más todavía parecer hacerlo y no hacerlo en realidad. Es imposible llevar una vida de santo, siendo interiormente un demonio.

Así que haced una verdadera y completa entrega por razón y convicción. Si el cuerpo llega a quejarse, mostradle que sólo ganancia hallará en ello, pues de otro modo no le quedaría tampoco más remedio que llevar la misma vida que los demás, aunque no lo quisiese.

En cuanto al espíritu, mostradle lo bueno, noble y hermoso que es servir a nuestro Señor. Mostradle* el bien en sí mismo y que se dé no por interés, sino por amor, obrando en consecuencia.

EL PECADO, MAL DE DIOS

Lo que más desagrada a Dios en la tierra y en nosotros es el pecado. Verdad es ésta que merece considerarse despacio. Ni los justos y santos están exentos de pecado. Nosotros mismos, ¿no tenemos la conciencia mancillada con no pocos veniales cuando menos? ¿No tuvimos alguna vez pecados mortales que llorar?

Sólo un mal, sólo una cosa que temer hay en la tierra, y es el pecado. Todo lo que Dios ha creado le agrada, aun las cosas que nos parecen más perjudiciales. Ni el gusano ni el barro ofenden los ojos de Dios, pues esas cosas están en su ser natural. Mientras que el pecado es una oposición a la voluntad divina, una degradación de su obra, una contradicción a su naturaleza y divino Ser, pues de suyo el pecado tiende a aniquilar a Dios negando y atacando sus atributos, que son su misma naturaleza.

Consideremos este horroroso mal contra Dios.

I

El pecado es una ofensa y un insulto a la autoridad soberana de Dios, a su majestad e imperio; es un insulto contra el creador.

Con facilidad se cree que el pecado no se opone tanto ni toca tan de cerca a Dios, ya que Él no se irrita en seguida ni castiga la ofensa. Pero ¿puede haber cosa más grave que faltar al respeto debido a un superior? ¡Si faltar a alguno al respeto es en la sociedad civil causa de odios, duelos y guerras, y se considera como un crimen!

En el mundo no dar al superior el puesto y el honor que le son debidos equivale a despreciarle. Y hay que ver lo atentos que son sobre este punto. Lo contrario no se perdona. Ni hay excusas que valgan, pues se supone siempre que uno ha recibido educación bastante para guardar el debido respeto a los demás, y se arroja de la sociedad a los mal educados, despreciándolos sin siquiera hacerles caso.

¿Y merecerá Dios que le tratemos sin miramiento? ¿No es

Señor de señores y Rey de reyes, a quien todo está sometido en el cielo y en la tierra, a quien los elementos obedecen, a quien los ángeles miran temblando y tomando por órdenes sus deseos?

Los animales, las plantas y los seres inanimados acatan el dominio de Dios y le obedecen; y no por hacerlo sin saber deja de ser un homenaje su obediencia a la autoridad que los gobierna.

Sólo el pecador se atreve a despreciar la divina autoridad. Dios da leyes, amenaza, castiga a los pecadores; mas el pecador se burla de Dios, de sus amenazas y castigos.

¿Que no lo habéis hecho con estos sentimientos? Ya puede ser. Pero eso significan vuestros actos; y si no le arrojáis directamente a la cara estos insultos, le despreciáis por lo menos con la indiferencia y olvido, no siendo por esto menor el mal.

Reparad en ello. En el día del juicio no dejará Dios de mostraros vuestros actos de desprecio, diciéndoos: Habéis obedecido a los hombres; ¿acaso no valía yo tanto como ellos? Habéis respetado a las criaturas, guardando vuestros insultos para el creador. ¿Merecía yo tal tratamiento? No acertaréis a contestar a esta justicia irritada, cuya luz pondrá ante los ojos de todos con claridad meridiana todo el horror del pecado, sus consecuencias incalculables y vuestras más secretas intenciones.

¡Hay tantos que ofenden a Dios! –Bueno, ¿y también vosotros queréis condenaros con ellos? ¿Y vais a ofender a Dios porque no castiga inmediatamente a los que le insultan?

En cuanto a nosotros, pecamos ante Dios, en presencia de Jesucristo en el santísimo Sacramento, de Jesucristo que vive su vida de Hombre-Dios. Obramos como aquellos abominables verdugos que le insultaron a la cara en el calvario. Los del Pretorio le velaron por lo menos el rostro, no atreviéndose a hacerlo bajo su mirada directa. –Y nosotros, por pereza, negligencia y otros modos cometemos ante sus ojos faltas que son verdaderos sacrilegios, veniales si se quiere, pero sacrilegios al fin.

¡Oh, si tuviéramos un poco de delicadeza de alma, nunca ofenderíamos a Dios! Ni hace falta ser escrupuloso para evitar hasta las apariencias de pecado –el escrupuloso es aquel que se queda siempre en el semiconsentimiento–; con ser delicados basta y sobra. No se insulta a quien se aprecia.

Mas resulta que a los hombres se les ve, pero no a Dios, y por

eso no se piensa en Él.

Pero ¿no tenéis fe? Porque la fe es una verdadera vista que nos da noticia más cierta de las cosas de Dios que la que los ojos puedan darnos, mostrándonos objetos sensibles.

Se ve con los ojos de la fe como con los ojos de la inteligencia. ¿Veis las relaciones de las ciencias y las leyes del número? Y, sin embargo, no por eso dejáis de creer en ellas. Pues entonces, ¿por qué no creéis en Dios?

Nuestro mayor mal está en la pereza, la negligencia, el olvido y el desaliento, lo cual es indicio de poca fe, respeto y amor.

Queremos lo que nos agrada y nos negamos a lo que nos contraría.

¡Cuántas veces nos ha cohibido el respeto humano! ¡Cuántas veces hemos dejado a Dios por el hombre, violando su ley por lo que pudieran decir! ¡Qué desprecio o qué indiferencia! ¡Y tratamos así nada menos que a Dios!

II

El pecado es una oposición a la santidad de Dios, que constituye su naturaleza. –Dios es esencialmente santo. La santidad constituye el primero de sus atributos y consiste en cuanto haya de bueno, hermoso y verdadero. Directamente contra ella va el pecado.

Manchamos la santidad divina, que en nosotros habita, porque recibimos una emanación de ella en el Bautismo, con la gracia santificante, que nos hizo santos y semejantes a Dios. Manchamos la divina imagen. De Dios es nuestra alma y templo del Espíritu Santo el cuerpo; somos miembros de Jesucristo, por lo que, pecando, profanamos su cuerpo y metemos en una cloaca a Jesucristo con la túnica blanca de santidad y de justicia que nos ha dado; le entregamos al demonio.

El pecado es una cosa infecta, una corrupción, una disolución pútrida; hace de nuestra alma un cadáver horrible, sobre todo si se trata de pecados sensuales. ¡Y Dios nos ve en este estado! ¡Qué horror debemos inspirarle a Él, a los Ángeles y a los santos! ¡Porque nos ven todos ellos!

San Pablo (2Co 2, 14-15) nos dice que exhalemos el buen olor de Jesucristo, y nosotros despedimos olor de podredumbre. Hay santos que conocen a los pecadores por el olor que exhalan. ¡Qué

vergüenza sentiríamos si nuestros pecados exhalaran su olor natural, y sintiéndolo otros lo advirtieran! No nos atreveríamos a mostrarnos ni podríamos soportarnos. Se dice de Antíoco que la llaga que en castigo de su orgullo recibió despedía tal olor, que comunicó la peste al ejército. Tal es el perfume de nuestros pecados.

Por manera que con el pecado manchamos la santidad de Dios en el cuerpo y en el alma. ¿Cómo puede Él venir a un alma en que habita el pecado? ¿Cómo podría poner el pie? ¡Y con todo, le hacemos venir a esta cloaca impura! ¿En qué pensamos? Tratándose de pecados de pura flaqueza, pase, porque no son más que polvo, y Dios no tiene horror de este polvo inherente a nuestra miseria; ¡pero pecados voluntarios, pecados a los que se tiene afecto, pecados que hasta por costumbre se cometen!

Valdría más no recibir a nuestro Señor que recibirle cuando cometemos pecados habituales. Viene Él con desagrado, le hacemos violencia, se ve ligado y nos obedece, pero ya veremos su venganza cuando llegue el trance de la muerte. Con terrible voz nos dirá: ¿Cómo te has atrevido a recibirme en cuerpo tan abominablemente sucio?

Es tal nuestro atrevimiento, que llevamos nuestra podredumbre hasta el cuerpo de Jesucristo, manchándolo. Porque estas especies que tocamos le están inseparablemente unidas; la Iglesia quiere que sean adoradas con el mismo culto de latría que su cuerpo visible, por lo que manchamos su mismo cuerpo con nuestro abominable contacto.

El pecado del alma va contra la santísima Trinidad, que en ella habita y la mancilla con su fetidez. La santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos viene sustancial y realmente cuando comulgamos y el pecado ataca a todo lo que hay de más santo, a Dios, a las tres divinas personas, a Jesucristo.

¡Oh! ¿Cómo tolera Dios estas cosas? Si al punto nos castigara, nos veríamos constantemente azotados a la puerta del templo como Heliodoro. Mas sopórtanos su bondad. ¿Pero acaso la bondad da derecho para insultar?

No sé en qué pensamos. Es para rabiarse uno contra sí mismo verse obligado a decir: ¡No trato a Dios como trataría al último de mis criados!

¿Que no reparáis en ello? Tenéis obligación de reparar. A

nadie se le permite cometer crímenes para distraerse. Quien ha llegado hasta olvidar deberes tan esenciales como el respeto que se debe a la santidad de Dios es más culpable que quien le ofende por arrebato de la pasión.

La santidad divina no dejará de tomar su desquite armando el brazo de la divina justicia, pues Dios no puede consentir que le ofendamos así. Es cosa espantosa decirlo, pero es la verdad que nos servimos de Dios para cometer nuestras iniquidades, de lo cual se queja Él diciendo: *Servire me fecisti in peccatis tuis* (Is 43, 24).

No podemos producir el menor movimiento sin que con voluntad actual coopere Dios, y así desviamos la fuerza y la vida que nos da contra sus designios y lo que al proceder de Él era bueno nosotros lo tornamos malo, violentándole. De cuya violencia se vengará Él eternamente, pues ya llegará su día.

III

Finalmente, el pecado es una injuria a la bondad de Dios, una ingratitud abominable. –¿Cómo es posible que viviendo de la bondad de Dios sigamos ofendiéndole?

Tan bueno es Dios, que si de nuevo pudiera morir lo haría; ¿y vamos a ofenderle porque es bueno?

No quiere condenarnos en seguida, ¡y por eso mismo le ofendemos nosotros una vez más!

Cuando se piensa en estas cosas, fuerza es decir: Soy el más abominable de los seres. ¡Ya lo creo que sí! Y como el pecado crece en proporción de las gracias y favores recibidos de la bondad divina, juzgad hasta dónde llegan nuestros pecados.

Más ofende la frialdad de un amigo que los insultos del enemigo. ¡Qué poco delicados somos, pues, para con el mejor de los amigos!

¡Si nos escondiéramos siquiera para ofenderle! Pero nada, pecamos bajo su mirada eucarística; le ofendemos a sus pies, adorándole. –¿Qué hacer? –Considerarse con horror como un abortón y un miserable.

A pesar de todo, Dios me trata como amigo. –Ello demuestra que es buenísimo Él; pero vosotros, ¿qué diríais si yo os dijera que todos los pecados florecen en vuestra alma, si los pudiera revelar y mostraros a los ojos de todos como sois a los de Dios? Os cubriríais

de vergüenza y querríais penetrar en las entrañas de la tierra. Pues bien: avergonzaos, porque Dios os ve. ¡Ah!, evitemos el pecado; ante todo, no pequemos ya. A un hijo puede perdonársele el que no ayude a los padres y no sepa hacer nada, pero nunca el que los insulte.

A falta de otra cosa, aplicad cuando menos el principio de que no debe hacerse a Dios lo que no haríamos a un hombre como nosotros.

Tengamos cuando menos tanta estima de la honra como el soldado que quiere pasar todo el tiempo sin ser castigado, únicamente para poder decir: Nunca he sido castigado. ¿No tendremos siquiera este sentimiento vulgar de la honra? ¿No vamos a pasar un día sin pecar? ¡Realmente es muy pobre!

No ofendamos ya a Dios. Seamos o no humildes, pacientes, mortificados; hagamos hermosos actos o no los hagamos; os perdono que no tengáis virtudes, pero no pequéis ya nunca, os lo suplico; no pequéis nunca jamás en adelante.

LOS EFECTOS DEL PECADO VENIAL

Es muy cierto que el amor de Dios todo lo reemplaza y para todo basta; pero cuando no purifica del pecado, no es verdadero o no muy intenso. Porque el primer efecto del amor es purificar.

Por eso debemos examinar todavía el pecado y sus funestas consecuencias para tener horror del mismo.

¿De dónde nace que sintamos tan poco horror del pecado que nos quedamos en él sin temor, sabiendo que lo tenemos, y conociéndolo no nos esmeremos más para evitarlo o enmendarnos de él? Nace de la mala o negligente voluntad, de la indelicadeza o del poco amor de Dios.

Pronto llegaríamos a santos, si hiciéramos por Dios y por nuestra alma lo que se hace en el comercio y en cualquier estado para lograr feliz éxito. Dios nos paga lo que hacemos por Él y los cuidados que nos tomamos para nuestra alma, y, sin embargo, le servimos mal.

En fin de cuentas, ¿qué es el pecado venial sino falta ligera que no da muerte al alma?, dicen algunos. Y con este pensamiento no se inquietan para nada del pecado venial. ¡Cuántas cosas nos enseñará el purgatorio! Pero, desde ahora, ved los efectos del pecado venial y comprenderéis cuánto debéis huirlo.

No me refiero a las faltas inherentes a la debilidad humana, que nacen de la fragilidad, contra las cuales se está en guardia, que sólo por sorpresa se cometen, saliendo de ellas luego de cometidas, sino al afecto al pecado venial, que es causa de que lo cometamos fácilmente, de que no se note el daño producido y de que se guarde sin inquietud; en suma, me refiero al pecado venial que primero se comete porque uno lo quiere y luego por costumbre.

I

El pecado venial paraliza el poder de Dios sobre nuestra alma. –Cuando Dios se encuentra con el pecado venial en el camino del alma, nada puede, porque un obstáculo detiene su poder.

En el otro mundo se paga lo justo sin necesidad del consentimiento del culpable; mas acá, en la tierra, siempre se nos respeta la libertad. Dios no puede hacer más que lo que le consentimos que haga y la voluntad perversa del hombre puede más para rechazar el poder de Dios que Dios mismo. No, Dios no puede nada en aquel cuya conciencia está ocupada por el afecto al pecado venial; es imposible que junte su poder con el nuestro, su acción con la nuestra. En virtud de su propia naturaleza, el pecado es aversión de Dios y constituye una oposición de esencia a esencia y de naturaleza a naturaleza. ¿Qué queréis que haga Dios? Bien podría derrocarnos, pero habiéndonos dado un tiempo para vivir gozando de nuestra libertad, respeta su decreto.

El pecado venial detiene el curso de la divina bondad. La gracia es una efusión de la bondad divina y Dios no puede de ningún modo darla a quien dice: No la quiero. Imposible que haga bueno un acto de suyo malo. El pecado venial es una negación que oponemos a la gracia solicitante, anulando su acción. No pudiendo franquear la puerta del corazón, Dios se retira, pues no quiere violentarla sino que tan sólo ruega que se le abra. La sagrada Escritura nos lo muestra repetidas veces pidiendo como amigo al alma que tenga a bien recibirle dentro con sus gracias, o rogando a Israel que le escuche. También durante su vida suplicó nuestro Señor que se dignaran recibirle. Pero no se le quiere, y se ve obligado a retirarse.

Hablo siempre del pecado venial, el cual, si bien no destruye el estado de gracia, con todo paraliza su acción. No se opone al hábito de la gracia, pero sí a su eficacia y actos.

Se opone a la gracia actual, tan necesaria para obrar sobrenaturalmente, pues que sin ella no podemos nada para salvarnos. La gracia actual es luz, es inspiración; es el obrar de Jesucristo y de su Espíritu en nosotros. Pues el pecado venial destruye o impide estos efectos. Obscurece al alma, limita su horizonte, la envuelve en tinieblas. La luz de la gracia se nos presenta incesantemente para alumbrar la inteligencia y mostrar los motivos sobrenaturales y el bien divino, pero si le cerramos la entrada, imposible que entre. El sol de amor sólo alumbrará la piedra de nuestro sepulcro y nosotros quedaremos sepultados en tinieblas.

El pecado venial corresponde en esto a un secreto instinto de nuestra caída naturaleza. El hombre teme más la luz de Dios que su

misma bondad, porque la luz queda, persiste. Del mismo modo que los judíos no querían oír a Jesucristo, sino que le lapidaban tan pronto como se ponía a decir una verdad, del mismo modo que no se suele querer oír a un pobre que expone sus miserias, sino que se le da en seguida la limosna para que no nos conmueva demasiado, así también nosotros no queremos vernos, ni ver a Dios, ni su voluntad, ni lo que nos pide. Pero la luz que rechazamos nos acusa, y tanto más cuanto mayor sea. ¿Y qué será de nosotros que vivimos en tinieblas de pecado junto a la refulgente luz de la Eucaristía? Podemos con toda razón decir que pecamos en plena luz, y por lo mismo serán más graves nuestros pecados y más severo el castigo que recibiremos.

La gracia es también calor vivificante con el que Dios quiere mover nuestra voluntad, inclinándola suavemente a lo que nos pide; mas el pecado es frío y hielo de sepulcro, tanto que impide el calor divino penetrar hasta nuestros corazones, no sea que nos despertemos del letargo.

¡Es tan suave, poderoso y benéfico el calor que emana del santísimo Sacramento, donde se encuentra el foco del corazón vivo de Jesucristo! Pero el pecado hace que huyamos de él; huimos en cuanto sentimos que nos presenta nuestro Señor su corazón para ganarnos por medio de la ternura. Tenemos miedo de que nos diga que nos ama, porque entonces nos veríamos obligados a contestar, que también nosotros. Esto ya lo decimos con los labios, pero como de pasada; no quisiéramos que nos cogieran la palabra.

En dejándose abrazar un enemigo queda desarmado y pasa a ser amigo. Otro tanto sucedería con nosotros, pero nos arredran los deberes de la amistad.

La gracia es asimismo aquella acción con la que el Espíritu Santo renueva y continúa en nosotros la vida de Jesucristo. Nos dice: toma esta gracia, haz este buen acto, este sacrificio. Trabajemos juntos: yo daré capital y medios y tú te llevarás el fruto y el mérito. El pecado nos impide aceptar esta amorosa propuesta y la rechazamos; el contrato de sociedad propuesto resulta imposible, porque nuestro Señor no puede juntar su acción con el pecado que le es diametralmente opuesto. De esta suerte el pecado venial viene a ser ruina de la gracia actual, pues impide su actuación y la destruye. Ata a Jesucristo a la puerta del alma. Va minando poquito a poco la gracia santificante y nos convierte en agua estancada que no es

alimentada por ninguna fuente viva ni movida por ninguna corriente purificadora.

El pecado venial destruye la gloria que debiéramos dar a Dios con nuestras acciones.

Dios es dueño y propietario de nuestra vida, y tan sólo inquilinos y servidores nosotros. Nos confía talentos que debemos hacer fructificar. Es obligación rigurosa para nosotros procurar su gloria en la tierra. Recordad cómo fue castigado el siervo negligente que encerró su talento.

Pues por el pecado dejamos de reconocer por dueño a quien todo lo debemos, suplantándole nosotros y obrando por nuestra cuenta. Porque ¿qué gloria se le sigue de acciones que sólo van inspiradas por el amor propio? El pecado destruye todo lo que podría elevarse hacia Él y glorificarle; destruye la gloria de Dios en las criaturas.

Tal es la guerra del pecado venial contra Dios y sus atributos.

II

Pasando ahora a considerar los efectos que en nosotros produce, ¡qué cosa más triste es el pecado venial! Mirad lo que hizo en los apóstoles. Por espacio de tres años viven con nuestro Señor, viéndole, oyéndole, gozando de sus milagros y explicaciones particulares e íntimas. ¿Aprovecharon acaso? Nada. Ni siquiera se corrigen de sus defectos, sino que puedan con su ambición, envidia y amor propio. ¿Y cuál es el obstáculo? El pecado venial. El Evangelio nota sus faltas y solo resultan veniales, son defectos leves. Mirad, sin embargo, a lo que les conduce, miradlos en el huerto de los olivos, mirad a Pedro renegando de su Señor. También Judas vivió con nuestro Señor y sus infidelidades comenzaron por ligeras faltas de avaricia.

Bien se puede vivir en la vocación más santa y pasar la vida entera junto al santísimo Sacramento sin ser por eso santo.

A falta de otra cosa tengamos por lo menos piedad de nuestro Señor; no le insultemos a la cara. No se despide con insultos a un pobre a quien no se puede dar nada, ni se contesta con groserías al bienhechor que se ha conducido liberalmente. ¡Y de qué beneficios no nos colma nuestro Señor!

Más todavía. El pecado venial que paraliza el poder de Dios,

aumenta el del demonio y el de la corrompida naturaleza que gobierna, de suerte que obrando por natural instinto y amor propio, acertemos y quedemos satisfechos, pues la naturaleza es muy hábil cuando para sí trabaja. Mas, ¿qué hay para Dios en obras semejantes?

Como el pecado venial anula el efecto de la gracia actual, cuanto hacemos se vuelve estéril. Dios nos ofrece su gracia, pero nosotros nos mostramos infieles negándonos a ella y rechazando su dirección para no depender más que de nosotros.

Claro que no todos los actos de un hombre que obra naturalmente son pecados, y que sin la gracia sobrenatural se pueden hacer actos de virtud moralmente buenos y honestos, pero nada de eso sube a lo alto. Para que un acto suba hasta el trono de Dios y sea allí coronado, menester es que lo llevé la gracia, la cual solamente tiene fuerzas para saltar hasta la vida eterna.

Además de que, con ser así en teoría, sucede muy de otro modo en la práctica. Yo no creo en virtudes morales de quienes carecen de virtudes divinas. Quien por obrar naturalmente rehúsa la gracia que Dios le ofrece, obra perversamente.

¡Con cuánta mayor razón cabe decir esto de nosotros! No se baja de gracias tan insignes como las nuestras sin que todos los miembros queden molidos.

De todos modos, quien obra bajo la influencia del pecado venial se priva de mérito. Es en balde que trabaje mucho, pues no ganará nada. Y no solamente no ganará nada, sino que será castigado por no haber hecho aquello que debía hacer por tener gracia para ello. De este modo las buenas obras se convierten en nuestra condenación, porque todo aquello a que se extiende el pecado venial es inútil. El pecado es como el gusano que roe la raíz.

Lo que habíamos comenzado bien con la gracia se vuelve inútil para la recompensa en cuanto se apodera del amor propio. Así que el pecado venial vuelve malas las obras buenas y está esperándolas para al fin perderlas, encontrándonos nosotros entonces en condiciones análogas a las del labrador que en un abrir y cerrar de ojos ve perdido el fruto de un año de trabajo. Un pecadillo de amor propio, de mira personal, basta para viciarlo todo.

Finalmente, el pecado venial es causa de desdichas. El religioso tibio es el más desdichado de los hombres. Trabaja como sus hermanos, pero no recibe los consuelos celestiales que a ellos

tanto aligeran el trabajo, por negarse a ello. Dios no puede darle su paz y su unción para que las paladee porque tropieza con ese obstáculo del pecado, barrera infranqueable para su bondad.

Tampoco saborea la alegría de la buena conciencia, que no brota más que en la conciencia iluminada y visitada por Dios. En lugar de ese banquete perpetuo, sólo negruras se ven en la suya y no respira más que azufre; remordimientos y temores la torturan y tiembla de continuo llevando consigo siempre este perpetuo castigo.

Tampoco experimenta los consuelos que el mundo suele dar a los que le sirven, porque el mundo con sus placeres no llega hasta él. Esto le mueve a abandonar la vocación para pedírselos, sin conseguir no obstante otra cosa que aumentar su desdicha, porque por donde quiera tendrá que arrastrar la cadena de sus votos y compromisos.

¡Qué caro se paga el pecado venial! Penetra halagando y queda mordiendo. Es un hormiguero que roe el corazón. Ni se experimenta ya placer ni gozo en la oración, pues no se puede ver a Dios. ¿No lo sabéis por experiencia?

Ea, amemos a nuestro Señor por lo menos tanto como para no ofenderle y, sobre todo, no quedemos en el pecado, sino levantémonos en seguida con el amor y la penitencia si hemos tenido la desgracia de cometerlo.

¡Qué pena causamos a Dios! No sería difícil durante los ejercicios hacer la suma de los pecados veniales que se cometen durante el día: ¡el total os aterraría! ¿Pues qué sería si sumarais todos los que habéis cometido en toda vuestra vida? Un minuto basta para pecar y los pecados interiores requieren menos tiempo todavía. ¡Son realmente incalculables nuestros pecados veniales!

Créese que uno no es responsable sino de los que conoce; debe decirse de los que comete, lo cual ya no es lo mismo, porque conocer y cometer son dos cosas.

Nuestro Señor dijo que tendremos que dar cuenta hasta de una palabra ociosa o inútil. Si una inutilidad es motivo de juicio, imaginad, si podéis, los pecados de pereza, sensualidad y amor propio que habéis cometido. ¡Preciso será, sin embargo, reconocerlos en el Purgatorio y expiarlos hasta el último!

Seamos, por tanto, muy delicados ante las menores faltas, sobre todas las cosas que tocan a la conciencia y a la regla. Tengamos sumo cuidado, que los que dejan la vocación por crímenes comienzan

por cosas de nada. Cuando una piedra se desgaja del monte, no se sabe dónde parará, pero sí que bajará tanto más cuanto de más alto caiga.

LA EXPIACIÓN DEL PECADO POR NUESTRO SEÑOR

Meditemos sobre la manera cómo Jesucristo expió el pecado: en esta meditación hallaremos las ideas genuinas de reparación y de penitencia y comprenderemos toda la malicia del pecado.

Después de todo, ¿qué mal hace a Dios el pecado?, dicen algunos. Porque no destruye ni alcanza en realidad a la esencia de Dios, ni quita el menor átomo a su felicidad. ¿Qué pueden enanos contra gigantes?

Así discurre el mundo y también más o menos las almas piadosas para excusar sus pecados.

Pues véase ahora la contestación: Queriendo que viéramos lo que es el pecado, Dios nos dio a su propio Hijo para pagar rigurosamente la deuda y expiar de modo que la expiación igualara a la ofensa.

El pecado merece todo lo que Jesucristo sufrió, pues Dios no hizo otra cosa que satisfacer todas las exigencias de su justicia al condenarle a aquella terrible pasión y muerte en el calvario.

Vino Jesús y cargó con nuestros pecados, respondiendo de ellos, y en lugar nuestro sufrió lo que nosotros hubiéramos debido sufrir. Si queréis, pues, comprender la grandeza del mal, estudiad la grandeza de la reparación. El pecado equivale a Jesucristo crucificado.

Y como todos los pecados nacen de sus tres fuentes, que son: orgullo, avaricia y concupiscencia de la carne, veamos cómo ha expiado Jesucristo este triple mal.

I

Jesús cargó sobre sí toda suerte de humillaciones para reparar el orgullo. Se humilló el Verbo hasta tomar la forma de esclavo. Vino para ser anonadado y toda su vida no es sino larga humillación terminada con el oprobio del calvario.

Ved cómo se humilla al nacer. Se disfruta enalteciendo el

propio nacimiento y la nobleza de origen. ¡Con cuánto agrado habla uno del castillo en que vio la luz! Pues para confundir este orgullo de casta, Jesús nace en un establo.

También se habla a gusto de la educación recibida y de los célebres maestros tenidos. Jesús huye a Egipto, y luego vuelve a Nazaret, lugar de tan poca fama, que un hombre honrado pudo decir de ella: *¿Puede salir algo bueno de Nazaret?* (Jn 1, 46). A los ojos del mundo, uno de Nazaret no valía nada.

¡Cuánto agrada decir: Mi país es muy hermoso; soy de una ciudad muy grande, de una comarca rica! Mientras que Jesucristo dijo que era de Nazaret, aun cuando en realidad fuese de la ciudad de Judá. Se diría que tenía afición predominante a la humillación. Su orgullo era verse anonadado en todo.

Se habla de los felices éxitos que se han obtenido en los estudios. ¡Gusta tanto ser tenido por sabio! ¡Y decir que siendo Jesús el Verbo de Dios y sabiéndolo todo, calla por espacio de treinta años! ¡Y decir que fue considerado como artesano, ignorante y carpintero!

Más tarde realizará obras admirables, pero ordenando que queden ocultas y que no se hable de ellas. En cuanto se le quiere ensalzar por ellas, huye al desierto.

Satisface el hablar de las relaciones con los grandes y poderosos, diciendo: Fulano, hombre tan ilustre, es amigo mío; me conoce y recibe, haciendo así de los amigos escala para subir.

Nuestro Señor no es conocido de los grandes y no conoce a nadie que tenga mucha influencia. Antes al contrario, los ricos y poderosos son enemigos suyos, porque Él es pobre y galileo. Gentes pobres, ignorantes y de costumbres groseras le rodean. Los pobres y la plebe son los que de ordinario le siguen y oyen, y si también van los demás en pos de Él, es para sorprenderle. Cuando alguno de los grandes le cobra cariño, lo calla y sólo de noche acude a Él, cual si fuera cosa vergonzosa tratarle.

Así es cómo nuestro Señor repara el orgullo durante su vida.

Mas ¿qué diremos de las humillaciones de la Pasión? No daré detalles: ya los sabéis, pero seguidle por las casas de Caifás, Herodes y Pilatos y ved lo que cuesta el orgullo. Miradle en la cruz entre dos ladrones, maldiciéndole todos, y no sin alguna razón, ya que quiso pasar por culpable. Y como la justicia de su pueblo le había condenado, cuantos le veían en la cruz decían: ¡Maldito el que pende

de la cruz!

Por manera que es maldito de Dios y de los hombres, un gusano de la tierra. Ni a mirarle se atreve uno, por ser tantas las humillaciones de toda laya que le desfiguran y envuelven. ¡Nunca hubo leproso que tal asco inspirase!

Hasta tal punto abrazó nuestro Señor la humildad, la amó e hizo suya, que es la cosa de que más se gloría y que más desea vean en Él: *discite a me quia... humilis corde* (Mt 11, 29).

He ahí lo que ha costado el orgullo, lo que ha tenido que exigir el Padre a su Hijo para satisfacción de su justicia y restablecimiento de los derechos de su Majestad conculcados por el pecado. ¿Diréis ahora que el pecado es indiferente para Dios?

Cuantas veces cometemos un pecado de orgullo, renovamos todas las humillaciones de nuestro Señor.

Nuestro fondo es orgullo y de él nacen directa o indirectamente todos los pecados: quitad el orgullo y habréis secado su fuente. La misma lujuria no es la más de las veces otra cosa que castigo del orgullo, pues como dice san Pablo, Dios abandonó a los que siguen a su orgullo a los necios deseos de la carne. El avaro no lo es más que por orgullo: el egoísmo viene a ser para él la última palabra. Su norma es: Yo, aunque sea con daño de todos, yo, como fin de todo.

Todos los pecados guardan parentesco con el orgullo y puede demostrase cómo descienden de él. Por lo cual lo expió Jesucristo más que otro alguno, queriendo sobre todas las cosas ser humillado en todo y siempre.

Hay con todo una clase de orgullo más dañino que debe evitarse con especial cuidado: es el orgullo espiritual, que consiste en gloriarse de las gracias de Dios, haciéndose fin de los dones sobrenaturales y coronándose con sus beneficios, un orgullo que nace de la nobleza de la vocación, del sacerdocio, por el cual quiere uno elevarse a los ojos de los demás hombres, fundándose en sus prerrogativas, ganándose con ellas estima y confianza humanas. Es el orgullo que tuvo Lucifer en el cielo, el peor de todos, orgullo sacrílego por cierto.

Es, por otra parte, el más sutil y duradero. Porque cuando el orgullo se funda en alguna prenda natural, como la fortuna o la ciencia, no dura mucho, pues no se tarda en encontrar otro más rico y

sabio. Mas en este otro orgullo satánico, ¿quién puede ver claro lo que hay en el fondo? Lo que exteriormente se trasluce de vuestra vida confirma el creer de las gentes. El mundo se fija en vuestras gracias, en el puesto que ocupáis en el santuario, e ignora lo indignos que sois en el fondo, con lo cual el orgullo sigue arraigándose más y más. Es éste un robo sacrílego, por el que uno hurta los dones divinos, arrebatando el amor de las almas al único que lo merece, Dios, y sirviéndose para sí de su gracia, de sus funciones, de los dones sublimes de que le hiciera ministro.

En virtud de este orgullo quiere uno ser estimado de los hombres a causa de la dignidad recibida de Dios, igual que si la hubiese merecido y fuese propia como justa recompensa de sus merecimientos. De esta manera nos hacemos un trono con dones gratuitos que Dios nos ha confiado tan sólo para hacerlos fructificar para Él y comunicarlos a la familia cristiana, y nos sentamos en él para ser honrados en lugar de Dios, a quien expulsamos.

Yo os digo que este orgullo sacrílego es peor que el de Lucifer y sus ángeles en el cielo, pues ellos al menos no habían visto a Jesús sacramentado. Nosotros tenemos orgullo en la misma presencia de nuestro Señor anonadado y humillado hasta excesos inauditos, llegando a elevarnos valiéndonos como de escala de las mismísimas humillaciones de Jesucristo.

Por esto yo estoy convencido de que todos los castigos que Dios envía a sus elegidos, a los de su santuario, son para castigar este linaje de abominable orgullo, pues hay aquí un fondo de verdad y apariencia tan engañosas que sólo Dios puede castigarlas. Mirad, por tanto, las caídas, mirad los abismos a que ruedan los que a sí mismos se han propuesto como fin y recompensa coronándose con esos dones y apropiándose el culto de las almas.

Dicen los del mundo que nadie es tan orgulloso como los religiosos con sus privilegios y hermosos hábitos. Que nadie pueda decir eso de nosotros; antes tengamos siempre presente que Jesucristo está junto a nosotros anonadado, privado de toda gloria y aun de toda apariencia de gloria divina y humana. Penetrad también vosotros en la obscuridad donde oculta su divinidad y su humanidad, su gloria y sus dones, y nunca salgáis de ella.

¿No veis que por expiar el orgullo continúa nuestro Señor humillándose en la Eucaristía hasta el fin de los siglos? De los

sufrimientos de su vida mortal no conserva más que la humildad y frente a vosotros le veis incesantemente humillado, o mejor dicho, no le veis, porque no tiene ser, sino apariencias de ser tan sólo.

Las humillaciones eucarísticas se perpetúan como contrapeso a los funestos efectos del orgullo espiritual que produce estragos tan terribles en la misma asamblea de los santos. ¡Y qué horror no debe de tenerle Dios para condenar a su Hijo en la Eucaristía a tamaños excesos de humillación y hasta el fin, cuando debiera reinar con la pompa y majestad propias de su glorioso estado actual!

II

Poco he de decir de la manera cómo nuestro Señor repara el deseo desordenado de los bienes terrenales. La avaricia no puede ser pecado de religiosos como vosotros. Nada tenéis y no aspiráis a enriqueceros.

Con todo, guardaos de la avaricia espiritual. Nada tan vergonzoso como venir a la religión para lograr una posición, para hallar lo que no se pudo alcanzar en el mundo. No faltan quienes, no pudiendo abrirse paso en el mundo por falta de talento, vienen a la religión para heredar su nombre, su posición e influencia. A causa de la gloria que tiene adquirida el Instituto, esperan que serán más oídos en el púlpito y confesarán ilustres personajes; hay quienes así hacen, y más de lo que se piensa. Los tales merecen que Dios descargue sobre ellos los rayos de su divina cólera. No nos engañaríamos mucho si fuéramos a buscar la causa de los terribles castigos que padecieron las Ordenes religiosas durante la revolución en aquellos miembros suyos que eran religiosos para sí más que para Dios, y trabajaban más por sus propios intereses que por la divina gloria.

Para expiar los males de la avaricia, nuestro Señor vino como pobre y como pariente de pobres ganó su pan trabajando; recibió la asistencia de la caridad y murió como pobre sin poseer ni siquiera un lienzo en que pudiese ser sepultado. Pasó su vida sin apoyo de nadie, ni protectores; nunca ocupó cargo alguno, sino que anduvo por una y otra parte según le guiaba su Espíritu, predicando a todos, unas veces seguido y otras abandonado. Con toda verdad pudo decir de sí mismo: *"El Hijo del hombre ha venido para servir y no para ser servido"* (Mt 20, 28).

III

Nuestro Señor expió la concupiscencia de la carne por la austeridad y sufrimientos de toda su vida, y más aún por los sufrimientos de su Pasión. Uno se pregunta cómo tuvo Dios valor para condenar a nuestro Señor a tormentos tan crueles como los que padeció; mas todo era necesario para reparar nuestra sensualidad, nuestros pecados de la carne. Nada perdonó el Padre al Hijo, ni siquiera después de aquella larga oración acompañada de sollozos, de sudor y de sangre, que por espacio de tres horas hizo en el huerto de los olivos. Todo era necesario para expiar los pecados de sensualidad.

Según algunos santos, nuestro Señor reparó los pecados de pensamiento en su agonía sangrienta de Getsemaní.

¿Son tan graves estos pecados? Sí, porque en los pensamientos hay muchas veces más sensualidad que en los actos; por lo menos pueden renovarse cuando se quiera y conservarlos sin interrupción, mientras que los actos no se pueden cometer más que de pasada. Por eso padeció nuestro Señor esta crucifixión del alma durante tres horas, la cual le dio tormento tan grande e intenso como la de la cruz, pues fue necesario una intervención especial de su divinidad para qué no sucumbiera. Su alma deshecha estuvo a punto de abandonar al cuerpo. ¡Cuánto le hicieron sufrir nuestros malos pensamientos; ellos solos bastaron para causar la Pasión de Getsemaní!

Sensualidad de la gula. –El Salvador, que vivió siempre como los pobres, contentándose las más de las veces de pan y agua, y no tomando nada durante toda su pasión, con haber sudado antes sangre y agua, haber recibido cinco mil azotes y haber recorrido bajo un sol de oriente y cargado de su cruz las calles de Jerusalén, cae por no poder aguantar más, abrasado de ardentísima sed; ¡y para todo alivio se le ofrece vinagre!

Sensualidad de la cama. –Harto duras fueron las de Getsemaní y la cruz. Comenzó con la paja del establo; tierra desnuda y una piedra del camino fueron su lecho y almohada durante su vida pública. Paja, tierra y cruz, he aquí cómo repara las inmortificaciones de la cama.

Respecto del pecado impuro, no se atreve uno a hablar y mostrar cómo lo expió el Salvador, dado lo humillante que es para el Salvador el haber tenido que cargarse también con este horrendo pecado.

A Él, pureza personificada, se le conduce ante el incestuoso Herodes. ¿De quiénes se componía esta corte impúdica? ¡Qué miradas debió de padecer! Y Pilatos y los verdugos, ¿qué eran sino idólatras de los sentidos como paganos? Jesús consintió padecer la afrenta de la desnudez, del despojo completo delante de aquellos miserables; y en la desnudez de la cruz se mostrará hasta el fin del mundo, expuesto a las burlas de los libertinos como a las adoraciones de las más puras. ¡Es un gusano de la tierra! Se ve desnudo y cubierto de ignominia para expiar el pecado que Adán cometiera en la desnudez inocente, revestido de gloria. No hay en la creación entera ser alguno que esté tan desnudo como lo estuvo nuestro Señor en la pasión.

Mirad también a nuestro Señor reparando la vanidad de la sensualidad, la vanidad del cuerpo. Algunos adoran sus cabellos y se colorean con polvos sus mejillas, mientras que la cabeza del Salvador la vemos agujereada con las espinas de la corona y cubiertas de esputos sus mejillas. Los pies que tan finamente se calzan y que conducen al mal y las manos que se ponen blancas y delicadas para ejecutarlo, ¿veis cómo están traspasados de clavos en nuestro Señor? Todos los miembros de su cuerpo se ven destrozados, porque en todos ellos somos sensuales.

Así es como se repara dignamente, tomando todo lo contrario del mal y reparándolo en todas sus formas.

Aquí tenemos la causa por qué los santos pasaron la vida mortificándose.

Todo el hombre viene a resumirse en estas tres cosas: espíritu y orgullo, corazón y avidez, carne y concupiscencia. Pues Jesús expió estos tres males, estos tres focos de pecado.

IV

Si tal reparación exigió Dios Padre a su Hijo, ¿cómo obrará con nosotros? ¿Qué tormentos no inventará, no ya para hacernos expiar, sino para castigarnos?

Por manera que bien veis en nuestro Señor lo que es el pecado. Si fuera tan poca cosa como algunos se imaginan, Dios no se armaría de toda su justicia contra su Hijo, sólo porque se hubiese cargado con responsabilidad de la culpa, sin haberla cometido nunca. Antes dejaría Dios de ser Dios, que dejar de castigar el pecado. Aunque

hayáis vivido como santos y obrado milagros, por poco que os quede un poco de polvo del pecado, al fin de la vida tendréis que ir primeramente a limpiaros en las llamas del purgatorio.

Dios no considera el pecado como cosa de juego. Somos hijos suyos, nuestro puesto está en el cielo, y con los brazos abiertos nos espera; pero en tanto tengamos un solo pecado, nos alejará de Sí por siglos si menester fuera.

Escuchad ahora esto: ¿Habéis cometido un pecado mortal en vuestra vida? Pues habéis merecido el infierno. ¿Y por qué no estáis en él? La justicia que no condena a los culpables no es justicia. ¿Habrá dejado de ser justo Dios? No; pero ve a su Hijo suplicando perdón. No descargues el golpe, dice Jesús al Padre, espera todavía. Y os abraza en su corazón y os cubre con su cuerpo, diciendo: Quiero resucitarle y darle mi sangre para que se purifique; déjame que le salve.

Contemplando este espectáculo, el Padre nos perdona. La justicia suspende su curso, y en lugar de castigo recibimos honra, favores y gracias. Durante esta vida la bondad se antepone a la justicia, pero muy otra cosa será en la otra.

Expiad ahora vuestros pecados, lloradlos incesantemente. San Pedro no permaneció por mucho tiempo en pecado, pero lloró toda su vida. Expiad señaladamente los pecados que van directamente contra el corazón de nuestro Señor. Nunca se perdona uno el haber dado pena a un amigo.

Indudablemente, Dios os ha perdonado; pero vosotros no debéis perdonaros. Seamos para con Dios, que es bonísimo, como el hijo que, después de haber recibido perdón de su madre, no se cansa de volvérselo a pedir, por lo mucho que le duele el haber ofendido a una madre que le quiere tanto.

EL INFIERNO

Hablemos del infierno, de cuya consideración se han valido los mismos santos, encontrando en ella motivos de amar más a nuestro Señor. El amor forma la santidad, pero a veces le hace falta la ayuda del temor y momentos hay en que resulta necesario.

I

Confieso que este tema me asusta y que la verdad más difícil de creer es esta del infierno. Pero todos creen en él, así los infieles, paganos, turcos y herejes, como los católicos. Mas a los incrédulos o a los cristianos cuya fe duerme, los espanta esta verdad, y cuando uno se la prueba, blasfeman contra Dios. Hay regiones en que no se puede hablar del infierno sin escandalizar y sin que las gentes se escapen.

El infierno ejerce saludable influencia únicamente sobre los que aman a Dios; los demás sólo se sirven de él para insultar más y blasfemar contra la Justicia divina.

¿Cómo se explica que siendo tan bueno Dios condene a criaturas suyas creadas por amor, a hijos tan queridos, a un infierno eterno? Por bueno que sea en vida, después de la muerte ya no hay lugar para la misericordia. Hay pocos escogidos, dijo Jesús. De dos caminos que conducen el uno a la vida y el otro a la muerte, el primero es poco seguido, en tanto que el segundo se ve cubierto de gente. Según las palabras de Jesús, la mayor parte de los hombres se condenaría. Y aun cuando el Evangelio no nos lo diera a entender, lo que nosotros mismos vemos nos lo haría temer no poco.

Pero estas explicaciones no logran sino obscurecer el misterio. ¿Cómo siendo tan bueno Dios, puede condenar a tantas almas para siempre al infierno? Hay hombres que no quisieran condenar a muerte al mayor de los facinerosos ¡y Dios condenaría sin piedad!, ¡y a qué muerte y a qué tormentos! Tanto más cuanto que la misericordia parece perseverar en la otra vida, ya que perdona a las almas del purgatorio. Sí, perdona a las almas del purgatorio, pero no así a los condenados. Para ellos ya no tiene compasión; condénalos y

se burla le ellos: *Subsanabo eos* (Prov 1, 26).

Y eso que entre los condenados hay quienes le han servido por mucho tiempo y eran considerados como santos: *Subsanabo!* En encontrando en ellos una falta mortal, Dios no cuenta todos sus servicios y precipítalos al abismo del fuego.

¡Eternidad, eternidad del castigo, eternidad de la privación de Dios! ¡Sólo pensarlo horroriza! Eternidad de la desesperación, de la vergüenza, de los suplicios... ¡nada más que decirlo hace temblar a todos los miembros! Se comprende que haya habido doctores para quienes el infierno no fuese eterno, por repugnar demasiado a la divina bondad, cerrándose después de pasados mil años. Es un error condenado por la Iglesia, pero nada de extraño que haya contado con tantos partidarios, pues responde al temor de la eternidad del infierno con sus sufrimientos eternos, y alivia el espíritu espantado. Con todo, no habrá nada de eso, sino que la ley del infierno es un continuo desesperar, arrancarse los cabellos, rechinar de dientes y roerse de desesperación.

La desesperación es aún aquí la pena más cruel, a la que no se resiste sin especial auxilio de la gracia. Los que no tienen fe prefieren morir y se libran suicidándose; mas en el infierno no se puede uno quitar la vida, sino que es preciso vivir en agonía, en las angustias de una desesperación que no ha de tener término, sin jamás recibir la menor gota de consuelo o de refrigerio.

He aquí una escena que quedó profundamente grabada en mi memoria y que os dará alguna idea de lo que se sufre con la desesperación. En 1852 me trajeron un poseso, muy buen hombre, y en los momentos de libertad, excelente cristiano. El demonio hablaba por su boca blasfemando contra la eterna duración del infierno. Un sacerdote presente le preguntó: ¿Qué condiciones aceptarías para obtener al cabo de un millón de años un rayo de esperanza? Entonces el demonio, que decía haber sido en el cielo un serafín, llamado Astarot, iluminó la cara del poseso con siniestro resplandor, y nos dijo con voz que silbaba de rabia: "Si del infierno al cielo hubiera una columna guarnecida de hoces, puñales y otros instrumentos cortantes, y todos los días hubiera que subirla por espacio de un millón de años, lo haríamos, nada más que por tener un minuto de esperanza; pero es en vano". Y blasfemando de pura rabia y de cólera, lanzó imprecaciones contra Dios: "¡Oh qué injusto es Dios!"

“¡Vosotros, hombres, habéis pecado mil veces más, pues nosotros no hemos pecado más que una vez, mientras que vosotros renováis vuestros crímenes todos los días! ¡Y con ser esto así, a vosotros os perdona! ¡Todo el amor es para vosotros y para nosotros sólo la venganza de la justicia!” Y desesperado, se arrancaba los cabellos, y se habría matado, si no se le hubiera impedido.

Mirad, por lo demás, lo que cuenta el evangelio del desdichado rico que se encontraba en el Infierno. Pide, suplica al padre Abrahán que le dé una gota, siquiera una gota de agua para humedecer sus abrasados labios. –“Es imposible, contesta el Señor, porque el abismo es infranqueable entre nosotros y vosotros. Pues has gozado en la tierra, justo es que sufras ahora”. ¿Oís esto? Y, sin embargo, ese rico no cometió ninguno de los crímenes que la justicia humana castiga. Lo malo que hizo consistió únicamente en servirse inmoderadamente de los bienes de la tierra. Por sólo eso se ve condenado sin esperanza alguna ni consuelo y para siempre, siempre, siempre.

El mayor tormento de los condenados no es el sufrimiento físico, sino el moral. Su mayor suplicio procede de su imaginación, memoria y entendimiento.

¡Qué tormento no sufrirán sobre todo los que han obrado bien durante la mayor parte de su vida, o los que, como el sacerdote llamado Sapricio, de que habla la historia eclesiástica, llegaron a sufrir los primeros tormentos del martirio y no perseveraron hasta el fin! Estos son los verdaderos desesperados, los que más sufren. Amaron a Dios y pudieron seguir amándole: bien lo echan de ver ahora. Hasta tuvieron un gusto anticipado de la eterna felicidad cuando le servían, ¡y ahora tienen que verse por siempre alejados de Él! Por siempre, porque, dice el Sabio, hay tres abismos que nunca dicen basta: el avaro, la muerte y el infierno.

La conclusión que de ello se desprende para nosotros es la necesidad de labrar la propia salvación con temor y temblor. Habrá en el Infierno quienes ciertamente no pecaron tanto como yo. ¡Qué bueno ha sido, pues, Dios no condenándome al punto después de cometida la falta!; porque, a la verdad, lo tenía bien merecido y, si lo hubiera hecho, nada tendría que replicar. El asesino no puede contestar nada cuando se le condena a muerte; no se hace sino aplicarle la pena del talión. Con sólo un pecado mortal que haya cometido, he matado a Jesucristo, soy verdugo y asesino suyo.

No faltan en el infierno personas que por santas fueron tenidas durante su vida; hay ciertamente sacerdotes y religiosos; lo cual podría ocurrirme también a mí, pues a lo mejor ellos eran más santos que yo.

¡Qué bueno es, pues, Dios, no desamparándome! ¿Y quién sabe si perseveraré hasta el fin? Aquí está lo grave. Ahora ya lo quiero, ¿pero diré esto siempre?

No causa bastante horror el pecado, y una vez cometido, no se tiene bastante valor para expiarlo como se debe. Se prefiere esperar, diciendo: Ya me confesaré cuando caiga enfermo, haciendo un buen acto de contrición, y así aseguraré mi salvación. – ¡Estáis equivocados! ¡Si nuestro Señor dijo que vendrá como ladrón! Se reirá de vosotros y deshará todos vuestros cálculos.

Y además, ¿quién sabe si no cometeré todavía algún pecado mortal? ¿Quién sabe si no apostataré al ser llevado ante un tribunal por la fe? Porque tal acontece a quien va descuidándose.

Y aun cuando no hubiera nada de eso, sólo la duda es aterradora. Estas palabras: *"El hombre no sabe si es digno de odio y de amor"* (Qo 9, 1) causaban espanto a san Bernardo.

Tomemos medios enérgicos y no nos fiemos de deseos ni meras resoluciones, que tratándose de la eternidad toda seguridad es poca.

¡Quién sabe si no estoy en camino de descenso y voy deslizándome por la pendiente del pecado mortal!

Examinad, para saberlo, vuestras ordinarias tentaciones y pecados veniales, que son las pequeñas cuerdas con que Dalila ataba a Sansón antes que tuviese conocido el secreto de su fuerza. Al levantarse fácilmente las deshacía el forzudo; pero día llegó en que quedó perdido: ya sabéis cuál fue su desgraciado fin.

Hay pecados veniales y tentaciones que acaban casi siempre en pecado mortal. Tales son en primer lugar las tentaciones de impureza. San Alfonso de Ligorio dice que acaso no haya un solo condenado que no esté en el Infierno o por pecados de impureza, o con pecados de impureza.

Vienen luego las tentaciones de orgullo, mayormente de orgullo espiritual y satánico, que lleva a la apostasía.

Vigilad; ved el Infierno en el término, que esto hace a uno volver en sí y convertirse.

Si de un lado la vista del Infierno y por otro el amor infinito de Dios no nos impresionan, corremos a eterna perdición. ¡Se acabó en cuanto se presentó una ocasión!

Ya sé que hay quienes dicen para excusarse a los propios ojos: Soy religioso del santísimo Sacramento, vivo con Jesús mi Salvador: ¿qué tengo de temer? –También Judas vivió con Jesús.

Pero es que yo amo a Dios. –También él le amó en un principio, pero la tibieza acabó extinguiendo este amor, volviéndose entonces él sacrílego y verdugo de su amo.

Dos ladrones había en el calvario: el uno fue santo, según declaración de nuestro Señor, y réprobo el otro.

Vivir con Jesucristo, en presencia de su gran Sacramento de amor, lo es todo para quien quiere salvarse cueste lo que costare. Pero esto sólo sirve para agravar la pena cuando uno se condena, pues cae del cielo como los ángeles. Con ellos rueda hasta el fondo del abismo y para él hay suplicios más crueles, torturas escogidas: *Potentes, potenter tormenta patientur* (Sab 6, 7).

LA MISERICORDIA DE JESÚS

Meditemos sobre la bondad de nuestro Señor en perdonarnos.

I

Mucho le hemos ofendido y los días de nuestra vida son bastante menos que los pecados. Se le puede ofender con cada pensamiento y aun las buenas obras pueden ir mezcladas de pecados. Habría que desesperarse al ver tanto pecado y tanta inclinación al pecado si nuestro Señor no fuera infinitamente bueno.

Menos mal si le ofendiéramos con las pasiones de nuestra perversa naturaleza; nos servimos para ello hasta de sus gracias y dones, lo cual sucede cuando nos vanagloriamos de nuestras gracias, de nuestra vocación o sacerdocio. Son de tal índole estas faltas, que causan a Dios doble pena, por ser tanto mayor nuestra malicia cuanto más excelentes son las gracias, además de que nos considera como amigos, y ya sabéis lo doloroso que son las ofensas de un amigo.

La malicia de quien abusa de gracias especiales es tan grande y tan digna de venganza aparece, que la mayoría de los que caen después de haber sido colmados así de favores, persisten en el mal, no porque lo amen, sino porque desesperan de alcanzar el perdón de pecado tan grande. Pero el pecador, sea como fuere, debe considerar a Dios como misericordioso, porque si considerara en Él otro atributo, como su santidad y majestad, y sobre todo su justicia, se vería abrumado.

Pero, ¿quién no mirará con confianza a Jesucristo tan bueno y misericordioso, a Jesucristo, misericordia encarnada? Los pecadores iban a Jesús sin temor: decían sus crímenes, expresaban su pesar y al punto quedaban perdonados.

Se podrá tener miedo de un hombre, por bueno y santo que sea. Se tendrá vergüenza de confesarle la falta, porque se echa de ver que su santidad nos condena, y que podíamos haber perseverado como él; pero a Jesús se va sin temor por lo mismo que es salvador y médico que sólo para los necesitados vino. No se nota en él mirada

humana y menos aún de acusador o de juez: sólo es misericordia en acción.

Jesús está amasado y como del todo compuesto de misericordia. Razón tenía san Pablo de decir, al anunciarlo: *“La bondad y la misericordia de Dios se han mostrado en Jesucristo Salvador”* (Tit 3, 4). La misericordia es forma de sus pensamientos, miradas, palabras y actos. Tiene interés en que se le vea revestido de misericordia para que los pecadores más culpables y empedernidos acudan a Él. Nuestros padres, que vivieron con Él, le representaban en las Catacumbas como Orfeo cautivando con los acordes de su lira a los animales feroces, atrayéndolos y teniéndoles encantados a sus pies. Así atraía nuestro Señor a los pecadores, quienes le rodeaban. Le gustaba verse en medio de ellos y tocarles el corazón con palabras bondadosas, devolviéndoles vida: “He venido para los pecadores y ovejas extraviadas”.

Cuidaba de que esta nota característica de su misión no se alterase en ninguna circunstancia. Cuando los hijos de Zebedeo quieren castigar a una villa, que cometió la falta de no haberle querido recibir, Jesús les contesta severamente: *“No sabéis de qué espíritu estáis animados”* (Lc 9, 55).

Terminantemente lo afirma contra la malevolencia y calumnias de los fariseos: *“No necesitan de médico los que gozan de buena salud, sino los enfermos”* (Mt 9, 12).

Tal es su misión: perdonar, salvar, mostrarse misericordioso. San Pablo dice que el Padre le ha enviado para mostrar a todos los siglos las superabundantes riquezas de su bondad y misericordia. Quitando de su carácter la misericordia, Jesucristo ya no existe.

Al instituir el sacerdocio y la Iglesia sólo se propone perpetuar su misericordia: no están los sacerdotes para dar certificados de virtud a los justos, sino para absolver y consolar a los pobres pecadores.

Así es nuestro Señor. Estudiemos ahora las circunstancias del todo misericordiosas en que concede perdón a los pecadores.

Nos espera. –Si no es débil, la justicia exige castigo inmediato de la falta. Pero como el viñador del evangelio, Jesús pide un plazo– ¡Paciencia! ¡Yo amo a este pobre pecador!, dice Jesús a su Padre, presto a castigar. Quiero salvarme, no soy digno de ser perdonado. A esto Jesús ya no resiste; se lo perdona todo.

¡Cómo sabía perdonar nuestro Señor durante su vida! Ante Él está la mujer adúltera; a ella nada le echa en cara; pero humilla a los acusadores y les hace huir. Ni siquiera la mira, para que no tenga que avergonzarse, sino que la envía absuelta.

Y a Magdalena, lejos de echar en cara sus desórdenes, la alaba, la defiende y la corona con estas hermosas palabras: Ha amado mucho.

Y ahora el ministro de Jesucristo, heredero de su misericordia, sólo una cosa tiene que decir al pecador arrepentido: "Vete en paz, tus pecados han sido perdonados".

Su misericordia carece de límites, y el Señor asegura que ya no se acordará jamás de nuestros pecados; que los echara por encima de los hombros al fondo del mar, y que, aun cuando estuviéramos rojos de crímenes como la escarlata, nos tornaría blancos como la nieve por su misericordia (Is 1, 18).

En eso consiste la gloria de la divina misericordia, en destruir el cuerpo del pecado y en obrar tan poderosamente que lo que borra quede borrado para siempre. Hasta tanto llega el poder de su acción que crea en nosotros nuevo corazón, nuevo espíritu y nuevo ser; y si un pecador torna a cometer nuevos crímenes después de haberse convertido, no será juzgado más que de ellos.

Se dirá que en este caso el pecador es más ingrato y culpable, y es cierto y será juzgado en proporción de su ingratitud, pero no en lo que concierne a los pecados borrados por la misericordia.

¿Qué más puede hacer Dios por los pecadores? Tentado estaría uno de creer que está en connivencia con ellos, dada la bondad con que los trata. Ocúltalos nuestro Señor bajo su manto, los cubre con su sangre, les hace entrar en sus llagas como en albergue asegurado contra la justicia irritada, como pudiera una madre esconder a su hijo contra las persecuciones de la justicia humana, aun cuando hubiera atentado contra su propia vida, porque es ante todo madre. Así es Jesús, ante todo, salvador.

Al perdón nuestro Señor añade gracias de inefable dulzura. Quítanos el recuerdo penoso de nuestros pecados; en lugar de mantenernos en sentimientos de continuo pesar, disminuye el dolor, devuelve la confianza y da paz y alegría, hasta el punto de que quien se confiesa avergonzado y lloroso se levanta tan lleno de gozo después de la absolución que a sí mismo no se comprende.

En el mundo, quien sale de la cárcel conserva siempre cierta deshonra y mala fama. Mas Jesús deja rehabilitado a quien perdona y lo trata como si nunca hubiera sido ofendido por él, y muchas veces los grandes pecadores llegan a grandes santos.

Ahí tenemos a san Pablo escribiendo, para gloria de la divina misericordia, que había sido blasfemo y perseguidor y el primero de los pecadores, mientras que nuestro Señor le llamaba vaso de elección.

Después de haber negado a Jesús tres veces san Pedro recibió la triple corona de la tiara: nuestro Señor sabe perdonar como Dios.

Y a nosotros, ¿no nos ha honrado con el sacerdocio, la vida religiosa y gracias escogidas, con gracias que entrañan especial honra, después de haber pecado? ¿No nos corona de gloria y de honor y no nos cubre con el escudo de su privilegiada benevolencia? Ya lo olvidó todo, olvida aún las miserias presentes y que le ofenderemos todavía a pesar de tanto amor.

Pero a nosotros nos toca no olvidarlo, antes vivir de agradecimiento y de amor por esta misericordia. Sólo en ésta confiemos, ya que sólo por ella no hemos sido condenados como tantos otros: *Misericordia Domini quia non sumus consumpti* (Jer, Lam 3, 1. 22).

LA FAMILIA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

I

Ahora ya no se aplica a los servidores de una persona el nombre de familia, sino que este término se ha restringido a los miembros que lleven una misma sangre a los allegados. Pero la Iglesia le ha conservado la significación que tuvo anteriormente, y en Roma la familia pontificia comprende a todos los servidores del sumo Pontífice.

Pues bien: nuestro Señor nos ha llamado para ser servidores y familiares suyos. Hemos venido para servir a su divina Persona excluyendo cualquier otra función. Entendamos bien esta condición esencial de nuestra vocación.

Todos los cristianos son servidores de Dios, mas unos le sirven en el mundo según los mandamientos guardando libertad para lo demás. Dan a Dios la intención reservándose la acción. Con tal que la intención ordene sus actos a un fin honesto, aprobado por Dios, pueden trabajar según su gusto e intereses. Tienen un fin mixto, trabajan para sí al par que para el cielo, lo cual es legítimo. Sólo en algunos casos les da Dios orden de que le prefieran a todos los intereses propios, y es cuando los intereses creados podrían oponerse a la salvación, en cuyo caso deben sacrificar todo para permanecerle fieles.

Pero nuestro Señor escoge en el mundo otra clase de servidores que hacen profesión de trabajar sólo por sus intereses: son los religiosos que reemplazan a los setenta y dos discípulos y doce apóstoles que durante su vida eligiera entre todos.

Pero entre los mismos religiosos, unos tienen por objeto su misión y otros su persona. Los primeros son para difundir su doctrina, los segundos para servirle como se sirve a un rey o a un príncipe. Porque viviendo todavía nuestro Señor entre nosotros en el santísimo Sacramento para ejercer su realeza y sacerdocio como Dios y Hombre verdadero, ¿no es natural que exija por razón de esta presencia un servicio especial, una corte, una familia que no tenga

más ocupación que la de servir al Rey?

Pues esto es lo que se propone la Congregación del santísimo Sacramento. Nuestro Señor le ha dado por medio de su Vicario este fin especial de servir a la persona de Jesucristo, de vivir cerca de Él, de componer su corte y su séquito, de manera que no le dejemos nunca y no aparezca Él sin sus servidores, que no tienen otro fin que el de seguirle y servirle.

Nos ha llamado a formar parte de esta familia de servidores suyos y hemos venido prefiriendo esta noble y hermosa servidumbre a todos los empleos a que hubiéramos podido dedicarnos en su Iglesia. Aquí todo es para Él, por Él y de Él. Solo para Él debéis trabajar, dejando todos los demás empleos a otros. Debéis sólo vivir de Él y no del celo y de vuestras obras. Así como un hombre, al ponerse a servir al amo, se convierte como en propiedad suya revistiendo su librea, así también vosotros habéis perdido vuestro nombre y personalidad. Acaso hayáis prometido esto sin pensar maduramente hasta dónde llegaban vuestros compromisos. Pensadlo bien ahora.

Como este servicio entero y absoluto ha sido la condición de vuestra admisión, debe ser también la ley de vuestra santidad. Talentos y virtudes, cualidades y sacerdocio, todo debe confundirse en el hermoso nombre de servicio, no siendo más que actos del mismo. Cada uno de vosotros ya no es otra cosa que servidor y criado; en suma, uno de los de la familia de nuestro Señor en su real Sacramento.

Pláceme decir que la manera cómo Jesucristo quiere que seamos suyos es semejante a la de los apóstoles, pues ellos formaban también, mejor aún que los setenta y dos discípulos, la familia de nuestro Señor vivo en la tierra. Pero, además de que su servicio personal cesó con la muerte de nuestro Señor, porque tuvieron que esparcirse por el mundo para anunciar su reino y fundar la Iglesia, hay entre su servicio y el nuestro diferencias que es bueno notar para mejor comprender cuánto quiere nuestro Señor que seamos suyos, exclusivamente suyos en su vida eucarística, que no acabará sino con el mundo.

II

Los apóstoles seguían a nuestro Señor para ser instruidos por

Él: eran discípulos de su doctrina y de sus ejemplos, de los cuales debían penetrarse bien para poderlos predicar luego en la Iglesia. En cuanto a nosotros, no venimos para instruirnos, sino para servir a Jesucristo. Venimos para darle todo lo que tenemos y somos: venimos para Él y no para nosotros. Cierto que debe instruirnos y que debemos aprender la manera cómo debemos servirle. Porque ¿quién sabe algo que no lo haya aprendido de la gracia de Jesucristo? Pero lo que quiero decir es que el fin primario y dominante de nuestra vocación no consiste en adquirir alguna cosa, sino en gastarnos en su servicio.

Los apóstoles seguían ordinariamente en sus misiones a nuestro Señor, lo mismo en Jerusalén que en los pueblos de Judea y de Galilea. Veces hubo, sin embargo, en que Jesucristo se separó de ellos y les envió también lejos de Sí para dar misiones.

Nosotros no podemos separarnos ni siquiera por un momento de Jesucristo, esto es, la Congregación debe estar siempre con Él por medio de alguno de sus miembros, so pena de no cumplir su fin, pues no puede. El estar expuesto sin adoradores y los adoradores obligados somos nosotros. Así como en el cielo hay Ángeles que están siempre ante el trono de Dios sin que nunca sean enviados a la tierra, así también debemos nosotros estar siempre junto al trono eucarístico. Sólo para eso existimos. Si la Eucaristía nos faltara, si la exposición no pudiera hacerse, la Congregación no tendría razón de ser, pues su fin esencial desaparecería.

Los apóstoles eran alimentados y sostenidos por nuestro Señor, pero ellos no le alimentaban a Él. El buen Maestro les suministraba lo necesario y hasta les servía más de una vez.

Nosotros le alimentamos y mantenemos. Hermoso privilegio nuestro es darle un hermoso trono y adornárselo. Las flores y luces que deben adornar su trono y son como la rica tapicería que quiso hubiera en el cenáculo, se lo proporcionamos nosotros. Siempre que poseemos algo, es en primer lugar para Él y sólo los restos los queremos para nosotros. Así damos medio de manifestar su realeza y de cumplir continuamente su oficio de mediador entre la tierra y el cielo, de embajador de la Iglesia cerca del Padre.

A lo cual debemos añadir el adorno interior, el sustento espiritual, porque este culto le gusta más a nuestro Señor que el otro; desea ser sustentado con actos de fe, amor y reparación. Todas

nuestras virtudes son para Él y no para nosotros y debemos ofrecerle todos nuestros actos y méritos, por cuanto es dueño y propietario de nuestras almas. Natural es que todas las acciones del criado sean para el amo. Si priváramos a nuestro Señor de este alimento espiritual, le privaríamos de lo que más estima, pues más que todo lo demás quiere las almas.

Espera asimismo que le glorifiquemos, lo que debemos procurar con todo lo que hagamos, señaladamente con la fidelidad y el recogimiento en su servicio; la buena compostura de los criados honra al amo.

He ahí en qué difiere nuestro servicio del de los apóstoles. Pero nos ofrece sus principales ventajas, con tal que sepamos sacar provecho de ellas. Veamos cuáles son.

III

Los apóstoles se hicieron amigos de Jesucristo, hasta el punto que el Señor no tenía secretos para ellos. *"Os llamo amigos y no sólo siervos, porque todo lo que oí a mi Padre os lo he manifestado"* (Jn 15, 15).

El Evangelio nos ha referido algunas de esas confidencias que sólo a ellos hacía, pero debieron de haber recibido muchas más, que guardaron en su corazón para paladearlas.

Y a nosotros, ¿no nos revela nuestro Señor sus secretos en la vida de adoración? –Vuestra es la culpa si no le oís; no le escucháis. Tenéis, para conocerlos, derecho real, que procede de la familiaridad con Jesús. Los que aquí nos comunica son más sabrosos e íntimos que los oídos por los apóstoles, porque pasan de corazón a corazón sin que se interpongan los sentidos.

Los apóstoles no acertaron a entender muchos de esos secretos hasta después de Pentecostés. Pero el Espíritu Santo vino ya y se cierne en la Eucaristía, habitando en el cenáculo de amor, por lo que nada se opone a que los entendamos, como no sea nuestra propia infidelidad. Comunicaciones más íntimas que los santos recibiríamos si fuéramos fieles, porque cuando se vive con alguno, llega a saberse todo lo que piensa; ahora, que hace falta una fidelidad tenaz y persistente. Hay que perseverar en la unión con Él. Santa Magdalena de Pazzis se construyó una celda en el coro para que nunca tuviera que apartarse de Jesucristo; así es cómo los santos llegaron a saber

todos los secretos del Corazón divino.

Sed interiores y asiduos al habla con Jesús, que así descubriréis todos sus secretos. La cohabitación vence todas las resistencias, lo mismo tratándose del bien que del mal.

Sansón vivió largo tiempo sin revelar el secreto, pero tomó una mujer filistea; con la convivencia cayeron los velos y al fin fue sorprendido, perdiéndose.

Como con el dedo tocaríamos el corazón de nuestro Señor y leeríamos en su alma, si fuéramos adoradores de veras. ¿No experimentáis algo singular cuando vais a adorar después de purificados y preparados con algunos sacrificios? ¡Qué pronto pasa entonces la hora! Es el Tabor en que Jesús se muestra al alma gozosa y felizmente cautivada. ¡Entonces sí que sobran las palabras, pues habla el mismo Jesús! Sin decirle nada, habláis de sublime manera.

Esta clase de oración es vuestra dote de adoradores; ¿por qué no la explotáis más? Por eso os digo yo tan a menudo que oréis por vosotros mismos, con vuestra gracia y vuestro corazón de adoradores. Dad de mano a todos esos libros de devoción, a menos que el sueño o la pereza os impidan orar. Sabed vuestro oficio; haced uso del derecho de adoradores e id a Jesucristo con vuestra condición y título de familiares de la casa.

Los apóstoles fueron herederos de nuestro Señor, quien les dio el precio de la redención para que derramaran por el mundo los frutos de su sangre, sus sacramentos, el poder de su palabra, la infalibilidad de su doctrina y la gracia de sus milagros, y ahora son herederos de su gloria. Pero primero tuvieron que ser herederos de sus sufrimientos y de su muerte.

Os aseguro que Jesucristo quiere darnos también a nosotros todo esto en el orden de nuestra vocación. No nos toca conquistar el mundo a la fe, pues nuestra misión nos liga con el estado sacramental de nuestro Señor, pero sí ser apóstoles, ministros e instrumentos de la Eucaristía, y así como los apóstoles recibieron la gracia de predicar la cruz, nosotros hemos recibido la de predicar la Eucaristía.

La Eucaristía debe ser nuestro centro de vida y nuestro poder de acción y de apostolado. Si se pudiera meter en prensa a un religioso del santísimo Sacramento, debería salir una Hostia.

Nuestras gracias eucarísticas son, en primer lugar, para nosotros mismos, y luego para el mundo. Por eso lo exponemos en

las ciudades, para que le vean y vengan a adorarle.

Debemos predicar la Eucaristía por palabra, por obra y por escrito; ni debe haber nadie que hable de la Eucaristía mejor que nosotros. ¿Quién habló de Jesucristo mejor que los evangelistas? ¡Como vivieron con Él!...

Pues bien: nadie debe hablar más y mejor que nosotros de la Eucaristía; ni hay en ello título de gloria: es nuestro oficio. Ya lo conseguiremos con el tiempo, así lo creo.

Yo no comprendería que un religioso del santísimo Sacramento quisiese descollar en una ciencia que no fuese la de la Eucaristía. Nuestro estado es eucarístico; si no sabemos aplicar la Eucaristía a todo, no tenemos la ciencia propia de nuestro estado.

Y la Eucaristía es ignorada: no la predican bastante. De lo cual se quejan los fieles, y están esperando a quien distribuya esta palabra de vida. Y si no se habla más de la Eucaristía es porque el corazón de los predicadores no la conoce bastante. Si la adoraran más los ministros de Dios, la predicarían también más. ¡Y eso que no hay salvación, fuera de Jesucristo, presente entre nosotros!

En cuanto a vosotros, hermanos míos, que no sois sacerdotes, pero sí adoradores, debéis hablar entre vosotros del santísimo Sacramento y de cuanto se refiera a su mayor gloria. Hablad también de Él con los forasteros, predicándole en alguna manera ante los extraños. ¿Qué artífice hay que no hable de su arte?

Así como san Pablo no quería saber más que a Jesús y a Jesús crucificado, así nosotros no debemos tener más ciencia que la del santísimo Sacramento. Si no, no estamos en la plenitud de nuestra gracia. Tened presente que estáis llamados a pegar fuego a las cuatro esquinas del mundo con el tizón ardiente de Jesús expuesto en los altares.

¿Y milagros? –Los haréis también, aunque espirituales; curaréis almas con la virtud de la Eucaristía. ¡Oh cuán grande no es el poder de este sacramento para conmover, convertir y volver a Dios las almas más apartadas de Él! Sólo que debéis saber aplicarlo y sacarle el jugo salutífero y toda virtud para curar almas. En la Eucaristía tenemos, como dice la Iglesia en la postcomunión de la fiesta de santa Magdalena, el remedio único y soberano.

Tenéis a nuestro Señor también para curar los cuerpos: es ungüento divino que cura toda llaga. Así como durante su vida

brotaba de su humanidad santísima una virtud que curaba toda enfermedad con sólo tocarle, así ahora su solo contacto sacramental basta para devolver la salud, pues su poder está lejos de haber disminuido.

¿Será necesario deciros que esta pequeña lámpara que arde delante de nuestro Señor no ha dejado nunca de curar a los enfermos cuando han sido ungidos con su aceite, que es fe y amor?...

Dios nos guarde de esos milagros en que se echa de ver la mano del hombre; antes debemos escondernos para que no nos adoren en lugar del Señor. Pero milagros por Jesucristo, por su sacramento, los haréis si tenéis bastante fe. Hay que obligar a nuestro Señor a que se manifieste gloriosamente para que todos sepan quién se esconde por amor tras esos velos.

Dios nos guarde asimismo de esos reales e ilustres predicadores capaces de llenar el mundo con su fama; los tales no entenderían ni jota de la ciencia del santísimo Sacramento y balbucirían al hablar de la Eucaristía.

La ciencia del santísimo Sacramento os bastará para predicar, pues es inagotable. Estudiad la Eucaristía, y servidla bien, amadla generosamente, y todo lo encontraréis en la Eucaristía: palabra ardiente, ciencia y milagros.

Sí, hasta milagros. Nadie se ha encomendado al santísimo Sacramento sin lograr lo que pedía, en lo cual no hace nuestro Señor sino cumplir lo prometido.

El primer día que le pusimos en su trono le pedimos que lo que en otro tiempo concediera a Salomón para el templo conceda ahora a sus santuarios para que sea conocido y todo el mundo vaya tras Él.

Le dijimos: Honrad este lugar con la manifestación de vuestra gloria y de vuestra bondad para que todos vengan y nadie vuelva sin lograr lo pedido. En cuanto a mí, todavía no conozco ninguna negativa de nuestro Señor.

Finalmente, los apóstoles recibieron una promesa segura del reino de los cielos, y, efectivamente, todos murieron mártires. Ha habido pocos mártires de la Eucaristía como Tarsicio en los primeros siglos y los mártires de Gorcum, pero espero que los habrá.

De todos modos, siempre habrá mártires de amor. Yo creo que debemos morir en el reclinatorio, a los pies de nuestro Señor: el que ahí caiga será bien recibido en el cielo. Para él todo se reducirá al

cambio del servicio de gracia en la fe por el servicio de gloria en la plena posesión. ¡Que felices no debemos, pues, considerarnos con nuestra vocación santísima! Reemplazamos cerca de su divina Persona a los apóstoles, y aun parece que recibimos más gracias y gozamos de mayores bondades. Estamos consagrados a Él como servidores y Él no da un paso sin nosotros, porque quiso su bondad que dependiese de nuestros cuidados y presencia.

San Pedro mostró a los Judíos el calvario recién regado con la sangre de Jesucristo; nosotros mostramos el santísimo Sacramento lleno de vida y de amor hacia los hombres y lo damos a todos.

Los apóstoles no podían mostrar como nosotros la Eucaristía, antes la escondían a causa de las persecuciones, pues su tiempo no había llegado todavía. Era preciso conquistar el mundo con la cruz antes de erigir a Jesucristo un trono donde pudiese reinar. Pero ahora quiere manifestarse y reinar en todas partes: comienza la era de la Eucaristía.

¡Ah! Pedid la extensión del reino de Jesucristo sacramentado, rogadle que forme servidores y apóstoles de su reino de amor, para que doquiera sea conocido, amado y servido de todos, *Adveniat regnum tuum!*

EL AMOR, PRINCIPIO DEL COMBATE ESPIRITUAL

¿Qué debe hacerse para ser enteramente de nuestro Señor e ir progresando de continuo en su servicio?

Contesto con una sola palabra: Combatir por amor para con Él y con las fuerzas de este amor cuanto se opone a que reine y viva en nosotros.

I

El hombre se ve frente a dos leyes: el amor de Dios y el amor de sí mismo; dos amores que luchan en interminable guerra. Hay que obedecer al uno o al otro, determinarse por alguno de los dos. Es imposible quedarse indiferente.

El combate no termina con la costumbre de una vida virtuosa. Nos parecemos a una balanza: cuanto más santos nos hacemos y más nos elevamos hacia Dios, tanto más nos combate el amor propio y nos tira hacia abajo.

Ya que habéis escogido el amor de Jesucristo, Él tiene que ser vuestro modelo, ley, centro y fin. Lo cual requiere que hagamos perpetua guerra al yo humano, al amor propio, revistiéndonos de la fuerza del amor divino, más fuerte que la muerte, contra nosotros, contra todo. Pero esta misma fortaleza menester es dirigirla. Hay que combatir con ánimo resuelto y valeroso y tener maña para emplear los mejores medios.

¿Cómo tendremos fuerzas? Por Jesucristo: *Omnia possum in eo qui me confortat* (Fil 4, 13).

Es necesaria esta fuerza continua y de todos los instantes, siempre en tensión, pues el hombre viejo nunca muere. Bien se puede encadenarle y detener su acción en una u otra de sus ambiciones, pero reaparece en las otras. No hay más remedio que volver a comenzar continuamente; siempre se necesita nueva vigilancia. Los que no obran según este principio están ya vencidos por una falsa paz.

La fuerza consiste en el amor de Dios: *Fortis ut mors dilectio.* Hay que amar a Jesucristo soberana, universal y absolutamente, sin poner nada sobre Él ni al nivel suyo. Esto exige un sacrificio total del amor propio, que sin nunca cansarse grita: yo, para mí; siendo así que debiéramos decir siempre: nuestro Señor, ¿qué quiere nuestro Señor? ¿Qué no quiere? En conociéndolo, esto debe bastarnos para obrar. Su voluntad, su gloria, su beneplácito, deben ser nuestra ley y nuestra orden. Bien comprendida, la orden de batalla asegura la victoria.

II

El primer combate que debemos librar con la fuerza del amor de Jesucristo ha de ser en el espíritu. Querer o no querer, determinarse interiormente, negarse el alma o adherirse; de esto deriva todo. La lucha durante la acción es secundaria y depende del resultado de este primer combate interior. Dios es espíritu, y nuestra alma, hecha a imagen de Dios, es lo principal que tenemos, es el principio motor y soberano. Los más importantes son, por consiguiente, sus actos, que serán los coronados o castigados, porque las buenas obras a las que no corresponda intención pura son nulas ante Dios. Ante todo, Dios pide el don y la sumisión del alma a su ley, y no es otra la razón por la cual el demonio ataca constantemente a la voluntad interior tratando de cegarla y debilitarla, ya que no pueda corromperla del todo.

El orgullo y los siete pecados capitales son, sobre todo, espirituales, y si no los rechazamos por parte del espíritu estamos perdidos. La vida es dirigida por el espíritu, y de él proceden todos los actos.

Vigilad, por tanto, sobre vuestros pensamientos y la imaginación que los prepara; vigilad sobre todos vuestros pensamientos, aun sobre aquellos que de suyo son dignos de loa, pero que os dejan con cierta inquietud. Vigilad, que en los combates del espíritu la mera tardanza, la mera parada voluntaria es una derrota. ¡Pronto se ve uno cogido! Un instante basta para ser vencido, como también para vencer.

Sabed decir sí o no, sin estar examinándoos ni vacilando. No seáis de esos hombres rezagados, nebulosos y turbios, que quieren saber hasta donde irán sus malos pensamiento, que quieren analizar el mal y pararse sólo donde llegue a ser grave, despertándose al fin

después de heridos. Las almas delicadas sienten el mal en cuanto asoma; cuando un pensamiento de esos va pasando lentamente por vuestra mente ya estáis vencidos.

Uno quisiera saber cómo será y probarlo un poco yendo hasta las fronteras de la gravedad, pero sin abrazar en modo alguno todo el mal, como una persona que no quisiera deshonrarse, pero que se dejara lisonjear, deseando saber hasta qué punto se le ama. ¡Por cierto que está ya perdida!

Nos entretenemos con el mal con semiconsentimientos, con medias vistas. ¿Qué de extraño que la conciencia quede siempre turbia? Tened presente que los pecados más frecuentes son los del entendimiento y de la imaginación, los pecados de orgullo, de vanidad, de impaciencia o de interior sensualidad, porque faltan ocasiones de pecar materialmente, y además no solemos querer ir hasta tanto.

Si hacemos las adoraciones y no experimentamos nada en ellas es porque el pobre espíritu es zarandeado por toda clase de pensamientos naturales, humanos, frívolos o malos, que habitualmente tiene, porque se los dejamos tener. No tiene fuerza ni valor para mirar hacia el cielo.

III

El segundo combate se libra en el corazón, facultad ciega que fácilmente cobra cariño a lo que se le deja tocar.

El bien lo atrae doquiera los sienta presto se encariña con las almas piadosas, mayormente cuando su piedad es untuosa y sus modales expansivos.

Es peligrosísimo conversar con ángeles humanos, porque tienen cuanto es menester para que se les pegue el corazón, esto es, igual amor, igual piedad e idéntico fondo de bondad, que naturalmente engendra simpatía. De lo cual echa mano el demonio para conducirnos del alma a los sentidos y de las cosas divinas a las humanas; el agua y la tierra son elementos puros, pero mezclados producen barro.

Siendo o teniéndonos cuando menos por buenos y muy dados a Dios, no nos damos cuenta del peligro, y poniendo los ojos en la buena intención acallamos los temores de la prudencia. Señaladamente en la tristeza y en las penas interiores o de otro linaje

vamos tras esos ángeles, en busca de sus palabras y de sus consuelos; gústanos que nos animen y que nos digan que vamos bien, que tenemos celo y virtud y alcanzamos éxito; nos agrada recibir pruebas del agradecimiento que nos tienen por el bien que efectivamente les hayamos hecho, y en esto está precisamente el peligro.

Acostumbrados a arder en amor de Dios, nos resulta insoportable el vernos privados de sentirlo. Como es necesario y estamos acostumbrados a dar salida a los afectos del corazón, y por otra parte está cerrado el seno de Dios, nos derramamos en las criaturas, y todo ello muy santamente, sin pretensión de mal alguno, sin siquiera verlo claramente o cuando menos sin querer confesarlo. ¡Con cuánta frecuencia acaece esto! ¡Cuán fácilmente se va de Dios a las criaturas y del amor sobrenatural al natural!

Hay que reaccionar enérgicamente contra tal propensión y natural simpatía del corazón. Tomad en las manos ese corazón, cerradlo y que nadie lo ocupe naturalmente, ni vuestro propio pensamiento. Dadlo a Dios por entero y que sólo para Él sea. No deis entrada a nadie, ni por un momento; que si no, tendréis truenos y tempestades y correréis peligro de zozobra.

Dios os pide el corazón y lo quiere de un modo absoluto; si se lo negáis, lo negáis todo y ya no puede haber unión entre vosotros y Dios. El corazón es todo nosotros, es nuestro gozo, nuestra pena, nuestro afecto, y todo eso lo quiere Dios para sí. Tratándose de amor final no podemos dividirlo con el prójimo: Dios quiere todo nuestro corazón y no consiente que lo dividamos con nadie. ¡Como no es muy grande, dádselo todo entero! Si os ponéis a dividir por partes, sabed que la criatura tendrá siempre más que el creador.

No debéis amar a nadie para él solo ni debéis procurar a nadie placer alguno cuyo fin sea él sólo. Ninguno de vuestros afectos y simpatías puede ser para la criatura de modo que en ella tenga su término y descanso. De lo contrario, ya no sois completamente de nuestro Señor; sois paganos en religión, pues el pagano es aquel que adora a una criatura.

¿De modo que no deberé amar al prójimo? Sobrenaturalmente, sí. Con amor que no pare en él, sino que por él vaya a Dios, muy bien; pero con amor final de manera alguna. Daréis al prójimo los frutos y los actos de la caridad, pero el corazón, el árbol que los produce, sólo nuestro Señor debe poseerlo. Siendo hijos daréis las

llamas a padres y amigos, pero el foco tiene que ser para solo Dios.

Mirad que esto es de gran alcance. Si alguno os amara naturalmente por alguna de vuestras cualidades, deberíais decirle: Yo no os conozco. Os engañáis al cobrarme así afición: naturalmente yo no existo, pues mi personalidad y mi corazón [pertenecen] a Jesucristo, que es quien únicamente vive en mí. ¿Queréis vosotros trocarme en hombre? Eso nunca. Yo no quiero ser yo, y vosotros queréis este yo. Yo no quiero ser tratado como quien se pertenece a sí mismo, que puede dar y recibir. No busquéis en mí más que a Jesucristo, pues a Él he escogido por dueño de todo lo que soy y tengo; ya no soy más que miembro cuya cabeza es Él, un siervo que no tiene nombre ni vida independiente, que no puede recibir nada como no sea para el Señor. Ya no quiero ser estimado ni amado personalmente, ni considerado como fin de cosa alguna.

Retened bien esto, porque os perseguirán la estima, la admiración y el amor de las almas puras, de los ángeles de la tierra, a causa de vuestra sublime vocación y glorioso ministerio ante el santísimo Sacramento. Querrán al menos veros, esperando sacar gran provecho de vuestro trato; procurarán hablaros y escucharos y recogerán y llevarán con emoción las menores palabras. Si os prestáis a esto, sois infieles a vuestro Señor y os ponéis en su lugar.

Vosotros, adoradores y siervos de Jesucristo anonadado, os apropiáis su gloria, esa gloria que esperaba le dierais a causa de favores tan magníficos como os ha concedido. ¿Será posible que os coronéis con esa gloria? ¿Vais a recibir obsequios que sólo Él merece? Pues entonces sois ladrones del santuario, y profanáis la dignidad de la vocación eucarística y religiosa. Queréis ser dioses y os servís de nuestro Señor para elevaros a sus expensas. ¡Desdichados de vosotros!

Si no entendéis cuanto os digo, ya lo experimentaréis cuando tengáis prosperidades en vuestras empresas buenas. Pero mirad si desde ahora no os buscan o rodean demasiado. Guardaos de dejaros poner como Dagón en lugar del Arca, pues seríais deshechos como el ídolo por la ira del Señor.

IV

Queda todavía el combate de la voluntad práctica, de la voluntad en cuanto obra.

Hay que mortificar esa voluntad del hombre viejo. Aplastadla, ya que continuamente se rebela. Su cantinela es: Ya basta; o también: En seguida.

Tomad esta voluntad e inmoladla continuamente y sin piedad. Haced siempre lo contrario de lo que quiera hacer. Aquí es donde debe odiarse al alma para poseerla, y perderla para guardarla, lo cual vale tanto como la inmolación completa del hombre.

Para esto tenemos necesidad de voluntad sobrenatural llena de la fortaleza de la gracia y abrasada en amor de nuestro Señor. Hace falta fuerza divina, amar a nuestro Señor más que a sí mismo y más que todo; si no, no hay medio de llegar al resultado.

Este triple combate contra el entendimiento, el corazón y la voluntad naturales debe durar tanto como la vida, tanto como nosotros. Sí, en esta pelea moriremos.

Cierto que es duro luchar así, pero puede llegarse a ello con el amor de nuestro Señor. Mas en los comienzos hay que dar un golpe muy grande, el golpe de la agonía, que será también el de la victoria. Si lo hacéis, seréis felices, pues como os perdáis a vosotros mismos hallaréis a Dios.

EL ESPÍRITU DE PENITENCIA

Durus est hic sermo, et quis potest eum audire? Duras son estas palabras; ¿quién las va a soportar? (Jn 6, 61). Así hablaron los fariseos cuando nuestro Señor les propuso el misterio de la Eucaristía, que exigía sometieran sus repugnancias de judíos a la fe de Jesucristo.

Quizá os digáis también vosotros: Si la continua mortificación es condición de la vida religiosa, harto dura debe ser ésta.

Ciertamente es dura. Por eso son tan pocos los que perseveran y se hacen santos. Se mortifica uno, sí, mientras arrecian las pasiones, pero conseguida la paz, se vuelve al reposo. De lo cual cabalmente nace el que sean tantos los que tienen virtudes comunes y tan pocos los que sobresalen del nivel vulgar. A eso conduce la pereza. Vigilad, que si bien ahora ardéis en fervor, no bastan los ejercicios para engendrar hábitos, y volveréis a caer a donde estabais.

I

¿Cómo evitar este peligro? –Pidiendo a Dios espíritu de penitencia. Es absolutamente necesario que adquiramos este espíritu, pues sin él no haremos nada durable, antes volveremos a caer en la tibieza y seremos más desdichados que antes, por cuanto tendremos que reprocharnos pérdida de mayores gracias.

¿Qué es espíritu de penitencia? –La voluntad constante de mortificarse en todo así que se presente la ocasión, y buscándola cuando tardare en presentarse.

Hay tiempos para la mortificación corporal, pero no para el espíritu de mortificación. Nos mortificaremos corporalmente en las tentaciones, cuando haya peligro de seducción, para expiar una falta o cuando se enseñoree de nosotros cierto deseo vehemente de agradar a Dios. Pero espíritu de penitencia lo podemos tener en todo y llevarlo y aplicarlo a todo, porque es una voluntad que lo abarca todo. Su propia perfección es causa de que así sea.

Pedid encarecidamente este espíritu, ejercitadlo en las

adoraciones y comuniones; nunca ceséis de pedirlo. Haced que sea como una voluntad generosa que se extienda a toda la vida y selle todas las resoluciones, y como una voluntad particular con que fijéis ciertos actos del día en que lo apliquéis por manera especial. Ni temáis hacer mortificaciones corporales para adquirirlo, pues con él toda la vida viene a ser un holocausto ofrecido a la mayor gloria de Dios, como lo fue la vida del mismo Jesucristo.

Para ejercitarlo, aceptad y ofreced a Dios cuantos sufrimientos y adversidades os enviare; sed fieles a las privaciones corporales recomendadas por los santos, así en el refectorio y en el dormir como en la oración y el trabajo y en lo secreto de la celda.

Pero acostumbrándoos a ofrecer a nuestro Señor por amor el sacrificio de las alegrías legítimas, aun espirituales, ofreceréis lo más fino de la penitencia, pues en esto consiste la mortificación amorosa y el espíritu más perfecto de penitencia.

Porque hay dos maneras de honrar a nuestro Señor con la penitencia: una, que se inspira en el amor negativo, y otra, que nace del positivo. Con la primera, uno previene el mal o lo corrige; es necesaria, pero sólo nos hace cumplir el estricto deber de justicia cristiana. Para de esta suerte practicar la penitencia basta tener conciencia y considerarse pecador por ser deber riguroso de reparación. Sería miseria grande no tener tanto amor como para mortificarnos de esta manera.

Pero os aconsejo sobre todo la penitencia que nace del amor positivo. Es más noble: no se contenta con pagar las deudas, sino que da también de lo propio. Cuando nos anima este amor, no nos mortificamos para evitar el infierno, sino para agradar a Dios. Nos privamos de lo que legítimamente nos corresponde. Tal es el sacrificio del amor filial, que a todo se aplica y en todo halla materia de privación con que hacer un obsequio al Amado.

Con esta amorosa mortificación uno no se considera a sí mismo por fin de nada, sino que todas las alabanzas, por justas que sean, se transfieren a Dios, sin guardar nada para sí. Muy lejos anda esta suerte de mortificación de aquella humildad falsa y mundana con la que se finge no aceptar los elogios, para luego recibirlos ofrecidos con mayor insistencia. En algunos casos hay que saber aceptar los elogios sin decir nada, haciendo así un gran sacrificio de humildad.

Mortificación de amor es asimismo diferir la petición de una

cosa que agrada mucho y que podría lograrse en seguida con sólo pedirla, para mortificar la voluntad, tan deseosa siempre de su bien.

Puede acontecer que estando en la adoración experimentéis una alegría vivísima. Bien pudierais gozarla, pero preferís sacrificarla por nuestro Señor y os ponéis a meditar la Pasión. Yo os aseguro que es esto de lo más agradable que le podéis ofrecer. Porque, ¿qué cosa hay más sabrosa y legítima que la alegría espiritual de la oración?

Os acontece, al contrario, hallaros en la mayor aridez y con harto sufrimiento vuestro continuarán en este estado, aun después de hecho lo posible para alejar lo que hubiese podido motivarlo por vuestra culpa. Podríais entonces muy bien tomar un libro para salir de él y aliviar el espíritu de ese peso abrumador; pero si por amor a nuestro Señor preferís aceptar ese sacrificio con resignación, ¡qué contento no estará Jesucristo y qué contentos no estaréis también vosotros en el fondo, aunque no en la parte sensitiva!

Teniendo este espíritu que mueve a mortificarse por amor, uno no tiene por qué inquietarse, aunque carezca de otras virtudes, pues con él se practican todas, por ser la perfección un ejercicio que a todas partes sigue al alma y en todo la inmola para mayor satisfacción divina.

El que se mortifica por justicia alcanza paz; el que además se mortifica por amor logra el gozo y la expansión de la felicidad. Nadie goza de más dicha y júbilo que el religioso más mortificado.

Mortificarse así por amor es señal cierta de verdadero amor de Dios, con el cual se le ama sobre todas las cosas por ser quien es. El mortificarse por mera penitencia, exigida por justicia, no prueba que se ama a Dios más que a sí mismo; por lo menos, puede uno hacerlo por interés propio; en todo caso, no alcanza lo interior, sino que se contenta con lo rigurosamente necesario, y bien se puede ser muy obediente exteriormente y muy desobediente interiormente.

Quien por amor se mortifica, sacrifica lo interior y va derechamente a Dios; ni se sacrifica más que por complacerle y reivindicar sus derechos sobre sí. Por amor hacia Él, y por su mayor gloria, ejecuta contra sí mismo la justicia y se trueca en propio purgatorio. No aguarda a que se le imponga el castigo, sino que sale a su encuentro. Sólo a Dios quiere; ni le pide nada como no sea la facultad de amarle más y más.

¡Qué medio para aproximarse a Dios! Con él tiene uno siempre

a mano el fuego del amor para destruir y consumir cuanto se oponga a la vida de Dios y a su beneplácito. Nosotros desaparecemos para que Él crezca y aparezca más y más, convirtiéndose en fin único a quien todo se sacrifica.

Es un tesoro que podéis tener a mano; sabed aprovecharlo. Estudiadlo, ahondadlo, sea para vosotros objeto frecuente de examen.

Preved desde la mañana las mortificaciones del día. Llegada la tarde, si las habéis practicado bien, dad gracias a Dios, y si no, pedid perdón por haber sido demasiado cobardes para cumplirlas. Medid todas las cosas con esta medida, que en ello está el secreto del progreso espiritual.

Si no queréis creer en la virtud maravillosa de la penitencia por lo que yo os digo, haced la prueba al menos por algún tiempo, y entonces, ¡ah!, entonces, ya no querréis dejarla. Debéis quedar convencidos del todo y enamorados de ella, pues para hacer bien una cosa y adquirir del todo una virtud hace falta estimarla primero y luego admirarla y amarla con pasión. La voluntad y el cuerpo ejecutarán fácilmente lo que el espíritu tiene por bueno y ambiciona el corazón.

Predicad, por tanto, espíritu de penitencia; mortificaos en todo y dondequiera, en el cuerpo y en el alma, en el espíritu y en el corazón, por amor a nuestro señor Jesucristo. ¡Oh cuánto quisiera que estas palabras fuesen de fuego y quedasen grabadas con hierro candente en vuestro corazón! No os fijéis en lo que cuesta la penitencia, sino en la unción que la acompaña; la cruz antes es consuelo que suplicio. Así lo entendieron los santos, y por eso la abrazaron con tanto amor y alegría.

LA MORTIFICACIÓN DE LOS SENTIDOS

Hemos dicho que había que dar por completo el espíritu de Dios; que los combates más peligrosos son los del entendimiento; que la tibieza de la vida nace de la pereza y de la indecisión en declararse por Dios y en rechazar el mal. Hemos dicho que hay que desechar, tan pronto como se presenten y sin vacilación de ningún género, los pensamientos que tengan apariencia de mal.

Hemos dicho que era necesario dar a Dios nuestro corazón, que quiere para sí y de un modo absoluto; pero hemos dicho también que para que sea continuo el don del corazón, es necesario que lo sea igualmente la voluntad de ofrecernos a Él con amor generoso y dispuesto al sacrificio. Este amor es el espíritu de penitencia, la mortificación del amor; es el camino verdadero de la santidad; sin esto, todo lo demás no es más que entretenimiento o sendero florido para esparcimiento. Todos los demás medios son como juguetes infantiles en el servicio de Dios.

Y aquí no se trata de juguetes. Hay que ser serio. Dios nos guarde de gentes de cabeza ligera, de quienes nada se puede esperar. La ligereza es como aceite que se derrama sobre el espíritu y el corazón, impidiendo que penetre la gracia. No seáis ligeros, sino tened una idea, un fin muy determinado, al que tendáis por medios serios y aptos para lograrlo.

I

Pues para ser de nuestro Señor es absolutamente necesario darle el cuerpo y los sentidos, y para esto debemos dominarlos. Cueste lo que costare, cada cual debe poseer las llaves de sí mismo; hay que someter el cuerpo al imperio del deber, de la voluntad y de la gracia de Dios.

El cuerpo no tiene inteligencia ni fe, por lo cual debe ser dominado y guiado por la voluntad; es un animal que no obra conforme a razón, sino a fuerza de golpes. No sabe de sobriedad ni de honores, ni se cuida de virtudes. Es, de suyo, desordenado y tiende

obstinadamente al propio placer; apetece el bien sensible, el propio bien, a cuyo goce propende con todas sus fuerzas. Si la razón llega a oponérsele, trata de prevenirla y de alcanzar su objeto por mal que le pese, trabándose recio combate. Si por desgracia estuviera el espíritu en connivencia con él, nos veríamos perdidos.

Por eso la mortificación interior no basta; es preciso mortificar también el cuerpo, que nos podría traicionar.

Quizá pudierais conseguir vuestro fin sin ello, teniendo voluntad muy enérgica y encendidísimo amor; pero, por regla general, vale más tener murallas bien guardadas y puertas bien cerradas.

El hombre malo debe ser continuamente cohibido, refrenado y mortificado, porque tiene instintos de bruto. Tanto debe el espíritu ser elevado y dirigido a Dios cuanto reprimido y mortificado el cuerpo. En cuanto al espíritu, no hay que comprimirle, no sea que lo ahoguemos, sino encaminarlo constantemente hacia Dios.

Aquí tenemos la razón por la que la oración, que es esencialmente función del espíritu, se llama elevación del alma a Dios. El espíritu ha menester de luz, de alimento el corazón y de mortificación el cuerpo, que debe ser sojuzgado y encadenado.

La voluntad, que es el sí y el no, la realeza del hombre, debe tener la voluntad de Dios por único fin, uniéndose con ella y sometiéndosele constantemente. El entendimiento ve, el corazón trabaja y la voluntad acaba. Esta última debe ser dueña del espíritu y del corazón, pues es soberana y todo lo puede con la gracia de Dios. Es admirable la voluntad cristiana, cuando revestida de la fuerza del mismo Dios, vence todos los obstáculos.

Porque Dios está con la voluntad para con ella vencer, cuando la voluntad está con Dios para sometérsela.

La voluntad debe asimismo dominar cuerpo y sentidos; este señorío es cosa ardua y harto incierta, pues a causa del contacto con el mundo, se ofrecen dificultades desalentadoras y es muy raro que uno sea dueño absoluto de los sentidos.

Para cierto tiempo, sí se logra, pero en el momento menos esperado nos aguarda una sorpresa. Son tantos y tales los lazos y las ocasiones, que queda uno atado por todos lados. Llega un día en que reaparece toda la flaqueza, y embiste el natural como el animal doméstico, ordinariamente muy manso, que no acata dueño alguno

cuando es dominado por la pasión.

Es lo que descorazona a los pecadores que se convierten; continúan fieles por mucho tiempo, hasta que un día sienten violentísimas acometidas y a veces incurren en espantosas caídas; sí, habían convertido el corazón y el alma, pero el cuerpo seguía siendo el mismo.

Que se ame a Dios, se ore y se tomen resoluciones, está muy bien y es necesario; pero además de esto precisa mantener al esclavo en verdadera servidumbre. En tanto no sea señor del cuerpo, no será el hombre ni santo ni de veras piadoso; no puede hacer actos buenos, ni se encuentra en estado de piedad sólida y duradera.

¡Oh, cuánto cuesta llegar a la muerte del cuerpo! Ya se quiere sacrificar el espíritu y el corazón, pero el cuerpo, con harta dificultad. Examinad vuestra vida y veréis cómo vuestros pecados proceden de los sentidos. Dañan al alma, pero por medio del cuerpo. Y se comprende que sea así, porque el alma está atada a los sentidos y nada puede sin su concurso. Lo que sucede es que los sentidos se valen cuanto pueden de esta unión para hacerle traición y dañarle en vez de servirle; no dejan piedra por mover para atraérsela. Por eso mismo es el cuerpo enemigo irreconciliable de la gracia que quiere santificar al alma y unirla con Dios, separándola de las cosas terrenales para que se apegue a las celestiales. Para sus fines echa mano de todos los medios de vigilancia y corroe todos los lazos. Bien sabe las fuerzas que tiene. Y, además, cuenta en el alma, espíritu y corazón con alianzas, porque después del pecado todo el hombre, así interior como exteriormente, ha quedado maltrecho e inclinado al mal.

La razón está en medio de los sentidos como lucecilla debilitada por la original caída, y a lo mejor adormecida por el mal uso que de ella hayamos hecho. Tan débil es que desaparece ante el imperio de los sentidos, que son dueños de las dos terceras partes del hombre. Por eso, si no comenzáis el trabajo de la santificación por mortificarlos para reducirlos, jugáis y malgastáis el tiempo. Recordad lo que hemos dicho de la mortificación de amor, a saber, que la primera víctima que se debe sacrificar a Dios es el cuerpo.

En todas sus epístolas predica san Pablo la crucifixión de la carne, de los sentidos y del hombre viejo. Es necesario reducirlo a servidumbre y nunca será virtuoso quien no lo haya domado del todo.

En esto consiste cabalmente el ejercicio exterior y la prueba de la virtud de mortificación.

II

Corre por el mundo una herejía que hace estragos en las costumbres. Se dice que no hay pecado original, que el cuerpo, lo mismo que el espíritu, se encuentra en su natural rectitud, siendo por lo mismo buenos todos los instintos, que deben ser satisfechos. De esta manera se legitiman los más deplorables excesos porque no habiendo caída tampoco hace falta reparación, negándose en consecuencia la necesidad de la mortificación cristiana y hasta la exigida por la mera conveniencia moral.

Este error se ha deslizado hasta en la piedad y ha invadido la dirección de las almas, aunque ocultándose naturalmente un poco y sin atreverse a confesar abiertamente sus principios, que harían retroceder de espanto.

Pueden leerse libros y hay confesores que dicen; La mortificación exterior no es necesaria; aunque conviene a los religiosos, no es conveniente para las personas del mundo. Ayunos y maceraciones, bien están para el claustro, pero a las almas en general hay que conducirlas con dulzura. A lo cual replico yo: lo de la dulzura toca a Dios. Él es quien la hace sentir al alma para alentarla y premiarla; lo que al hombre concierne y la cooperación que le corresponde consiste en mortificarse y crucificarse, por cuanto ha sido condenado a comer el pan con el sudor de su frente; maldita está para él la tierra, y las criaturas le ofrecen continuas ocasiones de pecado. Debe, por tanto, separarse de las criaturas y apartarlas para no descansar en ellas ni anteponerlas a Dios. ¿Cómo lograr esto, si no es por medio de la mortificación de los sentidos?

Notad que el hombre se ve constantemente atraído hacia el cuerpo: los vicios del alma se materializan en los sentidos, y cuando llegan a ser corporales, son más tenaces y culpables. Si no les prestáramos esta vida exterior, morirían mucho antes.

Así, el orgullo que no puede manifestarse en primeros puestos, honores y vanidades, no dura. Desechando los elogios y las señales exteriores de vanidad, se ahoga el orgullo en sí mismo.

Al cuerpo apunta también el avaro: amontona con el propósito de gozar un día, cuando le parezca haber adquirido bastante.

¡Cuántos hay que viven para comer y desfiguran la imagen de Jesucristo, tomando la de puercos!

Y ¿qué diremos de los demás vicios, de la cólera, de la pereza y, sobre todo, del vicio vergonzoso? ¿No tratan de asentarse, de establecer sus reales en los sentidos? El cuerpo es el campo de sus placeres; con él se alimentan, de sus sensaciones viven, y todos tienen en él profundas raíces.

Escuchad a san Pablo pidiendo el castigo de sus miembros, castigando su cuerpo y dando del cristiano esta hermosa definición: es un hombre que, crucificando su carne, vive de la virtud y del amor de Dios. Mirad si no es esto mortificación corporal, y para todos.

Al decirlo, se hacía eco del precursor, en cuyos labios puso nuestro Señor estas palabras: Haced penitencia; enderezad los malos caminos; producid dignos frutos de penitencia; esto es, expiad con la humillación, el ayuno y la ceniza, los pecados de los sentidos; que todos puedan ver estos frutos, como han visto los crímenes.

La Iglesia, instruida por nuestro Señor, exige penitencia corporal, ayunos, oraciones públicas y expiaciones solemnes. Autoridades son, ciertamente, todas éstas, que hablan claro contra los doctores de esa piedad sensualista.

III

De lo dicho se infiere que la mortificación corporal es legítima, necesaria para todos los tiempos y para todos. Practicadla, ya que la necesitáis. Veamos ahora otros motivos.

Como nuestro cuerpo es malo y se encuentra infectado de pecado y lleno de instintos perversos, hay que purificarlo y restituirle la salud a fuerza de golpes, como la tempestad purifica la atmósfera, y se purga al enfermo, desembarazándole de los humores nocivos que le aquejan.

Hemos pecado no sólo en nuestro común origen, sino también voluntariamente por otra y por los sentidos, los cuales debemos ahora purificar con la mortificación de Jesucristo, pues hemos corrompido una naturaleza ya anteriormente viciada.

Mereciendo todo pecado un castigo proporcionado a su malicia, debía también la reparación voluntaria ser igual al castigo exigido por la justicia. En cometiendo un solo pecado mortal, hemos merecido el infierno; y ¿cómo vamos a pagar el infierno?

Aunque no tuviéramos más que pecados veniales, ¿cómo compensar las llamas del purgatorio?

Cierto que Dios os ha perdonado, y, en alcanzando perdón, os habéis alegrado al punto con los ángeles, como si nunca hubierais pecado. Pero la satisfacción, ¿para quién queda? Debemos tener nuestros pecados constantemente ante los ojos para repararlos, pues la verdadera conversión no consiste en no hacer el mal, sino en repararlo. Purifiquémonos nosotros, que si no, nos purificará Dios en esta vida o en la otra.

Como no lo hacemos nosotros, Él mismo pone muchas veces mano a la obra. "Mire usted a Fulano", decís muchas veces. ¡Cuánto sufre! ¡Qué perseguido se ve! Y ¡cuán lejos está de merecerlo! –Ya puede ser que lo sucedido sea una prueba de amor, pero no pocas veces es para expiar un pecado. Dios hace ejercitar la penitencia, porque se olvidaba lo que se debía.

Tentaciones largas y penosas os acometen; decís que os acosa un verdadero suplicio. ¡Bueno! Pero ¿no habéis consentido nunca en el pecado correspondiente? Pues expiad ahora. Dios os impone el castigo que no habéis tenido el valor de sufrir.

Según eso, ¿será bueno tener tentaciones? –Ya lo creo; sirven para pagar lo pasado y mantenernos humildes. Las tentaciones nos hacen practicar la penitencia y nos obligan a combatir cuando quisiéramos descansar.

Hay principalmente un género de penas que hace sufrir, y son las persecuciones y las calumnias de las personas devotas. Nada hiere tan en lo hondo, porque su virtud da pie para creer que tendrán razón y que es el mismo Dios quien está irritado. Permite que a las veces los mejores no vean bien y persigan a uno, a pesar de su inocencia, para purificarle mejor.

Las enfermedades y los sufrimientos físicos son asimismo una expiación corporal que Dios impone. No salgáis en busca de ellos, como tampoco de las tentaciones y persecuciones; pero si llaman a vuestra puerta, dad gracias a la divina misericordia, porque os hace practicar ahora la penitencia, ahorrándoos el tener que hacerla más tarde.

Finalmente, no basta ejercitarse en obras de mortificación corporal por haber pecado, lo cual no pasa de mera justicia. Si con esto nos queremos contentar, no había para qué hacernos religiosos,

además de que esta penitencia redunda solamente en provecho nuestro, pues sirve para evitar las penas futuras y asegurar la salvación.

A esta necesaria mortificación debemos añadir la práctica de la mortificación de Jesucristo, que escogió el sufrimiento no por necesidad, sino sólo por amor, porque veía que era un medio de mostrar mejor su amor al Padre y a nosotros. Hay que considerar la mortificación como virtud que debe adquirirse, y decir: "Aunque no tenga pecados que expiar quiero mortificarme, porque Jesucristo me ha dado ejemplo al ser azotado y crucificado, al padecer hambre y sed, frío y desnudez, con gozo, por amor a su Padre. Yo tengo que hacer lo mismo que Él".

Este es el motivo más hermoso y verdadero de mortificación. Abracémoslo y revistámonos con las vestiduras de Jesucristo, debajo de las cuales tan sólo podremos complacer al Padre celestial: la mortificación y la cruz.

IV

¿Cómo practicaremos esta virtud? –No gozando nunca de nada, cercenando al cuerpo todo aquello en que quisiera complacerse; no buscando nuestra propia satisfacción ni en nosotros ni en cosa alguna; no yendo tras las alabanzas ni los aplausos de los hombres; mortificándonos en el comer, aunque más en calidad que en cantidad; practicando con el debido permiso las mortificaciones corporales y las humillaciones, a las que los santos eran tan aficionados: todo eso se puede hacer sin caer enfermo; ya podéis estar seguros de ello.

Hacedlo así, que si no, todas vuestras protestas de amor a Dios no serán sino ilusión y hasta una insolencia, si Dios no tuviera cuenta con nuestra ignorancia.

Se dice que es difícil mortificarse de continuo. Ya lo creo. Pero todos los días hay que llevar la cruz y tener la espada constantemente en mano. No se pagan las deudas con sentimientos y palabras amorosas, sino con obras de penitencia. Esta es la moneda del calvario.

En primer lugar, deben hacerse las mortificaciones que exige el propio estado, porque éstas obligan de un modo absoluto y antes que todas las demás. Sería un error dejarlas prefiriendo otras. Después, hay que buscar otras; hay que ser inventor para castigarse e

inmolar el cuerpo a Dios con sacrificios incesantemente renovados.

Habría motivo de desesperar, si no tuviéramos amor a la mortificación. Se buscan las propias comodidades ante todo; se oye el toque de la campana sin moverse, siempre sobra trabajo cuando se trata de obedecer a una orden; se retrasa el levantarse, pasando siquiera algunos minutos más en la cama. Y ¿qué se gana con todo ello? El llegar después de comenzado el oficio. El demonio es quien guía al tal, y presentándolo a nuestro Señor, le dice en son de burla: he aquí un esclavo que quiere alimentarse; para eso viene al Oficio; pero yo he tomado todo el mérito que os pudiera ofrecer.

Es vergonzoso ser poco puntual con nuestro Señor y Rey.

Está uno conversando en el locutorio, oye la campana, pero queda algunos minutos más para no parecer descortés o para dar muestras de mayor atención. – ¡Pero si os llama Dios! – ¡Que espere!

¿Es esto posible? ¿No es verdad que son espantosas las pasiones cuando en ellas se piensa? Y, sin embargo, no digo más que la verdad, y aun no toda entera.

Y con ser esto así, quisiera uno ser tratado como príncipe y que nada faltara, y que fuera servido puntualmente y de manera confortadora. La vida religiosa, que es calvario y escuela de sufrimiento, se convierte en lecho de pereza.

En faltando una cosa, uno se impacienta y murmura, suenan los derechos, que no se sueltan de la mano, como si fuesen un escudo. Pues sabed que, como religiosos, no tenéis más derecho que al pan, al agua y a un camastro. Pecadores sois y habéis merecido pasar por los tribunales de la justicia de Dios. Verdad es que la regla, cual madre, suaviza todo eso; pero, en cuanto a derecho, no merecéis otra cosa.

En realidad, ¿era antes de entrar en religión tan desahogada la posición de todos nosotros que nunca nos faltase nada? Procedemos de familias de artesanos; alguien ha sido pastor; necesitábamos, cuando jóvenes, trabajar para ayudar a ganar el pan de la familia. ¿Y quisierais ahora ser mejor tratados que en vuestra casa? ¿Para eso habéis venido aquí? Pues sabed que valía mil veces más que os quedarais donde estabais.

Parad mientes en esto. Se trata de algo serio. No miréis a la forma de mis palabras, sino a su fondo. Estas cosas no se dicen todos los días ni delante de todos, porque quien las dice comienza por

instruir su propio proceso; pero ¡ahí va la verdad!

Adelante, pues; la vida religiosa es una muerte que da la vida; tenedlo entendido, y que el amor que crucificó a Jesucristo os clave también, a vosotros con Él en la cruz.

EL DON DE SÍ MISMO

I

Para alcanzar la virtud de la fortaleza y de cristiana mortificación hay un modo eficacísimo entre todos y único, que puede perfeccionar los demás: es el amor de nuestro Señor.

Es menester que los medios de una virtud sean coordinados con prudencia; pero la virtud misma debemos abrazarla resueltamente, con amor. De golpe llegó san Pablo a la perfección de Jesucristo por el amor de la cruz. Dios le derribó por tierra, se le mostró amoroso y con estas palabras: Yo soy Jesús a quien tú persigues, le reveló todo el amor de la redención, del calvario y de su muerte.

San Pablo lo comprendió todo y se fue repitiendo: Me amó y se me entregó: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me* (Col 3, 11).

Con cuya consideración tenía por poca cosa los mayores sacrificios y lo aceptaba todo. Hizo entrega de sí mismo a Jesucristo, diciendo que él ya no vivía, sino Jesucristo en su lugar; que no había para él ni padres, ni amigos, ni judíos, ni gentiles, ni vida, ni muerte, sino Jesucristo en todas las cosas: *Omnia et in omnibus Christus* (Ro 8, 35-37).

Escuchadle: "Pues Jesucristo me ha amado, le amaré también yo a pesar de todo y nada será capaz de impedírmelo. No, ni las cosas del tiempo, ni las potencias espirituales, ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni la espada, ni la muerte serán parte para separarnos de la caridad de Jesucristo, por medio del cual triunfaremos de todas las cosas: *Sed in his superamus propter eum qui dilexit nos* (1Co 2, 2).

Para lograrlo considera el amor de Jesucristo como propio y personal, teniéndose por fin de este amor: "Me ha amado a mí, Pablo; me ha amado hasta entregarse a la muerte por mí". Pues yo también le amaré y no sabré más que a Él y a Él crucificado.

Jesucristo nos ha amado también a nosotros, de lo cual tenemos buena prueba en habernos llamado al sacerdocio y a la vida religiosa, gracia singularísima que cada día renueva y aumenta con

otras nuevas. Después de haber muerto en la cruz por cada uno de nosotros, vuelve a morir cada día en el santísimo Sacramento también por cada uno de nosotros. Si no hubiera muerto, subiría al calvario para salvarnos, y de no haber instituido la Eucaristía, la instituiría para cada uno de nosotros. ¿No dice san Pablo: Me ha amado, concentrando en sí todo el amor de Jesucristo? Y le sobra razón, y nosotros debemos hacer otro tanto.

Para que el amor de Dios pegue fuego al alma, es menester concentrarlo en sí como en poderosísima lente.

Bien es verdad que la Redención es para todos, pero no por eso es menos toda entera para cada uno, a la manera del sol que se derrama sobre todos los seres, sin por eso privar a ninguno de su luz ni de su calor más que si fuera para uno solo.

Ni que decir tiene que un hombre no vale lo que Jesucristo para merecer el don personal del Hijo de Dios. Pero si es voluntad de Jesucristo amar más de lo que merecemos, si quiere cometer excesos –pues excesos son la cruz y la Eucaristía– para ganar nuestro corazón, ¿quién se lo podrá estorbar? Es infinito en su amor y dones, y lo infinito ni se divide ni mengua cuando se da.

Entremos ahora en lo que concierne a nuestra vocación. ¿No es enteramente para vosotros la Eucaristía? ¿No se expone para vosotros el santísimo Sacramento? La Iglesia os lo ha dado en propiedad, y mientras haya un religioso capaz de ponerse de hinojos en el reclinatorio, la exposición solemne y la adoración serán suyas y para él.

Jesús, pues, os ama en particular; y ¿no se llega a vosotros cada día enteramente y sólo para vosotros?

II

¿Cómo corresponder al amor personal e individual, causa de que Jesucristo se dé todo entero a cada uno en particular? Un don reclama otro don, y puesto que Jesucristo se os da a sí mismo con sus gracias, dad también vosotros no sólo vuestras obras, sino también vuestro propio ser.

Para comprender cómo debéis hacer este don, mirad a vuestro modelo, esto es, a Jesucristo, dándose al Padre para ser servidor.

El Verbo eterno vino al mundo para ofrecer al Padre un sacrificio perfecto. Pues bien: comienza inmolando la humanidad que

asume y con que se une, privándola de la personalidad humana que le correspondía naturalmente, reduciéndola de esta suerte a una dependencia, servidumbre y sacrificio absolutos. Y el alma humana de Jesús, su santísima humanidad, acepta con amor para toda la vida esta privación en que se encuentra, y aun gusta de manifestarla con palabras y obras. Abrid, en efecto, el evangelio y veréis que nuestro Señor se niega en cuanto hombre a gobernarse a sí mismo, a obrar y juzgar por sí y sobre todo a aceptar la gloria y la honra que se le quieren tributar.

Habla como hombre perteneciente a la persona del Verbo cuando dice: "El Hijo del Hombre no puede hacer nada que no haya visto hacer al Padre" (Jn 5, 19). "Hago siempre lo que agrada a mi Padre" (Jn 8, 29). "No busco mi gloria, sino la de quien me ha enviado" (Jn 8, 50). Y también: "¿Por qué me llamáis bueno? Sólo Dios es bueno" (Lc 18, 19).

¿De dónde nace ese insistir en no atribuirse nada y en no querer nada para sí? Pues de que el dirigir, el gobernarse y el recibir gloria y afecto es propio de la personalidad del hombre, derecho propio del *yo* humano. Como nuestro Señor sacrificó su personalidad para no depender más que de la persona divina del Verbo y no vivir más que por ella, quiere ser fiel a su sacrificio y mostrar que sólo la persona divina es su principio y fin.

Así, nuestro Señor se encuentra en estado perpetuo de servidumbre de víctima y de holocausto, ya que tiene sacrificado lo que principalmente constituye orgullo y gloria del hombre: el yo humano, la personalidad humana.

Por manera que la pasión y sus sufrimientos todos no son más que ejecución y cumplimiento del sacrificio primitivo que de sí mismo hiciera al Padre al venir al mundo: "No os han agradado ni holocaustos ni sacrificios expiatorios. Entonces yo dije: 'Miradme, yo vengo'" (Hb 10, 6-7).

Lo admirable es que ese estado de dependencia absoluta subsista en nuestro Señor, y subsista eternamente. Así en el santísimo Sacramento como en el cielo, dondequiera que esté, el Padre ve a Jesucristo sacrificado en sí mismo, dependiente siempre de la personalidad del Verbo y ofreciéndose en sacrificio a su Majestad infinita.

Sucede, además, en la Eucaristía que nuestro Señor tiene

empeño en manifestar mejor este sacrificio interior, dependiendo de los sacerdotes y aun de los fieles, por el anonadamiento exterior.

He ahí cómo nuestro Señor fue servidor de su Padre y cómo se le dio para salvarnos y glorificarle perfectamente.

Pues podéis imitar a nuestro Señor en este don de sí mismo, diré mejor, tenéis gracia de vocación para imitarle.

Estas palabras de la regla: “Servirán con el don de sí mismos”, están en el capítulo más importante, en el que trata de la adoración, y os obligan a imitar a nuestro Señor en el don de su personalidad.

Cierto que no podéis destruiros y sacrificar realmente vuestra humana personalidad: solo el Verbo, por ser Dios tenía sobre la humanidad asumida para víctima este poder. Pero podéis y debéis imitar por gracia y virtud lo que realmente hizo Él con su poder divino.

¿Cómo? Haciendo a nuestro Señor entrega total y absoluta de vuestra personalidad, tomándole a Él como Señor no ya tan sólo de algunos actos transitorios, sino de todo vuestro ser para siempre y para todo.

Para lograrlo, debéis renunciar a ser vuestro principio, dando sólo a Él derecho de dirigiros y trabajando sólo por Él. Es preciso que os sometáis a su voluntad sin reserva de ningún género sobre vosotros y sobre cuanto os concierne, así en el alma como en el cuerpo, lo mismo ahora que en el porvenir. Dejando de ser persona que se posea y se gobierne a sí misma, debéis trocaros en servidores, instrumentos y miembros conducidos únicamente por nuestro Señor, que os manifestará su voluntad por la ley de vuestro estado, la obediencia a los superiores, las mociones de la gracia y los acontecimientos de cada momento.

Es necesario asimismo que sea vuestro único fin, que para Él únicamente sean vuestros dones y virtudes, estudios y trabajos y que en todo tengáis la mira puesta en su beneplácito y gloria. Obras, sufrimientos y méritos, todo debe ponerse en sus manos, porque sois posesión suya y porque sólo por medio de Él obráis. Hasta los bienes de la gracia y de la gloria debéis desearlos solo como medio de amarle más y de glorificarle mejor. En esto consiste el don de amor perfecto, que ama a Dios por sí mismo, porque lo merece, aun cuando no hubiera otra razón de amarle. Con lo cual excluimos los otros motivos de amor, sino que nos proponemos lo más perfecto.

¿Comprendéis lo hermosa que es la gracia que os da la vocación poniéndoos en el deber de hacer a Dios el sacrificio de la propia personalidad, análogo al que hizo Jesucristo, Verbo encarnado?

Digo que es ésta la gracia propia y distintiva de nuestra vocación. Como el franciscano se distingue de todos los demás por su pobreza y renuncia a toda propiedad, como cada orden tiene su virtud propia y dominante, así la renuncia no ya tan sólo a todo lo que se tiene, sino a todo lo que uno es, el don de la propia personalidad es el carácter propio de nuestra vocación.

El estado religioso no exige este don formal; basta dar la voluntad, los bienes y el cuerpo por los tres votos. Pero nuestra vocación nos pide además el don de la personalidad. Tened muy presente que debemos ser como sombras humanas, como especies cuya substancia viva y personal sea el santísimo Sacramento.

En sí mismo considerado, este don no es cosa nueva. Tiempo ha que dijo san Pablo: "No vivo yo, sino quien vive en mí es Jesucristo" (Gal 2, 20). Algunos santos lo han enseñado también y la han practicado todos ellos. Porque ¿cómo es posible alcanzar la santidad sin darse totalmente a Jesucristo para que Él nos absorba?

Pero es cosa nueva en cuanto la proponemos como virtud dominante de una Congregación entera. Aunque practicado por los que se sentían hacia él atraídos, este don no fue propuesto nunca como ley general y universal que debiese servir de punto de partida y de fundamento de la perfección de todo un cuerpo religioso. Se le consideraba como consumación de la santidad y herencia de un número muy reducido. Pero la Imitación dice: "La oblación espontánea y total debe preceder todas vuestras obras, si queréis alcanzar gracia y verdadera libertad (Lib. IV, c. 8, n. 2).

Por esta razón lo consideramos como medio elemental de la santidad para todos, como llave de la perfección eucarística, de manera que hecho el don, todo el trabajo posterior se reduzca a purificarlo y completarlo más y más.

Lo hacemos porque entendemos que es la mejor manera de participar del estado de adoración de nuestro Señor en el santísimo Sacramento, donde adora al Padre con anonadamiento personal. Adorémosle nosotros por esto mismo y junto con Él al Padre, anonadando nuestra personalidad.

Tal es vuestra gracia y vuestra virtud, gracia que es para vosotros y para todas las almas que en el mundo se ven especialmente atraídas por el santísimo Sacramento. Estudiadla, y si llegáis a comprenderla bien, abriréis nuevo cauce en la piedad, nuevo no ciertamente en sí mismo, pero sí en la práctica: es la gracia de la santidad por la Eucaristía.

III

Habiendo nuestro Señor manifestado el don que de sí mismo hizo al Padre por una vida de continuo sacrificio, debemos también nosotros, después de habernos dado a Él, abrazar la cruz y la muerte de la cruz con amor y gozo; y como sólo por amor puede hacerse este don, sólo por amor debéis sacrificaros para ponerlo por obra.

Nuestro Señor nunca se permitió un placer puramente natural, sino que en todo buscó el beneplácito del Padre, en lo cual consiste el amor verdadero. Y yo os digo que si no amáis a nuestro Señor, tampoco amaréis su cruz; podréis sí, hacer por momentos actos crucificantes, pero no vivir en estado de un crucificado ni perseverar; haréis justo lo necesario para la salvación, dejando de servir a Dios y de glorificarle de la manera que os ha llamado a hacerlo.

Amadle, por tanto, y sufrid por Él, pero porque Él os ha amado. En presentándose una cosa que hacer, examinad luego cómo la hizo nuestro Señor, penetraos de sus intenciones y hacedla como Él; ya sabéis su vida.

Cuando se trate de una cosa que los evangelios no traen, preguntáos: ¿Cómo la hubiera hecho nuestro Señor? Consultad vuestra gracia y su voluntad y obrad por analogía. Así tendréis un modelo que copiar; así estaréis unidos con Él como el instrumento con la mano que lo emplea; así formaréis sociedad, seréis uno, trocándose Él en cabeza y amo, y en miembros y servidores vosotros.

Procurad servirle a todo trance. Imitar está bien, pero agradar es más perfecto. No os contentéis con lo exigido: en cuanto os parezca que una cosa le agrada, hacedla.

Cada cual debe amarle según su gracia y estado. Los jóvenes aman más por el corazón y la generosidad de la virtud; los hombres maduros por virtud positiva y por razón, y los viejos por el sacrificio de resignación porque todo lo abandona. Amadle según vuestra gracia y edad, pero amadle más que todo y todos. El galardón de

estos sacrificios será el poder amar más, que es la única recompensa que debemos ambicionar, pues a Él le toca dar las demás.

Pero si le amamos más, nos hará saborear más copiosamente lo agradable de su amor, la dulzura de su corazón y las delicias de su conversación. Le amamos, ¡ay!, tan poco que no llegamos a gustar estas inefables delicias. ¿No os humilla el no experimentar nada en el reclinatorio? Pues pedid a Dios con incesantes sacrificios que os haga sentir su corazón, aumentando vuestro amor hacia Él. Tratad de encontrar a este ternísimo corazón, y cuando lleguéis a dormir sobre el pecho de Jesús, ¡ah!, entonces morad en él cuanto podáis y bebed en los manantiales del amor.

Si amáis, creceréis en fuerza y eficacia de la mortificación, abrazándola como necesariamente; pero si, al contrario, no amáis bastante, seréis muy poco mortificados.

La mortificación da la medida del amor; es la piedra de toque de la santidad. Por magníficamente que predicarais, aunque convirtierais al mundo entero, no teniendo esta virtud, seríais como el agua bautismal que después de purificar al neófito va a perderse bajo tierra.

Sea alma de vuestra alma esta mortificación de amor.

Amad, y cuando os viereis frente al sacrificio, decid: Oh, Dios mío, ya que me habéis amado tanto, haré esto para pagaros un poco de amor con amor. Después de este acto de amor, no os costará el sacrificio, pues ya está hecho en la voluntad y el corazón.

HAY QUE HACER BIEN CADA COSA

Os parecerá que en estos ejercicios os hablo poco de nuestro Señor y del santísimo Sacramento. Es que hay tiempo para todo. Ahora se trata, no de Él, sino de vosotros. Estos ejercicios tienen por fin hacer de vosotros buenos servidores de su divina Persona, purificándoos de las faltas de vuestro servicio y adquiriendo las virtudes que os hagan falta.

I

Digamos hoy: Hay que hacer bien cada cosa. Es necesario que Dios pueda decir de nosotros lo que se decía de nuestro Señor: ha hecho bien todas las cosas: *Bene omnia fecit* (Mc 6, 37). Todas y cada una en particular: *Age quod agis,* haz bien lo que haces, dice la Imitación. Hay que darse de lleno al asunto que se trae entre manos.

Todos los actos tienen derecho a ser bien hechos. El día del religioso del santísimo Sacramento es como una cadena cuyo primer anillo ata por la mañana a la Eucaristía y a la cual debe traerse por la tarde el último, sin que haya interrupción entre los anillos, lo mismo en cuanto al metal como en cuanto a su forma, pues todos deben ser eucarísticos, componerse de gracia y amor eucarísticos y ser conformes al modelo de la Eucaristía.

Con tanta perfección debéis hacer un trabajo manual cualquiera, como la adoración y la Comunión, porque vuestros actos consiguen su mérito del Señor que los ordena y para quien los hacéis.

Así como todos los actos de nuestro Señor eran divinos y de valor infinito, por ser divina la persona del Verbo, que las dirigía y se las apropiaba, así también todos vuestros actos deben ser religiosos y eucarísticos, haciéndolos conforme a vuestra gracia de religiosos del santísimo Sacramento, de la cual deben traer su valor propio.

Cuanto tenéis que hacer es parte de vuestro servicio eucarístico, y si os inspiráis en este principio no estimaréis más una cosa que otra. De suyo todas las acciones son indiferentes, su mérito nace de la voluntad de nuestro Señor, quien las ordena por la regla.

Aun cuando fuera heroico el acto que hicierais, en lugar del sencillo y ordinario que os prescribía la obediencia, habéis realizado obra de muerte que Dios reprueba. Sólo lo que Él os ordena para su servicio es bueno.

Verdad es que algunas cosas os aproximan más a su adorable persona y se hacen ante sus ojos, siendo más consoladoras y honrosas; pero dejar un empleo señalado por la obediencia para ir, por ejemplo, a la adoración a los pies de Jesucristo, está mal hecho. Como Jesús no ve en esta obra el sello de su voluntad, no la recibe.

II

Para que se haga bien una cosa se requieren ciertas condiciones.

Es necesario, en primer lugar, que Dios la quiera. Todos los actos son de suyo indiferentes, lo cual es verdad sobre todo respecto de nosotros, que vivimos bajo obediencia. En lo que atañe a las personas del mundo que tienen libertad, deben referirse sus actos a un objeto más bien que a otro, según las circunstancias. Pueden disponer de su vida, pero dentro de los límites de la ley de Dios. En lo que a nosotros concierne, la obediencia iguala todos los actos. Por eso debemos hacerlos según nos diga ella. La regla fija el empleo ordinario de la vida, la autoridad viva del superior determina lo demás, y en ciertos casos la necesidad del orden señala lo que se debe hacer.

Para obedecer a la regla y al superior debéis dejarlo todo, hasta las comunicaciones con Dios. Si llegarais a recibir una revelación contraria a la regla, deberíais ateneros a la regla y creer que es una ilusión lo maravilloso que se os descubre, pues Dios no puede hablar contra la regla.

No faltan quienes prefieran gustosos lo que sienten interiormente a lo que les prescribe la autoridad, quienes antepongan su inspiración personal a la obediencia. Los tales son unos protestantes en la vida religiosa y abundan en nuestros días más que nunca, porque la ilusión aumenta según disminuye la fe.

Cuando para excusar la terquedad en los juicios y la desobediencia os diga alguno: Yo me atengo a lo maravilloso y sobrenatural, Dios mismo me ordena que obre así; escuchadle con paciencia y sin réplica a sus argucias, decid por toda respuesta:

Discite a me quia mitis sum et humilis corde, dejándole en su pretendido sobrenaturalismo.

Aun cuando el mismo nuestro Señor estuviera con vosotros en la celda, deberíais dejarle para acudir adonde os llamase la campana.

Debe, con todo, tenerse presente que hay interiores inspiraciones que mueven a hacer una cosa con preferencia a otra. Las hay buenas, como también malas. Para saber si provienen de Dios, consultad a la regla. ¿Que nada dice la regla? Consultad a su espíritu. Si queréis ser perfectos id al superior para pedirle consejo y permiso. Sólo hago una excepción en favor de la oración en la celda a la cual podéis entregaros muy bien, siempre que no os prescriba algo la obediencia particular.

III

Para juzgar el grado de bondad de nuestras acciones fijémonos en este axioma: *Bonum ex integra causa; malum ex quocumque defectu.* Para que un acto sea bueno debe serlo en todos conceptos, pero un solo defecto basta para viciarlo.

Por eso, cada cosa debe hacerse según su naturaleza: la adoración según el método que se os enseña, el estudio según las reglas, los empleos conforme a la usanza admitida.

Debe hacerse cada cosa en su tiempo. Si por vosotros mismos cambiarais el tiempo, viciaríais el trabajo.

Para tiempo determinado da Dios su gracia, que es como un correo divino que no espera. Sirva como ejemplo el oficio divino: un ángel, el ángel de la oración viene al principio para dar a cada uno la gracia de decirlo con recogimiento. Quien llega tarde no la recibe y por eso ya verá cómo dice mal el oficio. Esto no obstante, si la ausencia fuera debida a la obediencia, o si el atraso fuera sin culpa vuestra, nuestro Señor respondería por vosotros y os reservaría vuestra gracia.

Parad mientes en que hacer esperar a nuestro Señor es un insulto. Tengamos para Él el orgullo de hacer bien nuestro servicio.

Hay que hacer las cosas en su lugar. También con los lugares guarda relación la gracia. La gracia está allá donde os quiera la regla, como también la gloria de Dios. La Iglesia fija indulgencias a los lugares y la obediencia los santifica.

Hay que hacer las cosas según sus circunstancias, según lo

exija su peculiar manera de ser. No hagáis magníficamente una cosa que deba hacerse sencillamente. Ateneos de preferencia a la forma exterior habitual de cada cosa. Ya que el servicio de nuestro Señor se compone de actos, cuya forma está prescrita, guardadla, que tal es el marco de vuestra obediencia.

Hay que dar, además, a nuestros actos un alma, esto es, la pureza de intención. No hagáis nada ni por orgullo, si alcanzáis feliz éxito, ni por despecho, si no acertáis, pues ambos sentimientos son por igual gusanos roedores que, aun dejando buena apariencia exterior, destruyen el acto por dentro.

Tened siempre intención sobrenatural, haced todo por amor de nuestro Señor. No es indispensable para que el acto sea meritorio, pues un motivo cualquiera de virtud basta para esto. ¡Pero cuánto más preciosa y acepta a los ojos de Dios no es una cosa cuando la hacemos por amor!

Sed fieles en hacer bien las cosas, hacedlas por completo sin que nada les falte; no descuidéis nada, pues es una partícula del don de Dios que no debe perderse. En el servicio de Dios son perlas las migajas.

Finalmente, como fin y vestidura, imponed a vuestros actos la humildad. Que todos vayan a parar en esa humildad con que nuestro Señor se envuelve en el santísimo Sacramento, la cual os preservará de la vanidad y del desaliento.

Dice san Bernardo que Dios no mira al feliz resultado, sino al cuidado que se ha puesto en cumplir su voluntad. El acertar o no es cosa secundaria. Retened bien estas palabras, que valen para todos los días y para todos los actos de la vida religiosa.

LA SANTIDAD POR LA REGLA

I

La ley de vuestra santidad y la condición de la gloria de nuestro Señor en vosotros, como también el poder de duración y de acción de la Congregación consisten en la observancia de la regla.

Aunque pueda uno ser santo sin observar ninguna regla religiosa, esa santidad no puede ser la vuestra.

Debe distinguirse entre regla y reglamento. Consiste este último en una indicación material, en la nomenclatura de las prescripciones positivas, en suma, en el orden de cada acto; mientras que la regla es el espíritu de los actos, la ley interior, la forma de la santidad. La educación espiritual procede de la regla.

Os digo, pues, que no podéis llegar a ser santos sin practicar perfectamente la regla. Porque Dios no os ha creado sino para ser religiosos del santísimo Sacramento. Todo lo que hay en vosotros es para esta gracia y esta vida. La regla es el evangelio aplicado a vuestro temperamento y a vuestras necesidades. El evangelio es la ley general, y la ley particular la regla. Aunque todos los institutos religiosos son idénticos en cuanto forman discípulos de Jesucristo, como que todos practican sus consejos, se distinguen no obstante unos de otros en el espíritu y el fin con que los practican.

Todos los hombres están obligados a saber y practicar el evangelio; pero a vosotros os basta con saber y practicar vuestra regla, que es vuestro evangelio.

Diréis acaso que nuestra regla no está aprobada por la santa sede, y es verdad. Con todo, la aprobación del Instituto por la santa sede es una aprobación indirecta de la regla, que ha sido examinada en Roma, creyendo los examinadores que era apta para formar religiosos con fin especial, útil para la Iglesia y capaz de glorificar a Dios y de santificar las almas. La han alabado en su conjunto. Su santidad ha indicado algunas correcciones que se han hecho. No debéis, por tanto, respetarla menos por no estar todavía aprobada canónicamente. Si no lo está es por prudencia y benevolencia de la

Iglesia, pues su aprobación da a la regla carácter definitivo, sin que se pueda después quitar ni añadir nada sin su permiso, cosa que nosotros podemos hacer todavía y aun es necesaria en los comienzos[20].

En tanto no solicitemos una aprobación definitiva, es preciso que vuestra conducta aprueba la regla. La Iglesia quiere saber si es practicable o no. Si no la practicáis, ¿para qué queréis que se apruebe?

La Congregación os dice: Observad, os ruego, hijos míos, observad la regla que os doy, practicad las virtudes que os enseña, para que vea bien si son las virtudes que exige vuestra vocación. ¿Cómo y para qué queréis que nuestro Señor inspire a su Vicario la aprobación de la regla, si no hay quienes sean bastante santos para ponerla en práctica?

Observadla, por tanto; guardadla respetuosa y amorosamente.

Porque es respetable para vosotros. No lo decimos porque la hayamos compuesto nosotros, que no somos más que miseria. Ni decimos tampoco que venga del cielo por revelación particular, o por un milagro de asistencia directa del Espíritu Santo. No tiene ninguno de estos caracteres extraordinarios de muchas reglas santas.

El pensamiento que la concibió y la pluma que la escribió se inspiraron en esto, en servir a nuestro Señor en su sacramento de amor por medio de una sociedad de hombres que se den por manera especial y total a su servicio.

Dios no le ha dado todavía ninguna de esas solemnes confirmaciones que consagran una regla. No tenemos santos brillantes, vivos ni muertos, que la prediquen y recomienden, careciendo por lo mismo de gloria por parte de sus hijos.

¿Cuál es su gloria sino la de no tenerla ante los hombres? Es una educadora, una maestra que quiere formaros para daros a Jesucristo sacramentado. ¿Qué gloria humana hay en eso?

Si la Congregación tuviera un taumaturgo, todos correrían tras él para oír su doctrina y ver sus milagros. No irían hasta el Señor, sino que buscarían el espíritu de ese hombre y se gloriarían por ello. ¿Quién quedaría en la sombra con nuestro Señor?

La gloria de la regla, y, por consiguiente, de la Congregación,

[20] Las Constituciones, en que Pedro Julián puso toda su alma. trabajando en ellas hasta su última hora, fueron aprobadas en 1875 por un decreto de la sagrada Congregación de Obispos y Regulares.

está en su fin, que es el servicio nobilísimo al par que gloriosísimo de nuestro Señor, que reina y triunfa en su trono de amor; su gloria consiste asimismo en formaros para Él. Con tal de formar buenos servidores que el mundo ignore, pero que agraden al Señor, nada más desea.

Hay que bendecir a Dios por la oscuridad en que deja a la Congregación. Cobrad más cariño a la regla por lo mismo que no tiene tanta gloria, pues su oscuridad os pone en mayor conformidad con vuestra virtud de adoradores que es la humildad; santos seréis si llegáis a comprenderla y practicarla.

La Congregación es oculta y misteriosa como nuestro Señor en el santísimo Sacramento. Nunca la comprenderá el mundo. ¿Comprende, acaso, a nuestro Señor en su misterio de amor? Pero los que tienen la vocación, sí la comprenden. Ella los guiará a la perfección.

La regla nos pone al servicio del santísimo Sacramento y nos reduce a nada. Otras reglas perfeccionan al individuo para hacer de él un miembro útil que se pueda oponer a las glorias humanas para atestiguar las de la religión, lo cual está muy bien; pero la vuestra os oculta y os anonada para perderos en nuestro Señor, pues lo que vosotros tenéis que hacer no es brillar y combatir, sino adorar.

II

Practicad y amad la regla, porque sólo ella os santificará. Y esto primeramente porque os pone en el camino de la santidad y constituye para vosotros una atmósfera de gracias. Por medio del reglamento os indica luego lo que tenéis que hacer a cada hora del día; de suerte que os da a conocer la voluntad actual de Dios, punto importantísimo ciertamente, pues lo que pierde la devoción de los seglares y de los sacerdotes en el mundo es su libertad. Ignoran lo que tienen que hacer, o si han hecho todo lo que Dios quería. A vosotros la regla os libra de este peligro, pues aun cuando no os señale trabajo particular, os muestra al superior que podrá fijároslo.

La regla os da, además, una gracia particular y adaptada a vuestro temperamento espiritual, siendo para vosotros cifra de toda verdad. Es vuestra gracia, la que Dios os destinó cuando os concibió en su pensamiento, la que debe ganar la corona que os reservó entonces.

Cada hombre tiene su gracia propia y debe ser guiado de manera particular. Pues la regla es vuestra gracia de vida, la luz apropiada a vuestro espíritu y a vuestros ojos, que en todo y dondequiera os muestra a nuestro Señor. Ella os fija en Jesús y sobre Jesús, apartándoos de todo lo que no sea Él, porque sólo Él es vuestro fin y vuestro todo.

Dijo un santo que quería morir con su regla que fue su camino, su crucifijo que fue su fuerza y su rosario que fue su perseverancia. En lugar de la cruz, poned el santísimo Sacramento y pedid la misma gracia.

Debéis practicar la regla, no sólo para vuestra santificación personal, sino también para vuestra madre la Congregación, porque su vida está en que sus hijos observen y santifiquen la regla con la práctica.

No es vuestro nombre lo que dará al instituto alimento, fuerza y larga vida, sino la práctica de la regla.

La regla es su alma y su vida. Como toda sociedad consiste en la autoridad, en la que se encuentra su fuerza y su centro, quien no obedece a la regla desarma a la autoridad y mata a la Congregación.

La regla es asimismo el poder de acción del instituto. La Congregación no puede guiaros a las virtudes de nuestro Señor si no seguís el camino que os traza en la regla, por lo cual, cuando no obedecéis a la regla paralizáis al instituto.

Si, al contrario, tenéis para la regla amor y celo, la regla será su gloria. Afluirán las vocaciones y se extenderá la Congregación a lo lejos. Porque lo primero que se busca es la regla, la cual no puede verse mejor que en quienes la comentan con la práctica. Para que la Congregación atraiga tiene que ser luminosa como el sol, y vosotros sois sus rayos. Cuando uno quiere hacerse religioso no mira al edificio ni al hábito, sino a las obras; mira a los miembros para ver si son santos. Y allá donde la regla es practicada se entra con confianza, porque puede uno decirse: Aquí lograré santificarme, porque siguen un camino seguro.

Bien pudiera la regla quejarse cuando es violada y maldecir como Dios a los transgresores: Los que me desprecian serán despreciables: *Qui spernunt me erunt ignobiles* (1S 2, 30). Sí, nuestro Señor los despreciará.

Tened presente que cuantos abandonaron su vocación no

estimaban la regla, a la cual querían añadir o quitar. Los rechazó Jesucristo, porque no quiere dos leyes, ni voluntades contrarias a la suya, indicada al fundador.

No me toca a mí imponer sanciones ni recomendar la regla: no soy más que menguado instrumento. Pero cuanto más débil es el instrumento, tanto más fuerte se muestra nuestro Señor en defenderlo, y la severidad de Jesucristo crece según la bondad del instrumento. Nunca es uno despachado ni sale por sí mismo, sino que le despacha el mismo nuestro Señor por haber sido infiel a su regla.

Si queréis glorificar a Jesucristo, practicad la regla. Desde que entrasteis en religión no os pide Él vuestra individualidad, por buena que sea, sino vuestra bondad como miembro de un cuerpo. Ya no sois un individuo independiente; nada podéis hacer si no es en unión con el alma y el cuerpo con que os habéis unido. Vuestras virtudes personales, no practicadas, según el espíritu de vuestra regla, no honran a nuestro Señor.

Aunque padecierais el martirio, si lo hicierais fuera de la regla, nuestro Señor no os haría ni caso. Ni perseveraríais ni subiríais muy alto, porque estaríais privados de la gracia necesaria. Tomemos dos religiosos de los cuales el uno tenga talento mediano, pero esté bien penetrado del espíritu de su regla, estimándola y empleando los medios de apostolado que pone a mano, y el otro tenga ciencia y talento superiores, pero haga poco caso de los medios de su regla. Ya veréis cómo obra el primero maravillas en tanto que los esfuerzos del segundo resultarán infructuosos en todo.

Por manera que la regla es vuestro gran libro ascético, vuestra virtud y vuestra gracia. Ella ante todo y sobre todo debe haceros santos. Sea, pues, ella vuestro criterio en los estudios y trabajos y nada juzguéis sino por ella y a su luz. En ello está para vosotros el secreto de la fuerza, porque es el lazo de unión. A su práctica está vinculado el porvenir de la Congregación y la glorificación del reinado eucarístico de Jesucristo.

Amadla si amáis a la Congregación. Regla y Congregación no forman más que una sola cosa, y ésta no vive más que por aquélla, que es su alma.

¿Y no es deber vuestro amar a la Congregación como a vuestra madre con el amor más abnegado? Bien se puede decir de ella lo que aquella mujer dijo de María, madre del Salvador: Bienaventuradas las

entrañas que os han llevado y los pechos que os han amamantado (Lc 11, 27).

Sí, bendecid a la Congregación, respetadla y rodeadla de estima, porque es digna de honor como hija de la Iglesia, esposa de Jesucristo glorioso y reinante en el santísimo Sacramento. Ha sido aprobada por un papa santo e insigne.

Dadle vuestro amor de verdaderos hijos y de hijos bien nacidos, pues ella os ha dado a luz con dolores.

Sometedle vuestra inteligencia y vuestras obras, pues es vuestra maestra en doctrina: ella os daría educación espiritual. Vivid de su espíritu, de sus máximas y de sus medios, si queréis alcanzar su fin, que es también el fin de vuestra vocación y de vuestra vida, vuestra felicidad en este mundo y en el otro y el reinado de la Eucaristía en vosotros y en todas partes.

LA ORACIÓN, MEDIO DE NUESTRA SANTIFICACIÓN

En hacer bien nuestros actos está nuestro comercio espiritual y en hacerlos según la regla nuestra santidad. La perfección consiste en hacerlos con espíritu de oración.

I

El espíritu de oración es absolutamente indispensable por muchas razones.

Tenéis en primer lugar necesidad de la gracia de Dios, de gracias copiosísimas, pues sois contemplativos adoradores, obligados a fuer de tales a llevar una vida totalmente celestial y animada de motivos sobrenaturales. Pues bien: el único medio de obtener esta gracia es la oración. Y como a cada instante tenéis necesidad de la gracia, tiene que seros habitual la oración y debéis trocaros en varones de oración.

Pongo como principio que la gracia de la Congregación es una gracia de oración, que el espíritu de oración es una de nuestras virtudes características y distintivas. Esta gracia es la dote de aquellos a quienes nuestro Señor llama a esta vida, pues Él no dirige llamamiento alguno sin dar la gracia correspondiente. Como natural e instintivamente debéis tener el espíritu de oración, que forma parte de vuestro estado de religiosos adoradores. Y como cada criatura cumple con agrado, naturalmente y como si no supiera hacer otra cosa, el fin para que ha sido creada, así debéis también vosotros practicar la vida de oración con facilidad y con aquella alegría que todo ser pone en obrar conforme a su fin.

Incluyendo el oficio coral, las horas de oración pública que tenemos en el templo en virtud de la regla no son pocas. ¿Cómo queréis vivir si no sabéis ocuparos durante todo ese tiempo?

Os digo, pues, que puesto que Dios os ha llamado, que os habéis quedado y que hacéis diariamente esas horas, tenéis más o menos el don de oración. Porque Dios no llama a un fin sin dar los

medios de lograrlo, y la mejor señal de vocación, la que deba anteponerse a todas las demás, será la de hacer con gusto esas horas de oración. Pero si, al contrario, no se hacen sino a viva fuerza, si queda uno contento cuando se libra de ellas, no se tiene vocación o se ha perdido.

II

La oración debe ser no solamente la gracia de vuestra santidad, sino también su principal ejercicio y la virtud de las virtudes. Con ella tendréis las virtudes de vuestro estado, porque como es una virtud que tiene a Dios por objeto inmediato, lleva consigo las demás y de ellas se sirve para ejercitarse.

Cuando el alma tomare con apetito su alimento, todo irá bien, tendréis fuerza para el sacrificio y la vigilancia del combate. ¡Ah! ¿Por qué no ponemos la perfección en la oración? ¿Por qué no enderezamos estudios y virtudes al aumento del estado y de la facilidad de la oración? Empleamos nuestro tiempo y nuestras gracias en corregir algunos defectillos, olvidando que aun cuando no tuviéramos ni uno solo no deberíamos pararnos ahí, por cuanto nuestro fin es el servicio de Jesucristo por la adoración, y sólo por hacer mejor la adoración debemos enmendarnos de nuestros defectos y adquirir las virtudes. La santidad no es más que un medio de servir mejor; medio necesario, es verdad, ya que a nuestro Señor no pueden agradar servidores que no sean santos; pero, aun teniéndola, hace falta que el espíritu de oración le dé la forma propia del servicio de Jesucristo, que es la adoración.

Para vosotros todo se reduce a cumplir mejor este real servicio. Formaos, por tanto, una ciencia de la adoración; con cuanto leéis haced un manual, un depósito de materiales para la adoración. Cuando leáis un libro piadoso, leedlo únicamente para sacar de él nuevo alimento para la oración. En haciendo bien la oración, todo lo demás vendrá por añadidura.

Pero si oráis mal, tened entendido que no podréis practicar la virtud. Por otra parte, os hace falta un centro de reposo que no puede ser la virtud, pues en este caso habríais menester de una santidad consumada. Para nosotros la virtud es combate y nunca os diré que en ella establezcáis vuestra morada, porque si en ella os pararais, os perderíais cual pájaro que cesa de batir las alas. Como debéis llegar a

la perfección del Padre que está en los cielos, nunca podéis decir basta y entregaros al descanso.

Tampoco el estudio y la ciencia os darán felicidad y descanso. Porque ¿qué sabe uno, en fin de cuentas?

No encontraréis descanso, fijaos bien en ello, sino en la comunicación con Dios, en la adoración y acción de gracias; pero sobre todo en las adoraciones, porque muchas veces la acción de gracias suele ser militante y dolorosa, pues nuestro Señor quiere que participemos de su cruz y de su humildad viniendo a nosotros como divino crucificado.

Pero en vuestras adoraciones, sí, es necesario que seáis felices; es necesario que gustéis a Dios: Si en ellas no sois felices, tiemblo por vuestra vocación. Todo estado en que Dios pone a uno, le hace feliz, a menos que sea infiel. Y notad que si os desanimáis, que si no os aplicáis de corazón al trabajo, es porque son malas vuestras adoraciones. No se sufre cuando se ama, o mejor, como el goce está sobre el sufrimiento, no se siente, más que felicidad.

Mas para gozar en la adoración, hay que hacer la adoración, hay que darse a ella, prepararla, trabajarla, proponerla como fin de todo.

Quisierais estar como los israelitas en el desierto donde el maná caía cada mañana, sin exigir otra cosa que el recogerlo. Pero aquello era un milagro de condescendencia que no debía durar. En la tierra prometida como en el mismo paraíso la ley es el trabajo.

En un banquete delicioso se goza mucho, pero no se piensa en los trabajos que les costó a los que lo prepararon. ¿Queréis gozar de las delicias de la oración en el banquete de la adoración? Pues preparadlo, pues no tendréis más de lo preparado.

III

Debemos hacer la oración según el método de la Congregación, según el método propio de nuestra vocación.

Cada instituto religioso emplea el método que mejor convenga a su fin y necesidades. En cuanto a nosotros, hemos escogido el de los cuatro fines del sacrificio por juzgarlo más apto que cualquier otro para unirnos a Jesucristo, primero y perfecto adorador, cuyas adoraciones y oraciones debemos reproducir para mayor gloria del Padre y salvación de las almas. El sacrificio de Jesucristo es su

oración por excelencia, como también la oración por excelencia de la Iglesia, pues que reúne en sí todos los deberes que la criatura debe a su creador, al paso que expresa cuanto debemos pedir.

Adorar, dar gracias, pedir perdón y orar en unión con el sacrificio de adoración, de acción de gracias de propiciación y de adoración de nuestro Señor en el santísimo Sacramento, tal es el método de la Congregación y el que os debe bastar. Los demás métodos no están ideados para vosotros, ni corresponden a vuestra gracia. Si el vuestro no os basta, es porque no sabéis serviros de él. Sois enfermos o niños que no sabéis manejar el instrumento. Aprended, preguntad lo que no sepáis, ya que tenéis gracia radical para ello.

Una vez abrazado el método, que es como el marco de las adoraciones, hay que variar éstas y dar a cada una un carácter distinto, para evitar la rutina y la pérdida del tiempo. Tenéis que hacer tres por día.

La primera ha de ser adoración de virtud, en la cual el trabajo interior, la instrucción del alma y la corrección de los defectos sean la ocupación principal. Tiene que ser adoración de perfección y de santidad, escuela y aprendizaje de la vida terrestre y de la vida eucarística de Jesús, cuyos misterios y verdades meditáis, tratando de practicar estas últimas primero en la misma adoración, tomando luego las resoluciones necesarias para conformar con ellas vuestra vida.

La segunda debe ser adoración de sufrimiento, con la que os unáis a la pasión de nuestro Señor, meditando sus sufrimientos exteriores e interiores. El sufrimiento es la perfección de las virtudes.

Pero la tercera ha de ser de recogimiento, reposo y de gozo en la bondad de nuestro Señor junto a su corazón y a sus pies. Meditad en ella los misterios gloriosos y gozosos de su vida, ved su amor y experimentad su ternura, no ya trabajando, sino en el silencio y sosiego.

No os digo que busquéis únicamente el gozo; pero nuestro Señor os lo dará porque lo necesitáis, como también Él necesita comunicároslo, dado lo mucho que le gusta hacer feliz a uno. Mirad que cuantas veces se aparece a los apóstoles, les da paz, alegría y felicidad. Vuestra es la culpa si no la experimentáis nunca.

Tengo particular empeño en que seáis felices en la oración. En

ello está vuestro aliento, el aceite que hace andar a las ruedas. Si no lo sois, debéis decir: No soy fiel; no hago nada bueno, lo cual os desalentará. –Que no hagáis nada, bien puede ser; pero no os quedéis en eso, sino humillaos y volved, tomad los medios de salir de ese estado.

Puede ser que el no experimentar cuanto voy diciendo sea efecto de una prueba de Dios. Los santos fueron probados por mucho tiempo de esta manera. Pero vosotros no habéis llegado a tanto. En tesis general, si no os sentís dichosos en la oración, vuestra es la falta. Humillaos por tanto y tratad de volver a ganar la gracia de nuestro Señor con una vida mejor.

Os compadecería mucho si no llegarais a ser felices en la adoración. No tendréis ningún otro consuelo: no os lo darán los hombres, ni lo encontraréis a la mesa ni en el descanso, pues no faltarán trabajos. Y aun suponiendo que los tuvieseis, ¿qué consuelos son esos? Verdad es que se dice del religioso que vive libre de cuidados; pero esta afirmación es un insulto. Sólo en la satisfacción del alma puede haber felicidad.

Tampoco os procurará consuelos el ministerio exterior, pues no os lo permitirán sino en cuanto lo consienta el espíritu de oración y la regularidad de la adoración, que no deben padecer detrimento.

El mundo acudirá a vosotros. Y aun cuando obtuvieras éxitos en la dirección de las almas, no se os dejará este consuelo, porque debéis ser como san Juan Bautista, que mostraba a nuestro Señor y tenía por gusto que los suyos le abandonasen a él para ir a Jesucristo.

Creedme, nadie ni nada os podrá comunicar felicidad fuera de nuestro Señor. Vuestro corazón se va paralizando cuantas veces lo ponéis en contacto con otra cosa que con aquello para lo cual es realmente sensible, esto es, la oración y Dios. Os ha dado corazón semejante a la sensitiva que no puede sufrir otro contacto que el del sol y el del rocío celestial, cerrándose o todo lo demás.

Sed, pues, varones de oración. Tened espíritu de oración. Aficionaos a la adoración e id a ella como se va a un banquete de los cielos, y seréis felices entonces y serviréis al Señor con alegría del corazón. ¡Ah! Estad contentos de Dios.

LA CARIDAD FRATERNA

Permaneced con Dios para conocer su bondad. Morad en recogimiento con vosotros mismos para conocer vuestra miseria y despreciaros, que tales son las dos fuentes de la caridad fraterna y el secreto para amar a los hermanos.

La caridad fraterna es virtud predilecta de nuestro Señor, la que dio como característica de sus discípulos: *En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros* (Jn 13, 35).

Es cifra de toda ley, dice san Pablo (Ro 13, 8). Quien la practica es buen religioso. La caridad sola basta, porque es el precepto del Señor, añade san Juan.

Quien ama a su hermano ama a Dios, pues nuestro Señor transfiere al prójimo los derechos que tiene de ser amado por nosotros. Si no amamos al prójimo que vemos, ¿cómo vamos a amar a Dios, a quien no vemos? (1Jn 4, 20).

Precepto nuevo llama Jesucristo a la caridad, porque si bien debían los hombres amarse antes de su venida, como no habían visto todavía el amor del Salvador, no sabían lo que era amarse sobrenaturalmente unos a otros; en tanto que ahora, después de haberse hecho nuestro hermano y haber muerto por nosotros, sabemos lo que debemos a todos los hombres que en Él se han hecho también hermanos nuestros.

Pero la caridad fraterna nos obliga más a nosotros, que vivimos del santísimo Sacramento, porque es el código de la cena y la virtud de la Eucaristía.

Porque, ¿cuáles son los caracteres de la caridad fraterna? –Los mismos que los del amor de nuestro Señor para con nosotros.

Primeramente nuestro Señor nos ha amado para nosotros y no para sí. Amar a los otros para sí mismo es puro egoísmo. Hay que amar a los hermanos por su bien espiritual y aun por su bien temporal, según lo pidiere la caridad. Es lo que exige el amor puro y sobrenatural.

Pero a los hermanos con quienes convivimos debemos amarlos más que a cualquier otro del mundo: *Si alguno no tiene cuidado de los suyos y, sobre todo, de los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un infiel* (1Tim 5, 8). Esta caridad debe extenderse al cuerpo y al alma de nuestros hermanos, porque también ellos han dado a la Congregación alma y cuerpo. En cuanto a su alma, debéis orar por ella y, cuando esté a punto de cometer una falta, hacer que la evite, si lo podéis. El amar a las almas, el tratar de impedir que sea ofendido nuestro Señor es lo que da celo a los apóstoles y a los buenos sacerdotes. Después del servicio de su persona nada glorifica a nuestro Señor tanto como la caridad por nuestros hermanos. Hay en ello dos frutos para su gloria: el del acto bueno que se hace y el del hermano a quien se impide caer.

El poder de la caridad fraterna es admirable; no trabaja en balde ni aun cuando no logra su intento, pues siempre cabe el mérito de haber intentado hacer el bien que no se ha logrado. En el cielo los santos reciben galardón aun por el bien que hicieron a las almas condenadas a pesar de su auxilio. De ahí que un superior que pone todo su celo en hacer cumplir la regla merezca lo mismo cuando los religiosos le escuchan que cuando no le escuchan. Dar limosna es una obra buena aun en el caso en que el desdichado se sirva de ella para el mal.

Tened caridad para con vuestros hermanos; sea para ellos primeramente vuestro amor. Gran desdicha sería que amarais más a los de fuera que a los de casa. Os debéis al prójimo según vuestro fin y no según toda la extensión que pudiera alcanzar la caridad.

En el orar ser universales, pero en el obrar no excedáis los límites de la obediencia. Y aun en la misma oración debéis anteponer la familia eucarística a todo lo demás, incluso a los mismos padres, pues ahora formáis parte de la familia de gracia y no de la familia carnal. Os debéis a la primera por el sacrificio de la segunda. Harto se me alcanza que para la madre de quien habéis recibido la existencia tendréis siempre más afecto natural; pero para la Congregación, madre adoptiva, deben ser los primeros sentimientos de la gracia, el primer amor sobrenatural. El corazón debe estar allá donde estén vuestras relaciones y vuestra vida. *"El hombre dejará a su padre y a su madre para unirse con su esposa",* dice el Señor (Mt 19, 5). Pues habéis escogido como esposa a la Congregación, poned

todo lo demás después de ella.

Al alma de vuestros padres, dadle la oración: os lo exige la gratitud. De lo temporal de ellos no os debéis ocupar. En caso de necesidad, la obediencia os dirá lo que debáis hacer.

Habéis renunciado asimismo a la caridad individual para con los pobres. De los necesitados acordaos en las oraciones, que a eso se reduce todo lo que podéis hacer. El no poder dar es no pequeño sacrificio, y los que tenían la costumbre de dar limosnas lo sienten vivamente. Dejad que clamen contra vosotros el corazón y el mundo; como sois pobres no podéis disponer de una moneda. Con la limosna que en vuestro nombre dé el Superior quedará satisfecho el precepto.

En lo que a vosotros os concierne, tened presente que un bien que Dios no pide es un mal, y que vuestro voto se opone a la liberalidad.

Por manera que vuestros hermanos ante todo.

Pero los debéis amar por puro amor de Dios y de ellos mismos en Dios, y no por la gratitud y por la correspondencia que de su parte esperáis. Prestadles todos los servicios que podáis dentro del debido orden. Y siempre que se los prestéis, prestadlos por este solo motivo. Entonces no os quejaréis porque no os correspondan; como no obrasteis por los hombres, sino por Dios, ninguna falta os hace la humana gratitud. Tratar de sacar provecho personal de lo hecho por deber es destruir la caridad y privar a Dios de su gloria. Estoy por decir que deberíais tomar por injuria las excesivas muestras de gratitud. Prestar servicio es cumplir un deber.

Debe la caridad extenderse a todos los hermanos sin acepción de personas. Todos son hermanos y tienen igual derecho a vuestro afecto, aunque no a todos debáis dar iguales señales exteriores de afecto.

A causa de su carácter los sacerdotes tienen derecho a mayor respeto y honra, ya que son representantes del sumo sacerdote Jesucristo. Les debéis, por tanto, profundo respeto. Por buenos y condescendientes que ellos sean, nunca debéis tratarlos de igual a igual y con familiaridad excesiva. No los consideréis nunca como compañeros, sino como superiores. Quedad en vuestro puesto, y si ellos tienen a bien bajar hasta vosotros, aprovechaos de eso mismo para bajar más todavía.

Otro carácter de la caridad de nuestro Señor es la humildad.

Jesucristo se consideraba siempre como servidor de los apóstoles. No os pongáis nunca sobre los demás ni os tengáis por superiores a causa de vuestra ciencia o virtudes.

Nuestro Señor trataba a los apóstoles con respeto. La caridad debe ser respetuosa: la familiaridad excesiva huele a orgullo y menosprecio. Jesucristo reprendía a los apóstoles por sus faltas y les hacía las amonestaciones necesarias para que se corrigieran, pero sin despreciarlos ni rebajarlos nunca. Les enseñaba a respetarse mutuamente, y si muchas veces les dice que les ama, es para que vean unos en otros personas a quienes Él amaba y amigos suyos privilegiados. Lo vuelvo a repetir: la caridad que no honra es orgullo. Rebaja a los demás para erigirse un trono.

Puede ser que vuestro hermano tenga menos cualidades, ciencia y virtud, por lo cual os deba respeto; pero tratarle por eso con altanería y pretender un puesto superior es algo natural y mundano. Si os queréis formar una personalidad, tenéis que atender a la propia superioridad, pero en este caso ya no es el amor el que os anima, sino la honrilla mundana, cosa muy ajena a la religión, por cierto.

Verdad es que debe guardarse el orden de precedencia, pero no con la mira puesta en las personas, sino en la dignidad y en el mantenimiento del orden. Dios estableció la jerarquía hasta en el cielo y Jesucristo en la Iglesia. Pero fuera de esto os ruego que no seáis demasiado vidriosos, lo cual huele a ambición y vanidad mundana. Que cada cual tribute de buena gana el honor debido y que nadie lo busque. Honrad al menor de vuestros hermanos con amor sencillo y cordial, sin medirlo según sus cualidades y la simpatía que le tenéis, porque todo esto es humano.

Lo que en él habéis de ver es la gracia con que Jesucristo hermosea su alma, su vocación al servicio de un mismo rey, a Jesucristo que en él habita y a él va por la Comunión. Ya que Jesucristo honra a vuestro hermano, honradle también vosotros. Como vosotros sirve también él al Señor y si notáis cierta apariencia de virtud, debéis creer que la tiene verdaderamente. A ello os obliga la conciencia en justicia.

Ese humilde hermano, ese ignorante, acaso estará más alto que vosotros en la gloria; honradle como futuro príncipe de la gloria de Dios. Y aunque no fuera más que relicario de Jesucristo, que en su corazón se hospeda, ¿no bastaría esto para que le rodearais de estima

y de respeto?

La caridad debe ser abnegada. –Honrar no basta. Debéis ayudar, abnegaros por el alma de vuestro hermano, orar a menudo para que se haga santo y llegue a la perfección. Cuando Dios nos muestra en él un defecto es para que le corrijamos por lo menos con la oración, y faltamos a la caridad cuando no lo hacemos en la medida que podemos.

En cuanto a la caridad exterior el reglamento os señala los deberes. Si os toca cuidar, ayudar o instruir, hacedlo con esmero. El que es ayudante de un hermano en un empleo que es de su cargo, es subordinado suyo y le debe sumisión en lo que concierne a este empleo.

Por lo que atañe a las almas de las personas de fuera, hay que trabajar con ellas, pero en la oración. Hay que tener un corazón universal y amar a las almas y trabajar por su salvación; pero, sobre todo, por medio del apostolado de la oración y de la mortificación, que es comienzo del martirio y de la caridad perfecta y apostolado más fructuoso que el de la palabra. Personas hay que entran en religión para ser víctimas para las almas, las cuales convierten con sus inmolaciones más que todos los predicadores. Son medianeras de salvación.

Practicad la caridad siempre y en todo; las ocasiones son innumerables, y, si por sí mismas no se presentan, buscadlas. Cuando tuviereis que escoger entre dos obras buenas libres, la una personal y la otra de caridad, haced esta última, que encierra doble mérito.

Pero más que todo, vuelvo a repetirlo, sea humilde vuestra caridad. La caridad orgullosa es egoísmo o caridad forzada.

Examinaos en este punto: ¿soy sobrenaturalmente caritativo? ¿Honro a mis hermanos por la caridad? ¿Me sacrifico por ellos?

¡Cuántos pecados se cometen contra la caridad por pensamiento, por juicio temerario! Fijaos en que después de los pensamientos contra la castidad, lo que más molesta a la hora de la muerte son los pensamientos contra la caridad. Porque, ¿quién os ha hecho jueces de vuestros hermanos? Esta inquietud en aquel trance es, según san Vicente Ferrer, el castigo que desde esta vida cae sobre esta clase de pecados. Los primeros movimientos de juicio temerario no son nada, pero pararse y consentir en ellos es ser homicida de un hermano en el corazón.

Vienen luego las palabras. ¡De cuántas faltas no tienen que acusarse en este punto las almas piadosas y religiosas!

Examinaos también con esmero sobre las faltas contra la caridad por obra y por omisión, y tomad los medios de corregiros.

Quien no peca contra el prójimo, casi no peca tampoco contra Dios, porque el amor es uno, aunque tenga doble objeto y como dos canales.

DE LA SENCILLEZ

El justo anda sencillamente y con doblez el impío.

Con singular empeño os aconsejo que hagáis de la sencillez forma y fondo de vuestra vida. Esta virtud fue enseñada por el mismo nuestro Señor: *Si no os hiciereis como los niños no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 18, 3). Es la forma y vestido de la humildad, es aquella pobreza de espíritu que beatificó el divino Maestro.

Si os habéis dado a nuestro Señor de manera que tengáis ya personalidad propia, debéis ser sencillos como el niño que se lleva en brazos, o que se conduce por la mano, que nada hace sino es por su madre. Nuestro Señor será vuestra sabiduría y prudencia.

La sencillez es una cualidad de la santidad, al revés de la doblez, que es uno de los principales signos de la decadencia espiritual.

Para santificarnos y ser felices en la vida de oración y de regla que hemos abrazado, es necesario que seamos sencillos.

I

Sencillos en primer lugar con Dios. *El que anda con sencillez, anda con confianza,* dice el Espíritu Santo (Prov 10, 9). Esta sencillez con Dios es cabalmente aquella confianza con que el alma se entrega en manos de Dios, porque conoce su bondad, dándose a todo lo que quiera y sin inquietarse por nada de lo que acontezca. En las personas y acontecimientos más diversos, no ve otra cosa que la voluntad de Dios, y esta unidad de vista es ya una grande santidad, porque le muestra todo de un golpe y de nada se sorprende.

Cuando un alma se turba o se desalienta, señal que no es sencilla, y que mira a los pies en lugar de mirar sobre su cabeza. Tenemos que ser cándidos y sencillos como el niño que no oculta nada, que hace todo lo que quiere la madre, sin preocuparse de que sea bueno o malo, fijándose tan sólo en que lo quiere la madre. Pensad también que Dios es bueno, que quiere ser vuestro bien, que os es imposible glorificarle de otro modo que haciendo su voluntad.

En poseyendo esta sencillez, todo parece posible y nada cuesta: basta que Dios lo quiera.

II

Sencillos con los superiores, para que no tengan que llevar su carga gimiendo, porque nada se gana con ello.

Un superior es pastor y tiene cargo de almas; responde de vuestras almas. Aliviadle la carga, de manera que pueda ir a vosotros sin temor de que sus órdenes y amonestaciones se tomen a mal, o se entiendan torcidamente, produciendo así más mal que bien.

Tengo observado que Dios no bendice a una comunidad cuyos miembros no son sencillos con su superior. Porque debéis saber que Dios bendice a un superior más que a todos los religiosos y que no bendice a los religiosos sino en él. En él como en cabeza son depositadas todas las gracias para que luego se derramen sobre los miembros, como el aceite de la unción corrió de la cabeza de Aarón hasta la extremidad del manto (Ps 113). Dios no bendice nunca a los religiosos que están contra el Superior en las cosas que son de su deber y de su cargo. Ya comprenderéis que Dios es siempre igual a sí mismo y que no puede ir contra aquel que ha puesto como representante suyo.

¡Ah, hermanos, cuántas amarguras no lleva consigo el cargo de superior! Preciso es que sea nuestro Señor quien clave a uno en esta cruz, porque como no fuera un orgulloso devorado por el afán de exhibirse, o algún avaro que a toda costa quisiera manipular algunos céntimos, nunca se atrevería uno a desear tal cargo. Cierto que esto, mirado de lejos, es hermoso; pero de cerca, es muy otra cosa. Si hay un desdichado en el mundo, lo es el superior. Nunca tiene un momento para disfrutar de paz. Tiene que estar a disposición de todos y de nadie. No hay más remedio que inmolarse en esta áspera cruz.

–¡Pero se recibe honra! –¿Qué honra? ¡Ah! ¡Si supierais qué caso hacen de estas honras los superiores generales de las grandes órdenes que mandan legiones de religiosos y cuya posición es tan eminente en Roma y en la Iglesia! No, uno no está en tales cargos sino para ver miserias ni recibe otras coronas que las de espinas. ¿Y en quién descargar todas estas preocupaciones y penas? No hay más remedio que ahogarlas en el corazón y rogar a Dios.

No tengáis envidia de los superiores, sino compadecedlos. Se

han cargado con vuestra responsabilidad y en el día del juicio tendrán que responder de vosotros. Desear ser superior equivale a haber perdido la cabeza.

Obedeced a los superiores con sencillez, sin adularles. El adulador desprecia o insulta a quien adula. Quienesquiera que seáis, mostraos sencillos con ellos. El genio es sencillo, en tanto que la falsa ciencia hincha. Sed sencillos como niños. Puede ser que seáis más sabios que el superior en muchas cosas, pero no en la ciencia de su cargo. Los superiores reciben de Dios dones particulares, y señaladamente el don de penetrar los corazones, se diría que Dios les da el privilegio del amor maternal, que adivina lo que hay en el corazón del hijo. Por eso, las más de las veces sé lo que pensáis, en qué estado os encontráis y lo que queréis, aun antes de que lo digáis.

Sed sencillos con ellos en las relaciones de la vida; sed hijos para con vuestro padre. Algunos por falta de sencillez no se atreven a exponer sus necesidades y penas. O las ocultan o las dicen a medias. Pero Dios dice todo al superior. El superior tiene gracias generales para toda su familia, y sólo en proporción de la confianza, que se tiene en el representante de Dios se reciben los dones divinos. Sed, pues, sencillos en vuestras peticiones.

Antes de pedir una cosa, indagad si el superior podrá conceder lo que os proponéis pedir sin violar los derechos de la regla y sin hacer excepciones y formar una personalidad a vuestro provecho. Preguntad, luego, a nuestro Señor si vuestro deseo concuerda con el de su corazón. Si, después de hecha la oración, se confirma el deseo, venid con confianza y exponedlo con toda llaneza, que Dios inspirará a su servidor lo que deba hacerse. Si vaciláis o tenéis miedo, señal es que sois un forastero y no un hijo de la familia. El superior, como padre que es, quisiera decir siempre sí; le cuesta el tener que negar, pero no tiene más remedio que hacerlo cuando lo que pedís es caprichoso o contrario al bien general: concederlo en este caso sería para él cometer una falta que tendría que expiar en el purgatorio.

En el recreo, cuando llegue el superior, saludadle y continuad la conversación sobre el asunto de que hablabais, que le interesará, porque es un padre que quiere disfrutar de la misma felicidad que sus hijos. El interrumpir lo que se trata o cambiar de conversación probaría que decíais cosas que no quisierais que oyera él. ¿Eran acaso tan malas?

Ya veis, pues, que la sencillez con los superiores causa la felicidad. Teniendo esa sencillez, la familia tiene su centro. Así como la fuerza del diamante nace de la cohesión de sus moléculas, de igual modo la comunidad, en que los súbditos están unidos con el superior, resiste a todos los conatos de disolución del demonio.

Fijaos bien en esto: No critiquéis ni oigáis críticas de los actos de vuestros superiores, sean como fueren. Aun cuando el superior tuviese todas las faltas del mundo, orad, sufrid, pero no juzguéis, que Dios ya sabrá arreglar las cosas, mientras que juzgando vosotros atacaríais el corazón de la obediencia.

Desgraciadamente nunca faltan en las casas religiosas quienes siembren cizaña criticando a los superiores. El que oiga una crítica, sea quien fuere, debe protestar, reducir a silencio al crítico, quienquiera que sea, aunque sea sacerdote, sabio o eminente en todos los conceptos. No toleréis que, por estar descontento uno y ser orgulloso, perezca toda la sociedad, que es lo que suele acontecer. Dios trata a los religiosos como ellos tratan a sus superiores. Cuales son los súbditos, tales son también los superiores, pues Dios suele darles lo que merecen. Si tenéis un mal superior, es porque lo habéis merecido. Cambiad, tornaos humildes y sumisos, y Dios os dará un padre.

No sufráis, os lo suplico, crítica ninguna ante vosotros. Acordaos de la conducta admirable de Constantino, que se negó a juzgar a los obispos acusados ante él. *Quien curiosamente escudriña la majestad, será aplastado por su peso* (Prov 25, 27); o lo que es lo mismo, el que sondea y pone de manifiesto los defectos de la autoridad será maldito por Dios, como Cam lo fue de Noé.

Es cosa comprobada por la experiencia que Dios no bendice a un religioso que no anda con toda sencillez en sus relaciones con el Superior. Y cuanto más subalterno sea el superior y menos notable por sus cualidades naturales, mayor será la ofensa y más terrible la venganza, porque Dios protege más a los débiles.

III

Sed sencillos entre hermanos y para con vosotros mismos. La caridad fluye de la verdad. No mintáis nunca, ni siquiera para reír. Recordad que nuestro Señor aborrece la mentira y la ficción. Amaos y respetaos como hermanos. No deis cabida a la crítica del prójimo

en vuestras conversaciones. No sean vuestros ojos como los de aquellos que no ven más que defectos, sino sencillos. A Dios y al Superior toca ver los defectos y discernir entre machos cabríos y ovejas. Sed sencillos entre vosotros, diciendo llanamente lo que pensáis, ante todos, sin formar corrillos o camarillas: la sencillez de la paloma es lazo de la paz.

Exceptúo tan sólo las relaciones con los forasteros. Con ellos, sí, hace falta la prudencia de la serpiente. Nunca digáis a los de fuera las cosas de casa. Es un enredador el que cuenta todos los secretos de familia. Hace falta discreción. Nadie tiene el poder de entregar la autoridad, y la indiscreción es imperdonable. Quien no sabe ser discreto es un vanidoso, a quien adulándole se le puede sacar todo. Escuchad, hablad poco, edificad a los de fuera con vuestro silencio. Sed honestos y bien educados, sed nobles en la conducta, pues sois de condición noble por vuestra vocación. Honrad y haced honrar vuestro carácter con vuestra conducta, sin afectación ni mimo, con la verdadera caridad sobrenatural que reproduce la urbanidad y el decoro en las relaciones.

Sed humildes y mansos para con todos y dejad al mundo decir lo que le venga en talante, si no os juzga bastante amables. ¿Acaso buscáis otra cosa que a Dios? ¿Qué os importa lo demás?

Felices los sencillos, porque ellos poseerán a Dios, su gracia y su poder de acción.

DE LA SERIEDAD DE LA VIDA

De desear sería que estos ejercicios tuvieran cuando menos por efecto el que os voy a proponer, esto es, que os hagáis serios. Con sólo eso serían buenos ejercicios.

Si hubiera comenzado los ejercicios por esta verdad, como parece que debiera haber hecho, no habría logrado mi intento, pues habríais corrido tras el recogimiento, y de lo que quiero hablar yo no es del recogimiento. El recogimiento sólo es flor y fruto, y lo que quisiera es que vuestro mismo carácter se volviera serio. El recogimiento es susceptible de más y de menos, y varía según los pensamientos y estados de alma: yo os deseo un fondo de carácter siempre y en todo serio. El que no es serio de carácter y en el fondo, no es capaz de nada; es lo que se llama un hombre, un espíritu ligero.

No os fiéis de sus palabras, que son una sarta de incoherencias, en las que se echa de ver la ausencia de juicio; porque él no piensa en lo que dice, sino que habla según se le ocurra. Fatuos llaman en el mundo a los de este jaez, que a todos y de todo hablan a troche y moche.

Quien no reflexionare tendrá necesariamente un juicio falso, porque el juicio es resultado de ideas comparadas, operación que el hombre ligero no se toma la molestia de hacer.

Quizá tenga el tal memoria e imaginación; obra por impresión. Por una cosa que hace, promete diez. Promete y no cumple.

Domina en él el corazón. Ganadle así que se presentare la ocasión, porque si no, pasados el sentimiento y el impulso primeros, nada le quedará. ¿Qué queréis hacer con semejantes individuos en la vida religiosa?

Es en vano intentar educarlos; perderéis el tiempo. Más vale que los ocupéis en cosas exteriores, porque nunca se aplicarán a estudios serios.

¡Qué desdicha resultan éstos para el mundo cuando tienen fortuna! Lo que domina al mundo y lo sumerge en el escándalo es la ligereza de espíritu.

Pero en religión es ella un vicio radical; un hombre ligero será siempre un mal religioso. Pues si bien es infusa la gracia de las virtudes, su práctica no se adquiere sino con trabajo y constancia; necesitan las virtudes un cultivo que nunca dará un hombre ligero.

La virtud es una planta tomada del calvario, que nuestro Señor nos confía para que la cultivemos con sangre y lágrimas. Su fuerza está en las raíces que penetran en el suelo del alma. Cuando por ligereza se deja descubierta la raíz, la planta muere.

La virtud exige combates en que uno tiene que ser sabio, mañoso y diligente, pues tiene enfrente un enemigo siempre nuevo, que varía al infinito sus ataques. Si contra él no tenéis otra cosa que piedad y sentimiento, no acertaréis a desbaratar sus astucias, ni siquiera a apercibiros a tiempo. Mil veces os sorprenderá y os veréis heridos, aun antes de daros cuenta y soñar en resistir.

Hay que ser inteligente para vivir vida interior; hay que tener inteligencia muy grande de las necesidades del alma.

Para las virtudes de la vida común y para obedecer no se necesita mucho ingenio; pero para vivir vida de oración, para vivir nuestra vida de adoración, el espíritu tiene que aplicarse tanto como el corazón.

Menester es que sepáis estudiaros y estudiar a nuestro Señor. Debéis tener los ojos constantemente puestos en vuestro modelo, para medirlo y aplicar sus medidas a vosotros y todos vuestros deberes, cosa imposible sin observación constante e inteligente estudio, que supone seriedad.

No bastan los libros, sino que hace falta trabajo personal. Hay que estudiar y penetrar con la mente y la gracia en nuestro Señor, en sus misterios y en las intenciones de su vida eucarística y de los caminos por donde conduce a las almas. Un hombre que no sabe reflexionar no podrá perseverar en nuestra vocación, a menos que se condene a decir millares de rosarios. Para diariamente pasar tres horas en el reclinatorio, uno tiene que ser sabio y elocuente, instruido y muy inteligente. No me refiero a la inteligencia natural, sino a la que da la gracia y a la que comunica nuestro Señor a quien es serio y seriamente trata de vivir vida interior.

Lo que digo la experiencia lo confirma. Cuando a personas del mundo, por piadosas que sean, aun a los mismos sacerdotes, se les pone en el reclinatorio durante nuestras tres horas, no saben cómo

emplear el tiempo. Vosotros tenéis gracia para ello; pero es necesario corresponder con la seriedad de la vida. Discurrid y pensad bien sobre este punto.

Todos los que salen se quejan de la adoración. No sabían qué hacer en ella y se aburrían. ¡Conque cuidado con esto!

Corregid esa ligereza que os arrastra o cuando menos os impide gozar de nuestro Señor en la adoración, y os impide comprender y descubrir las maravillas arrebatadoras de su amor.

Es serio quien vive de la verdad de Dios y de las cosas, aquel a quien guía la verdad y la realidad y no el sentimiento.

El hombre serio mira al deber. No obra porque le agrade, sino porque su deber se lo exige. Indaga la razón de ser de su deber y de todos sus actos para obrar con mayor conformidad a su espíritu. No es que trate de saber el porqué de la orden antes de obedecer, ya que obedece al punto por ser su deber, sino que, en lugar de hacerlo maquinalmente, aplica su entendimiento a la gloria que para Dios habrá en el acto, al provecho que sacará la Congregación y su propia alma. Este fijarse en lo que hace es causa de que lo haga mejor. No retrocede ante ninguna dificultad, sino que la mira con atención, triunfa de ella o le da otra dirección, en tanto que el hombre ligero sigue mientras le guste la cosa para pararse en cuanto tropiece con un obstáculo o mengüe el entusiasmo.

El hombre serio analiza las virtudes. Tratándose de la humildad, por ejemplo, se dice a sí mismo: Quiero ser humilde. ¿Para qué, con qué motivo? Pues porque como pecador debo reparar mi orgullo; porque Jesús ha sido humilde; porque esta virtud abre el cielo y es medida de la gloria. Escudriñando razones y motivos persuade al entendimiento y acaba enamorándose de la humildad.

Cuando se obra por impresión o sentimiento, pasan éstos sin durar mucho y ya no queda nada.

Tomad a dos hombres, de los cuales el uno sea piadoso, pero ligero, y el otro pecador, pero serio; guiadlos a la perfección, y veréis cómo el segundo dejará atrás al primero.

Dice la Imitación que quien trabaja con celo aprovechará más, a pesar de que tenga más pasiones que vencer, que el hombre dotado de buena índole, que se aplique con menos esmero a la adquisición de las virtudes (L, I, 25, n. 4).

Hay que ser serio para emplear útilmente el tiempo para Dios y

para el alma. No puede la regla fijarlo todo, y en lo mismo que impone queda no poco para la iniciativa de cada cual. Determina, sí, la forma y el método; pero ¡cuánta variedad de maneras no cabe en su aplicación! Todo esto tiene que ser obra personal de cada uno. Y ¿qué hace uno con esta libertad cuando es de espíritu ligero? Perder tiempo; todo pasa, todo lo lleva consigo este malhadado defecto. Con él no es posible conversar con nuestro Señor ni oír su voz. No comprenderéis su espíritu y Él nada podrá en vosotros.

Por otra parte, ¿qué gracias podría Dios confiaros? ¿Cómo no queréis que vuestras gracias sean como semilla que cae en camino trillado o entre espinas, de manera que no pueda nacer sino para que sea aplastada y ahogada? Porque el espíritu ligero es aquel camino público barrido por todos los vientos y recorrido por todos los transeúntes en que nada queda.

Hay que ser serio para acertar en varias circunstancias en que no se puede pedir consejo a nadie. Os confían, por ejemplo, cargos importantes, cuya responsabilidad caiga sobre vosotros. Sobreviene un accidente. No tenéis más remedio que obrar por cuenta propia. Si sois ligeros, no acertaréis sino a comprometeros, viéndose así que sois incapaces de servir a la Congregación.

Trabajad, por tanto, con orden en la adquisición de las virtudes; examinaos de modo seguido y a ley de buen observador con constancia. Obrad siempre por principios. Cuando Dios quiere encaminar a un alma a la santidad le da primeramente espíritu de seriedad. Primero que le muestre la gracia, le hace reflexionar. Cuando habla a los Profetas, el Señor comienza por excitar su atención. Y cuando éstos transmiten sus órdenes al pueblo: Escucha, Israel, escucha, le dicen.

En el Sinaí Dios multiplica milagros para impresionar a aquel pueblo inconstante, ligerísimo entre todos los pueblos en sus resoluciones. Y cuando nuestro Señor quiere formar a sus apóstoles, llévalos al desierto consigo, para que nada les pueda distraer; pues quien quiere hacer un depósito tiene que cavar la tierra para que el agua se acumule y quede.

El hombre ligero no sabe nunca lo que tiene que hacer; encuéntrase siempre falto de todo, en tanto que al hombre serio nunca le falta en qué ocuparse.

Cuando Dios quiere formar un alma de oración le da la

facultad de sondear su corazón y de permanecer en sí misma; y más tarde, de comprender las trazas de la divina Providencia y de penetrar sus designios: *Maria conservabat omnia verba haec in corde suo* (Lc 2, 19).

Tened, por consiguiente, seriedad de carácter en lo que concierne a la fe, a la conciencia y la vida religiosa, que sin eso no se puede hacer nada.

La ligereza es causa primera, aunque indirecta, de todos los pecados, de todos los defectos, y, sobre todo, de la falta de oración. De ahí nacen las malas adoraciones, los olvidos de la divina presencia, la familiaridad despectiva y la sin vergüenza con nuestro Señor.

Acaso tuvierais buenas disposiciones; pero la ligereza las inutilizó; no estabais en casa cuando pasó la gracia.

La ligereza nos mete en enredos incesantes. El demonio propende a echar a los que, juntamente con este defecto, tienen corazón y celo en mil obrillas, buenas, es cierto, pero sin continuidad, para que así no se vean a sí mismos; el demonio se considera dueño del campo cuando consigue enredar al alma en una red de distracciones, embarazos e inquietudes con muchedumbre de ocupaciones.

La experiencia enseña que los negocios impiden el sosiego necesario para la vida de adoración. Sobre todo, las salidas y ausencias quitan la facilidad para conversar con nuestro Señor. Por eso, no se permite en la Congregación la predicación de estaciones, y los superiores se muestran severos en conceder ausencias, a fin de mejor conservar la seriedad de la vida de adoración y para que se goce de mayor libertad y se esté más dispuesto para el servicio de nuestro Señor. Esto es ciertamente una servidumbre; pero una servidumbre regia.

FRUTOS Y RESOLUCIONES DE LOS EJERCICIOS

"Guarda el depósito; trabaja como generoso atleta de Jesucristo; medita profundamente esto", decía entre otras cosas san Pablo a su discípulo Timoteo, después de haberle hecho obispo de Éfeso.

I

Depositum custodi. Guarda el buen depósito de la verdad.

Nuestro Señor os ha dado su verdad; os ha dicho que cosa se opone en vosotros a su vida y a su gloria; os ha dado buenos sentimientos y buena voluntad; habéis comenzado una verdadera vida religiosa. Guardad bien este tesoro de los ejercicios vigilando contra las tentaciones del demonio.

No ataca éste de frente, porque su fealdad espantaría, sino que fascina, aturde y nos coge de espaldas: *Circuit quarens quem devoret.*

Sabéis ahora qué tentaciones os dominan y turban; sabéis como os distrae el mundo y os ocupa: guardaos, por tanto de dejarle llegar hasta vosotros; guardaos hasta de los santos del mundo.

Constituís un real sacerdocio, un pueblo santo. Pues no profanéis vuestra dignidad, prodigándola, ni la mezcléis con cosas ajenas.

Si la obediencia os pone en relaciones con el mundo, sed ángeles, esto es, mensajeros que en remitiendo la embajada vuelven al punto. No consintáis que se os acerquen demasiado. Esto en lo que concierne al mundo.

Vigilad también al traidor que está en vosotros, que sois vosotros mismos. Sojuzgadle a viva fuerza, que es vuestro enemigo encarnizado. Fácil de comprender es el odio de los santos contra su cuerpo, al que combaten como a su mayor enemigo.

No nos fiemos de nosotros mismos. Tenemos que odiarnos y combatirnos sin tregua. En cuanto decimos "basta", estamos

perdidos.

¡Ay! ¡Qué débiles somos y qué cobardes aun después de las mejores resoluciones! Apenas acaba uno de confesarse y ya sucumbe en la ocasión que le aguarda en la puerta.

Tenemos dentro un polvorín que salta con el menor contacto del fuego, aunque sólo sea una chispita.

In omnibus vigila. Vigilad en todo y en todas partes. Vigilad vuestros sentidos, y sobre todo los ojos. En tanto no seamos dueños de nuestros ojos, no lo seremos de nosotros mismos.

Si queréis sosiego, no tengáis en la mente retrato de ninguna criatura y recordad que los ojos son pintores.

Amad a todos en general. Encomendad todos a Dios y no tengáis conocimientos personales, si la caridad o la obediencia no os obligan a ello. Dejad a los Superiores la obligación de tratar con las personas de fuera: a ellos incumbe esta responsabilidad.

¡Oh, cuán felices sois por no estar encargados de nadie! Sois independientes; todo vuestro corazón y toda vuestra vida pueden ser de nuestro Señor. Jesucristo tiene que imprimirse en vuestra vida todo entero, y no partido ni quebrado como en agua turbia o espejo roto. Tenéis que ser fotografías de nuestro Señor; la lente es vuestra alma, el amor la luz y Jesucristo el modelo.

Sed absolutos con las criaturas. Cortad por lo sano. Sed independientes y hasta altaneros cuando se trata de preservaros, sin dejaros enredar en telarañas.

¡Cuántas veces he lamentado el ser pastor de almas! Siempre es uno como mar agitado; muchas veces vienen a engañar. Hay que escuchar a todos y mal que le pese a uno se le pegan salpicaduras.

Siendo esto así, vosotros que no estáis obligados a trato alguno con el mundo ¿vais a ir a buscarlo sin que os lo pida Dios? Guardaos al abrigo en el santuario inviolable de Jesucristo, vuestro rey, para el cual únicamente estáis aquí.

II

Labora ut bonus miles Christi, Trabajad como buenos soldados de Jesucristo.

Guardarse está bien y aun basta en los comienzos: las virtudes trasplantadas son tiernos arbustos que sólo exigen protección contra el frío demasiado intenso o el calor sofocante para echar raíces.

Pero más tarde hay que cultivarlas. Este trabajo consiste en purificarse sin cesar, en adquirir el espíritu y hábito de la oración, en aplicarse a la enmienda de las costumbres conformando la propia vida con la de Jesucristo. Aquí se necesita generosidad, cooperación y trabajo fiel de correspondencia a la gracia.

Hay que comenzar por una virtud, la que debe ser la dominante, por la virtud de carácter, adquiriendo al mismo tiempo la perfección de vuestra regla, pues como religiosos estáis obligados a esta regla.

Tenéis que adquirir primeramente la perfección exterior de la regla: modestia, silencio, buen empleo del tiempo, obediencia y fidelidad a los ejercicios de piedad. Menester es que sepáis estar prontos a todo lo que os pudieren mandar, y no hacer nada si os ordenan descanso.

En cuanto a lo interior, ved lo que necesitáis. Mirad primero a la conciencia. Si os tortura, dejad todo lo demás para tratar de curarla.

Si es el corazón el que se deja cautivar por las criaturas o adormece por la pereza, echadle en el amor de Dios con continuos sacrificios. Así lo llenaréis de amor divino y no habrá cabida para la criatura.

Si la falta estuviera en la ligereza de espíritu, clavadlo en la cruz de Jesucristo. Fijaos en un pensamiento determinado y llamativo; guardadlo por espacio de varios días consecutivos; no tengáis otra cosa en la cabeza durante ocho días. Vuestra mente es como un niño que cuanto más se divierte más quiere divertirse. Hay que sujetarla con algo que la impresione vivamente o con un pensamiento que la conmueva mucho. Ponedla a menudo en presencia de Dios. Concebid un pensamiento que os despierte y volved a él siempre: en dando fuerzas al espíritu sobre un punto, le dais también sobre todos los demás, adquiriendo así señorío de principio y de acción no sólo sobre una acción, sino sobre todo lo que se presentare por hacer.

Tomad el pensamiento que más os convenga, pero no os fiéis demasiado ni del corazón ni del entendimiento, ni os paréis tampoco únicamente en la conciencia, sino que el resultado práctico y continuo de los ejercicios sea haceros abrazar una vez por todas la mortificación de nuestro señor Jesucristo, interior y exteriormente.

III

In his esto. Aplicaos a esto y renovad así la obra de los ejercicios.

Poned manos en el trabajo de la corrección. Comenzad por lo exterior. Muchas veces he emitido el principio de que hay que ir de lo interior a lo exterior, comenzando por reformar lo interior antes de trabajar sobre los defectos exteriores. Lo cual es verdad teóricamente y también para las almas que ya no son interiores, y que no caen como no sea por flaqueza. Como los principales defectos exteriores ya los tienen dominados, la lucha para ellas está sobre todo dentro.

Pero no es lo mismo para los principiantes, que buscan a Dios como pobres pecadores necesitados de perdón. Lo primero que a éstos les hace falta es la paz con Dios, destruyendo los obstáculos que proceden de lo exterior y consiguiendo el poder de mortificarse en todo lo que es material, en todo lo que detiene y torna a uno al mal. Como son niños en la oración, sin libros no saben cómo ocuparse. No son todavía capaces de andar guiados por la inspiración interior de nuestro Señor.

¿Qué diremos de éstos? ¿Que no se apliquen más que al trabajo y a la lucha interior? No. Porque quien está en este estado no ha menester tanto de progreso interior cuanto de librarse de las trabas de los sentidos. Si es este vuestro estado antes de adelantar debéis purificaros y desechar las raíces de pecado.

Cierto que amáis a Dios, pero como niños, porque no habéis echado raíces en el calvario. Si os lanzarais en vías interiores sin el freno de la mortificación y de la reforma exterior, os volveríais fanáticos y visionarios.

Querer aplicar los principios de la vida de unión y del amor interior a personas que están pegadas todavía a sus sentidos, es edificar sobre terreno movedizo y sin fondo.

La gracia de Dios trabaja dentro, pero a nosotros nos toca juntar el trabajo exterior con el interior. La gracia obra de dentro hacia fuera. Al cooperar nosotros debemos obrar de fuera hacia dentro.

Hay que juntar ambas cosas y no separarlas, llenarse de amor en lo interior y purificarse exteriormente por la mortificación.

Fácil es decir que se ama a Dios, pero si a estas palabras no

acompaña la mortificación no pasan de palabras vanas, vacías de sentido real. El amor propio no tarda en desalojar al amor de Dios.

Sólo el amor santifica; nada más cierto que este principio, pero menester es aplicarlo con discreción. El amor de Jesucristo para nosotros es su cruz.

Por esto hay que poner como fundamento y ejercicio del amor la mortificación personal de justicia y de penitencia, y si no se ha pecado, la mortificación de amor inspirada en el ejemplo de los sufrimientos de nuestro Señor.

Poned la confianza en Dios y librad el gran combate de la mortificación.

No miréis a los muchos años que tendréis que vivir luchando. Ahora no tenéis las gracias futuras; pero a su tiempo vendrán y cada momento traerá la que le corresponda.

Hoy día tenéis gracia para aceptar el combate y tomar resoluciones generosas. Contentaos con eso y contad con la gracia venidera para más tarde.

Confiad, además, en solo Dios para conseguir lo que deseáis ahora y no contéis más que con Él. Poned la esperanza en su gracia para vencer y no os apoyéis demasiado en los medios por buenos que sean, ni en el próspero suceso en las oraciones, ni en las victorias que pudierais ganar sobre los defectos: quien se para a analizar su feliz éxito, lo pierde.

Esperaos a derrotas que no deben desanimaros. Cuando cayereis, confesad vuestra falta e impotencia y pedid a Dios que os tienda su mano.

La humildad que vuelve a levantarse es victoria completa, y se vuelve más celosa. A veces Dios no santifica a las almas sino valiéndose de sus caídas y miserias. Tan grande es nuestra propensión al orgullo que si Dios no nos humillara de vez en cuando, seríamos más orgullosos y malos que el mismo Satanás, porque somos más groseros que él con no menos orgullo.

¿Vais a sentir pena porque Dios os conduzca por el camino de la humillación? No, porque es un favor. Os compadecerán todos y os ayudarán, en tanto que si parecierais más ricos, todos querrían robaros. Tomad el hábito de vuestro Señor. Si Jesucristo se mostrara glorioso todos correrían tras Él; pero como se muestra pobre y humillado, todos le abandonan. Gustad de ser desconocidos y

humillados con Él.

He acabado mi tarea, Ahora a nuestro Señor dejo el cuidado de predicaros en las adoraciones sus ejercicios eucarísticos y de enseñaros la vida de amor, de oración y de inmolación que lleva en el santísimo Sacramento. Sólo he querido ser como un Juan Bautista que clamase: Haced penitencia. Os he mostrado el camino y guiado hasta la puerta de la santidad: aquí me paro. Ahí está ahora vuestro Salvador, rey y señor: amadle, glorificadle y servidle. ¡Es mi único deseo!

EJERCICIOS ESPIRITUALES

dados a las siervas del santísimo Sacramento

PREÁMBULO

Estos ejercicios fueron dados durante el mes de noviembre de 1866 a las Siervas del santísimo Sacramento.

En ellos vuelve a verse al Padre en medio de sus hijas; las notas piadosamente recogidas mientras él hablaba, han conservado aquel perfume de intimidad y paternal familiaridad a que le daban derecho su título y su amor de fundador.

Únicamente en las dos meditaciones sobre el don de sí mismo, en las cuales toca el Padre a lo que la teología tiene de más excelso en cuanto al Verbo encarnado, había algunas lagunas. Se comprende que una mujer poco versada en tales materias no pudiera seguir al Padre palabra por palabra en el desarrollo que daba de tan hermosa doctrina; pero, en cambio, algunas palabras quedaron colocadas aquí o allá como jalones, como para que alguna vez fuese fácil reanudar la trama de la conferencia y darle su fisonomía completa. Esto es lo que nos hemos esforzado por realizar, inspirándonos singularmente en un retiro personal de dos meses a que el Padre puso término tratando del don de sí mismo, y en el cual esta doctrina se expuso detalladamente.

Esperamos que este retiro hará que se acabe de comprender cómo el espíritu de la santidad se contiene en la Eucaristía; pues en él se ponen en claro muchos secretos del amor divino el corazón mira espaciarse un campo de inmenso amor. El Padre exhortaba sin cesar al amor puro, al amor de Dios amado por ser quien es; pues por más que no rechaza el amor interesado, tan necesario a nuestra flaqueza, parece que para su alma no hay amor que la satisfaga como no sea el amor que ama por amar, que sólo ve amor en las virtudes en el sacrificio, que un amor mayor únicamente hace consistir su recompensa, y ni aun el cielo quiere sino por cuanto allí se ama mejor y sin fin.

Basa la práctica y la garantía de este amor en la fidelidad al deber, en la delicadeza de no ofender a Dios jamás, ni aun levemente, en el sacrificio de la naturaleza al amor de Dios, no sólo en los malos instintos de ella y en las raíces que conserva del pecado, sino en sí

misma, en el principio que la constituye hija del Adán terrestre, en su personalidad natural.

En efecto, el don de la propia personalidad es el medio esencial de consagrarse a vivir de amor, puesto que consiste en desprenderse de sí mismo por completo en manos de Jesucristo; en tomarle por modelo y único principio y fin; en dedicarse a consagrarse a servirle como esclavo sin nombre ni propiedad. El objeto de este don es, en cuanto de nosotros pende, poner a Jesús en vez de nuestra propia persona, y comprometernos a no vivir con su gracia sino como naturaleza y miembros dirigidos por Él.

Esta doctrina no es nueva, pues en el siglo XVII el cardenal de Berulle la redujo a una fórmula de voto que fue aprobada por más de diez obispos y doctores.

Por este voto se comprometían simplemente a no retractarse jamás de la donación que hacían de sí mismos, de su alma, cuerpo, facultades, acciones, méritos, sufrimientos y de todo el ser a Jesucristo, sujetándose a todo lo que quisiera y pudiese; y en segundo lugar, a vivir, lo más posible, conforme al espíritu de este voto, aceptando siempre las miras y los caminos de la gracia, con preferencia a los deseos naturales y a los medios humanos, abandonándose en todo y por todo a la dirección de la Providencia; trabajando siempre por Dios, por Jesucristo, elegido como único señor y dueño del ser, de todas sus propiedades, cualidades, acciones y posesiones.

Esto no ocasiona ningún recargo de quehaceres, ni obligación alguna bajo pecado, sino una obligación de amor, una elevación de intención: en esto consiste ese hermoso voto. ¿No realiza en nosotros la vida de Jesucristo? Y continuado en la práctica con buena voluntad y perseverancia, ¿no formaría santos, es decir, otros que fuesen al modo de Jesucristo?

A continuación de los ejercicios de que antes hablamos, el 21 de marzo de 1865, hacía el Padre su voto de don de sí mismo a Jesucristo, resumiéndolo en estas dos frases: "Nada por mí, nada para mí: todo por Jesucristo, todo para Jesucristo en mí".

Después, comprendiendo cuán poderoso es este medio de santificación, puesto que nos pone en la gracia perfecta del cristianismo, haciendo completa donación de nosotros a Jesucristo y renovando y perfeccionando por medio de un voto libre

reflexionando la consagración que de todo nuestro ser se le hizo en el bautismo, exclamaba: “¡Ah! Si yo hubiese comprendido antes este medio, ¡cuánto tiempo ganado y cuántos méritos más para Jesucristo!” ¿Quién, efectivamente, no comprende que este voto no es sino una renovación explícita de los votos del bautismo, llevada, a la luz de la fe, hasta sus últimas consecuencias? –Entonces se renunció al demonio y a sus obras, o sea a todo lo que es del demonio en el hombre y a cuanto meramente de Adán hay en nosotros para pertenecer a Jesucristo. Pero ¿únicamente por los actos de la vida cristiana, por el cumplimiento de la ley, debemos ser de Jesucristo? –¿O más bien, en primer lugar y sobre todo, por el fondo mismo de la vida, por una pertenencia radical, voluntaria y absoluta que abarque tanto al ser como sus actos?

La gracia santificante, que es la vida de Jesús en nosotros, es un estado algo estable, fijo, inherente a la substancia misma de nuestro ser regenerado y por consiguiente, de modo análogo debemos darnos a ella, por estado, por una perpetua profesión de no vivir sino de ella, en ella y por ella. –El don de sí mismo no es otra cosa que esta profesión.

También, piénsese o no en ello, se halla en el fondo de los votos religiosos; de modo que por poco que se desee practicarlos de una manera perfecta, se lo ve surgir como fruto natural de esta consagración, que en verdad tiene por objeto entregar todo el ser a Jesucristo. ¿A qué aspira en este punto la consagración religiosa sino a reproducir la vida del mismo Jesús, el primero y perfecto religioso de Dios, y que sólo fue así porque había sacrificado su persona humana al Verbo y que viviendo de esta manera separado de sí mismo, se hallaba, por estado, siempre ofrecido e inmolado al Padre por el Verbo?

Léanse con atención las meditaciones de estos ejercicios y las del precedente, y se comprenderán con facilidad el espíritu y la práctica del voto de impersonalidad, según lo entendía el Padre.

Recomendamos el opúsculo del P. Eugenio C. Núñez. *El don de la propia personalidad,* a los que deseen una exposición más amplia de esta perla de la espiritualidad eucarística de Eymard[21].

---

[21] Pedidos a “PF. Sacramentinos”. Tolosa.

SIEMPRE HAY QUE CONVERTIRSE

Los ejercicios son la mayor de todas las gracias, pues encierran todas las gracias de conversión y de renovación en la vida piadosa. Cuando Dios quiere convertir a un alma, la pone en ejercicios. Todos tenemos necesidad de conversión, porque todos tenemos defectos y llevamos al hombre viejo. Verdad es que en la vida piadosa los defectos son menos aparentes y groseros, pero también son más sensibles para el corazón de Jesús por cuanto en ella se peca contra el amor privilegiado de Jesús.

Los ejercicios son una conversión verdadera del hombre viejo en hombre nuevo, o de una virtud imperfecta en virtud perfecta. Y, creédmelo, cuesta más convertirse de un estado imperfecto que salir del pecado, pues no se echa de ver tanto el mal, uno no lo reconoce y el orgullo lo toma por bueno.

Qué difícil es persuadir a personas perfectas a medias, que están por debajo de lo que nuestro Señor quiere, y hacerles reconocer sus defectos.

No me gusta oír: Son religiosas, y por tanto, unas santas, unos ángeles. Todo eso es polvo que se les echa a los ojos; uno no es santo sino cuando entra en el cielo. Examinaos bien a la luz del amor de nuestro Señor; mirad a los deberes de vuestra vocación y me diréis entonces si sois santas.

No digo que tengáis pecados que os revuelcan en el cieno. Pero hay pecados del santuario, pecados del servicio de nuestro Señor, que nuestro Señor tanto más siente cuanto más nos ama y mayores mercedes nos otorga. ¡Qué pena da a nuestro Señor, qué tristeza le causa ver que le ofendemos a sus mismos pies y ante sus ojos y que entre gracias señaladísimas vivamos, no de Él ni para Él, sino del hombre viejo y para el hombre viejo!

¿No hay por ventura orgullo en nuestra vida, en nuestros pensamientos y actos; no tenemos ese orgullo que hace que uno se complazca en sí mismo y juzgue a los demás secretamente poniéndoles de bajo de sí, ese orgullo que no toma en consideración

más que la propia excelencia? Pues aquí tenemos algo de que convertirnos, aquí tenemos el orgullo espiritual de que debemos deshacernos, y es el orgullo de peor linaje, porque uno se enorgullece de lo que recibe y del bien que hace.

¿No tenemos acaso amor propio, no tenemos egoísmo que es causa de que no se ame a Dios por Él, sino por sí, ese orgullo personal por el cual uno se constituye en fin de la vida y del amor, suplantando a Dios? Uno no cae en la cuenta, y sin embrago así es. Siempre aparece el yo.

Todos padecen de este mal, pero se padece más fácilmente en comunidad que en la vida piadosa que se lleva en el siglo, donde las penas de cada día y las cruces de todo género no dejan vagar para pensar en sí. Como está uno más ocupado en resistir y combatir, se olvida más fácilmente el yo espiritual y personal. Pero en comunidad, donde se vive bajo el hermoso sol de la gracia, el amor propio tiene sentados sus reales en el corazón. Uno se contempla continuamente y se hace fin de sus pensamientos y de sus virtudes.

En cuanto a vosotras, adoratrices, vuestra regla os manda amar a Dios por el sacrificio de vuestra personalidad, que tiende siempre a convertirse en centro y fin, a ser algo fuera de Dios.

Este amor de sí mismo es también el foco de la pereza y de la sensualidad que gusta de descansar y desecha la mortificación. Porque el hombre viejo no es amigo de la mortificación, sino que quiere descanso y tranquilidad: es de suyo perezoso.

Además, vuestra virtud dominante es la humildad de amor, virtud regia que pone en práctica el don y el sacrificio de la propia personalidad, de la que deben sacar su fuerza todas las demás virtudes. Aun teniendo todas las demás, sin ésta, amontonaríais en saco roto.

La humildad es virtud propia de la Eucaristía; porque la Eucaristía es amor de anonadamiento de nuestro Señor para el hombre. Sin ella carecéis de vuestra virtud característica.

Os llamáis esclavas del santísimo Sacramento; y, ¿cuál es la virtud de una esclava sino humildad? El esclavo no tiene nombre, ni casa, ni familia; no se pertenece, sino que se convierte en cosa del amo. Su condición es servir; su fin es atender a los intereses del amo, y su nombre, servidor.

A eso se reduce, por tanto, todo. Es menester que los

Ejercicios os perfeccionen en esta virtud, y toda vuestra vida debéis trabajar por adquirirla, que nunca llegaréis a poseerla por entero, porque es la perfección del mismo nuestro Señor.

Pero lo que sí digo es que quien más crezca en la humildad de amor, será la más santa de todas.

Mirad si trabajáis para ello debidamente, mirad en qué punto os encontráis respecto de esta virtud tan necesaria. Examinad si amáis a Dios con amor perfecto, o si, al contrario, amáis las virtudes por vosotras mismas, si no amáis para vosotras las buenas obras, las gracias y al prójimo. Mirad si no sois vuestro fin y vuestro centro, porque hace falta amor de anonadamiento.

Durante estos ejercicios aplicaos primero a la gracia de conversión, comenzad por aquí; luego a la gracia de vuestra vocación y, finalmente, a la gracia de adoración. Son los tres grados de las gracias que Dios os concede y os imponen deberes correspondientes.

Examinaos a la luz del amor que nuestro Señor os ofrece estos días de gracia; nuestro Señor quiere mostraros toda su amistad, haceros descansar a sus pies, reparar vuestras fuerzas y haceros recobrar nuevo fervor. Sea tal vuestra conducta, que estos ejercicios sean los mejores.

EL AMOR ETERNO DE DIOS

Verdad sobre la cual debemos meditar toda la vida es que nuestro Señor nos ha amado desde toda la eternidad. Siempre hemos existido en el amor de Dios, siempre hemos estado presentes en el pensamiento de la santísima Trinidad: el Padre pensaba en sus criaturas, el Hijo en los que debía redimir y el Espíritu Santo en los que debía santificar.

Dios me ha amado siempre. Profundo pensamiento es éste que muestra nuestra grandeza y la nobleza de nuestro origen. Éramos todavía nada y ya teníamos en Dios una vida que preexistía a nuestra creación. Nos veía el Señor, nos amaba con amor de benevolencia, como una madre ama al hijo que lleva en sus entrañas.

Nos apretaba junto a su corazón diciéndose: He aquí una criatura que nacerá en tal tiempo y en tales circunstancias, que tendrá tal gracia, que me amará. Esta verdad debe engendrar gratitud. Ya que Dios nos ha amado el primero, para Él debe ser nuestro amor y aun así, nunca amaremos cuanto merece el amor infinito; y a la criatura que nos pidiese el corazón deberíamos contestar: Antes me ha amado Dios y para Él tiene que ser todo mi amor.

Dios nos ama con amor de benevolencia. Nos ama, no por interés, pues que ninguna necesidad tiene de nosotros, sino únicamente para mostrarnos su amor, un amor absolutamente desinteresado; nos ama para hacernos felices. Me lo da todo sin ningún interés, ya que yo no puedo nada para aumentar su felicidad y su gloria.

Nos ha creado, además, en las mejores condiciones de gracia, en tierra católica, de padres cristianos, que nos han dado educación piadosa. ¿Y quién será capaz de contar todas las gracias de que nos ha rodeado para conducirnos a donde nos encontramos?

Os ha escogido para servirle en su sacramento de amor y únicamente a Él pertenecerle. ¿Lo merecíais por ventura? Es una gracia de preferencia, de amor privilegiado, con la que os revela todo el plan de su amor eterno y os manifiesta toda la traza de su

providencia. No os predestinaba, no os creaba ni os conservaba en su amor, sino para que un día pudierais conocerle, amarle y servirle por el don de vuestra vida, y para que os entregarais a Él, que os ha dado todo.

Porque Dios quiere ser fin y centro del amor del hombre. Al hombre ha sometido todo el universo; pero el amor del hombre lo quiere para sí y sólo para sí: se lo reserva expresamente. Quiere ser su fin, tener todo su amor primero. Ni pone límites, sino que quiere que se le ame con amor final, absoluto, soberano. Es un precepto que impone a todos los hombres.

Hay con todo un amor que Dios no exige a todos, dejándonos en libertad de ofrecérselo o no: es el amor virginal, por el cual el alma se entrega a Dios, sin conceder parte alguna a la criatura. Libres estábamos de ofrecerle un corazón virginal o de poner en nuestro amor junto con Él una criatura suya con alianza que Él mismo ha consagrado. Pero tampoco hemos querido esta división por honrosa que fuese, sino que hemos preferido a Dios dejando todo lo demás, porque a nosotros se nos ha mostrado más amable y con mayor amor que a otros. ¡Ah, cuánto se echa de ver aquí su benevolencia y una atención de amor privilegiado! ¡Pero qué claro se ve también que por nuestra parte le debemos amor único, total, íntegro!

Nos ha dicho: “Como criaturas me debéis amor final; pero, si además queréis amarme con amor más puro y virginal, por mi parte os amaré con amor único y os introduciré en lo secreto de mi corazón”. Ante lo cual ha exclamado vuestra alma: ¡Sólo a vos os amaré, Dios mío!

¡Cuántas gracias debéis dar a Dios por haberos preparado y reservado esta gracia señaladísima! Porque ¡qué felicidad y qué honra!

Y ahora ¿cómo corresponder al amor de Dios que quiere ser amado solo, que quiere ser único fin de vuestra vida, de vuestro entendimiento y de vuestro corazón? ¡Ah! Pidámosle perdón por haber pasado tanto tiempo en nuestra vida sin amarle. Démosle gracias, vivamos de gratitud, que así le entregaremos los frutos de la gracia de que le hemos frustrado amándole demasiado poco hasta el presente.

Se dice muchas veces que el tiempo pasado no se recobra. Lo cual es cierto si se ama solamente para cumplir lo mandado. Pero

abrazando también los consejos, haciendo más de lo obligado en estricto rigor, se gana el tiempo perdido. Y qué hermoso es ver un alma que quiere reparar el amor perdido, y dice: No quiero contentarme con la ley; tengo que amar, y todo será harto poco para el amor de mi Dios. Un alma así hace más progresos en un día que otra durante toda su vida. Así es cómo santa Magdalena rescató con un acto de amor todo su pasado. *Todos sus pecados le han sido perdonados, porque ha amado mucho* (Lc 7, 47).

LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL

La dirección tiene que versar no sobre los pecados, sino sobre los defectos. Debéis averiguar y exponer vuestros defectos de cuerpo, de entendimiento, de corazón y de voluntad, y los defectos en el servicio de nuestro Señor.

Por defectos de cuerpos se entienden los defectos exteriores que proceden del temperamento y del carácter de cada cual. El temperamento por sí mismo no es un defecto, pero lo son sus excesos y arrebatos contrarios a la sana razón. Supongamos que sois vivarachas. ¿Es esto un defecto? No. ¿Pero en qué pasáis de raya en punto a vivacidad? Pues esto es precisamente el objeto de la dirección. El defecto está en el exceso.

Fijaos en que lo primero que hay que corregir es lo exterior. Aplicad el alma a lo exterior para ver lo que haya que enderezar.

Luego hay que examinar si se tienen defectos de corazón, esto es, si se tienen afectos desordenados o alguna antipatía. Hay que mirar bien hacia dónde cae el corazón, si no ama demasiado, si no va con exceso tras las personas simpáticas. Porque esto, aunque natural, es imperfecto. –Pero yo no consiento en estas cosas. –En este caso no es pecado; pero no por eso deja de ser una raíz mala, a la que debe aplicarse la dirección, que no es lo mismo que confesión.

La dirección es la historia del alma. Exponed en ella todas las tentaciones, todos los movimientos de vuestro corazón. Exponed qué tentaciones tenéis de simpatía o de aversión al prójimo; qué tentaciones de desaliento, de abatimiento y de tristeza respecto de vosotras mismas, y respecto de Dios, qué tentaciones contra la confianza en Él, en la oración o en la adoración. Eso en lo que toca al corazón.

En cuanto a la voluntad, decid si os cuesta obedecer; decid cuáles son vuestras repugnancias y en qué experimentáis mayor dificultad para obedecer; porque las resistencias muestran en qué punto es más flaca la voluntad y por dónde resbalaréis al pecado formal.

Los pecados de entendimiento son más tenaces que los demás, y, por lo mismo, hay que seguirlos con mucha atención y por mucho tiempo sin desalentarse.

Con la violencia, bastante fácilmente se le arranca al cuerpo lo que apetece; el corazón olvida tan pronto como ha amado cuando se le cambia el objeto, mientras que el entendimiento discurre, reflexiona, y no se puede apartar tan fácilmente de aquello en que se ha fijado.

El entendimiento guía al hombre, guía sus sentidos, su corazón y su voluntad. Muy malo tiene que ser para no dejarse dominar por el espíritu de Dios; se trueca en orgullo satánico y principio de la ruina.

Hay que averiguar bien los defectos de entendimiento, las ideas fijas y personales. Hay que ver si no hay algún pensamiento que inquiete o turbe habitualmente, sobre todo en la oración y en la meditación.

Hay que tener buen cuidado de no dejarse arrastrar por ciertos pensamientos que vienen a ser para el entendimiento como cierta especie de enfermedad o de fiebre. En dejándose uno dominar por una impresión de placer, y sobre todo de pena, el espíritu pierde todo sosiego, carece de la paz suficiente para orar; el alma se pone enferma porque el entendimiento lo está ya.

¡Oh, hay que tener cuidado con las penas del entendimiento!

El cuerpo es muy terco, pero, en sometiéndolo desde el principio, llega a ser un esclavo; el corazón suele ir a la criatura cuando no goza de Dios, porque necesita desahogarse. Pero si le devolvemos Dios, si se lo mostramos en su amor, vuelve y se le apega. Y así se ven almas que, después de haber amado el placer con toda su pasión, una vez convertidas a Dios abandonan el mundo con igual ardor, vuelan hacia la perfección y se hacen santas.

Pero no es lo mismo respecto del espíritu. Cuando un defecto llega a ser defecto de espíritu, es muy difícil dominarlo y deshacerse de él. Se dice muchas veces que no se puede corregir a un orgulloso. ¿Por qué? Porque tiene un defecto con asiento en el entendimiento. Cree que siempre lleva razón; no se aviene a reconocer su orgullo. Adora su pensamiento y no quiere aceptar ni moral ni admoniciones.

Además, la violencia no puede nada contra las penas y los defectos de entendimiento; antes al contrario, los mantiene. Irritándose, se coge calentura. Una se resuelve enérgicamente a no

pensar en nada y se piensa cien veces más. Se dice: No quiero inquietarme más por eso, y aparta con resolución la vista de ello, pero inútilmente. La zozobra aumenta.

¿Qué hacer? –Tener paciencia, combatir con la paciencia.

De hecho, cuando se experimenta una pena de entendimiento, hay que mirar al punto si es pecado o una pena tan sólo. Si es pecado, fácil es librarse confesándose. Pero si es una prueba o una tentación, no hay que pensar en ello nunca voluntariamente. En este caso, no se puede recurrir a otra cosa que a la paciencia, porque violentando demasiado el espíritu lo que se consigue es caer enfermo, parando así en un mal peor que el anterior.

En este caso, no hay que inquietarse por las consecuencias, porque está claro que no se comete ningún pecado, ya que no se quiere pecar, por más que el no sentir esta seguridad sea causa de sufrimiento.

¿Cuándo se conocerá que un pensamiento es pena de espíritu? Cuando el pensamiento fijo y persistente no está sencillamente en Dios ni en el deber; esto es, cuando nota uno que en lugar de estar en sí mismo está en otros.

Todos estamos expuestos a esto; cualquiera puede experimentar esta suerte de penas. El demonio anda siempre tras el entendimiento para enseñorearse de él, pues aquí está la puerta de la casa.

Es menester que seáis como unos niños que no tienen preocupación ninguna; es menester que seáis dueñas de vuestro entendimiento en Dios. Al ir a la adoración o a la comunión, es preciso que seáis nuevas, que ninguna cosa vieja cargue u ocupe vuestra mente, estando así dispuestas para recibir la impresión que a Dios le plazca. Hay que tener paz en la mente, y para esto debéis estar enteramente sumidos a Dios, con la resuelta decisión de seguir su voluntad y de cumplirla así que se manifieste. En una palabra: debéis estar completamente entregadas a la buena voluntad, que en esto se encuentra la verdadera paz. Cierto que no faltarán combates, pero sí os dañarán, porque tendréis la paz del deber cumplido, la paz de la ley y de la gracia.

En la dirección debe estudiarse también el camino que Dios sigue respecto de cada una de vosotras, la dirección que Dios os da interiormente. Exponed primeramente cuál es vuestra gracia de

recogimiento, qué sacrificios os pide Dios y hacia qué clase de oración os atrae.

Mirad cuál es la gracia que os une con Dios y os hace practicar su santísima voluntad. Porque unas veces Dios atrae con gracias de fortaleza y otras de dulzura. El espíritu de Dios es muy activo y solicita constantemente al alma atenta. Si no sentís estas emociones es porque no estáis en vuestra propia casa. La gracia llama en balde y pasa.

Cumpliendo todo esto os resultará provechosa la dirección. No tengáis miedo de abriros y de mostraros como sois. En este punto, la timidez es señal de amor propio.

Pero escuchad esto: es necesario vivir con vida religiosa espiritual, con vida eucarística, o, para decirlo con otras palabras, es necesario que viváis de Dios mismo, puramente por Dios, por encima de todas las criaturas. Acostumbraos a encontrar en Dios vuestro alimento, vuestro sustento, vuestra fuerza y vuestra vida. Os digo que vayáis a nuestro Señor, y añado que en la vida religiosa tiene que haber mucha obediencia y sumisión, mucha humildad, pero también mucha libertad e independencia.

Dios me ha concedido una gracia insigne, y es la de no inquietarme sobre si están o no conmigo los corazones. Y si alguno viniera a decirme qué pienso en mí interiormente, ¡cómo!, le diría, ¿tan rico de corazón andas? ¿No tienes más que un corazoncito y no lo vas a guardar entero para Dios? ¡Eso está muy mal!

Amad, por tanto, a los que para vosotras hacen veces de Dios y obedecedles filialmente; pero no os quedéis en ellos, sino id a apoyaros en el mismo Dios.

No os digo que no pongáis en ellos confianza; al contrario, manifestadles todo vuestro interior. Pero el corazón, ellos, sino ir a apoyaros en el mismo Dios.

Un alma, esposa de nuestro Señor, debe llegar a vivir de Dios a guiarse mirando a nuestro Señor. Él está en relación con ella; la ama, y su amor irradia sobre todo lo que le rodea. Pues póngase también ella en relación constante con Él.

Los directores tienen por fin conducirnos a Dios, son guías a quienes hay que obedecer, pero nada de apegársele demasiado, nada de lazos ni de servidumbre. Sólo Dios es fin. En sólo Él tiene que descansar vuestro corazón con entera independencia de la criatura,

cualquiera que sea.

La luna es hermosa, porque refleja los rayos de sol; se torna blanquísima cuando está vuelta hacia él y llenándose de sus rayos, los envía hasta la tierra; pero, mirad, basta que interpongáis una nube para volverse tenebrosa. De igual manera, vuelta un alma hacia Dios, se llena de los rayos de su gracia, y por la caridad los refleja hacia el prójimo; pero es necesario que nada intercepte el influjo que de su foco de luz recibe. –No nos entreguemos, por tanto, ni a las criaturas ni a nosotros mismos, sino vivamos de Dios para Dios y estemos siempre a su disposición, atentos a sus miradas de luz y de amor.

DIOS NOS HA CREADO PARA EL CIELO

Dios nos ha creado para el cielo y no para la tierra. Nos ha creado para hacernos enteramente felices. Esta vida temporal no es sino camino y puente por donde tenemos que pasar para ir al paraíso.

Tan pronto como es uno bautizado queda inscrito en el libro de la vida, tiene un puesto en el cielo, se hace heredero de la gloria; tiene derecho de herencia con Jesucristo y en Él.

El paraíso es lo mismo que Dios poseído, y es el término del amor de Dios para con nosotros. El amor propende a darse y a compartir con otro todo lo que tiene y todo lo que es. Dios, que es el amor infinito, no quiere ser feliz solo, sino que nos pone también a nosotros en el paraíso para dársenos como es: con todas sus perfecciones, con su amor infinito.

Acá en la tierra no puede dársenos en toda la extensión de su amor, porque nos encontramos en estado de purificación y somos incapaces de recibirle y de contenerle. Para que Dios pueda dársenos plenamente necesitamos la capacidad de Jesucristo, la cual ya la va Él formando día por día; pero de tal manera, sin embargo, que no sea completa y perfecta hasta el día de nuestra muerte, si morimos en su amor.

Ahora entra en nosotros y se nos da según el lugar que le hacemos. Nosotros le damos más o menos, pero nunca tanto como quisiera Él. Incesantemente nos está llamando para que le dejemos entrar más adentro.

No está todavía del todo en nosotros. Mientras que en el cielo estaremos en Dios, sumergidos en Él, penetrados totalmente por Él, recibiéndole en una capacidad en alguna manera infinita, y esto sin intermediario ninguno. Le veremos y le amaremos de la misma manera que Él se ve y se ama, siendo ésta la comunicación plena del amor perfecto.

Aun en esta tierra tienen los santos cierto presentimiento de la ternura, de los ardores, de la felicidad de esta unión, y al ver que no la pueden gozar del todo, languidecen y sufren como una santa

Teresa, que se moría por no poder morir.

Pero el alma que no vive por amor de Dios sufre de otra manera; no es dichosa, porque no corresponde con bastante generosidad al amor divino; oye un llamamiento y siente una atracción, a que no hace caso, y Dios la castiga impidiendo que disfrute de la felicidad perezosa que apetecía.

He de decir que el amor de Dios sufre también por no poder entrar en nosotros, porque se le hace violencia resistiendo. Con los ojos de la fe podríamos ver al amor divino solicitando entrar más adentro, y nosotros diciéndole: ¡Es demasiado, sería necesario amar demasiado, no entres!

¡Cuántas veces despachamos de esta manera a Dios! Porque no puede entrar sino con la condición de que nosotros lo queramos. Me imagino que el demonio, que suele estar también a la puerta del corazón, dice a Dios en son de burla: ¿Qué hacéis ahí, Señor? En vano esperáis que se os abra la puerta. No os quieren. Más que vuestro amor quieren las bagatelas y las vanidades que yo les doy. Por tal manera humilla el demonio al amor de Dios.

Pero en el paraíso el amor de Dios obra sin tropiezo ninguno, se manifiesta en todo su esplendor y el alma se encuentra en Dios y Dios en el alma. Entonces hay de veras libertad de amor, efusión de amor y en esto consiste el paraíso. Dios da sus bienes, su bondad, sus riquezas y su ternura; le da al alma todo lo que tiene y en Él el alma es no menos deificada que beatificada.

Este es nuestro fin, trocarnos en una misma cosa con Dios por el amor, la posesión y la fruición de una felicidad sin límites, vivir en el amor eterno, siendo felices con la misma felicidad de Dios y hermosos con su hermosura, gozando de la felicidad de María, de la de los elegidos y de todos los ángeles como si fuera nuestra. ¡Qué fin más sublime, que fin más amoroso!

Dios quiere con voluntad seria y verdadera que estemos en el paraíso; todos y en seguida quisiera Él que entráramos allá. Y esta voluntad hubiera tenido cumplimiento, si Adán no hubiera quebrantado la ley de amor por el pecado. Pero ahora Dios no da la gloria más que a los que se visten con los merecimientos de la redención de su divino Hijo.

En cuanto a nosotros, nos encontramos en camino, vamos hacia ella, a la gloria tendemos por el camino que el mismo Dios nos

ha trazado. Quien ama a Dios no muere, llega sencillamente al cabo del camino y las barreras caen. Lo único que hace es cambiar de condición, su amor de prueba se trueca en amor de bienaventuranza. Él mismo cuerpo no hace sino descansar en la tierra preparando la renovación de gloria. Las plantas y los animales, sí, mueren; pero el hombre no hace más que cambiar de estado; no guardará la tierra las cenizas de sus huesos, sino que devolverá todo al tiempo de la resurrección gloriosa y el hombre entero volverá a vivir por siempre jamás.

Por donde se ve que el paraíso es el fin que nos tiene preparado Dios para que le podamos amar sin fin. Debemos desearlo principalmente por esto, porque podremos amar a Dios sin trabas, sin fin, sin límites.

Hay grados en el deseo del cielo. Unos dicen: Quiero ir al cielo, porque allí seré feliz, porque allí se está bien. Es el grado primero y más bajo del deseo del cielo; es legítimo, pero propio sobre todo de quienes sólo viven para sí, que no harían nada como no fuese por la paga, como los jornaleros. Legítimo, sí lo es; es lo menos que puede exigir la ley cristiana. Pero ¿dónde está aquí el amor, dónde el deseo de ver a Dios?

Otros dicen: Quiero ir al cielo para no ofender más a Dios. Este deseo ya es mejor, es más noble, mira más a los intereses de la gloria de Dios. Hay amor en este motivo, ya que para ser fiel a Dios quiere ir uno al cielo. Pero hay otros que dicen: quiero ir al paraíso para amar mucho a Dios, para verle, alabarle y darle siempre gracias. Y esto es ciertamente lo perfecto, porque aquí se ama a Dios por sí mismo. Da gusto oír a quienes así se expresan. Uno se dice: Ved aquí almas que aman de veras; ¡qué hermosura!

¿Pero no sería mejor pedir la gracia de quedarse en la tierra para trabajar y sufrir, en lugar de desear ir al cielo?

Santos ha habido que hicieron esta oración en un arrebato de amor. Pero creo que considerando las cosas en sí mismas hay mayor perfección en desear ir al cielo para amar más. Mientras el uno quiere aumentar su corona, el otro quiere glorificar en seguida a Dios con el amor del cielo, harto más poderoso que el de acá en la tierra.

Si este deseo de ir al cielo para amar más no fuera de suyo más perfecto y más glorioso para Dios que el deseo de quedar en la tierra para seguir trabajando, ¿como explicar los ardientes deseos que del

cielo tenían los santos generalmente, aun al tiempo que más trabajaban por Dios? Si hubieran tenido por más perfecto el quedarse, no habrían pedido la unión perfecta del cielo; si lo hacían es porque sabían que en el cielo se le ama y glorifica más. Así san Pablo, que convertía naciones, pedía ardientemente la disolución de su cuerpo. Por santo que uno sea, nunca ama aquí tanto como amará en la patria.

Ahí tenéis el deseo del cielo, ahí tenéis lo más perfecto. Suspirad por el paraíso.

El amor requiere esencialmente unión, y unión tanto más estrecha y perfecta cuanto mayor sea. Cuando amo a Dios, le deseo, y Él me ama y me desea también, acabando estas dos atracciones por romper la vida para adquirir así el amor toda su pujanza y su libertad de expansión en el seno de Dios.

El deseo del cielo es santo. Dios quiere que le deseemos muchas veces, y con este fin ha llenado nuestra vida de sufrimientos, persecuciones y cruces. Por esta causa permite la inconstancia de las amistades humanas. No quiere que nos apeguemos a ningún bien ni a ninguna persona de este mundo. No estamos hechos unos para otros, sino para sólo Dios. La felicidad de este mundo no es sino un punto sin continuidad, sin largura, por cuyo motivo no puede uno apegarse a ella por mucho tiempo, y menos aun asentarse en ella.

Nos quejamos de las dificultades del camino, de las cruces con que tropezamos, cuando en realidad son la llave del Paraíso. La vida es un camino que a uno y otro lado tiene espinas y abrojos. Nuestro Señor va por delante con su cruz: sigámosle. Nos ha dejado las huellas de sus pies, para en ellas poner los nuestros. Si corremos a derecha e izquierda con la esperanza de dar con la felicidad, nos arañamos con espinas, pues que el mismo Salvador es quien compara las alegrías de este mundo con espinas.

Seguid, por tanto, a Jesucristo, que va al paraíso. Tomad vuestra cruz, llevadla valerosamente hasta el fin para llegar tras Él. No tengáis miedo de sufrir y morir cada día por el paraíso. Si este camino os parece difícil, nuestro Señor os dice que por él se va más pronto.

No os preocupéis tanto de las penas del camino; el mejor es aquel que os ha trazado su gracia, aquel en que os sostiene su misericordia. Ese sendero os conducirá con toda seguridad y derechamente al cielo.

SOLO A LA PUREZA DE CORAZÓN SE CONCEDE EL CIELO

Por su amor Dios nos ha creado para el cielo, que debe ser el objeto de todos nuestros deseos, y en realidad nuestro único fin. No estamos en la tierra sino para hacernos dignos del cielo. Pero el cielo no es cosa que se da, sino que se compra. Verdad es que los niños que mueren bautizados lo reciben sin merecimientos personales: Nuestro Señor paga por ellos; pero los adultos sólo lo reciben a título de justicia: *coronam justitiae.*

Cierto es que Dios nos da los medios de merecerlo, pero, así y todo, hay que corresponder a su gracia y emplear fielmente estos medios. Recompensa en nosotros sus dones con la condición de que los hagamos fructificar, hermanando así la bondad de su misericordia y las exigencias de su justicia.

Tengamos muy presente que el cielo hay que merecerlo, comprarlo y pagarlo. La vida presente es para allegar el precio con que pagar. La corona de justicia se da solamente a la victoria, y para recibirla hay que perseverar hasta la muerte. No basta correr la carrera por algunos años; la corona no se recibe hasta llegar a la meta.

Para cada cual en particular el precio absoluto y necesario del cielo es la fidelidad a la propia gracia, a su gracia particular. No a todos pide Dios igual medida de merecimientos y virtudes. Hay, con todo, una medida estrictamente necesaria, una condición esencial para todos, que es el estado de gracia. Para entrar en el cielo menester es estar puro. Ley es ésta indispensable, sin excepción: el cielo no se da más que a la pureza. Nada manchado entrará en él jamás.

Y, pues, no sabemos cuándo nos llamará Dios, tengamos siempre a mano el precio de nuestro paraíso y tengamos corazón puro, llevemos vida pura, exenta de todo pecado. Y como hay grados en la pureza, cuanto más puros seamos tanto más gloriosos seremos en el cielo y más cerca de sí nos pondrá Dios. En la pureza está la razón de la mayor o menor gloria de cada santo.

Apliquémonos, por tanto, a la pureza de vida. No salgamos de ahí, porque es lo absolutamente necesario, lo esencial. Hay que estar puro de todo pecado mortal, so pena de condenación eterna, y puro de todo pecado venial, so pena de diferir, a veces por mucho tiempo, nuestra bienaventuranza.

¿Queréis ir al paraíso? Pues sed puras de todo pecado mortal. Y añado también: ser puras de todo pecado venial deliberado. ¡Oh no consintáis nunca en estos pecados, o salid de ellos inmediatamente! En la ley antigua Dios prescribía innumerables purificaciones, con lo cual nos advertía lo necesario que es purificarse sin cesar con el bautismo de amor en el Espíritu Santo.

¿Sois delicadas en la pureza, evitando hasta la apariencia de pecado, las menores ocasiones de pecado, todo aquello que de cerca o de lejos huela a pecado? Pues vais por el camino que conduce derechamente al paraíso. El purgatorio no es para vosotras.

Evitad con sumo cuidado las menores faltas para no obligar a nuestro Señor a que os haga esperar la recompensa. Porque le cuesta mucho tener que enviar al Purgatorio. Lo hace, sí, porque así lo exige la justicia; pero es cosa que duele a su amor.

La conclusión que de todo esto debe desprenderse es que debéis estar dispuestas a morir antes que cometer un solo pecado mortal, y dispuestas también a morir antes de cometer un solo pecado venial de propósito deliberado. Antes sufrir toda clase de tormentos, antes morir que ofender a Dios. Valdría más dejar perecer al mundo entero que tratar de salvarlo cometiendo un solo pecado venial.

Estad, pues, dispuestas a padecerlo todo, a despojaros de todo, a mendigar el pan descalzas antes de consentir en un solo pecado venial.

¡Desgraciadamente, cuántas mentiras se dicen para excusarse o encubrir las propias faltas!

¡Cuántos pecados contra el prójimo! Sed muy severas en este punto. Son pecados que Dios perdona con mayor dificultad, porque son pecados sociales, pecados contra la unión de familia, y por ellos castiga a toda la familia. Porque esta clase de pecados le hiere en el corazón; no tiene paciencia de esperar para castigarlos en la otra vida. Véngase en este mundo, y de un modo terrible. Son faltas que quebrantan las dos leyes más santas: la ley del amor de Dios y la ley de amor del prójimo. Y con ser todo esto así, ¡cuántas faltas contra la

caridad, la humildad y paciencia, debidas al prójimo! Cuando nuestro Señor nos advierte que tendremos que dar cuenta de una palabra ociosa que hayamos dicho, ¡qué será de las palabras contra la autoridad, de las palabras de maledicencia, de las palabras contra la bondad de Dios, contra el pobre de Jesucristo, contra los pequeñuelos, que están ya humillados por su propia inferioridad, sea la que fuere!

¡Oh, qué materia de examen tenemos aquí, cuánta leña para el purgatorio! No os excuséis de estas faltas. Bien pueden deciros por caridad que son poca cosa, que no las cometéis más que por ligereza o sorpresa; pero a vosotras mismas no os digáis esto nunca. ¿Cómo puede uno excusarse de haber dado pena a un Dios tan bueno?

Mirad también ahora al bien que habéis malogrado, a las gracias que habéis perdido. –¿Decís que no son pecados? – De suyo puede que no. Pero sí en su causa. A la verdad, ¿por qué habéis perdido estas gracias? ¿No es verdad que por pereza o negligencia? Pues en este caso sois culpables de pereza o negligencia.

Sí, sí, ya podéis esperaros a un purgatorio largo, y por cosas menudas. De una palabrilla que os tiraba de la lengua y que no habéis sabido retener, ya os habéis de acordar. Una pequeña pereza o una obligacioncilla diferida, todo eso lo habéis de pagar rigurosamente.

"Huid de la sombra del pecado como huiríais de una víbora", dice el Espíritu Santo. Fijaos bien en que habla de la sombra del pecado, y recomienda huir de ella como de la misma muerte.

No os engañéis. Podemos parecer perfectos exteriormente y cometer muchos pecados interiormente. La mayor parte de los pecados de las religiosas se cometen en el corazón, en el pensamiento o en el sentimiento, y paran en la voluntad interior, sin pasar a actos exteriores.

¡Y qué cosas más aborrecibles hacemos, qué locura la nuestra muchas veces! Cometemos faltas contra un Dios tan bueno por no desagradar a la criatura, por no darle pena, o también por complacerle. Pues sabed que nadie merece que se le complazca al precio de un pecado venial. Comprendo que haya faltas de flaqueza o de sorpresa; pero lo que no alcanzo a comprender es que se cometan pecados por temor de desagradar a una criatura. Lo que comprendo es que soy dueño de mi conciencia, que nadie puede violentar, y prefiero crearme un enemigo que lastimar la conciencia.

¿Puede un hijo estar obligado alguna vez a pegar a su padre? Pues bien: la conciencia no tiene amigos. Cuando se trata del pecado, ya no tenéis entonces conocimiento de nadie. Os encontráis solamente ante la vida o la muerte. ¿Que os agrada esto? Bien. ¿Qué os desagrada? Yo no tengo que mirar más que a mi conciencia y a Dios.

¿Decís que hay que conceder todo lo que se puede y ser conciliador? Lo que vais a hacer es mancharos. ¿Por ventura estáis obligadas a gustar ponzoña para probarla? Acordaos del santo Eleazar, a quien en secreto inducían a comer carnes prohibidas. El anciano, antes quiso morir que engañar.

¡Ea!, toda vuestra vida cristiana, religiosa y eucarística, debe tener por fin haceros más puras. Así como el sol purifica el aire, atravesándolo, así, atravesándoos, debe también purificaros el sol divino, el sol de amor. El amor de Dios es el fuego de nuestra vida: su primero y último efecto es purificaros.

Tened presente que son bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios, y que las vírgenes son quienes seguirán en el cielo al cordero a dondequiera que vaya, cantando su himno. La primera vez que leí esto quedé muy conmovido: no todos los santos, sino solamente aquellos que fueron vírgenes tendrán el hermoso privilegio de aproximarse más al cordero.

Sed, por consiguiente, siempre puras. Y si llegáis a desagradar a nuestro Señor, no os deis descanso hasta alcanzar perdón y purificaros. Sed muy puras y para eso muy amantes. La blancura y delicadeza de la pureza las da el amor, que es también la que la vuelve luminosa y brillante. Pueda nuestro Señor deciros como a Magdalena: “Muchos pecados os son perdonados, porque habéis amado mucho”.

Un alma pura es el cielo comenzado, porque el paraíso no hace más que consumar y coronar la pureza.

LOS EXÁMENES DE CONCIENCIA

Es bueno y necesario tener métodos para los diversos ejercicios de la vida, porque, cuando uno se fía de su buena voluntad, pierde las tres cuartas partes del tiempo averiguando cómo obrar, siendo la aridez más frecuente que el fervor.

Los métodos son para la vida piadosa lo que la disciplina para el ejército. Si cada cual combatiera a su antojo, no habría forma de cohesión. La orden bien dada, bien transmitida y bien ejecutada en todos los puntos asegura la victoria. Pues del mismo modo también los ejercicios hechos con orden se sostienen unos a otros y encuadran la vida, impidiendo la divagación y manteniendo la facilidad de obrar siempre conforme a la obediencia y a la gracia.

Me propongo hablaros de los exámenes. Comencemos por sentar algunos principios.

Si todos los religiosos estuviesen bien recogidos en Dios, estarían presentes a sí mismos y seguirían sin gran trabajo, con sólo una mirada interior, hasta los últimos movimientos del corazón. Al punto caerían en la cuenta de lo que fuese contrario a la verdad y a la santidad de Dios.

Para socorrer la flaqueza de la virtud y tenerla siempre despierta, la regla os prescribe tres exámenes cada día, a saber: el examen de previsión por la mañana, el examen particular al mediodía y el examen general del día por la tarde, antes de acostaros.

Poned mucho cuidado y diligencia en estos varios exámenes, porque son el medio indispensable para llegar a conocer vuestros defectos y corregirlos eficazmente. Y aun haced de esto materia seguida de vuestra dirección espiritual en lo que toca a los defectos exteriores y a las tentaciones.

En los exámenes, aplicaos a corregir todos vuestros defectos exteriores uno tras otro, o según que las circunstancias os hagan más débiles para unos o para otros. Los defectos exteriores van directa y manifiestamente contra el respeto y la dignidad del servicio que rendís a nuestro Señor. Se oponen más que otros a la edificación y a

la caridad para con el prójimo.

Pero tened entendido que los exámenes mejor hechos resultarán siempre infructuosos si no os imponéis una penitencia y tomáis algunos medios de mayor vigilancia que aseguren la eficacia. Uno de estos medios es una *coronilla* cuyos granos sirvan para notar luego de cometidas las faltas o las omisiones, para recordarlas más fácilmente en el examen siguiente. Procuraos una y llevadla con vosotras, y bajad una cuenta cada vez que faltéis a vuestras resoluciones. Es cosa muy sencilla; pero por medios pequeños se llega a cosas grandes.

Veamos ahora la naturaleza y la práctica del examen.

En primer lugar hay que darle la primacía que le corresponde por su importancia y consagrarle todo el cuidado que merece. El examen es una verdadera discusión de nuestros actos interiores, o exteriores para observar o comprobar las faltas, humillarse por ellas ante Dios y corregirse por su amor y su gloria.

No suele gustar el examen. Es el acto piadoso más difícil y repugnante. ¿Por qué? Porque uno no gusta de verse siempre culpable y siempre humillado. Y también es cosa costosa recogerse en sus propios pensamientos, analizarlos y discutirlos. Muchas veces preferiríamos una gran mortificación a algunos minutos de examen serio. No obstante, el examen y la corrección son necesarios. No se corrige uno de lo que ignora, ni puede haber verdadera humildad sin examen, puesto que esta virtud se apoya en la realidad de la propia miseria conocida. Ni la confianza en Dios tiene aquella elocuencia de pobreza y de miseria. El amor mismo no sabe qué decir, porque no se conoce a sí mismo.

Gran verdad es, por tanto, que un alma que no atiende a sí misma, que no se examina de una manera regular, no es delicada para evitar el pecado. Viene a ser del todo exterior y un enigma y un misterio para sí misma. Se asemeja a un campo de trigo que todavía guarda buen aspecto porque está verde, pero ya invadido por la cizaña que chupa todo el jugo. En el día de la cosecha no habrá más que pocas y pobres espigas.

Un alma piadosa que no se examina se encuentra siempre en los extremos: o en una seguridad ciega, como el negociante que se arruina porque sin darse cuenta vende con pérdida, o en una humildad falsa y exagerada, por no querer tomarse la molestia de ver

y de precisar la verdad de su estado. Cree haber hecho todo confesando ante Dios y ante sí misma que es la más pobre y miserable de las criaturas y acúsalo también en el tribunal de la Penitencia. Lo que con esto acontece es que uno queda con todas sus faltas y la piedad va debilitándose.

El mejor agente del examen es el amor. Quien con todo su corazón ama a Dios, ve fácilmente sus defectos, y aun el menor movimiento de la naturaleza corrompida. Siente la presencia del tentador así que éste se presenta. Se mira en Dios como en un espejo; a sí misma se lee en Dios como el niño que con solo mirar ve la falta en el castigo; o en el silencio, o en ser menos expresivas las señales de afecto de sus padres. Este es el examen más perfecto, porque se encuentra en su centro de acción y de perfección, en la vida del amor, que basta para todo y es el fin de cualesquiera medios de santificación.

Así es cómo desde un principio debéis estar ante el santísimo Sacramento. La luz del fuego divino que arde en el corazón de nuestro Señor debe al principio de todas vuestras adoraciones penetrar hasta lo más hondo de vuestra alma y mostraros en un instante toda su pobreza y miseria actual, llenándola al punto de un sentimiento profundo de su ingratitud y de su indignidad, al mismo tiempo que le anima con la confianza de alcanzar perdón, por lo mismo que estáis al pie del trono de gracia y de misericordia.

Cuando se visita a un príncipe, lo primero es mirarlo; luego uno dirige una mirada sobre sí para ver si se presenta en disposiciones de conveniencia y agrado.

Pero eso más que examen propiamente dicho es vigilancia de la delicadeza. Haced del examen un ejercicio religioso aparte, según la forma y el método que doy aquí, aplicando los cuatro fines del Sacrificio.

El primer acto es el *examen de previsión,* que se hace por la mañana; debe durar cinco minutos en todo.

1.º *Adorad* a nuestro Señor como a vuestro rey, que os llama a trabajar en este día en su amable servicio y para su gloria. Rendidle enseguida y para todo el día los homenajes de vuestro entendimiento, corazón, cuerpo y toda la vida, porque los merece soberanamente por parte de toda criatura. Alegraos por el honor y la dicha de pasar este hermoso día enteramente al servicio de la adorable Eucaristía.

2.º *Dad gracias* al Señor por merced tan insigne, así como también por todas las de vuestra vida; pero, sobre todo, por el bautismo, la vocación, y por todas las gracias que su amor tiene preparadas para hoy. Agradeced el que tenga a bien aceptar vuestros servicios. Servirle así por un día vale tanto como toda una vida, como todo el paraíso.

3.º *Reconoced* vuestra flaqueza y vuestros defectos ante vocación tan hermosa y santa como la de la adoración. *Confesad* de nuevo al Señor vuestras faltas del día anterior y vuestra habitual flojedad. *Detestad* una vez más el espíritu mundano que vuelve a nacer continuamente, el derramamiento del alma y la flojedad de la voluntad; y *prometed* a nuestro Señor que os corregiréis de vuestro defecto dominante, precisando un acto particular del mismo por evitar o corregir en el día presente. *Recordad* la resolución especial que adoptasteis en el retiro mensual para todo el mes. Fijad algunos actos de la misma para hacerlos durante el día; y sobre todo, fijad una penitencia para cumplirla después de cada falta en seguida, si es posible. Esto es importantísimo.

4.º *Orad,* pedid a nuestro Señor la gracia de ser más fieles hoy. Encomendaos a la santísima Virgen y a vuestro ángel de la guarda, y poned manos a la obra, con el auxilio de la gracia.

Pueden también hacerse cinco actos por este orden: Ponerse en presencia de Dios y adorarle. Darle gracias. Implorar luces del Espíritu Santo por intercesión de María; discutir las propias faltas y, finalmente, arrepentirse y tomar una resolución.

Como veis los cuatro fines del Sacrificio encierran estos cinco actos. Vale más emplear el método de que os servís en la adoración y en la comunión, porque así hay más unidad en la piedad, y resulta provechosísimo simplificar los medios de la piedad.

Cuando se presenta alguna fiesta o algún misterio o alguna otra circunstancia particular, ordenad el examen según el espíritu de esta circunstancia, adorando al Señor en aquel misterio y haciendo los demás actos conforme a él. Su gracia os acompañará así durante todo el día.

El segundo examen se llama *particular,* porque se refiere a un punto. Hacedlo por espacio de dos o tres minutos de esta manera:

1.º Adorad a Jesucristo como a vuestro Señor, teniéndoos por felices de estar empleadas en su servicio.

2.º Dad gracias, pero rápidamente y por un solo acto, por la mitad del día ya pasado.

3.º Echad una ojeada rápida sobre las acciones de la mañana para ver si las habéis hecho conforme a la obediencia y la virtud propia de cada una. Concentrad luego el examen sobre la virtud que trabajáis por adquirir especialmente durante este mes. Mirad si habéis hecho los actos positivos de esta virtud determinados en el examen de prevención.

4.º Excitaos a la contrición y al firme propósito; renovad la resolución y pedid la gracia de cumplirla mejor.

El tercer examen es el de todo el día, llamado *general*. Se refiere a todos los deberes de la vocación y todas las faltas que hayáis cometido durante el día.

Hacedlo también según los cuatro fines del sacrificio; pero con las modificaciones siguientes:

1.º Adorad a nuestro Señor como Juez a quien tenéis que dar cuenta del día, el último tal vez antes de que os llame a comparecer en su presencia.

2.º Agradeced todas las gracias recibidas durante el día; recorred las principales y alabad la infinita bondad para con vosotras.

3.º Humillaos y examinad vuestra conciencia recordando los varios deberes del día, desde el momento de levantaros hasta el anochecer. Recordad la resolución de la mañana y del mediodía y mirad si habéis cumplido los actos prometidos.

4.º Excitaos finalmente a una contrición verdadera, como cuando recibís la absolución sacramental. Satisfaced a la divina justicia con una penitencia que os impongáis y entregaos a la divina misericordia. Id luego a dormir cerca de Él, bajo el mismo techo, o mejor en sus brazos tan maternales.

Notad que el mejor medio de tener una verdadera contrición en el examen es el de pedirla humildemente a Dios. No es necesario sentirla. La tiene de veras quien humilde e insistentemente la pide, aun cuando no sienta ningún movimiento de dolor. El sentir es cosa que nunca se exige; a medida que va uno adelantando en años siente menos, y los que quieren sentir siempre vivamente se enferman, si no toman precauciones.

Notad asimismo que el examen debe ser sobre actos positivos realmente ejecutados, ya sea que se hayan manifestado

exteriormente, ya se hayan consumado interiormente, esto es, tan sólo en la voluntad. En cuanto a las tentaciones no tratéis de recordarlas para no revivir sus fantasmas, con el fin de averiguar si habéis consentido o no. Esto no es necesario, antes suele ser un ardid del demonio para que renazca la tentación, os haga experimentar cierta complacencia y así sacaros algún semiconsentimiento.

Sed, sí, delicadas, pero no escrupulosas. Cuando uno ha recibido una herida, ya lo sabe sin necesidad de andar averiguando minuciosamente. En seguida sentiréis si tenéis o no remordimientos o estáis turbadas. Humillaos por todo esto sin andar despertando lo que está adormecido, lo cual pudiera acaso mancharos con su presencia.

Ahí tenéis el examen, su naturaleza y su espíritu. Sed muy fieles en hacerlo y en él encontraréis paz, al mismo tiempo que nuestro Señor os premiará magníficamente por haber administrado con fidelidad, en las pequeñas cosas de cada día, los talentos y las gracias que os tiene confiados.

HAY QUE VIVIR DE LA MISERICORDIA DE DIOS

El profeta compuso un cántico, que es el más hermoso de cuantos le dictó su gran corazón: el cántico de la misericordia de Dios, donde a cada versículo repite que su misericordia es eterna (Ps 13).

Razón tenía David de bendecir esta misericordia, de cantar este océano de infinita misericordia, porque había pecado y la misericordia le había salvado de su pecado. Hay santos que son obra de la misericordia divina, llegando a ser de los mayores por el poder de su misericordia. Por deberlo todo a la misericordia le rendían homenajes constantes cuales no hubieran tributado en el estado de inocencia y de virginidad. Así, por ejemplo, san Pedro, que fue mucho más abnegado después del pecado que antes, san Pablo y santa María Magdalena. Su santidad se nutría de misericordia; las lágrimas fueron el alimento de su amor.

Si sois ángeles, vivid de la majestad de Dios; pero si sois hombres y pecadores, vivid de la misericordia, ensalzad la bondad de Dios que os ha salvado y os da vida. Es preciso saber ensalzar la divina misericordia, ver en ella todos nuestros dones, todas nuestras gracias y tener siempre entre los labios este clamor de gratitud: ¡Dios mío, qué bueno habéis sido para mí, tan malo!

El pensar así en los pecados de la vida pasada no hace a uno desgraciado, antes despega del pecado y hace cobrar afición a la divina bondad. Si se llora, el corazón se deshace en dulces lágrimas de amor y penitencia, lágrimas que nos hacen felices.

Cada cual sabe cuánto debe a la divina misericordia; y podemos todos decir que le debemos el no haber caído en el infierno. Cuanto más haya pecado uno, tanto más agradecido debe ser a la divina misericordia.

Y si no hemos cometido pecados mortales, no es menor la divina misericordia en perdonarnos los veniales. En ambos casos el perdón es fruto de la sangre de Jesús. Con tanta frecuencia pecamos

venialmente que Él se ve obligado a ejercitar su misericordia incesantemente, mientras que las ocasiones de pecado mortal son más raras. Y además, cuando pecamos venialmente, nos encontramos en su amistad, y por eso herimos su Corazón y su amor en lo más vivo.

La misericordia de Dios es magnánima, perdona generosamente y para siempre. No sabe perdonar a medias. Devuelve la alegría de la inocencia y el honor del estado anterior. No perdona como hombre, sino como Dios. Quiere, sí, que uno se acuerde de sus pecados, pero como estímulo de amor y de gratitud, para alabar la misericordia que los ha perdonado.

Hay, con todo, ratos en que uno se pone a temblar y duda de si habrán sido perdonados sus pecados. –¿Habéis pedido que os los perdone? ¿Habéis acudido a Él con la confianza de que os perdonará? –Sí. –Pues Dios los ha perdonado. Él puso esa confianza en vuestro corazón. Si no os hubiera perdonado, no os habría llamado ni conducido a sus pies. Y luego ¿no os ha concedido nuestro Señor en la comunión o en una adoración recogida, mayormente durante la noche, momentos en que habéis disfrutado de una paz tal que vosotras mismas quedabais sorprendidas? Tan felices os sentíais a solas con Dios que olvidabais vuestro cuerpo y la tierra viéndoos transportadas a una atmósfera de paz divina. Os parecía que asimilabais a Dios. Pues esta es una prueba de que os ha perdonado los pecados. Dios os colmaba de caricias, os apretaba contra su corazón, os abrazaba. Si no os amara como a un hijo a quien se torna a amar devolviendo todos los derechos y todo su amor, no os trataría así.

De la misma manera, la satisfacción que experimentáis después de la confesión es prueba de perdón y de haber vuelto a la amistad. Dios quiere que sintamos el perdón por la amistad que nos muestra. ¡Qué consolador es esto! No se contenta con darnos fe en el poder del sacramento de la Penitencia, sino que nos da también pruebas de amistad para que nos retiremos felices y seguros de haber alcanzado perdón.

Tanta es la misericordia divina que estaríamos a punto de creer que Dios nos tienta. Nuestro Señor nos dice: No peques; con todo, si llegas a ofender a mi Padre, ven pronto a mí, pues te perdonaré. ¿Qué más puede hacer la misericordia que garantizar de antemano el perdón y prometer que se interpondrá entre el pecador y la divina

justicia? Estos son excesos con que la misericordia de Dios triunfa de su justicia: *Superexaltat autem misericordia judicium* (Sant 2, 13).

Vivid, por tanto, de esta misericordia. Os mueva a acudir a Él su paciencia en esperaros por tanto tiempo y en perdonaros tantas veces. Cuanto más pronto vayáis, después de haber pecado, tanto más pronto alcalizaréis perdón. Por eso nunca os desalentéis ni digáis: He pecado demasiado para ser perdonado. ¡Son tantas las veces que he cometido las mismas faltas! Antes mirad cuánto mayor es la misericordia que todos vuestros pecados. Estos ya los podéis contar, pero nunca podréis medir la misericordia. Volved, por tanto, siempre hacia Él sin tardanza alguna, y tantas veces como le ofendéis, y decidle como el niño dice a su madre llorando: ¡Os he dado pena, Dios mío, os he herido en el Corazón; perdonadme! Ya podéis estar seguros de que no os levantaréis sin alcanzar perdón.

¡Qué bueno es, por consiguiente, Dios en su misericordia! Nos ha puesto a mano muchísimos medios de perdón. No es necesario confesarse cada vez que se comete un pecado venial, porque nos tiene dados los sacramentales, el *Confiteor,* el *Pater* y, sobre todo, el agua bendita, todo lo cual con un acto de contrición purifica. La misa y la bendición del santísimo Sacramento son también medios poderosos de misericordia. Finalmente, lo es el amor, el retorno del corazón contrito a nuestro Señor, el cual resulta absolución de las faltas veniales.

¡Qué dulce es recibir esta absolución del mismo nuestro Señor! Cuando un alma se arroja a sus pies, y se humilla y se tiene por indigna de comulgar porque ha pecado, ¡oh!, entonces nuestro Señor le perdona y le da la absolución de sus faltas. A Jesucristo le gusta ver merecer así perdón, porque en este caso el amor repara mucho más allá de lo que había hecho perder la falta.

Creedme, tenéis que vivir todas de la misericordia de Dios. Porque aun suponiendo que no hayáis cometido pecados, ¿no podéis por ventura cometerlos? Ah, sí, ciertamente y tanto como los más culpables. Si pues los podéis cometer, ¿qué diferencia hay entre vosotras y el que los haya cometido realmente? ¿Quién os ha preservado? La misericordia, la misma misericordia que me ha perdonado a mí. Por eso ambos somos deudores a la divina misericordia. Y aun tú le debes más porque te ha preservado en el momento en que tal vez tenías ya un pie en el mal e ibas a

consumarlo. Al preservarte, la misericordia ha obrado dos milagros en lugar de uno. Debes por lo mismo vivir muy agradecida hacia ella y en ella apoyarte.

Si Dios no tuviera misericordia infinita, si no supiera que no se agota por mucho que la derrame, nunca se hubiera encargado de conducirnos al paraíso. Porque, ¡cuántas gracias de prevención que dar, cuántas caídas que reparar, cuántos perdones pacientes en la vida de un hombre!

Dios no se desanima nunca, ni nos abandona jamás su misericordia, tanto que aun en el último suspiro está todavía para acogernos.

Todas nuestras gracias dimanan de la divina misericordia; ella os ha dado esta vocación que por vosotras mismas nunca hubierais merecido. Pues hay en el mundo muchas almas que son más puras y merecerían más que vosotras estar siempre en presencia del santísimo Sacramento como siervas suyas y miembros de su familia. Pero os ama la misericordia y ella os ha llamado y quiere ahora daros todo lo que os falta.

¡Ah!, decid ahora si Dios no ha sido bueno para con vosotras, si no ha sido pródigo de misericordia. Pues ¿cómo no habíais de vivir de este amor de misericordia infinita? ¿Cómo habíais de ir a miraros a vosotras mismas y pararos ante una telaraña? No, sino vivid del amor y de la misericordia de Dios y comenzaréis a ser santas.

EL AMOR VIRGINAL DE JESÚS

Dios os ha creado en su amor. Su misericordia os ha colmado de gracias, os ha puesto en las mejores condiciones de salvación. ¿Cómo corresponder a este amor si no es con amor? Ya que Dios os ha amado, es necesario que también le améis vosotras.

Pero el vivir de amor es necesario sobre todo para vosotras que a Él os habéis consagrado por la vida religiosa. El voto de virginidad que hacéis no es otra cosa que el voto de amor que os obliga a amar por estado, por vocación. Los otros votos son una profesión de las virtudes evangélicas; pero con el voto de virginidad decís a Dios: ¡Oh, Dios mío; hago voto de no amar nunca más que a Vos, y nadie fuera de Vos poseerá mi corazón!

¡Qué hermoso es este voto que así entrega el corazón y el amor a Dios solo! En los primeros días de la Iglesia, antes que hubiera monasterios, se hacía este voto en particular y las vírgenes eran religiosas en medio del mundo. Vivían en sus familias; pero eran consideradas como una orden sagrada de la Iglesia, una orden eminente que san Pablo y los Padres ensalzaban con magníficos encomios. Y nada tan hermoso como las oraciones de la consagración de una virgen, que nos han legado los tiempos apostólicos.

Por si solo este voto consagra a Dios y comunica una dignidad sagrada sacándole de lo vulgar. La virgen es sagrada, como lo son el sacerdote y el cáliz del sacrificio; el voto reemplaza la Unción santa. Consagra la virgen a Jesucristo como esposa suya. Es un contrato de eterna alianza con Él. Reemplaza para la mujer la consagración sacerdotal que entrega al levita a nuestro Señor como eterno ministro suyo.

Pues bien; vosotras habéis emitido este hermoso voto, cuya nobleza es grandísima porque tiene su asiento en el corazón, porque entrega a nuestro Señor el amor y el afecto. Es un voto de amor absoluto e irrevocable que obliga a amar a nuestro Señor única, integral y virginalmente. Los votos de pobreza y obediencia

constituyen el camino del merecimiento en tanto que el voto de virginidad el camino de excelencia y de amor, por cuanto eleva a cuantas lo hacen a la honra de verdaderas esposas de Jesucristo.

A nuestro Señor le gusta mucho este voto y aun es celoso del mismo. Ya lo creo, porque se trata de voto del corazón y del amor. Debéis, por tanto, amarle únicamente y sin división. Ya no son libres vuestro corazón y vuestros afectos, sino de vuestro divino esposo. No vayáis, por tanto, a mezclar el amor de las criaturas con su amor, que esto sería una profanación abominable.

Así como la esposa infiel es estigmatizada con el nombre de adúltera, así la Iglesia marca a la virgen que quebranta el voto de virginidad con una nota todavía más vergonzosa, que es la de sacrílega. Es el calificativo que da a cuantos profanan los vasos sagrados, los templos santos y las santas especies, porque la virgen infiel profana también una cosa sagrada y consagrada a Jesucristo. Nuestro Señor la tenía reservada para sí y sólo para sí la quería. Quería todo su corazón, todo su amor. Por eso ella con su infidelidad ha profanado el vaso sagrado de Jesucristo, su copón y su hostia.

Es necesario, por tanto, que améis a nuestro Señor como esposas fieles, que reconozcáis todos sus derechos. Para siempre estáis unidas con Él y seréis coronadas con el título de vírgenes fieles o condenadas con el título de vírgenes sacrílegas.

Os habéis entregado y consagrado; pero también debéis inmolaros. –¿Qué quiere decir esto? –Pues que debéis estar inmoladas al amor de vuestro divino Esposo y vivir en continuo sacrificio. El voto, al trocaros en personas sagradas, os destina al sacrificio, como aquellas víctimas jóvenes, puras y sin mancha, que se escogían para ser inmoladas al Señor, las cuales estaban destinadas solamente para esto desde el momento en que se las separaba de lo profano.

El amor es crucificante, inmolador. Y como, por otra parte, os habéis unido con un Esposo crucificado, ¿no es natural que la esposa participe del estado de su esposo? Aun no ha llegado el tiempo de gozar de vuestra unión. Mientras estáis en la tierra, no sois más que desposadas de Jesucristo. Le pertenecéis, eso sí, ya no sois libres; pero la plenitud de la unión y sus delicias quedan para el Cielo. Mientras tanto, nuestro Señor os visitará de vez en cuando, os enviará ángeles para consolaros; pero no esperéis gozar todavía.

Ahora es tiempo de alcanzar la perfección, de hermosearos con virtudes para el día de las bodas eternas. Nuestro Señor quiere ver en vosotras vírgenes discretas y prudentes que llenan sus lámparas de aceite y vigilan para esperar al esposo. Las virtudes de nuestro Señor no se adquieren de una vez. Cuesta el practicarlas. Aplicaos a ellas sin temor, con ánimo y perseverancia, pues serán vuestro adorno el día en que él os presente a su Padre para verificar el matrimonio celestial en el paraíso en presencia de los ángeles.

Pero tened presente que a causa de vuestro título de esposas estáis obligadas a aplicaros a las virtudes por amor, que todo lo que hacéis debe ser para probar este amor a vuestro Esposo y que en tratándose de Él no debéis retroceder ante ningún sacrificio. Sea vuestro amor soberano, absoluto, único y nada más que para Él. Fuera de Él nadie tiene derecho a vuestro amor, ni vosotras ni ningún otro. ¿Cómo soñáis en constituiros en fin de este corazón que nuestro Señor engrandece con su gracia y llena de su amor y para ser su único soberano objeto?

¿Vais a hacer de una criatura fin de este corazón robándolo a quien lo posee como una cosa propia? Dios os guarde de ello. En la vida religiosa debéis amaros unas a otras más que en ninguna otra parte; formáis un círculo, pero el centro debe formarlo solamente nuestro Señor. A Él deben converger bien todos los rayos. Desdichadas de vosotras si no amáis a nuestro Señor o no le amáis únicamente a Él.

Pero ¿cómo debéis amarle? De la misma manera que Él os ama, pues que el amor requiere reciprocidad, igualdad. Ahora bien, nuestro Señor os ama como ama a su Padre. Esto es, que así como nuestro Señor ama a su Padre por una relación continua de cuanto es y hace a su gloria y a su servicio, así guarda también con vosotras relación constante de amor y de gracia, ya que vuestros son su corazón, su espíritu, sus merecimientos y su vida toda. Os ama con todo su ser, poniéndoos como fin de sus pensamientos, de su amor, de todas sus acciones y de todos sus sufrimientos.

Por manera que vosotras debéis amarle también, refiriendo a Él todo lo que sois, todo lo que tenéis, todos vuestros pensamientos, actos, sufrimientos y merecimientos, toda vuestra vida, y todo ello por amor. Dadle el entendimiento para no pensar más que en Él y para Él; la voluntad, para que se tenga por dichosa de obedecerle y

servirle en todo lo que le plazca; el cuerpo, para que copie sus virtudes y sufrimientos meritorios. Estableced y mantened esta relación continua de vuestras facultades con las suyas, de vuestro entendimiento con su entendimiento, de vuestro corazón con su corazón, de todo vuestro ser con su ser. Así, amaréis como sois amadas. Nuestro Señor os dice: Incesantemente pienso en vosotras. ¿Por qué no vais a pensar también vosotras en mí?

–Mi corazón no abriga otro deseo que el de haceros bien, de colmaros de amor. ¿Por qué no había de volvérseme vuestro corazón con incesante homenaje de amor y de agradecimiento?

–Yo os doy mi cuerpo, por vosotras lo inmolo cada día y os lo doy a comer, de tal manera que es vuestra víctima y vuestro alimento; pues ¿por qué no vais a consagraros a mí con todos vuestros sentidos y todo vuestro cuerpo para sufrir y reparar conmigo el pecado que ofende a mi Padre y hiere mi amor?

¡Oh, cuánto sufre nuestro Señor! ¡Y nosotros no correspondemos a su amor! ¡Con qué ardor, con que amor más poderoso os ama! Viéndoos como pobres criaturas, como gusanillos de la tierra, os dice: Te amo con amor de pasión, te amo, estoy enamorado de ti. La pasión de su amor le hace olvidar su dignidad. Quiere verse correspondido, lo pide, quiere ser amado de este gusanillo, como si este amor fuera digno de Él y pudiera contribuir a su felicidad. En las relaciones humanas, si uno dice a su superior: Te amo, le hace una injuria, porque ello equivale a ponerse en la misma categoría que él y exigir correspondencia, siendo así que no tiene más derecho que a respetar. Pero nuestro Señor borra todas las distancias de la dignidad y nos dice: Yo te amo, ámame tú también.

Cuando se ama a alguno, se le quiere, se le mira sin cesar. Por eso, nuestro Señor os mira incesantemente con mirada de amor; os mira con ojos de bondad, llenos de ternura, como de padre. Adondequiera os sigue, dondequiera se ocupa de vosotras. Y ¿por qué no le vais a mirar también vosotras? Vuestros ojos deben fijarse amorosos en nuestro Señor y no perderle nunca de vista. Verdad es que los del cuerpo son retenidos por las paredes, pero los del alma pueden verle en todas partes. Ver es conocer, es amar, y el amor es siempre pintor, de tal manera que crea siempre el objeto amado y lo pone constantemente ante los ojos.

Nuestro Señor quiere también haceros bien, siempre anda

buscando una ocasión de colmaros con nuevos favores. Su presencia es amable. Mirad cómo hace todo por amor para con vosotros. ¿Y por qué no vais a hacer vosotras por amor todo lo que tenéis que hacer? Y esto primeramente en los ejercicios de piedad, pero también en la celda y en el desempeño de vuestros empleos. ¿Por que no había de ser un obsequio de amor a nuestro Señor cada uno de vuestros actos?

¿Qué es el amor sino una llama pura que sube al cielo? Todo aquello que no hacéis por amor suyo está mezclado de humo, siendo así que debierais subir cual viva y blanca llama.

Además, nuestro Señor os ama con amor siempre creciente, cada vez con gracias nuevas y mayores. Nuestro Señor varía y aumenta constantemente sus dones de gracia y se manifiesta siempre con nueva luz. El amor de hoy es mayor que el amor de ayer y hasta el fin de nuestra vida irá creciendo cada día, porque las nuevas gracias se añaden a las anteriores. Su amor se manifiesta como flor que se entreabre al levantarse el sol y se desenvuelve hasta abrirse por completo con el sol del mediodía.

Es necesario que también vosotras le améis con amor siempre nuevo. Es preciso que le podáis decir: Os amo hoy más que ayer, porque tengo un día más, más gracias y también más deudas de gratitud.

Pues pagad estas deudas viviendo de amor, de gratitud, ofreciéndole obsequios, no guardando nada para vosotras en lo que hacéis.

Como la personalidad, el yo subsiste siempre y nos atrae siempre hacia vosotras; hay que cicatrizar esta llaga que se renueva siempre con el fuego del amor.

Al hacer todo por nuestro Señor, no hacéis nada de extraordinario, sino cumplir sencillamente con vuestro deber. Y aun así siempre os quedaréis por debajo de lo que os pide el amor de nuestro Señor. Muchos santos lloraban porque no le podían amar bastante, y exclamaban: ¿Por qué no tendré yo un amor infinito para corresponder al amor infinito? Lágrimas son éstas que agradan mucho a Dios; son deseos e impotencias del amor, de la criatura que tiende sus brazos a su creador desde las riberas del tiempo queriendo abrazarle. Y el Creador contesta: Te amo, pobre gusanillo de la tierra.

Pues bien; ¿queréis amar a nuestro Señor? Entregaos a Él y vivid para Él, por amor; como Él vive para vosotras. Buscad en

vuestro corazón lo que más le agrade, como Él hace para con vosotras. ¿Que esto es la perfección? No, no es más que comienzo y deber de hija. No puede haber orgullo en pretender obrar así. ¿Quién puede ser orgulloso mirando a nuestro Señor?

Renovad el voto de virginidad: es vuestro voto de amor. Los otros son fruto de vuestra vida, mientras que éste es su flor. Renovadlo a menudo. Decid: Me consagro a vos, Dios mío, para amaros virginalmente, para amaros, ¿cómo diré?, con amor de sangre, con amor eterno.

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

La confesión es la última tabla de salvación en medio de las tempestades de este mundo pervertido. Dejarla sin sacar provecho de ella es perderse infaliblemente, porque no hay otro medio de perdón. Verdad es que existe el acto perfecto de contrición que justifica, pero aun él debe contener el deseo de la confesión. Poned, por tanto, todo vuestro cuidado en evitar cuanto puede dañar a la confesión y en practicar cuanto puede asegurar sus frutos.

Evitad en primer lugar severamente toda relación natural y humana con el confesor durante el acto tremendo de la confesión; porque entonces ya no es hombre, sino Jesucristo en su tribunal de justicia y de misericordia.

Este poder se lo comunica el Salvador mismo por medio del sacramento del Orden, poder espantoso y consolador a un mismo tiempo, de hacer lo que hace Él mismo *"Todos los pecados serán perdonados en el cielo a aquellos a quienes perdonarais en la tierra, y todos aquellos que retuviereis en la tierra serán también retenidos en el cielo"* (Jn 20, 23).

Por eso el juicio del sacerdote es norma del juicio de Dios; la sentencia del sacerdote precede a la del cielo. Tal es la ley que Jesucristo ha establecido, respeta y sigue.

El confesor es, pues, el ministro de la justicia de Dios, el guardián de la ley divina. Debe asegurar su cumplimiento y castigar las infracciones so pena de ser un ministro infiel y de tomar en el Purgatorio o en el infierno el lugar del pecador injustamente absuelto.

Tiene que juzgar y para esto tiene que conocer la naturaleza y el número de cada una de las faltas, de donde se sigue la necesidad de que la acusación del penitente sea sincera y entera. Id, por tanto, a confesaros con verdad y sinceridad según vuestra conciencia.

Pero el confesor es, sobre todo, ministro de la misericordia. Tanto como juez es padre, es divino médico de nuestras almas, el buen samaritano de nuestras llagas. Jesús ha puesto entre sus manos todas las gracias de la redención. Le tiene dado el poder de devolver

la vida a nuestras almas, por lo que debéis acudir a él con la confianza que da la fe.

Evitad asimismo en la confesión todo lo que sea extraño a este acto, porque perderíais de vista lo esencial y os expondríais a faltar al respeto del Sacramento, a disminuir o a perder la contrición. Ese es precisamente el peligro de las confesiones frecuentes, en las que uno comienza por Dios y acaba por la criatura o cae en bagatelas. Evitad todo esto como veneno.

Huid de toda discusión, de toda explicación inútil, porque no debéis perder vuestro tiempo ni tampoco el tiempo tan precioso del sacerdote. Y también porque muchas veces lo que es inútil es peligroso y fácilmente suele haber culpa en ello. En realidad, es raro que lo inútil no nazca de vanidad o de amor propio.

Mirad como Magdalena está del todo aplicada a su confesión por su estado a los pies de nuestro Señor, o a su contrición por las lágrimas de su corazón.

Considerad al pobre publicano humilde y humillado a la puerta del templo. No habla más que de sus pecados a la divina misericordia y no hace caso a lo que le rodea o a lo que dice el fariseo.

¡Ah, si se pensara bien que la confesión que va a hacerse, que la confesión que se está haciendo decidirá de la eternidad, que ésta será la última absolución que se reciba, la última confesión antes de la muerte, qué bien se confesaría uno!

Si consideráramos bien por un lado la malicia y el número de los pecados y por otro los sufrimientos y las humillaciones del Salvador muriendo en la cruz por nosotros, no sería tan duro nuestro corazón, y sobre todo no estaríamos tan distraídos.

Si nuestro amor para Jesucristo fuese más íntimo y soberano, ¡cuánto más fino sería!

Para confesarse bien hace falta primero examinarse bien, y un buen examen requiere tres condiciones:

1.ª Tenemos que pedir primero la gracia de conocernos tales cuales somos a sus ojos; hay que invocar el socorro de la santísima Virgen y de nuestro ángel guardián, testigo de todas nuestras acciones.

2.ª Debemos luego averiguar nuestros pecados. –La manera más sencilla de hacerlo es pasar una tras otra todas las ocupaciones del día, desde el levantarse por la mañana hasta el acostarse,

recorriendo sucesivamente todos los deberes y viendo la manera de cumplirlos. En cuanto a las faltas extraordinarias, dejan generalmente impresión demasiado clara para que sea necesario tener que averiguarlas con inquietud.

No es manera sencilla ni fructuosa de hacer examen el mirar en qué se ha faltado en los pensamientos, palabras y obras, sin seguir ningún orden diario. Uno se pierde en campo tan vasto. Menester es para ello un esfuerzo que cansa al entendimiento con detrimento de la compunción.

No obréis así, sino examinad primeramente las faltas exteriores, que suponen también faltas interiores; examinadlas recordando los deberes diarios para con Dios, los deberes que os imponen la piedad, los sacramentos, los votos y vuestros deberes de estado; esto es, las relaciones de respeto y obediencia para con los superiores, de mansedumbre y caridad para con el prójimo, de humildad y de mortificación para con vosotras mismas.

En cuanto a las tentaciones, no las juzguéis por la impresión que os producen, ni por el desasosiego en que os ponen, ni por lo que duran; porque el pecado no comienza sino a la luz o al clamor de la conciencia advertida e ilustrada, y no en el sueño o en la distracción de la voluntad.

3.ª Consagrad más tiempo a la contrición que al examen. El examen muestra la llaga; pero el remedio está en la contrición. Excitaos a la contrición no tanto por consideraciones del entendimiento cuanto por los afectos del corazón. Mirad en seguida todo a la luz de vuestras obligaciones como cristianas, religiosas y adoratrices. Como cristianas mirad a Jesús humilde, triste, sufriendo en vosotras a causa de vuestros pecados veniales. ¡Y Dios os preserve de haberle crucificado y dado muerte en el alma por el pecado mortal!

Como religiosas, mirad la pena que le habéis causado con vuestras infidelidades de corazón al divino esposo Jesús, que con tanta ternura os ama.

Como adoradoras, mirad la flaqueza y la malicia de vuestra alma, que ha tenido el poder de paralizar las gracias especiales del Señor, el especial amor que Jesús os muestra, sofocándolo tal vez y perdiéndolo.

Fijaos en la santísima Virgen cuando tenía en sus brazos el

cuerpo de Jesús destrozado por vuestros pecados; besad sus llagas amorosas, llorad junto a su corazón e id luego a colocaros como humildes penitentes a los pies del sacerdote.

Tened presente también que Dios no perdona más que al corazón contrito y humillado, y que el motivo más eficaz de contrición es el amor divino, el pesar de haber ofendido a quien tanto nos ha amado, y que lo que debe trocar a nuestros ojos la menor falta en el mayor de los males es el haber ofendido a un Dios infinitamente bueno y amable.

Para hacer bien el acto de la confesión fijaos en tres deberes:

1.º Decid con toda sencillez vuestros pecados, confesando como los conocéis y se os presentan en aquel momento.

2.º Acusaos decentemente, con palabras honestas, por respeto al sacerdote y a vosotros mismas. No os metáis en ningún detalle sobre la manera cómo habéis cometido el pecado: la manera no cae dentro de la ley de la acusación de los pecados, y aun está prohibida cuando se trata de faltas contra la castidad. Decid la naturaleza de los pecados de pensamiento, sin contarlos por menudo, sin dar explicaciones de los mismos, que nunca son obligatorias: decid la naturaleza de los pecados de palabra, sin repetirlas, contentándoos con indicar su especie, a saber: contra la caridad, la autoridad, la castidad; de los pecados por obra, diciendo su naturaleza y su gravedad; de omisión, diciendo qué deberes habéis omitido.

3.º Acusaos con humildad como un culpable que acusa su falta a quien la conoce mejor que él, y al exigir la acusación sólo se propone probar la sinceridad y el arrepentimiento.

La humildad tiene que consistir en decir las faltas conforme a la verdad y no en exagerarlas. La exageración es a menudo fruto de la pereza que no quiere tomar la molestia de examinarse o de la cobardía que se viste de una falsa contrición.

Distinguid bien el pecado de lo que no es más que imperfección: el pecado es acto positivo de la voluntad, en tanto que la imperfección es un producto de nuestra miseria y de nuestra debilidad; antes es acto de la imaginación que de la razón, antes vano y ligero vaporcillo del espíritu que malicia del corazón, antes pereza de los sentidos que negación de la voluntad.

Evitad también al acusaros el desasosiego y la precipitación, que disminuyen la atención y la confianza del alma, echando la

libertad de acción entre las redes y las trabas del temor y de la duda. Por eso, cuando tengáis inquietudes e incertidumbre sobre alguna cosa, exponedla al confesor para pedir consejo, pero no acuséis como falta verdadera lo que no lo es; el confesor os dirá que vale más algunas veces dejar completamente de lado algunas cosas que son motivo de inquietud que decirlas de la manera que sugiere el temor. Si no, se llena el alma de vanos temores que producen tantos escrúpulos y angustias.

Tampoco estáis obligadas ni debéis decir, al acusar un pecado cuya causa u objeto fuese el confesor, esta circunstancia personal. Las conveniencias y la prudencia requieren que no se digan estas circunstancias, ni lo exige la ley de la integridad de la acusación.

Es necesario que tengáis sabido que no rige la misma ley para la acusación de pecados mortales que para la de pecados veniales. Los mortales deben ser declarados en confesión según su especie, su número y las circunstancias que mudan la especie o la agravan notablemente; pero muy otra cosa es cuando se trata de los veniales, y una buena persona que de buena fe no declara más que tres o cuatro, pero con contrición que implícitamente se extiende a todos y con firme propósito de enmienda, recibirá el perdón de todos, aun cuando no haya acusado más que algunos. Lo cual quiere decir que los pecados mortales no se perdonan sino en cuanto declarados formalmente y en particular, mientras que los pecados veniales se perdonan en masa y con contrición general e implícita; sucede con éstos algo así como con un manojo de plantas malas. No se ven más que las que están en la superficie; pero al echarlas juntamente al fuego se queman todas, así las que se ven como las que no se ven.

Con todo, es costumbre digna de loa y saludable, como dice el Concilio de Trento, confesar todos los pecados veniales de que se acuerda uno. Pero lo que yo quiero es que no seáis demasiado minuciosas y meticulosas en la acusación; Dios no exige examen tan riguroso; éste os expondría a perder la libertad y la tranquilidad del espíritu y la dulce y suave paz del corazón. Se ha observado que los que se preparan y confiesan laboriosamente no se corrigen de ordinario de sus faltas, porque siguen su propio parecer y su vieja rutina a pesar de todo lo que se les dice. Se diría que no se confiesan sino para alivio de su espíritu, que ha contraído la necesidad de esta expansión. Cuánto mejor harían creyendo a su confesor, hablando

menos y obrando mejor.

Evitad otro defecto. Dad de mano a todas esas acusaciones generales y prolijas que no determinan nada y son inútiles, puesto que no someten al confesor ningún pecado determinado. La confesión es como la oración de que habla nuestro Señor. La más corta es muchas veces la mejor.

Finalmente, cuando hayáis acabado la acusación, evitad el andar averiguando todavía pecados, como si los hubierais olvidado; y aun si se presentara alguno, pero no cierto, antes con dudas e inquietudes, no le hagáis caso; ya tenéis dicho lo que os mostró un examen maduro y no hace falta más; ahora es tiempo de escuchar lo que os diga el sacerdote en nombre de Jesucristo.

Al salir del confesonario, imaginaos que salís del santo bautismo completamente purificadas y adornadas con la sangre de nuestro Señor. Guardaos de volver a pensar detalladamente en vuestros pecados o de examinar la acusación. Si os acude esto a la memoria, desechadlo como una tentación peligrosa, pues todo está ya perdonado. Magdalena no confesó cada pecado en particular, pero los acusó todos en su amor penitente, y todo le fue muy bien perdonado.

Dad gracias a nuestro Señor por haberos perdonado y dado nueva vida; sentid ahora la alegría de un hombre a quien se hubiera sacado de un abismo, cuyas llagas se hubiesen cerrado y disfrutase de salud y fuerzas completas.

Evocad los buenos consejos que hayáis recibido y expresad de nuevo las resoluciones que hayáis formado. Pedid a Dios con la ayuda de María santísima la gracia de ser fieles y cumplid la penitencia que os haya impuesto el confesor.

Tengo que dar todavía algunos consejos. Como la pureza de conciencia es el traje nupcial necesario en el servicio del Esposo celestial, acercaos para mantenerlo, cada ocho días al tribunal de la Penitencia.

Para remediar las acusaciones hechas sin verdadera contrición y también para humillarse y mejor conocerse, es bueno hacer una revisión mensual, y cada año una anual, de todas las faltas cometidas.

Para prepararse bien a la confesión, para examinarse y formar actos de contrición no es demasiado un cuarto de hora, y otro tanto después de la confesión para renovar la contrición, para insistir en el firme propósito y hacer actos de arrepentimiento, fundados en este

amor infinito, en esta misericordia sin límites, que una vez más nos ha perdonado y devuelto la vida, la honra y la alegría del corazón.

Cuando uno se confiesa muy frecuentemente, debe rodear este acto de serias garantías, que aseguren sobre todo la contrición. Sin esto, se cae en la rutina que deshace los buenos efectos de este sacramento de misericordia y de salvación.

EL DON DE LA PROPIA PERSONALIDAD A JESÚS

Por la profesión religiosa habéis dado a Dios lo que os pertenecía, pero no, por lo menos en forma expresa, vuestro propio ser, vuestra personalidad.

La personalidad es el mismo ser, el principio de la vida, de las obras; es lo que constituye a uno persona humana e individual, lo que le distingue de cualquiera otra persona y le comunica la última perfección de su naturaleza. La personalidad es la que en vosotras posee el alma y el cuerpo, las facultades y los sentidos; la que les hace obrar y la que es responsable de sus actos, la que les comunica su condición de actos humanos. Ella es también la que recibe todo lo que os concierne, como, por ejemplo, el afecto, las alabanzas y toda cualidad de cuerpo y de espíritu. Porque cuando se os alaba y ama, no se quiere alabar y amar precisamente vuestro cuerpo ni vuestro espíritu, sino a vosotras mismas, esto es, a la persona que está revestida de estos dones y que se sirve bien de ellos.

Ahora bien, con la profesión no se hace explícitamente este don de la propia personalidad. Por el voto de pobreza dais los bienes, por el de la virginidad el corazón, y la voluntad por el de obediencia. Claro que si tomáis estos votos en toda su extensión, aun interior y espiritual, os comprenden por completo y os consagran del todo a Dios. Porque, como enseña santo Tomás, la profesión religiosa es por sí misma un holocausto del hombre entero, y, por lo mismo, también del propio ser y personalidad.

Pero para daros un medio más fácil de practicar los votos con este espíritu de holocausto, que es la verdadera adoración, os propongo ahora que hagáis a nuestro Señor un don formal y explícito de vuestro mismo ser y de vuestra personalidad. Este don no añadirá ninguna obligación exterior a las que os imponen los tres votos, pero las confirmará y les dará mayor perfección y os las hará cumplir conforme al espíritu propio de vuestra vocación, pues la Eucaristía es don.

Sois no solamente esposas, sino también adoratrices y siervas de nuestro Señor Jesucristo. Pues propio de una sierva es perder su nombre, y una esclava de los tiempos antiguos perdía hasta la propiedad de sí misma, de sus actos, de sus trabajos y de su vida. Vuestro nombre de siervas quiere decir que sois esclavas de amor. Seréis como si no fuerais para vosotras mismas y Jesucristo os poseerá en propiedad.

¡Pero si esto equivale a aniquilarse!, diréis quizá. Me tomarán por loca. –Sí, lo seréis a los ojos de los hombres, pero a los de Dios seréis solamente generosas en el amor.

La virtud de este don es que os deis a nuestro Señor por amor suyo, con olvido total de vosotras mismas, para reconocer y adorar su soberano dominio de amor sobre vosotras. Al hacer esto, os fijáis en Él, en sus derechos, en su amor, en su gloria ante todo y por encima de todo, y no en sus dones ni vuestros intereses personales. Sus dones de gracia los pedís humildemente, porque nada podríais hacer sin ellos; y lejos de renunciar a la recompensa, sabéis que este don de amor encierra un mérito inmenso para el cielo. Pero lo que pasa es que sobre todos estos motivos campean el del amor que Dios merece por sí mismo y el de los derechos que le da su amor infinito sobre toda criatura y sobre cada una de vosotras en particular. Esta visión del amor divino os absorbe y os basta. Os entregáis para pagar amor con amor, y el primer premio que ambicionáis es que Dios sea servido, amado y adorado y que reine totalmente sobre vosotras por vuestro completo anonadamiento.

No digo que podréis estableceros en tal estado de amor puro que de él no salgáis nunca ni que deberéis renunciar a los actos de las demás virtudes. Muy lejos de mí este pensamiento condenable y condenado, porque es falso e irrealizable acá en la tierra. Pero sí debéis tender a practicar lo más posible todas las virtudes conformes a este espíritu de don, de amor. Porque lo que de este don se sigue, más que nuevas cargas de obras y de deberes, es una orientación de la intención.

Es cierto que la vida religiosa es un don y que uno se entrega en definitiva a Dios. Pero ofrece para el cielo y aun ahora mismo tales bienes como premio que por sí solos bastarían para atraer. Renunciáis a las alegrías de la familia, pero la religión os da centuplicados padre, madre, hermanas. Renunciáis a los bienes

temporales, pero ella os da espirituales. Renunciáis a gobernaros por vosotras mismas, pero encontráis un camino seguro y guías abnegados.

Ciertamente galardones son éstos que compensan con creces los sacrificios; y hacerse religiosa para tener estas ganancias, a la que sigue la ganancia del cielo, es muy legítimo.

Pero sin renunciar a ello, ¿queréis santificar más vuestros votos haciendo con ellos un holocausto verdadero?; ¿queréis elevar la intención de practicarlos hasta la perfección del amor más puro? Pues añadid el don de vosotras mismas. Aquí dais únicamente por dar, sin reparar en recompensas, pura y sencillamente porque lo propio de la vida de amor es dar, es vivir entregado.

Además, cada voto no corta más que una rama del ser, en tanto que el amor quiere entregar el tronco, hasta el mismo ser. Pues bien: por la entrega de vosotras mismas llegáis hasta la misma raíz de vuestro ser. Renunciáis absolutamente a todo lo que sea vosotras; a vuestros propios ojos ya no existís y debéis cesar de existir a los de los demás, no haciendo nunca de vosotras mismas fin vuestro ni de nadie.

Extinguís toda relación de amistad o de afecto de que seáis fin con vuestras hermanas o con aquellos a quienes amáis en Dios. Nuestro Señor, a quien ponéis en el lugar de vuestro *yo,* viene a ser fin principal y el poseedor definitivo de vuestras obras, sufrimientos y merecimientos. Sólo Él debe en adelante vivir y mandar en vosotras. Él es el amo, vuestro yo, vuestra persona.

Nada debéis recibir ya para vosotras personalmente, ni alabanzas, ni afectos; ya no sois dueñas en vuestra propia casa, y lo que recibierais sería cosa robada a nuestro Señor, puesto que os habéis entregado completamente a Él.

Cuando uno va a una casa, quiere ver al amo y no a los criados. Cuando equivocadamente saluda uno a la criada, ¿no debe ella decir: Usted se equivoca, señor; aquí yo no soy nada; voy a llamar al amo? Pues de igual manera vosotras no tenéis que ser nada, ni recibir nada; no tenéis que obrar para vosotras, sino para nuestro Señor. En todas las cosas no tiene que haber nadie más que Él.

El esclavo no puede hacer actos de propiedad; carece de firma.

Pues tampoco vosotras haréis nada por vosotras mismas, por vuestra inspiración personal, sino que aguardáis a que nuestro Señor

os mande obrar, y esperaréis con entera sumisión su gracia y la señal de su voluntad para cumplirla en todo. Nada haréis si la divina voluntad no os ordena nada, aun cuando creyerais que todo había de resultar muy bien y todas las apariencias os indujesen a creer que había de ser para su gloria; esperad que os ponga en movimiento, de la misma manera que la personalidad hace obrar a las facultades y a los miembros y éstos a los instrumentos inanimados.

Ya no diréis: Yo quiero, o no quiero, porque este *yo* no es otra cosa que la personalidad, cuyo primer órgano es la voluntad. Nuestro Señor únicamente tiene que querer en vosotras. Si al hablar con otros no es posible renunciar del todo a esta manera de hablar, por lo menos lo interior no tiene que corresponder a lo que decís, sino mantenerse en la sumisión más completa a nuestro Señor.

Nada de motivos personales o humanos en cosa alguna. Amaréis a los servidores de Dios y a vuestras hermanas porque nuestro Señor los ama y ellos a su vez aman a nuestro Señor. Sólo Él debe ser vuestro motivo determinante, vuestro punto de apoyo y vuestro fin en el pensar, juzgar, querer y obrar.

Vosotras desapareceréis. Ya no hay para vosotras más intereses que los de nuestro Señor; sólo Él tiene que vivir.

Tal es la gracia propia de vuestra vocación, la gracia de la Eucaristía. Nuestro Señor tiene dicho: *Así como mi Padre me envía y yo vivo por Él,* esto es, así como, en cuanto Verbo, no vivo más que de la vida que eternamente me comunica el Padre y, en cuanto Hombre, de la vida que el Verbo me da en el tiempo por la unión hipostática, *así también quien me come vivirá por mí,* es decir, le comunicaré mi vida de gracia y más tarde mi vida de gloria. Vendré a ser en él todo, porque moraré en él y le convertiré en mí. Seré su principio como el Padre es mi principio. Sus obras, queridas y dirigidas por mí, por mí en él obradas, serán elevadas en mí a la categoría de obras santas y divinas. Y así como devuelvo a mi Padre todos los frutos de merecimiento, de gloria y de honra que produce la vida que me comunica, de la misma manera aquel en quien yo esté y a quien dé mi vida, me devolverá fielmente la gloria, el honor y todos los frutos de sus trabajos: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él* (Jn 6, 57), para vivir y reinar.

Nuestro Señor dijo también después de la cena: *Así como vos, oh, Padre, estáis en mí y yo en vos, así sean también ellos uno en*

nosotros (Jn 17, 27). Tal es la magnífica unidad que comienza en el Bautismo, que continúa con el estado de gracia, pero que acá abajo saca su alimento y su perfección de la Eucaristía, y aun es fruto propio de la Eucaristía.

Obrad de suerte que toda vuestra vida realice plenamente estas palabras de san Pablo: *Ya no soy yo quien vivo, sino que es Jesucristo quien en mí vive* (Gal 2, 20). En esto consiste el don perfecto de sí misma, el don de la propia personalidad a nuestro señor Jesucristo.

JESÚS Y MARÍA, MODELOS DEL DON DE SÍ

Hemos dicho que hay que consagrar a Dios la personalidad entregándole el *yo* que es el ser, el *yo* centro de las relaciones, el *yo* que recibe las alabanzas y los afectos, el *yo* que es nuestro fin natural. Con los votos ya se entrega uno a Dios, es cierto; pero os propongo que hagáis, además, una consagración explícita de vosotras mismas a Jesucristo, para practicar en virtud de ella los votos religiosos y todas las virtudes con espíritu de amor de Dios amado por sí mismo, de renuncia total a vosotras mismas, de ofrenda, de sacrificio y de holocausto de vuestro ser a Jesucristo viviente en vosotras como principio primero y único fin de la naturaleza y de la gracia.

Me diréis acaso que es muy difícil llegar hasta este punto de amar a Jesucristo por Sí mismo, sin miraros a vosotras en nada. En verdad, es difícil llegar a la perfección del amor, y es imposible obrar siempre por amor actual. Pero lo que os propongo es que os entreguéis con acto de amor que se extiende a todo vuestro ser y vuestra vida entera, y que obréis luego lo más posible conforme al espíritu de esta entrega amorosa. Hay una diferencia grande entre estas dos cosas: tener el hábito de una virtud, esto es, obrar conforme al espíritu de la misma, y ejercitarla siempre con actos positivos actuales.

Así, el ser religiosas lo debéis a los votos de religión. Y aun cuando no practicáis formalmente actos de pobreza o de obediencia, no por eso obráis menos como religiosas. Siempre debéis obrar por lo menos conforme al espíritu de los votos.

Pues de igual manera, dando vuestra personalidad una vez por todas a nuestro Señor, os ponéis en sus manos en estado de entrega, de anonadamiento personal. En virtud de este don debéis consideraros en adelante como enteramente dependientes de nuestro Señor y esforzaros por dejar que viva, obre, mande y reciba todo Jesucristo en vuestro lugar.

Cierto que en esta vida no se alcanza la perfección de este don, que sería la vida y el reinado perfecto de Jesús en nosotros. Pero ¿por

qué no os habíais de empeñaros por tender a ello incesantemente? Así como no se espera a que sea uno completamente obediente para hacer voto de obediencia, sino que lo hace desde el principio, porque el voto da auxilio y gracia propios, así os pido que hagáis lo mismo este voto a nuestro Señor. Primero lo practicaréis imperfectamente, luego menos imperfectamente y después mejor. Os traerá gracias especiales, que se aumentarán correspondiendo vosotras fielmente y poquito a poco iréis tomando la costumbre de no consideraros en nada como principio ni como fin, sino que obraréis bajo la voluntad y dependencia de nuestro Señor, únicamente por Él, refiriéndole el fruto de todas las cosas como a quien las ha hecho en vosotras.

Así llegaréis a renunciaros completamente de un modo habitual y a no vivir más que de Jesucristo, por Jesucristo, en Jesucristo y para Jesucristo.

Este es el don de sí misma, una consagración cuyo espíritu se extiende a todos los actos de la vida, una consagración por la que ya no se considera uno como persona ante Dios, sino como miembro del cuerpo de Jesucristo, cuya cabeza, alma y personalidad es Él, tendiendo a no juzgar ni emprender cosa alguna por sí mismo, a no ser más que un intermediario, un instrumento de su voluntad, a no ser nada central ni final para las criaturas, y por lo mismo, a no buscar y a no aceptar para sí su estima y su afecto, sino a traspasar y a entregar todo fielmente a la divina Persona a quien se ha dado y en cuyas manos hace dimisión de sí mismo. Y el motivo de esta entrega es un amor generoso y desinteresado de las bellezas de Jesucristo y de sus amabilidades; un reconocimiento de sus derechos, sobre todo de los que le confiere la comunión, por la que viene a posesionarse de todo nuestro ser para en éste vivir y mandar como soberano.

Modelo perfecto de esta vida en que uno se da enteramente a Dios por Dios mismo lo tenéis en primer lugar en la santísima Virgen.

El santo evangelio la llama llena de gracias; el ángel le dice que es llena de gracia. Pero ¿de qué manera? Plenamente, sumamente. El Espíritu Santo reina en su espíritu y en su corazón y dirige todos y cada uno de los pensamientos y afectos. Él es el ser de María, y María no es nada por sí misma, sino que es del Espíritu Santo que la cubre y la envuelve vistiendo cada una de sus facultades con los rayos de su gracia y de su amor.

María manifiesta su correspondencia a esta vida de Dios en ella por estas palabras, que son de las más hermosas que se han oído en el mundo: “He aquí la esclava del Señor”. ¿Qué quiere decir esto? –Me entrego y me doy totalmente a lo que quiera hacer de mí mi Salvador y mi Dios; no quiero pensar, ni querer, ni obrar, sino como sierva suya, inspirada, movida y guiada en todo por su voluntad.

He aquí la esclava del Señor. Tal es la fórmula del don de sí mismo, pues que el esclavo pierde su nombre, su autoridad, hasta su misma vida que pasa al poder de quien lo posee. Por eso María es para siempre esclava de amor del Espíritu Santo, y toda su vida no será más que manifestación de su sumisión, de su obediencia y del olvido total de sí misma. Lo hace así por amor. Por eso se llama Madre del amor hermoso, esto es, de aquel amor con que Dios se ama a sí mismo a causa de sus perfecciones y de su hermosura, porque es principio y fin de todo.

Miradle durante toda su vida víctima de puro amor, amando la vista de su Hijo por Él y no para sí, no pidiéndole nunca para sí misma consuelo alguno, no tratando de apartarle de la muerte, ni siquiera de atrasar su hora para gozar más de la vista de su Hijo, antes al contrario, acompañándole hasta en el calvario para sufrir con Él, dispuesta a ponerse en su lugar si lo hubiera querido su Padre y hasta a inmolarle a las órdenes de la divina justicia. ¿Por ventura se busca ella en algo a sí misma en el calvario? ¿No es esto el amor por el amor?

Nuestro Señor le hizo practicar este amor durante toda su vida. La dejó pobre, desamparada, sufriendo en su corazón. Le negó hasta esos consuelos que tan legítimos hubieran parecido durante su vida pública. Cuando en Caná se le habló de su madre, nuestro Señor la trató con cierta dureza aparente, porque bien sabía que la amaba mucho, que ella no quería nada como madre natural, sino que se consideraba mucho más como esclava, como discípula, como miembro por la fe y el amor sobrenatural.

Porque la santísima Virgen, que había recibido tantas gracias y obraba en todo con tanta perfección, debía glorificar a Dios reconociendo que ella no era nada, ofreciéndole todo el mérito, transfiriendo a Él toda gloria. Nuestro Señor no vivió ni vivirá nunca tan perfectamente en criatura alguna, ni reinó tan soberanamente como en ella. Ya no era María, sino Jesús quien pensaba, juzgaba y

quería. María se contentaba con repetir por cada uno de sus pensamientos, por cada palpitación de su corazón y todavía más por cada uno de sus actos: He aquí la esclava del Señor: *Fiat mihi secundum verbum tuum.*

Nunca hubo en ella resistencia, ni vacilación, ni divergencia, ni demora en cumplir la voluntad de nuestro Señor, sino siempre identidad de sentimientos, de miras, de quereres. De manera que la Virgen era el trono del Señor y su lecho de reposo, su tabernáculo y su paraíso de delicias, y lo será siempre en la gloria como lo fue durante el tiempo del trabajo y del merecimiento: *Deus in medio ejus non commovebitur* (Ps 45, 5).

He ahí vuestro modelo, puesto que sois siervas del santísimo Sacramento. Decid, pues, siempre las palabras de María: He aquí la esclava del Señor, pero cumpliéndolas, y vivid de amor para vuestro Amo.

Pero este hermoso modelo no basta. Hay todavía uno más perfecto, y al proponeros la entrega de la personalidad por amor os pongo en condiciones de hacer lo mismo que Jesucristo hizo el primero, dejándonos ejemplo para que le sigamos. Sí, Jesucristo sirvió a su Padre con el sacrificio perpetuo de su personalidad humana, y si llegáis a comprender este pensamiento, exclamaréis: Oh Señor mío Jesucristo, quiero servir a vuestro Padre como vos. Y en realidad, dar la propia personalidad, prescindir de sí mismo en todo, es copiar, por la gracia y en cuanto consiente la humana naturaleza, el misterio y el espíritu de la encarnación del Verbo. Idea capital ciertamente cuando llega a ser bien comprendida.

En nuestro Señor había dos naturalezas, la humana y la divina, pero una sola persona, la persona del Verbo. Para comprender bien esto, tened presente que toda naturaleza tiende esencialmente a alcanzar su perfección natural, y, así que el cuerpo se une al alma, esta unión produce la personalidad humana, que llega como la última perfección del hombre para hacerle existir y conducir y poseer el alma y el cuerpo y ser el principio de toda la vida.

Pero por acto único de Dios que no se repetirá nunca, en el momento en que el cuerpo y el alma de Jesús fueron creados en el seno de María por la operación del Espíritu Santo, la persona del Verbo se los unió, se los apropió y previno por su presencia la

personalidad humana que naturalmente hubiera debido resultar de la unión del alma y del cuerpo humanos. Esta divina persona se posesionó de ellos para siempre, y así como la naturaleza divina es desde toda la eternidad la naturaleza propia del Verbo, así la naturaleza humana comenzó a ser desde entonces con toda verdad su segunda naturaleza. Una sola persona divina tiene, pues, como propias dos naturalezas y obra por las facultades de ambas la divina y la humana: tal es el misterio del Verbo hecho hombre.

Pero ¿por qué no admitió el Verbo la personalidad humana de la naturaleza que asumió? Porque un ser no puede tener doble personalidad, pues la persona es el último complemento del ser, al cual hace incomunicable a otro ser. De modo que si la humanidad de Jesús hubiese tenido la personalidad humana no hubiera podido estar unida al Verbo con unidad de persona, como era necesario para llevar a cabo la Redención.

No faltó un hereje para decir que como la persona del Verbo se unió a Jesucristo siendo ya persona humana, había en Él dos personas, esto es, un Dios y un hombre. Según él, Dios Padre es principio de la persona divina de Jesucristo y María de su persona humana. Pero en este caso, ¿quién nos salvó en Jesucristo? –¿Dios? –No, porque Dios no puede morir. –¿El hombre? –Tampoco, porque el hombre no puede dar un precio suficiente a su muerte para rescatar a los demás hombres.

La fe católica enseña, pues, que la naturaleza humana no tiene personalidad en Jesucristo, sino que está directamente unida a la persona del Verbo, que es su propia y única persona; que María es madre, no de un hombre, sino de una naturaleza humana subsistente en la persona del Verbo, y, por consiguiente, que es madre del Verbo encarnado.

Pero en esta privación hay para Jesucristo como hombre una fuente de vida del todo particular. Él no se posee ni se dirige a sí mismo. No es una individualidad, una persona, sino que está consagrado o dedicado, por dependencia no sólo de voluntad, sino de naturaleza y de esencia, a la persona del Verbo. De donde se sigue que así como nuestra persona nos posee, nos manda y obra por nuestras facultades de alma y cuerpo, así en Jesucristo la persona del Verbo posee, obra y manda como soberana por todas las facultades espirituales y corporales de Jesucristo. La humanidad de Jesucristo

viene a ser para siempre sierva y esclava del Verbo, puesto que esta unión tiene que durar eternamente.

Contemplad este adorable misterio de dependencia de la humanidad santa respecto de la persona del Verbo, en la vida de nuestro Señor. Era la persona del Verbo la que mandaba a la naturaleza humana y la dirigía en todas sus operaciones internas y externas; a ella transfería nuestro Señor el honor, el afecto, y en ella ponía el fin de todas las cosas y nunca en su humanidad. Cuando uno se refería a Él en cuanto hombre solamente, no quería recibir nada, ni alabanzas, ni afectos, ni servicio; no quería hacer cosa alguna como hombre independientemente de su persona divina. Y aun era muy severo en persuadir esto a los hombres, como se ve por las palabras dichas a su madre, a san Pedro y a los fariseos. Decía en suma: El hijo del hombre no puede hacer nada de sí mismo, ni por sí mismo; no puede hablar, obrar, querer sino conforme a su Padre, y por su Padre, esto es, según el juicio y la voluntad que el Padre comunica al Verbo como Dios y que el Verbo manifiesta a la humanidad, que le pertenece como esclavo y órgano creado.

De suerte que Jesucristo como hombre, en su naturaleza humana, en su humanidad santísima, estaba en todo y para todo sometido a la persona divina del Verbo, a quien fue dado en completa propiedad. No trabajaba más que por ella. Porque, no existiendo en sí misma, sino en la persona del Verbo, no podía soñar en ser su propio fin, sino que era obrero activo, servidor, órgano sumiso y fiel del Verbo divino.

Pues bien: si queréis dar vuestra personalidad a nuestro Señor, debéis imitar por la gracia lo que Él mismo hizo por estado esencial, no menos que por amor, os debéis entregar por completo. Y en la medida que consienta el poder de vuestra gracia os apartaréis y separaréis de vuestra personalidad, renunciando a sus derechos, a sus miras y a sus intereses, y rogaréis a nuestro Señor que tome su puesto. Os conduciréis respecto de Él, por medio de su gracia, con sumisión tan completa como vuestra alma y vuestras facultades, vuestro cuerpo y vuestros miembros ponen en obedecer a vuestra personalidad, o mejor, os esforzaréis por imitar aquella sumisión, aquella dependencia, aquel estado de absoluta y amorosa dependencia en que su humanidad santísima estaba respecto de la divina persona del Verbo.

Continuar y reproducir en nosotros a Jesucristo, ¿no es, por ventura, la obra más excelente de todas? Unirse en el espíritu de estos misterios para copiarlos en nosotros, ¿no es acaso el mejor medio de santificarse? Pues bien: con el don de vuestra personalidad os unís al estado que es en Jesucristo fundamento, raíz de todos los misterios, de todos los actos, de todas las palabras y de todos los merecimientos de su vida de viandante. Porque, no por un acto pasajero, por un acto solo de su vida, sino por su vida entera, se puso en esta privación de la personalidad humana. Entró en el mundo por este sacrificio y este don. Todos sus misterios son posteriores, y desenvolviéndose uno tras otro según le guiaba el Espíritu Santo, han ido manifestando este don y este sacrificio. De este estado sacaban todos ellos por una parte su valor infinito y por otra también sus humillaciones infinitas: como Dios, igual a su Padre, Jesucristo obraba milagros; como hombre, oraba, se anonadaba ante su Padre, temía, sufría y moría; como hombre-Dios satisfacía a la divina Justicia y nos rescataba.

Mirad qué dignidad más sublime recibió esta humanidad santa a cambio de su personalidad humana. Unida hipostáticamente, esto es, con unión de existencia y de subsistencia, con el Verbo de Dios, era la humanidad de un Dios. Viendo a Jesucristo se veía a Dios, se veía la cara, el brazo de Dios, se oía su palabra.

¡Admirable unión! ¡Unidad adorable! Por eso la humanidad santa, como fiel sierva, refería todo a la persona del Verbo, que era su dueño, su principio, y por ella a la santísima Trinidad.

Todos los cristianos tienen la gracia de imitar a Jesucristo en esto; porque Jesucristo quiere vivir en ellos, aniquilando al hombre natural y tomando su lugar. De modo que siguiendo las palabras de san Pablo, sea Él quien viva en nosotros y no nosotros. ¿Por qué no abrazar este estado una vez por todas? ¿Por qué no ponerse por un acto formal de entrega a Jesucristo, en esta gracia de verdadero cristianismo, de verdadero servicio interior, como también del mayor amor y de la mayor gloria de Dios?

Toda la vida no sería después otra cosa que la renovación, el perfeccionamiento de esta entrega. Todas las virtudes y todos los deberes de nuestro estado los practicaréis conforme al espíritu de esta entrega, que haría de vosotras un continuo sacrificio de holocausto, y le darían una gracia y una unidad que aumentarían vuestras fuerzas y duplicarían vuestros merecimientos.

¿No es soberanamente justo que así como no puede haber en un ser más que un primer principio y en un hombre más que una personalidad, así la nuestra ceda su lugar a la de Jesucristo? Si este don no estuviera implícitamente contenido en las promesas de nuestro Bautismo y de nuestra profesión religiosa, ¿seríamos plenamente de Jesucristo? Pues ¿por qué no renovarlo con voluntad positiva y formal, entregándonos por siempre a su persona adorable y renunciando a la nuestra?

Para comprender bien la práctica de este don, leed el evangelio de san Juan. Veréis allí cómo afirma nuestro Señor que no puede nada por sí mismo; para pensar, consulta el pensamiento del Padre, esto es, de la divinidad en Sí, ya que el Padre y el Verbo no son más que una misma divinidad; para obrar pregunta a su Padre lo que quiere; para juzgar, mira al juicio de su Padre.

Le veréis no permitiendo que se le ensalce como hombre, si los que alaban no refieren sus alabanzas a la divinidad que en Él está: *¿Por qué me llamáis bueno? Sólo Dios es bueno* (Mc 10, 17).

Veréis cómo no permite nunca que se le ame con amor natural, eso es, con amor que se pare en su humanidad, porque el amor se dirige a la persona y Él, en cuanto hombre, tiene aniquilada su personalidad. Desecha a san Pedro que como un demonio quiere impedirle que sufra. Hasta se negaba al afecto de su madre, cuando ésta parecía que miraba a Él como hombre. Así en el templo contesta a sus lágrimas y sollozos con estas palabras: *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía ocuparme en las cosas de mi Padre?* (Lc 2, 49). Y, sin embargo, amaba a su tierna Madre y nada le daba tanto contento como el verse amado de ella. Pero no quería que nos pudiéramos equivocar sobre el carácter de este amor, que nunca debía pararse en Él como hombre e hijo de María, sino que debía llegar hasta su persona divina, que en Él era el único fin de todo acto, como también el término de todo afecto.

Pues haced también vosotras lo mismo. Ya que Jesucristo está en vosotras, habita y mora en vosotras, que viva en libertad y como vuestro primer principio. Formad con Él, deshaciéndoos de vuestro propio yo, una persona divina y humana. Sea Él vuestra persona y no seáis vosotras más que naturaleza suya para servirle con vuestra alma y vuestros sentidos. Referid a Él todo afecto, toda honra, toda gloria. Le pertenecéis, vivís y subsistís en Él. Pues sois miembros y órganos

suyos, es justo que Él sea el fin, como es también el principio.

La Comunión tiene por fin supremo formar unidad de vida y de persona entre Jesucristo y nosotros; la unidad no será perfecta si no llega a ese grado. Porque al bajar a nosotros no quiere nuestras obras, sino a nosotros mismos. Paréceme que nuestro Señor dice al dejar el sagrario para venir a nosotros: Voy a realizar mi encarnación en esa persona; voy a unirme con ella sacramentalmente, pero con el fin de que mi personalidad ocupe el lugar de la suya; quiero ser su principio y elevar su ser y sus acciones a la unidad divina. Yo pensaré y querré en su alma; Yo viviré en su cuerpo; Yo amaré en su corazón; Yo glorificaré a mi Padre en ella así como le he glorificado en la tierra en mi humanidad santa. Voy a continuar, para mayor gloria de mi Padre, por su amor y por el amor de esta criatura, mi vida meritoria y sufrimientos. Daré a sus actos un valor sobrenatural y divino, y seré el centro de sus afectos y el principio de una vida nueva que será copia de mi propia vida.

¡Oh!, entrad por este camino. Haceos verdaderas esclavas de la divina persona de Jesucristo en vosotras; más todavía, haceos víctimas, pues Dios es fuego consumidor. Y de la misma manera que el Verbo ha inmolado y consumido su humanidad con una vida de sufrimientos continuos en el alma y en el cuerpo, por la muerte en cruz, así una vez que os hayáis dado a Jesucristo, Él os inmolará también totalmente.

Prácticamente esto se reduce a lo siguiente: no buscar nada para sí mismo; negarse a toda estima y a todo afecto de las criaturas; ver que éstas os desprecian y persiguen sin quejaros y reconociendo que no hay nada más justo. Esto cuesta, indudablemente, pero uno se mata por vivir.

Aceptar la humillación, humillar el cuerpo y los sentidos es harto dificultoso; siéntese la resistencia de la naturaleza. ¿Pero creéis acaso que nuestro Señor no sintió el sufrimiento de su sacrificio? Escuchad lo que dice en el huerto de los olivos: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz.* Así clama su humanidad; pero al punto la somete a la divina persona y la extiende sobre la hoguera: *Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya* (Mt 26, 39. 40).

También vosotras sentiréis la guerra, la humillación y la tentación; pero si faltáis a vuestras promesas, recuperándoos en algo, ahí estará la gracia para haceros levantar; renovaréis vuestra entrega

y así proseguiréis en vuestra dependencia y seréis siempre esclavas y víctimas de la gloria y de la voluntad de Dios.

¡Ea! Entregaos generosamente y sin contar: A vos, divina persona de Jesús en mí, amor y gloria; a mí, humillación y menosprecio.

Sí, sin contar. Ya os lo recompensará nuestro Señor, si os dais así. Y en primer lugar, aunque deis a Jesús el honor y la gloria de vuestras obras, éstas tienen un mérito esencial, inherente, que queda y permanece para el cielo; recibiréis asimismo el acrecentamiento de gracia que produce toda obra meritoria, y además Jesucristo sube al cielo por su derecho, pero lleva consigo todo lo que le pertenece; y como formáis una misma cosa con Él, ¿cómo podrá olvidar su propia carne? Tendrá cuidado de comunicarle felicidad y gloria. En cuanto a vosotras, poned desde este momento toda vuestra gloria en entregaros a Él con amor cada vez más puro, generoso y fiel.

LA EDUCACIÓN INTERIOR DE UNA ADORADORA

La educación interior de una adoratriz consiste en aprender a vivir interiormente y a pensar, hablar y tratar con nuestro Señor. A los niños se les enseña primero a pensar bien y luego a hablar bien. Hace falta cierta selección en los términos y cierta finura. No todos saben hablar y se necesita cierta educación para seguir una conversación. Lo cual es más verdad todavía en la vida interior, en la vida de nuestro Señor.

No teniendo ocasión señalada y no conociendo la inclinación dominante y la gracia de vida, se piensa poco y algunas veces nada, contentándose con una piedad vaga y del todo exterior, que no consiste más que en prácticas. Muchas veces acontece que se encuentran personas piadosas que no piensan ordinariamente con pensamiento sobrenatural, religioso y divino; su vida es un círculo de donde no salen. Siguiendo la costumbre practican los ejercicios piadosos, pero su corazón carece de expansión; no tienen esa vida del alma que arde, que se eleva siempre hacia nuevos sacrificios, arrastrada cada vez por motivos nuevos. Su ciencia interior no se extiende más allá que el medio ambiente de prácticas en que viven.

Sería desgracia muy grande para unas adoradoras de profesión el no pasar de ahí. Un alma religiosa debe aspirar sin cesar a una perfección mayor. No hace progresos, si no aprende a conversar con Dios y no recibe constantemente alimento interior suficiente para renovar y aumentar sus fuerzas sobrenaturales.

Un alma que piensa y reflexiona no tiene nada que temer sea cual fuere el sitio en que se le ponga. Pues vuestra vocación interior os obliga a esta vida de víctima en que os bastéis para conversar con nuestro Señor.

Desgraciadamente, podemos acostumbrarnos también a nuestro estado y limitarnos a cumplir materialmente las prácticas piadosas y tener el triste talento de llevar una vida puramente exterior en medio de las gracias de la vida eucarística. ¡Qué desdicha! ¡Qué

tesoros de gracias perdidos!

Para evitarlo, acostumbraos a pensar bien. Sean vuestros pensamientos e intenciones muy claros y perfectamente caracterizados; renovadlos a menudo. Sean del todo para nuestro Señor, por nuestro Señor y con nuestro Señor en el santísimo Sacramento. Hay que llegar a pensar en todo por la sagrada Eucaristía: a este misterio tenéis que referir todos los pensamientos, de manera que en él tomen la vida y en él terminen. Tenéis gracia para ello, que esto es precisamente vuestro servicio interior y una necesidad para vosotras. Si no, ¿cómo adoráis en espíritu y en verdad? No seríais más que un cuerpo, una máquina de adoración, movida por el resorte de la regla exterior; mientras que nuestro Señor quiere un servicio actual e incesante de todo vuestro ser. Quiere mucho más este servicio interior que el otro, que no es más que corteza.

Tenéis que llegar a poner unidad en toda vuestra vida por el pensamiento de la Eucaristía, que encierra a nuestro Señor todo entero con su vida pasada que preparaba la Eucaristía, su vida presente que se pasa ante vuestros ojos y cuyas virtudes veis, su vida futura que no será sino la extensión gloriosa y a cara descubierta del sacrificio eucarístico.

Mirad, por tanto, a nuestro Señor viviendo su vida de amor en el santísimo Sacramento, aplicando el amor de todos sus misterios y de todas sus virtudes. La Eucaristía es de todas las fiestas y de todos los días del año: no se puede recordar nada de que no sea vivo memorial. Celebramos en la Eucaristía el amor permanente de nuestro Señor, su amor actual y vivo hasta el fin del mundo. El amor de la Eucaristía vivifica toda la religión, todos sus misterios, todas sus fiestas, todas sus virtudes y todas sus gracias, como también todos sus deberes, sacando de allí su vida y su gracia.

No debéis amar nada como no sea en la Eucaristía, que debe ser vuestro amor final en todo. No debéis amar más que a causa de ella.

Se piensa como se ama. Si amarais a nuestro Señor, pensaríais en Él naturalmente, sin esfuerzo alguno. Le encontraríais en todas partes; no pensaríais más que en Él. Y esta ciencia es mejor que todos los libros y los reemplaza a todos ventajosamente. Pero para eso es necesario tenerla muy de veras en el corazón. Habitualmente el

pensamiento sigue los afectos y se fija naturalmente en su objeto.

Lo triste sería que fuerais como esas almas que no piensan en nuestro Señor más que cuando las azota. ¡Oh!, no obliguéis a nuestro Señor a que os envíe penas y tentaciones para obligaros a pensar en Él. No sea el demonio quien os obligue a recurrir a Dios, sino la necesidad y la inclinación de vuestro corazón filial y de adoratrices.

Mirad a los apóstoles en el lago de Tiberíades. Dejaron a nuestro Señor en un rincón de la barca; se entretenían juntos sin duda con sus redes y con su pesca, y olvidaban a su divino Señor. Nuestro Señor desencadena entonces la tempestad y los apóstoles, asustados, corren a Él: *Salvadnos, Señor, que perecemos* (Mt 8, 25).

No obremos así. No esperemos a que el interés o el castigo nos obliguen a ir a nuestro Señor, antes vivamos en coloquio habitual con Él. Si le amamos, ya acertaremos a pensar en Él.

Compongamos nuestra novela divina: No; digo mal; esta comparación, aunque expresa bien lo que quiero decir, es demasiado humana. Pero amemos apasionadamente y pensaremos de continuo en el objeto de nuestro amor, en todas partes le veremos y no trabajaremos sino para complacerle. Es preciso que nos perdamos en Jesús.

Aprended, pues, a pensar en nuestro Señor, pero tomadle donde está para vosotras, no en el cielo, sino en el santísimo Sacramento. Sea Él el sol que alumbre toda vuestra vida: estad siempre bajo sus rayos y que nada escape a su luz y a su calor benéfico. Porque Él nos concede todos sus rayos, y mientras el sol material nos deja en tinieblas alumbrando el otro hemisferio, la Eucaristía condensa en sí todos los rayos divinos y nos los presenta sin interrupción alguna. Al Oriente tenéis su nacimiento; al mediodía, Nazaret; al norte, el calvario, y el sepulcro al poniente. Seguidle en todos los estados en que os ponga, id a donde os envíe, que en todas partes le encontraréis: *Nec est qui se abscondat a calore ejus* (Ps 18, 7).

El amor tiene que ser la ciencia de vuestra adoración: cuando vayáis a adorar, no comencéis por los libros, sino pensad por vosotras mismas, pedid al divino maestro que os instruya. Estad seguras de que una adoración hecha con toda vuestra flaqueza, con todas vuestras miserias, vale más que todo lo que pudierais tomar de los libros, porque aquello es vuestro.

Los libros son excelentes para ayudar cuando el espíritu anda tan extraviado o se encuentra tan impotente que nada se puede conseguir de él. Pero en el estado ordinario de vuestra vida no recurráis tan fácilmente a este medio. En realidad se toma las más de las veces un libro, porque no se tiene ánimo para sufrir las sequedades y los hastíos.

Adorad sencillamente con vuestro corazón y sabed que el amor es la verdadera ciencia de la adoración.

La experiencia enseña que Dios pone muchas veces el entendimiento en la imposibilidad de discurrir y de reflexionar. ¿Por qué? Porque somos charlatanes por naturaleza; quisiéramos hablar siempre con Él. Por eso Dios nos cierra el entendimiento y parece como que nos dice: Métete en tu corazón.

Si en estos estados, en lugar de razonar, de buscar medios y explicaciones en nuestra razón, dijéramos sencillamente: Dios mío, os ofrezco mi miseria, mi sequedad, en fin, todo lo que soy, un abismo de miseria, ¡oh!, entonces heriríamos el corazón de Dios, quien podría decir: He aquí un alma que me ama a mí más que su placer y la dulzura de mis gracias.

Amad, por tanto, y pensad que en esto consiste toda la vida interior. Si aprendéis a pensar, si tenéis ánimo para pensar con perseverancia en nuestro Señor y para hablar con Él, no sólo en el reclinatorio, sino también en el desempeño de vuestros empleos, en la celda, ¡oh!, nunca habréis experimentado gusto semejante. Entonces se sueña en Dios y se le ama en todo y por todas partes: el alma se eleva a Dios en el descanso, sin esfuerzo, porque el pensamiento está siempre fijo en Él; parece que se cierne, no se le nota aleteo alguno.

Es un principio que siempre se encuentra una palabra para expresar el propio pensamiento cuando es claro y se comprende bien. Se dice que se retiene bien lo que bien se comprende. Decid, pues, a Dios los sentimientos de vuestra alma, y sabréis decir bien si le amáis. Entonces vuestras adoraciones serán siempre nuevas, porque el amor es llama siempre nueva. Hay que llegar a esto, porque esto es vivir. Todo lo demás es morirse en sí mismo. Entonces se pasan buenos y hermosos momentos. Entonces se ama a Dios como hay que amarle para vivir de vida interior, por la verdad, por la caridad, por la unión de pensamiento, del corazón y de la vida con Él.

EL ESPÍRITU DE LOS VOTOS Y DEL DON DE SÍ MISMO

I

El primer don de amor que una sierva del santísimo Sacramento debe ofrecer a su divino Señor es la obediencia; la obediencia es la virtud constitutiva de su estado de sierva. Bastante claro lo dice el mismo nombre.

Amaréis, por consiguiente, la obediencia, que os hace verdaderas religiosas de Jesús. Nada temeréis tanto como el veros privadas en vuestras acciones del mérito propio de la obediencia. Es menester que podáis ante todo decir si os preguntan lo que hacéis: obedezco por amor.

Para poner más a salvo el voto, practicad fielmente la virtud de la obediencia; cumplid las constituciones en lo que tienen de preceptivo para la comunidad o para cada una en su empleo particular; cumplid el reglamento de los ejercicios comunes y las órdenes positivas generales o particulares dadas por los superiores.

Pero la mejor obediencia es aquella que el amor inspira y que la virtud cumple con alegría.

La perfección de la obediencia consiste en la sencillez del amor; es la obediencia del niño. No busquéis, por tanto, más que una cosa para obedecer: la voluntad de Dios o su beneplácito; porque todo lo que Dios quiere es bueno, todo lo que ama es santo, todo lo que desea es para nuestro mayor bien: a esto se reduce la ciencia de los verdaderos hijos de Dios.

No obedezcáis, por tanto, a vuestros Superiores porque sean buenos, piadosos o sabios, que esto sería obedecer a la criatura, obediencia natural perdida para el cielo.

No obedezcáis nunca por temor humano de la persona o del castigo, que esto sería obedecer como bestia privada de razón, obediencia humillante y digna a lo más de un esclavo. Pero obedeced a Dios, que manda por una criatura que ha investido de su autoridad, y que no es más que portavoz y mandatario de Dios. Y si Dios no

manda por sí mismo es con el fin de probar vuestra fe y humillar vuestro amor propio; pero la orden procede de Él.

Obedeced por amor a Jesús, por su gloria, con el fin de honrar la obediencia de su vida y de su cruz, y sobre todo, con el fin de honrar su obediencia eucarística, que es la mayor de todas.

¡Cuán admirable es esta obediencia de Jesucristo en el santísimo Sacramento! Carece de gloria y no se ve su perfección. Casi nunca es honrada. ¿Quién piensa en esto en el mundo aun cristiano, aun piadoso? Es humillada, puesto que obedece aún a sacrílegos, apóstatas y personas abominables, porque así ha querido la ley de su amor. Es perpetua: se ha puesto por su estado sacramental bajo la dependencia y tutela del hombre, haciéndose prisionero suyo de amor. Así es vuestro Señor; para haceros amar la obediencia, obedece hasta en su estado de gloria y de realeza.

Sea, pues, vuestra obediencia pronta como la del ángel cuando Dios le llama; como la de Jesús cuando el sacerdote consagra; alegre como el don del amor generoso.

Es honraros mucho el mandaros en nombre de Dios, es también quereros mucho bien, puesto que equivale a poneros en la práctica de la misma virtud que Jesucristo. Es enriqueceros, puesto que equivale a hacer de vuestra vida una victoria continua, como lo asegura el Espíritu Santo; obedeced, por tanto, por amor, con el corazón, con el entendimiento y la voluntad.

II

Al consagraros a Dios por el voto de castidad os obligáis a no tener más esposo que el rey de la pureza, para más perfectamente cumplir su divino servicio. Por donde os divorciáis eternamente del mundo y de sus vanidades y placeres, no queriendo agradar en adelante más que a Jesucristo ni amar soberanamente más que a Él.

Hermosa virtud es esta de la pureza y corona gloriosa. Pero no la améis porque os haga hermana de los ángeles, dándoos hermosura y galas ante Dios, que esto sería amar por vosotras mismas; sino amar esta hermosa flor porque complace al gran rey, porque cautiva su amor y le honra en su misma esencia, ya que es Dios tres veces santo, y la santidad es pureza.

Sed también vosotras tres veces puras por su amor, puras en el cuerpo, que es templo vivo del Espíritu Santo; puras en el

entendimiento, por ser éste el espejo en que Dios refleja su verdad; puras en el corazón, que es el santuario donde reside vuestro Esposo. Sois el cielo de Dios y por eso nada de manchado debe entrar ni quedar nunca en vosotras.

La santa pureza es la única dote que os pide vuestro celestial esposo; es el traje nupcial. Vuestro voto es el anillo divino de vuestra alianza con Jesús.

Sed santamente celosas de la honra, así de vuestra vocación como de vuestro servicio, que consiste entero en la virginidad. Pero la santa pureza, como lirio del desierto, crece entre espinas. Guardadla bien rodeándola con las espinas de la modestia y de la mortificación. Como la azucena vuelve su cáliz purísimo hacia el cielo, así también vosotras no debéis mirar a la tierra, sino al cielo. Es delicadísima esta reina de las flores; basta tocarla para que se marchite.

Su blancura es sin par, pero sólo resplandece al sol. Su tallo es oscuro y carece de hermosura, porque todo lo concentra en su resplandeciente corona, pues de la misma manera todas vuestras virtudes deben ser humildes siervas de la que tiene ganadas las miradas y conquistado el amor del gran rey. Sea para Él solamente la primera y la última mirada de vuestro corazón y de vuestra vida.

Como hijas que sois de la reina de las vírgenes pareceos a vuestra madre, la cual tiembla de reservas y de santo pudor a la vista de un ángel que se le aparece en figura humana. Porque ella amaba sobre todas las cosas lo que sabía que Dios estimaba en ella más que todo lo demás.

Tened presente que en la santa pureza va el honor de vuestra vocación y que ella constituye el deber de vuestro estado, la vida de la Congregación, vuestra madre y el reinado de Dios en vosotras.

III

Una sierva del santísimo Sacramento no debe tener nada como propio, sino vivir de la vida común, teniéndose por harto contenta y dichosa cuando, viéndose privada de lo útil o necesario, puede decir a nuestro Señor: Soy un pobre de vuestro amor.

El primer deber y el primer acto de amor al entrar en la Congregación es despojarse de todo lo que se tiene, no guardando para propio uso más que lo que determina la santa obediencia, para

estar libre de toda solicitud de los bienes de la tierra y hacerse hija de la divina providencia.

Por la pobreza debéis consideraros como muertas al mundo, viviendo solamente como escondidas con Cristo en Dios. Nada podéis, por consiguiente, guardar para vuestras futuras necesidades, ni encargaros del fomento de obras santas ni de obras de caridad o de limosnas. El mundo está muerto para vosotras y vosotras para el mundo.

Amad la santa pobreza de Jesús como una buena madre que cuidará de vosotras y no consentirá que os falte nada, con tal que os entreguéis cordialmente a su providencia. Los frutos deliciosos de la santa pobreza son paz y gozo del Espíritu Santo. Ella da alas al amor y alimento a la virtud; da mérito y vida a toda vuestra vida. Bajo su reinado, lo que es pequeño se vuelve grande, lo que es despreciado se trueca en precioso, en glorioso lo humillante y en delicioso lo que repugna.

Tal es el secreto de los pobres de Jesucristo, a los cuales tiene dicho: "Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos".

Al desposaros con Jesús os desposáis con su estado de pobreza. Y como quiera que la esposa sigue las condiciones de su esposo, y Jesús es pobre en el vestir, y en el comer, y en la casa y en el trabajo, debéis vivir como Él y como vivía su santísima Madre y su amable Padre, san José, quienes se tenían por dichosos en su pobreza, mientras el cielo admiraba a un Dios hecho pobre por amor del hombre para enseñarle a vivir pobremente.

Pero lo que principalmente admiraréis y practicaréis será la pobreza que practica en el santísimo Sacramento, donde, a pesar de su estado de gloria y de soberanía, quiere honrarla y practicarla para que nosotros podamos tener siempre ante los ojos la gracia y el modelo de esta virtud.

Aunque la pobreza de los bienes temporales basta en rigor para cumplir el voto, a lo que debe mirarse sobre todo es a la pobreza espiritual como punto más alto de la virtud y aun límite extremo de la santidad.

La pobreza espiritual no es otra cosa que el alma de la verdadera humildad. Es el amor perfecto. Es el medio supremo de glorificar a Dios, porque cuanto más bajo se pone el pobre de espíritu

en su nada, tanto más honra a Dios creador, reconociendo que su ser, su vida, sus dones y sus gracias proceden de Él y le pertenecen en propiedad absoluta.

Si le place a Dios haceros sentir vuestra pobreza y su poder de dueño absoluto paralizándoos la inteligencia, secándoos el corazón, quitándoos la dulzura de su gracia y la paz de su servicio y entregándoos, una vez despojadas, a las tempestades de las pasiones y a las acometidas de los demonios, de manera que os aparte todo auxilio creado y Él mismo se nos oculte, ¡oh! entonces dadle gracias por ello y confesad que no tenéis todavía tanto como merecéis; humillaos, adorad a Dios en la pobreza más desnuda y absoluta. Así le glorificaréis más que con las obras más magníficas.

IV

A estos tres votos hay que añadir la consagración eucarística de vuestra personalidad o el don de vosotras mismas, que es el fin y la perfección de vuestra vocación.

El alma de este don es la entrega absoluta y sin reserva de todo el ser propio a la gloria de Dios sacramentado, como cumple a su verdadera y feliz sierva que quiere amarle por Él mismo, sin ambicionar otra ganancia que Él y su mejor servicio, ni otra felicidad que verle conocido, amado y servido de todos.

Estimad esta entrega eucarística como se estima la vida. Porque si sois religiosas por los votos de pobreza, castidad y obediencia, la entrega eucarística os hará practicar estos votos conforme al espíritu propio de vuestra vocación de siervas del santísimo Sacramento, por ser la savia y la forma de los demás votos. Este don ofrece y sacrifica el merecimiento y la gloria de los demás actos a vuestro único Amo. Es el fuego del holocausto que consume la víctima entera en Dios, es la dichosa cadena que os ata y sujeta interiormente al trono del divino Cordero, trocándose en cosa suya, en miembros y órganos suyos. Por él viene a ser Jesús el único principio que os debe hacer pensar, querer y obrar: viene a ser Él solo el fin de vuestras acciones, méritos y sufrimientos. ¡Qué unión más admirable de veras! ¡Cuán cerca de Jesús os pone! ¡Pero, qué digo! Con vosotras y con Él hace este don una misma víctima y una sola persona de gracia.

Pero también debéis pensar en que os obliga a un servicio más

perfecto, a un amor más acendrado, a una entrega más generosa, porque, nobleza obliga. Tenéis que entregar a nuestro Señor el interés del copiosísimo caudal que os ha confiado.

Y ¿en qué conoceréis que es verdadero el servicio de Jesucristo? En la buena voluntad que siempre va hacia adelante, en el deseo constante de obrar mejor, en la santa alegría del alma, en la paz que se disfruta en la propia vocación, no deseando ya otra cosa que amar y servir mejor a nuestro Señor y Dios en el hambre y ser espirituales de su mayor gloria.

Vuestro servicio es el servicio de adoración de la divina persona de nuestro Señor, y por lo mismo, lo que hay de más perfecto. Es una vida y un servicio de inmolación a Dios. Es menester inmolarse perpetuamente. Sed atentas al menor servicio. Es Dios en todo lugar, y en todas partes se le debe servir con igual dependencia y abnegación. Lo que hace que una cosa sea perfecta no es lo que exteriormente se ve, sino el amor con que se hace. Servidle, por tanto, con todo lo que sois.

En el sagrario es nuestro amigo; en el altar es nuestra víctima; en su trono es el rey del mundo.

Gracias, virtudes, buenas obras, nada de eso os pertenece. Aquí todo lo que hacéis es para el Amo. No trabajéis para vosotras mismas, antes matad e inmolad vuestra personalidad de Adán, poniendo en su lugar a nuestro Señor, y luego podréis decir: Ya *no soy yo quien en mí vivo, sino Jesucristo* (Gal 2, 20).

Si trabajáis por vosotras, desnaturalizáis su gracia y la violáis. La gracia divina es de Dios, nada os pertenece, sino que corazón, espíritu, cuerpo y tiempo, todo es suyo. Y lo quiere todo. Ya que habéis tomado la resolución de ser fieles, no le robéis nada. Y si lo cumplierais todo muy bien, aun deberíais decir: *Siervos inútiles somos* (Lc 17, 10).

Pero no basta vivir para Jesús, ni darle y consagrar todo lo que uno es y tiene, sino que hay que vivir también de Jesús, de su vida eucarística. Porque está vivo en su estado sacramental y lleva una vida propia en la Eucaristía. ¿Cuál será esta vida?

Es una vida de muerte. Mirad cómo Jesús está muerto a todo lo del mundo, a sus bienes y a sus placeres. No guarda relaciones naturales con nadie. No habla en lenguaje humano ni quiere que se vea su hermoso rostro de salvador, ni sus dulcísimos ojos de Padre.

No quiere que su cuerpo sea accesible a nuestros sentidos, aunque en sí mismo sea hombre completo, viviendo con todos sus miembros y órganos humanos. Quiere estar vivo, pero en un estado de muerte.

Estad, como vuestro Señor, muertas al mundo. No queráis sino una cosa: no ser conocidas ni amadas más que por Dios. Para ello vivid de su vida sacramental, copiándola en vosotras, ocultando vuestras obras y virtudes, encubriendo así vuestras cualidades naturales como los dones sobrenaturales.

Ved en Jesús sacramentado las virtudes que debéis practicar; apropiáoslas y completadlas en lo que os concierne. Porque en realidad las virtudes eucarísticas de Jesús son incompletas en el sentido de que ya no pueden ser meritorias y que de ellas no toma el Señor más que el estado. Así su cuerpo no puede dar a la virtud de la mortificación la vida de sufrimiento que es su alimento, porque está glorioso e impasible. Ya no puede rebajarse con la humillación para practicar la humildad meritoria, no puede inmolar su vida y derramar su sangre con sacrificio cruento. Su corazón ama, pero no experimenta los dolores del amor como en el huerto de los olivos. Su caridad abre el seno de la misericordia a todos los necesitados, pero es preciso que se le lleven los pecadores, porque Él no puede correr tras ellos como antes. Ora al Padre por nosotros mostrándole sus llagas sagradas; pero esas están ahora glorificadas y son luminosas y no derraman aquella sangre que subía a Dios como clamor y perfume del amor reparador.

Pues ¿qué le faltará a Jesús? Que le completéis vosotras dándole un corazón capaz de entristecerse y un cuerpo capaz de sufrir. Para salvar y reparar tiene necesidad de vuestros dolores, de vuestra pasión y de vuestra sangre.

San Pablo al crucificarse decía: *Completo en mí lo que falta a la pasión de Jesucristo* (Col 1, 24). ¿Cómo? Por el sacrificio y el sufrimiento que me asocian y unen a los méritos infinitos del Salvador.

Pues a esto os obliga vuestro don de personalidad: a ser miembros, naturaleza meritoria, obediente y su sacrificio para su mayor gloria y la salvación de las almas y los intereses de la Iglesia.

Vivid, pues, bien de Jesús y por Jesús, no como el mercenario que quiere su jornal después de cada día de trabajo, ni como un servidor que trabaja a sueldo durante algún tiempo para luego lograr

una posición independiente. Servid a Jesús sin prendas, sin días libres, sin días de descanso, sin consuelo y sin gloria. Servidle por Él mismo como el cirio que arde y se consume ante la sagrada Hostia sin ruido y sin interrupción, no dejando tras sí ni siquiera cenizas.

VIRTUD DEL DON DE SÍ MISMO: LA HUMILDAD DE AMOR

¿Cuál debe ser prácticamente vuestra virtud característica y especial como adoradoras? La humildad de amor de nuestro Señor. Sólo con esta virtud agradaréis al Señor y sólo por ella seréis buenas adoratrices y estaréis contentas con vuestra vocación.

Por el don de vosotras mismas os comprometéis a no ser nada ni en vosotras ni en nadie: pues la humildad os mantendrá en esta nada que es el todo de nuestro Señor. Y además la humildad es la virtud del amor, su virtud propia. Nuestro Señor nos ama con exceso en la Eucaristía y por eso se nos da con excesos de anonadamiento. Es preciso que encuentre en vosotras un corazón que ame lo que Él ama, y por su parte tiene dicho: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11, 29).

Sin humildad, no os conservaréis puras por mucho tiempo, porque el orgullo mancha el alma. Aunque fuerais todo lo caritativas que uno puede ser con el orgullo, aunque tuvierais todas las virtudes de pureza, mortificación y celo, si todo eso no es alimentado y guardado por la humildad, está perdido. El orgullo deshace todo e impide que las virtudes tengan consistencia.

No disfrutaréis de la gracia eucarística sino por la humildad. Esta virtud es la dote del amor, que es indispensable para ir a nuestro Señor. Porque con cualquiera otra virtud podríais personificaros y pararos en vosotras mismas, mientras que con la humildad desaparecéis para que sólo nuestro Señor aparezca.

Nuestro Señor no se nos comunicó a nosotros sino por la línea de la humildad. Bien quisiera comunicarnos dones de ternura, de contemplación y hasta de éxtasis; pero careciendo de humildad no podríamos valernos bien de ellos.

Así como san Pablo dice de nuestro Señor que fue ensalzado, porque primero se humilló y anonadó, así también vosotras tenéis que ser verdaderamente humildes si queréis que nuestro Señor os atraiga a su corazón y os colme de sus favores.

Si trabajáis por la humildad trabajáis por la santidad verdadera. Cuanto más humildes seáis tanto más santas seréis. La humildad es la medida exacta que no engaña.

La humildad es madre, raíz y flor de todas las virtudes, es dueña del poder de Dios y guardiana de sus tesoros y de sus gracias.

Sed, por tanto, muy humildes. Pero ¿con qué especie de humildad? Con entera humildad de entendimiento, que consiste en tenerse verdadera y sinceramente por la última de las criaturas y por la más miserable de todas, merecedora del infierno millares de veces. Confesad esto ante Dios muchas veces y con convicción; Señor, no soy digna de la menor de vuestras gracias ni merezco la última de vuestras miradas. Dejadme, pues, con las pruebas de la penitencia, que aun esto es un favor al lado de lo que merezco. Dejadme a la puerta del templo, hiriéndome el pecho como el publicano, que ahí está mi verdadero puesto.

Con estas disposiciones debéis estar contentas de que os lleguen humillaciones, cruces o pruebas de cualquier género que sean: contentas siempre con todo, porque bien sabéis que merecéis mucho más. Mayormente en las pruebas interiores y en los abandonos de Dios diréis: Señor, esto no es nada, no es bastante para lo que merezco. Así seréis todopoderosos sobre el corazón de Dios.

Si Dios os pone sobre la basura de vuestros pecados y de vuestras miserias, y todas las criaturas os persiguen y os abandonan, decid: Con esto reparo mis pecados y no tengo más que lo que merezco. Job glorificaba más a Dios sobre su estercolero que cuando estaba en su trono, y al triunfar de sí mismo triunfaba de Dios.

Teniendo esta humildad de espíritu, siempre estaréis contentas y nunca desasosegadas. Trabajad por adquirirla.

También hay que adquirir la humildad del corazón, que consiste en amar a Dios en la humillación y en la prueba. Un alma humilde recibe la paz juntamente con la prueba. Verdad es que sufre su corazón, pero quiere por amor lo que Dios quiere, ama su voluntad crucificante y a pesar de todos sus dolores canta el *Fiat voluntas tua.* Dios no nos pide ciertamente que amemos por sí mismas las pruebas, la esterilidad y las persecuciones, pero sí que amemos su voluntad que nos las envía. Y si de veras la amamos, sufriremos con paciencia, en silencio y ante sus ojos solamente, y esto es sublime. Se puede llorar: entonces permite que corran las lágrimas de la pobre

naturaleza, humana, pero quiere que tengamos la paciencia que santifica las lágrimas.

De esta manera el corazón se aficiona a la voluntad de Dios, amándola y prefiriéndola a todo. El alma viene a tener trato cordial con Dios por quien es probada y relaciones suaves con todos. Alma mía, dice, no estés triste; guarda una cara risueña y benévola para quienes en apariencia te hacen daño, pues que no es su mano la que te hiere, sino la de Aquel a quien tienes que amar siempre, porque siempre es amable.

Sed, por tanto, amables de corazón, de afecto y de voluntad. No os digo que busquéis las humillaciones y las pruebas, sino que las recibáis cuantas veces os visitaren.

Sed humildes exteriormente en el hablar y en el porte componiéndoos modestamente en todas partes. Sed humildes no buscando la estima, antes viéndoos con agrado privadas de ella. Dios permite que los santos sean calumniados, despreciados y perseguidos. Y pues lo ha sido también el Señor, es una honra para vosotras el serlo. Os digo que os alegréis por ello. Porque si fuerais honradas, correría peligro la gloria que ha puesto en vosotras y que espera le devolváis fielmente. Alegraos, pues, de que os olviden, os desprecien y calumnien, que entonces es cuando verdaderamente practicáis vuestra virtud: la humildad.

Pero para adquirirla hace falta un trabajo seguido. Y como nunca se llega a la perfección de esta hermosa virtud, nunca debéis descansar, sino tender siempre hacia ella con todas vuestras fuerzas. Perpetuamente os ofrecerá ocasiones de ello nuestro Señor, juntamente con la gracia de aprovecharos de ellas.

Es un deber el humillaros siempre, pues esta virtud, lo mismo que el amor, puede ejercitarse siempre. No hay obstáculos para ella. Hay tiempos para las obras de penitencia y de caridad, pero no para practicar la humildad, ya que no con humillaciones exteriores, por lo menos, con el sentimiento y el reconocimiento de lo que sois ante Dios. Poned el alma en estado de humildad y mantenedla en él incesantemente con actos interiores de humillación personal.

Tal es vuestra virtud; sin humildad no seréis nunca adoradoras. Es preciso que llegue a ser vuestra virtud dominante y característica, porque sin humildad no puede haber buena oración, ni adoración en espíritu y en verdad, como quiera que la humildad es su regla.

Concibo muy bien que si se os pidiera alguna virtud insigne como fortaleza, magnanimidad o penitencia, podríais decir que no sois capaces de subir tan alto, pero aquí se trata solamente de bajar, se trata de la virtud en flaqueza, pobreza e ignorancia y no es posible decir que no podéis bajar.

Miraréis, pues, constantemente a la humildad como a medio indispensable de vuestra vocación. Pero trabajar por adquirirla con la consideración puesta en vuestra miseria y humillación no basta para adquirirla bien. Hay un medio mejor, y es amar a nuestro Señor en sus humillaciones. Si le amáis, viviréis en Él, y Él se compendió todo entero en estas palabras: "Soy humilde de corazón". Si de veras amáis a nuestro Señor, amaréis lo que ama, y lo que Él ama es humildad y humillación: su carácter es humildad.

Hay que honrar a nuestro Señor de la manera y con la virtud que nos muestra en el santísimo Sacramento. Y ¿cuál es la virtud que practica y enseña constantemente y de un modo para todos visible, aun para los más ignorantes? –La humildad, el anonadamiento. En el santísimo Sacramento está más humillado que en su nacimiento, vida y muerte. Aquí su anonadamiento lo encubre y sepulta todo, divinidad, humanidad, palabra y acciones. Si queréis, pues, honrarle como es deber esencial de vuestra vocación, honradle en su estado de humildad, imitadle en lo que es.

Ha bajado exteriormente más que el hombre, más que el esclavo, más que el último de los seres animados, puesto que no es más que una cosa, una apariencia de pan destinado a ser comido. Bajad, por tanto, para encontrarle donde está. Hay que glorificar a Jesús humilde y erigirle un trono con vuestro propio ser. Es preciso poneros a sus pies. ¡Oh, y qué bajo está! Por mucho que hagáis, nunca estaréis más abajo que nuestro Señor. Bajad, bajar siempre para honrarle y amarle con vuestra humildad y anonadamiento.

¿Por qué se ha humillado tanto? Para mostrarnos que nos ama, para glorificar a su Padre y reparar el orgullo humano. Pues, glorificad también vosotros a Dios con la humildad, amad a nuestro Señor hasta anonadaros, y humillaos por tantas almas que no quieren humillarse. Nuestro Señor lleva sobre sí el castigo del orgullo de ellas, y nosotros tenemos que ir a ayudarle y aliviarle llevando con Él el manto de sus humillaciones.

El Padre celestial os dice: Os he dado a mi Hijo en este estado

de anonadamiento eucarístico para mostraros cuánto os ama y cuánto se ha rebajado por vosotras. Haced por Él lo que Él ha hecho por vosotras, desposaos por su humildad que no ha querido repudiar ni siquiera en su estado de gloria.

Pedid, pues, mucho a nuestro Señor el espíritu de su santidad eucarística, cuyo modelo tenéis siempre ante los ojos y de manera que esta misma presencia os da gracia para ello. Amadla y practicadla fielmente. Digan todas vuestras palpitaciones a Dios: dadme la humildad, hacedme humilde, hacedme amar la humillación.

Ejercitaos en ella cada día; por la mañana, en el examen preventivo, determinad algunos actos para el día. Agotad sucesivamente todos los actos y todas las aplicaciones de la humildad de corazón, de espíritu y de cuerpo. Ahí tenéis trabajo para mucho tiempo; ya no tenéis que andar mucho averiguando qué resolución tomar.

Antes os he dicho: ¿Queréis agradar a nuestro Señor y cumplir con lo esencial de vuestra vocación? Pues dadle vuestra personalidad. Y hoy añado: ¿Queréis perseverar en este don? Pues no lo podréis sin una humildad constante. Es necesario que la humildad sea el alimento de este don. Si sois humildes siempre, continuaréis dándoos porque por la humildad salís y bajáis de vosotras mismas para dejar sitio a nuestro Señor. La virtud práctica del don de sí mismo es, por consiguiente, la humildad. Poneos a practicarla de todo corazón.

DE LA VIDA SOBRENATURAL

Hay en el servicio de Dios y en el trabajo de la perfección una cuestión capital, que antecede a todas las demás y es la vida de todas ellas: el saber si vivís sobrenaturalmente, si vivís de la gracia y de la vida de nuestro Señor. Ya comprenderéis que sería la mayor de las desdichas el vivir naturalmente en una vocación tan llena de gracias y de amor, y el encontrar el medio de paralizar la gracia de Dios.

La cuestión se plantea de esta manera: vamos de la tierra al cielo. Para este divino fin nos ha creado Dios y la tierra no es sino una preparación. Recibimos medios proporcionados a este fin, que por lo mismo son divinos. La gracia de nuestro Señor eleva realmente la vida del hombre a un estado sobrenatural y divino. Recibimos el poder de vivir en un estado sobrenatural, de pensar, amar y obrar sobrenaturalmente y de llevar aun en la tierra la vida de Dios, la vida del cielo según estas palabras de san Pablo: *Nuestra ciudad está en el cielo* (Fil 3, 20).

Dios nos da sin cesar esta gracia. Los sacramentos de la Iglesia sólo sirven para acrecentar o renovarla. Pero ¿habéis parado mientes en que viviendo rodeados de tantas gracias, viviendo en estado tan santo, trabajando mucho, se puede, sin embargo, obrar naturalmente? Pues en este caso no se hace nada para la gloria de Dios y nada se gana para el cielo. ¡Oh!, es terrible este poder que tenemos de corromper la gracia de Dios y de hacer por nosotros mismos y naturalmente las mejores obras, en lugar de hacerlas por Él y por su gracia.

Tanto más fácilmente se cae en este defecto cuanto que se vive en un ambiente piadoso, porque uno se deja cegar más fácilmente por las apariencias. Lo que engaña e induce a error y mantiene en la vida natural es el recibir más alegría, el experimentar más paz en las obras buenas que se hacen con espíritu natural, siguiendo la propia inclinación, que en las que se hacen sobrenaturalmente. Esta satisfacción engaña a muchas almas, porque la toman como una aprobación de Dios. ¡Qué engaño! ¿No se ven cristianos que, aun

estando en pecado por omisión de deberes esenciales, no se confiesan ni cumplen con Pascua y, sin embargo, se encuentran tranquilos y contentos? Conservan costumbres cristianas, hacen sus oraciones, van a misa, cumplen los deberes de su estado y disfrutan de paz y dicha. –Pero ¿y los remordimientos? – Ni los sienten, y ésta es su recompensa por el bien natural que han hecho, aunque una recompensa también natural. Es la paz de los judíos, la felicidad del tiempo. Y engañados con esto, ¡se extrañan de que se les hable de conversión!

No es éste vuestro estado, ciertamente, pero mirad cuán expuesta a engaño es la felicidad en lo que se hace. Por eso, cuando después de haber hecho una cosa os quedáis con gozo natural, bien podréis decir las más de las veces: Esta es mi recompensa; ya nada me aguarda en el cielo.

Trabajar naturalmente es atesorar en saco roto, que no guarda nada.

¿Y en qué consiste el vivir naturalmente? En trabajar para sí, poniéndose como fin de los actos en lugar de hacerlos por Dios, en obrar a impulsos de la propia inclinación, del amor propio, buscándose a sí mismo, el descanso propio o un provecho natural en lo que se hace.

Sois naturales, si sois sensuales en vuestro espíritu, buscando la satisfacción de la curiosidad; en el corazón, buscando la expansión, el descanso en el afecto a la criatura, o también cuando os abatís al apartaros Dios sus consuelos: en el cuerpo, entregándoos a la molicie y aspirando el descanso. Sois naturales si no aceptáis los estados en que Dios os pone, las sequedades, las tentaciones y los sufrimientos, si en lugar de aceptarlos con paciencia dijerais impacientes: ¡Cuánto quisiera ser dichosa!

Temed esta vida natural. ¡Cómo! ¿Tras haber dejado las riquezas y los placeres del mundo para daros a Dios, habíais de dar ahora en el secreto de echarlo a perder todo no trabajando más que para vosotras?

Nuestro pobre yo es la raíz de la vida natural; es el amor propio el que quiere ser fin y gozar de lo que hace. No le deis oídos, sino seguid a nuestro Señor y llevad su cruz. Quien lleva la cruz no goza.

La fe es necesaria en la vida sobrenatural. Pero por sí sola no

basta, porque puede encontrarse aun en el pecador, y nada de lo que hace el pecador cuenta para el cielo. Sus obras carecen de vida divina, que suponen ante todo el estado de gracia y la pureza de todo pecado mortal.

La vida sobrenatural consiste primeramente en hallarse en gracia, en ser amigo de Dios y en vivir en aquel estado de fe activa que obra por la caridad.

Aunque uno no hiciera más que esto en la vida, mantenerse en estado de gracia, sería perfecto porque supondría una delicadeza muy grande para no ofender a nuestro Señor. En este caso, el estado de gracia nos haría practicar todas las virtudes, porque el Espíritu Santo que estaría en nosotros excitaría continuamente nuestra voluntad y nos haría producir constantemente actos santos, de la misma manera que una tierra bien preparada y sembrada da fielmente el fruto. El estado de gracia vivifica todo; y perfeccionándose, lo perfecciona todo. Por eso, algunos místicos dicen: Basta que mantengáis el estado de gracia, porque todo lo que hacéis bajo su influencia será puro y sobrenatural: el estado santifica los actos. Así como en nuestro Señor la unión de la persona del Verbo con su humanidad elevaba sus actos más insignificantes a la categoría de divinos, así también vosotras, si estáis en estado de gracia y obráis en virtud de este estado, todo lo que hacéis es bueno y meritorio para el cielo.

Sea de esto lo que fuere, basta una intención para sobrenaturalizar nuestros actos. ¿Cuál es la necesaria? Pues son muchas las que pueden darse.

Unos quieren que se obre con intención sobrenatural actual, de tal manera que antes de cada acción se deba decir, al menos interiormente: Dios mío, os ofrezco este pensamiento, este acto, por tal o cual motivo sobrenatural; porque un motivo de una virtud cualquiera basta, y sería perfecto si fuera un motivo de amor.

Con todo, es difícil tener siempre esta intención actual; por eso muchos dicen que basta la intención virtual. Obrase por intención virtual cuando el acto que se hace procede de una voluntad anteriormente tenida y que todavía dura en cuanto a su influencia y virtud. Así, el ofrecer a Dios por la mañana las acciones del día bastaría para que fuesen acciones de amor, con tal que no se retracte la intención primera y que el acto que se hace sea de suyo bueno y capaz de agradar a Dios, sea cual fuere la virtud a que se refiera. La

intención virtual puede durar más de un día como cuando el espíritu es vivamente impresionado, por ejemplo en una cruz o pena, y santificar todos los sufrimientos de esta cruz, aunque no se piense en ofrecerlos de nuevo cada uno en particular.

Algunos llegan hasta decir que la intención habitual basta. Intención habitual es aquella que no influye directamente sobre el acto, pero que habiéndose formado una vez y no habiéndose retractado nunca positivamente, dura todavía. En cuyo caso el estado de gracia por sí sólo bastaría sin necesidad de otros motivos para hacer sobrenaturalmente meritorios todos los actos que se hacen, es decir, todos los actos buenos y honestos de cualquiera virtud de un justo.

Cierto que es mejor procurar tener intención sobrenatural actual o virtual, pero, así y todo, esta última opinión es muy alentadora y realza mucho la nobleza y la virtud de estado de gracia.

Por donde se ve que hace falta grande vigilancia para evitar los pecados voluntarios; el pecado de flaqueza no destruye siempre la intención, sino que la suspende, volviendo a influir luego. Pero aquellos que se cometen por mala voluntad o afecto al pecado paralizan el estado de gracia y conducen a perderla por el pecado mortal.

De manera que conservaos muy puras, para que lo sea también todo lo que hacéis.

No quiero exagerar nada, pero tampoco quiero nada que huela a relajación. Por eso, os diré: Pensad lo más a menudo que podáis en renovar la intención sobrenatural. Hacedlo sobre todo al cambiar de acto. Ya sé que estáis en un estado sobrenatural y santo, pero es más seguro dar cuerda sin cesar y hacer producir al propio estado el mayor número de actos que se pueda. Si no, la intención virtual y aun la intención habitual languidecen y vienen a ser insuficientes para sobrenaturalizar los actos. Y ¡cuántos méritos se pierden así! Nuestros actos pueden ser aun relativamente buenos, pero no merecen recompensa eterna.

Además, obrad cuanto podáis según la perfección de vuestro estado de gracia qué es un estado de caridad y de amor de Dios mantenido en el alma por el Espíritu Santo que en ella habita. ¿No es justo obrar todas las veces que se pueda según la virtud propia de este estado, por amor? Entonces no solamente quiere el alma no

desagradar a Dios, sino también agradarle y complacerle, con lo que le puede ofrecer de mejor. Aspira siempre a lo más perfecto, porque sabe que agrada más a Dios. Basta que una cosa no necesaria ni mandada complazca a Dios para que la haga y en ella se inspire.

El alma teme entonces el pecado, el menor pecado, no tanto a causa de su fealdad o del bien de que se priva, cuanto porque desagrada a Dios, hiere su amor y ofende la delicadeza de la amistad.

No consiste el heroísmo en no desagradar, sino en agradar siempre. Hay que llegar a ello. A ello os mueve el instinto del amor filial y sobrenatural. En esto está la perfección de la vida cristiana, de la vida de la gracia.

Vivamos, pues, con la idea de agradar a Dios para nunca desagradarle, y para eso andemos siempre en su presencia. Y esta presencia no está lejos, sino en nosotros, y es viva y activa. Es la presencia real de Dios, del Espíritu Santo, de Jesús. Fijemos los ojos del corazón en Él. No nos dejemos desviar por personas ni por cosas, y así sabremos en seguida lo que quiere y lo que no quiere. Y el conocimiento de su beneplácito nos bastará para obrar.

LA PUREZA DEL AMOR

Dios os ha amado con amor infinito, perpetuo, eterno; sabéis sus pruebas, las habéis visto y la conclusión que se sigue es que le debéis amar todo lo que podáis.

La primera condición de este amor es exigir pureza y no ofenderle. Hay que llegar a amar a Dios en grado suficiente para no ofenderle. Si no tenéis esta delicadeza, no amáis de veras. Tal es el comienzo y la condición esencial. Si queréis amarle perfectamente, entregaos a Él; y el último grado del amor lo alcanzaréis dándole la personalidad, renunciando por amor a Dios a todo lo que tenéis y sois, no guardando nada, no reservando nada para vosotras y no mirando a vosotras en nada. Esto es darse a Dios por Dios. No deseéis otra felicidad que servirle, ni otro consuelo que amarle. Rechazad todo lo que quisieren daros como si fueseis centro y entregad todo a nuestro Señor. Tenéis que ejercitaros en esto sin cesar y dar gloria a Dios con todo vuestro ser.

Por el don de personalidad hacéis un cambio; ponéis la persona de Jesucristo en lugar de la vuestra, de manera que no seáis más que miembros y órganos. Ya no os pertenecéis porque os habéis dado a Dios. ¡Oh!, no volváis a recuperaros en la honra, el consuelo la estima, el afecto y el amor propio. Para lo cual es indudablemente necesario tener una gracia grande de humildad, es preciso que poseáis esta virtud a fondo. ¿Y qué otra cosa es la humildad que participación del estado de nuestro Señor que va siempre dándose y para darse humillándose y anonadándose? De ahí que todo lo que sea humildad sea vida de Jesucristo en vosotras, y todo lo que os acontezca de humillante y anonadador sea un reflejo de lo que ha sufrido nuestro Señor. Si las criaturas y el mismo Dios se ponen a humillaros y todo se encarniza contra vosotras, ¡qué favor más insigne el que recibís! Porque el Padre celestial comienza a trataros como a su divino Hijo, cosa que debéis agradecer, porque es un favor. Dios va a probar así si le amáis, porque la humillación es la vida del amor divino.

Tenéis que ser, por tanto, muy humildes de corazón, de entendimiento, de voluntad, de cuerpo y de vida. Es el único medio de probar que amáis verdaderamente a nuestro Señor, es su vida. Pues está en vosotras, dejadle que viva su propia vida, que es vida de humillación y de anonadamiento.

Hoy voy a pediros también otra cosa. Ser puro, ser humilde, es mucho. Pero hace falta algo que dé fuerzas, virilidad, y esto lo da la fortaleza, la virilidad del amor de nuestro Señor Jesucristo. El amor es la misma fuerza, es más fuerte que la muerte.

Ahora bien, el amor exige que no nos complazcamos en nada fuera de nuestro Señor. Jesucristo es la última palabra del amor, su centro, su elemento, su único principio y su único fin soberano. Para amarle como merece, menester es no complacerse en nada fuera de Él. Esto parece fácil y, sin embargo, es lo que más cuesta; es la misma perfección, porque es el amor en acto.

¿Queréis, pues, no tener ninguna satisfacción fuera de Jesucristo, vuestro Señor? No andéis a hurtadillas como egoístas. ¿Cómo vais a permitiros una infidelidad o indelicadeza para con Él?

Esto mismo pasa en el orden natural. Cuando dos amigos se aman mucho, el uno no puede hacer una invitación sin invitar al otro. El hijo bien nacido no recibe nada que no corra en seguida a ofrecer a su madre; una esposa no puede aceptar un don, ni siquiera una felicitación sin que la comunique a su esposo; lo contrario sería insultarle. Y en fin, cuando se ama, lo primero que ocurre es dividir, dar parte de todo lo que se tiene y de todo lo que se siente de bueno y de hermoso.

Ahora bien, si amarais a nuestro Señor o si fuera Él la ley de vuestro corazón y de vuestra vida, ¿podríais, os lo pregunto, gustar un placer sin Él? ¿Podríais aceptar un placer, una flor de amor, de honra o de estima sin ofrecérselos? Es cosa que no se puede. ¿No es verdad que le queréis muy sinceramente? Pues comprended bien esto: No aceptéis nunca ninguna satisfacción, sea de la naturaleza que fuere, sin contar con nuestro Señor; renunciad a todo placer en que Él no tenga parte. Es lo que imponen de consuno la justicia y las conveniencias, según se ve claro, pero es también la más alta perfección.

La aplicación de este principio la encontramos en estas palabras que nuestro Señor dice al alma amada: Dame tu corazón,

esto es, todo tu afecto, todo tu amor. La esposa, de los Cantares decía: *Mi amado es para mí y yo para él* (Cant 2, 16). Ni se trata solamente del alma y del cuerpo, sino de todo pensamiento y afecto. Es preciso perseverar en todo con Jesucristo como los apóstoles.

Si no queréis gozar de nada fuera de nuestro Señor cometeréis muy pocos pecados, y aun éstos, ligeros. Bien podrá haber faltas de sorpresa, de flaqueza o negligencia. Pero donde no haya satisfacción, descanso de corazón, del entendimiento o de los sentidos, no habrá mucha malicia, pues lo que constituye la malicia y la gravedad del pecado es el gozar en él, porque entonces se pone la felicidad y el fin fuera de Dios.

Así en el orgullo, uno busca la satisfacción de su propio espíritu; el orgulloso descansa en sí mismo y en el sentimiento de que le honran. El voluptuoso encuentra satisfacción del corazón o de los sentidos en los recíprocos testimonios de amor, en los cuales descansa y goza. Esto es lo que constituye la malicia de estos pecados y de los demás; pero también lo que es castigado; lo que arde en el infierno o en el purgatorio es la satisfacción, el goce con desprecio del fin supremo, que es Dios.

De suerte que si no queréis gozar de nada sin nuestro Señor, seréis puras; huiréis de aquellas satisfacciones personales que crean las simpatías naturales; estaréis sobre aviso en punto a la sensualidad del corazón, que no es más que la satisfacción consentida del corazón en las cosas naturales y sensibles, o dicho de otra manera, en las criaturas.

Seréis asimismo muy humildes si renunciáis a toda satisfacción fuera de nuestro Señor; porque el orgullo consiste en el fondo en la satisfacción del entendimiento, en la complacencia, en la propia estima o en la que le tienen los demás.

Mirad mucho a no gustar ningún placer sensual. El hombre sensual que en vosotras se encuentra trata de gozar continuamente; tenéis que rechazar toda tentación que a ello os mueva. Debéis ser muy cuidadosas en evitar toda satisfacción mala o imperfecta y, todo lo que puede ser tentación. Todo esto hay que quitarlo de los ojos y mantenerse en guardia, aun en las cosas más legítimas y más necesarias en la vida, contra toda idea baja y todo goce animal.

Así, por ejemplo, en el comer hay peligro de satisfacer más a la sensualidad, al gusto que a la necesidad de sustentarse. Es preciso

tomar lo necesario para obedecer a Dios. No es posible no sentir el sabor de los manjares, y aun es voluntad de Dios que los manjares tengan este sabor para ayudar a la acción animal. Pero hay que evitar el pararse en esto y el complacerse. Hay que contener este placer, por lo menos por la mortificación de la sobriedad. Si se propasan los límites y se deja al gusto en libertad de hartarse, habrá pecado venial de gula.

Otro tanto ocurre con los ojos, el oído y todos los sentidos. ¡Cuántos pecados de sensualidad se cometen complaciéndose en cosas sensibles!

Pero tampoco hay que tener temor exagerado. No hay nada que paralice tanto al alma y la aprisione como el estar siempre temiendo. Sed finas, pero no escrupulosas. Obrad llana y resueltamente. No os encadenéis con un temor perpetuo so pretexto de que puede asaltaros una tentación, sino sed solamente delicadas y solícitas para desecharla así que se presente.

Hay almas demasiado perezosas y lentas que dejan que la tentación entre en su corazón y luego se quejan. A éstas hay que decirles: No habéis sido delicadas y vigilantes, ya que no habéis caído en la cuenta de que la tentación se os echaba encima. Y si habéis visto cómo venía, ¿por qué no la habéis desechado al punto? ¿Porque era poca cosa? Pues habéis sido muy imprudentes. ¡Habéis dejado demasiado tiempo el fuego en la mano, y ahora os quejáis de que os habéis quemado! ¡Qué tontas sois! Había que sacudir la mano. En esto ha habido cuando menos falta de negligencia. Como no estabais en vuestro puesto de vigilancia y de delicadeza...

Tal es la regla que hay que seguir con el hombre viejo y la sensualidad, que nos atormentará hasta el fin. El hombre viejo no tiene fe ni cuida de buenos deseos, sino que busca solamente el goce, y de acuerdo con el demonio procura constantemente tomar alguna cosa y regalarse por lo menos en algo.

Y cuando le escapamos, trata de enviarnos inquietudes, de hacernos volver sobre nosotros mismos para examinar la tentación y medir su alcance. ¡Ojo con esto, que es un lazo! ¿Ya habéis sufrido alguna quemadura y vais a tomar de nuevo carbón ardiente? Así es como con el pretexto de examen se mancha la imaginación, pues siempre se encuentra alguna satisfacción en volver a mirar a los pecados de sensualidad y aun en humillarse por ellos. ¡Tened

cuidado! Vais a llenar con eso la cabeza y seréis perseguidas por ellos. Cortad, desechad, no volváis sobre ello. No perdáis tiempo. ¿Para qué queréis saber lo que fue? ¿Acaso os arrepentís de haber desechado la primera vez demasiado pronto, antes de gozar de ella? Pues antes no había nada, pero ahora ya hay algo. No, no os vayáis a sepultar en las nieblas y en los pantanos de vuestras tentaciones so pretexto de humillaros con ellas. Es ésta una humildad diabólica. Subid al monte. Alumbraos con el amor de nuestro Señor y dejadlo todo a su misericordia. Esta es la regla buena para evitar las tentaciones de sensualidad.

Ya sabéis ahora que el primer grado de la pureza del amor consiste en no querer ninguna satisfacción natural o sensual fuera de Dios. El segundo consiste en compartir toda satisfacción buena y honesta con nuestro Señor, y esto es más perfecto.

Hay satisfacciones que se pueden experimentar muy legítimamente en los dones de Dios; pero tienen un lado natural. Si las compartimos con nuestro Señor, las purificamos al ofrecérselas y las santificamos. Y la pureza del amor exige esto.

Recibís, por ejemplo, los cálidos rayos de un hermoso sol de primavera. Admiráis su resplandeciente luz que os da alegría y es cosa muy legítima y permitida. Pero ofreced esta satisfacción a Dios diciendo: ¡Qué bueno sois, Dios mío, que hacéis lucir este hermoso sol para mí!

Veis en un jardín hermosas flores que os brindan con variadísimos colores, mezclados con arte y elegancia exquisitas, y que os envían su perfume cual amistosa caricia. Pues gozar de este espectáculo y respirar estos perfumes no está mal de ninguna manera. Pero debéis pensar en vuestro Esposo y mostrarle estas flores y hacerle respirar estos perfumes, diciéndole: Gracias, Dios mío; ¡cuán bueno y grande artista sois!

Coméis una fruta y no podéis dejar de saborear su frescura exquisita. Como es Dios quien la ha puesto en ella para vosotras, bendecidle por ello. No merezco más que hiel y ajenjo, pero sois extremadamente bueno y me regaláis con estas dulzuras; gracias, Dios mío.

Así es como no gozaréis naturalmente de los bienes naturales, sino de un modo sobrenatural con nuestro Señor.

Al contrario, un hombre entregado a los sentidos pone todo

placer en ver; aspira los perfumes y paladea los sabores sin pensar siquiera en levantar los ojos a quien se los da. El mismo se pone como fin y goza sensualmente. También vosotras caeríais en este defecto si os pararais demasiado en gozar de la excelencia de las cosas. Un poco es legítimo, pero demasiado es sensual. Hay que estar siempre más en Dios que en la cosa que nos da. Hay que gozar del bien como de paso y dar gracias a Dios que nos regala con estas satisfacciones inocentes para hacernos más llevadero este destierro.

Hay santos de mortificación más austera que desechan hasta estas satisfacciones santificadas con la ofrenda que de ellas se hace a Dios. Pero hay otros, como san Francisco de Asís y san Francisco de Sales, que saboreaban los dones de Dios y a Dios en los dones. Así es cómo David daba gracias a Dios de todos los bienes en el hermoso cántico del *Benedícite.* Porque de todo se puede sacar provecho para ir a Dios y darle gracias, no viendo en todos los dones otra cosa que nueva prueba de su bondad.

San Francisco de Asís sufría mucho de los ojos, que le bañaban con agua fresca para mitigar el dolor, y el santo alababa a Dios en alta voz por haber dado al agua poder de refrigerar sus ardientes párpados.

Estando en otra ocasión enfermo, recibió de Dios una persona la inspiración de prepararle un pez, que sabía que gustaba al santo. Le ocurrió primeramente a san Francisco la idea de no aceptarlo y de privarse de aquello, como David cuando ofreció a Dios las gotas de agua que un soldado llevó con peligro de su vida; pero reflexionando mejor se dijo entre sí: No, que esto sería dar pena a nuestra buena hija. – Y lo comió dando gracias a Dios.

De suerte que no debéis pararos en las cosas, sino encontrar en ellas motivos de alabar a Dios y dar parte del placer a nuestro Señor, y en esto consiste el segundo grado de la pureza de amor.

Practicad esto mismo en las cosas espirituales. Si Dios os enviara un ángel para consuelo y ayuda y vosotras le despacharais diciéndole: Prefiero sufrir sola, no quiero otra cosa que crucificarme, no obraríais sino por orgullo. Así que se vaya el ángel, tendréis que llorarlo, porque el demonio habrá ocupado su puesto. Lo cual quiere decir que el poneros nuestro Señor en condiciones de recibir un buen consejo de alguno o de pedir una luz es un auxilio de su bondad y debéis serviros de él con sencillez y alegría, dando gracias a Dios.

Pero una vez que ese mensajero de la divina gracia haya acabado su misión para vosotras, dejad que se vaya sin desesperaros, porque Dios se quedará con vosotras.

Así es cómo, cuando el arcángel san Rafael desapareció repentinamente a los ojos de todos una vez que hubo cumplido su misión, no se pusieron a lamentarse y a perder su tiempo en pesares por las ventajas que les traía su presencia, sino que se postraron de rodillas y dieron gracias a la divina bondad por espacio de tres horas.

Por donde veis que os permito tomar todo lo que Dios os envía, no para gozar con egoísmo y poniendo en ello vuestro fin, sino para encontrar en ello materia que compartir con nuestro Señor y para dar gracias a su bondad infinita, que se complace en darnos lo que nos puede ayudar o al menos agradar.

Más todavía. Un alma que ama mucho a Dios y le tiene dada su personalidad no acierta a disfrutar de un consuelo sin nuestro Señor. Quiere tener juntamente con Él no solamente las cruces, como sabemos hacer muy bien para descargarnos, sino también los consuelos: ya no puede ser feliz sin nuestro Señor. Hablo aquí de los consuelos del alma, de esos consuelos que Dios derrama en el alma durante la oración, la comunión o después de algún sacrificio. El alma se siente contenta y al punto lo dice a su Esposo, porque si no lo comunicara con Él no sería felicidad para ella.

¡Oh! preciso es decir para confusión nuestra–, tan dulces nos parecen estos consuelos y tan buenos, que, como ciertas aves rapaces, quisiéramos esconderlos en un rincón para gozar a solas. No gocéis nunca a solas. No queráis sin nuestro Señor favores divinos ni consuelos celestiales. No os paréis en la bondad, dulzura y hermosura de estas gracias como en vuestro centro. Si os paráis en ellos como en vuestro fin, agotáis el manantial. Como en lugar de mirar al amor en su foco, en el corazón de Jesús, no habéis parado en sus rayos y habéis hecho caso a sus consuelos y no a quien los da, nuestro Señor cierra la mano, suspende sus gracias, porque no os habéis mostrado bastante finas para con Él. No hay que querer gozar de Dios sin Dios, sino bendecir a Dios, ofrecerlo todo a nuestro Señor y mirar a Él más que a todos los efectos de su gracia que se experimentaren.

Finalmente, el tercer grado de la pureza de amor es la indiferencia respecto de los estados por donde nuestro Señor quiera hacernos pasar, así de alegría como de desconsuelo; y tratándose de

alguna cosa en que quepa elección, una voluntad generosa escoge siempre lo más costoso, lo más crucificante, por haber escogido así el mismo Jesucristo.

¡Oh! cuánto agrada a Dios un alma que le dice: Dios mío, ya sé que sois la bondad misma. De igual manera recibiré los consuelos que las amarguras, porque viniendo de Vos la prueba no puede ser sino una gracia de vuestra bondad, que tengo que recibir con acciones de gracias.

Es la indiferencia completa. Ya no se mira a las cosas, sino a Dios, de donde vienen. Entonces la tristeza se trueca en alegría. ¿Esto os agrada, Dios mío? ¿Esto queréis? Pues también yo. ¿Esto no os agrada, no lo queréis? Pues tampoco yo. Lo mismo para el cuerpo que para el alma, nada más que lo que queráis. Iré a donde queráis, quedaré donde me pongáis, igualmente alegre y contento en todas las cosas.

Pero hay algo mejor todavía, que es cuando el alma dice: Ya sé, Dios mío, lo que más os agrada: es la renuncia, el sacrificio, la inmolación en el orden natural y sobrenatural, y esto es lo que escojo. No os enfadaréis de que ante la satisfacción y el sacrificio opte por el sacrificio, dejando la satisfacción. Y hago así porque el sacrificio os agrada más, por haber en él más amor. Dios mira a estas almas con satisfacción y las admira. La ley no exige esto, pero lo hace el amor y Dios se muestra satisfechísimo de que lo hagáis.

Y esto tiene que nacer espontáneamente del amor. Porque Dios os deja libres, y aun se esconde para que la elección sea más libre. Nada exterior os muestra cuál de dos cosas prefiere. Pero uno consulta a su corazón y dice: nuestro Señor, me ha mostrado su amor optando siempre por el sacrificio y el sufrimiento, y es lo que voy a hacer también yo. Voy a probarle que le amo más que lo me exige en todo rigor. ¿Qué he de temer en esto? Porque así ya no me busco a mí mismo, puesto que lo que escojo es más humillante y crucificador. Tal es el último término del amor.

Para no exceder de los límites de la prudencia y discreción en todo lo que hemos dicho, ateneos a esta regla: Cuando Dios os conceda una gracia, no busquéis otra, sino manteneos en ella mientras os muestra esta voluntad. Lo que Él quiere es lo más perfecto para vosotras aun cuando no lo fuera de suyo. Hacedlo lo mejor que podáis. Contentaos con seguir el impulso de la gracia que

os da para este momento. La perfección está en aquel estado que Dios manifiesta a cada cual como suyo.

Pero es cierto que lo sublime del amor está en adivinar siempre lo que más agrada a Dios. Tan pronto como no seáis guiadas por una ley o una gracia positiva, consultad su amor, seguid su inspiración, y así andaréis siempre en el amor, que es lo indispensable. Nada de placeres o satisfacciones fuera de Dios. Es lo que exige el buen sentido de la justicia. Vuelva a Él con gratitud toda satisfacción que me permita. Y finalmente, indiferencia completa para el consuelo o la prueba, y habiendo libertad de escoger, escoger siempre por amor lo que Él mismo ha escogido para mí, lo más costoso, crucificante y humillante. Tales son los grados y las leyes de la pureza del amor.

LA PACIENCIA Y LA HUMILDAD

Nuestro Señor llevaba en sí dos estados, uno de gloria y otro de humillación. Aunque poseía en sí mismo la gloria y la divinidad y la bienaventuranza del alma, contenía dentro los rayos y las alegrías de este estado, dejando en cambio que penetraran en su alma sensitiva la humillación, el temor, el sufrimiento y todas las flaquezas de la humanidad, con la sola excepción del pecado.

Algo análogo pasa también con nosotros. Tenemos un lado hermosísimo, muy noble y divino. En nosotros se encuentran la gracia de Dios, sus virtudes y su misma santidad. El Espíritu Santo, Jesucristo y la santísima Trinidad habitan en el alma. Dios está en nosotros y nosotros en Dios, lo cual es hermosísimo y a los ojos de los ángeles debe ser un espectáculo arrebatador.

Tenemos grandezas, que son el fundamento de nuestra esperanza; pero no podemos gozar de ellas, sino que quedan como veladas o invisibles. Son un espectáculo que Dios se reserva para sí en nosotros.

En cambio tenemos un aspecto visible que nos deja, y es el lado personal, lo nuestro que en nosotros se encuentra, la pobre naturaleza de Adán, nuestras pasiones, flaquezas, defectos, miserias, el pecado actual. Es lo que san Pablo llama en una palabra *la carne de pecado, caro peccati,* o sencillamente *pecado,* esto es, lo que procede del pecado y dispone al mismo, aun cuando de suyo no sea pecado. Todo esto es muy visible y fácil de sentir. Nos envuelve por todos lados y humilla mucho.

¿Por qué nos hace sentir Dios la bajeza de nuestra naturaleza de esta manera, en lugar de dejar que resplandezca su gracia? ¿Por qué nos hace experimentar más al hijo de Adán pecador que al hijo de Dios regenerado en Jesucristo?

A esto se contesta con una sola palabra que dice todo: Para mantenernos en la humildad, en la humillación. Dios sabe que de tal manera somos propensos al orgullo, al vano contentamiento de nosotros mismos por el amor propio y a exhibirnos a la admiración

de todos, que para salvarnos y salvaguardar su gracia en nosotros está obligado a dejamos en el fango y en la confusión de nuestra miseria. Cuanto más elevado es uno por un lado, tanto más se le pone en el barro por otro.

¿Por qué? Porque esto nos mantiene en la humildad, y porque la humildad es el distintivo de nuestro Señor, que gusta de ver en nosotros tanto que sin ella no le complacemos.

Así podrá decirse que un pequeño santo es poco humillado, que un santo grande lo es mucho, y que un santo muy grande debe ser anatema del mundo y objeto de todas las humillaciones y maldiciones. ¿Quién se ha humillado como nuestro Señor Jesucristo, el santo de los santos?

Tal es la condición. Hay que subir como Él al calvario pasando por el sanedrín, el pretorio y todas las humillaciones que le redujeron a no ser más que gusano de la tierra y maldición de los hombres. De ahí que quede uno espantado cuando al leer la vida de los santos se ve por dónde tuvieron que pasar, cómo les maltrató el mundo y cómo fueron juzgados y calumniados. Así tenía que ser, porque la cruz es camino, carácter y alimento de la santidad, que es segura con la humillación.

Si los santos han sido elevados y ensalzados, lo fueron por momentos. ¡Y con cuántos años de humillaciones tuvieron que pagar estos cortos instantes de gloria! Se cuentan sus milagros, sus éxtasis, sus consuelos y las maravillas de su ministerio. Pero ¿quién podría contar sus humillaciones tanto por parte de Dios como por parte de los hombres?

Si conociéramos nuestros merecimientos, si tuviéramos acierto y viéramos nuestro feliz éxito, querríamos gozar. Pero ahora no es tiempo de descansar. En este goce se complace el orgullo y por eso nos humilla Dios. Nos pone en los ojos nuestros pecados, defectos, fracasos, todo lo que puede rebajarnos en nuestra propia estima, para que sigamos siendo pequeños y pobres. Y así confesamos nuestra flaqueza, oramos, recurrimos a Dios reconociendo que nosotros no somos nada y que Él lo es todo, como san Pablo, que después de haber trabajado tanto temía ser réprobo y exclamaba: “Nada he hecho”. Todos sus trabajos eran nada para su amor en comparación de lo que hubiera querido hacer por nuestro Señor.

Pues bien: aun cuando siempre hubierais sido piadosos, os

diría: No habéis hecho nada. Mirad lo que hubierais debido hacer.

Pongámonos, por tanto, en lo que somos, en nuestra debilidad, para sentir necesidad de Dios. Cuanto más se siente la propia miseria, tanto más se recurre a Dios. Se llama a Jesucristo en auxilio y se une con Él. Entonces ya comprende uno que, quedándose solo, está perdido. ¿Cómo luchar contra el demonio y las pasiones y sobre todo cómo levantarse de las faltas sin Jesucristo? Se le llama y ya está ahí. Y al sentir esta presencia, se cobra ánimo. Si os desanimáis, sois orgullosas, os apoyáis en vosotras mismas. Viendo que no podréis resistir, en vez de reconocerlo de corazón y humillaros sencillamente, preferís abandonar todo de antemano y así escapar a la vergüenza de trabajar infructuosamente, lo cual es puro orgullo.

Y, sin embargo, ahí está nuestro Señor ofreciéndonos su gracia y su fuerza. Sólo una condición os pone, y es que reconozcáis que nada podéis sin ella y que la pidáis con humildad e insistencia.

Del humilde sentimiento de vuestra flaqueza nace la confianza, y si os desanimáis es porque no tenéis confianza en nuestro Señor. No reconocéis que sin Él no podéis nada y olvidáis que todo lo podéis en aquel que os fortifica.

Cuando hayáis obrado mal, decid, sin titubeos: Es porque he confiado en mí misma. Con todo, no vayáis a añadir orgullo sobre orgullo, desanimándoos. Somos naturalmente presumidos. Siempre tratando de pasarnos sin Dios. No obréis así, sino id con Él; os caeréis si vais solas.

Cometéis pocos pecados positivos, así lo espero, porque amáis sinceramente a nuestro Señor; pero cuántos pecados negativos, quiero decir, acciones llenas de amor propio, de mentira, de envidia, de sensualidad, de pereza, en fin, de todos los pecados capitales, aunque en grado venial o imperfecto; todo eso porque os apoyáis en vosotras mismas. No se cae en estas faltas, sino porque no se mira bastante a Dios.

Si tuvierais sentimiento habitual de vuestra flaqueza, no os expondríais nunca a la tentación. Frente a un sacrificio que hacer o una ocasión de que huir os volveríais inmediatamente hacia Dios, diciéndole: Dadme, Dios mío, vuestra gracia; dadme humildad para sufrir esta humillación; dadme la paciencia con tales cualidades, vuestra fortaleza, y vuestra gracia para todo porque ya sé mi flaqueza.

¡Oh, cuánto le gusta a Dios oír esto de nosotros! ¡Cómo vuela a nuestro socorro entonces! Nuestra fuerza está solamente en mirar a Dios, en la unión y en el auxilio que nos presta.

Y la fuerza de Dios la da la humildad, que es además el medio de vuestra santificación. Acá en la tierra nadie es santo, y nadie tiene derecho de descansar diciendo: Ya he llega do al grado que Dios quería para mí. No, ni en las virtudes ni en el amor nadie llega nunca. ¡Pero si lograr la perfección de una virtud, es parecerse perfectamente a Jesucristo! ¿Creéis haber llegado a tanto? Quien os lo dijese se burlaría de vosotras. No tenéis más que trocitos de virtud. ¿Y creéis acaso que habéis llegado a la perfección en punto al amor? No. Vais subiendo cuesta arriba en el monte de la perfección, pero todavía no habéis llegado a la cumbre.

¿Y dónde va a encontrarse vuestra santidad si no está en las obras, ni en las virtudes, ni en el amor? Pues en la paciencia en adquirirla poquito a poco, en trabajar sin cesar y con perseverancia, humilde y pacientemente, por revestiros de las virtudes de nuestro señor Jesucristo. Todo el trabajo de la santidad se reduce a la paciencia por adquirirla.

Santificarse es formar a Jesucristo; hay que sacarle del bloque de piedra informe, grosero y duro que sois vosotras, cincelándolo, puliéndolo, reduciéndolo a la medida y a la semejanza del modelo, lo cual no es cosa de un día. Hace falta para ello observación, estudio, trabajo. Es preciso destruir, cortar, reparar y reconstruir. Hay tarea para toda la vida, por lo que hace falta paciencia. Y ¿qué es paciencia? Es la confianza en Dios y desconfianza de sí mismo.

Hay que confiarse a Dios en todo y a pesar de todo. ¿Quiere que esté humillada y que no acierte? Pues que sea así. Adelantad de la manera como quiere que adelantéis. Confiad en Dios y entregaos totalmente a Él, sin contar con vosotras en cosa alguna.

Acontece no pocas veces que os encendéis, que tomáis una buena resolución. Quiero amar a Dios de veras, os decís, y os ponéis a ello como si hubierais de andar siempre al mismo paso y sin nunca pararos. Pero ¿qué acontece? Que una tentación espantosa contra la fe, la caridad o la castidad os acomete. La rechazáis, pero vuelve con más violencia. Y ¿qué hacer? Humillaros y tener paciencia. Si echáis mano de la violencia, le daríais pábulo y os desanimaríais antes de vencerla. Lo que tenéis que hacer es renunciar a vosotras mismas,

entregaros a Dios, reconocer que a pesar de todos vuestros buenos deseos no podéis nada, y así triunfar por la paciencia. Humillaos y decid: ¿Queréis, Dios mío, que sea humillada por el demonio? Pues hágase vuestra voluntad. Pero asistidme, si no queréis librarme de esta tentación, para que al menos no os ofenda. Acepto el vivir entre demonios, con tal de que con vuestra gracia no os ofenda.

Este estado es un verdadero martirio de amor de Dios. Mirad cómo crece Dios en la paciencia de sus servidores. Nadie da a Dios tanta gloria como el miserable que le ofrece sus miserias y sigue amándole en las tentaciones. Cuanto más bajo se ponga, tanto más levanta y glorifica a Dios. Dios gana en altura todo lo que baja la criatura.

Aficionaos a la paciencia en estos estados. Cuando Dios os enviare tentaciones con ellas tendréis que quedaros hasta que las retire, por más que hagáis. Humillaos con paciencia; esto os ahorrará muchos pesares y dolores de cabeza. Si uno no hace uso más que de la lucha, tiene que violentarse, tómase la costumbre de irritarse y el carácter y el corazón se ponen en estado de impaciencia y de cólera. Si uno pudiera arrancarse el alma lo haría por librarse de este fuego y de estas espinas devoradoras. ¿Y qué hacer? Quedarse sobre el estercolero como el santo varón Job, mientras así lo quiera Dios.

¡Oh, qué hermosa lección de moral da nuestro Señor en estas palabras: *¡Producid frutos en la paciencia!* (Lc 8, 15). En un solo día hubieran querido los apóstoles conquistar la Judea y el mundo entero. Estaban tan persuadidos del poder de su Señor que no comprendían que nadie pudiera resistírsele. No creían en obstáculos. Mirad si no a Pedro, mirad al mismo san Juan. Pero nuestro Señor les dice: "Produciréis frutos en la paciencia". Y Él mismo muere el primero sin haber podido convertir a Judea ni a Jerusalén. Y entre los apóstoles, algunos no convirtieron sino pocos infieles, como lo atestigua Santiago, que no logró convertir sino pocos paganos en España.

Es que la paciencia no es sino humildad práctica. La paciencia sólo se encuentra en la confianza en Dios y en la humildad personal.

Os digo, pues, que en las penas, en la esterilidad, en la impotencia, en todo lo que procede del hombre viejo y en las pruebas, sean como fueren, tengáis la misma paciencia de Dios, que tengáis compasión de vuestra alma.

¿Por ventura no es Dios la paciencia personificada para con las almas, para con vosotras? ¿Acaso se irrita y rompe con violencia? No, sino que espera el fruto de lo que ha sembrado durante años y más años. Hace cada día lo poco que nuestra cooperación le permite y vuelve a comenzar lo que nuestras faltas deshacen. Él es la gracia de la paciencia y nuestro modelo.

No midáis vuestro adelantamiento conforme a los progresos que hayáis podido notar, o al feliz éxito que hayáis tenido en las virtudes, sino conforme a la paciencia, mirando si es mayor, más firme, más suave y más humilde. No estáis obligadas a saber exactamente vuestros progresos o ganancias.

La manera cómo nuestro Señor glorificó más a su Padre fue no teniendo feliz éxito entre los hombres y aceptando con paciencia las imperfecciones, la ruindad y la impotencia de los apóstoles, como también esperando la voluntad y la hora de su Padre para obrar; por la paciencia en no tener éxito sino en la medida querida por su Padre, durante su vida pública; por su paciencia durante su pasión en que tuvo a bien pasar por lo que naturalmente debía aniquilar para siempre su obra.

Por donde debéis hacer consistir vuestra virtud en afianzaros en la paciencia. Tendréis el acierto que os conviene en todas las cosas cuando lleguéis a ser humilladas. Vuestra virtud es estar al pie del árbol como abono. Estad muy abajo junto a la raíz y no sobre las ramas, que pueden romperse.

Dios quiere atraeros hacia sí en la humildad, y por eso bajó tanto Él mismo y se anonadó, para que no os clavéis nunca junto a Él más que cuando os rebajéis en las humillaciones en que se mantiene y en que os aguarda.

Los mayores santos están persuadidos de que no son otra cosa que grandes pecadores y lo dicen de la misma manera que lo piensan. Se miran estas palabras como exageradas; se dice que no pueden creerlo. Pero ellos están verdaderamente convencidos ante Dios de que son los mayores pecadores, porque tienen verdadera humildad y paciencia, que es el medio de conocer a fondo la propia miseria.

También hay que tener paciencia en la oración. Quisiéramos ser escuchados tan pronto como oramos; pedimos una cosa y no queremos más que aquélla. Al contrario, Dios se complace en hacernos esperar y en concedernos otra gracia. Así nos prueba

continuamente. Pedimos fervor, amor, y nos pone en la estupidez del corazón y en la congoja. Pedimos sentimientos y nos pone en sequedad. Parécenos que valdríamos mucho más si nos abrasáramos de amor de Dios y de celo por su gloria; pero de otro modo juzga Dios y se ve más glorificado con nuestra paciencia y humillación. Pues pensar como Él, que Él sabe mejor que vosotras lo que le glorifica, y aceptad lo que os envía. Así es como el alma está contenta, sea cual fuere el estado en que Dios la ponga, así es como siempre está contenta de Dios.

Debemos pedir positivamente la gracia y las virtudes que nos hacen falta, y decir siempre a Dios: Hablad. ¿Qué queréis que haga para complaceros?

No pocas veces Dios nos privará de su contestación; pero con el fin de hacernos crecer en paciencia y humildad, lo que vale más que las obras más hermosas. Tal es el medio de que se vale Dios, su método para conducir al santo amor, a la santidad verdadera. El alma encuentra en la paciencia todas las virtudes. Amad a Dios por la paciencia y seréis mansas, humildes y caritativas, porque uno no puede ser paciente con Dios sin serlo con las personas y en los acontecimientos.

Por la paciencia amaréis a Dios más que sus dones, pues Él no cambia y es tan amable cuando prueba como cuando consuela, y a Él es a quien hay que amar sobre todo los dones. Si no sois pacientes, no seréis nunca almas interiores, santas, ni siquiera virtuosas.

La naturaleza es lenta y los que la cultivan saben esperar. Pues Dios es más lento todavía. Va lentamente en todo lo que hace para domar nuestro orgullo, para quebrantar el apoyo y la seguridad que ponemos en nosotros mismos y en nuestros medios y para hacernos sumisos a la gracia, a su gobierno, a sí mismo.

No consiste la santidad en el fervor del amor, sino en la paciencia en trabajar sin fervor y en sufrir las tardanzas de Dios.

Cuando Dios quiere comunicar una gracia de oración o de contemplación, comienza por sumergir al alma en el terror, ya por la vista de sus pecados, ya por la del infierno que ha merecido, para que se levante en la paciencia, humildad y esperanza de Dios. Y si fuéramos más atentos, oiríamos cómo nuestro Señor nos dice incesantemente: Espera, espera y ora. ¡Siempre paciencia! La paciencia vuelve siempre perfecta la obra.

Durante esta vida cultivamos la semilla de la gloria de Dios, de nuestra santidad y de nuestra eterna felicidad. Y todas estas celestiales plantas crecen no en las alturas, sino en tierras bajas; la atmósfera y el sol que les hace falta están abajo. Si crecieran a nuestro lado, el aire y el sol del mundo las echarían a perder y las marchitarían. Trabajad, por tanto, acá abajo, con paciencia, humildad y pobreza, que estas virtudes son el trono de Dios en nosotros y nos aseguran su trono de gloria en el cielo.

CONFIANZA Y DESCANSO EN SOLO DIOS

Vuestro corazón debe estar contento de Dios, porque tan bueno ha sido para con vosotros durante estos ejercicios, que os ha concedido gracias preciosísimas. Os ha mostrado no solamente la verdad de la santidad, sino también la verdad de su amor para con vosotras. Conocer la verdad de Dios, su gracia y sus derechos, es mucho; pero saber cuál es su amor por nosotros es un conocimiento arrebatador.

A la vista de este amor, se ve uno forzado a exclamar: Amaré a Dios también yo; le amaré con magnanimidad, generosa y puramente. Su amor será mi vida y mi ley. Será mi ley de mortificación y de pureza. Más todavía, este amor será la ley de mi transformación en Dios, de la deificación de mi vida. Porque ya no quiero vivir en mí, sino que es Jesús quien en mí tiene que vivir. Yo no seré otra cosa que su naturaleza humana, un miembro de su cuerpo: Él será mi personalidad, mi principio de vida.

–¡A grandes cosas aspiráis! –Pero es justo; Dios nos predestina no sólo a ser llamados, sino también a ser de veras hijos suyos, hijos de Dios, según expresión de san Juan. Es gracia que a todos concede y con mucha más razón a vosotras que ha llamado a esta vida contemplativa, que ocupa el primer puesto entre todas y es la mejor parte, según dijo el mismo nuestro Señor.

Más todavía. Sois contemplativas y adoradoras, esto es, vivís en trato más constante, próximo e íntimo con nuestro Señor; vuestra vida pasa ante sus ojos, en su santuario, y se compone de relaciones familiares con Él. Es un servicio doméstico para con su divina Persona. ¡Ah! ¡Qué indignas de vuestra vocación seríais, si no le amarais más que las personas del mundo! Debéis ser como las velas que arden, pero sin disminuir, y arden siempre más puramente.

Amad, por consiguiente, vivid de amor y del don de vosotras mismas. Si mucho recibís, mucho se os pedirá también. Esperaos a un juicio severo al fin de vuestra vida. Nuestro Señor os pedirá cuenta de tantas gracias como os ha dado, de las cuales ni una sola

debe quedar estéril. Si no hubierais correspondido a tanto amor; si sus gracias tan profusamente sembradas no hubieran producido fruto pedirían venganza y deberíais esperaros a un terrible purgatorio.

Si no amáis puramente a nuestro Señor seréis cruelmente castigadas, por lo mismo que os ha amado tanto. Así que mirad a vuestras gracias, pero mirad también a la responsabilidad que os imponen. Diréis acaso: Yo quisiera obrar bien, pero temo, no me atrevo a prometer que perseveraré, ni apoyarme en mí porque conozco mi flaqueza.

¡Oh, no sea esto motivo que os detenga! Muy bien que no os apoyéis en vosotras. Pero ¿en qué debéis apoyaros? Pues esto es el asunto de esta meditación, y consiste en lo siguiente: en poner el fundamento y la razón de vuestra esperanza, de vuestro apoyo, de vuestra fuerza, de vuestra confianza en sólo Dios, y no en vosotras ni en las criaturas, aun cuando las tuvierais por santas y aun por ángeles. En los mismos superiores y en cuantos Dios os haya dado para guiaros, buscad a nuestro Señor y no establezcáis fundamentos en definitiva sino sobre Él en ellos. Descansar en una criatura, sea cual fuere, es descansar sobre una caña o una paja.

No toméis por prueba de vuestra virtud la estima de la criatura, ni siquiera la del confesor o del superior. Por lo menos es cosa en que puede haber ilusión y amor propio.

La mayor tentación para oscurecer la pureza del amor es la apariencia de la santidad. Se estima a los santos y santas; uno los quiere ver, hablarles y recibir de ellos un testimonio de santidad, y lográndolo, ya se cree haber hecho todo.

¿Os ha puesto Dios en relación con uno de estos santos? Como es una gracia, aprovechaos de ella mientras os la dé; pero no os descanséis en él, antes al contrario, aprovechaos de este santo para apoyaros más en Dios. Si ponéis en el santo demasiada confianza, disminuirá la confianza en Dios, que ya no será tan fina, sino dividida entre Dios y la criatura. Cuantas veces establecéis vuestro descanso en una criatura, aunque sea un ángel terrestre, perdéis de vista al creador. No digo que eso sea pecado, pero es cosa que puede poner polvo en el oro de la caridad.

Dios se sirve para las almas, que son almas de hijos suyos, de tutores, de ángeles Rafael, los cuales están a vuestro lado para sosteneros en vuestras flaquezas y guiaros por el camino de la

obediencia. Aprovechaos de su ayuda; amadles y estimadles, pero amad más todavía a Dios, que es quien os los da, y no pongáis más que en Él vuestro fin y descanso.

Sólo Dios juzga a las almas, y sería erróneo suponer que sois santas porque os miran bien los santos, diciendo: Dios me ama, estoy segura de ello, y puedo quedar tranquila, puesto que estos santos me aman. Apoyaros en esto sería exponeros al engaño, deteneros en la criatura, y ya veréis cómo Dios se muestra celoso. Porque quiere poseer solo nuestra confianza final. Quiere que nada se interponga entre vosotras y Él; si no, paralizáis su acción y su gloria.

–¡Si es un santo, un ángel! –Puede ser, pero es también una criatura. Es vaso que puede quebrarse; está sujeto a miseria. Dios permitirá que no encontréis en él lo que buscáis con exceso. Podrá no tener luz para vuestra alma; su afecto disminuirá o cambiará y, finalmente, se trocará en tentación y acaso en tentación penosa.

¿Qué hacer entonces? Poner la confianza en sólo Dios por encima de todos los hombres, de todos los santos y de todos los ángeles, y decir: Lo que no encuentro en ellos Dios quiere dármelo por sí mismo. Cuando uno no se sirve de un santo más que para ir a Dios; cuando la confianza, los ojos y el corazón están fijos solamente en Dios, nada más recto. Entonces uno anda libre e independientemente. Pero si, al contrario, está en las criaturas, andará inquieto y desasosegado, porque hay mezcla que pone niebla ante los ojos y barro debajo de los pies. Todo está echado a perder.

Ya lo habréis experimentado como todos; nada hay que haga sufrir tanto como una persona piadosa y prudente cuando no se vive bastante sobrenaturalmente con ella.

Uno se gloría de ser amigo de un santo, de ser dirigido por uno que es considerado como tal, y se descansa con esto; pero he aquí que llega a recibir una reprensión o se ve abandonado de él, y ya cree haber perdido todo, y sufre y se desespera. Todo esto no nace de Dios.

No suceda así con vosotras que vivís en trato de presencia tan íntima con nuestro Señor en el santísimo Sacramento. Acostumbraos a olvidar las estrellas delante del sol y poned siempre al Señor antes que a los servidores.

Nuestro Señor tiene mucho interés en que la flor y el primer movimiento de confianza sean para Él. Cuando hayáis sido

demasiado naturales, cuando hayáis corrido a sus servidores en lugar de correr a Él pidiendo a las criaturas lo que no tienen ni pueden dar si primero Él mismo no se lo da para vosotras, ya podéis esperaros a buscar llamar en vano a nuestro Señor en la adoración siguiente. Os dirá: Ya que no merezco tu confianza, vete a tu santo, nada tengo que decirte. –El amor divino es susceptible, celoso y se venga con el silencio de vuestro olvido indelicado. Nuestro Señor mira con mucho interés al corazón que se le entrega y al cual se ha entregado Él mismo en correspondencia. ¿Por qué hacer a vuestro esposo la injuria de tener más confianza en sus servidores que en Él?

Ciertamente que lo habréis experimentado. Cuando a los pies de nuestro Señor se encuentre vuestra alma sin poder decir nada, en una frialdad glacial podéis decir sin temor: Estoy pagando mi falta de delicadeza. Me he dado demasiado pronto y demasiado naturalmente a los que nuestro Señor me ha dado para dirigirme. He antepuesto el criado al Amo.

No pongáis, por tanto, vuestra confianza más que en nuestro señor Jesucristo. Id a Él en busca de la gracia. ¿Por qué esperáis la gracia de una criatura que no la puede dar? La gracia sólo de nuestro Señor viene, el cual no la reparte más que a los que acuden a Él con confianza y la reciben puramente.

Sed delicadas en este punto. Dad todo el corazón a vuestro Señor. ¿Por qué no tener en Él una confianza absoluta? Cuando os ha dado esta vocación de adoratrices os ha llamado para vivir consigo. Y por lo mismo tenéis una gracia particular, una especie de gracia de estado para ir a Él fácilmente y para de Él vivir. Sed, pues, de nuestro Señor para nuestro Señor mismo; sed de Jesús, para Jesús con María. Id a sus santos, pero para que os conduzcan a Él. Id a los santos de Jesús para Jesús.

Os confía a una dirección a la que tenéis que obedecer; pero queda una vida del ama, una vida de oración y de amor, de la cual nuestro Señor quiere ser dueño absoluto. Él mismo Jesús cuida de vuestra alma y nadie posee como Él el secreto de lo que le conviene.

En virtud de vuestra vocación dais a Jesús vuestra personalidad con el fin de que os guíe y dirija Él mismo en todo. Y si os ponéis en vuestra gracia, sabéis ir a Él y no contentaros más que en Él. Porque toda vocación vuelve fácil y gustoso el deber que impone. Tened, por tanto, confianza en vuestra gracia y estad seguras de que nuestro

Señor os la ha preparado de antemano y que os aguarda antes de la adoración, del deber o del sacrificio. Es vuestro derecho fundado en su amor y en su llamamiento. Sabed, pues, que está en vosotras, dispuesto a oíros, a guiaros. Pero pedídselo, dirigíos a Él, tened confianza en Él.

Tened, por tanto, confianza en su amor. Nuestro Señor os ama con amor constante, con amor infinito, con amor eucarístico, con amor de vocación, y, en todo lo tocante a este amor, nada puede negaros.

Si amáis con amor puro como os lo impone vuestro deber y vuestra gracia y os dirigís a nuestro Señor en todas vuestras necesidades, diciéndole: Dios mío y Señor mío, no os pido vuestro amor, no os pido esta gracia, sino para mejor serviros; no para mí, sino para vos, único Señor mío; nuestro Señor, encantado de ver que no queréis más que a Él, más que su mejor servicio, nada podrá negaros.

Le dais gusto orando así. Glorificáis y dais también gusto al Padre celestial, que tiene dicho: *Este es mi Hijo muy amado en quien me he complacido; escuchadle* (Mt 17, 5).

Y cuanto más acendrado sea vuestro amor y mayor vuestra confianza, tanto más fuertes seréis en el corazón de Dios. Nuestro Señor está ahí; va a llamar para entrar. No esperéis a que llame, antes salid a su encuentro, prevenidle con vuestra confianza. Esas son las verdaderas relaciones del amor. Acostumbraos a obrar de esta manera. Cuanto más confianza tengáis, tanto más crecerá la confianza. Porque toda costumbre crece por sus actos y se vuelve fácil. Cuanto más sacrificios se hacen, tanto más amables resultan. Añadís una gracia a la que tenéis ya. Se añaden unas a otras y componen una red que nada puede romper, un lazo de amor que no puede ser cortado.

Entonces diréis con san Pablo: *Todo lo puedo en quien me fortalece* (Fil 4, 13). Entonces os gustará hacer cosas grandes por amor. Porque en otra parte dice san Pablo (2Co 5, 14) que el amor de Dios le apremia, le atormenta y le quema. Parece decir que el amor de Dios es una prensa. Y ciertamente que lo es. Porque, entendedlo bien, el amor nos prueba y nos exprime por completo para hacernos entrar en Jesús, como el molino que muele y mezcla juntamente muchas clases de granos, haciendo que no salga más que un solo

jugo.

Tened confianza en Jesús aun en vuestros desalientos, aun cuando vuestro cuerpo o vuestro espíritu estén reducidos a impotencia y se nieguen a ayudaros. Decid entonces: No me apoyo en mí misma, Dios mío, sino en vos, y en vos todo lo puedo si me ayudáis. No tengo nada, ni puedo casi nada, pero, así y todo, voy a comenzar. Vos acabaréis. –Y, dicho esto, poned manos a la obra; haced lo poco que podáis, que Dios se encargará de lo demás.

Dios se complace en multiplicar las dificultades, detiene y clava en la impotencia. Bien se quisiera, pero no se puede.

Se desemboca en una agonía, en que uno dice: ¡No, no podré subir nunca hasta Dios! Pero cuando se da un paso orando e invocando, viene Dios da alas de amor y ya os asombráis de ver cómo voláis con libertad y gracia.

¡Ea! nuestro Señor es vuestro; id a Él con confianza. Ejercitaos en la confianza. Confiad siempre en Él y desconfiad de vosotras: gracia que os deseo para hoy y para siempre.

ÍNDICES SISTEMÁTICO

Dedicatoria
Nuestra cuarta edición
Síntesis de la vida de san Pedro Julián Eymard
Elogio de san Pedro Julián
La misión de san Pedro Julián
Conjunto de los escritos del Santo
Oraciones litúrgicas al Santo

PRIMERA PARTE
Consideraciones y normas eucarísticas de vida cristiana

1ª SERIE
La presencia real

Directorio práctico para la adoración
Método de adoración según los cuatro fines del Sacrificio
El Pater noster
Institución de la Eucaristía
El testamento de Jesucristo
El don del corazón de Jesús
La Presencia real: Testimonio de la Iglesia
La Presencia real: Testimonio de Jesucristo
La maravilla de Dios
Sacrificios de Jesús en la Eucaristía
La Eucaristía y la muerte del Salvador
La Eucaristía, necesidad del corazón de Jesús
La Eucaristía, necesidad de nuestro corazón
La Eucaristía y la gloria de Dios
El esposo divino de la Iglesia
El misterio de la fe
El amor de Jesús en la Eucaristía
El exceso de amor

La Eucaristía y la familia
La fiesta de familia
El Dios de bondad
El Dios de los pequeños
La Eucaristía, centro del corazón
El bien supremo
El Santísimo Sacramento no es amado
El triunfo de Jesucristo por la Eucaristía
Dios está allí
El Dios del corazón
El culto de la Eucaristía
Amemos al Santísimo Sacramento
La Eucaristía es nuestro camino
El anonadamiento, carácter de la santidad eucarística
Jesús, dulce y humilde de corazón
Jesús, modelo de pobreza
La Navidad y la Eucaristía
Felicitaciones a Jesús sacramentado
La Epifanía y la Eucaristía
La fiesta del Corpus Christi
El sagrado corazón de Jesús
El cielo de la Eucaristía
La transfiguración eucarística
San Juan Bautista
Santa María Magdalena
El mes del santísimo Sacramento

2ª SERIE
La sagrada Comunión

Prólogo
El espíritu de la Comunión
Directorio para la preparación
El estado de gracia para la Comunión
El deseo de la Comunión
La preparación del Espíritu Santo
El santo sacrificio
Método para asistir a misa meditando la pasión

Método para oír misa uniéndose al espíritu del Santo Sacrificio
Método para oír misa, meditando las siete palabras de Jesús en la cruz
Directorio para la acción de gracias
La extensión de la Encarnación
La Comunión, maná de los elegidos
La Comunión, gozo del espíritu
La Comunión y la ley de amor
El Sacramento de la bondad de Dios
El Sacramento de vida
La rehabilitación por la Comunión
La Comunión, sacramento de paz con Dios
La Comunión, manantial de confianza en Dios
La Comunión, remedio de nuestra tristeza
La Comunión, educación divina
Las místicas bodas
Él para mí y yo para Él
La Comunión, sacramento de unidad
La vida de amor
La perfección del amor
La gracia de vida
La vida de Jesucristo en nosotros
El don de la personalidad
La vida de unión con el Espíritu Santo
La vida del verdadero servidor
El recogimiento, camino de las obras divinas
El recogimiento, ley de la santidad
El recogimiento, alma de la vida de oración
La vida de oración
El espíritu de oración
El rocío de la gracia
La insensibilidad del corazón
La pureza de la vida de amor
La virginidad del corazón
El espíritu de Jesucristo
Las señales del espíritu de Jesús
La mortificación, signo del espíritu de Jesús
La vida de la naturaleza y la vida de la gracia

3ª SERIE
Directorio de los afiliados y consejos de vida espiritual.

SECCIÓN I
Directorio de los afiliados a la Congregación del santísimo Sacramento

PRIMERA PARTE
DEBERES PARA CON LA SAGRADA EUCARISTÍA

Cap. I. –*Del amor a la Eucaristía*
§ I. –E1 amor, primer principio de la vida del adorador
§ II. –El amor, centro de la vida
§ III. –El amor, fin del adorador

Cap. II. –*Del servicio y del culto eucarísticos*
§ I. –Naturaleza y cualidades del servicio eucarístico
§ II. –Del servicio de la adoración
§ III. –De la santa Misa
§ IV. –De la sagrada Comunión
§ V. –Del culto eucarístico

Cap. III. –*De las obras eucarísticas*

SEGUNDA PARTE
DEVOCIÓN A MARÍA REINA DEL CENÁCULO

Cap. I. –María adoradora
Cap. II. –Vida eucarística de María en el Cenáculo
Cap. III. –María, apóstol de la gloria de Jesús

TERCERA PARTE
DEVOCIÓN A LA SANTA IGLESIA

Cap. I. –Modo de reconocer la Iglesia
Cap. II. –Deberes del adorador para con la Iglesia

CUARTA PARTE
DE LA VIDA INTERIOR

Cap. I. –Medios de la vida interior
Cap. II. –Espíritu de la vida interior

QUINTA PARTE
DEBERES DE ESTADO Y DE SOCIEDAD

Cap. I. –*Deberes generales*
Cap. II. –*Deberes particulares de distintas clases de personas*
Art. I. –Deberes de las adoradores, padres de familia
Art. II. –Deberes de las adoradoras, madres de familia
Art. III. –Deberes de los jóvenes adoradores

APÉNDICE
PUNTOS DE ADORACIÓN, EXPUESTOS SEGÚN EL MÉTODO INDICADO EN EL DIRECTORIO

SECCIÓN II
Consejo de vida espiritual
1. –Amor de Dios
2. –La sagrada Comunión
3. –La vida de unión con Dios
4. –La oración
5. –La santa voluntad de Dios
6. –Confianza y santo abandono
7. –La renuncia a sí mismo
8. –Todo para Dios
9. –El sufrimiento
10. –Las pruebas espirituales

SEGUNDA PARTE
Consideraciones y normas eucarísticas de vida religiosa.

4.ª SERIE
Ejercicios espirituales ante Jesús sacramentado

Prólogo

Primera tanda de Ejercicios espirituales de siete días:

Reglamento de los Ejercicios Apertura de los Ejercicios

DÍA PRIMERO
Primera rneditación. –Bondad de Dios en mi creación
Segunda meditación. –Bondad de Dios en mi santificación
Tercera meditación. –Bondad de Dios en mi predestinación
Directorio y Vía Crucis

DÍA SEGUNDO
Primera meditación. –Dios y el mundo
Segunda meditación. –Dios misericordioso
Tercera meditación. –Dios y yo
Directorio y Vía Crucis

DÍA TERCERO
Primera meditación. –Jesús me llama en pos de sí
Segunda meditación. –Seguir a Jesús con María
Tercera meditación. –Vida de Jesús y María en mí
Directorio y Vía Crucis

DÍA CUARTO
Primera meditación. –Fuerza de la confianza en Dios
Segunda meditación. – Recogimiento exterior
Tercera meditación. –Recogimiento interior
Directorio y Vía Crucis

DÍA QUINTO
Primera meditación. –Espíritu de mortificación
Segunda meditación. –Vida sencilla y oculta de Jesús
Tercera meditación. –Jesús y el alma pobre
Directorio y Vía Crucis

DÍA SEXTO
Primera meditación. –Jesús, humilde de corazón

Segunda meditación. –Jesús, manso de corazón
Tercera meditación. –Santísima voluntad de Dios
Directorio y Vía Crucis

DÍA SÉPTIMO
Primera meditación. –Jesús, obediente
Segunda meditación. –Vida eucarística de Jesús
Tercera meditación. –Clausura de los ejercicios. –Ramillete espiritual. –Mi amor a Jesús en la vida y en la muerte

Segunda tanda de Ejercicios espirituales de seis días:

Meditación preparatoria. –La gracia de los ejercicios

DÍA PRIMERO
Primera meditación. –Amor de Jesús en mi creación
Segunda meditación. –Gracias de preservación
Tercera meditación. –Amor de la redención

DÍA SEGUNDO
Primera meditación. –Necesidad de la redención
Segunda meditación. –Bondad de la paciencia de Dios
Tercera meditación. –Misericordia de Dios

DÍA TERCERO
Primera rneditación. –Amor a Jesucristo
Segunda meditación. –Darse a Dios por completo
Tercera meditación. –Consagrarse por completo al servicio de Jesús

DÍA CUARTO
Primera meditación. –Jesús, mi regia ley
Segunda meditación. –Vida de amor
Tercera meditación. –El santo abandono

DÍA QUINTO
Primera meditación. –Primera virtud del amor: La humildad.
Segunda meditación. –El amor crucificado
Tercera meditación. –El amor crucificado (continuación)

DÍA SEXTO
Primera meditación. –Servicio eucarístico
Segunda meditación. –La Eucaristía es mi perfección
Tercera y última meditación. –Vida eucarística de Jesús

Tercera tanda de Ejercicios de ocho días, dadas a los Religiosos del santísimo Sacramento, sobre la vocación eucarística:

Meditación preparatoria. –Fin del retiro

DÍA PRIMERO
Primera meditación. –Acerca de la salvación
Segunda meditación. –Servir a Dios
Tercera medítación. –Conocimiento de sí mismo

DÍA SEGUNDO
Primera meditación. –El estado de gracia
Segunda meditación. –Vida sobrenatural
Tercera meditación. –Combates de la vida sobrenatural

DÍA TERCERO
Primera meditación. –Sacerdocio
Segunda meditación. –Servicio de Jesucristo
Tercera meditación. –Espíritu de Jesús en el sacerdote

DÍA CUARTO
Primera meditación. –Servir a Jesucristo con María.
Segunda meditación. –Dos clases de siervos
Tercera meditación. –Sacrificios de la vida religiosa

DÍA QUINTO
Primera meditación. –Gracias de la vida religiosa
Segunda meditación. –Fin de la Congregación del santísimo Sacramento
Tercera meditación. –Culto eucarístico

DÍA SEXTO

Primera meditación. –La adoración
Segunda meditación. –Apostolado eucarístico
Tercera meditación. –Amor a Jesús Sacramentado

DÍA SÉPTIMO
Primera meditación. –Pobreza
Segunda meditación. –Pureza
Tercera meditación. –Obediencia

DÍA OCTAVO
Primera meditación. –Vida eucarística
Segunda meditación. –Caracteres de una vocación eucarística
Tercera meditación. –Gracias de vocación
Conclusión de los Ejercicios

APÉNDICE
Medios de perfección en la Congregación del Santísimo Sacramento
I. –Su fundación
II. –Su fin
III. –Sus medios
IV. –Su espíritu

Cuarta tanda de Ejercicios espirituales de seis días para las Siervas del santísimo Sacramento, sobre la vocación eucarística:

Meditación preparatoria. –Fin y condiciones de los Ejercicios

DÍA PRIMERO
Primera meditación. –La vida religiosa
Segunda meditación. –Vida de comunidad
Tercera meditación. –Vocación eucarística

DÍA SEGUNDO
Primera meditación. –Fin de la obra
Segunda meditación. –La acción de gracias
Tercera meditación. –La reparación

DÍA TERCERO
Primera meditación. –La súplica
Segunda meditación. –Vida interior de Jesucristo
Tercera meditación. –Vida de recogimiento

DÍA CUARTO
Primera meditación. –Humildad eucarística
Segunda meditación. –Pobreza eucarística
Tercera meditación. –Obediencia eucarística

DÍA QUINTO
Primera meditación. –Pureza eucarística
Segunda meditación. –Caridad eucarística
Tercera meditación. –Jesús, víctima

DÍA SEXTO
Primera meditación. –Fe eucarística
Segunda meditación. –Fe eucarística (continuación)
Tercera meditación. –Jesús sacramentado, mi fuerza

Via Crucis eucarístico:
Primera estación. –Jesús condenado a muerte
Segunda estación. –Jesús cargado con la cruz
Tercera estación. –Jesús cae por primera vez
Cuarta estación. –Jesús encuentra a su Santísima Madre
Quinta estación. –El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz
Sexta estación. –Una piadosa mujer enjuga el rostro de Jesús
Séptima estación. –Jesús cae por segunda vez
Octava estación. –Jesús consuela a las afligidas mujeres piadosas
Novena estación. –Jesús cae por tercera vez
Décima estación. –Jesús es despojado de sus vestiduras
Undécima estación. –Jesús es clavado en la cruz
Duodécima estación. –Jesús expira en la cruz
Decimatercera estación. –Jesús es entregado a su Madre
Decimacuarta estación. –Jesús es depositado en el sepulcro

5.ª SERIE
La Eucaristía y la perfección religiosa

Prólogo

Ejercicios espirituales dados a los religiosos de la Congregación de Hermanos de San Vicente Paúl:

Advertencia de los editores
Las gracias de los Ejercicios para el religioso
El servicio de Dios
El estado religioso
La oración: Su necesidad y su carácter
La oración, don de nuestra mente
La oración, don del corazón
La oración, don de la voluntad
El amor del perdón
La Eucaristía, principio de la santificación del religioso
Jesús sacramentado, modelo de los tres votos
La regla, santidad del religioso
Los votos

Ejercicios espirituales dados a los religiosos de la Congregación del santísimo Sacramento:

Advertencia de los editores
Fin del retiro: Purificarse
Beneficios de la vida religiosa
La vocación eucarística
La renuncia a toda propiedad
El pecado, mal de Dios
Los efectos del pecado venial
La expiación del pecado de nuestro Señor
La misericordia de Jesús
La familia del Santísimo Sacramento
El amor, principio del combate espiritual
El espíritu de penitencia
La mortificación de los sentidos
El don de sí mismo
Hay que hacer bien cada cosa

La santidad por la regla
La oración, medio de nuestra santificación
La caridad fraterna
De la sencillez
De la seriedad de la vida
Frutos y resoluciones de los Ejercicios

Ejercicios espirituales dados a las Siervas del Santísimo Sacramento:

Advertencia de los editores
Siempre hay que convertirse
El amor eterno de Dios
La dirección espiritual
Dios nos ha creado para el cielo
Sólo a la pureza del corazón se concede el cielo
Los exámenes de conciencia
Hay que vivir de la misericordia de Dios
El amor virginal de Jesús
El sacramento de la Penitencia
El don de la propia personalidad a Jesús
Jesús y María, modelos del don de sí
La educación interior de una adoradora
El espíritu de los votos y el don de sí
Virtud del don de sí: la humildad de amor
De la vida sobrenatural
La pureza del amor
La paciencia y la humildad
Confianza y descanso en sólo Dios

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS
NEBRIJA, S. A., IBIZA, 11, MADRID,
EL DÍA 20 DE ENERO DE 1963,
PRIMERA SOLEMNIDAD EXTERNA DE
SAN PEDRO JULIÁN EYMARD.